



Preca  
DSC  
A



COLECCIÓN  
DE LOS MEJORES  
AUTORES ESPAÑOLES

—  
TOMO XXXIX

---

OBRAS POÉTICAS  
DE  
DON JOSÉ ZORRILLA

---

PARIS. — TIP. GARNIER HERMANOS, 6, RUE DES SAINTS-PÈRES.

---





D. J. ZORRILLA.

# OBRAS

DE

# D. JOSÉ ZORRILLA

NUEVA EDICIÓN CORREGIDA

Y LA SOLA RECONOCIDA POR EL AUTOR

CON SU BIOGRAFIA

Por ILDEFONSO DE OVEIAS

—

TOMO PRIMERO

—

## OBRAS POÉTICAS

—

PARÍS

GARNIER HERMANOS, Libreros-Editores

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

—



R. S. 1000

4.59535

C.1075795

1880

D. JOSEPH

JOSEPH

GARRISON

## DON JOSÉ ZORRILLA.



Se ha suscitado á veces la cuestion de si la crítica debe ejercerse conforme á principios superiores ó con arreglo al sentido comun. Si por sentido comun se entiende la razon, seguramente por él, pues de él deben depender aquellos; pero si se entiende por tal el modo comun de ver las cosas, entonces será preciso que se formule primero ese modo comun de ver, y que se vea si efectivamente existe. ¿ Han de entrar á formarlos todos los nacidos? Entonces de seguro no hay con mayoría absoluta ningun modo de ver una misma cosa, á no ser las necesidades animales, y aun aquí caben infinitas diferencias. ¿ Lo han de formar solo los vivientes? ¿ lo ha de constituir meramente cada nacion para cada idioma? Cuestiones son estas que, aunque pudiesen resolverse, darian por resultado dos consecuencias: que el sentido comun, en el hecho de serlo, adolece de muchos errores y que no pasa jamás de cierta altura, porque se refiere á las ideas vulgares. Nosotros creemos que al hablar del sentido comun alude cada cual al sentido suyo mas que á ninguna otra cosa. ¿ El sentido comun sabe ciencias abstractas? no: ¿ sabe las naturales? no: ¿ sabe filosofia? no: ¿ sabe lógica? no seguramente. Pues entonces ¿ para qué ha de servir de juez el mero sentido comun que no sabe de nada mas que de las cosas comunes en la vida? ¿ y de cuántos errores no se alimenta ese sentido, si por él no se entiende la razon? Y si prescindimos de las ideas y nos referimos á los afectos, ¿ quién duda que los hay propios de las organizaciones mas privilegiadas que no asisten á la mayoría de los hombres?

No sin aparente fundamento dudan algunos de que haya princi-

pios fijos y absolutos donde la poesía descansa, ni reglas por consiguiente generales y determinadas que sean ley y norma para ejercer la crítica. Induce á este error el considerar la infinita variedad de ídoles, cualidades y formas que entre los poetas aparecen, y el amedrentarse la razón ante el propósito de penetrar en ese caos, recoger y coordinar sus principios, aclarar su confusión y dar con el centro común de donde parten tan varias divergencias. Si á esta consideración se añade la inconsecuencia y opuestas sinrazones con que el público acoge las obras del ingenio, habrása de convenir en la unánime incertidumbre que sobre el particular ocupa el ánimo de los hombres pensadores; porque sin base el juicio en este asunto; sin punto de partida la razón, se encuentra desarmado el criterio ante las falsas impresiones que mueven voluntariosamente el discurso, dando lugar á la diferencia de conceptos que divide el campo literario, donde siempre la individualidad anda como reina del acierto.

No hay, sin embargo, ramo de la inteligencia humana, no hay trabajo de las facultades intelectuales que no esté sometido á una ley constante, como lo está todo lo creado, ley que indudablemente tiene entronque y mas ó menos tortuoso nacimiento, en la primera y mas absoluta condición de la vida moral, en la percepción. Sin esta no se concibe la vida moral, así como sin la sensación no se concibe la física, porque donde no hay sentimiento ¿qué hay sino un organismo inerte? y el que nada percibe ¿qué inteligencia tiene?

Prescindiendo de la íntima correspondencia que existe entre aquellas dos cualidades, tanta que parece la percepción ser nada mas que un ramo determinado de la otra, es indudable que la primera tiene sus medios y trámites marcados en la organización misma, así como la sensación los tiene; medios y trámites que nos son desconocidos en su esencia, pero que podemos clasificar en sus efectos. Si el alma necesita los sentidos para percibir, hay que suponer otra multitud de medios mas íntimos de percepción para explicar las infinitas diferencias y modificaciones de que el entendimiento es capaz. Por la relación, pues, que existe entre los efectos y las causas, no hay rama, repetimos, de la inteligencia humana que mas temprano ó mas tarde no ceda y se entregue al incansable trabajo del análisis para acabar por someterse á la sistematización de la lógica.

Concretándose á la poesía, se echa de ver que en su nacimiento debió reducirse á la metrificación de las palabras, y que en sus pri-

meros tiempos no era considerada bajo otro aspecto. Pero aplicada bien pronto á espresar las afecciones del ánimo, en gracia á sus formas musicales que la hacen tan halagüeña, fué cada día tomando un particular aspecto que llegó al fin á distinguirla de todos los demas modos de espresarse; y esta circunstancia sentida y reconocida por todo el mundo dió lugar á esa persuasion universal de que la poesía es un arte especial, cuyo lenguaje se diferencia de otro cualquiera. Donde esté, sin embargo, esta diferencia, en qué estribe, es una cuestion todavía por resolver, y los mas agudos ingenios se han concretado á establecer como por reglas algunas observaciones incompletas, deducidas de casos particulares, y que si para algo han servido por sí solas, ha sido para mostrar el talento de sus autores mas bien que la salida del enmarañado laberinto de la poesía; mucho, sin embargo, han preparado el acierto para el porvenir esas reglas y distinciones hechas por las artes poéticas y las retóricas tan menospreciadas ambas por algunos que no han considerado la filosofía que encierran, dejándose llevar de las primeras impresiones.

Por de contado, todos los críticos han fundado sus observaciones en el único punto de partida posible en estas materias, la observacion; lo primero que se ha ofrecido á sus ojos han sido las formas, y muchos, como es natural, han principiado por establecer como punto de ley las que en los objetos de observacion veian: de aquí esa multitud de reglas escritas y embarazosas que quieren resolver el problema sin penetrarlo, y á las cuales, si el estilo lo permitiera, pudiera aplicarse aquella espresion familiar de *tomar el rábano por las hojas*. Mucho mas han profundizado la materia otros críticos, aunque ninguno ha dado á luz un cuerpo de doctrina bastante convincente sin duda para sujetar á su yugo todas las opiniones, y andan estas todavía tan divididas y encontradas que rinden párias casi todas á la humana flaqueza de no dar por bueno lo que no está en armonía con la índole ó hábitos de la inteligencia individual.

Al escribir, pues, la biografía crítica de un célebre poeta, nos será preciso á nosotros esponer el modo con que concebimos la poesía: porque, resueltos á aplicar en este y cualquier caso las convicciones que nos asisten, queremos recaigan los errores sobre nuestro torpe entendimiento.

De la observacion de los mas grandes poetas se deduce que la poesía no puede existir sin imágenes, sin afectos. Su objeto debe ser instruir tocando los dos resortes mas fáciles de mover en el hombre, la imaginacion y el sentimiento. Decimos que debe instruir, no

solamente porque ya lo dijo el *útil y agradable* del grande Horacio, sino tambien porque creeríamos mengua de la poesía lo contrario. Lo confesamos, si su objeto fuese meramente deleitar, nosotros, aunque nos ofrecieran la palma del triunfo, desdeñaríamos ser poetas. Un mas alto objeto está destinado á la poesía : suelta, libre y desembarazada en su espacio la inteligencia, altiva y valerosa como el águila, toma arranque hasta el cielo, tiende en la creacion su señorío y, reina de la luz, desprende en vivos lampos la claridad que baja á iluminar los mundos de la ciencia. El antro inmenso del porvenir, el abismo de la duda, la infinita region de lo desconocido, todo abre las puertas á su vuelo ; acaso se pierde y vaga en aquellas oscuridades, y entonces ; ay ! entona tristes cánticos ; sigúenla detrás, pero muy lejos, las cautelosas ciencias lentamente, cuyos medidos pasos alegran si bien trillan el camino.

En donde no haya imágenes ni afectos ¿ se concibe la poesía ? imposible ; asistirán allí todas las cualidades lógicas de que la inteligencia puede gozar, pero será filosofía, ciencia, ú otra cualquiera especie de ese número infinito de pensamientos que carecen de clasificación determinada á causa de la imperfeccion que oscurece los humanos conocimientos.

Existe sin duda una relacion íntima entre los afectos y las ideas, dando á esta palabra su mas reducida significacion ; diríase que los une una trabazon continua de partes, si se considera que de los sentidos esternos provienen todas las percepciones primitivas, base indudablemente de todas las modificaciones de nuestra comprension, pues no se concibe esta sin aquellos, porque entonces no seria el hombre mas que una masa inerte. Sin duda que en lo íntimo de nuestro organismo hay una série trabada y sucesiva de ramificaciones de los sentidos, cuyas formas y leyes nos son desconocidas, pero que se van como sutilizando de grado en grado hasta conducir á las mas abstractas percepciones que llamamos pensamientos, que acaso no son mas que delicadísimos afectos que obran en el organismo como otros cualesquiera, aunque parecen de esencia diferente. ¿ No advertimos diversidad en los sonidos, aunque todos consisten en una misma ley, aunque tienen una misma esencia, si asi puede decirse, siendo hijos de vibraciones solo diferentes en la cantidad de fuerza ? ¿ No nos parecen dos cosas diversas el rojo y el verde cuando acaso no son mas que diferencias de cantidad de luz, conformes á las facultades reflectivas de los cuerpos, cantidades que mide y clasifica la reflexion del prisma ? ¿ No creemos que son diversas cosas la elec-

tricidad y el magnetismo, cuando apunta ya la ciencia demostrarnos que son solo modificaciones de un mismo fluido? ¿Cual será la mano que se atreva á poner lindes entre las afecciones y los pensamientos?

Estamos llamando afectos á todas las sensaciones que, no consistiendo meramente en la simple intervencion de los sentidos esternos, carecen en cambio de la disposicion analítica que constituye el pensamiento abstracto, y que se encuentran de consiguiente en el término medio de estos y las sensaciones materiales, formando entre sí otra série de eslabones que los enlaza por un lado á la materia bruta y por otro al juicio. Del mismo modo que, pasando la naturaleza por una série de transiciones que no se acierta á deslindar, da origen, forma y cualidades á los tres reinos de que consta.

Sin duda hay medios determinados y precisos para escitar los afectos, medios que tienen su lógica necesaria para ser empleados. El hombre, aunque por los resultados los presienta, no los conoce hasta el punto de poder sistematizarlos, si bien es probable que, aunque lo lograra, con el progresivo refinamiento de la percepcion se sucederian otros muchos que acaso no le seria dado comprender.

De consiguiente, para escitar los afectos el medio mas conducente hasta ahora es sentirlos, y el mejor medio de valuarlos tener las facultades necesarias para lo mismo. Con cuyo motivo no sin razon puede decirse que los afectos delicados son flores con cuyo aroma se deleita el alma, y cuyas delicias solo sienten las organizaciones privilegiadas.

Diríase, sin embargo, que son los afectos percepciones sintéticas que se escapan al análisis y causan de consiguiente una sensacion indeterminable; todos parece que pueden reducirse á los dos grandes ramos del sentimiento, el placer y el dolor, la satisfaccion de una necesidad, la oposicion á la habitud, tomando esta palabra en su mas lata acepcion, habitud orgánica, habitud moral. Hemos dicho *oposicion* porque creemos que todos los afectos provienen de la variacion y que solo en los grados que esta adquiriera consisten las diferencias entre el dolor y el placer, no estando estos separados por linderos distintos. La relacion de un naufragio afecta el ánimo; pero esta afeccion es capaz de todas las graduaciones posibles. Desde decir simplemente *naufragamos* hasta hacer una descripcion perfecta como tal, hay infinidad de calidades, digámoslo asi, entre las descripciones intermedias, y con ella va adquiriendo fuerza ó profundidad el afecto que infunden. Supongamos que la descripcion, reducida como tal á palabras, pudiera ir tomando sucesivamente grados de verdad hasta

entrar en el terreno de la imitacion material; en este caso seria mucho mas profunda la conmocion de los espectadores. Aquí ya la descripcion toma otro carácter que puede decirse adquiere ya muchos grados de verdad en el teatro, pero que es capaz de mucho mas, hasta llegar al punto de convertirse en un naufragio real y verdadero. Aquí la conmocion de los ánimos, que en el teatro consistió en un gustoso dolor, toma los caracteres del dolor positivo; y si la fuerza de las trasmutaciones que vamos haciendo de la descripcion, llegase hasta el extremo de poner al oyente ó al espectador en las mismas circunstancias que dan lugar al caso, si se viese asido á una tabla en medio de un mar proceloso, sintiendo ya aquella série de intensidades de dolor terrible, llegaria á sentir el de la desesperacion, al ver la muerte, el fin de la tan amada vida, seno y conjunto de todas las habitudes.

La variacion, pues, es el principio de todos los afectos, asi como lo es de todas las sensaciones y de todas las ideas. He aquí en que estriba una de las cualidades mas admirables de los autores dramáticos; obligados á interesar al público que está presente, ¿cuánto no deben conocer el corazon humano si cumplen dignamente con su empeño? ¿cuánta prudencia y tino no les ha de asistir para tocar precisamente las afecciones mas comunes á la mayoría, para observar aquella parquedad tan difícil y de tanta maestría asi cuando abunda el corazon en afectos como cuando en ideas la inteligencia?

Los afectos no pueden infundirse sin causas dadas, las cuales determinan su carácter; asi, para infundir la percepcion de una imágen por el sentido de la vista, es menester presentarla á los ojos, y si por el oido describirla. Empero asi como hay ojos cuyo sentido es torpe y que no ven con distincion, unos mas y otros menos, asi sucede con todas las demas facultades del hombre, y raros son los corazones que sienten con toda perfeccion un afecto, asi como es muy difícil comprender en toda su perspicuidad las ideas.

¿Qué leyes rigen los afectos? nos es desconocido su modo de obrar; pero de la comparacion de sus efectos podemos deducir que están sujetos á la ley de la verdad que en este caso es la motivacion; es indudable que todos la tienen, aunque sentimos muchos cuyas razones no atinamos, ¿tal es la flaqueza de nuestro entendimiento! Para infundirlos, sin embargo, el poeta tiene que esponerlos y sujetarse á esta ley, y de lo contrario todo afecto sin motivo disgusta y se llama afectacion. Pero no basta solo que haya razones, es preciso que causen el efecto con todos los caracteres que de su conjunto se dejan deducir, porque de lo contrario sobrevendrá la falsedad;

luz que guie al poeta en esta confusion no hay mas sino una delicada sensibilidad ó un saber analítico que hasta ahora á nadie ha concedido el cielo.

La poesía dramática se ha encargado de los afectos á que es mas accesible la mayoría de los hombres; la trágica se ha conservado los heróicos, la lírica al espresarlos suele revestirlos de imágenes. En este punto debemos hacer la observacion de que la poesía dramática es una série de imágenes tambien puestas en accion en el teatro comun de la vida. De aquí se deduce, si bien se mira, que la poesía puedereducirse en resúmen á ser *la espresion por medio de imágenes*. Nosotros pensamos que este es su carácter distintivo. Si prescindimos por el pronto de la dramática, no hay poeta lírico que con su ejemplo no lo cõmpruebe, y no hay trozo celebrado como buena poesía que no consista en imágenes. Donde estas no están, ya en la forma, ya en la comparacion, ya en la suposicion, ya descriptivamente, no hay poesía. La que se llama jocosa no tiene casi siempre mas punto de comparacion con ella que el estar escrita en verso. Examínese detenidamente la poesía jocosa y se encontrará que consiste en la contradiccion; en esta la estravagancia; de la estravagancia la risa. El objeto del chiste es hacer resaltar dos extremos presentando inopinadamente el paralelo. No confundimos esta poesía con la festiva, por la cual entendemos la que no tiene el mero objeto de hacer reir, sino que escitando esta grata afeccion lleva envueltos los pensamientos : el fin es hacer resaltar los vicios, errores y defectos, para lo cual los ofrece á la vista por el lado donde tienen la flaqueza, presentando la razon sintética que lleva en contra, de modo que el lector la conciba al punto en toda su estension y goce ademas del contraste. Asi es que la poesía festiva y mas aun la satírica están sujetas á la ley de la lógica como todos los ramos de las facultades humanas. Por lo demas, aunque su fondo consiste en presentar las cosas *ab absurdum*, es capaz de imágenes como la poesía lírica.

Las imágenes pueden referirse á la forma de objetos reales y verdaderos, ó á objetos inventados en su conjunto ó en su individualidad. En el primer caso la poesía es de descripcion; en el segundo de fantasía.

¿Qué leyes rigen las imágenes? las de la verdad y la razon. La primera consiste ó en describir con exactitud dando á las cosas el modo y formas que tienen, ó en que el análisis de las imágenes comparativas dé por resultado una espresa condicion que sea comun á la imagen y al objeto. He aquí implícitamente contenida la razon de

la grande importancia, del poderoso vuelo que puede tomar la poesía; porque si examinamos separadamente la marcha de todos los fenómenos que constituyen una série de ideas, mas ó menos larga y continua, y luego las comparamos mutuamente, echaremos de ver numerosos y graves datos que dan lugar á sospechar que una sola ley rige todas las cosas, ley que obrando en cada una con ciertas modificaciones es lo que llamamos en la mas lata acepcion *analogia*. La mente del poeta, obligada á espresarse con ejemplos que afecten intensamente, tiene que sentir esas analogías en alta ó baja escala, y acaso no hace otra cosa sino insinuarlas cuando solo intenta esplicarse. Es árdua empresa, y no de la presente ocasion, esplayar esta idea de modo que obligue al convencimiento; pero ello es indudable que no el poeta, por serlo, ha de renunciar al alto don del discurso, el mas digno y elevado de cuantos el hombre tiene. ¿Pues qué, el poeta está autorizado para sacrificar la razon y abrazar el absurdo y preconizar la falsedad? No, entonces la poesía seria indigna de los hombres, y si existe ese arraigado error que la empareja con la mentira, es porque el vulgo no ha comprendido las grandes concepciones de los superiores poetas, no ha penetrado su sentido, y han autorizado su error los poetas sin inspiracion propia que, queriéndose revestir del magnífico manto del Númen, lo han arrancado á pedazos de los hombros del ingenio, pensando arrancar el espíritu. ¿Pues qué, esa misma poesía gentil tan menospreciada y decantada como delirio de estraviadas imaginaciones, y que luego usada en sus formas sin contener ya su pensamiento ha dado lugar á ese error público, aquella poesía no cumplió sobre la tierra el mas alto destino de aquellos remotos tiempos, dando la ley al mundo y desempeñando la gran empresa social que no le fué dada á la ciencia? Si hoy nos parecen locuras lo que de religion formuló Homero, ¿pareciólo en aquellos dias? Pero direis que mintió; sí, como mienten todos los sabios cuando alzan su pensamiento; como mienten todos los grandes hombres, como mintieron los que hoy acaso teneis en vuestro corazon. Y es que estais calumniando lo que no comprendísteis, los pensamientos de maravillosos fines, esfuerzos del talento que intenta grandes cosas y anda desvanecido en el laberinto de la ciencia: esas son las convulsiones del gigante que se lanza á la inmensidad para luchar brazo á brazo con el destino, los arranques del genio que no lo puede vencer, pero que quiere al menos burlarlo.

La poesía se adelanta á la ciencia, yerra como Descartes; pero

anuncia como Cristo la luz de la verdad, y cuando esta amanece al mundo, ya está ella allí para cogerla en su regazo, y cubriéndolo con su manto de mil colores, la presenta á la muchedumbre que la contempla estática. Porque la multitud ¿cuándo comprenderá la ciencia? ¿cuándo, si paso por paso la vida del hombre nada alcanza? ¿Y se cree que la ciencia y la poesía son dos cosas opuestas? ¡error! la inteligencia, los talentos son todos hermanos. ¡Cuánta fantasía, cuánta imaginacion no debia hervir en aquella frente de Newton cuando meditaba para enseñar al Orbe la verdad de los cielos! ¡Cuántas vigiliass en balde y cuántos esfuerzos del ingenio gastó la ciencia vagando en alas de la fantasía redor de los palacios de lo incógnito! ¡Cuántos sublimes errores reflejan y se veneran al vago resplandor de la azulada luz eléctrica! El saber y el misterio siempre juntos; la poesía avanzando y la ciencia construyendo inespugnables castillos.

Poco tenemos ya que decir en este lugar acerca de la poesía en general: mas adelante esplayaremos, aunque no como deseáramos, nuestras ideas. Hemos dicho respecto de las imágenes que deben ser propias, y esta cualidad se aprecia casi completamente con solo recurrir á la comparacion analítica de la imagen. Todas las que cumplan precisamente con su objeto son buenas, y en su mayor ó menor exactitud consiste su mérito. Sublime es la espresion que de Dios dice la Biblia: *Inclinavit cœlos et descendit*. ¡Cuánta grandeza é imponente sentido hay en esta imagen magnífica! *¡ se inclinaron los cielos y bajó!* (1) Ahí resalta el soberano poder de la divinidad, ante la cual se apartan con temor los cielos: esta imagen es de lo mejor con que puede el hombre referirse á ese Sér Supremo. ¡Cuán religioso profundo afecto sintió el poeta cuando dijo *et descendit*, porque ¿qué mas podia decir? porque á Dios ¿quién lo comprende? ¿quién lo conoce? ¿quién dirá: *es asi?*

Todavía cumple mejor, sin embargo, con esta misma idea la otra frase de la Biblia tan citada: *Dixit Deus: Fiat lux, et lux facta fuit*. Aquí ya el poeta casi rompe los nudos que ligan su alma á la torpe materia; esta desaparece de la vista, pierde al menos todas sus formas y cualidades conocidas; solo está Dios, su poder, su voluntad; hasta la idea del tiempo falta: dice Dios, *hágase la luz* y la luz aparece; raudales de esplendor inundan la creacion toda.

Otra definicion de Dios todavía mas digna dió Cristo, aunque la dió

(1) Creemos que es esta la mejor traduccion.

como filósofo, no como poeta : *Ego sum qui sum*. Aquí la mente humana se pierde; ese es Dios; ese es el todo, el único principio, el ente inesplicable donde todo está, de donde nada puede huir, lo que nada puede comprender : es quien es!

Mas modesto, menos audaz, menos grande Homero, su inteligencia abarca bien todo lo que imagina; y la perfeccion ¿ quién mejor llegó á conocerla?

Si en la propiedad de las imágenes estriba su bondad artística, en lo contrario sus defectos. Abrid los poetas españoles del siglo xvii y hallareis muchas impropiedades que constituyen el mayor número de sus defectos : situaciones falsas, deducciones falsas, imágenes falsas: he aquí sus faltas mas notables en el desempeño de sus obras. Mas ¿ qué necesidad hay de recurrir á ese siglo ni retroceder á los anteriores, si tenemos el ejemplo de Victor Hugo cuya poesía abunda hasta el extremo en afectos é imágenes falsas, sin que esto rebaje el grande ingenio que le ha hecho uno de los primeros hombres del siglo xix? Sin necesidad tampoco de recurrir á él, podemos poner un ejemplo notable de falsedad de imágenes sacado del mismo libro que tenemos delante, del tomo primero de las poesías de Zorrilla, hijas todavía de un ingenio no sazonado, defectos comunes siempre á las primeras producciones. Dice :

Que en una noche tranquila  
Parece el cielo en verdad  
Ojo de la eternidad  
Y la luna su pupila.

El cielo presentado como ojo, y ojo que pertenece á la eternidad que no es mas que la duracion sin término, y en ese ojo inmenso la luna por pupila, es un conjunto de ideas inconducentes, expresadas en imágenes impropias. Mucho mejor, ó para hablar con mas verdad, digna y conducentemente trató la idea de la eternidad el mismo Zorrilla en su composicion á *un Reló*. ¿ Cuánto mas no vale aquel *nunca! nunca!* que las anteriores imágenes?

Es comun el adagio de que *el poeta nace y el orador se hace*, lo cual seguramente podia decirse con igual razon del matemático y del filósofo. Como si no fuera cierto que todas las cosas van en este mundo encaminadas por sus respectivas convergencias á producir un fin, y como si, para ser poeta, no fuera preciso pasar por una série de trámites consiguientes como para ser cualquier otra cosa. Asi es que no basta haber nacido con facultades capaces de conducir á la poesía,

pues tal habrá que nazca con ella en el mas alto grado y le lleve la suerte á bien distinto camino. La verdad es que el hombre nace con disposiciones para todo mas ó menos marcadas, hasta el extremo de que algunas se reducen casi á la nulidad y otras se manifiestan por sí solas; pero esto no sucede solo en los poetas, sino tambien en los matemáticos: Pascal era un niño de doce años, sin instruccion ninguna, y ya inventaba, rayando el suelo con un palo, la resolucion de los problemas de geometría, llegando hasta el número de veinte y tantos. La verdad es que, cuando las cosas llevan un número determinado de hombres á ser poetas, el que mas facultades tiene es el mas grande, en igualdad de circunstancias, y los demas lo son segun alcanzan; y á los llevados á las matemáticas les sucede lo mismo, y la mayoría de unos y otros se queda muy atrás de los delanteros. Por todo lo cual, dijo no sabemos quién, que hasta en los sabios habia vulgo.

Muy decaida andaba la poesía en España á principios del siglo XVIII; la literatura estaba como amortecida; las ciencias yacian olvidadas; todos los entendimientos en el estupor: diríase que el espíritu del país presentia con temor el porvenir que le aguardaba, de lucha y desesperados esfuerzos. Hay momentos en que las naciones parecen detenerse en el camino de la vida, como viajero que al llegar al pié de las montañas se para á contemplar la áspera senda que ve delante, perdida en el laberinto de los montes. Y no es que la inteligencia de los hombres tenga en estos momentos una perspicua idea de lo venidero, ni aun siquiera un rayo de luz hiera los ojos de la muchedumbre; sino que, sometido el pensamiento á la constante ley de la combinacion que rije todas las cosas, desde la torpe y palpable materia hasta las espirituales ideas, abraza con afan los principios que en debida razon vienen á animar la vida del alma; y saboreando este nuevo placer hasta que la asimila á su esencia, llega el punto y momento en que, casi hastiado de lo que pasó, no encuentra en ello afectos que le esciten y se adormece en aquella vegetacion moral hasta que un nuevo principio, una nueva semilla del alma viene á desarrollarse en el seno del universal interminable movimiento. Entonces la voz de las inteligencias privilegiadas principia á anunciar como en profecía al mundo el nuevo venidero pensamiento, y entonces tambien tiene principio la lucha de los espíritus, que no todos están dispuestos por igual al caso; entonces, si el nuevo principio está escrito en el libro de los grandes destinos, comienzan tambien las amarguras para los iniciados, el martirio acaso para los apóstoles.

Por eso la precursion de toda idea regenerativa viene gimiendo ; por eso lloraron los profetas.

En nuestros tiempos parece estarse labrando una revolucion humanitaria ; todas las naciones de Europa se han removido en su asiento á la voz de este presentimiento profundo, y la inspirada esclamacion del temor y el deseo, partiendo de Inglaterra y Alemania revestida con el ropaje de la poesia y la ciencia, ha ido á congregarse en la vecina Francia para cundir desde allí de nacion en nacion hasta el confin del Orbe ; la Francia, inepta siempre para crear, siempre dispuesta para repetir, es el espejo ustorio que refleja el mundo.

La Francia comunicó á España á fines del pasado siglo el general impulso que tantas muestras de su poder ha dado en el movimiento literario de que somos testigos. De consiguiente nuestra poesia tomó arranque en la francesa, y conforme el movimiento generador adquirió mas espresion é ímpetu, se fué poniendo mas patente el apretado lazo de entrambas poesias. A esta ocasion se mostró al mundo el ya célebre poeta D. José Zorrilla ; y como para ratificar y rendir pecho á la alianza y dependencia establecida, vino á ser unjido en la tumba del ingenio de entonces que hubo mas simpatias con las letras de allende.

Nació D. José Zorrilla en Valladolid, á 21 de febrero del año 1817 ; es hijo de D. José Zorrilla y Doña Nicomedes Moral. En aquella ciudad, en Burgos y en Sevilla pasó sus primeros años al lado de su padre, que en las tres desempeñó respectivamente cargos importantes. En 1827 se trasladó á Madrid con su familia, por gestiones de la cual ingresó en el seminario de nobles, donde cursaba las acostumbradas asignaciones y hacia versos por mandato de sus maestros y aun tambien á hurtadillas cuando los dedicaba á profanos ó intempestivos asuntos. En los dias de salida solia concurrir al teatro, y desde entonces su imaginacion debió manifestar la facilidad con que se impresionaba, pues de haber atendido al recitar de los actores adquirió y conserva Zorrilla la costumbre de leer los versos con un tono resonante y declamatorio, que le ha valido muchos aplausos, no precisamente porque esta entonacion sea recomendable para todos los casos, sino porque es cabalmente la mas propia para los versos de Zorrilla, ó al menos es en alto grado simpática con su poesia. Esta circunstancia en el modo de leer viene desde luego en elogio de Zorrilla, pues es sin duda una de las pruebas de la espontaneidad del poeta, y se funda este aserto en la misma razon en que estriba el mérito y valía de un actor que recita acorde con el sentido de aquel.

En 1833 salió el que ahora nos ocupa del seminario de nobles y volvió al seno de la familia que moraba á la sazón en un pueblo de Castilla la Vieja, retirado ya el padre de los cargos públicos. Es este cesante magistrado, alcalde de casa y corte en Madrid en tiempo de Calomarde, uno de aquellos celosos funcionarios públicos, hombres probos y purificadas autoridades que con tanta honra de la España conservaban en su seno el espíritu recto, profundo consenso y valerosa fortaleza que la razón de la ley infunde en los ánimos nobles, magistrados de que tan pocos ejemplos nos quedan, relegados entonces al hogar doméstico por el embate de las pasiones. ¡ Ah! séale lícito rendir este tributo de veneración á esos mas nobles y mejores restos de la antigua España, séale lícito rendirles este tributo á quien tambien, como Zorrilla, tiene un padre miembro en otros dias distinguido de nuestra magistratura, y mas que distinguido noble y justo, no menos tambien desgraciado.

En Castilla la Vieja principió el ingenio de Zorrilla á cursar la escuela del mundo, probando las tristes lecciones de las disidencias domésticas. El padre y el hijo estaban en desacuerdo, y como esto mismo se ha verificado respecto del mayor número de jóvenes dedicados hoy á la vida palpitante de la sociedad, preciso es conocer que entre la antigua y la moderna se interponia ya el espíritu de las revoluciones. Tenia Zorrilla odio al estudio de las leyes que le daba hastío; su padre insistia en que los cursara y le envió con este objeto á Toledo, encomendándosele á un prebendado pariente. Ganó curso aquel año el novel estudiante, pero bien puede asegurarse que si lo ganó seria solo porque se lo dieran, como con el mayor número de escolares sucede. Lo cierto es que Zorrilla estudiaba muy poco, y que se entretenia en visitar las antigüedades en que aquella insigne ciudad abunda, y que reñia con el canónigo, por no asistir á comer á las doce, por no vestir las opalandas, por dejarse melenas y por hacer canciones.

Concluido el curso, volvió Zorrilla á su casa, que la tenia en Lerma; el padre lo recibió con desagrado y el hijo se entretuvo en leer el Genio del Cristianismo, los Mártires y la Biblia. Al siguiente año escolar, fué enviado á Valladolid para que siguiese la carrera; llevaba muchas recomendaciones, y personas de categoría tenian el encargo de velar sobre su conducta, que no la creian muy buena, pues solia faltar de casa en horas no muy acostumbradas. Se entretenia en pasear y hacer versos; no sacó provecho del curso y aquel año vió por primera vez impresos sus versos en un periódico, en el *Artista*. No

hemos visto esta composicion, titulada *Elvira*, pero es de suponer que valdrá muy poco, como los demas versos en que su infancia se ocupaba.

No debia agradarle á Zorrilla la vigilancia de que era objeto en Valladolid, y sin duda se agravó su disgusto con la noticia de que su padre le esperaba muy irritado y que habia dicho lo habia de poner á cavar. Asi es que, cuando lo pusieron al cargo de un mayoral para que lo condujese á Lerma, finalizado ya el curso, tomó Zorrilla la resolucion de emanciparse al rigorismo paterno. Al pasar por un pueblo, cerca del término de su viaje, hubo de hacer alto en casa de un primo que allí tenia, y viendo pacer por el campo una yegua del pariente, montó en ella y volviendo á desandar lo andado tornó á entrar en Valladolid, siguiéndole horas detrás una requisitoria, é incontinente con la yegua del primo y unos cuantos reales siguió en derechura á Madrid, entrando pocos dias despues tan rico de esperanzas como pobre de presente en la coronada villa, sumidero de desventuras, seno de pobrezas, abrigo de ilusiones y acreditada escuela donde cursa mejor el desengaño la enseñanza del mundo. Algo debió de aprender el fugitivo poeta durante los diez meses que siguieron á su llegada, en los que la menor incomodidad suya y el trabajo de menos pena era ir huyendo de las paternales pesquisas y los infinitos amigos de su casa, para lo cual dejó crecer melenas y barbas, usando anteojos y sobre todo contando con la desfiguracion que obra el tiempo y mas aun el malestar y la desgracia.

En la tarde del 15 de febrero de 1837 eran conducidos á la última morada los restos de D. Mariano José de Larra, cuyo trágico fin habia llamado tanto la atencion de toda la corte, afectando profundamente el ánimo de sus amigos. Rindieron estos el tributo de su amistad y de sus simpatías literarias, tan vivas entonces, al malogrado escritor, y sobre sus mortales despojos atestiguaban con sentidas palabras su pena, cuando se presentó entre ellos un jóven desconocido, puede decirse, á la sazón, y leyó unos versos que entusiasmaron á la concurrencia. De entonces data la fortuna literaria de Zorrilla, aunque si bien aquella ocasion le vino á propósito, no le era indispensable para remontarse con el tiempo.

A los pocos meses trascurridos desde este suceso, se dió á luz el primer tomo de las poesias de Zorrilla, precedidas de un brillante prólogo de D. Nicomedes Pastor Diaz, y encabezadas con la composicion dedicada á Larra. Está escrita esta produccion con bastante sentimiento en algun trozo; no tiene nada de notable, á no ser la ligera

nuestra de una imaginacion lozana y de una percepcion todavía incorrecta. Síguete una composicion á Calderon, en la cual el autor trata de imitar este ingenio, y si bien pone á las claras el estudio que de él ha hecho, no logra mas que remedar el juego de palabras y de imágenes desacertadas en que solia incurrir el gran poeta. En esta produccion se echa de ver una falsa valentía de afectos, digna de notarse en aquellas redondillas que dicen :

Que si un mármol reclamó  
Tu grandeza y te le dieron,  
Segun lo que le escondieron  
Parece que les pesó.

Yaces en un templo, sí;  
Pero en tan bajo lugar,  
Que pareces aguardar  
Hora en que huirte de allí.

Mucho te guardan del sol,  
Temerán que te ennegrezca...!  
O tal vez no lo merezca  
Tu ingenio, y nombre español.

Este afectado sentimiento, cuya falsedad resalta en lo desacertado de la espresion, se refiere, como se ve, al espíritu de nacionalidad; y patente tambien se ve la afectacion de que Zorrilla suele algunas veces adolecer cuando toca este punto en unos versos de este mismo tomo á la *estatua de Cervantes*.

Tu nombre tiene el pedestal escrito,  
¡En estrangero idioma por fortuna!  
Tal vez será tu nombre un *sambenito*,  
Que vierta infamia en tu española cuna.

¡Hora te traje á luz desventurada!  
¿Español eres...? lo tendrán á mengua,  
Cuando á tu espalda yace arrinconada  
Tu cifra en signos de tu propia lengua.

El mayor número de las composiciones de este tomo son imitaciones no muy felices de Victor Hugo, con algo de Lamartine y mas del estilo de Calderon. El *Reló*, que es una de ellas, está escrita bajo la inspiracion del ánimo afectado al considerar el curso eterno del tiempo que nunca vuelve atrás, y es una de las mejores del tomo. Pero Zorrilla no podia seguir por esta senda á que sus cualidades no

le conducian. En vano hacia muchos y fáciles versos, en vano pretendia atribular su corazon para que correspondiese al eco hondamente melancólico y profético de la poesia moderna, traslustrada de Shakspeare y Calderon, sentida de Byron, y casi razonada por Goethe; en vano intentaba verter profundos y trascendentales sentencias. Zorrilla no estaba sin duda satisfecho de sí mismo, él se sentia con facultades y no atinaba : en la *Indecision* acertó con su genio, y entonces exclamó :

¡ Bello es vivir! la vida es la armonía,  
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,  
Un sol de fuego iluminando el día,  
Aire de aromas, flores apiñadas.

.....

¡ Bello es vivir! se ve en el horizonte  
Asomar el crepúsculo que nace;  
Y la neblina que corona el monte  
En el aire flotando se deshace.

Y el inmenso tapiz del firmamento  
Cambia su azul en franjas de colores,  
Y susurran las hojas en el viento  
Y desatan su voz los ruiseñores.

.....

¡ Bello es vivir! se siente en la memoria  
El recuerdo bullir de lo pasado;  
Camina cada sér con una historia  
De encantos y placeres que ha gozado.

Si hay huracanes y aquilon que brama,  
Si hay un invierno de humedad vestido,  
Hay una hoguera á cuya roja llama  
Se abre un festin con su discorde ruido.

Y una pintada y fresca primavera  
Con su manto de luz y orla de flores,  
Que cubre de verdor la ancha pradera  
Donde brotan arroyos saltadores.

Y hay en el bosque gigantesca sombra,  
Y desierto sin fin en la llanura,  
En cuya estensa y abrasada alfombra  
Crece la palma como yerba oscura.

Allí cruzan fantásticos y errantes,  
Como sombras sin luz y apariciones.

Pardos y corpulentos elefantes,  
Amarillas panteras y leones.

Allí entre el musgo de olvidada roca  
Duerme el tigre feroz harto y tranquilo,  
Y de una cueva en la entreabierto boca  
Solitario se arrastra el cocodrilo.

; Bello es vivir! la vida es la armonía,  
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,  
Un sol de fuego iluminando el día,  
Aire de aromas, flores apiñadas.

.....

Aquí está el genio de Zorrilla; esta es su poesía, esta la voz de su alma; aquí su imaginación emprende libre y desembarazada la senda que le marcó el destino; vida, animación, lozanía, luces y colores. Ya el poeta es espontáneo, ya no busca conceptos; todo lo que dice lo siente, su corazón se satisface.

Y he aquí que el poeta, al conocerse á sí mismo, siente que en su ánimo se renuevan las dulces, vagas y temerosas impresiones de la infancia, aquellos inolvidables sentimientos que acaso yacen á veces en el corazón adormecidos; pero que siempre determinan la índole de nuestro carácter. Zorrilla, cuando ya comprende el de su talento, se propone ser poeta nacional, y así lo declara en la dedicatoria que del tomo segundo de sus poesías hace á D. Juan Donoso Cortés y D. Nicomedes Pastor Díaz.

¿Puede haber en España ahora una poesía nacional? ¿cual sería su efecto? ¿qué cualidades distintivas ha de tener? En verdad que es oportuna esta ocasión para decir cuatro palabras acerca de las antecedentes cuestiones, que se ocurren al discurso á cada paso y compás del clamoreo que repetidamente se levanta para censurar con acritud nuestra literatura moderna, pidiendo nacionalidad á voz en grito y con mas impremeditación que otra cosa.

Podría haber en nuestro tiempo una literatura nacional cuando la España de nuestros días conservase un carácter excepcional, ¿y quién se atreverá á determinar el que hoy día la distingue? Nadie seguramente, y el mas perspicaz razonador cuando intente llevar á cabo esta idea, lo único que logrará será describirnos el carácter que la España tuvo. Esto, y nada mas, es lo que hacen los que están empeñados en que los moradores de España han de formar una comunidad de particulares condiciones. Ningun pueblo del mundo goza mas completamente de esta distinción que los cafres, los habitantes de

Otaiti y los beduinos; ¿qué lograrían estos pueblos con mantener intacta su nacionalidad? lograrían no salir jamás del mismo ser y estado. Acaso sin embargo les convendría esta inmovilidad; y aunque esta consecuencia es en verdad falsa, la inmovilidad además es imposible: hasta en las mas torpes é inanimadas partes de la creación el movimiento es ley indeclinable; no hay reposo en el universo. Ni aun cuando fueran las naciones peñascos enclavados en las entrañas de la tierra podrían decir: *Seremos como somos*. ¿Cuánto menos los hombres, piedra de toque de la creación, resultado el mas complejo de todas las fuerzas, punto donde todos los movimientos se cruzan, foco de variedad sujeto no solo á toda acción estraña sino también á la mútua influencia de ellos mismos?

Sigue la creación un camino que nos es desconocido, y en el curso de ese viaje misterioso, toda modificación busca y halla la muerte, toda diferencia va á perderse á un mismo seno, y todo se dirige á un solo fin. Aun obedeciendo á leyes secundarias el calórico tiende á su equilibrio, las aguas propenden á un punto y encuentran su nivel; así la humanidad tiende á un solo punto y á un nivel único como el líquido de un vaso que oscilando en decrecientes alteraciones y desigualdades, encuentra su centro; así las ideas tienden al cosmopolitismo, como al equilibrio el calórico.

Nace el sonido y conforme trascurre el espacio va muriendo; así las causas especiales que formaron la nacionalidad española se han ido amortiguando y tocan á su fin; apenas el ojo mas perspicaz las trasluce desvanecidas tras el tiempo; apenas el mas delicado oído percibe ya esos sonidos como un eco remoto y moribundo. La invasión de los fenicios, la de los cartagineses, y la de los romanos debieron concurrir á crear una nacionalidad española; pero aquella nacionalidad ya murió. Sobrevino la irrupción de los bárbaros y su combinación con el cristianismo, con la de los árabes y la guerra de los siete siglos volvieron á crear otra nacionalidad que debió llegar á su apogeo en el reinado de los reyes católicos; mas en este mismo punto principia ya á modificarse con el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, y mil sucesos sobrevienen sin interrupción que tienden todos á destruirla. En vano es hacer aquí una reseña que pertenece á la historia, sería demasiado prolija y sobre todo bien escusada.

Corría el siglo XVIII y la nacionalidad española ya no vivía mas que pasivamente, y á principios del XIX fué menester todo el violento é intempestivo contraste de la revolución francesa y de la irrupción es-

trangerera para que España saliese un momento de su letargo y sintiese renacer en sí misma el ánimo de los viejos tiempos. Todo ha caducado ya en España: la alta clase es absolutamente francesa; la clase media conserva algun ligero recuerdo de la tradicion; pero tradicion que ya no se apodera del alma: el pueblo bajo de las capitales es ateo en religion, ateo en política, y solo fuera del recinto de las grandes poblaciones vegetan los rastros de una nacionalidad perdida. ¡Singular circunstancia! es tal la falta de carácter propio de que la España adolece hoy dia que hasta esa reversion que parece indicarse hácia la religion y el culto, hasta esa reaccion le viene de Francia! ¿Qué estrañamos, pues, que el pais se manifieste tan estraño á todas las cuestiones que hoy agitan el mundo si no se acuerda ya de lo pasado ni comprende todavía lo presente?

¿De la antigua España qué es lo que resta? alguna honesta familia de la clase media que ha educado sus hijos sin esmero, pero con la cristiandad y rigorismo propios de tiempos pasados. ¿No recuerdan algunos jóvenes de hoy, no sienten de vez en cuando, el afecto religioso que alguna vez siendo niños sintieron en el templo de Dios, movidos por la solemnidad de las ceremonias sagradas? Este afecto empero carece ya de fé, se recuerda acaso porque en los primeros años se sintió, mas la creencia no hubo tiempo de arraigarse en el alma: he aquí sin embargo el mas venerando resto de nuestra nacionalidad.

Zorrilla, que creyó dedicar á este su pluma y que hizo bien, Zorrilla volvió á acordarse de los años de la infancia; pero hijo de este siglo que vino tan poco encadenado con los que pasaron ya, no le ha sido posible concebir la nacionalidad española como debió ser en los tiempos antiguos, sino como la moderna España se figura que fué. Asi es que, al través del empeño que el poeta manifiesta por herir los sentimientos del pais, por ser esclusivamente tradicional, resaltan mas que nada por una parte sus grandes facultades descriptivas, y por otra se advierte que, cuando intenta hacer tornar la España á lo que fué, es él quien se deja llevar por lo que la España es. Por esto es Zorrilla nuestro gran poeta popular, como ninguno sino él puede serlo, porque vino á la hora precisa y á donde debia venir como viajero que llega al término de su viaje. ¿Cómo será posible que entremos nosotros ahora á esplicar las oportunas dotes que á este poeta distinguen? ¿cómo podremos hacer mencion de todas las bellezas que en sus poesías líricas resaltan? seria necesario trascribirlas en su mayor parte. Asombra su facundia, la facilidad de su imagina-

cion, la lozanía de su verba poética, la riqueza de versificación que despliega, y si nunca se ocupa profundamente de los afectos ni de la razón, es en cambio testigo de su propia gloria.

¿A quién no encantaron aquellos versos de la paráfrasis del *Dies iræ*?

Hizo al hombre de Dios la propia mano,  
Que tanto para hacerle fué preciso,  
Hízole de la tierra soberano  
Y le dió por palacio el paraíso.

Agil de miembros, la cerviz erguida  
Orlada de flotante cabellera,  
Los claros ojos respirando vida,  
Luenga la barba y con la voz severa.

Y la bella descripción que sigue hasta la de Eva que

Era la hermosa de gentil talante,  
Acabada de pechos y cintura,  
De enhiesto cuello y lánguido semblante,  
Rebosando de amor y de ternura.

Clara la frente, altiva y despejada,  
Negras las cejas, blanca la mejilla,  
Rasgada de ojos, blanda la mirada  
Do turbio el sol en competencia brilla.

Tendida por los hombros la melena  
La blanca espalda de la luz velando,  
Hallóla Adán, al despertar, serena,  
Sus varoniles formas contemplando.

Véase con cuan dulce afecto recuerda el poeta las impresiones religiosas de su niñez, refiriéndose á la caul esclama en su composición á la *Virgen al pié de la Cruz*:

Entonces ¡ oh Madre!  
Recuerdo que un día  
Tu santa agonía  
Contar escuché:  
Contábala un hombre  
Con voz lastimera;  
Tan niño como era  
Postréme y lloré.

El templo era oscuro:  
Vestidos pilares  
Se vían y altares  
De negro crespon;

Y en la alta ventana  
 Meciéndose el viento  
 Mentía un lamento  
 De lúgubre són.

La voz piadosa  
 Tu historia contaba;  
 El pueblo escuchaba  
 Con santo pavor.

Oía yo atento  
 Y el hombre decía:  
 « ¡ Y quién pesaría  
 « Tamaño dolor!

« El Hijo pendiente  
 « De cruz afrentosa,  
 « La madre amorosa  
 « Llorándole al pié... »

El llanto anudóme  
 Oído y garganta;  
 Con lástima tanta  
 Postréme y lloré.

La voz conmovida  
 Seguía clamando..., etc.

Este es uno de los mejores trozos de Zorrilla como poeta de sentimiento, las dulces melancólicas memorias de la infancia lo han despertado en su alma. ¿ Y qué corazón no se conmueve al soplo de esos ternísimos afectos que son como bálsamo de las penas? ¿ cuánto mas el de Zorrilla tan accesible á todos los afectos fáciles, á todas las impresiones estrañas y á todos esos sentimientos que pueden llamarse de poca consistencia, pero que interesan tan agradablemente el ánimo? Zorrilla, siempre poeta, todo lo siente, nada le absorve esclusivamente: ahí esa variedad que en sus composiciones se observa, esa facilidad asombrosa que le distingue. ¿ Quiere cantar la *gloria y el orgullo*? los versos brotan á raudales de su pluma:

¿ Qué es el placer, la vida y la fortuna,  
 Sin un sueño de gloria y de esperanza?  
 Una carrera larga é importuna  
 Mas fatigosa cuanto mas se avanza.

Regalo de indolentes sibaritas  
 Que velas el harem de las mugeres,  
 Opio letal que el sueño facilitas  
 Al ébrio de raquítricos placeres,

Lejos de mi ; no basta á mi reposo  
 El rumor de una fuente que murmura ;  
 La sombra de un moral verde y pomposo,  
 Ni de un castillo la quietud segura.

No basta á mi placer la inmensa copa  
 Del báquico festín, libre y sonoro,  
 De esclavos viles la menguada tropa  
 Ni las llaves de espléndido tesoro.

De un Dios hechura como Dios concibo ;  
 Tengo aliento de estirpe soberana...

.....

Un verdadero entusiasmo rebosa en esta composicion; nada nos ha dicho en ella Zorrilla que corresponda á ese verso « *De un Dios hechura como Dios concibo* » y nos ha seducido sin embargo, y la imaginacion del lector simpatiza con la suya cuando él esclama :

*Gloria!* madre feliz de la esperanza,  
 Mágico alcázar de dorados sueños,  
 Lago que ondula en eternal bonanza  
 Cercado de paisages halagüeños.....

Donde con mas propiedad resalta la índole de nuestro poeta es en los cuentos y leyendas que ya entre sus demas poesías ó bien en volúmenes separados con el título de *Cantos del Trovador* lleva publicados hasta el dia con singular fortuna y gloria; ellos son la mas preciada hoja de su corona. Desde muy temprano manifestó Zorrilla tendencias á este género, el mas popular de todos los paises, aunque respectivamente en unos y otros se diferencia de formas y carácter. En su segundo tomo de poesías ya publicó dos, titulado el uno : *Para verdades el tiempo y para justicias Dios*; el otro lleva el título *A buen juez mejor testigo*.

Su objeto al escribir en este género ha sido el mismo que le movió á variar la dirección que desde el principio habia tomado su poesía, y en verdad que si la nacionalidad española pudiese ser aun evocada del sepulcro de lo pasado y tornara á presentarse al oír la voz del poeta para permanecer su esclava, en verdad que esta mision estaria reservada á Zorrilla. La tradicion titulada *A buen juez mejor testigo* es una prueba concluyente de este aserto. Diego Martinez corteja á Inés, hija del hidalgo Iban de Vargas y Acuña; exige la niña al amante que le cumpla su palabra de matrimonio y el mozo se escusa con que marcha á la guerra de Flandes y que á la vuelta cumplirá como es debido;

desconfiada la jóven le hace jurarlo ante un Cristo que hay en la Vega donde se verifica la cita. Lo jura y parte para Flandes de donde no vuelve sino capitán y caballero, trascurridos ya algunos años, y con los humos de su nueva condición rehúsa entonces el cumplimiento de lo jurado; desde aquí en adelante y siguiendo la narración, Zorrilla se escuda á sí mismo y toca la meta de sus afanes; es ya el poeta nacional, ha cumplido su empeño cuando dice :

Era entonces de Toledo  
 Por el rey gobernador  
 El justiciero y valiente  
 Don Pedro Ruiz de Alarcon.  
 Muchos años por su patria  
 El buen viejo peleó;  
 Cercenado tiene un brazo,  
 Mas entero el corazón.  
 La mesa tiene delante,  
 Los jueces en derredor,  
 Los corchetes á la puerta  
 Y en la derecha el baston.  
 Está como presidente  
 Del tribunal superior...

. . . . .  
 Una muger en tal punto,  
 En faz de grande aflicción,  
 Rojos de llorar los ojos,  
 Ronca de gemir la voz,  
 Suelto el cabello y el manto,  
 Tomó plaza en el salón,  
 Diciendo á gritos : « ¡Justicia,  
 Jueces : justicia, señor ! »  
 Y á los piés se arroja humilde  
 De Don Pedro de Alarcon,  
 En tanto que los curiosos  
 Se agitan al rededor.  
 Alzóla cortés Don Pedro,  
 Calmando la confusión  
 Y el tumultuoso murmullo  
 Que esta escena ocasionó  
 Diciendo :

« Muger, ¿ qué quieres ? »

— Quiero justicia, señor.

— ¿ De qué ?

— De una prenda hurtada.

— ¿ Qué prenda ?

— Mi corazón.

— ¿ Tu le diste ?

— Le presté.

— ¿Y no te le han vuelto?

— No.

— ¿Tienes testigos?

— Ninguno.

— ¿Y promesa?

— Sí, ¡por Dios

Que al partirse de Toledo

Un juramento empeñó.

— ¿Quién es él?

— Diego Martínez.

— ¿Noble?

— Y capitán, señor.

— Presentadme al capitán,

Que cumplirá si juró. »

Quedó en silencio la sala;

Y á poco en el corredor

Se oyó de botas y espuelas

El acompasado són.

Un portero, levantando

El tapiz, en alta voz

Dijo : « El capitán Don Diego. »

Y entró luego en el salón

Diego Martínez, los ojos

Llenos de orgullo y furor.

« ¿Sois el capitán Don Diego,

Díjole Don Pedro, vos? »

Contestó altivo y sereno

Diego Martínez :

« Yo soy.

— ¿Conocéis á esta muchacha?

— Há tres años, salvo error.

— ¿Hicisteis el juramento

De ser su marido?

— No.

— ¿Jurais no haberlo jurado?

— Sí, juro.

— Pues id con Dios.

— ¡Miente! clamó Inés llorando

De despecho y de rubor.

— Muger, ¡piensa lo que dices!..

— Digo que miente, juró.

— ¿Tienes testigos?

— Ninguno.

— Capitán, idos con Dios,

Y dispensad que acusado

Dudara de vuestro honor. »

Tornó Martínez la espalda

Con brusca satisfacción,

È Inés, que le vió partirse,  
 Resuelta y firme gritó :  
 « Llamadle, tengo un testigo.  
 ¡ Llamadle otra vez, señor! »  
 Volvió el capitán Don Diego,  
 Sentóse Ruiz de Alarcon,  
 La multitud aquietóse  
 Y la de Vargas siguió :  
 « Tengo un testigo á quien nunca  
 Faltó verdad ni razon.  
 — ¿ Quién ?

— Un hombre que de lejos  
 Nuestras palabras oyó  
 Mirándonos desde arriba.  
 — ¿ Estaba en algun balcon ?  
 — No, que estaba en un suplicio .  
 Donde há tiempo que espiró.  
 — ¿ Luego es muerto ?

— No, que vive.  
 — Estais loca, ¡ vive Dios !  
 ¿ Quién fué ?

— El Cristo de la Vega,  
 A cuya faz perjuró »  
 Pusieron en pié los jueces  
 Al nombre del Redentor,  
 Escuchando con asombro  
 Tan escelsa apelacion.  
 Reinó un profundo silencio  
 De sorpresa y de pavor,  
 Y Diego bajó los ojos  
 De vergüenza y confusion.  
 Un instante con los jueces  
 Don Pedro en secreto habló,  
 Y levantóse diciendo  
 Con respetuosa voz :

« La ley es ley para todos,  
 Tu testigo es el mejor,  
 Mas para tales testigos  
 No hay mas tribunal que Dios.  
 Haremos... lo que sepamos;  
 Escribano, al caer el sol  
 Al Cristo que está en la vega  
 Tomareis declaracion. »

—  
 Es una tarde serena  
 Cuya luz tornasolada

Del purpurino horizonte  
Blandamente se derrama.

.....  
Allá por el *miradero*  
Por el Cambron y Visagra  
Confuso tropel de gente  
Del Tajo á la vega baja.  
Vienen delante Don Pedro  
De Alarcon, Iban de Vargas,  
Su hija Inés, los escribanos,  
Los corchetes y los guardias,  
Y detrás monges, hidalgos,  
Mozas, chicos y canalla.  
Otra turba de curiosos  
En la vega les aguarda,  
Cada cual comentando  
El caso segun le cuadra.  
Entre ellos está Martínez  
En apostura bizarra,  
Calzadas espuelas de oro,  
Valona de encaje blanca,  
Bigote á la borgoñesa,  
Melena desmelenada,  
El sombrero guarnecido  
Con cuatro lazos de plata,  
Un pié delante del otro,  
Y el puño en el de la espada.  
Los plebeyos de reojo  
Le miran de entre las capas,  
Los chicos al uniforme  
Y las mozas á la cara.  
Llegado el gobernador  
Y gente que le acompaña  
Entraron todos al claustro  
Que iglesia y patio separa.  
Encendieron ante el Cristo  
Cuatro cirios y una lámpara,  
Y de hinojos un momento  
Oraron allí en voz baja.

Está el Cristo de la Vega  
La cruz en tierra posada,  
Los piés alzados del suelo  
Poco menos de una vara;  
Hacia la severa imagen  
Un notario se adelanta,  
De modo que con el rostro  
Al pecho santo llegaba.  
A un lado tiene á Martínez.  
A otro lado á Inés de Vargas,

Detrás al gobernador  
 Con sus jueces y sus guardias.  
 Despues de leer dos veces  
 La acusacion entablada,  
 El notario á Jesucristo  
 Así demandó en voz alta :  
 « *Jesus, Hijo de María,*  
 « *Ante nos esta mañana*  
 « *Citado como testigo*  
 « *Por boca de Inés de Vargas,*  
 « *¿Jurais ser cierto que un dia*  
 « *A vuestras plantas divinas*  
 « *Juró á Inés Diego Martinez*  
 « *Por su muger desposarla? »*  
 Asida á un *brazo* desnudo  
 Una *mano* atarazada  
 Vino á posar en los autos  
 La seca y hendida palma,  
 Y allá en los aires « ¡ Sí, JURO! »  
 Clamó una voz mas que humana.  
 Alzó la turba medrosa  
 La vista á la imágen santa...  
 Los labios tenia abiertos,  
 Y una mano desclavada.

Si el honor, la religion y el rigor justiciero constituian en su conjunto el carácter distintivo de los magistrados españoles en el tiempo á que esta leyenda alude, indudablemente en el gobernador Don Pedro están aunados con un admirable instinto de nacionalidad. Bajo este aspecto creemos que esta es la mejor leyenda de Zorrilla, porque ella comprende y desarrolla todo el espíritu de la tradicion, ya sea por la condicion de ella misma, ya porque el ánimo del poeta estuviera predispuesto á este particular asunto, ó acaso porque cuando se trata de determinar lo que entre las confusas percepciones de la educacion concebimos, con tanta mas espontaneidad se logra cuantos menos accidentes han sobrevenido en la inteligencia con el trascurso de los años. Lo cierto es que en los *Cantos del Trovador*, largo tiempo despues dados á luz, no resaltan tanto como en los cuentos primeros las afecciones nacionales, sino que han perdido en espontaneidad lo que en pretension de serlo han aumentado, y pudiera decirse que el sabor de la nacionalidad en ellos está mas diluido, es menos puro. Efectivamente en los *Cantos del Trovador* da á la imaginacion el poeta muchas largas á costa de las afecciones que son su objeto, y asi parece rendirse á la fuerza de sus facultades descriptivas empleadas no

siempre al fin propuesto, si mas bien á la satisfaccion del genio del que escribe, ó acaso á las obligadas dimensiones de la publicacion periódica. Bien que esta coaccion nunca es parte á que, peor ó mejor, no tome vuelo la índole del ingenio, sino que al contrario entonces rinde sus mas fáciles frutos. Sujeta la inteligencia á dar periódicamente un grande y medido producto, aun cuando sea sobre determinado objeto, tal escritor recurrirá á un talento filosófico, tal otro á la descripcion si le es fácil, y un tercero se arrojará al espacio de la fantasía, aunque todos acaso con desventajoso provecho al que de conciencia obtendrian.

En los *Cantos del Trovador* campea el ingenio de Zorrilla con una libertad y gallardía que enamora; allí está su alma, su vida, su inteligencia, todas las facultades que le adornan. En vano seria tratar de hacer el elogio de estas producciones sin estendernos en una larga copia de muchos de sus trozos.

Entre los varios cantos de esta publicacion hay uno en que el autor se propone escribir segun el género de Hoffmann; aludimos á la *Pasionaria* que el poeta quiere sea *cuento fantástico*; y aquí se presenta ocasion de decir cuatro palabras acerca de este género de poesia.

Si la descriptiva es la pintura de la naturaleza por medio de la palabra, puede la fantástica llamarse pintura de los pensamientos; ni una ni otra pueden existir sin imágenes. El mérito artístico de la primera consiste en la cabal correspondencia entre la imagen y el objeto, en la verdad fisica; el de la segunda lo constituye la relacion razonada que existe entre la imagen y el pensamiento. ¿Quién duda que á cada paso aplica el poeta las imágenes á objetos que no tienen ninguna correspondencia en la forma? Esto, pues, no es describir si nos hemos de atener á su sentido riguroso.

Cuando el poeta nos presenta imágenes sin correspondencia con la forma de objetos materiales y sí solo con sus condiciones ó con el entendimiento, deja de ser por entonces poeta descriptivo, pasando á hacer uso de la fantasía que es la facultad de espresar por imágenes las percepciones razonadas. A la fantasía pertenecen las comparaciones, ya se refieran á la accion, al modo, al atributo ú otra circunstancia cualquiera; bien es verdad que tanto mejores serán cuantas mas condiciones abracen y mas perfecta correspondencia observen. Las comparaciones toman diferentes formas en la espresion; pero en todas se sobreentiende el adverbio comparativo *como*.

Cuando Jorge Manrique dice :

Nuestras vidas son los rios  
Que van á dar en la mar,

escusado es notar que no quiere decir que materialmente los rios sean nuestras vidas; y el mérito de esta comparacion consiste en que considerando cómo trascurren nuestras vidas y acaban por dejar de ser, perdiéndose en un porvenir indescifrable, comprende el poeta la analogía que hay entre estas circunstancias y las de trascurrir los rios, dejar de ser tales y confundirse en la mar donde todas las aguas se pierden.

Acostumbra la fantasía á concebir sintéticamente las ideas, prescindiendo de circunstanciados pormenores que, sobre desvirtuar el efecto de la espresion, convertirian la inspiracion, esto ó númen en razonamiento; si bien la sintesis trae consigo el inconveniente de que los lectores no la comprendan quizá, en cuyo caso suele llevarlos el amor propio á condenar por malo lo que leen.

De lo dicho hasta ahora se deja conocer, y todo inteligente lo sabe, que no hay poeta sin su parte de fantasía, y asi precisamente ha de ser si se considera que á la altura en que el humano entendimiento se encuentra no puede existir ninguno exclusivamente descriptivo, pues bastaria la simple relacion con los hombres para infundirle conocimientos mas complicados. Se observa, sin embargo, que tanto mayor es el poeta, mas fantasía desarrolla, y se ve confirmado este aserto desde Moisés y Homero hasta el presente, y se echa tambien de ver que cuando mas incremento las ideas toman, tanto mas de arranque la fantasía. Examínese la copia de pensamientos que la Iliada arguye, y compárese con la que el Fausto de Goethe contiene; el resultado manifestará aquel principio, dando á entender en parte la razon de las diferencias que entre estas dos obras existen.

Una simple comparacion basta para enunciar un solo pensamiento; pero como rara vez dejan de ir estos encadenados entre sí, y frecuentemente lo están en suma complicacion, no bastan las comparaciones para esplicar la mente del poeta, y de aquí el echar mano de la accion para manifestar con ella la concatenacion de las ideas, que es lo que con mucha frecuencia hace la poesía fantástica. En este caso la accion que el poeta supone y que debe ir encaminada á un fin, puede decirse que es una série, una hilacion de comparaciones, cada una de las cuales representa un pensamiento parte del complejo á que la obra se dirige, y todas ellas de consiguiente tienen que estar sujetas á la lógica de los mismos pensamientos que representan, lógica que no consiste mas que en una série de mútuas referencias entré los

medios de expresion y las ideas. Estas consideraciones son aplicables al poema fantástico, mas ó menos estenso, mas ó menos complicado.

Como la fantasía, cuando echa mano de la accion para expresarse, necesita determinar desde luego los principios sobre que la accion ha de girar, se ve obligada á guardar consecuencia con ellos en todo el discurso del pensamiento; esto en caso de que la idea tenga unidad; pues si no la tuviese, se reducirá el poema á una série de ideas, mas ó menos remotamente relacionadas entre sí, pero que hacen aparecer deslabazada la obra. De esta especie es el *Fausto*, que, girando sobre un personaje que simboliza el espíritu y la materia, presenta una série de cuadros para cuya mútua conexion hay que suplir una multitud de racionios, que si el autor los suplió, y no es su obra un resultado de la percepcion irrazonada, sino mas bien de lo contrario, arguyen un talento asombroso.

No solamente no se contenta la fantasía con invadir las altas regiones del pensamiento, adornar con su magnífica vestidura las ciencias y llevar consigo la filosofia, sino que tambien á cada paso y con singular lucimiento se presenta en el campo de los afectos. Aquí es donde tambien vigorosamente se desarrolla, en virtud de que son los afectos percepciones sintéticas de cuyas causas podemos apenas darnos razon, mas en ninguna manera de su modo de ser. No podemos enseñarlos especulativamente, solo infundirlos por intuicion, la cual se verifica obviamente por medio de imágenes, ya sea presentándolas desde luego, escitándolas en la imaginacion, despertándolas en la memoria. Los afectos por lo tanto pertenecen de derecho á la poesia; constituyen el objeto principal de la dramática, aunque esta generalmente no trata de mover sino los mas comunes, y la fantasía se apodera de los mas delicados ó profundos. Esta es la razon porque los afectos espresados por ella sucede muchas veces no ser de algunos comprendidos, ya en virtud de la organizacion individual, ya porque el autor haya escrito en un estado de grande sobreescitacion. De todos modos, cuando la fantasía se propone escitar una afeccion en el ánimo del lector, le presenta á la vista una série de cuadros, incongruentes al parecer acaso, pero conducentes todos al mismo objeto, ligados entre sí por una misma expresion en el fondo, por la que llaman lógica del sentimiento. Procura á menudo la fantasía producir impresiones que la razon no puede analizar, no puede comprender, y esta cualidad, de mucho efecto, es la que poseen en alto grado los cuentos de Hoffmann.

Bien distante de la imitacion de este modelo se quedó Zorrilla en

su cuento titulado la *Pasionaria*, por mucho que la intencion del autor fuese escribir en aquel género. El cuento en cuestion no tiene de fantasía mas que el simbolizar en la flor la tierna amante abandonada en el olvido y que aparece moribunda cuando la flor es arrancada de su tallo. Muchas bellezas hay en este cuento, mas no cumple sin embargo completamente con su propósito. El autor advierte desde luego en la introduccion que la fantasía alemana no es propia para nuestro país : y á mas de que no es creible que sí lo sea para el vulgo de aquel, es de notar que el cuento de la *Pasionaria* tiene lo bastante para no ser entendido por la mayoría de los lectores, en cuanto al fondo, y no lo suficiente para los que puedan entenderlo. Si se nos preguntase en qué obra ha desarrollado mas fantasía Zorrilla, citaríamos muchas composiciones suyas superiores en esta cualidad á las que tienen pretensiones de tales.

Acaso son los versos en que mas fantasía ha lucido Zorrilla aquellos del *dia sin sol*, ó los de la *ira de Dios* que dicen, despues de describir el palacio donde mora el ángel esterminador :

Ni sér alguno penetró el misterio  
Que guarda allí la ciencia omnipotente,  
Ni se sabe cuyo es aquel imperio  
Donde nunca se oyó rumor de gente.

En este bosque oculto y solitario,  
En este alcázar negro y escondido,  
Donde nunca llegó pié temerario,  
Ni descansó jamás ojo atrevido,

Tiene el Señor las arcas de su enojo  
Y el horno de sus rayos encendido.

Y allí vive un espíritu terrible  
Que al són de aquellas aguas se adormece,  
Y á los ojos de Dios solo visible  
Al acento de Dios solo obedece.

Espíritu sin fin ni nacimiento,  
La eternidad existe en su memoria :  
El solo del sagrado firmamento  
Entera sabe la infinita historia :  
Y al solo ruido de sus negras alas,  
A su sola presencia transitoria,  
Del firmamento en las eternas salas  
Se suspenden los cánticos de gloria.

Aborto del furor omnipotente,  
Arcángel torvo que las vidas cuenta,

Vela de Dios el arsenal ardiente  
Y los ultrages del Señor asienta.

.....

Y lo mismo puede decirse de los versos en que continuando habla de la copa en que hierve la *ira de Dios* :

Y allí bulle en el fondo envenenado  
La única de furor lágrima hervida  
Con que lloró Luzbel desesperado  
Su venturosa eternidad perdida.  
En aquel arsenal inespugnable,  
Instrumentos de la ira omnipotente,  
Germinan en rebaño formidable  
Las mil desdichas de la humana gente.

.....  
De allí se lanza con horrible estruendo  
A ejecutar la voluntad divina  
El misterioso espíritu tremendo  
Que en este alcázar funeral domina.

.....  
Con él va la tormenta; el trueno ronco  
Bajo sus alas cruje; desgredada  
De armas y quejas con estruendo ronco  
La guerra detrás de él va despeñada :  
Y asidas á las orlas de su manto  
Van tras él con la muerte descarnada  
La peste, el hambre, y el amor, y el llanto,  
Y la ambicion de crímenes preñada.

No hay ramo de la poesía que Zorrilla con su múltiple talento no haya invadido, y era imposible que su genio audaz retrocediera ante propósito alguno.

Estaba nuestro teatro reducido á ser un mal traslado de la escena francesa, y solo traducciones veía el público. Habian ya dado algunos y daban en decir que el público deseaba comedias originales, las cuales por esta razon le complacerian mas que las estrañas, y solian acriminar de esta sujecion á las empresas, tachándolas de poco afectas al país. Desgraciadamente al público español de hoy dia y estos pasados años se le importa muy poco que la comedia á que asiste haya sido fraguada mas allá de los Pirineos ó en la cabeza de quien vió la luz primera de la frontera para acá; y la única diferencia que en cuanto á la representacion de comedias puede haber por parte del publico es que á las originales pueden concurrir muchos particulares amigos del autor y á las traducidas ninguno del que las

fraguó en la capital de Francia. Si el público español hubiera tenido ó tuviera exigencias de nacionalidad en el teatro, las empresas habrían tenido buen cuidado de satisfacerlas, y son buena prueba de la indiferencia pública en esta parte las traducciones que se han representado y representan.

La Francia lleva en estos tiempos la bandera, si así puede decirse, de la poesía dramática, como de la literatura en general, porque la Francia, si tal comparación se admite, es la pregonera del mundo. Todos los ramales del saber y de la inteligencia han ido á cruzarse á ese país para combinarse en su seno é irradiar por todo el orbe la luz civilizadora del siglo. La Francia pone muy poco de su parte, acaso mas que nada pone la charlatanería, pero es precisamente como debe ser para el caso. Toda nación ha ido á rendir tributo á ese pueblo de gente aguda y liviana, y él tomando de todos prestado lo mejor por cualidad ó por brillo se presenta cargado de la varia riqueza del mundo. Y así tiene en su literatura lo mejor de cada país, y en su teatro el ingenio cómico del occidente con la profunda pasión y hondos afectos propios del septentrion. ¿Tan distante está por ventura el teatro francés del español? Si Calderon hubiera resucitado en este siglo con las modificaciones propias del tiempo, á Calderon lo encontrarían en Francia: su ingenio lo imita Scribe, la pasión con que á veces escribía, en muchos dramas de allende se hace sentir. Se dirá que en nuestro moderno teatro se exageran las pasiones y las cualidades; sí, seguramente, del mismo modo que en el antiguo se exagera la lealtad, la honra y el valor: se dirá que en el moderno teatro se alambican los afectos; sí, cabalmente como en el antiguo se alambica la galantería: se dirá que en nuestra escena se comete una notable inverosimilitud suponiendo en todo individuo cualidades de sentimiento y pasión que faltan en la mayoría, todo con objeto de satisfacer un prurito filosófico exagerado; precisamente á semejanza del antiguo teatro que hacia teólogo á todo el mundo: añadirán que hay inmoralidad ahora; es probable que se dijera lo mismo de Lope y Calderon y Tirso.

¿Pues qué, la magnánima lealtad y devoción á su rey de Sancho Ortiz de las Roelas ha sido jamás común á la multitud en España? ¿ó lo deduciremos así de la cáfila de vasallos turbulentos é insolentes que nos pone en claro la historia? Dígase que esa devoción al rey era mas general en aquellos tiempos, y se dirá verdad; porque era natural que reasumido el feudalismo á viva fuerza en mano de los monarcas, principiase la multitud por respetar el severo y ejecutivo

poder de la corona, y acabase por aficionarse a la mas paternal y mas poderosa dominacion de sus reyes. Pero todos estos afectos fueron debilitándose á los embates del tiempo, y si entonces las tendencias generales de la sociedad eran aquellas, ahora son las filosóficas, que están combatiendo y casi han derruido y derruirán infaliblemente el castillo de la tradicion. Porque esta es ley constante que todo lo rige. ¿Y qué valen los esfuerzos de la literatura por resucitar las pasadas formas, qué valen contra el hacha incansable del tiempo, contra el incontrastable empuje de las ciencias que van conquistando el universo, llevando por doquier el cosmopolitismo del pensamiento? solo el vapor bastaria para acelerar la fusion de todas las nacionalidades.

En el antiguo teatro y en el moderno los ingenios relevantes no exageraron, sino que formularon las tendencias sociales; donde existe la afectacion es en los ingenios secundarios que no alcanzan á beber en el manantial del talento y hacen impotentes esfuerzos para emparejarse con las inteligencias privilegiadas, y tambien existe frecuentemente en los que pretenden resucitar lo pasado, ateniéndose á lo que les dejaron escrito y queriéndolo aplicar á épocas ya diferentes. Por eso hay tantas églogas anacreónticas é idilios malos; por eso es tan difícil resucitar nuestro antiguo teatro con todas sus formas sin reducirse á una servil imitacion, á mas de ser trabajo perdido para el porvenir.

El antiguo teatro, sí, puede resucitarse: pero es un error creer que se ha de hacer con caballeros de capa y espada, dueñas y damas con manto. No está ahí la cualidad capital de aquel teatro; está en el fondo, en el ingenio, y en la verdad de la expresion á menudo. Pero en cualquier época, con cualesquiera personajes puede rehabilitársele, porque el ingenio es uno siempre, porque la verdad es por igual accesible. El teatro de Calderon hace ya muchos años que está entusiasmando á la Europa del siglo XIX, este teatro es el de Scribe. Todavía mas, en España está ya marcada la senda que el teatro ha de seguir, cuya gloria le cabe á un jóven poeta cómico que en gracia á su modestia no nombramos y que en las pocas comedias que á luz lleva dadas indica presentir resueltamente el rumbo. Bien es verdad que acude á veces á bastardos afectos de localidad, amenguando y zahiriendo la gente estrangera; pero este es un defecto en que caen casi todos nuestros poetas dramáticos, interpretando por nacionalidad sentimientos del público comunes á todos los paises y aun á todas las poblaciones, sentimientos exacerbados en España

por las circunstancias políticas. Este mismo defecto de que tratamos demuestra la debilidad de las afecciones que quiere tocar, porque es á moda de viandas escitantes que se ofrecen al inapetente.

Muy debatida ha sido la cuestion de si el teatro es ó no la escuela de las costumbres. Nosotros creemos que lo es unas veces y otras no; pero que de poco sirve en el primer caso si la moral de que se reviste no está en armonía con otras causas mas profundas y poderosas que disponen de la tendencia de los ánimos; de modo que en caso de tener intencion moral, es mas bien para coadyuvar al progreso de las ideas, que para sostener una moralidad distinta; porque no existe esa moralidad absoluta que muchos quieren concebir, sino que está siempre ligada al sistema, del cual es un resultado, es el hábito que el sistema engendra; pero cuando el sistema mismo es el combatido, el éxito del combate lo procuran armas de otro temple, porque la moralidad es solo una fuerza pasiva, fuerza que va decayendo de generacion en generacion, porque al querer imbuirse en la naciente halla la revolucion resquicio por donde presentarse á la lucha en campo igual y sol partido. Y asi la cuestion es de principios, y la moralidad un arma tan embotada que estorba pero no hiere.

La primera ley de la poesía dramática, considerada como espectáculo público, es interesar á los espectadores; como ramo de la inteligencia su ley es presentar una série de hechos que en sus principios activos personifiquen los vicios, las pasiones, los afectos, las ideas, las virtudes, en una palabra las condiciones posibles en el hombre, ó bien en entes morales simbolizados conforme á sus atributos, y que ademas se sujeten en su mútua trabazon á las leyes de la lógica, á la verdad comparativa en este caso.

La poesía dramática, pues, en su mayor latitud es un cuadro de imágenes puestas en accion. Aquí las imágenes son por lo comun caracteres, la accion del argumento. Cuando aquellas no se refieren al carácter, dan lugar al drama fantástico; en ambos casos la accion debe corresponder con el principio: el avaro lo sacrifica todo al dinero; la caridad en los autos sacramentales procura el bien del prójimo, la teología arguye, la fé cree.

Sin embargo, muchas leyes secundarias vienen á cruzarse en la escena, sino indispensables para la esencia, convenientes para la invencion unas, para la trama otras, varias para el realce de valor. Admitido el principio lógico que rige todas las obras de las facultades intelectuales, llamado verosimilitud en las dramáticas, la invencion consiste en nuevas combinaciones de ideas, dando á la *idea* su sen-

tido mas lato y genérico. Esta novedad puede referirse á caractéres, ya en cuanto á su índole, ya en cuanto á sus condiciones; puede ademas existir en las ideas simbolizadas en la escena, ó bien en la simbolizacion misma; tambien puede hallarse en las circunstancias dadas sobre que la accion gira, ó bien las incidentales. Ultimamente se suele suponer tambien la invencion en los resultados que produce. Saber aunar la novedad y la lógica constituye la bondad de la invencion, su mayor ó menor mérito está en el realce de ambas circunstancias, su valor se mide por los resultados.

La trama dramática es, digámolso así, el cruzamiento, el enlace de los principios determinados de antemano; su objeto debe ser producir grandes contrastes ó grandes simpatías, ya se refieran al ánimo, ya á la razon, contando para ello con ese universal resorte, con esa ley imprescindible, esencial, á que está sujeto el hombre, la de referirlo todo á sí mismo, porque solo en sí mismo tiene la sensacion. Se le concede al poeta dramático el recurso de circunstancias incidentales que modifiquen la accion; estas circunstancias sirven de mucho, pero tienen tambien graves inconvenientes. Como que el ánimo lo refiere todo á sí mismo, la razon lo hace igualmente; si la incidencia es casual en todo el rigor de la palabra, el ánimo se afecta de ella tan poco como del temor de las casualidades; la razon se afecta menos; semejantes incidencias solo son admisibles en gracia á sus efectos que pueden interesar á la razon y el ánimo; por eso pueden servir, aunque con parquedad, como base de la accion, nunca como medio. Sacar partido de los principios puestos en juego, y sobre todo lograr que los resultados de la accion y los medios empleados para su desarrollo y desenlace sean imprevistos es la tarea del ingenio dramático; este artificio estriba en valerse al efecto, dadas ya las bases, de deducciones lógicas que el lector y mucho menos los espectadores no han podido hacerse, á no hallarse en aquel entonces en circunstancias dadas iguales á las del autor al escribir, es decir, á no ser el autor mismo.

Se realza el valor de una obra dramática con el de los pensamientos que encierra ó insinúa en cualquiera de las partes de que consta.

Como el teatro necesita, so pena de no existir, corresponder á su carácter de espectáculo público, procuran ante todo los autores interesar á la concurrencia y echan mano del medio mas obvio que hay para lograr este objeto; el medio es halagar sus afecciones, porque si el poeta las contrastase se perderia probablemente, y siquiera se

contentase con no acariciarlas lo haria á espensas de su fortuna. De todos modos seria quizá empresa gloriosa, ¿pero tan fácilmente se encuentra el mártir que la cargue sobre sus hombros?

De esta necesidad, de esta sujecion han nacido esas diferencias relativas de teatro á teatro, admisibles algunas por razones de comunidad, ninguna por superiores razones, necesarias y conducentes casi todas, pero por lo que dijo Lope de Vega :

El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo  
Hablarle en necio para darle gusto.

Esto en cuanto á la comunidad de los hombres; por lo demas, cada uno individualmente tiene tanto derecho como cualquiera otro para creerse escepcion de la regla.

Como ademas de esa antipatía que existe siempre entre pueblos y naciones confinantes, han sobrevenido en España por estos años las circunstancias que nos sujetan á la influencia de los extranjeros, se ha despertado con este motivo el entumecido orgullo nacional, exacerbándose contra ellos, aunque á la verdad, no ellos, sino el fatalismo con sus lógicas leyes tiene la culpa. Con este motivo casi todos nuestros poetas dramáticos acuden á tan poderoso resorte, y entre ellos no es quien menos lo explota D. José Zorrilla. Él y todos son disculpables; pero la posteridad borrará sin lástima esas páginas, dignas de mas elevado objeto.

Zorrilla, que da mal trato á su propio ingenio por la misma persuasion de lo que vale y puede, acude con frecuencia en sus obras dramáticas á los resortes fáciles y no finos, necesarios para simpatizar con el no muy agudo gusto del público; resultando de aquí en sus producciones una marcada tendencia al melodrama. Asi es que no pone especial cuidado ni en los caracteres, ni en la intriga, ni en los afectos profundos, variados y significativos de que pudiera sacar partido. Requieren los caracteres mucho trabajo, porque son creaciones de la percepcion y la reflexion á la par. ¿Qué perspicacia tan aguda no necesitó Cervantes para comprender el carácter de Sancho Panza, y qué reflexion no hubo menester para manejarlo? ¿qué perspicacia tan varia y general no debia asistir á Homero para concebir todos aquellos caracteres de la Iliada y qué seso y madurez para desarrollarlos? ¿qué sensibilidad tan trabajada no es la de Shakspeare al describir los héroes de sus tragedias? Y si nos detenemos á examinar todos los caracteres desarrollados por los ingenios, ¿no hallamos ser resultados de una percepcion mas ó menos varia pero siempre sutil, ya sea del

ánimo, ya de la mente? Seguramente, toda obra literaria es el resultado de las facultades perceptivas, mas ó menos desarrolladas, pero en los caracteres aparecen estas mas de bulto, porque se presentan en conjunto y cómo palpables. Pero el público no tiene esas facultades bastante trabajadas para poder sentir el mérito de su mas alto ejercicio, y Zorrilla, se lo decimos como leales amigos, es lástima que las tenga tan superiores que conozca con tal tino las flaquezas del público. Cuando se ven resaltar en sus dramas dotes tan brillantes, y una disposicion singular para concebir el orgullo, la valentía, caballeridad y consenso de la España tradicional, ¿no da dolor ver á menudo convertirse en baladrones sus caballeros? Bien es verdad que, si al pueblo español le quedan de sus antepasados la fé, el denuedo, la honradez y el orgullo, le quedan como un edificio carcomido cuyos cimientos arrebatara el curso de los siglos y que ya abandonaron sus principales moradores; y entre la multitud, que marcha siempre detrás, la fé perdió su unción y se redujo á la resistencia, el denuedo casi perdió el camino que llevaba, la honradez aquella se avillanó en la plebe y ya caduca, el orgullo hubo de alimentarse de fanfarronadas. El orgullo nacional es lo que mas pone en juego Zorrilla, y su estilo depende de aquellas consideraciones.

Si á esta seducción que ejerce con el público, se añade ese irresistible medio que posee para cautivarlo, esa versificación que le distingue, podrá calcularse el mucho poder que arrastra su talento. Los versos que brotan de su pluma encantan; fáciles, de florido estilo y música resonancia gozan la cualidad que distingue la versificación y estilo de todos los ingenios inspirados, la cualidad de estar en armonía tal con el ingenio creador, en semejante concordancia, que la espresion no puede ser mas propia del caso dado. Espresion decimos porque creemos, no solo que el estilo es parte integrante de ella, sino que tambien la versificación la ayuda. Hay indudablemente en la cadencia de la elocucion una armonía íntima con el sentido; interpretarla, sentirla pertenece á la declamacion, es verdad; pero la sonancia armónica del verso la ayuda, la auxilia, porque con el halago de la música escita el sentido y como que lo predispone y da finura. No consiste sin embargo el mérito principal de la versificación en la música, aunque es muy comun en los que hacen versos anteponerla á todo; es nada mas que un auxiliar, pernicioso si se eleva á al primacía. Esta auxiliar es la única esclusiva diferencia qui existe entre la prosa y el verso, no esa virtud inconcebible é informulada que le suele atribuir el vulgo, suponiéndolo enteramente desprendido

de todos los accidentes de la prosa. La versificación está sujeta á los mismos absolutamente, salvo las consabidas libertades concedidas en gracia á la precisión del metro, y de las cuales en verdad debe el poeta huir cuanto le sea posible.

A mas de estar sujeto el verso á todos los accidentes de la prosa, lo está á otros mil mas, no diferentes, sino mas complicados, varios y sutiles. La razon es el dedicarse á espresar imágenes y afectos, habiendo por lo tanto de usar las infinitas inflexiones de sonido que estos desarrollan con el sentimiento y aquellas con la accion. Aquí está el verdadero, el grande, el mas admirable valor de los versos, no en la continúa igual cadencia y semejante resonancia; porque si bien estas cualidades seducen á una mayoría grande de lectores, halagando con la música su oído que con la sonora facilidad logra moversele y con la cadencia armónica se deleita, hay una armonía, hay una música mucho mas profunda cuyas bellezas las sienten solo las organizaciones finas y trabajadas, bellezas cuyo encanto pasa del tímpano para penetrar en el alma. Hay una melodía en el lenguaje, como una melodía en la música, que no depende del compás ni de la medida, sino que se auna con ellas para hacerse mas sensible, aunque á toda série de sonidos es aplicable: por eso es melódica la voz del viento, por eso oímos á veces ruidos vagos que embargan el ánimo, por eso en la naturaleza se eleva al cielo esa sentidísima armonía que el poeta canta. Por eso el alma ó la organizacion, como cada cual guste, tiene sus misterios y el poeta los interpreta, y mientras la ciencia del hombre no adelante mas lejos de donde se halla, la poesía hará bien en llamarse hija del Númen.

Para concluir esta biografía crítica diremos algo acerca de la originalidad, atendiendo á lo que parece haber indicado la *Revue des deux mondes* de que no la hay en la poesía española actualmente. Ha publicado este periódico un artículo acerca de Zorrilla, que seguramente es de los mas atinados escritos del extranjero sobre cosas de España, si bien en sus principales ideas se ven rastros patentes del brillante prólogo que precede á las obras de este poeta, despojadas aquellas del barniz propio de la época en que se escribieron. Cuando habla de la originalidad de Zorrilla, llega en cierto modo á involucrarla con la nacionalidad, y nosotros creemos que son dos cosas absolutamente distintas, sin punto ninguno de contacto; porque puede ser una obra muy nacional ó muy antinacional, sin que de esto dependa la originalidad, y puede, *vice versa*, existir esta sin que en ello se deduzca indispensablemente aquella.

Desde luego advertimos que es difícil dar una acepción precisa á la palabra *originalidad* si se ha de obtener del sentido en que se usa, tan vario es y tan indeterminado. Se concibe perfectamente que se diga esta *pintura es original de tal pintor*, porque lo que entonces se hace es meramente determinar su origen; también se comprende que el sentido de la palabra *original* ya usada en aquella acepción lógica y rigurosa se estiende hasta el punto de no denotar solamente el origen del artefacto en cuestion, sino de espresar que no es copia ni imitación de otro alguno, y esta es su significación mas generalizada. Que segun la primera hay originalidad en todas las obras es bien obvio, porque tienen origen; que conforme á la acepción segunda en unas obras habrá originalidad y en otras no, es consecuencia forzosa; pero aplicada esta palabra en igual sentido á las ideas, á lo abstracto, vendremos á parar en que es innecesaria en castellano, en que llega por medio de tortuosidades á espresar lo que lisa y llanamente significa la palabra *invencion*. Nosotros creemos que el mayor favor que se puede hacer á la *originalidad* es tomarla en este sentido; y, si no está, no creemos haya mas que otros dos que atribuirle, ó el de *invencion estravagante* que se la da familiarmente, ó el de una equivalencia á invencion y novedad todo junto. Efectivamente puede existir la primera sin la segunda; se concibe perfectamente que un individuo invente una cosa ya inventada por otro.

Tómese en este ó en el primer sentido la palabra *originalidad*, nosotros decimos que existe mas ó menos en todo lo que no es copia, y que la cuestion se reduce siempre á la de novedad. Ahora bien, ¿cabe la novedad absoluta en algo? No, porque para ello, era menester que en el orden de las cosas hubiese efectos sin causa. En lo que sí puede existir es en la percepción, y aun esta no puede jamás percibir una nueva idea simple, porque para el hombre no hay mas que una que es la sensación, y todas las que pasan por tales se reducen á este centro único y absoluto de la vida, á este misterio, á esta unidad múltiple incomprensible. De aquí parten todas las ideas humanas, y se van multiplicando por combinación. Diríase que el hombre marchá arrojado desde un punto que le es desconocido, desde el cual principia, pero que la vida misma no puede comprender; de ahí parten las ideas multiplicándose al infinito, sin poder nunca volver á reconocer su origen, como un rio que está condenado á no encontrar jamás su manantial, como las aguas que pueden tomar mil modificaciones en la forma, pero siempre sujetas á la misma esencia. En vano el hombre califica lo que

siente, en vano dice Newton al ver la piedra buscar el centro *atraccion*, en vano el físico dice *fuerza* al ver eso que sentimos, pero que no podemos explicar. Sentimos mas y menos, y por eso lo medimos todo, pero no comprendemos nada. Todas las ideas parten, pues, de un principio incomprensible, ¿pero cómo se dividen, subdividen y clasifican? ¿cómo nacen de ese principio? como los colores nacen de la luz, y se separan y distinguen, y luego mezclándose en número infinito de mútuas varias candidades desarrollan á nuestros ojos ese jardin de la creacion, y crean matices y matices hasta no acabar jamás. Como cuando se echa una piedra en un lago describe una série de circulares ondulaciones, y si á la par se echa otra las describe tambien y unas y otras se cruzan, y asi todas las que sucesivamente se causan, llegando á formar en sus intersecciones mil diferentes movimientos capaces de multiplicarse hasta el infinito en número simultáneo y diferencias sucesivas; como los sonidos que combinándose entre sí dan lugar á innumerables armonías, y nacimiento á esos vagos ruidos incomprensibles que el oido mas músico no puede definir ni determinar sus componentes, al modo que el pintor ve colores que no comprende, al modo que el matemático ve líneas cuya generatriz no puede hallar, y al modo que mira el mecánico movimientos cuyas componentes fuerzas no concibe ni deslinda; asi surgen, se multiplican las ideas y de una combinacion en otra llegan á resistirse al poder del mas analítico espíritu. ¡O ciencia! cuántas y cuán íntimas penas debes hacer sentir al sabio!

Aquí estriba, pues, la fuerza inventora del poeta; si por esto se entiende originalidad, y la referimos luego á Zorrilla, fácil es comprender poco mas ó menos la que se desarrolla en lo que escriba. Para hacer esta estimacion de inventiva el mejor medio en el estado de nuestros conocimientos es la comparacion; para hacerla es por lo que el crítico necesita leer mucho. Algun dia llegará acaso en que el análisis sistematico y dé autoridad de ley á esta operacion, y en el entretanto la poesía tendrá casi siempre razon para rebelarse contra la crítica.

Por lo demas, si la Francia pretende que la poesía de Zorrilla no tiene una diferencia genérica de la suya, dice verdad, pero tambien puede asegurarse que Zorrilla no tiene de francés mas que Victor Hugo de español, y de origen propio de nacion á nacion, ú originalidad, si quiere decirse en este sentido, mas tiene la poesía de Zorrilla que la francesa, pues lo que esta ha tomado de la del Norte le falta absolutamente á aquel. Esto es hablando acerca de invencion, pues creemos que la poesia francesa ha inventado muy poco, y si

ellos quieren decir que Zorrilla no lo ha hecho por su parte, se les puede asegurar que menos ha ido á pedir prestado la poesía de este que la suya.

Donde hay que estudiar á este es en los cantos del *Trovador*. En estas producciones es donde está de manifiesto su ingenio; como deba este clasificarse y ser valuado el mismo Zorrilla lo facilita; no hay mas que hacerlo con arreglo á la introduccion de los *cantos*; aquello es el traslado mas completo y exacto de su talento. Creemos por esta razon deber insertarla en seguida.

#### INTRODUCCION

#### DE LOS CANTOS DEL TROVADOR.

—

¿Qué se hicieron las áuras deliciosas  
Que, henchidas de perfume, se perdian  
Entre los lirios y las frescas rosas  
Que el huerto ameno en derredor ceñian?  
Las brisas del otoño revoltosas  
En rápido tropel las impelian,  
Y ahogaron la estacion de los amores  
Entre las hojas de sus yertas flores.

Hoy al fuego de un tronco nos sentamos  
En torno de la antigua chimenea,  
Y acaso la ancha sombra recordamos  
De aquel tizon que á nuestros piés humea.  
Y hora tras hora tristes esperamos  
Que pase la estacion adusta y fea,  
En pereza febril adormecidos,  
Y en las propias memorias embebidos.

En vano á los placeres avarientos  
Nos lanzamos de quier, y órgias sonoras  
Estremecen los ricos aposentos  
Y fantásticas danzas tentadoras;  
Porque antes y despues caminan lentos  
Los turbios días y las lentas horas,  
Sin que alguna ilusion de breve instante  
Del alma el sueño fugitivo encante.

Pero yo, que he pasado entre ilusiones,  
Sueños de oro y de luz mi dulce vida,  
No os dejaré dormir en los salones  
Donde al placer la soledad convida :

Ni esperar revolviendo los tizones  
 El yerto amigo ó la falaz querida ;  
 Sin que mas esperanza os alimente  
 Que ir contando las horas tristemente.

Los que vivís de alcazares señores,  
 Venid, yo halagaré vuestra pereza ;  
 Niñas hermosas que morís de amores,  
 Venid, yo encantaré vuestra belleza :  
 Viejos, que idolatraís vuestros mayores,  
 Venid, yo os contaré vuestra grandeza ;  
 Venid á oír en dulces armonías  
 Las sabrosas historias de otros días.

Yo soy el Trovador que vaga errante :  
 Si son de vuestro parque estos linderos  
 No me dejéis pasar, mandad que cante ;  
 Que yo sé de los bravos caballeros  
 La dama ingrata, y la cautiva amante,  
 La cita oculta y los combates fieros  
 Con que á cabo llevaron sus empresas  
 Por hermosas esclavas y princesas.

Venid á mí, yo canto los amores ;  
 Yo soy el Trovador de los festines ;  
 Yo ciño el arpa con vistosas flores,  
 Guirnalda que recojo en mil jardines ;  
 Yo tengo el tulipan de cien colores  
 Que adoran de Stambul en los confines,  
 Y el lirio azul incógnito y campestre  
 Que nace y muere en el peñon silvestre.

¡ Ven á mis manos, ven, arpa sonora !  
 ¡ Baja á mi mente, inspiracion cristiana,  
 Y enciende en mí la llama creadora,  
 Que del aliento del Querub emana !  
 ¡ Lejos de mí la historia tentadora  
 De ajena tierra y religion profana !  
 Mi voz, mi corazon, mi fantasia  
 La gloria cantan de la pátria mia.

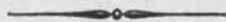
Venid, yo no hollaré con mis cantares  
 Del pueblo en que he nacido la creencia ;  
 Respetaré su ley y sus altares ;  
 En su desgracia á par que en su opulencia  
 Celebraré su fuerza, ó sus azares :  
 Y fiel ministro de la gaya ciencia,  
 Levantaré mi voz consoladora  
 Sobre las ruinas en que España llora.

¡Tierra de amor! ¡tesoro de memorias,  
Grande, opulenta y vencedora un día,  
Sembrada de recuerdos y de historias,  
Y hollada asaz por la fortuna impía!..  
Yo cantaré tus olvidadas glorias :  
Que en alas de la ardiente poesía  
No aspiro á mas laurel ni á mas hazaña,  
Que á una sonrisa de mi dulce España.

Nadie ha comprendido mejor su poesía que el mismo Zorrilla con solo entregarse á la espontaneidad de su genio. En esos versos se le ve manifiesto con todas sus bellezas, con todos sus defectos habituales, que se reducen á un empeño de voluntad por herir con fuerza la tradicion. No se logra ver el poeta de los siglos pasados; pero es precisamente el poeta del siglo actual. Por eso le ama la España como á un hijo predilecto, por eso es tan popular. Todavía esperamos recorrerá por largo tiempo la senda de gloria que le mostró el destino.

ILDEFONSO OVEJAS.

# PRÓLOGO.



Era una tarde de febrero. Un carro fúnebre caminaba por las calles de Madrid. Seguíanle en silenciosa procesion centenares de jóvenes con semblante melancólico, con ojos aterrados. Sobre aquel carro iba un atahud, en el atahud los restos de LARRA, sobre el atahud una corona. Era la primera que en nuestros dias se consagraba al talento; la primera vez acaso que se declaraba que el genio es en la sociedad una aristocracia, un poder. La invidia y el odio habian callado; los hombres de la moralidad dejaban para despues la moral tarea de roer los huesos de un desgraciado, y nadie disputaba á nuestro amigo los honores de su fúnebre triunfo. Todos tristes, todos abismados en el dolor, conducíamos á nuestro poeta á su capitolio, el cementerio de la puerta de Fuencarral, donde las manos de la amistad le habian preparado un nicho. Un numeroso concurso llenaba aquel patio pavimentado de huesos, incrustado de lápidas, entapizado de epitafios, y la descolorida luz del crepúsculo de la tarde daba palidez y aire de sombras á todos nuestros semblantes. Cumplido ya nuestro triste deber, un encanto inesplicable nos detenia en derredor de aquel túmulo; y no podíamos separarnos de los preciosos restos que para siempre encerraba, sin dirigirles aquellas solemnes palabras que tal vez oyen los muertos antes de adormecerse profundamente en su eterno letargo. Entonces el Sr. ROCA DE TOGORES, levantando pensativamente de su alma el peso de dolor que la oprimia, y como revistiéndose de la sombra del ilustre difunto, alzó su voz: LARRA se despidió de nosotros por su boca, y nos refirió por la vez postrera la historia interesante de sus borrascosos, brillantes y malogrados dias. En aquel momento nuestros corazones vibraban de un modo que no se puede hacer comprender á los que no lo sientan, que los mismos que le hayan sentido le habrán ya olvidado, porque

de los vuelos del alma, de los arrebatos del entusiasmo, ni se forma idea, ni queda memoria; que en ellos el espíritu está en otra region, vive en otro mundo: los objetos hacen impresiones diversas de las que producen en el estado normal de la vida, el alma ve claros los misterios ó cree, porque lo siente, lo que tal vez no puede comprender. Se ve entonces á sí misma, se desprende y se remonta del suelo; conoce, ve, palpa que ella no es el barro de la tierra, que otro mundo la pertenece; y se eleva á él, y desde su altura como el águila que ve el suelo y mira al sol, sondea la inmensidad del tiempo y del espacio, y se encuentra en la presencia de la divinidad que en medio del espácio y de la eternidad preside. Entonces no se puede usar del lenguaje del mundo, y el alma siente la necesidad de otra forma para comunicar lo que pasa en su seno. Tal era entonces nuestra situacion. No era amistad lo que sentíamos; no era la contemplacion profunda de aquella muerte desastrosa, de aquella vida cortada en flor, la vista de aquel cementerio, la inauguracion de aquella tumba, la serenidad del cielo que nos cubria, la voz elocuente del amigo que hablaba; no era nada de esto, ó mas que todo esto, ó todo esto reunido para elevarnos á aquel estado de inesplicable magnetismo en que en una situacion vivamente sentida por muchos, parece que se ayudan todos á sostenerse en las nubes. ¡ Ah! Pero nuestro entusiasmo era de dolor, y llorábamos (sábenlo el cielo y aquellas tumbas), y al querer dirigir la voz á la sombra de nuestro amigo, pedíamos al cielo el lenguaje de la triste inspiracion que nos dominaba, y buscábamos en derredor de nosotros un intérprete de nuestra afliccion, un acento que reprodujera toda nuestra tristeza, una voz donde en comun concierto sonasen acordes las notas de todos nuestros suspiros. Entonces de en medio de nosotros, y como si saliera de bajo aquel sepulcro, vimos brotar y aparecer un jóven, casi un niño, para todos desconocido. Alzó su pálido semblante, clavó en aquella tumba y en el cielo una mirada sublime, y dejando oir una voz que por primera vez sonaba en nuestros oidos, leyó en cortados y trémulos acentos los versos que van insertos en la página primera de esta coleccion, y que el Sr. Roca tuvo que arrancar de su mano, porque desfallecido á la fuerza de su emocion, el mismo autor no pudo concluirlos. Nuestro asombro fué igual á nuestro entusiasmo; y asi que supimos el nombre del dichoso mortal que tan nuevas y celestiales armonías nos habia hecho escuchar, saludamos al nuevo bardo con la admiracion religiosa de que aun estábamos poseidos, bendijimos á la Providencia que tan ostensiblemente hacia aparecer

un genio sobre la tumba de otro, y los mismos que en fúnebre pompa habíamos conducido al ilustre LARRA á la mansion de los muertos, salimos de aquel recinto llevando en triunfo á otro poeta al mundo de los vivos y proclamando con entusiasmo el nombre de ZORRILLA.

No he recordado aquí esta tarde por el placer de describir una escena grande y poética. Mas poética y mas grande fué seguramente que mi descolorida descripcion, aunque en el torrente de las escenas que á nuestros ojos pasan, ya se haya hundido, y ya casi todos la hayan olvidado. El autor de estas líneas no podrá borrarla de su memoria. Entonces empezó á sentir hácia el ilustre poeta á quien la consagra el afecto que con él le une, y que es demasiado tierno para que no forme época en su vida: entonces empezó el público á conocer las producciones de este ingenio; y la impresion que de ellas ha recibido es demasiado profunda para que no se marque muy distintamente en los anales de la literatura contemporánea. Pero no ha sido esta precisamente la razon de recordar aquella escena. Yo he tomado nota de ella, y la he consignado al frente de estas páginas porque aquella original aparicion me ha sugerido las reflexiones que voy á hacer sobre la índole y carácter de estas poesías.

Cuando oímos los versos de que acabo de hacer mencion, todos los que tuvimos la fortuna de escucharlos, sentimos la inspiracion que los habia dictado, y comprendimos el idealismo en que estaban concebidos, porque tambien nosotros estábamos inspirados, y tambien nuestra existencia vagaba por las regiones de lo ideal y de lo eterno. Nos hallábamos al nivel del autor, á la altura de su mismo genio, y en estado de sentir lo que él tal vez no hizo mas que expresar; porque entonces como los primitivos poetas, como los bardos en sus banquetes, como PÍNDARO en los juegos olímpicos, tomaba entusiasmo de nuestro entusiasmo, llanto de nuestro llanto: era el foco del espejo, y reflejábanse en él concentrados los rayos que tal vez de nosotros mismos partian. Asi que á nadie pudo ocurrírsele que aquella produccion no fuese natural, espontánea, como su mirar, como su acento, como el color de su semblante y el llanto de sus ojos. Nadie pudo ver en ella la imitacion de tal autor, ó los principios de tal escuela: nadie discutió si era *clásica ó romántica, oriental ó filosófica*. Era una composicion de allí, de aquel poeta, de aquel momento, de aquella escena, para nosotros, en nuestra lengua, en nuestra poesía, en poesía que nos arrebató, que nos electrizó, que comprendimos, y sobre cuyo mérito, género y for-

mas no se suscitaron discusiones ni críticas. Y sin embargo el autor la habia escrito algunos momentos antes de aquella reunion á solas en su gabinete, sin auditorio que la escuchara, y bajo la inspiracion de su dolor y de su genio. Si á solas tambien la hubiera leído á cada uno de sus oyentes, ¿ hubiera producido el mismo efecto ? ¿ La hubieran hallado tan ideal, tan bella, tan original y tan espontánea ? No seguramente. Para uno hubiera sido incomprendible una frase : otro hubiera encontrado exageracion ó falta de verdad en un pensamiento : un oido *fino* hubiera sentido flojo, duro, ó arrastrado algun verso : un entendimiento metódico observaria la falta de órden, de conexion y enlace entre sus ideas : cual la tendria por *vaga*, y haria notar que su lectura no dejaba en el alma ninguna idea fija ; y ¿ qué mas ? La mayor parte tal vez no hubieran visto en ella mas que una imitacion de Victor Hugo, ó de Lamartine. Pues lo que hubiera sucedido á aquella composicion así leida, sucede todos los dias no precisamente con respecto al público, sino con respecto á los inteligentes y críticos con otras que se han dado á luz. Todos ellos suscitan las mismas vanas y ociosas cuestiones ; y solo los corazones sensibles y no gastados que se entregan de buena fé al ímpetu del sentimiento, y que unisonos desde luego al tono del poeta, vibran con todas las modulaciones de su laud, y obedecen á todos los caprichos de su inspiracion, se encuentran con respecto á las demas poesías de este autor en el caso en que todos nos hallamos cuando su aparicion en el cementerio. Entonces su inspiracion habia volado sola adonde nuestro entusiasmo voló despues : despues su inspiracion siguió siempre la misma, tal vez mas poderosa, mas alta, mas fuerte, mas profunda ; pero no siéndonos siempre posible ponernos en la esfera de su atraccion, vemos á veces sus cuadros desde un punto en que no tienen perspectiva, ó no oimos de su lira mas que el ruido de los trastes. De ahí la mayor parte de esas disputas y críticas : de ahí esas frases incomprendibles para los que quisieran hallar en los versos ecuaciones y silogismos : de ahí ese *gongorismo* para los que piensan que la poesía es solo un modo de hablar, y no un modo de sentir, una manera de ser : de ahí, en fin, la pretension de que estos versos son imitaciones de un autor, ó doctrinas de una escuela por parte de los que todavia están aferrados en creer que la poesía es *¡ un arte de imitacion !* y que puede ser un método de hacer esposiciones de teorías políticas, ó sistemas filosóficos. Empero los que tienen corazon y alma, y los que saben que con el corazon y con el alma, y no con los dedos y con las palabras, se hacen los versos,

saben tambien lo que significan estas impugnaciones y lo que hay en ellas de verdadero ó inexacto. El autor de este prólogo está muy distante de creer que sean obras perfectas los primeros preludios poéticos del amigo á quien le consagra, y el entusiasmo que le arrebató no le ciega; ha querido sin embargo demostrar cómo muchos de los defectos que se atribuyen á una obra pueden consistir en el modo de juzgarla, y sobre todo ha querido protestar contra ese tema de que es imitacion y amaneramiento de escuela lo que es tan espontáneo y tan natural como las flores del campo y como las rocas de los montes. Siglos hay, sí, que inspiran un mismo tono á todo aquel que los canta, principios, ideas, y sentimientos generales, dominantes, humanitarios, que presidiendo á una época y á una generacion, se reproducen en todas sus obras y bajo todas sus formas. Pero entonces la analogía no es el plagio, la semejanza no es la imitacion, ni la consonancia el eco : entonces por el contrario la conformidad es el sello de la inspiracion y de la originalidad : entonces dos obras se parecen y distan entre sí un mundo entero : entonces dos autores se imitan sin conocerse : entonces se notan armonías y correspondencias entre la Biblia y HOMERO : entonces se copian SHAKSPEARE y CALDERON. Es un sol refulgente que reverbera en todos los cuerpos que ilumina : es una luna melancólica que reproducen todos los objetos que baña con sus pálidos rayos. Sí. El siglo de BYRON, de HUGO y de CHATEAUBRIAND debe inspirar tambien á los vates españoles: pero su inspiracion no dejará de ser de ellos, y de ser española, como del siglo, y de los objetos que canten. Póngase cada uno á mirar sus cuadros á la luz que alumbró : verá tal vez en su fondo el reflejo del cielo que los cubre; pero no colores prestados de ajena paleta. Fórmese para cada composicion un teatro como el del cementerio, y verán todos en ella la inspiracion original, la naturalidad, la unción, la verdad, la belleza ideal, y la celestial armonía que creyeron ver en la primera; percibirán clara y luminosamente lo que algunos no comprendieron, se sentirán en la presencia real de lo que tal vez les pareció vision y quimera, les sorprenderá la exactitud de lo que creyeron exagerado y hallarán por último que lo que afectan llamar romanticismo no es mas que la poesía, la naturaleza, la verdad.

A otra série de reflexiones ha dado ademas lugar en mi alma la escena de aquella tarde, reflexiones que algunos no comprenderán tampoco, y que otros muchos comprenderán solamente para fulminar contra ellas el anatema del ridículo, y para acogerlas con la sardónica ironía que entre nosotros se afecta hácia todo lo que no es mate-

rialmente positivo y humanamente lógico, hácia todo lo que propende á hacer intervenir al cielo en lo que pasa en la tierra. Yo empero que creo en un órden de cosas superior al órden de los fenómenos que á nuestra razon y á nuestros sentidos es dado percibir y esplicar; yo que estoy persuadido de que no se hallan entre nosotros todas las causas de lo que á nuestros ojos sucede, acostumbrado á ver la mano de la Providencia en los sucesos al parecer mas insignificantes de la vida, no es mucho que la conozca en aquellas ocasiones en que mas ostensiblemente y con mas solemnidad quiere como revelarse á nuestra vista. Sí, un poeta puede confesarlo, puede decir que cree en las *causas finales*, que cree en la *predestinacion*, y que cree que si la humanidad toda concurre á la obra que la inteligencia suprema le ha trazado, cada hombre, y sobre todo cada especialidad, concurre á un objeto fijo y determinado. Sin esta creencia el libro del mundo es un enigma incomprehensible, y el de la historia un tejido de absurdos. Fiel á esta creencia, y juzgando que LARRA era algo en la tierra, que en esta nacion, en esta agregacion de nulidades donde su existencia descollaba con tanto brillo, no en vano sus producciones habian fijado tan vivamente la atencion pública, y que su pérdida dejaba un vacío no solo en la literatura, sino en la sociedad; cuando á orillas del sepulcro del malogrado escritor que nos dejaba, ví brotar el poeta que nacia, el hecho era de demasiado bulto, la aparicion demasiado fatídica para no reconocer en el nuevo genio una *mision* tan especial como la del primero. Los presentimientos que hasta ahora he tenido fundadas en esta opinion, no han sido nunca vanos: el que aquella tarde tuve, no lo ha sido tampoco. Los acentos del nuevo bardo sorprendieron desde luego y arrebataron. Agitado de la calentura del genio y de la maravillosa fecundidad de que le ha dotado el cielo, en pocos meses ha lanzado al público una multitud de composiciones que no pasaron efimeras como la mayor parte de las fugitivas producciones de nuestros dias, ó conocidas solo de los inteligentes como las de épocas anteriores. Recibidas ora con admiracion, ora con estrañeza, ora con entusiasmo, ora con desagrado segun las ideas y carácter de cada uno, no lo han sido nunca con indiferencia. Leidas y releidas, decoradas y oidas y recitadas por todos, el ansia con que se buscan los periódicos donde se publicaron algunas, ha obligado á recogerlas en la presente coleccion. Y no solo en elogios y alabanza ha consistido su popularidad. Tambien son ellas las que mas criticas é invectivas han suscitado, tambien han sido parodiadas, y puestas en ridiculo é imitadas por malos poetas, que es

la mas infeliz parodia; tambien han sido tachadas de inmorales, de incomprensibles, y hasta equiparadas en algun artículo de periódico á los discursos de varios *célebres* oradores de nuestras actuales Córtes. Pues bien : esta novedad y admiracion, esas sátiras é invectivas, esas imitaciones de la mediania y esas hostilidades de la envidia son el grande éxito, la corona del talento, el sello de la especialidad. Parece que nuestra época se afanaba en producir un poeta que estuviese á su nivel y en armonía con ella, que fuese como el representante literario de la nueva generacion, de sus ideas, de sus sentimientos y creencias : varios jóvenes al parecer con esta esperanza y con éxito mas ó menos feliz, se habian presentado hasta ahora en la escena; y el público no dejó de vislumbrar en ellos ráfagas de nueva luz, y sentir aliento de nueva vida; pero á la aparicion de ZORRILLA, ha visto ya el oriente de un astro muy luminoso. Tibios todavía sus primeros rayos han despertado en su derredor todo un hemisferio de poesia, y si aun no ha nacido el sol, estrellas muy resplandecientes se eclipsaron ya ante su brillante crepúsculo. Si sus preludios marcan una aurora, sus cantos sellarán una época : si su aparicion ha sido fatidica, su poesia sera providencial; si el eco de su voz ha sobrecogido y su primera inspiracion fascinado, muy trascendental y poderosa será la influencia que debe ejercer y mas anchurosa de lo que se cree la esfera de accion en que debe obrar su impulso.

¿Cuál será empero esta accion? ¿Cuál será el desarrollo de este germen? ¿Cuál será este fin? Yo he podido adivinarlo, pero no me atreveré á predecirlo, porque los arcanos del destino no se esplican, ni los vuelos del genio se calculan. Permítasele sin embargo á un alma tambien poética formar esperanzas; y para formularlas y para dar una idea de las conjeturas que sobre lo futuro se presentan á su fantasia, permítasele entrar en esplicaciones del aspecto bajo que las cosas presentes se ofrecen á sus ojos. La imaginacion, la amistad, el entusiasmo podrán ejercer grande influencia en este análisis; pero el corazon, el sentimiento, la fantasia son el único *método analítico* aplicable á las obras de un poeta.

En el estado actual de nuestra indefinible civilizacion, la poesia como todas las ciencias y artes, como todas las instituciones, como la pintura, la arquitectura y la música, como la filosofia y la religion, ha perdido su tendencia unitaria y simpática, y sus relaciones con la humanidad en general, porque no existiendo sentimientos ni creencias sociales, carece de base en que se apoye, y de lazo que á la

humanidad la ligue. Sin poder proclamar un principio que la sociedad ignora, sin poder encaminarse hácia un fin que la sociedad no conoce, ni dirigirse hácia un cielo en que la sociedad no cree, la poesía, dejando una region en la que no hallaba atmósfera para respirar, se ha refugiado como á su último asilo á lo mas íntimo de la individualidad y del seno del hombre, donde aun á despecho de la filosofía y del egoísmo un corazón palpita y un espíritu inmortal vive. Pero el hombre en su aislamiento es el mas miserable y desgraciado de los seres. La Providencia ha hecho necesaria para su dicha y su perfectibilidad la asociacion; asociacion que no es el agregado de muchos individuos de la especie humana, sino el conjunto de las facultades que en comun poseen, la comunión de sus ideas y de sus sentimientos, de la inteligencia y de la simpatía. Mas hay épocas tristes para la humanidad en que estos lazos se rompen, en que las ideas se dividen, y las simpatías se absorven; en que el mundo de la inteligencia es el caos, el del sentimiento el vacío; en que el hombre no ejercita su pensamiento sino en el análisis y en la duda, y no conserva su corazón sino para sentir la soledad que le rodea y el abismo de hielo en que yace. Entonces el genio puede volar aun, pero vuela como el Satanás de MILTON; solitario y por el caos: el sol le causa pena, la belleza del mundo envidia. Su poesía es solitaria como él, y como él triste y desesperada. Canta ó mas bien llora sus infortunios, su cielo perdido, el fuego concentrado en su corazón, las luchas de su inteligencia y las contrariedades de su enigmático destino. Sus relaciones con la naturaleza no pueden ser expansivas, ni sus relaciones con los hombres simpáticas. Replegado en su individualismo, sus relaciones con Dios podrán aun ser muy vivas; pero solo en su presencia, si la reconoce, y solo en el universo, si tal vez ha renegado de la Providencia, los himnos que debian consagrarse á una religion de amor, serán solamente gritos de desesperacion y de impío despecho, ó estravíos de un abstracto y estéril misticismo. Tal es á mis ojos el carácter de la época presente, tal es tambien su poesía; la poesía dominante, la poesía elegiaca actual, poesía de vertigo, de vacilacion y de duda, poesía de delirio, ó de duelo, poesía sin unidad, sin sistema, sin fin moral, ni objeto humanitario, y poesía sin embargo que se hace escuchar y que encuentra simpatías, porque los acentos de un alma desgraciada hallan donde quiera su cuerda unisona y van á herir profunda y dolorosamente á todas las almas sensibles en el seno de su soledad y desconsuelo. ZORRILLA ha empezado y no podia menos de empezar por este género. Hijo del siglo, le ha pagado

tambien su tributo de lágrimas; ha pasado por bajo el yugo de su tiranía; ha llorado tambien á solas y ha dado al viento sus sollozos: ha golpeado su frente de poeta contra el calabozo que le aprisionaba, ha forcejeado por quebrantar cadenas que no son lazos; ha invocado el auxilio de un Dios, y ha renegado del cielo; ha cantado el éstasis de los bienaventurados y saludado á la reina de los ángeles, y ha lanzado gemidos de desesperacion infernal, y llamado en su socorro la muerte y la nada.

Y cuando la fuerza expansiva de la inspiracion, arrancándole de su individualismo, le lanzó á mas ancha esfera y le hizo recorrer á pesar suyo la sociedad que se agitaba á su alrededor, no se deslumbraron sus ojos con el brillo que despedia el oropel de la civilizacion, sino que intuitivamente penetrantes bien conocieron sobre el lecho de oro y púrpura á la enferma que agonizaba abandonada y sola, y bien acertaron á ver mas allá bajo la suntuosa lápida del sepulcro cincelado, la brillante mortaja de seda y pedrería pronta á cubrir la fetidez de un cuerpo presa ya de la gangrena y de la muerte.

El instinto perspicaz de su inspiracion le ha representado al mundo moral en su espantosa anarquía y desnivel, en su desorganizacion y fealdad. Y arrebatado á tal vista de un vértigo de tristeza y amargura, asomó á sus labios aquella risa horriblemente sardónica con que el hombre en el último extremo de desesperacion y miseria, escarneciendo á los demas y á sí mismo, pregunta al cielo como burlándose qué es lo que tal desórden significa, duda si se debe tomar á serio la suerte de la humanidad, mezcla reflexiones profundas y terribles con sátiras amargas y ridículos contrastes, y entre el llanto de un funeral hace oír las carcajadas de una orgía. Entonces evocando la sombra de Cervantes, tiene con ella el singular diálogo en que nuestro poeta se mofa de sus tiempos tan á su sabor (si bien con otra hiel y tristeza) como aquel genio inmortal parodiaba los suyos. Entonces personificando en Venecia á todas las naciones degradadas y á todos los pueblos corrompidos, despues de haber descrito en versos dignos de CALDERON y de BYRON la grandeza de su antiguo poderío y el polvo y cieno en que desde su elevacion se hundieron, repentinamente *levanta una carcajada para apagar sus gemidos*, y termina su fúnebre canto entre la báquica algazara de un festin, como se suele ver en tiempos de peste y mortandad entregarse los hombres á desórdenes y excesos, para apurar los goces de su existencia amenazada entre la embriaguez de los placeres. Y por último, en otro momento de inspiracion mas poderosa y mas profunda, abarcando de un solo golpe

de vista eminentemente sintético el cuadro de todos los vicios y de todas las monstruosas desigualdades de la sociedad, la pinta de una sola pincelada en cuatro versos dignos de la pluma de LAMENNAIS y que equivalen á todo un volúmen de filosofía, en que dirigiendo sobre el banquete de la vida una mirada mas terrible que la de DANIEL sobre el convite de BALTASAR, dice que

Unos cayeron beodos,  
Otros de hambre cayeron,  
Y todos se maldijeron,  
Que eran infelices todos.

Empero lo que mas caracteriza al genio, es no ser exclusivamente órgano de la época en que vive y presentir la que nace en medio de las inspiraciones de lo que existe. Asi HOMERO adivinó los tiempos de LICURGO y de SOLON, asi VIRGILIO casi pertenece al cristianismo y á la edad media, asi el DANTE apenas se concibe cómo haya escrito en el siglo XIII, asi CERVANTES en una edad caballeresca todavía predecia y aceleraba el prosaismo del siglo XVIII; y por eso el instinto de todos los pueblos ha reconocido siempre en la inspiracion poética el don de la profecía. El genio actual conserva aun reconcentrado todo lo que en la humanidad debia haber y todo lo que habrá sin duda, porque todavía sus gérmenes existen, no en la sociedad, pero sí en los individuos; para él aun puede haber creencias y virtudes, é ilusiones y amor, y abnegacion, y heroismo é interés que no sean de la tierra, y un pensamiento de Dios, una memoria del cielo, una esperanza de inmortalidad. Por eso nuestro poeta no tardó en conocer que la poesía á que le arrastraba su siglo era estéril y transitoria, como debe serlo esta época de desorganizacion y de duda, como debe serlo el egoismo que nos disuelve, y el escepticismo que nos hiela, y parándose en su carrera y apartándose de la boca del tártaro adonde caminaba, y subiéndose á un puesto mas avanzado y mas digno de su mision, ha visto la naturaleza bella, risueña, iluminada, viva y animada como Dios la creó, para servir de teatro á la virtud y á la inteligencia del hombre, y tiñendo su pluma de los colores del iris, y de los celages del oriente, ha dirigido á la humanidad palabras de amor y consuelo, himnos de bendicion y alabanza al Creador.

¡Bello es el mundo! ¡Sí! ¡ la vida es bella!  
Dios en sus obras el placer derrama.

Entonces en medio del negro horizonte que le circundaba, una

brisa de esperanza agitó su alma, y un rayo del sol del porvenir iluminó su frente; empero su musa, antes de lanzarle en las profundidades de lo futuro, quiso anudar en su espíritu la cadena de las tradiciones, sin las que no hay sociedad ni poesía, y llevarle á recorrer primero los venerables restos de lo pasado. Su imaginacion debia encontrar todavía en ellos una sociedad homogénea y compacta de religion y de virtud, de grandeza y de gloria, de riqueza y sentimiento, y su pluma no pudo menos de hacer contrastar lo que hay de mezquino, glacial y ridículo en la época actual con lo que tienen de magnífico, solemne y sublime los recuerdos de los tiempos caballerescos y religiosos. Y el primero entre nuestros poetas que ha sentido la necesidad de buscar en estas creencias y tradiciones los gérmenes de grandeza y sociabilidad que abrigaban, y que es preciso desenterrar de los abismos de lo pasado, los tesoros del porvenir, ha sido tambien el primero á dar vida poética á nuestros olvidados monumentos religiosos, y á poner en escena las sagradas y grandiosas solemnidades que hacian las delicias de nuestros padres. Bajo su pluma vemos levantarse de entre el polvo y el cieno que la cubren como un sepulcro olvidado la severa capital del imperio godo, revestida del armiño de sus reyes y de la púrpura de sus prelados, guerrera como sus héroes y sus armas, religiosa y política como sus concilios: trocada despues por el árabe voluptuoso en una mansion de placeres, asistimos á sus fiestas y á sus torneos y caballerescas justas, perfumados de los aromas de oriente, adornados de galas, plumas, seda y pedrería, y respirando el aliento de las houries de Mahoma; pero en seguida vemos alzarse gigantesca, y descollar por sobre todas estas memorias la catedral primada, símbolo arquitectural del cristianismo, con los estandartes de piedra de sus torres, con las lenguas de bronce de sus campanas, y presenciarnos los sagrados ritos de la religion mas bella que ha existido sobre la tierra, oimos el órgano cantando sus solemnes misterios por la *céntuple garganta de los tubos de metal*, y escuchamos á la par el canto de los sacerdotes, el crujir de sus tisúes y brocados, y nos deslumbra el brillo de mil lámparas reflejado en el oro de los altares y en los diamantes del tabernáculo; y prosternados con el pueblo que asiste á tan grandioso espectáculo, nos embriagamos de luz y de armonía, de aroma de incienso y de música del cielo, y se apodera de nosotros el éxtasis que remeda en la tierra el arrobamiento santo de los bienaventurados. En aquel momento los gemidos de dolor cesan: los sollozos de amargura, los ayes de impotencia y despecho se convierten en lágrimas de santa

ternura y en himnos de esperanza, el desprecio de la vida y el odio á los hombres da lugar á la idea de inmortalidad, premio de una existencia de virtudes y amor. La sociedad que vemos dispersa sobre la superficie de la tierra, reunida bajo las bóvedas del templo nos parece no tener mas que un sentimiento, una voz, una *oracion* que elevar al cielo con el humo de sus ofrendas : allí están todas las artes ; allí está la música, la pintura, la escultura, la arquitectura, todas concurrendo á un fin comun, todas formando un concierto de los talentos del hombre : el templo abarca toda la vida ; la religion completa el cuadro de la poesía como es la clave de la sociedad ; y al volver de nuestro arrobamiento, al sentirnos en la realidad de nuestra existencia, no podemos menos de consagrar un suspiro de pesar por esos bellos tiempos que se han perdido, un ¡ay! por esos placeres de nuestros padres, por esa fé que alimentaba su vida, una lágrima por esa religion abandonada, un movimiento de sagrado respeto hácia las venerandas reliquias que de ellas nos quedan.

Tal es el efecto de las variadas y profundas sensaciones que este poeta sabe escitar con su maravilloso canto ; tal es el cuadro que presentan á mis ojos las páginas de un libro donde algunos no verán tal vez mas que figuras dislocadas, versos inconexos, ideas contradictorias ; tal es el pensamiento unitario trascendental y profundamente filosófico que resulta de estas inspiraciones, la idea moral que preside á su redaccion ; y el hilo de union que liga con una trama invisible pero fuerte los varios trozos de este mosaico precioso. Pero este pensamiento y esta moralidad la buscarán en vano los que crean hallarla en máximas, y en tiradas de sentencias. Para lectores de esta clase no ha escrito ZORRILLA, ni á la verdad yo tampoco. La filosofía de que yo hablo es una filosofía viva, animada, que traspira y brota en las cosas y no en las palabras, como un jardin delicioso inspira ideas de placer, como la armonía de un concierto infunde sentimientos de amor ó de melancolía, como la vista del cielo y las maravillas de la naturaleza proclaman la existencia de Dios.

Sin embargo, se me dirá, ¿ha sido el pensamiento que yo descubro el pensamiento del autor ? ¿Tuvo presente el objeto que yo le asigno, al obedecer á las inspiraciones que le han dictado sus cuadros fantásticos y sus armoniosos himnos ? ¿Ha pensado por ventura en el fin social de sus versos, y ha pretendido enlazarlos en un conjunto regular y en un sistema poético, el jóven genio que no ha hecho acaso mas que ceder al ímpetu de su imaginacion en una hora de arrebató, y en fijar con la pluma las instantáneas imá-

genes, las fugaces sensaciones que pasaban por su existencia, tal vez para no recordársele jamás? ¿Ha descendido á estas consideraciones filosóficas, á este análisis moral y religioso de sus obras, á este cálculo previo del plan de sus trabajos? No sin duda, y si hubiera sido capaz de concebirlo, no lo hubiera sido de realizarlo; el genio no raciocina, y los poetas, como todas las especialidades del mundo, no tienen la conciencia de lo que son, cumplen su destino sin saberlo, é ignoran la teoría de la obra misma que son llamados á edificar, y el poder de los principios mismos que vienen á proclamar y difundir. Por eso los que viven á su inmediacion suelen juzgarlos con la mayor inexactitud, cuando creen ufanos que solo ellos están en el secreto del genio, y porque ellos ven de cerca una tela tiznada de borrones y manchada con informes figuras, piensan que son ilusiones y fantásticas quimeras los primores que otros ven de lejos en un cuadro lleno de verdad y de vida. Ellos no ven mas que al individuo donde debian ver al poeta, no ven mas que al autor, cuando debian examinar la obra, y miden al Escorial por la estatura de HERRERA. Oyen los lamentos de un hombre en cuyo rostro suele brillar la alegría, y no saben que son los gemidos de una generacion entera los que se exhalan de su pecho, y el llanto de todo un siglo el que humedece las cuerdas de su lira. Ven el mortal afortunado acaso quejarse de una sociedad en que es amado, en que vive tal vez en el seno de los placeres, y no saben que á un alma eminentemente simpática no le bastan los placeres de una existencia sola, y que la esponja de su corazon embebe y derrama la amargura de diez millones de infelices. Ven al hombre del mundo, tal vez indiferente é incrédulo predicando la religion y los misterios, y no conocen la terrible personificacion del siglo ateo, obligado á arrastrarse al pié de los altares, buscando un resto de fuego que reanime su helada existencia, é implorando por gracia al cielo una creencia, un rayo de verdad que alumbré á la humanidad, y la enseñe la senda de su destino en la espantosa noche del escepticismo que la circunda. No Ellos no ven ni al hombre moral siquiera, al individuo en sus interioridades, en sus ilusiones, en sus flaquezas, en sus contrastes y en sus misterios, no ven mas que al hombre uniformemente vestido del café y del paseo, del teatro y de la orgía, al hombre que se modela por los demas, y que se hace mas superficial, mas pequeño, mas material y positivo de lo que es en el fondo de su corazon, y luego esclaman: ¡ He aquí el hombre! ¡ He aquí el filósofo! ¡ He aquí el poeta! Pero la sociedad solo ve el genio, solo contempla y admira la creacion de la inteligencia y de la inspiracion. Él se la

lanza como la Pitonisa el oráculo, como la estatua de Memnon su armonía : ella la recibe, ella la descifra, ella la comprende.

Sí, poeta : la sociedad te comprenderá mejor que los sabios y que los eruditos. Tus mágicos preludios no serán perdidos ni infecundos. Sigue á tu grandiosa carrera : avanza de tu aurora á tu porvenir de gloria y esplendor. Tú has cantado los dolores del corazon, los misterios del alma, las maravillas de la naturaleza, y el poder de la inspiracion. Tú manchado de polvo y de fango el cuadro chillante y desentonado de una civilizacion anárquica y desnivelada : tú has matizado con los tintes de la luz de oriente las sombras de la edad pasada, y nos has mostrado una luz todavía encendida en el fondo de los antiguos sepulcros. Sigue. El destino tal vez te reserva otra carrera y te prepara otra corona : tu poesía se lanzará hácia un nuevo período mas brillante y mas filosófico : tú conoces que lo presente no es digno de tí, pero debes saber tambien que lo pasado es estéril, que lo que ha muerto una vez no resucita jamás, y que es ley de la Providencia que la humanidad no retroceda nunca. El porvenir te aguarda, ese porvenir misterioso que se cierne sobre la Europa, y con cuyos encantos soñamos como se sueña en la adolescencia con las gracias de una querida que se forja el corazon. Esa edad por que la juventud suspira, esa edad invocada por los votos de nuestros corazones, esa edad, tierra de promision en este desierto para nuestras fervientes y religiosas esperanzas, tuya es, y antes que nosotros debe llegar á ella esa fantasía que á velas desplegadas voga por el mar de los tiempos. A tu musa está reservado pintar esas maravillas desconocidas y rasgar á nuestros ojos el velo á cuyo través ahora ni vagamente se trasluce. Tú solo serás capaz de realizar en tus proféticas creaciones ese apocalipsis de la inteligencia, esa época de reorganizacion y de armonía en que la grandeza de los antiguos tiempos se multiplique por la belleza y progresos de la civilizacion moderna, despojada esta de su egoismo, como aquellos de su barbarie, en que una ley universal de justicia, sabiduría y libertad, reuna en una comun familia las naciones ahora aisladas, y en que una religion de amor y paz realice sobre la tierra el glorioso destino á que la humanidad es llamada.

Sí, poeta. Tal vez tus versos nos pinten lo que los políticos no se atreven á calcular; tal vez á tu canto se revele lo que á la filosofia no lo es dado preveer. La Providencia no te ha hecho aparecer en vano : y pues que te evocó de una tumba, tú debes saber cosas que los mortales ignoramos. *Cumple pues tu mision sobre la tierra.* No importa que los que á sí mismo se desprecian, los que no se creen nacidos

con fin alguno, los que piensan que existen arrojados por el acaso como piedras en el pozo de la vida, los que niegan la prevision de la inteligencia suprema, la divinidad del espíritu humano, su imperio sobre el mundo, y los que á trueque de no reconocer los privilegios del genio niegan tambien su existencia hayan ridiculizado esa frase tuya, y tomen un pensamiento de piedad por un pensamiento de soberbia. Tú, empero, que crees en ella porque oyes dentro de tí la voz divina que te la dicta, sigue sereno á pesar de las tempestades que en el horizonte asomen la inspiracion sublime que te lleva á otro mundo. Yo te he visto partir, mi querido amigo, yo tambien habia querido lanzarme en ese océano; pero delante de tí, he recogido mis velas, y me he quedado en la ribera, siguiéndote con mi vista y con mis votos. Sí, yo en mis ilusiones habia creido tambien que tenia una mision que cumplir. Has venido tú, y me queda una bien dulce, bien deliciosa; la de admirarte y de ser tu amigo.

NICOMEDES PASTOR DIAZ.

Madrid, 14 de Octubre de 1837.



# OBRAS POÉTICAS

DE

## DON JOSÉ ZORRILLA.

### COMPOSICIONES DIVERSAS.

#### PRIMERA PARTE.

A LA MEMORIA DESGRACIADA

DEL JÓVEN LITERATO

D. MARIANO JOSÉ DE LARRA.

Ese vago clamor que rasga el viento  
Es la voz funeral de una campana:  
Vano remedo del postrer lamento  
De un cadáver sombrío y macilento  
Que en sucio polvo dormirá mañana.

Acabó su mision sobre la tierra,  
Y dejó su existencia carcomida,  
Como una virgen al placer perdida  
Cuelga el profano velo en el altar.  
Miró en el tiempo el porvenir vacío,  
Vacío ya de ensueños y de gloria,  
Y se entregó á ese sueño sin memoria,  
Que nos lleva á otro mundo á despertar!

Era una flor que marchitó el estio,  
Era una fuente que agotó el verano;  
Ya no se siente su murmullo vano,  
Ya está quemado el tallo de la flor.  
Todavía su aroma se percibe,  
Y ese verde color de la llanura,  
Ese manto de yerba y de frescura  
Hijos son del arroyo creador.

1.

Que el poeta, en su mision  
Sobre la tierra que habita,  
Es una planta maldita  
Con frutos de bendicion.

Duerme en paz en la tumba solitaria  
Donde no llegue á tu cegado oido  
Mas que la triste y funeral plegaria  
Que otro poeta cantará por tí.  
Esta será una ofrenda de cariño  
Masgrata, sí, que la oracion de un hombre,  
Pura como la lágrima de un niño,  
Memoria del poeta que perdiste!

Si existe un remoto cielo  
De los poetas mansion,  
Y solo le queda al suelo  
Ese retrato de hielo,  
Fetidez y corrupcion;

; Digno presente por cierto  
Se deja á la amarga vida!  
¡ Abandonar un desierto  
Y darle á la despedida  
La fea prenda de un muerto!

Poeta, si en el *no ser*  
Hay un recuerdo de ayer,  
Una vida como aquí  
Detrás de ese firmamento...  
Conságrame un pensamiento  
Como el que tengo de tí.

1

## A CALDERON.

« La venerable congregacion de sacerdotes naturales de esta villa puso aquí esta inscripción, con permission de Don Diego Ladrón de Guevara, caballero de la orden de Calatrava y patron de esta capilla. »

(Capilla de San Salvador, Sepulcro de Don Pedro Calderon de la Barca.)

Hay una antigua capilla  
Pobre por su antigüedad,  
Negra por su oscuridad,  
Revocada por la villa :

Dondé se lee en un rincon,  
Mas que con ojos con manos,  
— AQUÍ LOS RESTOS HUMANOS  
DE DON PEDRO CALDERON. —

## I.

Ave osada cuyas plumas  
Vistieron de cien colores  
Con sus matices las flores,  
Con su nieve las espumas ;

A cuyos ojos el sol  
Prestó luz y atrevimiento,  
Y á cuyas alas dió viento  
Tu noble aliento español ;

A quien la tierra dió sombra,  
Y la fortuna dió calma,  
A quien un rayo dió el alma,  
Y el universo una alfombra ;

*Aguila* para volar  
Reina del viento naciste,  
*Fenix* al mundo saliste  
Para vivir y cantar.

Aguila fué tu osadía,  
Que con su atrevido vuelo  
Subió arrebatada al cielo  
A beber la luz del día.

Fenix fueron tus cantares,  
Pues al nacer y al morir  
Solo se hicieron oír  
Al calor de sus hogares.

Aguila tus ojos son,  
Y fenix es tu garganta :  
Es fenix la voz que canta,  
Aguila la inspiracion.

Si el águila ojos te da,  
Te da el fenix melodia,  
Para tu luz y armonia  
Ni ojos, ni oídos habrá.

Mas por desgracia ó fortuna  
Ya tu garganta está seca,  
Y allá en tu pupila hueca  
No queda mirada alguna.

Duerme en paz en tu rincon,  
Donde levantó tu gloria  
Una cruz á la memoria  
DE DON PEDRO CALDERON.

Que si un mármol reclamó  
Tu grandeza y te le dieron,  
Segun lo que le escondieron  
Parece que les pesó.

Yaces en un templo, sí,  
Pero en tan bajo lugar,  
Que pareces aguardar  
Hora en que huirte de allí.

Mucho te guardan del sol,  
Temerán que te ennegrezca... !  
O tal vez no le merezca  
Tu ingenio, y nombre español.

En vez de tan vil lugar  
Si fueras un potentado,  
Sepulcro te hubieran dado  
Delante del mismo altar.

Porque al magnate altanero  
Le dan virtud y oraciones  
El oro de sus blasones,  
Y su fortuna primero.

Mas duerme tranquilo ahí.  
En ese rincon inmundo  
Para sarcasmo del mundo,  
Te basta tu nombre á tí.

Que imbécil ó descuidada  
La malignidad del hombre  
Dejó olvidado tu nombre  
Sobre el señó de tu nada.

## II.

Sombra ultrajada, perdona  
Si tu sueño interrumpí,  
Que mi atrevimiento abona  
Lo poco que soy en mí,  
Lo mucho que es tu corona.

Mis ojos te quieren ver,  
Pero cuando mas te miran,  
Mas imposible ha de ser.  
¡ Su lumbre van á perder  
Ojos que por tí deliran !

Mis ojos ven tu laurel,  
Y ver quisieran tu alma ;  
Que es martirio bien cruel  
Desesperado al pié del  
Suspirar por una palma.

Mas si nada he de poder,  
Digno Calderon, de tí,  
Si el que á llorar venga aquí  
Grande como tú ha de ser,  
A tu vez llora por mí,  
Que menos no he de volver.

Pues tu osada inspiracion  
Eterna quedó en la historia,  
Duerme en paz en tu rincon,  
Donde levantó tu gloria  
Una cruz... triste memoria  
DE DON PEDRO CALDERON.

## TOLEDO.

## I.

Negra, ruinoso, sola y olvidada,  
 Hundidos ya los piés entre la arena,  
 Allí yace Toledo abandonada  
 Azotada del viento y del turbión.  
 Mal envuelta en el manto de sus reyes  
 Aun asoma su frente carcomida ;  
 Esclava, sin soldados y sin leyes,  
 Duerme indolente al pié de su blason.

Hoy solo tiene el gigantesco nombre,  
 Parodia con que cubre su vergüenza,  
 Parodia vil en que adivina el hombre  
 Lo que Toledo la opulenta fué.  
 Tiene un templo sumido en una hondura,  
 Dos puentes, y entre ruinas y blasones  
 Un alcázar sentado en una altura,  
 Y un pueblo imbécil que vegeta al pié.

El sopro abrasador del cierzo impío  
 Cinó bramando sus tostados muros,  
 Y entre las hondas pálidas de un río  
 Una ciudad de escombros levantó.  
 Está Toledo allí — yace tendida  
 En el polvo sin armas y sin gloria,  
 Monumento elevado á la memoria  
 De otra ciudad inmensa que se hundió.

Alguna vez sobre la noche umbría,  
 De este monton de cieno y de memorias  
 Se levanta dulcísima armonía...  
 Cruza las sombras cenicienta luz :  
 Se oye la voz del órgano que rueda  
 Sobre la voz del viento y de las preces :  
 Una hora despues apenas queda  
 Un altar, un sepulcro y una cruz.

Apenas halla la tardía luna  
 Al través de los vidrios de colores  
 El brillo de una lámpara moruna  
 Colgada al apagarse en un altar ;  
 Apenas entreabierta una ventana  
 Anuncia un sér que sufre, llora ó vela ;  
 Que el pueblo sin ayer y sin mañana  
 Yace inerme dormido ante el hogar.

Acaso al gemir del viento,  
 Ese pueblo, en la alta noche,  
 Alza el rostro macilento  
 Despertando con pavor ;  
 Fingiendo en la sombra oscura  
 La mal abierta pupila,  
 La trasparente figura  
 De un fantasma aterrador.

Entonces en su memoria  
 Se levantan confundidas

Una bruja, y una historia  
 De la santa religion,  
 Mientras en el polvo la frente  
 A la bruja, ó á María  
 Dirige indistintamente  
 Su sacrilega oracion.

Y en su ignorancia grosera  
 Mezcla acaso en un ensueño  
 El nombre de una hechicera  
 Con el nombre de Jehová.  
 Con el vaticinio inmundito  
 De un *saludador* infame,  
 El del redentor del mundo  
 En torpe amalgama vá.

La luna en tanto pasea  
 Cruzando el azul tranquillo,  
 Y los despojos blanquea  
 De tanta generacion :  
 Esas páginas sin nombre,  
 Cifras de un siglo ignorado,  
 Que alzó la mano del hombre  
 Del hombre para baldón.

Esas santas catedrales,  
 Cuyos pardos capiteles,  
 Cuyos pintados cristales,  
 Cuya bóveda ogival,  
 Cuyo color ceniciento,  
 Cuyo silencio solemne  
 Cobijan por pavimento  
 Una losa sepulcral.

Sobre ella los vivos cantan,  
 A par de ruidosa orquesta,  
 Cantares que se levantan  
 Hasta los piés del Señor :  
 Sobre ella flota el perfume  
 Que la atmósfera embalsama,  
 Y en oblation se consume  
 Oro y mirra al Criador.

Sobre ella en noche lluviosa  
 Al bramar del viento bravo,  
 Armonía misteriosa  
 En el templo se hace oír.  
 Es un cántico tremendo,  
 Ronco, vago, agonizante,  
 Una voz que está pidiendo  
 Por los que van á morir.

Es la voz del himno santo,  
 Del terrible *miserere*,  
 Cuyo monótono canto  
 Miedo infunde al corazón :  
 Y en la bóveda rodando  
 Saliendo al aire flotante,  
 Al mundo va predicando  
 Una santa religion.

Y bajo la piedra helada,  
 De los hombres que murieron  
 Se oye la voz apagada  
 El triste salmo decir :

Y la campana sonora  
Remedándola en el aire  
Con la voz de alguna hora  
La hace en el aire morir.

## II.

Duerme; oh Toledo! en la espumante orilla  
De ese torrente que á tus piés murmura,  
Que con agua pesada y amarilla  
Roe y devora tu muralla oscura,  
Que llora avergonzado tu mancilla,  
Tu perdida riqueza y tu hermosura,  
Y calla por piedad á las naciones  
Que yacen en su fondo tus blasones.

Duerme, sí, con tus fábulas sagradas,  
Los ángeles y brujas de tus cuentos,  
Las danzas de los santos con las fadas,  
Los misterios ocultos en los vientos;  
Duerme, sí, con tus farsas parodiadas  
Prenda de tus señores opulentos :  
Sepulta en barro tu diadema de oro  
Y canta en derredor de tu tesoro.

—

Hubo unos días de gloria  
Vanos recuerdos de ayer :  
Apenas hoy de esa historia  
Nos queda un *Zocodover*,  
U otro nombre en la memoria.

Cañida entonces la plaza  
De ancho tapiz toledano,  
En la arena húmeda emplaza  
Un moro de noble raza  
A algun capitán cristiano.

Vestidos están de flores,  
Que avergüenzan un jardín,  
Balcones y miradores;  
Cristales son de colores  
Los del Miramamolín.

Solo abierto hay un balcon,  
Y es balcon del Sultán,  
Y armados de alto lanzon  
Ginetes debajo están  
Por respeto á la funcion.

Y las musulmanas bellas  
Detrás de las celosias  
Muestran ocultas estrellas  
Sus ojos, que en tales días  
No hubiera luces sin ellas.

¡Bellas son las orientales!  
Delicadas como espumas  
Sus prendidos y sus chales,  
Que mece en ondas iguales  
Un abanico de plumas.

Por eso zeloso el moro  
Tendió en sus ojos un velo,

Que es mas rico su tesoro  
Que el color azul del cielo  
Teñido en franjas de oro.

Derraman desde la altura  
Aguas de olor en la arena,  
Que dan aroma y frescura,  
Y agitan el aura pura  
De aurora blanca y serena.

Y en redes de oro, colgadas  
De las tres torres mayores,  
De luz y aire embriagadas  
Cantan y vuelan cerradas  
Aves de gayos colores.

Gala del hombre de oriente  
Era la altiva Toledo :  
Hoy conserva solamente  
Cieno en la caduca frente,  
Y dentro del alma miedo.

La árabe *Zocodover*,  
Solitaria y carcomida,  
Puede apenas sostener  
La memoria de su vida,  
Amenazando caer.

Hoy á las cañas de moros  
A lo mas ha remplazado  
Con una farsa de toros,  
Y á los adufes sonoros  
Con los gritos de un mercado.

Y porque consuelo alguno  
Quedar á Toledo pueda,  
Robóle el tiempo importuno  
Hasta la alfombra de seda  
Del alto alcázar moruno.

## III.

Hoy un templo de gótica estructura,  
Y escombros sin historias y sin nombre,  
En su deforme y colosal figura  
Su sentencia mortal muestran al hombre.

Y es fama que se encienden todavía  
En el templo las lámparas sagradas,  
Y que vibrar se escuchan noche y día  
Del órgano las notas aceradas.

Aun existe una página de roca  
En que leer deletreando apenas  
La era en que una tribu noble ó loca  
Cesó de darnos timbres y cadenas.

Aun hay mirra, hay pebetes y hay alfombras  
En que á través de seda y pedrería  
Alcanza el pensamiento entre las sombras  
Lo que Toledo la árabe sería.

Esos son los suntuosos funerales  
De tanta gala, pompa y hermosura :  
Quedan en vez de cantos orientales  
Himnos al Dios que mora en el altura.

—

Ya no hay cañas, ni torneos  
Ni moriscas cantilenas,  
Ni entre las negras almenas  
Moros ocultos están;  
Hoy se ven sin celosías  
Miradores y ventanas,  
No hay danzas ya de sultanas  
En el jardín del Sultan.

Ya no hay dorados salones  
En alcázares reales,  
Gabinetes orientales  
Consagrados al placer;  
Ya no hay mugeres morenas  
En lechos de terciopelo  
Prometidas en un cielo,  
Que los moros no han de ver.

Ya no hay pájaros de oriente  
Presos en redes de oro,  
Cuyo cántico sonoro,  
Cuyo pintado color  
Presten al aire armonía,  
Mientras en baño de olores  
Dormita soñando amores  
El opulento señor.

No hay una edad de placeres,  
Como fué la edad moruna:  
Igual á aquella ninguna,  
Porque no puede haber dos;  
Pero hay en gótica torre  
De parda iglesia cristiana  
Una gigante campana  
Con el acento de un Dios.

Hay un templo sostenido  
En cien góticos pilares,  
Y cruces en los altares,  
Y una santa religion.  
Y hay un pueblo prosternado  
Que eleva á Dios su plegaria  
A la llama solitaria  
De la fé del corazon.

## IV.

Hay un Dios cuyo nombre guarda el viento  
En los pliegues del ronco torbellino,  
A cuya voz vacila el firmamento  
Y el hondo porvenir rasga el destino.

La cifra de ese nombre vive escrita  
En el impuro corazon del hombre,  
Y él adora en un árabe mezquita  
La misteriosa cifra de ese nombre.

## EL RELO.

Es una verdad que parece sueño.

—  
Cuando en la noche sombría  
Con la luna cenicienta,  
De un alto reló se cuenta  
La voz que dobla á compás;  
Si al cruzar la estensa plaza  
Se ve en su tarda carrera  
Rodar la mano en la esfera  
Dejando un signo detrás;  
Se fijan allí los ojos,  
Y el corazon se estremece,  
Que segun el tiempo crece  
Mas pequeño el tiempo es;  
Que va rodando la mano  
Y la existencia va en ella,  
Y es la existencia mas bella  
Porque se pierde despues.

¡Tremenda cosa es pasando  
Oír entre el ronco viento,  
Cual se despliega violento  
Desde un negro capitel  
El són triste y compasado  
De el reló, que da una hora  
En la campana sonora  
Que está colgada sobre él!  
Aquel misterioso círculo  
De una eternidad emblema,  
Que está como una anatema  
Colgado en una pared,  
Rostro de un sér invisible  
En una torre asomado  
Del gótico cincelado  
Envuelto en la densa red,

Parece un ángel que aguarda  
La hora de romper el nudo  
Que ata el orbe, y cuenta mudo  
Las horas que ve pasar;  
Y avisa al mundo dormido,  
Con la punzante campana,  
Las horas que habrá mañana  
De menos al despertar.

Parece el ojo del tiempo,  
Cuya viviente pupila  
Medita y marca tranquila  
El paso á la eternidad;  
La envió á reir de los hombres  
La Omnipotencia divina,  
Creó el sol que la ilumina,  
Porque el sol es la verdad

Así á la luz de esa hoguera  
Que ha suspendido en la altura  
Crece la humana locura,  
Mengua el tiempo en el reló;

El sol alumbrá las horas  
Y el reló los soles cuenta,  
Porque en su marcha violenta  
No vuelva el sol que pasó.

Tremenda cosa es por cierto  
Ver que un pueblo se levanta  
Y se embriaga y ríe y canta  
De una plaza en derredor;  
Y ver en la negra torre  
Inmóble un reló marcando  
Las horas que va pasando  
En su báquico furor.

Tal vez detrás de la esfera  
Algún espíritu yace  
Que rápidamente hace  
Ambos punzones rodar.  
Quizá al declinar el día  
Para hundirse en occidente  
Asoma la calma frente  
El universo á mirar.

Quizá á la luz de la luna  
Allá en la noche callada  
Sobre la torre elevada  
A meditar se asentó:  
Y por la abierta ventana  
Angustiado el moribundo  
Al despedirse del mundo  
De horror transido le vió.

Quizá asomando á la esfera  
Las noches pasa y los días,  
Marcando la hora postrera  
De los que habrán de morir;  
Quizá la esfera arrancando,  
Asome al oscuro hueco  
El rostro nervioso y seco  
Con sardónico reír.

¡Ay! que es muy duro el destino  
De nuestra existencia ver  
En un misterioso círculo  
Trazado en una pared.  
Ver en números escrito  
De nuestro orgulloso sér,  
La miseria... el polvo... nada,  
Lo que *será* nuestro *fué*.  
Es triste oír de una péndola  
El compasado caer,  
Como se oyera el ruido  
De los descarnados piés  
De la muerte que viniera  
Nuestra existencia á romper:  
Oír su golpe acerado  
Repetido una, dos, tres,  
Mil veces, igual, continuo  
Como la primera vez.  
Y en tanto por el oriente  
Sube el sol, vuelve á caer.

Tiende la noche su sombra,  
Y vuelve el sol otra vez,  
Y viene la primavera,  
Y el crudo invierno también;  
Pasa el ardiente verano,  
Pasa el otoño, y se ven  
Tostadas hojas y flores  
Desde las ramas caer.  
Y el reló dando las horas  
Que no habrán mas de volver,  
Y murmurando á compás  
Una sentencia cruel,  
Susurra el péndulo — « ¡nunca!,  
¡Nunca!, ¡nunca! » — vuelve á ser  
Lo que allá en la eternidad  
Una vez contado fué.

### LA LUNA DE ENERO.

El prado está sin verdura,  
Y los jardines sin flores,  
No cantan los ruiseñores  
Amores en la espesura.

No se oye el dulce murmullo  
Del viento, que ronco brama,  
No brota en la seca rama  
Tierno y pintado capullo.

No saltan serenas fuentes  
Por entre sutiles bocas,  
Que ruedan desde las rocas  
En vez de arroyos torrentes.

La luz que los aires puebla  
Pesada, amarilla y tarda,  
Se pierde en la sombra parda  
De la perezosa niebla.

Se viste el color del cielo  
Color de los funerales,  
Y son del alba cristales  
Los carámbanos de hielo.

Brota á los rudos estragos  
Con que el invierno la abruma,  
La tierra nieblas y lagos,  
El mar montañas de espuma.

Y hacinados de ancha hoguera  
Los hombres en derredor,  
Contemplan el resplandor  
Que asalta la azul esfera.

Y baja amarillo el río,  
Y entre sus ondas pesadas  
Trae las ramas deshojadas  
Al furor del cierzo impío.

Mas la noche silenciosa  
Por el firmamento sube,

Sin que la manche una nube,  
Engalanada y vistosa.

Y en vez de sombra importuna  
vienen siguiendo sus huellas  
Mil ejércitos de estrellas,  
Cortesananas de la luna.

Que la noche en recompensa  
Callando los vendabales  
Enciende sus mil fanales  
Sobre la atmósfera inmensa.

¡Qué bella es la luz de plata  
Con que la noche se viste  
Después del día mas triste  
De la estación mas ingrata!

Se ven en la oscuridad,  
Como soldados que velan,  
Cual con la lluvia rielan  
Las torres de la ciudad.

Se sienten rodar inquietas,  
Lanzando un grito violento  
Al brusco empuje del viento,  
Sobre el punzon las veletas.

Y en las mansiones vecinas  
Los vidrios de las ventanas  
Remedan las luces vanas  
Colgadas en las esquinas.

No hay sombra en que no veamos  
Alguna fantasma oculta,  
Que porque mas la temamos  
La noche la sombra abulta.

Pues por completa ilusión  
La noche miente tan bien,  
Que las cosas que se ven  
No son las cosas que son.

El aire cristales miente,  
Plata los pliegues del río,  
Lluvia de ámbar el rocío,  
Nácar y perlas la fuente.

Y alza á lo lejos el monte,  
Como filas de soldados,  
Mil peñascos apiñados  
Que guardan el horizonte.

¡Bello es entonces cantar  
Con enamorado acento,  
Versos que cruzan el viento  
Para nacer y espirar!

Bello es en la sombra oscura  
Ver una ondulante falda,  
Y adivinar una espalda  
Sobre una esbelta cintura.

Pensar un velo sutil  
Ocultando un blanco cuello,  
Y buscar detrás de aquello  
Un elegante perfil.

Y alcanzar por entre el velo  
Dos ojos ó dos centellas,  
Que iluminan como estrellas  
El espacio de aquel cielo.

Hasta la misma amargura  
Es tal vez menos amarga,  
Que cuanto la noche alarga  
Adquiere mas hermosura;  
Que en una noche tranquila  
Parece el cielo en verdad  
Ojo de la eternidad,  
Y la luna su pupila.

Reina de los astros ¡Luna!  
Como tu luz no hay ninguna;  
Si el alba tiene arrebol,  
Si tiene rayos el sol,  
Su luz de fuego importuna.

Cansa por cierto ese ardor  
Con claridad tan estrema,  
Bello es del alba el color,  
Bello del sol el calor,  
Pero tanta lumbre quema.

¡Oh, de la tuya templada  
Es fantástico el imperio!  
Tú con tu luz plateada  
Das de la sombra á la nada  
Los contornos del misterio.

¡Oh noches encantadoras,  
Volved con tanta riqueza!  
¡Hermosas son vuestras horas  
Que embellecen seductoras  
Del ánima la tristeza!

Como aquellas ¡no hay alguna!  
Que en vez de sombra importuna  
Traen por orgullo con ellas  
Mil ejércitos de estrellas  
Cortesananas de la luna.

---

## A UNA MUGER.

Ayer el alba amarilla  
Al anunciar la mañana  
Pintaba de tu ventana  
El trasparente cristal;  
Ayer la flotante brisa  
Daba á la atmósfera olores,  
Meciendo las gayas flores  
Sobre el tallo desigual.

Ayer al rumor tranquilo  
De la corriente vecina  
En la orilla cristalina  
Se bañaba el ruseñor;  
Y pájaros, flores, fuentes  
Saludando al nuevo día  
Le prestaban armonía  
En cambio de su color.

Ayer era el sol brillante,  
El cielo azul y sereno,  
El jardín fresco y ameno,  
Y delicioso el vivir;  
Eras tú niña y hermosa  
Sin rubor sobre la frente,  
Tu velar era inocente,  
Inocente tu dormir.

Tú reías y cantabas  
Niña ó ángel en el suelo,  
Y tus risas en el cielo  
Eran guirnaldas tal vez;  
Estrellas eran tus ojos,  
Cántico vago tu acento,  
Blando perfume tu aliento,  
Luz de la aurora tu tez.

Entonces, niña, en tu mente  
No resonaban las horas,  
Ni apenaban seductoras  
Fantasmas al corazón;  
No te pintaba tu sueño  
Entre la sombra callada  
Un suspiro, una mirada  
En voluptuosa ilusión.

Para tí no había tiempo,  
Todo era paz, todo flores,  
No había infierno de amores,  
Ni fastidio del placer;  
Un poeta te cantaba  
Melancólicos cantares,  
Y la voz de sus pesares  
No comprendías ayer.

¡Pobre niña! ¿Qué se han hecho  
Los delirios de tu infancia?  
¿Qué has hecho de tu fragancia,  
Marchita olvidada flor?  
Tus hojas yacen quemadas,  
Tu cáliz vacío y seco,  
Tu tallo quebrado y hueco,  
El sol no te da color.

Niña de los negros ojos,  
¿A qué viniste á la tierra?  
Rosa nacida entre abrojos,  
¿Qué esperas del mundo, di?  
Una brisa corrompida,  
Fétida, hedionda te mece,  
Tu aroma se desvanece...  
¿Quién demandará por tí?

Ángel mío, vuelve al cielo  
Antes que el mundo te vea,  
Que los placeres del suelo  
Placeres malditos son.  
¡Oh! por el gozo de un día  
No compres, no, tu tormento;  
El cielo es solo ¡alma mía!  
De los ángeles mansion.

Hoy es tarde...! eres muger!  
Leo en tu frente humillada  
El porvenir de la nada  
Entre las huellas de ayer.

Veó en tu rostro bullir  
Ese torcedor secreto...  
Tu velar es hoy inquieto,  
Es inquieto tu dormir!  
Lívida está tu mejilla;  
En desórden tus cabellos...  
Muger, mal prendida en ellos  
Olvidada una flor brilla.

Anoche en vez de oracion,  
Desesperada en el lecho,  
Exhalaste de tu pecho  
Sacrilega maldicion.

Que en el cristal trasparente  
Contemplastes aterrada  
Del negro crimen grabada  
La marca infame en la frente.

Que mal sujeta á tus flores  
Entre tus gasas y lazos,  
Rasgando van á pedazos  
Tu hermosura los dolores.

¡Ay! inútilmente lloras  
El desvanecido encanto,  
Entre las ondas del llanto  
No vuelven, muger, las horas.

Dióte el mundo oro y placeres  
Cumpliendo al fin tus afanes,  
Idolo de los galanes,  
Envidia de las mugeres;

Y á la luz saliste ufana  
Con tu hermosura ¡oh muger!  
Sin acordarte de ayer,  
Y sin pensar en mañana!

¡Ay! en la tumba concluyen  
El gozar y el padecer  
Del mundo vano.  
Y los vicios nos destruyen,  
Y nos matan ¡oh muger!  
Tarde ó temprano.

Y tú, caída palmera...  
Porque vendiste tu amor  
A precio infame,  
Has querido vil ramera  
Que á tus puertas el dolor  
Mas presto llame.

Tal vez lúbrico magnate  
Te inundó por un placer  
De oro y cariño,  
Y mientras su rev combate

El te cobija, muger,  
Bajo su armiño.

Tal vez coronada frente  
Descansó en tu impuro pecho  
Tu amor comprando,  
Y hoy el mendigo indigente  
Te negará el pobre lecho  
Tu frente hollando.

Pasaron, niña, los días,  
Con ellos las ilusiones  
Infantiles,  
Con ellos vienen impías  
Las tormentas y aquilones  
De tus abriles.

Con ellos llanto y dolores,  
Remordimiento, amargura,  
Y desengaños:  
Que en sus pliegues roedores  
Gala, placer y hermosura  
Hunden los años.

—  
¡Murió! La voz de la fatal campana  
Apagó su memoria y su oración;  
Nadie su nombre buscará mañana;  
Yace su tumba en fétido rincón.

Aquel clamor fatídico y doliente  
Se plegó entre las flores del jardín,  
Vibró con los cristales de la fuente,  
Rodó sobre los brindis del festín.

Y en oculto elegante gabinete  
Brusco y agudo penetró también,  
Y se estrelló entre el humo del pebete  
De alguna hermosa en la tocada sien.

Pero una sola lágrima, un gemido  
Sobre sus restos á ofrecer no van,  
Que es sudario de infames el olvido...  
¡Bien con su nombre en su sepulcro están!

---

## ORIENTAL.

---

Dueña de la negra toca,  
La del morado mongil,  
Por un beso de tu boca  
Diera á Granada Boabdil.

Diera la lanza mejor  
Del Zenete mas bizarro,  
Y con su fresco verdor  
Toda una orilla del Darro.

Diera las fiestas de toros,  
Y si fueran en sus manos,  
Con las zambras de los moros  
El valor de los cristianos.

Diera alfombras orientales,  
Y armaduras, y pebetes,  
Y diera... ¡que tanto vales!  
Hasta cuarenta ginetes.

Porque tus ojos son bellos,  
Porque la luz de la aurora  
Sube al oriente desde ellos,  
Y el mundo su lumbre dora.

Tus labios son un rubi  
Partido por gala en dos...  
Le arrancaron para tí  
De la corona de un Dios.

De tus labios, la sonrisa,  
La paz, de tu lengua mana...  
Leve, aérea como brisa  
De purpurina mañana.

¡On qué hermosa nazarena  
Para un haren oriental,  
Suelta la negra melena  
Sobre el cuello de cristal,

En lecho de terciopelo,  
Entre una nube de aroma,  
Y envuelta en el blanco velo  
De las hijas de Mahoma!

Ven á Córdoba, cristiana,  
Sultana serás allí,  
Y el sultan será ¡oh sultana!  
Un esclavo para tí.

Te dará tanta riqueza,  
Tanta gala tunecina,  
Que has de jugar tu belleza  
Para pagarle, mezquina.

—  
Dueña de la negra toca,  
Por un beso de tu boca  
Diera un reino Boabdil;  
Y yo por ello, cristiana,  
Te diera de buena gana  
Mil cielos, si fueran mil.

---

## A VENECIA.

---

### I.

Allí está Venecia, la dueña opulenta  
De antiguos, y nobles, y libres blasones;  
Venecia la hermosa, la villa que cuenta  
Que á sueldo tenía soberbias naciones,  
Señora del mar.

Que cuenta, que un día imperios y reyes  
Su gala envidiaron, su nombre temieron,  
Y el mar y la tierra besaron sus leyes,  
Y enviáronla buques, soldados la dieron,  
Porque ella supiera batirse y triunfar.

Un día á sus ojos la tierra callaba,  
 Un día su nombre la tierra llenaba:  
 Pasaron los días, Venecia pasó.  
 Hoy es una viuda y hermosa sultana,  
 Que tiene su corte ridícula y vana  
 Allá en un palacio que su amo la dió.

¡ Venecia la encantadora,  
 La de los pardos pilares,  
 De las ciudades señora,  
 La señora de los mares,  
 La corona de jardines  
 Colgada sobre canales !  
 No son tu gala y festines  
 Los que valen lo que vales.

Hechizo de Italia, sí,  
 Mas del poeta la lira  
 No es por tí por quien suspira,  
 No, Venecia, no es por tí.

¿ Qué valen tus gondoleros,  
 Y tus regatas vistosas,  
 Tus republicanos fueros,  
 Tus máscaras revoltosas,  
 Y tus timbres altaneros,  
 Sin los ojos hechiceros  
 De tus hermosas ?

¡ Ay ! que tus días pasaron... !  
 Venecia, la maravilla,  
 A quien monarcas doblaron  
 Otro tiempo la rodilla,  
 Tus timbres ; ay ! se borraron,  
 Tus señores olvidaron  
 La hermosa villa.

Antigua reina del mar,  
 Mal encubres tu caída  
 Tus bodas al celebrar  
 Con la posesion perdida.

Llora, Venecia, sí, llora,  
 Haz duelo en amargo llanto,  
 Que tus esclavos, señora,  
 Escupen sobre tu manto.

Reina, tu Adriático brama  
 Lejos ya de tus confines ;  
 Olvidale, noble dama,  
 Entre danzas y festines.

Tu patrono ha encanecido,  
 Tu rauda leon no vuela,  
 Sobre sus garras dormido  
 Por tu grandeza no vela ;  
 Briosos alazan herido,  
 Su caballero ha perdido  
 Freno y espuela.

Un capricho que pasó,  
 Matrona opulenta, fuiste ;

Tu príncipe te olvidó ;  
 Hermosa, ya envejeciste  
 Y tu tez se marchitó ;  
 ¡ No pienses, Venecia, no,  
 En lo que fuiste !

## II.

¡ Reir, cantar, beber, corta es la vida !  
 Reir, hasta que seca la garganta  
 Niega paso á la voz enronquecida ;  
 Cantar, hasta que el alba se levanta,  
 Que yace en el Adriático dormida.  
 ¡ Opulenta Venecia, rie y canta !  
 Rie y canta, señora de los mares,  
 Que la risa y la voz cubren el llanto ;  
 Y mientras roe el tiempo tus pilares,  
 Y deslustra la lluvia el áureo manto,  
 Risa y juego, y festines, y cantares...  
 Rueden las horas del dolor en tanto.

Porque la voz de una orgia  
 La voz de un enfermo apaga,  
 Que un suspiro de agonía  
 No penetra en un festin.  
 Canta, Venecia la bella,  
 Para cubrir el crujido  
 De tu poder que se estrella,  
 Y va rodando á su fin.

Levanta una carcajada  
 Para apagar un gemido,  
 Fatídica campanada  
 Preludio de un funeral ;  
 Melancólica armonía  
 Que en la bóveda del templo  
 Vibra al espirar el día,  
 Y es un canto sepulcral.

Porque, pese á tus placeres,  
 A tu pompa y tu hermosura,  
 Hoy, Venecia, solo eres  
 Una memoria de ayer,  
 Un sepulcro cincelado  
 Entre flores y perfumes,  
 Donde yace abandonado  
 Tu carcomido poder.

Un velo blanco de lino  
 De una virgen desgraciada,  
 Ofrenda al verbo divino  
 Suspendida en un altar ;  
 Barro inmundo en que grabaron,  
 Con mano desesperada,  
 El nombre que te legaron  
 Tantos siglos al pasar.

Tu ley sea el placer, ciudad gigante :  
 ¡ Reir, cantar, beber, corta es la vida !  
 Que en un festin espléndido y brillante,  
 Duerme el pasado, el porvenir se olvida.

## UN RECUERDO Y UN SUSPIRO.

Volvió la vida á latir,  
Volvió el alma á delirar,  
Volvió el ardor de sentir,  
Y el infierno de vivir  
Y el paraíso de amar.

D. NICOMEDES PASTOR DIAZ.

## I.

Bella es la luz de la rosada aurora  
Y una mañana del quemado estío,  
Cuando con tibia púrpura colora  
Las transparentes gotas del rocío.

Cuando inundan el aire de armonía  
Las aves en las hojas apiñadas,  
Cuando la tierra saludando al día  
Desata ríos, fuentes y cascadas.

Cuando se mecen las abiertas flores  
Al blando arrullo de la brisa errante,  
Y pasa el aura prodigando olores  
Su inmenso velo al desplegar flotante.

Cuando en sus torres, la ciudad dormida  
Vibra ronca la voz de la campana,  
Señal primera de que vuelve á vida  
Y bendice la luz de la mañana.

Bello es el sol allá en el horizonte  
Cuando alza ufano la radiante esfera,  
Gigante que trepando por el monte  
Del mundo el sueño á sorprender viniera.

Bella es la tarde con su parda sombra  
Que el ruido apaga y el espacio puebla,  
Cuando del mundo en la gastada alfombra  
Tiende su manto de azulada niebla.

Bella es la noche cuando en paz camina  
Entre sublime oscuridad velada,  
Al opaco fulgor con que ilumina  
Esa luna de estrellas coronada.

Bello es el mundo, sí, la vida es bella...!  
Dios en sus obras el placer derrama:  
Solo no encuentra su contento en ella  
Un corazón que el imposible ama.

Él solo melancólico suspira  
Cuando el alba purpúrea se eleva;  
Él solo melancólico la mira  
Como en sus pliegues su esperanza lleva.

Solo él sabe que el sol en occidente  
Al sepultarse, le arrebató un día,  
Y la noche, al caer sobre su frente,  
Con su misterio aumenta su agonía.

Sus ojos ven el alba, y ven las flores,  
Ven la luz, y la sombra y las estrellas,  
Ven las horas rodar... y sus dolores  
Rodar también para volver con ellas!

Corazón que no has amado,  
Tú no sabes el dolor  
De un corazón acosado,  
Carcomido y desgarrado  
Por amarguras de amor!

No sabes cómo se llora  
Con ese llanto que quema,  
Con la noche y con la aurora  
Con ese sol que colora  
En la frente un anatema.

Se llora con el placer,  
Se llora con el pesar,  
Con el recuerdo de ayer,  
Y mañana... hay que llorar,  
Si nos ama una mujer.

Tú, velado á la tormenta  
De borrascosa pasión,  
No sabes cómo se aumenta,  
Cómo inflamada revienta  
La pena en el corazón.

Cómo le devora eterno  
Ese esperar indeciso,  
Cómo abraza el fuego interno  
De tener hoy un infierno  
Donde estuvo un paraíso.

¡Amar y no ser amado!  
¡Sentir y no consentir!  
¡Morir viviendo olvidado!  
¡Ay! ¡morir de enamorado  
Y no poderlo decir!

Bullir en el pensamiento  
El bello sér de otro sér...  
Y ese roedor tormento,  
Que hemos bebido en el viento,  
En la voz de una mujer!

Sí, mis oídos la oyeron,  
Mis ojos la contemplaron;  
Era hermosa y la creyeron...  
Mis oídos me mintieron  
O sus ojos me engañaron.

Era un ángel tal vez; descendió al suelo  
Para dejar sobre la tierra impía  
Alguna oculta maldición del cielo,  
Y un reguero de luz y de armonía.

La amé al pasar, y me dejó pasando,  
Y por único alivio en mi honda pena  
«Canta,» me dijo, y la visión flotando  
Se deshizo en la atmósfera serena.

## II.

A DON NICOMEDES PASTOR DIAZ.

Poeta, ven y cantemos  
A una voz nuestros amores;

En una arpa los lloremos,  
Que bien cobijarse vemos  
A un árbol dos ruiseñores.

Yo tu dolor cantaré,  
Tú cantarás mi dolor,  
Que igual el de entrambos fué,  
Y harto yo solo lloré  
Una muger, un amor.

Hagamos doliente y tierno  
A nuestro canto improviso,  
Del mundo un recuerdo eterno,  
Y donde estuvo un infierno  
Alcemos un paraíso.

A DON JACINTO

DE SALAS Y QUIROGA.

Es el poeta en su misión de hierro,  
Sobre el sucio pantano de la vida  
Blanca flor, que del tallo desprendida  
Arrastra por el suelo el huracán.

Un ángel que pecó en el firmamento,  
Y el Señor en su cólera le envía  
Para arrostrar sobre la tierra impía  
Largas horas de lágrimas y afán.

Por eso su memoria tiene un cielo,  
Y una sublime inspiración su alma,  
Por eso el corazón de triste duelo  
Vestido está también.

Que por único alivio en su tormento  
Solo le queda una canción inútil,  
Y una corona que le arranca el viento  
De la abrasada sien.

Tú lo sabes mejor, que lo has llorado,  
Poeta del dolor, bardo sombrío,  
Tú que á remotos climas has llevado  
Tu noble y melancólico cantar;

Como los pliegues de la parda niebla  
Errante cruza un ave misteriosa,  
Y de armonía con sus cantos puebla  
La corrompida atmósfera, al pasar.

Que tú á la vida naciste  
Como pacífico arrullo  
De aislada tórtola triste;  
Como fuente abandonada  
Que levanta su murmullo  
Sobre la peña olvidada.

Como el ósculo inocente  
Con que el maternal cariño  
Selló la tranquila frente

De su hijo más pequeño,  
Como el suspiro de un niño  
Al despertar de su sueño.

Cumple, sí, tu misión sobre la tierra:  
Camina en paz, errante peregrino,  
Hasta leer el porvenir que encierra

El libro del destino

Escrito para tí.

Hasta que espiren los revueltos días  
Que señaló en su mente Jehová,  
Y en tu destierro tu delito espías,

¡Ay! porque escrito está  
Que has de salir de aquí.

De aquí, del hediondo suelo  
Donde te mandó el Señor  
Detener tu rauda vuelo,  
Para cantar tu dolor  
Sin que se oyera en el cielo.

Y bien pesó tu amargura  
Al traerla á esta mansión  
Dando al hombre en su locura  
Una soñada ventura  
Que no está en tu corazón.

Que él no comprende el tormento  
Que tu espíritu combate,  
Ese amargo sentimiento  
Que tu noble orgullo abate,  
Nacido en tu pensamiento.

— «Hay una flor que embalsama  
«El ambiente de la vida,  
«Y su fragancia perdida  
«Tan solo no se derrama  
«En tu alma dolorida.»—

Es un privilegio impío  
Mirar el placer ajeno  
En su loco desvarío,  
Y en el corazón vacío  
Sentir acerbo veneno.

Y con ojo avaro, ardiente,  
Ver tanta muger hermosa,  
Con esa tez trasparente,  
Con esa tinta de rosa  
Sobre la tranquila frente.

Ver tanto feliz galán,  
Tanta enamorada bella,  
Que en plática amante van  
Sin curarse *él* de tu afán,  
Sin adivinarle *ella*.

¡Y el poeta en su misión  
Apurando su tormento!  
Sin alivio el corazón,  
¡Sin más que una maldición  
Escrita en el pensamiento!

De su sentencia mortal  
Con un día y otro día,

Llenando el cupo fatal,  
Cual lámpara funeral  
Iluminando una orgía.

A. . . . .

Déjame oír tu misterioso canto,  
Alegre voz de tus ensueños de oro;  
Solo y perdido peregrino en tanto  
Mal en mi pecho mi dolor devoro.

Dióte el cielo contento y armonía,  
Y es justo que le cantes y le adores;  
Puro y tranquilo resbaló tu día,  
Tu sien de niño coronó de flores.

Para tí son la risa y los festines,  
La tierra para tí tiene placeres,  
La tierra para tí tiene jardines,  
Y para tí son bellas las mugeres.

Y tiene luz el cielo trasparente,  
Color azul y lánguidas estrellas,  
Y ese fanal que alumbraba tristemente  
Cual moribundo sol, en medio de ellas.

No para mí, cuya fatal mirada  
Quema y devora cuanto en torno nace,  
Arroyo que al caer de la cascada  
En cristalinas trenzas se deshace;

Pero llega torrente á la llanura,  
Y arranca frutos, árboles y flores,  
Y al campo roba gala y hermosura  
Arrastrando con él musgo y colores.

No para mí, que en noche borrascosa  
Vine á surcar las ondas de la vida,  
Con el alma penada y fatigosa,  
Con la esperanza del placer perdida.

No para mí, que busco una corona  
Y un nombre pido en agonía vana;  
Mentida luz que de verdad blasona,  
Pero que un nombre nos dará mañana.

No para mí, que nací  
Hecha de fuego mi alma,  
Sin un momento de calma  
En las horas que viví.

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

¿Por qué en el lánguido aliento  
De una muger que suspira,  
Solo el poeta respira  
Su amargura y su tormento?

¡Ay! ¿de qué le sirve al triste  
La fogosa inspiración,  
Si es de tierra el corazón  
Y su voluntad resiste?

En los góticos salones,  
En las pintorescas ruinas,  
Canta con notas divinas  
Sus misteriosas canciones.

Y cree sus fábulas bellas,  
Y en su entusiasmo violento  
Su espíritu va en el viento  
Por cima de las estrellas.

En la tierra... pasa el hombre  
Y ve su miseria en calma;  
¡Ay, no comprende su alma  
Y no demanda su nombre!

Que es el poeta un bajel  
Que de riqueza cargado,  
Surca el mar alborotado  
Para naufragar en él.

Mas yo ví el tronco mortal  
De avaro conquistador  
Al amarillo fulgor  
De lámpara funeral.

Era de mármol su lecho,  
Era de mármol su frente,  
Doblada lánguidamente  
Sobre su desnudo pecho.

De mármol la mano fría  
Que el hierro no sujetaba,  
Su espalda le sustentaba,  
Si érase un hombre dormía.

Ví un rey, que el trono perdió  
Porque al vasallo le plugo,  
Caminar junto al verdugo  
Que el cadalso levantó.

Ví una hermosa que arrastraban  
Sobre féretro asqueroso,  
Y con cántico medroso  
Sacerdotes la rezaban.

Ví ricos y potentados  
En sus inmundos placeres,  
Entre orgías y mugeres  
De sus ojos olvidados.

« Vivamos hoy, » se decían  
En el lúbrico festín;  
Y otros con ayes sin fin  
El sustento les pedían.

Y unos cayeron beodos,  
Y otros de hambre cayeron,  
Y todos se maldijeron,  
Que eran infelices todos.

Y en marmóreo pedestal  
Vi la sombra del poeta,  
A quien el tiempo respeta  
Y el mundo llama inmortal.

Descansa sobre su lira,  
Y alza al cielo su cabeza,  
Fijos con noble fiera  
Sus ojos en quien le mira.

Y al universo da leyes  
Ululoso triunfador.

Intérprete del Señor  
Sobre la ley de los reyes.

Oye, sublime cantor,  
Si es fuerza que al fin sucumba,  
Si al fin bajo á ignoble tumba  
A dormir con mi dolor;  
Si al fin con el viento vago  
Mis versos se perderán,  
Cual fuentes que á morir van  
Al cieno de hediondo lago;  
Cuenta al mundo mi amargura,  
Cuéntale mi suerte impía,  
Que sepa al menos que un día  
Quise volar á la altura.  
Y borra, borra mi nombre  
Si le han grabado en mi losa,  
Que no le insulte orgullosa  
La imbecil planta de un hombre.

Solo una flor amarilla  
Que el cierzo marchitará  
Entre el césped brotará  
De mi sepulcro en la orilla.  
¡Pobre flor! ¿Por qué naciste  
Sobre una tumba desierta?  
¿No temes la noche yerta  
Tan solitaria y tan triste?  
¡Pobre flor! ¿A qué temprana  
Diste al mundo tu sonrisa?  
Hoy te mece fresca brisa,  
Pero morirás mañana.  
¡Ay! ¡pobre flor amarilla!  
¿A qué tan presto brotar  
Si el cierzo te ha de agostar  
De mi sepulcro en la orilla?

## ORIENTAL.

Corriendo van por la vega  
A las puertas de Granada  
Hasta cuarenta gomeles  
Y el capitan que los manda.  
Al entrar en la ciudad,  
Parando su yegua blanca,  
Le dijo este á una muger  
Que entre sus brazos lloraba :  
— Enjuga el llanto, cristiana,  
No me atormentes así,  
Que tengo yo, mi sultana,  
Un nuevo Eden para tí.  
Tengo un palacio en Granada,  
Tengo jardines y flores,

Tengo una fuente dorada  
Con mas de cien surtidores.  
Y en la vega del Genil  
Tengo parda fortaleza;  
Que será reina entre mil  
Cuando encierre tu belleza.  
Y sobre toda una orilla  
Estiendo mi señorío;  
Ni en Córdoba ni en Sevilla  
Hay un parque como el mío.  
Allí la altiva palmera  
Y el encendido granado,  
Junto á la frondosa higuera  
Cubren el valle y collado.  
Allí el robusto nogal,  
Allí el nópalo amarillo,  
Allí el sombrío moral  
Crecen al pié del castillo.  
Y olmos tengo en mi alameda  
Que hasta el cielo se levantan,  
Y en redes de plata y seda  
Tengo pájaros que cantan.  
Sultana serás si quieres,  
Que desiertos mis salones  
Está mi haren sin mugeres,  
Mis oidos sin canciones.  
Yo te daré terciopelos  
Y perfumes orientales,  
De Grecia te traeré velos,  
Y de Cachemira chales.  
Yo te daré blancas plumas  
Para que adornes tu frente,  
Mas blancas que las espumas  
De nuestros mares de oriente;  
Y perlas para el cabello,  
Y baños para el calor,  
Y collares para el cuello,  
Para los labios... amor! —  
— ¿Qué me valen tus riquezas,  
Respondióle la cristiana,  
Si me quitas á mi padre,  
Mis amigos y mis damas?  
Vuélveme, vuélveme, moro,  
A mi padre y á mi pátria,  
Que mis torres de Leon  
Valen mas que tu Granada. —  
Escuchóla en paz el moro,  
Y manoseando su barba,  
Dijo, como quien medita,  
En la mejilla una lágrima :  
— Si tus castillos mejores  
Que nuestros jardines son,  
Y son mas bellas tus flores,  
Por ser tuyas, en Leon,  
Y tú diste tus amores  
A alguno de tus guerreros,  
Hourí del Eden, no llores,  
Vete con tus caballeros. —

Y dándola su caballo  
Y la mitad de su guardia,  
El capitán de los moros  
Volvió en silencio la espalda.

## LA MEDITACION.

Sobre ignorada tumba solitaria,  
A la luz amarilla de la tarde,  
Vengo á ofrecer al cielo mi plegaria  
Por la muger que amé.

Apoyada en el mármol la cabeza,  
Sobre la húmeda yerba la rodilla,  
La parda flor que esmalta la maleza  
Humillo con mi pié.

Aquí, lejos del mundo y sus placeres,  
Levanto mis delirios de la tierra,  
Y leo en agrupados caracteres

Nombres que ya no son.

Y la dorada lámpara que brilla  
Y al soplo oscila de la brisa errante,  
Colgada ante el altar en la capilla  
Alumbra mi oración.

Acaso un ave su volar detiene  
Del fúnebre ciprés entre las ramas,  
Que á lamentar con sus gorjeos viene

La ausencia de la luz :

Y se despide del albor del día  
Desde una alta ventana de la torre,  
O trepa de la cúpula sombría

A la gigante cruz !

Anegados en lágrimas los ojos  
Yo la contemplo inmóvil desde el suelo,  
Hasta que el rechinar de los cerrojos  
La hace medrosa huir.

La funeral sonrisa me saluda  
Del solo sér que con los muertos vive,  
Y me presta su mano áspera y ruda  
Que un féretro va á abrir.

¡Perdon! ; no escuches, Dios mio,  
Mi terrenal pensamiento!

¡Deja que se pierda impío  
Como el murmullo de un río  
Entre los pliegues del viento!

¡Por qué una imágen mundana  
Viene á manchar mi oración?

Es una sombra profana,  
Que tal vez será mañana  
Signo de mi maldición.

¡Por qué ha soñado mi mente  
Ese fantasma tan bello.

Con esa tez trasparente  
Sobre la tranquila frente  
Y sobre el desnudo cuello?

Que en vez de aumentar su encanto  
Con pompa y mundano brillo,  
Se muestra anegada en llanto  
Al pié de altar sacrosanto,  
O al pié de pardo castillo.

Como una ofrenda olvidada  
En templo que se arruinó,  
Y en la piedra cincelada  
Que en su caída encontré,  
La mece el viento colgada.

Con su retrato en la mente,  
Con su nombre en el oído  
Vengo á prosternar mi frente  
Ante el Dios omnipotente  
En la mansion del olvido.

¡Mi crimen acaso ven  
Con turbios ojos inciertos,  
Y me abominan los muertos,  
Alzando la hedionda sien  
De los sepulcros abiertos!

Quando estas tumbas visito  
No es la nada en que nací,  
No es un Dios lo que medito,  
Es un nombre que está escrito  
Con fuego dentro de mí.

¡Perdon! ; no escuches, Dios mio,  
Mi terrenal pensamiento!

¡Deja que se pierda impío  
Como el murmullo de un río  
Entre los pliegues del viento!

## A LA ESTATUA DE CERVANTES.

Esa es su sombra... el alma avergonzada,  
Para mas no volver, huyóse al cielo :  
Solitaria, sombría, abandonada,  
Esa fantasma se encontró en el suelo.

### I.

Si es pedestal ó túmulo se ignora ;  
Mas sin duda temieron que indignado  
De la piedra en que está salte á deshora,  
Segun se ve de hierros circundado.

No bajará, que es noble y caballero,  
Y lidió por su patria el buen poeta ;  
Acaso no encontrara un compañero  
Al pié del pedestal que le sujeta.

Tal vez no hallara un digno castellano  
Libre y valiente á quien llamar amigo,

A quien tender la cercenada mano,  
A quien llevar en pos al enemigo.

Por eso eleva la tostada frente  
Al firmamento azul noble y tranquila,  
Y no mira por eso trasparente  
Apagada á la luz la ancha pupila.

CERVANTES le llamaron otros dias,  
Yerta figura con ageno nombre,  
Como su original arrastra impías  
Horas de duelo en la mansion del hombre.

Ayer cruzaba libre é ignorado  
La turba ociosa y soldadesca inquieta  
Dentro de su armadura de soldado,  
O envuelto en sus harapos de poeta.

Hoy en la inmoble colosal figura  
Derramada la lluvia se destrenza,  
Y está sombrío en pié sobre la altura,  
Como sacan un reo á la vergüenza.

El pueblo ve á sus piés, negro milano  
Que á la boca asomó de un hormiguero,  
Y quiere el ojo comprender en vano  
Cómo allí se cobija un pueblo entero.

Y siente la carroza del magnate  
Rodar, y se estremece á su carrera,  
Y soldados que marchan al combate  
Que equipados de farsa los creyera.

Y abajo entre los árboles perdidos  
Como sueños pasar contempla inquietas  
Las sombras de políticos caídos,  
Las parodias de sabios y poetas.

Y una lágrima acaso en su mejilla  
Alumbra el sol bajando al occidente,  
Al contemplar su revocada villa  
Sin porvenir, alegre ó indolente.

Hubo un CERVANTES cuando aquel vivía,  
Cuando en vez de esos hierros era un hombre;  
Llamáronle poeta, y poseía

Una espada y un libro con su nombre.

Su espíritu brotó con la tormenta  
Y le escondió en su seno el torbellino,  
El sepulcro su mano abrió violenta,  
Y hoy resuena su cántico divino.

¿Por qué no lo dejaron con su sueño  
En el sepulcro donde en paz dormía?  
¿A qué traerle con tenaz empeño  
A sufrir otra vez la luz del día?

¿A qué su sombra de la tumba alzaron  
Estúpidos los hombres ó altaneros?  
Para ahuyentar los siglos que pasaron,  
Y escarnecer los siglos venideros.

Hombre de hierro que velas  
El sueño del mundo impío,  
Que ves con gesto sombrío  
Crímenes que no revelas :

Cuya negra frente calva  
Sufre en paz el sol que arde,

La roja luz de la tarde,  
La amarilla luz del alba :

¿Qué piensas del mundo, di?  
Tú que le dejaste ya,  
Cuya voz no se alzará,  
Cuya sombra quedó aquí.

¿Qué piensas de ese magnate  
Que ha perdido el sol de un día  
Embriagado en una orgía  
Mientras su nacion combate?

¿Qué piensas tú de esos reyes (1)  
Que arrastra un frenado bruto  
Entre vírgenes de luto  
Huérfanas hoy por sus leyes?

¿Qué piensas, genio inmortal,  
De ese pueblo soberano  
Que abre paso á su tirano  
Sin levantar un puñal?

Dime, coloso de hierro,  
A quien condena la suerte  
A sufrir desde la muerte  
En tu pátria tu destierro,

¿No es cierto que allá en su afán  
Espera tu desconsuelo  
Que te arrastre por el suelo  
Un revoltoso huracan?

## II.

Tu nombre tiene el pedestal escrito,  
¡En estrangero idioma por fortuna!  
Tal vez será tu nombre un *sambenito*,  
Que vierta infamia en tu española cuna.

¡Hora te trajo á luz desventurada!  
¿Español eres...? lo tendrán á mengua,  
Cuando á tu espalda yace arrinconada  
Tu cifra en signos de tu propia lengua.

¡Serás acaso un busto aparecido  
Entre las ruinas de la antigua Roma,  
Recuerdo que los tiempos han roído  
Que algun rico libró de la carcoma!

Maldita es tu mision sobre la tierra:  
Los que mueren sus males acabaron,  
Todos sus restos su sepulcro encierra...  
Los tuyos del sepulcro se robaron.

Helo allí que se levanta  
Como fantasma furioso,  
Que magulla con su planta  
Los que á su morada santa  
Van á turbar su reposo.  
Porque su nombre y su gloria  
Tan solo al tiempo vendió,  
Para dejar su memoria  
Grabada en oro en la historia,  
Que escrita en el fango, no.

(1) Casi inútil parece advertir que estos son pensamientos históricos, y que se refieren á géneros y no á individualidades.

Que por eso en su amargura  
 Abortó un libro coloso,  
 Que á su renombre asegura  
 En las edades reposo.  
 Cuando los siglos le lean  
 Hará que los siglos vean  
 En su cubierta roida,  
 En caracteres gigantes  
 Dos genios con una vida,  
 Un *Quijote* y un *Cervantes*.

Y si entre la espesa bruma  
 De esta edad que bulle inquieta,  
 De hediondo mar alba espuma,  
 El genio de otro poeta  
 Despliega su blanca pluma;  
 Si algun bardo colosal  
 Levanta entre la tormenta  
 Su cántico celestial,  
 De una centuria sangrienta  
 Salmodiando el funeral;  
 Cuando el tiempo, hombre sombrío,  
 El orbe rompa á pedazos,  
 Que sostenido en tus brazos  
 Huya su cuchillo impío;  
 Y en el día de furor,  
 Cuando al eco atronador  
 De la funeral trompeta  
 Se junte el mundo en un valle,  
 Mándale al mundo que calle,  
 Y dile que era un POETA.

---

### ELVIRA.

---

Con furia en el bosque luchaban los vientos:  
 Del pino tronchado sonoro estallido  
 Se oía crujir,  
 Y el ave agorera sus tristes lamentos  
 Callaba, y del trueno lejano el bramido  
 Se hacia sentir.  
 Y lluvia copiosa los cielos enviaban,  
 Que en sulcos deformes la tierra partía  
 De angustia colmada:  
 Y al ver que en el monte mil rayos brillaban,  
 El hombre dijera que el mundo se ardía  
 Tornando á su nada.  
 Encina nudosa nacida entre peñas  
 Por donde derrumba su espuma un torrente,  
 Se mira á lo lejos:  
 Y apenas alumbraba el rayo en las breñas  
 El arco ruinoso de gótico puente  
 Con tibios reflejos.  
 Suspenso en la cima del árbol añoso,  
 De ramas tejido descende un asiento:  
 En él aparece

Fantástica bruja de aspecto asqueroso  
 Sentada y serena. — Con impetu el viento  
 Silvando la mece.

—Vi palacios magníficos un día  
 Cuando fortuna en torno me reía,  
 Vi donceles y dueñas,  
 Que humildes me acataban;  
 Los vientos no zumbaban  
 Entre las rudas peñas.

Y oía yo cantares regalados,  
 Y oía al par los ecos apagados  
 De una lira distante;  
 Porque es grato á las bellas  
 Escuchar las querellas  
 De su bizarro amante.

Gimió el clarín y se lanzó la guerra  
 Bramando de furor — mustia la tierra  
 Lloró por su venida, —  
 Y vestido de acero  
 Fué al campo el caballero,  
 Y allí perdió la vida.

Y entraron victoriosos los contrarios  
 Respirando venganza. — ¡Sanguinarios!  
 Mis tierras ¿qué se hicieron?  
 Mis fieles servidores  
 En medio estos horrores  
 Luchando sucumbieron. —

Y el último era un héroe — y yo vagaba  
 Allá en su mente á tiempo que espiraba  
 Muriendo ¡ay! me decía,  
 « Mi Elvira encantadora,  
 Lloro tu esposo, llora  
 Sobre mi tumba fría. »

Lloré y venganza le juré á mi esposo,  
 Y se la di, que incendio estrepitoso  
 Consumió los salones  
 Que vivió su asesino;  
 Solo halló cuando vino  
 Denegridos terrores.

Contra su altiva frente el cielo mismo  
 Vibró su rayo, y el ruidoso abismo  
 Le tragó del torrente.  
 Yo le miré suspenso  
 Sobre el espacio inmenso  
 Maldecirme demente. —

Y me gozaba, y aplaudía en tanto,  
 Y daba al viento el desacorde canto  
 De la venganza mía;  
 Y oí sonar cercana  
 La lúgubre campana  
 Al tiempo que moría.

Crece ahora, huracán — alza bramando  
 Tu saña contra mí — yo iré cantando  
 Mis himnos funerales;  
 Con mis manos heladas  
 Yo romperé selladas  
 Las puertas infernales. —

Cantaba la vieja : con sordo mugido  
 Los vientos llevaron su triste cancion :  
 Del rayo en un punto el árbol herido,  
 Con ella caía :  
 Su grito de muerte se oyó, y todavía  
 Vagó por sus labios postrar maldicion.

## LA TARDE DE OTOÑO.

Ya viene el revuelto otoño  
 Recogiendo fresco y flores ;  
 Pasó el sol con sus calores,  
 Y alumbra al fin otro sol ;  
 Pasaron las alboradas  
 Deliciosas de la aurora,  
 Que el horizonte colora  
 De purpurino arrebol.

Pasaron las noches claras  
 De la luna y los jardines ;  
 Las noches de los festines  
 Tras el otoño vendrán.  
 Pasó el tiempo de las citas  
 A deshora entre las rejas,  
 Los cuidados de las viejas,  
 De las niñas el afán.

Pasaron las serenatas  
 Debajo de los balcones,  
 Las rondas y las canciones  
 Del mancebo emprendedor.  
 Todo es ya triste : la tierra  
 Pierde su brillante aliño,  
 Y el amor, que es pobre y niño,  
 Alivio busca al calor.

Mas si se envuelve la noche  
 Entre su sombra importuna,  
 Si pierde su blanca luna  
 Y sus horas de placer ;  
 Si pierde la fresca aurora  
 Sus aromas y sus flores,  
 Sus nubes de cien colores,  
 Su aureola de rosicler ;

Le queda en cambio á la tarde  
 Todo el encanto del día,  
 Y henchida de su armonía  
 Sale el sol á despedir.  
 Bella es la tarde que baja  
 Por el rosado occidente,  
 Y se apaga lentamente  
 Para volver á lucir.

Es púrpura el horizonte,  
 Y el firmamento una hoguera,

Es oro la ancha pradera,  
 La ciudad, el río, el monte.

Rey de los astros, el sol,  
 Del regio trono al bajar,  
 Su pompa querrá ostentar  
 En su manto de arrebol.

Por eso suspenso está  
 De su reino á la salida,  
 Jurando á su despedida  
 Que mañana volverá.

Banda de nubes de grana,  
 Que con sus reflejos tiñe,  
 Flotando en torno le ciñe  
 Como turba cortesana.

Ráfagas mil que se cruzan,  
 Filigrana de la tarde,  
 El sol que á su espalda arde  
 En colores desmenuzan.

Y al hundirse en occidente  
 Partida en muchas la llama,  
 Por el cielo se derrama  
 Fosfórica y trasparente.

Es la postrera sonrisa  
 Del bello día que acaba,  
 Que de esa luz arrancaba  
 Su fresca ondulante brisa.

La fresca brisa que asoma  
 Por sobre la roca calva,  
 Remedo de la del alba  
 En frescura y en aroma.

A su venida, tardías  
 Cierran su cáliz las flores,  
 Y trinan los ruiseñores  
 Sus postreras armonías.

Se les ve buscar la sombra  
 Entre las desnudas ramas,  
 Porque sus hojas de escamas  
 Sirven al suelo y de alfombra.

Que ya el inconstante viento,  
 Del otoño que aparece,  
 En los árboles se mece  
 Con brusco sacudimiento.

Flor, pronto inútil y sola,  
 En vez de la que él deshizo,  
 Orlará el campo pajizo  
 La purpurina amapola.

Brezos y arbustos impuros  
 De la montaña en la falda,  
 Vestirán su áspera espalda  
 Con sus matices oscuros.

Grupos de nubes perdidos  
 Como fantasmas deformes,  
 Traen en sus pliegues enormes  
 Vientos de invierno escondidos

El árbol en largas hebras  
 Hiende sus cortezas vanas,  
 Y anuncian lluvias lejanas  
 Las rastras de las culebras.

Da el cuervo al aire su vuelo,  
Graznidos á su garganta;  
Rey del viento se levanta  
Entre la tierra y el cielo.

Se oye de alguna paloma  
Perdido el último arrullo,  
De alguna fuente el murmullo  
Que entre los juncos asoma.

Queda el mundo en soledad;  
Y en el aire alzan su imperio,  
De las sombras el misterio,  
Y el humo de la ciudad.

INDECISION. *(Supranio)*

¡ Bello es vivir, la vida es la armonía!  
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,  
Un sol de fuego iluminando el día,  
Aire de aromas, flores apiñadas:

Y en medio de la noche magestuosa  
Esa luna de plata, esas estrellas,  
Lámparas de la tierra perezosa,  
Que se ha dormido en paz debajo de ellas.

¡ Bello es vivir! Se ve en el horizonte  
Asomar el crepúsculo que nace;  
Y la neblina que corona el monte  
En el aire flotando se deshace;

Y el inmenso tapiz del firmamento  
Cambia su azul en franjas de colores,  
Y susurran las hojas en el viento,  
Y desatan su voz los ruiseñores.

.....

Y la noche las orlas de su manto  
Arrastra fugitiva en occidente;  
Y la tierra despierta al fuego santo  
Que reverbera el sol en el oriente.

¡ Bello es vivir! Se siente en la memoria  
El recuerdo bullir de lo pasado,  
Camina cada sér con una historia  
De encantos y placeres que ha gozado.

Si hay huracanes y aquilon que brama,  
Si hay un invierno de humedad vestido,  
Hogueras hay á cuya roja llama  
Se alza un festin con su discorde ruido.

Y una pintada y fresca primavera,  
Con su manto de luz y orla de flores,  
Que cubre de verdor la ancha pradera  
Donde brotan arroyos saltadores.

Y hay en el bosque gigantesca sombra,  
Y desierto sin fin en la llanura,  
En cuya estensa y abrasada alfombra  
Crece la palma como yerba oscura.

Allí cruzan fantásticos y errantes,  
Como sombras sin luz y apariciones,  
Pardos y corpulentos elefantes,  
Amarillas panteras y leones.

Allí entre el musgo de olvidada roca  
Duerme el tigre feroz harto y tranquilo,  
Y de una cueva en la entreabierto boca  
Solitario se arrastra el cocodrilo.

¡ Bello es vivir, la vida es la armonía!  
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,  
Un sol de fuego iluminando el día,  
Aire de aromas, flores apiñadas...

Arranca, arranca, Dios mio,  
De la mente del poeta  
Este pensamiento impio  
Que en un delirio creó;  
Sin un instante de calma,  
En su olvido y amargura,  
No puede soñar su alma  
Placeres que no gozó.

¡ Ay del poeta! su llanto  
Fué la inspiracion sublime  
Con que arrebató su canto  
Hasta los cielos tal vez;  
Solitaria flor que el viento  
Con impuro soplo azota,  
Él arrastra su tormento  
Escrito sobre la tez.

Porque tú ¡ oh Dios! le robaste  
Cuanto los hombres adoran;  
Tú en el mundo le arrojaste  
Para que muriera en él;  
Tú le dijiste que el hombre  
Era en la tierra su hermano,  
Mas él no encuentra ese nombre  
En sus recuerdos de hiel.

Tú le has dicho que eligiera  
Para el viaje de la vida  
Una hermosa compañera  
Con quien partir su dolor;  
Mas ¡ ay! que la busca en vano;  
Porque es para el sér que ama  
Como un inmundo gusano  
Sobre el tallo de una flor.

Canta la luz y las flores,  
Y el amor en las mugeres,  
Y el placer en los amores,  
Y la calma en el placer:  
Y sin esperanza adora  
Una belleza escondida,  
Y hoy en sus cantares llora  
Lo que alegre cantó ayer.

Él con los siglos rodando  
Canta su afán á los siglos,  
Y los siglos van pasando  
Sin curarse de su afán.

¡ Maldito el nombre de gloria  
Que en tu cólera le diste...!  
Sentados en su memoria  
Recuerdos de hierro están.

El día alumbra su pena,  
La noche alarga su duelo,  
La aurora escribe en el cielo  
Su sentencia de vivir :  
Fábulas son los placeres,  
No hay placeres en su alma,  
No hay amor en las mugeres,  
Tarda la hora de morir.

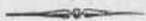
Hay sol que alumbra, mas quema :  
Hay flores que se marchitan,  
Hay recuerdos que se agitan  
Fantasmas de maldicion.  
Si tiene una voz que canta,  
Al arrancarla del pecho  
Deja fuego en la garganta,  
Vacío en el corazon.

¡ Bello es vivir ! Sobre gigante roca  
Se mira el mundo á nuestros piés tendido,  
La frente altiva con las nubes toca...  
Todo creado para el hombre ha sido.

¡ Bello es vivir ! Que el hombre descuidado  
En los bordes se duerme de la vida,  
Y de locura y sueños embriagado  
En un festin el porvenir olvida.

¡ Bello es vivir ! Vivamos y cantemos :  
El tiempo entre sus pliegues roedores  
Ha de llevar el bien que no gocemos,  
Y ha de apagar placeres y dolores.

Cantemos de nosotros olvidados,  
Hasta que el són de la fatal campana  
Toque á morir. — Cantemos descuidados,  
Que el sol de ayer no alumbrará mañana.



• • • • •

Eran aun los agitados días  
En que mi juventud abandonada  
Adivinó tal vez horas impías  
Entre el crespon de la insondable nada ;

Cuando con ojo avaro y penetrante,  
Aun no poeta el porvenir medita  
El niño, y ve pasarle por delante  
Arida nada que su sed irrita ;

Cuando el nombre del niño no es un nom-  
Cuando la idea informe no es idea, [bre,  
Y en el alma del niño nace el hombre  
Que idea y nombre se conquista y crea ;

Entonces de la vida en el vacío  
Soñé un bello fantasma que rodaba,  
Gota brillante y fresca de rocío  
En flor que brota entre pajiza lava.

Blanco ese sueño resbaló en mi mente  
Puro y tranquilo como sol que nace,  
Como se rompe el agua de la fuente  
Y rodando en la yerba se deshace.

Era la forma trasparente y vaga  
De un arcángel que cruza el firmamento,  
Era un pliegue del viento que una maga  
Vibró al cantar con aromado aliento.

Era la voz del arpa que se pierde  
Entre el leve vapor de ancha laguna,  
En cuyo fondo con las algas verde  
Tibia refleja amarillenta luna.

Era en la mente perdida  
Entre suspiros de gloria  
La esperanza y la memoria  
Del amor de una muger :  
Recuerdo en alma de niño,  
Amor en alma de hombre,  
Blanco fantasma sin nombre  
Y sin hora en que nacer.

Permite, dulce embeleso,  
Que mis labios en tus labios  
Pongan un ardiente beso  
Que se oiga en el corazon ;  
Que la mente del poeta,  
En su entusiasmo violento,  
Beba en tu mirada inquieta  
La fogosa inspiracion.

Que en la noche tempestuosa  
Será bello ; amada mia !  
De la lluvia áspera y fria  
Al desigual susurrar,  
Tener contigo un poeta  
Sentado á la roja llama,  
Con un corazon que ama  
Y una voz para cantar.

Será bello en puro día  
De fragante primavera  
Su fantástica armonía  
Escuchar en un jardin,  
Y que en la ruidosa fiesta  
Levante robusto canto,  
Y que te vele tu siesta  
Despues de largo festin.

Te diga los caballeros  
Que por tus favores lidian,  
Y las damas que te envidian  
El cantar del trovador :  
Y en la tibia madrugada  
Tus labios sobre su frente,  
Duermas tú tranquilamente,  
Soñando sueños de amor.

Y tu aliento con su aliento,  
Y tu mano con su mano,  
Con un mismo pensamiento  
Que os halague al despertar;  
Os encuentre la mañana  
Y resbale vuestra vida,  
Como parda luz lejana  
De una tarde sobre el mar.

---

ORIENTAL.

---

Mañana voy, nazarena,  
A Córdoba la sultana;  
Mi amorosa cantilena  
Ya no sentirás mañana  
Al compás de mi cadena.  
Cuando vuelvan los cristianos  
De los moros vencedores,  
Lee mis destinos tiranos,  
La historia de mis amores  
En la sangre de sus manos.  
Valiera mas que cautivo  
En esa torre acabara  
La triste vida que vivo;  
Que la vida que hoy recibo  
Me la vendas ¡ay! bien cara.  
¡A Dios! tu esclavo mañana  
Ya no ha de causarte enojos;  
Pero es esperanza vana :  
Cautivo quedo, cristiana,  
En la prision de tus ojos.  
¡Maldita, hermosa, mi estrella!  
¿Qué ha de valermela vida,  
Si no he de hallarte con ella  
Ni en Granada la florida,  
Ni en mi Córdoba la bella?  
De hoy me será el claro sol  
Una lámpara importuna;  
Hija del suelo español,  
Tú eres mi sol y mi luna...  
La aurora y el arbol.  
Pues en tí pierdo el sol hoy,  
Sin tu sol no he de vivir;  
Sultana, á Córdoba voy,  
Que en las tinieblas que estoy  
Presto, á fé, que he de morir.  
Ha prometido Mahoma  
Un paraiso, una huri...  
Tú habrás de ser ángel, sí,  
En esa region de aroma,  
¡ hemos de amarnos allí.

ROMANCE.

---

La noche no tiene ruido;  
En la sombra no hay color;  
No hay en los viejos cuidado,  
Las dueñas no tienen voz;  
Pero cuando todos duermen,  
Estamos velando dos;  
*Ella* en la reja sentada,  
Y al pié de la reja *yo*.

Mis ojos no ven sus ojos,  
No ven su tez trasparente,  
No ven su rosada frente,  
Ni su sonrisa de amor :  
No ven el rubor de virgen  
Que sus mejillas colora;  
Tiene quince años ahora...  
Las niñas tienen rubor.  
No ven mis ojos avaros  
Su casi desnuda espalda,  
Ni entre la revuelta falda  
Asomado el blanco pie :  
Como en la orilla de un rio,  
Rompiendo la inquieta espuma,  
Tender la flotante pluma  
Nevado un cisne se ve.

Ni en su garganta y sus hombros  
El alto pecho imagino,  
Ni por su rostro adivino  
Del corazon la inquietud;  
Y tiene la áspera reja,  
Centinela desvelado,  
Delante el amor osado,  
Detrás la frágil virtud.

¡Mas, pese á la densa reja.  
Pese á la noche sombría,  
Yo tengo ¡paloma mia!  
El alma bañada en tí!  
Tengo mis labios de fuego  
Sobre tus labios de rosa,  
Y en tu pecho late, hermosa,  
Un corazon para mí.

¡A Dios! que por el oriente  
La luz importuna sube,  
Y envuelto en húmeda nube  
Las tinieblas rasga el sol;  
Y para una niña en vela,  
Y el galan que la enamora,  
Mucha luz tiene la aurora  
En el brillante arbol.

---

Vierta el alba en su sonrisa  
Su armonía y su color,  
Y se columpia la brisa  
En el cáliz de la flor

De rosa, lirio y claveles,  
Robando el fragante olor,  
Cuelga en los anchos laureles  
Gemido murmurador.

Y gime la fresca fuente  
Bajo el manto de cristal,  
Y gime lánguidamente  
La tórtola angelical;  
Y enamorada paloma  
Bebe la luz matinal,  
Meciendo el aura de aroma  
Con arrullo desigual.

En tanto el noble mancebo  
El ancho jardín cruzó,  
Murmurando por lo bajo  
Enamorada canción :

— « ¡ Oh! vuelve, noche, sin ruido,  
« Con tu sombra sin color,  
« Con tus viejos sin cuidado,  
« Y con tus dueñas sin voz;  
« Porque, cuando todos duerman,  
« Volvamos á velar dos;  
« *Ella* en la reja sentada,  
« Y al pié de la reja *yo*. » —

### A UN TORREON.

Gigante sombrío, baldon de Castilla,  
Castillo sin torres, ni almenas, ni puente,  
Por cuyos salones en vez de tu gente  
Reptiles arrastran su piel amarilla,  
Dime, ¿qué se hicieron tus nobles señores,  
Tus ricos tapices de sedas y flores,  
Tu gente de guerra, tus cien trovadores  
Que alzaron ufanos triunfante canción?  
Tú estás en el valle cadáver podrido, [dido :  
Guerrero humillado que el tiempo ha ren-  
Tu historia y tu nombre yaciendo en olvido,  
El mundo no sabe que existe *Muñon*.

Tus pardas ruinas me son de tormento,  
Con negros recuerdos corroen mi alma...  
¡ Tú estás en mi mente, maldecida palma  
Quemada del rayo, batida del viento!  
Yo errante poeta proscrito en el mundo,  
Tal vez en el polvo de féretro inmundo,  
Sin nombre, sin gloria para siempre hundo  
Mi frente abrasada de inútil sudor;  
¡ Por tí, resto infame, fantasma de duelo,  
Morada maldita de un ángel del cielo  
Que amé y merobaron...! ¡ maldito tu suelo,  
Maldito tu nombre... maldito mi amor!

Quédate, sí, en esa altura  
A la vergüenza del llano,  
Castillo sin castellano,  
Matrona sin hermosura.

De tí el tiempo se rió,  
Tus torres se derribaron,  
Tus vasallos te ultrajaron,  
Tu señor te abandonó.

Quédate, negro esqueleto,  
De fértil vega mancilla,  
A esa ermita de Castilla  
Sin sacerdote sujeto.

Sin pendones que ondear,  
Sin blasones á la entrada,  
Tu bóveda agujereada  
No has podido sustentar.

Sin un eco en los salones,  
Sin un soldado en el muro,  
Hoy crece el arbusto impuro  
Al pié de tus torreones.

Señor muerto en tierra agena,  
Olvidado de tu gente,  
A pedazos de tu frente  
Roba el viento tu melena.

Y pasa á tus piés el hombre  
Sin buscarte en su memoria,  
Porque no leyó tu historia,  
Ni se acuerda de tu nombre.

Tú tienes uno, que en aciago día  
En tu gastada piedra escribí yo,  
Y el nombre de otro y la vergüenza mia  
Con la tuya quedó.

Cuando mi labio le nombró, mentía,  
Cuando mi mano le grabó, mintió;  
Hoy... ya no existe; en su carrera impi  
El tiempo le arrastró.

Y ese nombre celestial  
Que el tiempo devoró al fin,  
Una muger por mi mal  
Le arrebató á un serafin;  
El huracan de la vida  
Solo dejó, ¡ oh mi querida  
Para mi eterno tormento-  
En prenda de maldicion,  
Tu nombre en mi pensamiento,  
Tu amor en mi corazon.

### LA NOCHE DE INVIERNO.

A DON GENARO VILLAAMIL.

Pintor, el viento se estrella  
Bramando en esa ventana :

En pos de su airada huella  
La lluvia y la noche van;  
Prepara lienzo y pinceles,  
Yo escribiré tu pintura,  
Y conquistemos laureles  
Al través del huracán.

Agua las nubes abortan;  
Se ve la lumbre amarilla  
De las centellas, que cortan  
Nubes y lluvia al caer;  
Se oyen girar las veletas  
Sobre la gigante torre,  
Y las pizarras sujetas  
Agua y viento repeler.

Se ven oscilar tus lienzos,  
Del crudo viento impelidos,  
Que por los vidrios hendidos  
Penetra inquieto hasta aquí.  
Esos retratos colgados,  
Que unos con otros se chocan,  
Son escudos conquistados  
Y blasones para tí.

Oyese el són temeroso  
De campanas que rompiendo  
De los hombres el reposo,  
Conjuran la tempestad:  
Se oye en la calle azorado,  
De alguno que huye la lluvia,  
El paso precipitado  
Cruzando en la oscuridad.

Encendamos una hoguera  
Cuya roja llama alumbre  
Esos rostros en hilera  
Colgados en la pared:  
Que, mecidos por el viento  
Y animados por la llama,  
Nos darán un pensamiento  
Y una corona tal vez.

Tú tienes dentro la mente  
Galerías, catedrales,  
Todo el lujo del oriente,  
Todo un mundo que pintar:  
Tú tienes en tus pinceles  
Derruidos monasterios,  
Con aéreos botareles  
Y afligranado altar.

Tienes torres con campanas  
Y transparentes labores,  
Castillos con castellanas  
Que aguardan á su señor;  
Y bóvedas horadadas,  
Y silenciosas capillas  
Donde en mármóreas almohadas  
Yace el muerto fundador.

Y antiquísimas ciudades  
Que, por el tiempo roidas,  
Cuentan al tiempo verdades  
Que él se desdeña escuchar:

Tienes en el valle fuentes,  
Peñascos en la montaña,  
Y en los peñascos torrentes  
Que se arrastran á la mar.

Tienes en los mares islas,  
Con ciudades y jardines,  
Y en los jardines festines,  
Y en los festines placer...  
Prepara lienzo y pinceles,  
Y deja que el viento breme,  
Y la lluvia se derrame,  
Y estalle el rayo al caer.

A inspirarnos han venido  
La noche con sus tinieblas,  
El rayo con su estampido,  
La lluvia con su rumor:  
Tú pintarás lo que sientas;  
Yo escribiré lo que siento  
En el empuje violento  
Del huracán bramador.

Yo escribiré cómo muge  
El vendabal en tus torres,  
Cómo entre las jarcias cruje  
Del buque que va á anegar:  
Cómo zumba en las almenas  
Con que ciñes tus castillos,  
Cómo silba en las cadenas  
Que el puente han de sujetar.

Escribiré cómo imita  
La humana voz en las rocas,  
Y como el milano grita,  
Y ruga como el león,  
Silba como la serpiente,  
Sorbe como la lechuza,  
La voz de un incendio miente  
Al cruzar un torreón.

Mienté el graznido del cuervo,  
Brama como el ronco toro,  
Remeda el distante lloro  
De una garganta infantil;  
Y azotando los cristales,  
Finge el fantástico vuelo  
De espíritus infernales  
Que pasan de mil en mil.

É imita el rumor confuso  
De clarines y de aceros,  
De carros y caballeros  
Que van marchando detrás,  
Y de un lejano combate  
Los alarmantes clamores,  
Y el ruido de los tambores  
Que redoblan á compás.

Tú pintarás la montaña  
Entre la niebla sombría,  
Pintarás la lluvia fría  
Derramada desde allí;  
Los alcázares morunos,  
Los pilares bizantinos,

Monumentos peregrinos  
Embellecidos por ti.

Pintarás los gabinetes  
Cincelados de la Alhambra,  
Y el humo de los pebetes  
Y las bellas del haren.

Tú pintarás las memorias  
Que nos quedan por fortuna,  
Yo escribiré las historias  
Que vida á tus cuadros den.

Te diré el blando murmullo  
De las aguas destrenzadas,  
Y el melancólico arrullo  
De la tórtola que amó;  
Te diré cómo se mecen  
Las flores sobre los tallos,  
Cómo nacen, cómo crecen,  
Cómo el sol las agostó.

Tú nos pintarás al hombre  
Con su choza ó su palacio,  
Y yo te diré su nombre,  
Y lo que en el mundo fué :  
Tú al mundo darás colores,  
Yo le daré lengua y vida ;  
Tú pintarás los amores,  
Y yo te los cantaré.

¡ Pintor ! que la noche rueda  
Con el ronco torbellino,  
Que envuelta en tormentas quede  
La desvelada ciudad :  
Nosotros lejos del mundo  
Otro mundo gozaremos,  
De la hoguera que encendemos  
A la roja claridad.

Calderon, Murillo, Ercilla,  
Colgados por las paredes  
Con su estoque y su golilla,  
Forman nuestro mundo aquí.  
Ahi están Lope, Cervantes,  
Vinci, Rivera, el Ticiano...  
Con tintas para tu mano,  
É inspiracion para mí.

Prepara lienzo y pinceles,  
Desplega tu fantasia;  
Cuando nos sorprenda el dia  
Que alumbre una creacion  
Pintor, ese torbellino  
Ha venido á visitarnos :  
En él nos trajo el destino  
La violenta inspiracion.

## RECUERDOS DE TOLEDO

### LA CATEDRAL.

#### INTRODUCCION.

Ese monton de piedras hacinadas,  
Morenas con el sol que se desploma,  
Monstruo negro de escamas erizadas  
Que alienta luz y música y aroma ;

A quien un pueblo inválido rodea  
Con piés de religion, frente de miedo,  
Que tan noble lugar mancha y afea,  
Es catedral de lo que fué Toledo.

Pálida y triste, pobre y abatida  
Llora el favor de los hundidos años ;  
Reina sin corte, anciana y desvalida  
Por sus hijos robada y los estraños.

Por vestir el espectro de su nada  
Hoy convoca sus hijos á las fiestas,  
Celebrando su mal, desesperada,  
Con campanas, con órganos y orquestas.

Gigante que muriendo en la llanura  
A manos de contrario mas valiente  
Con voz tremenda su venganza jura,  
Y fuerza y vida en sus palabras miente

Una tribu elegante y voluptuosa  
De otro pais de fuentes y de flores,  
Los cimientos fundó donde reposa,  
Para otro Dios de guerras y de amores.

Y un rey, ó mas piadoso ó mas prudente,  
Cambióla en templo por sellar su gloria;  
Y tal vez dijo al Dios omnipotente :  
*Tuyo es el nombre, mia la memoria.*

Quedóse al fin en templo consagrado  
Del sumo Dios bajo el escelso nombre,  
Para ser á los tiempos revelado  
Como página histórica de un hombre.

Mas apilando el tiempo los despojos  
De los mismos valientes que la hicieron,  
Vasto sepulcro levantó á sus ojos  
Donde un palacio levantar creyeron.

Y hoy al caer del templo la grandeza  
Muestra el coloso, al espirar su imperio,  
Que ha cobijado su mortal corteza  
Templo, historia, palacio y cementerio.

#### I.

Con ceño sombrío mira  
El Tajo que á sus piés corre,  
Y al despecho que la inspira  
Con las gargantas suspira  
De sus campanas la torre.

Que tiene para consuelo  
En su abatimiento y mengua,  
La frente cerca del cielo,  
Y para hablar con el suelo  
Trece campanas por lengua.

Con tan gigante armonia  
 Todo su cuerpo estremece,  
 Y al oírle se creería  
 Que crece así su alegría  
 Cuanto su estrépito crece.

A ese clamor tan violento,  
 Incapaz de tanto ruido,  
 Vibra fatigado el viento,  
 Dejando el confuso acento  
 Por la atmósfera perdido.

Que en su canto desigual  
 Hay música tan liviana,  
 Que en su murmullo infernal  
 Canta y llora y ríe insana  
 Con sus lenguas de metal.

Que ellas pregonando van  
 Lo que sus clamores son,  
 Que á veces tristes están  
 Pidiendo por los que van  
 A eterna condenacion.

Y en su clamor muestran bien  
 Otras el alegre fin,  
 Pues revoltosas se ven  
 Cual si colgadas estén  
 Por heraldos de un festin.

Otras en su inquieto afán  
 Ruedan y vibran, según  
 Con los clamores que dan  
 Al mundo anunciando están  
 Placer ó luto comun.

Y en vez de agudo esquilon,  
 De la tarde anuncia el fin  
 El doblar de la oracion,  
 Que apaga su ronco són  
 Del horizonte al confin.

A su movimiento enorme  
 Rueda en el cóncavo hueco  
 De la bóveda el informe  
 Postrer quejido del eco  
 Con vibracion uniforme.

A su paso estremecidas  
 Oscilan allá en las sombras  
 Las lámparas suspendidas,  
 Dibujando en las alfombras  
 Sombras y luz confundidas.

Cobra entonces movimiento  
 Todo el templo y se estremece,  
 Cual fantasma de un momento  
 Que alza el rostro macilento  
 Y al punto se desvanece.

Van luego dejando ver  
 Los vacilantes reflejos,  
 Las sombras al repeler,  
 Los objetos á lo lejos  
 Sus formas desenvolver.

Se van mostrando despacio  
 Las verjas de oro amarillas,  
 Canceles de aquel palacio

Que dividen el espacio  
 De la nave y las capillas.

Se ven en turbios colores  
 Detrás de los altos hierros,  
 Entre marmóreas labores  
 Cumpliendo así sus destierros  
 Dormidos los fundadores.

Se ven al rayar el día  
 En los pintados cristales  
 Cómo luchan á porfía  
 La claridad que lucía,  
 Y los rayos matinales.

Entonces el sol brillante  
 Que á las ventanas asoma,  
 Su fogosa luz gigante  
 En la llama agonizante  
 De las lámparas desploma.

Dejan torre y capitel,  
 Y entran por los rosetones  
 Las sombras huyendo dél,  
 Plegándose en los rincones  
 En fantástico tropel.

La luz del templo señora,  
 Por el templo derramada,  
 Saluda al Dios que ella adora  
 Por las losas prosternada  
 Ante el ara que colora.

Ciñe la bóveda, avara,  
 Y en los robustos pilares  
 Se quiebra picante y clara,  
 Y bulliciosa se ampara  
 Del oro de los altares.

Que jóven y rica y bella  
 En la riqueza se posa,  
 Y en los diamantes destella,  
 Y en la joya mas vistosa  
 Para competir con ella.

Porque el astro rey la envía  
 A que sus galas ostente,  
 Y en la bóveda sombría  
 Vierta la lumbre del día  
 Revoltosa y trasparente.

## II.

Se oyen despues los pasos medidos  
 Del sacerdote, y la crujiende seda  
 Del manto que, los lienzos desplegados,  
 Por el sonoro pavimento rueda :

Cual si al cruzar se oyera el vago aliento  
 Con que á cumplir con su mision le incitan  
 Soplando bajo el mudo pavimento  
 Las osamentas que á sus piés dormitan.

Se coronan de antorchas los altares,  
 Se sienten rechinar las verjas de oro,  
 Se escuchan los católicos cantares  
 Vibrar sublimes desde el hondo coro.

Se ve el pueblo llegar y reverente  
 Postrarse humilde, y bendecir la vida,

Y alzar del suelo la humillada frente,  
De la luz de los ángeles ceñida.

Y se alza del altar la voz tremenda  
Que las palabras del Señor repite,  
Cantadas porque el pueblo las comprenda,  
Solemnes porque el pueblo las medite.

Y el órgano despliega rebramando  
La voz robusta de las trompas de oro,  
Como por la cascada caen rodando  
Aguas y espumas en tropel sonoro.

Y en los aires á torrentes  
Vierte la música santa  
Por la céntuple garganta  
De los tubos de metal :  
Y en sus cánticos remeda,  
Con el prolongado acento,  
El ronco bramar del viento  
O el crujir del vendabal.

O finge en sôn temeroso  
La aguda lengüetería,  
La discorde gritería  
Del infierno en rebelion ;  
O con lamento apagado  
Canta al justo moribundo  
Saliendo alegre del mundo  
Sin ira en el corazón.

Canta el placer de la esposa  
Que inquieta al esposo aguarda,  
Canta al esposo que tarda  
A sus puertas en llamar.  
O entonando del profeta  
La sacrosanta salmodia  
Sublimemente parodia  
El fuego de su cantar.

Y llora con Jeremias,  
Y entona en arpa de flores  
Los voluptuosos amores  
Del sabio rey Salomon ;  
Canta los cedros del Libano,  
La castidad de Susana,

Y Jezabel la profana,  
Y el vigoroso Sanson.

O en tonos mas desmayados  
La postrera despedida  
Que dió á la penosa vida  
El Hacedor de la luz ;  
O mas lánguido remeda  
Las lágrimas de María  
Cuando en el terrible día  
Lloraba al pié de la cruz.

Mas pasan las santas horas  
Y cesa la voz que canta,  
Y el pueblo que se levanta  
Murmura á su vez tambien :  
Se oye el rumor de sus pasos  
Que por las naves se alejan,  
Y las capillas que dejan  
Abandonadas se ven.

Apenas un sacerdote  
Que sordas preces murmura  
Cruza con planta insegura  
Por delante de un altar.  
Se oyen correr los cerrojos  
Y las cortinas de seda,  
Y hacinadas en manojos  
Se oyen llaves chocar.

No queda en el santo templo  
Mas que el ambiente de aroma,  
La luz del sol que se asoma,  
Por el pintado cristal ;  
Las tumbas de las capillas  
Y los pálidos reflejos  
De lámparas que á lo lejos  
Penden de un arco ogival.

Pasa el sol, viene la tarde,  
Y el día desaparece,  
Y la negra sombra crece,  
Y su imperio vuelve á ser.  
Se estrella por fuera el viento  
En la calada ventana,  
Y lo que *ayer* fué *mañana*,  
*Mañana* se dice : *ayer*.



## SEGUNDA PARTE.

A MIS AMIGOS

DON JUAN DONOSO CORTES

Y

DON NICOMEDES PASTOR DIAZ.

—

Cuando publiqué el tomo primero de mis poesías cediendo á vuestras instancias, no fué otro mi intento que el de reunir en una coleccion los versos que tal vez no habian desagradado al público. Escritos estos en diferentes épocas de mi vida, y en diversas circunstancias, cada composicion se resiente de las que la pertenecen. El triste se querella, y el alegre canta; uno gime desesperado, y otro rie á carcajadas, y esto es muy natural; de aqui los distintos géneros de mis versos. Tuve, como todos los hombres, momentos de placer y horas de amargura; en estas lloraba, y en aquellos reia; por consiguiente el conjunto de mis primeros ensayos no pudieron tener mas objeto que el de trasladar al papel las inspiraciones del corazón.

Al publicar el segundo he tenido presentes dos cosas: la patria en que nací, y la religion en que vivo. Español, he buscado en nuestro suelo mis inspiraciones. Cristiano, he creído que mi religion encierra mas poesia que el paganismo. Español, tengo á mengua cantar himnos á Hércules, á Leonidas, á Horacio Cocles y á Julio César, y abandonar en el polvo del olvido al Cid y á Don Pedro Ansurez, á Hernán Cortés y Garcia de Paredes. Cristiano, creo que vale mas nuestra María llorando, nuestra severa semana santa, y las suntuosas ceremonias de nuestros templos, que la impúdica Venus, las nauseabundas fiestas Lupercales, y los vergonzosos sacrificios de Baco y de Pluton. Español, hallo cuando menos mezquino y ridiculo buscar heroes en tierras remotas, en menoscabo de los de nuestra patria; y cristiano, tengo por criminal olvidar nuestras creencias, por las de otra religion contra cuyos errores protestamos á cada paso.

En cuando al género de mis versos aprovecho el momento de la inspiracion, sin curarme de las formas con que los atavio, y sin

seguir mas escuela que mi propio capricho. Convengo en que esto puede ser muy perjudicial; pero yo pienso así, y cada cual tiene derecho á pensar lo que mas le plazca, en tanto que no piense mas de lo que le toca.

Y ahora, amigos míos, me queda una sola cosa que decir, y es: que como es muy probable que los poetas no poseamos nunca mas que nuestros versos, os dedico los míos, porque no me ocurre otra cosa que poderos ofrecer; y (por via de paréntesis) me llamo poeta, no porque yo me tenga presuntuosamente por tal, sino porque he escrito estas poesías.

Leedlas, si no os cansan, y acordaos siempre de vuestro amigo

JOSÉ ZORRILLA.

Madrid, 15 de Junio de 1838.

—

### EL DIA SIN SOL. (1)

—

INTRODUCCION.

Dies ira dies illa  
Solvat seclum in favilla (1).

Hizo al hombre de Dios la propia mano,  
Que tanto para hacerle fué preciso:  
Hizole de la tierra soberano,  
Y le dió por palacio el paraiso. —

Agil de miembros, la cerviz erguida  
Orlada de flotante cabellera,  
Los claros ojos respirando vida,  
Luenga la barba y con la voz severa.

Hechos para el deleite sus sentidos  
Vieron los ojos luz, gustó la boca,  
Olió el ollato, oyeron los oídos...  
Todo es placer cuanto pasando toca.

La yerba perfumada en la colina  
Dió un lecho do yace blandamente,

(1) La paráfrasis del *Dies ira* está espresamente escrita para Don Nicomedes Pastor Diaz, cuyo primer pensamiento le debe el autor.

(1) De lo mejor escrito en castellano.

Y derramóse en torno cristalina  
Deshecha en perlas la sonora fuente.

Y vertieron las aves en el viento  
Regalada y dulcísima armonía  
Desde el follaje vasto y opulento  
Que fácil teje la alameda umbría.

Y al dormido murmullo de la brisa  
Que vaga suave, inquieta y juguetona,  
Dobló la frente y con igual sonrisa  
El sueño muellemente le corona.

Las fieras cuidadosas evitaron  
Con su ruido turbar su manso sueño,  
Y volando las aves arrullaron  
El reposar de su tranquilo dueño.

Dios, que su soledad miró enojosa,  
De tornarla en placer buscó manera,  
Y una muger bellísima, amorosa,  
Le ofreció liberal por compañera.

Era la hermosa de gentil talante  
Acabada de pechos y cintura,  
De enhiesto cuello, y lánguido semblante,  
Rebosando de amor, y de ternura.

Clara la frente, altiva y despejada,  
Negras las cejas, blanca la mejilla,  
Rasgada de ojos, blanda la mirada  
Do turbó el sol en competencia brilla.

Tendida por los hombros la melena  
La blanca espalda de la luz velando,  
Hallóla Adan al despertar serena  
Sus varoniles formas contemplando.

Ciñóla sorprendido en su embeleso  
Con brazo enamorado y reverente;  
Mil veces la besó, y á cada beso  
Trémula su cristal vibró la fuente.

El bosque susurró manso murmullo,  
Los peces en las ovas asomaron,  
Las tórtolas alzaron casto arrullo,  
Y amorosos los céfiros soplaron.

— «¡Alma mía, mi amor, paloma mía...!»  
El hombre sollozando murmuraba;  
Ella muerta de amor le sonreía,  
Y él muriendo de amor la enamoraba.

Posábale en su labio el labio amante  
Aspirando con ámbar y aroma  
El aire de su pecho vacilante,  
La luz de sus pupilas de paloma.

Tú, rojo sol, entonces si los viste  
¿Por qué amantes y solos los dejaste,  
Y la infernal serpiente no adormiste  
Que envidiosa del bien cerca alumbraste?

¡Ay! ¡Cuanto ahorraras de miseria y llanto  
Del hombre flaco á los mortales ojos!  
¡Cuanto miedo á los ángeles, y cuanto  
Al mismo Dios de cólera y enojos!

Era un árbol no más en los jardines  
Vedado al paladar de los nacidos;

No anidaban en él los colorines,  
Ni daba flor, ni sombra, ni sonidos.

Yacía Adan en brazos de su amada,  
Eva miraba el prohibido fruto,  
Y al lado de la poma codiciada...  
Traidor velaba el enemigo astuto.

«¿No comerás, le dijo la serpiente,  
«Criatura de origen soberano?  
«Podieras como Dios omnipotente  
«Otro mundo crear de polvo vano,  
«No comerás, y quedarás sujeta  
«Al privilegio inútil de su hechura;  
«Quedaré el alma entre su nada quieta,  
«Y á tí te llamarán la criatura.»

Sintió el orgullo la muger curiosa  
Que brotaba en carmin á la mejilla,  
Y á la fruta tendió la mano ansiosa  
Vertiendo de ella la mortal semilla.

Aplicóla á los labios, y callaron  
Arboles, aves, céfiros y fuentes,  
Y en su lugar fatídicos quedaron  
Troncos, buitres, tormentas y torrentes.  
Rugió el leon crepando la melena,  
Lanzó el tigre su ardiente resoplido,  
Bufó en el bosque la traidora hiena,  
El toro levantó ronco mugido.

Huyeron, azotándose las alas  
Las aves por el aura agonizante,  
Y halló el fresco valle marchitó sus galas,  
Tembló el mundo en sus ejes de diamante.

Despertó el triste Adan absorto y mudo  
Al desusado y bronco clamoreo;  
Y, avergonzado, se miró desnudo  
La carne henchida de brutal deseo.

Tembló al mirar las fieras espantadas  
Guarecerse en tropel de los peñascos,  
Y buscar sus guaridas socabadas  
De las montañas en los hondos cascos  
Hirióle el sol las débiles pupilas  
Al recio impulso de fogosa lumbre,  
Y halló en el cielo en aplomadas filas  
De frías nubes torba muchedumbre.

Y sintió que perdía de improviso  
La gracia de su Dios con la inocencia,  
Y trocóle en infierno el paraíso  
El nuevo torcedor de la conciencia.

Viéronse con rubor ambos nacidos,  
Que con rubor entrambos no nacieron,  
Y del crimen comun arrepentidos  
Uno del otro con vergüenza huyeron.

¡Adan! exclamó Dios llamando al hombre  
Y el eco en las montañas respondía;  
¡Adan! repitió Dios, y el mismo nombre  
El eco mismo á repetir volvía.

¿Dó estaba Adan? Llorando prosternado  
Por vez primera de su Dios temblaba,  
Y humillado en el polvo — ¡Yo he pecado  
Respondía á la voz que le llamaba.

¡ Adan! gritó el Señor, « cuenta tus horas,  
 « Porque vendrá una hora en que te veas  
 « Dando cuentas al Dios ante quien lloras;  
 « Y hasta entonces, Adan, ¡ maldito seas ! »

## I.

— « Naciste, Adan, en el polvo  
 « Y en el polvo morirás,  
 « Tú, y tus hijos, y tu raza,  
 « Y cuantos hombres serán.  
 « Sudareis sobre la tierra  
 « Los hijos por sustentar,  
 « Mientras los hijos rebeldes  
 « Con sus padres lidiarán.  
 « La tierra brotará espinas,  
 « El tiempo ahogará la paz,  
 « Y sin número los hombres  
 « A su Dios olvidarán.  
 « Entonces hambres y pestes,  
 « Y de miserias un mar  
 « Acosará el mundo impío  
 « Sin descanso ni solaz.  
 « Y habrá ejércitos y buques  
 « Que agua y tierra infestarán,  
 « Y habrá esclavos y habrá reyes,  
 « Y pueblos, y sociedad.  
 « Y habrá amor, y habrá amistades  
 « Que, en vez de consuelos dar,  
 « Os darán con dulces nombres  
 « Amargas horas de afán.  
 « Y habrá el corazon pasiones  
 « A cuyo impulso fatal  
 « Hermano robará á hermano  
 « Cuanto bien pudo alcanzar.  
 « Será la muger voluble,  
 « Será el hombre desleal,  
 « Y amor tornaráse en zelos  
 « Y en envidia la amistad. —  
 « Y en raza de un mismo origen,  
 « Todos con derecho igual,  
 « El poder será la fuerza  
 « Y el miedo la autoridad. —  
 « Nacerán conquistadores  
 « Las tierras á deslindar,  
 « Y donde uno puso un trono  
 « Otro un cadalso pondrá. —  
 « Pero YO, que os hice en polvo  
 « Y en polvo os he de tornar,  
 « Haré un dia de justicias  
 « Para todos por igual :  
 « Haré un infierno y un cielo  
 « Y una inmensa eternidad  
 « En que grandes y pequeños  
 « Confundidos entrarán. »  
 Dijo así Dios reduciendo  
 Los tiempos á cantidad,  
 Cuando dió al primer nacido  
 El triste apodo de Adan. —

## II.

Tuba mirum spargens sonum  
 Per sepulchra regionum,  
 Coget omnes ante thronum.

Ancho panteon de gente condenada,  
 Condenado á morir como su gente,  
 Caerá el mundo en el pozo de la nada  
 Rota en pedazos la caduca frente.  
 La impía raza en las tumbas cobijada  
 Otra vez se alzará mústia y doliente  
 Roto el dogal que al polvo la sujeta  
 Al vivo són de la final trompeta.

Ya para entonces el tremendo dia  
 Del daño universal será cumplido;  
 El sol que del oriente nos venia  
 Apagada su luz habrá caido;  
 La luna que flotando se mecía  
 En el azul del cielo adormecido  
 Seguirá al fin sus moribundas huellas  
 Llevando en pos las lánguidas estrellas.

Y la tierra sin sol que la fecunde  
 Seca no brotará yerba ni flores,  
 Y harán que reventado el mar la inunde  
 Los temporales de la mar señores,  
 Y á las manos del tiempo que confunde  
 Cuantos un dia desplegó primores,  
 La tierra que de césped se matiza  
 Campo será de pálida ceniza.

En sus mohosas grietas, asomados  
 Estarán los desnudos esqueletos  
 Al juicio de su Dios aparejados,  
 Silenciosos, estúpidos y quietos;  
 Y á trechos en montones apilados  
 El plazo aguardarán juntos y prietos,  
 Con sus despojos remplazando enjutos  
 Templos, palacios, árboles y frutos.

No dará luz el cielo blanquecino,  
 Ni hará murmullo el ondular del viento,  
 Ni en las rocas el eco campesino  
 Repetirá lejano algun acento;  
 Noche y alba sin horas ni camino  
 Ahogarán su crepúsculo opulento,  
 Y serán presa de arrecidas nieblas  
 Sin aurora ni noche las tinieblas.

No habrá en este pantano *dentro y fuera*  
 Ni habrá cosa con cotos, ni lugares,  
 Las tierras no hallarán mar ni ribera,  
 Ni hallarán playa los disueltos mares;  
 Barro será la agonizante esfera  
 Sin medidas, ni bordes, ni vallares,  
 Cual masa por los siglos preparada  
 A tornar al origen de su nada.

Las almas volverán mudas de asombro  
 Los cuerpos á buscar en que vivieron  
 Cuando á través del cenagoso escombros  
 Vayan tras el lugar do los perdieron :

Sin ayuda de mano, brazo ú hombro,  
La carne vestirán con que nacieron  
Porque escuche la carne la sentencia  
Que oyó el alma al pasar á otra existencia.

Y cuando nada en el silencio aliente,  
Cuando nada mortal quede con vida,  
A la voz del airado Omnipotente  
De los muertos la turba estremecida  
Iremos ante Dios, baja la frente,  
Amedrentada el alma en su guarida,  
A obedecer sus leyes inmortales,  
Y ante la santa ley, todos iguales.

## III.

Judex ergo cum sedebit  
Quidquid latet apparebit,  
Nihil inultum remanebit.

Y no habrá para ninguno  
Privilegio ni esención :  
Sin justicia no habrá alguno,  
Porque iremos uno á uno  
Por pena ó por remisión.

Será con todos igual,  
Justiciero para todos  
El tremendo tribunal,  
É irán de distintos modos  
El justo y el criminal.

En la frente irán escritos  
Los secretos de la vida,  
Y las conciencias á gritos  
Apartarán los malditos  
De la prole bendecida.

Que ni entonces una vez  
La virtud se manchará  
Del vicio con la hediondez,  
Ni la ramera soez  
Junto á la virgen irá.

Allí irán los que altaneros  
A los pueblos dieron leyes  
A acusar sus desafueros,  
Sin lanza los caballeros  
Y sin corona los reyes.

Allí irá la hipocresía  
Con el disfraz en la mano,  
Y sabremos aquel día  
Qué pechero hubo hidalguía  
Y qué hidalgo fué villano.

Irá el pálido mendigo  
En pos del rico avariento  
Acusador y testigo,  
Demandando el pan y abrigo  
De su alcázar opulento.

Irá el amigo traidor  
Tras el amigo engañado,  
El semblante sin color,  
Como esclavo maniatado  
Que llevan á su señor.

Irá el pérfido galán  
Tras las vendidas mugeres,  
Que descontándole irán  
Por las horas de su afán  
Las horas de sus placeres.

Irá el señor sin piedad,  
É irán los siervos tras él  
Pidiendo á su vanidad  
La perdida libertad  
En iracundo tropel.

Irán los conquistadores,  
Y asidos á sus cabellos  
Los vencidos vencedores,  
Serán allí sus señores  
Como aquí lo fueron ellos.

Irá la falsa muger  
Que al esposo juró amor,  
Y el juramento de ayer  
Empeñó por un placer  
Al disoluto amador. —

Irá el audaz pendenciero  
Con el muerto en desafío;  
Acuchillado el primero,  
Y el otro en el pecho impio  
Escondido el rojo acero.

¡Que el día de la verdad  
El fantasma del valor  
Será necia ceguedad,  
Y no mas que vanidad  
El fantasma del honor! —

Irá el corrompido juez  
Tras la victima inocente,  
Y en torno suyo á la vez  
Clamarán en voz doliente  
La horfandad y la viudez.

Irán los monges carnales  
Tras las forzadas doncellas,  
Desgarrados los sayales,  
Los cordones por dogales  
Atados al cuello de ellas. —

Los labios que un tiempo dieron  
Blando y sacrilego són,  
Con los besos que vertieron  
Que torpe hoguera encendieron  
En el brutal corazón;

Allí arderán en tal lumbre  
En fuego tan infernal,  
Cuanto á Dios fué pesadumbre  
Bajar á la podredumbre  
De su pecho criminal. —

Y allí iremos los cantores  
Falsas flores del Eden  
Que en vez de santos loores  
Cantamos himnos de amores  
A las puertas de un haren.

Allí del liviano mundo  
Habrà fin la imbécil farsa ;  
Todos en monton inmundo

Sin primero, ni segundo,  
Iremos en la comparsa.—

¿Qué será ver hombre tanto  
Nacido para morir,  
Ciegos los ojos de llanto,  
Ciega el ánima de espanto,  
Al valle inmenso venir?

¿Qué será ver al tirano  
Balbuciente al responder  
De la sangre de su hermano  
En que irá tinta la mano  
Sin que la pueda esconder?

¿Qué será ver tantos reyes  
Que por saciar su ambición  
Pusieron la religión  
Por rúbrica de unas leyes  
De equívoca explicación?—

¡Tantas gentes y naciones,  
De tan distintas regiones,  
De tan distintos caracteres,  
Y distintos pareceres  
Y distintas religiones!

Los de Judá temerosos,  
Los de Esparta y Macedonia,  
Los de Oriente voluptuosos,  
Los fecundos en colosos  
De Menfis y Babilonia!

Los de los anchos desiertos  
Avezados al pillaje,  
De tiempo y dioses inciertos,  
Los que devoran sus muertos  
En algazara salvaje!—

Los de América indolentes,  
Los impuros de Sodoma,  
Los de Tebas penitentes,  
Los de Sagunto valientes,  
Y los triunfantes de Roma!

¡Todos muertos é inmortales  
De hijos ante su juez,  
Que con leyes eternas  
Nos hará á todos iguales  
Ante la ley una vez!—

É irán las tiernas almas  
De los alegres niños  
En túmulos de palmas  
Y lechos con armiños  
Al pie del trono espléndido  
Del santo de Israel.

Angeles sus hermanos  
Haránles grata sombra  
Con sus rosadas manos,  
Y les harán alfombra  
Con sus alas magníficas  
Y almohadas y dosel.—

La paternal sonrisa  
Del Dios omnipotente

Seráles blanda brisa,  
Que arrulle mansamente  
El contorno suavísimo  
De su tranquila sien.  
Y dormirán de espumas  
Al dulce hervir sonoro,  
Y de ondulantes plumas,  
Y de incensarios de oro  
A la acordada música  
Del prometido Eden.—

É irán las no tocadas  
Castísimas mugeres  
Que huyeron avisadas  
El mundo y los placeres,  
Y dieron al Altísimo  
Intacto su pudor;  
Ceñida la cintura  
De blancas azucenas,  
Radiantes de hermosura,  
Y en dulces cantilenas  
Loando en són angélico  
Al eternal amor.—

Y todas tan hermosas  
Como la tibia luna,  
Y todas ruborosas  
Como al dejar la cuna,  
Todas ofrendas cándidas  
De paz y de placer.—  
Purísimas palomas  
Que el cielo halaga y cría,  
Balsámicos aromas  
Que en prendas de alegría  
Entre dolor y lágrimas  
Da al cielo la muger.

¿Y qué será en tal hora  
De duelos y de enojos  
Su calma encantadora,  
Y de sus bellos ojos  
Contemplar el pacífico  
Brillante tornasol?  
¿Y qué será en sus labios,  
Su sonreír de amores,  
Cuando grandes, y sabios,  
O reyes y señores,  
El día verán trémulos  
Sin tinieblas ni sol?

## IV.

¿Y qué será de nuestro dulce canto,  
Qué será de nosotros los cantores,  
Los que lloramos cántigas de llanto,  
Los que reimos cántigas de flores?

¿Qué será de la hermosa á quien un día  
Himnos de amor y de placer cantamos,  
Que en nuestros labios el amor bebía,  
Y en cuyos labios el amor gozamos?

¿Qué serán de sus ojos los espejos  
Do nuestra imagen retratada vimos,  
Do al lánguido rielar de sus reflejos  
De su amor el secreto sorprendimos?

¿Qué será del amigo cariñoso  
Que amar nos hizo la falaz fortuna,  
Del triste que veló nuestro reposo  
Al resbalar de la furtiva luna?

Acaso el corazón le desgarraba  
El peligro fatal del que dormía,  
Y su afán compasivo nos callaba  
Doblando su silencio su agonía.

¡Ay! ¿qué será del padre y del hermano,  
Qué será del esposo y de la esposa  
Cuando aparte Jehová con justa mano  
Del torpe vicio la virtud dichosa?

Cuando se abran las puertas eternas  
Al eterno gozar del paraíso,  
Y les sea á los tristes criminales  
Al duelo eterno caminar preciso!

¡Ay de mí! con cuán hondo desconuelo  
Los ojos tornarán desesperados  
La postrimera vez mirando un cielo  
A que también nacieron destinados!

¡Oh tristesima y larga despedida,  
Eterna muerte, eterna bienandanza,  
Donde perdiendo de una vez la vida  
Se pierde de morir toda esperanza!

¡Qué dulce será vivir,  
Vivir una eternidad,  
Sin pensar mas en morir,  
Ni pensar en reducir

A guarismo nuestra edad!  
¡Qué dulce será vagando  
Por la viviente mansion  
Ir al compás escuchando  
De las arpas de Sion,  
Eternamente gozando

Aquella aura perfumada,  
Y aquel manso susurrar  
De la floresta encantada,  
Y aquella luz reflejada  
De soles en un millar,  
Y aquel gotear de las fuentes,  
Y aquel trinar de las aves,  
Y aquel hervir los torrentes,  
Y aquellos mares vivientes  
Sin monstruos, vientos, ni naves!

Y si en la fresca ribera  
Quien amó en vida encontrara  
La amorosa compañera  
Que antes que el mundo muriera  
Muerta en el mundo quedara;

¡Qué dulce fuera vivir,  
Vivir una eternidad,  
Sin pensar mas en morir,

Ni pensar en reducir  
A guarismo nuestra edad!  
¡Oh, ven, ven, arpa sonora,  
En las penas de mi vida  
Mi tierna consoladora,  
Esperanza seductora  
De mi esperanza perdida:

Tú que templas en el suelo  
Nuestros dolores mundanos  
Con ilusiones de cielo,  
Consuela mi desconuelo  
Con tus compases livianos.

Y déjale que delire  
Con el cielo al corazón,  
Y déjale que suspire  
Que el ámbar feliz aspire  
De su dulce religión.

Porque en tanto que suspira  
Por la postrimera paz,  
¡Vive Dios que no delira  
Con la nada y la mentira  
De la existencia falaz!

## INCONSECUENCIA.

A UNA TORTOLA.

Porque al fin la vida es sueño,  
CALDERON.

I.

Tórtola que solitaria  
En vez de cantar suspiras  
¿Es tu canto una plegaria,  
O es la voz con que respiras  
A tu voluntad contraria?  
¿Ese arrullo dolorido  
Se exhala en ti á tu despecho  
Sonando alegre en tu oído,  
O es en verdad un gemido  
Que te se arranca del pecho?

Triste pájaro, ¡lo sé...!  
Por eso en ocultas ramas  
Tu nido ondear se ve;  
Tú te escondes porque amas,  
Mas tu voz vende á tu fé.

Naciste, ave desdichada,  
Para llorar tu ternura,  
Por eso en selva apartada  
Vas á arrullar tu amargura  
Del campo ameno enojada.

Enojos te dan las flores,  
Enojos la luz del día,  
Enojos ¡ay! los amores  
Que en dulcísima armonía  
Murmuran los ruiseñores.

Te enoja el murmullo vano  
De la bulliciosa fuente,  
Y el céfiro cortesano  
Que susurra mansamente  
A los jardines cercano.

Te enojan las otras aves  
Con su inocente amistad  
Y con sus gorgeos suaves :  
Tú, que llorar solo sabes,  
Vives en la soledad.

Menos en el monte inculto  
Vivir te cansa ó estraña ;  
Porque allí despeña oculto  
El torrente que le baña  
Sus espumas en tumulto.

Porque allí el viento perdido  
Que entre las malezas rueda  
Con sordo y medroso ruido,  
En lánguido són remeda  
Tu monótono gemido.

Porque allí el césped salvaje  
Que á pedazos ha brotado  
Por el agreste paisaje,  
Borda el terreno olvidado  
Con pliegues de tosco encaje.

Y á fé á los ojos del triste  
No son gala los primores  
Con que natura se viste,  
Que otro placer no resiste  
Que pensar en sus dolores.

Y los amorosos duelos  
Son males antojadizos,  
Que se quejan á los cielos  
Y no admiten mas consuelos  
Que hallar en el duelo hechizos.

Porque es tan grato saber  
Que nos podemos quejar,  
Que cuando tan ruin placer  
Pensamos que ha de faltar  
La volvemos á querer.

Por eso, tórtola bella,  
Dió el cielo á tu renco canto  
El compás de una querella,  
Porque al cantar tu quebranto  
Lloraras tu gozo en ella.

Y si es cierto que así en pos  
De tu cancion va tu queja,  
¡Ay, tórtola! vive Dios  
Que en el mal que nos aqueja  
Nos parecemos los dos.

Pues si abriga tu garganta  
En vez de voz un lamento,  
Cuando mi voz se levanta  
En vez de darme contento  
Mis amarguras me canta.

Si nada tu voz te vale  
Porque en la selva escondida  
Nadie á escuchártela sale,

I.

Bien creo, ave dolorida,  
Que tu mal al mio iguale.  
Y si buscas en tu anhelo  
De que alguno te responda  
El miserable consuelo,  
Yo pido en mi canto al cielo  
Quien á mi voz no se esconda.

Pues ambos somos cantores,  
Y ambos somos desdichados ;  
Conmigo es justo que llores,  
Tú, tórtola, tus amores,  
Yo mis males olvidados.

Olvidados, ¡ay de mí !  
Que cuando el arpa tomé  
Cantando ahogarlos creí ;  
Y tantas glorias soñé,  
Cuantos desengaños ví !

Vi el mundo tan hechicero  
Que no le alcancé falaz,  
Alcé mi canto primero,  
Y el alma lanzó fugaz  
Un suspiro lastimero.

Que es bien inútil consuelo  
Nuestras desdichas cantar  
Si por tan cercano el suelo  
Nuestra voz no ha de escuchar,  
Y por tan remoto el cielo.

II.

Dime, ¿qué nos valen,  
Pájaro infeliz,  
A tí tus lamentos,  
Mis cantos á mí?  
Tú á selva escondida  
Te vas á gemir,  
Porque el canto alegre  
Te es lúgubre á tí ;  
Porque el tuyo amarga  
El canto feliz,  
Y las otras aves  
No te le han de oír :  
Y yo que angustiado  
Llorando nací,  
Si le canto al mundo  
Su gloria pueril  
La espalda me torna,  
Dice que mentí.  
Si vuelvo mis duelos  
De nuevo á plañir,  
Me dice con mofa  
Que es dulce vivir :  
Si el lloro y el canto  
Nos desoye así,

Dime, ¿qué nos valen,  
Pájaro infeliz  
A tí tus lamentos,  
Mis cantos á mí?

3

El mundo ceñido  
 Del aire sutil,  
 Vestido de flores  
 Con rico tapiz,  
 Tocando con ancho  
 Dosel de zafir,  
 Prendido con nubes  
 Que el alto zenit  
 Circundan de nieblas  
 De azul y carmin;  
 Sembrado de estrellas  
 Que el turbio confín  
 Tachonan brillantes  
 En montones mil  
 Con pálidas perlas  
 Y rojos rubis,  
 Nos miente sin duda  
 Vistoso jardín,  
 Convida á cantarle  
 Mirándole así.  
 Mas si esos hechizos  
 Y gayo matiz  
 Caminos son solo  
 Que llevan al fin  
 De breves placeres,  
 Y el fin es morir;  
 Si el que llora ó canta  
 Concluyen allí,  
 Si el triste se moía  
 Del rico y feliz,  
 É insulta el alegre  
 Del triste el sufrir,  
     Dime, ¿qué nos valen,  
     Pájaro infeliz,  
     A tí tus lamentos,  
     Mis cantos á mí?

—

Que es la tierra de lágrimas camino,  
 Valle de tumbas que pasando vamos;  
 Féretro y cuna nos abrió el destino  
 Para entrar y salir en los extremos;  
 Fantástico al entrar y peregrino,  
 Y asqueroso al salir le comprendemos;  
 Que al vivir despertamos en la cuna,  
 Y al despertar nos ríe la fortuna.

Imperfectos traemos los sentidos  
 Porque á sentir no alcancen tanto duelo:  
 Sordos aun traemos los oídos  
 Porque no escuchan el clamor del suelo:  
 La lengua y pensamientos obstruidos,  
 Porque al ánima falte ese consuelo:  
 Solo abrimos al sol nuestra pupila  
 Porque asombrada con el sol vacila.

Feliz quien despertando cuando nace  
 En ilusiones de esperanza crece,

Y un bello mundo de ilusiones hace  
 Donde loco soñando se adormece.  
 Mientras que duerme y delirando yace  
 La árida realidad se desvanece,  
 Y mientras sueña su falaz ventura  
 A su camino el término apresura.

Mas vale delirar lindas quimeras  
 En ilusion de sueños seductores,  
 Que roer esperanzas pasajeras  
 En este valle de ponzoña y flores,  
 Donde aguardando dichas venideras  
 Lloramos sobre el pan de los dolores,  
 Donde al buscar el necesario aliento  
 Mortal cicuta nos regala el viento.

Porque en sueños los bienes y los males  
 Dorados en la loca fantasía,  
 Al ánima dormida son iguales:  
 El desdichado canta su agonía,  
 Y lamenta el feliz bienes mortales;  
 Mas ninguno en perderlos se holgaría,  
 Que son dulces los bienes lamentados,  
 Y los males lo son desesperados.

—

Si tan bellos son los bienes  
 Soñados como los males,  
 Ya, tórtola, no me afligen  
 Tus melancólicos ayes.  
 Que á tí te dieron lamentos  
 En vez de alegres cantares,  
 Y tú cantando le cuentas  
 Tus amarguras al aire.  
 Las endechas y los himnos  
 Los mismos consuelos traen,  
 Que á la par nos adormecen  
 Las dichas y los pesares.  
 Tú te arrullas tristemente  
 Con tan lúgubres compases,  
 Porque tus duelos son gozos  
 Con el placer de contarles;  
 Yo al mundo canto mis cuitas,  
 Porque cuando otros las saben  
 El placer de que las sepan  
 Dichas de mis penas hacen:  
 Y así cuando entrambos, tórtola,  
 Con lamentaciones graves  
 En guisa de querellarnos  
 Atormentamos los aires,  
 Pues nuestra queja es contento  
 Por el placer de quejarse,  
 Con estravíos tamaños,  
 Con inconsecuencias tales  
 No hacemos mas que soñar  
 Y mentir calamidades,  
 Tú llorando bien de amores,  
 Y yo delirando males.

## LA TORRE DE FUENSALDAÑA.

## I.

Yo he sentido bramar al ronco viento  
Del helado diciembre en noche oscura,  
Remedando de un hombre el triste acento  
De roto murallon en la hendidura.

Ardía en el salón envejecido  
Purpúrea llama de sonante leña,  
Y el ámbito vibraba estremecido  
Al reflejar en la empolvada peña.

De la pompa feudal resto desnudo  
Sin tapices, sin armas, sin alfombra,  
Hoy no cobija su recinto mudo  
Mas que silencio, soledad y sombra.

Tal vez groseros cuentos populares  
Bajo el nombre sin crónica conserva,  
Y en las bóvedas, torres y pilares  
Brotó á pedazos la pajiza yerba.

Los pájaros habitan la techumbre  
Y la tapiza la afanosa araña,  
Y eso guarda la tosca pesadumbre  
Del viejo torreón de Fuensaldaña.

Yo, que era entonces loco, triste y niño,  
Pasaba alguna vez bajo sus muros,  
Por contemplar el desgarrado aliño  
De sus huecos recónditos y oscuros.

Allí en delirios de amistad perdida  
Y en infantiles pláticas sabrosas  
Adormecí las cuitas de mi vida  
Y las horas de noches pavorosas.

Allí al calor de la humeante hoguera  
De las cóncavas piedras al abrigo  
Oía el viento rebramando fuera,  
Y á mi lado la voz de algun amigo.

Allí sobre nosotros se elevaban  
Robustas torres, góticas almenas,  
Que la furia del viento rechazaban  
Sobre el cimientó colosal serenas.

A veces nuestra alegre carcajada  
Repetida en los aires por el eco,  
Moria en sus bramidos sofocada  
De la alta torre en el tendido hueco.

A veces nuestras báquicas canciones  
Como estertor de agonizante pecho,  
Acompañaba en compasados sonos  
Sordo zumbando en callejón estrecho.

Otras en melancólica armonía  
Remedaban lamentos y suspiros,  
Y otras en repugnante gritería  
El vuelo y voz de brujas y vampiros.

De las rotas almenas erizadas  
Al sacudir la destocada frente  
Remedaba el hervir de las cascadas,  
Y el áspero silbar de la serpiente.

O en revuelto y confuso torbellino  
La ruinosa terraza estremeciéndose

De la tendida lona el són marino  
Semejaba tal vez el largo estruendo.

Le oíamos á veces á lo lejos  
Cruzando el valle con airado paso,  
Y crujían los árboles añejos  
Como chascara entre la llama un vaso.

Y en continuo rumor sonando á veces  
Le oíamos rozar el firme muro,  
Como en hondo tonel hierven las heces  
Que una bruja animó con un conjuro.

Le oíamos rodar embravecido  
Las desiguales piedras azotando,  
Y en los huecos colgar ronco mugido,  
Y el seco musgo arrebatado pasando.

Le oíamos entrar y revolverse  
Con espantable són en las troneras,  
Y estrellarse, y crecer hasta perderse,  
Barriendo las tortuosas escaleras.

Las ramas de los árboles vecinos  
En las rejas meciéndose colgadas  
Dibujaban contornos repentinos  
De espantosas visiones descarnadas.

Y al brusco y desigual sacudimiento  
Desplomados los vidrios de colores,  
En el mal alumbrado pavimento  
Reverberaban falsos resplandores.

Y asaltando la boca que topaba  
Rodando en torno de la mustia hoguera,  
Entre la llama pálida soplabá  
Blanca ceniza hasta elevar ligera.

Silbando entonces lánguido y sonoro  
Al cruzar murmurando en las ventanas,  
Nos revelaba en armonioso coro  
Música de veletas y campanas.

Y mezclaba el susurro de las hojas  
Que coronaban los silvestres pinos  
Con el gotear entre las juncias flojas  
De los turbios arroyos campesinos.

De los atentos perros el ladrido,  
Y el canto agudo del despierto gallo  
Con el inquieto y bélico alarido  
Del trémulo relincho del caballo.

Bullían en el ánima exaltada  
Locos fantasmas de soñados cuentos,  
Y sostenía apenas fatigada  
El peso de los ojos soñolientos.

Entonces á la sombra cobijados,  
Los piés á par de la espirante lumbre,  
Cedian nuestros párpados cansados  
Mas que á la voluntad á la costumbre.

Y á cada chispa del tizon postrero,  
A cada empuje del turbión errante,  
A cada voz del pájaro agorero  
Que velaba en el nido vacilante,

Volvíamos el gesto recelosos  
En derredor del descompuesto fuego  
Levantando los ojos perezosos,  
Que al roto sueño se tornaban luego.

Y en aquella mirada adormecida  
 Se pintaba la sombra misteriosa  
 De volubles contornos revestida  
 De cuerpo inmenso, de color medrosa.  
 Gozábamos al fin insomnio inquieto  
 Delirando festines y batallas  
 Con tumultos sin época ni objeto,  
 Con broqueles, con yelmos y con mallas.

Y soñábamos duendes y conjuros  
 En una tierra mágica y lejana,  
 Deleitados en cóncavos oscuros  
 Con cantares de sílfide liviana.

Poco á poco deshechas las visiones  
 Soñábamos con sombras infinitas,  
 Donde se oían apagados sonos  
 De invisibles orquestas esquisitas.

Y mas tarde las sombras vacilando  
 Entre pardo crepúsculo naciente  
 Ibanse luz y sombras alejando  
 De la febril y temerosa mente.

Músicas, miedos, fábulas y sombras  
 Sus contornos al fin desvanecían,  
 Y en un salon sin lámparas ni alfombras  
 Solo estaban dos locos y dormían.

## II.

Y era grato al són del viento  
 Abrir el párpado al día,  
 Y contemplar soñoliento  
 Su confuso resplandor,  
 A través de las abiertas  
 Hondas y estrechas ventanas,  
 Y de las hendidas puertas  
 De los quicios en redor.

Ver la atmósfera tocada  
 Con turbio cendal de niebla  
 Sobre los campos posada  
 Interceptando el mirar,  
 Y oír la ráfaga inquieta  
 Que al vendabal sustituye  
 En la acerada veleta  
 Sordamente rechinar.

Ver las medrosas visiones  
 Que en la noche nos turbaron  
 En bóvedas y rincones  
 De opaca lumbre al lucir,  
 En escombros convertidas  
 Musgo y tintas con que al tiempo  
 Las murallas carcomidas  
 Plugo manchar y vestir.

Ver en las toscas paredes  
 En vez de ricos tapices  
 Tender su baba y sus redes  
 Al insecto descortés,  
 Que entre los nombres tranquilos  
 Las labra de los viajeros

Cubriéndolos hilo á hilo  
 Sin envidia ni interés.

Ver á la afanosa araña  
 En los blasones del muro  
 Hilar con paciente maña  
 Sus hebras para cazar;  
 Y en la recóndita grieta  
 La presa que vuela en torno  
 Vigilante, astuta y quieta  
 A que se enrede esperar.

Y en el oculto madero  
 Hallar de rincón ruinoso  
 El rastro de un hormiguero  
 Que en el verano pasó:  
 Que en el foso nació acaso,  
 Mas no contento en el suelo  
 Con irreverente paso  
 Hasta la almena trepó.

¿Quién dijera á los barones  
 De la torre de Saldaña  
 De sus techos y salones  
 La mengua y la soledad?  
 ¡Tiempo! ¡tiempo! ¡Cuánto puedes  
 Tú que indiferente escribes  
 Sobre cráneos y paredes  
 La cifra de la verdad!

Yo he visitado esos muros,  
 Hoy trojes de rico hidalgo,  
 Y en sus salones oscuros  
 Ancha hoguera levanté.  
 Corrí llaves y cerrojos  
 Cual si de ellos dueño fuera,  
 Y sus tablas y despojos  
 Para alumbrarme quemé.

No respeté ni sus años  
 Ni su nombre y dueño antiguos...  
 Y para insultos tamaños  
 ¿Quién era en Saldaña yo?  
 Un niño, un triste, ó un loco  
 Que divertido en sus penas  
 Curaba entonces muy poco  
 De cuanto grande vivió.

Y á fé que libre y contento  
 A la lumbre de mi hoguera  
 En tanto bramaba el viento  
 Tranquilamente dormí;  
 Y al despertar con el día  
 Contemplé absorto y ufano  
 La gruesa mampostería  
 Que por alcoba elejí.

Luchaba el sol afanado  
 Con la turbia húmeda niebla,  
 Y el fulgor tornasolado  
 Cruzaba por el salon.

El aire en fuerzas cediendo  
Brotó en ráfagas errantes,  
Y aun se le oía gimiendo  
Con menos airado són.

Miré desde las ventanas  
El árido campo seco;  
Algunas yerbas livianas  
Encontré no mas en él.  
El aire las sacudía  
Y la niebla las mojaba;  
Escaso arbusto crecía  
Del campo mudo al lindel.

Algunas nocturnas aves  
Guarecidas asomaron  
En los rotos arquitraves  
Su misterioso mohin.  
Mirélas indiferente,  
Y al rumor de mis pisadas  
Hundieron la negra frente  
Del nido cóncavo al fin.

Entonces de la alta cumbre  
El sol rasgando la niebla  
Derramóse en viva lumbré  
De trémulo resplandor;  
Y en los pardos murallones  
Trazó cuadros luminosos  
Alumbrando los salones  
De cenagoso color.

Y entonces á los reflejos  
De la llama repentina  
De aquellos rincones viejos  
En la antigua soledad,  
Bulleron miles de insectos  
Asomando por las grietas  
Monstruosos por lo imperfectos,  
Raros por la variedad.

Y oíanse los cantares  
Del toscó templo vecino  
En compases regulares  
Desvanecerse y crecer;  
Y el órgano y las campanas  
Al roto soplo del viento  
Ya perdidas, ya cercanas  
En él sus ecos mecer.

Pasó la noche sonora,  
Pasó la mañana inquieta,  
Mis años hora por hora  
A contar triste volví.  
Si hallé la vida cansada  
Y lamenté su amargura,  
Yo vivo con mi tristura,  
Mas la torre quedó allí.

Muchos curiosos acaso  
Por llegar á Fuensaldaña

Aceleraron el paso  
De aquella noche despues;  
Mas ¡ ay del hombre mezquino!  
¡ Quién encontrará mañana  
Entre el polvo del camino  
La huella de nuestros piés!

---

## LA DUDA (1).

---

Quando al escribir en ellas  
Contemplo tan lindas hojas,  
Entre si llore ó si cante  
Estoy dudando, señora.  
Recuerdos teneis en ellas  
Que desgarran la memoria,  
Por mas que entre tantas flores  
Estas espinas se escondan;  
Que cuando un enamorado  
En himno de amores llora,  
Mas que á cantar sus cantares  
Su llanto á llorar provoca:  
Y los versos de ese muerto  
Tanto en lágrimas rebosan,  
Que removidas las mias  
Á mis pupilas asoman.  
Y pues donde tantos cantan  
Hay uno que llorar osa,

*Entre si llore ó si cante  
Estoy dudando, señora.*

Si intento escribiros versos  
Dentro la mente se agolpan  
Cuantos primores y hechizos  
La naturaleza aborta.  
Que en este jardin de España  
Las inspiraciones sobran,  
Pues basta mirar la lumbré  
Con que el sol le tornasola;  
Los arroyos que le cruzan,  
Los jazmines que le bordan,  
Y las bellas que le pisan,  
Cuántas maravillas brota,  
Para entonar tantos himnos,  
Tantas letras amorosas  
Que antes que el canto se agote  
Gastada el arpa se rompa.  
Pero al ver lo que ese triste  
Grabó ó lloró en estas hojas,

*Entre si llore ó si cante  
Estoy dudando, señora.*

(1) Escrita en el album de una señora, en la hoja inmediata á la en que D. M. J. de Larra escribió un bello y sentido romance.

Plugüera que en vez de versos  
 Mi pluma brotara rosas,  
 Porque al menos con las flores  
 Se pueden tejer coronas.  
 Pero á par de los cipreses  
 Si nacen flores se agostan,  
 Y donde los muertos hablan  
 Callar á los vivos toca.  
 Que el recuerdo del que muere  
 Mucho respetar importa,  
 Que acaso para velarnos  
 Quedó en la tierra su sombra.  
 Y aunque indecisa mi pluma  
 Tal vez dudando os enoja,  
 Y han de hacer mis desvarios  
 Que de vergüenza me corra,  
 Perdonadme si os confieso  
 Que al contemplar estas hojas

*Entre si llore ó si cante  
 Estoy dudando, señora.*

Que vos mereceis los versos  
 Nadie en la villa lo ignora,  
 Y es tan claro por sabido  
 Que hasta dudarlo es lisonja.  
 Que él la memoria merece  
 Tampoco hay á quien se esconda,  
 Pues por triste y por amante  
 Le recordamos ahora.  
 Y así entre ambos dividida  
 La imaginacion dudosa  
 Los versos son para vos  
 Si le prestais la memoria:  
 Lo que en vos merece el sexo  
 En él merece la sombra,  
 Y lo que en vos la hermosura  
 En él la tumba lo abona.  
 Justo es con los dos hablando  
 Duden el muerto y la hermosa

*Si es cantar ó si es lamento  
 Lo que les cantan ó lloran.*

PARA VERDADES EL TIEMPO

Y PARA JUSTICIAS DIOS.

—  
 TRADICION.

I.

Juan Ruiz y Pedro Medina,  
 Dos hidalgos sin blason,  
 Tan uno del otro son  
 Cual de una zarza una espina.  
 Diz que Pedro salvó á Juan  
 La vida en lance sangriento;

Prendas de tanto momento  
 Amigos por cierto dan.

Pasan ambos por valientes  
 Y mañeros en la lid,  
 Y lo han probado en Madrid  
 En apuros diferentes.

Ambos pasan por iguales  
 En valor y en osadía,  
 Pero en fama de hidalguía  
 No son lo mismo cabales.  
 Que es Juan Ruiz hombre iracundo,  
 Silencioso por demás,  
 Que no alzó noble jamás  
 El gesto meditabundo.

Ancha espalda. corto cuello,  
 Ojo inquieto, torbas cejas,  
 Ambas mejillas bermejas,  
 Y claro y rubio el cabello.

Y aunque lleva en la cintura  
 Largo hierro toledano,  
 Dale brillando en su mano  
 Mas villana catadura.

Y aunque arrojado y audaz  
 En la ocasion, rara vez  
 Carece su intrepidez  
 De són de temeridad.

Agil, astuto ó traidor,  
 Hijo de ignorada cuna,  
 Debe acaso á su fortuna  
 Mucho mas que á su valor.

Presentóse há pocos años  
 De Indias advenedizo,  
 Diz que con nombre postizo  
 Cubriendo propios amaños.

Mas vertió lujo y dinero  
 En festines y placeres,  
 Aunque fué con las mugeres  
 Mas falso que caballero.

Hoy pasa pobre y oscuro  
 Una existencia comun,  
 Y medra ó mengua segun  
 Los dados le dan seguro.

Hombre de quien saben todos  
 Que vive de mal vivir,  
 Mas nadie sabrá decir  
 Por cuales, ó de qué modos.

Modelos en amistad  
 Ambos para el vulgo son,  
 Mas con Pedro es la opinion  
 Menos rigida en verdad.

Porque es Pedro, aunque arrogante  
 Y orgulloso en demasia,  
 Mozo de mas cortesía  
 Y mas bizarro talante.

De ojos negros y rasgados  
 Con que á quien mira desdeña,  
 Nariz corta y agulleña,  
 Con bigotes empinados.

Entre sombrero y valona  
Colgando la cabellera,  
Y alto el gesto en tal manera,  
Que cuando cede perdona.

Mas si sombras de maton  
Tales maneras le dan,  
Tiénela mas de galan  
Por su noble condicion.

Que no hay en Madrid muger  
Que un agravio recibiera  
Que á su espada no tuviera  
Satisfaccion que deber.

Ni hay ronda ni magistrado  
Que en revuelta popular  
No le haya visto tomar  
Ayuda y parte á su lado.

Tales son Ruiz y Medina,  
De quienes por concluir  
Fáltame solo decir  
Que amaban á Catalina.

Es ella una moza oscura  
De talle y de rostro apuesta,  
Mas tan gentil como honesta,  
Y como agraciada pura.

Amala Ruiz, però calla,  
Acaso porque su amor  
Para muger de su honor  
Palabras de amor no halla.

Él con ansia la contempla  
Al abrigo del embozo,  
Pero el impetu de mozo  
Ante su virtud se tempa.

Que es tan dulce su mirar  
Que su luz por no perder  
Cuando se quiso atrever  
Solo se atrevió á callar.

Y es tan flexible su acento  
Que para no interrumpirle  
Tener es fuerza al oírle  
Con los labios el aliento.

Medina, que fué soldado  
Sobre Flandes por Castilla,  
Y á los usos de la villa  
De mas tiempo acostumbrado,

Suplicóla tan rendido,  
Tan cortés la enamoró,  
Que ella amor le prometió  
Como él fuere su marido.

« Eso sí, ¡ por san Millan! »  
Dijo Pedro con denuedo;  
Y la calle de Toledo  
Tomó en resuelto ademan.

## II.

Contento Pedro Medina  
Con su amorosa ventaja,  
Mas á carreras que á pasos  
Iba cruzando la plaza.

Saltábale el corazon  
A cada paso que daba,  
Y frotábase ambas manos  
Bajo la anchurosa capa.  
Los labios le sonreían,  
Y los ojos le brillaban  
Al reflejo que en el pecho  
Despide la amante llama.  
Las gentes le hacían sitio  
Porque cerca no pasara,  
Que segun iba resuelto  
Que fuese audaz recelaban.  
Mas él va tan divertida  
En sus amores el alma,  
Que ni ve donde tropieza,  
Ni cura de los que pasan.  
Topó al volver una esquina  
Una vieja, y al dejarla  
Derribada en tierra dijo:  
« Nos casaremos mañana. »  
Enredósele el estoque  
En el manto de una dama,  
Y rasgándole una terciá  
Echóla un voto de á vara.  
Asi dando y recibiendo  
Encontrones y pisadas,  
Dió por fin con la hostería  
Donde su amigo jugaba.  
Fué á la mesa, y preguntando  
A Juan si pierde ó si gana,  
Pidió vino y añadióle:  
« Cuando acabes, dos palabras. »  
Recojió Juan sus monedas,  
Y terciándose la capa,  
Sentóse al lado de Pedro  
Diciendo bajo: « ¿ Qué pasa? »  
« Me caso, » dijo Medina.  
Miróle Juan á la cara,  
Y frunciendo entrambas cejas  
Tosió, sin responder nada.  
— « ¿ Qué piensas? » preguntó Pedro.  
— « En tí y tu muger pensaba, »  
Contestó Juan suspirando,  
Con voz ronca y apagada.  
— « ¿ Supondrás que es Catalina? »  
— « Y lo siento con el alma. »  
— « ¡ Cómo! » — « Porque tengo zelos. »  
— « ¡ Por san Millan! » — « Yo la amaba. »  
— « ¿ Y ella? » — « Nunca se lo dije,  
Pero ocurrióseme... » — « ¡ Acaba! »  
— « Para decirle mi amor  
« Escribirla hoy una carta. »

Callaron ambos: Medina  
Remedio al caso buscaba  
El codo sobre la mesa,  
Sobre la mano la barba.  
Al fin como quien resuelve

Negocio que aflije y cansa  
 Pidió papel y tintero  
 Diciendo á Juan : — « ¡ Por mi alma  
 « Que en mi vida en tal apuro  
 « Vacilar tanto pensaba ;  
 « Y á no serte tú quien eres  
 « Metiéralo á cuchilladas ;  
 « Pero escribe, y que responda  
 « A cual de nosotros mata. »  
 Escribió Juan, mas rasgando  
 Al mejor tiempo la carta,  
 — « Echemos, dijo, los dados  
 « Y al que la mayor le caiga  
 « Si es á mí la escribo al punto,  
 « Si es á ti, Pedro, te casas. »  
 Tiró Juan y sacó nueve ;  
 Y asiendo el vaso con rabia  
 Tiró Pedro y sacó doce,  
 Con que los dos se levantan.  
 Y atravesando la turba  
 Que curiosa los cercaba  
 Parten la calle en silencio  
 Dándose entrambos la espalda.

## III.

Son á mí pensar los zelos  
 Delirio, pasion, ó mial,  
 A cuyo influjo fatal  
 Lloraran los mismos cielos.

A manos de tal pasion  
 El mas cuerdo desespera,  
 Pues quien con zelos espera  
 Atropella su razon.

Si con zelos esperar  
 Es importuna porfia,  
 Ceder zeloso en un dia  
 Cuanto se amó, no es amar.

De zelos verse morir,  
 Y en silencio padecer,  
 Son zelos tan de temer  
 Cuanto duros de sufrir.

Y asi con zelos amor  
 Vale casi aborrecer,  
 Pero con zelos ceder  
 Es igual que delirar.

Si otro mas favorecido  
 Goza el bien que se perdió,  
 Se habrá el disfavor sentido,  
 Mas perdido el amor no.

Porque en quien goza favor  
 Sobra tal vez confianza,  
 Y zelos sin esperanza  
 Suelen guardar mas amor.

Si favor nunca tuvimos  
 Aun es suerte mas cruel,  
 Porque vemos ahora en él  
 Cuanto bien haber pudimos.

Y asi pienso que son zelos  
 Delirio, pasion, ó mal,  
 A cuyo influjo fatal  
 Lloraran los mismos cielos.

Por eso llora Juan Ruiz  
 Zeloso y desesperado  
 El bien que Pedro ha ganado  
 Mas galan ó mas feliz.

Por eso en la soledad  
 Se mesa barba y cabellos,  
 Sin mirar que no está en ellos  
 Su amante fatalidad.

¡ Oh ! que no fueron antojos  
 Sus amorosos desvelos !  
 Que el amor que hoy le da zelos  
 Entróle ayer por los ojos.

« ¿ Y por qué no me atreví ? »  
 Clama el triste en su afliccion ;

« ¡ Y hoy acaso esta pasion  
 « Pudiera arrancar de mí !

« Mas volveré, ¡ vive Dios !  
 « ¿ Pero qué he de conseguir  
 « Si la he dejado elejir  
 « Marido de entre los dos ? »

Y á su despecho tornando  
 Semejábase en su afan  
 Una fiera á quien están  
 Dentro la jaula acosando.

Sin darse el triste solaz  
 Cruzaba el cuarto sin tino,  
 Pero no hallaba camino  
 De dar al ánima paz.

Silbaba al dejar rabioso  
 Paso al comprimido aliento,  
 Y hollaba con pié violento  
 El pavimento ruinoso.

Iba adelante y atrás  
 Sin reflexion que le acuda,  
 A la par pidiendo ayuda  
 A Cristo y á Satanás.

Túvose un momento al fin ;  
 Y en el temblor que le aqueja  
 Se ve bien que se aconseja  
 Con un pensamiento ruin.

Volvió á girar otra vez,  
 Y otra á tenerse volvió :  
 En esto dobló un reló  
 En una torre las diez.

Entonces quedando fijo  
 Esclamó en la oscuridad :  
 « Hoy se casan, es verdad,  
 « Hace un mes que me lo dijo  
 Cifó con esto el acero  
 Con desden á la cintura,  
 Y salióse á la ventura  
 La vuelta del matadero.

## IV.

Es una noche sin luna,  
 Y un torcido callejon  
 Donde hay en un esquinazo  
 Agonizando un farol.  
 Un balcon abierto á medias  
 Por los vidrios de color  
 Arroja al aire en tumulto  
 De danza el confuso són.  
 Se oye el compás fugitivo  
 Que llevan con pié veloz  
 Los que danzan descuidados  
 Dentro de la habitacion,  
 Y se ven cruzar sus sombras  
 Una á una y dos á dos  
 En fantástica carrera  
 Y en monótona ilusion.  
 La casa es la de Medina,  
 Que en ella á fiesta juntó  
 Sus amigos y parientes  
 Despues de traspuesto el sol.  
 Allí con franca algazara  
 Festeja á la que adoró,  
 De quien aguarda esta noche  
 Prendas de cumplido amor.  
 Está la niña galana  
 Cual nunca el barrio la vió,  
 Suelto en rizos el cabello  
 Que exhala fragante olor;  
 La falda de raso blanco  
 Y acuchillado el jubon,  
 Con vueltas de terciopelo  
 Azul de cielo el color.  
 Con una hebilla de plata  
 Ajustado el cinturon,  
 De donde baja en mil pliegues  
 Un encaje en derredor;  
 Y de un lazo de corales,  
 Que Pedro le regaló,  
 Lleva en una cruz de oro  
 La imagen del Redentor.  
 Tanta ventura en un dia  
 Nunca Pedro imaginó,  
 Y asi anda desatentado  
 Girando en la confusion.  
 A cada vuelta se mira  
 En los ojos de su amor,  
 Y en la luz de aquellos soles  
 Se le quema el corazon.  
 Y en fin, para concluir,  
 Se cantó, cenó y bailó.  
 Como es costumbre en las bodas  
 Desde entonces hasta hoy;  
 Hasta que cansados unos  
 Del baile, otros del calor,  
 Las viejas del tardo sueño,  
 Los músicos de su són,

Los muchachos de la bulla,  
 Y los novios del honor  
 Que les hacen sus amigos  
 En tan precisa ocasion;  
 Despidiéronse uno á uno  
 Echando sobre los dos  
 Mas bendiciones que plagas  
 Causó á Egipto Faraon.  
 Quedáronse entrambos solos  
 La amada y el amador,  
 Por vez primera en la vida  
 A merced de su pasion.  
 Mirábala embelesado  
 El amoroso español,  
 Trémulo el rostro de gozo  
 Y de dicha el corazon.  
 Mirábale ella anhelante  
 Encendida de rubor,  
 Húmedos los negros ojos  
 Con tiernísima aflicion.  
 Él diciéndola — ¡ alma mia!  
 Diciéndole ella — ¡ mi sol!  
 Entre el són de ardientes besos  
 De regalado sabor.  
 En esto en la estrecha calle  
 Temible ruido sonó  
 De voces y cuchilladas  
 En medrosa confusion.  
 Y al angustiado lamento  
 De uno que grita : — « ¡ Favor!  
 « ¡ Ayudadme, que me matan ! »  
 Pedro á la calle bajó  
 Con el estoque en la diestra  
 Y en la siniestra el farol.  
 Asomóse Catalina  
 Amedrentada al balcon  
 Llamando á Pedro afanosa  
 De algun daño por temor.  
 Alzó Medina la cara  
 Y la luz con ella alzó,  
 Pero apenas el reflejo  
 Dió en el rostro de su amor,  
 Una estocada traidora  
 Por el costado le entró.  
 Lanzó un grito el desdichado  
 Que partia el corazon,  
 Lanzó la hermosa un gemido  
 De intensísimo dolor,  
 Y el moribundo Medina  
 Volviendo el gesto á un rincon,  
 Hacia una imagen de Cristo  
 De quien devoto vivió,  
 Dijo espirando : — « Soy muerto.  
 « ¡ Acorredme, Santo Dios ! »  
 Y quedó tendido en tierra  
 Sin movimiento y sin voz.  
 Alzóse á su lado un hombre,  
 Y exclamando con pavor

« ¡ Maldita sea mi alma ! »  
Mató la luz y escapó.

## V.

Tuvieron así los años  
Uno, dos, tres, hasta siete,  
Embozada en el misterio  
Aquella impensada muerte.  
En vano acudieron pronto  
Vecinos á socorrerle,  
Para vengarle los hombres,  
Para mentir las mugeres.  
En vano salieron unos  
Casi desnudos á verle,  
Y otros salieron jurando  
Armados hasta los dientes.  
Nada sirvieron entonces  
Ni jubones ni broqueles;  
Medina quedó sin vida,  
Y sin justicia el alevé.  
En vano son las pesquisas  
De los irritados jueces,  
En vano son los testigos,  
Las citas y los papeles.  
En vano el caso averiguan  
Una, dos, tres, quince veces;  
Cada vez mas se confunden  
Los golillas y corchetes.  
En vano sobre la rastra  
Anduvieron diligentes  
Olfateando la presa  
Los alanos de las leyes.  
Porque todos son testigos,  
Todos declaran contestes,  
Todos son los agraviados,  
Mas ninguno delincuente.  
Hubo alborotos por ello,  
Y pependencias mas de veinte,  
Mas Pedro quedó sin vida,  
Y sin justicia el alevé.  
Catalina le lloraba  
Desconsolada y doliente  
Minutos, horas y dias,  
Noches, semanas y meses.  
Un año estuvo en el lecho  
Con accesos de demente,  
Y un año á su cabecera  
Veló Juan Ruiz sin moverse.  
Dió con la puerta en los ojos  
A padrinos y parientes  
Diciendo : — Mientras yo viva,  
No faltará quien la vele.  
Y en vano le murmuraron  
De tal conducta las gentes;  
Juan se mantuvo constante  
A la cabecera siempre,  
Sin que á sondear su alma  
Alcanzara algun viviente

A través de la reserva  
Y el misterio que mantiene,  
Curóse al fin Catalina,  
Y el tiempo, que tanto puede,  
Siendo remedio y sepulcro  
De los males y los bienes,  
Volvió la luz á sus ojos,  
Y el pudor volvió á su frente;  
Y el talisman de la risa  
A sus labios transparentes;  
Y salió ufana diciendo  
A cuantos por verla vienen  
Que la vida con que vive  
Solo á Juan Ruiz se la debe.  
Este, á pretesto de amigo  
Del triste que en polvo duerme,  
No se aparta de su lado  
Hasta que la noche viene.  
Entonces á lentos pasos  
La esquina inmediata tuerce,  
Y en las revueltas del barrio  
Como un fantasma se pierde.  
Mas no faltó en él alguno  
Que á media voz se atreviese  
A decir que cuando pasa  
Por ante el Cristo se tiene,  
Y el embozo hasta los ojos,  
El sombrero hasta las sienas,  
Cruza azaroso la calle  
Como si alguien le siguiese.  
En estas conversaciones  
Cada vez menos frecuentes  
Pasaron al fin los años  
Uno, dos, tres, hasta siete.

## VI.

Pagada la Catalina  
De amistad tan firme y tierna,  
De tanto afán y desvelos,  
De tan rendida fineza,  
Escuchó á Juan una tarde,  
Los ojos fijos en tierra,  
Dulces palabras de amores  
De la balbuciente lengua.  
Instó un dia y otro dia,  
Quedó siempre sin respuesta,  
Volvió á sus ruegos Juan Ruiz,  
Volvió á su silencio ella.  
Pasóse un mes y otro mes,  
Y tornó Ruiz á su tema,  
Y tornó á callar la niña  
Entre enojada y risueña.  
Mas tanto lidió el galán,  
Tanto resistió la bella,  
Que al cabo la linda vinda  
Dijo á Juan de esta manera :  
« Puesto que es muerto Medina  
« ( ¡ Dios en su gloria le tenga ! )

« Y por siete años cumplidos  
 « Mi fé le he guardado entera,  
 « Y él ha visto nuestro amor  
 « Allá de la vida eterna,  
 « Os daré, Juan Ruiz, mi mano  
 « Y mi corazón con ella,  
 « Amigo de Pedro fuisteis,  
 « Y yo os debo la existencia,  
 « Con que es justo, á mi entender,  
 « Os cobreis entrambas deudas. »

Púsose Juan Ruiz de hinojos  
 A los piés de la doncella,  
 Y asiéndola las dos manos  
 Humildemente las besa.  
 Acordáronse las bodas,  
 Mas Catalina aconseja  
 Que sean cuando él quisiese,  
 Pero que sin ruido sean.

Las malas mañas ó antojos  
 O tarde ó nunca se dejan,  
 Y Juan en su mocedad  
 Gustó de bulla y de fiesta.  
 Así aunque pocos convida  
 Para que á las bodas vengan,  
 Buscó unos cuantos amigos  
 Que le alegraran la mesa.  
 Trajo vinos los mejores,  
 Y viandas las mas frescas,  
 Y apuntó por hora fija  
 De noche las diez y media.  
 Gustaba Juan sobre todo  
 De cabezas de ternera,  
 Y asábalas con tal maña  
 Que á cualquier gusto pluguieran.  
 Gozaba en esto gran nombre  
 Entre la gente plebea,  
 De tal modo que le daban  
 El apodo de *Cabezas*.  
 Ocurrióle á media tarde  
 Darse á luz con tal destreza  
 Y embozándose en la capa  
 Salió en busca de una de ellas.  
 Mataban aquella tarde  
 En el Rastro una becerra,  
 Compró el testuz y cubrióle  
 Asido por una oreja.  
 Volvió á doblar el embozo,  
 Y contento con la presa  
 De la calle en que vivía  
 Tomó rápido la vuelta.  
 Iba Juan Ruiz con la sangre  
 Dejando en pos roja huella  
 Que marcaba su camino  
 Sobre las redondas piedras.  
 En esto entrando en su barrio,  
 Al doblar una calleja  
 Dos ministros de justicia  
 Le pasaron muy de cerca.

Él siguió y pasaron ellos,  
 Advirtiéndolo con sorpresa  
 La sangre con que aquel hombre  
 El sitio que anda gotea.  
 Él siguió y tornaron ellos  
 Por sobre el rastro que deja,  
 Hasta entrar en otra calle  
 Oscura, sucia y estrecha.  
 En un rincón embutida  
 A la luz de una linterna  
 De Cristo crucificado  
 Se ve la imágen severa.  
 Paróse Juan : los corchetes,  
 Que en el mismo punto llegan,  
 Viendo que duda y vacila  
 En faz de preso le cercan.

—« ¡Fuera el embozo! gritaron :  
 « Muestre á la luz lo que lleva. »  
 Volvió los ojos al Cristo  
 Juan, y helósele en las venas  
 A una memoria terrible  
 Cuanta sangre hervía en ellas.  
 —« ¡Fuera el embozo!» repiten,  
 Y él acongojado tiembla,  
 Sintiendo un cambio espantoso  
 Que pasa en su mano mesma.  
 Quiso hablar, y atropellado  
 Un ¡dejadme! balbucea.  
 Deshicieronle el embozo,  
 Y mostrando Ruiz la diestra  
 Sacó asida del cabello  
 De Medina la cabeza.  
 —« ¡Acorredme, Santo Dios! »  
 Grita aterrado y la suelta ;  
 Mas la cabeza oscilando  
 Entre los dedos le queda.  
 • ¡Yo le maté! clamó entonces,  
 « Hoy há siete años, por ella. »  
 Y sin voz ni movimiento  
 Cayó desplomado en tierra.

## CONCLUSION.

• Y así fué : que aquella noche  
 De sangrienta confusion,  
 En que al de una riña  
 Pedro á la calle bajó  
 Con el estoque en la diestra  
 Y en la siniestra el farol,  
 No era en ella otro que Ruiz  
 Quien llevaba lo mejor.  
 Como un imán á una aguja  
 Arrastra constante en pos,  
 Como una serpiente á un pájaro,  
 A una paloma un halcón  
 Entorpecen y fascinan  
 Sin que ala ni pié veloz  
 Para huirle les acudan ;  
 A impulsos de su pasión

Anduvo así Juan vagando  
 De la fiesta en derredor.  
 Y oía por las ventanas  
 De danza el confuso són,  
 Y vía cruzar las sombras  
 Una á una, y dos á dos,  
 En fantástica carrera  
 Y en monótona ilusión.  
 Así lloraba acosado  
 De sus zelos y su amor,  
 Cuando oyó de una pendencia  
 Vivo y cercano rumor :  
 Cerróse en ella á estocadas  
 Tan sin acuerdo y razon,  
 Que á cuantos hubo á las manos  
 Adelante se llevó.  
 En esto acudió Medina,  
 Y Catalina al balcon  
 De la suerte recelando  
 Acelerada salió.  
 Mas al ver cual afanosa  
 Curaba ella de otro amor  
 Cegaron á Ruiz los zelos,  
 El despecho le embriagó ;  
 Y al tiempo que alzaba Pedro  
 El brazo con el farol  
 Matóle á la faz de Cristo  
 Como villano á traicion.  
 De entonces, en los siete años,  
 Despues del hecho traidor,  
 Ni una sola vez de miedo  
 Por ante el Cristo pasó.  
 Llegó la primera al cabo,  
 Y en ella al cielo ocasion  
 De mostrar que hay infalibles  
 Tribunales solo dos  
 De irrevocable sentencia  
 Sin cotos ni apelacion.  
*Para verdades el TIEMPO,*  
*Y para justicias DIOS.*

Ni un pájaro por el viento,  
 Ni una fiera por la roca,  
 Ni entre el musgo amarillento  
 Asoma reptil hambriento  
 La desenterrada boca.

Ni el ronco mar á lo lejos  
 En sordo tumulto brama,  
 Vibrando en turbios espejos  
 Tornasolados reflejos  
 Que por la playa derrama.

Ni una brisa, ni un gemido  
 El aire pesado encierra,  
 Que doliente y abatido  
 Yace sin fuerzas tendido  
 Las alas contra la tierra.

Grupos de nubes impuras  
 En la alta region inmobiles  
 Cíen en bandas oscuras  
 La lumbre de las alturas  
 Con sus cortinages dobles.

Ráfaga de luz sangrienta  
 El negro ambiente cruzando  
 Amaga pronta tormenta,  
 Una natura alumbrando  
 Dormida ó calenturienta.

La rosa que el aura riza  
 Se dobla en el tallo seca,  
 Y de la yerba pajiza  
 Sostiene la raiz hueca  
 Campo estéril de ceniza.

Y del desierto á la entrada  
 En torpe paso el Jordan  
 Arrastra el agua pesada ;  
 Una con otra amarrada  
 Sin ruido las ondas van.

Y en los anchos arenales  
 Por donde las ondas crecen,  
 Los penachos desiguales  
 Saludándolas no mecen  
 Palmas y cañaverales.

Todo entre sombras callaba ;  
 El mundo en reposo inerte  
 Curioso se contemplaba,  
 Cual de despertar acaba  
 Un hombre, y duda si duerme.

Vianse al lejos enhiestas  
 Cerrando los horizontes,  
 En dobles hileras puestas,  
 Las enmarañadas crestas  
 De los escarpados montes.

Entre los troncos desnudos  
 Alzando las blancas losas,  
 Los esqueletos agudos  
 Sacaron de asombro mudos  
 Las calaveras medrosas.

Ninguno osó preguntar  
 Lo que era triste saber,  
 Ninguno acertó á dudar

### (1) LA VIRGEN AL PIÉ DE LA CRUZ (1).

Stabat Mater dolorosa  
 Juxta crucem lacrymosa  
 Dum pendebat Filius.

Velaba entonces el cielo  
 Su lumbre en opacas nieblas,  
 Y, crespon de tanto duelo,  
 Tendió la sombra en el suelo  
 Anchos pliegues de tinieblas.

(1) Dedicada al acreditado D. José Gutierrez, que pintó en el Liceo artistico una bellissima *Dolorosa*.

Lo que salió contemplar,  
Y alcanzó temblando á ver.

Allí Adán el pecador  
Asomó el gesto confuso  
Mirando en su derredor;  
De rodillas de pavor  
Sobre la piedra se puso.

— ¡Es esa mi raza...? dijo

Hiriendo la calva frente,  
Y llorando se maldijo,  
A su Dios mirando fijo  
En un palo entre su gente.

Secos, vacilantes, flojos,  
Malditos en él tambien  
Los otros yertos despojos  
Volviéron hácia Salen  
Los sin luz cóncavos ojos.

Allá en la vasta llanura  
Está la impía ciudad,  
Como meretriz impura  
Que falsa ostenta hermosura  
Merced á la oscuridad.

Y el Gólgota misterioso  
Levantado detrás de ella  
Entre ufano y vergonzoso  
Con un suplicio horroroso  
Roto la frente descuella.

Estaba en honda agonía  
Al pié de la cruz llorosa  
La Madre Virgen María,  
Y de la cruz afrentosa  
El Hijo muerto pendía.

Desgarrado el santo pecho,  
Herido y alanceado,  
Y en el madero derecho  
Desconocido y deshecho  
El cuerpo descoyuntado.

Tan rasgadas las heridas  
De ambos piés y de ambas manos,  
Que cayeran divididas  
A no estar tan sostenidas  
En brazos tan soberanos.

Y porque culpa tan fea  
Ofrenda tan santa borre,  
La hirviente sangre gotea,  
Y en el peñasco en que corre  
Avaro el viento la orea.

Allí por tierra postrada  
Moribunda y desolada  
La castísima María,  
Con el suplicio abrazada  
La ardiente sangre bebía.

Y parado el mundo entero  
Asombrado la miraba,  
Que sola en dolor tan fiero  
A su Dios muerto lloraba  
Al pié del santo madero.

— ¡Ella llora, y yo pequé...!

Madre amorosa, perdon,  
Que yo le crucifiqué,  
Yo su sangre derramé  
Y manché la creacion!

Yo le robé de tus brazos,  
Sin respeto á su deidad;  
Le até con estrechos lazos  
Para arrancarle, es verdad,  
Las entrañas á pedazos.

Y tú, Madre, en tu dolor  
Mesándote los cabellos  
Al verdugo matador  
Tendiste los brazos bellos,  
Demandándole favor.

Por templar su sed rabiosa,  
Tú, Madre de Dios bendita,  
Pálida la faz de rosa,  
Te prosternaste llorosa  
Ante la raza maldita.

No humana, de tigres fué;  
Que si te vieron acaso,  
Los hombres en quien pequé,  
Cual brezo que estorba el paso,  
Te apartaron con el pié.

¡Tú hollada, Virgen, así...!  
¡Tú, que pisas de rubí  
Vistosa, viviente alfombra,  
Y besa el ángel tu sombra  
Si pasa cerca de tí!

¡Tú, de estrellas coronada,  
Del ardiente sol vestida,  
Y de la luna calzada  
Tan triste y tan dolorida  
Por raza tan condenada!

¡Tú llorando, Madre mía,  
Cuando una lágrima tuya  
El mundo rescataría,  
Cuando el tiempo le concluya  
En el postrimero día!

¡Tus ojos llorosos tanto  
Cuando al sol prestan su luz!  
¡Oh Madre, por tal quebranto,  
Que me salve á mí tu llanto  
Al pié de la santa cruz!

Yo tengo un recuerdo  
De edad mas dichosa;  
Tú, Madre amorosa,  
Lo sabes tal vez.  
Entonces alegre  
De afanes segura,  
Soñaba ventura  
Mi loca niñez.

Brindábame entonces  
La vida placeres,  
No vi en las mugeres  
El mal del amor.

Reía y cantaba  
Un día, otro día,  
Y siempre el que huía  
Tornaba mejor.

Que aun no me acosaban  
Mis débiles años  
Con duelos y engaños  
De vana amistad;  
Aun no de mis horas  
De paz y esperanza  
Rompió la balanza  
La estéril verdad.

El aire era un velo  
De ricos colores,  
Brotaban las flores  
A impulso del sol;  
La noche tranquila  
Que en paz me velaba  
Del céntil colgaba  
Su turbio farol.

La vida era un sueño  
Ligero y flotante;  
Finjí delirante  
Del mundo un jardín,  
Creí que los días  
Que pasan huyendo  
Felices volviendo  
Serían sin fin.

Entonces ¡oh Madre!  
Recuerdo que un día  
Tu santa agonía  
Contar escuché:  
Contábala un hombre  
Con voz lastimera;  
Tan niño como era  
Postréme y lloré.

El templo era oscuro:  
Vestidos pilares  
Se vian y altares  
De negro crespon;  
Y en la alta ventana  
Meciéndose el viento  
Mentía un lamento  
De lúgubre són.

La voz piadosa  
Tu historia contaba;  
El pueblo escuchaba  
Con santo pavor.  
Oía yo atento,  
Y el hombre decía:  
« ¡Y quien pesaría  
« Tamaño dolor!  
« El Hijo pendiente  
« De cruz afrentosa,  
« La Madre amorosa  
« Llorándole al pié... »  
El llanto anudóme  
Oído y garganta,

Con lástima tanta  
Postréme y lloré.

La voz conmovida  
Seguía clamando,  
El viento zumbando  
Seguía á la par;  
El pueblo lloraba  
Postrado en el suelo,  
Contaba tu duelo  
La voz sin cesar.

Mi madre á sus pechos  
Mi pecho oprimiendo  
Posaba gimiendo  
Sus labios en mí;  
Y yo, Santa Virgen,  
En són de querella  
No sé si por ella  
Lloraba, ó por tí.

Tu imágen estaba  
Doliente á mis ojos,  
Mi madre de hinojos  
Oraba á tus piés:  
Por quién lloró entonces  
Mi pecho aflijido  
Ya nunca he podido  
Saberlo despues.

Mi madre tan jóven,  
Tan bella y penada!  
Mi madre adorada  
Llorando también!  
Perdon ¡oh María!  
Soy hijo y la adoro,  
Su aliento y su lloro  
Quemaban mi sien.

Convulso, agitado,  
En ámbito estrecho  
Latir en su pecho  
Sentí el corazón;  
El niño creía  
Y oró al crucifijo...  
El niño era hijo  
Y ahogó su oracion.

Há poco en mis horas  
De cuita y de duelo  
Amparo en el cielo  
Con ansia busqué;  
Tu nombre me traje  
Mi fé solitaria,  
Y en honda plegaria  
Tu nombre invoqué.

Que yo también lloro  
Mundanos pesares,  
También tengo altares,  
Y fé y religion:  
Que el gozo y la risa  
Que ostento en la frente  
Del alma doliente  
La máscara son.

¡Ay triste! olvidado  
No hallé en mí abandono  
Mas luz que tu trono,  
Mas paz que tu amor;  
Y ciego y perdido  
Sin lumbre y sin guía,  
A tí te pedía  
Llorando favor.

A tí que llorabas  
El día tremendo  
Que viste muriendo  
Al Dios de la luz :  
¡Oh Madre! que el día  
De cuentas y espanto  
Me salve tu llanto  
Al pié de la cruz!

¡Madre mia! si en tu cielo  
Se oye el murmullo mundano,  
Y mi cántico liviano  
En su cóncavo sonó;  
Si la estéril armonía  
Llegó á tí del arpa loca,  
Y los himnos que mi boca  
Sacrilega murmuró;

Tiende los divinos ojos  
¡Oh Madre! desde la altura,  
Que es polvo la criatura,  
Cieno y nada encontrarás;  
Que en la senda de la vida  
Cada paso que adelanta  
Mas débil la torpe planta  
Se acerca á su nada mas.

Acuérdate, Madre Virgen,  
Que allá en la niñez tranquila  
Por tí la clara pupila  
Con mis lágrimas nublé;  
Que hubo un día en que escuchando  
La historia de tus pesares,  
Delante de tus altares  
Acongojado lloré.

Olvídate que insensato  
Sin curar de tus dolores  
Canté profanos amores  
Del arpa lúbrica al són;  
Acuérdate que nacido  
De flaca y terrena gente,  
Tengo de tierra la mente,  
Y de tierra el corazón.

Acuérdate, Madre mia,  
Que nací niño y desnudo,  
Y que hoy á tus piés acudo  
Mi nada al reconocer.  
Que mi lengua irreverente  
Cambia en himnos inmortales  
Los cánticos criminales  
Que alzó delirando ayer.

Pues mi postrera esperanza  
En tu noble amparo fijo,  
Ruega ¡oh Madre! por un hijo  
Al Dios que engendró la luz.  
Y en aquel tremendo día  
De justicias y de espanto,  
Que me salve á mi tu llanto  
Al pié de la santa cruz.

---

## NAPOLEON.

- No hay mas que yo; dobléguense las leyes
- Ante la ronca voz de mis legiones :
- Romperé el aureo cetro de los reyes
- En su espantada frente á las naciones. •

D. JUAN DONOSO CORTÉS.

### I.

Dos gigantes los siglos nos trajeron,  
Los dos en el desierto se encontraron,  
Cuando grandes los dos se concibieron  
De hito en hito los dos se contemplaron.  
Sentóse el hombre al pié del monumento,  
Y el monumento dijo : *Este es el hombre;*  
Y el hombre al ver desde tan alto asiento  
*Esta es, dijo, la cifra de mi nombre.*

De sus cañones el disorde arrullo  
Su altivo sér le trajo á la memoria.  
« Aquí debí nacer, »—dijo su orgullo;  
« Aquí debo morir, »—dijo su gloria.  
Con sus ojos midió la vasta mole,  
Y murmuró pasándolos al cielo :  
« Quien allí su bandera no enarbole  
« Una oruga no mas será en el suelo.  
« No valen cien coronas una estrella,  
« Ni valemos un sol todos los reyes!  
« Que el tiempo airado la cerviz nos huella  
« El sol alumbra y queman nuestras leyes. »

Unos grandes allí su tumba abrieron,  
É intentar lo era grande solamente,  
Mas pensar en su orgullo no pudieron  
Que era solo á sus piés tender la frente.

Allí depositaron sus despojos  
Por guardarlos así de ojos humanos  
Porque al mirar su tumba humanos ojos  
Se creyeran imbéciles ó enanos.

¡*Aquí está Napoleon!* dijo pasando  
De la inmensa pirámide las puertas,  
Y las momias de Egipto despertando  
Miraron por las urnas entreabiertas.

Las huecas calaveras asombradas  
El gesto inmóvil á Napoleon tornaron :  
¡*Aquí está Napoleon!* y atrailladas  
En derredor del vivo se juntaron.

Inclinaron las pardas osamentas  
La seca frente y los desiertos ojos

Para oírle, y cayeron macilentas  
 A su tremenda voz todas de hinojos.  
 Contó los esqueletos transparentes  
 El vivo con los suyos triunfadores,  
 Y unió á los nombres de las calvas frentes  
 Sus vasallos, monarcas, ó señores.  
 Y no encontrando á su grandeza leyes  
 Gritó hiriendo los huesos con la planta :  
 « Yo soy emperador, ¿ fuera los reyes ! »  
 Y su vibrante voz la turba espanta.

Revolvió entonces la imperial mirada....  
 Nada en el ancho cóncavo vivía.  
 Solo su desdeñosa carcajada  
 Entre las tumbas resbalar se oía.

Grabó su nombre colosal en ellas  
 Sello gigante de gigante gloria,  
 Porque agobiado con sus hondas huellas  
 Libro fuera el desierto de su historia.

Salió del corpulento cementerio  
 Diciendo á los cadáveres hollados :  
 « Napoleon vino á visitar su imperio. »  
 Y en el desierto entró con sus soldados.

Las sombrías pirámides le vieron  
 Cruzar el arenal con pié tranquilo,  
 Y allá á lo lejos saludarle oyeron  
 Con asombrado á Dios al ronco Nilo.

## II.

El hombre no existe ahora,  
 Que el tiempo al plegar las alas  
 La lámpara de la vida  
 El aire azotando apaga.  
 Las moles allí quedaron,  
 Y las osamentas calvas  
 En las urnas todavía  
 La voz del ángel aguardan.  
 Ellas descansan tranquilas  
 En su portentosa estancia,  
 Que las cobija orgullosa  
 Como ataud y montaña;  
 Y él duerme al pié de una roca  
 Entre las ondas amargas  
 Donde su nombre salpican  
 Las espumas y las algas :  
 Porque la isla compasiva  
 Le recojió en sus entrañas,  
 Donde con su peso abrumba  
 La lápida hospitalaria  
 Al que quiso alzar el cielo  
 Sustentándole en la espalda.  
 ¿ Quién es el gigante ahora ?  
 ¿ Quién de los dos es la página,  
 Las moles de aquel desierto,  
 O el nombre de las batallas ?  
 Sobre ambos los huracanes  
 Mugiendo y quemando pasan,

En ambos el mismo cielo  
 Su noche y su luz derrama ;  
 Ambos yacen solitarios  
 Sin antorchas y sin guardas  
 En palacios de reptiles  
 Que en torno lentos se arrastran  
 Sin respeto á su grandeza,  
 Ni noticias de su fama.

« ¡ Aquí está Napoleon ! » dice su nombre  
 Sobre las moles del desierto escrito,  
 Y donde alguna vez firmó aquel hombre  
 Todo nombre mortal quedó proscrito.

Delante de su nombre anonadados  
 Se olvidan hoy cuantos la tumba encierra,  
 Y su gloria y poder desesperados  
 Envidian los monarcas de la tierra.

Miró al nacer la miserable gente  
 A que el destino su destino amarra,  
 Y viéndose leon alzó la frente  
 Mostrando al mundo la robusta garra.  
 El mundo se humilló desfavorido,  
 Y al rastro de su pié le ató altanero :  
 El mundo entero sorprendió atrevido,  
 Y un pueblo echó sobre él el mundo entero.

Numeró sus millones de soldados  
 Y trepó vencedor á la montaña :  
 Contó allí nuestros pueblos descuidados,  
 Y entre los suyos dividió la España.

Bajó osado y alegre á la llanura  
 Como á la fiesta va galan mancebo,  
 Avaro de la sombra y la frescura  
 De su soñado territorio nuevo.

De este jardín que coronó de flores  
 Pródiga y perfumada primavera,  
 Do marcan el compás los ruiseñores  
 Del paso del arroyo en la pradera.

Donde brota entre juncos y espadañas  
 Para dar sed la fuente cristalina,  
 Y crece al pié de las pajizas cañas  
 Rica de olor la rosa purpurina.

Donde el ardiente sol que nos da el día  
 Tiñe la tez, los ojos y el cabello  
 De la altiva morena que daría  
 Antes que al yugo á la cuchilla el cuello.

Pero en vez de las zambras bulliciosas,  
 Y de lindas bellezas orientales,  
 Entre guirnaldas encontró de rosas  
 Hierros de lanzas y hojas de puñales.

Pirámide mas dura que el desierto  
 Le mostró nuestro suelo en sus jardines,  
 Que supimos aquí doblar á muerto  
 Con copas de cristal en los festines.

No tiene, no, el leon de ambas Castillas  
 La doble garra por adorno vano ;  
 Pirámides de lanzas y cuchillas  
 No admiten nombre, ni buril, ni mano.

## III.

¡Paz al coloso! — Formidable sombra  
Tal vez mi lengua te insultó importuna;  
No te ladra mordaz cuando te nombra:  
Solo quien te rindió fué *la fortuna*.

Tú bien sabías que la inmensa mole  
Que no llenan los hombres es el cielo,  
Quien allí su bandera no enarbole  
Una oruga y no mas será en el suelo.

Él te enseñó que los colosos huella  
El tiempo al fin con iracundas leyes,  
Que cien tronos no valen una estrella,  
Y no valeis un sol todos los reyes.

Dijiste: « *Soy el grande de la tierra,*  
« *No tengo en ella ya digno enemigo.* »  
Grande mi patria te llamó á la guerra:  
Porque eras grande tú, lidió contigo.

## LA SORPRESA DE ZAHARA (1).

ROMANCE DE 1481.

## I.

Está Zahara en una altura  
Entre montaña y colina  
Sentada en la peña dura,  
Que asoma la cresta oscura  
Por entre Ronda y Medina.

Cuando encienden los cristianos  
De noche hogueras en ella,  
No distinguen los paisanos  
Si son sus fuegos lejanos  
Luz de atalaya ó de estrella.

Y al bajar al occidente  
Confunde la luz del sol  
Las lágrimas de la fuente  
Y el arnés resplandeciente  
Del centinela español.

Y si alguna nube errante  
Del valle exhalada sube,  
Parece el pendon flotante  
Hijo de la blanca nube  
Que va saltando delante.

Allí los moros pusieron  
Sus atalayas un día;  
Un foso despues abrieron,  
Y la villa concluyeron  
Porque el invierno venia.

Tuviéronla muchos años  
De los cristianos guardada,  
Y con mil modos estraños

Causáronles muchos daños  
En guerra tan prolongada.  
Que á la sombra guarecidos  
De las huertas y olivares  
Bajaban como bandidos,  
Y robaban atrevidos  
Alquerías y lugares.

Los cristianos toleraban  
Con rabia tales desmanes  
Y vengarse meditaban,  
Mientras ufanos ocupaban  
La villa los musulmanes.

Estos, por cierto, valientes,  
Eran pocos, confiados  
En el brio de sus gentes;  
Los otros, que eran prudentes,  
Los cojieron descuidados.

Con fosos y torreones  
Guarda hoy la morisca villa  
En sus pardos murallones  
Los sobrepuestos blasones  
De Aragon y de Castilla.

Que los nuestros la asaltaron  
Y guardarla no supieron  
Los moros que la fundaron;  
Cinco veces la ganaron  
Y otras cinco la perdieron.

Por eso los vencedores  
Alzaron doble muralla,  
Y alzaron torres mayores  
Para quedar los mejores  
En el sol de la batalla.

Por eso una sola senda  
Dejaron en todo el cerro,  
Porque mas fácil se atienda  
La sola puerta de hierro  
Si se empeña la contienda.

Por eso están los cristianos  
Malamente entretenidos,  
En casa de los villanos,  
En pensamientos livianos  
Con las mozas divertidos.

Que osados y licenciosos  
Son ademas los soldados  
Cuando en puestos apartados  
Les dejan vivir ociosos  
Por fuertes ó por cansados  
Pero avaros de venganza  
Mas advertidos los moros  
Hicieron punta á su lanza,  
Mientras ellos en holganza  
Jugaban zambras y toros.

« De mas á esos perros ya  
« La villa estuvo sujeta, »  
Dijeron; « vamos allá,  
« Que por nosotros está  
« La voluntad del Profeta. »  
Misteriosa expedicion

(1) Esta poesia se publicó en el periódico *El Español* tal como está: el autor se ha abstenido de hacer en ella algunas correcciones de que tenia por cierto grave necesidad; pero acaso corregida seria enteramente nueva.

Propusieron á tal fin;  
 Y para aquesta ocasion  
 Dieron gentes en union  
 La Alhambra y el Albaicin.  
 Salió el viejo rey Hazen  
 Con gente muy escojida,  
 Y dicen los que le ven :  
 — « Alá te lleve con bien  
 « Y vuelvas con honra y vida. »  
 Saludóles al pasar  
 El musulman con la mano,  
 Diciendo, el arco al cruzar :  
 « — Le tengo de festonar  
 « Con cabezas de cristiano. »

—  
 La tarde estaba nublada,  
 El viento ronco mugia  
 Y gruesa lluvia pesada  
 La noche apenas entrada  
 En anchas gotas caia.  
 Veló medrosa la faz  
 La luna entre nubes pardas,  
 Y brilló en la oscuridad  
 El relámpago fugaz  
 En broqueles y alabardas.

Caidos los martinetes  
 Sobre las mojadas telas  
 Revueltas en los almetes,  
 Caminaban los ginetes  
 El todo hasta las espuelas.

Mohino el rey por demás  
 Iba escuchando el rumor  
 De los pasos á compás,  
 Despues iba un atambor  
 Y los soldados detrás.

Iban entre los peones  
 En vez de picos y palas  
 Y estrepitosos cañones,  
 Muchos moros con escalas  
 Para entrar los torreones.

La luz del siguiente dia  
 Apenas cumplida fué,  
 Ya Zahara se descubria;  
 Llegó la noche sombría  
 Y la tocaron al pié.

Contó el rey cuidadosamente  
 Las hogueras y señales,  
 Consultando diligente  
 Sus espías y su gente  
 Partió en dos bandas iguales.

Guardando el cerro dejó  
 Los ginetes y escuderos ;  
 Y él mismo despues trepó  
 Con algunos caballeros  
 Y soldados que tomó.

Seguia la tempestad,  
 Zumbaba agitado el viento

Rodando en la oscuridad  
 Y azotando la ciudad  
 Con temeroso concento.

Se oia caer bramando  
 La lluvia de las montañas  
 De peña en peña chocando,  
 A la llanura arrastrando  
 Espinos, olmos y cañas.

Y en el alto torreón  
 Aturdido el centinela  
 Murmuró humilde oracion,  
 Acurrucado al rincon  
 De la covacha en que vela.

Y al calor de su gaban  
 Con el monótono arrullo  
 Que allí las aguas le dan,  
 Durmió rendido su afán  
 Oyendo el vago murmullo.

Soltó la lanza su mano,  
 Fijó el rostro en la rodilla,  
 Y así soñó el veterano  
 Una aurora de verano  
 En un lugar de Castilla.

## II.

Es grato en el blando lecho  
 Oir el viento que brama,  
 Y el agua que se derrama  
 Sobre los techos rodar,  
 Oir en la estrecha calle  
 El rumor acelerado  
 De las armas del soldado  
 Que acaban de relevar.

Y en confuso remolino  
 Oir crecer la tormenta  
 Que cambia al pasar violenta  
 Las veletas del metal.  
 Y oir zumbiar sacudida  
 La mal sujeta campana,  
 Y oir en la ancha ventana  
 Temblar hendido el cristal.

El desvelado maldice,  
 El tímido infante llora,  
 La madre le mece y ora  
 Con religioso pavor :  
 El enfermo se acongoja  
 Y el amante desespera,  
 Que acaso vela y le espera  
 Entre las rejas su amor.

Los de Zahara silenciosos  
 O velaban ó dormian :  
 Solo en la villa se oian  
 En la densa oscuridad  
 El agua de las goteras,  
 El vago mugir del viento  
 Y el ronco y medroso acento  
 De la negra tempestad.

Solo en apartada torre  
Del mal guardado castillo  
Con el fulgor amarillo  
De una lámpara al morir,  
Velan algunos soldados  
Y se siente desde fuera  
El rumor de una quimera  
Y jurar y maldecir.

Se sienten sus carcajadas,  
Sus apodosos insolentes,  
Que en todo hallan tales gentes  
Contentamiento y placer.  
Se juntan en borracheras  
Para acabarlas riñendo,  
Y vuelven en concluyendo  
Desde reñir á beber.

Y en el calor de las orgías  
Y el vapor de los licores  
Disertan de sus amores  
En obsceno platicar;  
Que su lengua irreligiosa  
Sin respetos y sin vallas  
Solo de sangre y batallas  
O mugeres ha de hablar.

De estas se miran algunas  
Con los soldados mas mozos  
En impúdicos retozos  
Y deshonesto ademan,  
Que osadas y descompuestas  
O blasfemando ó riñendo  
Hasta embriagarse bebiendo  
Desatinadas están.

La trémula llamarada  
De una hoguera agonizante  
Presta á su rudo semblante  
Una espresion mas feroz;  
Y recibiendo la bóveda  
La algazara en su ancho hueco  
Remeda con largo eco  
La desentonada voz.

Harto de vino y de amores  
En dos bancos apoyado  
Cantaba un viejo soldado  
Al són de un roto rabel,  
E hiriendo á compás la mesa  
Con plato, copa ó cuchillo,  
Ahullaban el estribillo,  
Ellos y ellas con él.

Brindaban, y á cada brindis  
Insensatos blasfemaban,  
Y reian y danzaban  
Completando la embriaguez;  
Y sus sombras en silencio  
Gigantescas agitadas  
Cual fantasmas convidadas  
Erraban por la pared.  
— «¡A ellos!» — gritaron voces,  
Y entraron el aposento

Diez á diez y ciento á ciento  
Los moros del rey Hazen,  
Y apenas á las espadas  
Acudieron los cristianos,  
Les cercenaron las manos  
Y las cabezas tambien.

Lidieron acaso algunos,  
Pero tantos les entraron,  
Que al fin los acuchillaron  
Con las hembras á la par.  
A los gritos de los moros  
Los cristianos despertaban;  
¡Pero los tristes se hallaban  
Cautivos al despertar!

La soñolienta pupila  
Prestaba crédito apenas  
A las cuerdas y cadenas  
Con que atados dos á dos  
Por los árabes se vieron  
A quienes con lengua y ojos  
Pedian piedad de hinojos  
En el nombre de su Dios.

Las lágrimas de las madres,  
De los niños los sollozos,  
Los esfuerzos de los mozos,  
El dolor de la vejez,  
Son inútil resistencia,  
Porque á todos los infieles,  
Atados como lebreles  
Los arrastran á la vez.

En vano lucha la virgen  
Desesperada con ellos,  
Que con sus propios cabellos  
Mordaza ó cordel le dan;  
En vano niños y enfermos  
Yacen sin fuerzas postrados,  
En tropel como ganados  
Todos á los hierros van.

Fueron por Dios tristes horas  
Las de noche tan sangrienta;  
¡A quien de allá pidan cuenta  
Malas cuentas ha de haber!  
Que si hay justicia en los cielos  
De tanta vida inocente,  
Una vida solamente  
Ha muy mal de responder.

### III.

Medrosa de tanto duelo  
Subió al oriente la aurora  
Entre cortinas de nubes  
Que la apagan ó la embozan.  
Lloraba el cielo por ellas  
Hilo á hilo, y gota á gota,  
Sin que el sol tornasolara  
Las lágrimas con que floran.  
Andaba el aire aturdido

Sin hallar sitio en la atmósfera,  
 Que asaltada por la lluvia  
 Entre la lluvia se ahoga;  
 Y tanta gala los cielos  
 Ostentan cuando la acosan  
 Que con mundos de cristal  
 La bloquean y la toman.  
 Lloraba el cielo por Zahara  
 Que acaso por pecadora  
 La castiga, y ver no quiere  
 Los males con que la azota.  
 Cerróse en agua, y con ella  
 Cerró su misericordia;  
 Vendó con nieblas sus ojos,  
 Y su clemencia hizo sorda  
 Por no ver al rey Hazen  
 Que en medio la gente mora  
 Amarró dos mil cristianos  
 Al carro de su victoria.  
 Cabalgaba el agareno  
 Sobre una yegua de Córdoba  
 Con la crin hasta el estribo,  
 Y hasta la tierra la cola :  
 Y como el cielo la empapa  
 En las aguas que la mojan,  
 La cola y la crin parecen  
 De espumas, algas y esponjas.  
 La plaza cercan los moros  
 Donde dos á dos arrojan  
 Los cristianos que cautivan,  
 Los cautivos que sollozan.  
 Allí mugeres y ancianos,  
 Allí vírgenes y esposas  
 Juntan á golpes y á gritos  
 Entre algazara y chacota.  
 Casi desnudos los llevan  
 A todos por mas deshonra  
 Hasta el centro de la plaza,  
 Donde á la intemperie opongan  
 La desnudez de las carnes,  
 Su temblor y sus congojas;  
 Y á los ojos de los moros  
 Los defectos de las formas  
 O las castas perfecciones  
 Que con torpes ojos hozan.  
 El noble rostro hácia el suelo  
 Dos tristes vencidos tornan,  
 Por ocultar en los ojos  
 Las lágrimas con que lloran :  
 Que la libertad perdida  
 Sin infamia nos agobia,  
 Pero mata y avergüenza  
 Perder libertad y honra.  
 Caiales por los hombros  
 El agua, porque furiosas  
 En su cabeza las nubes  
 Reventadas se desploman;  
 Que cuando al fin Dios castiga

Muestra su justicia toda,  
 Pues la maldad de los hombres  
 Toda su clemencia agota.

Mandó Hazen que los cristianos  
 Guardados por buena escolta  
 Vayan delante á Granada  
 Por la vereda mas corta;  
 Mas viendo que los ancianos  
 Y los enfermos le estorban,  
 A su guardia de Gomeles  
 Dijo impaciente en voz ronca :  
 « Llegarán los que llegaren,  
 « Los mozos á las mazmorras,  
 « Las muchachas al serrallo  
 « Y los viejos á la horca. »

Preparan los granadinos  
 Bohordos en Vibarramba,  
 Torneos para los nobles,  
 Para el pueblo luminarias.  
 Cuelgan de púrpura y blanco  
 Miradores y ventanas,  
 Y el populacho á las puertas  
 Al rey impaciente aguarda.  
 En la vega están los ojos  
 Y en la via de Zahara,  
 Que el rey envió corredores  
 A decir que está ganada.  
 Añfiles y atabales  
 Por honra y por fiesta sacan,  
 Y en corros moros y moras  
 Gritando y riendo saltan.  
 « Viva el rey, » dicen algunos,  
 Y otros gritan : « muera Zahara; »  
 Y todos á los vencidos  
 Insultan, mofan é infaman :  
 Que siempre quien vence grita  
 Porque los vencidos callan,  
 Porque las lenguas se sueltan  
 Donde las manos se atan :  
 Porque la risa provoca  
 Tal vez la agena desgracia,  
 Y al que nace desdichado  
 Hasta compasion le falta;  
 Que quien cae pone á los otros  
 Para que pasen la espalda,  
 Y maldicion es que lloren  
 Algunos lo que otros cantan.  
 Así ondean los pendones  
 En las torres de la Alhambra,  
 Así Granada la bella  
 Se viste imbécil de gala  
 Cantando hoy loca las glorias  
 Que ha de maldecir mañana.  
 Venir se ven los cautivos  
 Entre la neblina parda  
 A pasarse descompasados

Como los cautivos andan :  
 Que como el alma les pesa  
 Asi les tiembla la planta.  
 Delante y detrás los moros  
 Y por los lados los guardan  
 Los alfaques en la diestra,  
 Los broqueles á la espalda.  
 Siguen despues los ginetes  
 Y nobles con el monarca,  
 Los lanzones en la cuja,  
 En el arzon las adargas;  
 Mostrando bien los caballos  
 En su perezosa marcha  
 La fatiga del camino,  
 Lo largo de la jornada ;  
 Que traen el arnés mohoso,  
 Deslucidas las gualdrapas;  
 Hasta las crines el lodo,  
 Desde las crines el agua.  
 Cuando á la puerta de Elvira  
 Los zahareños llegaban  
 Cantaba el pueblo su triunfo  
 Con vítores y algazara.  
 Aplaudian con las manos,  
 Con panderos y sonajas,  
 Al són de los duros hieiros  
 Que los otros arrastraban.  
 Cesó de pronto el aplauso,  
 Susurraron en voz baja  
 Palabras que nadie oia ;  
 Pero todos murmuraban.  
 Ojos habia en la turba  
 Oscurecidos con lágrimas,  
 Y ojos que con luz sombría  
 Para maldecir miraban.  
 Desnudos y á la intemperie  
 Los prisioneros entraban,  
 Ancianos, madres y niños  
 Entre broqueles y lanzas,  
 Sin respeto á su inocencia,  
 A su sexo y á sus canas.  
 Las madres sus muertos hijos  
 Traian desesperadas  
 En los maternales brazos  
 Y en los brazos de su alma.  
 Movidos á compasion  
 Los moros de pena tanta  
 Sus ojos de los cautivos  
 Indignados apartaban.  
 Las madres libres llorando  
 Atropellando los guardias,  
 A las cristianas cautivas  
 Sus propias telas regalaban,  
 Y parten los alimentos  
 Que á los moros preparaban,  
 Entre los tristes esclavos,  
 Que los devoran con ansia.  
 Algunos mas altaneros

Acaso los rehusaban,  
 Que el pan de la esclavitud  
 Entre los labios amarga.  
 Alzóse Muley Hazen  
 En los estribos de plata  
 Viendo la piedad del pueblo  
 Y la miseria cristiana.  
 Rabioso de que la plebe  
 Le eche su crueldad en cara,  
 Atropelló con su yegua  
 Por la turba aglomerada,  
 Dividiendo asi los moros  
 Y los esclavos de Zahara.  
 « ¡ Adelante ! » gritó airado  
 Con la voz ronca de rabia ;  
 « Todos son esclavos míos,  
 Al serrallo las muchachas,  
 Los mozos á las mazmorras  
 Donde mas á luz no salgan,  
 Y los viejos que los maten,  
 Pues no me sirven de nada. »  
 Calló el pueblo amedrentado,  
 Obedecieron las guardias,  
 Y el rey subió con los nobles  
 A toda rienda á la Alhambra.

## IV.

Sentado está el rey Hazen  
 En un morisco almohadon,  
 Y muchos moros se ven  
 Cruzar el ancho salon  
 Para darle el parabien.  
 A las puertas, reverentes  
 Delante su rey se paran,  
 Doblando humildes las frentes ;  
 Que al rey miran tales gentes  
 Como al mismo Dios miraran.  
 Mirra y esencias de flores  
 Arden en pebetes de oro,  
 Y el sol de los miradores  
 Anubla el humo de olores  
 Que avaro respira el moro.  
 El aire colman de ruido  
 Dos fuentes azafranadas,  
 Y en su murmullo perdido  
 Se oye el trinar dolorido  
 De las aves enjauladas :  
 Porque en nichos de cristal  
 Cerradas las hay tan bellas  
 En la bóveda oriental,  
 Que el aire parece mal  
 Solo porque está sin ellas.  
 Las miró el viejo Muley  
 Y viéndolas suspiró —  
 « En vano me llaman rey, »  
 Dijo, « ¡ como ellas yo  
 « Esclavo soy de mi ley.

« Que penan ellas asi  
 « En ese encierro imagino ;  
 « Mas ellas placen ahí,  
 « Y en eso quiso el destino  
 « Diferenciarlas de mí. »  
 Volvió con tal pensamiento  
 A suspirar otra vez,  
 Bajó el rostro macilento,  
 Pero repuesto al momento,  
 Demandó con altivez :  
 « ¿ Los cristianos qué se hicieron? —  
 — En las mazmorras están  
 En cadenas, respondieron.  
 — « ¿ Los condenados murieron? »  
 — Si no han muerto morirán.  
 Volvió el rey á meditar  
 De los suyos recelando,  
 Y siguieron á la par  
 Las fuentes su susurrar  
 Y los pájaros cantando.  
 — « Alá nos dió la victoria, »  
 Siguió el rey : « ¿ qué dicen de ella? »  
 Todos callaron : « fué gloria  
 « Ganarles villa tan bella. » —  
 « Tendránlo á fé en la memoria. »

Harto el rey Hazen habló ;  
 Los cortesanos callaron,  
 Que el pueblo indignado vió  
 Que los cautivos entraron  
 Como perros que él ató.

Y los moros presentian  
 Que la tregua quebrantada,  
 Los cristianos entrarían  
 Por las vegas de Granada  
 Y á Zahara no olvidarían.

Por eso ante el rey estaba  
 La turba sin contestar,  
 Que mal con su rey andaba  
 Desde que vido que mandaba  
 A los viejos degollar.

Callaba Muley Hazen,  
 Sin hallar paso mejor ;  
 Que sabe el príncipe bien  
 Que sangre mancha también  
 El laurel del vencedor.

Corrían entrambas fuentes,  
 Trinaban los ruiseñores,  
 Y el sol en ambas corrientes  
 Sus rayos mas trasparentes  
 Deshacía en mil colores.

Los vidrios de las ventanas,  
 Contornos dando á sus sombras,  
 Estampaban las formas vanas  
 De sus historias livianas  
 En las moriscas alfombras.

El silencio á interrumpir  
 Vino una voz de dolor :  
 « Preparaos á morir »

Se oía á gritos decir  
 A un hombre en un corredor.

Todos el rostro tornaron  
 Impacientes á la entrada,  
 Y repetir escucharon :

« Tus glorias se marchitaron ;  
 « ¡ Ay de tí, bella Granada ! »

Entró el hombre en el salon  
 De musulmanes cercado :  
 Érase el tal un santón  
 Que vivía en la oración  
 Del tumulto retirado.

Pasó la noche corriendo  
 Gritando en la oscuridad : —  
 « Granada, los estoy viendo :  
 « ¡ Ay de la hermosa ciudad,  
 « Tus muros están cayendo ! »

Los moros viéndole entrar  
 Delante se le inclinaron,  
 Y él siguió en su predicar : —  
 « Los estoy viendo llegar  
 « Y vuestros días contaron !

« ¡ Ay de tí ! la desdichada  
 « Ciudad reina de ciudades,  
 « Por el cimiento horadada,  
 « Los cielos en tí, Granada,  
 « Lloverán calamidades.

« Es en vano resistir :  
 « ¡ Ay de tí, reina de oriente !  
 « Alá te manda morir,  
 « Los estoy viendo venir ;  
 « ¡ Ay ciudad ! ¡ ay de tu gente ! »

Harto ya Hazen de escucharle  
 Furioso le preguntó : —

¿ Quién eres? Sin contestarle  
 Gritando el santón siguió,  
 Y el rey volvió á preguntarle :

« Enviado soy de mi Dios ; »  
 Dijo el moro, « y díome el cielo  
 Un mensaje para vos. »

Y el rey : — « Pues ve que en suelo  
 « No hay mas oídos que dos. »

Siguió entonces el santón  
 Muy loco ó muy confiado  
 Su doliente relación,  
 Con el monarca encarado  
 Y á guisa de inspiración.

« La tregua está quebrantada  
 « Y á muerte al traidor sujeta.

« ¡ Ay de tí, bella Granada,  
 « Cayó en tí, desventurada,  
 « La maldición del Profeta !

« Borrada su suerte hallé  
 « Del pensamiento divino ;  
 « Por tí, ciudad, mucho oré,  
 « Y para leer tu destino  
 « Hasta el cielo penetré. »

Oyóle Hazen un momento,  
 Y enfurecido además,  
 Dijo, dejando su asiento :  
 « ¡ Quien leyó en el firmamento  
 « No puede llegar á mas ! »  
 La turba ve estremecida  
 La rabia del rey, y calla,  
 Y el rey dijo á su salida : —  
 « Quitad á ese hombre la vida  
 « En lo alto de la muralla.  
 « Cuando vengan los cristianos, »  
 Siguió volviendo á los moros,  
 « Lanzas tenéis en las manos,  
 « Cerrad con ellos, villanos,  
 « Como cerrais con los toros. »

## A LOS INDIVIDUOS ARTISTAS

DEL LICEO.

NOVIEMBRE DE 1837.

### I.

Allí está lo que el mundo llama mundo  
 Arrastrándose imbécil por la tierra,  
 Ese reptil raquitico é inmundio  
 Que en el sepulero su ambición encierra.

Allí está con sus circos y jardines,  
 Vano de amor y espléndido de amores,  
 Mal envuelto entre farsas y festines,  
 Como esqueleto entre marchitas flores.

Vestido está de alcázares y escudos;  
 Mas torpe esclavo de egoistas leyes  
 Lleva sus pueblos á danzar desnudos  
 En derredor del lujo de sus reyes.

¡ Vano placer ! ¡ quimérica algazara !  
 ¡ Flor de una aurora, sola y pasajera... !  
 De cerca un cementerio nos mostrara  
 Al resplandor de moribunda hoguera.

Los hombres de ese mundo no son hombres,  
 Las mugeres de allí no son mugeres,  
 Ellos cubren su nada con sus nombres;  
 Y ellas no tienen mas que sus placeres.

Cuando Dios, que les dió el ánima noble,  
 Las ánimas demande enfurecido,  
 Su ángel de hinojos con vergüenza doble  
 Señor, contestará, ¡ las han perdido !

Autómatas que viven porque viven,  
 Hoy al rumor de estrepitosa orquesta  
 El ageno renombre que reciben  
 Llevan como sus padres á una fiesta.

Contentos con sus vanos oropeles  
 Atraiando al cuerpo el pensamiento,  
 De un heredero nombre hacen laureles,  
 Gloria y valor del alto nacimiento.

Cielo es para ellos el azul que miran,  
 Es la tierra un inmenso anfiteatro,  
 Y ellos que en esa atmósfera respiran  
 Los actores tal vez de ese teatro.

Y en tanto que en sus necias pantomimas  
 Se gozan y en estúpidos placeres,  
 Canta el poeta en gigantescas rimas  
 El sér tremendo que abortó los seres.

Pinta el pintor el cielo y los colores  
 Arrebata la luz al mediodía,  
 Y el músico á los vientos bramadores  
 A las aves y fuentes la armonía.

Hijo de rey, conquista su corona,  
 Hijo de Dios, como su Dios concibe,  
 Que con sus obras su nobleza abona,  
 Y no infama su estirpe mientras vive.

Noble es el grande y grande es el valiente,  
 Quien por ser como Dios como Dios crea,  
 Ese es el noble que alzará la frente  
 Trepando al sol hasta que sol se crea.

Ese á la tumba bajará ignorado,  
 Ese en la tierra vivirá mendigo,  
 A ese nada los hombres le hemos dado,  
 Su padre que fué Dios será su amigo.

Y cuando él, que le dió el ánima noble,  
 Las ánimas demande enfurecido,  
 Dirá el ángel con orgullo doble  
 Hombre le hicistes, ángel le he traído.

Es grande quien nace esclavo  
 Y baja al sepulcro rey,  
 Cambiando altivo en diadema  
 Los hierros que atan sus piés.  
 Es grande el hombre de polvo  
 Que meditando en su sér  
 Del sol envidia los rayos  
 Por brillar tanto como él.  
 Quien en un cuerpo mezquino  
 Un alma gigante ve,  
 Y hacer lo que Dios pretende  
 Porque hijo de Dios se cree.  
 Quien sintiéndose con alas  
 Se arroja el viento á romper  
 Y va osado á las estrellas  
 A preguntarlas *quién es*.  
 Ese es el grande y el noble,  
 Ese es el hombre por quien  
 Hizo un Dios en siete días  
 Del cielo un ancho dosel,  
 De toda la tierra un trono,  
 De una existencia un placer,  
 Del sol una eterna hoguera,  
 Y apenas el hombre fué,  
 Tendió el mar en la llanura  
 Por alfombra de sus piés.  
 No es noble ¡ viven los cielos !  
 Quien muestra un viejo bróquel.

Por sus abuelos ganado,  
 Que derribando á cercen  
 La cabeza de algun moro  
 Le hicieron suyo despues,  
 Dividiendo en cuarteles  
 Los heraldos para él.  
 No es noble quien pasa el dia  
 Encerrado en un haren  
 Entre eunucos y mugeres  
 Como impúdica muger,  
 Guardando del sol la frente,  
 Y de la arena los piés,  
 Con un altar y un serrallo  
 Y el alma estéril sin fé.  
 No es noble quien cuenta ufano  
 En su alcázar cinco, diez,  
 Veinte nombres en hilera  
 Colgados en la pared,  
 Al pié de veinte retratos  
 De veinte nobles como él.  
 No son la virtud y el genio  
 Cetro y corona de rey,  
 Ni se heredan como escudos,  
 Que el oro compra tambien;  
 Los escudos enmohecen,  
 Los tronos pueden caer,  
 Pero la virtud y el genio  
 Se levantan de una vez,  
 Eternos como su estirpe,  
 Qué solo Dios les da el sér.

## II.

Nobles al cielo subireis vosotros  
 Con esa gloria que buscáis inquietos,  
 Y aquí en la tierra dejarán los otros  
 Sus armas, y detrás sus esqueletos.

Que empieza en el sepulcro vuestra gloria  
 Que hoy el mezquino mundo menoscaba,  
 Porque el placer del mundo y su memoria  
 Llega á la tumba y en la tumba acaba.

Ellos la suya comprarán con oro  
 Porque su mármol su nobleza abona,  
 La vuestra en vez de mundanal decoro  
 Solo un nombre tendrá y una corona.

En ella colgarán vuestros laureles  
 Porque duerma tranquila la cabeza,  
 Y al pié pondrán el arpa y los pinceles  
 Que al mundo contarán vuestra nobleza.

Vuestra nobleza, mágicos pintores  
 Que de la creacion rasgando el velo  
 Formáis como Jehová luz y colores  
 Para vestir la lobreguez del suelo.

Él ocultó la voz de la armonía  
 En el torrente y en la selva en vano,  
 Allí, músicos, fué vuestra osadía  
 A sorprenderla con robusta mano.

Alzándose al Señor templos y altares,  
 Y allí fueron poetas y pintores,

Vosotros le ensalzásteis con cantares  
 Porque os dieron su voz los ruiñeñores.

Los ángeles le cantan en el cielo,  
 Y le cantáis vosotros en la tierra,  
 Mientras de hinojos en el sacro suelo  
 Escucha humilde el hombre, ora y se aterra.

Un solo libro nuestra Iglesia tiene  
 Que poetas cantaron y escribieron...  
 O al alma Dios de los poetas viene,  
 O ellos un Dios en su cantar mintieron.

No importa que hoy ignorados  
 Cruceis el desierto mundo,  
 Sin corona y sin blasones  
 Que doren el nombre oscuro:  
 Que ley es morir mañana  
 Que á todos Dios nos impuso,  
 Y despues de vuestra muerte  
 Cercarán vuestro sepulcro  
 Los que aborrecen en vida,  
 Y al grande envidian difunto.  
 Perros que ladran cobardes  
 En torno un toro robusto  
 Que yace rendido en tierra  
 Acogotado entre muchos.  
 Los que aman oro en la tierra  
 Y de sus honras el humo,  
 Ladran á los piés del genio  
 Sin que sus gritos agudos  
 Al tocar en sus oídos  
 Turben la paz de su orgullo.  
 Y si á envidiar van sus rayos  
 En derredor de su túmulo,  
 No temáis, no, para entonces,  
 Porque sus ojos confusos  
 Si osan mirar vuestra lumbre  
 Han de cegar á su impulso.  
 Pues aunque á despecho brille  
 Del alma imbécil de muchos,  
 Ocultarla podrán todos,  
 Pero apagarla ninguno.

## EL AMOR Y EL AGUA.

## EL AMOR.

— « Pues en tí, fuente, se mira  
 Porque su beldad retrates,  
 Y los rayos de sus ojos  
 Reverberan tus cristales;  
 Deja, fuente, que los míos  
 Agua en tus aguas derramen,  
 Que las aguas con las aguas  
 Se borran ó se deshacen:

Porque si sueltos dejara  
 Entrambos á dos raudales  
 Pusieran fuego á la tierra  
 Segun al verterlas arden.  
 Y al menos como en tus ondas  
 No han de quedar sus señales,  
 El consuelo de no verlas  
 Hará que menos amarguen.  
 Como á ella, pues, la duplicas  
 Sus contornos celestiales  
 Haz reflejando mi duelo  
 Que yo mismo me acompañe.  
 Engañame con mi sombra  
 Porque yo mismo me engañe  
 Pensando que lloran dos  
 Uno en mí, y otro en mi imagen.  
 Porque tú no sabes, fuente,  
 Cuanto endulzan los pesares  
 Las lágrimas de otro triste  
 Que llora duelos iguales.

Pero ya que no me guardas  
 Por traicion ó por desaire  
 Sobre tus aguas sus formas  
 Porque yo aquí no las halle,  
 Deja que llorando en ellas  
 Que salga al jardin aguarde  
 Por verla pasar de lejos  
 Aunque indiferente pase :  
 Pues he de ser tan humilde  
 Y tan respetuoso amante  
 Que porque no la dé en ojos  
 El disgusto de encontrarme,  
 He de volverme de espaldas  
 Mirando hácia tus cristales.  
 Pero prométeme, fuente,  
 Que si por fortuna sale  
 Cuando yo mire tus ondas  
 Tus ondas me la retraten.

Así á tu blando murmullo  
 Enagenadas las aves  
 A compás del agua trinen  
 Enamorados compases ;  
 Así juguetonas vengan  
 En tu corriente á bañarse  
 Robando al alba matices  
 Que por tus espejos cambien.  
 Y tantas á verte acudan  
 Que cuando el sol se levante  
 Piense que en vez de rocío  
 Las nubes lloraron aves.  
 Así te arrullen las hojas  
 Que tapizan esos árboles,  
 Porque no sientan las flores  
 Que si te adormeces, calles.  
 Así en tí las flores viertan  
 El bálsamo de sus cálices  
 Brotando de hoy á porfía  
 En tus bordes á millares ;

Y así cayendo tus aguas  
 Desde la taza de jaspes  
 A gotas las tornasole  
 El rojo sol de la tierra ;  
 Y partiéndolas en hebras  
 Cuando como espejos salen  
 Las rice, columpie y trencé  
 Suelto y revoltoso el aire. » —

## EL AGUA.

— « Bien pensé, amor, que eras loco,  
 Mas no que tan loco fueses  
 Que buscaras en mis ondas  
 Tus hermosuras rebeldes.  
 Si las hermosas se miran  
 En el cristal de las fuentes,  
 Es porque el perfil se borra  
 Cuando el lindo rostro vuelven.  
 Que si en el cristal quedaran  
 Sus imágenes perennes,  
 Por celos de aquella copia  
 No se asomaran á verse.  
 Vano consuelo es que quieras  
 Ver la tuya en mi corriente  
 Para que viendo tu sombra  
 Con tu sombra te consueles.  
 Porque si tal es el fuego  
 Que tus turbios ojos vierten,  
 Tal hará que hierva el agua  
 Que tu sombra no refleje.

Mas si al jardin como dices  
 Por tu ventura saliere,  
 Que le has de volver la espalda  
 Si te lo persuades, mientes.  
 Que ó por postrarte á sus plantas —  
 O porque mejor te viere  
 Iraste loco tras ella  
 Aunque de verte le pese :  
 Y si te pinto su imagen  
 En mis aguas transparentes,  
 Acaso en tu desvario  
 Tanto por ella te ciegues,  
 Que para abrazarla osado  
 Por mis ondas atropelles,  
 Confundiendo ambos retratos  
 Con barro, algas y peces.

No estrañes que tal te diga,  
 Amor, si oirme te ofende,  
 Que segun lo que deliras  
 No es estraño que tal piense.  
 Y has de saber, pues en premio  
 De mi compasion me ofresco  
 Que sol, aves, hojas, flores,  
 Amoras me requiebren,  
 Que aunque tú no lo mandarás  
 En esto ellas te obedecen :  
 Pues si las aves me trinan  
 Es porque mis aguas beben :

Si los árboles me arrullan  
 Es porque yo les remede;  
 Si las flores me embalsaman  
 Porque mis aguas las rieguen;  
 Y si el sol me tornasola  
 Es porque yo le refleje,  
 Y el aire es tan galán mío  
 Que imposible me parece  
 Que ondular puedan mis hebras  
 Sin que blando me las bese,  
 Y revoltoso jugando  
 Las rice, columpie y trence. » —

### A LA MUERTE DE...

¿Qué te harás sola en el sepulcro lóbrego  
 Sin oír las palabras de un amigo?  
 Si al menos ¡ay! los días que me restan  
 Bajo la húmeda losa  
 Pasara yo contigo!  
 Yo cubriría con mi cuerpo el tuyo  
 Cuando la lluvia fría penetrara  
 La piedra que te oculta de mis ojos,  
 Y el cierzo de la noche  
 Tus sienas no tocara.  
 Y mis manos la yerba arrancarían  
 Que creciera en la tumba abandonada,  
 Y alejaría el fétido gusano  
 Que se arrastrara hambriento  
 Con su sorda pisada.  
 Mas tú ¡alma mía! por tus rubias trenzas  
 Bullir le sentirás y por tu frente  
 Sin poder rechazarle, mientras el hombre  
 Contemplará tu tumba  
 Con ojo indiferente.

Si al fin quedaran las almas  
 Velando el difunto cuerpo  
 En pláticas amorosas  
 Con las almas de otros muertos;  
 Si al fin así descansarás  
 Bajo el pabellón del cielo,  
 Sin que el tumulto del mundo  
 Turbara nunca tu sueño;  
 Si el amor que se hubo en vida  
 Muriera en el cementerio  
 Y no hubiera en otro mundo  
 Memoria del mundo nuestro...!  
 Mas ¡ay! que vendrán los hombres  
 Falsas plegarias mintiendo  
 Todos los años un día  
 A visitar vuestro lecho.

Vendrán con sus oropelos,  
 Sus farsas y devaneos,  
 La vanidad en el alma,  
 La vida en el pensamiento.  
 No á mullir vuestras almohadas,  
 No á daros santos consuelos  
 Derramando en vuestras tumbas  
 Las flores de los recuerdos,  
 No á reconocer su nada  
 En los despojos del tiempo,  
 No á ver lo que sois vosotros  
 Para ver lo que son ellos:  
 Que aunque un espejo es la tumba,  
 Cubrir su cristal supieron  
 Con velos de mármol y oro,  
 Cuyo cortinaje espeso  
 Robando al cristal las luces  
 Impide que á sus reflejos  
 El vidrio fatal les pinte  
 El polvo donde nacieron.  
 No: que vendrán á deciros  
 Que han mentido en otro tiempo  
 Cuando al daros un sepulcro  
 « *Dormid en paz,* » os dijeron.

Mas habrá un cielo por dicha  
 Detrás de ese cielo azul  
 Donde irán, paloma mía,  
 Los que mueren como tú.  
 Allí vivireis tranquilos  
 En alcázares de luz,  
 Con los ángeles que velan  
 Por vuestra santa quietud  
 En pabellones de estrellas  
 Alfombrados de tisú,  
 Libres de ingratos recuerdos  
 De la desdicha comun;  
 Porque al abrirse las puertas  
 Del misterioso atahud  
 Hallan paz, vida y contento  
 Los que mueren como tú.

Que fresca brisa serena  
 Halague tu casta sien,  
 Del bello jardín de Eden  
 ¡O purísima azucena!  
 Duerme pacífica, si,  
 En un lecho de alelí  
 Que te formen para tí  
 Los ángeles del Señor,  
 Y en un porvenir risueño  
 Duerme, duerme, dulce dueño,  
 Y que te vele tu sueño  
 Un espíritu de amor.

Y dé placer á tu oído  
 Susurrando mansamente

De alguna encubierta fuente  
 El misterioso ruido.  
 Y en tus ensueños de paz  
 Te preste grato solaz  
 Con su armonía fugaz  
 Algun lejano laud;  
 Y por tu mente resbale  
 Aérea ilusion que Iguale  
 De blanca luna que sale  
 A la trasparente luz.

Mientras en brazos del destino  
 En las tinieblas que estoy  
 A ciegas buscando voy  
 De tu morada camino.  
 Y pasan las horas mías  
 Como turbias ondas frías,  
 Que sus revoltosos días  
 Sañudo invierno formó:  
 Como barquilla que mece  
 Ruda tormenta que crece,  
 Cual se agosta y desaparece  
 Flor que en la nieve brotó.

---

## LA ORGIA.

---

La sombra nos cobija  
 Con su tapiz de duelo:  
 Cansado ya del cielo  
 El sol se hundió en la mar.  
 El mundo duerme imbécil,  
 Vacilan las estrellas,  
 En torno á las botellas  
 Venid á delirar.

Venid, niñas sedientas  
 De libertad y amores,  
 Que fiestas y licores  
 Dan libertad y amor.  
 Húmedos de esperanza  
 Traed los ojos bellos,  
 Sin trenzas los cabellos,  
 La frente sin rubor.

La vida es una farsa  
 Hipócrita y demente,  
 Y el mundo indiferente  
 Se cansa del placer;  
 El mundo se ha dormido;  
 Romped vuestros papeles,  
 Dejad los oropelos  
 Que vano os prestó ayer.

Dejad de esa comedia  
 El torpe fingimiento,  
 Ahogad el preso aliento  
 Con larga libación.

La sombra, si ese cielo  
 Su luz tiende importuna,  
 Envolverá la luna  
 En tocas de crespon.

¡Oh! lejos de los ojos  
 De la curiosa plebe  
 La copa en que se bebe  
 Nos abre un ancho Eden;  
 El fondo cristalino  
 Las luces multiplica,  
 Y de vapores rica  
 Perfuma nuestra sien.

Los labios defrenados,  
 La lengua desatada,  
 En larga carcajada  
 Prorumpen sin cesar.  
 La lumbre de los ojos  
 Inquieta y licenciosa  
 Los ojos de una hermosa  
 Se afana en reflejar.

Venid á los festines  
 Avaras de placeres,  
 Que el cielo en las mugeres  
 Atesoró el placer.  
 Venid, niñas, sin cuitas  
 Desnudo el albo seno,  
 Porque quiero el veneno  
 De vuestro amor beber.

Quando la inquieta mente  
 Con el vapor vacile  
 Y revoltosa apile  
 Fantasmas de vapor,  
 Vereis como insensata  
 El ánima delira,  
 Y voluptuosa aspira  
 El ámbar del amor.

Entonces en la sombra  
 Las pardas muselinas  
 Visiones peregrinas  
 Flotando mostrarán,  
 Y en cada marco de oro  
 Cerradas les pinturas  
 Diabólicas figuras  
 Al vidrio asomarán.

Entonces cada lámpara  
 Parodiará una hoguera  
 Que miente y reverbera  
 Las lámparas del sol;  
 Y en el balcon la luna  
 Parecerá una estrella  
 Donde arde una centella  
 Del fúljido farol.

Cada sonoro brindis  
 De la animada fiesta  
 Nos finjirá una orquesta  
 De mágica ilusion:  
 Un eco misterioso  
 Sin canto, ni instrumento,

Que irá con el aliento  
A dar al corazón.

De cada ardiente beso  
El líbrico estallido  
Rasgará el sostenido  
Murmulo bacanal;  
Como reló deshecho  
Que sin marcar las horas  
Sacude las sonoras  
Campanas de metal.

El mundo duerme, niñas,  
Bebamos y cantemos,  
Que mas no sacaremos  
Del mundo engañoso;  
Húmedos de esperanza  
Traed los ojos bellos,  
Sin trenzas los cabellos,  
La frente sin rubor.

Venid, y mal prendidos  
Los velos y los chales,  
Prodiguen liberales  
La luz de vuestra tez:  
Los ondulantes rizos  
Flotando por la espalda,  
La mal ceñida falda  
Mintiendo desnudez.

Y las de negros ojos  
Que ostenten su mirada  
Altiva, enamorada,  
Con infernal pasión,  
Y las rubias ostenten  
Sin máscaras de tules  
Las pupilas azules,  
Y rojo el corazón.

La noche se desliza,  
Su llama el sol enciende,  
El día nos sorprende,  
Va el mundo á despertar.  
¡Cantemos y bebamos,  
Que cuando venga el día  
El sueño de la orgía  
Le volverá á apagar!

## EL CANTO DE LOS PIRATAS.

TRADUCCION DE VICTOR HUGO.

Alerte! alerte! voici les pirates  
d'Ochali qui traversent le détroit.  
*Le Capitif d'Ochali.*

Con cien cautivos llevamos  
Fletada nuestra galera,  
Que en una y otra ribera  
Para el haren reclutamos.

¡Al mar! ¡al mar! marineros;  
En Fez entramos mañana.  
Somos ochenta remeros  
Sobre nuestra capitana.

Cabe un convento botamos  
Al agua el ancla tenaz,  
Linda muchacha apresamos  
Dormida en traidora paz:  
Mil fantasmas hechiceros  
Soñaba á la mar cercana.  
Somos ochenta remeros  
Sobre nuestra capitana.

— Forzoso es, niña, callar. —  
Ea, ganemos el viento,  
Esto no es mas que cambiar  
Por un haren un convento.  
Os haremos mahometana  
Y el sultan ha de quereros.  
Somos ochenta remeros  
Sobre nuestra capitana.

Huir desesperada quiso.  
¡Y osais, hijos de Satan...!  
Lloró, suplicó. — Es preciso,  
La contestó el capitán. —  
Sus clamores lastimeros,  
Su resistencia fué vana.  
Somos ochenta remeros  
Sobre nuestra capitana.

En su dolor parecían  
Sus ojos un talisman,  
Mil cequíes bien valian,  
La hemos vendido al sultan.  
Lo debe á mis compañeros  
Ayer monja y hoy sultana.  
Somos ochenta remeros  
Sobre nuestra capitana.

## ORIENTAL.

De la luna á los reflejos  
A lo lejos  
Arabe torre se ve,  
Y el agua del Darro pura  
Bate oscura  
Del muro el lóbrego pié.  
Susurra el olmo sombrío  
Sobre el rio  
Dando al oído solaz,  
Y en los juncos y espadañas  
Y en las cañas  
Susurra el aura fugaz.

Se abre en la arena amarilla  
 De la orilla  
 Vertiendo aroma la flor,  
 Y las plumas de colores  
 En las flores  
 Estremece el ruiseñor.  
 Vierte en gotas cristalinas  
 Peregrinas  
 El rocío su cristal,  
 Y en cada perla de plata  
 Se retrata  
 El alcázar oriental.  
 Descorridas las sombrías  
 Celosias  
 Del calado torreón,  
 Está en la árabe ventana  
 La sultana  
 Murmurando una canción.  
 Y en la atmósfera serena  
 Libre suena  
 La melancólica voz,  
 Y abajo en la yerba verde  
 Al fin la pierde  
 Con la ráfaga veloz.  
 Y al compás de su garganta  
 Raudó canta  
 Contestando el colorín  
 Saltando entre los galanes  
 Tulipanes  
 Del espléndido jardín.  
 Y al rumor del dulce trino  
 Peregrino  
 De arpa, bella, y ruiseñor,  
 Oído prestan atento  
 Agua, viento,  
 Olmo, alcázar, campo y flor.  
 Así la mora decía,  
 Y respondía  
 En la rama el colorín,  
 Y esto el moro la escuchaba  
 Que velaba  
 Receloso en el jardín.  
 « Danme el ánimo de un moro,  
 « Perlas y oro,  
 « Y coronas en la sien;  
 « Dime, flor, á mi ventura  
 « Y hermosura  
 « Lo que falta en el haren!  
 « Danme chales los califas  
 « Y alcatifas,  
 « Y guirnaldas en la sien;  
 « Dime, huerto, á mi ventura  
 « Y hermosura  
 « Lo que falta en el haren!  
 « Danme baños y festines  
 « Y jardines  
 « Que me mienten el Eden,  
 « Dime, río, á mi ventura

« Y hermosura  
 « Lo que falta en el haren!  
 « Trasparentes como espumas  
 « Danme plumas,  
 « Y atan velos á mi sien;  
 « Ruiseñor, di á mi ventura  
 « Y hermosura  
 « Lo que falta en el haren!  
 « Nada al fin que les dé enojos  
 « Ven mis ojos,  
 « Nada que arrugue mi sien;  
 « Dime, luna, á mi ventura  
 « Y hermosura  
 « Lo que falta en el haren! »  
 Llegaba aquí, y una sombra  
 En la alfombra  
 La lámpara dibujó:  
 A su lado en la ventana  
 La sultana  
 Con el sultan se topó.  
 « Tienes torres, dijo el moro,  
 « Perlas y oro  
 « Y guirnaldas en la sien;  
 « Dime, hermosa, á tu ventura  
 « Y hermosura  
 « Lo que falta en el haren.  
 « ¿Qué hay en el huerto sombrío,  
 « Y en el río,  
 « Y en el ave y en la flor,  
 « Que al rayar el claro día  
 « ¡Vida mía!  
 « No te traiga tu señor?  
 « Di, ¿qué falta á tu belleza,  
 « A tu riqueza  
 « O á tu loca voluntad? » —  
 — « Señor, esos ruiseñores  
 « En las flores  
 « Tienen aire y libertad. »

---

### LA PLEGARIA (1).

Hélos al pié de la cruz  
 En oración reverente;  
 La virtud brilla en su frente  
 Como la primera luz  
 Del sol que alumbra en oriente.  
 Niños tal vez desvalidos  
 Que pasan desconocidos,  
 Con la inocencia en el alma,

(1) Publicada en el *No me olvides*, acompañada de una estampa del señor Ortega, para cuyo objeto se escribió.

Como en desiertos perdidos  
Con sus racimos la palma.

Angeles acaso son  
Que el mundo sin conocer  
Llevan en el corazón  
Una sublime oración  
Y las virtudes de ayer.

Sus ojos ven solamente  
A través del blanco velo  
Que cerca el alma inocente,  
Vida en la tierra inclemente,  
Luz y armonía en el cielo.

Ven en el alba colores  
Y en el llano yerba y flores;  
Sombra, del valle en la hondura,  
Y en el aire ruiseñores,  
Y peñascos en la altura.

Para ellos música el viento  
Es, si las alas despliega,  
Si en las secas hojas juega,  
O entre las flores se pliega,  
Con lascivo movimiento.

Y son las flotantes ramas  
Del sol á las rojas llamas,  
Del prado, verdes espumas,  
De aérea serpiente, escamas,  
De águila terrestre, plumas.

Y son los hombres hermanos,  
Y oran por ellos contentos,  
Hasta que los hombres vanos  
Pongan, leones hambrientos,  
En su inocencia las manos.

Sabe ella que es virgen bella,  
Y él un ángel hechicero,  
Porque no dudan él ni ella  
Que *ella* es de virtud estrella,  
Y *él* de inocencia lucero.

Mas ¡ay! que del pedestal  
A la sombra cobijado,  
Acaso un ojo carnal  
Está en la virgen posado  
Con una idea brutal.

Y sobre la tez de rosa  
La lágrima de dolor  
Que ella derrama piadosa,  
El hombre la cree de amor,  
Y llama al ángel — *hermosa!*

Que tal vez pintarse intenta  
Aquella avara pupila  
De torpes formas sedienta,  
Mil perfecciones que aumenta  
En esa virgen tranquila.

Así incompletas y vanas  
Las cosas del mundo son;  
Que á turbar vienen livianas  
Esa angélica oración  
Con imágenes mundanas!

¿Por qué, pintor, ideaste  
Una plegaria tan bella,  
Si la cruz que levantaste  
Luego, pintor, la ultrajaste  
Pintando al hombre tras ella?  
No digas quién la creó!  
Que en ambos culpa no arguya!  
Tú fuiste quien la pintó,  
Mas la malicia no es tuya,  
Que quien la escribe soy yo.

## LA JUVENTUD.

Tengo ojos y no ven,  
Tengo oídos y no escuchan,  
Tengo manos y no tocan,  
Tengo labios y no gustan;  
Y en fin, sin entendimiento,  
Ni albedrío que me acuda,  
Tengo aliento que no alienta  
Y corazón que no pulsa.  
CALDERON. *La vida es sueño.*

Cuando á las puertas del nacer llamamos  
Senda de flores á los piés tenemos;  
Do quier que el rostro en derredor volvamos  
Padres y amigos cariñosos vemos;  
Do quier los brazos débiles tendamos  
Un ósculo inocente merecemos,  
Y así contentos á vivir salimos  
Solo porque ignoramos que vivimos.

Cuando el mundo se ve desde la cuna  
Flores se hallan en él, pero no espinas;  
Se ven en él sus mares y su luna,  
Sus prados y cascadas cristalinas,  
Sin noche el sol, sin rueda la fortuna,  
Poblado de fantasmas peregrinas,  
Tocado, en fin, con el flotante velo  
Del estrellado pabellon del cielo.

La paz de la niñez nos va llevando  
Por senda usada, fácil y tranquila,  
Donde rebelde nuestra edad brotando  
En lechos de oro víctimas apila;  
Donde asombrada se dilata entrando  
De luz avara la infantil pupila,  
Do á manos llenas el placer derrama  
Lo que *vida de amor* el hombre llama.

Cercada de fantasmas halagüeños  
Allí la ardiente juventud habita  
Que dando lindas formas á sus sueños  
El imperio del mundo solicita:  
Como para acabar tantos empeños  
Todo lo hermoso y fuerte necesita,  
Presenta á nuestra mente deslumbrada  
Todo el vano esplendor de su morada.

En tazas de cristales quebradizos  
Nos muestra seductora en sus planteles

Las flores sin olor de sus hechizos,  
El temprano verdor de sus laureles :  
Y en campos de placer resbaladizos  
Sus palacios nos muestra de oropeles,  
Jonde yacen en blandos almohadones  
Impúdicas rameras las pasiones.

Allí están los fantásticos espejos  
Que mienten la ilusion de los amores  
Pintando voluptuosos á lo lejos  
Sombras de amor entre pintadas flores ;  
Y de engañoso sol á los reflejos,  
Dando al turbio cristal ricos colores,  
Nos muestra el mundo fuente de placeres  
Y manantial del mundo las mugeres.

El ánima inocente todavía  
Virtud creyendo el cenagal del vicio  
Se lanza en pos de tan brillante dia  
De la vida en el hondo precipicio,  
Y á par que corre por la errada via  
Comprende de la edad el artificio,  
Que aquel jardin de flores peregrinas  
Era el velo no mas de las espinas.

¡ Juventud ! ¡ fácil balanza !  
¡ Qué presto arrastras vencida  
El peso de la esperanza  
Con el pesar de la vida !  
¡ Qué presto se desvanecen  
Los fantasmas halagüeños  
Que nuestra infancia adormecen  
Con mentirosos ensueños !  
¡ Qué rápida te deslizas  
Entre las horas que hechizas  
Dejándonos tus cenizas  
Donde vamos oro á ver !  
¡ Juventud ! ¡ edad de flores !  
¡ Sombras son ¡ ay ! tus colores,  
Artificio tus primores,  
Amarguras tu placer !

Ojos nos das y no vemos,  
Pensamiento y no pensamos,  
Que es falso cuanto creemos  
Y falso cuanto ideamos.  
Es mentida tu hermosura,  
Es tu fortuna liviana,  
Tus esperanzas locura,  
Tu paz y tu gloria vana.  
Espejo de cien cristales,  
Que mientes lo que no vales,  
Cuyas luces desiguales  
Multiplican la ilusion,  
Tú doras tus arrebuelos  
Con lumbre de mil faroles  
Y llamas osada soles  
A lo que pavesas son.

Soñando á vivir venimos,  
Pero en tu region vacía

Cuantos mas dias vivimos  
Soñamos mas cada dia.  
Te sueña la pasion loca  
Y ambiciona tus laureles ;  
Cuando la razon te toca  
Maldice tus oropeles.  
La pasion juzga en su anhelo  
Que ese cristal es un cielo ;  
La razon le rasga el velo  
Hasta ver tu vanidad,  
Y en vez de tus clavellinas  
Y tus rosas purpurinas,  
Nos muestra al fin tus espinas  
El farol de la verdad.

Espinas son fama y gloria,  
Cuanto bien el hombre alcanza :  
Espinas de la memoria,  
Carcomas de la esperanza.

Espinas son amistades,  
Espinas ¡ ay ! son favores...  
Que espinas son las verdades,  
Y son espinas sin flores.

Si espinas son solamente  
Amistad, gloria y favor,  
¿ Dónde está, suerte inclemente,  
De tanta espina la flor ?

Si espinas tan solo dan  
Lisonjas de juventud,  
Acaso espinas serán  
La nobleza y la virtud.

Y espinas estudio y ciencia,  
Pues dejan sus vanidades  
Demencia nuestra demencia  
Y verdades las verdades.

La fé del ánima espinas,  
Y espina el amor del hombre :  
Mentiras son mas divinas  
Con mas hechicero nombre.

Y si espinas solamente  
Son virtud, ciencia y amor,  
¿ Dónde está, suerte inclemente,  
De tanta espina la flor ?

Edad de sombras pueriles  
Que la verdad desvanece,  
¡ Ni olvidada en tus pensiles  
Una flor tan solo crece !

Pues espinas son sus flores  
Y espinas son tus placeres,  
Entre tan falsos colores  
Una mientes y otra eres.

Si espinas de desconsuelos  
Son horas tan peregrinas,  
¿ Dónde guardaron los cielos  
Flores de tantas espinas ?



## LA AMAPOLA.

—

Flor solitaria y silvestre  
Que á la luz sacas del sol  
Cuatro pendones de púrpura  
Que guarda tosco boton;  
Pues en el campo te quedas  
Y yo del campo me voy,  
Tú con tus hojas de fuego  
Y con mis lágrimas yo;  
Dile al alma de mi alma  
Que voy muriendo de amor :  
Que entre tus hojas la dejo  
Un ósculo y un á Dios.  
Porque tú que habitas triste  
En las soledades, flor,  
Los espinos por abrigo,  
El césped en derredor,  
Por armonías del aire  
La ruda y salvaje voz,  
Sin tallo que se sostenga  
Cuando á la lumbre del sol  
Brotando en agua las nubes  
Se revientan en turbion;  
Tú, flor, que ostentas tan sola  
Tan encendido color  
Que me pareces tostada  
Al calor de un corazón,  
Bien puedes ser mensajera  
De un enamorado á Dios :  
Que tan sola, pobre y débil,  
Tan sin follaje ni olor,  
De pasar en amargura  
Tu existencia de afliccion  
Mas razon no se me alcanza  
Que tu solitario amor.

—

Porque espuesta al rudo viento  
Y á la intemperie olvidada  
Recuerda tu nacimiento  
La soledad y el tormento  
Del ánima enamorada.

Porque insensible á otra idea  
Que al delirio de tu amor,  
El zarzal que te rodea  
Y el vendabal que te orea  
Dan encanto á tu dolor.

Ni sientes del ciervo el ala  
Que te sacude y arruga,  
Ni como el tronco y escala  
Hollando la torpe oruga  
Tu tosca y silvestre gala.

Ni como el áspero espino  
Te rasga el manto de grana,  
Cuando sacude sin tino

Sobre tu pompa liviana  
Su ropaje campesino.  
Y pues sé, triste Amapola,  
Que ese encendido color  
Que el rojo sol tornasola  
No es mas que un barniz de amor  
Y por amor vives sola;  
Pues yo parto por amores  
; Oh flor! muy lejos de aquí,  
Y en ti no he encontrado olores  
Como encontré en otras flores  
Que por los jardines ví;  
En tu cáliz dejo preso  
Un ósculo y un á Dios;  
Si te agobia tanto peso  
Guárdale á mi amor el beso,  
Que para *ella* son los dos.

## LA NOCHE Y LA INSPIRACION.

A MI AMIGO EL ARTISTA

DON JULIAN ROMEA.

I.

La noche sobre el mundo desplomada  
Tendió en él de su sombra el ancho velo,  
Porque su sueño no turbase osada  
La lumbre de las lámparas del cielo.

Pero temiendo acaso que le ahogara  
Con tan espesa red sombra importuna,  
Antes que con pavor se desvelara  
Trepó al cenit la trasparente luna.

A la amarilla luz con que ilumina  
Cobijase la sombra en los rincones;  
Y reflejan su llama peregrina  
Rios, fuentes, pizarras y balcones.

Como en delirio de amoroso ensueño  
De la virgen sonrie el labio amante,  
La tierra desplegó su adusto ceño  
Al fugitivo resplandor errante.

Duerme allá en su palacio el poderoso,  
Duerme el pastor cansado en su cabaña,  
Este tranquilo, el otro receloso  
Soñando avaro la fortuna estraña.

Duerme al pié de sus armas el soldado  
Duerme el mendigo tras de larga vela,  
Mientras por este vela su cuidado,  
Y por aquel el tardo centinela.

Duerme el ave en las ramas guarecida,  
Duerme la fiera en su morada impura,  
Aquella por las ráfagas mecida,  
Esta al rumor del agua que murmura.

Deslizase la brisa temerosa,  
Guardan las nubes la tormenta inerme.  
Todo entre sombras á la par reposa,  
El viento calla, la tormenta duerme.

Tú, dulce amigo, que en la noche umbría  
Al grato són del arpa melodiosa  
Ensayabas cantares algun día  
Bajo el balcon de tu adorada hermosa,

Déjame que hoy en soledad delire,  
Y á delirar contigo me aventure,  
Que en tus brazos un hora en paz respire  
Y del dormido mundo en paz murmure.

Yo soy el que canté fiestas y amores  
En insensatos himnos juveniles,  
Y el arpa tosca coroné de flores  
Al ensayar mis cánticos pueriles.

Yo soy el que soñé gloria y laureles,  
Y con la vida en mi ilusion luchando,  
Orlé el mundo de falsos oropeles  
Allá en mi loca juventud soñando.

Ya desperté : mis fábulas soñadas,  
Mis delirios de amor perdí en el viento,  
Y el viento como ramas desgajadas  
Las apartó del tronco macilento.

Hoy no conservo de la edad primera  
Mas que la voz un poco enronquecida,  
Y el velo de la negra cabellera  
Sobre la frente sin color tendida.

Quédame de mí mismo la esperanza,  
Y el afan de cantar mientras aliente,  
Mientras gravite en la vital balanza  
La vanidad del corazon demente.

Quédame aun altivo y vigoroso  
De noble inspiracion el fuego santo,  
Quédasme tú, poeta generoso,  
Para escuchar mi desmayado canto.

Tú, que vas á las tumbas de los hombres  
A buscar un disfraz y una careta  
Para escuchar con los difuntos nombres  
Tus amargas creencias de poeta.

Tú, que el abrigo de ignoradas leyes  
Con la antifaz de un muerto, en gesto bravo  
Parodias los esclavos y los reyes  
Riéndote del rey y del esclavo.

Tú, que en la farsa del ocioso mundo  
Preparando otra farsa al mundo mismo,  
Le das á devorar su cieno inmundado  
En formas de virtud y de heroismo.

Quédasme tú y la noche silenciosa  
Con su turbio fanal, tocas azules;  
La soledad del bosque religiosa  
Con su manto de pinos y abedules.

I.

Quédame el templo con su acorde coro,  
Sus capillas, sus lámparas y altares,  
Su santa cruz, sus incensarios de oro  
Y sus gigantes góticos pilares.

Quédame el mundo sin la imbécil farsa  
Que en su tablado inmenso se coloca;  
Todo del teatro, en fin, sin la comparsa  
Que bulle en él desordenada y loca.

No mas la contaré sus devaneos;  
Ya se acabó mi cántico mundano,  
Que me cansan sus falsos galanteos  
Y el necio aplauso de su torpe mano.

Ronca la voz y seca la garganta  
Espiró mi cantar, rompi mi lira;  
Solo mi lengua mis caprichos canta,  
Solo esa farsa compasion me inspira.

Puesto que un mundo me finji tan bello  
Cuanto le encuentro descompuesto y loco,  
Hoy por la turba impávido atropello  
Porque le creo á mis delirios poco.

Y hoy á la lumbre de la blanca luna  
Escúchame la inspiracion sublime,  
Que me bulle en el ánima importuna  
Y el perezoso corazon me oprime.

Porque ese cielo azul, y esa ancha sombra  
Que mitiga la luz que el sol enciende  
Como que la noche su palacio alfombra,  
Y esa brisa fugaz que el aura hiende,

Y ese mudo y silencio pavoroso  
Que regala el cansancio del oido,  
Y en pabellon convierte de reposo  
El mundo que á sus pies yace dormido,

Son una inspiracion dulce, tranquila,  
Vaga, armoniosa, en que se aduerme el alma,  
En que el dudoso corazon vacila...  
La que habló Calderon y agitó á Talma.

Esa no la conocen los profanos  
Ni revelarla oso ningun profeta :  
¡O! ven; que mientras duermen los mundanos  
Yo siento en mí la inspiracion inquieta.

Oyela tú, que brota solitaria  
Para tí, en tu pacífico retiro  
Como amorosa y lánguida plegaria,  
Como amistoso y postrimer suspiro.

II.

Pende del cenit la luna,  
Reverberan las estrellas,  
La vida se vierte de ellas  
Porque pensar es vivir.  
Vacila inquieta la mente,  
El pensamiento medita,

B

Ociosa el alma se agita  
Y deliramos sentir.

Cual mana en oculta peña  
Cristalina y mansa fuente,  
Crea imágenes la mente  
Que se ofuscan al brotar.  
Nos presta honda, solitaria,  
Una idea el pensamiento,  
Y sin gozo y sin tormento  
La sentimos resbalar.

Una idea libre, vaga,  
Turbulenta, revoltosa,  
Un fantasma de una cosa  
Que no hemos visto jamás :  
Una fosfórica llama  
Que nos sigue y la seguimos  
Adelante si la huimos,  
Si la buscamos detrás.

Idea que brota informe  
En la languidez del alma,  
Que nace y muere en la calma  
Del placer ó del pesar ;  
Una idea que no estorba  
Para ver lo que se mira,  
Que nada en el alma inspira  
Y en nada deja pensar :

No es muger, demonio, ni ángel,  
No es esperanza ni gloria,  
Pero existe en la memoria  
Sin fuerza y sin voluntad :  
Si el alma padece es triste,  
Y si goza es lisonjera,  
Y si el alma desespera  
La idea es la eternidad.

Esa idea nos agobia,  
Se revuelve y se acrecienta  
De la noche amarillenta  
Al silencioso rumor ;  
Y el susurro de una brisa,  
El murmullo de una fuente  
La mantienen en la mente  
Sin hacérnosla mejor.

Entonces es cuando el hombre  
Piensa sin saber qué piensa,  
Y aborta una idea inmensa  
Sin concebirla tal vez ;  
Entonces es cuando mira  
En la tierra un hondo foso,  
Y un pabellon de reposo  
Del cielo en la brillantez.

La soledad y el silencio  
Exhalan vaga armonía  
Que el oído no oíría,  
Y atenta el alma escuchó.

Una música con formas  
Que al resbalar en la mente  
Nos deja lánguidamente  
La idea de que pasó.

Entonces nuestros sentidos  
En blando sueño deliran,  
Y en torno al ánima giran  
Ilusiones mil á mil.  
El oído oye murmullo,  
El olfato aspira olores,  
Los ojos crean colores  
En delirio tan pueril.

Vemos entonces paisajes  
Con ruinas, templos y fiestas,  
Y oímos coros y orquestas  
Y suspirar y reír ;  
Sentimos ríos que corren,  
Vistas aves que vuelan,  
Manantiales que ríen  
Por entre juncos salir.

Vemos en vasta llanura  
Sotos y villas lejanas,  
Y oímos de sus campanas  
El apagado doblar ;  
Vemos formas misteriosas  
Que sonríen pasajeras,  
Y lumbre de mil hogueras  
Que reflejan en la mar.

Vemos árboles, cascadas,  
Insectos, monstruos y flores  
Que nos dan ricos colores,  
Y movimiento que ver ;  
Vemos un mundo cerrado  
En transparentes encajes,  
Entre flotantes celajes  
Cercano á desaparecer.

Y oímos dentro del pecho  
El uniforme latido  
Del corazón abatido  
Que dentro velando está  
Como un reloj cuya péndola,  
Sorda, monótona y lenta,  
Los pasos del tiempo cuenta,  
Que á hundirse en la nada va.

En este estado sin nombre  
Ni dormimos, ni velamos :  
Vemos lo que no miramos,  
Sentimos lo que no es.  
Y á un movimiento, á un suspiro  
Que olvidados exhalamos,  
Todos nuestros sueños vemos  
Pavesas á nuestros piés.

No es dormir y se despierta,  
No es muerte y se vuelve á vida,

Y allá en la mente escondida  
Se levanta una creación.  
Entonces el pintor pinta,  
El músico escucha y toca,  
Y el poeta halla en su boca  
Palabras de inspiración.

Entonces siente arrobado  
De fuego su pensamiento,  
De fuego el osado aliento,  
De fuego el habla mortal;  
Hay un volcán en su lengua,  
Y un volcán en su mirada,  
Y cruza el mar de la nada  
Con su mirada inmortal.

Entonces Byron escribe,  
Entonces pinta Murillo,  
Y el sol vierte escaso brillo  
Su aborto para alumbrar;  
Entonces Hoffmann delira,  
Y en torno de su ponchera  
Como en torno de una hoguera  
Ve sus fantasmas flotar.

Entonces Calderón llama,  
Y á su vigoroso acento  
Cielo, infierno en un momento  
Parecen delante de él.  
Y paseando allí sus ojos  
Seres buscando inmortales,  
Sus *Autos sacramentales*  
Arroja al mundo en tropel.

Entonces el cuerpo duerme,  
Este alcázar de ceniza  
Que el ánima diviniza  
Por ser cárcel de los dos,  
Mientras ella libre, ufana,  
Hija de celeste prole,  
De su estirpe soberana  
Demanda cuenta á su Dios.

El mundo ansiosa registra  
Sin respetos ni barreras,  
En pos de lindas quimeras  
Con que hacer mundo mejor;  
Y ni templos, ni palacios,  
Ni presentes, ni futuros,  
En la nada están seguros  
De su ímpetu creador.

A su voz dejan los muertos  
Sus encierros funerarios,  
Envolviendo en los sudarios  
Lo que queda de su ser;  
Santos, criminales, niños,  
Esclavos, soldados, reyes,  
Sus caprichos como leyes  
Se aprestan á obedecer.

Entonces la tierra es fango  
Ante su origen divino,  
El universo mezquino  
A su noble inmensidad:  
Dios es el fin de su raza,  
Es la atmósfera su aliento,  
Su alcázar el firmamento,  
Su tiempo la eternidad.

Entonces brota en sonidos  
El fuego febril del alma,  
Lope, Schiller, Maíquez, Talma,  
Atan el mundo á sus pies.  
Y entonces ¡oh actor poeta!  
En tu espíritu altanero,  
Ni el poeta está primero  
Ni el actor está después.

Es el teatro tu imperio,  
Es el pueblo esclavo tuyo,  
Tus derechos el misterio  
De tu osada inspiración,  
Y nosotros, los profanos,  
Asombrados te rendimos  
Sonoro aplauso en las manos,  
Respeto en el corazón.

Y en la altivez de tu orgullo  
Llegan á tí nuestras voces  
Como el escaso murmullo  
Que alza un insecto al volar;  
Y á tu vista somos solo  
Nosotros, un pueblo entero,  
Un revoltoso hormiguero  
Que va tu planta á cegar.

Entonces magnates, reyes,  
Caudillos, conquistadores,  
Privados, emperadores,  
Son allí menos que tú;  
Y ante tus falsos disfraces  
Es tierra, harapos y talco  
Cuanto ostenta altivo palco  
De oro, perlas y tisú.

---

## UN RECUERDO DEL ARLANZA.

---

Río Arlanza, si las fuentes  
Que en Burgos te dan el ser  
No cegaron sus corrientes,  
Y aun en tí van á verter  
Sus cristales transparentes;

Si tus ondas revoltosas  
Entre arenas amarillas  
Se deslizan bulliciosas,

Bañando las mismas rosas  
Sobre las mismas orillas;

En verdad que en una altura  
Hay un pardo torreón  
Que pinta en el agua pura  
Su descarnada figura  
Como estraña aparición.

Acaso tú, río Arlanza,  
No te acuerdes de su nombre,  
Porque á tí no te se alcanza  
Con cuanto afan compra el hombre  
El placer de la esperanza.

Tú cruzas el campo ameno  
Entre flores susurrando,  
Y pasas libre y sereno  
Del triste que queda ajeno  
En la ribera llorando.

Tú, río, que nunca amaste,  
No guardas en la memoria  
Los lugares que dejaste,  
Que no te importa la historia  
De los que una vez pasaste.

No sabes, sonoro río,  
Lo que pesa un pensamiento,  
No sabes como en el mío  
Me atosiga y da tormento  
Ese peñasco sombrío.

Pero ¿qué estraño que ignores  
Su nombre y el de su gente,  
Si sus escombros traidores  
Desplomó sobre la frente  
De sus caídos señores?

Si al tender por ese llano  
Los perfiles de tus olas  
Hallas un cerro cercano  
Envuelto en tapiz liviano  
De silvestres amapolas;

Donde tu corriente clara  
Entre los juncos se pliega  
Y en un remanso se para  
Que de los restos se ampara  
De Celada y de Pampliega;

Allí, Arlanza, has de encontrar  
Una torre en una altura;  
Mírala ¡oh río! al pasar,  
No te avergüence el andar  
Arrastrando por la hondura.

Que sin foso y sin rastrillo  
Verás solo un torreón,  
Solitario y amarillo,  
Que ayer se llamó castillo  
Y hoy *el alto de Muñon*.

Ya son presa del olvido  
Sus blasones y baluartes;  
Mírale, Arlanza, atrevido,  
Sus gentes cuando han huido  
Perdieron sus estandartes.

Mira ¡oh río! en caridad  
Si de ese fantasma al pié  
Una aflijida beldad  
Llorando tal vez se ve  
Su amor y su soledad.

Y si en tu márgen desnuda  
Las resbaladizas ondas  
Contempla llorosa y muda,  
Antes, río, la saluda  
Que por la vega te escondas.

Y no la dejes ¡oh río!  
Por respeto ó por temor  
De su doliente desvío,  
El llanto que vierte es mío,  
Que está llorando de amor.

¡Ay de la blanca azucena  
Que sin lluvia bienhechora  
Se agosta en la seca arena;  
Ay de la niña que llora  
Sobre las aguas su pena!

¡Ay de la angustiada hermosa  
Por cuyos ojos deliro,  
Por cuyos labios de rosa,  
Por cuya risa amorosa  
Enamorado suspiro!

¡Ay de la que piensa en mí  
En la márgen del Arlanza...!  
¿Qué aguardas, hermosa, di,  
Sin consuelo ni esperanza,  
Tan acongojada aquí?

¿Por qué tus alegres horas  
Vertiendo lágrimas pierdes  
Sobre los ondas sonoras,  
Que cruzan murmuradoras  
Por esas campiñas verdes?

Esas aguas que hallan flores  
En la ribera al pasar,  
Por mas que sobre ellas llores  
Nunca tus cuitas de amores  
Sabrán, niña, consolar.

Ni por mas que tu amargura  
En són de queja las cuentas,  
A la falda de esa altura  
Movidas de tu hermosa  
Han de parar sus corrientes.

Porque ajenas de tu afán  
Por el valle resbalando  
Indiferentes irán:

Y nunca mas volverán  
Aunque tú quedas llorando.

Ni pienses que han de venir  
A contarme el desconsuelo  
En que te vieron gemir,  
Que á darnos no alcanza el suelo  
Mas placer que el de morir.

El cielo nos dió pasiones,  
Nos dió luz, vida y calor,  
Pobló el alma de ilusiones,  
Mas negó á los corazones  
El consuelo en el dolor.

Tanta luz, tantos colores,  
Tantas galas y primores,  
Son mentira y oropel,  
Que el mundo alfombra con flores  
Los pantanos que hay en él.

Las flores se desvanecen  
Y corrompidas no aroman,  
Los rios furiosos crecen,  
Y torrentes se desploman  
Sobre el prado que florecen.

Lo que ayer palacio fué  
Hoy vemos informe ruina  
Por mas que el grosero pié  
Mirando su sombra esté  
Sobre el agua cristalina.

De ese adusto monumento  
Que levanta en el espacio  
Su esqueleto ceniciento  
Demándale, niña, al viento  
Si fué cárcel ó palacio.

Demándale al claro rio  
Que baña el valle que habitas,  
Qué hizo ayer el tiempo impío  
Del feudo y del poderío  
De esa peña en que meditas.

Pregúntale qué se hicieron  
Los nobles de esa Castilla,  
Los castillos que vivieron,  
Los planteles que tuvieron  
En su ribera amarilla.

Pregúntale qué misterio  
Encubre esa cruz que riega  
Cual árbol de un cementerio  
Donde tuvo un monasterio  
Para sus reyes Pampliega.

Pregunta si entre las rejas  
De su bizantino muro  
Oyó las amargas quejas  
Del rey que en su templo oscuro  
Lloró virtudes añejas.

Pregunta si oyó decir  
Al monarca en su abandono  
Que un puñal le hizo subir  
Los escalones del trono,  
Y un vaso se le hizo huir.

Para escojer le llamaron  
Entre morir ó reinar;  
Los que ayer le coronaron  
Su vénia no demandaron  
El tósigo á preparar.

¡Triste Wamba! por mancilla  
La púrpura te vistieron  
Esos grandes de Castilla  
Que tu sepulcro tendieron  
A las puertas de esa villa.

¡Rio Arlanza! ¡rio Arlanza,  
Que el florido campo pules  
Derramándote en holganza,  
Tan frágil es mi esperanza  
Como tus ondas azules!

¡Quién pudiera, rio manso,  
Resbalando indiferente  
Hallar como tú descanso  
Cuando apilas tu corriente  
En escondido remanso!

Pues pasas murmurador  
Bordando el campo de flores,  
Arrulla ¡Arlanza! el dolor  
De esa niña sin amores  
Que está llorando de amor.

Dila, Arlanza, que ha mentido  
Quien encontró á mis cantares  
El placer que no he sentido,  
Que en ello gozo he finjido  
Por adormir mis pesares.

Dila que si suelto al viento  
Al compás del arpa loca  
Alegre y báquico acento,  
Es que cierro á mi tormento  
Los caminos de mi boca.

¡Rio Arlanza! ¡rio Arlanza,  
Que el florido campo pules  
Derramándote en holganza,  
Dila que está mi esperanza  
Cabe tus ondas azules!

## BUEN JUEZ MEJOR TESTIGO.

## TRADICION DE TOLEDO.

## I.

Entre pardos nubarrones  
 Pasando la blanca luna  
 Con resplandor fugitivo  
 La baja tierra no alumbrá.  
 La brisa con frescas alas  
 Juguetona no murmura,  
 Y las veletas no giran  
 Entre la cruz y la cúpula.  
 Tal vez un pálido rayo  
 La opaca atmósfera cruza,  
 Y unas en otras las sombras  
 Confundidas se dibujan.  
 Las almenas de las torres  
 Un momento se columbran  
 Como lanzas de soldados  
 Apostados en la altura.  
 Reverberan los cristales  
 La trémula llama turbia,  
 Y un instante entre las rocas  
 Ríela la fuente oculta.  
 Los álamos de la vega  
 Parecen en la espesura  
 De fantasmas apiñados  
 Medrosa y giganté turba;  
 Y alguna vez desprendida  
 Gotea pesada lluvia,  
 Que no despierta á quien duerme,  
 Ni á quien medita importuna.  
 Yace Toledo en el sueño  
 Entre la sombra confusa,  
 Y el Tajo á sus piés pasando  
 Con pardas ondas la arrulla.  
 El monotonó murmullo  
 Sonar perdido se escucha,  
 Cual si por las hondas calles  
 Hirviera del mar la espuma.  
 ¡ Qué dulce es dormir en calma  
 Cuando á lo lejos susurran  
 Los álamos que se mecen,  
 Las aguas que se derrumban!  
 Se sueñan bellos fantasmas  
 Que el sueño del triste endulzan,  
 Y en tanto que sueña el triste,  
 No le aqueja su amargura.

Tan en calma y tan sombría  
 Como la noche que enluta  
 La esquina en que desemboca  
 Una callejuela oculta,  
 Se ve de un hombre que aguarda  
 La vigilante figura,  
 Y tan á la sombra vela  
 Que entre la sombra se ofusca.

Frente por frente á sus ojos  
 Un balcon á poca altura  
 Deja escapar por los vidrios  
 La luz que dentro le alumbrá:  
 Mas ni en el claro aposento,  
 Ni en la callejuela oscura  
 El silencio de la noche  
 Rumor sospechoso turba.  
 Pasó así tan largo tiempo  
 Que pudiera haberse duda  
 De si es hombre, ó solamente  
 Mentida ilusión nocturna;  
 Pero es hombre, y bien se ve,  
 Porque con planta segura  
 Ganando el centro á la calle  
 Resuelto y audaz pregunta  
 ¿ Quién va? — y á corta distancia  
 El igual compás se escucha  
 De un caballo que sacude  
 Las sonoras herraduras.  
 ¿ Quién va? repite, y cercana  
 Otra voz menos robusta  
 Responde: — Un hidalgo: ¡ calle!  
 Y el paso el bruto apresura.  
 — Téngase el hidalgo, — el hombre  
 Replica, y la espada empuña.  
 — Ved mas bien si me hareis calle,  
 (Repusieron con mesura)  
 Que hasta hoy á nadie se tuvo  
 Iban de Vargas y Acuña.  
 — Pase el Acuña y perdone: —  
 Dijo el mozo en faz de fuga,  
 Pues teniéndose el embozo  
 Sopla un silbato, y se oculta.  
 Paró el ginete á una puerta  
 Y con precaución difusa  
 Salió una niña al balcon  
 Que llama interior alumbrá.  
 — ¡ Mi padre! — clamó en voz baja;  
 Y el viejo en la cerradura  
 Metió la llave pidiendo  
 A sus gentes que le acudan.  
 Un negro por ambas bridas  
 Tomó la cabalgadura,  
 Cerróse detrás la puerta  
 Y quedó la calle muda.  
 En esto desde el balcon  
 Como quien tal acostumbra  
 Un mancebo por las rejas  
 De la calle se asegura.  
 Asíó el brazo al que apostado  
 Hizo cara á Iban de Acuña,  
 Y huyeron en embozo  
 Velando la catadura.

## II.

Clara, apacible y serena  
 Pasa la siguiente tarde,

Y el sol tocando su ocaso  
 Apaga su luz gigante:  
 Se ve la imperial Toledo  
 Dorada por los remates  
 Como una ciudad de grana  
 Coronada de cristales.  
 El Tajo por entre rocas  
 Sus anchos cimientos lame  
 Dibujando en las arenas  
 Las ondas con que las bate.  
 Y la ciudad se retrata  
 En las ondas desiguales  
 Como en prendas de que el río  
 Tan afanoso la bañe.  
 A lo lejos en la vega  
 Tiende galan por sus márgenes  
 De sus álamos y huertos  
 El pintoresco ropaje,  
 Y porque su altiva gala  
 Mas á los ojos halague  
 La salpica con escombros  
 De castillos y de alcázares.  
 Un recuerdo es cada piedra  
 Que toda una historia vale,  
 Cada colina un secreto  
 De principes ó galanes.  
 Aquí se bañó la hermosa  
 Por quien dejó un rey culpable  
 Amor, fama, reino y vida,  
 En manos de musulmanes.  
 Allí recibió Galiana  
 A su receloso amante  
 En esa cuesta que entonces  
 Era un plantel de zahares.  
 Allá por aquella torre  
 Que hicieron puerta los árabes  
 Subió el Cid sobre Babieca  
 Con su gente y su estandarte.  
 Mas lejos se ve al castillo  
 De San Servando, ó Cervantes,  
 Donde nada se hizo nunca  
 Y nada al presente se hace.  
 A este lado está la almena  
 Por do sacó vigilante  
 El conde Don Peranzules  
 Al rey, que supo una tarde  
 Finjir tan tenaz modorra,  
 Que político y constante  
 Tuvo siempre el brazo quedo  
 Las palmas al horadarle.  
 Allí está el circo romano,  
 Gran cifra de un pueblo grande,  
 Y aquí la antigua Basilica  
 De bizantinos pilares,  
 Que oyó en el primer concilio  
 Las palabras de los padres,  
 Que velaron por la Iglesia  
 Perseguida ó vacilante.

La sombra en este momento  
 Tiende sus turbios cendales  
 Por todas esas memorias  
 De las pasadas edades,  
 Y del Cambron y Visagra  
 Los caminos desiguales  
 Camino á los toledanos  
 Hacia las murallas abren.  
 Los labradores se acercan  
 Al fuego de sus hogares  
 Cargados con sus aperos,  
 Cansados de sus afanes.  
 Los ricos y sedentarios  
 Se tornan con paso grave  
 Calado el ancho sombrero,  
 Abrochados los gabanes;  
 Y los clérigos y monges  
 Y los prelados y abades  
 Sacudiendo el leve polvo  
 De capelos y sayales.  
 Quédase solo un mancebo  
 De impetuosos ademanes  
 Que se pasea ocultando  
 Entre la capa el semblante.  
 Los que pasan le contemplan  
 Con decision de evitarle,  
 Y él contempla á los que pasan  
 Como si á alguien aguardase.  
 Los tímidos aceleran  
 Los pasos al divisarle  
 Cual temiendo de seguro  
 Que les proponga un combate;  
 Y los valientes le miran  
 Cual si sintieran dejarle  
 Sin que libres sus estoques  
 En riña sonora dancen.  
 Una muger tambien sola  
 Se viene el llano adelante  
 La luz del rostro escondida  
 En tocas y tafetanes.  
 Mas en lo leve del paso,  
 Y en lo flexible del talle,  
 Puede á través de los velos  
 Una hermosa adivinarse.  
 Vase derecha al que aguarda,  
 Y él al encuentro la sale  
 Diciendo... cuanto se dicen  
 En las citas los amantes.  
 Mas ella galanterias  
 Dejando severa aparte  
 Así al mancebo interrumpe  
 En voz decisiva y grave.

« Abreviemos de razones,  
 Diego Martinez; mi padre,  
 Que un hombre ha entrado en su au-  
 Dentro mi aposento sabe: [sancia  
 Y así quien mancha mi honra

Con la saya me la lave;  
O dadme mano de esposo,  
O libre de vos dejadme. » —

Miróla Diego Martínez  
Atentamente un instante,  
Y echando á un lado el embozo  
Repuso palabras tales:  
— « Dentro de un mes, Inés mía,  
Parto á la guerra de Flandes;  
Al año estaré de vuelta  
Y contigo en los altares.  
Honra que yo te desluzca  
Con honra mía se lave,  
Que por honra vuelven honra  
Hidalgos que en honra nacen.  
— Júralo, — exclamó la niña  
— Mas que mi palabra vale  
No te valdrá un juramento. —  
— Diego, la palabra es aire.  
— ¡ Vive Dios que estás tenaz!  
— Dalo por jurado y baste. —  
— No me basta, que olvidar  
Puedes la palabra en Flandes. —  
— ¡ Voto á Dios! ¿ qué mas pretendes? —  
— Que á los piés de aquella imágen  
Lo jures como cristiano  
Del santo CRISTO delante. » —

Vaciló un punto Martínez,  
Mas porfiando que jurase  
Llevóle Inés hácia el templo  
Que en medio la vega yace.  
Enclavado en un madero  
En duro y postrero trance,  
Ceñida la sien de espinas,  
Descolorido el semblante,  
Viase allí un crucifijo  
Teñido de negra sangre  
A quien Toledo devota  
Acude hoy en sus azares.  
Ante sus plantas divinas  
Llegaron ambos amantes,  
Y haciendo Inés que Martínez  
Los sagrados piés tocase,  
Preguntóle:

— Diego, ¿ juras  
A tu vuelta desposarme?  
Contestó el mozo:  
— ¡ Sí juro! —  
Y ambos del templo se salen.

### III.

Pasó un día y otro día,  
Un mes y otro mes pasó,  
Y un año pasado había;  
Mas de Flandes no volvía  
Diego, que á Flandes partió.

Lloraba la bella Inés  
Su vuelta aguardando en vano:  
Oraba un mes y otro mes  
Del crucifijo á los piés  
Do puso el galan su mano.

Todas las tardes venía  
Despues de traspuesto el sol,  
Y á Dios llorando pedía  
La vuelta del español,  
Y el español no volvía.

Y siempre al anochecer  
Sin dueña y sin escudero  
En un manto una muger  
El campo salía á ver  
Al alto del *miradero*.

¡ Ay del triste que consume  
Su existencia en esperar!  
¡ Ay del triste que presume  
Que el duelo con que él se abruma  
Al ausente ha de pesar!

La esperanza es de los cielos  
Precioso y funesto don,  
Pues los amantes desvelos  
Cambian la esperanza en zelos  
Que abrazan el corazón.

Si es cierto lo que se espera  
Es un consuelo en verdad,  
Pero siendo una quimera  
En tan frágil realidad  
Quien espera desespera.

Asi Inés desesperaba  
Sin acabar de esperar,  
Y su tez se marchitaba,  
Y su llanto se secaba  
Para volver á brotar.

En vano á su confesor  
Pidio remedio ó consejo  
Para aliviar su dolor,  
Que mal se cura el amor  
Con las palabras de un viejo.

En vano á Iban acudia  
Llorosa y desconsolada,  
El padre no respondía,  
Que la lengua le tenía  
Su propia deshonra atada.

Y ambos maldicen su estrella  
Callando el padre severo  
Y suspirando la bella,  
Porque nació muger ella,  
Y el viejo nació altanero.

Dos años al fin pasaron  
En esperar y gemir,  
Y las guerras acabaron,

Y los de Flandes tornaron  
A sus tierras á vivir.

Pasó un día y otro día,  
Un mes y otro mes pasó,  
Y el tercer año corria;  
Diego á Flandes se partió,  
Mas de Flandes no volvía.

Era una tarde serena,  
Doraba el sol de occidente  
Del Tajo la vega amena,  
Y apoyada en una almena  
Miraba Inés la corriente.

Iban las tranquilas olas  
Las riberas azotando  
Bajo las murallas solas,  
Musgo, espigas y amapolas  
Ligeramente doblando.

Algun olmo que escondido  
Creció entre la yerba blanda,  
Sobre las aguas tendido  
Se reflejaba perdido  
En su cristalina banda.

Y algun ruiseñor colgado  
Entre su fresca espesura  
Daba al aire embalsamado  
Su cántico regalado  
Desde la enramada oscura.

Y algun pez con cien colores  
Tornasolada la escama  
Saltaba á besar las flores,  
Que exhalen gratos olores  
A las puntas de una rama.

Y allá en el trémulo fondo  
El torreón se dibuja  
Como el contorno redondo  
Del hueco sombrío y hondo  
Que habita nocturna bruja.

Así la niña lloraba  
El rigor de su fortuna,  
Y así la tarde pasaba  
Y al horizonte trepaba  
La consoladora luna.

A lo lejos por el llano  
En confuso remolino  
Vió de hombres tropel lejano  
Que en pardo polvo liviano  
Dejan envuelto el camino.

Bajó Inés del torreón,  
Y llegando recelosa  
A las puertas del Cambrón  
Sintió latir zozobrosa  
Mas inquieto el corazón.

Tan galan como altanero  
Dejó ver la escasa luz  
Por bajo el arco primero  
Un hidalgo caballero  
En un caballo andaluz.

Jubon negro acuchillado,  
Banda azul, lazo en la hombrera,  
Y sin pluma al diestro lado  
El sombrero derribado  
Tocando con la gorguera.

Bombacho gris guarnecido,  
Bota de ante, espuela de oro,  
Hierro al cinto suspendido  
Y á una cadena prendido  
Agudo cuchillo moro.

Vienen tras este ginete  
Sobre potros jerezanos  
De lanceros hasta siete,  
Y en adarga y coselete  
Diez peones castellanos.

Asióse á su estribo Inés  
Gritando : — ¡Diego, eres tú! —  
Y él viéndola de través  
Dijo — ¡Voto á Belcebú,  
Que no me acuerdo quién es!

Dió la triste un alarido  
Tal respuesta al escuchar,  
Y á poco perdió el sentido  
Sin que mas voz ni gemido  
Volviera en tierra á exhalar.

Frunciendo ambas á dos cejas  
Encomendóla á su gente,  
Diciendo : — ¡Malditas viejas  
Que á las mozas malamente  
Enloquecen con consejas! —

Y aplicando el capitán  
A su potro las espuelas  
El rostro á Toledo dan,  
Y á trote cruzando van  
Las oscuras callejuelas.

#### IV.

Así por sus altos fines  
Dispone y permite el cielo  
Que puedan mudar al hombre  
Fortuna, poder y tiempo.  
A Flandes partió Martínez  
De soldado aventurero,  
Y por su suerte y hazañas  
Allí capitán le hicieron.  
Segun alzaba en honores  
Alzábase en pensamientos,  
Y tanto ayudó en la guerra  
Con su valor y altos hechos,

Que el mismo rey á su vuelta  
 Le armó en Madrid caballero,  
 Tomándole á su servicio  
 Por capitán de lanceros.  
 Y otro no fué que Martínez  
 Quien há poco entró en Toledo,  
 Tan orgulloso y ufano  
 Cual salió humilde y pequeño.  
 Ni es otro á quien se dirije  
 Cobrado el conocimiento  
 La amorosa Inés de Vargas,  
 Que vive por él muriendo.  
 Mas él, que olvidando todo  
 Olvidó su nombre mesmo,  
 Puesto que Diego Martínez  
 Es el capitán Don Diego,  
 Ni se ablanda á sus caricias  
 Ni cura de sus lamentos;  
 Diciendo que son locuras  
 De gentes de poco seso,  
 Que ni él prometió casarse  
 Ni pensó jamás en ello.  
 ¡Tanto mudan á los hombres  
 Fortuna, poder y tiempo!  
 En vano porfiaba Inés  
 Con amenazas y ruegos;  
 Cuanto mas ella importuna  
 Está Martínez severo.  
 Abrazada á sus rodillas  
 Enmarañado el cabello  
 La hermosa niña lloraba  
 Prostrada por el suelo.  
 Mas todo empeño es inútil,  
 Porque el capitán don Diego  
 No ha de ser Diego Martínez  
 Como lo era en otro tiempo.  
 Y así llamando á su gente  
 De amor y piedad ageno  
 Mandóles que á Inés llevaran  
 De grado ó de valimiento.  
 Mas ella antes que la asieran  
 Cesando un punto en su duelo,  
 Así habló, el rostro lloroso  
 Hácia Martínez volviendo:  
 — « Contigo se fué mi honra,  
 Conmigo tu juramento;  
 Pues buenas prendas son ambas,  
 En buen fiel las pesaremos. — »

Y la faz descolorida  
 En la mantilla envolviendo  
 A pasos desatentados  
 Salióse del aposento.

## V.

Era entonces de Toledo  
 Por el rey gobernador  
 El justiciero y valiente

Don Pedro Ruiz de Alarcon.  
 Muchos años por su patria  
 El buen viejo peleó;  
 Cercenado tiene un brazo,  
 Mas entero el corazon.  
 La mesa tiene delante,  
 Los jueces en derredor,  
 Los corchetes á la puerta  
 Y en la derecha el baston.  
 Está, como presidente  
 Del tribunal superior,  
 Entre un dosel y una alfombra  
 Reclinado en un sillón  
 Escuchando con paciencia  
 La casi asmática voz  
 Con que un tétrico escribano  
 Solfea una apelacion.  
 Los asistentes bostezan  
 Al murmullo arrullador,  
 Los jueces medio dormidos  
 Hacen pliegues al repon,  
 Los escribanos repasan  
 Sus pergaminos al sol,  
 Los corchetes á una moza  
 Guiñan en un corredor,  
 Y abajo en Zocodover  
 Gritan en discorde són  
 Los que en el mercado venden  
 Lo vendido y el valor.

Una muger en tal punto  
 En faz de grande afliccion,  
 Rojos de llorar los ojos,  
 Ronca de gemir la voz,  
 Suelto el cabello y el manto,  
 Tomó plaza en el salon  
 Diciendo á gritos: — ¡ Justicia  
 Jueces: justicia, señor! —  
 Y á los piés se arroja humilde  
 De Don Pedro de Alarcon,  
 En tanto que los curiosos  
 Se agitan al rededor.  
 Alzóla cortés Don Pedro  
 Calmando la confusion  
 Y el tumultuoso murmullo  
 Que esta escena ocasionó  
 Diciendo:

— Muger, ¿qué quieres? —  
 — Quiero justicia, señor. —  
 ¿De qué? —  
 — De una prenda hurtada. —  
 — ¿Qué prenda? —  
 — Mi corazon. —  
 — ¿Tú le diste? —  
 — Le presté. —  
 — ¿Y no te le han vuelto? —  
 — No. —  
 ¿Tienes testigos? —  
 — Ninguno. —

— ¿Y promesa? —

— Sí, ¡por Dios!

Que al partirse de Toledo

Un juramento empenó. —

— ¿Quién es él? —

— Diego Martínez. —

— ¿Noble? —

— Y capitán, señor.

— Presentadme al capitán,

Que cumplirá si juró. —

Quedó en silencio la sala;

Y á poco en el corredor

Se oyó de botas y espuelas

El acompasado són.

Un portero, levantando

El tapiz, en alta voz,

Dijo : — El capitán Don Diego. —

Y entró luego en el salón

Diego Martínez, los ojos

Llenos de orgullo y furor.

— ¿Sois el capitán Don Diego,

Dijole Don Pedro, vos? —

Contestó altivo y sereno

Diego Martínez :

— Yo soy. —

— ¿Conoceis á esta muchacha?

— Há tres años, salvo error. —

— ¿Hicisteisla juramento

De ser su marido? —

— No. —

— ¿Jurais no haberlo jurado? —

— Sí juro. —

— Pues id con Dios.

— ¡Miente! — clamó Inés llorando

De despecho y de rubor.

— Muger, ¡piensa lo que dices!...

— Digo que miente, juró. —

— ¿Tienes testigos? —

— Ninguno. —

— Capitán, idos con Dios,

Y dispensad que acusado

Dudara de vuestro honor.

Tornó Martínez la espalda

Con brusca satisfacción,

É Inés, que le vió partirse,

Resuelta y firme gritó :

— Llamadle, tengo un testigo.

Llamadle otra vez, señor. —

Volvió el capitán Don Diego,

Sentóse Ruiz de Alarcón,

La multitud aquietóse

Y la de Vargas siguió :

— Tengo un testigo á quien nunca

Faltó verdad ni razón. —

— ¿Quién? —

— Un hombre que de lejos

Nuestras palabras oyó

Mirándonos desde arriba. —

— ¿Estaba en algún balcón? —

— No, que estaba en un suplicio

Donde há tiempo que espiró. —

— ¿Luego es muerto? —

— No, que vive. —

— Estais loca, ¡vive Dios!

¿Quién fué? —

— El Cristo de la Vega,

A cuya faz perjuró. —

Pusiéronse en pié los jueces

Al nombre del Redentor,

Escuchando con asombro

Tan escelsa apelacion.

Reinó un profundo silencio

De sorpresa y de pavor,

Y Diego bajó los ojos

De vergüenza y confusion.

Un instante con los jueces

Don Pedro en secreto habló,

Y levantóse diciendo

Con respetuosa voz :

— « La ley es ley para todos,

Tu testigo es el mejor,

Mas para tales testigos

No hay mas tribunal que Dios.

Haremos... lo que sepamos;

Escribano, al caer el sol

Al Cristo que está en la vega

Tomareis declaracion. »

## VI.

Es una tarde serena

Cuya luz tornasolada

Del purpurino horizonte

Blandamente se derrama.

Plácido aroma las flores

Sus hojas plegando exhalan,

Y el céfiro entre perfumes

Mece las trémulas alas.

Brillan abajo en el valle

Con suave rumor las aguas,

Y las aves en la orilla

Despidiendo al día cantan.

Allá por el *miradero*

Por el Cambrón y Visagra

Confuso tropel de gente

Del Tajo á la vega baja.

Vienen delante Don Pedro

De Alarcón, Iban de Vargas,

Su hija Inés, los escribanos,

Los corchetes y los guardias;

Y detrás monges, hidalgos,

Mozas, chicos y canalla.

Otra turba de curiosos

En la vega les aguarda,

Cada cual comentariando

El caso segun le cuadra.  
 Entre ellos está Martínez  
 En apostura bizarra,  
 Calzadas espuelas de oro,  
 Valona de encaje blanca,  
 Bigote á la borgoñesa,  
 Melena desmelenada,  
 El sombrero guarnecido  
 Con cuatro lazos de plata,  
 Un pié delante del otro,  
 Y el puño en el de la espada.  
 Los plebeyos de reojo  
 Le miran de entre las capas,  
 Los chicos al uniforme  
 Y las mozas á la cara.  
 Llegado el gobernador  
 Y gente que le acompaña  
 Entraron todos al claustro  
 Que iglesia y patio separa.  
 Encendieron ante el Cristo  
 Cuatro cirios y una lámpara,  
 Y de hinojos un momento  
 Le rezaron en voz baja.

Está el Cristo de la Vega  
 La cruz en tierra posada,  
 Los piés alzados del suelo  
 Poco menos de una vara;  
 Hacia la severa imágen  
 Un notario se adelanta,  
 De modo que con el rostro  
 Al pecho santo llegaba.  
 A un lado tiene á Martínez,  
 A otro lado á Inés de Vargas,  
 Detrás al gobernador  
 Con sus jueces y sus guardias.  
 Despues de leer dos veces  
 La acusacion entablada,  
 El notario á Jesucristo

Así demandó en voz alta :  
 — « *Jesus, Hijo de María,*  
 « *Ante nos esta mañana*  
 « *Citado como testigo*  
 « *Por boca de Inés de Vargas,*  
 « *¿ Jurais ser cierto que un dia*  
 « *A vuestras divinas plantas*  
 « *Juró á Inés Diego Martínez*  
 « *Por su muger desposarla?*  
 Asida á un brazo desnudo  
 Una mano atarazada  
 Vino á pesar en los autos  
 La seca y hendida palma,  
 Y allá en los aires — ¡ Sí JURO!  
 Clamó una voz mas que humana.  
 Alzó la turba medrosa  
 La vista á la imágen santa...  
 Los labios tenia abiertos,  
 Y una mano desclavada.

#### CONCLUSION.

Las vanidades del mundo  
 Renunció allí mismo Inés,  
 Y espantado de sí propio  
 Diego Martínez tambien.  
 Los escribanos temblando  
 Dieron de esta escena fé,  
 Firmando como testigos  
 Cuantos hubieron poder.  
 Fundóse un aniversario  
 Y una capilla con él,  
 Y Don Pedro de Alarcon  
 El altar ordenó hacer,  
 Donde hasta el tiempo que corre,  
 Y en cada año una vez,  
 Con la mano desclavada  
 El crucifijo se ve.

## TERCERA PARTE.

### A ROMA.

Aun niño me contaron  
Un *no sé qué* de Césares y reyes,  
De alcázares que alzaron,  
De imperios que asolaron  
Para escribir con sus escombros leyes.

Y yo me imaginaba  
Allá en mi débil pensamiento loco  
Cuando en Roma pensaba,  
Que cuanto grande hallaba  
Para finjirlo en Roma era bien poco.

Palacios imperiales,  
Circos y templos, acueductos, fuentes,  
Trofeos colosales,  
Obeliscos triunfales,  
Termas, jardines, pórticos y puentes,

Perfumes y oro y ruido,  
Y sabios, y vestales, y guerreros  
Soñé desvanecido;  
Y todo confundido  
Como los días de mi edad primeros.

¡Pobre niño ambicioso!  
No conté con las sordas tempestades  
Del tiempo proceloso,  
Que arrebató impetuoso  
Reyes, palacios, gentes y ciudades.

Y ciego y exhalado  
A impulso de mi joven fantasía  
Volé desatentado  
A ver lo atesorado,  
Lo que pensaba yo que no moría.

Tras ese haz de despojos  
Que al ancho Tiber las espaldas doma  
Me prosterné de hinojos,  
Para tornar los ojos  
A sorprender la eternidad de Roma.

Y ahí encontré tendida  
Esa Roma, terror de las naciones,

Desplomada y hundida;  
Ramera embrutecida,  
Hija de lobos, madre de Nerones.

Leona agonizante  
Que rabiosos los tigres dividieron,  
Y á su raza triunfante  
La presa palpitante  
De sus cachorros en venganza dieron.

Púrpura del tirano  
Que dió su vida en prenda de mil muertes,  
Y el esclavo villano  
Con insolente mano  
Echó sobre ella y sobre el trono suertes.

¿Qué se hicieron, señora,  
Tus severos y nobles senadores?  
Tu gente vencedora  
¿En dónde oculta ahora  
El sitio de tus libres dictadores?

¿Dó están los ciudadanos  
Que nacian señores de la tierra,  
Vasallos soberanos  
Cuyas potentes manos  
Daban al universo paz ó guerra?

¿Dó están esas legiones  
Que á su placer la púrpura ofrecían  
Y por altas razones  
A las otras naciones  
Enviaban nuevo rey cuando querían?

¿Dó están esos valientes  
A quien seguían miles de soldados  
A avasallar las gentes,  
Arrastrando insolentes  
Los vintos reyes á su triunfo atados?

¿Dó está, Roma caída,  
Aquella multitud que iba serena  
A tus circos, servida  
Con ver cómo la vida  
Jugaban sus esclavos en la arena?

¡Tú sola te perdiste!  
Tú sola ¡oh Roma! tu grandeza hollaste,

Pues la prez que te diste  
Velarte no supiste,  
Y tu seno con crímenes manchaste!

Porque diste humillada  
A un César un puñal y una corona,  
Su raza entronizada  
En tu cerviz hollada  
Por eso cantos de furor entona.

Por eso en sus salones  
Tus matronas tomó por concubinas,  
Por eso á sus legiones  
Con tan torpes lecciones  
Hizo á Roma poblar de Mesalinas.

Y en su embriaguez y hartura  
Contando como perros sus vasallos,  
Quisiera en su locura  
Esa progeñie impura  
Palacios levantar á sus caballos.

Y por eso de flores  
Coronada la sien iban beodos  
Esos emperadores  
Los crímenes mayores  
A presenciar para saberlos todos.

Por eso ardias, Roma,  
Mientras Neron al resplandor cantaba,  
Y al par que se desploma  
Tu grandeza, el aroma  
Del humo ardiente tu señor gozaba.

Por eso en tus hogueras  
Morian inocentes los cristianos,  
Y tus legiones fieras  
En dobladas hileras  
Apoyaron la ley de tus tiranos.

Por eso del oriente  
Tras el pendon del Redentor divino  
Bravo tropel de gente  
Vino, y clavó en tu frente  
El Lábaro triunfal de Constantino.

Y por eso mas tarde  
Tu hora fatal atentos esperaban  
;Y ansiando que no tarde!  
Los que en vejez cobarde  
Del desierto al lindel te contemplaban.

El desierto dejaron  
Los que tu fértil, opulento y rico  
Imperio devastaron,  
Y en sangre se bañaron  
Las formidables hordas de Alarico.

Del desierto vinieron  
Los hijos de esa raza que aniquilla  
Cuanta pompa en ti vieron,  
Y tus muros se hundieron  
Bajo el caballo del sangriento Atila.

« ¡Sangre! ¡esterminio! ¡fuego!  
« ¡Cebaos ahí en carne de villanos! »  
Gritaba de ira ciego;  
« ¡Que no se encuentre luego  
« Uno con libertad de esos romanos!

« Sangre á beber vinimos;  
« ¡Hartaos de sangre, mis sedientos perros!  
« ¡Do quiera que estuvimos  
« Que muestre que vencimos  
« La marca funeral de nuestros hierros!

« ¡Sangre! ¡esterminio! ¡fuego!  
« ¡Sangre, lebreles! Si sus dioses hallo  
« Y hasta su templo llego,  
« Venid á verlos luego  
« Atados por los piés á mi caballo. »

Y así Atila clamando  
Giró en carrera rápida y violenta  
Sus tigres azuzando,  
La ancha espada mostrando  
Hasta el torcido gavilan sangrienta.

¡Fiesta horrible, espantosa,  
Festín de sangre en tu recinto dieron!  
¡Oh Roma poderosa!  
La sangre generosa  
De tus hijos los bárbaros bebieron.

La compasiva luna  
Requirió los cendales enlutados  
De la sombra oportuna,  
Por no ver tu fortuna  
Hecha presa y botín de sus soldados.

¿Qué te quedó aquel día  
¡Oh Roma! de tu espléndida grandeza?  
¿Quién lloró tu agonía?  
¿Quién como tú gemía  
Sosteniendo en sus brazos tu cabeza?

¡Otra amorosa gente,  
Víctima del furor de tus tiranos,  
Enjugó diligente  
El sudor de tu frente  
Con maternales y dolientes manos!

Otra raza mas pura  
En vez de tus Penates y tus Lares  
Te prestó en tu amargura  
Otro Dios de ventura,  
Otro templo mejor y otros altares.

Mas tú, infame ramera,  
Por el antiguo vicio ya estragada,  
A tu maldad primera  
Volvistes altanera,  
Tal vez sin fuerzas, pero no cansada.

Y tornaron mas fieros  
Con leyes de piedad otros Nerones,

Que lobos carniceros  
Con pieles de corderos  
Volvieron á dar *sangre* á las naciones.

Y tornaron profanas  
A levantarse torpes concubinas  
Tus bellezas livianas,  
Tornaron las romanas  
A aprender el papel de Mesalinas.

Y tornaron ladinos  
En lugar de tus monstruos imperiales  
Otros reyes dañinos  
En faz de peregrinos  
Ornados de capelos y sayales.

¡Tuya es la culpa, ¡oh Roma!  
Tuya es la culpa, y de tu suelo ardiente  
Si te hundió tu carcoma,  
Del rojo sol que asoma  
Por ese azul y voluptuoso oriente!

Culpa es de esos jardines  
Que brotan fuentes y árboles y flores,  
Y toldos de jazmines,  
Que inspiran los festines  
Y el vértigo carnal de los amores.

Ciudad de las ciudades,  
Águila vieja cuya frente hollaron  
Las negras tempestades  
En que tus mil edades  
Sobre tu cana frente reventaron;

— ¡A Dios, con tus señores!  
Y ¡guai! que mientras tú duermes tranquila  
No tornen vencedores  
Los tigres vengadores  
De las legiones del sangriento Atila.

¡Guai! no vuelva azuzando  
Sus tigres en su cólera violenta  
Sin compasión clamando,  
La ancha espada mostrando  
Hasta el torcido gavilán sangrienta :

« ¡Sangre! ¡esterminio! ¡fuego!  
« ¡Sangre, lebreles! — Si sus dioses hallo,  
« Y hasta su templo llego,  
« Venid á verlos luego  
« Atados por los piés á mi caballo. » —

## LA NOCHE INQUIETA.

FANTASÍA.

I.

### LA ÚLTIMA LUZ.

Hay unas horas sin hora  
En que nuestras horas cesan,

Horas que en el alma pesan  
Como inmensa eternidad.  
Unas horas sin oriente,  
Sin occidente y sin nombre,  
En que atosigan al hombre  
La mentira y la verdad.

Horas sin voz, en que quiere  
Escuchar algo el oído,  
Y el aire no tiene ruido  
Que poderle dar á oír :  
En que quiere hablar la lengua  
Y se detiene medrosa,  
Porque teme alguna cosa  
Que la pueda interrumpir.

En que con ojos avaros  
Miramos lo que no vemos,  
En que delirar creemos  
Y deliramos creer :  
Horas en que duerme entero  
Este mundo que habitamos,  
Y nosotros despertamos  
Su descanso á sorprender.

En los pliegues de la sombra,  
Como antípodas del día,  
Estas horas de agonía  
Caminando amargas van :  
El tiempo abortó esas horas  
Para el alma que medita :  
Que el cuerpo no necesita  
Horas de tan noble afán.

Pasan sobre el grato sueño  
Del labrador fatigado,  
Sobre el sueño descuidado  
Del indolente señor :  
Sobre el del tranquilo esposo,  
Y el del necio indiferente,  
Y el de la hermosa inocente  
Que sueña el primer amor.

Pasan sobre la sonrisa  
De la madre cariñosa,  
Que amante, madre y esposa  
En un amor goza tres :  
Pasan respetando el sueño  
Del olvidado mendigo,  
Que al dar á la sien abrigo  
Deja desnudos los piés.

Y buscan el sueño inquieto  
De algún pensador profundo,  
Que aguarda más ancho mundo  
De este otro mundo detrás :  
Buscan al hombre que piensa,  
Y que al pensar que es eterno

Cambiara por un infierno  
El posible de ser mas.

Al asentarse en su lecho  
A sus párpados llamando,  
El ánimo despertando  
Por el párpado miró.  
Presentósele la sombra  
Como imagen de la nada  
A la roja llamarada  
Que la lámpara brotó.

Escucha, y oye silencio,  
Mira, y los ojos ven sombra,  
Habla, y el eco le asombra  
Sin responder á su voz :  
Solo aprende que es de noche,  
Que su mente inquieta vaga,  
Que su lámpara se apaga  
Y que el sueño huyó precoz.

Entonces lucha afanado  
El cuerpo con la costumbre,  
El ojo busca la lumbre,  
Busca el oído rumor ;  
Y el alma sin luz ni ruido  
Que su pensamiento estorbe,  
Vuela libre por el orbe  
En pos de mundo mejor.

Pero estando condenada  
A la cárcel de la tierra :  
Vuelve al cuerpo que la encierra  
Para meditar en él.  
Entonces sujeta al cuerpo,  
Mas que en las rocas se estrella,  
Para sentir como aquella  
Sentidos le presta aquel.

Débil como el cuerpo entonces,  
Por ojos de carne mira,  
Y ve lo que ver delira  
Por aquel turbio cristal.  
Ve que lámpara seca.  
La luz postrera derrama,  
Y ve en la convulsa llama  
Un no sé qué de infernal.

Aquellas ráfagas tibias,  
Llamaradas de un momento  
Que alumbran el aposento  
Para ofuscarle otra vez :  
Que confundiendo las formas,  
Dando espacio á los objetos,  
Pintan manchas y esqueletos  
Que cruzan por la pared.

Aquella lumbre oscilante  
Que en torno al pábilo flota,  
Aérea, vibrante, rota,

De indefinible color,  
Dibuja en los pardos vidrios  
Y en las blancas muselinas  
Creaciones peregrinas  
Que nos llenan de terror.

Asoma rostros deformes  
De diabólicos contornos,  
Que en colgaduras y adornos  
Nos parece ver girar ;  
Ya son gigantes monstruosos  
Que desaparecen livianos,  
Ya ridiculos enanos  
Que se juntan á danzar.

Ya son pájaros flotantes,  
Ya son repugnantes viejas,  
Ya son fantasmas distantes,  
Negras visiones *sin luz* ;  
Ya son vivientes que pasan,  
Ya son antorchas que cruzan,  
Cuyo fulgor desmenuzan  
Líneas hendidas en cruz.

Ya charolado vacío  
De estrellas rojas orlado,  
U hondo hueco iluminado  
Por agonizante hachón :  
Ya pardos grupos de sombra,  
Ya misteriosos paisajes,  
Ya pabellones de encajes  
O tapices de crespon.

La llama trémula en tanto  
De un momento á otro momento  
Su resplandor ceniciento  
Amaga inquieta matar :  
Flota en el aire exhalada  
Del pábilo desprendida,  
Y torna al pábilo asida  
Segunda vez á brotar.

O lame blanda los bordes  
Del vaso que la contiene,  
Y á reconcentrarse viene  
En el pábilo otra vez :  
Y moribunda vacila,  
Como vibra y pestañea  
Mal herido en la pupila  
Un ojo con rapidez.

Acaso un insecto imbécil,  
De nuestro pavor objeto,  
Viene á revolotar inquieto  
De la llama en derredor :  
Y en su fantástico vuelo  
Cruzando la luz, parece  
Que aumenta en formas y crece  
Como ensueño aterrador.

Se desvanece un momento,  
Luego flotante aparece,  
Y con la llama se mece  
Cual si la hiciera vivir;  
Mil veces la hiende y cruza,  
Cual si un espíritu fuera  
Que danzara en una hoguera  
Donde alguno ha de morir.

Se le ve sobre la llama  
Volar errante zumbando,  
O bien las alas plegando  
La opaca lumbre beber.  
Se le ve en el vidrio hueco,  
Sobre sus piés transparentes,  
Sus pasos indiferentes  
De uno á otro lado mover.

Y si del fuego aturdido  
La claridad evitando  
Y su vuelo acelerando  
Se le ve cerca pasar,  
El rostro se hunde en las ropas,  
Y mientras el miedo pasa,  
La luz que ilumina escasa  
Se acaba al fin de apagar.

## II.

## EL SILENCIO Y LA OSCURIDAD.

Quando tras vela afanosa  
Fatigados nos dormimos,  
Soñamos con lo que vimos  
O lo que creímos ver.  
Así en tropel misterioso  
Se agitan confusamente  
Los delirios que la mente  
Despreció velando ayer.

Por huir de ella tan solo  
En ella se cobijaron,  
Y dentro de ella aguardaron  
De revelarse ocasion;  
Que esos fantásticos sueños  
Que turban nuestro reposo  
Del ánimo religioso  
Secretos abortos son.

Porque el que cree y el que duda  
Por descuidado que viva,  
En algo el creer estriba  
Y en algo estriba el dudar;  
Y alguna vez engañado  
Por los que creyó evidencias,  
En sus dudas y creencias  
Ha por fin de vacilar.

El ruido y el movimiento,  
La voz y la compañía

I.

Que nos da la luz del día  
Impiden pensar tal vez:  
Y entonces creencias, dudas,  
Dentro del ánimo callan,  
Y en él guarecidas hallan  
Asilo en su timidez.

Por eso en orgía insensata  
El disoluto mancebo  
Dice: — « En el licor que bebo  
Ahogo cuanto creí. » —  
Por eso en placer sumido  
Dice el embriagado amante:  
— « Yo no creo en este instante  
¡Vida mía! mas que en tí. » —

Por eso ante sus monedas  
El jugador avariento  
Dice con audaz acento:  
— « Creo en el oro y no mas. » —  
Y por eso el pendenciero  
Que el triunfo lidiando alcanza  
Dice osado á su venganza:  
— « Honra, satisfecha estás. » —

Pero si en la noche umbria  
Tras sueño inquieto despierta,  
Cada sentido una puerta  
A sus creencias le da;  
Y duda, y teme, y vacila,  
Y azorado el hondo pecho,  
En derredor de su lecho  
Fantasmas fingiendo está.

Su lámpara, ya apagada  
Al matar la última lumbre,  
Dejó sombra en la techumbre,  
Dejó sombra en la pared;  
Cerrado dentro la alcoba  
El aire falto de ruido  
Escucha en vano el oído  
La voz de la lobreguez.

En vano miran los ojos  
La sombra descolorida;  
Con una ilusión mentida  
Vienen á tocar al fin;  
Do quier que avaros se tornan  
Ven una masa uniforme,  
Una sombra espesa, enorme,  
Que no se ciñe á confin.

La mente duda medrosa,  
Los sentidos se adormecen,  
Y embriagados se adormecen  
Con cada nueva ilusión:  
Todo en la mente se agita,  
Todo en la mente se embota,  
Todo en torno nuestro flota  
En callada confusión.

6

Y á tanto mirar los ojos,  
A tanto oír los oídos,  
Fatigados, aturridos,  
Rumor oyen, sombras ven;  
El ánimo se amedrenta,  
Y brotan los pensamientos  
Medrosos y antiguos cuentos  
Que la atosigan también.

Entonces es cuando el eco  
De un cabello que tropieza  
Nos retumba en la cabeza  
Con chasquido colosal;  
Entonces semeja el roce  
De la ropa mal plegada  
La voz seca y prolongada  
De rápido vendabal.

Entonces es cuando el ruido  
De nuestro azorado aliento  
Nos parece el sordo acento,  
La lejana confusión  
De las invisibles alas  
De aves mil desconocidas,  
Que van cruzando pérdidas  
Los aires en rebelión.

Y escuchamos á lo lejos  
Huellas de piés recelosos  
Y vagidos vaporosos  
Que se apagan al nacer,  
Y crujen en las vidrieras  
Confusos sacudimientos,  
Y ahullidos, gritos y acentos  
De rabia, espanto y placer.

Entonces fingen los ojos  
A compás de estos rumores  
Mil fantásticos colores,  
Sombras y delirios mil;  
Bultos que ruedan informes,  
Círculos de luces bellas,  
Vagas y raudas centellas  
Del miedo aborto febril.

Y fantasmas que en tumulto  
Pasan, corren, flotan, vuelan,  
Y se apagan y rielan  
Sin tener luz ni color;  
Y parece que cruzando  
Por las tinieblas oscuras,  
Arrastran sus vestiduras  
Con repugnante rumor.

Caprichos, menos que nada,  
De esencia desconocida,  
Delirios sin voz, sin vida,  
Nada pueden, nada son;  
Mas sin cuerpos ni colores,  
Tienen cuerpos y semblantes

Que los ojos delirantes  
Les prestan en su ilusión

Les presta voz el oído,  
Y movimientos la mente,  
Y vienen confusamente  
Mente y oído á acosar,  
Y mente y ojos y oídos  
Con tan fantástico empeño  
Alejan el blando sueño  
Y empiezan á delirar.

Llenan entonces el aire  
Peregrinas ilusiones  
Y frágiles creaciones  
De la duda y de la fé,  
Donde entre iguales contornos  
Una en otra confundida  
La miseria de la vida  
Y la religión se ve.

Allí entre un miedo mundano  
Y entre una creencia errada  
Va una idea de la nada  
O una olvidada verdad;  
Y en tan cumplidas tinieblas,  
En silencio tan completo  
Se trasparenta un objeto  
Inmenso... la eternidad.

¿Quién no cree y quién no duda  
Cuando á solas en su lecho  
En el reló de su pecho  
Sus horas contando está?  
¿Quién no cree y no duda entonces  
En el silencio y la sombra?  
¿Quién pensando no se asombra  
Lo que existe *mas allá*?

Porque esos seres aéreos  
Que en redor nuestro sentimos,  
El rumor que percibimos  
En torno nuestro bullir,  
Aquel extraño delirio  
En que creemos dudando  
Que hay quien nos está mirando  
Sin podérselo impedir;

Ese rumor misterioso  
Que con la sombra murmura,  
Esa luz leve, insegura,  
Que radia la oscuridad;  
Ese temor sin objeto  
Que la sombra nos infunde  
Y en la mente nos confunde  
La mentira y la verdad;

Ese insectillo nocturno  
Que nos asalta y aterra,  
Que con nosotros se cierra  
Inoportuno á combatir,

Que en monótona algazara,  
En ronco y sonoro ruido  
Acosa nuestro descuido  
Sin dejar de ir y venir;

Ese insecto á quien juzgamos  
En nuestra aflicción medrosa  
Un sér, un soplo, una cosa  
Que nos dice *no sé qué*;  
Un *no sé qué* misterioso  
Que nos traspasa de miedo,  
Que de un labio revoltoso  
Se derrama y no se ve;

Y aquel afanoso empeño  
Con que dormir procuramos  
Y con quien tanto porfilamos  
Que hace inútil nuestro afán,  
Son voces de nuestra nada  
Que soñando comprendemos,  
Y que á gritos — si creemos —  
Preguntándonos están.

Por eso si en orgía inmunda  
El disoluto mancebo  
Dice: — « En el licor que bebo  
Ahogo cuanto creí; » —  
Por eso si en sus placeres  
Dice el insensato amante:  
— « Yo no creo en este instante  
¡Vida mía! mas que en ti; » —

Por eso si ante su oro  
El jugador avariento  
Dice con seguro acento:  
— « Creo en el oro y no mas; » —  
Por eso si el pendenciero  
Que el triunfo lidiando alcanza  
Dice altivo á su venganza:  
— « Honra, satisfacción estás. » —

En la sombra de la noche  
Con su corazón á solas  
Luchan con las turbias olas  
De la duda y el temor;  
El uno por sus festines,  
El otro por su dinero,  
Por su honor el pendenciero,  
Y el amante por su amor.

Porque ese fugaz murmullo,  
Ese crepúsculo vago,  
Son el reflejo, el amago  
Del final de nuestro sér;  
Y dudar en el silencio,  
Temer en la sombra oscura,  
No es ni duda ni pavora,  
Es conocerse y creer.

—  
Que la sombra y el silencio  
Reflejan la eternidad

Como la luz de los cielos  
Reverbera en un cristal,  
Y recordando su polvo  
A la flaca humanidad,  
Son clamor de nuestra nada  
Que diciéndonos está

« Creed, ó velad. »

Que el no atreverse á creer  
Es decidirse á dudar,  
Y dudar es tener miedo  
De creer una verdad;  
Dudar es estar en vela,  
Crear es tranquilo estar,  
Y es fuerza por duda ó miedo,  
Puesto que tan juntos van,  
Crear, ó velar.

Pues no es mas el corazón  
Que un indestructible altar  
De donde nuestras creencias  
No se separan jamás;  
Y el jugador y el valiente,  
Y el disoluto galán,  
Tienen allá en la alta noche  
Un momento sin solaz  
En que sus vagos temores  
Y su inquietud y su afán  
Les están diciendo á voces  
En la muda oscuridad:  
« Creed, ó velad. »

Que ese rumor del silencio,  
Y esa ráfaga fugaz  
Que deliramos que alumbraba  
La callada oscuridad,  
Y ese temor sin objeto,  
Y ese insecto pertinaz  
Que zumba, y silba, y se agita,  
Sube y baja, y viene y va,  
Y ese empeño, esa porfía  
Con que en nuestro torpe afán  
Procuramos el descanso,  
¡Vive Dios! que no son mas  
Que el miedo á nosotros mismos  
Que nos impone tenaz  
Crear, ó velar.

Es la sombra incomprensible  
De ese oculto *mas allá*  
Tras de cuyo pensamiento  
No alcanzamos á ver mas  
Que lo que envuelve la noche,  
*Silencio y oscuridad.*

### III.

#### EL AMANECER.

Y al fin de tanto temer,  
Tanto soñar sin dormir,

Y tanto afán,  
El alba esperando ver  
Cerrándose sin sentir  
Los ojos van.

Al menor ruido que oímos  
Vuelven á abrirse otra vez  
Lentamente,  
Mas apenas los abrimos  
Tornan á su lobreguez  
Muellemente.

Y todavía creemos  
Que sentimos y miramos  
Desvelados,  
Y lo que oímos y vemos  
Es solo lo que soñamos  
Fatigados.

Todavía en la cabeza  
Se agitan los pensamientos  
Confundidos,  
Y con lánguida pereza  
Dejamos sus movimientos  
Vagar perdidos.

Y las nocturnas visiones  
Que nuestro capricho loco  
Nos fingía,  
Sus medrosas ilusiones  
Desvanecen poco á poco  
Con el día.

Una luz tibia, insegura,  
El quicio de alguna reja  
Iluminando,  
Sobre la pared oscura  
La luz que fuera refleja  
Va pintando.

Y en el rayo fugitivo  
Que se pierde en el flotante  
Polvo leve,  
Aquel insectillo esquivo  
Cruzando á su torno errante  
La luz le bebe.

Y pasa, y se mece, y gira,  
Sube, y baja, y huye, y viene  
Sin recelo,  
Y se pierde, y se retira,  
Y sobre la luz se tiene  
En ronco vuelo.

De alguna torre cercana  
El esquilon nos despierta  
Un momento,  
Y en una ilusión liviana  
Concibe la luz incierta  
El pensamiento.

Y el rayo del sol naciente  
Y el insecto pertinaz  
Que bulle en torno.

Pasan un punto en la mente  
Como una sombra fugaz  
Sin contorno.

Y en la duda vacilando  
Si velamos ó dormimos,  
Nos parece  
Que el sueño á que nos rendimos  
Nos va la luz apagando  
Que amanece.

Y pasando del dudar  
Al descanso del dormir  
Olvidamos  
Lo que nos vino á turbar,  
Y lo que pudo existir  
O soñamos.

Y al despertar otro día  
Ya no guardamos memoria  
Ni recelo  
De la inquietud y agonía,  
De la fantástica historia  
De aquel desvelo.

Porque así pasan sombrías  
Las horas de nuestros días  
Revoltosos,  
Las noches de dudas llenas,  
Los días llenos de penas  
Y azarosos.

Las noches creyendo ver  
Lo que habemos de creer  
Y dudamos;  
Y los días sin pensar  
En lo que hemos de soñar  
Cuando durmamos.

¡Oh! verted blando beleño,  
Tardas noches, en mi sueño  
Al resbalar,  
Y tras sueño inquieto y largo  
No tenga un recuerdo amargo  
Al despertar.

---

### SOLEDAD DEL CAMPO.

— *Ingeniero*

¡Salve! fértil campiña y prado ameno,  
Crespo collado, y valle, y soto umbrío,  
Donde de cuitas é inquietud ajeno  
Libre vagaba el pensamiento mio.

¡Salve! y las leves auras te murmuren,  
Y el sol te dé riquísimos colores,  
Y abundosas las lluvias te aseguren  
Tu cosecha de espigas y de flores.

¿Quién me diera ¡ay de mí! tu sombra os-  
Donde tornara al que perdi reposo? cura  
¿Quién me tornara ¡oh soto! á la frescura  
De tu arbolado suelo tan frondoso?

¿Quién me diera el pacífico murmullo  
De tus olmos mecidos mansamente,  
De tus palomas el sentido arrullo,  
Y el grato són de tu escondida fuente?

Quando en tu blanda yerba recostado  
Lejos de los impúdicos festines  
En apacible trino regalado  
Me adormían los sueltos colorines.

Y yo les vía en las latientes plumas  
Sostenerse y picar la espesa grama,  
Y turbar del remanso las espumas,  
Y en el árbol saltar de rama en rama.

¡Ay cuánto habrán los afanosos días  
Hollado tanta gala y donosura!  
¿Cuántas tormentas al pasar bravías  
Habrán roto tan frágil hermosura!

¿Cuán mal sonara ya mi voz mundana  
Bajo ese techo de hojas campesino,  
Sobre esa alfombra espléndida y liviana  
Que reverdece arroyo cristalino!

¡Ah! ¡lejos ya de mí tan torpe empeño!  
Apararé el compás del arpa loca,  
Y de tus aves el sabroso sueño  
No turbarán los himnos de mi boca.

¡Contento quedaré con saludarte,  
Con ver de lejos tu silvestre pompa...!  
Tal vez ¡oh fresco soto! al contemplarte  
En lágrimas de amor cansado rompa.

Que nada son los fáciles laureles  
Con que el mundo nos brinda lisonjero  
Si al prestarnos su manto de oropes  
Rasga y desnuda el corazón primero.

Quando seguí desalentado y loco  
Del mundano placer las torpes huellas  
Aprendí que el placer vale bien poco...  
Siempre al pisarlas resbalaba en ellas.

Y siempre cuando en órgia estrepitosa  
La perfumada copa levantaba  
Al apartarla de la faz jugosa  
En el vaso una lágrima encontraba.

Y siempre el són de la caliente fiesta,  
Las canciones, la báquica armonía  
Me hacía apetecer la blanda siesta,  
Y el rumor de los olmos me traía.

Y siempre en su cantar la cortesana,  
Y siempre en su tañer la danza impura  
Me acordaba la música villana  
Con que la amena soledad murmura.

Que allí la hermosa con mentidas flores  
La sien tocaba y el desnudo cuello,  
Sin pedir á sus cálices olores  
Con que aromar las hebras del cabello.

Que allí los ruseñores suspendidos  
Entre grillos y cárceles de oro  
Con el ronco tumulto ensordecidos  
No soltaban el cántico sonoro.

Y el aire que aspirábamos pesado  
Nos abrazaba al aspirarle el pecho,  
Y el inmenso salón entapizado  
Érale al corazón pobre y estrecho.

Y allí también cansado suspiraba  
¡Oh deleitable soledad campestre!  
Por el sosiego y paz que en tí gozaba  
Bajo tu tosco pabellón silvestre.

¡Oh que me place, soledad sabrosa,  
Del fresco soto y del sombrío ameno  
La tibia luz y el aura bulliciosa  
Que alumbraba y riza tu enramado seno!

Allí miraba mi infantil pupila  
En el fondo de lóbrega laguna  
Cuál resbalaba en ilusión tranquila  
La turbia imagen de la blanca luna.

Allí crecían las sonantes cañas,  
La verde juncia, y la amistosa yedra  
Do tejen campesinas las arañas  
Su estrecha red entre horadada piedra.

Allí venía el silbador mosquito,  
Y en tanto que en los hilos se enredaba  
Acechábale oculta de hito en hito  
La cazadora ruin que le esperaba.

Allí vía constante en su fatiga  
Ir y venir por la vereda usada  
A lentos pasos la afanosa hormiga  
Con la futura provision cargada.

Y allí en la rama que la noche fría  
Con niebla moja, y con el aura enjuga,  
Yo al sol del alba columpiarse vía  
En baba frágil la vellosa oruga.

Y allí también, sin fueros de jardines,  
Vía huertos con parras entoldados  
Do había pabellones de jazmines  
De las paredes ásperas colgados.

Y allí brotaban escondidas violas  
Lirios azules, rosas purpúreas,  
Jacintos y sangrientas amapolas,  
Madreselva y fragantes clavellinas.

Y sus líquidas trenzas derramando  
Cruzábale un arroyo, y amarillas  
El césped de la margen salpicando  
Le orlaban mil vistosas florecillas.

Y allí andaba la suelta mariposa  
Libre de flor en flor volando ufana,  
Su librea ostentando revoltosa  
De oro y de azul, de púrpura y de grana.

Ya posaba en los altos mirabeles,  
Ya esquivaba al pasar las otras flores  
Avergonzando lirios y claveles  
Sus puros y magníficos colores.

Y arrastrando su alcázar en la espalda  
El perezoso caracol salía  
Del fresco sulco á la pintada falda  
A bañarse en el sol de medio día.

Y sobre alguna fácil eminencia  
Estendiendo su cuerpo trasparente  
Tornaba á bendeir la Omnipotencia  
Los elásticos ojos al oriente.

Y allí zumbando la oficiosa abeja  
Entre los frutos del jardín opimos  
La blanca miel que en sus panales deja  
Chupaba en los espléndidos racimos.

¡Oh silencio! ¡oh pacífica ventura!  
¡Oh soledad del campo deleitosa!  
En tí de la inquietud de su locura  
El fatigado corazón reposa.

¿Quién me tornara á la enramada umbría  
Donde ecos tuvo mi cantar primero?  
¡Acaso alegre el arpa sonaría  
Al blando són del céfiro ligero!

Mas ¡ay! que acaso en apartados climas  
Por la importuna suerte arrebatado  
He de cantar en lamentosas rimas  
La pátria soledad que habré dejado.

¡A Dios! entonces, venturoso suelo  
Donde libre nací, pero desnudo,  
Cúbrate en paz el compasivo cielo  
En tanto que de lejos te saludo.

¡Salve! fértil colina y prado ameno,  
Crespo collado, y valle, y soto umbrío,  
Donde de cuitas é inquietud ajeno  
Libre vagaba el pensamiento mio.

¡Salve! y las leves auras te murmuren,  
Y el sol te dé riquísimos colores,  
Y abundosa las lluvias te aseguren  
Tu cosecha de espigas y de flores.

---

SONETO.

---

Con el hirviente resoplido moja  
El ronco toro la tostada arena,

La vista en el ginete alta y serena  
Ancho espacio buscando al asta roja.

Su arranque audaz á recibir se arroja  
Pálida de valor la faz morena,  
É hincha en la frente la robusta vena  
El picador, á quien el tiempo enoja.

Duda la fiera, el español la llama :  
Sacude el toro la enastada frente,  
La tierra escarba, sopla y desparrama ;

Le obliga el hombre, parte de repente,  
Y herido en la cerviz, húyete y brama,  
Y en grito universal rompe la gente.

---

A BLANCA.

---

¡Oh! que me place, Blanca,  
Cerca de mí tenerte  
Cuando la noche turban  
Nuestros brindis alegres.

Quando la luz se quiebra  
Trémula y trasparente  
De las colmadas copas  
En los cristales ténues.

Quando los ojos húmedos  
De luz avaros hierven,  
Y en cada luz sin tino  
Vacilan y se hieren.

¡Si vieras cómo brillan  
Debajo de tu frente  
Tus ojos de azabache,  
Y hogueras me parecen!

¡Oh! que me place, Blanca!  
Bebe, alma mía, bebe,  
Y el mundo que murmure,  
Que el mundo es un imbécil.

Caiga el cabello en rizos  
Por los hombros de nieve  
Cual pabellon que guarda  
Del rocío las sienas.

El cuello sin cendales  
El aura mansa orée,  
Y el calor de tu seno  
Vagando en torno temple.

Y los torneados dedos  
Entre las copas jueguen  
Como niños sin juicio  
Ni dueña que les vele.

Los entreabiertos labios  
La roja lengua muestren  
Formando las palabras  
Con el vino á traspieses.

Y la impetuosa risa  
Brotando de repente  
La blanca dentadura  
Y la honda voz enseñe.

Y en desigual latido  
Veré cómo turgente  
El agitado pecho  
Convulso se estremece.

¡Qué hermosa estás, mi Blanca!  
Bebe, alma mia, bebe,  
Y el mundo que murmure,  
Que el mundo es un imbécil.

Dicen que hay una tierra  
Do habitan unas gentes  
Con lanzas en las manos  
Y cascos en la frente.

Que sin solaz ni tregua  
Se acechan y acometen,  
Velando atentos unos  
Mientras los otros duermen.

Que guardan las ciudades  
Con torres y con puentes,  
Y que cuando unos mandan  
Los otros obedecen.

¡Locuras, Blanca mia,  
Estar lidiando siempre  
Porque los unos salgan  
O que los otros entren!

Sin duda que han perdido  
Su vino y sus mugeres  
Cuando en tales manías  
Han dado aquellas gentes.

Bebamos, Blanca hermosa :  
Brindemos.. Mas ¿qué tienes?  
¿Por qué el cendal descíñes  
De la cintura leve?

¿Por qué sobre la mano  
Doblas así la frente?  
Acaso los licores...  
¡Ay, Blanca, tú te duermes!

Besaréla en los labios;  
Tal vez cuando despierte  
Mi blando beso en ellos  
Acaricie y estreche.

A Dios, hermosa Blanca :  
Tranquila y quieta duerme  
Y si despiertas pronto  
A los licores vuelve.

Así se goza, Blanca :  
Bebe, alma mia, bebe,  
Y el mundo que murmure,  
Que el mundo es un imbécil.

---

ODA.

---

Prestadme el dulce canto,  
Aves del valle y de la selva umbría,  
Y levantad en tanto  
Para arrullar mi llanto,  
Frescas hojas, monótona armonía.

Y tú, sonoro viento,  
Tus alas de vapor lánguido mece,  
Y en blando movimiento  
Con perfumado aliento  
Las hojas y las aguas estremece.

Porque estos mis cantares  
De vosotros no mas serán oídos,  
Que el duelo y los pesares  
Solo en nuestros hogares  
Ser deben, ó en los bosques, repetidos.

Que el mundo maldiciente  
Murmura del que llora y del que pena,  
Del que placer no siente;  
Y el triste eternamente  
Ha de arrastrar cantando su cadena.

Que es el mundo un tirano  
Que solo da suplicios y agonía,  
Y exige soberano  
Que llame el triste humano  
Imperio paternal su tiranía.

¿Mas qué vale que errante  
Y solo de los ecos atendido  
Mis amarguras cante,  
Y el aire se levante  
Devorando mi cántico perdido?

Aquí en la selva umbrosa  
¿No cantan á la par los ruiseñores?  
¿No susurra armoniosa  
El agua bulliciosa,  
Y les escuchan las atentas flores?

Y el céfiro ligero  
Cuando el rocío de su bosque orea  
¿No suena lisonjero,  
Y en murmullo hechicero  
Las yerbas y los árboles menea?

¡Maldita mi locura!  
¿No valdrá mas cantar cual ellos cantan,  
Que acrecer mi amargura

Mientras en la espesura  
Tan alegres rumores se levantan?

¡Oh! ven, arpa sonora;  
Y rompe loca en himnos bulliciosos,  
Cantando seductora  
Al són que bulle ahora  
De arroyos y de vientos sonorosos.

Pues que es breve la vida,  
Y es el mundo no mas pompa liviana,  
Y al fin la tierra hendida  
Su farsa concluida  
Sepulcro universal será mañana;

Cantaré descuidado  
Lo inútil de esta misera existencia,  
Ya el cielo esté nublado,  
Ya en calma y sosegado,  
Ya el huracan reviente con violencia.

Porque en verdad, ¿qué importa  
El mundanal orgullo y la ventura  
De esta vida tan corta,  
Si en igual fin aborta  
Tocando en fin igual nuestra locura?

¿De qué sirvió al valiente  
Alejandro ser rey en Macedonia,  
Y avasallar la gente,  
Y pretender demente  
Ser adorado un Dios en Babilonia,

Si por extraño modo,  
Sin poder apurar el hondo vaso  
Dió el aliento beodo,  
Y dió por fin de todo  
Desde su fiesta á su sepulcro un paso?

¿De qué sirvió la gloria  
Cantar de Grecia al inmortal Homero,  
Y á su nombre en la historia  
Dejar alta memoria,  
Si Grecia ingrata le olvidó primero?

¿De qué sirvió á Rodrigo  
La hermosa Caba, el cetro de los godos,  
Si huyendo al enemigo  
Dichas y amor consigo  
Perdió el monarca y se perdieron todos?

¿De qué sirve á Cervantes  
Que esas estátuas hoy le levantemos  
De los años triunfantes,  
Si sus libros gigantes  
A sola su miseria le debemos?

¿Qué sirven esos mudos  
Bustos dorados de los muertos reyes,  
Sus palacios y escudos,  
Si sus pueblos desnudos  
Ignoran por inútiles sus leyes?

¿Qué sirve á las naciones  
Que sus pueblos se inmolen y combatan  
Al pié de sus pendones,  
Si sus nobles legiones  
Han de morir al fin si no se matan?

¿Qué salvó la altanera,  
La grande Roma, de su pompa y brio,  
Y su beldad primera...  
Esa vieja ramera  
Cuyo esqueleto duerme sobre un rio?

¿Y qué han salvado apenas  
De tal desórden y tamaño estrago  
Las de riqueza llenas  
Tiro, Palmira, Atenas,  
Tebas, Corinto, Menfis y Cartago?

¡Escombros y memorias...!  
Humo de aromas, tumba de tiranos  
Que manchan las historias,  
Dando en cifras mortuorias  
Polvo á la tierra, casa á los gusanos.

Y si esto solo resta,  
Si esto por fin de nuestro afan nos toca,  
Tonos, arpa, me apresta,  
Que quiero en muelle siesta  
Reir cantando vanidad tan loca.

Aquí á mis piés resbala  
Claro, inquieto y sonoro un arroyuelo  
Que la arenilla cala,  
Y su márgen iguala  
Entre las flores con que borda el suelo.

Los sáuces de su orilla  
Le dan manso murmullo y grata sombra,  
Y la caña amarilla  
La alta cerviz le humilla  
Dándole al paso pabellon y alfombra.

Y le saltan trinando  
Pardos mirlos y rojos colorines,  
Y en su césped posando  
Las palomas pasando  
Le beben, y le pican los jazmines.

Junto al agua sonora  
De ese arroyuelo que en mis versos pinto  
Cantar me place ahora,  
Y quédense en buen hora  
Con sus historias Menfis y Corinto.

¿Qué importa que mi nombre  
Legue á mi gente con baldon ó fama  
En la mansion del hombre,  
Y al universo asombre,  
Si á mí la muerte á concluir me llama?

Cantar tranquilo quiero  
Mi voluptuosa y lánguida pereza,

Pues ni pierdo, ni espero;  
Y otro cante altanero  
La gloria de su patria y su grandeza.

Que asimismo cantaron  
Taso, Homero y Cervantes, y murieron,  
Y sus pueblos amaron,  
Y los pueblos que honraron  
Conocerlos en vida no quisieron

Que es la vida un camino  
Sin medida ni fin, coto ni valla,  
Do desnudo y sin tino  
Si encuentra el peregrino  
Sombra alguna ó placer, eso se halla.

No estátuas algun día  
Cual dan á Homero y á Cervantes quiero,  
Si hoy en la patria mia  
Fortuna tan impía  
Como Cervantes lloraré y Homero.

Y si el plazo cumplido  
En que esta vida y tierra se abandona  
Libre acaso de olvido  
Mi sepulcro escondido  
Me conserva tal vez una corona,

Eso hallará mi gente  
En mi sepulcro al encontrar mi nombre;  
Mas no dirá insolente  
Que me pesó en la frente  
Ese lauro quimérico del hombre.

Cantar tranquilo quiero  
Mi voluptuosa y lánguida pereza,  
Pues ni pierdo ni espero,  
Y otro cante altanero  
Las glorias de su patria y su grandeza.

Junto al agua sonora  
De ese arroyuelo que en mis versos pinto  
Cantar me place ahora,  
Y quédense en buen hora  
Con sus historias Menfis y Corinto.

## LA MARGEN DEL ARROYO.

¡Qué dulce es ver muellemente  
De un olmo á la fresca sombra  
Descansando,  
Un arroyo trasparente  
Que va por la verde alfombra  
Murmurando!

Ver cómo la yerba blanda  
En la márgen se le inclina,  
Y cómo crece

De violas morada banda  
Que la linfa cristalina  
Salpica y mece.

Los juncos de las riberas  
En haz espeso apiñados  
Se le encorvan,  
Y las raíces someras  
Evita par ambos lados  
Si le estorban.

Insectos de mil colores  
Con mil susurros campestres  
Le dan ruido,  
Y en vez de cuidadas flores  
Rueda entre lirios silvestres.  
Escondido.

Y no han de envidiar sus olas  
De cortesanos jardines  
La hermosa,  
Porque á cientos amapolas  
Jacintos brota y jazmines  
Su frescura.

Ni han de envidiar á los rios  
Los alcázares y puentes  
Que sustentan,  
Porque esos monstruos sombríos  
Mas que coronar sus frentes  
Las afrentan.

Ni á las fuentes y cascadas  
Sus tazas de jaspe y oro,  
Ni sus rocas,  
Aunque se vierten hinchadas  
En estrépito sonoro  
Por cien bocas.

Que ambas le cercan orillas  
Entre agudas espadañas  
Cortadoras,  
Esponjadas y amarillas  
Altas y sonantes cañas  
Cimbradoras

Ni ha de envidiar á los mares  
De buques la escelsa pompa  
Y gritería,  
Ni sus altos alminares,  
Ni de su bélica trompa  
La voz impía.

Porque tiene en un remanso  
Sáuces y olmos corpulentos  
Encopados,  
Que le hacen murmullo manso  
Al suspirar de los vientos  
Perfumados.

Y en vez de roncos clarines  
Columpia trinando amores  
La ancha copa

De mirlos y colorines,  
Y vistosos ruiseñores,  
Pintada tropa.

¡Oh dulce es ver muellemente  
De un olmo á la fresca sombra  
Descansando,  
En arroyo trasparente  
Que va por la verde alfombra  
Murmurando!

¡Oh qué es dulce contemplar  
El agua los pies venir  
A lamer,  
Y susurrando pasar,  
Y al intentarla seguir  
La perder!

Y aquel bullir sin sosiego,  
Y aquel seguir siempre igual  
Su camino;  
Y aquel trasparente juego  
Que hace el voluble cristal  
Tan contino.

Y aquellas mil piedrezuelas  
Que se arrastran y se empujan,  
Y se acosan,  
Y aquellas redes y telas  
Que en las arenas dibujan  
Do se posan

Y aquellas cintas de plata  
Que en el perfil de las ondas  
Finge el sol,  
Donde entre gotas redondas  
Duplica, aviva y retrata  
Su tornasol.

Y aquella colgada oruga  
Que en hilos imperceptibles  
Baja á vellas,  
Y al tocarlas las arruga,  
Y al sentir las tan movibles  
Huye de ellas.

Y aquel insecto que nada  
Medio mosca y medio pez  
Sobre alguna,  
Siempre en la misma jornada,  
Y el paso mas cada vez  
Se importuna.

Siempre en el mismo lugar  
En su afán sin concluir  
Noche y día,  
La oruga siempre en hilar,  
Siempre el insecto en seguir  
Su porfía.

Y aquel entorpecimiento  
En que gozan los sentidos  
Viendo tal

Que duda el entendimiento  
Si duerman al són mecidos  
Del cristal.

¡Oh dulce es ver muellemente  
De un olmo á la fresca sombra  
Descansando,  
Un arroyo trasparente  
Que va por la verde alfombra  
Murmurando!

—  
¡Arroyo, es muy triste  
Pensar junto á tí  
Que así van las vidas  
Rodando á su fin!  
Hoy tiende en tu márgen  
Sus flores abril,  
Tus ondas perfuman  
El lirio y jazmín,  
Su sombra te prestan  
Tus árboles mil,  
Te canta armonioso  
Su amor desde allí  
Bebiendo tus aguas  
Libre el colorín,  
Te arrulla sonora  
La caña gentil,  
Tu orilla es un fresco  
Y ameno jardín  
Que el sol tornasola  
De el alto cenit...  
Pero ¡ay! ¡que es muy triste  
Pensar junto á tí  
Que así van las vidas  
Rodando á su fin!  
¡Arroyo, así viven  
Los que han de morir  
Gozando embriagados  
El tiempo feliz!  
Vendrá julio ardiente  
Tu pompa á extinguir,  
Y á impulso de oculto  
Veneno sutil  
Secarán tus lirios  
Su tallo y raíz,  
Perderá tu yerba  
Su verde turquí,  
Las rojas violetas  
Su aroma y matiz.  
Iráse estrechando  
Tu manso perfil,  
Tus cañas y juncos  
Vendrán á rendir  
Encima tus aguas  
La seca cerviz,  
Y al fin tu corriente  
En hilo sutil

Su curso en la arena  
Vendrá á concluir...  
¡Ve, arroyo, que es triste  
Pensar junto á tí,  
Que así van las vidas  
Rodando á su fin!

Arroyo, sigue corriendo  
Por esa silvestre calle  
De verdura,  
Que abajo te están abriendo  
Los cenegales del valle  
Sepultura.

Arroyo, sigue bañando  
Mientras te preste sus flores  
Primavera,  
Que al valle irá resbalando  
Con sus galas y primores  
La primera.

Ella nunca será mas  
Que un mensaje del verano  
Fugitivo;  
Pero tú, arroyo en el llano,  
Lago en el valle serás  
Siempre vivo.

Allí no tendrás jazmines,  
Ni juncos, ni esbeltas cañas,  
Ni amapolas,  
Ni vendrán los colorines  
A tus márgenes estrañas  
Siempre solas;

Mas yendo y viniendo días  
Tú á merced de una fortuna  
Siempre igual,  
Tendrás suelo y ondas frías,  
Bien sea arroyo ó laguna  
Tu cristal.

Pues agua siempre has de ser,  
Sigue por la verde alfombra  
Murmurando,  
Que es dulce verla correr  
De un olmo á la fresca sombra  
Descansando.

## AL ULTIMO REY MORO DE GRANADA

### BOABDIL EL CHICO.

#### I.

Una ciudad riquísima, opulenta,  
El orgullo y la prez del mediodía,

Con régia pompa y magestad se sienta  
En medio la feraz Andalucía.

Y allí vierte su lumbre el sol de Españ.  
En hebras de purísimos colores,  
Y brotan al calor con que la baña  
En vasta profusion frutos y flores.

Allí el aura sutil esptra aromas,  
Y la estremecen sobre cien jardines  
Bandadas de dulcísimas palomas,  
Y pintado tropel de colorines.

El Darro y el Genil con turbias olas  
En su verde llanura se derraman,  
Y á su confin en playas españolas  
Del revoltoso mar las ondas braman.

Mofa son sus alcázares del viento,  
Fatiga de los fastos sus memorias,  
Su grandeza y tesoros son sin cuento,  
Y no se encuentra fin á sus historias.

Allí es el cielo azul, y trasparente,  
Fresca la brisa, amiga la fortuna,  
Fértil la tierra, y brilla eternamente  
Serenos el rojo sol, blanca la luna.

Y afrenta de las tierras mas remotas  
Véanse allí como en otro paraíso  
Los pomposos laureles del Eurotas  
Y los húmedos tilos del Pamiso.

Crecen allí las palmas del desierto,  
De Cartago los frescos arrayanes,  
Las cañas del Jordan en són incierto  
Arrullan de Stambul los tulipanes.

Y entre pajizas y preñadas mieses  
Las vides de Falerno allí seorean,  
Y los de Jericó mustios cipreses  
Con los cedros del Libano cimbrean.

Y hay allí robustísimos nogales,  
Lúgubres sáuces, altos mirabeles,  
Y olivos y granados y morales  
Ceñidos de jacintos y claveles.

El zumo de sus vides deliciosas  
Tal vez la alegre Italia envidiaría,  
Y por sus anchas y fragantes rosas  
Sus rosas la trocará Alejandría.

El jaspe, el oro, el mármol, los cristales  
Se ostentan en su espléndido recinto,  
Y ansiaran sus recuerdos orientales  
Los escombros de Atenas y Corinto.

Y no la iguala en lujo y en riqueza  
La voluptuosa pompa del oriente,  
Que entre flores y lánguida pereza  
Vive tranquila su atezada gente.

Unos hombres de oriente la robaron  
Para asentar en ella su morada :  
Los hombres á quien de ella despojaron  
Lloraron siete siglos su Granada.

Y era un tiempo de guerras y de amores  
En que el compás de berberisca zambra  
Y el són de los clarines y atambores  
Estremecian á la par la Alhambra.

Y era un rey esquisito en sus placeres,  
Y un pueblo en su molicie adormecido,  
Que gozaba en su paz nuestras mugeres  
Esclavizando al padre y al marido.

Y era tambien el término llegado  
Del brio y del poder de aquella gente,  
Y al postrimero rey habia tocado  
El sitial de las razas del oriente.

La hora fatal á la morisca luna  
Los sabios en su horóscopo leyeron,  
Y tal vez mereció mejor fortuna  
De la que sus horóscopos le dieron.

¡Ay Boabdil! levántate y despierta,  
Apresta tu bridon y tu cuchilla,  
Porque mañana llamará á tu puerta  
Con la voz de un ejército Castilla.

Mañana de su mengua avergonzados  
Te cercarán los tigres españoles;  
Y echarán sobre tí desesperados  
De siete siglos los sangrientos soles.

## II.

— « ¿Qué quieren esos cristianos  
A las puertas de la villa?  
¿Qué buscan esos villanos  
Que traen á su rey ufanos  
Tras el pendon de Castilla?

« ¿No son reyes en su tierra?  
¿Por qué pasan esa sierra  
Talandó el solar ajeno?  
¿No les basta su terreno  
Para sus fiestas de guerra?

« ¿Por qué en confusion estraña  
Levantán en esos cerros  
Tantas tiendas de campaña?  
¿Por qué ladran esos perros  
A los piés de esa montaña?

« Si sus padres espiraron,  
Y á su muerte les dejaron  
En desastres tan prolijos,  
¿Por qué no se contentaron  
Como los padres los hijos?

« Frente á sus tiendas reales  
Que brillen altas y ufanas  
En las torres principales

Las enseñas orientales  
Y las lunas otomanas.

« ¡Al arma! ¡al campo! á cambiar  
Las marlotas y alquiceles  
Por arneses de lidiar,  
Los ginetes á aprestar  
Los caballos y broqueles.

« La sed de sangre me irrita;  
Que doblen los atambores;  
Que cierren en la mezquita  
Esa multitud que grita  
En rejas y miradores.

« Los fuegos prontos estén,  
Las calles libres tambien,  
Los hombres á la muralla,  
Las mugeres al haren...  
¡Paso y silencio, canalla! —

Tal *Muza* (1) prorumpo airado  
Ante la puerta de Elvira  
Entre el tumulto apiñado  
Del pueblo que consternado  
Al campo cristiano mira.

¡Ay! él es solo el valiente  
Con corazon en Granada;  
Él solo lleva insolente  
A la recia lid su gente  
Que se torna destrozada.

Solo la esperanza alienta  
De su humillada nacion,  
Solo lidia y se ensangrienta  
Abriéndose sin afrenta  
Una tumba de varon.

Mas con ojos avarientos  
En redor de su caballo  
Sus soldados maclientos  
Le están demandando hambrientos  
Hasta el pan de su serrallo.

Y con el llanto á los ojos  
En desmayado tropel  
Su pueblo puesto de hinojos  
Llora los yertos despojos  
De los que lidian por él.

(1) Gefe de la caballería granadina de Boabdil : despues de haberse opuesto con toda su resolucion á la entrega de su deliciosa ciudad á los reyes católicos, se salió despedido de ella armado de todas piezas, y nunca mas pareció.

Dicese que sin respetar la tregua estipulada entre Don Fernando y el rey Chico, acometió á varios caballeros cristianos en la orilla del Genil; y despues de dar muerte á algunos de ellos, por no acabar á sus manos, se arrastró peleando hasta la orilla, y se dejó hundir en la corriente con el peso de la armadura y acribillado á estocadas.

Guerrero, ¡ay de los valientes!  
 ¿Qué vale que en tu despecho  
 A tus soldados alientes  
 Y quieras dar á tus gentes  
 Todo el valor de tu pecho;

Si en tanto á pasos gigantes  
 Van arrastrando á su fin  
 Sus muy poderosos antes  
 Alcázares elegantes  
 La Alhambra y el Albaicín?

¿Si allí está el triste Boabdil  
 Sin amparo que le acorra  
 Llorando sobre el Genil,  
 Como una cobarde zorra  
 Entrampada en un redil?

¿Si allá en la empinada sierra  
 Amancillando tu gloria  
 Cantan en compás de guerra  
 Los castellanos victoria  
 Ensordeciendo la tierra?

¡Ah! ¡su corona usurpada  
 Tener en la sien no supo...!  
 Mal hiciste tu jornada,  
 ¡Pobre rey! y hora menguada  
 En tu horóscopo te cupo.

Los cristianos te ayudaron  
 Para vencerte mejor,  
 Y los tuyos que quedaron  
 Al hundirse te llamaron  
 Hasta apóstata y traidor.

Las mugeres que te dieron  
 Sus hijos y sus preseas,  
 Al saber que se perdieron  
 Espirando te dijeron:  
 — ¡Cobarde, maldito seas! —

Y de tu reino señores  
 Los cristianos vencedores  
 Se pagaron tus ofrendas  
 Con agrio pan de dolores  
 Que amasaron en sus tiendas.

Porque al fin ¿qué ha de esperar  
 Del vencedor el vencido  
 Sino vergüenza y pesar?  
 ¿Qué sino burla ha de dar  
 El que subió al que ha caído?

¡Oh! esas torres orientales  
 Que levantando insolentes  
 Sus agujas desiguales  
 Mecen las auras corrientes  
 En trémulas espirales;

Y esas cifras misteriosas  
 Que cual labor sin objeto  
 De esas cuadras ostentosas,

De crónicas amorosas  
 Guardan el dulce secreto;

Y esos anchos sicomoros  
 Y esos arroyos sonoros  
 Que tienen marcas y nombres,  
 Que no entendemos los hombres,  
 Y que comprendéis los moros;

Las tortuosas galerías  
 Que se derraman sombrías  
 Por ese fresco recinto  
 En faz de intrincadas vías  
 De confuso laberinto;

Y esos mágicos retretes,  
 Y esos hondos gabinetes  
 Donde el ánima adormida  
 Pasó gozando la vida  
 Al vapor de los pebetes;

Con ojos desvanecidos  
 Los cristianos gozaran  
 En conjeturas perdidos,  
 Sin pensar en los vencidos  
 Que lo que ignoran sabrán.

Y los secretos de amor  
 De esos alcázares bellos  
 No tendrán ¡ay! mas valor  
 Ni mas nombre para ellos  
 Que el *botín* del vencedor.

Llora, rey, llora sin duelo;  
 Desespérate, Boabdil,  
 Y ven en tu desconsuelo  
 A espirar bajo este cielo  
 Que flota sobre el Genil.

Que á elejir entre acabar  
 Y sufrir la ajena ley,  
 ¡Vive Dios! que era acertar  
 Como hombre, á la lid bajar  
 Para morir como rey.

### III.

Así estaba escrito,  
 Monarca infeliz,  
 Que fuese tu raza  
 Contigo á su fin.  
 Así estaba escrito  
 Que libre el Genil  
 Corriera entre flores  
 Muy lejos de tí.  
 Por eso fué un día  
 Forzoso salir  
 En lúgubre pompa  
 Y en gesto servil  
 Tu cetro y tu fama  
 Vencido á rendir.  
 Y allá se quedaron

Para otro adalid  
 Tu espléndido alcázar,  
 Tu fresco jardín.  
 Y allá se quedaron  
 ¡Ay triste Boabdil!  
 Tu muerto por siempre  
 Falaz porvenir,  
 De blanca esperanza  
 Tu sueño febril,  
 Que fué como el humo  
 Al viento á morir.  
 Y allá se quedaron  
 Tu Alhambra gentil,  
 Tus altas techumbres  
 De azul y turquí,  
 Tus ricas alfombras  
 De gualda y carmin,  
 Tus pájaros presos  
 En jaula sutil,  
 Tus fuentes sonoras  
 Que en fresco bullir  
 Con música blanda  
 Murmuran allí.  
 Y allá se quedaron  
 Cual juego infantil,  
 Cual copas rompidas  
 Despues del festín,  
 Tus lechos clavados  
 De cedro y marfil,  
 Tus baños que exhalan  
 Clavel y alelí,  
 Rosa y azucena  
 Y azahar y jazmin.  
 Y allá se quedaron  
 ¡Ay triste de ti!  
 Las cifras y motes  
 Que en tiempo feliz  
 Mandaste en los muros  
 Con oro escribir,  
 Pensando que el tiempo  
 Que corre sin fin  
 Querria en tu Alhambra  
 Dejarte vivir.  
 Y allá se quedaron  
 Sin fruto, ni fin;  
 Que rotas y mudas  
 Son hoy solo allí  
 Cual fleco postizo  
 Que afea un tapiz,  
 Y nada nos pueden  
 Valer ni decir.  
 ¡Oh si un solo instante  
 Volvieras tú aquí,  
 Si un punto tornaras,  
 Vencido Boabdil!...  
 ¡Tú si que leyeras  
 Con ansia, tú sí!  
 ¡Tú si que gozaras

Con calma pueril,  
 Aunque todo un pueblo  
 Volviera tras ti!  
 ¡Mas ya solo resta  
 Llorarlo y sufrir,  
 Que así estaba escrito,  
 Y cúmplese así!

Mas ya que nos tornas  
 La espalda, señor,  
 Camina despacio  
 Mientras dura el sol.  
 Recoje las riendas  
 A suelto bridon:  
 Tras de esa colina  
 No hay luz ni color,  
 No hay cielo ni vida  
 Tras ese peñon.  
 ¡Camina despacio,  
 Despacio, por Dios!  
 A verse aun alcanza  
 Granada, señor,  
 Tras esa colina,  
 Mas lejos... ¡ya no!  
 ¡Al fin la abandonas  
 A fuerza mayor!  
 ¡Al fin te la arrancan  
 Con mengua y baldon  
 Tu perla mas rica,  
 Tu joya mejor!  
 ¡Oh! vuelve por ella,  
 Que aun tarde no es hoy:  
 Azuza tu ardiente  
 Caballo veloz,  
 Fulmina el alfanje,  
 Apresta el lanzon,  
 Acosa á tu gente  
 Con brazo y con voz:  
 ¡Ah! ¡y muera tu escaso  
 Postrer escuadron  
 Con rabia á lo menos  
 Si no con valor!  
 ¡Oh! vuelve á Granada  
 Tu cara mansion,  
 No llores huyendo  
 Cobarde ó traidor.  
 Y si al fin no quieres  
 Lavar tu baldon,  
 ¡Camina despacio,  
 Despacio, por Dios!  
 Que si aun la contemplas  
 Mas lejos... ¡ya no!  
 Granada se pierde,  
 Y al caer ese sol  
 La vez postrimera  
 Verásla, señor.  
 ¡Camina despacio,  
 Despacio, por Dios!

## IV.

Espera, señor, espera  
Solo un momento á llorarla,  
Solo un instante á mirarla,  
Desde el cerro del Padul...  
¡Oh cuán hermosa se ostenta  
A los últimos reflejos  
Del sol que brilla á lo lejos  
Entre la atmósfera azul!

Espera, señor, espera,  
Y ante ella puestos de hinojos  
Volvamos los turbios ojos  
Para decirla un ¡ á Dios!  
Contempla que es nuestra pátria,  
Nuestro dulce paraíso...  
Aunque el Profeta no quiso  
Conservárnosla con vos.

Allí está. ¡ Pátria querida!  
¡ Cuán dolientes te dejamos!  
Y antes, pátria, que volvamos  
¡ Cuántos años pasarán!  
¡ A tí, en la opuesta ribera  
De ese mar que nos divide,  
Al dejar la amarga vida  
Los ojos se tornarán!

Cuando errantes y perdidos  
Por el desierto vaguemos  
Nuestro afán adormiremos  
Hablando, pátria, de tí,  
Y los hijos que nos nazcan  
Guardarán en su memoria  
La infausta y sangrienta historia  
De los que fuimos aquí.

— Hijos míos, les diremos,  
Allá lejos de nosotros  
¡ Harto lejos! viven otros  
En Granada, en un Eden.  
¡ Y allí tuvimos un tiempo  
Reyes, pueblos y vasallos,  
Arcabuces, y caballos,  
Mezquitas, cañas y haren!

Allí el placer es la vida,  
Siempre luce en calma el cielo,  
Siempre hay flores en el suelo  
Y en el ambiente azahar.  
¡ Ah! si por dicha algún día  
Teneis lanzas y corceles...  
Aprestad vuestros bajeles  
Y botadlos á la mar.

Si sois muchos y valientes  
Y ganais la opuesta orilla,  
¡ Oh! ¡ cerrad contra Castilla  
Hasta arrastrar su pendón!

No dejéis en nuestra Alhambra  
Uno de esos castellanos;  
¡ Arrancadles con las manos  
Los ojos y el corazón! —

Tal diremos, cara pátria,  
Nosotros á nuestros hijos  
Cuando duelos tan prolijos  
Escuchándonos estén  
En el desierto, á la sombra  
Del fardo de los camellos...  
Y tal se lo dirán ellos  
A nuestros nietos también.

Nosotros ya, pobres viejos,  
En el umbral de la vida  
Tan solo una despedida  
Podremos darte, no mas.  
¡ Las manos te tenderemos  
A bendecirte llorando  
Como quien va caminando  
Volviendo el rostro hácia atrás!

¡ Y si huyendo de noviembre  
Las arrecidas neblinas  
Vemos á las golondrinas  
De nuestra pátria volver,  
Al dintel de nuestras tiendas  
A saludarias saldremos,  
Y de gozo lloraremos  
Mientras se alcancen á ver....!

Señor, besad esa tierra,  
Orad un punto y partamos,  
¡ O tornemos y muramos  
De una vez junto al Genil...!  
¡ Teneis razon! partid presto  
Antes que ondée en Granada  
La cristiana cruz clavada  
Sobre el trono de Boabdil.

Mas ¡ ay! ¡ ya es tarde! que truena  
La cóncava artillería  
Y el humo escurece el día  
Y roba á la tierra el sol.  
¡ Huid, sin tornar los ojos,  
No os detenga la fatiga,  
Que os es la tierra enemiga  
En vuestro suelo español!

Que no oigan vuestros oídos  
Ese triunfal campaneó,  
Ese estruendo y clamoreó  
Que á vuestra espalda dejais.  
¡ Huid, sin contar los pasos  
Que vais prófugos haciendo,  
¡ Ay! y aunque lloreis huyendo,  
Desdichados, no volvais!

¡ Huid presto, huid proscritos  
De vuestra pátria perdida!

Y al darla la despedida  
Desde el alto del Padul,  
Que se pierdan á lo lejos  
Los contornos vacilantes  
De vuestros blancos turbantes  
Entre la atmósfera azul.

Huye, Boabdil, aunque llores  
El rigor de tu fortuna :  
Basta la luz de la luna  
Para quejarse y huir :  
Traspon la tierra y los mares,  
No tu desdicha te asombre,  
Que nunca le falta al hombre  
Madre tierra en que morir.

Huye, y si al pasar huyendo  
Tu camino te embaraza  
En torvo tropel tu raza  
Cercándote con afán,  
Cuando ansiosos te pregunten  
Por los bravos que lidiaron,  
¡Ay! díles : — ¡Allá quedaron!  
¡No esperéis, que no vendrán! —

## V.

Huye, rey infeliz, y huyendo borra  
De tu camino la causada huella :  
Huye de el agua del Genil no corra,  
Ni tu roja ciudad refleje en ella ;  
Donde fortuna mas leal te acorra ;  
Donde no alumbre tan fatal tu estrella ,  
Donde fieras las huestes castellanas  
No degüellen las razas africanas.

Huye el brillante sol de Andalucía,  
El voluptuoso aroma de sus flores,  
La sonora y dulcísima armonía  
De sus libres y amantes ruiseñores,  
Los amenos jardines do algun día  
Gozaste en soledad blandos amores  
De sus frescos arroyos al murmullo,  
De sus palomas al sentido arrullo.

Tal vez haya otra tierra mas serena  
Do al fin te presten cariñoso asilo,  
Donde aunque errante y á merced ajena  
Treguas te dé tu corazón tranquilo ;  
Donde en ignota soledad amena  
Crezca de tu existencia el frágil hilo,  
Y el blando són de la campestre zambra  
No te recuerde tu perdida Alhambra.

Mas ; ay ! que á cada punto mas tenaces  
Los duelos sobre tí atropellaron,  
Y fué en vano esperar ; que en vano audaces  
En Granada tus árabes lidiaron,  
Que tus cansadas y sangrientas haces  
En la vega sin honra se quedaron,

Y allá yacen sin tumba ni laureles  
Cegries, Bencerrajes, y Gomeles.

Y ancho sepulcro á tu cadáver dieron  
Del Guatis ved las turbulentas olas,  
Y esas aguas, Boabdil, que te sorvieron  
No azotan nunca playas españolas ;  
Y ni aun sin rumbo por su faz hendieron  
Nuestras rojas y sueltas banderolas ;  
No esperes á su márgen olvidada  
Nuevas oír de tu gentil Granada.

Duerme, rey sin vasallos ni corona,  
Fantástica irrisión de la fortuna,  
A quien ni amigo ni enemigo abona,  
Ni cruz triunfante ni vencida luna :  
Ya que así el cielo contra tí se encona  
Esa estrella fatal sufre importuna,  
Pues quisiste, mal rey, vasallo bueno,  
Perder lo tuyo y defender lo ajeno.

—  
Duerme si aun gozas apenas  
Un sepulcro en que dormir ;  
Si esas húmedas arenas  
Te prestan almohadas buenas  
Para el sueño del morir.

Duerme en paz, y si velando  
Estás por tu estrella aun,  
Consuélate, rey, pensando  
Que nos es vivir llorando  
Una maldición comun.

Duerme, y dente descuidados  
Grato murmullo si velas  
Los pasos atropellados  
De los piés acelerados  
De las errantes gacelas.

Y en vez de las funerarias  
Roncas preces de los muertos,  
Arrullente solitarias  
Con sus salvajes plegarias  
Las aves de los desiertos.

Y si á tí tienden cercanas  
Sus sombras árboles bellos,  
Bajo sus hojas livianas  
Respiren las carabanas  
Y descansen sus camellos.

Mas que en tu huesa tu nombre  
No lean los de tu ley,  
No les humille y asombre  
Que si supiste ser hombre  
No alcanzastes á ser rey.

EL VELO.

ADUCCION DE VICTOR HUGO.

¿Has hecho esta tarde oracion, Desdemona?  
SHAKSPEARE.

LA HERMANA.

¿Qué tenéis, hermanos míos?  
¡Los ojos traéis sombríos  
Como cirios funerales...!  
¡De la faja á los dobles  
Han asomado tres veces  
Las hojas de los puñales!

EL HERMANO MAYOR.

¿Has alzado tus velos virginales?

LA HERMANA.

Acaso... era al medio día...  
Tal vez... del baño volvía  
En mi palanquin cubierto,  
El calor me sofocaba,  
Y la brisa que pasaba  
Tal vez me habrá descubierta.

EL SEGUNDO.

Pasaba un hombre con caftan, ¿es cierto?

LA HERMANA.

¡Oh! tal vez... un solo instante.  
Yo cubrí al punto el semblante...  
¿Que decis...? ¿qué pude hacer?  
¡Hablaís en secreto... hermanos!  
¡Oh! ¡pondríais vuestras manos  
En una débil muger!

EL TERCERO.

¡Sangriento estaba el sol hoy al caer!

LA HERMANA.

¡Perdon! ¡perdon! — ¡Oh! ¿qué he hecho?  
¡Ah! me desgarráis el pecho.  
¿En qué, hermanos, hice mal...?  
¡Sostenedme... hermanos míos...!  
Siento ya en los ojos fríos...  
¡Siento... un velo funeral!

EL CUARTO.

¡Al menos no alzarás ese cendal!

VANIDAD DE LA VIDA.

FANTASÍA.

Era un día de orgía y de locura,  
De esos días de vértigo infernal

I.

En que embriagados de falaz ventura  
Tras el placer volamos mundanal.

Uno de aquellos vergonzosos días  
En que henchidos de vida y juventud  
Buscamos entre locas teorías  
La vanidad y el polvo en la virtud.

Uno de aquellos días en que ansiosos  
Despertamos de crápula y de amor,  
Y manchamos los días mas hermosos  
De nuestra vida y nuestra edad mejor.

El sol estaba espléndido y sereno,  
El aura mansa, diáfana y azul,  
La luz doraba nuestro huerto ameno  
Con tornasoles de flotante tul.

Posábanse las sueltas mariposas  
De flor en flor con revoltoso afán,  
Ya en la mas ancha de las frescas rosas,  
Ya en el mas esponjado tulipan.

La brisa murmuraba en las acacias,  
Tornábase al oriente el girasol,  
Y las violetas se doblaban lacias  
Cual vergonzosas ante el rojo sol.

Alguna nube blanca y trasparente  
Por la serena atmósfera al cruzar  
Tiñendo los objetos suavemente  
Veníase en la yerba á dibujar.

Y en pos las aves de frescura y sombra  
Salpicaban en varia confusion  
Del blando césped la mullida alfombra,  
Del olmo verde el ancho pabellon.

Vianse allí las amarillas pomas  
Las enamadas débiles vencer,  
Y á su sombra bajaban las palomas  
En el arroyo limpio á beber.

Y allí estendiendo las pomposas plumas  
Le cubrían en cándido tropel,  
Como si fueran trémulas espumas  
Que hubiesen lecho y nacimiento en él.

Nosotros apurando los placeres  
Guarecidos de oculto cenador,  
Buscábamos la vida en las mugeres,  
La gloria y la fortuna en el amor.

Oíanse en tumulto desde fuera  
Los brindis de la libre bacanal,  
Y el rumor de una báquica quimera,  
Y el crujido del beso criminal.

Yo bebía el amor hasta apurarle  
De unos impuros labios de carmin,  
Que me enseñaron ¡ay! á desearle,  
Y me le hicieron detestar al fin.

Dentro mi mente sin cesar bullían  
Fantasmas que al pasar con rapidez

7

Ya lloraban, danzaban ó reían,  
Como ilusión febril de la embriaguez.

Mis amigos reían y cantaban  
En lúbrico desórden junto á mí,  
Y sin tregua los brindis resonaban...  
Todo sin tiempo y sin razón allí.

Y entre el murmullo de la fiesta impura,  
Los licores, los gritos y el vapor,  
Alzábamos á impúdica hermosura  
Himnos ardientes de encendido amor.

Entre insolentes ébrias carcajadas  
Blasfemamos tal vez de Jehová.  
« ¡ Virtud! dijimos : ¡ fábulas soñadas...! »  
« Ahora el Dios que aterra ¿ adónde está? »

« ¿ Adónde está la sombra de su dedo  
« Que escribe una sentencia en la pared? »  
« ¡ Creaciones fantásticas del miedo...! »  
« Bebed, amigos, sin pesar bebed! »

Vino la noche, y al salir cansados  
Hartos ya de beber y de gozar,  
Una campana en golpes compasados  
Cerca sentimos con pavor doblar.

Era un templo alumbrado en su reposo  
De diez blandones á la roja luz,  
Que velaban en círculo medroso  
El secreto fatal de un atahud.

Quedaba en nuestra mente todavía  
El rastro de la infame bacanal,  
Y mal entre sus nieblas comprendía  
La silenciosa paz de un funeral.

Las lúgubres salmodias empezaron,  
El pueblo reverente se postró;  
Cuando con *paz* al muerto conjuraron  
El nombre del que fué nos aterró.

En vano los sentidos se empeñaban  
En mentirnos un sueño valadí;  
Los blandones el círculo cerraban,  
Y una hermosura descansaba allí.

¡ Y era hechicera, y lánguida, y liviana,  
La envidia de un salón érase ayer,  
Y á pesar de su pompa cortesana  
Hoy hediondo cadáver pudo ser! »

Faltónos ¡ ay! la voz con el aliento :  
Temblónos el cobarde corazón;  
Ciertos los ojos y el oído atento  
Nos dijimos al fin : « No es ilusión! »

¡ Allí estaba la sombra de ese dedo  
Que escribe una sentencia en la pared...! »  
¡ Y era fiesta también...! Llegad sin miedo,  
Cantad, amigos, sin pesar bebed.

## TENACIDAD.

Serrana, ve si ha de ser,  
Porque yo te he de esperar  
En la fuente sin ceder;  
Y ó no tienes de beber,  
O te tengo de encontrar.

Y que me canse no aguardes,  
Que nada esperar me importa  
Noches, mañanas y tardes;  
Todo una vida que tardes  
Será esperándote corta.

Y á mas, serrana, hay aquí  
Sitio tan fresco y tan blando,  
Que tengo yo para mí  
Que anhele tardanza en tí  
Por sola estarte aguardando.

Aquí las aguas sonoras  
Rodando en la yerba van,  
Y aquí las aves canoras  
Del bosque alegres cantoras  
Música dulce me dan.

Aquí las flores campestres  
Me dan los blandos perfumes  
De sus cálices silvestres,  
Y gozo en que no te muestres  
Mucho mas que tú presumes.

Pues si al fin has de salir  
Altiva, asaz y enojada,  
Tarda, serrana, en venir,  
Que el alma te ha de fingir  
Mas fácil y enamorada.

Ve pues lo que has de ganar  
Si mas piensas en mi daño  
Así esquivarme y tardar,  
Porque mas quiero esperar  
Que saber un desengaño.

Y bástame á mi saber  
Que á cada punto te veo  
Cuando yo te quiero ver;  
Que mucho vale tener  
De centinela al deseo.

Tras cada tronco arrugado  
En que la vista repara,  
Tras cada espino enredado,  
Tras cada sitio enramado  
Estoy buscando tu cara.

De cada hoja que se mece  
A la vibración ligera  
El alma se me estremece,  
Y todo el valle parece  
Que tu rostro reverbera.

Siempre estoy adivinando  
Esos dos ojos crueles  
Que á traicion me están mirando  
Tras de un haz de juncos blando,  
Tras un pié de mirabeles.

Siempre á cada incierto ruido  
Que hace el aura entre las ramas  
Vuelvo el gesto sorprendido,  
Pensando que tú me llamas  
De algun lugar escondido.

A cada vago lamento  
Que los olmos azotando  
Alza repentino el viento,  
Me finge mi pensamiento  
Que tú pasabas cantando.

Y si una tórtola bella  
Suelta triste en la espesura  
Su enamorada querella  
Digo: así llegará á ella  
Mi amorosa desventura.

Y todo es pensar en tí,  
Todo buscarte y quererte  
En tanto que aguardo aquí,  
Aunque me pesa ;ay de mí!  
Desearte y no tenerte.

Que si al fin de mi esperar,  
De mi amoroso gemir,  
Te dejaras ablandar,  
Y saliendo del lugar  
Acabaras por venir;

Si cual las aguas hicieras  
Que aquí murmurando están,  
Y entre arenillas ligeras  
Bullendo en tropel parlaras  
Al valle rodando van;

Si hicieras como esas flores  
Que cierran de noche al frío  
Sus tocas de cien colores  
Y desplegan sus primores  
Del alba al fresco rocío;

Delicioso por demás  
Fuera esperarte, serrana;  
Mas si hoy al fin no vendrás  
Será persuadirme mas  
De que tampoco mañana.

¡Pero no has de holgarte á fé!  
Pues tan tenaz como soy  
Al fin de buscarte, sé  
Que si no te encuentro hoy  
Mañana te encontraré.

Que he dejado mi ciudad,  
Serrana, y venido así  
Tan solo por tu beldad,

Y ya por tu terquedad  
No he de volverme sin tí.

Y cuenta con lo que digo,  
Que he de estar eternamente  
De estos olmos al abrigo;  
Y no te finjas que intente  
Partirme, sino contigo.

Haréme por el verano  
Un toldo con espadaña,  
Y haré en el invierno cano  
Por burlar al viento insano  
Mi hoguera en una cabaña.

Con que así, ve si ha de ser,  
Porque yo te he de esperar  
En la fuente sin ceder;  
Y ó no tienes de beber,  
O te tengo de encontrar.

---

## HONRA Y VIDA QUE SE PIERDEN NO SE COBRAN, MAS SE VENGAN.

LEYENDA.

—

### INTRODUCCION.

En un rincón de Castilla  
Allá en el fondo de un valle,  
Sobre tres cerros distintos  
Hay tres torres semejantes.  
Castillos los llaman unos,  
Otros atalayas árabes,  
Mas su origen positivo  
A la verdad no se sabe.  
Un río humilde, el *Esgueba*,  
La falda á los cerros lame,  
Y entre huertas y majuelos  
Lleva á rastra sus cristales.  
Entre los olmos y vides  
Con que tapiza su márgen,  
Y ambas filas de colinas  
Que le interrumpen el aire,  
Hay derramados sin órden  
Mas de un ciento de lugares  
Que amasados todos ellos  
Un pueblo tal vez no valen.  
Pues los pueblos con el río,  
Y las huertas de la márgen,  
Las colinas que le cercan  
En dos bandas desiguales,  
Y los tres cerros distintos  
Con tres torres semejantes,  
De tal modo unos en otros  
Vegetan, pasan ó yacen,

Que todo el conjunto entero,  
Sin que esto lo dude nadie,  
Tomando nombre del río  
Forma sin disputa el valle.

PRIMERA PARTE.

I.

Está la noche espirando,  
Y allá en el fin de la sombra  
En vacilante crepúsculo  
Tiñe el oriente la aurora.  
La luna en el occidente  
Su pálida luz ahoga,  
Y las estrellas la siguen  
Luz reflejando medrosa.  
Silba el cierzo entre las ramas  
De los árboles sin hojas,  
Y con espejos de hielo  
Esgueba sus aguas orla:  
Ostenta el campo escarchado  
Trémula, alumbrada alfomdra  
Que á veces parece el alba  
Y agua á veces silenciosa  
Que allá en la sombra confusa  
Humeando se evapora:  
Se oye el murmullo del río  
Que por la pesquera rota  
Se filtra tornando el agua  
En espuma bulliciosa.  
Ya en copos blancos se eleva  
Trenzada y murmuradora,  
Ya cae en hebras de plata  
Y se arrastra tumultuosa,  
Ya trepando por las piedras  
Se columpia de una en otra,  
Ya por evitar un canto  
Serpenteando se encorva,  
Y ya tornando á ser agua  
Susurra en la yerba tosca.  
Allá en la opuesta ribera  
Se alcanza una torre octógona  
Con que la frente de un cerro  
Entre brezos se corona.  
Un pueblo frente por frente  
Junto á las aguas sonoras  
Con casas de tierra y ramas  
De hidalgo y leal blasona;  
Y una casa que mas lejos  
De la orilla y de las otras  
Puede pasar por alcázar  
Segun aumenta en las formas,  
Yace al pié de una colina  
Olvidada, triste y sola,  
Con lienzos en las ventanas  
Que honores de vidrios gozan.  
Entre una luz y los lienzos  
Cruza á veces una sombra

Que sobre ellos destacada  
Parece bien que se asoma:  
Y á veces inmoble y fija  
Cubre la ventana toda  
Cual si estorbar pretendiera  
Paso á la vista curiosa.  
A veces semeja un hombre  
Que vuelto el rostro á la antorcha  
Dibuja un bulto sin gesto  
Que descansa en una gola;  
Y á veces raudo pasando  
De un rostro el perfil contorna  
De agudo y crespo bigote  
Que con la gorguera toca.  
Mas puede á veces dudarse  
Si es una, ó son dos las sombras,  
Si pasean, ó si danzan,  
Si luchan, ó si retozan;  
Porque hay puntos en que cruzan  
Dos bultos de varia forma,  
Una cabeza con rizos,  
Con barba y bigotes otra.

Casi al pié de la colina  
En que la casa se apoya,  
Hácia el pueblo mas cercano  
Una senda desemboca.  
Un hidalgo á pasos lentos  
La vuelta del cerro toma.  
Un mozo trae por delante  
Debajo una yegua torda,  
Y un largo ropon oculta  
Lo demás de su persona.  
Tendió á la casa la vista,  
Tembló, paróse, y tendióla  
Por todo cuanto en el valle  
Abarca, sombría y torva.  
Echó pié á tierra, y á poco  
La mirada escrutadora  
Alcanzó la luz movable  
Por entre la puerta rota:  
En faz de asombro y de duda  
O de vergüenza y de cólera,  
La planta trémula tuvo,  
Y agachándose en la sombra  
Clavó en la puerta los ojos,  
Y el puño en la tierra fofa.  
Se abrió la puerta: un mancebo  
La faz envolviendo toda  
De un gaban entre las pieles,  
En apostura amorosa  
De una muger se despide  
Que á despedirle se asoma.  
Juró airado el escondido  
En voz sofocada y ronca,  
Sonó en el umbral un beso,  
Cerró la puerta la moza,  
Y el galan pasando el vado  
Hácia la torre se torna.

Cuando él llegó al pié del puente  
Ya con mano vigorosa  
A sendas aldabonadas  
El otro á su puerta dobla.  
Abrióla al fin la muger,  
Y al cerrarla cuidadosa  
Ya por oriente venia  
La tornasolada aurora.

## II.

El codo sobre la mesa,  
Sobre la mano ambas sienes,  
Entrambas cejas fruncidas,  
Arrugada la ancha frente,  
La otra mano en la cintura,  
Los piés en un taburete,  
En un sillón de baqueta  
Está meditando Perez.  
Una lámpara de hierro  
A un lado en la mesa tiene,  
Cuya luz lucha oscilando  
Con el día que amanece.  
Al otro lado un tintero,  
Y en el centro unos billetes  
Cuya firma está abrasando  
Con pupilas de serpiente.  
Desigual suelta el aliento  
Por los apretados dientes,  
Y mal ahogados suspiros  
Dentro del pecho le hierven.  
« ¡Mendo Abarca...! que me place,  
« Un día tras otro viene,  
« Y honra con honra se paga,  
« Vida por vida se pierde. »  
Esto en voz baja diciendo  
Asió la luz de repente,  
Y á voces en la escalera  
Llamó á Margarita, Perez.

Subió al punto la muchacha  
Tranquila, hechicera, alegre,  
Mostrando en la tez de rosa  
Sus abriles diez y nueve.  
Y es la niña un embeleso,  
Una hermosura de oriente,  
Cojido el cabello en trenzas  
Que con dos agujas prende;  
Cintura escasa y flexible  
Que cimbreo y se estremece,  
Tez morena, negros ojos,  
Paso resuelto y pié breve.  
Con la sonrisa en los labios,  
Y con la paz en la frente,  
Rebosando amor y hechizos  
Que irresistibles parecen  
Entró por el aposento  
Preguntando :

— ¿Qué me quieres? —

Perez bajando los ojos  
Contestóla :

— Que te sientes. —

Sentóse, y siguió el marido :

— ¿Tienes, querida, presente

Cuánto tiempo nos casamos?

— Sí por cierto; treinta meses.

— Pues eso há que nuestra honra

Nos prestamos mutuamente.

— Y ahora, ¿á qué recordarme...?

— Dime, ¿y esto cuántas veces

Si se pierde se recobra?

— ¿A qué viene esto, Rui Perez?

— ¿Sabes, Margarita mia,

Que cada sentido tiene

Una puerta por do sale

Nuestra honra y nunca vuelve?

— ¡Pero...!

— ¿Y sabes, Margarita,

Que no sois mas las mugeres

Que un alcázar donde la honra

Guardada los hombres tienen?

— ¡Por Dios, Perez, que no alcanzo

Lo que con esto pretendes!

— ¿Sabes que un alma con honra

Otra alma con honra quiere,

Porque es justo que se guarden

Las reinas para los reyes?

— ¡Pero...!

— ¿Y sabes, Margarita,

Que el marido que la pierde

Compra una marca de infamia

Que lleva en el rostro siempre?

— ¡Pero...!

— ¿Y sabes, Margarita,

Que en tanto que no la vengue

Ni de hidalgo ni de hombre

El vano nombre merece?

— ¡Pero...!

— ¿Y sabes, Margarita,

Que si por ella no vuelve,

Hasta las dueñas escupen

De su blason los cuarteles?

— ¡Mas yo...!

— ¿Y sabes, Margarita,

Que nació hidalgo Rui Perez,

Y no ha de vivir sin honra

Aunque al mismo Dios le pese?

— ¡Cielo...!

— ¿Y sabes, Margarita,

Que un remedio hay solamente

Para dolencia tan grave...

— ¡Pero escucha...!

— Y que es la muerte?

— ¡Pero...!

— ¡Silencio!

— Oye...

— ¡Calla!

Mas hablando no me afrentes,  
Y lee, si te queda aliento,  
Margarita, esos papeles. —  
Y esto diciendo, á la cara  
Tiróla Ruf los billetes,  
Y ella cayó de rodillas  
Clamando : — ¡Cielos, valedme! —

Pasaron unos instantes  
En silencio tan solemne  
Que de entrambos corazones  
Contarse los golpes pueden.  
Perez, crispados los puños,  
Atenazados los dientes,  
Amorados los labios,  
Fuego por los ojos vierte.  
Margarita, de rodillas,  
Doblada al pecho la frente,  
Cruzadas las blancas manos,  
Pálida como la muerte,  
Correr por ambas mejillas  
Deja una lágrima ardiente,  
Que resbalando hasta el suelo  
En vapor se desvanece.  
Perez, inmóvil de rabia  
En el sillón se mantiene,  
Y ella de miedo y vergüenza  
Convulsiva se estremece.  
Al cabo con voz sombría  
Dijo á Margarita, Perez :  
— Muger, yo adoraba en tí;  
Por tu capricho mas leve,  
Por solo un cabello tuyo  
Hubiera muerto mil veces.  
¿Y el amor que compré un día  
Con vida y con alma ¡imbécil!  
Hollando tus juramentos  
Así en mi ausencia me vendes?  
— Perdon, clamó Margarita.  
¡ Oh, me detesto...!

— Detente,

Que con que tú te aborrezcas  
El mi honra no me vuelve.  
Pero ¡por Dios! que no es tarde...  
— Cielo santo, ¿qué pretendes?  
¡Perdon! ¡perdon! ¡á tus plantas  
Me arrastraré eternamente!  
— Y el polvo en que tú te arrastres  
¿Podrá mi honra volverme?  
— ¡Lloraré al pié de tu lecho  
Velando mientras tú duermes!  
— ¡Y qué sueño ha de acudir  
A quien sin honra se acueste?  
— ¡Seré menos que tu esclava!  
¡Besaré el polvo que huellas!  
— ¿Y qué harás con esas manos  
Que toman estos billetes?

— ¡Perdon!

— Pídesele al cielo,  
Que él solo dártele puede. —

### III.

Es un salón cuadrilongo  
Dentro de la antigua torre  
En que desterrado habita  
Don Mendo Abarca y Quiñones.  
Sobre un tapiz toledano  
Bordado en torno de flores  
Hay una imagen de Cristo  
Colgada de dos cordones.  
De la alta bóveda ojiva  
Por medio una argolla, corre  
Otro cordón que sustenta  
Una lámpara de cobre.  
En una de las paredes  
Hay un nicho y dos balcones,  
Y el sol pasa macilento  
Por los vidrios de colores.  
Allá en el opuesto lado,  
Gigantesca en dimensiones  
Hay á guisa de herrería  
Una chimenea, en donde  
Se exhala en llamas y en humo  
Tendido en seis piés de bronce  
Amenazando un incendio  
Muy cerca de medio roble.  
Y de cara hácia la llama  
Magro, silencioso, inmóvil,  
Entre enterrado y tendido  
Dentro de un sillón, un hombre.  
Una muger no muy lejos  
En silencio borda ó cose  
Una alfombrilla de sedas  
Que sobre un cojín recoje.  
Entre ellos el ruido sordo  
De la chimenea se oye,  
Y afuera el cierzo que zumba  
En los ángulos del norte.  
En cuanto á ambos personajes  
Siguen sus meditaciones  
Sin que al parecer al uno  
Nada del otro le importe.  
Cada cual en su trabajo  
Su atención entera pone,  
Ella contando sus hebras,  
Él contando sus tizones.  
Al fin rompiendo el silencio  
Dijo la muger al hombre :  
— ¡Estás triste!  
— No; cansado  
De velar toda la noche. —  
Y como volviendo en sí  
El que respondió, turbóse.  
Rápida mas de hito en hito,

Ella un punto contemplóle,  
Mas él siguió :

— ¿No lo sabes?

Volveremos á la corte. —  
Soltó la alfombra Leonor,  
Y acariciando á Quiñones,  
Le dijo :

— ¡Y me lo ocultabas!

— Quise sorprenderte; el conde  
Me escribe ayer que á mi antojo  
La vuelta de Madrid tome.  
— ¿Y será pronto?

— Muy pronto,

Que ya me cansa esta torre,  
Donde hemos estado un año  
Escondidos como hurones.  
— ¡Cuánto he rezado á ese Cristo  
Porque á este día nos torne! —  
Don Mendo se puso en pié  
Al escuchar este nombre,  
Y llorando de contento  
Ella del cuarto salióse.

En esto por otra puerta  
Entró el paje Diego Lopez,  
Y ante su señor llegando  
Cortesmente saludóle.

— ¿Qué tenemos? —

En voz baja

Preguntó al mozo Quiñones.

— Nada, señor; há seis días  
Que huyeron ambos.

— ¿Adónde?

— Imposible adivinarlo;  
La casa registré anoche.  
— ¿De quién hubiste las llaves?  
— La escalé por los balcones.  
— ¿Y qué?

— La casa desierta,  
Las camas hechas, los cofres  
Cerrados, no falta nada;  
Todo en silencio y en orden.  
— ¿Y nadie responde de ellos?  
— ¡Imposible! unos pastores  
Dicen que le vieron solo  
Pasar el puente há dos noches,  
Pero que al ponerse el sol  
Iban los dos por el bosque.  
— ¿Los dos, y volvía Perez?  
— Solo.

— ¡Es bien extraño...! Lopez,  
Dentro de muy pocos días  
Volveremos á la corte.  
— Está bien, señor.

— Escucha;

Para lo de ayer disponte.

— ¿Dos caballos?

— Por supuesto.

— ¿A qué hora será?

— A las doce. —

Dejó el aposento el paje,  
Y entre sí mismo Quiñones  
Murmuró :

— ¡Si volvió Perez,

Y sospechando...! ¡oh! entonces  
Mañana mismo á Madrid,  
Y ahí se las haya el buen hombre. —  
Y al color de la fogata  
Sobre la mano durmióse.

#### IV.

Está la torre que habita  
Don Mendo junto al Esgueba,  
En una colina oscura  
Sin árboles y sin yerba;  
Sin foso que la circunde,  
Sin torres que la defiendan,  
Desmantelados los muros,  
Derribadas las almenas.  
Asido con dos argollas  
Entre dos postes de piedra  
Tiene un puente levadizo  
Suspendido en dos cadenas.  
Oprime al caer este puente  
Otra torre mas pequeña,  
En cuyo centro macizo  
Hay torcida una escalera,  
Y alzado el puente de noche  
Aislada la torre deja,  
De modo que á un tiempo mismo  
Sirve de puente y de puerta.  
Por inútiles sin duda  
Sus ventanas y luceras  
Hanse tornado en balcones  
Y suprimido las rejas;  
Y es justo, á nuestro entender,  
Que tal mudanza sufrieran,  
Pues sirven de algo en la paz  
Y eran estorbo en la guerra.

Era la noche siguiente,  
Y la media noche apenas;  
El cierzo airado zumbaba  
Del olmo en las ramas secas,  
Y murmuraban las aguas  
Azotando las riberas,  
Atropellando sonoras  
Raices, algas y piedras,  
Haciendo con sus espumas  
Espejos, lazos y trenzas.  
El cielo entre opacas nubes  
Velando luna y estrellas,  
El valle, el rio, y la torre  
Encapotaba en tinieblas.  
No brillaba en los linderos  
La luciérnaga rastrera,

No había parleras aves  
 Que cantaran en la selva,  
 Ni insectos que susurraran  
 Entre la flexible yerba;  
 No había pajizas flores  
 Que en los céspedes crecieran,  
 Ni pastores que velaran,  
 Ni silbadoras culebras,  
 Ni lobos que con la luna  
 Cruzaran por la pradera.  
 Que es la noche sobre oscura  
 De diciembre, opaca y negra,  
 Y húmeda, gruesa y pesada  
 Acosa al aire la niebla.  
 Bajóse en la torre el puente,  
 Y trasponiendo la cuesta  
 Dos hombres hácia los vados  
 Echaron por una senda.  
 —¿Traes las llaves?— dijo el uno.  
 —Sí señor.

—¿Y allá quién queda?

—Martin Muñoz en la escala,  
 Durmiendo la camarera,  
 Y Lucas con los caballos  
 Aguarda junto al Esgueba.  
 Los demás hácia la corte  
 Irán ya lejos, y apenas... —  
 Una ráfaga silbando  
 El resto arrastró con ella.

Entonces de entre la sombra  
 Alzóse callada y lenta  
 Una figura embozada  
 Que mucho á un hombre semeja.  
 Tanto guarda de fantasma  
 Como de humano conserva,  
 Porque ella anda, ó se desliza,  
 Sin que al moverse se sientan  
 El compás de sus pisadas  
 O el rumor de sus espuelas;  
 Y el murmullo que se escucha  
 Dentro de su boca mesma  
 No se sabe si es que gime,  
 Conjura, amenaza, ó reza.  
 Pero hombre, ilusion, ó duende,  
 Al pié de la torre llega,  
 Y sin vacilar un punto  
 Con una escala de cuerdas  
 Asiendo el balcon mas bajo  
 Desembozándose trepa,  
 Y de un corredor desierto  
 Se pierde por las revueltas.

En una apartada alcoba  
 A la luz de una linterna  
 La esposa de Mendo Abarca  
 Sola y destocada sueña.  
 Y los labios la sonrien,  
 Y la lengua balbucea,

Y toda la paz del alma  
 La faz dormida refleja.  
 Con el fin de su destierro  
 Descuidada devanea,  
 Y la pasan por la mente  
 Viajes, luminarias, fiestas,  
 Y con sus mil armonias  
 De campanas y pendenias,  
 Obras, caballos y carros  
 Se finge una corte entera.  
 Los nobles que la visitan,  
 Las damas que la contemplan,  
 Los lacayos que la aguardan,  
 Y los pajes, y las dueñas,  
 Los billetes de convite.  
 Las joyas y las preseas,  
 Todo la pasa en tumulto  
 En ilusion halagüeña.  
 En esto el mismo fantasma  
 Asomó osado en la puerta,  
 Corrió por dentro el cerrojo,  
 Contempló un punto á la bella,  
 Y luego ahogando la luz  
 Dejó la estancia en tinieblas.  
 Se oyó en la sombra un suspiro...  
 Y en faz de rauda tormenta  
 Siguió estrellándole el cierzo  
 En las pintadas vidrieras.  
 Las puertas estremecidas  
 Sobre los quicios retiemblan,  
 Y silba y cruje y se rasga  
 Con impetu en las troneras;  
 Y ni gemidos ni pasos  
 Tornan á oirse, ni quejas;  
 Todo el viento lo devora,  
 Lo mata, sofoca, ó lleva.

A poco Don Mendo y Lopez  
 Tornaron la misma senda,  
 Y tornó á oirse del puente  
 Rechinando la cadena,  
 Y oyóse que el uno hablaba  
 Y el otro daba respuesta.  
 —¡Cojió las cartas!

—Sin duda.

—Mas vale así.

—Que no vuelvan;

Pasado mañana, Lopez,  
 A Madrid damos la vuelta.—

Cruzaron ambos el puente,  
 Volvió á sonar la cadena,  
 Y siguió el viento zumbando  
 Por los ángulos y rejas.  
 Y en esto en el balcon mismo  
 La misma escala de cuerdas  
 Cayó al campo, y el mismo hombre  
 Bajó embozado por ella.

Llegó al suelo, y percibióse  
De Perez la voz severa  
Que á lo lejos murmuraba  
Como quien conjura ó reza.  
« Quien á hierro mata es justo  
« Que igualmente á hierro muera;  
« HONRA Y VIDA QUE SE PIERDEN  
« NO SE COBRAN, MAS SE VENGAN. »

## V.

Vino un dia y otro dia,  
Y vino un mes y otro mes,  
Y año tras año venia;  
El segundo concluia  
Y pasaron hasta tres.

Perez desapareció,  
Su casa quedó en escombros,  
Don Mendo á Madrid volvió,  
Y con estruendo y asombro  
La torre se desplomó.

Contaron de ello medrosas  
Las gentes varias consejas  
Y fábulas espantosas,  
De amoríos las hermosas,  
Y de visiones las viejas.

Quién dijo (y á tal contar  
El mas valiente se pasma)  
Que vió el alba al despuntar  
Junto á la torre vagar  
Blanca y sola una fantasma.

Quién dijo que atravesando  
De noche por la pradera,  
La colina coronando  
Vió hasta cien almas danzando  
En derredor de una hoguera.

Ni faltó en pleno concejo  
Un hidalgo de lugar  
Que arrugando el entrecejo  
Contara que un moro viejo  
Huyó de verle pasar.

Ni un muchacho revoltoso  
A quien por calmar el llanto  
Contaran en són medroso  
Aquel cuento tan famoso,  
Y el chico calló de espanto.

Y aun diz que dió una doncella  
Con un espectro galan,  
Y que una devota bella  
Le alcanzó á ver despues de ella  
En casulla ó balandran.

Todo eran apariciones,  
Raros acontecimientos,  
Secretas conversaciones,  
Todo ruidos y visiones  
Y diabólicos portentos.

Los unos vieron gigantes,  
Otros toparon enanos,  
Otros hogueras volantes,  
Otros mágicos errantes,  
Y otros brujas y gitanos.

Y alguno mas entendido,  
Mas ducho ó mas suspicaz,  
Creyó alli haber sorprendido  
Algun amor protegido  
Con el murmullo falaz.

Vino un dia y otro dia,  
Y vino un mes y otro mes,  
Y el tercer año corria;  
El segundo concluia  
Y pasaron hasta tres.

Las visiones acabaron,  
Y olvidadas las consejas  
Los mozos las despreciaron,  
Las muchachas se casaron,  
Y se murieron las viejas.

Con esto el miedo pasó  
Y el valle quedó en calma;  
Mendo Abarca no volvió,  
Ni á nadie se apareció  
Perez en cuerpo ni en alma.

## SEGUNDA PARTE.

## VI.

En un salon adornado  
Con alfombras toledanas,  
Con pabellones de sedas,  
Con mecheros y con lámparas,  
Vestido de terciopelos  
Festonados de oro y plata,  
Cercado de taburetes  
Y de cojines de grana,  
Hay hasta cuatro personas  
En plática sosegada  
Que esperan como en familia  
Alguna cosa que tarda.  
Una es Don Mendo Quiñones,  
Otra es una antigua dama,  
Otra es Doña Leonor,  
Y otra un clérigo, que calla.  
Está Leonor cual lo exige  
La ceremoniosa usanza  
De aquellos revueltos tiempos  
De fiestas y de batallas.  
Corpiño y falda turquí  
Bordados de seda blanca,  
Con dos filas de botones  
De costosa filigrana.  
Desnudo el cuello y los hombros  
Bajo un collar de esmeraldas  
Con un lazo de brillantes

Que por una cruz remata.  
 Los cabellos divididos  
 En dos trenzas derribadas  
 Que á ambos lados se recojen  
 En dos agujas de plata;  
 Y en la mano un abanico  
 Con que la faz del sol guarda,  
 Tras de cuyo varillaje  
 Mira á salvo y no es mirada.  
 Con igual lujo y riqueza  
 Está engalanado Abarca,  
 El jubon de terciopelo,  
 Acuchilladas las mangas,  
 Capotillo carmesí,  
 Calzon negro y gola blanca,  
 Y en un cinturon de seda  
 Colgados estoque y daga.  
 De aquestos tres personajes,  
 Quiñones y las dos damas,  
 El cuarto los atavíos  
 Está contemplando en calma.

Empieza en una corona  
 Y en un acicate acaba,  
 Tanto conserva de monge  
 Como de soldado guarda.  
 El gesto tiene severo  
 Y la frente despejada,  
 Empinados los bigotes,  
 Espesa y luenga la barba.  
 El jubon negro y sin cuello,  
 El ropon tocando en capa,  
 La gola negra y sencilla,  
 Botas, espuelas y espada.  
 Si fija en otros sus ojos  
 No pueden con sus miradas,  
 Si habla le escuchan atentos,  
 No le importunan si calla.  
 Mas su mirada es modesta,  
 Contenidas sus palabras,  
 Si reconviene no ofende,  
 Y si aconseja no cansa.  
 Los valientes le saludan,  
 Los pordioseros le aguardan,  
 Las damas le reverencian,  
 Los cortesanos le halagan.  
 Y algunas lenguas mordaces  
 Solo un defecto le achacan,  
 Ser celoso en demasía  
 De la honra y buena fama.  
 Es capellan de Quiñones,  
 Con quien tiene mesa y casa,  
 Y á quien salvó vida y honra  
 Dicen que en una batalla.  
 De entonces él y Don Mendo  
 Un punto no se separan;  
 Son un cuerpo y una sombra,  
 Cuerpo y sombra con un alma.

Es á un tiempo secretario,  
 Consejero, amigo, y guarda.  
 Don Mendo sin su presencia  
 Ni come, ni abre las cartas:  
 A un sermón y á un desafio  
 Igualmente le acompaña:  
 Procura evitar contiendas,  
 Pero una vez empeñadas  
 El cáliz por el estoque,  
 Por la malla el ropon cambia;  
 Y á pretesto de padrino  
 Da la postrer cuchillada.

Ni es de estrañar que esto sea,  
 Porque en los tiempos que alcanza  
 Los obispos son alcaides  
 Y sus palacios son plazas;  
 No pagan pecho á sus reyes,  
 Mantienen á sueldo lanzas,  
 Antes de prestarle ayuda  
 Juzgan despacio su causa,  
 Y como mas les va en ello  
 Le acuden ó se desmandan;  
 Y viven entre placeres  
 Con familiares y damas.

Así como es el espejo  
 Es la imágen que retrata,  
 Y así como andan los reyes  
 La corte y vasallos andan.

Tales son los personajes  
 Que en plática sosegada  
 Esperan como en familia  
 Alguna cosa que tarda.  
 Al fin al doblar sonoro  
 De una ligera campana  
 Abriéronse los balcones,  
 Entró el sol de la mañana,  
 Y de galanes y hermosas  
 Fuese llenando la sala.  
 Oyóse el rumor del pueblo  
 Que abajo se agita y pasa,  
 Y el capellan y Quiñones  
 Haciendo venia á las damas  
 Salieron hácia la iglesia  
 Donde doblan las campanas,  
 Porque es el dia del Corpus  
 Y está la corte de gala.

## VII.

Al doble y revuelto són  
 De campanas y atabales  
 Hierve y bulle un pueblo entero  
 En plazas, rejas y calles.  
 Es un bello sol de junio  
 Que derramado se esparce

Por techos, plazas y torres  
 Gran farol de fiesta grande.  
 Sus rayos de grana y oro  
 Se quiebran y se deshacen,  
 Se estremecen y reflejan  
 En pizarras y cristales.  
 De los sueltos pabellones  
 De los tapices brillantes  
 Que orlan, visten y coronan  
 Los balcones desiguales,  
 En cada hebra de oro y plata  
 Y en cada lazo ondulante  
 Reverberan mil colores  
 Que tornasolan el aire.  
 Entre guirnaldas de flores,  
 Entre velos y cendales,  
 Entre abanicos de plumas,  
 Entre dueñas y entre pajes,  
 Decoran las celosías  
 Que descorren fiestas tales  
 Cuantas damas de Castilla  
 Dentro de la villa caben.  
 La luz de un sol tan alegre,  
 La interposicion del aire,  
 Los suntuosos atavíos,  
 Y el placer de los semblantes  
 Hacen que de cada hermosa  
 Finjan un ensueño, un ángel  
 Los enamorados ojos  
 De los felices galanes.  
 ¡Cuántos hidalgos osados  
 Deteniendo el paso errante  
 Al pié de unos miradores  
 Contemplan un gesto grave!  
 ¡Cuánto celoso mancebo  
 Al revolver de una calle  
 El sombrero hasta los ojos  
 Aguarda amoroso trance!  
 ¡Cuánta dueña en una reja  
 En tanto la dama sale  
 Espera en faz compungida  
 Que el audaz citado pase!  
 ¡Cuántos suspiros se ahogan  
 Entre el són interminable  
 Con que el gentío murmura  
 Cuando del pecho se parten!  
 ¡Cuánta ardorosa mirada  
 Intercepta el velo frágil  
 De una pluma que un tercero  
 Cruzó entre ambos un instante!  
 ¡Cuántos ojos arrobados  
 En otros, del cielo imágen,  
 Se topan detrás de aquellos  
 Otros ojos centellantes!  
 ¡Cuántas citas amorosas  
 Camino á escondidas se abren  
 Entre aquel rumor confuso  
 Que un millon de bocas hace!

Calmando al fin del gentío  
 La voz sorda y susurrante,  
 Diez maceros á caballo  
 La gente por medio parten.  
 Bajáronse los sombreros,  
 Y tornáronse anhelantes  
 Impacientes y curiosos  
 Mil rostros hácia una calle.  
 Pasaron lanzas y cruces,  
 Alabardas y estandartes,  
 Cirios, clérigos, soldados,  
 Mangas y comunidades.  
 Pasaron urnas, reliquias,  
 Chirimías y ciriales,  
 Congregaciones y escuelas,  
 Nobles, juntas y hermandades.  
 Hasta que al fin de improviso  
 Levantó su voz gigante  
 El pueblo, que vió á lo lejos  
 La engalanada falange  
 De hidalgos, condes y duques,  
 Obispos y cardenales  
 Que en torno del rey Enrique  
 Traen á su Dios por delante.

Quedábale á Enrique cuarto  
 Por don de sus mocedades  
 El fastidio y la osadía  
 De placeres y desmanes;  
 Que aun niño, rompiendo el yugo  
 Del respeto al rey su padre,  
 Tuvo en Segovia una corte  
 Con pueblo y leyes aparte.  
 Y allí anegado en deleites,  
 Sin conocer vasallaje,  
 Pasó los años primeros  
 Siempre en faz de rebelarse.  
 Hoy ya rey, abrió su corte  
 A cuanto ilusorio y grande  
 Quiso con sus reales culpas  
 De las suyas escudarse.  
 Vinieron aventureros  
 Sin mas haber que su sable,  
 Y vinieron cortesanías  
 Que allá en países distantes  
 Fueron nobles y duquesas  
 De real solar y real sangre,  
 A quien echan de su pátria  
 Opiniones populares.  
 Vinieron monges robustos,  
 Todos rectores y abades,  
 De costumbres de gran peso  
 Y profesion impalpable.  
 Y entre discordia y licencia,  
 Entre amores y combates  
 Andando allí confundidos  
 Los soldados y los frailes,  
 Logróse sin gran trabajo

Que fuesen en tiempos tales  
 Las audiencias galanteos,  
 Los amores liviandades,  
 Y las damas cortesanias  
 Y los clérigos galanes.  
 Que así como es el espejo  
 Es la retratada imagen,  
 Y hacen, si andan malos reyes,  
 Que mal los vasallos anden.  
 Los monges á par alternan  
 Las mallas y los sayales,  
 Y el que ayer era prelado  
 Mañana á campaña sale.  
 Tales gentes y tal fiesta  
 Baján la calle adelante,  
 Y hasta doscientos ginetes  
 Dan á la función remate.

Entre las gentes que al rey  
 Prestan honra y homenaje,  
 Ni cerca de su persona,  
 Ni lejos del condestable,  
 Van dos nobles caballeros  
 Que en severos ademanes  
 Entre secretas palabras  
 Secretas razones traen.  
 Tan por lo bajo las cruzan,  
 Que en verdad no fuera fácil  
 Que pudiera algún curioso  
 Alcanzar de lo que traten.  
 Mas que es cosa de importancia  
 Bien pudiera asegurarse,  
 Pues á veces hace el uno  
 Que el otro los ojos baje,  
 Y á veces levantando ese  
 La mirada penetrante  
 Torna á bajarla irritado  
 Cual devorando un ultraje  
 Que el otro le recordara  
 Y mucho á su honra tocase.  
 Cuanto mas uno se turba  
 Sigue el otro imperturbable,  
 Y ambos miran de continuo  
 A un balcon, luego á la calle.  
 Es el uno Mendo Abarca,  
 Que inclinado hácia adelante  
 Con su capellan conversa  
 En razones semejantes :

— ¡Pero, padre, eternamente  
 La misma conversacion!  
 — Señor, siempre esta ocasion  
 Me está en el alma presente.

— ¡Maldita ocasion la vuestra,  
 Que en todas partes la veis!  
 — Señor, que fué bien sabeis  
 La esperiencia mi maestra.

— ¡Y lo que os sucede á vos  
 Ha de acontecerme á mí?  
 — ¡La honra, señor, que perdí  
 No basta á dárme la Dios!

Y cuando vos la perdais...  
 — Yo mismo la cobraré. —  
 — Yo tambien me lo pensé,  
 Pero como yo la errais.

Que es la muger un cristal  
 Que si se empaña una vez  
 La mancha ó la palidez  
 Se lavan luego muy mal.

Mirad, Don Mendo, al balcon  
 Y á la calle atentamente.  
 — ¡Padre, padre, eternamente  
 La misma conversacion!

— Si os salvé, señor, la vida,  
 La honra os he de salvar,  
 Yo por ella he de velar,  
 Si vuesa merced la olvida.

— Ved que vos podeis muy bien  
 Dar camino á una sospecha.  
 — Ved que en cuenta tan estrecha  
 Podeis vos errar tambien.

— ¡Ved que soy yo su marido!  
 — ¡Ved que ella es vuestra muger!  
 — Sé que me ama.

— Puede ser.

— ¡Y pudiera...  
 — Haber mentido.

— Mas, padre, vos...  
 — Vedla alli,

Y aunque así á vos no os ofende,  
 Pensad que á todos atiende  
 Menos á vos...

— ¡Eso sí!

— Pues si os ama, ¿cómo á vos  
 Es á quien busca el postrero?  
 — Ay triste del que altanero  
 Me compita ¡vive Dios! —

Asi en voz baja platican  
 Aquellos dos personajes  
 Al ir de su propia casa  
 Avistando los umbrales;  
 Y saludando á Leonor  
 Que al balcon á verlos sale,  
 Con la procesion siguieron  
 Toda la plaza adelante.

#### VIII.

En un estrecho aposento  
 Al amarillo fulgor

Que por entre seis cristales  
 Despide un turbio farol,  
 El capellan y Don Mendo  
 En tenue y secreta voz  
 Vienen de aita consecuencia  
 Trabada conversacion.  
 Don Mendo está pensativo,  
 Encendido de color,  
 La mano puesta en la frente,  
 Mal sentado en un sillón,  
 Los cabellos en desórden,  
 Luchando con su interior,  
 Y retratando en el gesto  
 La inquietud del corazón.

El capellan tiene el rostro  
 Entre hipócrita y feroz,  
 Y contempla el de Quiñones  
 Con ojo escudriñador.  
 Al abrigo guarda el suyo  
 De la sombra del farol,  
 Cuidando de que á Don Mendo  
 Ilumine el resplandor.  
 Entre ambos hay estendido  
 Un macizo velador  
 En que para estar mas cerca  
 Se apoyan tal vez los dos.  
 A una pregunta de Abarca  
 De estremada concision  
 Con otra pregunta idéntica  
 El capellan contestó.

— Y su tristeza y despego  
 ¿No veis de entonces, señor?  
 — Mas ved, padre...

— ¿Y no decis

Que al saber vuestro perdon  
 Casi loca de alegría  
 Vuestra vuelta aceleró?  
 — Es verdad.

— ¿Y no decis

Que advertisteis variacion  
 Desde la misma mañana  
 En que en la corte se vió?  
 — ¿Y eso, padre...

— ¿Y no decis

Que un ensueño aterrador  
 La atosiga desde entonces  
 Y la pone en afliccion?  
 — Es verdad.

— ¿Y no decis

Que de aqueste torcedor  
 Nunca la secreta causa  
 Vuestra esposa os reveló?  
 — Y eso prueba...

— Que en su pecho

Hay secretos para vos,  
 Y las mugeres no tienen  
 Mas secretos que el amor. —

Don Mendo apretó los puños  
 Cuando tal respuesta oyó,  
 Y en la inquietud de sus ojos,  
 Que revuelve en derredor,  
 Se ve bien que busca el triste  
 Otra disculpa ó razon.  
 En tanto el cura le atiende  
 Con sonrisa de traidor,  
 Y rebosan sus pupilas  
 Sangrienta satisfaccion.  
 Por fin, como quien despliega  
 Todo el último valor,  
 Con hondo y trémulo acento  
 Mendo Abarca replicó :

— Tal vez de mugeres, padre,  
 Secretos caprichos son  
 Que solo consultar deben  
 Allá con su confesor.  
 — Los caprichos mugeriles  
 Ya os dije, Don Mendo, yo,  
 Que si al marido se celan  
 No son mas que otra pasion.  
 — Callad, padre, porque me hacen  
 Vuestras palabras pavor,  
 Y es tan profunda esta herida  
 Que me duele ¡vive Dios!  
 — Pues buscad presto remedio,  
 Don Mendo, porque sinó  
 La herida se os hará cáncer  
 Que gangrene vuestro honor.  
 Mañana tal vez...

— ¡Por cierto

Que es tremenda precision!  
 Dejadme que bien pensado  
 El tiempo...

— ¡Tiempo veloz,

Tiempo rápido! que el tiempo  
 Carcome la reflexion.

— Pero, padre, ¿ved que errarlo  
 No fuera...?

— Nunca peor,

Que en cuidar mucho su honra  
 Jamás hidalgo pecó.

Ved que yo he perdido el mio,  
 Y aunque hice venganza atroz,  
 Ni le he cobrado, ni el tiempo  
 Me ha quitado este borron.

— Pues bien, si es cierto, á impedirlo  
 O á vengarle pronto estoy.

— Pues el remedio, ó venganza :  
 Ved que urge.

— Teneis razon;

Y pues sabeis la dolencia,  
 Buscadme el remedio vos. —

Guardaron ambos silencio  
 En torva meditacion :  
 Don Mendo fijos los codos

Sobre el ancho velador,  
 Las sienas entre las manos  
 Y el cabello en confusion,  
 Como quien devora y siente  
 Secreto afan interior.  
 Su sombrío compañero  
 De espaldas en el sillón,  
 Es un hombre á quien se puede  
 Partir la figura en dos:  
 Unas veces es un monge,  
 Ministro santo de Dios,  
 Cuya presencia es consuelo  
 A mundanal afliccion,  
 Cuyo rostro da franqueza,  
 Cuya majestuosa voz  
 Aconseja dulcemente  
 Dando calma al corazón.  
 Otras es un hombre osado,  
 Duro, hipócrita, ó traidor,  
 Que aguarda en faz misteriosa  
 Una pensada ocacion:  
 Un tigre que acecha oculto  
 La presa que descubrió,  
 Y hace que duerme tranquilo  
 Para asaltarla mejor.  
 Si baja al suelo los ojos  
 Dirian que hace oracion,  
 Mas arden cuando los alza  
 En fuego fascinador;  
 Y al fijarlos en Don Mendo  
 Tan horrible es su espresion:  
 Que mas que monge, dijeran  
 Que semeja un salteador.  
 A veces pintan la ira  
 Y á veces la compasion,  
 Y á veces pintan los celos  
 Y otras veces el furor;  
 Y el orgullo y la vergüenza,  
 Y el duelo y la confusion,  
 Y la venganza y la rabia,  
 La constancia y el valor,  
 A un tiempo brillaba en ellos...  
 Mas todo cambió veloz  
 Cuando Don Mendo la frente  
 De entre las manos alzó.  
 Fué otra vez el mismo monge  
 Amigo y consolador  
 Que la existencia de Abarca  
 En el combate salvó.  
 La mirada que Quiñones  
 Tendió angustiado en redor  
 A la del monge pedia  
 Mas que justicia, perdon.  
 Mas el clérigo inflexible  
 En sorda y siniestra voz  
 Así dijo entre los dedos  
 Deshilachando el ropón:  
 — Escuchadme, Mendo Abarca;

En negocios como el de hoy  
 Hasta que todo se aclara  
 Disimular es mejor.  
 Solo un medio se me alcanza:  
 Pues que capellan soy yo,  
 Disponed que á vuestra esposa  
 Oiga un dia en confesion. —

Y esto diciendo brillaban  
 Sus ojos con tal fulgor,  
 Que semejaron la lumbre  
 De enrojecido carbon.  
 El marido, que turbado  
 Tal vez no le comprendió,  
 Replicóle:

— ¡Entonces, padre,  
 Lo alcanzareis solo vos! —  
 A lo que el clérigo dijo:  
 — Muy torpe, Don Mendo, sois,  
 Pues se oye desde una alcoba  
 Lo que se habla en un salon.  
 — Cierto, padre; pero... hay puntos  
 Que en ofensa son de Dios.  
 — Cierto, Abarca, mas hay prendas  
 Que encierran tanto valor.  
 — ¡No os comprendo!

— Concluyamos  
 Tan necia conversacion;  
 Si sois hidalgo, Don Mendo,  
 Curad bien de vuestro honor,  
 O sufrid que el pueblo ria  
 A vuestra faz...

— ¡Eso no!  
 ¿Decís que el pueblo se rie?  
 — ¿Quién lo duda?

— ¿Y tal baldon  
 Llevará junto mi nombre...?  
 — El del marido, señor.  
 — ¿Y mi esposa...?

— Ha de infamaros  
 Si es cierto que os engañó,  
 Ireis con ella á la corte,  
 Y han de mofarse de vos.  
 El rey os hablará de ella,  
 Y ha de mofarse de vos.  
 La verán al lado vuestro,  
 Y han de mofarse de vos,  
 Y os tendrán, á no vengaros,  
 Por necio, ó encubridor.  
 — ¡Basta, padre, ó con la lengua  
 Os arranco el corazón,  
 Que verdades tan amargas  
 Las tolera solo Dios!  
 ¡Basta á fé...! fingiré un voto  
 De una peregrinacion,  
 Su confesion en voz alta  
 La tomareis, padre, vos;  
 Pero dentro de la alcoba  
 La he de escuchar tambien yo. —

Y alzándose del asiento  
Tomó Don Mendo el farol,  
Dirijiéndose á una puerta  
Que da paso á un callejon.  
El clérigo le seguia  
En ademan triunfador,  
Y al trasponer los umbrales  
Entre dientes murmuró :  
« Este mes hace tres años,  
« Mañana al salir el sol  
« Un crimen y un duelo mismo  
« Tendremos que llorar dos. »  
Tornóse Mendo, y pensando.  
Que dudaba preguntó :  
— ¿ Qué decís, padre?  
— Rezaba :  
Id adelante, señor. —

IX.

En una sala cuadrada  
Con tres tapices cubierta,  
Al pié de un reclinatorio  
De cincelada madera,  
Ante un monje de rodillas  
Con un velo en la cabeza  
Doña Leonor de Quiñones  
Cristianamente confiesa.  
El rojo sol de occidente  
Reflejando en las vidrieras  
Por las entornadas hojas  
Con trémula luz penetra.  
Y en los tapices tendiendo  
Una ráfaga postrera,  
Con paso incierto al huirse  
Pasa de una en otra hebra.  
Hay á un lado de la sala  
Con un cerrojo una puerta,  
Y en el otro un gabinete  
Con una cortina negra.  
La muger en faz humilde,  
El monje en faz altanera,  
Seguian la confesion  
En preguntas y respuestas.  
Pregunta el monje en voz alta,  
Responde en voz débil ella;  
Él pregunta : — ¿ No es así?  
Y ella — *Sí padre* — contesta.  
Parece segun lo exacto  
Con que pregunta y acierta,  
Que está el confesor leyendo  
La pregunta en la conciencia.  
Decia el monje :

— ¿ Una noche?  
— Sí padre.  
— ¿ Las doce eran?  
— Sí padre.  
— ¿ Zumbaba airada

En las torres la tormenta?  
— Sí padre.  
— ¿ Amais á Don Mendo?  
— Sí padre.  
— ¿ Y sabeis que es fuerza  
Guardar entera la honra  
Que un hombre á su esposa entrega?  
— Ved, padre, que yo dormia.  
— ¿ Y quién guardaba las puertas,  
Que así osó llegar un hombre  
Hasta la cámara vuestra?  
¿ Sabeis que no bastan llaves,  
Murallas, ni centinelas,  
Para guardar dignamente  
La fama y la honra ajena?  
¿ Sabeis que son las mugeres  
Solo un arca donde cierran  
Todo su honor los maridos  
Con candados de vergüenza?  
¿ Sabeis que muger sin honra  
Es solo un padron de afrenta  
Que eternamente en el rostro  
El vendido esposo lleva?  
— Ved, padre, que yo dormia :  
¡ No fué crimen, sino fuerza!  
— ¿ Y no pedisteis á Mendo  
Venganza horrorosa y presta?  
— Fáltóme, padre, el valor.  
— ¡ Luego fué traicion completa,  
Pues que lanzásteis el dardo  
Y escondisteis la ballesta ! —

Trémula, medrosa, ahogada,  
La frente contra la tierra,  
El rostro entre las dos manos,  
Clamó acelerada ella :  
— Callad, padre, y si pequé  
Imponedme penitencia ! —

En esto alzó la cortina  
Don Mendo que tal oyera,  
Y asiéndola del cabello  
La dijo :

— ¡ Pues que confiesas  
Que cometiste la culpa,  
Sufre, traidora, la pena ! —

Y escondiéndola la daga  
Dentro la garganta mesma,  
Luchando con la agonía  
Sobre la alfombra la suelta.

A su espalda en este punto  
Horrible, insultante, hueca  
Oyóse una carcajada,  
Y el capellan con violencia  
Poniendo mano al estoque  
Gritó á Don Mendo en voz recia :  
« Yo asesiné á Margarita,  
Y lavé mi honra en la vuestra.

Don Mendo, yo soy *Rui Perez*,  
 Que há tres años que os acecha,  
 Que os acosa y os persigue,  
 Porque sabe, aunque le pesa,  
 QUE HONRA Y VIDA QUE SE PIERDEN  
 NO SE COBRAN, MAS SE VENGAN. »

---

SONETO.

---

Cólmame, Juana, el cincelado vaso  
 Hasta que por los bordes se derrame,  
 Y un vaso inmenso y corpulento dame  
 Que el supremo licor no encierre escaso.

Deja que afuera por siniestro caso  
 En són medroso la tormenta brame,  
 Y el peregrino á nuestra puerta llame  
 Treguas cediendo al fatigado paso.

Deja que espere, ó desespere, ó pase;  
 Deja que el recio vendabal sin tino  
 Con rauda inundacion tale y arrase;

Que si viaja con agua el peregrino,  
 A mí, con tu perdon cambiando frase,  
 No me acomoda caminar sin vino.

---

TEMPESTAD DE VERANO.

Toledo, 23 de julio de 1834.

---

FRAGMENTOS.

I.

Por entre moradas nubes  
 Derrama su lumbre el sol,  
 Y el valle, el monte y el llano  
 Ascuas á su impulso son.

Busca el pájaro en las ramas  
 Abrigo consolador,  
 Y al pié del robusto tronco  
 Dormita el toro feroz.

La lengua tinta de espuma  
 Tiene de turbio color,  
 Secas las fauces que tragan  
 Abrasada aspiracion.

Tardos vagan los reptiles  
 De sus grutas en redor  
 Entre la tostada yerba  
 Huyendo la luz del sol.

No arrulla tórtola triste  
 Con lastimero clamor  
 Entre el follaje sombrío  
 Su enamorada afliccion ;

Ni estremeciendo las plumas  
 Al dar arranque á la voz  
 En dulces trinos gorgea  
 Armonioso ruiseñor.

Ni se oye de los insectos  
 El ronco y cansado són,  
 Ni los olmos se columpian  
 Con susurrante rumor ;

Ni las espigas se doblan  
 En vistosa confusion,  
 Ni entona groseras letras  
 Allá en el valle el pastor,

Ni trepa la suelta cabra  
 Por el agudo peñon  
 De una vana yerbecilla  
 Libre y caprichosa en pos.

Ni ladra el mastin atento,  
 Ni ahulla el lobo traidor,  
 Ni cruza por la vereda  
 De hormigas largo cordon.

Ni en la ciudad ni en el llano  
 Ocioso ni reñidor  
 Aguarda en peña, ó esquina,  
 Amigo, dueña, ó maton.

Ni asoman dos ojos negros  
 Velando en un mirador  
 La estrecha y oscura calle  
 Con diligente atencion.

Todo calla inmóvil y mustio  
 De Toledo en derredor,  
 Bajo la choza pajiza,  
 Bajo el calado artesón.

Que al lejos como la sombra  
 Del brazo airado de Dios  
 Avanza con dobles alas  
 Nublado amenazador ;

Y con él nubes y nubes  
 En apiñado escuadron,  
 Que encapotando los cielos  
 Van á atropellar al sol.

Allá en su cóncavo seno  
 Brama oculto el aquilon,  
 El trueno encerrado muge,  
 Hierve el rayo asolador,

Y todo en informe masa,  
 En espantoso monton,  
 Sin fuerzas ni ley que basten  
 A detener su furor,

Rueda en la atmósfera á ciegas  
Como buque sin timon,  
Como peñasco gigante  
Que ancho volcan vomitó.

Doblan roncacas las campanas,  
Y á su colosal clamor  
Se estremece el aura densa  
Con rápida vibracion.

El firmamento desploma  
En álito abrasador  
Cuanto fuego en sus entrañas  
El Altísimo encerró.

Solo el monge fatigado  
Cruza tarde el callejon  
Hacia el silencioso templo  
A alzar himnos al Señor.

Tal vez del lecho le arranca  
El importuno reló,  
Y va acongojado y lento  
Murmurando una oracion,

En imperceptibles voces  
Y murmurante rumor,  
Que entre el són de las campanas  
Al elevarse se ahogó.

Al cabo desaparece,  
Y apostado en el porton  
El mendigo le saluda  
Con desfallecida voz.

—  
¡Hé aquí ya el negro nublado,  
Que como hambriento dragon  
Toda la lumbre del dia  
De un solo empuje sorbió!

¿Quién sabe al flotante monstruo  
La fuerza que ha dado Dios?  
¿Quién sabe las maldiciones  
Con que su vientre preñó?

¿Quién sabe despues que pase  
Lo que ha de dejar en pos?  
¿Quién de los que ora le vemos  
Podrá decir que le vió?

Quando rasgue sus tinieblas,  
Quando derrame su voz,  
¿Qué luz brillará en el polvo?  
¿Qué garganta hará rumor?

## II.

Quedaron en calma un punto  
Ambos á par aire y tierra  
Del imponente nublado  
Bajo las alas espesas,

## I.

Y á la luz de aquel crepúsculo  
Que mas que ilumina ciega  
En la horrible incertidumbre  
De la luz y las tinieblas.

El aire que se respira  
La avara garganta seca,  
Y en el sudor de la frente  
Húmedo el rostro gotea.

Relincha el caballo inquieto  
En la cuadra que le encierra,  
El perro espantado ahulla  
Y receloso olfatea.

El pájaro de su jaula  
Contra el alambre se estrecha,  
Y al abrigo de sus plumas  
Escucha, mira y recela.

Solo la afanosa araña  
Su red y su caza deja,  
É inmoble y pegada al muro  
El trueno y la lluvia espera.

Ancha, redonda, abrasada  
Bajó una gota que apenas  
Mojando el sitio en que posa  
Desvaneciéndose humea.

Dobla el calor; y la calma  
Y la fatiga se aumentan,  
Y en trémula expectativa  
Todo calla y todo vela,

Y el mundo semeja un reo  
Que mira desde una reja  
Cómo en la plaza su cómplice  
Al pié del cadalso llega,

Y duda y vacila y teme  
Que se salve y que perezca,  
Porque una palabra suya  
O le salva ó le condena.

## III.

¡Un relámpago! — al punto desatadas  
El arenal las ráfagas barrieron,  
Y en espeso tumulto aglomeradas  
Las nubes el crepúsculo sorbieron.

En tinieblas cerróse el aire impuro;  
El hombre amedrentado y temeroso  
El recio temporal llamó á conjuro  
De las campanas al doblar medroso.

Y rotas las barreras del nublado  
La lluvia y el granizo se desploman,  
Y allá en su centro en círculo abrasado  
Los fugaces relámpagos asoman.

Sin tregua entonces, ni piedad, ni freno,  
Agua, granizo y viento se esparraman,

Y al hondo són del prolongado trueno  
Talan, devoran, y en tumulto braman.

Hierve el turbion, cegáronse las fuentes,  
Los arroyos hinchados y bravios  
Bajaron convertidos en torrentes  
A desgarrar los diques de los rios.

Sus altaneras ondas vencedoras  
Los campos adelante se llevaron,  
Y envueltos en las hondas bramadoras  
Mieses, cabañas y árboles bajaron.

Peñas, casas, ganados y pastores,  
Todos siguieron el fatal destino;  
Presa de sus esfuerzos vengadores  
No quedó senda, ruta, ni camino.

Y oran allí á los piés de los altares  
En humilde tropel las criaturas  
Al Dios que las tormentas y los mares  
Humilla con su voz en las alturas.

Del ronco viento al vigoroso empuje  
Del templo gime el colosal cimiento,  
Estremecida la techumbre cruje,  
Y en sus esquinas se desgarran el viento.

Crece el turbion : las sombras del nublado  
Ancha guarida por el templo toman,  
Y en el cristal del roseton pintado  
Rápidos los relámpagos asoman.

A veces como grupos encendidos  
De espectros y diabólicas figuras  
Vacilan en los vidrios sacudidos  
Variando de contornos las pinturas.

El áspero granizo les azota,  
Y al darles luz la exhalacion por fuera  
Cada en los vidrios suspendida gota  
Un sol y una fantasma reverbera.

Es el aire murmullo indefinible  
Donde sin leyes, ni prision, ni valla  
Los espiritus dan en ronda horrible  
Zambra impura y quimérica batalla.

Cada puerta ojival cóncava y hueca  
Entre su red de góticas labores  
Una osamenta descarnada y seca  
Dibuja entre fantásticos colores.

Cada verja una hilera de esqueletos,  
Cada capilla un antro de vampiros  
Que columpian y doblan los objetos,  
Que lanzan ayes, cantos y suspiros.

Cada ventana una abrasada boca  
Que, abierta en espantosa carcajada,

Apenas el relámpago la toca  
Respira una sulfúrea llamarada.

Hoguera horrible, á cuya luz errante  
En rauda confusion saltan y flotan  
Las figuras que el vidrio vacilante  
Con cuerpos de color manchan y embotan.

Y á la par, en un punto, en todas partes  
En cada vidrio que la lumbre hiere  
Gestos, hachones, cruces, estandartes...  
Y el relámpago pasa, y todo muere.

¡Tropa infernal de sombras vaporosas!  
¡Abortos estrambóticos del miedo,  
A quien da faz y formas religiosas  
Crédula y fácil la oriental Toledo!

## IV.

Y entre nubes purpurinas  
Peregrinas  
De azulado tornasol  
Tendió el iris á lo lejos  
Los reflejos  
De los colores del sol.

Tendió en riquísimas bandas  
Siete randas  
Sobre el invisible tul,  
Con que tan falaz nos miente  
El manso ambiente  
Ese firmamento azul.

¡Salve! ilusion de consuelo  
Con que el cielo  
Cierra el paso al vendabal,  
Levantando en su alegría  
Al claro dia  
Arco espléndido triunfal.

¡Salve! luz tornasolada  
Delicada,  
Prenda mágica de paz  
En que el cielo jura al alma  
Dulce calma  
Tras la negra tempestad.

¡Salve! ¡oh iris pasajero,  
Mensajero  
Del supremo Criador,  
En cuyos colores siete  
Nos promete  
Solaz y treguas y amor!

Por tí en el rojo occidente  
Trasparente  
Vuelve el sol á levantar  
La faz pura, esplendorosa,  
Y luminosa  
Al acostarse en el mar.

Por tí con cánticos suaves  
Van las aves  
Surcando el aura otra vez,  
Loando en dulces rumores  
Los primores  
De tu escelsa brillantéz.

Por tí en delicadas tocas  
De las rocas  
Se desprende virginal  
La melancólica niebla  
Cuando puebla  
El ámbito celestial.

Por tí, á través de su vuelo,  
Luz da al cielo  
La luna en turbio crespon,  
Como reina macilenta  
Que se ostenta  
En magnífica ilusion.

Por tí dejan las estrellas  
Blancas huellas  
De su opaca reina en pos  
Como lámparas dudosas  
Ostentosas  
En el alcázar de Dios.

¡Salve! ilusion de consuelo  
Con que el cielo  
Cierra el paso al vendabal,  
Levantando en su alegría  
Al claro día  
Arco espléndido triunfal.

### RECUERDO A N. P. D.

Bajad del monte al escondido valle,  
Frescos arroyos, cristalinas fuentes,  
Que en esas rocas anchurosa calle  
Buscais á vuestras rápidas corrientes,  
Y en un remanso recojido acalle  
Vuestra linfa sus ondas maldicientes,  
Porque sorbiendo el valle su frescura  
Cargue su espalda de eternal verdura.

Bajad, aguas, del monte susurrando  
Sobre las calvas peñas destrenzadas  
Los colores del sol reverberando  
En gotas con el sol tornasoladas,  
Que manantiales os irán prestando  
Esas agudas cumbres escarchadas  
Donde se está filtrando en hilos leves  
La eterna plata de las limpias nieves.

Claros, sonoros, libres arroyuelos  
Que vais de piedra en piedra juguetones

Césped brotando y derritiendo hielos  
En curso inquieto y deleitables sonos,  
Felices sois pues que mundanos duelos  
No adormís, ni raquíticas pasiones  
Al compas con que os suelta y desparrama  
Desde sus canas cumbres Guadarrama.

Pues naciendo en recónditos asilos  
Rodais por esas mudas soledades,  
En anchas ondas, ó en delgados hilos,  
Por altas rocas, ú hondas cavidades,  
Ya os arrullen los céfiros tranquilos,  
Ya el soplo de revueltas tempestades;  
¡Felices vuestras aguas transparentes,  
Libres arroyos y perdidas fuentes!

Bajad del monte, y si en el valle umbroso  
Bajo su tosco pabellon de pinos  
La soledad os cansa y el reposo  
De sus antros y sotos peregrinos,  
Torced el suave paso rumoroso,  
Trasponed puentes, y cruzad caminos  
Ganando tierra y conquistando calle  
Hasta los bordes del postrero valle.

Cual solitaria y lánguida palmera  
Que el sol marchita y Aquilon azota  
Vereis allí á Segovia la altanera  
Ya por el tiempo consumida y rota,  
Tal vez caduca, pero hidalga, y fiera  
Con su pujante antigüedad remota,  
Que aun la ofrecen sus claros manantiales  
Sobre torres sin tiempo arcos triunfales.

Bajad, arroyos, la vereis ufana  
Raudos al deslizar vuestra corriente  
Sobre esa enorme creacion romana  
Que al par la sirve de obelisco y puente;  
Noble corona que sustenta vana  
Sobre la apenas poderosa frente;  
Yugo gigante que la abruma el cuello,  
De su antigua grandeza último sello.

Dejad, arroyos, la empinada cumbre,  
El verde soto y soledad amena,  
Y cruzareis la inmensa pesadumbre  
De la alta puente de hendiduras llena :  
De veinte siglos la continua lumbre  
Su tez ha puesto pálida y morena,  
Pero aun se tiene colosal y erguida  
Vertiendo fuerza y ostentando vida.

Bajad, arroyos, y vereis cuan vanos  
Junto á ese eterno y portentoso escombro  
Parecen los escombros cortesanos  
De otra mas flaca edad timbre y asombro.  
Ellos al fin hundiéronse livianos,  
Mas ese aun presta infatigable el hombro  
Mostrando audaz á la flaqueza humana  
El vigor de su estirpe soberana.

¡Oh! esos mezquinos restos solitarios  
 Que yacen por los llanos estendidos,  
 Negras torres, desiertos campanarios,  
 Solares sin señor, templos hundidos,  
 En eriales y cuevas y calvarios  
 Y en olvidado polvo convertidos,  
 No pudieron guardar en la memoria  
 Ni aun de sus dueños la vecina historia.

Ahí están esas góticas capillas  
 Orladas de magníficos relieves,  
 Cargadas de sutiles maravillas  
 En sus aéreos arabescos leves;  
 Ven, y en esas ruinas amarillas,  
 Escrutadora edad, leé si te atreves  
 Por mas que rompas al pensar los diques  
 Mas que confusos Alvaros y Enriquez.

Avanza un siglo mas en tu camino  
 Y un poco mas tu huella profundiza,  
 Y de Alvaros y Enriquez el destino  
 Se hundirá con la tierra quebradiza :  
 Y mañana pasando el peregrino  
 Al topar de sus huesos la ceniza  
 Dirá por conjeturas : *¡aquí fueron!*  
 Pero podrá jurar que *aquí murieron.*

Ahí queda en ese alcázar mutilado  
 Bajo los opulentos artesones  
 De reyes un espléndido senado  
 Con sus cetros, coronas y blasones;  
 Y hoy en su puente roto y derribado  
 Y en sus pintarrajeados murallones  
 Acaso en vano el pensador profundo  
 Las huellas buscará de Juan Segundo.

Que aun tres siglos su faz surcan apenas,  
 Y tres veces tal vez le apuntalaron;  
 El uno vació en lanzas sus cadenas,  
 Y las lluvias del otro le minaron.  
 Cegó el otro de adobes sus almenas,  
 Y los tres al pasar le profanaron,  
 Cual copa así que en el festin rompieron  
 Y por juguete á los muchachos dieron.

Do quier se tiendan los avaros ojos  
 Escombros hallan, débiles memorias  
 Que apenas en estériles despojos  
 Rastro dudoso dan de sus historias :  
 Donde quiera en fatídicos manojos  
 Huesos se hacinan y se esconden glorias,  
 Sin que sepan decir tantos osarios  
 Si eran romanos, godos ó templarios.

Mas id á demandar á ese coloso  
 El nombre de la pátria y la alta cuna  
 De la raza del pueblo poderoso  
 Que ató á sus piés el tiempo y la fortuna :  
 Y en ese audaz esfuerzo prodigioso  
 Con que á la edad fatiga é importuna,

Con que de veinte siglos la carcoma  
 Se atreve á rechazar, vereis á Roma.

En vano airado le sacude el viento,  
 Y en vano el ronco temporal la moja,  
 Y en vano sobre el monstruo macilento  
 Tan larga edad su pesadumbre arroja;  
 Que siempre altivo y grande y opulento  
 Ni el vendabal ni la vejez le enoja;  
 Y siempre rico en su ciudad derrama  
 Los arroyos que bebe en Guadarrama.

Bajad del monte, frescos riachuelos,  
 Aguas puras de fuentes cristalinas  
 Que hollais el césped y chupais los hielos  
 En esas cumbres á la luz vecinas;  
 Bajad del monte si abrigais desvelos  
 En vuestras soledades peregrinas,  
 Cansados ya de la desierta sierra  
 De ver mas ancha y bulliciosa tierra.

De esa colina en la escondida falda  
 Donde entre brezos de color pajizo  
 Tiende la yerba trenzas de esmeralda  
 Con que á sus solas sus alfombras hizo,  
 Donde con flores de carmin y gualda  
 Corona vuestro espejo movedizo,  
 Hay una puerta en el hendido casco  
 De los doblados lomos de un peñasco.

No hay á su paso impertinente estorbo  
 Ni crece á su dintel adelfa amarga,  
 Ni fiera alguna de talante torvo  
 La linfa turba en su carrera larga :  
 Torced por ella vuestro curso corvo  
 Sobre el peñasco que el camino alarga  
 Hasta que vuestros rápidos cristales  
 Rueden sobre los arcos imperiales.

Surquen ¡oh fuentes! en tropel sonoro  
 Por la ancha espalda del escelso puente  
 Reverberando las madejas de oro  
 Vuestras gotas, del sol resplandeciente.  
 Bajad del monte en susurrante coro  
 Agitando la límpida corriente;  
 Vereis el sello con que el hombre doma  
 De veinte siglos la opulenta Roma.

Y si pasando, desde el alto lecho  
 Do el puente os presta soledad y abrigo,  
 Veis por las grietas del canal estrecho  
 Tal vez llorando á mi amoroso amigo,  
 Si es que las llagas de su herido pecho  
 Consuelo admiten ó á su mal testigo  
 Decidle que hay quien su pesar agora  
 Del Manzanares á la márgen llora.

Frescas, puras, corrientes, cristalinas  
 Fuentes sonoras, límpidos arroyuelos  
 Que de esas cumbres á la luz vecinas  
 Hollais el césped y bebeis los hielos,

Si hallais en tantas flores las espinas  
De sus antiguos y cansados duelos,  
Dadle de vuestra fugitiva randa  
Con el claro compas música blanda.

Y así reviente en matizadas flores  
Y en madre selvas vuestra verde orilla,  
Y os preste sombra, arroyos bullidores,  
La caña cimbradora y amarilla;  
Y así bajen los lindos ruiseñores,  
La suelta garza y triste tortolilla  
A hundir en vuestras frágiles espumas  
Los tiernos picos y esponjadas plumas.

---

A LA NIÑA C. D. E.

---

Niña que creces ufana  
Flor temprana  
De la vida en el vergel,  
Ostentando primorosa  
Flor pomposa  
Tus mil matices en él;

Ríe y canta mientras dura  
La frescura  
Y la pompa de tu abril,  
Mientras luce claro el día  
¡Vida mía!  
De tu fortuna infantil.

Que de vida y de luz lleno  
Hoy sereno  
Brilla espléndido tu sol  
Y con vivo lampo dora  
De tu aurora  
El purísimo arbol.

Ríe y canta, que este yerto  
Gran desierto  
Que llamamos mundo aquí,  
Aun guarda blandos olores,  
Ricas flores,  
Y regalo para ti.

Aun en él para tu infancia  
Hay fragancia,  
Calma, sombra, fresco y paz,  
Sin que viento revoltoso  
Tempestuoso  
Interrumpa tu solaz.

Aun podrás colgar tu cuna  
De la luna  
Al tranquilo resplandor,  
Mientras el aura la mece  
Y te adornece  
Con su canto el ruiseñor.

Aun podrás con tu sonrisa  
Blanda brisa  
Conjurar para dormir,  
Sin que turbe tu contento  
Un pensamiento  
Del dudoso porvenir.

Aun podrás en deliciosos  
Vaporosos  
Blancos sueños delirar,  
Sin temer que el desengaño  
Vele uraño  
A tu lado al despertar.

Que los niños mientras os dura  
La ventura  
De la cándida niñez,  
Siempre hallais un seno amigo  
Que os da abrigo,  
Calma y defensa á la vez.

Ramas de amorosa yedra  
Que á la piedra  
Que os ampara os acojéis,  
Pagándola en fortaleza  
Y en belleza  
El favor que la debeis.

¡Ay! y podeis tornar los ojos  
Sin enojos  
Ni zozobra criminal  
A buscar un tierno abrazo  
En el regazo  
Que os sustentan maternal.

Que sois ángeles los niños,  
Como armiños  
En pureza y en candor;  
Dulces prendas de consuelo  
Que en su duelo  
Da á los hombres el Criador.

Ríe y canta, niña hermosa,  
Flor pomposa  
De la vida en el vergel;  
Ríe y canta mientras dura  
La ventura  
Y la paz que hallas en él.

---

Ríe y canta tu alegre primavera,  
Mariposa de cándido color,  
Que te meces inquieta y pasajera  
De árbol en árbol, y de flor en flor.

Mientras puedes gozar, goza y delira;  
Mientras en este yermo valadi  
La ráfaga que abrasa al que la aspira  
Brisa te da consoladora á ti.

Goza, niña, tranquila descuidada  
Las dulces horas que de amor te dan,

Sin acordarte de la edad pasada,  
Ni del dudoso y venidero afán.

Goza, niña, en tan mágico embeleso  
El puro halago del materno amor,  
El labio atento al regalado beso,  
La frente tinta de infantil rubor.

Esa es tu dicha, tu placer, tu vida,  
Vivir amando, y para tí no hay mas,  
En el regazo maternal dormida  
Sin ver delante, y sin mirar atrás.

¡Oh! ven, hermosa, á mis cansados brazos,  
Yo quiero amarte y delirar tambien;  
Quiero gozar tus débiles abrazos,  
Besar tus labios y tu blanca sien.

¡Si tú alcanzaras á saber de un niño  
Los mimos inocentes lo que son,  
Y cuánto calma un infantil cariño  
La amargura y pesar del corazón...!

Ven, sentada en mis rodillas  
Tus mejillas  
Amoroso besaré,  
Beberé en tus ojos bellos  
Cuanta vida encuentre en ellos,  
Y en su luz me mimaré.

Si en mis brazos arrullada  
Fatigada  
Te pluguiera dormirar,  
Porque duerma muellemente  
Alzaré confusamente  
Algun lánguido cantar.

Y si alegre, entretenida  
Estás, ¡mi vida!  
Escuchándome decir,  
Te contaré lindos cuentos  
De hadas y encantamientos  
Que te halaguen al dormir.

Te diré historias tan bellas  
Que con ellas  
Sueñes, niña, sin cesar;  
Te diré cosas tan suaves  
Como el canto de las aves,  
Y del aura el susurrar.

Ríe, niña, y canta ufana;  
Flor temprana  
De la vida en el verjel;  
Ríe y canta mientras dura  
El regalo y la ventura  
Y la paz que hallas en él.

Antes que tu edad contenta  
La tormenta  
Desgarre de una pasión,

Ríe y canta mientras inerte  
En la paz del tiempo duerme  
Encerrado el aquilon.

Mientras lejos de tí braman,  
Y esparraman  
Las venturas del vivir  
Los mundanos vendabales,  
Tú las dichas terrenales  
Apresúrate á reír.

Ríe y canta, niña hermosa,  
Flor pomposa  
De la vida en el verjel;  
Ríe y canta mientras dura  
El regalo y la ventura  
Y la paz que hallas en él.

## A UNA CALAVERA.

FANTASÍA.

«¿Conoces á ese hombre?  
— No por cierto.  
— Mirale bien, y tómale las señas.  
— Imposible. Lleva una máscara tan  
impenetrable como las tinieblas.»  
F. COOPER.

¡Ahí estás tú, secreto de la vida,  
Espantosa memoria de la muerte!  
Cifra cuanto fatal desconocida,  
¿Quién alcanzó jamás á comprenderte?

Honda verdad donde el vivir se encierra,  
Geroglífico audaz, testigo mudo  
Que incrustó en los dinteles de la tierra  
Quién sostenerse á su dintel no pudo.

Ahí estás con tu irónica sonrisa;  
Tus huecos ojos y tu calva frente;  
Aguardando tal vez la última brisa  
Que al puerto del morir lleve la gente.

¿Qué miran, di, tus cóncavos vacíos?  
¿Qué escuchan tus oídos sin orejas?  
¿Rien de los humanos desvarios  
Con gesto inmóvil tus encías viejas?

¿Quién eres, di, desnuda calavera,  
Crédito del que fué, prenda de alguno,  
Que por ser una prenda de cualquiera  
No como suya te querrá ninguno?

¿Fuistes hermosa y jóven y adorada,  
Fuiste grande, feliz, rica y temida,  
O cruzastes el mundo despreciada  
Mendigando tu pan desconocida?

Si fuiste rey, ¿qué se hizo tu corona?  
Si grande, ¿qué se hicieron tus blasones?

¿Quién tu nobleza y tu poder abona  
Del callado sepulcro en las regiones?

¿Oyes alguna vez esa campana  
Que dobla por los vivos que murieron?  
¿Al eco de su voz triste y lejana  
Sabes tú si las almas acudieron?

¿Alguna vez, sombría calavera,  
Acaso algunos monges te llevaron  
A un templo, donde en pompa lastimera  
Sobre un negro ataúd te colocaron?

Si registraste su morada oscura  
¿Sin duda que gozaras cuando vieras  
Tantas cabezas que la tierra impura  
Ha de tornar en tantas calaveras!

Si dejaste la luz triste y mendigo,  
¿No te halagaba en la mortuoria fiesta  
En recinto comun tener contigo  
Un pueblo, un trono, un ara, y una orquesta?

Cuando á la roja luz de los blandones  
En el metal del ara te veías,  
Al contemplar tus cóncavas facciones,  
Tu espantoso mohín, ¿no te reías?

Al revolver tus viejos pensamientos,  
Si acaso pensamientos te dejaron  
Las lluvias, los gusanos y los vientos,  
¿No te escitó á reír lo que pensaron?

Aquella niña hermosa que escondía  
Los dedos de márfil torneados, puros,  
Entre los rizos que en la sien mecía  
En confusion, como la sombra oscuros,

Sus ojos de azabache que espiaban  
Los ojos del mancebo irreverente  
A cuyo fuego criminal brotaban  
Las rosas del pudor sobre su frente,

Aquella niña bulliciosa, inquieta,  
La sien ceñida de crespon y flores,  
Que por ajeno parecer sujeta  
A los pies del aitar soñaba amores:

Tú la veías seca y descarnada,  
Sin cuanto bello en la hermosa hechiza,  
Calva la frente, huera la mirada,  
Los labios de coral vueltos ceniza.

¡Oh! ¡Gran cosa ha de ser sobre una tumba  
Contemplar en el polvo reunida  
La loca multitud que se derrumba  
Por el gran precipicio de la vida!

Gran cosa; vive Dios! llamar á fiesta  
Con la gigante voz de las campanas,  
Y encender cirios y aprestar orquesta!  
Y alzar altares y entoldar ventanas,

Y convidar á celebrar su nada  
A cuanta juventud, pompa y belleza

Vejeta en una tierra condenada  
A acabar en la nada donde empieza.

¡Oh! ¡Gran cosa tener en una farsa  
El principal papel, la voz primera!  
Y ver al rededor pueblo y comparsa  
Siendo en un funeral la calavera,

Tener un rey y un pueblo prosternado,  
Cabizbajo y sin voz, humilde y quedo,  
Todo el poder del mundo arrodillado,  
Lleno el cobarde corazón de miedo.

¡Oh! ¡Gran cosa tener reyes y hermosas  
Descubierta y doblada la cabeza,  
Sin poder en las manos poderosas,  
Sin encantos ni gracia en la belleza,

Y en un sitial de muerte y podredumbre  
Sentirle bajo el pié como un juguete,  
Y reír de la esclava muchedumbre  
A la sombra de sórdido bonete!

¡Gran corona imperial! ¡grave tocado!  
En un harapo inútil é irrisorio  
Un esqueleto seco y cercenado  
Presidiendo en un túmulo mortuorio.

¡Grave fiesta terrena! ¡régia pompa!  
¿Donde vamos los miseros mortales  
Al ronco són de la funesta trompa  
A cantar nuestros propios funerales!

¿Donde á la entrada del fatal recinto  
Suenan los brindis, la algazara y grita  
Que dentro del mundano laberinto  
Al insensato populacho irrita!

¡Oh! tú puedes decirle al mundo entero:  
« Ríete y bebe, miserable, y danza,  
Mientras en el lecho funeral te espero,  
Porque yo soy tu fin y tu esperanza. »

¿Y no ries, sombría calavera?  
¿No te se antoja descender al llano,  
Y entrar en el festin como cualquiera  
Y á una hermosa ofrecer la seca mano?

¿Agitar tu esqueleto en danza loca,  
Con tus huesos ceñir una cintura,  
Y preparar en la desierta boca  
Un ósculo á la gracia y la hermosura?

Porque si fuiste bella en otros dias,  
Con ojos negros, labios de corales,  
Alguna vez sin duda gustarias  
La dulce hiel de halagos criminales.

Porque si fuiste grande y poderoso  
Sin duda que en ensayos seductores  
Sondaras el secreto vergonzoso  
De trastornar en duelos los amores.

Porque si esclavo fuistes ó mendigo  
Ansiarias de grandes y de dueños

Los que no dividieron ¡ ay ! contigo  
Torpes placeres, y nefandos sueños.

Porque si fuiste austero solitario,  
Allá en la soledad de tu retiro  
Alguna vez lanzaras temerario  
En pos de otro placer algun suspiro.

¿No te se antoja descender al llano  
Engalanada, y fácil, y ligera,  
Y en la fiesta mostrar al mundo insano  
De repente tu calva calavera?

¡ Oh ! ¿ qué te falta para bien tamaño ?  
¿ Una piel trasparente y delicada  
Que cubra el espantoso desengaño  
Del secreto fatal de nuestra nada ?

¿ Y qué importa la piel, manto gastado  
Que nos presta al nacer la tierra ruda ?  
Serás una beldad que han convidado,  
Y por mostrarla mas viene desnuda.

¡ Oh ! ven á delirar donde deliren,  
Y serás la verdad á quien adoren,  
Y el espejo serás en que se miren  
Cuando al tocar su fin clamen y lloren.

Y ven á murmurar donde murmuren,  
A cantar donde canten, las botellas  
A apurar donde en órgia las apuren  
En ébria confusion ellos con ellas.

Brinda altanera cuando brinden todos,  
Y con todos tambien jura y blasfema,  
Hasta que doblen la cerviz heodos  
Para alzarla á la voz de tu anatema.

Harapo que deja el hombre  
Porque su raza al pasar  
El suelo en su viaje alfombre ;  
Firma fatal cuyo nombre  
No se alcanza á deletrear ;

¿ Y es cierto, cráneo pajizo,  
Que aunque pese al corazon  
Eres tú para quien se hizo  
Tanta gala y tanto hechizo,  
Tanta y tanta creacion ?

¿ Es cierto que en otros dias  
Con otra faz y otra taz  
Como yo vivo, vivias,  
Como yo rio, reias,  
Ajeno de tu hediondez ?

¿ Que en esos cóncavos hondos  
Dos ojos aposentabas  
Vivos, inquietos, redondos,  
Y que esos dientes hediondos  
En dos labios encerrabas ?

¿ Que en tu roida mejilla  
Brillaron matices bellos  
En tu tierna edad sencilla,  
Y que en tu sien amarilla  
Se arraigaron los cabellos ?

¿ Es cierto, di, que esa boca  
Sin contornos ni calor  
Que hoy solo la muerte evoca,  
Manó en tu esperanza loca  
Dulces palabras de amor ?

¿ Que acaso el labio amoroso  
En suavísimo embeleso  
A un amante cariñoso  
Demandaba voluptuoso  
Regaladísimo beso ?

¿ Que tal vez, sabio profundo,  
Pasabas tus largas horas  
Sombrio y meditabundo  
Buscando avaro en el mundo  
Venturas engañadoras ?

¿ Que tal vez el ojo atento  
Sobre un libro amarillento  
En tu amarga soledad,  
Se agotó tu pensamiento  
Pensando tu eternidad ?

¿ Que tal vez, señor mundano  
De alcázares y jardines,  
Viviste torpe y liviano  
Entre tropel cortesano  
En impúdicos festines ?

Y ese mundo valadí  
Sabio, amante, loco, ó rey,  
Te trajo con mofa aquí  
Diciéndote : « Esta es la ley,  
Cadáver, descansa ahí. »

¡ Oh ! ¡ nada nos deja ver  
De tus historias de ayer  
Tras de tu faz deleznable  
Tu máscara impenetrable  
Imposible de romper !

Todo lo envuelve esa muda,  
Vaga, insondable verdad  
Que tu inmóvil gesto escuda,  
Esa verdad que desnuda  
La invisible eternidad.

Y el pensamiento altanero  
Viene á estrellarse ¡ ay de mí !  
En ese gesto severo,  
Que es un centinela fiero  
De lo que hay detrás de tí.

En vano dentro la mente  
Se rebelan revoltosas  
Las ideas locamente

creándose de repente  
teorías mentirosas;

Todas vienen á espirar  
En tus cóncavos vacíos,  
Cual las fuentes van á dar  
Sus arroyos á los ríos,  
Y los ríos á la mar.

En vano la vida entera  
Contra tu verdad conspira,  
Desdeñosa calavera,  
Que todo en tu faz severa  
Se desvanece ó espira :

En esa cerviz curada  
Al soplo de la tormenta,  
Por el tiempo descarnada,  
Cuya vida inanimada  
Ni el tiempo ni el sol calienta.

Y en tu mirada indecisa,  
Y en tu irónica sonrisa,  
Y en esa hendida y entera,  
Seca y solitaria hilera  
De tu dentadura lisa.

Y ahí te estás entre la arena  
Como una cosa caída,  
Como inútil prenda ajena  
A quien nadie juzga buena  
Solo porque está perdida.

Y ¡por Dios! que si los hombros  
Que un día te sustentaran  
Volvieran á estos escombros  
A buscarte, ¡con qué asombros  
De placer te acariciarán!

¡Oh! si alzándote una vez  
Aun te pluguiera ostentar  
La pérdida esplendidez,  
Y quisieras tu hediondez  
Con tu vida engalanar;

Y prendieras en tu frente  
Unos cabellos postizos  
Que en madeja reluciente  
Cayeran confusamente  
En mil perfumados rizos;

Y el esqueleto sonoro  
Velaras altiva tú  
Con minucioso decoro  
Entre nácar, perlas y oro  
Y entre crujiente tisú;

Cubrieras el seco cuello  
Entre las flotantes plumas,  
Los collares y el bello  
Velos echando sobre ello  
Tan sutiles como espumas :

Y el repugnante mohín  
De tu inmóvil rostro viejo  
Con esa risa sin fin  
Asomaras á un festín  
Tomándole por espejo!

Si acaso rey destronado  
Te se antojara salir  
Para ver do está enterrado  
El ejército arrojado  
Que llevaste á combatir,

Y allá en el campo desierto  
Do fué tu postrer batalla  
De aquel mausoleo abierto  
Tu pueblo evocarás muerto  
De entre el polvo en que se halla,

Y si á tu voz poderosa  
Despertando con asombro  
Tu nación volviera ansiosa  
Trayendo el arnés al hombro  
El faz de guerra espantosa...

¡Oh! ¡diabólico senado,  
Medrosa, horrible ilusión,  
Ver tanto esqueleto armado  
En torno un rey convocado  
Al dintel del panteón!

Y si vagaran errantes  
Ensordecido la tierra  
Combatidose pujantes  
Con clamores insultantes  
Pregonando su impía guerra...

¡Ah! ¡delirios son del alma  
Que no te alcanza, Señor,  
En los terribles secretos  
De tu infinita creación!

En los tormentosos días  
De mi mundanal dolor  
Medité desesperado  
Sobre los sepulcros yo.

Pasé de tumbas á tumbas  
De mi porvenir en pos,  
Y en todas encontré polvo,  
En todas polvo, Señor.

En todas esa sentencia  
Que cae sobre quien nació  
Desde esos gestos inmóviles  
Sin miradas y sin voz.

En todas esos despojos,  
En cuya horrible atención  
En cuya eterna sonrisa  
De complacencia feroz,

En cuyo todo espantoso  
Deletrea el corazón  
La triste palabra NADA  
Confundido de pavor.

¿Y es ese, Señor, el hombre  
Que de tu mano salió,  
Hecho á semejanza tuya,  
Aborto digno de un Dios?

¿Es esta, Señor, la vida,  
Que como una maldición  
Nos carcome cuanto bello  
Tu bondad nos regaló?

Entonces ¡ay! ¿qué nos vale  
Que alumbre tan puro el sol  
Y en la noche se refleje  
La luna en su resplandor?

¿Qué sirve que allá en los bosques  
En pintada confusión  
Canten en bandos alegres  
El mirlo y el ruiseñor?

¿Que los árboles murmuren  
En melancólico són,  
Y esponje á su blanda sombra  
Su dulce cáliz la flor?

¿Qué sirve que en blanda arena  
Tienda su curso veloz  
El arroyuelo que viste  
La pradera de verdor,

Y con sus líquidas perlas  
Los jazmines jugueteon  
Salpique con que la pródiga  
Primavera le alfombró?

¿Que el mar se encurve bramando  
De las playas en redor;  
Y le azote y le sacuda  
Revolvoso el aquilon?

¿Qué sirve ese cielo azul  
En cuyo centro adunó  
Mil nubes tornasoladas  
En caprichoso monton;

Si todo no es mas al cabo  
Este universo, Señor,  
Que de una inmensa familia  
El inmenso panteon?

¿Qué sirve á esa calavera  
Una existencia de honor,  
Una vida de virtudes,  
De crimen ó de aflicción?

¿Qué le vale todo un siglo  
De penitencia ó de amor,  
La corona ó la cadena  
Que en este mundo arrastró,

Si el hombre que la llevaba  
Al salir de esta mansion  
Como una máscara inútil  
Despechado la arrojó?

En vano la he demandado  
Por la infamia ó el blason  
Del dueño que en ese osario  
Entre el polvo la olvidó.

Su vago mirar me espanta,  
Su sonrisa me hace horror,  
Y su boca tiene ahogada  
En su garganta la voz.

« ¿Qué espera? » Tal vez lo ignora.  
Ahí está al aire y al sol,  
Eternamente riendo  
De cuanto pasa y pasó,

Al borde de la vereda  
Que conduce al panteon,  
Diciendo á cada viajero,  
Con eterna risa : « ¡A Dios! »

## CUARTA PARTE.

### LAS HOJAS SECAS.

A MI MADRE.

Dicen que todo al fin se desvanece,  
Todo pasa, se olvida, pierde y borra...  
Yo no soy infeliz, mas vivo triste,  
Y un torcedor arrastro en mi memoria.

Un templo, un bosque, un ave que pasando  
Cruza en el viento descarriada y sola  
Prensan mi corazon, y á mis pupilas  
Solitaria una lágrima se asoma.

Pláceme ver un claro riachuelo  
Lamer su orilla con azules ondas,  
Y al resplandor del trémulo crepúsculo  
Sentir la fuente murmurar sonora.

Pláceme ver tras el opuesto monte  
Hundir al sol su faz esplendorosa  
Y despedirle desde el hondo valle  
Al compas de las aguas y las hojas.

Y pláceme en paseos solitarios,  
En dulces sueños delirando sombras  
Perderme en la floresta sin camino,  
Ideando quiméricas historias.

La mia es triste; cansa y no interesa,  
Sin aventuras intrincadas, corta :  
Es una historia solamente mia  
Como otras muchas que á la vez se ignoran.

Es la Listoria de un sueño fatigoso  
En que nada sucede, nada importa;  
No se comprende, pero no se olvida,  
Y sus vagos recuerdos nos acosan.

Yo la recuerdo con vergüenza siempre,  
Temo profundizarla, y sus memorias  
Como gotas de mágico veneno  
Caen en mi corazon una tras otra.

¿Qué os hicisteis, dulcísimos instantes  
De mi infancia gentil? ¿Dó están ahora

Los labios de coral que me colmaron  
De blandos besos que mis ojos lloran?

¿Dó está la mano amiga que trenzaba  
Las hebras mil de mi melena blonda,  
Tejiéndome coronas en la frente  
De azucenas silvestres y amapolas?

Era ¡ay de mí! mi madre: alegre entonces,  
Tranquila, amante, como el alba hermosa;  
Jamás me ha parecido otra hermosura  
Tan digna de vivir en mi memoria.

Apartaos, impúdicas quimeras,  
Mas os detesto cuanto mas vosotras  
Tenaces me seguís; ya no sois nada,  
Cesó el festin, rompiéronse las copas.

Ella es mi madre, sus ardientes besos  
Con vuestra vil presencia se inficionan :  
Idos en paz, que el llanto de sus ojos  
Del alma impura vuestra imagen borra.

¡Madre, te encuentro llorando!  
¡Ah, no atiendes á mis voces!  
Mírame, ¿no me conoces?  
¿Tan mudado, madre, estoy?  
¿Tan pronto borrar pudieron  
Mi rostro las desventuras...?  
¡Bebí tantas amarguras!  
Pero al fin, madre, yo soy.

¡Cuán trémula está tu mano!  
¡Tu corazon cuán opreso!  
Madre, ¿no tienes un beso  
Ni una queja para mí?  
¡Lloras! Beberé tu llanto...  
Mas abrasan tus mejillas...  
Heme, madre, de rodillas  
Avergonzado ante tí.

Apartas de mí los ojos,  
Sufres viéndome, lo veo;  
Mas estoy como está el reo  
Humillado ante su Dios.

Tornadme el rostro, señora,  
Y aunque lo torneis severo,  
Aunque sea el favor postrero  
Porque me ausente de vos.

Lo sé; recelais acaso  
Que vendí vuestro cariño  
Por el impúdico aliño  
De otro amor mas terrenal.  
Este color de mi frente  
Tal vez os parece impuro...  
¡Oh! madre mía, os lo juro,  
Me habeis comprendido mal.

Soñé y me desvanecieron  
Mis fatales ilusiones,  
Sentí mis locas pasiones  
Dentro de mi pecho arder.  
La tempestad era horrible,  
La noche lóbrega, densa,  
La mar tormentosa, inmensa,  
Mi barca débil... ¿qué hacer?

Lanzado al mar sin aviso,  
Dejéme llevar del viento,  
Sacóme el mar turbulento  
A otra playa de ilusion;  
Yo á lo lejos la miraba,  
Y era una tierra tan bella  
Que el pasar, madre, por ella  
Fué terrible tentacion.

Bebí el agua de sus fuentes,  
Gocé el aura de sus flores,  
Embriagado en sus amores  
En sus bosques me adormí;  
Allí el placer me esperaba,  
Vos en la opuesta ribera...  
Horrible tentacion era,  
Mas luché, madre, y vencí.

Tal vez en mi sien soñaba  
Glorioso laurel naciente;  
Yo le arranqué de mi frente,  
Pensaba en vos, y le hollé.  
Allí quedó entre la arena,  
Y al lanzarle, dije: crece,  
Que si mi sien te merece  
Mas ansioso volveré.

En vano mis ilusiones  
Me acosaron tumultuosas;  
A las ondas procelosas  
Me arrojé audaz y volví.  
Sin fuerza, sin esperanza,  
Madre, en mi congoja fiera  
Tu imágen fué la postrera  
Que guardé mientras viví.

¡Mas tú inconsolable lloras  
Sin atender á mis voces!  
¡Mi vida! ¿No me conoces?  
¿Tan mudado, madre, estoy?

¿Tan pronto borrar pudieron  
Mi rostro las desventuras?  
¡Bebí tantas amarguras...!  
Pero al fin, madre, yo soy.

¡Mas no me escuchas! ¡Llorando  
La faz amorosa escondes!  
Te llamo y no me respondes:  
¡Tanto, madre, te ultrajé!  
Te entiendo, por fin; yo solo  
No basto ya á consolarte;  
Me será fuerza dejarte,  
Y á la mar me volveré.

Mas oye. Es el otoño; rebramando  
El ábrego los árboles sacude,  
De roncós cuervos el siniestro bando  
A los peñascos cóncavos acude.

Brilla sin fuerza el sol en occidente,  
Y allá en la falda de espinoso risco  
Guía el pastor con paso indiferente  
Las humildes ovejas al aprisco.

Seco el follaje de la selva umbría  
De sus verdes doseles se despoja,  
Y al empuje de ráfaga bravia  
El bosque se desnuda hoja por hoja.

El ábrego la huella y arrebata,  
Las arrastra en revuelto torbellino,  
Ciega en la fuente la serena plata,  
Borra los lindes del igual camino.

Triste fantasma del verjel ameno  
Y esqueleto fantástico semeja  
Cada desnudo tronco, un día lleno  
De la sombra magnífica que deja.

Flores ¿en dónde estais? ¿y dó se esconden  
Los céspedes que amenos os cercaban?  
¿Cómo los ruiñeños no responden  
Al són de las alondras que pasaban?

¿Qué es del arrullo de la mansa fuente  
Donde á beber bajaban las palomas?  
¿Qué es del aura que erraba suavemente  
Cargada de suspiros y de aromas?

Las galas del abril se marchitaron,  
Los céfiros errantes se estinguieron,  
En ayes los murmullos se tornaron,  
Y anchos arroyos las corrientes fueron.

Todo pasó. En el valle pantanoso  
Hay en vez de una fuente una laguna,  
Y en las ramas del álamo pomposo  
Las hojas se desprenden una á una.

Así, madre, van mis días  
Con las hojas de consuno

Desprendiéndose uno á uno,  
Al vaiven de la pasión.  
Y así van las ilusiones  
De mi esperanza importuna  
Desprendiéndose una á una  
De mi seco corazón.

Como esas hojas marchitas,  
No volverán á su rama:  
El cierzo las desparrama,  
La lluvia las pudrirá.  
Como el bosque queda triste,  
Y silencioso y desnudo,  
Seco y solitario y mudo  
Mi corazón siento ya.

Esas hojas amarillas  
Que ayer nos prestaron sombra  
Ni aun las querrá por alfombra  
El tornasolado abril;  
Míralas, madre, cual ruedan  
Entre la arena perdidas,  
Holladas y sacudidas  
Por el aura más sutil.

Eso son nuestras creencias,  
Nuestras miserables ficciones:  
Eso son nuestras pasiones,  
Nuestra vida terrenal:  
Nacen, dan sombra un instante,  
Suenan, se mecen, se cruzan,  
Caen, ruedan, se desmenuzan,  
Y las lleva el vendaval.

Si ellas al rápido soplo  
Del cierzo desaparecen,  
Otras en el árbol crecen  
Y se apiñan otra vez;  
Mas yo iré, cual hoja seca,  
Por el viento desprendida,  
Arrastrando de mi vida  
La juventud, la vejez.

Y el negro remordimiento  
Irá por doquier conmigo  
Como verdugo y testigo  
De mi perdurable afán.  
Y cuando á su vieja llama  
Encanezcan mis cabellos,  
Madre, debajo de aquellos  
Jamás otros nacerán.

Porque estas hojas errantes  
Que por mi memoria vagan,  
Estos recuerdos que amagan  
No dejarme hasta morir,  
Hojas secas de mí mismo,  
Que arrancadas de mi centro  
A mí pegadas encuentro  
Sin poderlas desasir;

No pasarán como pasan  
Esas hojas del otoño,  
No tienen otro retoño,  
Mas tampoco tendrán fin:  
Sopla el viento y no las lleva,  
Cae la lluvia y las perdona,  
Igualmente las abona  
El desierto y el jardín.

Dicen que todo al fin se desvanece,  
Todo pasa, se olvida, pierde ó borra...  
¿Soy infeliz? — No sé. — Mas vivo triste  
Y un torcedor arrastro en mi memoria.

Madre, ¿creerás también que todo pasa  
Como en alas del ábrego las hojas,  
Como del vago céfiro los ayes,  
Como del mar las fugitivas ondas?

¿Crees tú que pasarán para tu hijo,  
Como del bosque la agostada pompa,  
Tus recuerdos, tu amor, tu sacra imagen,  
Que todo el corazón le ocupa sola?

¿Crees, madre, que al huir desesperado  
A playas extranjeras y remotas  
Corre tras la molición y los placeres,  
Busca una libertad cínica y loca?

¿Crees tú que anhela en climas apartados  
Libre gozar su juventud fogosa?  
¿Crees que olvidado de su madre viva...?  
Quien lo dijo mintió, madre y señora.

Doquier que arrastre su existencia inútil,  
Suerte feliz, ó misera, le acorra,  
Ya duerma en los harapos del mendigo,  
Ya en blanda pluma de opulenta alcoba,

Ya espere un porvenir sin esperanza,  
Ya circunde su sien verde corona,  
En la mazmorra, en el alcázar... madre,  
Donde quiera que aliente, allí te adora.

Que es mi pecho tu altar, y aquí tu imagen  
Nunca pasa, se olvida, pierde ó borra,  
Como pasan, al aire del otoño,  
Del bosque umbrío las marchitas hojas.

## RECUERDOS DE VALLADOLID

TRADICION.

### I.

*D. Tello.* Señora, por vida mía  
Que os di siete meses más,  
Y es un plazo que quizás  
Concederos no debía.

¿Paréceos aun poco?

*D. Ana.* No.

*D. Tello.* Pedísteis un año.

*D. Ana.* Si.

*D. Tello.* Si año y medio os concedí,  
¿Qué mas hacer pude yo?

Don Juan de Vargas no viene.

*D. Ana.* Harto por mi mal lo sé.

*D. Tello.* Pues que tanto os aguardé  
No esperar mas me conviene.

Que fuera lance fatal  
Que mi imprudencia pudiera  
Dejar que Don Juan volviera  
Con derecho al mio igual.

*D. Ana.* Teneis, Don Tello, razon.  
Pedí por término un año,  
Pues tan fiero desengaño  
No aguardó mi corazón.

Prometí que si en todo él  
El de Vargas no volvía  
Con vos me desposaría;  
¡Creíle menos infiel!

Año y medio me esperó,  
Don Tello, vuestra nobleza,  
Y en tan hidalga grandeza  
No habré menos de ser yo.

A mi padre responded  
Lo que os dije, vuestra soy;  
Mas si Don Juan vuelve hoy...

*D. Tello.* Doña Ana, el labio tened,  
O mirad lo que decís.

*D. Ana.* Si acabar no me dejais...

*D. Tello.* No, que ó todo lo negais,  
O todo lo consentis.

Vuestra fé dareis entera  
Como os la pide á Don Tello,  
Que si Vargas vuelve, en ello  
Yo sé bien lo que me hiciera.

*D. Ana.* ¿Qué decís, Tello?

*D. Tello.* Doña Ana,  
Yo os pedí para muger;  
Mirad si lo habeis de ser,  
Y vuelva Vargas mañana.

*D. Ana.* Que si os dije; pero si hoy  
Viniera Vargas, ya no.

*D. Tello.* Ya en eso me veré yo,  
Pues vuestro marido soy.

*D. Ana.* Pues, Don Tello, si viniera...

*D. Tello.* Vive Dios que le matara,  
Pues porque yo os espera  
No era justo que os perdiera.

*D. Ana.* ¡Don Tello!

*D. Tello.* Miradlo bien,  
Que pues mas no he de esperar,  
Conmigo habeis de casar  
Si viene, y sinó tambien.

*D. Ana.* Don Tello, pues ha de ser,  
No haré en ello oposicion;

Ya que teneis la razon  
Mirad lo que habeis de hacer.

—

Esto hablaban una tarde,  
Ya muy cercana la noche,  
Doña Ana Bustos Mendoza,  
Y Don Tello Arcos de Aponte.

Iguales en lustre ostentan  
Sus heredados blasones,  
Ella envidia de las damas,  
Él galan entre los hombres.

Y ella hermosa y él valiente;  
Por especiales razones  
Unirles en casamiento!  
Sus parientes se proponen.

Don Tello adora á Doña Ana,  
Mas como valiente noble,  
Há mas de un año que espera  
Que su afán se le malogre;

Porque há tanto que la niña  
Tiene asentado en otro hombre  
El pensamiento amoroso,  
Y ni sosiega ni come.

Es su amor Don Juan de Vargas,  
Que á Italia oculto fagóse  
Por no sé qué muerte oculta  
En las sombras de la noche.

Mas Don Juan desde aquel día  
Tan de veras ocultóse,  
Que de su estado y persona  
Cartas ni amigos responden.

En vano tras nuevas suyas  
Se rastrearon en la corte  
Mil esquisitas pesquisas,  
Mil cortesanos favores.

La justicia dióle libre,  
El mismo rey perdonóle,  
Pidieron á todas partes  
Cartas y noticias dobles;

Mas en todas fueron vanos  
Al misterio que le esconde  
Los parabienes presentes,  
Las antiguas precauciones.

De todas partes los pliegos  
Vuelven bajo el mismo sobre,  
Porque en ninguna parece,  
Ni en ninguna le conocen.

Cansado por fin Don Tello  
De plazos y condiciones,  
Y recelando que al cabo  
Parezca Don Juan y torne,

Resuelto y tenaz decide  
Que pues año y medio corre,  
De grado ó de valimiento  
Se cumpla cuanto pactóse.

Y la verdad, que Doña Ana,  
Mas tibia ya en sus amores,

No con enojos escucha  
De Don Tello las razones.  
Ni estorba que la festeje,  
Ni que vista sus colores,  
Ni entre en su casa de día,  
Ni que sus rejas la ronde.  
Porque en esto de firmezas  
En ausencias y en amores,  
Era sin duda lo mismo  
Que en nuestros tiempos, entonces.

Quedó pues dicho y jurado  
Que, excusadas dilaciones,  
La boda se concluyera  
Dentro de la misma noche.

Y en todo Valladolid,  
Cuantos hay vecinos nobles,  
A dar sus enhorabuenas  
A los novios se disponen.

Mas es preciso advertir  
Que mientras en los salones  
Danza y festejos preparan  
Juntos Mendozas y Apontes,  
Las puertas del Campo Grande  
Cruza á resuelto galope  
Embozado en una capa,  
Sobre un potro negro, un hombre.

Es una noche de octubre  
Que la atmósfera encapota  
Entre las dobles cortinas  
De la niebla y de la sombra.

En ráfagas desiguales  
El cierzo á intervalos sopla  
Quebrándose en las esquinas  
Con voz destemplada y bronca.

Lucen en ellas apenas,  
Como sombras vaporosas,  
Mal esparcidos faroles  
Que entre la niebla se ahogan.

Y á su esplendor vacilante  
Por las calles tortuosas  
Apenas á ver se alcanzan  
De los que pasan la forma.

Que no es tan tarde que en sueño  
La ciudad repose toda,  
Ni tan pronto que aun escusen  
Los rondadores su ronda.

Oyese el sordo murmullo  
De las fugitivas ondas  
Con que el revuelto Pisuerga  
Ambas orillas azota;

Y entre su són temeroso  
La voz compasada y ronca  
Con que las huecas campanas  
Al toque de ánimas doblan.

Allá por sobre las cercas  
Que el Campo Grande aprisionan,

Turbias luces se perciben  
Por entre ventanas rotas,  
A cuya opaca lumbrera  
Algun penitente ora,  
Y con el llanto del monge  
Las culpas del hombre borra;

O algun sabio solitario  
En meditacion mas honda  
Del vano mundo desprecia  
La mal olvidada pompa.

Cuán grato es ir sin camino  
Con el corazon á solas  
En la deliciosa calma  
De la noche silenciosa;

Sin testigos que sorprendan  
Sobre la faz melancólica  
Las lágrimas que se escapan  
De los ojos gota á gota.

Noche, consuelo del triste,  
¡Bendita tu amiga sombra,  
Entre cuyos densos pliegues  
No se avergüenza quien llora!

Yo tambien, triste poeta,  
Al compas del arpa ronca  
Te rindo tributo en lágrimas,  
Plegarias de mis memorias.

Y una y mil veces bendigo  
Tu espesa tiniebla lóbrega,  
Desciñendo las guirnaldas  
Que el arpa cansada adornan.

Noche, consuelo del triste,  
¡Bien haya tu amiga sombra,  
Entre cuyos densos pliegues  
No se avergüenza quien llora!

Cruzando del Campo estenso  
La soledad misteriosa,

A lentos pasos camina  
Un hombre de cuya forma  
Se distingue solamente  
La pluma que en alto flota,  
Las espuelas en que acaba  
Y la espada que le abona.

Lo demás de su figura  
Lo velan, guardan y embozan  
Los secretos de una capa  
En que envuelve la persona.

Ganó la vuelta á la plaza  
Por una calleja corva  
De casa en casa pasando,  
Señas tomando de todas.

Delante de una al tenerse  
Que de palacio blasona,  
Esta es, dijo, y en la puerta  
La mano atrevida posa.

Mas no bien dentro del patio  
El són de la aldaba dobla,

Corriendo dentro un cerrojo  
Un hombre al dintel asoma.

Huyendo paso al que sale  
El que iba á entrar se reporta,  
Y al tiempo mismo en su rostro  
Reflejó la luz dudosa.

« ¡Don Juan! — ¡Don Tello! » esclamaron  
En voz descompuesta y honda  
Ambos á dos personajes  
Como quien duda y se asombra.

« ¿A Don Juan mirando estoy?

— ¿A quien veo es á Don Tello?

— Por Dios que no errais en ello.

— Ni vos en mí; Don Juan soy.

— Seguidme.

— ¿Adónde?

— A reñir.

— Vamos; mas reñir ¿por qué?

— Seguidme, Don Juan, que á fé  
Que os lo tengo de decir. »

Calló Don Juan, y Don Tello  
En faz decidida y torba,  
« Por aquí, » dijo, y airado  
La vuelta del Campo toma.

Los estoques en la mano,  
Suelas en tierra las capas,  
Están dos hombres á punto  
De cerrarse á cuchilladas.

*D. Tello.* Reñid, Don Juan, ó vos mato.

*D. Juan.* Grande será vuestra causa,  
Don Tello, mas; vive Dios  
Que yo en saberla me holgara!

*D. Tello.* Reñid, Don Juan.

*D. Juan.* Vos, parece  
Venis á reñir con rabia,  
Mas yo que ignoro...

*D. Tello.* O reñís,  
Uos asesino á estocadas.

*D. Juan.* ¡Tello!

*D. Tello.* ¡Reñid, voto á Cristo!

*D. Juan.* Mas decid una palabra,  
Una razon, un pretesto,  
Y riño.

*D. Tello.* ¡Pese á mi alma!

¿En Valladolid no estais?

*D. Juan.* Bien se ve.

*D. Tello.* ¿Y á quién buscábais?

*D. Juan.* A Doña Ana de Mendoza.

*D. Tello.* Reñid, pues, que esa es la causa.

*D. Juan.* ¡Doña Ana! ¿qué...

*D. Tello.* Esposa mía...

*D. Juan.* ¿Es?

*D. Tello.* Será.

*D. Juan.* ¿Cuándo?

*D. Tello.* Mañana.

*D. Juan.* Defendeos bien, Don Tello,  
Que la razon es sobrada.

Cruzáronse los estoques,  
Adelantaron las dagas,  
Y empezaron los aceros  
Do acabaron las palabras.

El ruido de entrambas hojas  
En la oscuridad sonaba,  
Sin que en la sombra se alcance  
Cuál es mas feliz de entrambas.

El aliento á resoplidos  
Ambos fatigados lanzan,  
Mortales golpes se tiran,  
Mortales golpes se paran.

Sin duda que corre sangre,  
Sin duda el brazo se cansa,  
Porque los golpes son menos,  
La respiracion mas tarda.

Y sin duda que es temible  
La contienda solitaria;  
Don Tello no cede un paso,  
Don Juan un paso no avanza.

No suena un golpe que á fondo  
Recto al corazon no vaya,  
No hay un quite que no pare  
La postrimera estocada.

Es el brazo que defiende  
Tan fuerte como el que ataca,  
Que á acertar un solo golpe  
Con él la lid acabara.

Jura el uno, calla el otro;  
Ni uno cede, ni otro avanza;  
Con mas arrojo Don Tello,  
Don Juan con mejor constancia.

Y en vano son los ardidés,  
Los esfuerzos y las mañas,  
Los amagos engañosos,  
Las embestidas trocadas.

Siempre un golpe encuentra un quite,  
Siempre un estoque una daga,  
Y un esfuerzo inesperado  
Una defensa impensada.

Entrambos desfallecidos  
Pierden tierra, y tierra ganan,  
Mas en ganar y en perder  
Siempre es igual la ventaja.

Desesperado Don Tello,  
Don Juan en siniestra calma,  
Asi igualmente se estrechan,  
É igualmente se rechazan,

Y está la muerte dudosa  
En ambos aposentada,  
La mano en entrambas vidas  
Sin atreverse con ambas.

Abrasado al fin Don Tello  
En el volcan de su rabia,

No mirando ya su honra,  
Sino solo su venganza,  
Viendo que Don Juan no cede,  
Y que él tampoco adelanta,  
Pensó en ganar por traidor  
Lo que por audaz no gana.

Y cerrando mas brioso  
Con tan traidora esperanza,  
Como si alguno amagase  
A Don Juan por las espaldas,  
Gritó : ¡Tente! ¡No le mates!  
Y al volver Don Juan la cara,  
Hasta la cruz escondióle  
Dentro del pecho la espada.

Cayó Don Juan, y Don Tello,  
Ganando apenas su casa,  
Guardó en la vaina su estoque,  
Y su secreto en el alma.

## II.

Lejos del mundo y de su pompa vana,  
Harto de juveniles devaneos,  
El polvo hollando que la raza humana  
Encierra en sus placeres y deseos,  
Renunciando su gala cortesana  
Y de su clara estirpe los trofeos,  
En celda estrecha y solitaria habita  
Un austero y humilde cenobita.

Pasó su juventud en árdua guerra  
Derramando su sangre generosa  
Por ensanchar los lindes de su tierra,  
Y engrandecer su pátria poderosa.  
En el valle acampó, saltó la sierra  
Tremolando la enseña victoriosa,  
Y los vencidos le debieron leyes,  
Conquistas su nacion, oro sus reyes.

Hoy porque al mundo su valor asombre,  
O porque su valor ponga en olvido,  
Vela en el claustro el opulento nombre  
Con que ha valiente capitán vivido :  
Y olvida con lo mísero de hombre  
Cuanto de grande é inclito ha tenido,  
Curando en santa y religiosa calma  
Las hondas cicatrices de su alma.

Que entre ásperas y crudas penitencias  
Buscó su Dios el alma atormentada  
Por el revuelto golfo de las ciencias,  
Por el desierto de la inmensa nada ;  
Así avivó su fé con sus creencias,  
Así acalló su carne macerada,  
Mas en lucha tenaz consigo mismo  
En sus creencias encontró un abismo.

Creyó y dudó ; y en duda irreverente  
Tornó á creer, y recayó en la duda ;  
Hundió en el polvo la humillada frente  
En su cuita á su Dios pidiendo ayuda ;  
Creyó segunda vez, pero igualmente  
Dudó segunda vez el alma ruda ;

Oró su pertinacia castigando,  
Mas creyendo dudó, y creyó dudando.

Do quier su incertidumbre y su impericia  
El órden de las cosas reprochaba ;  
La virtud presa, impune la malicia,  
Do quier de sus creencias recelaba ;  
Mal segura y torcida la justicia,  
De la justicia celestial dudaba,  
Y de los males del viciado suelo  
Culpa argüia en el dormido cielo.

Con sus dudas así y con sus creencias  
Arrastraba el severo capuchino  
Su vida entre recónditas dolencias,  
Y dudaba tal vez de su destino.  
En vano con austeras penitencias  
Pedia al cielo su favor divino,  
Siempre acosaba al pensamiento adusto  
La duda de lo justo y de lo injusto.

Siempre sus penitentes oraciones,  
Y su estudio, y sus horas solitarias,  
Turbaban sus incrédulas ficciones,  
Siempre con causas ó con hechos varias ;  
Ni el turbulento mar de sus razones  
Sosegaban su llanto y sus plegarias,  
Que cuanto mas oraba penitente  
Se rebelaba el corazón demente.

El pueblo al contemplar su faz severa,  
Que con el toscó capuchón ceñía,  
El paso grave, la mirada austera,  
La barba que á los pechos le caía,  
Su misteriosa forma pasajera,  
Que tan solo en el templo aparecía,  
Reputacion de justo le otorgaba,  
Y por justo varon le respetaba.

El sabio que en su cámara medita  
En un confuso libro amarillento  
Las ideas que el sabio cenobita  
Creó en la soledad de su convento,  
Viendo que su honda creacion gravita  
Sobre su aventajado pensamiento,  
Ambas razones balanceando, cede,  
Y el renombre del sabio le concede.

Mas tal es la mundana inconsecuencia  
Y el frágil peso del consejo humano,  
Que yerra el corazón, yerra la ciencia  
En el juicio mas fácil y liviano :  
En medio de su airada penitencia,  
Presa á su vez del pensamiento vano  
Bajo el sayal del hombre penitente  
El incrédulo habita impunemente.

Do quiera le mantiene arrebatado  
Honda meditacion que le divierte  
Por el gran laberinto en que obcecado  
Razones busca á la insensata suerte ;  
Y el mundano do quier cura engañado  
De que en su arrobo el justo no despierte  
Y la sagrada inspiracion no acuda ;  
Mas el sabio no adora, sino duda.

Es una mañana clara  
De una fresca primavera;  
La brisa arruga ligera  
La yerba, el agua y la flor.  
El sol asoma al oriente  
Su cabellera inflamada,  
Y alza el ave en la enramada  
Dulces himnos al Criador.

Orlan el campo las perlas  
Que ha derramado el rocío,  
Murmura allá abajo el río  
La orilla al acariciar;  
Y en niebla azulada y ténue  
Que remeda al limpio cielo,  
Vapores exhala el suelo  
De jazmines y azahar.

Las inquietas mariposas  
Desplegan sus cien colores,  
Columpiándose en las flores  
Con revoltoso bullir.  
Posando en todas livianas  
Solo al lindel dejan sola  
Sin sus besos la amapola  
El tosco vaso al abrir.

Ostenta cuantos primores  
En su ancho tapiz encierra  
A la luz del sol la tierra  
Respirando juventud;  
Todo es calma, luz y vida  
En la dulce primavera;  
Mas ¡ay! ¡cuánto es pasagera  
Su belleza y su quietud!

Tambien gozó de su infancia,  
Su vigor y su opulencia  
Esa ciudad, de existencia  
Mas remota y mas feliz;  
Mas sino alcázar de reyes,  
Aun conserva la nobleza  
En que muestra su grandeza  
Lo que fué Valle-de-Olid.

. . . . .

A un lado del Campo Grande  
En un balconcillo estrecho,  
El codo en el antepecho,  
Sobre la mano la sien,  
Un austero capuchino  
El campo está contemplando,  
La baja tierra mirando  
Con religioso desden.

Si sufre, goza, ó medita,  
Si bien ríe, ó males llora,  
Si desespera, ó si ora,  
Es difícil de atinar.  
Los ojos fijos en tierra,  
La tez rugosa, amarilla,  
En la palma la mejilla,  
Siempre en el mismo lugar;

Siempre en la misma postura,  
En el mismo arrobamiento,  
Sin voz y sin movimiento,  
Sin aparente razon,  
Insondable el alma viva  
Tras aquella estampa muda,  
Una cifra es de la duda  
De imposible comprension.

Al pié del mismo convento  
En paseo solitario,  
Desde la iglesia al osario,  
Vagar un hombre se ve.  
Ambos brazos á la espalda,  
Hasta la ceja el sombrero,  
Larga daga, agudo acero,  
Y espuela dorada al pié.

Su pensamiento no aclaran  
Su talante ni su paso,  
Tal vez estará al acaso  
Y sin voluntad allí:  
Creeráse que reconoce  
El lugar en que se mira,  
Se tiene, calla, suspira,  
Viene y va, y espera así.

Del cementerio á la iglesia,  
De la iglesia al cementerio,  
Siempre en el mismo misterio,  
Siempre en el mismo vagar,  
Ni él ve al monge que á su reja  
Asomado ora ó medita,  
Ni se cura el cenobita  
Su ocupacion de acechar.

Seméjase el capuchino  
A un ilustre prisionero,  
Y semeja el caballero  
El vencedor capitán;  
Mas el uno en su ventana  
En imperturbable vela,  
Y el otro en su centinela  
Indiferentes están.

En esto del fin del Campo,  
Que ambos á espalda tenían,  
Uno tras otro venían  
Dos hidalgos á la vez.  
La del primero era fuga,  
La del otro seguimiento,  
Y viase bien su intento  
En su tenaz rapidez.

Desarmado el de delante  
Y la faz desencajada,  
En la derecha la espada,  
Ya cerca el perseguidor,  
Ambos á par se empeñaban  
En su fuga y su denuedo;  
El de delante era miedo,  
El de atrás era furor.

¡Detenerlos! gritó el monge,  
Tornó el caballero el gesto,

Y un punto en el mismo puesto  
Viéronse iguales los tres.  
Mas antes que el mas cercano  
Acudiera al homicida  
El otro cayó sin vida  
Bañado en sangre á sus piés.

Seguir al vivo era en vano,  
Como una sombra fugóse,  
Al desplomado tornóse,  
Mas era inútil tambien.  
Y antes que reconociese  
De la herida la malicia  
Llegó á punto la justicia  
Gritándoles que se den.

Prestó atencion esquisita  
Desde lo alto el capuchino.  
« ¡Este es, éste, el asesino ! »  
A la ronda oyó decir :  
Requirió el preso su espada  
Para dar final respuesta,  
Pero otra mano mas presta  
Vino su intento á impedir.  
« Déjese sin fuerza, hidalgo,  
Y hácia la cárcel se apronte.  
¿ Quién es ?

— Don Tello de Aponte.  
— Préndanle y vengan en pos. »  
Cerró el monge la ventana  
La prision injusta viendo,  
Con voz cóncava diciendo :  
« ¡ Si no hay justicia, no hay Dios ! »

## III.

Tras una mesa cubierta  
Con un terciopelo verde  
En tres sillones de brazos  
Están sentados tres jueces.  
En mas infimo lugar,  
Y de ellos frente por frente,  
Espera en silencio un hombre  
Sentado en un taburete.  
Serenos tiene los ojos,  
Alta y tranquila la frente,  
El rostro descolorido,  
Y ambos piés en un grillete.  
Mas nada hay en su persona  
Que á imparciales ojos muestre  
Que tan orgulloso porte  
Acompañe á un delincuente.

Que es noble se ve en su nombre,  
Que es criminal en las leyes,  
Que no es traidor en su rostro,  
Y en su talle que es valiente.  
Mas que importa su custodia  
Se ve bien en los mosquetes  
Que esparcidos por la sala  
Las entradas la defienden.

Por las puertas y tapices  
Se alcanzan confusamente  
Las cabezas apiñadas  
De la multitud que atiende ;  
Y en el inquieto murmullo  
Que discurre entre la gente  
Se ve que todos escuchan,  
Pero que pocos entienden.

Confusas, distantes, rotas  
Concebirse apenas pueden  
De preguntas y respuestas  
Las razones diferentes.

El juez pregunta, y el reo  
Responde; los escribientes  
Escriben; los guardias guardan,  
Y el pueblo murmura siempre.

*El Juez.* ¿ Quién sois ?

*El Reo.* Un hombre.

*El Juez.* ¿ Su nombre ?

*El Reo.* Don Tello de Aponte soy.

*El Juez.* Levantaos.

*D. Tello.* Bien estoy.

*El Juez.* Ved que soy el juez.

*D. Tello.* Yo el hombre.

*El Juez.* Ved que es fuerza obedecer.

*D. Tello.* Que me desaten decid,

O en preguntar proseguid,

Que asi os he de responder.

*El Juez.* ¿ Matásteis á un hombre... ?

*D. Tello.* No.

*El Juez.* Con el muerto os sorprendieron,  
Y os acusan.

*D. Tello.* Pues mintieron.

*El Juez.* Fué la justicia.

*D. Tello.* Mintió.

*El Juez.* ¿ Esta espada de quién es ?

*D. Tello.* Si en esta mano estuviera  
Mejor ella lo dijera.

*El Juez.* ¿ No os la hallaron ?

*D. Tello.* Si, á los piés.

*El Juez.* ¿ Bañada en sangre !

*D. Tello.* Es asi.

*El Juez.* Y un hombre teniais muerto  
Junto á vos.

*D. Tello.* Tambien es cierto.

*El Juez.* Luego fuisteis...

*D. Tello.* Yo no fui.

*El Juez.* Decid pues, ¿ quién le mató ?

*D. Tello.* Un hombre que le seguia.

*El Juez.* ¿ Cuyo nombre ?

*D. Tello.* Él lo sabria,

Y si no se huyera, yo.

*El Juez.* ¿ Luego huyó ?

*D. Tello.* Dije que sí.

*El Juez.* ¿ Le conoceriais á verle ?

*D. Tello.* Mal pudiera conocerle

Si nunca el rostro le ví.

*El Juez.* ¿ Bien lo fingis

*D. Tello.* Bien lo cuento,  
Que esto solo aconteció.

*El Juez.* ¿Confesais el crimen?

*D. Tello.* No.

*El Juez.* Pues ponerle en el tormento.

*D. Tello.* Vedlo bien.

*El Juez.* Lo vi.

*D. Tello.* Pues voy;

Pero mirad que inocente.

*El Juez.* Vos nombrareis delincuente.

*D. Tello.* Puede ser, pues hombre soy.

Mas si el dolor da por mí

Alguna declaracion,

Anulo mi confesion,

Y en cuanto diga, mentí.

Sacáronle de la sala,  
Y en sus sillones los jueces  
Callaron mientras susurra  
En són siniestro la plebe.

A verse en la puerta alcanza,  
Que en el fondo el salon tiene,  
Una alfombra de cabezas  
Que bullen eternamente,

Un monton desordenado  
De ojos de hombres y mugeres  
Que giran en muchos gestos,  
Ya curiosos, ya impacientes.

Acá y allá algunas damas,  
Que en los tupidos dobleces  
De un velo en que acaba un manto  
La faz ruborosa envuelven.

Y esta multitud inquieta  
Cuchicheando sordamente,  
Esperando alguna cosa  
De otra cosa que sucede;

Ya de parte de Don Tello,  
Ya de parte de los jueces,  
Y ya bien como en comedia  
Aguardando lo siguiente,

Dispuesta del mismo modo  
A escuchar lo que dijeren,  
A partir cuando se acabe,  
Y á esperar mientras la dejen,  
Forma un susurro monótono  
Que por el aire se estiende,  
Y un acento sin palabras  
En la atmósfera mantiene.

Los centinelas pasean,  
El escribano se duerme  
Con la barba sobre el puño,  
Y el puño entre los papeles.

Los galanes rostro á rostro  
Plática entablada tienen,  
Que amantes serán amantes  
Donde quiera que se encuentren.

Los muchachos la paciencia  
Con aquel silencio pierden,

Y hacen los viejos á solas  
Comentarios de las leyes  
En favor de la justicia  
Que andaba allá en sus niñeces,  
Pues siempre se da por bueno  
Lo malo cuando se pierde.

Asi en paciencia ó enojo  
Mantuviéronse igualmente  
En són confuso de muchos  
Jueces, soldados y plebe.

Alzóse al fin la cortina;  
Impusieron los corchetes  
Silencio, y todos los ojos  
Tornáronse de repente.

Retratada en el semblante  
La agonía de la muerte  
Salió el primero Don Tello,  
Que apenas basta á tenerse.

Alzáronse en el salon  
Vagos murmullos al verle,  
Que mas que á satisfacciones  
A amenazas se parecen.

Mas á una señal airada  
De los irritados jueces,  
Y á la vista de vecinas  
Alabardas y mosquetes,

Reinó el silencio en la sala  
Capitulando la plebe,  
Que cuanto mas atrevida  
Es tanto menos valiente.

*El Juez.* (¿Confesó?)

*Uno.* (Confeso está.)

*El Juez.* Decid pues, ¿quién le mató?

*D. Tello.* El asesino soy yo,  
Si no estais cansados ya.

*El Juez.* Hablad mas claro.

*D. Tello.* El tormento

Dejó menos fuerza en mí;

A todo digo que sí,

Pero en cuanto digo miento.

*El Juez.* ¿Le matásteis?

*D. Tello.* Le maté.

*El Juez.* ¿Por acaso, ó por razon?

*D. Tello.* Por intento y á traicion.

*El Juez.* ¿La razon?

*D. Tello.* Yo me la sé.

*El Juez.* Decidla si la tenéis.

*D. Tello.* ¿No basta que le matara?

*El Juez.* Sí por cierto que bastara.

*D. Tello.* Ruégoos pues que despacheis.

*El Juez.* Sobre ese libro jurad  
Que por traicion le habeis muerto.

*D. Tello.* Dadme el libro; todo es cierto;  
Jurando está, y despachad.

Entró en esto atropellando  
Por los guardias y la gente,

Sin que curiosos ni guardias  
Bastasen á detenerle,  
Un capuchino severo,  
De luenga barba, ancha frente,  
Claros ojos, talle erguido,  
Grave paso y voz solemne.

Sin duda por sus virtudes  
Alto respeto merece,  
Porque todos en silencio  
Aparentan conocerle.

Dijole el juez : « Perdonadnos,  
Porque en vela de las leyes  
Somos por nuestro destino  
Hombres afuera, aquí jueces. »

Y con acento mas firme

Al capuchino volviéndose  
En ademan imperioso  
Dijole : « Padre, ¿qué quiere? »  
El religioso sereno

En faz y gesto imponente  
Contestó : « Apoyo del justo,  
Que la justicia no yerre. »

*El Juez.* Si erró la justicia acaso  
Nos fuera ayudarla en gozo.  
Decid dónde.

*El Monge.* En este mozo,  
Que ya con ánimo escaso  
Habló á impulsos del dolor,  
Y en cuanto dijo ha mentido.

*D. Tello.* Padre, tarde habeis venido,  
Y que os volvais es mejor.

*El Monge.* Escuchadme.

*El Juez.* Ya es en vano.

*El Monge.* Oídme.

*El Juez.* Dije que no.

Como reo confesó,  
Y juró como cristiano.

*El Monge.* Ved que ha de saberlo el rey,  
Y que en ello soy testigo.

*El Juez.* Yo no soy quien le castigo,  
Que escrita me dan la ley.

*El Monge.* Mirad que él no le mató,  
Que desde un balcon lo ví;  
No es el reo.

*El Juez.* Será así.

*El Monge.* ¿Condenáisle?

*El Juez.* Confesó

*El Monge.* Ha mentido.

*El Juez.* No lo sé.

Don Tello, otra vez jurad.

*D. Tello.* ¿Quereis matarme? Acabad;  
Juro que á un hombre maté.

*El Juez.* Pues veis que otorga el delito  
Dejadle sufrir la pena.

*El Monge.* ¡Ved que el miedo le condena!

*El Juez.* Padre, en la ley está escrito.

Quedó el monge meditando  
Del reo la confesion,  
Inmóvil en el salon,  
De lo que mira dudando.

Firmó la sentencia el juez,  
Y del estrado al bajar  
En voz alta á preguntar  
Volvióle el monge otra vez :  
« ¿ Con que muere ? »

— Vedlo vos, »

Contestó el juez : y aun dudando  
Fuése el monge murmurando :  
« ¡ Si no hay justicia, no hay Dios ! »

—

El sol en trémulas hebras  
Tornasolando los aires,  
Tranquilo, radiante y puro  
En colores se deshace.

Do quier el pueblo se agolpa,  
Do quier los balcones abren  
En faz de ver ó esperar  
Lo que pasa, ó lo que pase.  
Do quier bellas en las rejas,  
Do quier hidalgos galanes,  
Do quier desenvueltas mozas,  
Clérigos y militares.

Todo es turba y movimiento,  
Tropezar y atropellarse,  
Todos van hácia la plaza,  
Ganando esquinas y calles.

Todos por bajo platican  
Cual si una historia contasen  
Que preguntándola todos,  
Todos á la par la saben.

Comprenderse apenas pueden  
En razones desiguales  
La razon de lo que á todos  
Tan afanosos los trae.

Oyense en palabras sueltas,  
Entre otras mil estas frases :  
« Es justicia. — Son las doce.  
— ¡ Quién tal hace, que tal pague!

— Del rey aguardan indulto.  
— Ya daban vuelta á la cárcel.  
— Hace ocho dias. — Es noble.  
— ¡ Sálvele Dios! — ¡ Pobre fraile ! »

Y á veces allá á lo lejos  
En lastimosos compases  
Otra voz reza ó pregona  
Con acento suplicante.

Hierve en la plaza la gente,  
Puertas cierran, rejas abren,  
Y á un tiempo todos los ojos  
Se vuelven hácia una calle.

Por ella en órden siniestro,  
Muchos soldados delante,

De dos en dos muchos hombres  
A otro hombre á la plaza traen.

Atadas tiene las manos,  
Descolorido el semblante,  
Descubierta la cabeza,  
Desaliñado en el traje,

Sin valona y sin espada,  
Capotillo, ni acicates,  
Sobre una enlutada mula,  
Y acompañado de un fraile.

Van detrás algunos monges  
De varias comunidades  
Con cirios que al sol del día  
Aunque no le alumbran arden.

Los ministros de justicia,  
El reo y el pueblo parten,  
Y el pregonero decía  
En lúgubre són delante :

« Esta es la final sentencia  
« Que hoy debe de ejecutarse  
« En Don Tello Arcos y Aponte  
« Por mano de Luis Hernandez,  
« Ejecutor por el rey... »

Y al trasponer una calle  
Perdióse con el bullicio  
La sentencia con la frase.

Abrióse la muchedumbre  
Y entraron con paso grave  
Dentro de la plaza juntos  
Los que vienen y el que traen.

Llegados en una escalera  
Con que unos maderos hacen  
Ancha subida á un cadalso,  
Dijo una voz : Que le bajen.

Bajó el reo, y en la escala  
El religioso sentándose  
Dijole con voz inquieta  
Que de hinojos se postrase.

Así fué, y ambos quedaron  
En posición semejante  
Sin que sus ténues palabras  
Alcanzara osado nadie.

Mas sobre el hombro del reo  
Algun ojo penetrante,  
A saberlo, ver pudiera  
El ojo atento del fraile.

Y en su inquietud confiada,  
Mas bien que reconciliarle,  
Viase que era dar tiempo  
A que tiempo se ganase.

Avisóle la justicia ;  
Se alzó el reo, calló el padre ;  
Llegaron hastá el cadalso,  
Y tornaron á postrarse.

Tornó á avisar la justicia  
Y á la confesion el fraile,  
Y mas de las doce y media  
Señalaba ya el cuadrante.

« Don Tello (decía el monge),  
Dad tiempo á que el tiempo pase,  
Que fuera mengua en el rey  
Que su perdon os negare.  
— Pluguiera, buen monge, al cielo  
Que así tan ciego no errárais !  
— Siendo testigo...

— ¿ Qué importa ?  
— Fuera otro crimen.

— ¿ Quien sabe !  
— Yo sé que sois inocente  
Puesto que no le matásteis.

— Secretos del cielo son  
Como el cielo impenetrables.  
— ¡ Imposible... !

— Padre, pronto.  
— ¡ Que tanto el indulto tarde !  
— ¡ Padre, es vano !

— ¡ Oh, que no hay cielo  
Cuando acudiros no sabe ! »

Y el capuchino azorado,  
Las miradas suplicantes  
Desesperado tendia,  
Sin aliento, á todas partes.

Por vez postrera volvieron  
Con mas empeño á avisarle,  
Y el reo dijo : « ¡ Es inútil !  
¡ Padre, que muera dejadme !

— No, Don Tello, por mi vida. »  
Y volviéndose anhelante  
El monge á la multitud  
Así rompió á voces grandes :

« ¡ Está inocente... ! » En tumulto  
Impidió que terminase  
La turba que por oírle  
Gritaba á su vez : « ¡ Dejarle ! »

« ¡ Está inocente ! » decía  
El monge, y en voz pujante  
Decía el pueblo en tumulto  
Sofocándole : « ¡ Dejarle ! »

Gritaba el pueblo ; y el monge  
Gritaba, y palabras tales  
Se le oían : « ¡ Dios... testigo...  
Indulto... el rey. » — ¡ Todo en balde !

Unos decían : « ¡ Oírle... ! »  
Otros decían : « ¡ Salvarle... ! »  
Pero cuando todos hablan  
Es cuando no escucha nadie.

Arrodillado Don Tello,  
Y el ejecutor delante,  
Hizo la justicia seña,  
Y el verdugo hizo su parte.

Calló el pueblo, calló el monge ;  
Y al ver la cabeza en sangre  
Bañada, desesperado  
Se perdió en la turba el fraile.

Y allá en el fin de la plaza  
Volviendo el rostro un instante

« ¡ Si no hay justicia, no hay Dios ! »  
Dijo, y traspuso la calle.

## IV.

## CONCLUSION.

Coronada de juncos y espadañas  
Hay en un soto cristalina fuente  
Donde al abrigo de sonantes cañas  
En arroyo se cambia mansamente.

Espérala el Pisuerga y de sus olas  
La abre amoroso el trasparente seno  
Con silvestres espigas y amapolas  
De su márgen bordando el cerco ameno.

A su amoroso halago nunca ingrata  
La fresca y sonora fuentecilla  
Mezcla constante su raudal de plata  
Con la del padre río, agua amarilla.

Y allá á lo lejos por la angosta calle  
Que la abren en dos bandas cien colinas,  
Valladolid dibújase en el valle,  
Velada entre las pálidas neblinas,

Y la vieja Simancas mas ufana  
Alza á su espalda la torreada frente  
Que pintan á la par en la onda vana  
Los tres rios que abarca con su puente;

Do empiezan á tender los arenales  
Su enmarañado pabellon de pinos,  
Por donde abren en grietas desiguales  
Sus engañosos lindes los caminos.

Era la hora en que, cansado acaso  
De su rauda y magnífica carrera,  
El moribundo sol hunde en ocaso  
Su universal espléndida lumbrera.

Dábale el ruiseñor su despedida  
Desde el olmo sombrío que le oculta  
Alegre á Dios á la gloriosa vida  
Del astro rey que en sombra se sepulta;

Despidenle las aguas y las hojas,  
Y las sutiles auras que adormecen,  
Y las coronas de los pinos, rojas  
A su luz, despidiéndole se mecen.

Todo era paz y lánguido sosiego  
En la fresca pradera y soto umbrío,  
Todo aspiraba el esplendente fuego  
En derredor de fuente, soto y río.

La luz tendiendo de los ojos vagos  
Sobre el rápido arroyo campesino  
Del llanto preso resistiendo amagos  
Velaba el solitario capuchino.

Y allí con él su exasperada duda  
Revolviéndose audaz dentro del pecho

Hondo tormento daba al alma ruda  
Sitio en el corazon hallando estrecho.

Continuo presentábale su mente  
La ensangrentada imágen de Don Tello,  
A quien de un crimen defendió inocente,  
Y á quien la injusta ley mató por ello.

Y allá en su alma á quien vicia  
De lo humano la miseria,  
Así la ruda materia  
Luchaba con su impericia.  
« No hay Dios donde no hay justicia,  
Porque á ser de otra manera,  
O Tello no pereciera  
Con tan clara sinrazon,  
U oyera el rey mi razon,  
O el matador pareciera.

Que Tello al cabo murió,  
Ojalá no fuera cierto;  
Que no es reo en lo del muerto  
Por mis ojos lo vi yo.  
Si la ley le condenó  
Con ignorancia ó malicia,  
Manifiesta la injusticia  
En entrambos casos fué,  
Que si Dios existe á fé  
No está Dios do no hay justicia.

Porque hacer el bien y el mal  
Y negar al mal el bien,  
Arguyera error tambien  
En la justicia eternal.  
Que amparar al criminal  
É ir del inocente en pos  
Contra el gusto de los dos  
Fuera en Dios ley bien tirana;  
Luego en consecuencia llana  
Do no hay justicia no hay Dios.

Y puesto que sí es, no es justo  
Siendo así Dios no cabal,  
En obrar el bien ó el mal  
Cuerdo es no forzar el gusto.  
Pues no es Dios un Dios injusto  
No quiero por mi impericia  
Tener un Dios de injusticia  
De sus hechuras ajeno;  
Que en este mundo terreno  
No está Dios, pues no hay justicia.

Y si niegas, Dios, aquí  
Tu justicia, aquí no estás,  
Y donde no estés de hoy mas  
Quiero vivir para mí;  
Que si hijo tuyo nació  
Es bueno y justo á los dos

Que el hijo te vaya en pos,  
Y que tú acudas al hijo,  
O mintió quien tal nos dijo,  
Pues sin justicia no hay Dios. »

Asi pensaba el monge vacilando  
Sin razon ni creencia que le acuda,  
Cuanto mas convencido mas dudando  
Por entre el laberinto de la duda ;

Y triste y macilento y sin destino,  
Sin fé en el mismo Dios que á par confiesa,  
Sentóse á las orillas del camino  
Como fardo á posar que mucho pesa.

Miserable reptil busca en la tierra  
Lo que la tierra misma no merece,  
Y el ciego pensamiento se le cierra,  
Y el atrevido pensamiento crece.

Acosado de amargos pensamientos,  
De negras dudas entre turbias nieblas,  
Nave presa de ciegos elementos  
Hasta en su propia luz halla tinieblas.

Y así al dulce rumor del agua mansa,  
Són de las hojas, trino de las aves,  
En fatigado corazon descansa  
A los murmullos lánguidos y suaves.

Tal vez abriendo los cansados ojos  
La moribunda luz goza un momento,  
Y la imágen de Tello le da enojos,  
Y el sueño se la roba al pensamiento.

Tal vez aún en duda congajosa  
Razones sueña y vanidad delira,  
La claridad fingiendo misteriosa  
De lo que huye mas cuanto mas mira.

Que así lo muestra el fatigado aliento  
Que el pecho en sueño atosigado lanza,  
Revuelto mar que el torvo movimiento  
Del gran volcan del pensamiento alcanza.

Sorbió el falaz crepúsculo la noche,  
Ganó el espacio la callada sombra,  
La flor cerró su perfumado broche,  
Veló la tierra su pintada alfombra.

Allá á lo lejos tras el negro monte  
A tardos pasos asomó la luna,  
Tibia alumbrando el lóbrego horizonte,  
Rasgando el velo que la sombra aduna.

Vagaba el aura y susurraba el rio,  
Murmuraba la fuente que corría,  
Y de ella al pié con ademan sombrío  
El capuchino su pesar dormía.

Iba la parlera fuente  
Resbalando entre la yerba,  
En són acorde lamiendo  
La parda y menuda arena :

Y á la fugitiva lumbre  
Que en sus ondas reverbera  
La luna en su espejo errante  
La pálida faz refleja.

Brotaba espumas de plata  
El ronco y turbio Pisuerga,  
Bañando en corvos cristales  
Entrambas á dos riberas.

Y al compasado murmullo  
De aguas, hojas, aura y presas,  
En insomnio inquieto el monge  
Tendido á la orilla sueña.

Alzando á veces los párpados  
Como quien duerme y le pesa,  
La luz se pinta en sus ojos  
Entre cendales de niebla.

Siente el agua que murmura  
Y el aura que bulle apenas,  
Y en vago adormecimiento  
Oye, ve, respira y piensa.

A través del agua mansa  
Que el límpido arroyo lleva  
Algun objeto confuso  
La luna blanca le muestra.

Duda y mira, y fatigoso  
Otra vez los ojos cierra,  
Y anda el torpe pensamiento  
En lucha con una idea.

Tornó á descorrer los párpados,  
Y allá en el agua serena  
Entre las sombras del sueño  
Un rostro á mirar acierta.

Tornó á dudar acosado  
Entre sí duerme ó si vela,  
Contemplando aquel semblante  
De igual color que la tierra.

Fantasma, ilusion ó ensueño  
Que minucioso semeja  
Al muerto Don Tello Aponte  
Que finó la tarde mesma.

Tornó á dudar mal despierto  
Y mal dormido en su vela,  
Al ver detenida el agua  
Y apilada en las riberas,

Y en el lecho del arroyo,  
Al nivel de las arenas,  
Todo el cadáver de un hombre  
Asido con su cabeza.

Alzóse despavorido  
El monge; mas teme y tiembla  
Cuando el cuerpo de Don Tello  
Le dice así en voz severa :

« ¿Conocéisme, padre?  
— Sí.

— A que me siente ayudad.  
Bajo mi cuerpo mirad  
Lo que hay debajo de mí. »

Miró el monge, y con asombro  
Halló la faz macilenta  
De otro á quien Tello cubria  
Pié á pié, y cabeza á cabeza.

Temblaba el monge aterrado  
De rodillas en la yerba,  
Y Don Tello en voz solemne  
Dijole de esta manera :

« En duelo injusto los dos  
A traicion le asesiné;  
No preguntéis el porqué  
De la justicia de Dios. »

---

## A BLANCA.

---

Despierta, Blanca mía,  
Que ya brillante y clara  
A largo andar se viene  
Riendo la mañana.

Despierta, que ya alegres  
Los ruiseñores cantan  
Sus amorosas letras  
Saltando entre las ramas.

Despierta, Blanca hermosa,  
Y al bosque ameno baja  
A dar al campo enojos  
Y avergonzar al alba.

Y baja sin recelo,  
Que quien aquí te aguarda  
No ha de cansarte, hermosa,  
Contándote batallas.

No de su noble estirpe  
Los títulos y hazañas  
Te contará altanero,  
Ni necias antiguallas.

Ni te dirá en prolijas  
Razones estudiadas  
Costumbres y opulencias  
De tierras mas lejanas.

Ni en versos lastimeros  
Al ronco són del arpa  
Lamentará fanático  
Desastres de su pátria.

No, lejos de nosotros  
Creencias tan livianas,  
Estúpidos ensueños  
Que son al cabo *nada*.

Despierta, y ven al bosque,  
Donde te espero, Blanca,  
Por verte mas hermosa  
Que el sol que se levanta.

Aquí hay sombríos lechos  
Con que la yerba blanda  
Convida, al són acorde  
De fuentecilla mansa.

Aquí las mariposas  
Sobre la frente vagan,  
Y las pintadas flores  
Bevientan en fragancia.

Y bullen los arroyos,  
Y murmuran las ramas  
Al compasado impulso  
De las sonantes auras.

El sol tiñe las cimas  
De las rocas lejanas,  
Cubiertas de rocío  
Sus asperezas calvas.

Aquí todo es contento,  
Seguridad y calma.  
¡Oh! ven, paloma mía,  
A la floresta baja.

¡Oh! ¡cuán hermosa viene!  
¡Qué bella estás, mi Blanca!  
Cantad, parleras aves,  
Cantad y saludadla.

Te tengo entre mis brazos.  
¿Qué espero? ¿Qué me falta?  
La dicha de mirarte  
Me enagena y embriaga.

Y... lejos de nosotros  
Los mundanos fantasmas,  
La gloria y el renombre,  
La grandeza y la pátria.

Locuras, Blanca mía,  
Ridículas palabras;  
La gloria y la grandeza  
Son ilusiones vanas.

¿Te ríes, vida mía?  
¿Recuerdas aun las lágrimas  
Que un dia por la gloria  
Vertí sin esperanza?

¡Oh Blanca! era otro tiempo;  
Ya mas segura el alma,  
No soy mas que un poeta  
Que ocio y placeres canta.

¿Ann ries...? ¡Cómo brillan  
Tus pupilas...! me abrasa  
No sé qué fuego en ellas...  
¡Oh, dame un beso, Blanca!

La gloria es un ensueño,  
Todo en la tierra pasa,  
Dame un beso, y si quieres  
Rompe mi lira, Blanca.

---

CANCION.

---

Triste canta el prisionero  
Encerrado en su prision,  
Y á sus lamentos responde  
Su cadena en triste són.  
Abrele ¡oh viento! camino á la voz.

Van mis horas, van mis dias  
Mi esperanza carcomiendo,  
El valor va sucumbiendo,  
Vase helando el corazon.  
Cuanto espero, desespero,  
Que en destierro tan tirano  
Solo escucha el viento vano  
Mi cantar y mi afliccion.  
Abrele ¡oh viento! camino á la voz.

Si á tu oido, vida mia,  
Mi cancion llegar pudiera,  
Yo sé bien que no muriera  
Al rigor de mi prision.  
Mas tú gozas descuidada,  
De mis cuitas bien ajena,  
Mientras ronca mi cadena  
Me acompaña en triste són.  
Abreme ¡oh viento! camino á la voz.

¡Cuántas veces despertando  
Por el cristal del deseo  
Me imagino que te veo  
En amorosa ilusion!  
Yo te llamo y te acaricio,  
Los brazos audaz te tiendo;  
Mas tú me huyes, y yo entiendo  
¡Ay de mi! que sueños son.  
Abreme ¡oh viento! camino á la voz.

Rie y canta, y goza y vive,  
Mientras sueño y canto y lloro  
Los hechizos que en tí adoro,  
Vida y sol del corazon.  
Aqui en tanto, hermosa mia,  
¡Norte y faro de mis ojos!  
Al rigor de tus enojos  
Y al dolor de su pasion,

Triste canta el prisionero  
Encerrado en su prision,  
Y á sus lamentos responde  
Su cadena en ronco són. 366  
Abrele, viento, camino á la voz.

## QUINTA PARTE.

### EL CREPUSCULO DE LA TARDE.

Sentado en una peña de este monte  
Tapizado de enebros y maleza  
Estoy viendo en el cárdeno horizonte  
Reverberar el sol en su grandeza.

Y allá esconde su luz tras la colina,  
Y se cree que su sombra nos oculta  
Otra region luciente y cristalina  
Do airado el sol su púrpura sepulta.

Arde la cima; el horizonte estenso  
Trémulo brilla con purpúrea lumbré;  
Un mar de grana le circunda inmenso,  
Y un piélagó de sol flota en la cumbre.

El sol se va; su rastro luminoso  
Ha quedado un instante en su camino :  
¿Quién seguirá en su curso misterioso  
La infinita inquietud de su destino?

El sol se va; la sombra se amontona;  
Las nubes en opacos escuadrones  
Avanzan al ocaso, y se abandona  
La atmósfera á sus rápidas visiones.

Si es que despiden á la luz del día,  
Si atropellan la luz porque se acabe,  
Si son cifras de paz ó de agonía,  
Desde el sumo Hacedor nadie lo sabe.

El sol se va; las nieblas se levantan;  
Los fuegos del crepúsculo se alejan;  
Murmura el árbol y las aves cantan;  
¿Y quién sabe si aplauden ó se quejan?

Gime la fuente, y silban los reptiles  
Que guarda entre sus algas la laguna,  
Y las estrellas por oriente á miles  
Trepan en pos de la inocente luna.

El sol se va; ya en ilusion tranquila  
De aérea nube entre el celaje gayo  
Que tras su lumbré con afán se apila  
Desmayado pintó su último rayo.

A Dios, fúlgido sol, gloria del día,  
Duerme en tu rico pabellón de grana;

Ora nos dejas en la noche umbría,  
Pero radiante volverás mañana.

Húndete en paz; ó sol! que yo te espero;  
Yo sé que volverás de esas regiones  
Do allende el mar como á inmortal viajero  
Te esperan otro mar y otras naciones.

Y te esperan allá, porque allá saben  
Que al hundirte en la playa mas lejana  
Les dejas en tinieblas porque alaben  
La nueva luz que les darás mañana.

Yo sé que volverás ¡luz de los cielos!  
Y ese volcan con que tu ocaso llenas  
Del alba al desgarrar los ténues velos  
Cinta será de blancas azucenas.

Vé en paz, y allá te encuentres bulliciosa  
Otra feliz desconocida gente,  
Que ora tal vez pacífica reposa  
A la luz de la luna trasparente.

Vé en paz; ó rojo sol! si allí te esperan,  
Que allí tras otros mares y otros montes  
Derramados tus rayos reverberan  
En otros infinitos horizontes.

Tú alumbras las recónditas riberas,  
Donde una gente indócil y atezada  
Alza en medio de bosques de palmeras  
Las tiendas en que duerme descuidada.

Tú alumbras las medrosas soledades  
Donde no crecen árboles ni flores,  
Donde ruedan las roncadas tempestades  
Sobre un vasto arenal sin moradores.

Tú alumbras en sus márgenes cercanas  
Un pueblo infiel que de tu ley vasallo  
Te muestra sus bellísimas sultanas  
En el secreto haren de su serrallo.

Tú ves el blanco y voluptuoso seno  
De la europea en su niñez cautiva,  
El rojo labio de suspiros lleno,  
La frente avergonzada, pero altiva.

Tú ves la indiana de ébano orgullosa  
Con su tostada y vivida hermosura

Que entre dos labios de encendida rosa  
Asuma de márfil su dentadura.

Tú alumbras esas danzas y festines  
En que negras y blancas confundidas  
Unas de otras se ven en los jardines  
Cual sombras de sus cuerpos desprendidas.

Tú alumbras los recuerdos portentosos  
De Atenas, de Palmira y Babilonia,  
Y á par te esperan de tu lumbre ansiosos  
Monstruos de Egipto y cisnes de Meonia.

Te esperan las cenizas de Corinto,  
Las playas olvidadas de Cartago  
Y del Chino el recóndito recinto,  
Y el salvage arenal del Indio vago.

Te esperan de Salém los rotos muros,  
Del Muerto mar los ponzoñosos riscos,  
Que de los pueblos de Gomorra impuros  
Son á la par sepulcros y obeliscos.

Tú sabes dónde están las calvas peñas  
En donde los primeros cenobitas  
De Cristo tremolaron las enseñas,  
Alcázares tornando sus ermitas.

Tú sabes el origen de las fuentes,  
Los mares que no surcan raudas velas,  
En qué arenas se arrastran las serpientes,  
Y en qué desierto vagan las gazelas.

Tú sabes dónde airado se desata  
El ronco y polvoroso torbellino,  
Donde muge la escelsa catarata,  
Por donde el hondo mar se abre camino.

Mas ya en tu ocaso tocas y te alejas ;  
Ante ese inmenso pabellon de grana  
Cuán ciego sin tu luz ¡oh sol ! me dejas...  
Mas vete en paz, que volverás mañana.

¡Mañana ! ¡y en tanto crecen  
Esos fantasmas de niebla  
Con que el ambiente se puebla  
En fantástico tropel !  
Y se agolpan esas nubes  
Que acaso al sol atropellan,  
Se confunden y se estrellan  
Despeñándose tras él.

¡Mañana ! y de aquesta sombra  
Entre el denso opaco velo,  
No veo el azul del cielo,  
Valles, ni montes, ni mar.  
¡Mañana ! y ora encerrado  
En esta atmósfera oscura,  
Sé que existe la hermosura  
Sin poderla contemplar.

¡Mañana... ! y en esta noche  
Tan tenebrosa en que quedo,  
Me acongojan y dan miedo  
La noche y la soledad ;  
Do quier que vuelvo los ojos,  
Do quier que tiendo una mano,  
Miró y toco el sér liviano  
De la negra oscuridad.

Siento que á mi lado vagan  
Fantasmas que no conozco ;  
Veó luces que se apagan  
Al intentarlas seguir ;  
Percibo voces medrosas  
Que entre la niebla se pierden,  
Sin saber lo que recuerden  
Ni lo que intenten decir.

Siento herirme la mejillá  
Un soplo vago y errante,  
Como un suspiro distante  
De alguier que pasa por mí.  
Tiemblo entonces, temo y dudo,  
Mis años y mis momentos  
Me tienen mis pensamientos  
En estrecha cuenta allí.

¿ Qué negro sueño es aqueste,  
Qué delirio el que padezco ?  
¿ Esta sombra que aborrezco  
Cuándo pasa ? ¿ adónde va ?  
La siento sobre mi frente  
Que en masa gigante rueda,  
Y siempre sobre mí queda,  
Siempre ante mi vista está.

En la sombra, me dijeron,  
Se delira y se descansa,  
El pesar duerme y se amansa,  
La afliccion toca en placer :  
En la sombra estamos solos,  
No nos oyen ni nos miran,  
Todos los ecos conspiran  
Nuestro mal á adormecer.

Mas yo aquí conmigo mismo  
Oigo y veo, y toco y siento  
A mi propio pensamiento  
Y á mi propio corazon :  
No estoy solo, no descanso,  
Me oyen, me ven, no deliro..  
Y estos fantasmas que miro,  
¿ Qué me quieren ? ¿ quiénes son

Oigo el agua que murmura,  
Siento el aura que se mueve,  
Miro y toco, y sombra leve  
Hallo solo en derredor ;  
Busco afanoso, y no encuentro ;  
Pregunto, y no me responden ;

Ay ¿dó están? ¿y dó se esconden  
Los consuelos del dolor?

No sé, que el cielo encapotan  
Esas nubes cenicientas  
Que se arrastran turbulentas  
Por la atmósfera sutil;  
No sé... mas siento que todos  
Los recuerdos de mi vida  
En tropa descolorida  
Me asaltan de mil en mil.

No sé...; ¡ porque no es reposo  
Este nocturno tormento  
Que el escuadron macilento  
De mis recuerdos me da!  
¡Tantas imágenes bellas  
Que giran en mi memoria!  
¡Tantas creencias de gloria  
Que son ilusiones ya!

Flores marchitas del tiempo  
De olor esquisito y sumo,  
Que pasaron como el humo,  
Que no volverán jamás...  
Sol, tú has hundido tu frente  
Tras la espalda de ese monte,  
Mañana en el horizonte  
Otra vez te elevarás.

Sol, ¡ mañana mas radiante  
En los brazos de la aurora  
Tornará tu encantadora  
Soberana esplendidez!  
Sol, tú ruedas por los cielos;  
Mas por el cielo que pueblas,  
No tropiezas con las nieblas  
De esta vaga lobreguez.

Sol, tú vuelves mas sereno  
De tu viaje cotidiano;  
Sol, tú no esperas en vano  
Que volverás desde allí.  
Si, tú volverás mañana;  
Mas al tocar en tu oriente,  
¿Sabes tú, sol refulgente,  
Si mañana estaré aquí?

Mas vete en paz, ¡ oh sol! baja tranquilo  
Por este rastro de esplendente grana.  
Yo en esta roca buscaré un asilo  
Hasta que vuelvas otra vez mañana.

Me han dicho que en la noche silenciosa  
Los espíritus vagan en el viento,  
Que flotan en la niebla misteriosa  
Sífides blancas de aromado aliento.

Que las aéreas sombras bienhadadas  
De los que eran aquí nuestros amigos

Vienen sobre las brisas desatadas  
Del nocturno reposo á ser testigos.

Me han dicho que en los bosques apartados,  
En las márgenes frescas de los rios,  
Por el agua y las hojas arrullados,  
En torno de los árboles sombríos,

Danzan alegres de su paz gozando,  
Y á los que en vida con afán querian  
Desde la turba de su alegre bando  
Ilusiones dulcísimas envían.

Y dicen que esos son los halagüeños  
Fantasmas que en la noche nos embriagan,  
Esos los blancos y amorosos sueños  
Que en nuestra mente adormecida vagan.

Tal vez será verdad; vendrán acaso  
Nuestra vida á endulzar esas visiones,  
Y de una estrella al resplandor escaso  
Entonarán sus mágicas canciones.

Si, tal vez á sus madres amorosas  
Colmarán de purísimos cariños  
Las transparentes sombras vaporosas  
De los risueños inocentes niños.

Tal vez venga el esposo enamorado  
Al triste lecho de la esposa viuda  
A darla en paz el beso regalado  
Que en su labio agostó la muerte ruda

Tal vez sean su voz esos suspiros  
Con que la oscura soledad resuena,  
Y su aliento esa brisa á cuyos giros  
Mansa murmura la floresta amena.

Tal vez será verdad... pero á mi triste,  
Que no me vela amante y cuidadosa  
Esa sombra que á alguno en paz asiste,  
Amigo, hermano, idolatrada esposa;

A mí, que no me cercan esos vagos  
Benéficos fantasmas de la noche,  
Que en las ondas se mecen de los lagos  
O de la flor en el cerrado broche;

A mí; triste de mí! no me acompañan  
Esas sombras de amor, blancas y bellas,  
Porque mi adusta soledad estrañan,  
Porque yo velo mientras vagan ellas.

Yo no tengo una madre, ni un amigo  
Que deje los alcázares del cielo,  
Y en nocturna vision venga conmigo  
A prestarme en mi afán calma ó consuelo.

Yo, á quien los suyos ofendidos lloran,  
A quien no deben mas que su amargura.  
Recelo de los mismos que me adoran,  
Temo el misterio de la sombra oscura.

No hallo en ella ni sílfides, ni magas,  
Que en esas solitarias ilusiones  
Solo siento en redor torvas y vagas  
Las memorias de hiel de mis pasiones.

No quiero sombra, ¡oh noche! te aborrezco.  
Odio la luz de tu tranquila luna,  
Ante tus bellas sombras me estremezco,  
Porque no tienes para mí ninguna.

Yo espero al sol que baja refulgente  
Revestido de pompa soberana :  
Yo espero al sol que por el rojo oriente  
Vuelve á nacer espléndido mañana.

Yo amo la luz, y el cielo, y los colores,  
Detesto las tinieblas, amo el día,  
Todas en él las auras son olores,  
Todos en él los ruidos armonía.

Entonces reverbera el manso río,  
Abren su caliz rosas y azucenas,  
Y las lágrimas puras del rocío  
Bordan sus hojas de perfume llenas.

Yo espero al sol; entonces se levanta  
La tierra á saludarle perezosa,  
Y el ruiseñor entre los olmos canta,  
Y llena blando són la selva umbrosa.

Yo espero al sol porque su luz gigante  
Me deslumbra y embriaga y enloquece,  
Y al seguirle en su curso rutilante  
Mi pesar en el pecho se adormece.

Sol... ¡inmortal y espléndido viajero!  
Yo como tú me perderé sin tino,  
Iré desconocido pasajero  
Sin término vagando y sin camino.

Ya bramen los revueltos temporales,  
Ya murmuren las brisas perfumadas,  
Ya cruce por desiertos arenales,  
Ya me pierda en florestas encantadas,

En los mullidos lechos de un serrallo,  
En la triste mansion de una mazmorra  
Altivo triunfador, servil vasallo,  
Negra fortuna ó liberal me acorra,

Te buscaré á través de las cadenas  
Bajo los ostentosos pabellones,  
Del río por las márgenes amenas  
Y á través de los rotos murallones.

Yo buscaré tu lumbre soberana  
Del mar tras los cristales movedizos,  
Y soñando á los piés de una sultana  
En la espiral de sus flotantes rizos.

Y tal vez de un proscrito los cantares  
Desde unas costas lúgubres y solas,  
Lleguen cruzando los inmensos mares  
A sus queridas playas españolas.

¡Feliz entonces si á la fin pasados  
Mis locos, criminales estravios  
De mis fúnebres cánticos tocados,  
Les merezco una lágrima á los míos!

Conjuraré á los céfiros ligeros  
De aquellas selvas á la mar vecinas,  
Y á los rápidos bandos pasajeros  
De las sueltas y pardas golondrinas.

Que ingrato á cuanto amé, solo y perdido,  
Un verdugo alimento en mi memoria;  
Y para hundirla entera en el olvido,  
Loco deliro un porvenir de gloria.

Gloria ó sepulcro, ¡oh sol! busco anhelante;  
Gloria ó tumba tendrá mi audacia insana.  
Si buscas mi destino, ¡oh sol radiante!  
Yo estaré aquí; levántate mañana.

## A UN AGUILA.

ODA.

Sube, pájaro audaz, sube sediento  
A beber en el viento  
Del rojo sol la esplendorosa lumbre;  
Sube batiendo las sonantes alas  
De las etéreas salas  
A sorprender la luminosa cumbre.

Bien hayas tú, que ves osadamente  
Los cielos frente á frente,  
Y de cerca á tu Dios, ave altanera;  
Y que si el ronco torbellino crece,  
Vigoroso te mece  
Siendo un impulso mas á tu carrera.

¿Qué te importa que el sol ni el torbellino  
Crucen por tu camino,  
Si en vuelo altivo y temerario arrojo  
La tormenta te riza mansamente,  
Y el sol resplandeciente  
Como precisa luz vibra en tu ojo?

¿Qué te importa de pájaros la ansiosa  
Confusion tumultuosa,  
Que se afana en subir cuando tú subes,  
Si á su impotente y torpe movimiento  
Fuerza le falta y viento,  
Cuando tu vuelo real hiende las nubes?

Salve, ¡oh tú de la atmósfera señora,  
Aguila voladora  
Que abandonando nuestra tierra oscura,  
Emperatriz del viento te levantas,  
Y solitaria castas  
De los lucientes astros la hermosura!

Tal vez escuches en tropel sonoro  
 Las cítaras de oro  
 De los santos y célicos festines;  
 Y tal vez mires en distancias sumas  
 Las espléndidas plumas  
 De los blancos y errantes serafines.

Tal vez oyes, ¡oh reina soberana!  
 El infinito *Hosanna*  
 Y en torno al cielo respetuosa giras,  
 Y en el cóncavo ambiente solitario  
 Del místico incensario  
 El ambar celestial libre respiras.

Y tal vez los espíritus errantes  
 Que arrastran rutilantes  
 Esos soles que ruedan en la esfera,  
 En cariñosa voz y amago blando,  
 Te acarician pasando  
 Al encontrarte siempre en su carrera.

¡Bien hayas tú, del sol y el viento amiga,  
 Del esfuerzo y fatiga,  
 De arcángeles tal vez acariciada!  
 Bien hayas tú, que despreciando el suelo  
 Pides osada al cielo  
 Libre, tranquila, y liberal morada.

Bien hayas tú, que lejos del inmundo  
 Pantano de este mundo,  
 No sientes el dolor de los que lloran,  
 Ni el vergonzoso són de las cadenas,  
 Ni las de angustia llenas  
 Quejas sin fin de los que ayuda imploran.

Ni oyes la ronca voz de la ímpia guerra  
 Que ensordece la tierra  
 Y escribe en lanzas sus sangrientas leyes,  
 Ni del vasallo el desvalido lloro  
 En derredor del oro  
 Que brilla en el alcázar de sus reyes.

Bien haces en quedarte en esa altura,  
 Recinto de ventura,  
 Águila emperatriz, hija del viento,  
 Y dejarnos aquí ya que no osamos,  
 Pues cobardes lloramos,  
 Gozar tu libertad por tu ardimiento.

Déjanos, sí, que esclavos de otros dueños  
 En indignos empeños  
 Las ajenas hazañas aplaudamos,  
 Y al ajustar nuestras contiendas fieras,  
 Las ajenas banderas  
 Y el extranjero pabellón sigamos.

Mientras cruzando la region vacía,  
 Tú en infinito día  
 La farsa ries de la humana gente,  
 Y al són de sus dementes alaridos  
 Registras los perdidos  
 Vaporosos espacios del oriente.

Tú desde allí en las ráfagas mecida,  
 Segura y atrevida  
 Contemplas la mezquina y baja tierra,  
 La miseria del hombre, y su inmundicia,  
 Su orgullo y su injusticia,  
 Sus vanos triunfos y ominosa guerra.

Tú, ave de libertad y de victoria,  
 Del aire y del sol gloria,  
 Desde la calva inmensurable peña  
 Ves cómo se abre trabajosa calle  
 Por el angosto valle  
 La armada gente tras la rota enseña.

Césares, Alejandro, Napoleones,  
 Dieron á sus legiones  
 Tu vencedora imagen por bandera;  
 Y tú en el viento sin temor ni vallas,  
 Al són de sus batallas  
 Te adormistes ufana y altanera.

Y en vano con tu sombra se escudaron,  
 Que á la fin tropezaron  
 En Roma y Babilonia, y Santa Elena;  
 Y allí vencidos, la cerviz hundieron  
 Mientras al morir te vieron  
 Rasgar el viento á ti libre y serena.

¡Salve, reina del viento generosa,  
 Águila poderosa,  
 Ave del sol y de la luz querida!  
 Salve, y pluguiera que en tu raudo vuelo  
 Tregar pudiera al cielo  
 Una esperanza de mi amarga vida.

¡Oh si alcanzara, cándida María,  
 Perdida gloria mía,  
 A enviarte con esa águila un suspiro!  
 ¡Si alcanzara esa osada mensajera  
 A decirte siquiera  
 Que aun por tu solo amor canto y respiro!

¡Ay, fresca rosa que abrasó el estío,  
 Perdido encanto mío,  
 Tierna, amorosa y muerta ya María,  
 ¿En qué aura vaga tu fragante aroma?  
 ¿En qué escondida loma  
 Me velas hoy tu caliz, vida mía?

Tórname, hermosa, el rostro soberano,  
 Y tiéndeme tu mano,  
 Y dime dónde estás para mirarte;  
 Para que tengan luz los ojos míos,  
 Y se acallen bravios  
 Los duelos de mi vida al adorarte.

Vuela, pájaro audaz, águila erguida,  
 Por la region perdida  
 Donde espléndido el sol alza su oriente;  
 Y si aun es dado á tu gigante vuelo  
 Escudriñar del cielo  
 La ignorada mansion resplandeciente.

Busca á mi vida y dila que aun la adoro,  
 Y dila que aun la lloro  
 Al ronco són de la cansada lira;  
 Pregúntala si lejos de esta tierra  
 En ese que la encierra  
 Alcázar celestial por mí suspira.

Los Césares asi y los Napoleones  
 Leguen á sus legiones  
 Tu vencedora imágen por bandera,  
 Y tú en el viento sin temor ni vallas  
 Al són de sus batallas  
 Duermas ufana, libre y altanera.

Sube, pájaro audaz, sube sediento  
 A beber en el viento  
 Del rojo sol la esplendorosa lumbre;  
 Sube batiendo las sonantes alas  
 De las etéreas salas  
 A sorprender la luminosa cumbre.

No te importe que el sol y el torbellino  
 Cruzen por tu camino;  
 Sigue tu vuelo en temerario arrojó,  
 Que el huracan te riza mansamente,  
 Y el sol resplandeciente  
 Como precisa luz vibra en tu ojo.

Y si por caso encuentras en el viento  
 Mi lastimero acento,  
 Sigue cruzando á las etéreas salas,  
 Que los roncós preludios de un canto  
 Son los ayes del llanto  
 Que me arranca la envidia de tus alas.

---

### ORIENTAL.

---

Larga y pesada es la noche  
 Si de un cerrado balcon  
 Al pié se aguarda la lumbre  
 De un enamorado sol.

Si á oscuras en una calle  
 No se siente en derredor  
 Mas que del aura perdida  
 El interrumpido són.

Larga y pesada es la noche  
 Para el despierto amador  
 Que acecha una blanca mano  
 Que tal vez le hace traicion.

Mientras la diestra al estoque,  
 Ebria el ánima de amor,  
 De rival desconocido  
 Receía la condicion.

Larga y pesada es la noche  
 Para quien tanto aguardó,  
 Que el alba por el oriente  
 Viene á ahuyentar su pasion.

Muy larga para el mancebo  
 Que en Córdoba penetró  
 De los ojos de una mora  
 Enredado en la prision.

Está el cristiano apoyado  
 En las rejas donde caió  
 Mientras que lloró cautivo  
 A la prenda de su amor.

Y en vano á su doble seña  
 Una respuesta aguardó :  
 Las celosias tuvieron  
 Siempre velado el balcon.

Mas viendo que á largos pasos  
 Veniase alzando el sol,  
 Entre amorosos suspiros  
 Asi dijo á media voz :

« He llamado á tu ventana,  
 Mi sultana,  
 Siempre fiel á mi pasion,  
 Y enojado me despido,  
 Pues dormido  
 Encontré tu corazón.

A Dios, mi dulce señora,  
 Ingrata mora,  
 Que pues mas no he de venir,  
 Bien harás de mi olvidada,  
 Descuidada,  
 En largo sueño dormir.

No esperes, no, que tu mano  
 Vuelva ufano  
 Enamorado á buscar  
 Clavando del foso oscuro,  
 Sobre el muro,  
 Una escala en que bajar.

No esperes que en larga vela,  
 Centinela  
 De tu cerrado balcon,  
 Aguarde ya entretenido,  
 Si dormido  
 He de hallar tu corazón.

No esperes, no, que combata,  
 Mora ingrata,  
 De tu celosia al pié,  
 Mientras en otros amores  
 Tus favores  
 Gozando un rival esté.

Que si á mi voz no respondes,  
 Porque escondes  
 Otro amor para mi amor,

Guarda los lances y cuitas  
De tus citas  
Para quien ha tu favor.  
Quédate, aunque yo te amaba,  
Por esclava  
De un señor y de un haren,  
Y muera con tu hermosura  
La ventura  
De tu existencia tambien.

A Dios; duerme, mi sultana,  
Y tu ventana,  
Testigo de mi pasion,  
Te diga si he conocido  
Cuán dormido  
Estaba tu corazon. \*

Y asi el mancebo diciendo,  
De sus zelos al furor  
De un tajo las celosias  
Con la espada derribó.

Saltó del lecho la mora  
A tan descompuesto són,  
Y asomándose á la reja,  
Quién era le preguntó.

Mas él á larga distancia,  
Revolviendo un callejon,  
Tornó la espalda diciendo :  
Dormid en paz, que soy yo.

—  
CANCIÓN.

MUSICA DEL SEÑOR DON S. IRADIER.

—  
CORO.

¡Orgía, dadme flores!  
¡Orgía, dadme amores!  
La vida es un sueño,  
Y el mundo un festin.

El tiempo nos roba  
Las horas mas bellas,  
Romped las botellas  
Y al baile venid.  
Que al són que murmura  
La danza insegura,  
Sueño es de ventura  
La vida feliz.

¡Orgía, dadme flores!  
¡Orgía, dadme amores!  
La vida es un sueño,  
Y el mundo un festin.

Soñemos gozando  
Fortuna tan vana,

I.

Y el sol de mañana  
Que vea al salir  
Que al són de la orquesta  
Danzando en la fiesta,  
No es carga funesta  
La vida feliz.

¡Orgía, dame flores!  
¡Orgía, dadme amores!  
La vida es un sueño,  
Y el mundo un festin.

Diránnos mañana  
Que somos ceniza,  
Que es dicha postiza  
La de este vivir;  
Mas hoy gozaremos,  
Dichosos seremos;  
En tanto olvidemos  
Origen tan vil.

¡Orgía, dadme flores!  
¡Orgía, dadme amores!  
La vida es un sueño,  
Y el mundo un festin.

Bailemos, bebamos,  
La vida es muy corta;  
Tal vez nos importa  
Pasarla feliz;  
Y si al fin perdida  
Se llora la vida,  
Gozando se olvida  
Tan lúgubre fin.

¡Orgía, dadme flores!  
¡Orgía, dadme amores!  
La vida es un sueño,  
Y el mundo un festin.

—  
\* \* \* \* \*

Venid á mi, brillantes ilusiones,  
Que engalanais la juventud ardiente.  
Dadme, dadme fantásticas visiones  
Con que embriagar la mente.

Suéñelas yo en mi necio desvarío,  
Y en vistoso tropel pasen risueñas  
Como la espuma de sonante río  
Resbala entre las peñas.

Dejadme aunque ficcion ver á lo lejos  
Esa radiante luz de la esperanza  
A cuyos ricos trémulos reflejos  
Un porvenir se alcanza.

Y apartad de mi mente esos crespones  
Que enlutan cuanto sueño y cuanto miro,  
Que tornan el compás de mis canciones  
En lúgubre suspiro.

Yo que cruzo feliz, libre y contento,  
De la existencia el áspero camino,  
Que ayudado tal vez de noble aliento  
Cantar es mi destino;

¿Porqué al herir ufano el arpa de oro  
En amoroso són, lanza perdido  
En vez de canto espléndido y sonoro  
Fatídico gemido?

Y es en vano buscar cuanto risueño  
Natura por do quier pródiga brota,  
De su ventura á mi tenaz empeño  
Todo el raudal se agota.

He querido cantar radiante y puro  
Al esplendente sol, y apelmazado  
Sorbiedo el dia nubarron oscuro  
Su disco me ha robado.

Quise cantar las danzas inocentes,  
Los cándidos placeres campesinos,  
Y de muertas naciones insolentes  
Lamenté los destinos.

Quise cantar del águila altanera  
El imperial y soberano vuelo,  
Y profano llegué tras su carrera  
A llamar en el cielo.

Quise cantar cascadas y jardines,  
Los brindis y el placer, y ensangrentado  
Hice girar en torno á los festines  
El féretro enlutado.

Quise cantar de púrpura y de flores  
La senda del vivir entapizada,  
Y caminé entre abrojos punzadores  
Hasta el mar de la nada.

Mis cántigas de amor lamentos fueron,  
Y ningun amador se holgó con ellas;  
Blasfemias mis plegarias se volvieron,  
Y mis himnos querellas.

Embriagado canté la amistad santa,  
Soñé fraternidad y huyó el amigo,  
¡Que lleva al fin quien desventuras canta  
La soledad consigo!

¿Dónde tornar los desolados ojos?  
¿Dónde tender las alas del deseo?  
Truécanseme las flores en abrojos,  
Y es niebla cuanto veo.

Me dijeron acaso que el bullicio  
Del loco mundo las tristezas cura...  
Cada sonrisa me costó un suplicio  
Doblando mi amargura.

Tal vez la calma el corazón consuela  
De la sombría noche misteriosa...  
Las noches he pasado en larga vela,  
En lucha congojosa.

Flores, ¿en dónde estais que no os encuentro  
Vago por el jardín y nunca os hallo;  
Las raíces tal vez estarán dentro,  
Mas no asoman el tallo.

¡Fúlgido sol, espléndidas estrellas,  
Melancólica luna, yo os adoro!  
Y al bendecir vuestras antorchas bellas  
Mudo os contemplo y lloro.

No importa que la tierra brote flores,  
El mar corales, y los ríos peces,  
Yo bendigo sus senos creadores,  
Los adoro mil veces:

Pero al volver al Dios que los ha hecho  
Jamás me pareció ni mar ni tierra  
Mas que un sepulcro cuyo borde estrecho  
Nuestra miseria encierra.

## A MARIANA.

### CANCION.

Limpia es la noche y callada,  
La luna en el zenit brilla  
Como lámpara colgada  
En recóndita capilla.  
La brisa errante y serena  
Mansa suena  
Meciendo árbol, yerba y flor,  
Y el mundo en descuido inerm  
Goza ó duerme  
Sus pesares ó su amor.  
Yo constante en mi porfía  
Paso la noche sombría  
Suspirando á tu ventana,  
¡Mariana mía!  
Mas si han de espirar mis quejas  
En tus rejas,  
No me las abras, Mariana,  
Noche ni día.

¡Porque me es tan delicioso  
Saber cuándo al fin te roba  
Al necio mundo curioso  
La oscuridad de tu alcoba...!  
Tan grato espiar atento  
El momento  
En que tu luz espiró,  
Por poder decir ufano:  
¿Ora qué vano

*Favorito es como yo?*

Me es tan dulce en mi agonía  
Saber que en la noche umbria  
Suspiro yo á tu ventana,

¡Mariana mia...!

Mas si han de espirar mis quejas  
En tus rejas,

¡Oh! no las abras, Mariana,  
Noche ni dia.

Yo bien pudiera mentirte  
Palacios, buques, caballos,  
En luengas tierras decirte  
Que me respetan vasallos;  
Porque de tierras ignotas

Y remotas

Fuera muy fácil mentir;  
Mas decirte aunque quisiera  
No supiera

Si me lo hubieras de oír,  
Sino que en tenaz porfía  
Paso la noche sombría  
Suspirando á tu ventana,

¡Mariana mia!

Mas si han de espirar mis quejas  
En tus rejas,

No me las abras, Mariana,  
Noche ni dia.

Yo no soy mas que un poeta,  
Sin otro bien que mi lira,  
Un alma al amor sujeta  
Y un corazon que suspira:  
Y aunque es verdad que hay algunos

Importunos

Que me aplauden mi cancion,  
Yo nunca he de hacerles caso,

Porque acaso

Hablillas del vulgo son.  
Yo paso cantando el dia,  
Pero la noche sombría  
Paso al pié de tu ventana,

¡Mariana mia!

Mas si han de espirar mis quejas  
En tus rejas,

No me las abras, Mariana,  
Noche ni dia.

Quando en tus cándidos sueños  
Oír tal vez te parece  
De compases halagüeños  
El són que se desvaneece,

No son los ténues lamentos  
De los vientos

Que murmuran al pasar,  
No es el ruido de la fuente  
Trasparente,

Sino el són de mi cantar.  
Porque siempre en mi porfía  
Paso la noche sombría  
Suspirando á tu ventana,  
¡Mariana mia!

Mas si han de espirar mis quejas  
En tus rejas,

No me las abras, Mariana,  
Noche ni dia.

¡Oyes la lluvia que cae,  
Y el aura en sus hilos rota  
Que una voz triste te trae  
Mientras tus vidrios azota?  
No es la voz de la tormenta

Turbulenta

Que muge con el turbion,  
Es el arpa que yo toco  
Quando evoco

Tu sueño con mi cancion:  
Porque siempre en mi porfía  
Yo velo en la noche umbria  
Suspirando á tu ventana,  
¡Mariana mia!

Mas si han de espirar mis quejas  
En tus rejas,

No me las abras, Mariana,  
Noche ni dia.

Y si al fin de duelo tanto,  
De tan amorosas cuitas,  
Te cansa el són de mi canto  
Y te cansan mis visitas;  
Si tu sueño ó tus placeres  
Ya no quieres

Que turbe importuno mas,  
Manda que rompan la lira  
Que suspira

Tan amoroso compas;  
Mas si has de salir impía  
A maldecir mi porfía  
Quando lloro á tu ventana,  
¡Mariana mia!

Deja que estrelle mis quejas  
En tus rejas,

Y no las abras, Mariana,  
Noche ni dia.



## SEXTA PARTE.

### PRINCIPE Y REY.

ROMANCE HISTÓRICO.

Está la noche serena,  
La luna sin pardas nubes  
Que la empañen limpia y clara  
En el firmamento luce.  
En derredor las estrellas  
Con multiplicadas lumbres  
Tachonan del aire vano  
Los pabellones azules.  
Eresma por entre peñas  
Su escaso raudal conduce  
A las plantas de un alcázar  
Que en sus arenas las hunde;  
Y ya en montones de espuma  
Revoltoso se derrumbe,  
Ya con transparentes ondas  
Manso y humilde murmure,  
Nunca es mas que un corto espejo  
Que adula la escelsa cumbre,  
Por que permita al palacio  
Que en su cristal se dibuje.

Está la noche serena  
Y á pasos rápidos huye  
Sobre la choza pajiza  
Y la espléndida techumbre. —  
Calla el viento; el aura apenas  
Suelta ráfaga que ondula,  
Eresma hace que sus ondas  
No desvelen, sino arrullen,  
Y si algun pájaro errante  
Hay que el silencio interrumpe  
Avergonzado se duerme  
Por no tener quien le escuche.

Mas no es tan hondo el silencio  
Que el aura á veces no crucen  
Los incompletos compases  
Que danza, vecina arguyen.  
Oyese el rumor lejano  
De contenta muchedumbre  
Que entre cánticos y brindis

El sueño tenaz sacude.  
La danza es en el alcázar,  
Que el príncipe Enrique cumple  
Hoy años y á malgastarlos  
Junta los mas que le ayuden.  
La copa de los placeres  
Para que ansiosos apuren  
Cuantas damas y galanes  
Hay en Castilla, reúne.  
La vida es corta; los días  
Se menguan y disminuyen,  
La molicie es cortesana,  
Y los placeres son dulces. —  
¿Qué importa que el rey Don Juan  
Contra los rebeldes luche?  
El príncipe vive y goza  
Que como á quien es le cumple.  
¡Fiestas y danzas! Los reyes  
No son hidalgos comunes  
En cuya frente se ostentan  
El valor y las virtudes.  
Una frente coronada  
Radia sola tantas luces,  
Que los ojos atrevidos  
A sus destellos sucumben.  
Por eso suenan alegres  
Las chirimías y adufes  
Haciendo que sus compases  
De sala en sala relumben;  
Por eso amoroso abrazo  
Despertador de inquietudes  
Los talles de las hermosas  
Al ceñidor sustituyen.  
Por eso el cendal flotante  
Gira en círculo voluble  
Revelando lo escondido  
Tras lo que traidor descubre.  
¡Oh! hermosas son las hermosas  
Cuando aspirando perfumes,  
Mas ocultos sus hechizos  
Entre transparentes tules,  
Suelos los cabellos de ébano  
En espirales y en bucles  
De amar y gozar sedientas  
A los salones acuden.

Aquel aliento que envía  
 Un suspiro á que se cruce  
 Con un suspiro que deja  
 Que aquel su lugar ocupe;  
 Aquel murmullo continuo  
 Que hace que el aura susurre  
 Con mil acentos sin forma  
 Que entre sus pliegues confunde;  
 Aquella blanda sonrisa  
 Que vida en un alma influye  
 Mientras aguarda favores  
 En penada incertidumbre :  
 Aquellos húmedos ojos  
 A cuya luz se destruyen  
 Los hielos del corazón  
 Cuando de esquivo presume;  
 Tantos acasos pensados  
 Que en rodeos mil conducen  
 Al revuelto laberinto  
 De amantes solicitudes;  
 Y todo ello en un palacio  
 Donde tormentosa bulle  
 Cuanta pompa, intriga y gala  
 La faz de un príncipe influye,  
 Hacen que los corazones  
 Tan embriagados se ofusquen  
 Que deliren paraísos  
 Bajo el cielo que les cubre.  
 Espléndido está el salón,  
 Y aunque mucho disimulen  
 Las damas están contentas  
 Cuando los maridos sufren.  
 El príncipe galantea,  
 Y las damas de mas lustre  
 Le deben hoy tantas flores  
 Cuanto algunos pesadumbres.  
 Porque él con una en los brazos  
 Toda una danza interrumpe,  
 Haciendo que en ráudos círculos  
 Mil veces el salón cruce.  
 Pié con pié, mano con mano  
 Al muelle lánguido empuje  
 La lleva en pos blandamente,  
 La suspende y la sacude.  
 Ella adormecida, suelta  
 Sobre brazo tan ilustre,  
 Mas se abandona y descuida  
 Porque mas él la asegure.  
 Flotan los rizos de entrambos,  
 Los alientos se confunden,  
 Crúzanse los piés veloces,  
 Vagan los mantos volubles,  
 El labio pide á los ojos  
 Osadía, amor y lumbre,  
 Y los labios á los ojos  
 Suplican que no pronuncien.  
 Los ojos suplen las voces,  
 La sonrisa el fuego encubre,

Y así al amor y al placer  
 Todo sirve y todo suple.  
 Espléndido está el salón,  
 Todo el aire son perfumes,  
 Música, citas, suspiros,  
 Murmullo, plumas y luces.  
 Mas hay un hombre sombrío  
 A quien todos llaman duque,  
 Y á quien ninguno aventaja  
 En la gala que le cubre,  
 Cuyos dos ojos tenaces  
 Sin que se aparten ó muden  
 En el príncipe están fijos  
 Cual si temiera que le hurten :  
 Si algun importuno acaso  
 Su tenacidad reduce  
 Siempre á su objeto ambiciosos  
 Rápidos se restituyen.  
 Al acero se parecen  
 Que por mas que se procure  
 Doblarle contra el iman  
 Siempre hácia el iman resurte :  
 Mientras descuidado el príncipe  
 Sin que su gozo perturben  
 Con una dama en los brazos  
 Por el salón baja y sube.  
 Es cierto que alguna vez  
 Mira de reojo al duque;  
 Mas este firme y tranquilo  
 Ni le busca ni le huye.  
 Es verdad que alguna vez  
 El primogénito ilustre  
 Su voluptuosa pareja  
 Por delante dél conduce ;  
 Y tal vez aunque no altivo  
 De distinguírle se escuse  
 No se alcanza á comprender  
 Si es que le honre ó que le injurie,  
 Mas el duque no por ello  
 En desman alguno incure :  
 Siempre el respeto le sobra,  
 Ya le responda ó le escuche.

Cesó la danza y la música,  
 Que ya el albor se descubre  
 Del alba que por los vidrios  
 Asoma sus turbias luces.  
 Quedó el alcázar tranquilo,  
 Despejó la muchedumbre,  
 Sonó un beso, y Don Enrique  
 Entregó su dama al duque.  
 Aquel dijo : « Hasta mañana. »  
 Contestó este : « Si á Dios cumple. »  
 Y Don Enrique volviéndose  
 Siguióle la servidumbre.

## LA CORTINA VERDE.

Son unas horas despues,  
Y vense en su gabinete  
Inés en un taburete  
Y Don Enrique á sus piés.

Testigos de sus deslices  
En aquel retrete oscuro  
Están colgados del muro  
De Flandes cinco tapices.

Toda sorpresa exterior  
Previenen las celosías  
Y dos dueñas de vigías  
Que están en el corredor.

Lucha la luz con la sombra,  
El rojo sol de occidente  
Colora confusamente  
Las labores de la alfombra.

Las flores desde el jardín  
Prestan al aura perfume,  
Y otro al fuego se consume  
En el mismo camarín.

Todo es paz, calma y quietud  
En el retrete oriental;  
Mas si no es paz criminal  
No es la paz de la virtud.

Don Enrique está hechicero;  
Doña Inés como una estrella;  
Voluptuosa está la bella,  
Y galan el caballero.

En los ojos de la hermosa  
Se está mirando el galan,  
Y ambos atizando están  
Hoguera tan peligrosa.

Ella en recreo infantil  
Destrézale los cabellos,  
Bucles haciéndole de ellos  
Con sus manos de márfil.

Él con sonrisa liviana,  
En acento adulator  
Dulces palabras de amor  
La dice á la cortesana.

Ella de orgullo suspira  
Gozando el favor real,  
Aunque él interpreta mal  
La vanidad que le inspira.

Él, mancebo y sin consejo  
En su amor se está abrasando;  
Pero ella está contemplando  
Su contorno en un espejo.

Él la dice : « Hermosa estás, »  
Y en silencioso desden  
Dice ella : « Lo sé tan bien,  
Que advertirlo está demas. »

Él con el dulce reclamo  
Del silencio engañador

Traduciéndolo mejor  
Añade : « Inés, yo te amo. »  
Ella culpando su exceso  
Cuando mas cerca la estrecha  
Le da de sí satisfecha  
Por cada palabra un beso.  
Y en larga conversacion  
Ella altiva, él importuno,  
Demuestra bien cada uno  
El afan del corazón.  
Así el príncipe decía  
Enagenado á la hermosa;  
Y astuta y voluptuosa  
Ella así le respondía.

*D. Enrique.* Un reino me aguarda, si,  
Con él media vida diera  
Por gozar, Inés, siquiera  
La otra media junto á tí.

*D. Inés.* Siendo príncipe, señor,  
Dírais, existiendo un año,  
Cada mes un desengaño  
A vuestro constante amor.

*D. Enrique.* Pasiones fueran livianas,  
Pasatiempos nada mas;  
Que no encontrara quizas  
Sino amor de cortesanas.

Mas, Inés, viéndote á tí  
Esquivarte fuera en vano.

*D. Inés.* ¡Hoy me adulais cortésano  
Que estais delante de mí!

*D. Enrique.* Te lo juro, hermosa Inés :  
Diera mis reales palacios,  
Mis coronas de topacios  
Por vivir siempre á tus piés.

*D. Inés.* ¿Tan bella, Enrique, os parezco?

*D. Enrique.* Como tú no nacen dos.  
Y por ello, vive Dios,  
Sufro mal que no merezco.

*D. Inés.* ¿Vos por mí males?

*D. Enrique.* Si á fé.

*D. Inés.* No os entiendo.

*D. Enrique.* ¿Me amas, di?

*D. Inés.* En mi alma de vos á mí  
Si hay diferencia no sé.

Mas...

*D. Enrique.* ¿Qué, Inés?

*D. Inés.* ¿Habeis oido?

Jurara que algo sonó.

*D. Enrique.* Nada he percibido yo....  
Ilusion tuya habrá sido.

Quedó Inés un punto en pié  
Escuchando perspicaz,  
Y asíólo el príncipe audaz  
Repetiendo : « Nada fué. »  
Y á fé que era la quietud  
De aquel ansioso momento

Tan honda en el aposento  
Como en desierto atahud.

Ningun rumor la turbaba,  
Ningun susurro se oía  
Si alguna vez se eximia  
La brisa que murmuraba.

Los vapores del perfume  
Que exhala el ancho pebete  
Aroman el gabinete  
Y el aire que los consume.

La rica tapicería  
Inmóvil en el muro está,  
Y á sitio seguro da  
Cada puerta y celosía.

Hay en el fondo una alcoba  
Que, aunque en la sombra se pierde,  
Espesa cortina verde  
Al ojo su interior roba.

Tal vez el aura sutil  
Un instante la movió,  
Y eso sin duda causó  
A Inés su terror pueril.

Mas repuesta y sosegada  
Junto al príncipe otra vez,  
Dijole con candidez :  
« Teneis razon : no fué nada.

Mas perdonad que haya sido  
Tan fácil para el temor,  
Que aunque os tengo mucho amor  
Tengo miedo á mi marido.»

*D. Enrique.* No me le nombres, Inés,  
Que hasta su nombre me irrita.

*D. Inés.* La vida, señor, me quita  
Con tan zeloso como es.

*D. Enrique.* ¡ Ah, Inés mia, ese es el mal  
Que lamentaba hace poco!...  
Tengo de volverme loco

Con un hombre tan cabal.

No hay cortesano mejor  
Ni mas puntual caballero,  
En la obediencia el primero  
Y el primero en el valor.

No hay medio de hallarle infiel  
Ni falta que acriminar,  
Ni encuentro que castigar  
Por mas que lo busco en él.

En la primera escepcion  
En que incurra ha de morir.

*D. Inés.* Señor, ¿ eso osais decir?

*D. Enrique.* Alma mia, celos son.

No puedo pensar en paz  
Que él goza de tu hermosura,  
Cuando por igual ventura  
Me lamento sin solaz.

¿ Te parece digna traza  
un príncipe que osa amarte

Esperar por solo hablarte

A que él se salga de caza?

¿ Es digno de mi ambicion  
Que cuando él parte tu lecho  
Me dé yo por satisfecho  
Con verte por un balcon?

*D. Inés.* Pero yo, Enrique, os adoro.

*D. Enrique.* Si, ¡ y en ese amor sobrante  
Me arrebatas el diamante  
Dándome el arillo de oro!

*D. Inés.* Os doy cuanto puedo dar.  
No podeis mas exigir.

*D. Enrique.* Aunque él haya de morir  
Tu amor solo he de alcanzar.

Ronco, ahogado, comprimido  
Sonó un fugitivo acento  
Como el rumor del aliento  
Largo tiempo detenido.

Perdió la dama el color,  
Púsose el príncipe en pié,  
Recelando ambos que esté  
Alguno en el corredor.

Mas por el mismo lugar  
Con muy recatada seña  
Oyóse á la astuta dueña  
Por el corredor llamar.

A Dios, señor, dijo Inés,  
Que de partiros es hora.  
— ¿ Hasta cuándo?

— Por ahora.

Si gustais hasta despues.

— ¿ Tanta ventura es verdad?

— Os lo habia prometido.

De caza está mi marido :  
Válganos la oscuridad.

¿ Vendreis ?

— ¿ Cómo no ?

— Atended ;

No hagais confianza vana,  
Abierta está la ventana  
Y es áspera la pared.

— Os entiendo, vendré solo.

— Sí, que la noche es oscura.  
— ¡ Oh ! y por tamaño ventura  
Fuera yo de polo á polo. —

Salió el príncipe, y la bella,  
Orgullosa por su amor,  
Saliendo hasta el corredor,  
Dejó el camarín tras ella.

Todo en él fué soledad,  
Y la cortina arrugando  
Vióse al duque murmurando  
Inmóvil en la oscuridad.

« Hé aquí que todo lo pierde  
« Por no pensar mi muger  
« Que yo me puedo esconder  
« Tras esta cortina verde. »

## JUSTOS POR PECADORES.

—

Es Clara una hermosa niña  
Que en la faz muestra gentiles  
De sus diez y siete abriles  
Los encantos á la vez.  
Sencilla, mas sin que el mundo  
La sobrecoja ni empache,  
Las pupilas de azabache  
Y de azucenas la tez.

Suelta y libre la cintura,  
Como la noche el cabello,  
Trasparentes en el cuello  
Venas de virgen azul.  
Pié breve y aéreo paso,  
Mas inquieta y mas ligera  
Que en la fértil primavera  
Las hojas del abedul.

Gacela del mirar dulce  
La llamó un árabe errante,  
Sol, azucena y diamante  
Las gitanas que la ven.  
El árabe en sus desiertos  
Con su memoria camina,  
Egipto la vaticina  
Infinito amor y bien.

Sus ojos brillan tranquilos  
Como una noche serena,  
Su alma en ellos se ve ajena  
De temor y de inquietud.  
El duque la dice — amiga —  
Doña Inés la dice — hermana —  
Los mancebos — soberana —  
Y hermosa — la multitud. —

Si se reclina cansada  
Junto á la fuente sonora,  
La náyade protectora  
Parece de su cristal;  
Si corre de los jardines  
Por las sendas desiguales,  
Semeja entre los rosales  
Una sílfide ideal.

Si sonríe es su sonrisa  
Tan pura y tan hechicera  
Cual la blanca luz primera  
Del alba limpia de abril.  
Su voz es á quien la escucha  
Red amante, oculta vira,  
Y el aliento si suspira  
Aura olorosa y sutil.

El duque parte con ella  
Todo el amor de su esposa,  
Doña Inés procura ansiosa  
Con ella olvidarse dél. —  
Y es Clara partiendo entrambos  
Su purísimo cariño,

Para aquella un tierno niño  
Y un serafín para aquel.

Pasó toda aquella tarde  
En el huerto entretenida  
Con una dueña que cuida  
Sus caprichos de cumplir.  
Cayó el sol : enlutó el cielo  
La impalpable sombra inmensa,  
La noche lóbrega y densa  
Amagó el mundo cubrir.

Guardó Clara sus cabellos  
Con un velo, del rocío ;  
Cruzando el jardín umbrío  
Hacia el camarín tornó :  
Y asida á un ramo de flores  
Que robó á la primavera  
Por una oscura escalera  
Hasta el corredor llegó.

Allí Doña Inés posada  
La mano en el antepecho,  
Miraba un camino estrecho  
Que oculto á la calle da ;  
Y en el jardín, tras la dueña  
Que recatada le guía  
Por la misteriosa vía,  
Rápido el príncipe va.

Clara entonces silenciosa  
Viendo á Inés tan distraída,  
De su estancia la salida  
Ganó á su espalda veloz :  
Cayó la puerta de golpe  
Con estrépito violento,  
Y oyóse en el aposento  
Del duque ronca la voz.

Tornóse Inés aterrada ;  
Oyóse dentro un gemido ;  
Aplicó atenta el oído  
Y dijo temblando : — Él es. —  
Rápida, desalentada,  
Por el corredor saltando,  
Dió al jardín encomendando  
Su salvacion á sus piés.

Trémulo, descolorido  
El duque de allí á un momento  
Saliendo del aposento  
Embozado apareció.  
Caló el sombrero á los ojos  
Y dando vuelta á la llave,  
Con paso callado y grave  
La escalerilla bajó.

—

## UN APÉNDICE

A LAS

## VENTANAS DE LA DUQUESA.

Triste y lóbrega es la noche;  
 No está en el cielo la luna  
 Colgada como una antorcha  
 Entre la niebla nocturna.  
 No es azul el firmamento,  
 Que le encapotan y enlutan  
 Informes masas de nubes,  
 Que á paso tardo le cruzan.  
 Todo es silencio en Segovia,  
 Las ráfagas no murmuran,  
 Que el aire denso y pesado  
 Vecina tormenta anuncia.  
 Triste y lóbrega es la noche;  
 Yace la ciudad á oscuras  
 En brazos del primer sueño,  
 Inmóvil, opaca y muda.

Con precaucion cautelosa  
 Que intento secreto anuncia,  
 Corrió una mano el cerrojo  
 De un postigo que se ofusca  
 En un lado del alcázar,  
 Entre prolijas molduras.  
 Por ella dos embozados  
 Salieron : y á la que alumbraba  
 Débil luz de una linterna,  
 Por defuera la aseguran.  
 Como mucho se recatan  
 Y es la sombra tan confusa,  
 No se percibe á lo lejos  
 Ni su faz, ni su figura.  
 Porque es la sombra un cristal  
 Que los recelos enturbian,  
 Y el objeto que se mira  
 Se disminuye ó se abulta.  
 Tan velozmente caminan,  
 Que pueden dejar en duda  
 Si su acelerada marcha  
 Es persecucion ó fuga.  
 Doblan esquinas y calles,  
 Plazuelas y plazas cruzan,  
 Dijeran que van perdidos  
 Sin encontrar lo que buscan.  
 Mas tan decididos siguen  
 La dificultosa ruta,  
 Que bien se ve que no yerran  
 Ni se desorientan nunca.  
 El ferreruero cruzado,  
 A los ojos la capucha,  
 La barba sobre los pechos,  
 El morterete sin pluma,  
 Van su camino en silencio

Con planta firme y segura,  
 Y el uno delante el otro  
 Ni se paran ni se juntan.  
 Debajo de unas ventanas  
 Que con labores difusas,  
 Cercan muchos arabescos  
 De primorosa escultura,  
 Detúvose el de delante  
 Diciendo : « Vela y escucha;  
 Esperando que yo vuelva  
 Sin que nadie me descubra. »  
 Replicó el otro en voz baja  
 Saludando con mesura :  
 « Y si una ronda...

— Que pase.  
 Que mi grandeza te escuda.  
 — ¿ Y si un curioso?

— Que vuelva  
 Atrás.

— ¿ Y si me importuna?  
 — Requiere, si no eres manco,  
 La razon de tu cintura. »

Siguió adelante, esto dicho,  
 Y primero que él acuda  
 A dar prevenido y cauto,  
 O noticia, ó seña suya,  
 Abriéndose una ventana  
 Lanzó de su sombra muda  
 Con una escala de seda  
 Una voz que dijo : « Suba. »  
 Subió el galan; mas llegando  
 Veloz á la cuerda última,  
 Un brazo que sacó un hombre  
 Que esconde la catadura,  
 Dándole aprisa un saquillo,  
 Dijo : « Tome lo que busca. »  
 Y cerrando la ventana  
 Mano, voz y hombre se ocultan.  
 A tal momento en la calle,  
 Con voz de duelo y angustia,  
 Un ¡ ay! lanzando una dama  
 De la escala se asegura.  
 Bajó el caballero, y ella  
 Hijadeando le pregunta :  
 « ¿ Vivis? » y asiendo el estoque  
 Él replicó : « ¿ Quién lo duda? »  
 Llegó en esto el apostado  
 Con la linterna, y á una,  
 Dama y galan prorumpieron :  
 « ¡ Don Enrique! — ¡ Inés! — Alumbrá. »  
 Abrió el principe el saquillo  
 Y sintiendo la tela húmeda,  
 Metó la mano, y asiendo  
 Con asombro lo que oculta,  
 Sacó de la hermosa Clara  
 La cabeza infantil, mustia.  
 « ¡ Santos del cielo! ¡ mi hermana!  
 — Su sentencia era la tuya;

(Dijo á Doña Inés el príncipe)  
 Válgate pues tu fortuna. » —  
 Y dando á la dama el brazo  
 Tomando su antigua ruta,  
 Entraron en el alcázar  
 Por la puertecilla oculta.

▲ LUENGAS EDADES

LUENGAS NOVEDADES.

I.

El príncipe pasó á rey,  
 Y como era de esperar,  
 Todo debió de cambiar  
 Sujeto á distinta ley.

Era la reina muy bella:  
 Mas como bella, zelosa,  
 Y otra alguna por hermosa  
 No tiene igualdad con ella.

Así que el rey Don Enrique,  
 Si no adquirió mas virtud,  
 De su ociosa juventud  
 Puso á los vicios un dique.

De sus amigas livianas  
 Mucho el número menguó,  
 Y á la reina encomendó  
 Sus mas lindas cortesanas.

Es verdad que á las dos leguas  
 Doña Gulomar cada día,  
 Entretenerle solía  
 Dando al matrimonio treguas.

Y es cierto que tan leal  
 A su príncipe como ella,  
 De su amor le hace querella  
 Catalina Sandoval.

Mas pecados reales son  
 Que tachar fuera imprudencia,  
 Son del cetro una exigencia,  
 Escesos del corazón.

Que es mezquino á nuestro ver  
 Que mandando tanta gente,  
 Un monarca se contente  
 Con tan solo una muger.

Si Dios condena el amor  
 A la muger del vecino,  
 No habla el precepto divino  
 Con él con tanto rigor;

Y sin duda alguna es bien  
 Que pues la ley dan los reyes,  
 Sean ellos con las leyes  
 Privilegiados tambien.

Por eso una alta torre  
 Que al campo del moro cae,

Por do Manzanares trae  
 Sus corrientes, cuando corre,  
 Se oye en la noche callada  
 Sobre las alas del viento,  
 Un dulcísimo lamento  
 Y un arpa bien acordada.

Por eso en la noche oscura  
 Dice el necio centinela  
 Que en aquella parte vela  
 La bruja que el rey conjura.

Pues de tiempo inmemorial  
 Por entre el vulgo se suena  
 Que allí encontró el de Villena  
 Un colega espiritual.

Distinto habitante mora  
 Hoy en la torre precita,  
 Mas quien es ó quien la habita  
 A la verdad que se ignora.

Porque aunque á veces en ella  
 Se oye que en trova confusa,  
 La voz de quien canta acusa  
 Los rigores de su estrella;

Se oye tambien que suspira  
 Tan amantes cantinelas,  
 Que si canta entre cadenas  
 No canta, sino delira.

A veces una voz blanda  
 En estribillo amoroso  
 De un amador licencioso  
 Nuevas al viento demanda.

Y es tan suave y tan flexible  
 Y tan tierna en su cantar,  
 Que intentarla remedar  
 Fuera á otra voz imposible.

Ya apagada, ya sonora,  
 Ya trémula, ya segura,  
 Como la fuente murmura,  
 Como la tórtola llora.

Ya es un canto ronco y vago,  
 Sin tema sobre que acuerde,  
 Como un aura que se pierde  
 Entre la niebla de un lago.

Ya es alegre y peregrina  
 Una voz tan infantil,  
 Que no envidia en lo sutil  
 Tonos á la golondrina.

Y á veces en la alta, oscura,  
 Larga noche allí resuena,  
 Varonil, pujante y llena  
 Otra voz sin su dulzura.

Mas tambien con su vigor  
 La voz dulce se amalgama,  
 Que el aire las desparrama  
 En dobles himnos de amor.

Una de amor se querella,  
 Y otra canta sus victorias;  
 Esta adora sus memorias  
 Y las diviniza aquella.

Quien de lejos las escucha  
En la negra oscuridad,  
Duda si sueña en verdad  
Y consigo mismo lucha.  
Teme la supersticion  
Maleficio en el cantar,  
Pero se mueve á escuchar  
Temerario el corazon.

Es una noche tranquila,  
De esas azules, serenas,  
En que de la luna apenas  
La pálida luz vacila.

Dentro de aquel torreon  
Que caé al campo del moro,  
Se escucha el compás sonoro  
De la femenil cancion.

Envuelta en oscuro velo,  
Emblema claro del luto,  
Torna el rostro mal enjuto  
Una muger hácia el cielo.

Y brilla mas la tristeza  
De su encantadora faz,  
Con el llanto que tenaz  
Destila de su tristeza.

Y en su angustia solitaria  
Demandársela pudiera  
Si cancion tan lastimera  
Es cántico ó es plegaria.

En un sitial á su lado  
Con un láud la acompaña  
Enrique cuarto de España,  
De su corona olvidado.

Peró ella ensaya tan mal  
La endecha triste que canta,  
Que mohino el rey aguanta  
Mal sentado en su sitial.

Viendo la poca virtud  
Que su canto ejerce en ella,  
Pues los tonos de la bella  
No aciertan con su laúd,

Soltando al fin de la mano  
El inútil instrumento,  
Dijo con severo acento  
Entre brusco y cortesano :

« Para tal torpeza, Inés,  
Que no cantes es mejor. »

*D. Inés.* Cuanto pude hice, señor,  
Y os lo ofrezco tal cual es.

Dos meses ha que venis  
A gozaros en mi afán  
Con el nombre de galán;  
Mas como señor pedís.

Sin curar de mi dolor  
Mandáisme cantar y canto,  
No llorar y enjugo el llanto;  
No amar... y muero de amor.

*D. Enrique.* Inés, importuna estais.

*D. Inés.* Y vos por demas severo.

*D. Enrique.* Que estais muy zelosa infiero.

*D. Inés.* Yo infiero que no me amais.

*D. Enrique.* ¡Siempre dudas de muger!  
¡Siempre igual reconvencion!

*D. Inés.* Amando de corazon  
Amar es obedecer.

Todas las noches traeis  
La desazon en el gesto,  
Siempre á enojaros dispuesto,  
Y no hay de que os enojeis.

El tiempo os parece largo  
Que pasais siempre conmigo;  
Nunca, señor, os lo digo  
Y lo lloro sin embargo.

*D. Enrique.* Mas todas las noches vengo,  
Inés, y no te se oculta  
Que siempre lo dificulta  
El grave cargo que tengo.

*D. Inés.* Mas yo, señor, noche y dia

En esta torre encerrada,  
Os espero enamorada  
Sin tener otra alegría.

Veo la noche importuna,  
De la aurora el arrebol,  
Nacer y morir el sol,  
Nacer y morir la luna.

Y todo el tiempo se va  
En inútiles querellas,  
Demandando á sol y estrellas  
Que me digan « ¿dónde está? »

Veo todas las mañanas,  
Asi que el sol reverbera,  
Partirse en fuga ligera  
Las avecillas livianas.

Todas las noches las veo  
Al crepúsculo volver,  
Fatigadas puede ser,  
Mas cumplido su deseo.

Y á mí el tiempo se me va  
En esas rejas vecinas,  
Pidiendo á las golondrinas  
Que me digan donde está.

Callaba el rey, interés  
Prestando á sus voces poco,  
Y en delirio amante y loco  
Lloraba á su lado Inés.

Él la barba sobre el pecho,  
Cruzadas ambas rodillas,  
Sus querellas sin oillas  
Distraido ó satisfecho.

Ella en mas bajo lugar,  
Mal prendido el luengo velo;  
Las mangas de terciopelo  
Deshilando sin cesar.

El rey, como quien tolera  
Algo que le mortifica;

Ella como quien suplica  
Algun favor que no espera.

Al fin como quien despierta  
De un sueño que le acosó,  
Así Don Enrique habló  
Con trémula voz incierta.

« Mucho te amé, bella Inés,  
Mucho te amo, mas perdona  
Que no pueda mi corona  
Rendir amante á tus piés.

Casado estoy en verdad,  
Y de mi cetro en honor  
No cuidaré de tu amor,  
Si de tu seguridad.

El duque no sé que es dél;  
Y pues se habla de ello mal,  
Partirás á Portugal  
Con un mensajero fiel. »

Calló el rey, é Inés transida  
De dolor tan impensado,  
De espalda cayó á su lado  
Cercana al fin de la vida.

En sus brazos la sostuvo,  
Y á merced de un elixir,  
La vida volvió á latir,  
Camino el aliento tuvo.

Volvió á herir su corazón  
Su altivez ó su mancilla,  
Y dijo al rey de Castilla  
Con la voz de la afliccion :

« Fué amarus orgullo en mí;  
Hízolo amor la porfía,  
Mas pues la culpa fué mia  
Castigada quedo así. »

Y tornándola á faltar  
Segúnda vez el aliento,  
Salió el rey del aposento  
Tras quien la vengá á ayudar.

## II.

Allá por do Manzanares  
En humildosas corrientes,  
Antes de entrar cortesano  
En Madrid sus aguas vierte;  
Hay un sitio en que fundaron  
Un alcázar otros reyes,  
Pardo en el nombre, y perdido  
En verdad entre placeres.  
En un despejado campo  
Que á su entrada el lugar tiene,  
Con grande rumor levantan  
A toda prisa un palenque.  
Dispónense aparadores,  
Aparéjanse banquetes;  
Do quier se aprestan bajillas,  
Y se despitan toneles.  
Guirnaldas en los balcones,

Tapices en las paredes,  
Pabellones en los techos  
Y en las alfombras pebetes.  
Do quiera en el campo tiendas  
Con banderas diferentes.  
Andamios para la corte,  
Y andamios para los jueces,  
Y en el palacio tumulto,  
Y tumulto en el palenque,  
Y en las calles y en las plazas  
Los que van y los que vienen :  
Por allá suben literas,  
Por acullá palafrenes;  
Por allí de real mandato  
De la real guardia ginetes :  
Por un lado arcabuceros,  
Por otro lado donceles,  
Que ganando tiempo y tierra,  
Buscando aposentos vienen.  
Músicos, dueñas, rateros,  
Saltimbanquis y corchetes,  
Tamboriles y danzantes,  
Curiosos é impertinentes.  
Aquí una moza devota,  
Que el brazo á una vieja tiene,  
Se ajusta en són de maitines  
Con un majo matasiete.  
Allí un dominico obeso  
Abultado de mofletes,  
En una niña de quince  
Posa los ojos ardientes,  
Sin duda alguna admirando  
Al Dios que hace aquellos séres  
De ojos negros, manos blancas,  
Cintura escasa y pié breve.  
Mas allá, bajo un sombrero,  
Que en la oreja se mantiene,  
Alto y torcido el bigote,  
Larga espada, y entre el leve  
Rizado de ancha valona  
Escondido hasta los dientes,  
De pié derecho, y la mano  
Sobre la cintura siempre,  
Está á través escupiendo  
Apercibido un valiente,  
De esos que dicen « miradme,  
Que hay indulgencias en verme : »  
Y sobre todo el murmullo  
Que tan sin término hierve,  
En cóncavo estruendo ronco  
Por pueblo y campo se sienten  
Los mazos de los peones  
Que levantan el palenque,  
Y el martillo del armero  
Sobre golas y broqueles.

Grandes fiestas se preparan,  
Y segun dice la gente,  
Son por los embajadores

Que de la Bretaña vienen.  
Así también lo confirma  
La conversacion siguiente  
De dos judíos que aromas,  
Joyas y armaduras venden.  
— Buen agosto os habeis hecho,  
Ruben, á lo que parece.  
— No estoy quejoso, en verdad.  
— Y aun contento.

— Ciertamente.  
— Sed franco.

— ¿Mas he de ser?  
— Y por nuestros intereses,  
Vayamos ambos á una

Que espero que no nos pese.  
— Sea así, hermano Daniel,  
Y escuchadme atentamente.  
El rey me compró en secreto,  
Para lujo en sus valientes,  
Las armaduras mejores  
Del torneo.

— ¿Cuántas?  
— Trece.  
— ¡Santos del cielo! ¿En monedas  
Os pagó?

— Al punto y corrientes.  
— Feliz sois, Ruben.

— Veamos  
Vuestra fortuna.

— Yo siempre  
Por enemiga la tuve.

— Pero yo sé que igualmente  
El rey, Daniel, os buscaba.  
— Sí, mas fué ganancia leve;  
Aplazóme los caballos  
De mejor sangre que hubiese,  
Y díle blancos y negros  
Los mejores.

— ¿Cuántos?  
— Trece.

— ¿Y os quejais?  
— ¡Santa Sion!

Pagó dos : los once debe. —  
Callaron ambos un punto,  
Y á Ruben Daniel volviéndose,  
Dijole : mas ya hay quien cubre  
Lo que pierdo en los corceles.  
Don Beltran armó los suyos  
Pródigo con mis arneses.

— ¡Oiga! ¿también Don Beltran  
Campo en el cerco mantiene?

— No por cierto; mas levanta  
En Madrid otro palenque  
Para una segunda fiesta  
A la vuelta de los reyes.  
A la parte de Alcalá  
Tiene apostada su gente,  
Para tomar de las damas

La brida á los palafrenes.  
— ¡Atrevido es el pagano!  
¡Y árdua causa la que emprende!  
Los galanes victoriosos  
Se le opondrán reciamente.  
— Pues Don Beltran de la Cueva  
Aun se está tan en sus trece,  
Que diz que hasta el mismo rey  
Le hará campo aunque le pese.  
— Mucho puja.

— Es conde y rico.  
— Y el rey es rey.

— Y él valiente.  
Y tiene consigo un hombre  
Que recata el rostro adrede,  
Que es capaz de armar batalla  
El solo con diez y siete.  
— ¿Un soldado?

— Un caballero.  
— ¿Que es quien paga?

— Lo parece.  
Que es un estrangero dicen  
Que de aventurero viene.  
— ¿Trae gente en su compañía?  
— Lanzas hasta veinte y nueve.  
— ¿Es francés?

— Flamenco.  
— ¿Amigo

De las botellas?  
— No bebe.

— ¡Cómo!  
— Déj se cuentan cosas  
Bien estrañas cabalmente.  
Dicen que en vela continúa,  
No se sabe cuándo duerme.  
Que es sóbrio como una monja.  
— ¿Mas su nombre?

— No le tiene.  
Solo el flamenco le llaman;  
Siempre anda solo y le temen.  
— ¿Mas no se conoce de él?...  
— Nada mas que lo que él quiere;  
Y que es alto, recio, osado,  
Y á lidiar dispuesto siempre. —

Callaron ambos judíos,  
Y en raudo tropel la gente  
Se agolpó sobre el camino  
A victorear á sus reyes.

## III.

Como seis dias despues,  
Y hácia las dos de la tarde,  
En el prado que en Madrid  
Por San Gerónimo sale,  
Armados hasta los dientes  
Y cubiertos los semblantes,  
Estaban dos caballeros

De una ancha tienda delante.  
 Detrás de ellos apostados  
 En hilera formidable,  
 Hay de hasta treinta ginetes  
 Potentísima falange :  
 Y otros treinta caballeros,  
 Cuanto valientes galanes,  
 En varios grupos conversan  
 De su pompa haciendo alarde.  
 Donceles tienen sus lanzas,  
 Sus caballos tienen pages,  
 Siendo á la par todos ellos  
 Soldados y capitanes.  
 Detrás hay una barrera  
 Que guardan con antifaces,  
 Otros doce caballeros  
 Sobre doce yeguas árabes.  
 A los lados dos andamios,  
 Uno con las armas reales  
 Y otro con las de Bretaña  
 Coronados de sitiales.  
 Otro andamio casi enfrente,  
 Y en él los jueces y grandes  
 Que han de pesar la justicia  
 Y la ley de los combates :  
 Y el resto cerca una valla,  
 Hasta dos arcos triunfales,  
 En que remata una liza  
 Que por la barrera se abre.  
 Banderas de mil colores  
 Se estremecen en el aire,  
 Que embalsaman ramilletes  
 De jazmines y azahares.  
 Lindísimas cortesanas  
 De cabellos de azabache,  
 Tez pálida y ojos negros,  
 Bajan el prado adelante :  
 Porque ¿qué son los jardines  
 En que las flores no salen,  
 Sino lo que son las fiestas  
 En que las damas no caben ?  
 De ambas las tropas que aguardan  
 El duro y próximo trance,  
 Hablan en voces secretas  
 Ambos los gefes audaces ;  
 Uno es Beltran de la Cueva,  
 Del otro nada se sabe,  
 Sino que con treinta lanzas  
 Con Don Beltran hizo parte.  
 Es de talla aventajada ;  
 De nunca visto semblante :  
 Vigoroso asaz de miembros  
 Y de fuerzas sin iguales ;  
 Una hacha de armas esgrime  
 Y una espada formidable,  
 Que los arneses mas recios  
 Desencajan y deshacen.  
 Cabalga un potro normando

Como sufrido pujante,  
 Que obedece á los impulsos  
 De dos largos acicates ;  
 Y acostumbrado á la guerra,  
 En que há tiempo que le traén,  
 Mal le reprime el ginete  
 Al oír los atabales.  
 A su vez el caballero  
 Le acosa con voz tonante,  
 Como si el mismo caballo  
 A la misma par lidiase ;  
 Y dicen que tan á tiempo  
 Le segunda, vuelve y parte,  
 Que un solo cuerpo lidiando  
 Ginete y caballo hacen.  
 Así Beltran de la Cueva  
 Hablaba á este personaje,  
 Y el flamenco respondia  
 Con razones semejantes :

*D. Beltran.* ¿Sereis firme?  
*Flamenco.* Como un roble.

*D. Beltran.* ¿Lidiareis?  
*Flamenco.* A toda sangre.

*D. Beltran.* ¿Nadie pasará?  
*Flamenco.* Ninguno

Con espada ni con guante.

*D. Beltran.* ¿Y si el mismo rey se empeña?  
*Flamenco.* Al rey, vive Dios, que mate

Y lleve su guantelete

En una pica hasta Flandes.

*D. Beltran.* Si como decís obráis  
 Temo que el campo no os baste.

*Flamenco.* Al tiempo lo recomiendo,  
 Y si la suerte me vale,

Vereis que mejor amigo

No hallarais para este trance.

*D. Beltran.* ¿Qué mote sacáis?

*Flamenco.* Ninguno

*D. Beltran.* Pues he visto á vuestro page  
 Un broquel con una letra.

*Flamenco.* Esa letra dice «Nadie.»

*D. Beltran.* ¿Es orgullo?

*Flamenco.* Es una historia.

*D. Beltran.* ¿De amorios?

*Flamenco.* Y de sangre.

*D. Beltran.* ¿Sois príncipe?  
*Flamenco.* No por cierto.

*D. Beltran.* ¿Sois huérfano?  
*Flamenco.* Lo acertásteis,

Porque á ninguno sujeto,

Soy libre y la tierra grande.

Oyóse en esto el tumulto  
 De pífanos y atabales,  
 Y vióse la polvareda  
 Que por el campo adelante  
 Envuelve á los que se acercan

Tras los pendones reales,  
Que acabados los torneos  
A Madrid vuelven triunfantes.  
Cabalgó al punto Beltran,  
Y cabalgando el de Flandes,  
Asió broquel, lanza y brida,  
Diciendo con voz pujante:  
« ¡A caballo! ¡Voto á Dios!  
Y en torneo ó en combate,  
No hay que dejar con espada  
Desde san Miguel á nadie. »

## EL PASO DE ARMAS

## DE BELTRAN DE LA CUEVA.

## I.

¡Espléndida cabalgada!  
¡Caballeresco tropel!  
La reina viene montada,  
Y el rey la brida dorada  
Asiendo de su corcel.

Vienen siguiendo sus huellas  
Las cortesanas mas bellas,  
Y á su vez los caballeros  
Sirven de palafreneros  
A los palafrenes de ellas.

Detrás las literas vienen  
Sobre esclavos orientales;  
Los pages detrás se tienen,  
Y el órden al fin mantienen.  
Mil arcabuceros reales.

Todo es luego en derredor  
Y detrás pueblo y tumulto;  
En el centro va el valor,  
Y en la fiesta mal oculto  
El orgullo y el amor.

Al valor pruebas le dan  
Las cotas hechas pedazos;  
Orgullosos todos van,  
Y el amor probando están  
Las empresas y los lazos.

Ondulan los martinetes  
Asidos á las cimbras  
De los ufanos ginetes,  
Y usurpan tocas ligeras  
El lugar de los almetes.

Y en vez de ferradas golas  
Y de rojas banderolas,  
Flotan en suelto equipage  
Los velos blancos de encage  
De las damas españolas.

Y de las sillas de guerra  
Forradas de limpio acero,

Hasta tocar con la tierra,  
Cuelga el que de amor encierra  
Misterios cendal ligero.

No aprisionan los corceles  
Guanteletes ni escarcelas,  
Si terciopelos y pieles,  
Y ellos van libres y fieles  
Sin temor á las espuelas.

Solamente mas severos,  
Aunque no siendo mejores,  
Tras el rey van altaneros  
Pacíficos caballeros  
Los nobles embajadores.

Y á sus personas prestando  
Las atenciones reales,  
En rico y vistoso bando,  
Sobre mulas van pasando  
Obispos y cardenales.

Todo es lujo y altivez,  
Todo es oro cuanto brilla,  
Y osténtanse allí á la vez  
Los hidalgos de mas prez  
De Leon y de Castilla.

Todas las mejores lanzas  
De ambos reinos acudieron,  
Y descuidando sus danzas,  
Osados en esperanzas  
Diz que hasta moros vinieron.

Que para ostentar valor  
Cualesquiera liza es buena;  
Y el moro batallador  
Sabe siempre que es mejor  
Lidiar en cristiana arena.

Allí en los andamios miran  
Sin máscaras las hermosas;  
Sus alientos se respiran,  
Y á sus miradas aspiran  
Las hazañas generosas.

Por eso vienen ligeros  
Sobre sus negros corceles  
Diez árabes caballeros,  
Silenciosos y severos,  
Envueltos en alquiceles.

Su mirar rápido, incierto,  
La negra barba crecida,  
El corcel de oro cubierto,  
Todo muestra la atrevida  
Generacion del desierto.

Y aunque cuanto audaz cortés,  
Culta en usos y lenguaje,  
Siempre se alcanza á través  
De su magnífico arnés  
Algo de origen salvaje.

Llegaron ante la valla  
Rey, pueblo y embajadores,  
Y al són del clarin que estalla,  
Van á ofrecer la batalla  
Al rey los mantenedores.

Llegó á sus piés Don Beltran,  
 Y díjole audaz : « Señor,  
 « Aquí mis nobles están,  
 « Que sus lanzas medirán  
 « Con vuestra lanza mejor.  
 « Y pues por encarecellos  
 « Vuestra real esplendidez,  
 « Fiestas quiso concedellos  
 « Para no ser menos que ellos,  
 « Hé aquí campo á nuestra vez.  
 « Como tan buenos vasallos,  
 « De las damas requerimos  
 « Las bridas de los caballos ;  
 « Y pues á aquesto venimos,  
 « O combatir ó soltallos. »  
 Y echando el guante en la arena,  
 Brida volviendo á su gente,  
 El campo en torno resuena,  
 Con largo aplauso que llena  
 Cuanto el sol resplandeciente.

Aceptó el rey; y los vientos  
 Rasgando los atabales,  
 Fueron ocupando atentos  
 La multitud sus asientos,  
 Y los reyes sus sitiales.

Puestos los embajadores  
 A un lado y á otro los jueces,  
 Al són de los atambores  
 A los nuevos lidiadores  
 Requirieron por tres veces.

Lanzáronse hácia la liza  
 Hasta cuarenta ginetes,  
 Y en su línea movediza  
 El aura estremece y riza,  
 Crestones y martinetes.

Tascan espumoso el freno  
 Impacientes los bridones,  
 Henchir queriendo su seno  
 Con los belicosos sonos  
 De que el aire tragan lleno.

Entonces desde una tienda  
 De los que el campo mantienen,  
 Al lugar de la contienda  
 Un caballo por la rienda  
 Dos pages bajando vienen.

Por si quisiera lidiar  
 Al rey le ofrecen cortesés;  
 Advirtiéndole á la par,  
 Que mejor no le ha de hallar  
 Ni con mejores arneses.

Partieron los lidiadores  
 El sol de la liza igual,  
 Y al són de los atambores  
 Retados y retadores  
 Aguardaron la señal.

## II.

Con la visera calada  
 Y los lanzones en ristre,  
 Los broqueles ante el pecho,  
 Sobre los estribos firmes,  
 Cerráronse á toda brida  
 Los lidiadores insignes  
 Los unos contra los otros  
 A la voz de los clarines.  
 Todo fué polvo un instante;  
 No se oye ni se distingue  
 Mas que el són que los aceros  
 En fiero compás despiden.  
 En honda y ansiosa duda,  
 En angustia indefinible,  
 Almas con ojos esperan  
 A que el polvo se disipe.  
 Es en vano que las damas  
 Al turbio palenque miren;  
 Todo entre el espeso polvo  
 Está en el campo invisible.  
 En vano sobre su escaño  
 Se levanta Don Enrique;  
 El polvo oculta á sus ojos  
 Los que vencen ó se rinden.  
 Se oye que abajo en la liza  
 La recia contienda sigue  
 Porque los gritos no cesan,  
 Y los golpes se perciben.  
 Unos gritan « Flandes. Nadie. »  
 « Al rey, al rey, » otros dicen;  
 Y las lanzadas se doblan  
 Y los tajos se repiten.  
 Ayes, lamentos, insultos,  
 Maldiciones, leililies,  
 Relinchos y cuchilladas  
 Todo á un tiempo se concibe;  
 Todo en tumulto espantable,  
 Todo en confusion horrible.  
 Todos los gritos se mezclan,  
 Y á gran pena se distinguen  
 Los de : « ¡ Cierra ! — ¡ Hiere ! — ¡ A ellos !  
 — ¡ Alá ! — ¡ Flandes ! — ¡ Don Enrique ! »  
 Creyéndose al mismo tiempo  
 Por los cierra y los lelies,  
 Que flamencos y cristianos  
 Contra sarracenos riñen.  
 Rodó al fin el polvo denso  
 Con las ráfagas sutiles,  
 Descubriendo la vergüenza  
 De los que la arena miden.  
 Pocos pudieron bizarros  
 Al encuentro resistirse ;  
 Su mismo impulso fué causa  
 Del azar que les affige.  
 Quedaron de entrambas partes  
 Tan solo trece que lidien,

Son los seis mantenedores  
 Los otros siete del príncipe.  
 De ellos hasta tres son moros  
 Que á los del rey bien asisten,  
 Con los alfanges sangrientos  
 Y los pala'renes libres.  
 Donde una espada se rompe,  
 Donde un yelmo se divide,  
 Dó quier que un palmo se pierde,  
 A un caballo se reprime,  
 Allí la lanza de un moro,  
 Allí un alfange invisible  
 Hierde, acosa, rompe, vence,  
 Antes que se le adivine.  
 Algunos de entrambos bandos  
 Que levantarse consiguen,  
 Con los pomos y los puños  
 En el combate persisten.  
 Dan, cian, avanzan, vuelven,  
 Y ligeros como tigres,  
 Soltando el inútil hierro  
 Con los brazos se reciben.  
 Se abrazan y se sacuden,  
 Y se cruzan y se oprimen,  
 Quedando un momento inmóviles,  
 En duda de si respiren.  
 Y al fin de afanosa lucha,  
 Sin vencer y sin rendirse,  
 Ruedan abrazados ambos  
 Y cuartel ninguno pide.  
 Perdidos entre el tumulto  
 Tal vez aún se distinguen  
 Sus desesperados esfuerzos,  
 Sus convulsiones horribles.  
 Hasta que el tropel sangriento  
 De los ginetes que viven,  
 Los envuelve enteramente,  
 Los separa ó los persigue.  
 Tocó el sol en occidente;  
 Y á la voz de Don Enrique  
 Pages entran en la liza,  
 Que los heridos retiren.  
 Despejado un poco el campo,  
 La liza de estorbos libre,  
 Quedaron lidiando siete  
 Sobre los estribos firmes.  
 Don Beltran con el de Flandes  
 Y un flamenco que le sigue,  
 Con un hacha á cuyos filos  
 Mal los broqueles resisten.  
 Lidian por el rey valientes,  
 Los ventajados en lides,  
 El marques de Santillana  
 Que negra armadura viste,  
 Don Juan Pacheco, que el mando  
 Lleva á medias con el príncipe,  
 Y el buen conde de Treviño  
 Del solar de los Manriques.

Con ellos guerrea un moro,  
 De cuya opulenta estirpe  
 Dan testimonio y no escaso  
 El negro corcel que rige.  
 El corvo alfange que empuña  
 Y el arnés con que se ciñe.  
 Mas todo está deslucido  
 Sin que oro ni acero brillen,  
 Que todo en polvo y en sangre  
 A puro lidiar se tiñe.  
 Don Beltran, rota una brida,  
 Con esfuerzos increíbles,  
 Contra el moro y Santillana  
 Ve su salvacion difícil.  
 Las damas le victorean  
 Mostrando bien cuanto es triste  
 Que caballero tan bravo  
 Con tal desventaja lidie.  
 Los jueces están inquietos,  
 É indeciso Don Enrique,  
 Duda si el baston de mando  
 A tiempo en la arena tire.  
 Mas antes que esto suceda  
 Se oyó pujante y terrible  
 El grito con que el flamenco  
 « ¡Flandes y nadie! » repite.  
 Y revolviendo el caballo,  
 Con impetu se dirige  
 Hácia el noble Santillana,  
 Que el campo á su empuje mide.  
 Entonces al de Treviño  
 Volviendo — « Aquí Flandes » — dice;  
 Y alzándose en los estribos  
 De entrambas manos se sirve.  
 Cayó del caballo el conde;  
 Y volviendo el que le rinde  
 Al soldado que le ayuda,  
 Le manda que se retire.  
 Quedaron pues dos á dos,  
 Cuatro valientes que piden  
 Una corona los cuatro,  
 Para los cuatro difícil.  
 Y bien merecen que en ellos  
 Su honor sus partidos cifren,  
 Porque no hay mejores brazos  
 Para que le depositen.  
 Pacheco y Beltran cayeron;  
 Pacheco asido á las crines,  
 Debajo está del caballo  
 Incapaz de desasirse.  
 Vino Don Beltran sobre él;  
 Mas los jueces que presiden  
 Dan por vencido á Pacheco  
 Y escuderos le permiten.  
 Mientras, agotando esfuerzos  
 Que parecen imposibles,  
 El árabe y el de Flandes  
 La lucha tenaces siguen.

Grita el flamenco — « Aquí Flandes. »  
 Y el árabe á cada quite  
 Entra y sale huyendo y dando  
 Siempre en duda y siempre libre.  
 En vano el flamenco acude  
 A cuanta fuerza le asiste;  
 El moro hace que el caballo  
 Pase, cruce, salte y gire.  
 Mas cansada su fortuna  
 A tiempo que ambos se embisten,  
 Al dar una huida el moro  
 Hace que el caballo pise  
 Tan en vago, que aunque diestro  
 Le levanta y le reprime,  
 Dobló las manos en tierra  
 Tocándola con las crines.  
 Esto que viera el flamenco,  
 Con empuje irresistible  
 Para adelante se viene  
 Sin que el moro alcance á herirle.  
 Cayó el de Flandes encima  
 Y aunque el caballo le oprime,  
 Asíó con tal fuerza al moro  
 Que le acogota y le rinde.  
 Tiró su baston el rey;  
 Y al són de los añafles  
 Mandó que por los del campo  
 La victoria se publique.

## III.

Mientras á los plés del rey  
 De hinojos Beltran se pone,  
 Y el rey le tiende la mano  
 Porque con ella se honre,  
 A las puertas de la liza  
 La multitud agolpóse,  
 Para ver la cabalgada  
 Cuando á palacio se torne.  
 Bajaron de sus andamios  
 El rey, la reina y la corte,  
 Damas, caballeros, pages,  
 Obispos y embajadores.  
 De manos de los donceles,  
 Recibiendo los bridones,  
 Conducir de allí á las damas  
 Como enantes se proponen.  
 Asidos brida y estribo  
 Porque mas fáciles monten,  
 Por las hermosas esperan  
 Los caballeros mejores.  
 Púsose el primero el rey,  
 Y ya cortés se dispone  
 A dar la mano á la reina,  
 Cuando con audacia un hombre  
 Cejar haciendo al caballo,  
 Sin respeto se la coge.

« ¿Quién se atreve?... » dijo el rey,  
 Y en el rostro los colores  
 Tornando el gesto alterado,  
 Delante su vista hallóse  
 La brida asiendo al flamenco,  
 Que así osado le responde :  
 « Si pasais sin combatir  
 « Será sin guante ni estoque,  
 « Que he lidiado en el palenque  
 « Bajo de estas condiciones. »

El rey Enrique, indeciso,  
 De arriba abajo miróle,  
 Dudando si por quien sea  
 Se lo tolere ó se enoje;  
 Pero por mas que á sus solas  
 Su pensamiento recorre,  
 Como el su rostro recata,  
 No sabe si le conoce.  
 Al fin fingiendo respetos  
 Por sus derechos, cedióle,  
 Ya su razon otorgando,  
 Ya por secretas razones. —  
 Tendióle la mano y dijo :  
 — ¡Loor á los vencedores!  
 Tomad lo que habeis ganado,  
 Que en efecto anduve torpe.  
 ¿Quién sois?

— Nadie : esa es mi empresa.

— ¿Es vuestra cifra?

— Es mi nombre.

— Sois valiente, y no os atañe  
 Por vida mia ese mote.

— Ya dije que es nombre propio,  
 Y no le merezco noble.

— ¿Cómo pues?

— Porque he vendido  
 Mi honra y mi nobleza á un hombre.

Tornóle á mirar el rey,  
 Y tras cortas reflexiones,  
 Con sonrisa ambigua dijo :  
 « Id adelante, » y siguióle.

## RECUERDOS.

Es una noche tranquila,  
 De esas azules serenas,  
 En que de la luna apenas  
 La pálida luz vacila.  
 Algunas nubes errantes  
 Por medio el espacio flotan,  
 Que así de la luna embotan  
 Los resplandores brillantes.  
 La brisa fresca que vaga  
 Los árboles estremece,

Y según se estingue ó crece,  
 Crece el murmullo ó se apaga.  
 Noche espléndida y serena  
 Que al hombre á pensar convida,  
 Y en que resbala la vida  
 De gozo y pesar ajena.

En que absorbo el pensamiento  
 En vaga meditacion,  
 Halla una blanca ilusion  
 En cada arruga del viento.

Nada ve el ojo aunque mira,  
 Oye el oido y no escucha,  
 Y consigo en débil lucha  
 Triste el corazon suspira.

Una noche clara y pura  
 En que, contemplando el cielo,  
 Crece en el alma consuelo  
 Y hechiza hasta la amargura.

Noche en que se ve á lo lejos  
 Con el fulgor de la luna,  
 La ilusion de la laguna  
 En argentinis espejos.

En que se ve el bosque umbrío,  
 Cual un escuadron gigante,  
 Y cual rastro centellante  
 La cinta blanca de un río.

Noche en que prestan á una  
 Blando perfume las flores,  
 Música los ruiseñores  
 Y resplandores la luna.

De esas noches que una vez  
 Todos los hombres gozaron,  
 Y á cuya luz recordaron  
 Los sueños de la niñez.

De esas noches, cuya historia  
 Dura en el alma escondida,  
 Página de nuestra vida  
 Pegada á nuestra memoria.

Oyendo el tropel sonoro,  
 Con que en murmullos suaves  
 Aduermen hojas y aves  
 Y aguas, el campo del moro,

Un hombre sobre una peña  
 Se alcanza en la oscuridad;  
 Mas no se alcanza en verdad  
 Si aguarda, medita ó sueña.

Se percibe allá en la oscura  
 Sombra negra alguna vez,  
 La movible brillantéz  
 De su límpida armadura.

Se oye entre las yerbezuelas,  
 A cada sacudimiento,  
 El brusco estremecimiento  
 De sus ásperas espuelas.

Dolientes suspiros lanza  
 Del ánima dolorida,  
 Tal vez por la antigua vida,  
 O acaso por su esperanza.

En esto en una alta torre  
 Que al campo del moro cae,  
 Por do Manzanares trae  
 Sus corrientes, cuando corre,  
 Vagó sobre el aura leve  
 Voz tan dulce y lastimera,  
 Que atenta el aura ligera  
 Por oilla no se mueve.

A aquel suavísimo són  
 El caballero escondido  
 Ansioso prestó el oido,  
 Hizose todo atencion.

La voz que oye limpia y blanda  
 En estribillo amoroso,  
 De un amador licencioso  
 Nuevas al viento demanda.

Y es tan suave y tan flexible,  
 Y tan tierna en su cantar,  
 Que intentarla remedar  
 Fuera á otra voz imposible.

Ya apagada, ya sonora,  
 Ya trémula, ya segura,  
 Como la fuente murmura,  
 Como la tórtola llora.

Ya es un canto ronco y vago  
 Sin tema sobre que acuerde,  
 Como un aura que se pierde  
 Entre la niebla de un lago.

Ya es alegre y peregrina  
 Una voz tan infantil,  
 Que no envidia en lo sutil  
 Tonos á la golondrina.

¿Es ilusion mentirosa,  
 O es tremenda realidad  
 Ese sueño de otra edad  
 Mas bella y mas dolorosa?

¿Porqué estremecido miras  
 Esa torre solitaria,  
 Y al rumor de esa plegaria  
 Con pesadumbre suspiras?

¿Qué oyes, caballero, di,  
 En ese són misterioso,  
 Que el zéfiro vagoroso  
 Arrastra ufano hasta tí?

¿Ese que gime en el viento  
 Sonido despertador,  
 Es un recuerdo de amor,  
 O es tenaz remordimiento?

¡Ah! el pensamiento perdido  
 Incapaz de decidir,  
 Vacila entre el porvenir  
 Y las sombras del olvido.

Y aunque aquella voz se oxima  
 De mas cercana inspeccion,  
 Bien sabe su corazon  
 Que aquella voz le lastima.

¿Quién vivirá en esa torre  
Que canta tan dulcemente,  
Mientras suena mansamente  
El Manzanares que corre?

Porque aunque á veces en ella  
Oyó que en trova confusa,  
La voz de quien canta acusa  
Los rigores de su estrella;

Aunque á veces triste canta  
Lastimado són de duelo,  
Cual queriendo enviar consuelo  
Al corazón, la garganta,

Oyó tambien que suspira  
Tan amantes cantilenas,  
Que si canta entre cadenas  
No canta, sino delira.

Cesó la voz de repente,  
Y sobre el césped mullido  
Oyóse un pié contenido  
Que va cautelosamente.

Cada vez mas cerca está...  
Púsose en pié el caballero,  
Y requiriendo el acero  
Preguntó firme: ¿Quién va?

A sus rayos argentinos  
La luna dejóle ver  
Un page que echó á correr  
Dando vuelta á unos espinos.

— ¿Sois vos (le dijo llegando)  
Nadie en Flandes, mucho aquí?

— Mucho te han dicho de mí.  
— Pues á vos vengo buscando,  
Seguidme.

— ¿A donde?

— ¿Temeis?

Dijeron que erais valiente.

— Mas fiarse no es prudente  
Del primero....

— Bien haceis.

Dios os guarde: á decir voy  
Que os propuse una aventura,  
Y desechó por mesura

Vuestra prudencia la de hoy.

— Mucho sabes, pagecillo.  
Ve delante.

— Pues de mí

No os separeis, por aquí.

— ¿Dónde vamos?

— Al castillo.

Y de un torreón en el centro

Postigo oculto buscando,

Entraron ambos cerrando

La portezuela por dentro.

## FAVOR DE REY.

—

En medio de un aposento  
Que el rey Enrique eligió,  
Para secreto teatro

De sus comedias de amor:

Él y Beltran de la Cueva,

A quien con prisa llamó,

Están, Don Beltran en pié

Y él tendido en su sillón

Decora el gabinete

El magnífico interior

Cuanto de rico y espléndido

Monarca jamás juntó.

Cuelga una lámpara de oro

Del cincelado artesón,

Forrados en terciopelo

Los muros en derredor;

El pavimento de alfombras

Esquisitas se vistió,

Y sobre el rey pende inquieto

De plumas un pabellón.

Delante tiene á una fiesta

Preparado un velador,

Cual le anhelaran cubierto

La codicia y la ambición.

Copas y cubiertos de oro;

Bajilla que cinceló

Diestro artista, á quien por ella

Dieron riquezas y honor;

Y á su lado entre perfumes

En pródiga ostentación,

Doble y superior servicio

Sobre un ancho aparador.

Siguiendo el rey y el privado

Su rota conversacion,

El vasallo respondia,

Preguntándole el señor.

— ¿Con qué lloraba?

— Doliente

En mis brazos se arrojó

Diciendo: «¿Es él quien lo manda?»

— ¿Y qué respondisteis vos?

— Que en ello vuestros mandatos

No admitian dilacion.

— Muy bien dicho. Y á esa orden

¿Ella qué dijo?

— Señor.....

— Sin escrúpulos decid,

Beltran, que en esta ocasion

Si alguien debiera tenerlos,

Vos cabalmente no sois.

Mas os juro por mi vida

Que no me acusa el menor;

Por el bien de mis vasallos

Tengo en esto obligacion.

Con que ¿qué dijo?

— En injurias

Su lengua se desató.

— ¡Ola, ola!

— Lamentando

Vuestra inconstancia en amor.  
— No fué mucho, Don Beltran;

Pero ya, gracias á Dios,  
Tenemos algo de mundo  
Y há tiempo uso de razon.  
Y ¿qué mas?

— Roja de rabia

Mal caballero os llamó,  
Indigno de vuestra estirpe,  
Hipócrita y seductor.

— Ese ya es otro cantar,  
Buen Beltran, mas tengo yo  
Para mí que el injuriarme  
Era pedirme perdon.

— A vuestro real pensamiento  
Sin oponer la menor  
Contradiccion, yo os dijera  
Que me asiste otra opinion.  
— Cómo decid.

— Doña Inés

Por ultrajada se dió,  
Y serenándose al punto :  
« Bien, caballero; ¿sois vos  
(Me dijo con voz resuelta)  
Mi guarda ó mi conductor? »  
— ¿Y vos?

— Señora, la dije,

Otro el rey os preparó.  
— ¿Y ella?

— Añadió: « Pues decidles

De mi parte á ambos á dos,  
Que apresuren nuestro viage,  
Que estoy pronta y noble soy;  
Y al rey en particular,  
Que escuse toda ocasion  
De sincerarse, que siento  
Tal desprecio por su amor,  
Que si al paso se me pone  
Ni aun he de mirarle yo. »  
— Bravamente lo ha pensado;  
No lo hiciera yo mejor.  
¡Pobre muchacha! En los redes  
Que la he tendido cayó.

Callaron por un instante  
El privado y el señor,  
En consulta cada cual  
Con su propia reflexion.  
En esto confusamente  
Del muro en el interior,  
Con misteriosa cautela  
Llamada ó seña sonó.

— ¿Han llamado?

— Sí por cierto.

— Ellos serán.

— Sí señor.

— Abrid y en mis conjeturas  
Ayúdeme el vino y Dios.

Con un oculto resorte

Don Beltran la puerta abrió,  
Y entraron por ella un page  
Y el flamenco vencedor.

Tendió el flamenco la vista  
Sin señal de turbacion,  
Por todo cuanto le alumbran  
Las luces en derredor,  
Y sereno, altivo, inmóvil,  
En la misma posicion,  
Con la visera calada  
Callando se conservó.

— Venid, le dijo dejando  
El monarca su sillón,  
Venid al igual conmigo,  
Ilustre batallador.

Aliviaos de esos hierros,  
Ocupad ese sillón,  
Y tendedme vuestras manos,  
Que á fé que me harán honor.  
Beltran, que sirvan la cena;

Y en tan dichosa ocasion  
Chipre, el Vesuvio y Falerno  
Nos presten gozo y valor.  
¿No os sentais? — El caballero  
Sin moverse respondió :

— Yo soy un aventurero  
Que por mis desgracias voy  
Cumpliendo una penitencia  
Que me han impuesto, señor.  
No puedo mostrar mi rostro,  
Mi nombre, ni mi blason,  
Sino al hombre que me venza  
En las armas superior;  
Y entonces será pidiéndole  
En nombre del sumo Dios,  
Que me pase compasivo  
Con la daga el corazón.

— Caballero, pues que todo  
Me convence que lo sois,  
Díjole el rey, ¿no pudieran  
Alzar ese voto en vos  
La voluntad de los reyes,  
Ni aun por haceros honor?  
Porque en verdad que me aflige  
Al daros por galardón  
Mi amistad y mi palacio,  
No saber á quien los doy.

— Por respeto á mi rey solo  
Voy sin ventura, señor;  
Ved si estimo vuestras dádivas  
Como de quien ellas son. —  
Miró al caballero el rey  
Con ojo escudriñador,

Y comprimiendo los labios  
 A Don Beltran los volvió  
 Diciendo : — ¡Cómo ha de ser!  
 La voluntad es de Dios.  
 Mas ya, señor caballero,  
 Que la suerte me privó  
 Del placer que me esperaba,  
 Pediros quiero un favor.  
 — Será mandato, y cumplirlo  
 En mí será obligacion.  
 — Jurad que lo cumplireis.  
 — Jamás he jurado yo;  
 Que tengo en mas mi palabra  
 Que el juramento mejor.  
 — Dispensad, que anduve torpe;  
 Concededme por perdon  
 Un brindis.

— Eso mas bien,  
 Con mil amores, señor.  
 Llenó Don Beltran las copas;  
 Una cada cual tomó,  
 Y alzándose la visera  
 El flamenco lidiador,  
 Encubiertas las mejillas  
 Con un antifaz mostró.  
 — Engañásteis mi esperanza,  
 Díjole el rey.

— ¡Ah señor!  
 Para encubrir mi desdicha  
 Es doble mi precaucion.  
 — ¿Y quién tanta penitencia  
 A imponeros alcanzó?  
 — Mi vergüenza.

— Y ¿por qué trazas?...  
 — De una muger se valió.  
 — Basta y brindad, caballero;  
 El que buscaba sois vos.

Bebieron ambos : la mano  
 El monarca le tendió.  
 — Y ahora, le dijo, escuchadme,  
 Si os place, con atencion.  
 ¿Quereis llevar en secreto  
 Una dama de alto honor  
 A Portugal?

— ¡A la misma  
 Constantinopla, señor!  
 Centellándole los ojos,  
 El hidalgo respondió.  
 — Está bien, Beltran, mis órdenes  
 Llevad á esa dama vos;  
 Que al punto partan. — Tomad.  
 En ese pliego que os doy  
 Encontrareis, caballero,  
 Mi voluntad superior.  
 En pasando la frontera  
 Le abriéis; y en tanto no,  
 Ni vos ni nadie á la dama  
 Mantenga conversacion.

Ved que en ello os va la vida,  
 Pues gentes os daré yo  
 Que os velen y os acompañen  
 Por mi reino.

— Eso, señor,  
 Mas es castigo que premio.  
 — Negocios de corte son,  
 En que á par necesitamos  
 Yo prudencia y vos valor.  
 De vuestros treinta ginetes  
 Hasta diez irán con vos;  
 Los demas á la frontera  
 Los enviaré luego yo.  
 ¿Comprendisteis?

— Comprendí.  
 — ¿Prometéis?...  
 — Delante á Dios  
 Os aseguro que nunca  
 Mi ventura fué mayor.  
 — Ah, mirad, se me olvidaba :  
 Este pequeño cajon  
 Llevaréis á su destino.  
 — Decidme su dueño.

— Vos.  
 Es un presente que os hago,  
 Que os probará, salvo error,  
 Que es mi memoria tan larga  
 Cuanto la vida en los dos.  
 Con que si os cumple, brindemos  
 A vuestra vuelta.

— Señor,  
 Nadie cuenta con su suerte.  
 — No me la aseguro yo;  
 Mas si á mi España volveis  
 Tal vez halleis lidiador  
 Que os arranque vuestro nombre,  
 Sin ver vuestro corazon.  
 A vuestra salud, hidalgo,  
 Y á que nos ayude Dios.  
 El rey apuró su copa,  
 Y apartando el pabellon,  
 Por una puerta secreta  
 Del gabinete salió.

## CONCLUSION.

Es una tarde nublada  
 Que espléndido el sol no alumbra,  
 Velado entre las neblinas  
 Que el cielo cóncavo enlutan.  
 Recio y norte sopla el viento,  
 É interceptada y confusa  
 La vista á distancia corta  
 Los objetos no columbra.  
 Es un estrecho camino

Dó entre la arena menuda  
 Brota á pedazos un césped  
 Que la marcha dificulta;  
 Y por entrambos sus lindes  
 Mecen sus ásperas puntas  
 Zarzas que guardan con ellas  
 Frutos que nunca maduran.  
 Por él á rápidos pasos,  
 Temiendo la noche oscura,  
 Las fronteras españolas  
 En triste silencio cruzan  
 Una dama en su litera  
 A la merced de dos mulas,  
 Un caballero que el rostro  
 Bajo el capacet oculta,  
 Y hasta cuarenta ginetes  
 Que los custodian la ruta.  
 Apenas en Portugal  
 Fijaron planta segura,  
 Oyóse del caballero  
 La pujante voz robusta.  
 « Alto, dijo; nadie pase.  
 Cada cual consigo cumpla;  
 Los españoles á España,  
 Y mis gentes aquí juntas. »  
 A este mandato obedientes,  
 Como cosa en que no hay duda,  
 Los de España saludando  
 Tornan á su España grupas,  
 Y á la espalda los flamencos  
 De su capitán se agrupan.  
 Este, entonces, con la risa  
 En sus labios insegura,  
 Esclamó: « Ya está en mis manos  
 « Su secreto y su fortuna.  
 « Enrique, si en esta dama,  
 « Que en verdad lo será tuya,  
 « A aclararme tu vergüenza  
 « No sirve cuanto discurra,  
 « Me libro de mi palabra,  
 « Pues mi razón me disculpa  
 « Y á recibir te prepara  
 « Por tus injurias, injurias. »  
 Y rasgando el sello real  
 Que el pergamino le oculta,  
 Leyó estas negras palabras  
 Escritas de la real pluma :

« Mi valiente aventurero,  
 Don Rui Pero Sandoval;  
 Pues según me son testigos  
 Las justas de Don Beltran,  
 Tanto os place los corceles  
 De nuestras damas guiar,  
 Ahí llevais á Doña Inés,  
 A quien en Dios y en verdad  
 Podeis á donde os contente  
 Desde este punto llevar.

Y porque memoria mia  
 No os falte desde hoy jamás,  
 El regalo que me hicisteis  
 En ese cajon llevais.  
 Mas os prevengo que cauto  
 No entreis en Castilla mas,  
 Que en ella os espera una horca  
 Mas alta que la de Amán. »

Los ojos desencajados,  
 La lengua en la boca muda,  
 Contemplando el pergamino  
 Que entre las manos estruja,  
 Quedó el duque Don Rui Pero  
 Sin intencion que le acuda.  
 Volviendo al fin en su acuerdo  
 Víctima de interna lucha,  
 Con que le acosan á un tiempo  
 Los recuerdos y las dudas,  
 A la litera lanzóse,  
 Y asiendo las vestiduras  
 De la dama, á viva fuerza  
 Sacándola la pregunta :  
 — ¿ Quién sois? Por Cristo bendito  
 Que lo diga y se descubra. »

Ella de dolor transida  
 A tales voces se turba,  
 Y el duque la arranca el velo  
 Cogiéndole de las puntas.  
 Blasfemó el duque; y asiendo  
 Con mano audaz é iracunda  
 El cajon que le dió el rey,  
 Le estrella en la tierra dura.  
 Rodó por el campo estéril  
 Una cabeza insepulta.  
 Desmayóse Doña Inés,  
 Corrió una lágrima turbia  
 Por los párpados del duque,  
 Mas amarga que cicuta;  
 Y en el solemne silencio  
 De aquella tragedia muda,  
 De entre un pabellon de nubes  
 Pálida asomó la luna.

---

## LAS DOS ROSAS.

---

En un escondido valle  
 Hay todavía una torre  
 Vecina al Carrion, que corre  
 De chopos entre una calle.  
 Castillo dicen que fué  
 Poderoso, mas ya apenas,  
 A través de dos almenas,  
 Su ilustre origen se ve.

Tendidos sobre una altura  
Véñse un torreón y un muro,  
Pero en montón tan oscuro  
Que medrosa es su figura.

Brota á sus piés sin respeto  
Espeso zarzal salvaje,  
Cuyo espinoso ramaje  
Vejeta al peñón sujeto.

Ya no hay ni mojon ni senda  
Que á su rastrillo conduzca,  
Ni puerta en que se deduzca  
Que hay dentro quien le defienda.

Allá por algunos trigos  
Que crecen en derredor  
De su ruina y su dolor  
Imperturbables testigos,

Hay paredes que á pedazos  
Están mostrando que ayer  
Pudieran bien mantener  
Un pueblo sus rotos brazos.

Hoy en pajiza cabaña  
Vela un pastor el misterio  
De aquel corto cementerio  
Que el agua del Carrion baña.

Allí una generacion  
Duerme tal vez escondida...  
¡Así de la amarga vida  
Las cosas frágiles son!

Sin curar de historias viejas  
Al són de tosco estribillo,  
El encierra en el castillo  
Por la noche sus ovejas.

El agua y el tiempo pasa  
Y él no pasa de pastor;  
Pues no ha de ser su señor,  
Poco le importa la casa.

Al preguntarle qué fué  
La techumbre á que se acoge,  
Hombros y labios encoge,  
La mira y dice « no sé. »

Los días que van pasando  
La colina gastarán,  
Y al cabo concluirán  
El castillejo enterrando.

Entonces ya de la historia  
Del edificio primero,  
Ni el pastor ni el pasagero  
Tendrán confusa memoria.

Apiñada en un hogar  
En derredor de la lumbre,  
Desvelada muchedumbre  
La oirá acaso contar.

Contará un peregrino  
A quién tal vez por su cuento  
Darán escaso alimento  
Para seguir su camino.

Y yo que siempre miré  
Como un viage nuestra vida,

Por historia entretenida  
Del olvido la saqué.

Si rebelde vuestra alcoba  
Mal que pese á vuestro empeño  
Os ahuyenta el blando sueño,  
Yo voy á entonar mi trova.

Escuchadla; y si al calor  
Os dormís de vuestra almohada,  
De una noche sosegada  
Sois deudores al cantor.

El sol del medio del cielo  
Brillantes rayos despide,  
Que del Carrion reverberan  
Entre las ondas humildes.  
Engrosadas van ahora  
Con las nieves que derrite  
En las crestas de las sierras  
Con que Castilla se ciñe;  
Y entrambas riberas bordan  
Con duros hielos que oprimen  
Los restos que dejó mayo  
De sus céspedes sutiles.  
Altos y desnudos chopos  
Las orillas le dividen  
Que al agua las ramas tienden  
Porque en el agua se miren,  
Y ellas ufanas pasando  
Por la sombra que reciben  
Con blanco murmullo lamen  
Los troncos y las raíces.  
Es un día puro y diáfano  
Cuanto diciembre permite  
Que en su mustia presidencia  
El sol del invierno brille.  
Alegre, cuanto alegrarse  
Es permitido á los tristes,  
Diáfano cuanto la niebla  
A un sol sin fuerza se rinde.  
Y es un pueblecillo oculto  
Tras una Peña, en que firme  
Estriba un alto castillo  
Que de protector le sirve.  
Dos esquilonos agudos  
En disonante repique  
El toque de mediodía  
Al aire en calma despiden:  
Y en medio están de la plaza  
Cuantos hidalgos la viven,  
Los sombreros en la mano  
Inclinadas las cervices.  
Las mugeres, apartadas  
Sus labores mugeriles,  
Esperan devotamente  
Que los hombres se santigüen.  
Los muchachos impacientes  
A hurtadillas se sonrien

Por mas que les amonestan  
 Los viejos que les imiten.  
 En un balcon de una casa  
 Que mas alto nombre pide,  
 Por los roidos escudos  
 Con que sus paredes viste,  
 Por los vidrios que al sol dejan  
 Que su interior ilumine,  
 Y los calados de un arco  
 Que mal al tiempo resiste,  
 Hay dos personas que, vueltas  
 De espaldas al sol, impiden  
 Que se alcance desde abajo  
 Si rezen ó si platiquen.  
 Una es (con soles por ojos  
 Y por labios alielis)  
 La mas hermosa villana  
 Que con hidalgas compete;  
 Rosa nacida en el campo  
 Entre zarzales y mimbres,  
 Pero á quien ceden vencidas  
 Las rosas de los jardines.  
 Ufanos la engalanaron  
 A porfia los abrilles,  
 Con cuantas juntaron gracias  
 Uno tras otro hasta quince.  
 Diéronla negros cabellos,  
 Cúttis que afrenta á los cisnes,  
 Dentadura igual y enana,  
 Cuello torneado y flexible.  
 Orlan sus párpados blancos  
 Largas pestañas sutiles  
 Coronadas por dos cejas,  
 Arcos que enojan al iris.  
 Cintura escasa, alto pecho,  
 Pié breve, resuelto y libre,  
 Y dos manos que semejan  
 Ramilletes de jazmines.  
 Bellisima es la tal Rosa  
 Por mas que el pueblo critique  
 El orgullo con que ostenta  
 Sus encantos juveniles.  
 Las mozas que se recata  
 De sus amistades dicen :  
 Que es la inconstancia excesiva  
 Con que desprecia á quien rinde.  
 Las viudas que es demasiada  
 La libertad con que vive,  
 Y muchos los forasteros  
 Cuya's visitas admite,  
 Y las viejas de su madre  
 Murmuran que las recibe  
 Con audacia escandalosa  
 Y confianza reprehensible.  
 Mas Rosa y Brígida en ellas  
 Con tan poca cuita siguen,  
 Que si estos murmullos oyen  
 Se deleitan en oirles.

Por eso tan cortesano  
 Baja Don Bustos Ramirez  
 Diariamente á su casa  
 Del castillo en que reside.  
 Baron altanero y mozo  
 Afortunado en las lides,  
 Cuyas riquezas esceden  
 A lo ilustre de sus timbres,  
 Dejó há poco de la corte  
 La perezosa molicie,  
 Las damas voluptuosas  
 Y los ruidosos festines  
 Por la calma de sus tierras,  
 Donde su presencia exigen  
 Los negros ojos de Rosa  
 Que diz que en los suyos vive.  
 Es cierto que se susurra  
 Que un mancebo que la escribe,  
 Palabra de casamiento  
 Tiene de ella, y que es difícil  
 Que la renuncie si vuelve,  
 Lo que es tal vez muy posible.  
 Mas Don Bustos es mancebo  
 De nobilísima estirpe;  
 Baron que manda vasallos,  
 A quien escuderos sirven,  
 A quien pages acompañan,  
 Y á quien mucho el rey distingue.  
 Es señor de horca y cuchillo,  
 Rey en aquellos confines,  
 Y á quien plebeyos é hidalgos  
 Pecho y homenaje rinden.  
 Y no es otro el que con Rosa  
 Sobre el balconcillo sigue  
 Dando á la plaza la espalda  
 Mientras que dura el repique.  
 Al fin santiguado el monge  
 Que el templo del lugar sirve,  
 Cada cual tornó á su espera,  
 Y á sus requiebros Ramirez.  
 Apoyado sobre el codo  
 Deja que el cuerpo se incline,  
 Guardando tras una mano  
 Una mejilla invisible;  
 Y á favor de esta postura  
 Al pueblo curioso impide  
 Que le acche las palabras  
 Que á la muchacha dirige.  
 En la espresion inefable  
 Con que Rosa le sonrie,  
 Bien se ve que en vez de enojos  
 Satisfacciones recibe.  
 Ni menos de sus palabras  
 El castellano se aflige,  
 Pues cuanto ella mas tolera  
 Mas él confiado insiste.  
 Él platica : ella le escucha  
 Sin que altanera le esquite,

Y él mas se la acerca osado  
 Cuanto ella oyéndole sigue.  
 Hubo un instante de aquellos  
 Que el amor llama felices,  
 Que con el alma se sienten  
 Y con el alma se miden,  
 En que los ojos de Rosa  
 Tomaron indefinible  
 Una espresion que imitaba  
 El gozo en los serafines.  
 Brotáronle de ambos ojos  
 Sobre los puros matices  
 De ambas mejillas, dos lágrimas  
 Ardientes, irresistibles.  
 Y apenas aparecieron,  
 Cuando rápido Ramirez,  
 Secando una con sus labios,  
 Así imprudente la dice :  
 « Mañana serás mi esposa.  
 — Señor!

— Mañana.

— ¿Es posible?

— Aquí mi palabra empeño.  
 Mañana es fuerza que brille  
 Mi castillo con tus ojos,  
 Con tu hermosura mi estirpe. »  
 Bajó, esto dicho, á la plaza  
 El impetuoso Ramirez,  
 Y al monge y al pueblo atento  
 Estas palabras dirige :  
 « Esta noche pueblo y valle  
 Con hogueras se ilumine :  
 Que redoblen los panderos  
 Y las campanas repíquen;  
 Que se remedien los pobres,  
 Que se consuelen los tristes,  
 Y todos á mis festejos  
 Desde ahora se conviden.  
 Mis aparadores cerquen,  
 Mis anchas cubas despiten,  
 Mis tesoros se repartan  
 Y se embriaguen con mis brindis.  
 Vasallos, de hoy por tres años  
 Quedais de tributos libres,  
 Y de este modo mis bodas  
 Se dispongan y publiquen. »  
 Rompió en aplausos la gente  
 Que su largueza bendice,  
 Y los vivas se redoblan  
 Y las gracias se repiten.  
 « Dádselas á la hermosura, »  
 Dijo Don Bustos Ramirez,  
 Señalando á las ventanas  
 De donde ella le despide;  
 Y aplicando las espuelas  
 Al negro potro que rige,  
 Hace que en rápido escape  
 Al parque le precipite.

Quedó aplaudiendo la plebe  
 Agradecida y humilde,  
 Y Rosa aun en sus ventanas  
 Muy mal su orgullo reprime.

—  
 Algunas horas despues,  
 Ya bien entrada la tarde,  
 La tierra entregada en brazos  
 De las nieblas impalpables,  
 De una lámpara de cobre  
 A los rayos desiguales,  
 Lee Rosa unos pergaminos  
 Que acaba de darla un page.  
 Pasaban sus negros ojos  
 De orgullo y placer radiantes  
 De un renglon á otro renglon  
 Sin apenas descifrarles.  
 Los labios la sonreian,  
 Y trémulos dilatándose  
 Por lo bajo murmuraban  
 Sonidos de cada frase.  
 Una caja de olorosa  
 Madera tiene delante,  
 Y de un cordoncito de oro  
 Pende en su diestra una llave.  
 Dobló alegre el pergamino,  
 Y agradeciendo el mensaje,  
 Despidió al buen mensajero  
 Y á voces llamó á su madre.  
 Subió la vieja asustada,  
 Recelosa de algun lance  
 Que en parientes ó en amigos  
 La fatal carta anunciase.  
 Mas apenas en el cuarto  
 Puso los piés vacilantes,  
 Rosa, cerrando la puerta,  
 Dijola palabras tales :  
 « Entrad. Nuestra es la fortuna;  
 De contento no me cabe  
 En el pecho el corazon,  
 Ni atino cómo explicarme. »  
 Brígida exclamó angustiada :  
 « Por Dios, muchacha, que acabes,  
 Que tengo el alma en un hilo.  
 — Esta llavecita la abre.  
 — ¿Pero qué se abre?

— Esa caja.

— ¡Válgame el cielo! ¡diamantes  
 — Si por cierto.

— ¿Y quién...?

— Es mía.

— ¿Quién te la ha dado?

— Ese page.

— ¿De Don Bustos?

— De Don Bustos.

—Y tomarla es...

—Indudable.

Es el regalo de bodas  
Que el de Ramirez me hace.

—¡De bodas!

—¡Pues si me caso!

—¡Muchacha! Vas á matarme  
Con tanto rodeo. Acaba.

—Por Dios que sois torpe, madre.

Si la caja es de Don Bustos,

¿Con quién quereis que me case

Sino con él?

—¿Con tan alto

Baron piensas enlazarte?

—¿Qué me falta para ello?

¿No son mis ojos bastante

Para que pueda mi frente

Con su corona igualarse?

¿No soy hermosa?

—Eso sí.

—Oh! y no porque yo me alabe,

Pero sí encuentra otra Rosa,

No digo yo en todo el valle,

Sino en la corte, en España,

Si la encuentra... que se case. »

Y así diciendo, á un espejo

De reajo contemplándose,

Desplegaba una sonrisa

Que diera envidia á los ángeles.

Viala la pobre vieja

Sin que apenas la bastasen

Para darla entero crédito

Ni su accion ni su lenguaje.

Rosa en tanto, alta la frente,

Los ojos de una á otra parte

Inquietos y desdeñosos,

Altivos los ademanes

Despreciando hosca y soberbia

Cuanto en torno suyo trae,

La magestad ensayaba

Que es forzoso que acompañe

A quien ha de ver un día

Sus vasallos humillarse,

Y hacer á la plebe grupos

Para verla cuando pase.

Despues de largo silencio

Que duró par ambas partes

Cuanto bastó á su esperanza

Para alzar torres al aire,

Y amasar en sus adentros

Tan rápidas novedades,

A Rosa para engreirse,

A la otra para asombrarse;

Asiéronse de la caja,

Y dando vuelta á la llave

Atónitas empezaron

A gustar las realidades.

Allí ricos brazaletes

Y diademas y collares,  
Allí amatistas y perlas,  
Cornalinas y corales;  
Probáronse los anillos,  
Las pulseras de brillantes:

No quedó nada por verse

Ni nada por admirarse;

Todo pareció á propósito

Hecho para aquel instante;

Todo era espléndido y rico,

Nada pequeño ni grande.

« Esta guirnalda, decian,

Para el día en que te cases.

—Sí, el collar por la mañana,

La diadema por la tarde.

—¡Linda estarás!

—Ya vereis

La vez primera que baje

A visitar á mi pueblo.

—¡Hechicera!

—¡Oh admirable!

—¿Y qué dirán esas moñas

De hidalguillas?

—Dejad que hablen.

Ya me besarán la mano.

—Eso sí, por mas que rabien.

—Se arañaran por un dije

Si yo se le regalase.

—Mal hicieras.

—¡Ah, ni un hilo

Para esas villanas, madre! »

Aquí llegaban gozosas

Cuando oyeron en la calle

Un caballo que en la plaza

Entraba á resuelto escape:

Paróse á su misma puerta,

Sintióse despues el grave

Rechinar de los portones

Y volver luego á cerrarse.

« ¡Él es!

—¿Quién?

—Don. Bustos.

—¡Vaya!

—¡Pronto! Salid á alumbrarle.

Mandad que el potro le tengan,

Que le piensen y descansen. »

Y asiendo la lamparilla

Temiendo que el tiempo falte,

Fuése hácia la puerta Rosa

Que hasta la escalera sale;

Pero antes que al picaporte

La linda mano llegase

Abriéronla por de fuera,

Y con pena de hija y madre

Entró cubierto de lodo,

Sangrientos los acicates

Y armado hasta los bigotes

Su pariente Pedro Ibañez.

Quedó estúpida la vieja ;  
 Tornóle Rosa el semblante,  
 Y él tendiéndolas los brazos  
 Dijo : « Yo soy, abrazadme. »  
 Dejó la luz la muchacha,  
 Y del mozo retirándose,  
 Replicóle : « Bien venido :  
 Pero has llegado muy tarde. »

Asentados en silencio  
 En derredor de la mesa  
 Están Ibañez y Rosa,  
 Él triste, y mohina ella.  
 Rosa los ojos clavados  
 En el techo, airada muestra  
 El disgusto con que á Ibañez  
 En aquel punto contempla :  
 Y en vano del bello mozo  
 La vaga mirada inquieta  
 Las miradas de la ingrata  
 Porque se encuentren acecha.  
 En vano tras de la lámpara  
 Se ampara en la sombra negra,  
 Y la ocasion esperando  
 Los ojos le reverberan.  
 En vano sobre el asiento  
 Se revuelve y se impacienta,  
 Haciendo á cada postura  
 Que rechine la madera ;  
 En vano desenlazando  
 Del almete las correas,  
 Sacudió como al descuido  
 De la gola entrambas piezas,  
 En vano al asir la espada  
 Tropezó con las espuelas,  
 Y retumbó el aposento  
 En rápido són de guerra.  
 Rosa ni por reprenderle  
 Ni por saludarle atenta,  
 Sobre el mancebo los ojos  
 Bajó un instante siquiera.  
 De la habitacion en torno  
 De uno á otro objeto los lleva,  
 Cual si fuese inventariando  
 Todos cuantos hay en ella.  
 Viga á viga midió el techo,  
 Liston á liston la estera,  
 Contó al parecer los vidrios  
 De la alcoba y de las puertas,  
 Los pliegues de su cintura,  
 Las rayas que hay en la mesa  
 Y las líneas que sus manos  
 Por ambos lados presentan.  
 Escuchó el silbar del cierzo  
 Que revuelve la veleta,  
 El rumor de los que pasan,  
 La bulla de las hogueras.

Todo lo que no es Ibañez  
 Parece que la interesa,  
 Hasta el són con que la lámpara  
 Húmeda chisporrotea.  
 Pero el mozo allí se está  
 Y arrobado la contempla,  
 Y dos lágrimas de fuego  
 Por las mejillas le ruedan.  
 Cansado ya de esperar,  
 Y desesperado de ella,  
 Díjola con voz tan blanda  
 Que contestaran las piedras :  
 « ¿ Qué es aquesto, vida mia ?  
 Rosa, ¿ qué mudanza es esta ?  
 Tú al partirme me llorabas  
 ¿ Y te enojas con mi vuelta ? »

Rosa callando seguía,  
 Y él siguió de esta manera :  
 « Héme aquí que vuelvo honrado,  
 Mas tal vez que lo merezca,  
 Amigo de los valientes,  
 Querido en la corte mesma.  
 Pensé merecerte ahora,  
 Y he conseguido licencias  
 Para casarme contigo  
 Y alejarme de la guerra. »

Rosa callando seguía  
 Como á quien oír le pesa,  
 Dando entre las blancas manos  
 A los ceñidores vueltas.  
 Ibañez, apenas dueño  
 De su rebelde paciencia,  
 Entre ofendido y colérico  
 Aguardaba una respuesta,  
 Hasta que viendo que Rosa  
 Toda agotársela intenta,  
 Con sordo acento la dijo  
 Zelosos ojos tendiéndola :  
 « Si las nuevas que heube tuyas  
 Cuerdo estimase por ciertas,  
 Vive Dios que no tornara,  
 Rosa ingrata, para verlas.  
 Si pensara yo que imbécil  
 El oro te enloqueciera,  
 Trajera cuanto mi lanza  
 Para los cobardes deja :  
 Y si que ansiabas supiese  
 Honras de vana nobloza,  
 Prendiera yo al condestable,  
 Y conde ó marques volviera.  
 Pero yo te quise, Rosa,  
 Aunque altiva no opulenta,  
 Y pensé que por valiente  
 Simple hidalgo me quisieras. »

Rosa á este punto dejando  
 El sillón en que se asienta,  
 Díjole : « Ibañez, dejemos  
 Semejantes controversias :

Si te quise y no te quiero...

— ¡Por Dios vivo!...

— Ten la lengua.

Mañana mismo me caso;  
Y por súplica postrera  
Espero que de este pueblo  
Partas esta noche mesma.  
Seré inconstante, traidora,  
Liviana... cuanto tú quieras.  
Pero lo tengo pensado  
Y estoy, Ibañez, resuelta.

— Pero...

— Tu empeño es inútil.

Mi voluntad es aquesta.

— Y tus votos...

— Fueron falsos.

— Y tus caricias...

— Quimeras.

— ¡Y tantos años perdidos  
En ilusiones risueñas!  
¡Tantos sudores y afanes,  
Tantos peligros por ella!  
¡Virgen santa! yo deliro.  
¿Qué infernal vision es esta?  
Porque á juzgarla posible  
Tanto tiempo no viviera. »

Y así Ibañez exclamando

Se asia de las melenas  
Desencajando los ojos  
Como á quien sueños aquejan.  
Rosa, la luz en la mano  
Caminando hácia la puerta,  
Miraba el dolor de Ibañez  
Con espresiva impaciencia.

En esto en el aposento

La faz amante risueña,  
El ferreruelo forrado  
De blanca y crujiente seda,  
Dorado estoque, y de plumas  
Linda gorra en la cabeza,  
Entró Don Bustos Ramirez  
En apostura altanera;  
« Linda Rosa... » dijo: y viendo  
A Ibañez que le contempla  
Con ojos entumecidos  
Tornó la vista severa.  
Rosa apresurada dijo:  
« Es un pariente que llega  
De la ciudad. » Y Don Bustos  
Prosiguió así: « Norabuena.  
Seais, hidalgo, bien venido:  
Asistireis á la fiesta,  
Y recibirán mis bodas  
Honra con vuestra presencia. »  
Tendió al soldado la mano,  
Y él sin mirar lo que hiciera,  
Con el recio guantelete  
La suya al baron presenta.

La asíó Don Bustos y dijo:

« A no saberlo, creyera  
Que fuera en vez de amistad  
De reto esta mano prenda. »  
Miróle Ibañez un punto,  
Y en insondable reserva  
Velando el gesto, repuso:  
« Tomadla como os convenga. »  
Y tornando las espaldas  
Tomó á oscuras la escalera.

—

De brindis y carcajadas  
Estrepitoso rumor  
Se levanta de Don Bustos  
En un inmenso salon.  
Alúmbranle mil bujías  
Suspensas en derredor,  
Entre guirnaldas de flores  
Que hábil mano entrelazó.  
Vistiéronle de tapices  
Esquisitos en valor,  
Y cubriéronle de alfombras,  
De un califa regio don.  
En ricos aparadores  
Remeda la luz del sol  
Vajilla espléndida de oro  
De magnífico primor.  
Rueda el cristal por la mesa,  
Y en no interrumpido són  
Gotea de vaso en vaso  
Dulce y sabroso licor.  
La fiesta es libre, opulenta,  
Porque pródigo el baron  
A todo el pueblo de Rosa  
Bodega y festin abrió.  
Es cierto que á los principios  
El respeto á su señor,  
Conteniendo á los vasallos,  
Las lenguas les refrenó.  
Mas al fin, de los manjares  
El succulento vapor  
La libertad y la audacia  
A los villanos volvió.  
Alzaron desordenados  
Una voz sobre otra voz.  
Un brindis sobre otro brindis:  
Crecía la confusion,  
Aumentábase el tumulto,  
Y con discorde clamor  
Cruzaban de una á otra punta  
Osada conversacion.  
Ocupaban los hidalgos  
En la parte superior  
Esaños de terciopelo  
Casi á los piés del baron.  
Y este mas alto con Rosa  
Usaba otro aparador

Bajo un dosel de brocado,  
 Dó se ostenta su blason.  
 Pages les sirven: doncellas  
 Les escancian el licor,  
 Y el contento les atiza  
 La insolencia del bufon.  
 Al testero de la mesa,  
 Y en preferente sillón,  
 Está el capellan sentado,  
 Y síguele luego en pos  
 El ilustre ayuntamiento  
 En gregüescos y en jubón.  
 Enfrente entre otros hidalgos,  
 En ademan pensador,  
 Se ve al sério Pedro Ibañez,  
 Que bocado no gustó.  
 Hinchados tiene los ojos,  
 Los cabellos sin olor,  
 La espada y la daga al cinto,  
 Y el duelo en el corazón.  
 El resto ocupan sin orden  
 Los que de Busto á la voz  
 El mejor sitio encontraron  
 Al entrar en el salón.  
 Los que en aquel no cupieron  
 Acomodarlos mandó  
 En otra mesa tendida  
 En un largo corredor,  
 Y allí gritan y disputan,  
 Harta apenas su ambicion,  
 Con los sabrosos manjares  
 Que devoran sin temor.  
 Toda la fiesta es tumulto,  
 Todo murmullo el salón,  
 Todo embriaguez y locura  
 Los vasallos y el señor,  
 Y á pesar de los secretos  
 Con que á la conversacion  
 Dan impulso las mugeres  
 Murmurando á media voz,  
 Rosa está linda, hechicera,  
 Como jamás se mostró  
 Caprichosa su hermosura  
 Vertiendo gracias y amor.  
 Mirándose está en sus ojos  
 El fortunado barón,  
 Olvidando ante su amada  
 Cuanto hasta entonces gozó  
 Y ella radiante de orgullo  
 Alimenta en su ilusion  
 Los hechizos que le embriagan  
 Con estudiado primor.  
 Con lujosos atavíos  
 Astuta se engalanó,  
 Que acrecientan el deseo  
 Del turbado corazón.  
 Guirnalda de blancas perlas  
 A sus cabellos ciñó;

Escotado hasta los pechos,  
 Bordado de oro el jubón,  
 El cuello de márfil orla  
 Collar de bajo color,  
 Del que pende de brillantes  
 La señal de redencion;  
 Y están sus brazos desnudos,  
 Cuyo brillo tentador  
 Ostenta en sus movimientos  
 Esquisita perfeccion.  
 Don Bustos, á quien anima  
 La eficacia del licor,  
 Decia en són de mandato,  
 Fuerza añadiendo á la voz:  
 « Agotadme las bodegas,  
 Que si dejais, ¡vive Dios!  
 Una gota, habeis de hacerme  
 De todo restitution.  
 A eso os llamé á mi castillo  
 Y á mis fiestas, que sinó  
 Conforme me caso solo  
 Gozara solo. »

Al rumor  
 De estrepitosos aplausos  
 Estremeciése el salón,  
 Y por sobre el ronco ruido  
 Asi don Bustos siguió:  
 « ¡Eh! Don Pedro, mi pariente,  
 Capitan, ¿qué os haceis vos?  
 ¿Estais enfermo, ó acaso  
 Os dijo algun impostor  
 Que el mayordomo envidioso  
 Mis cubas envenenó?  
 Si tal pensais, os ofrezco  
 Completa satisfaccion.  
 Y á propósito... »

Así hablando  
 Su inmensa copa apuró.  
 Tornaron las carcajadas,  
 Los aplausos, y el barón  
 Encarado aun con Ibañez,  
 En voz de mofa siguió:  
 « Puesto que vos no habeis hecho  
 A mis venenos honor,  
 Os encargo que si muero  
 Me enterrais como á quien soy. »  
 Volvieron á los aplausos,  
 Y á tan tumultuoso són  
 Asomaron por la sala  
 Las gentes del corredor,  
 Que aumentaron el desórden  
 Preguntando en peloton:  
 « ¿Qué es aquesto?

— Entrad, amigos, »

Don Bustos ronco clamó.  
 « Vereis un anacoreta...  
 Por la cruz del Redentor,  
 Capitan, brindad conmigo

A mi venturosa union... »  
 Ibañez la inmensa copa  
 Levantándose tomó,  
 Mostrando el sombrío gesto  
 Mas que contento furor;  
 Y afectando complacerse,  
 « Brindemos, dijo, baron. »  
 Mas Don Bustos atajándole  
 El brindis le interrumpió:  
 « A mi embriaguez de esta noche,  
 Que me emborracho por dos. »  
 A estas palabras de Bustos  
 De emponzoñada alusion,  
 Ibañez soltando el vaso  
 Cayó vertiendo el licor.  
 « ¡Bravo! ¡sin haber bebido  
 El sueño le acogotó!  
 Capitan, voto á mi sangre  
 Que sois un mal bebedor. »  
 Seguía Ibañez tendido  
 De espaldas en el sillón,  
 Cogidos todos sus miembros  
 De congojoso temblor.  
 Mofáronle los villanos,  
 El gesto Bustos frunció,  
 Palidecieron las mozas,  
 Y en visible turbacion,  
 Rosa sobre el blanco pecho  
 Pálida la faz dobló.  
 Don Bustos rompiendo un vaso  
 Alzó iracundo la voz:  
 « ¿Os pesa, por vida mía,  
 Capitan, mi dicha á vos? »  
 Alzóse sobre su asiento,  
 Y el pueblo entero calló;  
 Porque los ojos de Bustos  
 Centellaban de furor,  
 Temblaba en su escaño Rosa,  
 Y así decía el baron:  
 « Brindad, capitan, conmigo,  
 A mi boda, ó, vive Dios,  
 Que esta noche mis lebreles  
 Os desgarran el jubon. »  
 A tan brusco llamamiento  
 Pedro Ibañez requirió,  
 Poniéndose en pié, su espada,  
 Con semblante tan feroz,  
 Que oyóse entre las mugeres  
 Un ay! sordo de pavor,  
 Y á sus espaldas la turba  
 Cobarde retrocedió.  
 Don Bustos Ramirez, puestos  
 Ambos piés en su sillón,  
 La izquierda sobre la mesa  
 Que al recibirle crujió,  
 Mirábale de hito en hito;  
 Y el áspero ahogado són  
 Que le hervía dentro el pecho,

El borrascoso color  
 De sus ojos, la melena,  
 Que le cuelga en confusion  
 Uniéndose con la barba  
 Que le cerca en derredor  
 Todo el rostro, le semejan  
 A un formidable leon  
 Que acecha sobre una roca  
 La vida del cazador.  
 Pedro Ibañez frente á frente,  
 Sin muestras de turbacion,  
 Fijó en sus ojos los ojos  
 Y á la lid se apercebíó.  
 Pasó un momento angustiado  
 En que nadie de los dos  
 Con movimiento ó palabra  
 La contienda provocó.  
 La turba tenía ahogado  
 El aliento de terror,  
 Y de ambos podía oírse  
 El latir del corazón.  
 Al fin Don Bustos en hondo  
 Gemido, torvo exclamó:  
 « Brindad, hidalgo, á mis bodas,  
 U os juro á mi salvacion,  
 Que en la escarpia de una almena  
 Os ahorco como á un traidor. »  
 Ibañez á estas palabras,  
 Como una tigre veloz,  
 Saltando sobre la mesa  
 Ligeramente una copa asió,  
 De un paso salvando el trecho  
 Que le aparta del baron.  
 « Brindemos, dijo.

— A esta noche,

Bustos repuso, á mi amor.

— A mi cabeza, Don Bustos,

Que clavada en un lanzon,

Os recuerde á todas horas

Toda una noche de amor.

— ¿Es un insulto?

— Es un brindis.

¿No le aceptais?

— ¡Sí, por Dios!

Bebed, y á que esa cabeza

Sea la última ilusion

Que alcancen á ver mis ojos

De mi féretro en redor.

— Sea!

— Sea! »

Y afirmando

Tan sacrilega intencion,

Todo el licor se sorbieron

De un solo trago los dos.

Está la noche serena,  
 Melancólica la luna

Reverbera en la laguna  
Y manso el aire resuena.

Murmura en la parda sombra  
Inquieto el Carrion pasando,  
Con limpios hielos orlando  
Del campo la árida alfombra.

No se alcanza en la ribera  
Ni césped, ni flor, ni espiga,  
Que brote á la sombra amiga  
De alguna encina altanera.

Todo el campo es soledad,  
Silencio y vapor confuso,  
Que en todo el invierno puso  
Viudez y esterilidad.

Vése á lo lejos la sierra  
Como aparicion estraña,  
Que en la escarpada montaña  
La nieve esconde la tierra.

Y entre las breñas se escucha  
La ronca voz del torrente,  
Cuyo ancho raudal rugiente  
Conquistando espacio lucha.

Tal vez del mastin atento  
Resuena el tenaz ladrido,  
Oliendo el lobo escondido  
Que acecha el redil hambriento.

Al pié de la alta colina  
Yace el lugar solitario  
Acogido el ve-indario  
Al corro que le domina.

Sobre el negro castillo  
De Don Bustos se columbra,  
Del astro de paz que alumbra  
Al resplandor amarillo.

Y aun vomitan sus ventanas  
En confusion infernal,  
Las cantigas que profanas  
Respira la bacanal.

Aun puede oirse por ellas,  
Con el brindis del baron,  
El seco y discorde són  
Del vino y de las querellas.

Viénense allí á dibujar  
Con la luz de las bujias,  
Mil medrosas fantasías  
Espantosas de mirar.

Y los vidrios de colores  
Rádan en la lobreguez  
La movible brillantéz  
De fugaces resplandores.

Al pié del áspero muro  
Inmoble en la sombra está,  
Contemplando las ventanas  
Con desesperado afán.  
Torvo el semblante y lloroso  
Sin apenas alentar,  
El triste y burlado Ibañez  
En insufrible ansiedad.

Crispados tiene los puños,  
Desencajada la faz,  
Y el cuerpo todo acosado  
De una convulsion mortal:  
Vése en el húmedo ambiente  
Su aliento á veces vagar,  
Como sombras que brotando  
Viven un punto no mas.  
Por los espesos bigotes  
Filtrando el rocío va,  
Y mojóndolas, sus ropas  
Azota el aire fugaz.  
Amante desventurado  
Y desdeñado galán,  
Está en su mente midiendo  
La infinita eternidad.  
Porque, ¿qué vida le aguarda,  
Ni qué vida ha de esperar  
Quien no halla en sus negros días  
Mas que tedio y soledad?  
Tantos sueños de ventura,  
Tanta ilusion celestial,  
Tanta esperanza engañosa  
Perdida en la realidad.  
Tantos afanes por ella,  
Tanto sufrir y lidiar,  
Mirando la luz lejana  
De un mentiroso fanal,  
Que fué tan solo el reclamo  
Que anunció un puerto falaz,  
Para mirarle mas cerca  
Engañado zozobrar!  
¿Dó están las fragantes flores,  
Las bendiciones dó están,  
Con que el amor deliraba  
En la juvenil edad?  
Él fué á la sangrienta guerra  
Como valiente, á buscar  
Premio y fortuna de hidalgo,  
De que se sintió capaz.  
Pródigo vertió su sangre  
De su vida sin piedad,  
Por volver ante su Rosa  
Digno de su amor fatal;  
Y ella en tanto deslumbrada  
O acaso liviana asaz,  
En los brazos de otro dueño  
Se dispone á reposar.  
¡Oh! que esas risas confusas  
Que oye á través del cristal  
Desde el infame castillo  
A la atmósfera brotar,  
Le parecen los ahullidos  
Con que una turba infernal  
Aplaude atroz los tormentos  
Que alambica Satanás!  
Ellos celebrando alegres  
En ruidosa bacanal

El bien que en despecho eterno  
 Infeliz él llorará.  
 Ellos brindis y cantares,  
 Y amor y felicidad,  
 Y él lágrimas y dolores  
 Que nunca se acabarán.  
 ¡Oh! y cobarde, aunque ofendido,  
 Resignado dejará,  
 Aunque él su ofensa no olvide  
 Que la olviden los demás!  
 Mas ¿qué escucha el desdichado  
 Con esa atención tenaz,  
 Que hacía adelante tendido  
 Al borde del foso está?  
 Los ojos le brotan fuego,  
 Creciendo al aliento va,  
 Y atenazados los dientes  
 Déjanle apenas lugar.  
 Calmado el rumor lejano  
 De la impura bacanal,  
 Oyóse un canto dulcísimo  
 En el salón murmurar.  
 Era una voz amorosa  
 Y de enloquecer capaz  
 Al corazón mas hundido  
 En torpe incredulidad.  
 Del arpa del trovador  
 Al misterioso compás,  
 Suena á pedazos, perdido  
 En la distancia el cantar.

« Mi vida, Busto, y mi alma  
 « No tengo en mi mano yo;  
 « No tengo que darte, Busto,  
 « Sino cuanto guarda de fé el corazón.  
 « Yo te le doy todo entero,  
 « Vida y alma vuelva á Dios  
 « Cuando le plazca, y tú, Busto,  
 « Hasta á mi sepulcro disputa mi amor.»

Cesó el cántico, y se oyeron  
 Largos aplausos sonar,  
 Que estremecieron el aire  
 En prolongada espiral.  
 Ibañez, como viagero  
 Que harto ya de caminar  
 Se sienta á buscar reposo  
 Donde ha de abrirse un volcán,  
 Retrocedió de aquel canto  
 Al desgarrador compás,  
 Despierto á la voz de Rosa  
 Su mal adormido afán.  
 « Dale, ya que está en tu mano,  
 ¡Ingrata! ese corazón  
 (Dijo), y el alma y la vida  
 Que vuelvan torpes á Dios.  
 Dásele, que por un soplo  
 Con que tornaros carbon

Toda el alma y media vida,  
 A Satanás diera yo. »  
 Y aquesto diciendo Ibañez  
 En agonía mortal,  
 Revolcábase en la arena  
 Hiriéndose sin piedad.  
 Lanzaba del hondo pecho  
 Bramido tan gutural,  
 Tan feroz, que aun á las fieras  
 Alcanzara á amedrentar:  
 Y dijeran, escuchando,  
 El ruido que haciendo está,  
 Que luchaba alguna de ellas  
 Con otra en la oscuridad.

Rueda entretanto la argentina luna  
 Del vago cielo en el espacio azul,  
 Sombra dejando y niebla que importuna,  
 Mancha y entume su radiante luz.

La escarcha entre los céspedes se cuaja  
 Deshaciéndose en gotas de cristal,  
 Y cada espino que Aquilon rebaja,  
 Perlas por fruto transparentes dá.

En confusa ilusion todo se ostenta  
 En la estéril llanura del país,  
 Entre el velo de nieblas que se aumenta  
 Cual pabellón colgado del zenit.

Allá en un valle dó la niebla impura  
 Tarda se posa, el rápido Carrion  
 Frágil rodando en soledad murmura  
 Con medroso y monótono rumor.

Ya del castillo en el salón se mengua  
 La báquica algazara del festín,  
 Torpe tal vez con el licor la lengua,  
 Cuyo peso no alcanza á resistir.

Aun se alza entre el murmullo interrumpido  
 El brindis tumultuoso del barón,  
 Con el cantar de Rosa entretenido  
 Y el arpa del errante trovador.

Aun en los vidrios tibia se dibuja  
 De alguna sombra la ilusion fugaz,  
 Como al conjuro de andrajosa bruja  
 El diablo por el sol se ve cruzar.

Mal sosegado Ibañez todavía,  
 Lanza zeloso en iracunda voz  
 Los ayes postrimeros de agonía,  
 Con que se estingue su perdido amor.

Dentro del pecho, en ponzoñosa llama  
 Sanguinosa, alumbrándole al morir  
 Su negra antorcha vigorosa inflama  
 La venganza que nace de su fin.

Pásanle por la mente dolorida  
 Mil fantasmas de impúdico placer,

Que embellecen sin fin la ajena vida  
La suya desgarrándole á la vez.

La imágen del altivo castellano  
Entre sus sueños por dó quiera está.  
Dó quier del sueño entre el tumulto vano  
Amor se juran, ósculos se dan.

Dó quier en ellos de su ingrata Rosa  
La blanca sombra que le esquivo ve,  
A otra fantasma presentando ansiosa  
Los labios que arden de amorosa sed.

« ¡Maldita! entonces desolado esclama,  
Maldita seas, infernal vision. »  
Y el llanto que en su cólera derrama,  
La hoguera apaga del antiguo amor.

« ¡Oh! ¿qué me importa, el infeliz decia,  
Tarda opulencia y mentirosa prez,  
Si la mitad de la existencia mia  
Nunca con ella dividir podré?

Venga el infierno y por la vida y alma  
Mi venganza me dé, sino mi amor.  
Por ese instante de sangrienta calma  
Lleve el infierno cuanto fué de Dios. »

Mas se espesaba cada vez la niebla,  
Menos radiaba en derredor la luz :  
El aura de honda oscuridad se puebla,  
Nada se ve del firmamento azul.

Cual orla leve de fantasma errante,  
Cual rayo de relámpago fugaz  
Creyó Ibañez que viera por delante  
La sombra de un espíritu pasar.

Era un objeto silencioso y vago,  
Sensible solamente á la vision,  
Como reflejo que sombrío lago  
De un fuego fátuo á la presencia alzó.

Era una sombra que con propia vida  
No necesita luz para nacer,  
Cual nube que en el éter va perdida  
Sin auxilio de plumas ni de piés.

Los ojos no conciben su contorno,  
No reducido á forma aquel vapor,  
Tal vez en él deformidad y adorno,  
Galas lo mismo que defectos son.

No trajo voz ni levantó sonido  
Por el húmedo suelo al resbalar,  
Mas sintió el corazon sino el oído  
Del triste sér la inmediatecion fatal.

Tocóse Ibañez la ardorosa frente  
Y la ancha mano se inundó en sudor.  
Razon y ayuda demandó á su mente,  
Y no estaba en su mente su razon.

Tendió la mano á la segura tierra  
El cuerpo que vacila á sostener,

Y en vez del césped en sus dedos cierra  
Aspero hierro que se aprieta á él.

En vano abierta la medrosa mano  
Le abandona á su propia gravedad,  
Las palmas hácia sí retira en vano,  
Siempre tras ellas el objeto va.

Asele al fin : le oprime : es una llave.  
¿Quién en aquellos sitios la perdió?  
Un peregrino : un trovador : ¿quién sabe?  
Tal vez del cinto la perdió el baron.

Ibañez la guardó. Siniestro y lento  
Era su paso y tardo el caminar ;  
Parecia que el solo pensamiento  
Empujaba á la muerte voluntad.

Él tenia un secreto repentino  
Que jamás hasta entonces comprendió,  
Solo en la mente le abortó el destino,  
No lo supo jamás el corazon.

Ibañez ni se acuerda ni lo sabe,  
Que con su mente su intencion no va ;  
Solo percibe que al llevar la llave  
Crece en el pecho vengativo afan.

Ni piensa, ni resiste, ni consiente,  
Ignora acaso su intencion cuál es,  
Mas ni duda á la par ni se arrepiente  
De lo que llegue á consentir ni hacer.

En un pilar que sobre el foso oscuro  
En una grieta de la peña está,  
Metió la llave, y recediendo el muro,  
Postigo oculto le convida á entrar.

Hundióse Ibañez por el muro hendido  
Silencioso, sombrío, audaz, traidor,  
Como un remordimiento mal dormido  
Entra en el descuidado corazon.

Quedóse en soledad el campo mudo,  
Y entre la lobreguez tornóse á oír  
La voz del Aquilon salvaje y rudo  
Y el murmullo apagado del festin.

—  
Quien mirara á Pedro Ibañez  
Ir caminando á deshora  
Por las cuevas del castillo  
Al resplandor de una antorcha :  
Herizados los cabellos,  
La faz amenazadora,  
Los pasos desatentados,  
Creyérale alguna sombra  
Que alzando de su sepulcro  
La fria y maciza losa,  
De Dios á los vivos trae  
Sentencia esterminadora.  
Sus lentos pasos retumban  
Por las olvidadas bóvedas,

Y de una en otra perdidas  
 Cual gemidos se prolongan.  
 En las grietas de las piedras  
 Las arañas hiladoras,  
 Al resplandor de la luz  
 Los negros cuerpos asoman,  
 Y á la inflexion de la llama  
 Que vacilante y dudosa  
 Reverbera por los muros  
 Que viste tiniebla lóbrega,  
 Fantasmas de luz se pintan  
 Cuya aparicion diabólica  
 En el punto que se muestra  
 Vuelve á perderse en la sombra.  
 En cada rincon oscuro  
 En que la vista se posa,  
 Parece que amedrentadas  
 Quimeras le desalojan.  
 A cada puerta ó esquina  
 Que se pasa ó que se dobla,  
 Parece que allá á lo lejos  
 Vuelan en fúnebre tropa.  
 Todas las manchas y bultos  
 Rostro y movimiento toman,  
 Y ya miran, ya amenazan,  
 Ya rien, temen ó mofan.  
 Visiones descoloridas  
 Que el alma crédula aborta  
 En la niñez, halagada  
 Con fábulas mentirosas.  
 A pasos lentos Ibañez  
 Caminando incierto, topa  
 Ancho salon embutido  
 De madera hasta la bóveda.  
 Allí de pez y de plomo  
 Y materias resinosas,  
 Inmenso almacén juntaron,  
 Que para defensa propia  
 En tiempos tan turbulentos  
 Precaucion ninguna sobra.  
 Como obedeciendo Ibañez  
 A oculta causa imperiosa,  
 O de antiguo pensamiento  
 A la fuerza tentadora,  
 Debajo los combustibles  
 Metió resuelto la antorcha.  
 Brotó la seca madera  
 Espesa, turbia y sonora  
 Nube de volátil humo  
 Con que el fuego se corona.  
 Cerrando entonces la puerta,  
 Ibañez á tientas toma  
 La ruta por donde vino  
 Hasta una escalera rota.  
 Y en lucha áspera y difícil,  
 Asaltando una tras otra,  
 Llegó á la torre en que Bus os,  
 Señor del castillo, mora.

Era una torre capaz,  
 Circundada á la redonda  
 De un terrado que rematan  
 Las almenas protectoras.  
 A su amparo, y defendidas  
 De exterior ofensa, toman  
 La luz dos anchas ventanas  
 Que rejas robustas orlan.  
 Corrió Ibañez á una puerta  
 Una barra ponderosa  
 Que impide abrirla por dentro,  
 Y la faz pálida y torva,  
 Asiéndose de una reja,  
 Por una ventana asoma.

Ya libres de las miradas  
 De la multitud curiosa,  
 Que grosera é imprudente  
 Hasta cuando aplaude estorba,  
 En delicioso retiro  
 Rosa y Don Bustos á solas  
 De sus amores platican  
 En su cámara ostentosa.  
 Ella aparece cual nunca  
 Halagüeña y seductora,  
 Suelto el cabello y los lazos,  
 Aliviada de las joyas.  
 Él en sus brazos la aduerme  
 En ilusion amorosa,  
 Mas que nunca embebecido  
 En las gracias que la adornan.  
 Ella en silencio le mira,  
 Y las lágrimas le borra  
 Que de amor y de esperanza  
 De los párpados le brotan.  
 Él los labios encendidos,  
 La mirada borrascosa  
 Que aun torba el licor ardiente  
 Cuyos vapores le embotan;  
 Y ella con ósculos tiernos,  
 Templando la abrasadora  
 Sed de sus labios, le besa  
 Entre osada y ruborosa.  
 Una cortina de seda  
 Que entera cubre la alcoba,  
 Vela á los profanos ojos  
 La escena voluptuosa:  
 Aunque la luz de una lámpara  
 Cuanto olvidada, traidora,  
 Trémula dibuja en ella  
 Sino los gestos, las sombras.  
 Si los ojos de un zeloso,  
 Cuando las dudas le acosan,  
 Pudieran salvar los muros  
 En las alas de su cólera,  
 Bien pudieran los de Ibañez  
 Hacer girones ahora  
 La impertinente cortina

En donde atento los posa.  
 Dos barras de la ancha reja  
 Ase, que casi las dobla,  
 Y los ojos de serpiente  
 Se le saltan de las órbitas.  
 Sin perder línea ni pliegue  
 De la tela tembladora,  
 Sigue el movimiento fácil  
 De las proyectadas sombras.  
 Y ajenos de aquel festigo  
 Busto Ramirez y Rosa  
 Sus amorosas caricias  
 En la soledad redoblan.  
 Crujían los blandos besos  
 En la morada recóndita,  
 Y afuera del triste Ibañez  
 Las aspiraciones roncás.  
 A cada amante palabra  
 Que en el aposento brota,  
 Responde en la oculta reja  
 Una blasfemia espantosa.  
 Y entre tanto que uno sufre,  
 Y libres los otros gozan,  
 Doblar se oyó la campana  
 Que á fuego y rebato toca.  
 Interrúmpese el placer  
 Y el sufrimiento se corta,  
 Y el que antes gozaba sufre,  
 Y el que antes sufría goza.  
 Al ronco empuje del cierzo  
 Que con dobles alas sopla,  
 Crece el incendio y rebientan  
 Las llamas devastadoras.  
 Caen las techumbres de cedro,  
 Las almenas se desploman,  
 Estremécense las torres,  
 Y se derrumban las bóvedas.  
 Cada sala es una hoguera,  
 Cada ventana una boca  
 Que humo y resplandor vomita  
 Y brama en tormenta sorda.  
 En vano piden de dentro  
 Que en su angustia les socorran,  
 En vano aterrados gritan,  
 Gimen, blasfeman, ú oran.  
 Sordos están cielo y tierra;  
 Denso el humo les ahoga,  
 Y con el són del incendio  
 Sus lamentos se sofocan.  
 De aquella terrible hoguera  
 A la trémula luz roja,  
 Se ve de los campesinos  
 La turba triste y medrosa,  
 Como viajeros curiosos  
 Que contemplando se asombran  
 Una erupcion del volcan  
 Que fuego y peñascos brota :  
 Y allá del Carrion humilde

A la márgen de las ondas,  
 Ibañez tambien lo mira  
 Con indiferencia torva.  
 Apoyado está en un tronco,  
 Asida una mano á otra,  
 Y en una almena los ojos  
 Que ruina amenaza pronta.  
 Al fin de afanosa lucha  
 Desesperada y dudosa,  
 Cayó en el feso la almena;  
 Y tras de la piedra rota  
 Quedó una ventana, en donde,  
 Como ilusion dolorosa,  
 Los brazos al cielo tienden  
 Por la reja dos personas.  
 No se sienten sus lamentos,  
 Ni se alcanza de su forma  
 Mas que la espresion horrible  
 De su profunda congoja.  
 Llamas voraces les cercan  
 En irresistible tropa,  
 De cuya rabia es inútil  
 Implorar misericordia.  
 La inmensa torre rodean,  
 Puertas y muros devoran,  
 Y ¿ cómo esperar perdon  
 De quien ni piedras perdona  
 Una llamarada inmensa  
 La cerró en sus pliegues toda  
 Y se borró para siempre  
 La aparicion congojosa.

Dejó la ribera Ibañez,  
 Y al despuntar de la aurora  
 A todo escape en un petro  
 Valle y castillo abandona.

Del espléndido palacio  
 Que ocupa en Valladolid  
 El rey Don Juan el segunde  
 Ya de su reinado al fin,  
 Están recordando alegres  
 Su antigua amistad pueril  
 Dos bizarros cortesanos  
 En oculto camarín.  
 Y en el continuo abrazarse  
 Y en el continuo reir,  
 Se ve que en hallarse tienen  
 Satisfaccion infantil;  
 Y que cada cual se goza  
 La ajena historia en oír,  
 Como en recordar la suya  
 Tal vez triste para sí.  
 Están en el propio punto  
 En que de entrambas al fin  
 Tornan á identificarse  
 Y su gozo á repetir.

*D. Rodrigo.* ¿Con que ¡voto á Belcebú!  
 Aquel antiguo soldado  
 Que tanto lidió á mi lado  
 Por mejor causa eres tú?  
*Ibañez.* Yo mismo sin duda alguna :  
 Aquel Ibañez soy yo.  
*D. Rodrigo.* Mucho á entrambos acudí  
 Compasiva la fortuna.  
*Ibañez.* Compáranla á una veleta  
 Por tan inconstante ser.  
*D. Rodrigo.* Dejara de ser muger  
 Fortuna á no ser inquieta.  
 Mas otro abrazo me da,  
 Que aun dudo si estoy soñando.  
*Ibañez.* Abrazos te iré yo dando  
 Si esto te despertará.  
*D. Rodrigo.* Mas, por Dios, que rico te ha-  
 Ibañez, y á lo que veo [llo.  
 No ayudó mal tu deseo  
 Tu lanza con tu caballo ;  
 Pues si no me acuerdo mal  
 Era tu única riqueza.  
*Ibañez.* Espatrióse mi pobreza  
 Merced al favor real.  
 Dijeron de mi valor  
 No sé qué, y conde me hicieron,  
*D. Rodrigo.* Bien con tu valor cumplieron.  
*Ibañez.* No sino con mi favor.  
 Debióme la vida el rey  
 En Navarra, y no fué mas.  
*D. Rodrigo.* Oh ! pues voto á Barrabas  
 Que fueron hombres de ley.  
 Y ¿qué hacen viéndote rico  
 Esos parientes hambrientos?  
*Ibañez.* Don Pedro llaman atentos  
 Al que llamaban Perico.  
 Yo les dispense el cumplido  
 Y les abrazo cortés :  
 Pidenme, niego, y despues  
 Se van por donde han venido.  
 Pero á ti, por vida mia,  
 Que tampoco mal te fué.  
*D. Rodrigo.* Tanto, Ibañez, porfié  
 Que sali con mi porfia.  
 No me tocó como á ti  
 Condado, ni valimiento ;  
 Pero en oro puro cuento  
 Cuanto basta para mí.  
*Ibañez.* Y á bien que si la memoria  
 De tu ambicion no me engaña  
 No te basta toda España.  
*D. Rodrigo.* Aquí paz y despues gloria.  
 Poseo lo que me basta  
 Para tener envidiosos,  
 Amigos menesterosos  
 Y una numerosa casta.  
 Aturdido me dejaron  
 A mi vuelta tales gentes ;

No sé cuando mis parientes  
 Asi se multiplicaron.  
*Ibañez.* ¿Y consiguen de su afan?...  
*D. Rodrigo.* Lo que los tuyos de tí :  
 Pidenme, niego, y asi  
 Por donde vienen se van.  
*Ibañez.* Justo ! Asi, beso por beso  
 Y puñada por puñada.  
*D. Rodrigo.* Cual ella me fué obligada  
 Por mi gente me intereso.  
 Pero bien está, y responde.  
 ¿En qué tu amor se quedó ?  
 ¿En humo se disolvió  
 Con el resplandor de conde ?  
*Ibañez.* El antiguo hace seis años  
 Humo es como bien has dicho ;  
 Que vienen tras un capricho  
 Un millon de desengaños.  
 Pero hoy...  
*D. Rodrigo.* Oyéndote estoy.  
 Concluye. ¿Por de contado  
 Que estarás enamorado ?  
*Ibañez.* Rodrigo, nunca como hoy.  
*D. Rodrigo.* ¿Será hermosa ?  
*Ibañez.* Como un oro  
*D. Rodrigo.* ¿Niña ?  
*Ibañez.* Diez y ocho quizás.  
*D. Rodrigo.* Pues ya no la falta mas  
 Que ser rica como un moro.  
*Ibañez.* Lo cierto en ello no sé :  
 Pero en la córte intródujo  
 Su llegada tanto lujo  
 Que casi escándalo fué.  
*D. Rodrigo.* Pues por Dios que la fortuna  
 No se cansa en tu favor ;  
 Pero tendrás de su amor  
 Prendas que...  
*Ibañez.* Indignas, ninguna.  
*D. Rodrigo.* ¿Pero rivales un ciento ?  
*Ibañez.* No por cierto, mi Rodrigo.  
 Yo solo soy quien consigo  
 Finezas y valimiento.  
 Es cierto que no hay baron,  
 Hidalgo, conde ó marques  
 Que no rindiera á sus pies  
 Su fortuna y su blason.  
 No hay trovador ni galan  
 Que en cantares y torneos  
 No se esceda en galanteos  
 A Rosa de Montalvan.  
 Todos los ojos en ella  
 Detiene la multitud,  
 Porque tiene de virtud  
 Cuanto de rica y de bella.  
 Mas ella por importunos  
 Acredita sus festejos :  
 Todos los ojos de lejos  
 La gozan, cerca ningunos.

Y te aseguro en verdad  
Que, aunque la amo como un loco,  
No estimo, Rodrigo, en poco  
Por ello mi vanidad.

*D. Rodrigo.* De tu fortuna me admiro,  
Pedro Ibañez, envidioso,  
Y mas estoy de orgulloso  
Cuanto mas feliz te miro.

¿Mas quién es esa hermosura  
Tan sin tacha de muger?

*Ibañez.* No pude tanto saber.

*D. Rodrigo.* Pues á fé que es aventura.

*Ibañez.* Porque nada se concilia  
De haber nacido en la Galia  
Y en Aragon y en Italia  
Tener hacienda y familia.

Su apellido es castellano,  
Rodrigo, como tú ves.

*D. Rodrigo.* Y pienso que tambien es  
Hasta frances é italiano.

Pero pues es rica y bella  
Y os amais los dos así,  
Tanto es ella para tí  
Como eres tú para ella.

Cuando estemos mas á espacio,  
Pedro, me la mostrarás.

*Ibañez.* Esta noche la verás,  
Que ha de venir á palacio.

Por muger la he de pedir,  
Y esta noche he de saber  
Si puede y cómo ha de ser,  
Que ella me lo ha de decir.

*D. Rodrigo.* ¿Tan pronto?

*Ibañez.* Estoy decidido.

Tanto en sus ojos me abraso  
Que este mismo mes me caso  
Si consiente en lo que pido.

*D. Rodrigo.* Prodigio será en lo bello,  
Segun de perdido estás.

*Ibañez.* Esta noche la verás  
Y decidirás en ello.

Entretanto hasta despues,  
Que el rey sale.

*D. Rodrigo.* Vete en paz.  
Y que en verla habré solaz  
No te olvides.

*Ibañez.* A Dios pues.

Tomó Ibañez la escalera  
Que daba al cuarto del rey  
Sin que Rodrigo los ojos  
Un punto apartara de él.  
Doblóse detrás de Ibañez  
La mampara en la pared;  
El ruido de sus pisadas  
Se acabó al fin de perder,  
Y aun le parece que le oye,  
Que le abraza y que le ve;

Tanto el encuentro de Ibañez  
Fué á Don Rodrigo placer.  
Pasaron unos momentos  
En que, perdido tal vez  
En recuerdos deliciosos  
Quedó distraido en pié,  
Los ojos en la mampara  
Que cerró al salir aquel,  
Y una sonrisa en los labios  
De verdad y sencillez.  
Al fin soltando un suspiro  
Esclamó el rostro al volver :  
¡Por la virgen que me alegro!  
¿Quién lo imaginara de él?

Por la plaza de San Pablo  
Ya bien entrada la noche,  
Del palacio real volviéndose  
Van platicando dos hombres ;  
Y á la luz que reverberan  
Dos moribundos faroles,  
Aunque no se ven sus rostros,  
Sus figuras se conocen.  
A corto trecho delante  
Y á lentos pasos recorre  
Via igual una litera  
Seguida de dos hachones ;  
Y entre las verdes cortinas  
A los rojos resplandores  
Se divisan dos mugeres  
Sentadas en los sillones.  
Atravesaba todo ello  
Por la oscuridad informe  
Como de los sueños pasan  
Fantásticas las visiones.  
Y en los criados que alumbran  
Y en los oscuros colores  
Que viste la comitiva  
De las cortesanas nobles,  
Un no sé qué se trasluce  
De rápidas precauciones  
Que todo parece envuelto  
En invisibles vapores.  
Al reflejo de las luces  
Se ven los rostros inmóviles,  
Los ojos cristalizados  
De los negros servidores.  
Y algun crédulo dijera  
Que en tal misterio se esconde  
Un cumplimiento severo  
De las celestiales órdenes.  
Mas fuera vano temer  
De la ilusion de la noche,  
Porque entrados en un patio  
Los hidalgos se disponen  
A recibir á las damas  
A quien parece que rondan

Segun del alcazár fueron  
 Detrás de ellas hasta entonces.  
 « ¡Rosa mia! exclamó el uno,  
 Prestando en los escalones  
 Primeros el brazo á una,  
 Al parecer la mas jóven.  
 — Estais, Don Pedro, servido, »  
 Ella pronta respondióle,  
 Abandonando en las suyas  
 Una mano que él recoge.  
 « Mi madre consiente en ello,  
 Y escusando dilaciones  
 En vos está la tardanza.  
 — Porque tal dicha se logre  
 Perdiera cuanto poseo.  
 Sueño parece esta noche  
 Que no he de olvidar jamás. »  
 Aquí á los anchos salones  
 Llegaban de su palacio  
 En cuyos ricos primores  
 Es bien que audaces los ojos  
 Se admiren cuando se posen.  
 De finisimos tapices  
 Toda la sala vistióse,  
 Mullida en el pavimento  
 Alfombra de vivas flores.  
 Candelabros de oro y plata  
 Por las mesas y rincones,  
 Y bajillas y preseas  
 Dó quiera en aparadores.  
 Rosa y Don Pedro sentados  
 Esperaron á que torne  
 Don Rodrigo que acompaña  
 A la madre desde el coche,  
 Delante una chimenea,  
 Cuyos morillos de bronce  
 Teniendo están disolviéndose  
 En ceniza medio roble.  
 Entre las llamas volubles  
 Lanzan los rojos tizones  
 Chispas que naciendo espléndidas  
 Desaparecen veloces.  
 El humo elástico asciende  
 En espirales deformes  
 Despedido por las llamas  
 Que brotan á borbotones.  
 Y por dó quiera que el tronco  
 Lentas ó voraces orlen,  
 Yerve la savia que mana  
 Resistiendo sus furros.  
 Entró por fin Don Rodrigo,  
 Y apenas Ibañez vióle,  
 Tomándole de la mano,  
 Delante Rosa le pone :  
 « Esta es mi esposa, » le dijo.  
 Alzó Rodrigo la noble  
 Frente, y la beldad de Rosa  
 Viendo, en verdad asombróse.

Saliéronse del salon,  
 Y al cruzar por los portones  
 A Rodrigo que le sigue  
 Pedro Ibañez preguntóle :  
 « ¿Qué te parece de Rosa?  
 ¿Otra mas linda conoces?  
 — ¡Por Dios (contestó Rodrigo)  
 Que no la hay entre los hombres!  
 Y así permitan los cielos  
 Que tantos años la goces  
 Como ella tiene de deudas  
 A los cielos de favores. »

Era Rosa de célica hermosura,  
 Rica de gracias, rebosando amor,  
 Trasunto de la esbelta criatura  
 Que hizo en el fértil Paraiso Dios.

Soles los ojos, rosas la mejilla,  
 Risa los labios y márfil la tez,  
 Donde la calma de la infancia brilla,  
 Rica á pesar de juvenil placer.

No pertenece su hermosura y gala  
 A género, ni siglo, ni pais,  
 Ni terrena beldad llega ni iguala  
 De la almá Rosa á la beldad gentil.

Gravita apenas en la blanda alfombra  
 La leve huella del enano pié,  
 Y tiene mas de la vaporosa sombra,  
 De inefable vision que de muger.

Flota el cabello en perfumados rizos  
 Al impulso de zéfiro fugaz,  
 Velando de la espalda los hechizos  
 Su voluble y espléndida espiral.

Cáenla de la mórbida cintura  
 En grupos que sujeta el cinturon  
 Los pliegues de la blanca vestidura  
 Que agita ligerisima en redor,

Como las aguas de elevada fuente  
 Caen en hebras de líquido cristal  
 Y el aura con mansísima corriente  
 Las mece confundidas al bajar.

Dó quier que está la delicada Rosa  
 En la corte, en el baile, en el festin,  
 No ha ojos ni atencion para otra hermosa,  
 Toda la absorbe poderosa en sí.

Por eso pasa solitaria vida  
 En medio de ruidosa sociedad,  
 De las damas sin duda aborrecida  
 Y respetada del amante audaz.

Y por eso á los piés de sus balcones,  
 Guardias perennes, embozados son,  
 Y óyese de estocadas y canciones  
 En la alta noche desigual rumor.

Siempre á sus puertas en mision de amores  
 Dueñas y pages aguardar se ven,  
 Ya ramilletes de tempranas flores  
 Ya amorosos billetes á traer.

Pero nunca se abrió puerta ó ventana  
 Ni billete ni flor á recibir :  
 Del palacio jamás la soberana  
 Canto pagó de trovador gentil.

Jamás oído de varon dichoso  
 El eco suave de su acento oyó,  
 Ni una mirada por su afan pensó  
 Gozó de Rosa parecido á amor.

Ninguno supo su pasada historia :  
 Nadie el solar en que nació cual es,  
 Nadie de su beldad tiene memoria,  
 Nadie pudo á su gente conocer.

Si algun osado su familia y tierra  
 De sus esclavos á inquirir llegó,  
 El secreto tenaz en que se encierra  
 No supo nunca por su propia voz.

Vagos rumores, misteriosos cuentos  
 Corren de ello tal vez en la ciudad ;  
 Mas posan en tan vanos fundamentos  
 Que apenas nacen cuando en tierra dan.

Un hombre solo su palacio abierto,  
 Libres sus salas encontró tal vez,  
 Y de su audacia y su fortuna incierto  
 Pasó el umbral con receloso pié.

Ibañez solo de la linda maga  
 Tocó la mano y escuchó la voz ;  
 Ibañez solo de placer se embriaga  
 Cediendo irresistible á la pasion.

No exhaló en vano sus amantes quejas  
 Velado en la nocturna oscuridad,  
 Que cuando ronda sus doradas rejas  
 Ella amorosa á responderle va.

Nunca enojada de su amante exceso  
 Por un cariño le volvió un desden,  
 Porque con fácil y abrasado beso  
 Una mirada le pagó tal vez.

Solo testigo de su amor demente  
 Fué Don Rodrigo y admiró su amor,  
 Solo con él su mercenaria gente  
 La fortuna de Ibañez defendió.

Mas que á despecho de la córte fuera  
 Él la idolatra á cada instante mas,  
 Y por desprecio de la córte entera  
 Su boda Ibañez preparando está.

Era una noche de aterida niebla  
 En que refleja tan dudosa luz

Que entre la sombra que el espacio puebla  
 Nada se ve del firmamento azul.

En un salon henchido de riqueza  
 Un inmenso cercando aparador  
 Los vasallos están de mas nobleza  
 Que el rey Don Juan entre su córte halló.

Acogotando allí su envidia toda,  
 Damas é hidalgos en el real festin  
 Brindan y cantan á la ansiada boda,  
 Mal recatando su despecho asi.

Suenan las copas y las arpas suenan  
 Con largo y libre interminable són,  
 Y el aire denso y perfumado llenan  
 De blando y ronco y desigual rumor.

Al lado Ibañez de su linda esposa  
 Ebrio de amor y de ventura está,  
 Y cuanto admira la beldad de Rosa  
 Crece en el pecho su amoroso afan.

Toda su vida le parece un sueño,  
 Entre cuyos vapores nada ve  
 Mas que el camino que tras largo empeño  
 Le traje de esta noche hasta el eden.

Rosa se muestra como nunca bella  
 Cual nunca Ibañez por azar la vió,  
 Aunque hoy encuentra perspicas en ella  
 Algunas galas que la van mejor.

Halla en su rostro la espresion incierta  
 De una vaga ilusion de otra muger,  
 Con cuya oculta realidad no acierta  
 Y cuyo tipo conoció tal vez.

A veces piensa que la faz de Rosa  
 No es de su Rosa la continua faz,  
 Y aun le parece que su frente hermosa  
 Muestra á intervalos palidez mortal.

Pero es sueño ; de la alegre fiesta  
 Y de los brindis los efectos son :  
 Mas su cariño á su ilusion se presta  
 Crece con ella el fuego de su amor.

Aquella misteriosa semejanza  
 Mas le contenta y satisface mas ;  
 Y aunque ébrio acaso la razon no alcanza,  
 Hoy como nunca satisfecho está.

Cesó la fiesta : libre el aposento  
 Todo en desórden por final quedó,  
 Y ambos á paso vacilante y lento  
 Van del placer y de la dicha en pos.

Ya era alta noche. Por la densa niebla  
 Cruzaba apenas tan dudosa luz  
 Que entre la sombra que el espacio puebla  
 Nada se ve del firmamento azul.

## CONCLUSION.

Ya libres de las miradas  
De la multitud curiosa,  
Que envidiosa ó imprudente  
Hasta cuando aplaude estorba,  
En delicioso retiro  
Don Pedro Ibañez y Rosa  
Enamorados platican  
En el altar de su alcoba.  
Ella parece cual nunca  
Halagüena y seductora,  
Suelto el cabello y los lazos,  
Y aliviada de las joyas.  
Él en sus brazos la aduerme  
En ilusion amorosa,  
Mas que nunca embebecido  
En los encantos que adora.  
Ella en silencio le mira  
Y las lágrimas le borra,  
Que de amor y de esperanza  
De los párpados le brotan.  
Él, los labios encendidos,  
La mirada borrascosa  
Que aun turba el licor ardiente  
Cuyos vapores le embotan;  
Y ella con ósculos tiernos  
Templando la abrasadora  
Sed de sus labios, le besa  
Entre osada y ruborosa.  
Una cortina de seda  
Que entera cubre la alcoba  
Vela á los profanos ojos  
La escena voluptuosa:  
Aunque la luz de una lámpara  
Cuanto olvidada, traidora,  
Trémula dibuja en ella  
Sino los gestos, las sombras.  
¡Noche de amor y esperanza  
Que de la modesta esposa  
Queda como blanco sueño  
Para siempre en la memoria!  
La de Ibañez, vive Dios  
Que olvidó su vida toda,  
Sus placeres y sus cuítas,  
Su deshonor y su gloria.  
No hay mas pasado en su mente,  
Mas porvenir no ambiciona:  
Vendiera por esa noche  
Toda su existencia á Rosa;  
Aunque un frio involuntario  
Todo su cuerpo aprisiona,  
Cual si en sepulcro pudiera  
Convertirse la alcoba.  
Algunas veces mirando  
Los ojos de la que adora  
Creyó alcanzar dentro de ellos

Alguna imágen diabólica.  
Alguna vez embriagado  
En su risa encantadora,  
Creyó que los labios puros  
Tomando distinta forma,  
Mostraban por un momento  
En negra ilusion dudosa  
De un monstruo desconocido  
La áspera y sangrienta boca.  
« ¿Qué piensas, Ibañez mio?  
¿Qué mal, dime, te acongoja,  
Que vas el color perdiendo? »  
Dijo al esposo la esposa.  
Al contemplarla el semblante  
Su espanto y asombro doblan;  
É Ibañez con ambas manos  
Entrambos ojos se frota.  
Ella tornó á su pregunta,  
Y él á su silencio torna,  
Como quien tiene delante  
Un espectro que le acosa.  
« ¿Que sientes?  
— ¡Oh! nada, nada;  
Mas la vista se me borra,  
Los objetos me vacilan;  
¡Cielos! ¿qué es aquesto, Rosa?  
— ¿Qué dices con no te entiendo?  
— ¡Ah! ¿eres tú, niña? perdona:  
Mas ¡tal vez mi fantasia  
Se me está volviendo loca!  
No sé porqué, mas el miedo  
Que de mí se posesiona...  
Oh, ciégame con tus labios,  
Ven á mis brazos, ¡oh Rosa! »  
Echóse en ellos la niña,  
Ansioso Pedro abrazóla,  
Mas al tocarla dió un grito,  
Como quien espinas toca.  
« ¡Quemas! » la dijo espantado;  
Y soltándola en la alfombra,  
Se miró el triste los dedos  
Con que sostuvo su forma.  
Ella seguía diciéndole  
Con sonrisa seductora:  
« ¿Qué tienes, Ibañez mio,  
Que cuanto dices me asombra? »  
Y él con ojos aterrados  
Continuaba en su congoja,  
Contemplándola sin habla  
En convulsion espantosa.  
Al fin con hondo cariño  
Ella las manos le toma,  
Diciendo con voz mas suave  
Que el murmullo de las hojas:  
« Amor mio, vuelve en tí;  
Yo soy, mírame, tu Rosa,  
Tú me lo has dicho, ¡alma mia!  
Soy tu amor, tu Dios, tu gloria. »

Sonrió apenas Ibañez  
 Y medroso preguntóla :  
 « ¡He soñado, no es verdad?  
 Tú me despiertas ahora.  
 — Sí por cierto, esposo mío :  
 Tú me has dicho tantas cosas...  
 Tantos delirios... que casi  
 Temi contigo estar sola.  
 — Oh sigue, sigue... ¡qué dulce  
 Me suena tu voz hermosa!  
 Sigue.

— ¿Quieres que te cuente  
 Para adormirte una historia?  
 — Sí, sí, dime cuanto quieras  
 Con tal que tu acento oiga.  
 — Pues escucha, que tal vez  
 Se disipe tu congoja. »  
 Ibañez, como quien sale  
 De pesadilla penosa,  
 Su voz escuchaba atento  
 Suave, argentina, sonora,  
 Sin acertar á entender  
 La sensacion dolorosa  
 Que un momento antes le hacia  
 Su presencia encantadora.  
 Él recostado en el lecho,  
 Ella á su lado en la sombra,  
 Estó á Ibañez le decia  
 Risueña y voluptuosa :

En un toseo pueblecillo,  
 Aunque no recuerdo donde,  
 Vivía un baron ó un conde,  
 Que es igual, en su castillo.

En este pueblo vivía  
 Una villana, ¡ oh hermosa!  
 La reina mas orgullosa  
 Por ella se trocaría.

Rosa, como yo me llamo,  
 La villana se llamaba,  
 Y un pobre hidalgo la amaba  
 Tanto como yo te amo.

Ibañez en su embeleso  
 Dulcemente sonrióla,  
 Y besándola en los labios  
 Siguió la niña su historia.

Vióla el baron cierto dia,  
 Y al contemplarla tan bella  
 Ciego de amores por ella  
 Solo por su amor vivía.

Prodigo le regaló,  
 Y tal su cariño fué,  
 Que por prenda de su fé  
 Su mano la prometió.

Ella avaro ó inconstante  
 Casóse al cabo con él.  
 ¡ Fué una noche bien cruel  
 Para el olvidado amante !

Este llegó de la boda  
 El mismo dia anterior ;  
 Alas le prestó el amor...  
 ¡ Vana diligencia toda !  
 De su ventura testigo  
 Solo él llorando su duelo

No halló para su consuelo  
 Un pariente ni un amigo.

A estas palabras Ibañez  
 Embebido interrumpióla :  
 — Tu voz me encanta, mas pienso  
 Que es triste ese cuento, Rosa.  
 — Oísele á un peregrino  
 En una sentida trova ;  
 Mas deja que te le cuente,  
 Porque es muy linda la historia.

Despechado en su afliccion,  
 Maldiciendo su fortuna,  
 Dejó la fiesta importuna,  
 Y abandonando el salon,  
 En que los brindis doblaban,  
 Bajó en su afan amoroso  
 A llorar al pié del foso  
 Lo que en la torre cantaban.

Era una noche serena,  
 En que la brillante luna  
 Reflejaba en la laguna  
 Con la luz de enero llena.  
 Todo estaba en soledad  
 Velado en vapor confuso,  
 Que en todo el invierno puso  
 Huellas de esterilidad.

Hervía el rio á lo lejos,  
 Medroso el viento sonaba,  
 Y el aire espeso vibraba  
 Del agua con los reflejos.

El negro y alto castillo  
 Allá en la sombra se via  
 Del blanco fanal que huía  
 Al resplandor amarillo.

Y aun en murmullo infernal  
 Lanzan sus rojas ventanas  
 Las cantigas que profanas  
 Respira la bacanaí.

Aun puede oirse por ellas  
 Con el brindis del baron  
 El ronco y discordes són  
 Del vino y de las querellas.

Y sus vidrios de colores  
 Radian en la lobreguez  
 La movible brillantéz  
 De fugaces resplandores.

El amante desdénado,  
 Sin poder con su dolor,  
 Pensó en su amargo furor  
 En verse al menos vengado.

« Por ese breve placer,  
 « Esclamó, diera al infierno  
 « Cuanto Dios puso de eterno  
 « En mi despreciable sér. »

Tembló pavoroso Ibañez  
 A estas palabras de Rosa,  
 Palideciendo al impulso  
 De una sangrienta memoria.  
 Y ella con triste sonrisa  
 Entre doliente y sardónica  
 Siguió, á los ojos de Ibañez  
 Cambiando su imagen propia.

A su sacrilego ruego  
 Diz que el infierno le dió  
 Por la alma que le vendió  
 Una venganza de fuego.

La torre há poco altanera  
 Brotó llamas de su centro ;

Quedó la venganza dentro,  
Mas el vengador afuera.  
Años esta noche hará  
Que el castillo se incendió,  
Media vida al galán dió,  
Y ahora mediándose está.

« ¡Cielo santo! » clamó Ibañez  
Con voz despechada y ronca,  
Arrancándose del lecho  
Y de los brazos de Rosa,  
« ¿Qué es esto? ¡la luz me falta,  
El ambiente me sofoca...! »  
Y asiendo de la ventana  
Abrió á un tiempo las dos hojas.  
Entró á tal punto por ellas  
Sonante, negra, espantosa  
Una llamarada inmensa  
Que lamió el suelo y la bóveda.  
Corrió á la puerta y en vano  
Con ímpetu sacudióla;  
Por fuera la sujetaba  
Resistencia poderosa.  
Tendió desolado y triste  
Los ojos, y allá en la alcoba  
Vió sentada sobre el lecho,  
Prendiendo fuego á las ropas,  
Una aparicion horrible  
Que en su vacilante forma  
Mostraba al par su contorno,  
Mitad monstruo y mitad Rosa :  
Y al són de la ardiente llama  
En voz le decia concava :  
« ¡Alma entera y vida media!  
El alma la tengo toda,  
Diez años eran de vida,  
Y están mediándose ahora. »

## EL NIÑO Y LA MAGA.

FANTASÍA.

¡Cuán risueña es el alba de la vida,  
Esa mágica edad de la ilusion,  
En que vejeta el alma adormecida  
Ajena de inquietud y de ambicion !

¡Cuánto se vive alegre y sin recelo,  
Cuánto se goza lejos del pesar,  
Llevando nuestro débil barquichuelo  
De la existencia por el negro mar !

Entonces sin pensar en quien nos hizo  
Ni el vano mundo y su placer traidor,  
Gozamos por el dia tanto hechizo  
Y dormimos la noche sin temor.

Que es el niño atrevido marinero  
Que al mar se lanza si inesperto, audaz,  
Satisfecho con ver como ligero  
Va por las ondas su bñtel fugaz.

¿Qué le importa el murmullo de la brisa  
A quien sigue tal vez el aquilon?  
Navegaré, se dice, mas aprisa  
Del blando viento al compasado són.

¿Qué le importa que el agua se alborote  
Tormentosas alzando olas sin fin?  
Iré, se dice, mi estraviado bote  
A dar como el que dejo á otro jardin.

¿Qué le importa que bajen las tinieblas  
La noche desplomando sobre el mar?  
El dice : cuando pasen estas nieblas  
Ya me vendrá otro sol á despertar.

¿Qué importa que en espejos quebradizos  
Hiervan los lomos del gigante azul?  
El mira en ellos sus flotantes rizos  
De la neblina entre el espeso tul.

¡Cuánto es alegre la niñez sencilla  
Que en el bajel de su inocencia va,  
Libre y segura sin perder la orilla  
Del mar que al lejos rebramando está!

Duelos, dejadme que los lindos sueños  
Loco recuerde de la edad pueril,  
Que mire de la vida los empeños  
Desde su verde y delicioso abril.

Dejad que vaguen mis cansados ojos  
De árbol en árbol y de flor en flor,  
Del sol brillante á los destellos rojos  
Que al universo dan vida y color.

¡Vida! Blanco y risueño panorama  
Para el que nace en virgen ilusion;  
Desierto dó eternal el cierzo brama  
Para el que lanza en él su corazon.

¡Vida! Fantasma bello y mentiroso  
Cuanto halagüeño en tu ilusion, fatal,  
Yo miraré con ojo receloso  
La luz de tu fantástico cristal.

Cantaré tus estériles placeres,  
Y entre tus flores escondida red  
La loca tentacion de tus mugeres,  
Corrientes que no templan nuestra sed.

Que si nacemos á la amarga vida  
Riendo lo que habemos de llorar,  
Yo quiero mi existencia dolorida  
Gozar llorando y mi dolor cantar

I.

Es una bella aurora  
Fresca, purpúrea y clara

En que va murmurando  
 Por la floresta el aura.  
 Las hojas estremece  
 Con las sonantes alas,  
 Cruzando fugitiva  
 Por una y otra rama.  
 Ya por el blando césped  
 Silenciosa se arrastra,  
 Robando sus perfumes  
 Al tomillo y la grama.  
 Ya en torno de los troncos  
 De las encinas altas  
 Colúmpia en sus cortezas  
 Las ramitas enanas.  
 Ya de la limpia fuente  
 En la repleta taza  
 Arruga, trenza y riza  
 Los hilos con que mana.  
 Es un jardín florido  
 Henchido de fragancia  
 Que á par enriquecieron  
 Con afanosa maña  
 Naturaleza fértil  
 Con su silvestre gala,  
 Y la incansable industria  
 Con su rica elegancia.  
 Aquí por los linderos  
 Las violetas moradas  
 Matizan de los céspedes  
 La vivida esmeralda.  
 Allí de clavellinas  
 Entumecida mata  
 Sus infinitos hijos  
 A sostener no basta.  
 Allí las anchas rosas  
 Su pabellon de grana  
 Entienden afrentando  
 Las azucenas blancas.  
 Allá el cárdeno lirio  
 Se eleva con audacia  
 De azules pensamientos  
 Su raíz tapizada.  
 Mas lejos un geráneo  
 Que aroma el aura mansa  
 Envidia á los renúnculos  
 Las tintas soberanas.  
 Y allá entre sauces verdes  
 Que humedecen las aguas,  
 Entre sonantes hojas  
 Y retorcidas varas,  
 En cargados racimos  
 Madreselva olvidada  
 Convida con sus flores  
 Amarillas y blancas.  
 Ni faltan en macetas  
 Y transparentes jarras  
 Pomposos tulipanes  
 Que sus capullos rasgan.

Sobre ellos cuidadosos  
 Tienden sus hojas anchas  
 Los fértiles naranjos,  
 Las corpulentas hayas.  
 Hay en su bosquecillo  
 De mirtos y de acacias,  
 En una placetuela  
 De rosales cercada,  
 Una anchurosa fuente  
 Que en torno se derrama,  
 Está el pilon colmado,  
 Y en medio se levanta  
 Sobre dos pies de jaspe  
 De alabastro una taza.  
 Y mil vistosos peces  
 En su remanso nadan,  
 Que asoman atrevidos  
 La fugitiva espalda.  
 Se escucha desde lejos  
 La música liviana  
 Con que murmurán leves  
 Las revoltosas aguas;  
 Y en su cristal inquieto  
 El sol que alumbró el alba  
 Saliendo reverbera  
 Con luz tornasolada.  
 Sentado en las orillas  
 Por dó la linfa clara  
 Desde la limpia fuente  
 Bullendo se derrama,  
 Deshojando unas flores  
 Que el arroyuelo arrastra  
 Miraba el niño Adolfo  
 Cómo las lleva el agua.  
 Su imágen la corriente  
 Trémula le retrata  
 Los ojuelos alegres,  
 Las manitas nevadas,  
 La blonda cabellera  
 Tendida por la espalda,  
 La frente ruborosa  
 Y la sonrisa cándida.  
 Soñaba desvelado  
 Inocentes fantasmas  
 Que á la niñez tranquila  
 Espléndidos halagan;  
 De esos delirios puros  
 Que fugitivos pasan  
 Y aduermen los sentidos  
 Sin que los sienta el alma.  
 Ilusiones magníficas  
 Con cuyas sombras mágicas  
 Los gozos se deshacen  
 De nuestra breve infancia.  
 Ceñida de una nube  
 De vaporosa gasa,  
 Que el aire llena en torno  
 De suavísimo ámbar,

De rosas y azucenas  
 La frente coronada,  
 Prendida en ricos pliegues  
 La vestidura blanca,  
 Salió de entre los mirtos  
 Con cautelosa planta  
 Una ilusión dichosa  
 De paz y bienandanza.  
 Las flores en sus tallos  
 Por donde aérea pasa  
 Se esponjan y enderezan  
 Y doble aroma exhalan.  
 La brisa en torno suyo  
 Murmuradora vaga,  
 Y entre las hojas verdes  
 Se enreda y esparrama.  
 Colúmpianse las copas,  
 Los ruiseñores cantan,  
 Las tórtolas arrullan  
 En amorosas cláusulas,  
 Y todo en los jardines  
 Al paso de la maga  
 Respira la ventura  
 De juventud colmada.

—  
 Tomó la mano de Adolfo  
 Que sobre el césped descansa,  
 Quien al verla tan hermosa  
 Entre sus brazos se lanza.  
 Los negros rizos la coje,  
 La besa la frente casta,  
 En sus pupilas se mira  
 Y en su sonrisa se embriaga.  
 Ella en su seno le estrecha,  
 Le acaricia y le regala,  
 No como madre afanosa  
 Sino como amante hermana;  
 No como en signo de albricias  
 De un hijo perdido que halla,  
 Como quien se alegra hallando  
 Con quien dividir sus galas.  
 Adolfo se la sonrie  
 Y el blanco cuello la abraza,  
 Admirando su hermosura  
 Con infantil confianza.  
 « Oyeme, Adolfo, le dijo  
 Halagándole la maga :  
 Si tú quisieras conmigo  
 Vivir... tengo una morada  
 Llena de fuentes y flores  
 Y de deleites y galas :  
 Tengo palacios de oro  
 Suspendidos en montañas  
 En un pais no lejano,  
 A quien *Existencia* llaman.  
 — ¡ Oh por cierto que eres rica !  
 — Lo que imaginas es nada ;

Todo el universo es mío.  
 — Pues ¿ quién eres ? — La Esperanza.  
 — ¿ Y estarás siempre conmigo ?  
 — Iré siempre donde vayas.  
 — Pues vamos donde quisieres.  
 — Sígueme, pues, que ya tardas. »  
 Siguióla contento Adolfo,  
 Y á una señal de la maga  
 De aquella anchurosa fuente  
 Dividiéndose la taza,  
 Tórnase en un canastillo  
 Que se columpia y resbala  
 De un claro y tranquilo rio  
 Por sobre las ondas mansas :  
 Y entrándose confiados  
 En tan vacilante barca,  
 Dejáronse ir sin recelo  
 A los caprichos del agua.

## II.

Andaces surcando las aguas serenas  
 Al lánguido impulso del aire sutil,  
 Tocaron opuestas las limpias arenas  
 Que el rio aprisionan al otro confin.

Posaron la planta donde ancho camino  
 El paso les abre de vasta region,  
 Que pródigo y rico regala el destino  
 Y espléndido viste de ocioso primor.

Allí en los linderos, vistosos jardines  
 De cuyas forestas el fin no se ve  
 Empiezan, y orlados de azahar y jazmines  
 Alfombras de flores encuentran los piés.

La luz es continua, de un alba rosada  
 Que presta al ambiente purísimo azul,  
 Y un zéfiro el aire cuya ala aromada  
 Refresca la tibia ilusión de la luz.

Dó quiera en las hojas del árbol florido  
 Se siente escondido  
 Al mirlo trinar ;  
 Dó quiera en la yerba menuda se siente  
 La rápida fuente  
 Saltando brotar.

Dó quiera volando sutil mariposa  
 Columpia una rosa,  
 Sacude un clavel,  
 Las alas ufana mostrando á las flores  
 De ricos colores  
 Pintadas tambien.

Dó quiera arrastrando su casa con pena  
 Sobre una azucena  
 Se ve al caracol,  
 Que tiende los ojos al sol generoso,  
 Pidiéndole ansioso  
 Consuelo y calor

Dó quiera en las ramas colgada la oruga  
Sacude y arruga el sonoro cristal,  
Que en claros espejos, ó en líquidos hilos  
En lagos tranquilos posándose va.

Dó quiera en las ramas del álamo verde  
A lo alto se pierde en movable ilusión,  
Meciendo la bella oropéndola el nido  
Que anima tendido benéfico el sol.

Desplega pomposa á la luz con que brilla  
La pluma amarilla,  
Que ostenta fugaz,  
Abriendo esponjado y en círculo rico  
El triple abanico  
Que tiende al volar.

Aquí no se encuentran ni sauces llorones,  
Ni en lúgubres sonos  
Agita el ciprés

La fúnebre punta, cual hacha mortuoria  
Que alumbra la historia  
Pasada de ayer.

La espléndida lumbre del sol no se apaga;  
Sin término vaga  
La brisa sutil;

La noche carece de sombra importuna,  
Ni deja la luna  
Jamás de lucir.

Del mar á lo lejos se siente el murmullo  
Cual lánguido arrullo  
Del aura no mas,  
Cual banda de plata que el puro horizonte  
Tendió sobre el monte,  
Tapiz de cristal.

Allá en sus amenas tendidas riberas  
A dó pasajeras  
Se van á perder

Las ondas sonoras, en tiendas de armiños  
Tan solo los niños  
Alegres se ven.

En lechos de rosas, jazmín y claveles,  
Bajo almos doseles  
De plumas de luz,

Reposan tranquilos sin noche ni día  
Sin miedo á la impía  
Desdicha comun.

No acosa su mente recuerdo pasado,  
Que solo han gustado  
La dicha y placer,

Porque es la ribera del mar de la vida  
La casta, florida,  
Tranquila niñez.

En ella comienza dichoso el camino  
Dó puso el destino  
Tras linde feliz.

De nuestra existencia tristísimo, aciago  
El árido y vago  
Desierto pais.

¡Oh! cuando dormimos al pié de la cuna  
Es todo fortuna,  
Deleites y paz;

El día es tranquilo, la noche serena,  
La selva es amena,  
Fronoso el erial.

Las lágrimas puras que entonces se vierten  
Acaso divierten  
En vez de doler...

¡Vereda dichosa! ¡Portada florida  
Por dó entra en la vida  
La dulce niñez!

Adolfo y la maga cruzaban por ella  
Y el niño tan bella,  
Tan llana la halló,

Que andaba embebido de un lado á otro lado  
Gustando la fruta,  
Doblando la flor.

Ya el vuelo seguía de pájaro errante,  
Ya el ala brillante de insecto sutil,  
Ya el curso sonoro de inquieto arroyuelo  
Que rueda del suelo en el verde tapiz.

Saltaba y reía sin pena ni enojos,  
Gozaban sus ojos  
La alegre vision,

Sus tiernos sentidos la suave frescura  
Y el són que murmura  
Del aura veloz.

Vagaba contento: ¿qué importa por dónde?  
Su infancia le esconde  
La negra verdad.

¿A qué preguntaría?— Si es plácido el sueño  
¿A qué con empeño  
Querer despertar?

La ruta siguiendo, los blancos jazmines,  
La luz, los jardines  
Llegaban allí;

Ya el sol es ardiente, mas duro el camino,  
No hay ya peregrino  
Plantel ni jardín.

Al paso que avanza por otra vereda  
Detrás de quien queda  
La alegre region,

Sentía en el pecho que audaz caminando  
Cobraba ganando  
Firmeza y vigor.

La maga amorosa seguía ligera  
Fantasma hechicera  
Vagando tras él;

Mas jóven y hermosa conforme adelanta,  
Dejando su planta  
Detrás la niñez.

## III.

*Adolfo.* ¿Qué sitio es este, señora?  
¿Dónde estamos? que si no  
Mienten mis ojos, ya es esta  
Otra distinta region.

*La maga.* Estamos, al fin, *Adolfo*,  
En un país superior,  
En donde nada caduco,  
Nunca estéril vejetó.

*Adolfo.* Y esos alcázares de oro  
Que se ven en derredor,  
Esos pensiles colgados,  
Esos bosques ¿cuyos son?

*Maga.* De una emperatriz hermosa  
Tan alegre como el sol,  
En cuyos vastos dominios  
No hay lágrimas ni dolor.

Vive en ociosos festines  
De blanda música al són,  
En brazos de los placeres,  
De la gloria y del amor.

Tan poderosa y tan rica  
Que á su audacia y su ambicion  
Ni los mares ponen coto  
Ni los peligros pavor.

Tan bella y tan cortesana,  
Pues que como ella no hay *dos*,  
Ni hay fuerza á quien no atropelle,  
Ni grandeza la asombró.

Poco á sus delirios fueron  
Ambos mundos en redor :  
« Todo ó nada, » — dijo ansiosa  
Y sobre ambos se asentó.

Y celebrando insensata  
Su destino triunfador,  
Llamó al placer y la vida  
Y con ellas le partió.

Trajo á sí cuantas hermosas  
Les siguen á ambos en pos,  
Cuantos galanes y ociosos  
En ambos mundos halló.

Dióles galas y palacios,  
Campos de inmensa estension,  
Trovadores que les canten,  
Baños de esquisito olor :

• Y al hacer de tanto lujo  
Desigual reparticion,  
Dijo : — « Gozad y pedidme,  
Que si hay dioses, yo soy dios. »

*Adolfo.* ¿Y quién es tan atrevido  
Espiritu protector,  
A quien nada se resiste  
Y á quien nada se igualó?

*Maga.* La JUVENTUD.

*Adolfo.* ¡Dama ilustre!  
Envidiable en su favor.

*Maga.* ¿La sirvieras?

*Adolfo.* « La adorara.

*Maga.* ¿Fueras su amigo?

*Adolfo.* El mejor.

*Maga.* Pues alguien hay que pudiera  
Concedértelo.

*Adolfo.* ¿Quién?

*Maga.* Yo.

*Adolfo.* ¿Quién eres, que tal poder  
Alcanzas?

*Maga.* Su hermana soy :  
Que JUVENTUD y ESPERANZA  
Nacidas á un tiempo son.

*Adolfo.* Pues lleguemos al palacio,  
Porque ya siento por Dios  
Por sus ilustres favores  
Perdido mi corazon.

*Maga.* ¿Esperas vencer?

*Adolfo.* Espero  
Que he de conquistar su amor.

*Maga.* Bien haces en esperar,  
Puesto que contigo voy.

Dió *Adolfo* el brazo á la maga,  
Y ambos con paso veloz  
Doblaron hácia el palacio  
En coloquios de ambicion.

Dó quiera en su sacro recinto se oía  
La ronca alegría  
Del loco festin ;

Los besos y brindis que en torno se exhalan  
Al alma regalan  
Con música dulce, esperanza feliz.

Las bóvedas altas de perlas vestidas  
Dó están suspendidas  
Centellas de sol,

Duplican del dia la luz trasparente  
En ancho torrente,  
Vertiendo en las salas cambiante color.

Los ricos tapices que ocultan los muros  
Remedan los puros  
Espejos del mar,

Sutiles dejando á través de sus hilos  
Mirar los tranquilos  
Reflejos del muro de limpio cristal.

Dó quiera la rosa, el clavel, los jacintos,  
En lazos distintos,  
En cifras de amor,

Anuncian orlando las blandas alfombras.  
Las mágicas sombras

Que al hombre adulando, le siguen en pos

*Amor* dice en esta, en aquella *Fortuna*,  
*Valor* dice en una  
 Y en otra *Amistad*;

*Placer* dice aquella, y esotra *Riqueza*,  
 Mas lejos *Belleza*,  
*Ventura* en aquesta, *Virtud* mas allá.

Dó quiera repiten los anchos salones  
 Ardientes canciones  
 De gloria y de amor;

Y allí en los clarines, allá en las botellas,  
 Con cláusulas bellas  
 Acaso acompañan el báquico són.

Allá en los secretos de oculto retrete,  
 Del ancho pebete  
 Al humo fugaz

De lindas mugeres que están voluptuosas  
 Sonando amorosas

Las notas se escuchan de amante cantar.

Los labios hierven en besos,  
 Quemándose están de sed;  
 Venid á templar su hoguera,  
 No hay mas recompensa ni Dios que el placer.

¿Y á qué Dios mas poderoso  
 Acudireis que el Amor?  
 Apurad, pues, sus deleites,  
 Que fuera de ellos no hay Dios.

¿Cómo resistir la herida  
 De su ballesta sutil?  
 Venid á beber deleites  
 Hasta embriagaros, venid.

Los labios hierven en besos,  
 Quemándose están de sed;  
 Venid á beber deleites,  
 No hay mas recompensa ni Dios que el placer.

Al són de las lanzas y trompas de guerra  
 Que asordan la tierra,

En estenso salon

Se sienten los himnos ardientes de gloria,

De noble victoria

Que entona el soldado con áspera voz.

Bajad al campo sangriento,  
 Solo la gloria está allí,  
 Y sin gloria y sin laureles,  
 ¿Quién es el imbécil que acierta á vivir?

A amar y á lidiar nacimos,  
 Y sin triunfos, ¿cómo amar?  
 ¿Qué llevar sino en ofrenda  
 A los piés de una beldad?

Si amor corona la frente,  
 Nuestras batallas tambien;  
 Sus coronas son de rosas,  
 Y las nuestras de laurel.

Bajad al campo sangriento,  
 Solo la gloria está allí,  
 Y sin gloria y sin laureles,  
 ¿Quién es el imbécil que acierta á vivir?

Mas lejos en otra morada hechicera

Dó el sol reverbera

Con lumbré tenaz,

Dó llenan las perlas los largos espacios,  
 Los ricos topacios,  
 El jaspé y el oro, la seda y cristal;

Se siente el tumulto de báquica orgía,  
 Que en cantiga impía,  
 Discorde clamor,

La mesa en desórden, manchadas las ropas  
 Al són de las copas

Rameras levantan, sin alma y sin Dios.

Venid; la gloria es un sueño,  
 Amor sin fiestas, ¿qué es?  
 Mirado á través de un vaso,  
 El mundo desierto parece un Eden.

Vamos la tierra con vino  
 Embriagados á amasar,  
 Vamos al templo de Baco  
 En lúbrica bacanal.

No hay mas altar que la mesa,  
 No hay mas Dios que la embriaguez;  
 El vino confunde el tiempo,  
 El morir con el nacer.

Quando caemos beodos,  
 Mendigo ó rey, ¿qué es da?  
 Todos bebemos sedientos  
 Arroyos de libertad.

¿Qué dulces son nuestros pechos  
 Empapados de licor!  
 ¿Qué sabrosos nuestros labios,  
 Y qué inmenso el corazon!

Venid; la gloria es un sueño,  
 Amor sin fiestas, ¿qué es?  
 Mirado á través de un vaso,  
 El mundo desierto parece un Eden.

Allá en otra estancia dó en torno murmura

Lejana, insegura

La voz popular,

Cantor instigado del Dios que le inspira,

De cóncava lira

La suya levanta al acorde compás.

Amor y gloria sin fama  
 Son un espejo sin luz.  
 Solo los cantos no mueren  
 Hallando en el cieno sepulcro comun.

Venid á beber sedientos  
 Los raudales del saber,  
 En sus márgenes se cogen  
 Las coronas de laurel.

El pueblo escucha al poeta,  
 Venid, venid al cantor:  
 ¿Qué es el amor ni la gloria  
 Sin la ciencia y la razon?

¿De qué os vale de placeres  
 Ese miserable afan?  
 Si no los canta mi lira,  
 ¿Quién os los ha de envidiar?

Amor y gloria sin fama  
 Son un espejo sin luz,  
 Solo los cantos no mueren,  
 Hallando en el cieno sepulcro comun.

Adolfo indeciso consigo luchaba.

Sin tino vagaba

Detrás del placer;

Dó quiera anhelante y ansioso corria  
Cruzando la orgía,  
La gloria gustando, el amor, la embriaguez,  
Y en voz afanosa « ¿Dó estás, di, murmura,  
« Altiva hermosura,  
« Falaz juventud?  
« Dó quiera te veo, siguiéndote avanzo,  
« Mas nunca te alcanzo...  
« Yo siempre en tu busca, y huyéndome tú!  
« Oh! dime, Esperanza, mi fiel compañera,  
« ¡Dó está esa altanera  
« Cobarde muger! »  
La maga le sigue, mas no le responde:  
« ¿Porqué se me esconde?  
¿Lo sabes? » — La maga repuso: « No sé. »  
« ¿No sabes? mentira. ¿Me engañas, traidora,  
« Me mientes ahora  
« Que la amo por fin?  
« ¡Oh! ciego por ella tras ella camino...  
« ¡Fantasma divino,  
« Te adoro insensato, despues que te vi! »

IV.

Cansado de su rápida carrera  
Siguiendo la fantástica vision,  
De un verde montecillo en la ladera  
Adolfo sollozando se sentó.

Iba el camino por estrecha calle  
Una suave colina á trasponer,  
Partiendo por mitad un triste valle  
Dó la estéril colina sienta el pié.

A su lado la maga todavía,  
Blanca, risueña y cariñosa está,  
Cual viva estrella que al piloto gula  
Y anima en los peligros de la mar.

Flotaba su sencilla vestidura  
Del aura de la tarde á la merced,  
Y derramaba su mirada pura  
Por la campiña que delante ve.

Al lejos entre pálida neblina  
Alcánzanse tal vez á distinguir  
Torres y muros en informe ruina,  
Y escombros que salpican el país.

Hay dó quiera ciudades desoladas,  
Cuyo hendido esqueleto humea aun,  
Manchando con espesas bocanadas  
La claridad del firmamento azul.

No hay fuentes, ni palacios, ni verjeles,  
Ni cantan en amena soledad  
Saltando entre jacintos y claveles  
Aves que gozan con alegre afán.

Hay algunas estériles palmeras  
Nacidas al azar aquí y allí,

I.

Y águilas surcan libres y altaneras  
El hueco de la atmósfera sutil.

Aun se sienten, perdidos á lo lejos,  
Los himnos de la alegre juventud,  
Cuyo alcázar se ofusca en los reflejos  
De una impotente y moribunda luz.

Todo es verdad allí, todo se ostenta  
Sin ilusorio engañador cristal:  
Por todas partes sin temor se asienta  
La rebelde y desnuda realidad.

« Las fuerzas, dijo Adolfo, me abandonan,  
Llena de sombras mi memoria está;  
Dame el brazo, Esperanza: en mis oídos  
Esos cantares tentadores van. »

Y era así que á pedazos por el viento  
Llegaban en sonora confusion,  
Ya el mentiroso ó el blasfemo acento  
Del placer, de la gloria, ó del amor.

— Los labios hierven en besos,  
Quemándose están de sed;  
Venid á templar su hoguera,  
No hay mas recompensa ni Dios que el pl. cer.

— Bajad al campo sangriento,  
Solo la gloria está allí,  
Y sin gloria y sin laureles,  
¿Quién es el imbécil que acierta á vivir?

— Venid; la gloria es un sueño,  
Amor sin fiestas, ¿qué es?  
Mirado á través de un vaso,  
El mundo desierto parece un Eden.

— Amor y gloria sin fama  
Son un espejo sin luz,  
Solo los cantos no mueren,  
Hallando en el cieno sepulcro comun.

« ¡Oh cuán felices son en sus placeres,  
« Ellos cantando, y sin aliento yo!  
« Fiestas allí, cristal, oro y mugeres,  
« Y aquí conmigo soledad y error. »

V.

Adolfo. ¿Dónde estamos, Esperanza?  
Maga. Selva es aquesta que ves  
De razon y de recuerdos.

Adolfo. ¿Tiene nombre?

Maga. La Vejez.

Adolfo. ¿Y aquellas alegres damas,  
Y aquel palacio, y aquel  
Festín espléndido y cánticos  
De ventura y de placer?

Maga. Allá quedan.

Adolfo. ¿Y la hermosa  
De que un instante gozé  
Y tras quien corro insensato?

Maga. Allá se queda tambien.

Adolfo. ¿Con que por fin la he perdido?  
¿Con que en verdad la soñé?

13

*Maga.* El perseguirla es perderla,

Que es verdad, é ilusion es.

*Adolfo.* ¿Mis amigos?

*Maga.* Allá quedan.

*Adolfo.* ¿De mis soldados qué fué?

*Maga.* Allá quedan.

*Adolfo.* ¿Y mi gloria,

Mis timbres?

*Maga.* Allá tambien.

*Adolfo.* ¿Con que todos me dejaron?

¿Qué resta en la vida pues?

*Maga.* Tu Esperanza está contigo,

Siempre acudiéndote fiel.

*Adolfo.* Tú sola no me abandonas.

*Maga.* A tu lado siempre iré

Alumbrándote el camino

Que tomastes al nacer.

Reposa y vamos.

*Adolfo.* Me canso.

*Maga.* Yo la mano te daré.

*Adolfo.* Dame un manto, tengo frio;

Agua dame, tengo sed.

*Maga.* Vamos á buscar la fuente.

*Adolfo.* ¿Está muy lejos?

*Maga.* Tal vez.

*Adolfo.* ¿No tiene fin el camino?

*Maga.* Sí.

*Adolfo.* Pues vamos.

*Maga.* Tras mí ven.

*Adolfo.* ¡Oh cuán distinto, Esperanza,

Este camino es de aquel

Por donde yo te tendia

Mi brazo ligero ayer!

*Maga.* Lo que pasó no recuerdes,

Mirando adelante vé.

*Adolfo.* Solo de recuerdos vivo.

*Maga.* Olvida.

*Adolfo.* No puede ser.

Así con cansado paso,

Va caminando tal vez

El hombre, con su esperanza,

Eterno sol de su fé. —

Y así, la maga y Adolfo,

Ya el día al oscurecer,

Caminan hácia el desierto

De la arrugada Vejez.

Tristes y á espacio caminan,  
Al crepúsculo del sol,  
Por medio de un campo estéril,  
Sin ave, fuente, ni flor.

Las cumbres están nevadas,  
Y en espantoso turbion  
Se oyen bramar los torrentes  
Con honda y cóncava voz.

Silba el cierzo entre las peñas  
Que ostentan en derredor

Entre la nieve á pedazos

En lastimosa ilusion,

Allí una choza arruinada,

Allá un templo que se hundió,

Mas allá un puente abrasado

O un hendido murallon.

Rastro del peso del tiempo

Que fué pasando veloz,

Descabezando en sus crestas

Cuántas puntas encontró.

Aspera y postrer jornada,

Dura peregrinacion,

Por donde nada se encuentra,

Amigo ó consolador.

Apenas en los escombros

De arruinada poblacion

Algunos pobres ancianos

Dan á la vida un á Dios.

Apenas entre los brezos

Se topa un viejo pastor,

Que apacienta unos ganados

Que solo esqueletos son.

Mas nadie sabe la historia

De lo que allí vejetó;

Todos lloran los recuerdos

De su propio corazon.

Todos miran al risueño

Alcázar encantador,

Que al pasar por sus dominies

La Juventud les mostró.

¿Qué dejan? sus ilusiones.

¿Qué lamentan? su valor.

Nada de cuanto gozaron

Al desierto les siguió.

Alguna vez aun deliran

Con la halagüeña vision

De aquel palacio encantado

Que falaz les hospedó;

Pero al pensar en los cantos

Que el deleite seductor

Les murmuró en los oidos

En soñada prediccion,

Doblan al suelo la frente

Con incrédulo dolor,

Diciendo al ir su camino:

¡Mentira! todo pasó.

Así por entre la nieve

Cruzando el desierto van

Adolfo y la maga en lento

Paso, por quebrado erial.

Cada vez mas se acercan

A las riberas de un mar,

Que al confin de aquella tierra

Tendido en silencio está.

Es el agua turbia, inmoble,

Cuyo fin se pierde allá

En un caos de profunda  
Insondable oscuridad.

Ni el viento al pasar la arruga,  
Ni en espumas de cristal  
En las húmedas arenas  
Se viene á desmenuzar.

Ni escupe conchas de nácar,  
Ni ensu estensa soledad  
Saltan avaros los peces  
El ambiente á respirar.

No se alcanza de la playa  
Por el perdido arenal  
Mas que una choza mezquina  
De estrecha concavidad,

Cuya puerta desquiciada  
Ya mohosa y desigual  
Como párpado sin ojo  
Mirando hácia el agua está.

Llegando allí, dijo Adolfo:  
«No puedo, Esperanza, mas;  
Entremos en esa choza  
Un momento á descansar.»

Entraron en la cabaña  
Y á la débil claridad  
Con que alumbraba todavía  
Un crepúsculo fugaz,

Hallaron un ancho espejo,  
En cuyo limpio cristal  
Adolfo vió con espanto  
Una sombra reflejar.

«¿De quién es aquella imágen?»  
Preguntó, en duda tenaz  
Con su memoria luchando  
Recelando la verdad.

— Esa imágen es la tuya.  
— Pues ¿cómo mi frente ya  
Calva y arrugada miro  
Y tan gastada mi faz?

No era ayer niño y hermoso  
Contigo, Esperanza, al dar,  
Cuando á despertar viniste  
Mi infantil curiosidad?

— Entonces naciste al mundo,  
Y el canastillo en que audaz  
Conmigo bogastes, era  
Tu cuna, Adolfo, no mas.

Las brisas de mis promesas  
Llevaron á desear,  
Y entraste por el camino  
De la loca vanidad.

Así el valle de la vida  
Has venido á atravesar  
Entre pensiles de flores  
Y palacios de cristal.

— ¡Ay! clamó Adolfo llorando,  
Que no los puedo olvidar,  
Ni á aquella reina orgullosa  
A quien ya no veré mas.

— Así se pasa la vida  
En gemir y en esperar  
Lo que buscamos en ella,  
O la que perdimos ya.

Esta choza es una puerta  
De la oscura eternidad,  
Ese espejo es la razon,  
Y la nada es ese mar.

Todo aquí se desvanece;  
Nada hay delante y detrás.  
Allá se queda la vida,  
Y los deleites allá.

Este es el punto por donde  
Se descubre la verdad.  
Y aquí solo la Esperanza  
Aun con nosotros está.

## VI.

## PLEGARIA.

¡Blanca ilusión! ¡benéfica esperanza!  
Triste y última luz del corazón,  
A cuyo tibio resplandor se alcanza  
Un mas allá en el hondo panteon;

Tú sola nos alivias el camino  
En que entramos al tiempo de nacer;  
Nuestro amargo destino es tu destino,  
Siempre amiga te hallamos por dó quier.

Delante de ese espejo misterioso,  
De nuestra nada ante el estenso mar,  
Aun vienes con semblante cariñoso  
Nuestra seca razon á consolar.

¡Oh! tú nos doras la niñez tranquila,  
Enciendes nuestra ardiente juventud,  
La vejez nos sostienes que vacila,  
Y aun ardes en el cóncavo ataud.

Sol en la vida, lámpara en la muerte,  
Siempre nos vienes asistiendo en pos;  
Y amiga fiel, nos dejas al perderte  
Al pié del trono del inmenso Dios.

¡Sol de mi vida! sin cesar conmigo  
Mis lentas horas alumbrando ven,  
No apagues, no, tu resplandor amigo  
Mientras mis ojos en vigilia estén.

¡Lámpara de mi nicho solitario!  
Baja conmigo al negro panteon,  
Y séanme los pliegues del sudario  
De sueño eterno santo pabellon.

## SÉTIMA PARTE.

### DEDICATORIA

A MI AMIGO

D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Mi querido Juan Eugenio,  
Mi octavo tomo publico,  
Y al cabo te le dedico  
En holocausto á tu ingenio.

Ve si contigo me porto,  
Un cuento te he prometido  
Y un tomo te doy cumplido;  
No me acusarás de corto.

Otros buscan con su obra  
Destinos ó proteccion;  
Yo no grabo á la nacion,  
Conmigo mismo me sobra.

Mientras siga el editor  
Versos y libros pidiendo,  
Iré libros escribiendo,  
Que lo tengo por mejor

Que pedir al poderoso,  
Mendigar del ignorante,  
Y rogar al arrogante,  
Que soy yo muy orgulloso.

Buscar un crítico enfático  
Que alabe mi obra no quiero,  
Que tan bien como el primero  
Puedo ser yo catedrático.

Y á mas, para entre los dos,  
Los criticones de ogaño  
No nos harán mucho daño,  
Sabén poco ¡ vive Dios!

No se echan muchas vigalias  
Hoy en criticos estudios,  
Tras poquisimos preludios  
Hoy de crítico te fillias.

Con ir un mes á Paris  
Y almorzar con Victor Hugo,  
Vuelves y pones el yugo  
Literario á tu país.

« ¡ Las letras est<sup>n</sup> fatales! »  
Vienen diciendo de allá.

« Las artes... ¡ lástima da!  
¡ No están en el Congo tales!  
¿ Pues los teatros? ¡ da grima!  
¡ Ni de talento hay destellos...! »  
Y escriben comedias ellos  
Como maestros de esgrima.

Tajo aquí, cercen allá,  
Ora á la regla, ora al gusto,  
Cada escena nos da un susto,  
Si calambre no nos da. —

Y viendo al fin que no atinan  
Por medio ninguno humano,  
Cortar el nudo gordiano  
*Ex cathedra* determinan.

Con nuevas nomenclaturas  
Sus disparates bautizan...  
Y tanto la luz atizan  
Que nos dejarán á oscuras.

Quien de la *escuela moderna*  
Genio innovador se llama,  
Barba, galan, page y dama  
Despacha á la vida eterna.

Quien se dice de la *antigua*  
En cánticos pobrecitos  
De la otra cambia los gritos,  
Y que da sueño averigua.

Yo que tal veo, me digo:  
¡ Tanto valen á fé mia!  
Con que firme en mi manía  
De andar con entrambas sigo.

En lo que no hago por Dios  
Mas que con maña oportuna  
Tentar á la par fortuna  
Por cualquiera de las dos.

A veces de sangre un río  
Vierto, en situacion acerba,  
Y á veces con una yerba  
Como un tonto me estasio.

Y en esto sin duda alguna  
Con sesudo estoicismo  
Pruebo que me da lo mismo  
Por las dos, que por ninguna.

Sin embargo, de mi afán  
Me daré por satisfecho

Si no te enfada lo hecho  
En *Montoya el capitán*.

El pueblo me lo contó  
Sin notas ni aclaraciones :  
Con sus mismas espresiones  
Se lo cuento al pueblo yo.

Inútil es que me pidas  
Para medirle compás,  
El pueblo tiene no mas  
El compás con que le midas.

La gente critica y docta  
Que por decidir se muere,  
Califquele, si quiere,  
De milagro ó de anécdota.

Se me da, Eugenio, un ardite  
Que lo juzgue bien ó mal,  
Que lo llame obra inmortal  
O de necia la acredite.

Porque segun lo que vemos,  
No hay obra, y mas siendo ajena,  
Que sea á su juicio buena...  
Con que pregunto, ¿y qué hacemos?

Escucha los silogismos  
Con que vengo á deducir  
Que debemos escribir  
Sin miedo á nosotros mismos.

Si apenas entre unos y otros  
Hay un buen libro que ojear,  
Fácil es de remediar,  
Escribáosle nosotros.

Tal vez en el *item* demos,  
Y si no damos, peores  
Que los demas escritores  
A fé que no quedaremos.

Y ademas, si es el placer  
De los sabios *mal-decir*,  
¿Si damos en no escribir  
Qué mil diablos han de hacer?

Yo soy terco, y lo confieso,  
Pues lo que escribo critican,  
Escribo porque se pican  
Y ambos roemos el hueso.

Que al cabo va convenciéndome  
La esperiencia por de pronto  
De que no faltará un tonto  
Que se divierta leyéndome.

Y concebirse no puede  
Que no tenga un solo amigo  
Que aplauda lo que yo digo,  
Como á muchos le sucede.

Yo sé que en ambas escuelas  
Habrá quien haga á este prólogo  
Allá á solas un monólogo  
Como á una fluxion de muelas.

Mas yo vivo por fortuna  
En tan dulce escepticismo,  
Que se me importa lo mismo  
Por las dos, que por ninguna.

## EL CAPITAN MONTOYA.

### I.

#### LA CRUZ DEL OLIVAR.

Muerta la lumbre solar,  
Iba la noche cerrando,  
Y dos ginetes cruzando  
A caballo un olivar.

Crujen sus largas espadas  
Al trotar de los bridones,  
Y vense por los arzones  
Las pistolas asomadas.

Calados anchos sombreros,  
En sendas capas ocultos,  
Alguien tomara los bultos  
Lo menos por bandoleros.

Llevan, porque se presume  
Cuál de los dos vale mas,  
Castor con cinta el de atrás,  
Y el de adelante con pluma.

Llegaron donde el camino  
En dos les divide un cerro,  
Y presta una cruz de hierro  
Algo al uno de divino.

Y es así, que si los ojos  
Por el izquierdo se tienden,  
Sotos se ven que se estienden  
Enmarañados de abrojos.

Mas vese por la derecha  
Un convento solitario,  
En campo de frutos vario  
Y de abundante cosecha.

Echóse á tierra el primero,  
Y al dar la brida al de atrás,  
Aquí, dijo, esperarás;  
Y el otro dijo : Aquí espero.

Y hácia el convento avanzando  
Del caballero, en la oscura  
Sombra, se fué la figura  
Hasta perderse menguando.

Quedó el otro en soledad,  
Y al pié de la cruz sentado  
Siguió inmoble y embocado  
En la densa oscuridad.

Mugia en las cañas huecas  
En són temeroso el viento,  
Rasgándose turbulento  
Por entre las ramas secas.

Y en los desiguales hoyos  
Con las lluvias socabados,  
Hervian encenagados  
Sin cauce ya los arroyos.

Ni habia una turbia estrella  
Que el monte alumbrara acaso,  
Ni alcanzaba á mas de un paso  
Ciega la vista sin ella.

Ni señal se apercibía  
 De vida en el olivar,  
 Ni mas voz que el rebramar  
 Del vendabal que crecía.

Y al hierro santo amarrados  
 Ambos caballos estaban,  
 Y allí en silencio aguardaban  
 A esperar acostumbrados.

Ni de la áspera maleza  
 Pisada al agrio rumor  
 Les volvió su guardador  
 Solo una vez la cabeza.

Un pié sobre el otro pié,  
 Embozado hasta las cejas,  
 Metido hasta las orejas  
 El sombrero, se le ve

Como un entallado busto  
 De alguno que allí murió,  
 Y allí ponerse mandó  
 Por escarmiento ó por susto.

Ni incrédulo faltaría  
 Que si cerca dél pasara  
 Medroso se santiguara  
 Dudando lo que sería.

Que á quien suele con la luz  
 Y en compañía blasfemar,  
 Bueno es hacerle pasar  
 De noche junto á una cruz.

Mas esto se quede aquí;  
 Y volviendo yo á mi cuento,  
 Digo, que dudoso y lento  
 Gran rato se pasó así.

Y ya se estaba una hora  
 De espera á espirar cercana,  
 Cuando sonó una campana  
 De lengua aguda y sonora.

Y aun duraba por el viento  
 Su vibración cuando el guía  
 Alguien notó que venía  
 Por el lado del convento.

Sacó la faz del embozo,  
 Y oyendo el són mas distinto,  
 Echóse la mano al cinto

Y « ¿quién va? » el amo y el mozo

Preguntaron á la par;  
 Mas conocidos los sones  
 Asieron de los bridones  
 Y volvieron á montar.

Y es fama que menos fiero  
 El señor con el criado,  
 Dejóle andar á su lado  
 Como digno compañero.

Y este al ver cuán satisfecho  
 Volvió de su expedición,  
 Así la conversacion  
 Introdujo de lo hecho.

« Señor, ¿ cómo está la monja?  
 — ¿ Y cómo ha de estar, Ginés?

Atortolada á mis piés,  
 Y mas blanda que una esponja.  
 — ¿ Y pensais dejarla así?  
 — ¡ Dejarla! ni por asomo:  
 No sé todavía cómo,  
 Mas la sacaré de allí.

Que segun lo que yo he visto  
 Mas quiere la tortollilla  
 Volar libre por Castilla  
 Que estar en jaula con Cristo. »

Y aquí el recio vendabal,  
 En voz y empuje creciendo,  
 Puso lo que iban diciendo  
 Para escucharse muy mal.

Y ellos, temiendo que acaso  
 Les cogiera la tormenta,  
 Sacaron por buena cuenta  
 Los caballos á buen paso.

## II.

## CUCHILLADAS EN LA CALLE.

En una noche de octubre  
 Que las nieblas encapotan,  
 Ahogando de las estrellas  
 La escasa lumbre dudosa,  
 De la ciudad de Toledo  
 En una calleja corva  
 Que el paso desde el alcázar  
 A Zocodover acorta,  
 Es fama que se apostaron  
 Seis hombres, que grupo forman  
 De una de las dos esquinas  
 A la prolongada sombra.  
 Murmuraron por lo bajo  
 Algunas palabras cortas,  
 Cortas, porque á ellos les bastan,  
 Bajas, por si hay quien las oiga  
 Repartiéronse sus puestos  
 Con precaucion previsora,  
 Favorable á los que esperan,  
 Y á los que lleguen dañosa;  
 Y quedaron en silencio  
 Casi por un cuarto de hora,  
 Tan ocultos y pegados  
 A la tapia en que se apoyan,  
 Tan hundidas en la niebla  
 Sus desvanecidas formas,  
 Que hubo quien pasando entre ellos,  
 Juzgó la calle muy sola.  
 Caía desde las tejas  
 Desprendida gota á gota  
 La niebla que dó halla sitio  
 Calladamente se posa:  
 Y alguna ráfaga errante  
 Con tenue voz melancólica  
 Cruzaba de alguna reja  
 Las hendiduras angostas.

Se oían de cuando en cuando  
 Sonar por la calle próxima  
 Puertas y aldabas de casas,  
 Pasos y voz de personas.  
 Mas nada á los apostados  
 Mueve, anima ó impresiona,  
 Ni voces, ni transeuntes  
 Parece que les importan.  
 Inmóviles permanecen,  
 Y las sospechas se agotan  
 Al ver que por ellos pasan  
 Tanta gente y tantas horas;  
 Y es imposible atinar  
 Con el intento que forman,  
 Cogiendo la calle á espacios  
 Por ambas aceras toda.  
 Marcó las once un reló,  
 Sonaron tardas y cóncavas  
 De las once campanadas  
 Las once pesadas notas,  
 Y al par que en la callejuela  
 Los cinco se desembozan,  
 Alumbrándola por dentro  
 Luz á una puerta se asoma.  
 Corriéronse los cerrojos,  
 Rechinó la llave sorda,  
 Y un cuadro de luz voluble  
 Vaciló en piedras y losas.  
 Traspusieron los umbrales  
 Tres bultos, y una tras otra  
 Se oyeron tres despedidas  
 Que murmuraron tres bocas.  
 Quitó la luz el de dentro,  
 Dobló á la puerta la hoja,  
 Quedó en tinieblas la calle,  
 Y dijeron fuera : « ¡Ahora ! »  
 « ¡Viles ! » gritó el que salía.  
 Los que esperaban : « ¡La moza,  
 Dijeron, cuenta con ella ! »  
 Y á esta palabra traidora  
 En dos pedazos la calle  
 Partida, en música ronca  
 Crujieron y en lid confusa  
 De las espadas las hojas.  
 « Asírla, » dicen los unos.  
 « ¡Hija, á mi espalda ! » en voz torva  
 Decía el recién salido,  
 Que las cuchilladas dobla.  
 « ¡Cómo, decían los unos,  
 Son dos y ternos osan ! »  
 « ¡Cómo, murmuraba el otro,  
 Villanos tiantan mi honra ! »  
 « ¡Mueran ! » dicen de una parte.  
 « ¡Vengan ! » dicen de la otra ;  
 Y crece de la contienda  
 La confusion temerosa.  
 Lluven los tajos sin tino,  
 Y aunque se tiran con cólera,

Como tirados á ciegas  
 La mayor parte malogran.  
 Pero valientes parecen,  
 Porque se buscan y acosan  
 Con terquedad tan resuelta,  
 Que unos de otros se asombran.  
 Dan, hieren, cubren, atajan,  
 Tierra ganan, tierra cortan,  
 Y al ruido de los aceros  
 La vecindad se alborota.  
 Sacaron luces por alto,  
 Gritaron « ¡Fuego ! ¡la ronda !  
 ¡La guardia ! » ¡mas todo inútil !  
 Porque los tajos redoblan.  
 Las mismas luces que sacan  
 Son de los menos en contra,  
 Y por dó quiera cercados  
 En sus postrimeras tocan.  
 En esto la calle arriba  
 Llegó un mozo á quien abona  
 Por noble la larga pluma  
 Con que su sombrero adorna,  
 Que escusándose palabras  
 Y revelándose en obras  
 Echó la capa por tierra  
 Y por aire la tizona.  
 Púsose en pró de la dama  
 Como quien hidalgos goza  
 Pensamientos, y ha nacido  
 De noble sangre española ;  
 Y anuncióse con tal furia  
 De cuchilladas, que á pocas  
 Tendió en la calle dos hombres  
 En las postreras congojas :  
 Y tan rápido revuelve  
 Contra los cuatro que afronta,  
 Que con una sola espada  
 Para los cuatro le sobra.  
 Con tiempo y valor apenas  
 Para su defensa propia,  
 Dijo uno de ellos : « ¡A tanto  
 Solo el demonio se arroja ! »  
 Y al escucharle el mancebo  
 Dijo con voz poderosa :  
 « Con una legion no basta  
 Para el capitan Montoya. »  
 Y haciendo el último esfuerzo  
 La calle entera despoja  
 Por donde entraba á tal punto  
 A todo correr la ronda.

## III.

## OFERTAS.

Quando llegó la justicia  
 De la contienda al lugar,  
 Halló asido de la mano  
 Con un hombre al capitan.

Desmayada una doncella  
 De él se veía detrás,  
 Por otro hombre sostenida  
 Con intensísimo afán :  
 Y cuando ufanos quisieron  
 Meter su tardía paz,  
 Oyeron en esta guisa  
 Al desconocido hablar.  
 « Fadrique soy de Toledo,  
 Montoya, no os digo mas :  
 Mi honor os debo y mi hija ;  
 Si tienen precio mirad.  
 Y vedlo bien, que aunque entrambos  
 Me demandeis á la par,  
 Os juro á Dios desde ahora  
 Que son vuestros, capitán.  
 — Lo hecho, dijo Montoya,  
 Pagado en exceso está  
 Con la amistad de un Toledo ;  
 Esta es mi mano, tomad ;  
 Hice lo que debe un noble ;  
 No hablemos en ello mas. »  
 Y asíéndola Don Fadrique  
 Dijo : Montoya, apretad.  
 Tornóse despues á su hija,  
 Y volviéndose á nombrar  
 Paso le dieron y gente  
 Con que ir en seguridad.  
 Tomó cartas la justicia,  
 Y empezando á *justiciar*  
 Llevóse en prenda los muertos,  
 Y citó ante el tribunal  
 A los testigos que hubiere,  
 Incluyendo al capitán ;  
 Quien calándose el sombrero  
 Replicóles : « ¡ Bien está !  
 Póngame, seor corchete,  
 Esa capa en caridad,  
 Y tome esa friolera  
 Con que entierren á ese par. »  
 Y echando un bolsillo de oro  
 De la justicia en mitad,  
 Fué, dejando en la turba  
 Admiración general.

Y justamente admirado  
 Merece ser en verdad  
 Quien da tales cuchilladas  
 Y tales bolsillos da.

## IV.

## EL CAPITAN DON CÉSAR.

« ¡ Esa gente es un tesoro !  
 Él generoso y valiente,  
 Ella hermosa, ¡ y juntamente  
 La ofrecen pesada en oro !

¿ Qué te parece, Ginés ?  
 Cuatro millones la dan.  
 — ¡ Gran presa, mi capitán !  
 ¿ La aceptaréis ?

— ¡ Fácil es !  
 — ¿ Y la monja ?

— ¡ Eso te aflige !  
 ¡ Buenas son ambas por Dios !  
 Y quien de dos toma dos  
 Como hombre avisado elige.

Dicen que parece mal  
 Que hombre de mi condicion  
 Viva siempre solteron  
 Derrochando su caudal.

Y á mí también me parece  
 Que quien tanto tiene y vale,  
 Pues de lo vulgar se sale  
 Mas de lo vulgar merece.

La consecuencia te toca ;  
 Si una me dan y otra quito,  
 Que con dos puedo acreditar ;  
 Con que, Ginés, punto en boca. »

Esto dijo el capitán,  
 Y pidiendo de vestir  
 Anunció que iba á salir  
 A cierto asunto galán.

Colgóse al cinto la espada  
 De plata en doble cadena,  
 Tendió la negra melena  
 Sobre la gola plegada :

Caló el chambergó de lado,  
 Y retirando el espejo,  
 Tornó su postrer consejo  
 A repetir al criado.

Doblóse este siervo fiel  
 En presencia del señor,  
 Y ganando un corredor  
 Cruzóle delante de él.

Abrióle de par en par,  
 Una tras otra tres puertas,  
 Que se quedaron abiertas  
 Mucho despues de pasar.

Vénia le hicieron gran pieza  
 Siervos que al paso topó,  
 Y un page tras él salió  
 Descubierta la cabeza.

Y á fé que se colegía  
 Mirando tal homenaje  
 Que era mucho personage  
 Quien con tal pompa vivía.

Mas ya es tiempo, vive Dios,  
 De que dé el lector discreto  
 Con quién es este sugeto  
 Que anda há rato entre los dos.  
 Sepa pues que el capitán  
 Don César Gil de Montoya

Es de las armas la joya,  
Y de las hembras iman.  
Nadie se atreve á afrontallo,  
Ni hay quien resista su lanza;  
Nadie su poder alcanza,  
Sea á pié, sea á caballo.

En liza donde él se mete  
Por empeño ó por favor  
Nunca falta justador  
Para el último ginete.

En fiesta ó lance que él entra  
Toda opulencia es escasa,  
Nadie en lo galan le pasa,  
Ni mas bizarro se encuentra.

Favorece á quien pregunta;  
Obliga á quien aconseja,  
Enloquece á quien corteja,  
Y avasalla á quien se junta.

Audaz con quien enamora,  
Manda, zela, acosa, exige,  
Y al cabo del mes elige  
Nuevo amor, nueva señora.

Un filtro lleva en los ojos  
Que fanatiza á quien ama :  
Deleite su voz derrama,  
Y fuego sus labios rojos.

Muger que cayó en su red  
Su corazón dejó preso,  
Que sorbe con cada beso  
Un corazón cada vez.

No hay puerta que le resista  
Ni reja que le desaire,  
Que entra su amor como el aire,  
Con solo mirar conquista.

Como un sultan opulento,  
Como un Adonis hermoso,  
Sin par en lo generoso,  
Sin igual en ardimiento :

Sol que mata las estrellas,  
La fama arrebatada toda;  
Y es siempre el galan de moda  
Entre las damas más bellas.

Resuena desde Toledo  
Su nombre por toda España,  
Los nobles le tienen saña,  
Los bravos le tienen miedo.

Los gollillas le desdoran,  
Los clérigos le aborrecen,  
Los soldados le apetenecen,  
Y los villanos le adoran.

Mas á él le importa un ardite  
De tan varia voluntad,  
Y toma por la ciudad  
Donde le encuentra desquite.

Que no hallando ningun Cid  
Ni topando una Lucrecia,  
Cuanta conquista desprecia,  
Mata cuantos vence en lid.

Tiene un palacio por casa,  
Da fiestas por afrentar,  
Que no hay quien sepa igualar  
Sus profusiones sin tasa.

Sin amigos y sin deudos  
Vive solo para sí,  
Y le mantienen así  
Sus herencias y sus feudos.

Tan rico y gran bebedor,  
No hay medida á sus deseos,  
Y pasa entre devaneos  
Una existencia de amor.

Y para ahogar su indolencia  
Y ocultar que se fastidia,  
Juega sin afan ni envidia  
Pedazos de su opulencia.

Si gana, sin ver recoge;  
Si pierde, paga sin ver;  
Y ni en ganar ni en perder  
Hay medio de que se enoje.

Y segun derrama el oro  
Cuando pierde ó cuando presta,  
Parece que tiene puesta  
Cada mano en un tesoro.

Hay quien de impio le trata,  
Y juzga que es mal ejemplo  
Que un page le lleve al templo  
Cogin con borlas de plata :

Y que es audacia inaudita  
Hincarse al pié de la grada  
Y esperar á una tapada  
Para darla agua bendita.

Y aun corren de sus amores  
Susurros por la ciudad,  
Que á ser ciertos en verdad  
Pueden tornarse clamores,

Que anda entre ellos una llave  
Con que se abre un presbiterio...  
Mas el caso es un misterio  
Y la verdad no se sabe.

Él sigue ufano y galan,  
Y los rumores de que hablo  
Si los sabe los da al diablo  
Satisfecho el capitán.

Tal es, amigo lector,  
El Don César de mi cuento :  
Si le crees malo, lo siento;  
Mas no fué mucho mejor.

V.

## INSUFICIENCIA DEL POETA.

Casa Don Fadrique á Diana,  
Y en su palacio reúne  
Cuanto hay en Castilla entera  
En armas y amor ilustre.

Que es Don Fadrique muy rico  
 Y á origen de reyes sube.  
 Y solo el rey le aventaja  
 Cuando sus empeños cumple.  
 Ofreció una noche su hija  
 En lance que aun hoy encubre  
 El misterio de las sombras  
 A un hombre, á quien atribuye  
 Tantos misterios el vulgo  
 Como al lance que produce  
 El repentino consorcio  
 Que amor y razones une.  
 Mas aunque pasa la noche  
 Y ya su presencia urge,  
 El novio no está en Toledo,  
 Lo que á sospechas induce.  
 Mas buenas tiene sin duda  
 Razones que le disculpen,  
 Porque aunque le echan de menos  
 Nadie de falso le arguye.  
 Todos aguardan que llegue,  
 Y no hay un alma que dude  
 Que se hallará al dar las diez  
 En los salones del duque.  
 Que él ha marcado esa hora,  
 Y tal confianza infunde  
 Su palabra, que no hay prenda  
 Que mas valga ni asegure.  
 Prosiguen pues de la boda  
 Las fiestas, los brindis crujen,  
 Y suenan los instrumentos  
 Voluptuosos y dulces.  
 Nunca tal gala ostentaron  
 Los que de grandes presumen,  
 Ni vió jamás tanta pompa  
 La asombrada muchedumbre.  
 Inútil es ponderarla,  
 Y querer pintarla inútil,  
 Que fiestas como esta mía  
 Contándolas se deslucen.  
 Harto lo llora el poeta,  
 Mas ¡ay, que por mas que luche  
 Con su voz y con su lira  
 La realidad no le suplen!  
 Hará que sus *creaciones*  
 En bellos versos murmuren,  
 Que canten báquicos himnos  
 Cuando su festin concluyen,  
 Podrá cuando mas se afane,  
 De quien su cuento le escuche  
 Lograr que se finja apenas  
 El rostro, las actitudes,  
 La situacion ó el carácter  
 De los seres que dibuje,  
 Todo ello pesado y débil  
 Aunque á lo vano renuncie.  
 Podrá trazar á un cuadro,  
 Aunque sombras se le enturbien,

Las principales figuras  
 De que su historia se ocupe;  
 Mas la luz, y el movimiento,  
 Y el todo que las circuye,  
 La multitud, las comparsas  
 Que en torno de ellas agrupe,  
 Que giran, hablan, murmuran,  
 Van, vienen, bajan y suben,  
 Las cercan ó las desvian,  
 Y con ellas se confunden,  
 Y respiran con su aliento,  
 Y con impulsos comunes  
 Con ellas gozan, esperan,  
 Rien, cantan, lloran, sufren...  
 ¡Imposible que lo pinten  
 Y en la mente lo acumulen  
 Con voz, movimiento y vida  
 Fácil, palpable, voluble!  
 ¿Cómo contar el tumulto  
 Que en un momento produce  
 En un salon donde danzan  
 Un lance que lo interrumpe?  
 La voz de — ¡Ahí está, señores,  
 Ahí está! — que brota y bulle  
 De boca en boca rodando  
 En derredor se difunde;  
 Y el són de las herraduras  
 Del bridon que le conduce,  
 Que al detenerse en el patio  
 Hace que el patio retumbe,  
 Que en las puertas y ventanas  
 Los que bailaban se agrupen,  
 Y por ver mejor se empiñen,  
 Se encaramen y se empujen;  
 Los muchos que prodigando  
 Serviles solicitudes  
 Bajan á asirle el estribo  
 Porque les mire ó salude,  
 Y el salon que dejan solo  
 Con la alfombra y con las luces,  
 Y la chimenea, en donde  
 Chisporrotea la lumbre,  
 ¿Con qué voz, ni con qué lira  
 Se pinta ó se reproduce,  
 De modo que quien escucha  
 Lo conciba y no se ofusque?  
 ¿Cómo el satisfecho porte  
 Contar con que se descubre  
 Al apetecido novio  
 Que por la escalera sube,  
 Mientras se agolpa por ella  
 La aturdida servidumbre  
 Y al peso de los curiosos  
 Por ambas barandas cruje?  
 Avanza pues; por la sala  
 La gente se distribuye,  
 Y este es el lance mas crítico  
 Que en toda la noche ocurre.

Corre confuso murmullo  
 Y ancho movimiento cunde,  
 Mientras asiendo un instante  
 A sí cada cual acude.  
 Quién se compone la gola,  
 Quién los buelillos se sube,  
 Quién desencaja una hebilla  
 Porque el cinturon le ajuste,  
 Quién se revienta unos guantes,  
 Y del placer en la cumbre  
 Las hermosas se sonrien,  
 Y ó aunque astutas disimulen,  
 La vista á un espejo tienden,  
 La mano á la flor ó al bucle.  
 La que gracias ó riquezas,  
 Bien que la pesa, no luce,  
 Busca á una bella la espalda  
 Que aunque la humille, la oculte.  
 Aquí asoma un pié pequeño,  
 Allí unos ojos azules,  
 Acá una falda de encage,  
 Allá un airon de tisúes,  
 Aquí un cuello alabastrino,  
 Y allí una mano que pule  
 Un centenar de brillantes  
 Que por mano y dueño arguyen.  
 Todo esto en viviente masa,  
 Con movimientos comunes,  
 Con existencia uniforme  
 Que en todo fermenta y bulle,  
 Que gira ó que vaga á un tiempo,  
 Se dispersa ó se reúne,  
 Danza ó se asoma, y el ruido  
 Cesa, aumenta, ó disminuye;  
 Este momento de atenta  
 Y afanosa incertidumbre,  
 ¿Quién lo cuenta, ó quién lo canta,  
 Por mas que á la par se junten  
 La voz y el arpa, sin ver  
 Que es fuerza al fin que renuncien  
 La voz y el arpa humilladas  
 A empresa donde sucumben?

Desisto pues de mi empeño,  
 Y aunque me da pesadumbre,  
 El salon de Don Fadrique  
 Quien pueda que se figure.

## VI.

## EL NOVIO.

Todos los ojos clavados  
 En la puerta del salon,  
 Toda la gente del baile  
 Agolpada en derredor,  
 En impaciente y atenta  
 Duda un instante quedó,

Esperando la llegada  
 Del venturoso amador.  
 Don Fadrique, Diana y todos  
 Los parientes que juntó  
 En su fiesta el noble duque,  
 De sus huéspedes en pos  
 Están al dintel parados,  
 Que el danzar se interrumpió,  
 Y ahogaron los instrumentos  
 Su ya no escuchado són.  
 Todos inciertos callaban,  
 Y allá en confuso rumor  
 Del novio por la escalera  
 Se percibía la voz;  
 Como si alguno á su paso  
 Demandándole atencion  
 Recibiera una respuesta  
 De superior á inferior.  
 «¿Comprendistes?» dijo al fin  
 En voz clara. «Sí, señor,»  
 Repuso otra voz humilde,  
 Y él á replicar volvió:  
 «La hora las dos en punto,  
 La gente nosotros dos.»  
 Y de sus anchas espuelas  
 Aspero compás se oyó.  
 Cundió general murmullo  
 De gente por el monton,  
 La masa de mil cabezas  
 Adelantándose hirvió,  
 Moviéndose á un tiempo todas  
 Para ver y oír mejor;  
 Y á tal punto por la sala  
 Con paso resuelto entró  
 El buen capitán Don César,  
 Cual siempre fascinador.  
 Echó los brazos al cuello  
 De Don Fadrique, tomó  
 La mano á Diana, y besóla  
 Con acendrada pasión.  
 Y por la estancia avanzando  
 En tal guisa les habló:  
 «Señor duque, hermosa Diana,  
 Si tardé, mirad que estoy  
 Pronto desde este momento  
 A demandaros perdon.  
 — Capitán, en vuestra casa  
 Nadie exige sino vos.  
 Id, venid cuando os pluguiere  
 Sin pena y sin restriccion,  
 Que en todo lo que gustareis  
 Nos dareis gusto y honor.  
 — Pues cuando os venga en agrado,  
 Señor duque, la ocasion  
 Del notario aprovechemos,  
 Con la ley cumplamos hoy,  
 Y atendiendo á ambos mandatos  
 De justicia y religion,

Hoy nos casarán las leyes,  
Mañana temprano Dios.  
¿Os place?

— Sí, por mi vida.

— ¿Y á vos, Diana?

— ¿Tengo yo

Mas voluntad que la vuestra,  
Mi esposo y libertador?

— Pues de ese modo abreviemos,  
Que aunque por ello afliccion  
Siento en el alma, esta noche  
Aun mi ausencia no acabó. »

Volvióse á tales palabras  
El duque, y conversacion  
Siguieron de esta manera  
Por lo bajo ambos á dos.

« Don César, ¿llevais espada?

— Solamente á precaucion.

— Sabeis, capitán, que os debo...

— Gracias, duque; aunque de honor,  
No es asunto de estocadas,  
Sino de tiempo.

— ¡Por Dios

Que tomara por agravio  
Que en caso de esposicion  
Reclamareis el auxilio  
De otro que no fuera yo!

— Dormid sin cuidado, duque,  
Que en todo evento hombre soy,  
Y os despertaré mañana.

Volved esta noche vos  
Al baile desde la mesa,  
Danzad, duque, sin temor,  
Y no os acordeis de mí  
Hasta que despunte el sol. »  
Y así el capitán diciendo  
La mano de Diana asíó,  
Y á otro aposento pasaron  
Con toda la gente en pos.

Firmáronse alegremente  
Los contratos en union,  
Volvióse á la danza luego  
Y á la mesa se volvió.  
El duque estuvo gozoso,  
El capitán decidor,  
Y Diana hermosa y radiante  
Y hechicera como el sol.  
Y aunque no faltó un misántropo  
Que admirado se mostró  
Y auguró mal de esta boda,  
Cenando como un leon,  
Desde la cena, la danza,  
Tercera vez empezó,  
Mas que nunca bullicioso  
Y pacífico el salón.  
Mas justo será añadir  
Como fiel historiador

Que mientras seguía el baile  
Y de los brindis el són,  
El capitán y Ginés  
Salían al dar las dos  
De la empinada Toledo  
Por las puertas del Cambrón.

## VII.

### DOÑA INÉS.

Cerraron en un convento  
A Doña Inés de Alvarado,  
Y obraron con poco tiento,  
Porque jamás fué su intento  
Tomar tan bendito estado.

Niña alegre y bulliciosa,  
De noble estirpe nacida,  
Pensó libre mariposa  
En volar de rosa en rosa  
Por el jardín de la vida.

Con dos ojos que hallan poca  
La luz del brillante sol  
Y una mente inquieta y loca  
¿Quién puso bajo una toca  
Corazón tan español?

¿Qué valen las celosías  
Que la aprisionan el ver,  
Si en sus bellas fantasías  
Adora todos los días  
Sus delirios de muger?

¿Qué importa ¡pese á su estrella!  
Que algunos doctores viejos  
Nieguen el mundo para ella  
Si presintiéndose bella  
Se encuentra con los espejos?

¿Y qué la importan los sones  
Del salterio sacrosanto,  
Si las lindas tentaciones  
De otro dios y otras canciones  
Se la acuerdan entre tanto?

¿Cómo abrazar las espinas  
Del ayuno y la oración  
Como exigencias divinas,  
Si hay otras que están ladinas  
Punzándola el corazón?

¿Para qué son sus sentidos  
Si de nada han de gozar?  
¿Qué fué para los nacidos  
El mundo á que son venidos  
Si en venir han de pecar?

¿Qué sirven de sus cabellos  
Los mal mutilados rizos,  
Si no ha de prender en ellos

Una flor que haga mas bellos  
Sus ojos antojadizos?

Dó quier que su sombra alcanza  
Curiosa va tras su sombra  
Con afanosa esperanza,  
Y el pié se ensaya en la danza  
Dó quiera que halla una allombra.

Dó quier que hablan de virtud  
La causa secreta estudia  
De su secreta inquietud :  
Dó quier que encuentra un laud  
Un himno de amor preludia.

Tal vez á solas mirando  
De su mansion los cerrojos  
Las horas pasó soñando  
Y se encontró despertando  
Con lágrimas en los ojos.

Tal vez desde una ventana  
Al ver la inmensa campiña  
Donde cruza una aldeana,  
Trocar su sayal de lana  
Quiso por una basquiña.

Tal vez al tomar su aguja  
Y al bordar un santo nombre  
La santa labor estruja;  
Que audaz tentacion la empuja  
A delinear el de un hombre.

Y así se la van los días  
En suspirar y gemir,  
Por las bóvedas sombrías  
De las largas galerías  
Que la habrán de ver morir.

Y sus ojos se marchitan,  
Y sus labios palidecen,  
Y sus piés se debilitan,  
Y sus delirios la irritan,  
Y sus pesadumbres crecen.

¡Oh! que al abrir un convento  
A Doña Inés de Alvarado  
Obraron con poco tiento,  
Que bien se ve que su intento  
No la llamaba á su estado.

—  
¿Pero qué han visto sus ojos,  
Que serenos y radiantes  
Há dias que sin enojos  
Moderaron los antojos  
Tras de que corrieron antes?

Ella que ayer esquivaba  
Del templo el cantar sonoro  
Y la oracion la cansaba,  
Hoy de rodillas se clava  
Ante las rejas del coro.

Ella que ayer distraida  
Asistia al gran misterio  
Del Redentor de la vida,  
Hoy no quita embebecida  
Los ojos del presbiterio.

Ella que ayer con el són  
Del importuno esquilon  
Dejaba el lecho tardía,  
Hoy madruga con el dia  
Y adora la creacion.

Ella que ayer descuidada  
Olvidaba sus labores,  
Hoy noche y dia afanada  
Multiplica delicada  
Sus bordados y sus flores.

Y salen de su aposento  
Ofrendas del sentimiento  
Bajo formas infinitas,  
Sus labores esquisitas  
Que orgullo son del convento.

Mutacion inesperada  
Que á sus hermanas admira,  
*« Y la oveja descarriada  
(Dicen) del pastor llamada  
Ya á su redil se retira.*

*« Ya vuelve al dulce reclamo  
De la dulce compañía  
Y á los cuidados de su amo  
La blanca oveja que huía  
Tan salvaje como el gamo  
Nacido en la selva umbría. »*

Y en secretas reuniones  
Dándose la enhorabuena  
Doblaban las oraciones  
Pidiendo á estas intenciones  
Perseverancia serena.

¡Impertinencia importuna!  
¡Oh necias sin duda alguna  
Las pobres siervas de Dios  
Si no alcanzásteis ninguna  
Lo que va de Inés á vos!

Tras recogimiento tanto  
Su tez la color recobra,  
Sus ojos brillo y encanto...  
¿Y pensais que el fuego santo  
Tales maravillas obra?

¿Pensais que el alma prensada  
En la seca soledad  
Vuelve á una niña apenada  
La pura tez sonrosada  
Y el contento y la humildad?

¡Oh! necias, que sin recelos  
Cubris el mundo y los ojos

Con vuestros benditos velos,  
 Cuando á la luz de los cielos  
 Se ven muy mal sus abrojos.

¡Necias! la blanca ovejuela  
 Que se vuelve á su pastor,  
 Y cuya vuelta os consuela,  
 Es tórtola que se vuela  
 Al reclamo de su amor.

Cuando sus ojos estaban  
 Clavados en el altar,  
 El altar no contemplaban,  
 Que otros ojos no cesaban  
 Sus ojos de reclamar.

Huir las rejas impiden,  
 Pero pese á los cerrojos  
 Lenguas en ojos residen,  
 Y los espacios se miden  
 Con las lenguas de los ojos.

Un hombre la contemplaba,  
 Y un hombre la devoraba  
 Con sus ardientes pupilas,  
 Y doña Inés se abrasaba,  
 Y vosotras... tan tranquilas.

Ni sorprendisteis su exceso,  
 Ni de la reja á una esquina  
 Visteis que perdido el seso  
 Tendió la mano, y que un beso  
 Crujió en la mansion divina.

Ni visteis que en vez de andar  
 Al toque de los maitines  
 Desde su celda al altar  
 Solia mas tarde entrar  
 Al atrio de los jardines.

Ni hubo de vosotras una  
 Que del paseo celosa  
 Abriese ventana alguna  
 Y viese huir con la luna  
 Una sombra sospechosa.

Ni hubo ningun jardinero  
 Que al primer canto del gallo  
 Viese acercarse rastrero  
 Un rondador caballero,  
 Que atrás dejaba un caballo.

Ni os ocurrió que sus flores,  
 Sus vistosos ramilletes  
 Que encontraban compradores,  
 Pudieron de sus amores  
 Guardar ocultos billetes.

Ni la visteis espiondo  
 El sueño de la tornera  
 Las llaves manoseando,  
 Abierta aficion mostrando  
 Del manojó á la tercera.

¡Oh! que al abrir un convento  
 A Doña Inés de Alvarado  
 Obraron con poco tiento,  
 Pues ni han mirado su intento,  
 Ni en el capitan pensado.

## VIII.

## AVENTURA INESPLICABLE.

Tras grave asunto, á juzgar  
 Por lo que van espoleando,  
 Corren dos hombres cruzando  
 A caballo un olivar.

No está la noche muy clara,  
 Mas bien se ve al pié de un cerro  
 Una cruz grande de hierro  
 Que dos caminos separa.

Y de advertir fácil es  
 Aun á los ojos peores  
 Que son dos los corredores,  
 Y los caballos son tres.

Echó pié á tierra el primero,  
 Y al dar la brida al de atrás  
 Le dijo: — Aquí esperarás; —  
 Y el otro dijo: — Aquí espero. —

Y hácia el convento avanzando,  
 Del caballero en la oscura  
 Sombra se fué la figura  
 Hasta perderse menguando,

Y aquí, ¡ó mi lector amigo!  
 Fuerza será que conventas  
 En que es preciso que vengas  
 Hácia el convento conmigo.

Signe mi camino pues,  
 Y de una verja detrás  
 Un átrio acaso hallarás  
 A pocos pasos que des.

Sube tres gradas, si puedes  
 Da un paso mas, y con él  
 Tocarás en el cancel,  
 Donde es fuerza que te quedes.

¿Ves un hombre que embozado  
 Encorvando la figura,  
 Por la estrecha cerradura  
 En mirar está ocupado?

Acércate sin temor,  
 Que lo que alcanza por dentro  
 No hace temible el encuentro  
 Del capitan reñidor.

Tú, lector, preguntará:  
 ¿Con que el capitan es ese?  
 Él mismo, mas que te pese,  
 Pero hazte un poquito atrás,  
 Porque levantando el brazo  
 Empuja á espacio la puerta-  
 Entró, y dejándola incierta  
 Sopló el aire y dió un portazo.

Mas veo, lector, que dices,  
Sin que pueda replicarte,  
Que esto es llamándote darte  
Con la puerta en las narices.

Mas tu impaciencia sosiega,  
Todo lo presenciarás,  
Que del poeta á eso y mas  
El poder mágico llega.

Está el capitán en pié  
En medio de la ancha nave,  
Y á la verdad que no sabe  
Ni qué pasa, ni qué ve.

El templo mira enlutado  
Con lúgubre terciopelo,  
Mucha gente haciendo duelo,  
Y un féretro en medio alzado.

Vense en el paño del túmulo  
Entrelazados blasones,  
Y á la luz de los blandones  
Un cadáver en su cúmulo.

Monges le rezan en coro  
Tristísimos funerales,  
Y le alumbran con ciriales  
Pages de libreas de oro.

La muchedumbre que asiste,  
Y que la tumba rodea,  
Dado que bien no se vea  
Se ve que de noble viste.

Y parece que al bajar  
El que ha finado á su nicho  
Memoria tuvo capricho  
De su opulencia en dejar.

Y al par que su eterna calma  
Las oraciones consuman,  
Mirras y esencias perfuman  
La despedida del alma.

Música triste le aduerme,  
Salmodias le santifican,  
É hisopos le purifican  
El cuerpo que yace inermes.

Mas aquellas oraciones  
Y responsorios precisos  
Llevan de anatema visos  
Y planta de maldiciones.

A veces son sus compases  
Hondos, siniestros, horribles,  
Murmurando incomprensibles,  
Negras é incógnitas frases.

En són lento, ronco y quedo  
Se hacen oír otras veces,  
Y entonces aquellas preces  
Hielan los huesos de miedo.

Otras semejan ahullidos  
Discordes, desesperados,  
Lamentos de condenados,  
De los infernos salidos.

Otras lejanas rumores  
Cual de tormentas e escuchan,

O de ejércitos que luchan  
Los espantosos clamores.

Y siempre siendo los mismos  
Los sonos que se levantan,  
Responsos á un tiempo cantan  
Y murmuran exorcismos.

Atónito de la escena  
Estraña y aterradora  
Que encuentra tan á deshora  
Y le asombra y enajena,

Don César con paso lento  
Entre la turba mezclado  
Dirigióse á un enlutado  
Que oraba en aquel momento.

« ¿Quién es el muerto, sabeis,  
(Dijo) á quien rezando están? »  
Y él respondió: « El capitán  
Montoya: ¿le conocéis? »

Mudo quedó de sorpresa  
Don César oyendo tal,  
Mas no lo tomó tan mal  
Como tal vez le interesa.

Volvióle la espalda pues,  
Diciendo: « Me ha conocido,  
Y burldrseme ha querido,  
Mas luego verá quien es. »

Siguió la iglesia adelante,  
Y una capilla al cruzar  
Vió un sepulcro preparar  
Entre otros varios vacante.

Y á un personaje que halló  
De luto, y que parecia  
Que el trabajo dirigia,  
El capitán se acercó.

« ¿Para quién abren la hoya? »  
Le dijo; y el enlutado  
Le contestó decontado:  
« Para el capitán Montoya. »

Mudósele la color  
A Don César; mas repuesta  
Su calma, al de la respuesta  
Volvió entre risa y furor.

Miróle de arriba abajo,  
Pero no le conoció;  
Segunda vez le miró,  
Pero fué inútil trabajo.

Ni recordó que quizás  
Le hubiese visto la cara,  
Ni imaginó que la hallara  
Tan repugnante jamás.

Que encontró en ella tal gesto  
De aterradora hediondez,  
Que por no verla otra vez  
Dejó caviloso el puesto.

Fuése á otro punto á situar  
Diciendo: « ¡ Ese hombre estremece!  
De aquel sepulcro parece  
Que le acaban de sacar. »

Uno tras otro se puso  
A contemplar los que vía,  
Mas á nadie conocía,  
De lo que andaba confuso.

Tenían todos las caras  
Descoloridas y secas,  
Y dijeran que eran huecas:  
A mas de antiguas y raras.

Cansado de fiesta tal,  
Y á impulso de una aprension,  
Llegóse á un noble varon  
Que oraba con un cirial.

Cabe él la rodilla apoya,  
Y dícele ya con miedo:  
«¿Quién es el muerto?» y muy quedo  
Contestó el otro: «Montoya.»

Del catafalco á los piés  
Llegó entonces decidido,  
De aquella duda impelido,  
A ver el muerto quién es.

Por los monges atropella,  
Trepá al túmulo, la caja  
Descubre, ase la mortaja,  
Y él mismo se encuentra en ella.

Miró y remiró, y palpó  
Con afan hondo y prolijo,  
Y al fin consternado dijo:  
«¡Cielo santo, y quién soy yo!»

Miró la vision horrenda  
Una y otra y otra vez,  
Y nunca mas que á sí mismo  
En aquel féretro ve.  
Aquel es su mismo entierro,  
Su mismo semblante aquel:  
No puede quedarle duda,  
Su mismo cadáver es.  
En vano se tienta ansioso;  
Los ojos cierra, por ver  
Si la ilusion se deshace,  
Si obra de sus ojos fué.  
Ase su doble figura,  
La agita, ansiando creer  
Que es máscara puesta en otro  
Que se le parece á él.  
Vuelve y revuelve el cadáver  
Y le torna á revolver;  
Cree que sueña, y se sacude  
Porque despertarse cree,  
Y tiende el triste los ojos  
Desencajados dó quier.  
Mas ¡nuevo prodigio! mira  
A las puertas, y al dintel  
Ve que despiden el duelo,  
De duelo henchidos también,  
Don Fadrigue y Doña Diana,  
Que arrastran luto por él.

Baja, les tiende los brazos,  
Les nombra, cae á sus piés;  
«Miradme, les dice atónito,  
Montoya soy, vedme bien.»  
Y ellos le miran estúpidos  
Sin poderle conocer,  
É inclinando las cabezas  
Replican: — *Montoya fué.* —  
Entonces desesperado  
Con angustia tan cruel  
Vase otra vez hácia el muerto  
Demandándole quién es.  
«¿No hay quien sepa aquí quién soy?  
¿No hay á salvarme poder?»  
Y allá desde el presbiterio  
De las rejas al través,  
Oyó una voz que decía:  
«Sí, te conozco, mi bien:  
Abre; ¿qué tardas? partamos:  
Yo soy tu amor, soy tu Ines.»  
Y los brazos le tendia  
La de Alvarado también  
De la reja tentadora  
Tras el cuádruple cancel.  
Mas viéndola cual espectro  
Que lo persigue á su vez,  
Gritaba él: «Aparta, aparta,  
¿Que soy cadáver no ves?»  
Y apenas palabras tales  
Pronunció cuando tras él  
Vió llegarse aquel fantasma  
Cuyo gesto de hediondez  
Le hizo miedo, y no le pudo  
Recordar ni conocer.  
Contemplóle de hito en hito,  
Le asió del brazo despues,  
Y así con voz espantosa  
Vió que le dijo: — «¡Pardiez!  
Tú eres quien cambia conmigo,  
A mi sepultura ven.»  
Y á esta horrorosa sentencia,  
Ya sin poderse valer,  
Cayó en el suelo Montoya,  
Falto de aliento y de piés.

«¿Dónde estoy? ¿qué es de mi vida?  
¿Respiro aun?» exclamó  
Montoya abriendo los ojos  
Con desfallecida voz.  
«Señor, estais en mis brazos.  
— ¿Eres tú, Ginés?  
— Yo soy.  
— ¿Dónde estamos?  
— En la cruz.  
— ¿Del olivar?  
— Si señor.  
— ¿No estuve yo en el convento?»

¿Pues quién de allí me sacó?

— Yo fui, señor.

— ¡Tú, Ginés!

— Perdonad, temí por vos,  
Y viendo que el tiempo andaba  
Y ni seña ni rumor  
Esperanza me infundian,  
Tras vos eché.

— ¡ Santo Dios : !

¿ Y llegastes...

— A la iglesia.

— ¿ Atraído por el són?

— Señor, no he oído nada;

¿ No os lo dije?

— ¿ Cómo no ?

¿ Dentro la iglesia no vistes  
Los enlutados en pos  
De mi cadáver ? »

Miróle

Absorto de admiracion  
El mozo, y dijo :

« Soñamos,

O vos, Don César, ó yo.

Ni vi, ni oí cosa alguna.

— ¿ Con que es mía esa vision?

¡ A mis ojos solamente

Horrenda se presentó !

¿ No vistes conmigo á nadie?

— Os juro á mi salvacion

Que solo os hallé, tendido

Al pié del altar mayor ;

Y viendo el peligro doble

Del sitio y la situacion,

Ni me detuve á pensar

Si estábais herido ó no ;

Cargué con vos, y me vine ;

Ni oí ni vi mas, señor. »

Calló Ginés, y Don César

A estas palabras quedó

Distraído y abismado

En honda meditacion.

Mirábale de hito en hito

Ginés, que aterrado vió

De la faz del capitan

La estraña trasformacion.

Desencajados los ojos,

Palidecido el color,

Torvo el mirar, parecia

Mas que vivo, aparicion.

Sentado en el pedestal

De la cruz, dó él le posó,

Inmóvil permanecia

Sin fuerza y sin intencion,

Amarrado á un pensamiento

Que bullia en su interior,

Y que se via que todas

Las potencias le absorvió,

Como quien mira aterrado

Negra y horrible vision  
Que le borra de los ojos  
Cuanto existe en derredor.  
Temeroso el buen criado  
Por su juicio y su razon,  
Dirigióle atentas frases  
Con afan consolador.  
Mas él ni tornó los ojos  
Ni á sus voces respondió,  
Ni agradeció sus cuidados,  
Que en nada puso atencion ;  
Y al cabo de largo trecho  
Con repentino vigor,  
Levantándose en silencio  
En su corcel cabalgó.  
Hincóle los acicates,  
Y el poderoso bridon  
Tras un peligroso brinco  
A todo escape salió.  
Santiguóse el buen Ginés,  
Y en su ruin supersticion  
Dijo : « ¿ Si tendrá los malos ? »  
Y á escape tras él echó.

## IX.

Por una puerta secreta  
Que de los salones sale  
A un secreto gabinete,  
Puede á estas horas mirarse  
A Don Fadrique y Don César  
Que pálidos los semblantes  
Plática tienen trabada  
De asunto en verdad muy grave.  
Demanda con vehemencia  
Don Fadrique, y contestarle  
Resiste el otro, en su empeño  
Ambos por demas tenaces.  
El capitan asentado  
En un sillón torvo yace  
Guardando, pésele al otro,  
Un silencio inalterable.  
Y Don Fadrique colérico  
En pié á sulado, las frases  
Le dirige mas violentas  
Que halló para provocarle.  
Dejábale el capitan  
Que la ira desahogase,  
Como si con él no hablara  
Ni pudieran escucharles.  
Y al fin, de calma en su cólera  
Aprovechando un instante,  
Dirigióle la palabra  
Con razones semejantes :  
« Todo es inútil, denuestos,  
Súplicas, amagos, ayes ;  
El mundo entero no puede  
A que os lo diga obligarme.

Un secreto es que conmigo  
 Quiero que al sepulcro baje,  
 Y no ha de saberlo nunca  
 Desde el sol abajo, nadie.  
 Si es sueño ó delirio mío,  
 Quiero de él aprovecharme;  
 Si es un aviso del cielo,  
 Es imposible escusarle. »

Tornó al silencio Don César,  
 Y el duque, que aunque no alcance  
 La razon, sospecha alguna,  
 Dijole sin ira casi :  
 « Don César, noble he nacido,  
 Y por mucho que yo os ame  
 Llevar no puedo en paciencia  
 Sin una excusa un desaire.  
 Por misterioso ó fatal,  
 Por precioso ó repugnante  
 Que el secreto sea, ¿ creéis  
 Que no sabré yo guardarle ?  
 — Sabéis quién soy, Don Fadrique,  
 Y por excusa esto baste,  
 Que no hablaré mas en ello  
 Si santos me lo rogasen. »  
 Y aquí ya de Don Fadrique  
 La cólera desbordándose,  
 Dijo al capitán Montoya  
 Con voz resuelta y pujante :  
 « ¡ Vive Dios, señor Don César,  
 Que esto no es mas que un ultraje  
 Que hacer quereis á mi casa,  
 Y que está pidiendo sangre !  
 Si no podeis el motivo  
 Descubrirme que deshace  
 Vuestra boda, satisfecho  
 De un modo ó de otro dejadme.  
 — Señor duque, ya está dicho.  
 Si lo dejo de cobarde,  
 Pues que me debéis la vida  
 Nadie como vos lo sabe.  
 Pero os juro que aunque osado  
 Llegueis hasta abofetearme,  
 No hareis que por causa alguna  
 La espada mas desenvaine.  
 Ni mas me la he de ceñir,  
 Ni mas me harán que la saque  
 Cuantas honras y razones  
 En el universo caben.  
 Mirad, señor Don Fadrique,  
 Si el secreto será grande,  
 Y pues veis á lo que obliga,  
 Si hidalgo sois respetadle. »  
 Callaron ambos á dos,  
 Y continuaron mirándose  
 Como hombres en sus propósitos  
 Igualmente imperturbables.  
 Al fin dijo Don Fabrique  
 Por la estancia paseándose,

Como quien duda si debe  
 Satisfacerse ó vengarse :  
 « Señor capitán Montoya,  
 Vida y honor me salvásteis  
 Una noche, y aunque en esta  
 Me los habeis vuelto tales  
 Que no será mucho tiempo  
 A restablecerlos fácil,  
 Váyase lo uno por lo otro,  
 De nada quiero acordarme.  
 Estamos en paz, Don César. »  
 Y continuó paseándose,  
 Y atarazándose un labio  
 Hasta revocar la sangre  
 Entonces el capitán  
 Con paso medido y grave  
 En mitad del aposento  
 Fué decidido á encontrarle;  
 Tendióle la mano y dijo :  
 « Pensad, duque, si es bastante  
 A dejaros satisfecho  
 De este misterioso ultraje  
 Mi resolución postrera :  
 Tomad, señor, esas llaves;  
 De mis inmensos tesoros  
 Haced con justicia partes :  
 Una á Ginés por servirme,  
 Con cuantos muebles hallare;  
 Un hospital ó convento  
 Fundad con otra, si os place,  
 Y otra á Don Luis de Alvarado,  
 Que gana la apuesta infame  
 Que hice de robar á Dios  
 La mejor prenda al casarme.  
 ¿ Me comprendéis, señor duque ?  
 Obedecedme y dejadme.  
 Entregad al de Alvarado  
 Lo que hoy de perder me place,  
 Pero cuidado, Don Fadrique,  
 Que no sepa el miserable  
 Que era Inés, su propia hermana,  
 La prenda que iba á jugarse. »  
 Y así el capitán diciendo  
 Un pliego sin letras ase,  
 Escribe algunas palabras,  
 Lo firma, lo sella y parte.  
 Quedó Don Fadrique atónito,  
 Ginés rompió en voces y ayes,  
 Y en llanto amargo, que al punto  
 Cambió en lágrimas el baile.  
 Cundió la noticia rápida,  
 Y el escándalo fué grande,  
 Aunque al culpar los efectos  
 No acierta la causa nadie.

## X.

## HECHOS Y CONJETURAS.

Todo era habillitas Toledo,  
Y todo interpretaciones.  
Cada cual forjó un enredo,  
Y hablaron todos con miedo  
De espectros y apariciones.

Y como en vano buscaron  
Por Toledo al capitán,  
Mil fábulas le colgaron,  
Y los que las inventaron  
Por hechos las creen y dan.

Quién dijo que anocheciendo  
Le vió desde un corredor  
Allá en los aires cerniendo  
Un cuerpo alado y horrendo  
Cual fué bello el anterior

Quién dijo que un día oraba  
Ante un devoto retablo,  
Y vió al capitán que daba  
Ayuda y defensa brava  
Contra San Miguel, al diablo.

El hecho es que Don Fadrique  
A su escribano mandó  
Que en su nombre ratifique,  
Firme, selle y testifique  
Lo que Don César firmó.

Que se partió su tesoro  
Algunos días despues,  
Que se dió á los pobres oro,  
Y que rico como un moro  
Partió á la corte Ginés.

Ni mas descubrirse pudo,  
Ni puede decirse mas,  
Y este es el hecho desnudo,  
Pábulo, origen y escudo  
De las mentiras de atrás.

Mas hay entre todas una  
Que fábula ó tradicion  
En escritura oportuna  
Encontrarla fué fortuna  
Separada del monton.

El vulgo á su vez la cuenta  
Como innegable verdad,  
Y de quien dudarla intenta  
Dice que de Dios atenta  
Al poder y magestad.

Yo trovador vagabundo,  
La oí contar en Toledo,  
Y de aquel pueblo me fundo  
En la razon, y así al mundo  
Contarla á mi turno puedo.

Ni quitaré ni pondré;  
Como á mi me la contarón  
Fielmente la contaré,  
Y á ser falso, juro á fé  
Que en Toledo me engañaron.

Diz que pasaron diez años.  
Cada cual lleno á su vez  
De azares y desengaños,  
Mas á nuestro cuento estraños  
No hacen al caso los diez.

Las fabulillas cesaron  
De hervir en la muchedumbre;  
Diana y otras se casaron;  
Y en fin, segun es costumbre,  
Al que murió le enterraron.

Y del mar de su destino  
Ya pronto á romper el dique,  
Diz que al linde del camino  
De la vida, Don Fadrique  
Pidió aprisa un capuchino.

Y severo y respetable  
Con la faz descolorida  
Vino un varon venerable  
Al duque á hacer tolerable  
La tremenda despedida.

Tras sí la puerta entornó,  
Y cuando á solas quedó  
Con el noble moribundo,  
La religion con el mundo  
Así plática entabló.

*Monge.* ¿Don Fadrique?

*D. Fadrique.*

Bien venido,

Padre; concluyendo estoy.

*Monge.* A ayudaros he venido

A ir en paz; prestad oído

A lo que deciros voy.

« Há diez años que arrastrado  
Por intencion criminal  
Hollé de un templo el sagrado  
Y á Dios me senti llamado  
De una vision infernal.

Los muertos vi que sanan  
De las urnas sepulcrales  
Y blandones me encendian,  
Y con gran pompa me hacian  
En vida los funerales.

Vision de los cielos fué;  
¿Mas quién creyera mi historia?  
A contarla me negué,  
Y haberla determiné  
Encerrada en mi memoria.

Tan solo existia un hombre  
A saberla con derecho;

Porfió, porfié; y no os asombre,  
No me la arrancó del pecho :  
Don Fadrique era su nombre.

Mas lo que escusar no pude  
Al noble á quien ofendia  
Vengo, y ¡ así Dios me ayude!  
A que mi razon escude  
La fé de vuestra agonía. »

Y esto el buen monge diciendo  
Cayó ante el lecho de hinojos,  
Las manos del duque asiendo,  
Quien sus palabras oyendo  
Al monge tornó los ojos.

Contempló de hito en hito  
Con acongojado afan,  
Y exclamó al fin con un grito :  
« ¡ Sois vos! ¡ Dios santo y bendito!  
Abrazadme, capitán. »

Y los brazos enlazaron,  
Y á solas ambos á dos  
Por largo tiempo quedaron,  
Y largo tiempo lloraron  
Ante la imágen de Dios.

Y al fin de la confesion  
Henchido el duque de fé,  
Díjole : « A aquella vision  
Debeis vuestra salvacion,  
Que aviso del cielo fué. »

En cuyo punto sintiendo  
Llegar el trance fatal  
Del paso duro y tremendo  
« A Dios, DON CÉSAR, » diciendo,  
Lanzó el aliento vital.

Y aquí del todo acabada  
Del buen monge la mision  
Y el ánima encomendada,  
Con voz exclamó mudada  
Al darle la absolucion :

« ¡ Vé en paz! y si como espero  
El llanto ante Dios se apoya  
De un corazon verdadero,  
¡ Ruega á Dios, buen caballero,  
Por el capitán Montoya! »

Y dando al mundo un momento  
Al muerto besó en la frente,  
Y á paso medido y lento  
Triste volvió á su convento  
El capitán penitente.

Y há poco habia en sepultura humilde  
De la maleza oculta entre las hojas  
Una inscripcion borrada por los años,  
Que todo al fin sin compasion lo borran.

Unico resto de opulenta estirpe,  
Unico fin de la mundana pompa,  
Monton de polvo en soledad yacia  
Quien hizo al mundo con su audacia sombra,  
Y apenas pueden los avaros ojos  
Leer en medio de la antigua losa  
« AQUI YACE FRAY DIEGO DE SIMANCAS,  
QUE FUÉ EN EL SIGLO EL CAPITAN MONTOYA. »

#### NOTA DE CONCLUSION.

Y por si alguno pregunta  
Curioso por Doña Inés  
Y opina que queda el cuento  
Incompleto, le diré :  
Que Doña Inés murió monja  
Cuando la tocó su vez,  
Sin su amor, si pudo ahogarle,  
Y si no pudo, con él.  
Porque destino de todos  
Vivir de esperanzas es ;  
Quien las logra muere en ellas,  
Quien no las logra también.  
Con que ya sabe el curioso  
De mis héroes lo que fué,  
Y solo añadir me resta  
Dos palabras de Ginés.  
Hizo en la corte fortuna,  
Casóse al cabo muy bien  
Con una dama muy rica  
Y hermosa como un clavel.  
Y aunque dieron malas lenguas  
En alzarla *no sé qué*,  
Ella no alzó las pestañas  
Para al vulgo responder.  
Dió á Ginés un hijo zurdo,  
Y dijo su padre de él  
*Que habia nacido en casa,*  
Y en esto solo habló bien.

#### VIGILIA.

Misterios del alma son.  
MONERO.

Pasad, fantasmas de la noche umbria,  
De negros sueños multitud liviana,  
Que columpiados en la niebla fria  
Fugitivos llamais á mi ventana.

Pasad y no llameis. Dejadme al menos  
Que en la nocturna soledad dormido  
Los lentos dias de amargura llenos  
Calme y repose en momentáneo olvido.

Pasad y no llameis. La sombra oscura  
Vuestro contorno sin color me vela,

Ni sé quién sois, ni vuestra faz impura  
El mas leve recuerdo me revela.

Mil veces al oír vuestros gemidos  
Mis ventanas abrí por consolaros,  
Os busqué en las tinieblas, ¡y érais idos...!  
¿A qué llamar si nunca he de encontraros?

Id á turbar el sueño indiferente  
Del que entre plumas sin afán reposa,  
Del que la vida en su risueña mente  
Ve placentera y celestial y hermosa.

Y si venís con rostros halagüenos,  
Mensajeros de rápidos placeres  
Avaras hallareis de vuestros sueños  
Por dó quiera bellísimas mugeres.

Llamad donde á la lumbre vacilante  
De alguna tibia y oportuna estrella  
Puedan al fin gozaros un instante,  
Y ver un punto vuestra blanca huella.

No á mí, que en vano por la sombra tiendo  
Los turbios ojos, me invoqueis perdidos,  
No á mí, que acudo, vuestra voz oyendo,  
Y al registrar la sombra, ya sois idos.

No á mí, que presa de secretos males,  
Tal vez la triste soledad me inspira  
Tiernas endechas y amorosos vales  
Que ensayo á solas en mi pobre lira.

No á mí, que al són de vuestras vagas voces  
Siento otra voz que me repite insana  
Dentro del corazón esos veloces  
Ecos que murmurais á mi ventana.

¡Ah! yo os respondo y suspirais pasando  
Sin que baste á entender vuestro suspiro,  
Os llamo á mi, y os alejais volando,  
Gemís si duermo, y os velais si os miro.

Si á vuestras tristes misteriosas quejas  
Mis rejas abro y vuestro bien deseo,  
Solo á través de mis macizas rejas  
Cruzar las nubes en silencio veo.

¡Oh de la noche incomprensibles ruidos!  
Ayes que hervís en la tiniebla oscura...  
¿Quién sois? ¿dó vais? ¿de dónde sois venidos?  
¿Qué voz ajena en vuestra voz murmura?

¿Sois el rumor del agitado viento,  
Los ayes de las almas sin reposo,  
O la voz del tenaz remordimiento,  
Del descanso enemigo y envidioso?

Quien quiera que seáis, almas ó nieblas,  
Pasad, y en vuestra confusión liviana  
Seguid vuestro camino en las tinieblas  
Y no llameis jamás á mi ventana.

Porque es triste ¡muy triste! un aposento  
Donde á la luz de lámpara que espira

Se oye el crujir del tumultuoso viento  
Que fuera en torno de las torres gira.

Es triste, sí, muy triste y muy medroso,  
Velar sobre un volúmen carcomido,  
La frente ardiendo, el alentar penoso,  
Las llamaradas aumentando el ruido;

Viendo las letras en las turbias hojas  
A su dudosa vibración mezclarse,  
Negras, azules, amarillas, rojas,  
A la afanosa comprensión negarse.

Y leer en vez de religiosas voces  
O de amorosa y métrica armonía  
Cifras que borran cifras mas veloces,  
De sentido infernal, de raza impía.

Pasad, fantasmas de la noche oscura,  
Quien quiera que seáis, almas ó nieblas,  
Pasad, y en mis vigiliass de amargura  
No llameis á mi reja en las tinieblas.

No llameis, que enemigo de la sombra  
Odia el cantor vuestra armonía vana;  
Dejad al trovador á quien asombra  
El oír llamar á su ventana.

¡Pasad, sombras sin cuerpos, aires vanos,  
Pobres de luz, de voz desconocida,  
Esquivos á los ojos y las manos,  
Estraños á la fé de nuestra vida!

Pásad, y no turbeis de mi sosiego  
La dulce calma ó la nocturna vela:  
No creo en vuestro sér, pasad, os ruego,  
Seguid al aire que os arrastra y vuela.

¿Pensais que á esos ahullos y suspiros  
Con que llenais la oscuridad tranquila  
Como á silbos de brujas ó vampiros  
Mi amedrentado corazón vacila?

¿Pensais ¡oh! que por medio de escucharos  
Con voz pujante entonaré canciones,  
Y al arpa acudiré para ahuyentaros  
Con dulces trovas de amorosos sonos?

¡Mentís, abortos de la sombra vana!  
Yo sé bien que, si fuerais mas que viento,  
Holgarais en monton en mi ventana  
Al blando són de mi amoroso acento.

Mentís, hijos del aire y de las nieblas,  
Mentís: yo tengo sin cesar conmigo  
Un talisman que alumbra las tinieblas  
Del desdichado protector y amigo.

Mirad cuál radia en mi tugurio estrecho  
La limpia luz de la esperanza mia:  
Mirad cuál vela en mi desierto lecho  
Con su cariño maternal María.

Todas las noches mi dolor la implora,  
Y amiga de mi llanto solitario

Todas las noches mis engaños lora  
Con el raudal que reventó el Calvario.

Pasad, remordimientos tentadores ;  
Ya sé quién gime mi falaz desvío,  
Ya sé quién riega las marchitas flores  
Con tierno llanto, del recuerdo mío.

¡Ya sé quién «hijo!» en soledad me llama  
É «hijo» á su voz la soledad responde...!  
¡Ah! cuanto mas tras la ovejuela clama,  
Mas á sus quejas y á su afán se esconde.

Tierna, amorosa, celestial María,  
Rosa inmortal del Gólgota sangriento,  
Faro infalible que mi rumbo guía  
Entre la furia de la mar y el viento ;

Líbrame de esos ecos misteriosos  
Que me atormentan en la sombra vana,  
Aleja esos fantasmas vaporosos  
Que vienen á llamar á mi ventana.

¡ Y tú, perdida y bella,  
Fugaz y última estrella  
Que viertes á deshora  
Delante de la aurora  
Con perezosa huella  
Dudoso resplandor!  
¡Oh! ; tráeme la hermosura,  
La calma y la frescura  
Del alba trasparente,  
Que este tropel ahuyente  
Con que la sombra oscura  
Me cerca en derredor!

Ven, estrella matutina,  
Y á tu blanca y argentina  
Silenciosa aparición,  
Huirá de mi ventana  
Esa confusión liviana  
Que despierta mi afición.

¡ Lámpara de consuelo  
A cuya lumbre velo,  
Que escuchas solitaria  
Mi tímida plegaria,  
Si acaso llega al cielo  
Mi súplica mortal!  
Tráeme la luz del día  
Que calme la agonía  
De esos remordimientos  
Que vogan turbulentos  
Sobre la niebla umbría  
En ilusión fatal.

Ven, estrella matutina,  
Y tu blanca y argentina  
Silenciosa aparición,  
Ahuyente de mi ventana

Esa infernal caravana  
Que huella mi corazón.

Recuerdos son dañinos  
Que cruzan peregrinos  
El arenal desierto  
Del corazón incierto,  
Buscándole caminos  
Que acaso no hay en él.  
Que nunca ven tranquilo  
Recóndito un asilo,  
Y que jamás se amansan,  
Y que jamás descansan,  
Corrientes que hilo á hilo  
Desbordan su nivel.

Ven, estrella matutina,  
Y á tu blanca y argentina  
Luminosa aparición,  
Huyan las sombras livianas  
Que llaman á las ventanas  
De mi triste corazón.

Dejadme, negros sueños,  
De aterradores ceños,  
De fuerza irresistible,  
Ya sé que es imposible  
Vencer vuestros empeños...  
Ya vuestro nombre sé.  
Dejadme que respire,  
Que viva y que delire ;  
Pues mis errores lloro,  
Dejadme, yo os imploro ;  
¡ Dejad que en paz suspire  
Lo que insensato hollé!

Ven, estrella matutina,  
Y á tu blanca y argentina  
Silenciosa aparición,  
Huyan las sombras livianas  
Que llaman á las ventanas  
De mi triste corazón.

## GLORIA Y ORGULLO.

¡Lejos de mí, placeres de la tierra,  
Fábulas sin color, sombra, ni nombre,  
A quien un nicho miserable encierra  
Cuando el aura vital falta en el hombre!

¿Qué es el placer, la vida y la fortuna,  
Sin un sueño de gloria y de esperanza?  
Una carrera larga é importuna,  
Mas fatigosa cuanto más se avanza.

Regalo de indolentes sibaritas,  
Que velas el haren de las mugeres,

Opio letal que el sueño facilitas  
Al ébrio de raquíuticos placeres,

Lejos de mí. — No basta á mi reposo  
El rumor de una fuente que murmura,  
La sombra de un moral verde y pomposo,  
Ni de un castillo la quietud segura.

No basta á mi placer la inmensa copa  
Del báquico festín, libre y sonoro,  
De esclavos viles la menguada tropa  
Ni las llaves de espléndido tesoro.

De un Dios hechura, como Dios concibo;  
Tengo aliento de estirpe soberana;  
Por llegar á gigante enano vivo;  
No sé ser hoy y perecer mañana.

Yo no acierto á decir «la vida es bella,»  
Y descender estúpido al olvido;  
Amo la vida porque sé por ella  
Al alcázar trepar donde he nacido.

De esa inmensa pasión que llaman gloria  
Brotó en mi corazón ardiente llama,  
Luz de mí sér me abraza la memoria,  
Voz de mí sér inestinguible clama.

*Gloria*, ilusión magnífica y suprema,  
Ambición de los grandes en quien quiso  
Velar Dios esa mística diadema  
Que nos dará derecho al paraíso,

Nada es sin tí la despreciable vida,  
Nada hay sin tí ni dulce ni halagüeño,  
Solo en aquesta soledad perdida  
La sombra del laurel concilia el sueño.

Solo al murmullo de la escelsa palma  
Que el noble orgullo con su aliento agita  
En blando insomnio se adormece el alma,  
Y en su mismo dormir crea y medita.

Zeuxis, Apeles, Píndaro y Homero  
Bajo ese verde pabellón soñaron;  
César, Napoleón y Atila fiero  
Bajo ese pabellón se despertaron.

Por tí el delirio del honor se adora,  
Por tí el hinchado mar hiende el marino,  
Por tí en su gruta el penitente llora,  
Y empuña su bordon el peregrino.

Por tí el soldado se vendió á sus reyes,  
Y lidia agora con porfía insana,  
No por esas que ignora pobres leyes,  
Por comprar una lágrima mañana.

Por tí le canta el orgulloso amante  
Dulces trovas de amor á una querida;  
Porque tal vez un venturoso instante  
Tenga en su canto prolongada vida.

Por tí del negro túmulo en la piedra  
Ambicioso el mortal graba su nombre,  
Porque tal vez entre la tosca hiedra  
Otro día al pasar le lea un hombre.

Por tí acaso el cansado centinela  
Que incendió una ciudad en la batalla  
Su cifra indiferente mientras vela  
Pinta con un tizon en la muralla.

El polvo en que hubo sus cabañas Roma  
Por tí con templos y palacios pisa,  
Por tí su gesto satisfecho asoma  
Tras su inmenso sarcófago Artemisa.

Por tí vencida se incendió á Corinto,  
Por tí la sangre en Maratón se orea,  
Por tí una noche con aliento estinto  
Tumba Leonidas demandó á Platea.

Por tí trofeos el cincel aborta,  
Y alzanse torres con tenaz porfía;  
Porque es la vida deleznable y corta,  
Y todos quieren prolongarla un día.

Por eso velo con la noche oscura  
Sobre un volúmen carcomido y roto,  
Y una mañana me sueño de ventura,  
Y otra existencia en porvenir remoto.

Por eso en mis estériles canclones  
El blando són del agua me adormece,  
Y entre pardos y errantes nubarrones  
De la noche el fanal se desvanece.

Oigo en mi canto el lánguido murmullo  
Del aura que los árboles menean,  
De la tórtola triste el ronco arrullo,  
Y la sonora lluvia que gotea.

Veo las sacrosantas catedrales,  
Los antiguos y góticos castillos,  
Y el granizo se estrella en sus cristales,  
O azota sus escombros amarillos.

¡Oh! si sentís esa ilusión tranquila,  
Si creéis que en mis cánticos murmura  
Ya el aura que en los árboles vacila,  
Ya el mar que rugen en la tormenta oscura;

Si al són gozals de mi canción que miente  
Ya el bronco empuje del errante trueno,  
Ya el blando ruido de la mansa fuente  
Lamiendo el césped que la cerca ameno;

Si cuando llamo á las cerradas rejas  
De una hermosura, á cuyos piés suspiro,  
Sentís tal vez mis amorosas quejas,  
Y os sonreís cuando de amor deliro;

Si cuando en negra aparición nocturna  
La raza evoco que en las tumbas mora  
Os estremece en la entreabierta urna  
Respondiendo el espíritu á deshora;

Si llorais cuando en cántico doliente  
Hijo estraviado ante mi madre lloro,  
O al cruzar por el templo reverente  
La voz escucho del solemne coro;

Si alcanzais en mi pálida mejilla  
Cuando os entono lastimosa endecha  
Una perdida lágrima que brilla  
Al brotar en mis párpados deshecha :

Todo es una ilusión, todo mentira,  
Todo en mi mente delirante pasa,  
No es esa la verdad que honda me inspira;  
Que esa lágrima ardiente que me abrasa

No me la arranca ni el temor ni el duelo,  
No los recuerdos de olvidada historia;  
¡Es un raudal que inunda de consuelo  
Este sediento corazón de gloria!

¡Gloria! madre feliz de la esperanza,  
Mágico alcázar de dorados sueños,  
Lago que ondula en eternal bonanza  
Cercado de paisajes halagüeños,

¡Dame ilusiones! dame una armonía  
Que arrulle el corazón con el oído  
Para que viva la memoria mía  
Cuando yo duerma en eternal olvido.

¡Lejos de mí, deleites de la tierra,  
Fábulas sin color, forma, ni nombre,  
A quien un nicho miserable encierra  
Cuando el aura vital falta en el hombre!

¡Gloria, esperanza! sin cesar conmigo  
Templo en mi corazón alzaros quiero,  
Que no importa vivir como el mendigo  
Por morir como Píndaro y Homero.

---

## PEREZA.

---

Cuán descansadamente  
Lejos del vano mundo se reposa  
A la orilla de límpida corriente  
O de un moral bajo la sombra hojosa!

En el césped mullido,  
Sin luz los ojos, sin vigor los brazos,  
De la tranquila soledad el ruido  
Se pierde por la atmósfera á pedazos.

El ánimo descansa  
De la ciega pasión, y su braveza,  
Y el cuerpo, presa de indolencia mansa,  
Se goza en su pacífica pereza.

Entonces no el tesoro  
Ni la sed del placer el alma aviva,

El mas rico licor en copa de oro  
Entonces se desprecia y no se liba.

La mente no se inquieta  
Por pensamientos de dolor cercada  
Que á su honda languidez yace sujeta,  
Y á su propia impotencia encadenada.

Sin luz el ojo vago,  
Sin un sonido sobre el labio abierto,  
Pasa la vida, cual por hondo lago  
De incierta luz el resplandor incierto.

Así vuelan las horas,  
Y así pasan pacíficas y bellas  
Cual las aves del viento voladoras,  
Cual la cobarde luz de las estrellas.

Así el pesar se aduerme,  
Y al grato són de una aura que murmura  
Tal vez se goza del reposo inerte  
Que confunde el pesar con la ventura.

Así mis horas quiero  
Que pasen sin valor y sin fortuna,  
Ya al manso són del céfiro ligero,  
Ya al resplandor de la amarilla luna.

Ven, amorosa Elvira,  
Ven á mis brazos, que de amor sediento  
El perezoso corazón suspira  
Por ver tus ojos, por beber tu aliento.

Ven, adorado dueño,  
Sepa que estás, en mi descanso inerte,  
Cerca de mí para velar mi sueño,  
Cerca, hermosa, de mí cuando despierte.

Yo en la yerba tendido,  
A la sombra de un álamo frondoso  
Entreveré con ojo adormecido  
Cuál velas mi descanso silencioso.

El sol á lento paso  
Hundió en el mar su faz esplendorosa,  
Marcando su camino en el ocaso,  
Vivo arrebol de púrpura y de rosa.

El agua mansamente  
Con monótono arrullo le despide,  
Y arrastrando sus ondas lentamente  
El ancho espacio de sus ondas mide

Solo queda en la tierra  
El vapor del crepúsculo dudoso,  
Y el vago aroma que la flor encierra  
Se esparce por el aire vagaroso.

Y las fuentes corriendo,  
Y las brisas volando se estremecen,  
Y su soplo en las árboles creciendo,  
A su soplo los árboles se mecen.

**Trémulas van las olas**

Bajo sus alas mansas y ligeras,  
Reflejando las sueltas banderolas  
De las naves que el mar surcan veleras.

Y la luna argentina,  
La bóveda al cruzar del firmamento,  
La inmensidad del Bósforo ilumina,  
Color prestando al invisible viento.

Y al són del mar vecino,  
Y al murmullo del viento caloroso,  
Y al reflejo del éter cristalino  
Se aduerme el cuerpo en lánguido reposo.

En la quietud amiga  
De la callada noche macilenta,  
Hasta la misma languidez fatiga,  
Y el ánima se rinde soñolienta.

¡Oh! bien haya el estío  
Con su tranquila y bochornosa calma,  
Que roba al corazón su ardiente brío,  
Y en blanda inercia nos aduerme el alma.

Ya de ese insomnio presa,  
Me faltan voluntad y pensamiento,  
Y hasta mi cuerpo sin valor me pesa,  
Y el són me cansa de mi propio aliento.

Dadme deleites, dadme,  
Henchidme de placeres los sentidos;  
Venid, eunucos, y al haren llevadme  
En vuestros brazos al placer vendidos.

Abridme esas ventanas,  
Dadme á beber el aura de la noche,  
Y á saborear las ráfagas livianas  
Que á la flor rasgan su aromado broche.

Quiero al són de las olas  
Secar un corazón en solo un beso;  
Traedme mis esclavas españolas,  
Que el mio tienen en sus ojos preso.

Venid, venid, hermosas,  
Divertidme con danzas y canciones,  
Venid en lechos de fragantes rosas,  
Venid, blancas y espléndidas visiones.

Quemad en mis pebetes  
Cuanto aroma encontréis en mi palacio,  
Y respiren sus anchos gabinetes  
Ambar opreso en reducido espacio.

Ven, voluptuosa Elvira,  
Tréncame con tu mano mis cabellos,  
Y tú, Inés, por quien Málaga suspira,  
Nardo derrama y azahar en ellos.

Traedme á esos esclavos  
Que aportan mis bajeles viento en popa,  
Presa que hicieron mis piratas bravos  
En un rincón de la dormida Europa.

Vengan á mi presencia,  
Y al són de sus estraños instrumentos  
Sirvan á mi poder y á mi opulencia,  
Sino con su canción, con sus lamentos.

Dadme deleites, dadme;  
Cúbreme, Elvira, con tu schal de espumas,  
Y las tostadas sienas refrescadme  
Con abanicos de rizadas plumas.

Suene en mi torpe oído  
Su suave són como murmullo blando  
De arroyo que á la mar baja perdido  
De Peña en Peña jugueteo rodando.

Cual tórtola que llama  
Con lento arrullo que en el viento pierde  
La descarriada tórtola á quien ama,  
De árbol sombrío en el columpio verde.

Danzad mientras reposo,  
Cantad en derredor mientras descanso,  
Y no sienta en mi sueño voluptuoso  
Mas que murmullo lisonjero y manso.

---

**CADENA.**

## I.

Nace la rosa y su botón desplega  
Orlada en torno de punzante espina,  
Y sobre el agua que los pies la riega  
Fresca se inclina.

Mas altanera cuanto mas hermosa,  
Su imagen mira en el tranquilo espejo,  
Y el sol del agua sobre el haz dudosa  
Pinta el reflejo.

El aura errante que al pasar murmura  
El dulce aroma de su caliz bebe,  
La sorda abeja que su esencia apura  
Néctar la debe.

Reina del huerto y de la selva gala,  
Del césped brilla sobre el verde manto,  
Libre á su sombra el colorín exhala  
Rústico canto.

No hay flor mas bella... ¿mas á qué su orgullo  
Si el cierzo helado su botón despoja  
Y el agua arrastra su infeliz capullo  
Hoja tras hoja?

## II.

Huye la fuente al manantial ingrata  
El verde musgo en derredor lamiendo,  
Y el agua limpia en su cristal retrata  
Cuanto va viendo.

El césped mece y las arenas moja  
Dó mil caprichos al pasar dibuja,  
Y ola tras ola murmurando arroja,  
Riza y empuja.

Lecho mullido la presenta el valle,  
Fresco abanico el abedul pomposo,  
Cañas y juncos retirada calle  
Sombra y reposo.

Brota en la altura la fecunda fuente;  
¿Y á qué su empeño, si al bajar la cuesta  
Halla del rio en el raudal rugiente  
Tumba funesta?

## III.

Lánzase el rio en el desierto mudo,  
La orilla orlando de revuelta espuma,  
Y al eco evoca cuyo acento rudo  
Hierva en su bruma.

Su imágen cifñe pabellon espeso  
De áspera zarza y poderoso pino,  
Y entre las rocas divididas preso  
Busca camino.

Lecho sombrío el rústico ramage  
Que riega en torno misterioso ofrece,  
Y el pardo lobo, y el chacal salvage  
Dél se guarece.

La tribu errante, el viajador perdido  
La sed apaga en su raudal corriente,  
Y el arco cierra que sobre él partido  
Cuelga del puente.

¿Mas qué la sombra, el ruido y el perfume  
Valen del cauce que recorre estenso,  
Si el mar le cava cuando en él se sume  
Túmulo inmenso?

## IV.

¡El mar, el mar! — Remedo tenebroso  
De la insondable eternidad, espera  
De la trompa final el són medroso  
Para romper hambriento su barrera.

Abismo cuyos senos insaciables  
Jamás encuentra su avaricia llenos,  
De misterios conserva inmensurables  
Siempre peñados sus gigantes senos.

¡Eso es el mar! — Gemelo de la nada,  
Cinto que el globo por dó quier rodea,  
Centinela fatal que encadenada  
La tierra guarda que sorber desea.

¡El mar! — Como él hondísimo y oscuro  
El misterioso porvenir se estiende,  
Y tras su negro impenetrable muro  
Nada mezquina la razon comprende.

El cerco de un sepulcro es su portada,  
Tras él se baja un escalon de tierra :  
Pasado el escalon, la puerta hollada  
Se abre, sorba la víctima, y se cierra.

Y allá van sin cesar conforme nacen  
A morir uno y otro pensamiento,  
Brotan unos donde otros se deshacen,  
Bullen, caen, y se hunden al momento.

## V.

Rosas la fuente en la montaña brota,  
Sécanse, caen, y bajan con la fuente  
Al rio que se va gota tras gota  
Al hondo mar que sorbe su corriente.

---

 EN UN ALBUM.
 

---

No sé si por el valle de la vida  
Cruzaré fatigado peregrino,  
Acabando cual flor que consumida  
Se seca entre los brazos de un camino :

No sé si en pos de inspiracion ardiente,  
Rico y sediento el corazon de gloria,  
Le cruzaré cual rápido torrente,  
Rastro dejando de inmortal memoria.

Mas ya rueda cual hoja que arrebatada  
Sonante y revoltoso torbellino;  
Ya baje como escelsa catarata  
Ufano con mi espléndido destino;

Cuando al borde de tumba solitaria  
Desparrame mis pobres pensamientos,  
De mustias flores muchedumbre varia  
Secas entre mis últimos alientos,

¡Fiad, señora, que en tan triste lecho,  
Siempre leal y generoso amigo,  
Al ocupar mi cabezal estrecho  
Vuestra memoria dormirá conmigo.

---

 MISTERIO.
 

---

A MI AMIGO

D. ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

¡Ay! aparta, falaz pensamiento,  
Que eterno en el alma bulléndome estás,  
Falsa luz que al impulso del viento  
En vez de guiarme perdiéndome vas.

Tras de tí por las sombras camino,  
Ni noche ni día descanso tras tí;  
Es seguirte tal vez mi destino,  
Y acaso es el tuyo guardarte de mí.

Misteriosa vision de mi vida,  
Mas vaga que el caos en forma y color,  
Te comprendo en mi mismo perdida,  
Cual sueño penoso, cual sombra de amor.

Ya tu blanda amorosa sonrisa  
Me presta esperanza, me aviva la fé;  
Cual flor eres que aroma la brisa  
Y en seco desierto olvidada se ve.

Ya tu imágen sombría y medrosa  
Me ciega y me arrastra en su curso veloz,  
Como nube que rueda espantosa  
En brazos del viento al compás de su voz.

Ya cual ángel de paz te contemplo,  
Y ya cual fantasma sangrienta y tenaz:  
En el valle, en la roca, en el templo  
Te alcanzo á lo lejos hermosa y fugaz.

Por dó quiera te encuentran mis ojos,  
No miro ni tengo mas rumbo dó quier,  
Ya te muestres preñada de enojos,  
Fantasma enemiga ó risueña muger.

Yo no sé de tu esencia el misterio,  
Tu nombre y tu vago destino no sé,  
Ni cuál es tu ignorado emisferio,  
Ni adónde perdido siguiéndote iré.

Mas no encuentro otro fin á mi vida,  
Mas paz, ni reposo, ni gloria que tú,  
Que en el cóncavo espacio perdida  
Tu alcázar es su ancho dosel de tisú.

Por su rica region las estrellas  
A veces brillante camino te dan;  
Y otras veces tus místicas huellas  
Por mares de sombras perdiéndose van.

Una brisa en las ramas sonando  
Que dice tu nombre imagino tal vez,  
Y un relámpago raudo pasando  
Tu forma me muestra en fatal rapidez.

Yo postrado al mirarte de hinojos  
Dó quier que apareces levanto un altar,  
Y arrasados en llanto los ojos  
Tal vez insensato te voy á adorar.

Mas al ir á empezar mi conjuro,  
Mi torpe blasfemia ó mi casta oracion,  
El oriente en su cóncavo impuro  
Me sorbe irritado mi blanca vision.

Y tu imágen me queda en la mente  
Informe, insensible cual bulto sin luz  
Que se crea el temor de un demente  
De lóbrega noche entre el negro capuz.

Sueño, estrella ó espectro, ¿quién eres?  
¿Qué buscas, fantasma, qué quieres de mí?  
¿No hay sin tí ni dolor ni placeres?  
¿No hay lecho, ni tumba, ni mundo sin tí?

¿No hay un hueco dó esconda mi frente?  
¿No hay venda que pueda mis ojos cegar?  
¿No hay beleño que aduerma mi mente,  
Que hierve encerrada de sombra en un mar...?

¡Oh! si gozas de voz y de vida,  
Si tienes un cuerpo palpable y real,  
Deja al menos, fantasma querida,  
Que goce un instante tu vista inmortal

Dame al menos un sí de esperanza,  
Alguna sonrisa, fugaz serafin,  
Con que espere algun día bonanza  
El golfo del alma que bulle sin fin.

Mas si es solo ilusion peregrina  
Que el ánima ardiente soñando creó,  
¡Ay! deshád esa sombra divina,  
Que viene conmigo dó quier que voy yo.

Sí, deshádla, que en vano la miro  
En torno á mis ojos errante vagar,  
Si cual débil y triste suspiro  
Se pierde en los vientos al ir á abrazar.

Sí, deshádla, que torpe mi mano  
Su mano en la sombra jamás encontró,  
Ni el mas flébil lamento liviano  
Avaro en mi oído su labio posó.

Muere al fin, ¡ó vision de mi vida!  
Mas vaga que el caos en forma ó color,  
A quien siento en mi mismo perdida,  
Cual sueño penoso, cual sombra de amor.

Mas ¿qué fuera del triste peregrino  
Que cruzando sediento el arenal  
No encontrara jamás en su camino  
Mañsa sombra ni fresco manantial?

De esta vida en la noche tormentosa  
¿Qué rumbo ni qué término seguir?  
Sin tu vaga presencia misteriosa,  
Sin tu blanca ilusion ¿cómo vivir?

Abriéranse mis ojos á mirarte,  
Mis oídos tus pasos escuchar,  
Y al fin desesperados de encontrarte  
Tornáranse en tinieblas á cerrar.

Despertara en la noche solitaria  
De tus palabras al fingido són,  
Y solo respondiera á mi plegaria  
El latido del triste corazón.

¡Sombra querida, sin cesar conmigo  
Mis lentas horas hechizando ven,

Y el desierto arenal será contigo  
Huerto frondoso y perfumado Eden!

No espíres, misterioso pensamiento,  
Que dentro oculto de mi mente vas,  
Aunque no alcance el corazón sediento  
Tu santa esencia á comprender jamás.

No sepa nunca tu verdad dudosa;  
Vélame, si lo quieres, tu razón;  
Disípate á lo lejos vagarosa,  
Mas sé siempre mi cándida ilusión.

Al fin sabré que junto á tí respiro,  
Que estás velando junto á mí sabré,  
Y que aun brilla oscilando en lento giro  
La consumida antorcha de mi fé.

¿Qué me importa tu esencia ni tu nombre,  
Genio hermoso, ó quimérica ilusión,  
Si en esta soledad, cárcel del hombre,  
Dentro de tí te guarda el corazón?

¿Qué me importa jamás saber quién eres,  
Astro de cuya luz gozando voy,  
Término de mi afán y mis placeres,  
Dios que sin fin idolatrando estoy?

Quien quier que seas, vano pensamiento,  
Muger hermosa que soñando vi,  
O recuerdo ó tenaz remordimiento,  
Ni un solo instante viviré sin tí.

Si eres recuerdo endulzarás mi vida,  
Si eres remordimiento te ahogaré,  
Si eres visión te seguiré perdida,  
Si eres una muger yo te amaré.

## JUSTICIAS DEL REY D. PEDRO.

### I.

Quando su luz y su sombra  
Mezclan la noche y la tarde,  
Y los objetos se sumen  
En la sombra impenetrable,  
En un postigo escusado  
Que á una callejuela sale  
De una casa, cuya puerta  
Principal da á la otra calle,  
Dos hombres que se despiden  
Se ven, aunque no se sabe  
Ni cuál de los dos se queda,  
Ni cuál de los dos se parte.  
Ambos mirándose atentos,  
Ambos un pié hácia adelante,  
Parados en el dintel  
Están, y entrambos iguales.  
Por fin el mas viejo de ellos,

Hundiendo el mustio semblante  
Entre el sombrero y la capa  
En ademan de marcharse,  
Torció la cabeza á un lado  
Pronunciando un *no* tan grave,  
Que bien se vió que era el fin  
De las pláticas de enantes.  
Sin duda el otro entendido  
No encontró que replicarle,  
Pues bajando la cabeza  
Callóse por un instante.  
« Buenas noches, » dijo el viejo;  
Tartamudeó un « Dios le guarde »  
El otro, mas decidiéndose  
Hizo hácia el viejo un avance :  
« Mírelome bien, y cuidado  
No se arrepienta, compadre.  
— Nunca écheme mas que una cuenta.  
— Piénselo bien, y no pase  
Sin contar lo que va de él  
A Don Juan de Colmenares.  
— Señor, replicó el anciano,  
En tiempos tan deplorables  
Ya sé que lo pueden todo  
Los ricos y los audaces.  
— Pues mire lo que le importa,  
Que rico y audaz señales  
Son con que marca la fama  
A los que en mi casa nacen. »

Callaron por un momento,  
Y continuando mirándose,  
Dijo el viejo tristemente,  
Aunque en tono irrevocable :  
« Nunca lo esperé de vos,  
Mas tampoco vos ni nadie  
Puede esperar mas de mí.  
— Pues entonces adelante;  
Idos, buen viejo, con Dios,  
Que estoy de prisa y es tarde. »

Cerró la puerta de golpe  
A escuchar sin esperarse  
Una respuesta que el viejo  
Tuvo tentación de darle :  
Y acaso por su fortuna  
Quedó á tal punto en la calle  
Para dársela á la puerta,  
Donde la deshizo el aire.  
Volvió el anciano la espalda,  
Y en dos golpes desiguales  
Sus pasos descompasados  
Pueden de lejos contarse;  
Porque sus piés impedidos  
Deben á su edad y achaques  
Una muleta que marcha  
Un pié que los suyos antes.  
La esquina á espacio traspuso,  
Y á poco otro hombre mas ágil,  
Saliendo por el postigo

Siguió en silencio su alcance ;  
 Túvose al volver la esquina,  
 Tendió los ojos sagaces,  
 Y enderezó los oídos  
 Atento por todas partes ;  
 Mas no oyendo ni escuchando  
 De que poder recelarse,  
 Tomando el rastro del viejo,  
 Echó por la misma calle.

## II.

En un aposento ambiguo,  
 Medio portal, medio tienda,  
 Que hace asimismo las veces  
 De cocina y de despensa,  
 Pues da su entrada á la calle,  
 Y en confuso ajuar ostenta  
 Camas, hormas y un caldero  
 Colgado en la chimenea,  
 Hay seis personas distintas  
 Que hacen al pié de la letra  
 (Salvo el padre, que está ausente)  
 Una raza verdadera.  
 Un mozo de veinte abriles,  
 Una muchacha risueña  
 De diez y seis, tres muchachos,  
 Y una anciana de sesenta.  
 Y aunque á las veces nos turban  
 Engañosas apariencias,  
 Zapateros son de oficio,  
 Si á espacio se considera  
 Que está la estancia aromada  
 Con vapores de pez negra,  
 Que ribetea la moza,  
 Y que el mozo maja suela.  
 « Mucho tarda, dijo el último,  
 Padre esta noche, Teresa.  
 — Ya há tiempo que ha anochecido.  
 — Muchacho, atiza esa vela,  
 Y deja quieto ese bote. »  
 Y esto diciendo en voz recia  
 El mozo, siguió en silencio  
 Cada cual en su tarea,  
 El chico sitiando al bote,  
 Ribeteando la doncella,  
 Majando el mozo á compás,  
 Y dormitando la vieja.  
 Con monótonos murmullos  
 Arrullaban esta escena  
 El són de la escasa lluvia  
 De un aguacero que empieza,  
 El no interrumpido són  
 Con que hierve la caldera,  
 Y el tumultuoso chasquido  
 Con que la luz chisporrea.  
 « ¿Las nueve son? dijo el mozo.  
 — Eso las ánimas sueñan  
 Con sus campanas, repuso

Santiguándose Teresa.  
 — ¡Las ánimas, y aun no viene! »  
 Y echando atrás la silleta,  
 Se puso el mancebo en pié,  
 Y encaminóse á la puerta.  
 Al ruido que hizo en el cuarto,  
 Despertándose la vieja,  
 Dijo : « ¿Rezais á las ánimas? —  
 — Si señora, estése queda. »  
 Asió el mancebo la aldaba,  
 Mas la habia alzado apenas  
 Cuando un espantoso golpe  
 Venció la puerta por fuera.  
*¡ Muerto soy!*  dijo una voz ;  
 Cayó un embozado en tierra,  
 Y vióse un hombre que huía  
 Al fin de la callejuela.  
 En derredor del caído  
 Se agolparon, que aun conserva  
 Algun resto de la vida  
 Que le arrancan á la fuerza ;  
 Mas no bien le desenvuelven  
 Por ver piadosos si alienta,  
 Un grito descompasado  
 Lanzó... la familia entera.  
 Blasfemó el mozo con ira,  
 Desmayóse la doncella,  
 Y la anciana y los muchachos  
 En llanto á la par revientan.  
 « Padre, ¿quién fué? » preguntaba  
 Sosteniendo la cabeza  
 Del anciano moribundo  
 El hijo, que llora y tiembla.  
 Echóle triste mirada  
 Su padre, como quien lega  
 Su razon y su justicia  
 En quien se fija con ella  
 « Juan...

— ¿Qué Juan?

— De Colmenares, »

Balbuceó con torpe lengua,  
 Y sobre el brazo del hijo  
 Dobló la faz macilenta.

Reinó un silencio solemne  
 Por un instante en la escena,  
 Y á reunirse empezaron  
 Vecinos de ambas aceras.  
 Llegó la justicia al punto,  
 Y mientras *justicia* ella  
 Partió por la turba el mozo  
 En faz de intencion siniestra.  
 « ¿Dónde va? dijo un corchete.  
 — Siendo yo su sangre mesma  
 ¿Adónde sino al culpable?  
 — Soy con vos.

— Enhorabuena.

— Por si acaso, va seguro, »  
 Dijo para sí el de presa,

Mientras el mozo resuelto  
Ganó á una esquina la vuelta.

## III.

Son treinta dias despues,  
Y el mismo lugar y hora,  
La misma vieja y los chicos  
Con mesa, mancebo y moza.  
Cada cual en su tarea  
Sigue en paz, aunque se nota  
Que todos tienen los ojos  
Del mancebo en la faz torva.  
Él, sin embargo, en silencio  
Prosigue atento su obra  
Sin levantar la cabeza,  
Que sobre el pecho se apoya.  
Tan doblada la mantiene,  
Que apenas la llama roja  
Que da la luz, alumbrarle  
Las cejas fruncidas logra;  
Y alguna vez que el reflejo  
Las negras pupilas toca,  
Tan viva luz reverberan  
Que chispas parece brotan.  
La verdad es, que una lágrima  
Que á sus párpados asoma  
Viene anunciando un torrente  
En que el corazon se ahoga.  
Y el mozo, por no aumentar  
De los suyos la congoja,  
A duras penas le tiene  
Dentro el pecho y le sofoca.  
Largo rato así estuvieron  
En atencion afanosa,  
Todos mirando al mancebo,  
Y este mirando á sus hormas;  
Hasta que al cabo Teresa,  
Mas sentida ó mas curiosa,  
Le dijo : «¿ Estás malo, Blas? »  
Y á su voz limpia y sonora  
Siguió otro largo intervalo  
De larga atencion dudosa.  
Nada el hermano responde,  
Mas ella su afan redobla,  
Que no hay temor que la tenga  
La valla de una vez rota.  
« ¡ Cómo estás tan cabizbajo...! »  
Y aquí Blas interrumpióla.  
« ¿ Y qué tengo que decir  
A quien sin padre y sin honra  
Debe vivir para siempre? »  
Y aquí la familia toda  
Rompió en ahogados sollozos  
A tan infausta memoria.  
Sosegóse, y siguió Blas  
En voz lamentable y honda :  
« El rico, y nosotros pobres;  
Débil la justicia, y poca,

Y el rey en caza y en guerra,  
¿ Qué puede alcanzar quien llora?  
— ¿ Qué, por libre se atrevieron...? »  
— Poco menos, pues sus doblas  
Pudieron mas con los jueces  
Que las leyes.

— ¡ Las ignoran! »

Dijo indignada Teresa.

« ¡ No, hermana; las acogotan! »  
Contestó Blas, sacudiendo  
Su mazo con ciega cólera.

Siguió en silencio otro espacio,  
Y otra vez Teresa torna :

« ¿ Mas la sentencia cuál fué? »

Dijo, y calló vergonzosa.

« ¡ La sentencia? » gritó Blas

Revolviéndolo por las órbitas

Los negros y ardientes ojos,

« ¿ La sentencia pides? óyela. »

Todos se echaron de golpe

Sobre la mesilla coja,

Que vaciló al recibirles,

A oír lo que tanto importa.

« Sabeis que el de Colmenares

Hoy pingüe prebenda goza

En la iglesia, y que á Dios gracias,

Y á mi diligencia propia,

Se le probó que dió muerte

A padre (que en paz reposa).

Pues bien, no sé por qué diablos

De maldita gerigonza

De conspiracion que dicen

Que con su muerte malogra,

Dieron por bien muerto á padre,

Y al clérigo...

— ¿ Le perdonan?

— No, vive Dios, le condenan;

¡ Mas ved qué dogal le ahoga!

Condénanle á que en un año

No asista á coro, mas cobra

Su renta, es decir, le mandan

Que no trabaje, y que coma. »

Tornó á su silencio Blas,

Y á sus sollozos la moza,

Ella cosiendo sus cintas,

Y él machacando sus hormas.

## IV.

Está la mañana limpia,  
Azul, trasparente, clara,  
Y el sol de entre nubes rojas  
Espléndida luz derrama.  
Toda es tumulto Sevilla,  
Músicas, vivas y danzas;  
Todo movimiento el suelo,  
Toda murmullos el aura.

Cruzan literas y pages,  
 Monges, caballeros, guardias,  
 Vendedores, alguaciles,  
 Penachos, pendones, mangas.  
 Flota el damasco y las plumas  
 En balcones y ventanas,  
 Y atraviesan besamanos  
 Donde no caben palabras.  
 Descórrense celosias,  
 Tapices visten las tapias,  
 Los abanicos ondulan,  
 Y los velos se levantan.  
 Cuantas hermosas encierra  
 Sevilla á su gloria saca,  
 Cuantos buenos caballeros  
 En sus fortalezas guarda,  
 Ellos porque son galanes,  
 Y ellas porque son bizarras,  
 Las unas porque la adornen,  
 Los otros para admirarlas.  
 Oyense al lejos clarines,  
 Y chirimías y cajas,  
 Y á lengua suelta repican  
 Esquilones y campanas.  
 Mas no vienen los hidalgos  
 Armados hasta las barbas,  
 Ni el pálido rostro asoman  
 Las bellas amedrentadas;  
 Que no doblan los tambores  
 En són agudo de alarma,  
 Ni las campanas repican  
 A rebato arrebatadas:  
 Que es *la procesion del Corpus*  
 Que ya traspone las gradas  
 Del atrio, y el rey Don Pedro  
 Acompañándola baja.  
 Padillas y Coroneles  
 Y Alburquerque se adelantan  
 Con Osorios y Guzmanes,  
 Pompa ostentando sobrada.  
 Y bajo un palio Don Pedro  
 De ocho punzones de plata,  
 Descubierta la cabeza,  
 Y armado hasta el cuello, marcha.

En torno suyo el cabildo  
 Diez individuos encarga  
 Que de escuderos le sirvan  
 En comision poco santa;  
 Mas tiempos son tan ambiguos  
 Los que estos monges alcanzan,  
 Que tanto arrastran ropones  
 Como broqueles embrazan.  
 Entre ellos se ve á Don Juan  
 De Colmenares y Vargas,  
 Que deja por vez primera  
 La reclusion de su casa.

No porque el año ha cumplido,  
 Sino porque el año paga,

Y doblas redimen culpas  
 Si se confiesan doradas.

Rosas deshojan sobre ellos  
 Las hermosísimas damas,  
 Y toda es flores la calle  
 Por donde la corte pasa.  
 Envidia de las mas bellas  
 Salió á un balcon del alcázar  
 La hermosísima Padilla,  
 Origen de culpas tantas.  
 Hizola vénia Don Pedro,  
 Y al responderle la dama,  
 Soltó sin querer un guante,  
 Y ojalá no le soltara.  
 Lanzóse á tomar la prenda  
 Muchedumbre cortesana:  
 Muchos llegaron á un tiempo,  
 Mas nadie tomarla osaba,  
 Que fuera accion peligrosa  
 Aparte de lo profana.  
 Partiendo la diferencia  
 Salió de la fila santa  
 El bizarro Colmenares  
 Con intencion de tomarla.  
 Mas no bien dejó su mano  
 Del palio el punzon de plata,  
 Y puso desde él al rey  
 Cuatro pasos de distancia,  
 Cuando un mancebo iracundo  
 Con irresistible audacia  
 Se echó sobre él, y en el pecho  
 Le asentó dos puñaladas.

Cayó Don Juan, quedó el mozo  
 Sereno en pié entre los guardias,  
 Que le asieron, y Don Pedro  
 Se halló con él cara á cara.  
 La procesion se deshizo,  
 Volvió gigante la fama  
 El caso de boca en boca,  
 Y ya prodigios contaban.  
 Juntáronse los soldados  
 Recelando una asonada,  
 Cercaron al rey algunos,  
 Y llenó al punto la plaza  
 La multitud codiciosa  
 De ver la lucha empezada  
 Entre el sacrilego mozo  
 Y el sanguinario monarca.  
 Duró un instante el silencio  
 Mientras el rey devoraba  
 Con sus ojos de serpiente  
 Los ojos del que le ultraja.

« ¿Quién eres? » dijo por fin  
 Dando en tierra una patada.  
 « Blas Perez, » contestó el mozo  
 Con voz decidida y clara.  
 Pálido el rey de corage

Asióle por la garganta,  
Y así en voz ronca le dijo,  
Que la cólera le ahogaba :  
« ¿Y yendo tu rey aquí,  
Voto á Dios, porqué no hablaste,  
Si con ocasion te hallaste  
Para obrar con él así? »

Soltóse Blas de la mano  
Con que el rey le sujetaba,  
Y señalando al difunto  
Repuso tras breve pausa :  
« Mató á mi padre, señor,  
Y el tribunal por su oro  
Privóle un año del coro,  
Que en vez de pena, es favor.  
— Y si vende el tribunal  
La justicia encomendada,  
¿No es mi justicia abonada  
Para quien justicia mal?  
— Cuando el miedo ó la malicia  
(Dijo Blas) tuercen la ley,  
Nadie se fia en el rey  
Medido por su justicia. »

Calló Blas, y calló el rey  
A respuesta tan osada,  
Y los ojos de Don Pedro  
Bajo las cejas chispeaban.  
Tendiólos por todas partes,  
Y al fuego de sus miradas,  
De aquellos en quien las puso  
Palidecieron las caras.  
Temblaron los mas audaces,  
Y el pueblo ansioso esperaba  
Una esplosion en Don Pedro  
Mas recia que sus palabras.  
Rompió el silencio por fin,  
Y en voz amistosa y blanda  
El interrumpido diálogo  
Así con el mozo entabla :  
« ¿Qué es tu oficio?

— Zapatero.

— No han de decir, vive Dios,  
Que á ninguno de los dos  
En mi sentencia prefiero. »

Y encarándose Don Pedro  
Con los jueces allí que estaban,  
Dando un bolsillo á Blas Perez,  
Dijo en voz resuelta y alta :  
« Pesando ambos desacatos,  
Si con no rezar cumple él  
En un año, cumples fiel  
No haciendo en otro zapatos. »

Tornóse Don Pedro al punto,  
Y brotó la turba osada

Murmullos de la nobleza  
Y aplausos de la canalla.  
Mas viendo el rey que la fiesta  
Mucho en ordenarse tarda,  
Echando mano al estoque  
Dijo así ronco de rabia :  
« La procesion adelante,  
O meto cuarenta lanzas  
Y acaban, voto á los cielos,  
Los salmos á cuchilladas. »

*Y como consta á la iglesia  
Que es hombre el rey de palabra,  
Siguiéron calle adelante  
Patio, pendones y mangas.*

#### LEIDOS POR LOS ACTORES

#### EN EL TEATRO DEL PRINCIPE

en los dias 6 de setiembre y 11 de octubre de 1839.

#### HERMANOS COMO ESPAÑOLES.

Hartas, ¡oh pátria! lágrimas corrieron,  
De sangre fraternal hartos arroyos,  
De hartos valientes el sepulcro fueron  
Charcas estensas, y profundos hoyos.

Hoy que calmada la sangrienta lucha  
Tremolan á la par ambas banderas  
Blando suspiro enderredor se escucha,  
Corren de paz las lágrimas primeras.

Con ellas, si, los párpados preñados  
Há largo tiempo reventar querian,  
Mas en la lid los ojos ocupados  
A vista de la sangre no podian.

Himnos de triunfo y de placer alcemos,  
Y ya amigos y libres ciudadanos  
La sangre de esas lizas olvidemos  
Que quema el corazon, mancha las manos.

#### LIBRES COMO ESPAÑOLES.

Libres tambien como nosotros eran;  
No mas su mengua tolerar pudieron,  
Y hélos aquí que con orgullo esperan  
Bajo la enseña á que contrarios fueron.

Tended los brazos de matar dolidos,  
Libres tended las callecidas manos,  
Que no hallareis traidores escondidos  
Tras el disfraz de libres y de hermanos.

Aquí está el trono que amparar debemos,  
Aquí la pátria y religion y leyes;

Que aquí igualmente repartir sabemos  
*Libertad* á los pueblos y á los reyes.

GENEROSOS COMO ESPAÑOLES.

No hay mas que un pabellon y una bande-  
 Un sol alumbrá, un idolo se adora; [ra;  
 La frente ante él humillan altanera  
 Ambas huestes vencida y vencedora.

De ambas la sangre en la montaña humea,  
 Tumba á entrambas comun dió la montaña,  
 De ambas la sangre con honor se orea,  
 Que á ambas dió sangre la orgullosa España.

Ambas al fin de libertad reciben  
 Sin mengua ni mancilla el blando yugo,  
 Ambas con leyes fraternales viven,  
 Y donde no hay traicion sobra el verdugo.

Venid, hermanos, á la par nacimos,  
 Al par dejamos la contienda fiera:  
 ¿Queréis mas...? olvidamos que vencimos.  
 No hay mas que un pabellon, y una bandera.

Aquella antigua raza de valientes  
 Cuyo brío español sembró el espanto  
 Por medio de las huestes insolentes  
 Que atropelló en Clavijo y en Lepanto;

Los que á Roma absoluta dieron leyes,  
 Los que sus velas por la mar tendieron,  
 Dando á otro mundo religion y reyes,  
 Hijos de España y nuestros padres fueron.

Si sujetos á error como nacidos  
 En contienda civil se desgarraron,  
 Ellos solos en bandos divididos  
 Despues que se batieron, se abrazaron.

Hijos de España y con valor nacimos;  
 Por arreglar nuestras contiendas fieras  
 Harto como valientes combatimos,  
 Pleguemos de una vez nuestras banderas.

A ello nos brindan con tranquila sombra  
 De nuestras flores las silvestres calles,  
 De nuestras mieses la pajiza alfombra,  
 Y el verde pabellon de nuestros valles.

Que vale mas gozar en la pobreza  
 Paz que á fuerza de sangre nos compremos,  
 Que á otro pedir con criminal pereza  
 La libertad que conquistar podemos.

¡Sí, ciudadanos! raza de valientes  
 Cuyo brío español sembró el espanto  
 Por medio de las huestes insolentes  
 Que huyeron en Clavijo y en Lepanto,

No olvidéis que por premio merecido  
 sos *estraños* de la paz carcoma

I.

Querrán lo que salvar hemos podido  
 De las garras hipócritas de Roma.

No mas de sangre bajarán teñidos  
 Los manantiales que la cumbre brota  
 A contar á los pueblos afligidos  
 En cada infausto triunfo una derrota.

No mas luchando con el rudo viento,  
 De cuervos roncós agorero bando,  
 Vendrá á mecerse donde el són violento  
 Del cóncavo cañon le esté llamando.

No mas al rayo de amarilla luna  
 Vagarán por la noche en la montaña  
 Las sombras de los héroes sin fortuna  
 Que gloria piden y sepulcro á España.

La gloria y el sepulcro que no hallaron  
 Cuando la vida por su pátria dieron;  
 La gloria y el sepulcro que compraron  
 Cuando á los piés de su pendon cayeron.

¡Victimas santas! Sombras doloridas  
 Que insepultas dormís en la llanura,  
 Ya á través dejan ver vuestras heridas  
 Un sol de libertad y de ventura!

Ya podeis sin temor á la vergüenza  
 Alzar los ojos del sangriento caos;  
 No queda ya quien huya ni quien venza:  
 ¡Fantasmas de los héroes, levantaos!

No receleis que al levantar la frente,  
 Tras rota peña ó desplomado muro  
 Quede algun campesino irreverente  
 Que os aseste traidor plomo seguro.

Alzaos, sí: la paz de que gozamos  
 Nosotros solamente nos la dimos,  
 No de estrangera grey la mendígameos,  
 Que á nadie juez de nuestra gloria hicimos.

Nuestra es la sangre que en la lid se orea,  
 Nuestra es la santa ley que obedecemos;  
 Grande ó mezquina nuestra gloria sea,  
 Obra fué nuestra, y nuestra la quereimos.

¡Atrás las lises de la intrusa Francia!  
 ¡Atrás los mercaderes de Inglaterra!  
 Mientras valor nos quede y arrogancia  
 No ha de faltarnos libertad, ni tierra (1).

(1) Esta última composicion fué prohibida por el ayuntamiento antes de ser leida. ¡Es que somos hoy muy españoles y muy atrevidos!

## A LA LUNA.

Bendita mil veces la luz desmayada  
Que avaro te presta magnifico el sol;  
Bendita mil veces ¡oh luna callada!  
Tu luz que no enturbia dudoso arrebol.

En buen hora vengas, viajera nocturna,  
Que el mundo en silencio visitando vas,  
Esposa que viene constante á la urna  
Que guarda los restos del bien que amó mas.

En buen hora vengas, amante Lucina,  
En pos de tu bello dormido Endimion,  
Zelosa asomando la faz argentina  
Por ese estrellado y azul pabellon.

¡Oh! miente quien dice que velas traidora  
Cubriendo del crimen el réprobo afan,  
Que aguardan inquietos tu luz bienhechora  
Los que al sol fraguando delitos están.

No, no eres ¡oh luna! la lámpara opaca  
Que trémula vierte siniestra su luz  
En bóveda impura dó nunca se aplaca  
El alma á quien prensa su losa y su cruz.

No, no eres la tea que alumbrá maldita  
Las manchas de sangre de regio panteon,  
A cuyos reflejos soñando se agita  
Aun de ella sedienta rabiosa vision.

No, no eres la hoguera del gran cementerio  
Que guarda el del mundo secreto final,  
Que en esa morada de sombra y misterio  
Sus ráfagas tiende la luz infernal.

No vienen contigo las voces medrosas  
Que hierven, y turban la sombra dó quier;  
No vienen contigo las nieblas odiosas  
Que doblan el ruido, y nos roban el ver;

No vienen contigo los vagos ensueños  
Que acosan y hieren el ruin corazon,  
Las torvas fantasmas de tétricos ceños  
Que cruzan los aires en pos del turbion.

Tú vienes tranquila, fugaz, solitaria,  
Cual blanca creencia de casta niñez,  
Cual ángel que espia la triste plegaria  
Que eleva al empireo llorosa viudez.

Tú cruzas el limpio y azul firmamento,  
Fanal de consuelo, de paz y de amor,  
En alas de suave balsámico viento,  
Que arruga las aguas y mece la flor.

Y vienen contigo los sueños de plata,  
Las lindas quimeras de antiguo placer,  
Las sombras queridas que alegre retrata  
La mente olvidada del duelo de ayer.

Y vienen contigo las mágicas citas,  
Los besos que espiran del labio al salir,  
Las bellas historias de efimeras cuitas  
Dichas á una reja que temen abrir.

Y vienen contigo los himnos errantes,  
La seña embozada con una cancion  
Que atrae á los ojos osados y amantes  
Un rostro que aguarda la seña á un balcon.

Y vienen contigo las dulces memorias,  
La audaz esperanza, la gloria inmortal,  
Fantásticas luces que van ilusorias  
Al soplo espirando de ráfaga real.

¡Ah, todo es consuelo, regalo y ventura,  
Fanal misterioso, delante de ti!  
Suspiran las fuentes, el rio murmura,  
Aqui te gorgean, te arrullan allí.

Los juncos se mecen, los árboles suenan,  
El bosque se puebla de sombras de paz,  
Y el aire sonidos dulcissimos llenan  
Que lleva invisible la brisa fugaz.

¡Luna! cuántas veces tu luz ha alumbrado  
Mi larga vigilia, mi breve ilusion;  
¡Luna! cuántas veces con ella ha sonado  
Perdida en el viento mi triste cancion.

Y aun cuántas veces allá todavia  
En playas remotas tal vez sonará.  
Entonces ¡oh luna! la citara mia  
¿Qué oido en sus ayes ó risas tendrá?

Tal vez entre el recio menudo ramaje  
Que ciñe del ancho desierto el lindal  
Responda á mis voces un ave salvaje  
Huyendo á lo largo del seco arenal.

Tal vez á la orilla del mar tempestuoso  
Tu pálida imágen por él seguiré;  
Tal vez con las ondas del mar proceloso  
Mis lágrimas turbias mezclarse veré.

Y acaso mis ojos, del agua que broten  
Por entre el ardiente confuso cristal,  
Verán sin que nunca sus fuentes se agoten  
Huir por los cielos tu errante fanal.

¡Luna! si esa noche de angustia llegara,  
Si huyera esquivando mi pueblo español,  
¡Luna! mas valiera que el sol te prestara  
Un rayo que apague mi gloria y mi sol.

Mas no, clara y celeste peregrina  
Luz de los bosques, de los tristes luz,  
A cuyos rayos el amor camina  
É invoca el justo al que murió en la cruz.

No, blanca reina de la turbia noche,  
Amiga del cantar del trovador,

Tú que refrezcas el modesto broche  
Que á tu luz plega la silvestre flor ;

Tú me darás magníficos cantares,  
Grandes como tu Dios y como tú,  
Como esos que del cielo luminares  
Orlan los pabellones de tisú.

Tú inspirarás á mi sonante lira  
El fuego del profeta que lloró  
El peligro de Pérgamo y Thyatira,  
La rebelde impiedad de Jericó.

Tibia, modesta, fugitiva luna,  
Cuya rápida y trémula ilusion  
Pinta el mar, y el arroyo y la laguna  
En vistosa y flotante aparicion:

De cuya imágen en redor tranquila  
Allá en bosques de conchas y coral  
De errantes peces multitud se apila  
Que te besan tu imágen de cristal ;

Tú á quien un ángel invisible guía  
Y millares de estrellas van en pos,  
Tú me darás palabras de armonía  
Con que cantar la gloria de tu Dios.

Lejos de mí los velos de esa Diana  
Que, del bosque en la oscura soledad,  
En brazos de un mortal busca profana  
Misterios de placer y liviandad.

Lejos de mí los cánticos impuros  
De ese bello y perdido cazador  
Que los valles audaz cerró seguros  
Con barreras de fábulas de amor.

Yo te adoro, magnífica lumbrera  
Tan solo por tu tibia brillantéz,  
Y no veo en tu espléndida carrera  
Mas que la mano del eterno juez.

Surca, ¡oh luna! esos techos de topacio  
Que él te señala por camino á tí,  
Mientras que preso en reducido espacio  
Su voz espero cuando venga á mí.

A mí, que ingrato y prófugo poeta  
Creo en el Dios á cuyo soplo fué  
Cuanto en la tierra y en la mar vegeta,  
Cuanto no he visto ni jamás verá.

¡Ah! cuando el mundo en su erial desierto  
Me dé un lecho de tierra en que dormir,  
Y vayan presa del destino incierto  
Conmigo mis cantares á morir,

¡Oh luna! si en mi túmulo no brilla  
De humana gloria la estinguida luz,  
Cuelga al menos tu lámpara amarilla  
Sobre su rota y olvidada cruz.

## HORIZONTES.

## I.

Lanzó al mundo en mitad de las tinieblas  
El soplo del Señor, y empezó el mundo  
A rodar en un piélago de nieblas  
Cercado del silencio mas profundo.  
Miró la creacion el que la hizo,  
Mas no le satisfizo ;  
Y rasgando sus negras colgaduras  
Sacudió con su planta el firmamento ;  
Brotó una chispa, se inflamó en el viento,  
Y el sol se derramó por las alturas.

## II.

« Tú girarás, le dijo, eternamente ;  
Cuatro estaciones marcarás iguales,  
Y será tu fanal resplandeciente  
La sombra de mis ojos inmortales. »  
Giró el sol, y á su vista alborozado  
El mundo iluminado  
En himno universal rompió sonoro,  
Y cuanto tuvo un soplo de existencia  
Exhaló sonoro en su presencia  
Música dulce en acordado coro.

## III.

Mecióse el mar con colosal murmullo,  
El viento resonó por las montañas,  
Murmuró el bosque soñoliento arullo,  
É hirió el arroyo sus sonantes cañas.  
Ensayaron sus cánticos las aves,  
Armoniosos y graves  
Dos acentos del hombre resonaron,  
Y con notas mas roncás y severas  
Su voz alzaron sin compás las fieras,  
Y los ecos salvages la imitaron.

## IV.

Fuente de luz y manantial de vida,  
El sol fecunda nuestra madre tierra,  
Y en arroyos al llano convertida  
Vierte la nieve que apiló en la sierra.  
Brotan á su calor yerbas y flores,  
Sus manchas y colores  
Da á cuanto dora con su lumbré pura,  
Y mil insectos que las auras hienden  
A separar solícitos atienden  
Del sémen virgen la semilla impura.

## V.

Mas ó vacilan mis cansados ojos,  
O yo he visto en oriente y en ocaso  
Lagos de sangre cuyos pliegues rojos  
Al sol alfombran el gigante paso.

Y jamás comprendió mi entendimiento  
 El misterio sangriento  
 Que ese color del horizonte vela :  
 Y por mas que lo pienso y lo medito  
 Nada el arcano que conserva escrito  
 Ese renglon de sangre me revela.

## VI.

He visto al sol posarse en el oriente  
 Al derramar su esplendorosa lumbre,  
 Y le he visto posar en occidente  
 Al trasponer la postrimera cumbre.  
 Magnífico á su vuelta y su partida,  
 Su marcha y su venida  
 Mudo y absorto cada vez contemplo :  
 Él recoge sus rayos ó los suelta,  
 Y siempre á su venida y á su vuelta  
 De Dios concibo al universo templo.

## VII.

Sí, siempre posa un punto en el oriente  
 Y otro punto al doblar la última cumbre,  
 Mas siempre ciñe en su alba y su occidente  
 Banda sangrienta su radiante lumbre.  
 Entrambos los crepúsculos clarean  
 Mientras al sol rodean  
 Ráfagas anchas de color sangriento,  
 Y al irse y al venir, su última tinta  
 Ese triste color siniestro pinta  
 En el confin del azulado viento.

## VIII.

¿Qué guarda ese rojizo cortinaje  
 En los remates de la luz prendido?  
 ¿Un torbellino no hay que le desgaje  
 Si á alcance de los vientos va prendido?  
 Si es un vapor que se desprende lento,  
 Espeso y turbulento  
 De la esencia del sol, ¿en su camino  
 No hay solícito un ángel cuyo brazo  
 Arranque de la luz ese pedazo  
 Que mancha al sol su resplandor divino?

## IX.

Si es de los aires ilusion dudosa  
 Que la distancia en el azul suspende,  
 ¿Porqué no pinta su ilusion de rosa,  
 Y no ese rojo pabellon que ofende?  
 ¡Necio de mí, gusano de la tierra,  
 Que quiero lo que encierra  
 Saber el mundo en su invisible centro  
 Y demando á su autor omnipotente,  
 Cuando nací á adorarle solamente,  
 Y para amarle por dó quier lo encuentro !

## X.

Al hundirse la luz detrás del monte  
 Sorbida entre las nubes y las breñas,  
 Lumbre vomita el trémulo horizonte,  
 Que en sangre tiñe las enormes peñas.  
 Faja de sangre, inmensa banderola  
 Que en su alcázar tremola  
 El que hizo el mundo de ceniza vana,  
 Cual rojo lienzo que pirata osado  
 Desplega ante el bajel atribulado  
 Que á todo trapo por huir se afana.

## XI.

Que era el sol un espejo trasparente  
 Donde el Señor su creacion veia,  
 Y desde él derramaba omnipotente  
 Dulce vida de amor y de armonia.  
 Y hubo un instante en que amoroso quiso  
 Al hombre abrir su santo paraiso  
 Tras aquella existencia de ventura ;  
 Mas á Dios usurpando su derecho  
 De deshacer lo hecho,  
 Sangre vertió la necia criatura.

## XII.

La tierra se manchó : Dios indignado  
 Quitóse del cristal, y su reflejo  
 Con los ojos de Dios iluminado,  
 Pintó la mancha y sombreó el espejo.  
 Volvió asimismo Dios al sol mandando :  
 « Tú seguirás rodando ;  
 Su raza alumbrá, y que lidiando crezca,  
 La tierra empape con su sangre impura,  
 Mas cuando quede con la sangre oscura  
 No la reflejes mas, y que perezca. »

## XIII.

Dijo Dios, y cerróse en su santuario,  
 Y al rudo golpe que sus puertas dieron  
 La madre tierra con impulso vario  
 Monstruos sedientos de matar cubrieron.

## XIV.

Nino, Nembrot, Sesostris y Cambises  
 De sangre á Egipto con furor regaron ;  
 Alejandro, Conon, Jerges y Ulises  
 En sangre á Grecia sin piedad bañaron ;  
 Grecia tragó al Egipto, á Grecia Roma,  
 Y en Roma, que desploma  
 Sus legiones dó quier, y ansiosa apila  
 Montones de coronas sin cabezas,  
 Metió á pisar su gloria y sus grandezas  
 Su negro palafren el torvo Atila.

## XV.

¡Y eso es la gloria y las hazañas eso!  
 Los héroes nacen, y la tierra tinta  
 Por dó queda su pié con sangre impreso  
 La negra mancha en el espejo pinta.  
 Venid, guerreros, degollad sin tino,  
 Que el sol va su camino  
 La luz menguando sin cesar siguiendo,  
 Y cada estatua á vuestra gloria alzada  
 Es una sombra que la luz menguada  
 Del moribundo sol va carcomiendo.

## IMPRESIONES DE LA NOCHE.

Hay pensamientos que en la mente viven  
 En un rincón de la memoria echados,  
 Cual los insectos que su sér reciben  
 De los arbustos á que están pegados.

Duermen al parecer, mas como aquellos  
 Al soplo de una brisa se levantan,  
 Crecen, vuelan, y al fin toman cual ellos  
 Formas medrosas que la vista espantan.

Hijas del miedo y de la fé contrarias,  
 Vagas visiones de la noche umbría,  
 Bullir las vemos en la niebla fría,  
 Nada en la esencia y en la forma varias.

Quimeras que hallan siempre en la memoria  
 Silenciosa mansión, gracias postizas,  
 Y que reciben faz, cuerpo é historia,  
 En los cuentos y error de las nodrizas.

Van con la noche, de la noche hermanas,  
 Y con murmullos infinitos suenan,  
 En las alas del viento van livianas,  
 Y el alma, el viento y el espacio llenan.

¡Paso, de cieno fábulas impuras!  
 Paso dejad al noble pensamiento,  
 Que anhela respirar auras mas puras  
 En el cóncavo azul del firmamento.

¿Piensas, turba de sueños impostora,  
 Hacerle por el miedo tu vasallo,  
 Como al són de la fusta cimbradora  
 Ginete admite el volador caballo?

Yo os recibí al nacer como ilusiones:  
 Si el corazón cobarde os dió aposento,  
 Hoy necesita, imbéciles visiones,  
 Todo mi corazón mi grande aliento.

Con la noche venís, y osais con ella  
 Turbar al corazón que en paz reposa;  
 Mas de la noche en el poder se estrella  
 Vuestro poder y ciencia mentirosa.

¡Paso! mis ojos en su azul tendidos  
 La paz que le robais otra vez hallan,  
 Y en los misterios de la fé perdidos  
 Vuestros misterios de impureza caílan.

Para lanzar vuestra influencia impía  
 A la influencia celestial acudo,  
 Y de la noche silenciosa, umbría,  
 La solitaria inmensidad saludo.

## I.

¡Salve! tienda magnífica colgada  
 De polo á polo sobre el aire manso  
 Del caduco universo destinada  
 A proteger el funeral descanso.  
 ¡Salve á quien mora en la escondida altura  
 Detrás de esa estrellada colgadura!  
 ¡Salve á quien vela el agitado sueño  
 De esos gusanos que, á sus piés tendidos,  
 Manchan con sus alientos corrompidos  
 La orla imperial del manto de su dueño!

## II.

Sí, que á mis ojos se resiste en vano  
 De la insondable eternidad el velo,  
 Y yo veo, Señor, tu inmensa mano  
 Tras el azul del trasparente cielo.  
 Infinita, Señor, tu omnipotencia,  
 Infinito el abismo de tu ciencia,  
 Infinito tu sér, y tú infinito,  
 No hay mas que tú; y tu soplo poderoso  
 Que anima el mundo presta generoso  
 Vida á la alma virtud, vida al delito.

## III.

Que tú amasando el polvo de la nada  
 Con tu suprema voluntad un día  
 Distes al hombre esta espléndida morada,  
 Igual para el que fué y el que sería.  
 «¿Quieres vivir?— tu aliento es el espacio.  
 ¿Quieres tener?— el orbe es tu palacio.  
 ¿Quieres mandar?— al señalarlo nombre  
 Puedes gozarlo é invadirlo todo.  
 Yo que á mi gloria te saqué del lodo  
 Fé y libertad te doy,» dijiste al hombre.

## IV.

Y el hombre fué; y el hombre envanecido,  
 Olvidando al Señor que le formara,  
 No partió por igual lo recibido,  
 Se armó insolente y le volvió la cara  
 Oídos dando al corazón villano,  
 El hermano lidió con el hermano,  
 El hijo con el padre en torpe guerra  
 El alma en las entrañas se buscaron,

Y uno de otro en la sangre se bañaron  
Por un pié mas de la heredada tierra.

## V.

De tu obra entonces, gran Señor, corrido,  
Ingrata viendo á tu mejor hechura,  
Sobre el mundo tendistes ofendido  
La espesa sombra de la noche oscura.  
Volviéndote á tu carro rutilante  
Empuñaste las bridas de diamante,  
Tus caballos de fuego se lanzaron  
Por el espacio, y caminando á oscuras  
El choque de sus recias herraduras  
Miles de estrellas en su azul brotaron.

## VI.

Al ceño de tu cólera divina  
Los mundos con pavor se estremecieron :  
Confundióse su esencia peregrina,  
Y las miserias y la muerte fueron.  
Brotó la tempestad. Sorbió el nublado  
Las ondas de la mar, y desbocado  
En hombros cabalgando de las nieblas  
Su pedrisco dó quier vertió sin tino,  
Y borrando los lindes del camino  
Tierra y mar embozó con las tinieblas.

## VII.

¿Quién osará, Señor, en la memoria  
La idea renovar de tu honda ira ?  
El mundo sabe la tremenda historia,  
Y aun al mentarla de terror suspira.  
La obra de tu poder atropellando,  
Seguías tú la creacion cruzando,  
Sin término, ni objeto, ni vereda,  
Y tus ojos, Señor, relampagueaban,  
Y las nubes errantes reventaban  
De tu carro inmortal bajo la rueda.

## VIII.

Todo cayó á tus piés; todo en pedazos  
A volver se aprestó á su antigua nada;  
Pero su polvo tropezó en tus brazos,  
Y á ser tornó la fábrica empezada.  
Te volviste á mirar sobre tus huellas,  
Y al ver que de tus ojos las centellas  
Lo iban todo á incendiar, compadecido  
La noche hicistes, que tendió en el cielo  
Su pabellon azul de terciopelo  
Que en medio del zenit quedó prendido.

## IX.

Tras él está velando tu pupila :  
Mansa tras él la creacion pasea.

Y el universo de terror vacila  
A su gran resplandor si pestañea.  
Las nubes con su luz se tornasolan,  
El oriente y ocaso se arrebolan  
Con sus puros y espléndidos colores,  
Y á su dulce calor se alza indecisa  
La perfumada y soñolienta brisa  
Que susurra en la yerba y en las flores.

## X.

¡Salve otra vez, magnífica cortina,  
Que ante los ojos de tu Dios colgada  
La lumbre de sus ojos te ilumina  
Sobre el desierto del dolor plegada!  
Yo sé en mi corazon, noche sombría,  
Que es tu manto de rica argentería  
Prenda de que nacimos sus vasallos,  
Que al salpicarte Dios con tus estrellas  
Nuestro orgullo alumbró con las centellas  
Que brotan de los piés de sus caballos.

FÉ.

I.

« En manos del placer adormecido,  
Sin otro porvenir que los placeres,  
El oro y las mugeres  
Mi solo Dios y mi esperanza han sido.  
¡Lindas quimeras de mi edad pasada  
Que me dejais el alma emponzoñada!  
Decid, ¿dónde habeis ido? »

« Lancéme á los deleites avariento,  
Gocé con ansia y apuré su hartura;  
Mi Dios y mi ventura  
Asentó en el placer mi pensamiento  
Otro esperar mi corazon no quiso;  
Y hoy ¿dónde hallar el dulce paraíso  
Que edificué en el viento? »

« ¿En dónde estás, riquísimo tesoro  
De placer y de amor, lánguida Elvira,  
Con cuyo amor respira  
Mi corazon, y cuya sombra adoro?  
Elena, Inés... bellisimas traidoras,  
¡Ay! ¿qué habeis hecho de mis dulces horas  
Y mis montones de oro? »

« ¿Qué he de hacer sin vosotras y sin ellos,  
Solo afan ¡ay de mí! con que he vivido,  
Solo Dios que he creído?  
Fé de mi juventud, delirios bellos,  
¿Qué he de creer ni de esperar ahora  
Que tornándose van hora por hora  
Mas blancos mis cabellos? »

« ¡Y dó encender la lámpara apagada  
De mi dudosa fé, dó ir por consuelo,  
Si yo del santo cielo  
En el escrito azul no sé leer nada?  
¡Si en su vieja impiedad endurecida  
No ve tras dél el alma envilecida  
Su fin y su morada! »

« ¡Imposible creer! pero ¡ay! ¡cuán duro  
En duda pertinaz ir caminando  
Sin creencia esperando  
Un negro mas allá nunca seguro!  
¡Ay del que nada cree y en nada espera,  
Y no encuentra una luz que alumbre fuera  
De caos tan oscuro! »

« No, no me sé amparar del cielo santo,  
Que perdon no tendrá tanto delito:  
Del castigo infinito  
Si me le atrevo á imaginar me espanto.  
¡Mejor es no creer! Triste es la duda,  
Mas no hay puerto mejor adonde acuda  
Por entre escollo tanto. »

Así pensó el ateo, ¡y cuán en vano!  
Que al olvidar su celestial esencia  
De la tenaz conciencia  
Dentro del corazón sintió el gusano.  
Tornóse al cielo en su árida agonía,  
Mas nada en él delectar sabía  
Su corazón profano.

Ciego que sabe que la luz existe,  
Que oye elogiar el resplandor del cielo  
Y no le es dado desgarrar el velo  
Que ante sus ojos á la luz resiste,  
¡Mira! le dicen, y en su audaz deseo  
Tórnase á ver y esclama: ¡nada veo!  
Desesperado y triste.

« ¡Mejor es no creer! » Y abandonado  
Sin esperanza en brazos de sí mismo  
Por el oscuro abismo  
De la duda fatal va despeñado:  
« ¡Mejor es no creer! » Y en su agonía  
Siente que llega el postrimero día;  
Y ¡ay del sí se ha engañado!

¡Ay del jardín donde las zarzas crecen!  
¡Ay del palacio que las aves moran!  
Y ¡ay de los siervos que piedad imploran  
Cuando en presencia del Señor parecen!  
Y ¡ay! ¡ay de los que cruzan el desierto,  
Y no conocen el camino cierto,  
Y en la mitad del arenal parecen!

## II.

Espíritu blanco y puro  
Que con tu fanal seguro

Por el lóbrego recinto  
Del mundano laberinto  
Mis pasos guiando vas;  
Angel que invisible velas  
Mi existencia, y me consuelas,  
Y en la noche sosegada  
A la orilla de mi almohada  
Mi sueño guardando estás;

Tú que con alas de rosa  
De mi mente calurosa  
Benigno apartas y atento  
El mundano pensamiento  
Y la torpe tentación,  
¡Ay! ¡nunca de mí te alejes,  
Nunca en soledad me dejes  
Sin que tu fanal me alumbre,  
Y esa ruin incertidumbre  
No me roa el corazón!

Espíritu soberano,  
Tiéndeme siempre tu mano,  
Y mi afán, mi pensamiento  
Endereza el firmamento,  
¡Oh espíritu tutelar!  
Y en la noche silenciosa  
Si brota mi fé dudosa  
Alguna plegaria impia,  
Con tu aliento de ambrosia  
Purificala al pasar.

Angel cuya sombra adoro,  
Cuyo nombre santo ignoro,  
Cuyo semblante no veo,  
Y en cuya presencia creo,  
Y cuya existencia sé,  
Muéstrame el camino cierto  
De este mundo en el desierto,  
Y ¡guai que sin fin no vague  
Y con los vientos se apague  
La lámpara de mi fé!

## A ESPAÑA ARTÍSTICA.

SONETO.

Torpe, mezquina y miserable España,  
Cuyo suelo alfombrado de memorias  
Se va sorbiendo de sus propias glorias  
Lo poco que há de cada ilustre hazaña,  
Traidor y amigo sin pudor te engaña,  
Se compran tus tesoros con escorias,  
Tus monumentos ¡ay! y tus historias  
Vendidos llevan á la tierra estraña.  
¡Maldita seas, pátria de valientes,  
Que por premio te das á quien mas pueda  
Por no mover los brazos indolentes!

¡Si, venid ¡voto á Dios! por lo que queda,  
Estrangeros rapaces, que insolentes  
Habeis hecho de España una almoneda!

## IRA DE DIOS.

### EL ANGEL ESTERMINADOR.

En un confin recóndito del cielo,  
De una selva viviente circundado,  
Denso y confuso y misterioso velo  
Que le tiene del orbe separado,  
Hay un alcázar de azabache, oscuro,  
Que en un hondo torrente ensangrentado  
La sombra pinta de su inmenso muro  
En contornos de sangre reflejado.

Jamás el aura de perfume henchida,  
Que en los jardines del Eden murmura,  
En tal lugar estremeció perdida  
Del rudo bosque la hojarasca dura;  
Ni el sol radió con fugitiva lumbre,  
Ni sonó por la lóbrega espesura,  
Ni retumbó la cóncava techumbre  
Mas que el rugir de la corriente impura.

El aire denso, sin color é inmoble  
Que aquel recinto por dó quier rodea  
Hace el pavor de quien se acerca doble,  
Y doble el caos á quien ver desea;  
Solo se alcanza entre las altas puntas  
Que el recio vendabal nunca cimbraba  
Entre dos torres del alcázar juntas  
Un faro que en la sombra centellea.

Ni sér alguno penetró el misterio  
Que guarda allí la ciencia omnipotente,  
Ni se sabe cuyo es aquel imperio  
Donde nunca se oyó rumor de gente;  
Ni arcángel sabio, ni profeta diestro  
De este sitio alcanzó confusamente  
Mas que la lumbre del fanal siniestro  
Y el estruendo medroso del torrente.

En este bosque oculto y solitario,  
En este alcázar negro y escondido,  
Donde nunca llegó pié temerario,  
Ni descansó jamás ojo atrevido,  
Ni mas sol alumbró que el rayo rojo  
Del fanal en sus torres suspendido,  
Tiene el Señor las arcas de su enojo  
Y el horno de sus rayos encendido.

Y allí vive un espíritu terrible  
Que al són de aquellas aguas se adormece,  
Y á los ojos de Dios solo visible  
Al acento de Dios solo obedece.

Arcángel vengador, del cielo asombro,  
Cuando deja el lugar dó se guarece  
El rayo ardiendo y el carcaj al hombro  
Pronto á la lid ante su Dios parece.

Espíritu sin fin ni nacimiento  
La eternidad existe en su memoria:  
El solo del sagrado firmamento  
Entera sabe la infinita historia:  
Y al solo ruido de sus negras alas,  
A su sola presencia transitoria  
Del firmamento en las eternas salas  
Se suspenden los cánticos de gloria.

Aborto del furor omnipotente,  
Arcángel torvo que las vidas cuenta,  
Vela de Dios el arsenal ardiente  
Y los ultrages del Señor asienta.  
El carro guarda allí cuya cuadriga  
Relincha con la voz de la tormenta,  
Y allí está con su lanza y su loriga  
La copa en que su cólera fermenta.

En ella hierve con fragor horrible  
El ancho vaso hasta los bordes lleno,  
El tremendo licor incorruptible  
De las iras de Dios; y en su hondo seno  
Se fermenta la esencia del granizo,  
Y de la peste el infernal veneno,  
Y el gérmen del relámpago pajizo,  
Y el espíritu cóncavo del trueno.

Allí está el aire que el contagio impele,  
El zumo allí de la cicuta hendida,  
La sed del tigre que la sangre huele,  
Y de la hiena la intencion torcida.  
Y allí bñle en el fondo envenenado  
La única de furor lágrima hervida  
Con que lloró Luzbel desesperado  
Su venturosa eternidad perdida.

En aquel arsenal inespugnable,  
Instrumentos de la ira omnipotente  
Germinan en rebaño formidable  
Las mil desdichas de la humana gente.  
Y los viejos en torpe muchedumbre  
Se apiñan á beber la luz caliente  
De aquel fanal de cuya viva lumbre  
Es el sol una chispa solamente.

De allí se lanza con horrible estruendo  
A ejecutar la voluntad divina  
El misterioso espíritu tremendo  
Que en este alcázar funeral domina.  
Arcángel fiero, portador de enojos,  
Ase la copa, y por dó quier camina  
El aire inflaman sus airados ojos  
Y las estrellas con los piés calcina.

Con él va la tormenta; el trueno ronco  
Bajo sus alas cruje; desgrenaada

De armas y quejas con estruendo bronco  
 La guerra detrás de él va despeñada :  
 Y asidas á las orlas de su manto  
 Van tras él con la muerte descarnada  
 La peste, el hambre, y el amor, y el llanto,  
 Y la ambicion de crímenes preñada.

El espacio á su vista palidece  
 Y entolda su magnífica apariencia :  
 El disco de la luna se enrojece,  
 Y mancha el sol fulgurante esencia.  
 Dó quier las nubes que su sombra evitan  
 Se chocan y se rompen con violencia,  
 Y cometas dó quier se precipitan  
 Présagos ¡ ay ! de la fatal sentacia.

A su soplo la mar se encoleriza,  
 Y con gigante voz muge y atruena,  
 La planta de sus piés torna en ceniza  
 La limpia concha y la esponjosa arena.  
 El monte huella y la cerviz le inclina ;  
 Pisa en el valle y de fetor le llena ;  
 Y en la ciudad que á perecer destina  
 Vierte el licor fatal y la envenena.

Y ese el arcángel fué que inexorable  
 Lanzó al desnudo Adan del paraíso,  
 Y de su raza en él junta y culpable  
 Fijó á la vida término preciso.  
 Él arrancó en el Gólgota empinado  
 El ¡ ay ! postrero que exhaló sumiso  
 El Dios que de la mancha del pecado  
 Borrar la sombra con su sangre quiso.

Él turbó la insensata ceremonia  
 Del pueblo santo ante el becerro impuro ;  
 Sentenció á Baltasar y á Babilonia  
 Con tres palabras que pintó en el muro :  
 Inspiró al receloso Ascalonita  
 El degüello fatal, y abrió seguro  
 Nicho á Faraon, que con su gente habita  
 Del indignado mar el fondo oscuro.

Él llevó el fuego de Alarico á Roma,  
 Llevó á Jerusalem á Vespasiano,  
 En una noche convirtiólo á Sodoma  
 En lago impuro y en vapor insano.  
 Rompió las cataratas del diluvio  
 Cegadas al impulso soberano,  
 Y encendió las entrañas del Vesuvio  
 Que busca sin cesar otro Herculano.

Y ese será el espíritu tremendo  
 Cuya gigante voz sonará un día,  
 Y á su voz de la tierra irá saliendo  
 La triste raza que en su faz vivía.  
 La creacion se romperá en sus brazos,  
 Y cuando toque el orbe en su agonía,  
 Cuando á su soplo el sol caiga en pedazos  
 ¿ Qué habrá ante Dios ? La eternidad vacía.

## EL ESCULTOR Y EL DUQUE.

## CUENTO

DEDICADO A LA SEÑORA DOÑA MATILDE  
 O-REILLY DE ZORRILLA.

*Nota del autor á su muger.* Empecé la publicacion de mis poestas conociéndote, y las concluyo con tu nombre.

Madrid, octubre 10 de 1840.

## I.

Año de mas ó de menos,  
 Si no miente mi memoria,  
 Mil quinientos veinte y dos  
 Corren, y una tras de otra  
 Por la preferencia luchan  
 Las muy esquisitas obras  
 Con que un escultor de Italia  
 Admira á Sevilla toda.  
 Sin dar tiempo á que se olvide  
 La fama que uno le cobra,  
 Reputacion y caudales  
 Siempre la última le dobla.  
 Siempre dél espera el vulgo,  
 Y siempre el vulgo se asombra  
 Al ver el nuevo prodigio  
 De su mano creadora.  
 No hay rico que no le encargue,  
 Ni comunidad, por corta  
 O pobre que sea, á quien  
 Una efigie no se rompa :  
 Y habiendo por precision  
 De buscar quien la componga,  
 Mas vale hacer otra nueva,  
 Siquiera por la mejora.  
 Aquí tienen una Virgen,  
 Pero es de mano muy tosca ;  
 Allí un crucifijo, y bueno,  
 Pero la cruz es muy corta.  
 Acá un San Juan de rodillas,  
 ¡ Cosa estupenda ! mas sobran  
 Dos líneas de la peana  
 Y nunca bien se acomoda.  
 Allá hay una Magdalena,  
 ¡ Soberbia estátua ! ¡ gran cosa !  
 Mas dicen que por desnuda  
 No es imágen muy devota.  
 Y así cada cual encuentra  
 Pretestos que le ocasionan  
 Del taller del Florentino  
 La visita rigurosa :  
 Y así su fecunda mano  
 Sin darse descanso brota  
 Para uno un San Aquilino,  
 Para otro una Dolorosa.

Y no es que maña ó agrado  
 Emplée, pues fama goza  
 Que dar crédito pudiera  
 Al pirata Barbaroja.  
 Alto, vigoroso, altivo,  
 Aire audaz, mirada torva,  
 Barba crecida hasta el pecho,  
 Aliento recio y voz ronca,  
 Mejor que artista parece  
 Bandolero, y mas importa  
 Guardarse de él, que guardar  
 Sus estátuas primorosas.  
 Alcanza fuerzas hercúleas,  
 Cólera mucha y muy pronta,  
 Y son de largos sus hechos  
 Lo que sus frases de cortas.  
 No se acompaña con nadie,  
 Ni á nadie contó su historia;  
 Ni los valientes le arredran,  
 Ni á los que callan provoca.  
 Es con las damas cortés,  
 Y aunque frío con las mozas  
 No es con ninguna grosero,  
 Y retrata á las hermosas.  
 Es largo con los soldados,  
 Que las armas le enamoran;  
 Saluda siempre que alcanza  
 Las banderas españolas;  
 Y aunque con todos severo,  
 Jamás los chicos le enojan,  
 Aplauda á los reboltosos  
 Y acaricia á los que lloran.  
 Lo mismo el sayo se ciñe  
 Que se revuelve la cota,  
 Lo mismo sacude el mazo  
 Que sacude la tizona,  
 Y sin que aperciba grande  
 Diferencia de uno á otra,  
 Lo mismo sierra un madero  
 Como una cabeza corta.  
 Estrangero, y sin su gente  
 Que en su lengua le responda,  
 Que le recuerde sus gustos  
 O le llore sus zozobras,  
 Ni conoce gerarquías,  
 Ni distingue de personas;  
 Jamás su trabajo lleva  
 Quien pródigo no le compra.  
 Ni tiene ni quiere amigos,  
 Que por esperiencia propia  
 Sabe que muy raras veces  
 Los que no cansan, no estorban.  
 Y si los negros recuerdos  
 De sus pesares le acosan,  
 Oscureciéndole el alma  
 Como tempestades torvas  
 Que con negros nubarrones  
 Al són del viento se agolpan,

Con la fatiga del cuerpo  
 Los duelos del alma ahoga.  
 Y el pensamiento en Florencia,  
 La ambicion puesta en su gloria,  
 Para vivir solo y triste  
 Todo lo demas le sobra.

## II.

En un claustro de un convento  
 Como á las tres de una tarde  
 Hay gran reunion de gente,  
 Toda atenta y toda grave.  
 Tornados tienen los ojos  
 Todos á la misma parte,  
 Los nobles y el populacho,  
 Los soldados y los frailes.  
 De cuando en cuando se escucha  
 Murmullo y cortadas frases  
 De los que no han visto y llegan,  
 Y de los que ven y parten.  
 Unos dicen ¡brava pieza!  
 Dicen otros ¡cosa grande!  
 Y se empujan y encaraman  
 Los de atrás en los de alante.  
 Uno alaba los contornos,  
 Lo leve otro del ropage,  
 Otra las manos del niño,  
 Otro el rostro de la madre.  
 Quién, dice que la cabeza  
 Es un prodigio; admirable  
 Dice otro que es la invencion,  
 Citando reglas del arte;  
 Y todos al par confiesan  
 Que ella es de las mas cabales  
 Obras, que á pública vista  
 Se han puesto cien años hace.  
 El que no entiende ve y calla,  
 Y en ver hace lo bastante,  
 Que al buen callar llaman Sancho,  
 Y sobre ver esto basta.  
 Lo mas que á alguno le ocurre  
 De los muchos que *no saben*  
 Es volviéndose á algun monge  
 Preguntar: « ¿Quién lo hizo, padre? »  
 A lo que con voz sonora  
 Dice satisfecho el fraile:  
 « Se le encargó á un italiano,  
 ¡Y es gran cosa! Bien lo vale. »  
 Como quien dice — ¡Se compra  
 Porque no habrá quien lo pague!  
 Y el vulgo que atento le oye  
 Se queda á oscuras como antes.  
 Fuése al fin disminuyendo  
 La concurrencia, y la imágen  
 Quedó cercada en el claustro  
 De unos cuantos personajes,

Todos ellos gente hidalga  
 Si se exceptúan los padres  
 Del convento, que les rien,  
 Y lo que dicen aplauden.  
 Mas entre todos hay uno  
 Cuyo exterior respetable  
 Decoran altas insignias  
 Civiles y militares,  
 Que con mirada severa  
 Y desabrido semblante  
 Mirando estuvo gran trecho  
 La escultura venerable.  
 Y recogidos los párpados,  
 Fruncido el ceño, fugándose  
 Las miradas de los ojos  
 Cual si mucho le pesase  
 Que sospechen de la estatua  
 Lo que piensa ó lo que sabe,  
 Está en situacion confusa,  
 Dificil, é inesplicable.  
 Mostráronle una tras otra  
 Las bellezas y bondades  
 De la estatua, lo armonioso  
 De la escultura y lo fácil;  
 La espresion y el movimiento  
 Del conjunto; y de las partes  
 El desempeño y estudio,  
 Todo á cual mas estimable.  
 Mas él á las advertencias  
 Contestando con señales  
 De atencion poco espresivas  
 Contemplábala el semblante.  
 Y á fé que el de la Madona  
 Era cosa de admirarse,  
 Rostro peregrino y bello,  
 En efigie cuanto cabe.  
 Representóla el artista,  
 Sonriendo al tierno infante  
 Que la colocó en los brazos  
 A su pecho alimentándose.  
 Reía el niño y mirábala,  
 Sonreía ella mirándole,  
 Y revelaban entrambos  
 El placer mas entrañable,  
 El libando de sus pechos  
 Néctar dulcísimo y suave,  
 Ella dándole la esencia  
 De su purísima sangre.  
 Y en situacion tan sencilla,  
 Verdadera, é inefable,  
 Que era imposible sin lágrimas  
 A sangre fria mirarles.  
 Por último, anocheciendo  
 Y necesaria faltándoles  
 Luz, se apartaron del claustro  
 Los hidalgos y los frailes.  
 Cerraron cuidadosamente  
 La puerta con dobles llaves,

Y hasta el pórtico salieron  
 Tras el frio personage,  
 Que devolvió sus saludos  
 Con atentos ademanes,  
 Como quien tal los merece  
 Y harto en recibirlos hace.  
 Quedaron en pié los monges  
 Hasta que volvió la calle,  
 Y él dió el brazo á un caballero  
 Que deja que le acompañe.

## III.

Cerraba espesa la noche  
 Fria, y amagando lluvia,  
 Por lo que aprietan el paso  
 Y los embozos se cruzan.  
 Y entre el rumor de sus huellas,  
 Entrecortada y confusa  
 De los dos nobles á trozos  
 La conversacion se escucha.  
 « ¿Qué os ha parecido, duque?  
 — Esquisita es la escultura.  
 — Mucha atencion la pusisteis.  
 — ¿Lo echásteis de ver?  
 — Sin duda.  
 — Mas de una hora habeis estado  
 Delante de ella.

— Me gusta;  
 Y os lo confieso, marques,  
 A estar hoy en venta pública...  
 — ¿Eso os detiene? pedidla.  
 Vos sois en Sevilla..

— Nunca;  
 Eso fuera prevalerme  
 De mi posicion, segura  
 Mi ganancia, y pues los monges  
 La obra encargaron, ya es suya. »  
 Siguiéron cruzando calles,  
 Tomando señas en unas,  
 Equivocándose en otras,  
 Como quien camino busca;  
 Y al cabo de muchos pasos  
 Y equivocaciones muchas  
 Llegaron frente una casa  
 De una callejuela oscura,  
 « Aquí vive, dijo el duque.  
 — ¿Quién?  
 — Alabo la pregunta.  
 — ¿Me habeis dicho adónde vamos?  
 — ¿No?  
 — No.  
 — Pues muy oportuna  
 Es la ocasion para verlo. »  
 Y á una violenta y ruda  
 Aldabonada la puerta  
 Estremecida retumba.  
 Oyéronse en la escalera

Pasos, y por las juntas  
 Penetró la luz movible  
 Con que por dentro se alumbran.  
 « ¿Quién es? » preguntó dulcísima  
 Una voz suave que anuncia  
 Una muger, cuya forma  
 Aun á la vista se oculta.  
 « *Hidalgos*, — dijo el de fuera.  
 — ¿Y á quién los *hidalgos* buscan?  
 — Al escultor *Torrignano*.  
 ¿Vive aquí?  
 — Sin duda alguna. »  
 Se abrió la puerta, y entrando  
 Los dos *hidalgos* á una,  
 Sus dos ánimas quedaron  
 Estupefactas y mudas.  
 Y aunque espresion muy diversa  
 Muestran sus rostros, acusan  
 Los dos el asombro interno  
 Con que sus afectos luchan,  
 Y á fé que asombro merece  
 Lo que á contemplar se agrupan,  
 Lo que aun á creer no aciertan  
 Pasmados de la aventura.  
 Porque asida al picaporte  
 Y á la luz trémula y turbia  
 De una bujía, que al soplo  
 Del aire brilla insegura,  
 Delante sus ojos tienen  
 Bella aparicion nocturna,  
 De la *Madona* del claustro  
 La exactísima figura.  
 Aquel peregrino rostro,  
 Aquella trenzada y rubia  
 Cabellera, aquellos ojos  
 Que al cielo el color anublan,  
 Aquella sonrisa de ángel  
 Tan celestial y tan pura,  
 Aquellos brazos tornátiles  
 Y aquellas manos menudas,  
 Son ¡ vive Cristo! las mismas  
 De la divina escultura,  
 Y ello será brujería,  
 Pero ambas á dos son una.  
 Mirábanse el uno al otro  
 Los *hidalgos*, y confusa  
 Mostrábase ella, su espanto  
 Sin saber á qué atribuya,  
 Hasta que el duque el embozo  
 Bajando, la faz ceñuda  
 Mostró á la luz, y la niña  
 Conociéndola se turba.  
 « ¡Hola! (dijo aquel subiendo)  
 Mucho de casas te mudas. »  
 Y ella contestó cerrando:  
 « Ya veis, Don Juan, que era mucha  
 La esposicion de vivir  
 A solas con mi fortuna.

— ¡Hém! dijo el duque lanzando  
 Una tos seca y profunda,  
*No es nada tu compañia*  
*Si mucho tiempo te dura. »*  
 Y mascullando otra tos  
 Que la garganta le anuda  
 Llegó á una sala cuadrada  
 Donde el *Florentino* estudia.

—  
 Púsose en pié el escultor,  
 Y arrimando dos sitiales,  
 Escusó ceremoniales  
 Hablando en este tenor.

*Torrignano*. ¿A qué fortuna merezco  
 El honor de esta visita?  
*Duque*. A un señor que necesita  
 Una obra, y os la ofrezco.  
*Torrignano*. Acepto, si la sé hacer  
 A gusto de esa persona.  
*Duque*. Es copia de una *Madona*  
 Que habeis concluido ayer.  
*Torrignano*. ¿El tamaño?  
*Duque*. A vuestro gusto,  
 Como me la hagais igual,  
 La semejanza cabal  
 Es en ella lo que ajusto.  
 ¿Acceptais la condicion?  
*Torrignano*. Si no es como la prometo  
 A dárosla me someto  
 Sin gozar retribucion.  
 Pero si igual ha de ser,  
 Francamente os quiero hablar,  
 Tengo allí que retratar  
 A mi hijo y mi muger.  
*Duque*. ¡Cómo!  
*Torrignano*. Tuve ese capricho  
 En la que ayer concluí,  
 Y á no ser la estatua así  
 Es imposible lo dicho.  
*Duque*. ¿Y ese amante desvarío  
 Puedo yo culparos? No.  
 Haré vuestro gusto yo,  
 Si vos me cumplis el mio.

Callaron por un momento  
 Como quien recela ó duda  
 Y un punto consigo mismo  
 Su resolucion consulta.  
 Y el *hidalgo* y el artista,  
 Que uno de otro se aseguran,  
 Al mismo tiempo dejando  
 Su actitud meditabunda,  
 Cambiaron como por prendas  
 De la confianza última  
 Esta respuesta el *hidalgo*  
 Y el artista esta pregunta.

*Torrignano.* Pues que no anduvimos parcos  
De esplicaciones los dos,  
¿Me direis si es para vos?  
*Duque.* Llevádsela al duque de Arcos,  
¡Que no os pesará por Dios!

## IV.

Y yendo y viniendo dias,  
Y sin tregua el escultor  
Trabajando, á los cuarenta  
La Madona se acabó.  
Copia completa y exacta  
De la Madona anterior,  
Hija de la misma mano  
Y la misma inspiracion.  
Cifra en que el fogoso artista  
Su cariño formuló,  
Fué el suspiro postrimero  
Que exhaló su corazon.  
Porque el arte es un amigo  
Benigno y consolador  
Que paga con un instante  
Muchos años de afliccion.  
Es un suave y encantado  
Y aromático licor  
Que el brio rejuvenece  
De la perdida ilusion,  
Que provoca el entusiasmo,  
La esperanza y el amor,  
Y vuelve á encender el fuego  
De la fé que se apagó.  
Es un bálsamo escondido  
Del ánima en un rincon,  
Que cicatriza las llagas  
Que la desventura abrió.  
Y hay un sacro y absoluto  
Momento de bendicion  
En que el placer del artista  
Lo concibe solo Dios.  
Pues no halla la mariposa  
Con tanto gusto una flor,  
Ni ha una floresta el ave  
Que de la jaula escapó,  
Ni halla afanada la abeja  
La miel de que vaga en pos,  
Ni halla el misero cautivo  
La luz que ver no esperó,  
Con tan intensa y tan pura  
Celestial satisfaccion  
Como halla el cansado artista  
Lo que él á solas creó.  
Es un sueño venturoso  
Que en alas de la ilusion  
Muestra el alma un ignorado  
Paraiso encantador.  
Es el beso de una madre  
Al hijo que le nació,

Por cuya vista ha sufrido  
Largas horas de dolor;  
Que le ama mas, cuanto mas  
La cuesta su posesion;  
Y... no hay simil de ambas cosas  
Mas exacto ni mejor.

Y pues su linda Madona  
Torrignano concluyó,  
En ese cielo del arte  
Dejemos al escultor.

A la mañana siguiente  
La preciosísima esfige  
Esperaba al duque de Arcos  
Que acabara de vestirse;  
Y mientras miran y admiran  
Lacayos y ministriles  
La verdad y la hermosura  
De la inanimada Virgen,  
En la retirada calle  
Donde el Torrigiano vive  
Está pasando otra escena  
Que no es justo que se olvide.  
Dejemos al noble duque  
En armas y amor insigne  
Que la divina escultura  
Enamorado acaricie:  
Dejemos al Florentino,  
Que de su mano recibe  
Repleto saco, que augure  
Horas tras su afan felices;  
Y entrémonos en su casa,  
Donde su amorosa Tisbe  
Está á la reja esperando  
Que dé la vuelta el artifice.  
No se sintió por su ausencia  
La esposa nunca tan triste,  
Ni de su inquietud secreta  
La estraña razon concibe;  
Mas su ardiente pensamiento  
Mil sobresaltos la finge,  
Y el corazon con mil ansias  
No acierta qué vaticine;  
Y ello es un hondo misterio  
Y un arcano incomprensible,  
Mas tiene presentimientos  
El corazon infalibles.  
Mirando estaba impaciente  
De la calle los confines  
Por ver si llega mas pronto  
O mas pronto le apercibe.  
Cuando un hombre que acerca  
Rápido, con mano firme  
Tira un papel por la reja  
Y contestacion la pide.

En vano tal osadía  
 Querido hubiera impedirle,  
 Y en vano algunas palabras  
 De justo enojo le dice.  
 El hombre pasa y no escucha;  
 Le llama... le grita y sigue;  
 Y allá hácia el fin de la calle  
 Vuelve á pararse impasible.  
 A poco rato el mismo hombre  
 Paso á paso se dirige  
 Otra vez á la ventana;  
 Y esto que advierte la Tisbe  
 Toma la carta del suelo,  
 Aguarda que se aproxime,  
 Y con desprecio tirándosela  
 Que despeje le repite.  
 Cerró los vidrios de golpe,  
 Pero ni tiempo consigue  
 Para encajar la falleva,  
 Porque el hombre, que se sirve  
 De ambas manos, deteniéndolos  
 Con vigor irresistible  
 Volvió la carta diciendo :  
 « Sin respuesta no he de irme. »  
 Y al ir palabras mas duras  
 Colérica á dirigirle,  
 Apareció el Torrigiano  
 Y palideció la Tisbe.

*Torrighiano.* ¿Qué es eso, Tisbe?

*Tisbe.* Un infame

Que dos veces ha pasado  
 Y ese papel ha tirado  
 Por la reja.

*Torrighiano.* El papel dame,  
 Que á lo que veo él ha huido :  
 Mas ¿qué tiembblas, alma mía,  
 No ves que de su osadía  
 Tú la culpa no has tenido?

*Tisbe.* ¡Ay Pedro! que ese papel  
 Me da recelos fatales,  
 Y me parecen puñales  
 Cuantas letras hay en él.

*Torrighiano.* ¡Calla, inocente!

*Tisbe.* No le abras,  
 Pedro.

*Torrighiano.* ¿Saber no es mejor  
 De qué mal es portador?  
 Y al fin, son cuatro palabras.

(Abriendo la carta, á Tisbe.)

Pero, Tisbe, es para ti;  
 Tu nombre al principio viene...  
 Veamos lo que contiene,  
 Y escucha, que dice así.

(Lee.)

« Tisbe, elige : está en tu mano  
 « Mi ventura y tu sentencia :  
 « Un dia de resistencia  
 « Da la muerte al Torrigiano. »

*Tisbe.* ¡Ay, Torrigiano, ay de mí!  
 Que con mi negra hermosura  
 Te traje la desventura,  
 Y acaso muerte te di.

*Torrighiano.* ¿Mas qué misterio penetras  
 En ese papel, que á voces  
 Mi muerte auguras? ¿Conoces  
 Quién hizo, Tisbe, esas letras?

*Tisbe.* No, lo adivino no mas :  
 De un villano que en tu ausencia  
 Con inaudita insolencia  
 Me enamoró son quizás.  
 Toda Sevilla corrió,  
 De casas mudé esquivándole,  
 Y logré desorientándole  
 Vivir escondida aquí.  
 Cobréle un horror intenso  
 Desde el momento de verle,  
 Y solo supe temerle,  
 Y no lo bastante pienso.

*Torrighiano.* ¿Y porqué no me has mostrado  
 A ese traidor cara á cara,  
 Y en mis brazos acabara,  
 Que era morir muy honrado?

*Tisbe.* A verte una noche vino  
 Y en mi cuarto me encerré,  
 Como quien siente y no ve  
 Los pasos de un asesino.  
 Y ni escucharos osaba,  
 Porque tal horror sentia,  
 Que aun de su voz si la oía  
 No sé qué me recelaba.

*Torrighiano.* (Desesperado.)

¡Y yo, necio, se la di,  
 Se la llevé yo, en persona...!

(A Tisbe.)

Y viendo aquella Madona  
 Que se parecia á tí,  
 ¿No lo adivinabas tú?

*Tisbe.* Temí, Pedro, que tus zelos...

*Torrighiano.* ¡Cargue, voto va los cielos  
 Con tu miedo Belcebú!  
 ¡Ira de Dios, y qué á punto  
 Con mi maldita escultura  
 Yo mismo de tu hermosura  
 Fui á presentarle el trasunto!  
 ¡Por ella su lengua fátua  
 Me hará de irrisión objeto...!  
 ¡Maldito si no le meto  
 En el cerebro la estátua!

Y esto el escultor diciendo

La espada en el cinto pone,  
 Y desatinadamente  
 La mano en el picaporte.  
 No basta que de rodillas  
 Ante él la hermosa se postre,  
 Ni que las suyas abrace,  
 Pues sus intentos supone;

Que ni advertencias admite,  
 Ni frios consejos oye,  
 Ni lo que intenta concibe,  
 Ni ve lo que se propone.  
 El hombre en aquel momento  
 Solo necesita un hombre,  
 Y pues encontrarle es fuerza  
 Sin duda que sabe en dónde.  
 Quedóse la Tisbe sola  
 Y á los vidrios asomóse,  
 Los ojos llenos de lágrimas,  
 Y el corazón de temores.  
 Así estuvo largo tiempo,  
 Sin que distraería logren  
 De sus pensamientos tristes  
 Y negras cavilaciones,  
 Ni de la luz reflejada  
 Por el cristal los colores  
 Brillantes, ni las figuras  
 De la calle, ni las voces.  
 Hasta que vuelta á sí misma  
 De los cristales quitose,  
 Y viendo aun en el suelo  
 El papel infausto asíóle.  
 Tendió sin ver lo que hacia  
 Los ojos por sus renglones,  
 Y helóse al ver estos cuatro,  
 No leídos hasta entonces.

« Esta profana escultura  
 « Diviniza una pasión,  
 « Y enviada á la inquisición  
 « Os abre la sepultura. »

Lanzó la infeliz un grito,  
 Y como el tiro conoce,  
 Hacia el palacio del duque  
 Desataleada corre.

## V.

El sombrero hasta las cejas,  
 Fiera y sombría la cara,  
 Atenazados los dientes  
 Y echada al hombro la capa,  
 Como una sombra fatídica  
 De algun panteon escapada,  
 Por la escalera del duque  
 Audaz Torrigiano avanza.  
 De cuatro en cuatro las sube,  
 Y un tramo tras otro gana,  
 Cual si en trepar con tal brio  
 Alguna apuesta ganara.  
 Las salas resuelto cruza,  
 Y á detenerle no bastan  
 Las señas de los porteros  
 Y las voces de los guardas.  
 Al uno con un bufido

De ira ó desprecio espanta,  
 Al otro de una embestida  
 Derriba en tierra de espaldas.  
 Y así sin mas miramientos  
 Llegó de una en otra estancia  
 Del gabinete del duque  
 Hasta tocar la mampara.  
 Asíola del picaporte,  
 Y por si en abrirse tarda,  
 Con sacudida violenta  
 Del quicio la desencana.  
 Sintió el estrépito el duque,  
 Y al ir á volver la cara  
 Ya el Torrigiano tenia  
 La mano en su hombro posada.  
 « ¿Qué me queréis, señor mio?  
 — Mi escultura.

— Está comprada.

— Ahí tenéis vuestro dinero,  
 No quiero venderla, dádmela. »  
 Y el Torrigiano en la mesa  
 Tiró el saquillo de plata  
 Que en precio de la escultura  
 Recibió por la mañana.  
 Rióse el duque, y le dijo :  
 « ¿Sabe, buen hombre, á quien habla?  
 ¿Sabe que solo mi voz  
 Para aniquilarle basta? »  
 Rugió el Torrigiano de ira,  
 Y dijo con voz ahogada :  
 « Será si la dejo yo  
 Que pase por la garganta;  
 Y no piense que eso es solo  
 Lo que á mi cólera basta.  
 Ahora venga la escultura,  
 Luego, pues dagas y espadas  
 Tenemos, y hombres nacimos,  
 Saldrá de aquí lo que salga. »

Y abalanzándose rápido  
 A las puertas que la estancia  
 Tras de la mampara cierran,  
 Con resolución esclama :  
 « O defendeos, ú os mato,  
 Que os juro que vuestra carta  
 Otra respuesta no tiene  
 Que un párrafo de estocadas. »

Y ya sin otro remedio  
 Asíó el duque espada y daga,  
 Y trabóse la contienda,  
 Que por Dios que fué empeñada.  
 El artista, que se sirve  
 Cual del cincel de su arma,  
 El pecho de su contrario  
 A cada momento amaga.  
 Y aunque de audaz y valiente  
 Con reputación sobrada,  
 No se dió por muy seguro  
 El duque, que ya pensaba

En ganar tiempo, aunque acaso  
 Toda la honra costara;  
 Mas la rapidez del otro  
 Hasta la voz le embargaba.  
 Y se perdian sus ojos  
 Y sus manos no bastaban  
 A parar tan recios golpes  
 Y tan recias cuchilladas;  
 Y aunque muy bien se defiende,  
 Que al fin le va vida y fama,  
 Ya en el rincon de una puerta  
 El escultor le acorrala;  
 Y ya el feroz Torrigiano,  
 Que ve cerca su venganza,  
 En coserle contra el quicio  
 Con negra intencion pensaba,  
 Cuando tremendo tumulto  
 Que por de fuera se alcanza  
 Llegó en confuso desorden  
 Hasta la pieza inmediata.  
 Crujia asida la puerta  
 Y caer amenazaba,  
 Y miedo el duque perdía  
 Y el Torrigiano esperanza.  
 Aquel ganaba terreno,  
 Y así la lid comenzada  
 Cambió de aspecto en un punto  
 De consecuencia y de causa,  
 Porque al dar el Torrigiano  
 En una pared de espalda,  
 Se abrió al empuje, de lienzo  
 Una puertecilla falsa.  
 Cayó en aquel aposento,  
 Cerró el duque, y en la estancia  
 Donde quedó el escultor  
 Topó con su efígie infausta.  
 Y rebotando despecho  
 Y de otro enemigo á falta  
 « ¡ Maldita seas! » la dijo,  
 Y dióla una cuchillada;  
 A cuyo momento entrando  
 Pages, corchetes y guardias,  
 Dijo señalando el duque  
 Los pedazos que rodaban:  
 « A la inquisicion llevadle,  
 Las imágenes maltrata;  
 Si se resiste unos grillos,  
 Y si grita una mordaza. »  
 Lanzáronse al Torrigiano,  
 Que en la triunfante mirada  
 Que le lanzó su enemigo  
 Vió bien lo que le restaba.  
 Tomaron pues los pedazos  
 De la destruida estatua,  
 Y desgarrado el vestido,  
 Las manos atrás atadas,  
 Sacáronle del palacio  
 Entre broqueles y lanzas,

Y echaron al santo oficio  
 Atravesando la plaza.

## CONCLUSION.

¿ Qué te valió, buen soldado,  
 Con noble empeño lidiar  
 Para comprar con tu sangre  
 El sol de tu libertad,  
 Si Pisa y el Garigliano  
 Solo en tu memoria están  
 Como bajeles perdidos  
 En la llanura del mar?  
 ¿ Qué te valieron, artista,  
 Tus largos dias de afán,  
 Tus largas noches de vela  
 Y de esperanza tenaz,  
 Si en tus cadenas traidoras  
 Tu gloria se va á estrellar,  
 Y no habrá en tu sepultura  
 De tu nombre una señal?  
 ¡ Sueños de la juventud,  
 Sueños de gloria fugaz  
 Que en un negro calabozo  
 Fuisteis al fin á parar;  
 Cifras con que fulminaron  
 Una sentencia fatal,  
 Su acongojada memoria  
 No tiraniceis jamás!  
 Delirios de amor dichosa  
 Que vinisteis á alumbrar  
 De su tormentosa vida  
 El continuo vendabal,  
 Id á vuestras alas viento  
 En otra ánima á buscar,  
 Y en sus cadenas dormido  
 Al pobre artista dejad.  
 Dejad que duerma un instante,  
 Y ese instante pueda hallar  
 Entre sus sueños febriles  
 De triste felicidad.  
 ¡ Ay, cuán duro, Torrigiano,  
 Te va á ser el despertar  
 Al rumor de los cerrojos  
 Y á la odiosa realidad!  
 Duerme tranquilo, soldado;  
 Reposo un momento mas,  
 Que al cabo así no es tan duro  
 Con el castillo volar.  
 Duerme sin temor, artista,  
 Que los nudos del dogal  
 El laurel de tu corona  
 No han de poder deshojar.  
 Duerme, despechado amante  
 Que á morir por tu amor vas,  
 Y no temas de tu Tisbe  
 Un olvido criminal.  
 Duerme, mientras sollozando

Bajo tus rejas está,  
Y sus suspiros te roba  
Ai airecillo fugaz.  
En vano á tus carceleros  
Ansiosa fué á preguntar ;  
En vano oró largas horas  
En la santa catedral ;  
En vano quiso á tus jueces  
Con lágrimas conquistar,  
Que ni la tierra ni el cielo  
Oído á sus penas dan.  
Sí ; mientras tú te resuelves  
A morir en soledad  
Y á darles muerta la carne  
Que quieren ver palpitar,  
Ella resuelve contigo  
Llegar á la eternidad,  
Y al pié de tu calabozo  
Cuando espíres, espirar.  
Que está segura que su alma  
Saldrá tu alma á buscar,  
Y cuando aliento te falte  
Aliento la faltará :  
Tierna paloma que el grano  
No sabe sola encontrar,  
Y espira cuando la falta  
Quien alimento la da.  
Duerme, Torrigiano, duerme,  
Que es muy duro despertar  
Al rumor de los cerrojos  
Y á la odiosa realidad.

Oyéronse por defuera  
Rudamente rechinar,  
Y abrió el escultor los ojos  
A la negra oscuridad.  
Y aun de los lazos del sueño  
Sin poderse desatar,  
El ruido oyó, y el soldado  
Preguntó altivo : *¿ Quién va ?*  
Pero al ver con sus linternas  
La gente del tribunal,  
La noble cerviz al pecho  
Tornó el misero á doblar.  
Y para oír su sentencia,  
Dada sin juicio quizás,  
Aguardó en mustio silencio  
A que quisiesen hablar.

« ¿ Cómo os llamais ?

— Torrigiano.

— ¿ Sois de Florencia ?

— Es verdad.

— ¿ Soldado ?

— Con una espada,

No lo pudierais dudar.

— ¿ Teneis amor á las armas ?

¿ Si os dieran una... ?

— Ojalá. »

Y á esta idea el escultor

Como quien la puede usar,  
Echó mano á su cintura,  
De donde faltaba ya.  
Lanzó el artista un suspiro,  
Y tornándose á sentar  
Dijo en derredor mirando :  
« Es inútil, despachad. »  
Siguió preguntando el hombre  
Deletreando á la par :  
« ¿ Habeis hecho aquesta imágen ?  
Y el triste á pregunta tal  
Volvió los ojos á su obra  
Y al cabo... rompió á llorar ;  
Y echando al busto los brazos  
Con desesperado afán,  
Pidió que antes de romperla  
Se la dejaran besar.  
Lo cual demencia juzgado,  
Y deseando abreviar,  
Por respuesta le leyeron  
El pergamino fatal,  
Donde sin apelacion  
Con tres palabras no mas  
Al fuego le condenaba  
Por herege el tribunal.  
Volviéronle pues el rostro,  
Y uno ó compasivo asaz,  
O no alcanzando en qué uso  
Aquel madero ocupar,  
Dijole con befa estúpida :  
« ¡ Vaya, buen hombre, tomad ! »  
Y el busto de su Madona  
Le echó á los piés al cerrar.

—

Cuando á la fin de tres días  
Llegó la hora tremenda  
De cumplir en Torrigiano  
El rigor de su sentencia,  
Llegaron hasta su encierro  
Los que debían ponerla  
Por obra, y los seis cerrojos  
Descorrieron de su puerta.  
A voces y por su nombre  
Le llamaron desde fuera,  
Mas sus voces se perdían  
En lo hondo de la caverna.  
Tornaron á llamarle ellos  
Y á faltarlles la respuesta,  
Hasta que asiendo una antorcha  
Penetraron en la cueva.  
« Vamos, dijeron, herege,  
*Que está ya ardiendo la hoguera.* »  
Y en faz amenazadora  
Avanzaron á su presa.  
Mas Torrigiano yacía  
Inmóvil, y sentado en tierra

Las manos en las rodillas,  
 Y en las manos la cabeza,  
 Que asidas convulsamente,  
 Y enclavijadas con fuerza,  
 Guardaban algun objeto  
 Que se adivinaba apenas.  
 « ¡ Arriba ! » á gritar tornaron;  
 Pero mirando su inercia  
 Empujáronle con ira  
 Y dió de rostro en la tierra :  
 Rodó por el pavimento  
 Aquel busto de madera,  
 Que el rostro de una Madona  
 En su Tisbe representa,  
 Y á sus piés quedó tendido  
 El escultor, que les deja  
 Su gloria con su cadáver  
 De su ejecucion en prenda.  
 Que quien nace hidalgo y fiero  
 No puede con la vergüenza  
 De acabar con ignominia  
 En una pátria estrangera.  
 ¡ Pobre Tisbe ! ¡ cuán en vano  
 En ese dintel le esperas  
 Pasando noches y dias

Del santo oficio á la puerta !  
 Resuelta estás á morir  
 Sobre esas heladas piedras,  
 O á ver otra vez al alma  
 De tu marchita existencia ;  
 Mas como ese tribunal  
 Jamás su victima suelta,  
 Colige de ambos á dos  
 Cuál es, Tisbe, la sentencia.

Y pues solo el Torrigiano  
 En su desventura fiera  
 Aguardó para morir  
 A poder delante de ella :  
 Y Tisbe amor tan inmenso  
 Para el Torrigiano encierra  
 Que ser no sabe sin él  
 Ni alentar donde él no alienta :  
 Aquellas dos nobles almas  
 La una de la otra existencia  
 Al cielo á la par volaron,  
 Y si hay Dios ¡ dichas ellas !

## RECUERDOS Y FANTASIAS.

### INTRODUCCION.

Broté como una yerba corrompida  
Al borde de la tumba de un malvado,  
Y mi primer cantar fué á un suicida;  
¡Agüero fué por Dios bien desdichado!

Al eco de este cántico precito  
Dijo el mundo escuchándome : « Veamos ; »  
Y sentóse á mirarme de hito en hito :  
Y el mundo y yo por mi primer delito  
Desde entonces mirádonos estamos.

Dejemos á los muertos en reposo  
Y que duerman en paz, si es su destino,  
Harto haremos en mar tan proceloso  
Como es la vida en encontrar camino.

Yo el mio me busqué por las turbadas  
Ondas de aqueste mar, y mi barquilla  
Por medio de otras muchas que estraviadas  
Vogar sin rumbo vi desesperadas,  
Procuré conducir hácia la orilla.

Velé, gemí, con angustiado lloro  
Volvíme al cielo y acudí á la ciencia :  
¡A la ribera tocaré? Lo ignoro ;  
Solo sé que la tengo en mi presencia.

Al verla, aunque de lejos, lancé un grito,  
Y á impulso de recóndito misterio  
Dióle la soledad eco infinito,  
Y fué, tornado en cántico maldito,  
A espirar en mitad de un cementerio.

Yo sentí que la turba me aplaudia  
Y ánsio de gloria al corazon hallando  
Dije dentro de mí « la tierra es mia. »  
Y con mayor afán seguí cantando.

Creí de Dios mi soberano aliento,  
De arcángel mi poder; mi alma altanera  
Me arrebató hasta el alto firmamento,  
Y la religion azul del vago viento  
Estremecí con mi cancion primera.

Atrás dejé las águilas que miran  
Con ojo audaz al sol, atrás quedaron  
Las nubes que relámpagos respiran,  
Los soles mil que por espacios giran  
Donde mortales ojos no llegaron.

Creí el mundo á mis piés, alcé la frente  
Para cantar mi orgullo, y mis oídos  
Del medio de una nube refulgente  
El acento de Dios omnipotente  
Oyeron de pavor estremecidos.

« Canta, dijo una voz, tal es tu suerte,  
Pero canta en el polvo que naciste,  
Allí donde jamás han de creerte :  
Canta la vida, mientras va la muerte  
A si llamando tu existencia triste. »

Dijo, y me echó á la tierra y á la vida,  
Y al impulso de su hálito divino  
Con cántiga risueña ó dolorida  
La soledad alivio del camino :  
Y cumplo así la ley de mi destino.

### I.

Inunda, paz sabrosa,  
Mi corazon tranquilo,  
Y dichas y deleites  
Encuentro por dó quier :  
Mi sér halló en mi alma  
Inalterable asilo,  
Mi espíritu respira  
El ámbar del placer.

Ya nada me atormenta  
Ni envidia ni deseo :  
Mi espíritu al abrigo  
De la tormenta está :  
Pasar á las edades  
Indiferente veo :  
Mecido en dulces sueños  
Mi pensamiento va.

Y á veces me arrebatá  
Mi loca fantasía

En alas de su jóven  
Fecunda inspiracion;  
Y á un mundo me trasporta  
De encanto y de armonía  
Dó gozan mis potencias  
Espléndida ilusion.

Mi espíritu se libra  
Del cuerpo que le encierra  
Y grande y poderoso  
Como su Dios se cree,  
Y alcanza desde el zénit  
A la lejana tierra  
Cual punto en el espacio  
Que apenas no se ve.

El orbe ante mis ojos  
Desplega los misterios  
Que impulsan la infinita  
Y escelsa creacion:  
Y hollando los escombros  
De tronos y de imperios,  
Revienta en armonía  
Mi libre corazon.

Cuanto es en los espacios  
Su sér me patentiza:  
Un templo ante mis ojos  
El universo es,  
Y todo en su recinto  
Se ensalza y diviniza,  
Y la creacion entera  
Tendida está á mis piés.

No hay canto, ni suspiro,  
Lamento ni murmullo,  
Cuyo eco misterioso  
Fingir no sepa yo,  
Que mi niñez mecieron  
Los bosques con su arrullo  
Y su creencia santa  
La soledad me dió.

La música comprendo  
Que en las volubles hojas  
Resuena á la presencia  
Del céfiro fugaz:  
Y entiendo en el otoño  
El ¡ay! de sus congojas  
Con que piedad imploran  
Del ábrego tenaz.

Yo sé como susurran  
Con diferentes voces  
Marchitas en setiembre,  
Jugosas en abril:  
Ya rueden con el polvo  
En círculos veloces,  
Ya con su toldo verde  
Coronen el pensil.

Yo entiendo de las aves  
Los cánticos distintos,  
El saludar al alba  
O huir la tempestad;  
Buscando de las selvas  
Los cóncavos recintos,  
En donde alegres gozan  
Salvage libertad.

Entiendo el agorero  
Graznar de la corneja,  
La ronca voz de buitre  
Que huele su festín,  
Del solitario buho  
La temerosa queja,  
Y el amoroso trino  
Del ágil colorin.

El ruido con que vuela  
La errante mariposa,  
Los pasos de la oruga  
Sobre la fresca flor,  
El desigual zumbido  
Con que anda codiciosa  
La abeja, de su cáliz  
Volando en derredor.

El són con que su nido  
Columpia la oropéndola  
Del álamo frondoso  
Suspension en la altitud,  
Y los murmullos que alzan  
Las ráfagas meciéndolas  
Haciendo revoltosas  
Eterna su inquietud.

Los mágicos rumores  
Que elevan diferentes  
Las diferentes aguas  
Del bosque ó del jardín,  
Cuando los montes sulcan  
Sus rápidos torrentes,  
Cuando en los valles buscan  
Sus arroyuelos fin.

Y el temeroso acento  
De las voraces fieras,  
De la tormenta ronca  
El iracundo són;  
En mis oídos posan  
Las notas lisonjeras  
Que ensalzan y armonizan  
La inmensa creacion.

Conozco de los astros  
La incógnita carrera,  
Del ángel que los guía  
La luminosa faz,  
Y la del ROSTRO SANTO  
Que en ellos reverbera

Torrentes derramando  
De vida y claridad.

Las nubes le saludan  
Con magestuoso trueno,  
La atmósfera le enciende  
Relámpago veloz,  
La tierra le abre humilde  
Su perfumado seno,  
Y el mar canta su gloria  
Con incesante voz.

Si airado pestaña,  
Los mundos se estremecen ;  
Si torna el rostro, yacen  
En muerta oscuridad ;  
Si su hábito les niega  
Caducan y envejecen :  
Él solo es la existencia,  
La luz y la verdad.

Para Él tiene tan solo  
La eternidad guarismo,  
Y número los astros,  
Y las edades fin,  
Y limite el espacio,  
Y término el abismo,  
Y nada se le esconde  
Por lóbrego ni ruin.

Su dedo es la balanza  
Que en equilibrio tiene  
La máquina gigante  
De su alta creacion,  
Y cuanto en ella existe  
Su dedo lo mantiene,  
Y ese es el Dios que canta  
Mi lengua y mi razon.

Y voz no hay ni suspiro,  
Lamento ni murmullo  
Cuyo eco misterioso  
Por Él no entienda yo,  
Que mi niñez mecieron  
Los bosques con su arrullo,  
Y su creencia santa  
La soledad me dió.

## LOS BORCEGUIES DE ENRIQUE SEGUNDO.

ROMANCE.

Riñeron los dos hermanos,  
Y de tal suerte riñeron  
Que fuera Cain el vivo  
A no haberlo sido el muerto.

Valiente llaman á Enrique,  
Y á Pedro tirano y ciego,  
Porque amistad y justicia  
Siempre mueren con el muerto.

(*Romancero general.*)

I.

Despues de la cruel trageña  
En que murió el rey Don Pedro  
A manos de una traicion  
De serviles extranjeros,  
Su matador Don Enrique  
Gozó en calma largo tiempo  
La corona de su hermano,  
Por la fuerza ó por derecho.  
Aunque de sangre bastarda  
Cuentan de él famosos hechos,  
Liberalidades grandes  
De real corazón ejemplos.  
Dicen que á Castilla dió  
Gran prez y engrandecimiento,  
En paz viviendo con todos  
Por la fuerza ó el ingenio :  
Y Aragon, Francia y Navarra  
Y Portugal, le temieron,  
Y le temblaron los moros  
Aun teniéndole tan lejos.  
¡ De la voluntad de Dios  
Incomprensibles secretos,  
Mas donde van siempre juntos  
Los castigos y los premios !  
Vivió dichoso este rey  
Tras el fratricidio horrendo,  
Fama conquistando y nombre  
De liberal y de recto ;  
Lo cual celebran los malos  
Y desespera á los buenos,  
Que no hay mas ley que la fuerza,  
Ni mas justicia, creyendo.  
Mas bien se ve en Don Enrique  
Por la muerte que le dieron,  
De Dios la recta justicia  
Y la igualdad de los cielos.  
Con hierro mató á su hermano,  
Y él acabó con veneno :  
Por extranjeros matóle.  
Y á él matáronle extranjeros.

Veía el rey de Granada,  
Ayudador de Don Pedro,  
Del reino de Don Enrique  
La preza y acrecentamiento.  
Veíalo, recelando  
Que la memoria de aquello,  
Y el rencor que produjera  
De Don Enrique en el pecho,  
Aun en él se alimentaran,  
Fermentando en el silencio :  
Y el moro pensó en sí mismo  
Y pensó con mucho acierto.  
Veló, inquirió con astucia  
De sus espías por medio  
El grande apresto de guerra  
Que el de Castilla iba haciendo :  
Y al ver la paz asentada  
Con los inmediatos pueblos,  
Y á los monarcas cristianos  
En amistad y sosiego,  
Penetró del rey Enrique  
El oculto pensamiento,  
Y otro pensamiento oculto  
Pensó oponerle resuelto.  
« Amigo fui de su hermano  
(Dijo el moro) : él es soberbio,  
Y el ultraje no ha olvidado,  
Y está á volvérmelo atento.  
Ganémosle por la mano ;  
Y astutos al defendernos  
Vengüemos con sangre suya  
La sangre del rey Don Pedro. »

Dijo esto el moro una tarde  
Por los jardines amenos  
Del alto Generalife,  
En solitario paseo.  
Y enderezando los pasos  
Al alcázar opulento  
De la Alhambra, mandó al punto  
Que llamaran en secreto  
A un moro de grande ciencia  
Y en medicinas muy diestro,  
El mejor de sus amigos  
Y el mas leal de sus deudos.  
Vino el moro, y encerrándose  
Con él en un aposento,  
En larga plática oculta  
Hasta al alba se estuvieron.  
Nadie lo que hablaron supo,  
Nadie jamás cayó en ello ;  
Los hechos lo revelaron  
Y lo aclaró solo el tiempo.  
Solo se dijo en Granada  
Con recatado misterio,  
Que el sabio huía del rey,  
Y el rey le echaba del reino.

11.

En Santo Domingo estaba  
Don Enrique, y muy ufano  
Celebraba con festejos  
Sus paces con el Navarro.  
Todo era gozo en la corte,  
Todo en la ciudad saraos,  
Y luminarias y músicas,  
Cañas, toros y caballos.  
Andaban los caballeros  
Con las bandas y penachos  
De los colores del gusto  
De ambos á dos soberanos :  
Y andaban los trovadores  
Con cantares regalados  
Las grandezas de ambos reyes  
En sus rimas encomiando.  
Y andaba el rey Don Enrique  
Con largueza real premiándolos,  
Ya elogiándoles los versos,  
Y ya con oro pagándose los.  
Andaba Villasandino (1)

(1) Alfonso Alvarez de Villasandino y Pero Ferrús, poetas del tiempo del rey Don Enrique segundo, cuyas cantigas recogió en un cancionero (con las de otros muchos poetas) Juan Alfonso de Baena, escribiente del rey Don Juan, primero de este nombre.—Fué este Villasandino el poeta mas celebrado de su época, no sin razon, y alcanzó los reinados de Enrique II, Juan I, Enrique III y Juan II. Largas son de citar las buenas canciones de este poeta : véanse sin embargo dos, la primera suya y la segunda de Ferrús, que manifiestan ademas la buena fama de que gozaba en vida y en muerte el fratricida Don Enrique, razon principal que me mueve á citar estas y no otras.

DECIR que fiso Alfonso Alvarez de Villasandino para la tumba del rey Don Enrique el viejo.

Mi nombre fué Don Enrique,  
Rey de la hermosa España.  
Todo ombre verdat publique  
Sin lisonja por farsaña.  
Pobre andando en tierra estruña  
Conquisté tierras é gentes.  
Agora parad bien mientes  
Quel yago tan sin compañía  
So esta tumba tamaña.

Con esfuerzo é lozanía  
É orgullo de corazon  
Fuí rey de grant nombradía  
De Castilla é de Leon.  
Puse freno en Aragon,  
En Navarra é Portugal :  
Granada miedo mortal  
Ovo de mi esa sazón,  
Recelando mi opinion.

A los míos é á estraños  
Fuí muy franco é verdadero.  
Poco mas de dose años  
Me duró este bien entero.  
Nunca creí de ligero.  
Bien guardé sus privilejos  
A fidalgos é concejos :  
Conosciendo á Dios primero  
De quien galardón espero.

Mi alma va muy gozosa  
Por dejar tal capellana,

Poeta el mas afamado,  
Entre la gente de corte,  
Vestido á lo cortesano.  
Andaba Pero Ferrús  
Sus dulces trovas cantando  
Desde el alba hasta la noche,  
Desde la choza al palacio.

Y en una tarde serena  
Del mes de abril, á caballo  
Con su corte el rey Enrique  
Quiso salir por el campo.

Tan complida, é tan onrosa  
La muy noble Doña Juana,  
Muy onesta, é sin ufana,  
Reina de liña real,  
Mi muger noble, leal,  
En todo firme é cristiana,  
Quita de esperanza vana.

Dejo á los castellanos  
En riquezas, sin pavor ;  
De todos sus comarcanos  
Hoy le llevan lo mejor.  
Por su rey é su señor  
Les dejo muy noble infante  
Don Juan mi fijo, bastante,  
Bien digno é mercedor  
Para ser emperador.

*Decir de Pero Ferrús al rey Don Enrique.*

Don Enrique fué mi nombre,  
Rey de España la muy gruesa,  
Que por fechos de grant nombre  
Meresco tan rica fuesa.  
Grave cosa nin aviesa  
Nunca fué que yo temiese,  
Porque el mi loor pediese,  
Ni jamás falté promesa.

Nunca yo cesé de guerras  
Treinta años continuados.  
Conqueré gentes é tierras,  
E gané nobles regnados.  
Fis ducados é condados,  
E muy altos señorios :  
E di á estraños é á míos  
Mas que todos mis pasados.

En peligros muy estraños  
Muchas veces yo me ví,  
E de los míos sosaños.  
Sabe Dios cuántos sofrí.  
Contemprarme sope así  
Con esfuerzo é mansedumbre.  
El mundo por tal costumbre  
Sojuzgar yo lo creí.

Sabed que con mis hermanos  
Siempre yo quisiera paz,  
Adiviéronme tiranos  
Buscándome mal asaz.  
Quisolo Dios, en quien yaz  
El esfuerzo é poderío,  
Ensalzar mi poderío  
E á ellos di mas solaz.

Con todos mis comarcanos  
Yo paré bien mi fazienda :  
Quien al quiso, amas manos  
Ge lo puse á contienda.

Ya comenzaban entonces  
Las florecillas del prado  
A salpicar de los céspedes  
El verde y tendido manto.  
Ya iba el tomillo oloroso  
Sobre los juncos brotando,  
Llenando el aura de aromas  
Cuanto mas puros mas gratos.  
Ya empezaban á vestirse  
De frescas hojas los álamos,  
Y las rojas amapolas  
A crecer en los sembrados.

É bien así lo entienda  
El que fué mi coronista,  
Que de paz, é de conquista  
Onrosa quis la emienda.

En la fé de Jesucristo  
Verdadero fui creyente,  
E á la iglesia bien quisto,  
Muy amado é obediente,  
Fis onra muy de talante  
Cuanto pude á sus prelados,  
Seyendo de mi llamados  
Señores ante la gente.

Con devocion cuanta pud  
Yo servi á Santa Maria,  
Preciosa Virgen, salud,  
Nuestra dulzor, é alegría.  
Por saña, nin por follia,  
A santa jamas, nin santo  
Nunca yo dije mal, cuanto  
Los ojos me quebraria.

É teniendo yo mi imperio  
En paz muy asesegado,  
Que cobré con grant laserio  
Por onrar el mi estado,  
Plogo á Dios que fui llamado  
A la su muy dulce gloria,  
Dó está con grant vitoria.  
El su nombre sea loado.

La mi vida fué por cuenta  
Poco mas que el comedio ;  
Cinco años mas de cincuenta  
É quatro meses é medio.  
Púsome Dios buen remedio  
A mi fin, que yo dejase  
Fijo noble que heredase  
Tal que non ha sin medio.

Deben ser los castellanos  
Por mi alma rogadores,  
Ca los fis nobles, ufanos,  
Guerreros, conquistadores :  
E á Dios deben dar iores  
Por los dejar yo tan presto  
Mi amado fijo onesto,  
De liña de emperadores.

Yo le dejo bien casado  
Con la infante de Aragon ;  
Porque partí consolado  
Al tiempo de mi pasion.  
A este viene bendiccion  
E los regnos por linages.

\* Acaso deberá ser *cuarenta*, pues el cronista dice que murió de cuarenta y seis años y cinco meses.

Y todo la primavera  
 Por dó quier iba anunciando,  
 Con su yerba la campiña  
 Y con sus trinos los pájaros.  
 Cabalgaba Don Enrique  
 Con sus nobles platicando  
 Por fuera de la ciudad  
 En paseo sosegado,  
 Cuando ginete seguro  
 Sobre un potro jerezano  
 Vió que hacía ellos llegaba  
 Solo un árabe gallardo.  
 Sobre el almete de acero  
 Rollaba turbante blanco,  
 Y espesa malla vestía  
 Bajo el almaizal plegado.  
 Corvo alfange y lanza aguda  
 Llevaba en opuestos lados,  
 Y con cadenas de plata  
 El negro potro arrendado.  
 Y en fin, las prendas que usaba  
 La opulencia iban mostrando  
 Y su bizarra apostura  
 Lo noble del africano.  
 Detuvo el rey su troton  
 Un punto para mirarlo,  
 Y su potro el sarraceno  
 Tuvo también, saludándolo,

Los que de estoria son sages  
 Saben bien esta razon.

Dejo noble muger buena,  
 Que es la reina Doña Juana,  
 Que por todo el mundo suena  
 Su grant bondat sin ufana.  
 Non cesa noche é mañana  
 Facer por mí sacrificios,  
 Que son deleites é vicios  
 A mi alma que los gana.

Ella sea heredada  
 En paraiso conmigo,  
 Dó le tien presta morada  
 Jesucristo, su amigo.  
 De hoy mas á vosotros digo,  
 Vasallos, é mis parientes,  
 Yo dejó á todas gentes  
 Este escrito por castigo.

Quien muy bien escuadrifiare  
 Las razones que en él dis,  
 E cobdicia en sí tomare  
 De los fechos que yo fis,  
 Non engruese la cervis  
 Echándose á la vilesa,  
 Nin se paguen de escasesa,  
 Que á todo mal es rais.

Quien vivir quiere en ledicia  
 E del mundo ser monarca,  
 Desampare la codicia,  
 Que todos males abarca.  
 Franqueza sea su arca,  
 Esfuerzo, é bien faser,  
 Que lo tal snele tener  
 Mucho bien á su comarca.

Quedáronse unos momentos  
 Mirando uno á otro entrambos  
 Hasta que así dijo el rey,  
 Y dijo así el africano.

*El Rey.* Vengas en paz, sarraceno.

*El Moro.* Alá te guarde, cristiano.

*El Rey.* ¿Adónde va el agareno?

*El Moro.* A buscar al castellano.

*El Rey.* ¿Pues qué, no da ya Granada  
 A los creyentes asilo?

*El Moro.* Mina una lengua dañada  
 El corazon mas tranquilo.

No hay moro que mas resuelto

Servido haya á su señor,

Mas el semblante me ha vuelto

Mohamad, como á un traidor.

Sin lealtad y sin fé

Se olvidó de mi amistad,

Y allí á Mohamad dejé,

¡Alá guarde á Mohamad!

*El Rey.* ¿Y qué espera del cristiano?

*El Moro.* Diz que es un rey caballero  
 El vuestro rey castellano

Y á ofrecerle voy mi acero.

*El Rey.* ¿Y si te recibe mal?

*El Moro.* Continuaré mi camino.

*El Rey.* ¿Y si osa á tí desleal?

*El Moro.* Me avendré con mi destino.

Mas de ello estoy bien ajeno :

¿Para mí malo ha de ser

Quien para todos fué bueno?

¿Ante él me podeis poner?

*El Rey.* Moro, en su presencia estás :

Y tu acendrada opinion

No desmentirá jamás

La fé de su corazon.

*El Moro.* ¿Tú eres Don Enrique?

*El Rey.* Sí.

*El Moro.* Dame los piés á besar.

*El Rey.* No, cabalga junto á mí,

Que quiero contigo hablar.

Picó espuelas Don Enrique,

É imitóle el africano,

Y atravesando la puente

En Santo Domingo entraron.

### III.

O el bueno de Don Enrique  
 Fué crédulo por demas,  
 O el moro fué por su parte  
 Sutilísimo y sagaz :

Porque en menos de dos dias

Entre los dos de tratar,

Entre ambos á dos habia

Estrechísima amistad.

Ya fuera que el africano

Descubriese desleal

A Enrique graves secretos  
 Del rey moro Mohamad;  
 Ya fuera que el rey Enrique  
 Se los quisiera arrancar  
 Con una sagaz política  
 A la del árabe igual;  
 Ya fuera que ambos á dos  
 Se intentaran engañar,  
 O ya que los dos obrasen  
 Con hidalga lealtad,  
 Ello es cierto que aquel moro  
 Del rey empezó á gozar  
 Muy repetidos favores,  
 Y muy grande intimidad,  
 É hizo á todos los privados  
 Ante su favor cejar  
 Por mas que el vulgo y la corte  
 Murmuró de este desman.  
 Decían, y con justicia,  
 Que le sentaba muy mal  
 A todo un rey castellano  
 Con moros tanta amistad.  
 Que quien nació su enemigo  
 Era al cabo de esperar  
 Que tuviera allá en su pecho  
 Poca ó ninguna verdad.  
 Todo ello dicho en razon,  
 Y sin respeto quizás,  
 Pero dicho todo en balde,  
 Pues no lo quiere escuchar  
 El rey, que por su capricho  
 O por recóndito plan  
 Hácia el gallardo africano  
 Inclina la voluntad.  
 Y ya por secretas causas  
 O por afición real  
 Festejábanse uno á otro  
 Con correspondido afan.  
 Dábale el rey privilegios,  
 Y rentas que disfrutar,  
 Dábale estancia en palacio  
 Y aun en su mesa sitial.  
 Y el moro, á quien cada dia  
 Remitian sin cesar  
 Desde Granada sus deudos,  
 Sus amigos desde Oran,  
 Tesoros inestimables  
 Y presentes sin igual,  
 Al rey se los ofrecia  
 Con gran liberalidad.  
 Y apenas dia pasaba  
 Sin que la fuera á llevar  
 Ya el damasquino mandado,  
 Ya el cordobés alazan,  
 Y siempre entre sus regalos  
 Solian ir á la par,  
 Ya el velo para la reina,  
 Ya para la dama el schal,

Ya la armadura dorada  
 Para el príncipe Don Juan,  
 Ya el perro de mejor rastro,  
 Ya el azor mas perspicaz.  
 Todo era el moro larguezas,  
 Y el rey prodigalidad;  
 Si el rey el mas generoso,  
 El árabe el mas galan.  
 Todo era fiesta el palacio,  
 Tañer, danzar, y trovar,  
 Todo festejos el dia,  
 Toda la noche rondar.  
 Todo festines y amores  
 En la gente principal,  
 Toda embriaguez y rondallas  
 El vulgo hambriento y audaz.  
 Si en una apuesta ó torneo  
 Placiale al rey bajar  
 A correr en el palenque  
 Con un noble á trance igual,  
 Bajaba el moro tras él  
 A lucir su habilidad  
 En los bohordos y cañas  
 Y juegos de uso oriental.  
 Y nadie rompió una lanza  
 Con tanta seguridad,  
 Ni nadie montó un caballo  
 Con una destreza tal,  
 Ni nadie metió en el blanco  
 Tantos dardos á la par,  
 Ni nadie en cortesania  
 Logró alcanzarle jamás.  
 Si diez sortijas ganaba,  
 Si ocho lazos alcanzar  
 Lograba una misma tarde,  
 Cual diestro, siendo galan,  
 Al rey y á la reina al punto  
 Ofrecia la mitad,  
 Entre las damas mas bellas  
 Repartiendo las demas.  
 Y así se pasaba el tiempo,  
 Y así en escándalo asaz  
 De Don Enrique y el árabe  
 Se estrechaba la amistad.  
 Y ó el bueno de Don Enrique  
 Crédulo era por demas,  
 O era por su parte el moro  
 Sutilísimo y sagaz.

## IV.

Corrió todo el mes de abril  
 Para el confiado Enrique,  
 Uno de los mas gloriosos,  
 Y uno de los mas felices.  
 La tierra empezó con mayo  
 Con sus flores á cubrirse,  
 Y el cielo fué despejándose

De nubes y nieblas tristes.  
 El viento henchian de aromas  
 Los cefirillos sutiles  
 Recojidos en las ramas  
 De los huertos y jardines.  
 Veia el rey favorable  
 Estacion tan bonancible  
 Para realizar los planes  
 Que supo allá concebirse  
 En su corazon y juicio,  
 Y que á poder él cumplirles  
 Fuera acaso el rey mas grande  
 Y el mejor de los Enriques (1).  
 Pero no hay causa que el hombre  
 Para su bien imagine  
 Que no le estorbe la suerte  
 Que por su bien la realice.  
 Ya há dias que el sarraceno,  
 Tan pródigo en los festines  
 Y en los regalos, ninguno  
 A su nuevo rey dirige.  
 Ya há dias que de su parte  
 El rey ninguno recibe,  
 Ni el rey le manda sus pages  
 Con prenda alguna que estime.  
 Y unos dicen que ya en ellos  
 No está la amistad tan firme,  
 Y otros que dió á sus tesoros  
 Fin el africano, dicen.  
 Pero desmentidos vieron  
 Sus murmullos los malsines  
 En la mañana de un martes,  
 Dia aciago entre gentiles.

(1) Fué su muerte (la de Don Enrique) muy plañida de todos los suyos; é non sin razon, ca pues tenia sus paces, é ratos, é casamientos, é sostiegos fechos en Francia, é Portugal, é Aragon, é Navarra, de fecho trataba é lo mandaba ir guisando, que si viviera era su intencion de armar grand flota, é tomar la mar del estrecho á Granada. E despues que él toviese tomada la mar, que de allende no se pudiesen ayudar los moros, facer en su regno tres cuadrillas, una él, otra el infante Don Juan su fijo, é otra el conde Don Alonso su fijo: é en su cuadrilla irian tres mil lanzas con él é quinientos ginetes, é diez mil omes de á pié: é las otras cuadrillas cada dos mil lanzas, é cada mil ginetes, é cada diez mil omes de á pié: é entrar cada año tres entradas de quatro meses é andar todo el regno, é non cercar logar, mas falcar quant fallasen verde. E que irian las cuadrillas de guisa que en un dia se pudiesen acorrer, si tal caso recreciese: é despues salir á folgar á Sevilla é Córdoba, é otro logar dó tenian sus bastecimientos. Que desta guisa, fasta dos ó tres años le darian el regno á pura fuerza de fambre, é faria de los moros quanto quisiese. E Dios non quiso que se cumpliese, ca tomóle la muerte, etc.

(Crónica de Don Enrique II.)

Tales eran los planes de este rey, y por los cuales digo de él

Y que á poder él cumplirles  
 Fuera acaso el rey mas grande,  
 Y el mejor de los Enriques.

Gozaba el rey todavia  
 Blando reposo apacible,  
 Cuando al dintel de su cámara  
 Un negro, que al moro sirve,  
 Se presentó demandando  
 Si la entrada le permiten:  
 Y como saben los pages  
 Que el rey donde quiera admite  
 Al esclavo y á su dueño,  
 Ninguno el paso le impide.  
 Franqueáronle pues la puerta,  
 Y apartando los tapices,  
 En la cámara del rey  
 Entró en silencio el etiope.  
 Quedó tras él el ambiente  
 Lleno de oloroso almizcle,  
 Que un azafate que lleva  
 Entre las manos despide.  
 Mas no pudo nadie ver  
 Lo que en él se deposite,  
 Porque cubierto lo trajó  
 Con la hermosa piel de un tigre.  
 Sintióse con el esclavo  
 Hablar al rey Don Enrique,  
 Sintiéronse las ventanas  
 A la voz del rey abrirse,  
 Y tras de breves momentos  
 Con su semblante impasible,  
 Como una siniestra sombra  
 Volvió á salir el etiope.  
 Quedó el rey con el regalo  
 Sobre su lecho, y posible  
 No siéndole contenerse,  
 Levantó la piel de tigre  
 Que cubria el azafate,  
 Y no es fácil de escribirse  
 Su sorpresa al ver en él  
 Dos moriscos borceguies.  
 Era de una piel mas blanca  
 Que la pluma de los cisnes,  
 Abotonados con perlas  
 Y un hebillon de rubies.  
 Mil esquisitos bordados  
 La piel finisima visten  
 De mil caprichosos ramos,  
 Mil arabescos perfiles  
 Con cuyo primor y gusto  
 En tejidos y en matices  
 Los encajes y las flores  
 Inútilmente compiten.  
 Obra del oriente solo  
 Y de moriscos artifices,  
 Que hacen palacios de piedra  
 Como el encaje sutiles.  
 Trabajo de aquellas manos  
 Que, para que al mundo admire,  
 Nos dejaron una Alhambra  
 Del Darro en la orilla humilde;

La Alhambra ante quien Europa  
Ya desengañada dice :  
« No fué de bárbaros raza  
La que alzó el Generalife. »

—  
La primorosa labor,  
La pedrería que ciñe,  
Orla, corona y enlaza  
Los moriscos borceguies,  
El suave aroma que exhalan  
Su piel dócil y flexible,  
Lo bien que al pié se le ajustan  
Sin dañarle ni oprimirle,  
La novedad del regalo  
Y el traer del moro origen,  
Fueron razones de gozo  
Para el buen rey Don Enrique.  
Mandó entrar pues á sus pages  
A tocarle y á vestirle,  
Para ostentar dignamente  
Los preciados borceguies.  
Bizarramente atavióse,  
Y al ver cuán brillante sigue  
Su curso sereno el sol,  
Y el día en púrpura tiñe,  
Pensó en celebrar del moro  
El rico regalo insigne  
Con improvisada fiesta  
Que su placer le atestigüe.  
Llamó pues al africano,  
Y mandando que le ensillen  
Los caballos, y que apresten  
Los azores y neblies,  
Una partida de caza  
Y un campesino convite  
Para el árabe y sus nobles  
Rápidamente apercibe.  
Y hora y sitio, y compañía  
Señala, busca y elige,  
Y alegremente cabaiga,  
Parte, y la corte le sigue.

## V

Está el sol resplandeciente,  
Y purísima la atmósfera,  
Y el azul del firmamento  
Sombrias nubes no entoldan.  
Solo á trozos le salpican  
De ráfagas voladoras,  
Al impulso arrebatadas  
Nubecillas caprichosas :  
Vapores tornasolados  
Que así varían de forma,  
Como varían de sitios  
Hasta que al fin se evaporan.  
Risueño está el día, amena  
La campiña, encantadora

La caza de cetrería  
En que los del rey se gozan.  
A inmenso trecho en el aire  
Los neblies se remontan,  
Sin que los pierdan de vista  
Los cazadores. ¡Qué airosa  
Se cierne libre en los aires  
Sobre sus alas, y esponja  
Su fina y rizada pluma  
La garza provocadora!  
¡Cómo se burla del vuelo  
De las aves temerosas  
Que la huyen, y á quien persigue  
Revolando juguetera!  
¡Cómo en torno de su presa  
Gira y revuelve, y la acosa,  
Y en su derredor circula  
De su torpeza por mofa!  
Ya al parecer libre y salva  
Dejándola, el vuelo acorta,  
Ya á perseguirla volviendo  
Se precipita afanosa.  
Tiembla la avecilla débil,  
Canta el ave triunfadora,  
Y en espiral rapidísima  
Caen en la tierra una y otra ;  
Y el lance á juzgar alegres  
Los cazadores se agolpan,  
Y con aplausos y risas  
A celebrar la victoria.  
Contentísimo está el rey,  
Contenta la corte toda,  
Y las damas que esto miran  
Desde una empinada loma.  
El halcon negro de Enrique  
Es quien lleva por ahora  
El honor de la partida.  
¡Con qué humildad tan donosa  
Hace la presa, la abate,  
A los pages la abandona,  
Y á Don Enrique volviéndose  
En la mano se le posa!  
¡Y cómo el rey le acaricia,  
Y en su palma le coloca  
Y esponja el ave sus plumas  
Agradecida y gozosa!  
Lánzala, y rauda se eleva,  
La llama, y se abate pronta :  
Dijeran que oye y comprende  
Las palabras de su boca.  
El sarraceno, que el arte  
De la cetrería ignora  
Porque no es arte seguido  
Por la raza de Mahoma,  
Su incomparable destreza  
Prueba, con dardos que arroja,  
Que desde el caballo lanza  
Y desde el caballo toma.

Hienden el aire silbando  
 Con rapidez prodigiosa,  
 Y tan certeros los tira  
 Que á los mas diestros asombra.  
 Su esclavo negro le sigue  
 Sobre yegüecilla torda  
 De ruin estampa, mas fuerte,  
 Incansable y corredora.  
 Y este recoge los dardos  
 De su amo, que al suelo tocan,  
 Al estilo de los árabes,  
 Con mano segura y pronta  
 Sin abandonar el lomo  
 Del animal en que monta,  
 El cual lleva en su carrera  
 La tierra al vientre tan próxima  
 Que inclinándose el ginete  
 Sin que apenas se conozca  
 Ase el dardo que está en tierra,  
 Aun sin mirar si lo cobra.  
 Tanto puede la costumbre,  
 Tanto la práctica logra,  
 Y tanto á los castellanos  
 Por eso entrambos asombran

En esto, y cuando en los aires  
 Mirada firme y ansiosa  
 Todos clavada tenian  
 En una torcaz paloma  
 Que, de un halcon perseguida,  
 Iba á la herida traídora  
 Del dardo del sarraceno  
 A caer, si le era próspera  
 Como siempre su certeza,  
 Cubrióse la tierra toda  
 De oscuridad tan espesa  
 Que el día fué noche lóbrega.  
 Sintiéronse al punto todos  
 Presa de mortal congoja,  
 Sin que pudieran sus ojos  
 Penetrar aquellas sombras.  
 Barrió el suelo un viento rápido  
 Y helado, y cuando á la atmósfera  
 Oscura se hizo la vista  
 Con hondísima zozobra,  
 Vieron lucir las estrellas  
 Que el firmamento tachonan,  
 Creyendo que de repente  
 Menguaba el día seis horas.  
 Faltó el aliento en los pechos,  
 Faltó la voz en las bocas,  
 Y todos ante el prodigio  
 Callando tiemblan ú oran.  
 Solo el árabe y su esclavo  
 Que están platicando notan,  
 Y aquel fenómeno aplauden  
 Con una alegría loca,  
 Y escuchando los cristianos

Su algazara escandalosa,  
 Por sortilegio lo juzgan,  
 Por brujería lo toman.  
 Hasta que á pocos minutos  
 Asomando luminosas  
 Del encapotado sol  
 Las resplandecientes orlas,  
 Volvió poco á poco el día,  
 Volvió á ausentarse la sombra,  
 Y el moro esplicó el eclipse (1)  
 A la comitiva absorta.  
 Mas aunque entendieron todos  
 Que esas señas espantosas  
 De este vistoso fenómeno  
 Son las circunstancias propias,  
 A nadie arrojar fué dado  
 Del corazon la congoja,  
 Ni nadie siguió tranquilo  
 En caza tan azarosa.  
 Tornaron pues en silencio  
 Con faz decaída y torva  
 A la ciudad que dejaron  
 Con risa tumultuosa.  
 Quejóse el rey de cansancio,  
 Y tras noche asaz incómoda  
 No pudo al día siguiente  
 Salir por sí de su alcoba.  
 Vinieron con tal noticia  
 Los sabios de la redonda;  
 Y declararon unánimes  
 Que el mal del rey *era gota*.

## VI.

Pasáronse así dos días,  
 Y así se pasaron seis,  
 Y así se contaron nueve,  
 Y rayaron en los diez:  
 Y en ellos mas medicinas  
 Solo sirvieron al rey  
 Para entender que la muerte  
 Le asaltaba por los piés.  
 Llorábale su hijo el principe,  
 Y la reina su muger,  
 Y mas que todos el moro  
 Se hacia al llanto por él.  
 Iba y venia afanado  
 Los calmantes á traer,  
 Y á preparar los remedios

(1) . . . . . A diez y seis del mes de mayo un lunes despues de visperas, fizo el sol eclipse, é se oscureció todo él, que non se veian los omes unos á otros, é aparecieron las estrellas en el cielo, así como si fuera media noche: é duró aquella oscuridad una hora. . . . . é falleció el rey el lunes á treinta del mismo mes.

Esto dice la crónica de este eclipse; la sola variacion que hay en el romance es el atraso de un día, porque yo lo he fijado en martes y no en lunes como aconteció.

Con cuidadoso interés;  
 Y como era hombre entendido  
 Y el rey le quería bien,  
 Murmuraban de ello muchos,  
 Mas le dejaban hacer.  
 Mirábanle los doctores  
 Con ojeriza también,  
 Mas á raya se tenían  
 Respetando su saber.  
 Que era el árabe en su ciencia  
 Hombre de tan alta prez  
 Que no hubo quien en Castilla  
 Se le supiera oponer.  
 Y en las juntas que les plugo  
 Reunir alguna vez,  
 Siempre que él tomó la plática  
 Fuerza á los demas le fué  
 Convenir exactamente  
 En lo propuesto por él,  
 Y á sus opiniones siempre  
 Y á sus razones ceder.  
 Y con tanta confianza,  
 Con tan recta sencillez  
 La enfermedad esplicaba  
 Y daba su parecer  
 Con tanta y tan sana lógica,  
 Con tan candorosa fé,  
 Que nadie que le escuchaba  
 Le dejaba de entender.  
 Y los remedios servía  
 Al real enfermo despues  
 Con tan sincero cariño,  
 Con exactitud tan fiel,  
 Que nadie le pudo tacha  
 En su servicio poner.  
 Y en el tiempo que duró  
 Aquella dolencia cruel  
 Todas las noches velando  
 Estuvo el árabe al rey.  
 Sus largas noches de insomnio  
 Le sabia entretener  
 Con orientales historias  
 Mas sabrosas que la miel.  
 Los monteros le escuchaban  
 Embebidos á su vez,  
 Y el mas suspicaz no supo  
 Desconfiar ni temer.  
 Si alguna vez Don Enrique  
 Le miró con esquivéz  
 A impulso de los dolores  
 Que le hacian padecer,  
 Mesaba el moro su barba  
 Y se trataba de infiel;  
 De triste y desventurado,  
 Y sin tenerse merced  
 Decia que de aquel mal  
 Él solo la causa fué  
 Con la maldecida caza

Dispuesta en obsequio de él.  
 En fin, de aquella dolencia  
 Al rayar el dia diez  
 El rey se sintió mortal,  
 Y á Manrique el canciller  
 Demandando á toda prisá,  
 Y á su confesor despues,  
 A concluir se dispuso  
 Como católico y rey.  
 Entonces cruzando el moro  
 De las puertas el dintel,  
 De la turba cortesana  
 Cruzó sombrío á través.  
 « Doctor (le dijeron muchos),  
 ¿Creeis que viva? — Tal vez,  
 Les dijo, dure cuatro horas. »  
 Pero no llegó ni á tres.

## VII.

Murió Don Enrique en lunes  
 Treinta de mayo á las dos,  
 Como á un caballero cumple,  
 Como á un monarca español.  
 Fama de bueno y de justo  
 Y de liberal dejó,  
 Mas juzgó mal de su muerte  
 El vulgo murmurador.  
 De aquella dolencia incógnita  
 El fatal estrago atroz  
 En breves dias, sin tregua  
 Al sepulcro le arrastró.  
 Y aquel agüero funesto  
 De haberse apagado el sol;  
 Y hacer noche al medio dia  
 En el que él adoleció;  
 La amistad con aquel moro,  
 Tal vez secreta ocasion  
 De la enfermedad traidora,  
 A muchos les recordó  
 Lo bastardo de su sangre  
 Y la sangrienta traicion  
 Con que en Montiel á su hermano  
 El rey Don Pedro mató.  
 Unos lo dan por prodigio,  
 Otros por falsa invencion.  
 ¿Quién pues lo cierto averigua  
 A través de tanto error?  
 Las conjeturas son rectas;  
 El moro desapareció,  
 Y el rey empezó á sentir  
 En las plantas el dolor  
 Desde el dia en que sus ricos  
 Borceguies se calzó.  
 La causa pues de su muerte  
 La sabe quien la hizo y Dios.

## ORIENTAL.

No pude selle mudable  
A aquella cuyo nasci.  
*Rom. general.*

## I.

« Escucha, hermosa cristiana,  
Mis amores,

No se estrellen mis dolores  
En los vidrios de colores  
De tu gótica ventana.

Años há, bella señora,  
Que tu vista encantadora,  
Apetecida,  
De Córdoba en los jardines  
Matóme por darme vida.  
Y en tanto que te acataban  
Y tus favores gozaban  
Mil paladines,  
Azarque, en inútil queja,  
Tus esquivaces plañia  
Llorando al pié de tu reja.

Escucha, hermosa cristiana,  
Mis amores,  
No se estrellen mis dolores  
En los vidrios de colores  
De tu gótica ventana.

¡Ah! ¡qué importa que al Profeta  
En adoracion secreta  
Yo bendiga,

Y adores tú al Nazareno,  
Si en blanda coyunda amiga  
Un solo amor nos uniera!  
Cristiana mas hechicera  
Que el ameno  
Paraiso, no te cura  
De las palabras del conde,  
Que has de ser mi desventura.

Escucha, hermosa cristiana,  
Mis amores,  
No se estrellen mis dolores  
En los vidrios de colores  
De tu gótica ventana.»

## II.

Así de la luna al brillo  
En tono blando y sencillo  
Cantaba voz varonil,  
Y del moro las querellas  
Vertiendo lágrimas bellas  
Oía dama ~~dama~~ gentil.

Abrió á medias su ventana  
Que con flores engalana  
La dama, y así cantó :

Triste su cántico apenas  
Perdido entre las almenas  
Un solo instante vagó.

« Cristiana ¡oh moro! nació,  
Y me matan con rigor  
¡Ay de mi!  
Mi religion y mi amor  
Y huyo á mi pesar de ti.  
Huye de aquí.»

La voz se heló en su garganta,  
Cayó y rompióse la lira,  
Al moro estática mira,  
Mas ya ni le ve ni canta.

No canta, que en llanto amargo  
Sobre el pecho la cabeza  
Ahoga tanta terneza  
Un amoroso letargo.

« ¿Porqué (dice desde el foso  
El moro), bella cristiana,  
Porqué me velas tirana  
Ese rostro candoroso? »

La cristiana amada en tanto  
Miraba y no le veía,  
Solo en el muro se oía  
Triste y angustiado llanto.

Y viendo que no responde,  
El moro desesperado  
A llamar iba ya osado  
En el castillo del conde.

## III.

Sobre alazan de Córdoba brioso,  
Ceñido el cuerpo de la doble malla,  
El señor del castillo llega en tanto  
A su opulento alcázar.

Por la penosa orilla del torrente  
Se oye cuál crujen á compás sus armas  
A par que estrepitosas se derrumban  
Entre espuma las aguas.

Llegó al castillo, y al tocar al puente  
Miró en el muro pálida á su hermana,  
Y volviéndose al moro amenazóle  
Con la robusta lanza.

« ¡Infel, al fin! ya yo me lo sabia, »  
Dijo el conde entre sí lleno de rabia,  
Y alzó la voz despues : « Mahometano,  
¿Son estas tus palabras? »

Si ya no eres cristiano tu rodela  
Y ese corcel apresta que descansa.  
Tú lo juraste, moro, que conmigo  
Serias en batalla.

— ¿Porqué el conde cristiano me acomete  
Si amor quitó la libertad al alma?

— Tú lo juraste, moro, que conmigo  
Serías en batalla.  
— Yo cristiano no soy, repuso el moro,  
Yo no soy sino amor para tu hermana;  
¿Mas qué importa mi fé ni la fé suya  
Si como yo me ama?  
— No blasfemes, infiel, si en tu creencia  
Tornaras á mirar estas murallas,  
Tú lo juraste, moro, que conmigo  
Serías en batallas. »

## IV.

Dijo el noble de Castilla  
Y del torrente en la orilla  
Aguardó.  
¿Qué hace el moro que injuriado  
En la muralla apoyado  
Se quedó?  
¿Porqué el conde le provoca  
Con voz que al honor le toca  
Y con furor,  
Y el moro sombrío en tanto  
Mostrando está con su llanto  
Su dolor?  
Errante su mirar vaga,  
Y almete, rodela y daga  
Lejos de él  
Con ira arrojó demente  
Y así habló con voz doliente  
El infiel :

« A Dios, hourí idolatrada  
Del corazon africano,  
Pues que por suerte traidora  
Te pierdo agora,  
Muere con tu Dios cristiano,  
Yo moriré en mi fé mora. »  
Y hácia el conde que le espera  
Rápida y firme carrera  
Dirigió,  
Y allá en el agua espumosa  
La caída estrepitosa  
Resonó.

## V.

Mientras la bella cristiana  
En su gótica ventana  
Exhala un ay de pavor,  
Del agua allá en lo profundo  
Lanza el moro en este mundo  
El postrer ¡ay! de su amor.  
Valladolid.—1836.

## UNA AVENTURA DE 1360.

ROMANCE.

En las frondosas campiñas  
Que con sus ondas serenas  
Fecunda el Guadalquivir  
Antes que en el mar se pierda,  
Sentada está una ciudad  
Que magestuosa ostenta  
Lo atrevido de sus torres,  
Lo antiguo de sus almenas.  
El rio su bella imágen  
En su corriente refleja  
Pasando enorgullecido  
Por pasar tan junto á ella.  
Y ella se mira en sus aguas  
Contemplando allí altanera  
Su antigüedad y poder  
Y su proverbial belleza.  
Espesos muros la ciñen,  
Y frondosísimas huertas,  
Y apiñados olivares,  
Y fertilísimas vegas.  
Radiante sol la ilumina,  
Y la bordan sus laderas  
Altos y copados árboles  
Y olorosas flores bellas.  
Alegre gente la vive,  
Que las calurosas siestas  
Y los perfumadas noches  
Pasa al són de la vihuela,  
Ya en sus entoldados patios  
Entre fuentes y macetas,  
Ya en sus floridos jardines  
Gozando sus auras frescas.  
Ciudad de hermoso recuerdo,  
Ciudad bella entre las bellas,  
De los moros es envidia,  
De los cristianos soberbia.  
Sevilla, en fin, y esto basta,  
Que todo el nombre lo encierra,  
Y hablando de la hermosura  
Todo es una cosa mesma.  
En Sevilla pues, y en una  
Noche azulada de aquellas  
En que la luna derrama  
Tranquila claridad trémula,  
Y en lo cóncavo del aire  
Resplandecen las estrellas,  
Y mas allá con mas brillo  
Dos luceros reverberan;  
En una de aquellas noches  
En que todo se presenta  
Blanco, pacífico, hermoso,  
Y que la mente embelesa,

Y los sentidos embriaga  
 Y el corazón enajena;  
 Noche de aventuras propia  
 En mil trescientos cincuenta  
 (Edad en que esto pasaba  
 Si mi memoria no yerra),  
 Por la calle de la Sierpe  
 Media noche siendo apenas  
 Dos hombres en la ancha plaza  
 Con prisa y silencio se entran.  
 Largas capas les envuelven,  
 No porque precisas sean,  
 Sino porque bien les cubran  
 De las personas las señas:  
 Por el lado de la sombra  
 Punta á punta la atraviesan  
 De la calle de la Sierpe  
 Hasta la calle de Génova,  
 Y el bulto de sus espadas  
 Que bajo la capa llevan,  
 Las plumas de sus birretes  
 Y el rumor de sus espuelas  
 Por hidalgos les acusan,  
 Por mas que entrambos se empeñan  
 En pasar como personas  
 De comun raza plebeya.  
 Al fin cuando ya contaban  
 Tomar una callejuela  
 Que al alcázar los llevase  
 Sin pasar frente á la iglesia,  
 Paróse el mas alto de ellos  
 Diciendo: « ¿Qué sombra es esa  
 Que tras el pilar se oculta,  
 Benavides? Yo dijera  
 Que es un hombre. »

— Y Benavides

Al que pregunta contesta:  
 « Llegad, señor, sin cuidado,  
 Que ya imagino quién sea  
 Y hará paso al conocerme,  
 Que es hombre que me respeta,  
 Porque me debe favores  
 É hicimos juntos la guerra. »  
 Siguió andando Benavides,  
 Siguió el otro, por respuesta  
 Dándole solo el silencio  
 Que satisfacerle muestra,  
 Y frente al hombre llegando  
 Que junto al pilar espera,  
 Mostrándose Benavides  
 Dejó franca la carrera.  
 « Dios te guarde, Andrés, » le dijo  
 El que va, pasando cerca.  
 « Buenas noches, » dijo el hombre,  
 Saludando con llaneza:  
 Y pasaron los hidalgos  
 Y siguió el otro en su espera.  
 Y entre los dos que se van

Por la oscura callejuela  
 Conversacion en voz baja  
 Se entabló de esta manera:  
 « ¿Quién es ese hombre?

— Un soldado

Que entró poco hace en la regla  
 De San Francisco, cansado  
 Del servicio y de la guerra.  
 — ¿Y porqué precisamente  
 En tal ocasion lo deja,  
 Pudiendo darle fortunas  
 Estos tiempos de revueltas?  
 — Dice que al rey Don Alonso  
 Sirvió de grado, y por fuerza  
 No quiere servir á nadie.  
 — Ya entiendo.

— Señor...

— Le lleva

La opinion del vulgo necio,  
 Que mal de Don Pedro piensa.  
 — Ya veis, señor, pues al claustro  
 Se acoge, con su conciencia  
 Se lo habrá mirado bien.  
 — Y á tales horas, ¿qué espera  
 Solo en mitad de la plaza  
 Sin el traje de su regla?  
 — Señor, es historia larga.  
 — Tal cual es quiero saberla.  
 — Son cosas que importan poco  
 — A mí todo me interesa;  
 Decid, pues.

— Pues escuchad.

Ya sabeis que representan  
 Al rey los monges Franciscos,  
 Que habiendo en su casa mesma  
 Un manantial necesario  
 Para el buen servicio de ella,  
 El derecho á los vecinos  
 Se les quite de que puedan  
 Servirse de él en su daño  
 Porque sin agua les dejan.  
 Los vecinos, como tienen  
 Aquella fuente mas cerca,  
 Para tomarla á su gusto  
 Su viejo derecho alegan.  
 — Y tienen razon, y el rey  
 Se la da.

— Por esa muestra

De su real benignidad  
 De los vecinos se aumenta  
 La osadía, y de los monges  
 El trabajo y la impaciencia.  
 De aquí nacen las hablillas,  
 Las voces y las quimeras:  
 Los vecinos á los monges  
 Tal vez obligar intentan  
 A que de noche y de dia  
 Les tengan franca la puerta.

Los monges quieren cerrarla  
 Como lo manda su regla,  
 Y esto ocasiona denuestos  
 Y escandalosas pendencias.  
 Los vecinos traen soldados,  
 Gente de su parentela;  
 Los frailes sacan domésticos  
 Y deudos que los defiendan:  
 Y como ven que su rey  
 Lo que le piden les niega,  
 Los del pueblo cobran brios  
 Y los frailes se exasperan.  
 Esto duró hasta que Andrés,  
 Hombre á quien nada amedrenta,  
 Hombre que usa de las armas  
 Con asombrosa destreza,  
 Con sus escrúpulos dando  
 De una sola vez en tierra,  
 Asió su espada saliendo  
 De los suyos en defensa.  
 Burlábansele al principio,  
 Mas él se ha dado tal priesa  
 En asestar cintarazos  
 Con tal fortuna y destreza,  
 Que del manantial los monges  
 Son dueños á la hora de esta.  
 — ¿Tan bizarro es ese Andrés?  
 — Tan bizarro y tan á prueba,  
 Que él solo guarda la plaza,  
 Y ninguno se le acerca.  
 — El miedo de los villanos  
 Es quien su valor pondera.  
 — De quien querais informaos;  
 Vereis que nadie lo niega.  
 Es hombre que, si le dicen  
 Que una calle por apuesta  
 Guarde una noche, es seguro  
 Que nadie pasa por ella.  
 — ¿Y no hay justicia en Sevilla,  
 Un hombre que le contenga?  
 — Ya veis, se acoge á sagrade,  
 Y los bravos le respetan. »

Murmuró el que preguntaba  
 Unas palabras inciertas  
 Que espiraron en murmullo  
 Cual pronunciadas apenas.  
 Y como á un postigo oculto  
 Que da al alcázar se llegan,  
 Callaron ambos á dos  
 Llamando á espacio á la puerta.  
 Abrióles un pagecillo,  
 Y entrando los dos por ella  
 Quedó el silencio en el aire  
 Y en soledad la plazuela.

Está la siguiente noche  
 Tocando en la misma hora,  
 Y desde el zenit vertiendo  
 La luna luz melancólica.  
 Ni una ráfaga de viento  
 La soledad silenciosa  
 Interrumpe, ni una nube  
 Del cielo el azul entolda.  
 Toda Sevilla es silencio,  
 Reposo Sevilla toda,  
 Que duerme al són que la arrulla  
 Del Guadalquivir las ondas.  
 Apenas de tarde en tarde  
 Atraviesa una persona  
 Las calles á largos pasos,  
 O en una reja se aposta.  
 Y los grandes edificios  
 Que la estensa plaza forman  
 Sobre el suelo de la plaza  
 Tienden su gigante sombra.  
 En un pilar apoyado  
 De una callejuela angosta  
 Por dó un largo pasadizo  
 En la plaza desemboca,  
 Hay un hombre que está en vela,  
 Y á quien la noche medrosa  
 Presta contornos fantásticos  
 Y faz amenazadora.  
 Inmóvil en la oscuridad  
 No parece que le importan  
 Ni el relente de las noches  
 Ni el ver que pasan las horas.  
 Si espera á alguien, nadie acude  
 A la cita misteriosa;  
 Si aguarda algun hora fija  
 Su venida fué bien pronta.  
 Frente por frente al convento  
 De San Francisco se aposta,  
 Cuya puerta se ve franca  
 Como abandonada y sola.  
 ¿Es que aquel hombre la guarda?  
 ¿O es que en acecho la ronda?  
 Porque él la guarda ó la acecha  
 Con una intencion incógnita.

En esto la plaza adentro  
 Por la calle de la Sierpe  
 Un hombre desembocando  
 A largos pasos se mete.  
 Un solo punto los ojos  
 En su derredor revuelve,  
 Y viendo al hombre que aguarda  
 Vase á él rápidamente,  
 El sombrero hasta las cejas  
 Y el embozo hasta los dientes:  
 Llegó al que esperaba, y plática  
 Entablaron de esta suerte:

« ¿Andrés?  
— ¿Quién me llama?  
— Un hombre.

— ¿Me conoce?  
— Sí.  
— ¿Qué quiere?

— Que tenga para tu algabe  
Un privilegio mi gente.  
Me han dicho que tú tan solo  
A tu convento defiendes,  
Y que cejan los villanos  
Y la canalla te teme.  
— Y te han dicho la verdad.  
— Por eso precisamente  
He venido aquí esta noche,  
Por si al cabo empacho tienes  
En dejarme hacer de día  
Lo que de noche no entiende  
Ninguno en el barrio.

— Hidalgo,

Si eso trae, errado viene;  
Todos han de tomar agua,  
O nadie absolutamente.

— ¿Con que contra el rey te opones,  
Que lo contrario te advierte?

— Yo contra el rey no me opongo,  
Mas cuido mis intereses;  
Y pues por ellos no cuidan  
Siendo inútiles, sus leyes,  
Hombre á hombre, y fuerza á fuerza  
Aquí has de encontrarme siempre.  
Será injusticia y escándalo,  
Será cuanto se quisiere,  
Mas á quien osados cargan  
Necio es, si no se defiende.  
— Hazlo pues.

— En hora buena,

Hidalgo, y tened presente  
Que habeis venido á buscarme.  
— Menos hablar y defiéndete.

Y esto diciendo uno y otro  
A cuchilladas se meten  
Con tanto brio que chispas  
De las espadas encienden.  
El caballero le carga  
Tan fiera y bizarramente,  
Que el hacerle cara el otro  
Hasta milagro parece.  
Dan, vuelven, paran, reciben,  
Ni uno ceja, ni otro cede;  
Andrés con calma y acierto,  
El otro como una sierpe:  
Mas es inútil, el monge  
Es tan diestro y es tan fuerte,  
Que aunque es el hidalgo un hombre  
Que como un tigre revuelve,  
Y cuyo brazo muy pocos

A resistirle se atreven,  
De poco ó nada le sirven  
Lo que sabe y lo que puede.  
Al fin, el monge, mirando  
Que el intento con que viene  
Es tal que mucho peligra  
Si no se concluye en breve,  
Lanzóle tal multitud  
De tajos y de reverses,  
Que el otro cejó seis pasos  
Diciendo: « ¡Demonio, tente! »  
Túvose Andrés, y el incógnito,  
La mano franca tendiéndole,  
Dijo: « Lo que quieras pídemme,  
Que todo te lo mereces.  
— Yo nada de vos espero.  
¿Qué podeis vos ofrecerme?  
— A todo por tu valor  
El rey Don Pedro se ofrece.  
— Señor, exclamó el buen monge  
Ante sus plantas rindiéndose,  
Perdonad si anduve osado...  
— Andrés, obraste valiente;  
Concédote lo que quieras  
Para que de mí te acuerdes.  
— Señor, de nuestra agua os pido  
La propiedad solamente.  
— Desde esta noche á los monges  
Anuncia que la poseñ. »  
Y tomando el rey Don Pedro  
Por el callejon de enfrente,  
Volvióse al convento el fraile  
Agradecido y alegre.

## LAS ESTOCADAS DE NOCHE.

ROMANCE.

I.

Las lágrimas de los ojos  
Disimuladas apenas,  
Mal prendidos los cabellos,  
Mal tocada y mal compuesta,  
Está en un sillón Elvira  
La faz y las manos trémulas,  
Como criminal que incierto  
Visita del juez espera;  
Y los pasos de Don Lope  
Escuchando en la escalera.  
Mas se turba cuando cauta  
En disimular se empeña.  
Entró en la estancia Don Lope,  
Y al aperebirse de ella,  
La dijo con voz pausada  
Entre amorosa y severa:

« ¿Tú lágrimas en los ojos?  
 ¡ Por los cielos que me admira!  
 ¿ Quién pudo en ellos, Elvira,  
 Herirte con tal rigor?  
 ¡ Oh! ven, Elvira, á mis brazos,  
 Ven á contarme tus duelos,  
 Que si no admiten consuelos  
 Admitirán vengador.  
 La faz escondes turbada,  
 La frente pálida inclinas,  
 Esas rosas purpurinas  
 ¿ Quién aja traidor así?  
 ¿ No me respondes y lloras?  
 Pues te obstinas en callarlo  
 Ve que acaso averiguarlo  
 Me toque despues á mi.  
 Pudiera serme un secreto  
 Lo que tu labio confiese;  
 Mas puede ser que nos pese  
 Lo que yo sepa á los dos.  
 Pero á través de esa reja  
 Han pronunciado tu nombre...  
 ¡ Oh! dime, Elvira, el de ese hombre,  
 Dilo, ó mueres, ¡ vive Dios! »

Asi Don Lope diciendo  
 Asíola de las muñecas,  
 Y entornando la ventana  
 Mató de un reves la vela.  
 Resistió, mas sujetóla;  
 Quiso gritar, mas apenas  
 Lanzó una voz, la garganta  
 Contra el almohadon la aferra.  
 Sonó por segunda vez  
 Desde la calle la seña,  
 Y con acento fingido  
 Dentro Don Lope contesta.  
 A poco oyéronse pasos  
 De alguno que sube á tientas,  
 Con los rotos escalones  
 Tropezando en las tinieblas.  
 Y en el silencio solemne  
 De aquella medrosa escena,  
 Del corazon de Don Lope  
 Todos los golpes se cuentan.  
 Elvira, dijo el que entraba;  
 Mas viéndose sin respuesta,  
 Volvió á repetir el nombre  
 Dentro de la sala mesma.  
 Todo allí es sombra y silencio,  
 Todo es soledad en ella;  
 Solo una chispa encendida  
 Dentro del pábilo humea,  
 Que no ardiendo sino un punto,  
 La lóbreguez mas aumenta;  
 Y el humo con que se ahoga

Fétido el pábilo deja.  
 Las manos tendió adelante,  
 Y avanzando asi el que llega  
 Con el rostro de Don Lope  
 En la oscuridad tropieza.  
 « ¿ Quién va? » preguntó; y su acento  
 Siguiendo mano certera,  
 De una robusta puñada  
 Tendióle de espalda en tierra.  
 Asidos ambos á dos  
 En la sombra forcejean,  
 Y el duro són de la lucha  
 Confuso en la sombra suena.  
 Y sin duda á ambos importa  
 El secreto y la cautela,  
 Porque trabajan las manos  
 Y se recata la lengua.  
 A cóncavos resoplidos  
 Ambos los pechos alientan,  
 Pero no lanzan los labios  
 Una exclamacion siquiera.  
 Así, en contados instantes  
 Los dos combatientes ruedan,  
 Hasta que á verse alcanzan  
 Gente y luces que se acercan  
 Abriéronse las mamparas,  
 Y casi en el linde de ellas  
 Hallóse un hombre en silencio  
 Y embozado hasta las cejas.  
 Miróle un punto Don Lope,  
 Y vuelto con voz resuelta  
 A los que acudieron dijo:  
 « Paso; » y ganando las puertas  
 Llevósele por delante  
 Medio á bien y medio á fuerza.

## II.

Negra es la noche, y el cierzo,  
 Que en són revoltoso gime,  
 Rasgándose en las esquinas  
 De miedo la sombra viste.  
 Por un callejon estrecho  
 Que de pasadizo sirve  
 A una iglesia, va Don Lope  
 Con el otro que le sigue.  
 Al llegar ante de un farol  
 Que medio agoniza y vive,  
 Colgado en un esquinazo  
 Ante un cuadro de la Virgen,  
 Túvose bajo él Don Lope;  
 Y en voz imperiosa y firme  
 Desenvainando la espada  
 Esto al incógnito dice:  
 « O quién sois ó qué valeis  
 He de saber; elegid.  
 — Enhorabuena, reñid,  
 Que quién soy ya lo vereis.

— ¿No teneis otra disculpa?  
 — Vuestro empeño será en vano;  
 Las espadas en la mano,  
 Entrambos tenemos culpa. »  
 Y así diciendo, uno á otro  
 Con tal denuedo se embisten  
 Que brotan chispas las hojas  
 Con los tajos y los quites.  
 Ambos en el mismo sitio  
 Ninguno vence ó se rinde,  
 Ni en uno temor se alcanza  
 Ni á otro mas valor asisten  
 Segun á la luz incierta  
 Desde luego se distinguen  
 De entrambos á dos las sombras  
 Que en tierra clavadas riñen.  
 Mas el rumor temeroso  
 De la lucha se percibe,  
 Sin que un ¡ay! ni una palabra  
 Se oiga en trance tan difícil.  
 Dijérase al ver lo inmóviles  
 Que ambos en ello persisten,  
 Que son dos sombras de un sueño  
 Que á alguno en la noche aflige.  
 Tal vez de dos enemigos  
 Que un mismo ataud dividen,  
 Creyéranse las fantasmas  
 Que, concibiendo imposible  
 Un mismo sudario entrambos  
 Ni un mismo lecho partirse,  
 Alzáronse despechadas  
 En aparicion visible.  
 Abrióse en esto una reja,  
 Otra á poco se oyó abrirse,  
 Luego otras muchas, y luego  
 Cerca pasos se perciben.  
 Alumbróse de repente  
 La calle, y al lejos dicen:  
 « Téngase al rey. » Y en un punto  
 La justicia les divide.  
 Cercáronlos desatentos  
 Soldados y ministriles,  
 Que al tomarlos los estoques  
 Por ellos derechos piden.  
 Y tanto crece la zambra  
 Y los confusos lelies  
 De unos que dicen « soltarles »  
 Y otros que « á la cárcel » dicen,  
 Que echando mano al embozo  
 El que con Don Lope riñe,  
 Partió el tropel de por medio  
 Y en alientos varoniles  
 Gritando « lugar al rey, »  
 Hace que á su voz se inclinen  
 Cayendo en tierra de hinojos  
 Cuantos alcanzan á oírle.  
 « Señor... » murmuró Don Lope,  
 La faz con rubor humilde,

Y el rey con blanda sonrisa  
 Levantándole le dice:  
 « Valiente sois, caballero,  
 Y en despecho de la ley,  
 Supisteis que siendo rey,  
 He sido hidalgo primero.  
 Libre estais, y afecto os soy:  
 Venid mañana á palacio  
 Y hablaremos mas á espacio  
 De las cuchilladas de hoy.  
 Pero no volvais á vella,  
 O por infame os tendré,  
 Que os juro, Don Lope, á fé  
 Que no sabeis quién es ella. »  
 Esto dicho, el rey volvióse,  
 A la ronda se dirige,  
 Y ante las rejas de Elvira  
 Así en voz alta prosigue:  
 « Aquí hay presa de la ley;  
 Entrad la casa en mi nombre,  
 Y cubrid mi error de hombre  
 Con mi justicia de rey. »

## EL CABALLERO

### DE LA BUENA MEMORIA.

#### LEYENDA TRADICIONAL.

#### INTRODUCCION.

Perdidas de Villalar  
 En la sangrienta jornada  
 De los bravos comuneros  
 Las últimas esperanzas,  
 Sus gavillas por dó quiera  
 Rendidas ó derrotadas,  
 El arzobispo Merino  
 A Toledo gobernaba.  
 Doña Maria Padilla  
 Aun con briosas arrogancia,  
 Digna de mejor fortuna  
 Y de mas dichosa causa,  
 A pesar del arzobispo  
 Y las tropas castellanas  
 Teniase con sus gentes  
 Defendida en el alcázar.  
 Pues en someterse al rey  
 Toledo la mas reacia  
 Ciudad siendo, á ella acudieron  
 De todas partes de España  
 Cuantos comuneros fieles  
 A su partido quedaban.  
 Avivaban en secreto  
 Con astucia y con audacia

La fé de Doña Maria  
 Y gentes la reclutaban,  
 Noticias proporcionándola  
 Con dineros y con armas  
 Los que en la ciudad vivían  
 Y en su fortuna esperaban.  
 Distinguiase entre todos  
 Doña Elvira de Montadas,  
 Fanatizada al estremo  
 Por políticas patrañas.  
 De la muger de Padilla  
 Del valor enamorada  
 Otra heroína como ella  
 Llegar á ser anhelaba.  
 Hermosa y rica, de amantes  
 O galanes rodeada,  
 Mucho la Elvira podía,  
 Mucho la Elvira lograba.  
 Despues que muchos prosélitos  
 Logró inducir por sus gracias,  
 A un mozo rico y gallardo  
 Con doble intento escuchaba.  
 Era Don Juan de Zamora,  
 Mancebo de noble casa,  
 Hijo de una noble viuda  
 Que en el mancebo adoraba.  
 Seguido había este siempre  
 Del emperador la causa,  
 Y contra los comuneros  
 Combatido en cien batallas.  
 Mas ciego de amor por ella,  
 Y poco ducho en las cábalas  
 De cortesanos amaños,  
 En ganarle no dudaba.  
 Tan sencilla en otro tiempo  
 Como hermosa y como ingrata,  
 Esta engañadora sirena,  
 Esta fanática dama,  
 A Don Pedro de Guzman  
 Tenía muy empeñada  
 Con mil promesas de amor  
 De casamiento palabra.  
 Mas de ilustrísimo tronco  
 El de Guzman siendo rama,  
 Al rey Don Carlos primero  
 Asistía en Alemania  
 Al servicio de un magnate  
 Que iba en boga en la privanza  
 Del bizarro emperador,  
 Que con su amistad le honraba.  
 Asi las cosas del mundo  
 Se trastornan y se cambian,  
 Y asi mudan á las gentes  
 El tiempo y las circunstancias.  
 Don Pedro en la imperial corte  
 Del bullicio se cansaba,  
 Y se doblaba su amor  
 Con el tiempo y la distancia,

Y la distancia y el tiempo  
 El de su Elvira menguaba,  
 Y el diablo de la política  
 Se apoderaba de su alma.  
 A su pátria y á su amor  
 Guzman con volver soñaba,  
 Y ella soñaba quimeras  
 De libertad y de pátria.  
 El por volver á Toledo  
 Y á los piés de su adorada,  
 Honor, ambicion y dicha  
 Desatinado olvidaba.  
 Ella por dar con sus hechos  
 A su nombre eterna fama  
 Pensaba con necio orgullo  
 En quiméricas hazañas.  
 Recordaba su hermosura  
 El en ausencia adorándola,  
 Y ella olvidaba su amor  
 Por quien no se lo estimaba.  
 Servíase la Padilla  
 Y la gente á ella allegada  
 De su influencia en el pueblo,  
 De sus amaños y cábalas :  
 Y creía ser Elvira  
 El faro de su esperanza,  
 La fé de sus corazones,  
 La alcaldesa de su alcázar.  
 Creía que á una voz suya  
 En la ocasion arriesgada  
 Como por Doña Maria,  
 Por ella se levantarán.  
 Que todos los comuneros  
 En el peligro mirándola  
 La regia soberanía  
 Dividirían entrambas.  
 Y en estos sueños de gloria  
 La Doña Elvira embriagada  
 Perdía cuanto tenía,  
 Y las leyes provocaba.  
 Asi son todos los necios,  
 A cuanto ignoran se lanzan ;  
 Lo que les importa olvidan,  
 Y solo el desprecio ganan.

Y mientras en la rebelion  
 Ella á Don Juan empeñaba,  
 Enamorado Don Pedro  
 Se volvía para España.

En oculto gabinete  
 De la habitacion de Elvira  
 A deshora de la noche  
 Con ella Don Juan platicaba.  
 Y aunque él no entiende palabra  
 De su enredada política,

Porque la adora fanático,  
A cuanto exige se obliga.

*D. Elvira.* ¿Lo entendeis, Don Juan?

*D. Juan.* Sí á fé.

*D. Elvira.* Lo entendiera un escolar.

De todo se os ha de dar  
El cuándo, el cómo, y porqué.

*D. Juan.* Yo, Elvira, soy un soldado,  
Que entre soldados metido  
Nunca otra cosa he sabido  
Que combatir como honrado.  
Desde muy niño os amé,  
Y como os juzgué perdida,  
En poner fin á mi vida  
Como soldado pensé.

Hoy otra vez me llamais  
En secreto á vuestro lado,  
Y siento no haber cambiado  
De sér como vos cambiais.  
¿Qué quereis? Si no sé mas  
Que amaros y combatir,  
Así me habeis de admitir,  
O habeis de volver atrás.

*D. Elvira.* Así os quiero : que á fé mia  
Que cortesanos amores  
Son solo amaños traidores  
Para vencer algun día.

Yo os quiero, Don Juan, así,  
Porque me basta un galan  
A quien servir con afan  
Y de algo me sirva á mí.

*D. Juan.* Cuanto lo hayais meditado,  
Cuanto la suerte os ayuda  
Está bien claro sin duda :  
¿Pero á qué me habeis llamado?

*D. Elvira.* Bien se conoce, por Dios,  
Que sois un soldado bueno :  
El plan es, Don Juan, ajeno,  
Lo que os manden hareis vos.

*D. Juan.* ¿Y quereis que yo consienta  
Que á la primera demanda...

*D. Elvira.* Cuando Elvira es quien os  
manda,  
Obedecerla os va en cuenta.  
Pues ella arriesga en un día  
Cuanto vale y cuanto tiene,  
A vos, Don Juan, os conviene  
Fiar causa que ella fia.  
¿O no la amais?

*D. Juan.* ¡ Por los cielos !  
¿Dudarais de mi cariño  
Cuando por vos desde niño  
Estoy muriendo de zelos?  
¿Pensais que la injusta ley  
De una opinion me amedrente,  
Cuando por vos solamente  
Soy desleal á mi rey?

*D. Elvira.* Así os quiero : así va bien  
¿Pensais que sobran ahora  
Vuestros castillos de Illora,  
De Mentilla y de Jaen?

Vos, Don Juan, sois un valiente  
Y un honrado castellano,  
Mas no habeis de cortesano  
Ni un cabello solamente.  
Con que dejasos guiar  
Por quien sabe mas que vos,  
Y así podremos los dos  
Hasta la orilla llegar.  
Vuestra madre, ya lo sé,  
Con vuestro amor se disgusta.

*D. Juan.* Sin duda, Elvira, la asusta  
Que comprometais mi fé.  
Siempre de los comuneros  
Fué enemiga.

*D. Elvira.* Sí, lo ha sido ;  
Mas ya habeis, Don Juan, salido  
De la niñez ; y os da fueros  
Para obrar á vuestro antojo  
La ley.

*D. Juan.* Si que me los da :  
Mas mi madre...

*D. Elvira.* Callará  
Si logramos nuestro arrojo.  
¿Disponéis de mucha gente?

*D. Juan.* De hasta unas cincuenta lanzas.

*D. Elvira.* ¿Y son gente de esperanzas?

*D. Juan.* Aguerriada y obediente.

*D. Elvira.* ¿Y las teneis muy distantes?

*D. Juan.* Traerlas mañana puedo.

*D. Elvira.* Pues cuidad de que en Toledo  
No os vean curiosos antes.  
No salgais, Don Juan, de día  
Y esperad á mi mandato ;  
Si pudiera un mentecato  
Sospecharlo, nos perdia.  
Mas siento gente : aqui entrad.  
Espero á un hombre que puede  
Cuando todo en sombra quede  
Sacaros de la ciudad.  
Por esa escala moruna  
A una torre vais á dar,  
Y alli podeis esperar  
Ocasión mas oportuna.

—  
Y así diciendo, mostróle  
Una entrada Doña Elvira  
Por dó guiaba á la torre  
La escusada escalerilla.  
Y oyendo seña secreta  
Que por la opuesta la hacian,  
Abrió, y dió paso á un tercero,  
Siguiendo la escena misma.  
Era el tal un hombre viejo,

Cuyo exterior parecía  
De soldado y mercader  
Composicion peregrina.  
Negra y cumplida una capa  
Todo su cuerpo envolvía,  
Mostrándose bajo de ella  
El espadon de su cinta.  
Y nadie acaso mirándole  
Asegurar osaría  
Si era sangriento bandido  
O usurero prestamista :  
Pues en su torvo semblante  
A un mismo tiempo se pintan  
La audacia de bandolero  
Y el temor de quien conspira.  
Saludó brusco á la dama  
Que á adelantarse le invita,  
Y plática tal trabóse  
Entre aquel hombre y Elvira.

*D. Elvira.* Entrad.

*El hombre.* Dios os guarde.

*D. Elvira.* Gabriel, bien venido.

Venis azorado.

*Gabriel.* Sí, á fé.

*D. Elvira.* ¿Qué teneis?

*Gabriel.* Tal vez no nos pierde por poco un descuido.

Mas no ha sido nada.

*D. Elvira.* ¿Por Dios que acabéis!

*Gabriel.* Apenas volvia la calle tortuosa,

Que entrada secreta nos da al callejon,

La huella de un hombre sentí recelosa :

La faz con la capa cubri á precaucion.

Seguí decidido, mas frente por frente

Con un embozado maldito me di.

Miró, recatéme, seguí indiferente,

Paróse, y á poco volvió tras de mi.

*D. Elvira.* ¡Dios mio!

*Gabriel.* Yo astuto, temiendo que un corte

Me diera al camino, la esquina gané;

Hallé apresurado el oculto resorte,

Deshice en la sombra mi sombra y entré.

*D. Elvira.* ¿Mas no conocisteis...?

*Gabriel.* Algun hidalguillo

Que habrá á mis hermanos pedido, á pagar

Con un vinculejo ó mohoso castillo

Y al paso me pudo por otro tomar.

*D. Elvira.* ¿Mas dar con la puerta pudiera?

*Gabriel.* Imposible...

Vi que sin sospecha adelante pasó.

¿Mas qué hay de aquel hombre?

*D. Elvira.* Ya está.

*Gabriel.* ¿Y es posible

Que fiel...

*D. Elvira.* Como un muerto.

*Gabriel.* Tal le quiero yo.

¿Y es hombre...?

*D. Elvira.* Bizarro.

*Gabriel.* ¿Su gente?

*D. Elvira.* Segura.

*Gabriel.* ¿Y cuándo...?

*D. Elvira.* Mañana podrá estar aquí,

Con tal que la noche con nieblas oscura

Le ayude al secreto.

*Gabriel.* Sin duda que sí.

¿Mas quién me responde...?

*D. Elvira.* Yo misma.

*Gabriel.* Adelante.

*D. Elvira.* Amores me tuvo... niñeces.

*Gabriel.* ¿Será...?

*D. Elvira.* Un buen castellano; soldado ignorante,

Que cuanto amorosa le mande lo hará.

*Gabriel.* Mirad que los necios...

*D. Elvira.* Son medios muy buenos

Que pueden á planes ajenos servir,

Y luego se apartan cual muebles ajenos.

*Gabriel.* Pensais cueradamente, verdad á decir.

Mas pronto veamos á ese hombre, que en vano Serános la astucia sin fuerza mayor.

*D. Elvira.* Veréisle, y con maña traedle á la mano,

Y no olvidéis nunca que el cebo es mi amor.

Abrió la dama á Don Juan

La puerta dó se escondia,

Y anudóse terciando él

La plática interrumpida.

*D. Elvira.* Don Juan, llegó ya el momento

De probar vuestra aficion,

Que abriros mi corazon

Esta misma noche intento.

Delante de vos teneis

Quien órdenes os dará

Y las puertas abrirá

A las lanzas que traéis.

Con él lo tratareis todo,

Y pues que sois tan mi amigo,

Tratar con él ó conmigo

Del caso es lo mismo todo.

*D. Juan.* No hay cosa, señora mia,

Que yo no arriesgue por vos;

Mas pluguiérame, por Dios,

Otra mejor compañía.

*D. Elvira.* Mas si firme en vuestro amor

Como me decís me amais,

Que en sus manos os pongais

Paréceme lo mejor.

*D. Juan.* Si el fin habeis de ser vos,

Me pongo sin vacilar,

Y si en ello he de pecar

Que me lo perdone Dios.

*Gabriel.* ¡Sandio de él! Razon tenia  
La Elvira.) ¿Sabreis decir  
En cuánto tiempo venir  
Vuestra gente aquí podría?

*D. Juan.* Dentro de veinte y cuatro horas,  
Aunque hubieran de asaltar  
Las murallas para entrar.

*Gabriel.* Como salgan vencedoras  
Vuestras lanzas, aseguro  
Que podrá cada soldado  
Llevar el sable colgado  
En cadena de oro puro.

*D. Juan.* Y no les vendrá muy mal,  
Porque las contribuciones  
Hacen que de sus raciones  
Deba un mes á cada cual.

*Gabriel.* Dos les daré adelantados,  
Y pagaré el que debéis.

*D. Juan.* Y os juro que bien haretis;  
Que dineros dan soldados.

—  
Hablaron unos momentos

La dama y el prestamista,  
Y volviéronse á Don Juan  
Con irónica sonrisa.

*Elvira.* (*A Gabriel.*) ¿Me entendeis?

*Gabriel.* (*A Elvira.*) Está muy bien.  
¿No os parece á vos, Don Juan,  
Que si presa al leon le dan  
Tomará la que le den?

*D. Juan.* De esas razones no entiendo,  
Buen viejo, y á todo andar  
Yo me ofrezco á pelear,  
Lo demas os lo encomiendo.  
Y solo una condicion  
Pongo.

*Gabriel.* Podéisla decir.

*D. Juan.* Es que tengo de reñir  
Cara á cara, y no á traicion.

*Gabriel.* ¡Oh! solo tendreis que hacer  
Centinela un poco larga,  
Y á lo más dar una carga  
Si es que se osan defender.

*D. Juan.* Eso sí.

*D. Elvira.* Y por premio de ello,  
Si es que me dejais contenta...

*D. Juan.* Esa esperanza me alienta,  
Con que por todo atropello.  
Rubor me cuesta decillo,  
Mas por vos con mi pesar  
La vida pensé pasar  
Encerrado en mi castillo.  
Vuestra aficion cortesana  
Maldiciendo, solamente  
Salí á lidiar con mi gente  
Por no hacer vida holgazana.

No quise ya ver ni oír  
Mas que lanzas y caballos.  
Y al cabo con mis vasallos  
Como soldado morir.  
Direis que este amor silvestre  
Mejor estorba que obliga,  
Mas necesito ó mi amiga,  
O mi compañía ecuestre.  
Pues en el campo aun muy niño  
Os adoré, no os asombre  
Que aunque sin ventajas hombre  
Aun os conserve cariño.

*D. Elvira.* Así os amo yo, Don Juan;  
Que á la fin me he convencido  
Que vos habeis merecido  
Solo mi amoroso afan.  
Porque el amor cortesano  
Es humo si bien presumo,  
Y el vuestro es fuego sin humo  
Que quema si está cercano.

*Gabriel.* Vamos, que el tiempo es preciso

*D. Elvira.* El cielo, Don Juan, os guarde.

*D. Juan.* ¿Volveré á veros?

*D. Elvira.* Mas tarde

Para ello os enviaré aviso.

(*A Gabriel.*)

(¿Elegi bien?)

*Gabriel.* Lo confieso;  
De ese tronco se hace el puente,  
Y vadeada la corriente  
Le arruina su propio peso.

*D. Elvira.* Cuidado con que se arruine.

*Gabriel.* Pues yo le he de fabricar,  
Ya veis que le he de dejar  
De modo que á caer se incline.

Y dando en estas palabras  
Fin á tal conversacion,  
Salió Gabriel, y tras él,  
Don Juan Zamora salió.  
Aquel soñando quimeras  
De politica ambicion,  
Y estotro soñando hazañas  
Para conseguir su amor.  
¡Mas cuánto los pensamiento  
Del hombre efimeros son!  
Un soplo del viento puede  
Desbarratar el mejor.

—  
Por un estrecho postigo  
Que da á oscuro callejon,  
De casa de Doña Elvira  
Salian ambos á dos  
Gabriel y Don Juan Zamora,  
Con extrema precaucion,  
Para no hacer al salir  
Innecesario rumor,  
Cuando, volviendo la esquina,

Ante ellos se presentó  
 Un caballero embozado  
 Que les dijo en ronca voz :  
 « Sin pasar mas adelante,  
 « Muestren, hidalgos, quién son,  
 « O cuerpo á cuerpo conmigo  
 « En campo aquí mismo sois. »  
 Y echando mano al acero  
 En medio se colocó  
 Del espacio que dejaba  
 Entre ellos el callejon.  
 Entre los tres un momento  
 Grave silencio reinó,  
 Que al cabo rompió Gabriel  
 Dando tal contestacion :  
 « Seais quien fuéreis, buen hombre,  
 Necio es tal arrojó en vos,  
 Pues está de parte nuestra  
 Con la fuerza la razon.  
 — Caballeros, está dicho,  
 Repuso el otro : yo estoy  
 En guardar ese postigo,  
 Pues interesa á mi honor.  
 — Ved que os podeis engañar.  
 — Mirad que conozco yo  
 Toda la gente que habita  
 Esta casa ; y si no sois  
 O amigos, ó deudos de ella,  
 Contrarios en conclusion  
 Sois míos : con que mostraos,  
 U os doy por tales sinó.  
 — Como querais, » Don Juan dijo ;  
 Y asiendo de su espadon  
 Para el embozado fué,  
 Que á tajos le recibió.  
 Siguióle Gabriel á poco  
 Con la pérfida intencion  
 De embestirle de repente  
 Fingiéndose mediador.  
 Mas el caballero incógnito,  
 Conociendo la traicion,  
 Y siendo sin duda ducho  
 En tales lances, se echó  
 Contra la tapia, quedando  
 Cara á cara con los dos.  
 Don Juan se bate hartó bien,  
 Que es muy diestro reñidor ;  
 Y lo que en seso le falta,  
 Le sobra en el corazon.  
 El tiempo de acometerle  
 Gabriel aguarda traidor,  
 Cuando le tenga en apuro  
 De Don Juan la decision.  
 Mas vano, pese á su astucia,  
 El intento le salió,  
 Porque es mucha la destreza  
 Del osado retador.  
 Y en el momento en que acaso

Toca cerca la ocasion,  
 Un buen tajo de reves  
 La muñeca le alcanzó.  
 Soltó Gabriel un ¡ay! ronco  
 Al repentino dolor,  
 Volvió Don Juan la cabeza,  
 Pero tiempo no le dió  
 El bravo desconocido  
 Para entender la razon  
 De su grito, porque el pecho  
 Atravesado sintió.  
 De una distraccion el punto  
 Aprovechando veloz  
 Metióse á fondo el incógnito  
 Y en tierra á Don Juan tendió  
 Reinó el silencio un momento,  
 Pero al alarmante són  
 De los gritos de Gabriel  
 El barrio se alborotó.  
 Asomaron por las rejas  
 Ya una antorcha, ya un farol,  
 Diciendo diversas voces :  
 « Al asesino. — Al ladron. »  
 Y una rápida mirada  
 Al caballero bastó  
 Para ver que era Don Juan  
 Víctima de su valor.  
 Echóse pues al postigo  
 Por donde salir los vió,  
 Mas encontrando cerrado  
 Por dentro el grueso porton  
 Y ya de cerca sintiendo  
 De armas y gentes rumor,  
 Con rapidez silenciosa  
 La opuesta esquina ganó.

De política aquí, lector querido,  
 La narracion cansada interrumpamos,  
 Y del cuento en mis libros prometido  
 A la historia mas plácida volvamos.  
 Tan larga introduccion precisa ha sido  
 Para que desde aquí nos entendamos,  
 Pues anudado á ello lo restante,  
 Sigue mi tradicion de aquí adelante.

En una granja, que las ondas riegan  
 Del espumoso Tajo, y dó los daños  
 De la revuelta popular no llegan,  
 Doña Inés de Zamora hace dos años  
 Que vive retirada  
 De mundanos placeres olvidada.  
 Viuda de un caballero  
 De ilustrísima cuna,  
 Madre no mas de un jóven heredero,  
 Y dueña de una pródiga fortuna,  
 Sus bienes administra rectamente,

Y cuida el porvenir del hijo ausente.  
 Noble matrona de costumbres puras  
 Y pensamientos graves,  
 Da gracias al Señor por sus venturas,  
 Y él de su corazon tiene las llaves :  
 Y de su hijo el amor tan solamente  
 Entra en su corazon, vive en su mente.  
 El hijo, como hidalgo  
 Y en la opulencia y el poder nacido,  
 Pues es forzoso que se ocupe en algo,  
 Sus vasallos valiente ha reunido,  
 Y en el distrito de su misma tierra  
 A favor de su rey hace la guerra.  
 Pérfidas campañas,  
 Y torpe inesperancia,  
 Malearon tal vez, hace ya dias,  
 La política fé de su conciencia :  
 Y acaso indignos de él, necios amores  
 Le aprestan venideros sinsabores.  
 Doña Inés no lo ignora,  
 Y aunque mil veces le advirtió severa  
 El precipicio adonde va, le adora;  
 Y de los años y esperiencia espera  
 Que visto de su amor el desatino  
 Entre de su deber en el camino.  
 En la fé de sus padres educada  
 Y ciega lealtad de sus mayores,  
 Teme que su alma jóven conquistada  
 Por los principios sea innovadores,  
 Y engañado su hijo acaso olvide  
 Lo que su religion y rey le pide.  
 Y en este pensamiento embebecida  
 Estaba como siempre, en aposento  
 De su alquería oculto, y combatida  
 Tal vez por interior presentimiento,  
 Cuando dentro escuchó de su alquería  
 Confuso estruendo, y sorda gritería.  
 De su fiel mayordomo en tono recio  
 Oyó la voz que á alguno amenazaba;  
 Y otra que desconoce, y con desprecio,  
 A sus justas preguntas contestaba,  
 Y abriendo de su cámara la puerta,  
 Salió á ver del rumor la causa cierta.  
 En los hombros sin capa, sin sombrero  
 En la cabeza, y agua destilando  
 De sus ropas, hallóse á un caballero  
 Con sus fieles sirvientes disputando;  
 Mas el supuesto de estos desmentía  
 Su traje militar y gallardía.  
 « ¿Qué es esto? preguntó la noble viuda.  
 — Desventuras, señora,  
 De un amante infeliz á quien no ayuda  
 Ni el cielo, ni la ingrata á quien adora,  
 Respondió el caballero  
 En tono de dolor, triste y severo.  
 — Veo que sois hidalgo en vuestro porte  
 Y arreo militar; mi esposo en vida  
 Lo fué tambien y frecuentó la corte.

Vuestro afan decid pues, y si salida  
 Puede dar una dama á vuestro apuro  
 De mi escaso favor estad seguro.  
 — A solas ha de ser porque aventuras  
 De nobles caballeros  
 No fio mucho yo que esten seguras  
 En lenguas de pecheros;  
 Y acaso serán tales  
 Que á quien me ayude ser podrán fatales.  
 — Despejad. » Y saliendo de la estancia  
 Dentro de ella con él á su señora  
 Dejaron los criados, y á su instancia  
 Ella volvió diciendo : « Hablad ahora,  
 Señor soldado; vuestro duelo sepa,  
 Y fiad en que haré cuanto en mí quepa.  
 — Señora, oidme pues : há un año largo  
 Que con mi rey parti para Alemania  
 Al lado suyo con honroso cargo;  
 Y una ingrata muger dejé en España  
 Por quien ciego de amor lloré al partirme,  
 Jurándola volver al despedirme.  
 Mas mudóla mi ausencia; y un amigo  
 Que desde la niñez me fué constante,  
 Del hecho me escribió como testigo  
 Que ocupó mi lugar pronto otro amante;  
 Y que en tramas políticas metida  
 Su suerte á la política va unida :  
 Y otras razones mil, señora, escuso,  
 Pues de vuestra atencion veo que abuso.  
 Volvíme á España enamorado y ciego  
 De zelos y furor, mas esperando  
 En volver á encender su amante fuego,  
 Y aun á mi amigo crédito negando :  
 Llegué á Toledo, y por los propios ojos  
 La razon quise ver de mis enojos :  
 De las nocturnas sombras al abrigo,  
 Entré en su calle y espíe su casa.  
 Señora, perdonad si esto que os digo  
 Aun los ojos en lágrimas me arrasa.  
 — Seguid.

— Vi las ventanas de su cuarto :  
 Mas verlas ¡ay de mí! pesóme harto.  
 Las sombras ví cruzar tras los cristales  
 De un hombre que con ella platicaba,  
 Y noté para colmo de mis males  
 Que un embozado la mansion rondaba  
 Y en ella por postigo entró secreto  
 Que en mi ausencia se abrió : y ¡ay! ¿con qué  
 objeto?  
 En un oscuro callejon desierto  
 Les esperé gran trecho, y aguardara  
 Años cabales hasta verle abierto,  
 Y hasta que tal infamia ver lograra :  
 Parecieron por fin dos juntamente,  
 Y atajélos el paso airadamente.  
 Yo no sé qué les dije, mas fui breve,  
 Y mi enojo no bien satisfaciendo  
 (Como á todo un zeloso audaz se atreve)

A estocadas con ambos emprendiendo,  
Ya fuera mi razon, ya fuera el arte,  
A uno de ellos pasó de parte á parte.  
— ¡Desdichado de vos!

— Estoy muy cierto

De que yace sin vida :  
Mas las voces del vivo junto al muerto  
Trajeron gente, y apeló á la huida.  
Mas sin duda mi pérfido destino  
Les marcó en las tinieblas mi camino.  
— ¿Os siguen?

— Sí; corri sin guia alguna;

Pero vi que era inútil mi trabajo,  
Y que me abandonaba la fortuna,  
Cuando á la orilla me encontré del Tajo.  
La justicia detrás y este delante;  
Muerte por muerte la elegi al instante.  
Al agua me arrojé desesperado,  
Y sacóme mi esfuerzo á la otra orilla,  
Mas al tocarla, en el opuesto lado  
Vi llegar de corchetes la cuadrilla.  
Por las peñas trepé, y á esta alqueria  
Llegué por fin. — Tal es la historia mia.  
Ahora, si noble sois, si habeis amado  
Algun dia, señora,  
Por cuanto hayais en vida idolatrado  
No me desampareis en esta hora;  
Ved que es ciega la furia de los zelos,  
Y vuestra compasion premien los cielos.  
— ¿Al muerto conocéis?

— No.

— Fue un arrojo;

Mas no temais, que si el Señor me auxilia  
Salvo seréis, y lograré el enojo  
Callar y la razon de su familia.  
Venid, voy á ocultaros diligente,  
Que tal vez oigo ya rumor de gente.  
Dineros os daré con un caballo;  
Partid en cuanto partan por opuesto  
Camino, y medio tomaré si le hallo  
Para apartar de vos fin tan funesto.  
Venid; pues que flais en mi nobleza,  
No burlaré por Dios vuestra franqueza. »

Y hablando así la viuda generosa,  
En camarín secreto le escondia  
Mientras entraba en turba tumultuosa  
La justicia del rey, por su alqueria.

—  
Con grandes voces se meten  
Por los cuartos adelante  
Los corchetes y ronderos  
Con antorchas y con sables.  
« ¡Hacia aquí tomó camino!  
¡Aquí debió de ampararse!  
¡No quede un rincón por verse!  
Muchachos, ¡que no se escape! »

Esto en varias direcciones  
Se oia por todas partes  
Y á pretesto de justicia  
Se aprestaban al pillage.  
Hormigueaban los curiosos  
Y los valientes que salen  
A ayudar á los que vencen  
Sin que los avise nadie.  
Ya por la atrevida turba  
Empezaba á susurrarse  
Si son ó no comuneros  
Los dueños de aquel parage.  
Y ya entre ellos empezaba  
El caso á comentariarse  
Diciendo que el muerto es noble  
Y de las tropas reales,  
Y pues que aqui dan amparo  
Al que logró asesinarle,  
Traidores son y rebeldes  
Los que allí capa le hacen.  
Y comenzaban con esto  
Los villanos á arrimarse  
A los objetos que vian  
De peso y trasporte fácil.  
Ya con voces imperiosas  
Alborotaba el alcalde  
Con lo de « entregarle al rey; »  
Cuando de él mismo delante  
Por dentro abriendo una puerta  
Doña Inés salió á atajarle  
Vistiendo luto y cercada  
De domésticos y pages.  
Al ver su bizarro porte  
Y su severo semblante  
Tuvieronse respetuosos  
Y ella rompió en voces tales :  
« ¿Qué busca el rey en mi casa?  
¿Porqué tanta gente trae  
Cual si fuera mi alqueria  
Castillo que va á asaltarse?  
¿Desde cuándo se acostumbra  
Que así á los nobles se trate,  
Y en el nombre de las leyes  
Sus aposentos se allanen?  
La justicia en hora buena,  
En nombre del rey, que pase;  
Mas los villanos del vulgo  
Que se esperen en la calle.  
Señor golilla, al momento  
Esa gente despejadme,  
Porque desde vos abajo  
No he de responder á nadie. »  
Quedó el alcalde aturdido  
De repente al encontrarse  
Con una noble matrona  
Donde supuso jayanes.  
Y haciendo salir la gente  
Con ella á solas quedándose,

En tono de desagravio  
Empezó por « perdonadme... »  
Mas la generosa dama  
Interrumpióle la frase  
Diciendo : « Oigo á la justicia :

¿Qué tiene el rey que mandarme?

— Un asesino, señora,  
Que ha conseguido fugarse  
Vadeando el río, esconderse  
Debe por estos parages.

— Supongo que la justicia  
Tan poco honor no me hace  
Que crea que yo le oculto  
Contra el rey por auxiliarle.

— Señora...

— Podeis entrar

Mis cámaras adelante,  
Y prender á ese asesino  
Donde quiera que le hallareis.

— Me basta vuestra palabra :  
Vuestro nombre y vuestra sangre  
Conozco, y en quien sois vos  
Tamaño crimen no cabe ;  
Mas teneis muchos criados ;  
Sus aposentos dejadme  
Mirar por si alguno de ellos  
Es conocedor del lance.

— Todos son criados viejos,  
De quien salgo responsable,  
Mas cumplid vuestro deber  
Como quiera que gustareis.  
La casa tiene bodegas,  
Y horno, y pajar, y corrales ;  
Registrad una por una  
Sus divisiones, alcalde. »  
Partió el golilla por obra  
A ponerlo, y saludándole  
Gravemente Doña Inés,  
Volvió en su cuarto á encerrarse

—

Mientras abajo el alcalde  
La casa revuelve toda  
Y registrando las cuabras  
Va pasando de una en otra,  
Doña Inés, en su aposento  
Con el caballero á solas,  
De esta manera le dice  
Con baja voz cautelosa :  
« Tomad, caballero, ese oro,  
Que os bastará por ahora  
Para poner con la fuga  
En cobro vuestra persona.  
Un potro abajo os aguarda  
Que os sacará en pocas horas  
Del alcance de las leyes :  
Buscad tierra que os esconda,  
Que yo quedo tras de vos.

Mas decidme por la honra  
De vuestra fama, ¿ le heristeis  
En liza leal?

— Señora,

Pedro de Guzman me llamo,  
Y nunca en lid alevisa  
Tomaron parte Guzmanes.  
— Con vuestro nombre me sobra,  
Guzman; por un asesino  
Preguntaron, y mi boca  
No mintió cuando os negaba,  
Ni obré de la ley en contra.  
— Señora, podeis jurarlo  
Sobre las sagradas hojas  
Del Evangelio, le he muerto  
Cara á cara, y sin dolosa  
Estratagema ó ventaja  
Que me fuera valedora ;  
Dos eran en contra mía ;  
Ved si la razon me abona.  
— Está bien ; y pues la casa  
Ya esas gentes abandonan,  
Partid por el lado opuesto,  
Guzman, y el ciclo os acorra.  
— Y si algun dia...

— Ya basta,

Partid.

— A Dios pues, señora. »

—

Con una mano en la llave  
Y una lámpara en la otra  
Delante del caballero  
La dama á guiarle pronta,  
Envuelta en cumplida capa  
La descompuesta persona,  
Pronto á seguir el hidalgo  
A su noble bienhechora,  
Sin movimiento quedaron  
Ambos á dos, tumultuosas  
Voces oyendo en el patio  
Sin que la razon conozcan.  
Ayes y gritos de espanto  
Y maldiciones rabiosas  
Al mismo tiempo escuchaban,  
Y conocen que se agolpa  
La gente otra vez, pues oyen  
De las pisadas monótonas  
El rumor que va creciendo  
Y del murmullo la ronca  
Armonía; y por los vidrios  
Ven crecer de las antorchas  
La luz que ilumina el patio  
Dó pasa la escena incógnita.  
« ¿Qué es esto? dijo la dama.  
— Sábelo Dios, en voz sorda,  
La contestó el caballero,  
Presas de angustia recóndita.

— Esperad, » añadió ella;  
 Y acudiendo temerosa  
 A un corredor que da al patio  
 Por la ventana se asoma.  
 Dió un grito que heló en las venas  
 De Guzman su sangre toda.  
 Diciendo : « Es él... ¡hijo mio! »  
 La desdichada matrona.  
 Corrió el caballero ansioso  
 A la vidriera, y la atónita  
 Mirada al patio tendiendo  
 Vió su desventura toda.  
 En hombros de los criados  
 De la ancha herida en la boca  
 Brotando aun la roja sangre,  
 Yace Don Juan de Zamora,  
 Y de su trage y su rostro  
 Por las señas que le toma  
 Con ojos desencajados  
 De las inmóviles órbitas,  
 Reconoce el de Guzman  
 En el mancebo á quien lloran  
 El mismo á quien en la calle  
 Mató por su mano propia.  
 Cayó en un sillón la viuda  
 Bajo el dolor que la agobia,  
 De amargo llanto en los ojos  
 Con dos abrasadas gotas,  
 Y de rodillas ante ella  
 Cayó en silencio en la alfombra  
 El matador caballero,  
 Víctima á inmolarse pronta.  
 « ¿Qué haceis? le dijo la dama  
 Así mirándole absorta.  
 — Matadme, » dijo Guzman;  
 Y en esta palabra sola  
 Comprendiendo por entero  
 Aquella trágica historia,  
 « ¡Maldito seas! » le dijo  
 La horrorizada matrona.  
 Duró un momento el silencio  
 De aquesta escena angustiada,  
 Que al fin rompió el caballero  
 Con voz apenada y cóncava  
 Diciéndola : « Dios lo quiere :  
 Cumplid con su ley, señora,  
 Y entregadme á la justicia,  
 Pues en sus manos me arroja.  
 — Si, sí, repuso la dama  
 Desatinada y furiosa  
 Levantándose : es muy justo,  
 Y cualquier pena es muy corta  
 Para tamaño delito ;  
 Caiga en tí su sangre toda. »  
 Y al corredor dirigióse  
 Para ponerlo por obra.  
 Mas túvose de repente,  
 Y con calma, aunque en faz torva,

Dijole : « Jamás un noble  
 Recuerda lo que perdona.  
 Caballero, levantaos ;  
 La vista consoladora  
 De ese santo crucifijo  
 En el corazon me toca ;  
 Pues os amparé ignorando  
 Vuestra culpa y mi congoja,  
 No es justo que conociéndolas  
 Os abandone traidora.  
 En nombre de Jesucristo,  
 Que dió su vida en el Gólgota  
 Por salvarnos á los dos,  
 Id libre, Guzman.

— Señora...

— Id, y que en cuenta me tome  
 Resolución tan heroica,  
 Al llamarme ante su juicio  
 En mi postrimera hora. »

Atónito el caballero  
 Quiso hablar, mas imperiosa  
 Abrió la dama la puerta  
 Que fuga le brinda cómoda,  
 Y mostrando con un gesto  
 Una escalerilla lóbrega,  
 Tomóla, asiendo la lámpara,  
 Y el caballero siguióla.

—

Volvió á los pocos momentos  
 Pálida y acongojada,  
 Y cayendo arrodillada  
 Ante la imágen de Dios,  
 Esclamó, oyendo á Don Pedro  
 Que escapaba á toda brida :  
 « Señor, si ese hombre lo olvida,  
 Tenédmelo en cuenta vos. »

—

Todo lo devora el tiempo :  
 Todo ; y el bien como el mal,  
 Como el vicio la virtud  
 Se hunden en su oscuridad.  
 Todo se borra y se olvida,  
 Todo al cabo viene á dar  
 En la sima del silencio,  
 En el caos de la edad.  
 No porque la noble viuda  
 Pudiera olvidar jamás  
 Al hijo de sus entrañas,  
 Al desdichado Don Juan.  
 No ¡por Dios! en su hora última  
 Luchando el alma tenaz  
 Por desasirse del cuerpo  
 Fué este su postrer afán.  
 Mas del hijo y de la madre  
 Ninguno respira ya,

Que á aquel le mató Don Pedro  
 Y á esta la mató el pesar.  
 Mas queda el autor del duelo,  
 Y años trascurridos van  
 Desde aquella horrible noche;  
 Y aquel suceso fatal,  
 Y aquel perdon que debió  
 Del cielo á la gran piedad,  
 ¿Quién sabe si en su memoria  
 Borrados al cabo están?  
 ¿Quién sabe si los recuerda  
 Como una aventura mas  
 De su existencia azarosa,  
 De su vida militar?  
 Tal vez : á la corte vuelto  
 Tras largos años Guzman,  
 Ni de Toledo se acuerda,  
 Ni pensó en volver allá.  
 De todo el mundo ignorada  
 La mano que oculta audaz  
 Causó la muerte de un hombre  
 Provocándole á lid tal,  
 Preséntase por dó quiera  
 Don Pedro, y dó quier que va  
 Recibido es cual merece  
 Caballero tan cabal.  
 Bien mirado por su rey,  
 De grandes en amistad,  
 Sin mas familia allegada,  
 Ni deudos por quien mirar  
 Que un mozo de quince abriles,  
 Hermano suyo carnal,  
 Con buen humor, libre tiempo  
 Y oro largo que gastar,  
 Se encuentra en el apogeo  
 De la dicha mundanal;  
 Y dicen los que le tratan :  
 ¡Dichoso es el tal Guzman!

—  
 Y si no lo es, vive Dios  
 Que lo sabe aparentar,  
 Porque es la vida que lleva  
 Un continuo carnaval.  
 Siempre de un festin en otro  
 Va pasando sin cesar :  
 O amigos se los aprestan,  
 O él á amigos se los da.  
 Las damas de mas belleza  
 Le quieren por lo galan,  
 Los hombres mas envidiosos  
 Por lo franco y liberal.  
 Nadie tiene mas apuros  
 Ni aventuras que contar,  
 Nadie mas oro prestado  
 Que nunca cobrar podrá;  
 Mas nadie tiene un amigo  
 Mas sincero y mas leal,

Ni á nadie se halla mas pronto  
 En cualquier necesidad.  
 Salúdanle los mendigos  
 Con silencioso ademan,  
 Porque saben ya que en él  
 Es no tener el no dar.  
 Y como en gastar dineros  
 No va nunca mas allá  
 De lo que pueden sus rentas,  
 Vive sin necesitar  
 Pedir lo que dió prestado  
 A sus amigos, lo cual  
 Hace que eterna le guarden  
 Incólume su amistad.  
 Envidianle los soldados  
 Su brio y porte marcial,  
 Y los cortesanos todos  
 Su noble afabilidad.  
 Recibe su hermano de él  
 Educacion bien cabal,  
 Mas como la suya propia,  
 Educacion militar.  
 Las armas y los caballos  
 Predileccion especial  
 Gozan en ánimo de ambos,  
 Y las fiestas de lidiar.  
 Los toros son y las cañas  
 Su diversion familiar.  
 La caza y el ejercicio  
 Su remedio universal  
 Para matar el fastidio,  
 Y el dolor para calmar.  
 Y como en tales recreos  
 Aliciente es principal  
 La compañía de gentes  
 De activa jovialidad,  
 Todos sus amigos se hacen  
 Alegres hasta cansar,  
 Y á prestarles compañía  
 Todos dispuestos están.  
 Don Pedro, que hombre es de mundo  
 Y de mente perspicaz,  
 Lo ve, lo calla y lo aprecia  
 En lo que vale no mas :  
 Mas no Don Felix su hermano,  
 Que el mundo conoce mal,  
 Y aun en la amistad se fia  
 Y fia en la lealtad  
 De cuantos quieren venderle  
 Un cariño fraternal.  
 Y aunque sus potros le montan  
 Y usan sus armas y van  
 A todas partes con él,  
 De él dejándose obsequiar,  
 Ni interés sospecha en ellos,  
 Porque de él es incapaz,  
 Ni sus frases con sus obras  
 Pondera en balanza igual.

Y este fué su paso en vago,  
Este el impulso no mas  
Que á triste fin le condujo  
Con violencia fatal.

Alto, robusto y de gentil talante,  
Aunque apenas aun le apunta el bozo,  
Es, franco de alma, y de jovial semblante,  
Don Felix de Guzman un bravo mozo.  
Sencillo en el vestir, mas ataviado  
De la corte á la usanza,  
De las damas alcanza  
Tal vez favores, y en secreto amado  
Es de alguna beldad, sin esperanza.  
Tal vez pagado él mismo  
De su belleza juvenil, aspira  
A un imposible amor que loco admira  
A través de dorado idealismo.  
Doña Ana de Alarcon, noble doncella,  
Es en su corazon la preferida;  
Mas esta, desdichada cuanto bella,  
A un Milanés muy noble prometida  
Por su familia está, por lazo que ate  
Políticas discordias elegida,  
Aunque la fuerza del dolor la mate.  
Hombre es el Milanés en tramas ducho,  
Y hay quien le juzga de su pátria huído,  
Y que ocultos amaños ha traído  
Y en favor de Milan maquina mucho.  
Bien recibido de la corte se halla,  
Gasta con profusion, y que no tiene  
Con el gobierno en sus antojos valla  
Dicen, y se susurra por lo bajo  
Que mucho á España su amistad conviene,  
Aunque cuesta creerlo harto trabajo.  
Don Felix, á quien nadie da pavora,  
Y que en el Milanés ve solamente  
Una cualquier humana criatura,  
Va adelante en su amor, harto imprudente.  
Y prudente anduviera  
Si á sí mismo no mas se lo fiara  
Y á su lengua pusiera  
Un candado, que á fé que lo acertara.  
Mas tenia un amigo  
De quien fiaba sus secretos todos,  
Que era de él como eterno compañero  
Sabedor de sus hechos ó testigo.  
Jóven como él, como él sin esperiencia,  
De otros varios fiaba sus secretos  
Y los del buen don Felix. ¡Imprudencia  
A que están muchos jóvenes sujetos!  
Contaba pues sus necios amorios  
É inventaba amorosas aventuras,  
Y entre sus mal traguados desvarios  
Contaba de Don Felix las aventuras;  
Contaba de una dama misteriosa  
Las encubiertas citas,

Y contaba en la noche silenciosa  
Del dichoso Don Felix las visitas.  
Contaba, como él solo  
El compañero de esas citas era,  
Y en la inmediata calle  
Por si lance fatal aconteciera,  
Por acaso ó por dolo,  
Quedaba las espaldas á guardalle.  
Y aunque jamás nombraba la persona  
A quien Don Felix por la reja hablaba,  
En tan nimias señales se paraba  
Que á poco que el discreto discurría  
Por el sitio y las señas que citaba,  
La casa de Doña Ana conocía.  
Y sabedor en tanto del suceso  
A él nada mas, Don Felix suponía,  
Y de franqueza le perdió el esceso.

Que en una lóbrega noche  
En que las nieblas ofuscan  
La opaca luz que la prestan  
Las estrellas y la luna;  
De esas noches en que el aire  
Con sordas ráfagas zumba  
Por las esquinas rasgándose  
Y por las torres agudas;  
De esas noches que parece  
Que en hondo caos sepultan  
Al universo dormido,  
Y el cielo y la tierra enlutan;  
De esas noches que recuerdan  
Las espantosas y absurdas  
Consejas de las nodrizas  
Con que á los niños asustan:  
Noches que traen á la mente  
Los concilios de las brujas,  
Los conjuros de los magos  
Y las sombras insepultas:  
Como tales en silencio,  
A pasos rápidos cruzan  
Don Felix y el necio amigo  
Una callejuela oscura  
De la calle de Doña Ana,  
Y del real palacio junta.  
En silencio van los dos:  
Porque á los dos les ocupan  
Melancólicas ideas,  
Cual no las tuvieron nunca.  
«¿Sabes lo que pienso, Felix?  
Dijo al pararse en la última  
Esquina el otro.

—¿Qué piensas?

Replicó Felix.

—Que es mucha  
Necedad ir esta noche  
De nuestra Doña Ana en busca.

— ¿Porqué?

— Porque es imposible

Que ella á la ventana acuda.

— ¿Porqué?

— Porque supondrá

Que con legitima escusa

No vendrás en una noche

En que formidables luchan

Airados los elementos.

— Y no lo yerras sin duda;

Mas ya que estamos aqui,

Volvemos tambien en suma

Sin ver si sale ó no sale

Tambien fuera en mi locura.

— Como quieras.

— En tu sitio

Queda pues.

— Felix, escucha :

¿ Ves allí un bulto parado?

— Qué, ¿ tienes miedo?

— ¿ Te burlas,

Felix?

— No; mas como veo

Que ese embozado te turba...

— Dejémosle que se aparte.

— Juzgo cosa mas segura

Que le hagamos apartar.

— ¿ A la fuerza?

— ¿ Qué pregunta!

Si no se aparta de grado

A ella es fuerza que recurra.

— Vamos pues.

— Tú queda inmóvil,

Que no necesito ayuda.

— Entiendo.»

Y así diciendo,

Fuése con planta segura

Don Felix al embozado,

Que de situacion no muda.

Paróse á tres pasos de él,

Y con gentil apostura

Dirigióle estas palabras

Con voz ajena de injuria :

« Hidalgo, si grave empeño

Tal vez no os lo dificulta,

Dejadme libre un momento

La calle.

— ¿ Y qué es lo que busca

En ella vuestra merced?

— Busco una casa.

— ¿ La suya

Tal vez?

— Estime el hidalgo

La cortesía que se usa

Con él, y responda atento,

Que mi paciencia se apura.

— Perdone el buen caballero.

Y eche adelante si gusta.

— Es que os habeis de apartar.

— Sí haré.

— Gracias.»

Hizo punta

El embozado hácia arriba,

Tomando en la calle ruta :

Y echó hácia abajo Don Felix

Hasta ver por las junturas

De la reja de Doña Ana

La luz que en el cuarto alumbraba.

Pasó por frente á la reja,

Volvió á pasar, hizo en suma

Para llamar su atencion

Cuanto no fuera hacer pública

Con la presencia de un hombre

De Doña Ana la conducta;

Mas ni se abrió la ventana,

Ni se oyó señal alguna.

Ya el corazon se le prensa

De los zelos con la furia,

Ya negros y pavorosos

Presentimientos le turban,

Y ya dudaba afanoso

Entre si era ó no cordura

El volverse ó el quedarse

Hasta que verdad descubra;

Cuando hácia él calle adelante

Vió correr con gran premura

A su amigo que le dice :

« ¡ Huye, Don Felix!

— ¡ Que huya!

¿ De qué?

— El Milanés maldito

Tenia su gente oculta

Para dejarte pasar,

Y con mano mas segura

Encerrado en esta calle

Abrirte en su centro tumba.

— ¿ Estás seguro que es él?

— Sí, Felix, sin duda alguna.

— Ganemos pues la otra esquina,

Que fuera cosa hartó dura

Morir aquí como perros

A las manos de tal chusma.

Pero mañana la mía

Será la primer figura

Que á sus ojos se presente,

Y veremos si su astucia

De su corazon desvía

De mi tizona la punta.

Vamos.»

Y así pronunciando

A alejarse se apresuran.

Mas no bien á la otra esquina

Tocaban, cuando á ellos juntas

Dos espadas se vinieron,

Que toparon con las suyas :

Duró la lid un instante

Y ya vencer se figuran,  
 Pues á estocadas los llevan  
 Los dos mancebos con furia,  
 Cuando corriendo llegaron  
 Con las espadas desnudas  
 Otros tres por sus espaldas.  
 Siguió momentos la lucha  
 Como valientes lidiando;  
 Mas ¿qué el valor les ayuda  
 Donde á traición contra ellos  
 Cinco cobardes se juntan?  
 Cayó primero Don Felix,  
 Y aunque en la tapia se escuda  
 Para lidiar cara á cara,  
 Los ojos ¡ay! se le anublan  
 Con la sangre que derrama  
 Y á cuchilladas le abruman.  
 Riñó como bravo el otro,  
 Mas fué inútil su bravura,  
 Pues todos en torno suyo  
 Villanamente se agrupan.  
 Y al cabo de unos momentos  
 Cayó, con heridas muchas,  
 De boca, á impulso de un tajó  
 Traidor, sentado en la nuca.  
 Tomaron la calle arriba  
 Los viles, y en voz confusa  
 Unos á otros marchando  
 Que muertos son se aseguran.

Amanecía apenas  
 El inmediato día,  
 Cuando sus horas de quietud serenas  
 A Don Pedro Guzman interrumpia  
 Siniestra y tumultuosa vocería.  
 De su casa en la puerta  
 Con alabadas dobles,  
 A cuyo impulso sus macizos robles  
 Resistencia oponian, pero incierta,  
 Llamaban tenazmente;  
 Y ya tropel juntábase de gente,  
 Y ya Don Pedro presto  
 Con prisa airada y soñoliento gesto  
 Las ropas se vestia,  
 Porque ningun doméstico lo hacia.  
 Ya de su larga bata  
 Las puntas coge y las presillas ata;  
 Y al balcon se dirige,  
 Cuando un viejo criado  
 Que há muchos años que su casa rige  
 Llegó á él con semblante desolado.  
 « Fermin, ¿qué es lo que pasa  
 (Dijo Don Pedro) para ruido tanto,  
 Que parece que á hundir se va la casa? »  
 Y amargo llanto derramando el viejo  
 « No salgais (dijo), por el cielo santo.

— Mas ¿qué pasa? ¿quién es?  
 — Es la justicia.  
 — ¿Y en mi casa qué quiere?  
 — ¡ Oh! con vos nada,  
 Señor, nada con vos.  
 — ¿Pues á quién busca?  
 Fermin, sea cualquiera la noticia  
 Que al fin me has de decir, por desastrada  
 Que sea, dila pronto.  
 — ¡Sosegaos, señor!  
 — Voto á los cielos  
 Que valen mas que el susto tus recelos. »  
 Y tal diciendo con airado tono  
 Dirigióse á la puerta;  
 Mas el viejo Fermin interponiéndose  
 Con sollozos le dijo interrumpiéndose:  
 « Vuestro hermano, señor, hoy no ha dormido  
 Dentro de casa. » Y comprendiendo al puntó  
 Don Pedro lo demas, lanzó un gemido  
 Arrancado al dolor y la ira junto,  
 Y apartando al anciano suplicante,  
 Lanzóse por los cuartos adelante.  
 Al pié de la escalera  
 En hombros de unos hombres compasivos  
 Yacia, desgarrando de los vivos  
 El corazon, y de su muerte fiera  
 Con horrendas señales mutilado  
 Don Felix desdichado.  
 De siete anchas heridas  
 Por las sangrientas bocas  
 La vida se le huyó, y compadecidas  
 De tan triste espectáculo, pudieran  
 En lágrimas romper las duras rocas.  
 La horrible escena de dolor y saña  
 A que Don Pedro se entregó, sin duda  
 Que es á mi pluma estraña:  
 Que á periodos poéticos acuda  
 Para pintarte con verdad en vano  
 Será ¡ oh caro lector! llama en tu ayuda  
 Tu propio corazon, y pesa el duelo  
 Que fuera en él, si un padre ó un hermano  
 De modo tal te arrebatara el cielo.  
 Con tan grande dolor, con pena tanta  
 Don Pedro de Guzman enloquecido,  
 Largo rato anudada en su garganta  
 Sintió la voz, y se esquivó el sonido.  
 Y sobre los despojos  
 Del infeliz hermano  
 Llanto vertieron sus nublados ojos;  
 Trémula y fria separó su mano,  
 A su dolor cediendo sus enojos;  
 Mas luego que en su mente  
 Volvieron á ordenarse las ideas  
 Y al corazon ardiente  
 Volvió el valor un punto adormecido,  
 La centelleante vista de repente  
 Tendió por el concurso enmudecido  
 Diciendo con acento enronquecido:

« ¿Quién fué el traidor cobarde  
 Que en un mancebo imberbe todavía  
 De tan salvages iras hizo alarde? »  
 Y en derredor tendió fiera mirada  
 Guzman, mas nadie le repuso nada.  
 « ¿Todos, dijo Don Pedro, aquí lo ignoran?  
 ¡ Todos callan! ¡ par diez! ¿ dónde fué muerto?  
 ¿ No hallaron la verdad los que le lloran,  
 Los que le traen á domicilio cierto?  
 ¿ Quién le reconoció? ¿ quién pudo acaso  
 De quien le recogió guiar el paso? »  
 Volvió á tender en torno su mirada  
 Guzman, y nadie le repuso nada.  
 Entonces ya con tono descompuesto  
 Y semblante iracundo,  
 Hijo de su pesar justo y profundo,  
 A un alcalde de corte que con gesto  
 Impasible y severo le había oído,  
 Cuya ronda á su hermano ha recogido,  
 Dirigióse Guzman, así diciendo :  
 « Amigo soy del rey, y pues tan necia  
 En los crímenes anda la justicia,  
 Sabrá el rey que su ley se le desprecia,  
 Y que el miedo la tuerce ó la malicia. »  
 Y volviendo la espalda Guzman, fiero  
 Pidió á Fermin su capa con su acero;  
 Viendo lo cual el juez tras él echando  
 Y á Guzman de los otros apartando  
 Dijole : « Oídme pues, buen caballero. »  
 Y de la estancia fuera  
 Platicaron los dos de esta manera.

*D. Pedro.* Decid.

*Alcalde.* Con vuestro hermano

Otro jóven hallé, que al par herido

Fué con Don Felix por la misma mano.

*D. Pedro.* ¿ Y quién es?

*Alcalde.* Fué Don Carlos de Aguilera.

*D. Pedro.* ¿ Murió tambien?

*Alcalde.* Tambien.

*D. Pedro.* ¡ Oh! suerte fiera!

*Alcalde.* Mas vivió lo bastante

Para decir con hábito espirante

Y jurar por la fé de caballero,

Y de la eternidad por el gran paso,

De tan traidor y lastimoso caso

El autor verdadero.

*D. Pedro.* ¿ Y quién es ¡ vive Dios! señor  
 alcalde?

*Alc.* Antes, Don Pedro, desabersu nombre

Juradme que escondido en vuestro pecho

Le guardareis; que es hombre

Que por bueno pasar puede lo hecho :

Y que al rey solamente

Le habeis de revelar secretamente.

*D. Pedro.* Sí juro; mas si fuese

El mismo rey, señor alcalde, habría

De hacer justicia en sí, ¡ ó por vida mia!

Que puede que me oyese

Lo que de nadie oír esperaría.

*Alcalde.* A la venganza yo no os pongo coto;  
 Mas si no sois del rey muy grande amigo  
 No movais con quien fué mucho alboroto;  
 Y esto, Guzman, que os digo,

Lo que os puedo decir es, y es mi voto.

*D. Pedro.* Mas quién es, acabad.

— Y aquí al oído

De Don Pedro acercándose el alcalde

Dijo, y de nadie pudo ser oído.

*Alcalde.* El milanés que habita en la  
 embajada

De Inglaterra. — Y Don Pedro

Tal nombre oyendo, al lado de la espada

Llevó la mano, y con feroz mirada

« Bien está, dijo al juez: lo entiendo todo. »

*Alcalde.* ¿ Solo el rey lo sabrá?

*D. Pedro.*

Solo, y de modo

Que á la historia añadir no podrá nada.

Y los dos apartándose

Para dejar la historia bien redonda

Desde allí cada cual siguió entregándose

Don Pedro á su dolor, y él á su ronda.

Pero puede el discreto

Imaginar, que en calma

No podría encerrar dentro del alma

Don Pedro de Guzman este secreto,

Y que á vueltas y á solas andaría

Mas segura buscando

Del autor de delito tan infando

Fiera venganza, en oportuno día;

Y que el día fatal ruedó aguardando.

Y á la mano en pocos días

La ocasion le vino pronta,

Que quien para el mal la busca

Siempre se la encuentra próxima.

Seguido de un escudero

Por honor de su persona,

Y por ayuda en un caso

De una asechanza traidora,

Por fuera de Recoletos

Una tarde nebulosa

El de Guzman se pasea

Rumiando tristes memorias.

Viasele entre los árboles

Como una siniestra sombra

El monasterio cruzando

Desde una esquina á la otra,

La larga espada en la cinta,

Embozada la persona,

Descolorido el semblante

Y con la mirada torva.

Todo su exterior, en fin,

Revela que su alma á solas

En los cálculosse abisma

De meditaciones hondas,  
Y que una idea inmutable  
Intima y desoladora  
Lastima su inquieta mente  
Y el corazon le acongoja.  
Piensa en su hermano Don Felix,  
Y en la mas fácil y próspera  
Ocasión de la venganza  
De muerte tan alevosa.

En esto el Prado adelante  
Por dos yeguas voladoras  
Que le pacieron la grama  
Al Guadalquivir en Córdoba,  
Arrebatada venia  
Sin camino una carroza,  
Pues torpe mano á las yeguas  
Acosando desbocólas.  
Al punto vió la impericia  
Guzman, cuya generosa  
Sangre á ayudar le impelia  
Al que así necio se arroja :  
Y conociendo que pronto,  
Dejando la arena cómoda,  
Se entraran por los vallados  
Las dos bestias poderosas,  
Con su escudero lanzóse  
Por si contenerlas logra,  
Y aquel peligro desvia  
De quien la muerte provoca.  
Los que en el carruage vienen  
Gritaron en voces roncacas :  
« ¡Fuera ! ¡fuera ! » por si acaso  
Con el espanto empeoran  
Los animales y alcanzan  
Caida mas desastrosa.  
Mas á sus voces haciendo  
Guzman las orejas sordas,  
Como hombre sereno y ducho  
En semejantes maniobras,  
Colocándose á ambos lados,  
La vista y la mano pronta,  
Caballero y escudero,  
Al enfilear la carroza  
Con un instantáneo arrojo  
Asiendo las bridas rotas  
A una yegua el caballero  
Y el escudero á la otra,  
Consiguieron lastimándolas  
Pararias, y á mucha costa.  
Saltó en tierra un caballero  
A la mas estricta moda  
Equipado, y de presencia  
Muy bizarra y muy airosa.  
Mas al llegarse á Don Pedro  
A darle gracias, la gola  
Le aferró con ambas manos  
El de Guzman, con furiosa  
Voz diciéndole : « Asesino,

¡Caiga en ti su sangre toda ! »  
El milanés (que no era otro),  
Que aquella sangrienta historia  
Recordó viendo á Don Pedro,  
Dióse por puesto en la horca.  
Mas soltóle el de Guzman,  
Y treguas dando á su cólera,  
Le dijo : « Hacia aquí apartaos,  
Veamos si vuestra hoja  
Corta igualmente de cara  
Como por la espalda corta. »  
Echaron á Recoletos,  
Y de tapia protectora  
Amparándose, sacaron  
Al aire sus dos tizonas.  
Perdió el milanés la suya  
Con muchísima deshonra,  
Y yendo á herirle Don Pedro,  
Como una espantada zorra  
A quien los perros persiguen,  
Tomó fuga vergonzosa.  
Indignado el de Guzman  
Viendo con alma tan poca  
A quien tan traidoramente  
Asesina entre las sombras,  
Echó tras él ya resuelto  
A darle muerte alevosa.  
El milanés, conociéndolo  
Con intencion previsora  
Ganó á la iglesia la puerta  
Y la capilla mas próxima.  
Entró tras él Guzman, ciego,  
Mas á una imágen devota  
De Cristo viéndole asido,  
De la muger generosa  
Se acordó que dió la vida  
Al matador de Zamora.  
Soltó su mano la espada,  
Con voz descompuesta y cóncava  
Diciendo, al otro que le oye  
Con alma y con faz atónitas :  
« Idos, que yo os dejo libre :  
Válgaos la buena memoria  
De una muger que por mi  
Osó hasta accion tan heróica. »

Y saludando á la imágen  
Con reverencia piadosa,  
Dijo : « Hasta aqui mi venganza :  
¡Dios me la tenga en memoria ! »  
Dudándolo todavia  
Ve el milanés que abandona  
La iglesia, mas de ello al cabo  
Sus sentidos se cercioran.  
Y á su carroza volviendo,  
Por hazaña milagrosa  
Contó en la corte el suceso,  
Q e admiró la corte toda.

Y por verdadera hazaña  
Contada de boca en boca,  
A Don Pedro apellidaron  
*El de la buena memoria.*

---

A MARIA.

—  
PLEGARIA.

Aparta de tus ojos la nube perfumada  
Que el resplandor nos vela que tu sem-  
blante da,  
Y tiéndenos, María, tu maternal mirada,  
Donde la paz, la vida y el paraíso está.

Tú, bálsamo de mirra; tú, caliz de pureza;  
Tú, flor del paraíso y de los astros luz,  
Escudo sé y amparo de la mortal flaqueza  
Por la divina sangre del que murió en la cruz.

Tú eres ¡oh María! un faro de esperanza  
Que brilla de la vida junto al revuelto mar,  
Y hacia tu luz bendita desfallecido avanza  
El naufrago que anhela en el Eden tocar.

Impela; ¡oh Madre augusta! tu soplo sobera-  
La destrozada vela de mi infeliz batel; [no  
Enseñale su rumbo con compasiva mano,  
No dejes que se pierda mi corazón en él.

---

POCO ME IMPORTA.

—  
CANCION.

Me dicen que medio mundo  
Riñe con el otro medio,  
Y aunque en verdad me confundo  
Viéndolo así, ¿qué remedio?  
Caprichos con que se nace:  
Cada cual como mas quiere  
Vive y muere,  
Y aunque algo extraño se me hace  
Viendo la vida tan corta,  
*Poco me importa.*

Yo sé un elixir magnífico  
Contra duelos tan extraños,  
Y son con tal específico  
Horas de placer mis años.  
Para mí no hay amarguras;  
Ni pesares ni disgustos  
Me dan sustos,

Y aunque diz que sulco á oscuras  
El mar de esta vida corta,  
*Poco me importa.*

Sin opulencias me paso,  
Ni ambiciono honras ni oro,  
Ni del poder hago caso;  
Si no soy feliz, no lloro.  
Conmigo mismo me basto,  
Y con lo poco que tengo  
Bien me avengo:  
Y aunque cuanto tengo gasto,  
Siendo la vida tan corta,  
*Poco me importa.*

Si leyes á nadie doy,  
Nadie á mi leyes me da;  
Donde no gozo no voy,  
Donde estoy mi patria está.  
No me acosa odio ni envidia,  
Y aunque en todos los lugares  
Hay pesares,  
Si algun pesar me fastidia  
Y amarga esta vida corta,  
*Poco me importa.*

Un puro y una botella  
Durante mi esplin consumo,  
Y cuando acabo con ella  
Cigarro y pesar son humo,  
Los vapores de los dos  
El cerebro me revuelven,  
Y me vuelven  
Tan feliz que ¡vive Dios!  
Esta vida larga ó corta,  
*Poco me importa.*

Celestes apariciones  
Gozan entonces mis ojos,  
Y dichosas ilusiones  
Satisfacen mis antojos.  
En las vagas espirales  
Fermentan del humo vano  
De mi habano  
Visiones tan celestiales  
Que una vida larga ó corta  
*Poco me importa.*

¿Y en qué entonces me aventaja  
Ningun sultan con su ópío?  
Si á su alma el Eden se baja  
A mí me pasa lo propio.  
A él le exalta la cabeza  
Su ámbar, su pipa, y su vaso:  
No hace caso  
De sí mismo en su pereza,  
Y una vida larga ó corta  
*Poco le importa.*

Y á mí el licor jerezano  
Del puro entre el humo azul  
Me hace igual el soberano  
De la soberbia Stambul.  
Y en el insomnio dichoso  
De la embriaguez le tuteo,  
Y me creo

Otro sultan poderoso,  
Y como á él la vida corta  
*Poco me importa.*

¿Qué diablos va de él á mí?  
Llévanle á el harem eunucos  
A que la desuelle allí  
Velado por mamelucos;  
Y á mí me arrastra á mi lecho  
Una muger cariñosa,  
Que afanosa  
Se desvela en mi provecho,  
Con quien la vida por corta  
*Poco me importa.*

El enamora á una esclava  
Que hácia él solo miedo abriga,  
Y á mí de aplomarme acaba  
Dulce beso de mi amiga:  
A él las caricias le roba  
Su esclava durante el sueño,  
Y mi dueño  
Me vela en mi misma alcoba,  
Porque mi vida aunque corta  
*Mucho le importa.*

A él le hace el ópio tal vez  
Soñar con alguna hourí,  
Y ver me hace una el Jerez  
En cada muger á mí.  
El reina en Constantinopla,  
Y yo misero coplero  
Cuando quiero  
De él me río en una copla,  
Y de su rabia si aborta  
*Poco me importa.*

Y á el ópio excesivo acaso  
Le hace ponzoña mortal  
De su café, y le abre paso  
A su sepulcro imperial.  
Mientras yo libre de afan  
Despierto al placer mañana  
Con mas gana,  
Y aunque reviente el sultan  
Y deje á la Europa absorta  
*Poco me importa.*

A DON

## WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

EPÍSTOLA.

(EN VERSO PROSAICO.)

Tienes, oh Wenceslao, cosas diabólicas,  
Ocurrencias fatales, como tuyas;  
Y desdichas ¡ay Dios! tan hiperbólicas  
Traen para mí, que aunque de oirlas huyas  
Te las voy á encajar porque á mí antigua  
Y cerril libertad me restituyas.

¿Dónde habrá ¡oh caro Izco! mas ambigua  
Situacion que esta ruin en que me pones,  
A los trabajos de Hércules contigua?

¿Escribir en la *Risa* me propones  
Y hacer reir? ¡A mí, que siempre he sido  
El cantor de la sangre y las visiones!

¡A mí, que en todas partes me han tenido  
Por el buho mas negro y melancólico  
Que del furor romántico ha nacido!

¡A mí, cuyo estro bárbaro y diabólico  
Espanta al sano público en la escena  
Con obras que espeluznan á un católico!

¿Yo hacer reir? ¡pues la aprension es bue-  
Con que te firme yo tu semanario [na!  
No queda al punto un suscriptor, y truena.

Mira lo que haces, Izco temerario,  
Mira que te lo ruego por los cielos;  
Ve tu empresa con ojos de empresario.

Porque si yo, cumpliendo tus anhelos,  
Tiendo por tu papel mi negra pluma,  
Te has de tirar muy pronto de los pelos.

Aliviamete este peso que me abruma  
Renunciando á mis versos montaraces,  
Que es lo que á entrambos nos conviene en  
suma.

Mas... áspero mohin veo que me haces  
Esto leyendo... ¿en tu opinion te cierras?  
No me resisto mas, tengamos paces.

Escribiré en la *Risa*, pues te aferras  
En ello, Ayguais; mas sobre tí los daños  
Que mis jovialidades desentieras.

Horrendas cosas escribi en cinco años;  
Mas nueva luz en mí desde hoy sintiendo  
De mano voy á dar á mis engaños.

Voy á reirme yo, reir haciendo  
Al que no haga llorar, ridiculeces  
Del mundo en que vivimos descubriendo.

Voy á hacerte reir, pero tus preces  
Dirige al cielo, Ayguais, porque te juro  
Que te voy á mostrar las desnudeces

De la verdad, en castellano puro;  
No correcto tal vez, pero tan claro  
Que ha de entenderlo el montañés mas duro

Y aqueste empeño para hacer mas raro  
Por mí voy á empezar, ante tus ojos  
Mostrándome cual soy bien sin reparo.

Perdona si tal vez te causa enojos  
Mi ruin y flaca aparicion barbuda;  
Resultado es no mas de tus antojos.  
Contempla pues mi humanidad desnuda,  
Y piensa que cual yo te me presento  
Voy á poner á los demas sin duda.

Yo soy un hombrecillo macilento,  
De talla escasa, y tan estrecho y magro  
Que corto andando como naípe el viento

Y protegido suyo me consagro,  
Pues son de delgadez y sutileza  
Ambas á dos mis piernas un milagro.

Sobre ellas van mi cuerpo y mi cabeza  
Como el diamante, al aire: y abundosa  
Pelos me prodigó naturaleza,

De tal modo, que en siesta calurosa  
Mis melenas y barbas estendidas  
A mi persona dan sombra anchurosa.

Mi cara es como muchos que perdidas  
Entre la turba de las otras caras  
Se pasean sin ser apercebidas.

Mofadora espresion si la reparas  
Muestra á veces, las mas indiferencia,  
Y otras melancolía, aunque muy raras.

Cual soy me tienes pues en tu presencia  
Visto por fuera, Wenceslao amigo,  
Pero visto por dentro hay diferencia.

Que aunque soy en verdad, como te digo,  
De hombre en el exterior menudo cacho,  
Alma mas rara bajo de el abrigo.

Serio á veces, á veces vivaracho,  
Tengo á veces arranques tan exóticos  
Que rayan en tontunas de muchacho.

Y otras veces los tengo tan despóticos  
Que atropello razones y exigencias  
Por cumplir mis caprichos estrambóticos.

Poco alcanzo en las artes y las ciencias,  
Y eso que *altd* los padres jesuitas  
Me avivaron un tanto las potencias;

Mas yo dificultades infinitas  
En las ciencias hallando, echéme en brazos  
De las Musas. Mugeris y bonitas

Ellas, muchacho yo, caí en sus lazos;  
Y á fé que sus cariños me valieron  
Inútiles, mas sendos sermonazos.

Tantos fueron, que al fin me condujeron  
A oírlos con glacial indiferencia,  
Y en mí esta indiferencia produjeron

Con que miro las cosas (y en conciencia  
Aunque cual gran calamidad la lloro  
No la puedo oponer gran resistencia).

Alabo el bien y á la verdad imploro,  
Mas despierto con otra ventolera  
Y el mal ensalzo y la mentira adoro.

De esto viene el llamarme calavera;

Mas si un dia en razon meterme debo,  
¿Quién duda que lo haré como cualquiera?

Oscura vida, por mi gusto, llevo;  
Mas si llevarla del reves importa  
Lo hallo tan fácil cual comerme un huevo.  
La existencia no me es larga ni corta;

En paz la paso sin placer ni pena;  
Como no tengo plan nunca me aborta.

Si una buena alma investigar serena  
Quiere lo que yo soy, por mil caminos  
Irá, y tal vez de la verdad ajena.

Que (abreviando discursos peregrinos)  
No sirve cuanto digo y cuanto hago  
Para atar dos ochavos de cominos.

Porque soy todo yo tan raro y vago,  
Que ni nadie me entiende ni me entiendo.  
Lo que hice ayer, mañana lo deshago;

Dejo hoy tal vez lo que mañana emprendo,  
Y así salen mis obras á mi antojo, [do.]  
Aunque digas ¡oh Ayguals! «no lo compren-

Tal soy, como te he dicho, y algo flojo  
Tal vez anduve: mi retrato es este.

Si á firmar tu periódico me arrojó  
Voy á ser mas dañino que la peste;

Y he de sacar la pluma de mal año  
Aunque tu misma enemistad me cueste.

Y pues donde cortar no falta paño  
En esta ingerta sociedad de ahora,  
Dó el ridiculo solo no es extraño,

Si me quieres así, sea en buen hora:  
Reír me place, mas á costa ajena,  
Que es mas dulce reír, cuando otro llora.

Tú dirás que esta epistola no es buena,  
Y que si ha de ser tal cuanto te escriba  
Renuncias mis articulos sin pena.

Mas aunque bien dirás, en esto estriba  
La escelencia mayor de estos renglones,  
Pues de justicia es ley distributiva

Que si critico de otros las acciones,  
Me esponga yo á su critica primero,  
Y les dé la razon de mis razones.

Con esto, Ayguals, contestacion espero  
Recibir de tu puño, en versos frios  
Y ásperos como clavos; lo que infiero

No de uno de mis muchos desvarios,  
Sino porque contestes dignamente  
A versos tales como son los míos.

Contesta pues, y riase la gente:  
Que nos llame la *Risa* sus apóstoles,  
Y aunque nos diga el vulgo irreverente  
Que esto es tocar el órgano de *Móstoles*.

A MI AMIGO  
WENCESLAO AYGUALS,

DIRECTOR DE LA RISA.

¿Con que ni puertas ni rejas  
De tí me pueden librar?  
¡Maldito Ayguals, no me dejas  
Un momento reposar!  
Ya encanece mis guedejas  
Lo que me haces cavilar,  
Zumbándome las orejas  
Con los ayes y las quejas  
Que me envías sin cesar.

Irrita pues, escorpion,  
Mi lengua de basilisco  
Con uno y otro araño,  
Con uno y otro mordisco.  
Duréceme el corazón  
Hasta dejarle hecho un risco  
Para el duelo y compasión;  
Mas ¡ay si rompe el turbión!  
¡Ay si te coge el pedrisco!

¿Y quién habrá que lo impida?  
¿Quién ¡vive el cielo! me estorba  
Darte una buena batida  
Con esta peñola corva,  
En tu propia hiel teñida?  
Nadie... El coraje me encorva  
Y... Oyeme, Ayguals, por tu vida,  
Que con tu misma medida  
Voy á templar mi tiorba.

Y pues luchador atlántico  
En composición esdrújula  
Retas á mi estro romántico,  
Ayguals, yo rompo mi brújula,  
Y así te vuelvo tu cántico.

Ya que persigues frenético,  
Wenceslao, mi númen lírico,  
Que rabia por lo patético,  
Y para hacerme satírico  
Me amenazas con lo de ético (1),  
Seguiré tu plan diabólico;  
Desde hoy agrio, amargo y ácido,  
Mi zumbido melancólico  
Será són alegre y plácido  
Aunque me cueste un buen cólico.  
¿Temes que mis fuerzas bélicas  
Cedan, y me quede exánime?

(1)

Y aquí si yo fuera empírico  
Te regalaba un cosmético  
Y si encontrara otro en trico  
Te daba tártaro emético.

Dudas tienes bien angélicas;  
Verdades oye evangélicas,  
Que contigo voy undnime.

Quien no sea hoy un estóxico  
Gran dosis de metafísico  
Ha de llevar en su físico;  
Que no es de moda lo sólido  
Ya: lo elegante es lo tísico.

Veme á mí. Influencia mágica  
Ejerzo en todo espectáculo;  
Y el vulgo al verme con báculo  
Caminar, y con faz trágica,  
Me tiene por un oráculo.

¿Mas á Breton? ¡Santa Brígida!  
Al ver su panza de ecónomo  
Le darán orchata frígida,  
Le pondrán á dieta rígida  
Como al mas fiero gastrónomo.

La magrura es un vehículo  
Para hacer doctor en fárragos  
El ético mas ridículo;  
Para sabios es de artículo  
Ser tan secos como espárragos

Tal es nuestro siglo: encárate  
Con cualquier autor dramático,  
No hablemos de Gil y Zárate,  
Con Principe y yo compárate...

¡Bah, tú eres un buey asidítico!  
¿Qué hermosa mira con ánimo  
Vuestros contornos exóticos,  
Si los destinos despóticos  
Dan siempre á vientre magnánimo  
Los gustos mas estrambóticos?

Y si á cuestión pantomímica  
Lo reduces, ¿cuál mas árida  
De la de un gordo? La química  
A voces una cantárida  
Recetará á vuestra mímica.

Si á una muger (¡Santa Mónica!)  
En sitio público (¡cáscaras!)  
Diriges seña lacónica,  
Se quedará como en máscaras,  
Tendrá por risa sardónica,  
Por amenaza satánica,  
La seña amante y volcánica,  
Y te tendrá por un tábano  
Que con torpeza mecánica  
No quiere soltar el rábano.

¡Bah! sé en lo gordo metódi e,  
Y te jura tu vulpécula  
Que aun á precio menos módico  
Mas de moda tu periódico  
Ha de ser, per omnia sécula.

El amen tú lo dirás,  
Que de derecho te toca,  
Pues fuera me le coloca  
Tu metro de Barrabás.



Y pues te devuelvo exactos  
 Tus esdrújulos malditos,  
 Ya ves, me cuesta tres pitos  
 El cumplir con nuestros pactos.  
 Mas si en encomiar los gordos  
 Tú te me cierras fanático,  
 Pese á mi interés apático  
 Nos habrán de oír los sordos.  
 Porque, Ayguals, ni aquí nien Flandes  
 Ha habido un gordo grande hombre,  
 Que á los gordos, no te asombre,  
 Que llama el vulgo hombres grandes.

Tal es el siglo en que estamos,  
 Siglo montado al vapor :  
 Cuanto mas peso, peor ;  
 Con que los flacos ganamos.

Y da gracias á que hoy  
 No me siento para el paso,  
 Que sino os diera un repaso  
 Que hiciera ; por san Eloy !

Vuestra derrota patente ;  
 Mas porque no echés á broma  
 Lo que voy diciendo, toma,  
 Con lo que sigue entretente.

Sois un puro inconveniente  
 Vosotros los moffetudos,  
 Y haceros en la piel nudos  
 Fuera á mi ver muy prudente.

Prescindamos del apodo  
 Preciso de un barrigon,  
 Aquello de san Anton,  
 Pero con el cerdo y todo :

Prescindamos de que Utrilla  
 No sabe cómo ajustaros  
 Un chaleco sin ahogaras,  
 O un pantalon con trabilla ;

De que él se desacredita,  
 Y con fatal desengaño  
 Ve que no le queda paño  
 De vuestro frac ó levita ;

Prescindamos de los caros  
 Que sois y poco económicos,  
 Vamos á los lances cómicos  
 En que teneis que encontraros.

Pues, señor, que eres feliz,  
 Y que tu cara hermosura  
 Te recibe en noche oscura,  
 Y os veis nariz con nariz :

Dónde os esconde una trampa  
 Del tutor atrabillario ?  
 En baul, balcon ó almarío

Ni á pechugones se os zampa.

No hay asilo que se os dé,  
 No hay hueco en que esteis holgados ;  
 Si os cierran morís ahogados  
 Y si no os cierran se os ve.

¿ Y si vais de formacion ?

El fusil y fornituras

Os presnan las asaduras,

Y sudais el corazon.

¿ Si vais á un duelo ? ¡ qué azar !

Aunque el contrario sea manco,

Como oponéis tanto blanco

Por fuerza os ha de tocar.

Pues digo, ¿ si es á pistola

Y os toca el tiro segundo ?

¡ Bah ! despedíos del mundo,

Y que carguen su arma sola.

¿ De qué os valdrá la fatiga

Que empleéis en perfilaros ?

La bala al fin ha de entraros

Por mitad de la barriga.

¿ Pues si viajais en carruage ?

Basta solamente veros

Para que los compañeros

Pronostiquen un mal viaje.

Cualquier asiento es escaso

A vuestras asentaderas,

Y los puentes y escaleras

Rechinan á vuestro paso.

Si os caeis, ¿ quién os levanta ?

Pues casados y dormidos

Os supongo ; ¡ qué ronquidos !

La pobre muger se espanta.

Y si coge al fin el sueño

Sueña con un terremoto,

Y es que mugen como un choto

Las narices de su dueño.

Pues ¿ si haceis el alma tierna ?

¡ Qué cariños tan brutales !

¡ Como que son diez quintales

Cada brazo ó cada pierna !

Y paro aqui por lo grave

Del asunto, que sinó

Hasta dónde fuera yo

Dios solamente lo sabe.

Por cuyas dos mil razones

Os llevamos gran ventaja,

Los hombres como una paja

A los hombres barrigones.

## CANTOS DEL TROVADOR.

### INTRODUCCION.

¿Qué se hicieron las auras deliciosas  
Que henchidas de perfume se perdian  
Entre los lirios y las frescas rosas  
Que el huerto ameno en derredor ceñian?  
Las brisas del otoño revoltosas  
En rápido tropel las impelian,  
Y ahogaron la estacion de los amores  
Entre las hojas de sus yertas flores.

Hoy al fuego de un tronco nos sentamos  
En torno de la antigua chimenea,  
Y acaso la ancha sombra recordamos  
De aquel tizon que á nuestros piés humea.  
Y hora tras hora tristes esperamos  
Que pase la estacion adusta y fea,  
En pereza febril adormecidos,  
Y en las propias memorias embebidos.

En vano á los placeres avarientos  
Nos lanzamos dó quier, y órgias sonoras  
Estremecen los ricos aposentos  
Y fantásticas danzas tentadoras;  
Porque antes y despues caminan lentos  
Los turbios dias y las lentas horas  
Sin que alguna ilusion de breve instante  
Del alma el sueño fugitiva encante.

Pero yo, que he pasado entre ilusiones,  
Sueños de oro y de luz mi dulce vida  
No os dejaré dormir en los salones  
Donde al placer la soledad convida :  
Ni esperar revolviendo los tizonos  
El yerto amigo ó la falaz querida  
Sin que mas esperanza os alimente  
Que ir contando las horas tristemente.

Los que vivís de alcázares señores,  
Venid, yo halagaré vuestra pereza ;  
Niñas hermosas que morís de amores,  
Venid, yo encantaré vuestra belleza ;

Viejos, que idolatrais vuestros mayores,  
Venid, yo os contaré vuestra grandeza ;  
Venid á oír en dulces armonias  
Las sabrosas historias de otros dias.

Yo soy el Trovador que vaga errante :  
Si son de vuestro parque estos linderos  
No me dejéis pasar, mandad que cante ;  
Que yo sé de los bravos caballeros  
La dama ingrata, y la cautiva amante,  
La cita oculta y los combates fieros  
Con que á cabo llevaron sus empresas  
Por hermosas esclavas y princesas.

Venid á mí, yo canto los amores,  
Yo soy el Trovador de los festines ;  
Yo ciño el arpa con vistosas flores  
Guirnalda que recojo en mil jardines :  
Yo tengo el tulipan de cien colores  
Que adoran de Stambul en los confines,  
Y el lirio azul incógnito y campestre  
Que nace y muere en el peñon silvestre.

¡ Ven á mis manos, ven, arpa sonora !  
¡ Baja á mi mente, inspiracion cristiana,  
Y enciende en mí la llama creadora,  
Que del aliento del Querub emana !  
¡ Lejos de mí la historia tentadora  
De ajena tierra y religion profana !  
Mi voz, mi corazon, mi fantasia  
La gloria cantan de la pátria mia.

Venid, yo no hollaré con mis cantares  
Del pueblo en que he nacido la creencia :  
Respetaré su ley y sus altares :  
En su desgracia á par que en su opulencia  
Celebraré su fuerza, ó sus azares,  
Y fiel ministro de la gaya ciencia,  
Levantaré mi voz consoladora  
Sobre las ruinas en que España llora.

¡ Tierra de amor ! ¡ tesoro de memorias,  
Grande, opulenta y vencedora un dia,

Sembrada de recuerdos y de historias,  
Y hollada asaz por la fortuna impía!...  
Yo cantaré tus olvidadas glorias :  
Que en alas de la ardiente poesía  
No aspiro á mas laurel ni á mas hazaña,  
Que á una sonrisa de mi dulce España.

LEYENDA PRIMERA.

LA PRINCESA DOÑA LUZ.

I.

LA VENTANA DE LA TORRE.

Fria y lóbrega es la noche  
A mas de húmeda y medrosa,  
Que el pabellon de los cielos  
Confusas nieblas embozan.  
Se afana en vano la vista  
Para registrar la sombra,  
Porque la menor distancia  
Los objetos encapota.  
Desiertas están las calles,  
Las puertas cerradas todas,  
Las centinelas ocultas  
Y bajo techo las rondas.  
No hay una sola ventana  
En donde aceche ó se esconda  
Una doncella atrevida  
Ni una madre recelosa.  
Ni hay en reja ni en esquina  
Galan que yerto se esponga  
Las monótonas goteras  
A contar una tras otra.  
Que es asaz cruda la noche  
Y el cierzo sutil que sopla  
Deja las manos sin brios  
Para asir de la tizona.  
Solo en una torrecilla  
Del alcázar donde moran  
Los reyes, brilla una luz  
Tras unos vidrios dudosa,  
Tan débil y tan opaca  
Que apenas no se coloran  
Las ricas alegorías  
Con que los vidrios se adornan.  
Mas al exámen prolijo  
De vista escudriñadora  
Se alcanza que en este instante  
Quien vive allí no reposa.  
Pues aunque hay unas cortinas  
Que las vidrieras entoldan,  
Oscilan continuamente

Luces produciendo y sombras.  
Y apelando á unos *zelillos*  
O á una recta y buena *lógica*  
Pudiera darse en que hay dentro  
Desvelada una persona,  
Que sin descanso pasea  
La estancia, y dando á la atmósfera  
Movimiento, el de los lienzos  
Con cada paso ocasiona.  
La verdad es que allí dentro  
Está pasando á estas horas  
Una escena que sin duda  
Mucho saber nos importa;  
Sino por lo que interese  
A quien esto lea ú oiga,  
Por nuestra naturaleza  
Entremetida y curiosa.  
En un sillón de dos brazos,  
La faz y la vista torva,  
Descolorido el semblante  
Y entre ofendida y llorosa  
(Aunque en nudos de respeto  
Aprisionada la boca)  
La princesa doña Luz  
Con su silencio razona.  
Y su apostura modesta,  
Y su calma magestuosa  
Por su causa buena ó mala  
Imperiosamente abogan.  
El rey Egica su tío  
Sin disimular su cólera,  
Mide sin compás ante ella  
A largos pasos la alfombra.  
Y su barba mal peinada,  
Sus cejas negras, cerdosas,  
Sus labios trémulos, pálidos,  
Y la aspiracion que sorda  
Del aire que le circunda  
Tan difícilmente toma,  
Le semejan á una fiera  
Cuanto enjaulada rabiosa.  
Paróse en medio la estancia  
Por fin, y en su encantadora  
Sobrina puso los ojos  
Dó la rabia se le asoma;  
Y él altivo y ella humilde,  
El feroz, ella medrosa  
Bien comparárseles puede  
Al milano y la paloma.  
Por último el rey la dijo,  
Con voz destemplada y cóncava :  
« ¿ Con que ello es que lo desprecias,  
Mozuela atrevida y loca?  
¿ Con que tienes en tan poco  
Mi cariño y mi persona  
Cuya duena hacerte quise  
Por hacerte venturosa? »  
A cuyas palabras necias

Insolentes é injuriosas  
 Subió al rostro de la infanta  
 Todo el carmin de la honra.  
 « Mirad lo que hablais, repuso,  
 Que una sangre nos es propia,  
 Y aquí somos dos mugeres  
 Y no hay mas que una corona.  
 Para dama, no he nacido;  
 Si vuestra intencion es otra,  
 Ventura y razon os faltan  
 Y resolucion me sobra.  
 — Y amor en otro parece...  
 — Eso, tio, no os importa;  
 Basta que no os quiera á vos  
 Para lo que á entrambos toca.  
 — Pues probaremos entrambos  
 Nuestra fortuna, señora,  
 Y si hay galan de por medio  
 Cuidad bien que no os le coja,  
 Porque ya sabeis que hay leyes  
 Que queman á las sin honra,  
 Y que es sentencia que dada  
 Ni el mismo rey la revoca. »  
 Y esto hablando el rey Egica  
 En el manto se reboza  
 Y dando un fuerte portazo  
 Dejó á la princesa á solas.

Corrió á la puerta el cerrojo  
 Doña Luz, y en su congoja  
 Soltó las riendas al llanto  
 Que á sus párpados se agolpa.  
 Llenó el aire de suspiros,  
 Se mesó la faz hermosa,  
 Y la belleza maldijo  
 Que con pesares la agobia.  
 Destrenzóse los cabellos,  
 Arrojó al suelo la toca,  
 Pisó los ricos collares,  
 Y renegó de las joyas,  
 Y renegó de la sangre  
 Heredada, régia, y goda  
 Que á ocultar tenaz la obliga  
 Su inspiracion amorosa:  
 Y desesperada al cabo  
 Dirigióse hácia la alcoba  
 Sin dar aviso á sus damas  
 Que la descían las ropas.  
 Las lágrimas á los ojos  
 Mas que nunca abrasadoras,  
 Mas triste que nunca estuvo  
 Llena de negras memorias,  
 Iba á soplar en la lámpara  
 Soledad ansiando y sombra,  
 Cuando á una puerta escusada  
 Sonó señal cautelosa.  
 « ¡Luz mia! dijeron, ¡Luz

De mi esperanza! ¿estás sola? »  
 É introduciendo una llave  
 Se abrió la puerta en dos hojas.  
 « ¡Amor mio! exclamó el mozo.  
 — ¿Eres tú? dijo la hermosa,  
 Y se tendieron los brazos,  
 Y se besaron las bocas.  
 — ¿Tú has llorado, Luz?

— Y mucho.

— ¿Pues hay razon?

— ¡Poderosa!

— ¡Por Dios, alma de mi alma,  
 Que me digas quien te enoja!

— Está lejos de tu alcance.

— ¿Lejos? ¡por Nuestra Señora  
 Que como espectro no sea  
 Ha de pesarle su obra!  
 Dime su nombre.

— Mi tio.

— ¡Tu tio! ¡Luz, estás loca!

— Mi tio, el rey.

— ¡Por san Pablo!

Jamás pensara tal cosa.

¡Él, que tanto te queria!

— Esa es mi desdicha toda

Que hoy de mi amor se consume  
 En la hoguera licenciosa.

— ¿Eso mas?

— Vino á mi estancia

De noche, solo, á deshora,  
 Besó mis plantas de hinojos  
 Y con palabras fogosas  
 Me vino á decir las ansias  
 Que su corazon devoran.

— ¿Y tú, Luz?

— Yo le he tirado

A la cara su corona:

Yo te amo y nunca tu imagen  
 Del corazon se me borra. »

Y á las caricias tornaron,  
 Y á las confianzas propias,  
 De quien idólatra encuentra  
 Siempre firme á quien adora.  
 « Mira, Luz (dijo el mancebo),  
 Nuestras visitas se acortan  
 Cada día, y mas dificiles  
 Me van siendo y mas penosas.  
 Hay ojos que nos escuchan,  
 Y envidiosos que me rondan,  
 Y se aporquilla tu honor,  
 Y mi dicha se malogra.  
 ¿Quieres otorgarme un bien?  
 — ¿Un bien? tú mismo le toma.  
 ¿Qué puedo negarte yo?  
 ¿Cuál es?

— Que seas mi esposa.

— ¿Y el rey?

— ¿Qué pueden los hombres

Contra la ley protectora  
De el cielo que nos escucha  
Y por nosotros aboga?  
Ven, ante esta santa imágen  
De la Concepcion te postra,  
Y júrame que eres mía.  
— Si que lo juro, y gustosa  
Te doy mi vida y mi alma  
Que lejos de tí me estorban.  
— Y yo te juro, amor mio,  
Ante esa Virgen piadosa  
Ser tuyo aunque á nuestro amor  
El universo se oponga. »

Y una y otra vez juraron  
Así de hinojos, y á solas  
Adorarse hasta la muerte  
Como esposo y como esposa.

Crecia en tanto la lluvia,  
Y con furia asoladora  
Cruzaba el viento bramando  
Entre las almenas góticas.  
Estrellábanse en los vidrios  
Las arrebataadas gotas,  
Y en el nocturno silencio  
De aquella tiniebla lóbrega,  
Duraba en la torrecilla  
Donde la princesa mora  
Aquella luz que brillaba  
Tras de los vidrios dudosos.  
Mas ya no es interrumpido  
Su reflejo por la sombra  
De las cortinas movidas  
Al paso de una persona.  
Todo permanece quieto,  
Tranquilo está toda ahora  
Y es claro que quien la habita  
O vive ausente, ó reposa.  
Y allá mas tarde calmada  
La tormenta, y ya la aurora  
Vecina al nublado oriente  
Se apagó la misteriosa  
Luz, y por postigo oculto  
Con precaucion previsora  
Bajó á la puente de Alcántara  
Un bulto de humana forma.

Pasó la siguiente noche,  
Y pasaron otra y otras,  
Y siempre ardia la luz  
Hasta el alba, en cuya hora  
Bajaba á la puente misma  
La misma figura lóbrega,  
Embozada, solitaria,  
Recatada y recelosa.

Y así se fueron pasando  
Noches tras noches, y en todas  
Al apagarse la luz  
Aparecía la sombra.

Y allá á lo lejos se via  
Por la ribera arenosa  
Huir un hombre al escape  
De un potro negro que monta.

## II.

## AVENTURAS Y DESVENTURAS.

Mas dió el rey en sospechar,  
Y Doña Luz dió en fingir;  
Ella empezó á no salir  
Y el rey en la cuenta á dar.

Cerró la infanta su puerta  
A sus damas y á su tío,  
Achacando este desvío  
A una enfermedad incierta.

Y pasó un mes y otro mes  
Y seis, y segun parece  
Doña Luz está en sus trece...  
Mas el rey se está en sus tres.

Cada mañana subia  
De la infanta al aposento,  
Pero, siempre en el momento  
En que Doña Luz dormia.

Ya por la noche fatal,  
Ya porque el mal la acosaba,  
Nunca para hablar estaba,  
É iba adelante su mal.

Si el tío no satisfecho,  
Llegaba hasta la cortina  
De la alcoba, á su sobrina  
Hallaba siempre en su lecho.

Los ajustados tapices  
Indiscreto alzó una vez:  
Y halló su pálida tez  
Sin sus hermosos matices.

« ¡ Luego está enferma verdad!  
Dijo, y mordiése los labios,  
Añadiendo, mas hay sabios  
Que vean su enfermedad. »

Y llamando á sus doctores  
Visitarla les mandó.  
Mas ella les regalo  
Con los desaires mayores.

Decia su camarera  
Siempre: « *Duerme: está en el baño,* »  
Y no llegara en un año  
Dia en que los recibiera.

« *La noche ha sido muy mala,  
Yace en un sueño apacible,  
Despertarla es imposible...* »  
Y ellos siempre en la antesala.

Y el rey con noticia tal  
Zeloso de la princesa,  
La dió iracundo por presa  
En su misma estancia real.

Damas quitóla y donceles,  
Y no escusando cautelas,  
La señaló centinelas  
Entre sus siervos mas fieles.

En emboscada los puso  
A los piés de la escalera,  
Muerte amagando á cualquiera  
Que tapara algun abuso.

Nadie allí debía entrar  
Ni salir noche ni dia,  
Mas que Leonor que solia  
A la infanta acompañar.

Mas ¡ay de quien ceta necio  
A dama que le aborrece!  
Que mas el peligro crece  
Cuanto á su engaño da precio.

Cuanto mas su empeño es  
En dar tenaz con su objeto,  
Mas de quien vela el secreto  
Va creciendo el interés.

Y cuanto mas su tesoro  
Guarda afanoso y avaro  
Mas pronto, cuanto mas caro,  
Se halla quien se venda al oro.

Andaba el zeloso rey  
Sin que le bastaran ojos,  
Guardas doblando y cerrojos  
Y amagando con la ley,

Resuelto á no perdonar  
A quien despreció su amor,  
Aunque otra mancha mayor  
Hubiera de resultar.

Y juraba en su coraje  
Que á hallar falta en la doncella  
Había de hacer en ella  
Grave escarmiento y ultraje.

Y á caerle entre las manos  
El galan (si al fin le hubiera)  
Moririan en la hoguera  
Como patanes villanos.

Y así el tío en acechar  
Y la sobrina en fingir,  
Están los dos en seguir  
Hasta perder ó ganar.

Ella está en guardar su encierro,  
Él en doblar centinelas,  
Ella en frustrar sus cautelas  
Y él en preparar su entierro.

Y así van y vienen dias,  
Y así amarrados al potro  
Siguen la una y el otro  
Con su mal y sus porfias.

—  
Hasta que allá en una noche  
Se oyeron sordas, confusas  
Y sentidísimas quejas,  
Que aunque escusarlas procura

Quien las exhala, no puede  
Del todo ahogarlas sin duda,  
Y se le arrancan del pecho  
Con desolacion profunda.  
Ya eran ayes agudísimos  
De quien con dolores lucha,  
Ya tristísimos gemidos  
De una muger moribunda.  
Los que oídos por los guardias  
Que á Doña Luz aseguran  
Interpretacion tomaron  
De diversas conjeturas.  
Dijeron unos que acaso  
Por un gran crimen que oculta  
La atormentan fieramente  
Los incubos y las brujas.  
Otros dijeron que el rey  
Porque su aficion repulsa  
Mandóla dar unas yerbas  
Con que cayó en la locura.  
Y algunos mas perspicaces  
Que ambas cosas dificultan,  
Que haya misterio sospechan  
Y del misterio murmuran.  
Así pasó largo tiempo  
De la media noche, á cuya  
Hora cesaron de pronto  
Aquellos ayes de angustia.  
Y en las distintas creencias  
De los crédulos que escuchan,  
Los unos se condolieron  
De la apenada hermosura,  
Los otros de su accidente  
Jugaron menos la furia,  
Y algunos se santiguaron  
Creyendo en la sombra oscura  
Sentir huyendo de espíritus  
Densa y espantada turba,  
Ante el poder de un conjuro  
O al resplandor de la luna.  
Mas brevemente olvidadas  
Sus aprensiones nocturnas  
Cayeron presa del sueño  
Que las memorias sepulta.

—  
La noche es mansa y tranquila,  
Y aunque la atmósfera enturbian  
Algunas nubes errantes  
Raras estrellas la alumbran.  
Sopla revoltoso el cierzo  
Y aunque tormentoso nunca  
Segun por donde se arrastra  
Silva, gime, brama, ó zumba.  
Todo en Toledo reposa,  
Y negra, apiñada y junta  
Se ve la ciudad que á trechos  
Ya se oscurece ó se alumbrá,

Segun que los nubarrones  
 Por ante los astros cruzan.  
 Y allá por entre las peñas  
 Del valle opaco en la hondura  
 Se oye el ronco són del agua  
 Del Tajo que se derrumba,  
 Entre los rudos peñascos  
 Alzando hervorosa espuma.  
 Medrosos sitios son estos;  
 Medrosos por las figuras  
 Informes que representan  
 Y por tradiciones muchas.  
 Misteriosos son aquellos  
 Peñascos y quebraduras,  
 Cuyos contornos se extienden  
 En irregulares curvas,  
 Y en la fantasía toman  
 Forma y variedad difusa,  
 Y vida en el miedo encuentran,  
 Y en las creencias se abultan.

Deslizándose en silencio  
 Por su superficie rústica  
 Viene á estas horas bajando  
 Una sombra lenta y muda.  
 Aparición que, nacida  
 En alguna grieta inmundada,  
 Vaga de una en otra peña  
 Sobre el aura que la empuja.  
 Pálida ilusión diabólica  
 Inútil, perdida y única  
 Evocada en un conjuro  
 Pronunciado á la aventura.  
 Doliente imágen de alguno  
 Que, mal hallado en su tumba,  
 Viene á la orilla del agua  
 De sus recuerdos en busca.  
 Alma penada y maldita  
 Que, por ignoradas culpas  
 Desorientada en la noche,  
 El mundo á deshora cruza  
 Pues ni se sienten sus pasos  
 Ni de su peligro cura,  
 Y ya resbala, ya salta,  
 Huye, aparece ó se ofusca.  
 Y ya pisa de las márgenes  
 La arena blanca y menuda,  
 Ya toca al agua, y parece  
 Que consigo misma lucha,  
 Y vuelve dó quiera el rostro  
 Con miedo, y se ve que oculta  
 Incomprensible designio  
 Cuya ejecución la angustia.  
 Al fin la luna amarilla  
 Rasgando las importunas  
 Nubes, de lleno en las rocas  
 Derramó su lumbré pura:  
 Y en este momento rápida  
 Con mano firme y segura

Lanzó la sombra un objeto  
 Que rompiendo el agua turbia  
 Sumióse por un instante  
 En la corriente profunda.  
 Quedó la vision en punto  
 Sobre la ribera húmeda  
 Inmóvil y confundida  
 Entre la sombra y la bruma,  
 Contemplando de las aguas  
 La superficie, que arruga  
 El vientecillo que corre  
 Llevando encontrada ruta.  
 Hasta que en medio del río  
 Sobre el agua que le impulsa  
 Viendo el objeto, que espera  
 Que á la superficie suba,  
 Volvió á alejarse del río  
 Por entre las peñas rudas  
 Tomando una áspera senda  
 Que los brezos dificultan.  
 Así llegó á la muralla  
 Del real alcázar en cuya  
 Piedra hay abierto un postigo  
 Por resortes que le empujan,  
 Y al sumirse de la sombra  
 Por él la informe figura,  
 A merced de una linterna  
 Que tras el postigo alumbrada,  
 Se dejó ver claramente  
 Aquella vision nocturna,  
 Que aunque enlutada y medrosa  
 Era una muger en suma

—  
 Cuanto mas se recataba  
 Doña Luz y resistía,  
 Mas el rey se enfurecía  
 De ver que no la lograba.  
 Llevaban ambos su empeño  
 Con tan resuelto tesón  
 Que ella seguía en prision  
 Y el rey de la torre dueño.

Por mas que madrugador  
 Llegaba todos los días  
 A su puerta, en sus porfías  
 Nunca el rey iba mejor.

De verla no hallaba medio;  
 Por mas protestas que hacia,  
 Doña Luz de él no admitía  
 Ni visita ni remedio.

Decía su camarera  
 Siempre: « Duerme. — Está en el baño.»  
 Y no llegara en un año  
 Día en que le recibiera.

« La noche ha sido tan mala!...  
 La convulsion fué terrible...  
 Despertarla es imposible... »  
 Y el rey siempre en la antesala.

Hasta que ya enfurecido  
Con desprecios tan tenaces  
Juró de no hacer las paces  
Ni darse nunca á partido.

Cesó pues en sus visitas,  
Y cesando en su esperanza  
Se dió á buscar su venganza  
Por maneras inauditas.

Seguro que tal desden  
Por otro se le causaba,  
Ya solamente trataba  
De asegurarse por quien.

Y hasta juró en su coraje  
Que al fin con culpa ó sin ella  
Iba á hacer en la doncella  
Grave escarmiento y ultraje.

Y á no dar en conclusion  
Con el galan que tenia,  
En la hoguera moriria  
La mitad de la nacion.

Y ciego y sin atender  
A que era su sangre real,  
Citóla ante un tribunal  
Como á una infame muger.

Y para injuria mayor,  
Pública habiendo su audiencia,  
Compró la torpe insolencia  
De un villano acusador.

Llegó pues la hora fatal,  
Mandaron á la princesa  
Que bajara en faz de presa  
A dar cuenta al tribunal.

Lloró, suplicó, rogó,  
Resistió... mas todo en vano ;  
Delante el vulgo villano  
A fuerza se presentó.

Y estaba la estancia llena  
De vil y soez canalla  
Que siempre deleites halla  
En la pesadumbre ajena.

Se hizo notar con malicia  
De aquel juicio lo imparcial,  
Pues hasta la sangre real  
Se entregaba á la justicia.

Corría voz de que el rey  
No hallaba paz ni consuelo  
En lance tal, mas su celo  
Por la justicia y la ley

A su pesar le arrastraba  
A no derogarla injusto,  
Porque atendiendo á su gusto  
La rectitud olvidaba.

Y el vulgo que tal oía,  
Engañado torpemente,  
La voz alzaba insolente  
Y con descaro aplaudia.

Y oíanse carcajadas  
Groseras, y dicharachos,

Y chanzas que entre borrachos  
Aun fueran mal toleradas.

Que cuando pone sus ojos  
La plebe en quien algo vale,  
Porque con ella se iguale,  
No escasea los sonrojos.

Y así, ni aun para consuelo  
En tan injusto quebranto,  
Para que oculte su llanto  
La permitieron un velo.

Descubierta estaba, sí,  
Doña Luz y avergonzada,  
¡ Vergüenza centuplicada  
Por ser ella y ser allí !

Su noble hermosura espuesta  
Con vilipendio brutal  
Al ojo y lengua carnal  
De la turba deshonestá...

¡ Ah ! corramos mas atentos  
Con su memoria nosotros  
El velo que osaron otros  
Negar á sus sufrimientos !

Corrámosle, que en verdad  
Le necesita y bien doble  
Para oír, siendo tan noble,  
Cual la acusan sin piedad.

Llamado el acusador  
Por los jueces, en voz alta  
Demandó á Doña Luz, falta  
De aliento, en este tenor :

« Yo, noble y page del rey,  
« Invoco aquí por tres veces  
« Del rey mismo, de sus jueces,  
« Y de su pueblo, la ley.  
« Y ante ella, á esta dama acuso  
« Por muger torpe y liviana  
« Pues su amor vendió villana..  
« Cuyas pruebas no rehusó.  
« Y así en su justicia grande  
« El Dios sumo á quien apelo  
« Veá lo cierto en el cielo  
« Y sinó me lo demande. »

Calló aquí el mal caballero,  
Y al ver que en la turba inmensa  
No hay quien salga á la defensa  
Lo dieron por verdadero.

A Doña Luz condenaron  
A morir en una hoguera,  
Sí desmentir no pudiera  
Lo que allí la demandaron.

Entonces la hermosa dama,  
Mirándose sin amparo,  
Pensó en vender lo mas caro  
Las pruebas contra su fama.

É hincando en tierra las dos  
Rodillas, con voz doliente  
Esclamó : « ¡ Juro que miente  
Y apelo al juicio de Dios ! »

Reinó un silencio solemne  
 En la atenta muchedumbre,  
 Y el juez segun la costumbre,  
 « Si estaba firme y perenne  
 « Y confiaba en su causa, »  
 La preguntó á la princesa,  
 Cuya voluntad espresa,  
 Siguióse otra breve pausa.

Tras cuya seria consulta  
 Fijóse un plazo de un mes  
 Atenidos á él despues  
 Todos sin otra resulta.

Admitió el acusador  
 El combate, si es que habia  
 Caballero que admitia  
 La lid del mantenedor,  
 Y tornaron otra vez  
 Cada cual con su esperanza,  
 El rey á su ruin venganza,  
 Doña Luz á su estrechez.

—  
 Y pues que nadie nos corre  
 Y un mes tenemos de espacio,  
 Dejémosle á él en palacio  
 Y á Doña Luz en su torre.

## III.

## EL CABALLERO.

Si por mi dichosa estrella,  
 Lector, te place mi historia,  
 Y hasta el fin quieres sabella,  
 Fuerza es que vengas tras ella  
 A pocas leguas de Coria.

Al cabo no es largo viage,  
 Ni habrá postas que pagar,  
 Ni que hacer grande equipage,  
 Y á mas te daré carruage,  
 Con que déjate llevar.

Pues te advierto ; oh ! complaciente  
 Lector (por si aun no lo sabe  
 Tu altitud), que á dar presente  
 Los poetas somos gente  
 Muy cortesana y muy grave.

Que en este siglo sin valla  
 Machucho y conciliador,  
 Cualquiera criticon nos halla  
 Tan buenos como el mejor  
 Que hoy anda entre la canalla.

Por cuya razon me atrevo.  
 Seas, lector, quien te fueres,  
 A proponerte de nuevo,  
 Que me acompañes, si quieres,  
 Que á mal lugar no te llevo.

Pues teniendo que tomar  
 Noticias de un caballero

Noble y valiente á la par,  
 Creo justo irle primero  
 Nosotros á visitar.

Asi, pues, por concedido :  
 Yo quedaré agradecido ;  
 Tú sabrás toda mi historia ;  
 Y yo alegre y tú servido,  
 Aquí paz y despues gloria.

—  
 Hay, si no me acuerdo mal,  
 Cerca ya de Portugal,  
 De lo mas noble de España  
 Villa antigua y principal  
 Que el Tajo revuelto baña.

Yace en su frondosa orilla,  
 Y al pié de un monte sentada,  
 La nobilísima villa,  
 Por las armas de Castilla  
 Defendida y almenada.

Y hoy, aunque en menos grandeza  
 En mas honra y mejor fama  
 Sustenta bien su nobleza,  
 Y con altiva fiereza  
 Aun Alcántara se llama.

Y allá en los años remotos  
 Por dó mi leyenda marcha,  
 Diz que de sus anchos sotos,  
 Por las zanjias y los cotos  
 Cubiertos de fria escarcha,

Corria al salir la aurora,  
 Sobre un potro cordovés  
 Un noble, con quien mal hora  
 Dió una cierva corredora,  
 Pero cansada de piés.

Ibase el buen caballero  
 Sobre las crines tendido,  
 Recortándola un sendero,  
 Con un venablo de acero  
 A matarla apercebido ;

Y huía desalentada  
 La cierva delante de él,  
 Sintiendo desesperada  
 La carrera aventajada  
 Del poderoso corcel.

Olvidado ya el camino,  
 Sin ver si pierde ó si avanza,  
 Seguía huyendo sin tino,  
 Luchando sin esperanza  
 Contra su fiero destino,

Quando á la fin de la vega  
 La triste sin poder mas  
 Al agua lanzóse ciega ;  
 Y el hombre, que á tiempo llega,  
 Lanzóse al agua detrás.

Hendia el raudal rugiente  
 La cierva con fuerza estraña,  
 Y hendia el potro valiente

La arrebatada corriente  
Tras la medrosa alimaña.

Mas ya la infeliz, vencida  
Del agua al impulso fiero,  
Dejóse desfallecida,  
Y al cabo rindió la vida  
A manos del caballero.

Él, viendo en su potro brio,  
Asió de ella y remolcóla,  
Cuando por medio del río  
Vió que se avanzaba un lio  
Arrastrado de ola en ola.

Un tronco acaso creyólo;  
Y sin volverlo á mirar,  
A la corriente dejólo;  
Mas el hidalgo iba solo  
Y oia cerca llorar.

Registra la faz inmensa  
Del agua maravillado  
Y qué está soñando piensa;  
Nada hay en su tabla estensa,  
Y oye llorar á su lado.

Ya la ruin supersticion  
Se le empezó á despertar,  
Y empezó su corazon  
A temer de la ocasion  
Algun desdichado azar,

Cuando el descarriado objeto  
Que sobrè el agua venia,  
Se atravesó y quedó quieto  
Entre las bridas sujeto  
Del potro que conducia.

Mil pensamientos perdidos  
Le trajo el estraño encuentro,  
Y mas cuando oyó gemidos  
Cóncavos y comprimidos  
En su misterioso centro.

No osaba mas que mirarle  
Temeroso, y sin aliento  
Para asirle ni dejarle,  
Dejaba al potro arrastrarle  
Sin resolucion ni intento.

Y así á la par remolcados  
Y al azar encadenados,  
Dieron al par en la yerba  
Por el caballo ayudados  
Lio, cazador y cierva.

Y aquí oyendo sin cesar  
Los mismos tiernos gemidos  
Resolvióse el hombre á dar  
Con la causa singular  
Por quien eran producidos.

Del cuchillo pues asíó,  
Deshizó les ligaduras  
Que por encima encontró,  
Y cuanto eran reparó  
Bien dispuestas y seguras.

Halló en un lienzo embreado  
Cuidadosamente atado,  
Y por un lado vencido  
Con peso al lienzo cosido,  
Un cajoncillo cerrado.

Encima de la cubierta  
Con primoroso artificio  
Y con resortes abierta,  
Dejaba al aire un resquicio  
Una pequeña compuerta.

Mas puesta con tal primor,  
Que á la compresion menor  
Que en sus dos lados obraba  
Cerrábase, y recobraba  
Despues su forma anterior.

Mas absorto cada vez  
De abrirlo con avides  
El caballero, seguia  
Cortando con rapidez  
Cuantas ligaduras via.

Dió en un resorte por fin,  
Saltó la tapa, y un niño  
Topó como un serafin,  
Mostrando origen no ruin  
Sus vestiduras y aliño.

Ricos encajes traía  
Y ricas prendas sobre él,  
Y en terciopelos yacia,  
Aunque así espuesto venia  
Sobre tan débil bajel.

Mas al verle lastimero  
Gemir de frio y temblar,  
Por el semblante severo  
Dejó el noble caballero  
Una lágrima rodar.

Y mientras en brazos le alzaba,  
Y con afan le besaba,  
Y con su aliento cansado  
A su rostro delicado  
Vida y calor procuraba,

En turba alegre y ligera  
Bajaban por la ribera  
Los cazadores veloces,  
Con alaridos y voces  
Acorralando una fiera.

Y escapando de sus hierros  
El cerdoso jabalí,  
Cruzaba setos y cerros,  
Hombres, caballos y perros  
Llevándose tras de sí.

Y con los dientes agudos,  
Para escapar mas veloz  
Los jarales mas talludos  
Y los brezos de mas nudos  
Rompia el monstruo feroz.

Y ya los roncós alanos  
A sus espaldas sentia  
Cada punto mas cercanos,

Y un montero en cuyas manos  
Tarde ó temprano daría;

Quando por su buena suerte  
Los vió el hidalgo bajar;  
Y el són de su trompa fuerte  
Paró la turba, y la muerte  
Dejó su presa escapar.

Lanzóse al agua jadeando  
La fiera, y los ojeadores  
Los perros atraillando  
Al río fueron llegando  
Detrás de los cazadores.

Entonces el caballero  
Volvió á su gente y la dijo :  
« Volverme á Alcántara quiero,  
« Dejad que ese monstruo fiero  
« Viva en nombre de mi hijo.  
« Y conducidle con tiento,  
« Que pues su buena fortuna  
« Le trajo á mi amparamiento,  
« Si tuvo mal nacimiento  
« Tendrá al menos buena cuna.  
« ¡ Sus, y á caballo! señores. »

Y el caballero montando  
Obedecieron callando  
Monteros y cazadores.

—  
Era entonces como ahora  
Harto difícil de hallar  
Un caballero, sin tacha,  
Llamado en justicia tal;  
Y andaba la corte goda  
Tan corrompida en verdad,  
Tan licenciosa y tan torpe,  
Que no era el mejor lugar  
Para hallarle, dado caso  
De haber de él necesidad.  
Lo que es á mi parecer  
Prueba inconcusa y fatal  
De que siempre fuimos unos,  
Punto menos punto mas,  
Y esto por mas que se encomien  
Las mejoras de la edad.  
Pues aunque hay del rey Egica  
Quien se empeña en elogiar  
La religion y grandeza  
Y prendas de ánimo real,  
Yo confieso llanamente  
Que por mas que ando tenaz  
A caza de sus virtudes  
No doy con una jamás.

El trató en honras y vidas,  
Y fué magnanimidad  
Con casadas y doncellas  
Andar siempre liberal.

Casóse con Egilona,  
Matrona muy ejemplar,  
Pero exigente sin duda  
Y malhumorada asaz :  
Porque al cabo malamente  
La tuvo que repudiar  
Por ser muy pariente suya :  
Impedimento legal  
Encontrado á los dos años  
Despues de matrimoniar.

Mas de hombres son los descuidos,  
Y en habiendo voluntad  
De corregirlos en tiempo  
Se deben disimular.

Asi que el bueno del rey  
Dió en amar la soledad  
Y en andar triste y mohino;  
Lo que me inclina á pensar  
Que dió en hacer penitencia,  
Penado y contrito ya  
De aquel matrimonio infando  
Y escandaloso ademas.

Para este tan santo objeto,  
Y para hacer olvidar  
Murmuraciones del vulgo  
Insolente y lenguaraz,  
Tornóse ciego de amores  
Por su sobrina carnal,  
Que era la dama mas bella  
Con que pudo el pobre dar.

Mas Doña Luz, espantada  
De tamaña fealdad,  
Dió en resistir sus antojos,  
Y su vergüenza fué tal,  
Y tal su arrepentimiento,  
Que su profunda humildad  
Encerróla en una torre  
Suponiéndola un galan.

Mas dejemos noramala  
Tan necio filosofar,  
Que no nos toca á nosotros  
Tarea tan principal.  
Y vamos con nuestra historia,  
Aunque por lo dicho atrás  
Verás, lector, de este mundo  
Lo que se puede esperar;  
Y en corte tan corrompida  
Cuanto es difícil verás  
Que hallemos un caballero  
Llamado en justicia tal.

Habíale sin embargo,  
Pero harto de la ciudad  
Y de la corte (aunque oriundo  
De cuna y sangre real)  
Vivia consigo mismo  
En apartado lugar,  
Con sus perros y sus potros  
Sin boato mundanal.

Y por ocupar en algo  
 Vida tan sin vanidad,  
 A las fieras de sus bosques  
 Combatía sin cesar.  
 No era ni mozo, ni viejo,  
 Mas de alma y cuerpo cabal,  
 Justo, afable, comedido,  
 Recto, severo y veraz.  
 Usaba luenga la barba  
 Y bien peinada, lo cual  
 Daba á su noble figura  
 Respetable dignidad.  
 Y pródigo con los pobres,  
 Con sus amigos leal,  
 Piadoso sin fingimiento,  
 Modelo en la sobriedad,  
 Afable en el corregir,  
 Cariñoso en el tratar,  
 El primero en el ejemplo  
 Y en virtud el principal,  
 Era el ídolo de Alcántara,  
 Dó el rey no podía enviar  
 Ley que no se consultara  
 Con su recta voluntad.

Tal era el buen caballero  
 Que pocos momentos há  
 Tras una medrosa cierva  
 Al Tajo lanzóse audaz;  
 Y tal quien al tierno infante  
 Abandonado al azar,  
 Acogió en su propia casa  
 Con cariño paternal.  
 Él es quien solo en su cuarto  
 Cerrado por dentro está,  
 Sentado frente á una mesa  
 Con pensativo ademan.  
 Y grave asunto le debe  
 A estas horas ocupar,  
 Porque há tiempo yace inmóvil  
 Tendido en el espaldar  
 De un ancho sillón de brazos,  
 La cabeza echada atrás,  
 Entrambas manos cruzadas  
 Y en silencio pertinaz.  
 Abierto tiene delante  
 Aquel cajón singular  
 Hábilmente preparado,  
 Que, mitad cuna y mitad  
 Barco, condujo en su centro  
 Al desdichado rapaz.  
 Y vense sobre la mesa  
 Derramadas á la par  
 Monedas y alhajas de oro  
 De valor muy especial,  
 Joyas y esquisitas prendas  
 Que atestiguándole están,  
 Que al infante las destina  
 Quien quisiera darle mas.

De unas en otras los ojos  
 No cesaba de pasar  
 El caballero, abismado  
 En honda perplejidad,  
 Cuando, tendiendo una mano  
 Por movimiento casual,  
 La lleva al cajón y dentro  
 Con un pergamino da.

Dice lo escrito en un lado :  
 « *Condúzcate Dios en paz,*  
 « *Pedazo de mis entrañas,*  
 « *Que no has merecido mal.*  
 « *Metido desde el nacer*  
 « *En aventuras estás.*  
 « *La infeliz que aquí te puso*  
 « *No fué por su voluntad,*  
 « *Llorando queda tu suerte...*  
 « *¿Cuándo á verte volverá? »*

Con cuyas tiernas palabras  
 Llenas de amor maternal  
 Se inclinó el buen caballero  
 Dos lágrimas á enjugar;  
 Y al volver el pergamino  
 Halló estas letras detrás :  
 « *Quien tuviere la fortuna*  
 « *Tal tesoro de encontrar*  
 « *Guarde secreto y no tema*  
 « *Daño por ello jamás.*  
 « *Que es este niño olvidado*  
 « *Infante de origen tal*  
 « *Que puede á quien le sirviere*  
 « *Sobre gigantes alzar. »*

Y aquí volviendo á la caja  
 El pergamino, leal  
 Don Godofredo, á lo escrito  
 Tornó el cajón á cerrar,  
 Diciendo : « Pobre inocente,  
 « Sin padre no quedarás,  
 « Y pues tan noble es tu sangre  
 « Nada de hoy te faltará.  
 « Niño que sales al mundo  
 « En los brazos de un azar,  
 « Encomendado á las aguas  
 « Sin saber á donde vas ;  
 « Pues á los míos te traje  
 « La divina voluntad,  
 « De cristiano ni de noble  
 « Nada menos has de echar.  
 « Tu nacimiento la iglesia  
 « Como es justo cantará :  
 « Hermosas y caballeros  
 « Te saldrán á acompañar,  
 « Y ya que callan tu origen  
 « Por infortunios quizá,  
 « Tu primer sueño seguro  
 « Arrullarán á compás  
 « Las trompas y las campanas  
 « Con alientos de metal.

« Pues ya que madre te falte,  
 « Mientras yo viva tendrás  
 « Un brazo que te defienda  
 « Y un labio que te dé paz. »  
 Y saliendo Godofredo  
 Sus criados á buscar,  
 Mandó aprontar un banquete  
 Con régia suntuosidad.  
 Hizo invitar á los nobles,  
 Y mandó en la parroquial  
 Un espléndido bautizo  
 Al momento preparar ;  
 Repartiendo entre los pobres  
 Grandemente liberal  
 Cuanto oro vino en la caja  
 Para asistir al rapaz.  
 Le hizo llamar Don Pelayo,  
 Y celebró fiesta tal  
 Que no la hubiera tan grande  
 A ser su hijo en realidad.

—  
 Y hablábase todavía  
 Entre la gente de Alcántara  
 De esta grandeza estupenda  
 Que en Godofredo encomiaban,  
 Cuando, despues del bautizo  
 Poco mas de una semana,  
 El gozo del caballero  
 Mató una noticia infausta.  
 Estaban á el medio dia  
 Reunidos en la plaza  
 Los nobles y caballeros  
 Que con Godofredo tratan,  
 Dispuestos y apercebidos  
 Entre una inmensa canalla  
 De monteros y ojeadores  
 Para una famosa caza.  
 Dispúsola Godofredo  
 Con su pompa acostumbra-  
 Y á ver los preparativos  
 El pueblo se despoblaba.  
 Al murmullo de la gente  
 Y al estruendo de las armas  
 Muchos caballos relinchan  
 Y muchos lebreles ladran.  
 Los que en la villa se quedan,  
 Envidiando á los que marchan,  
 De no ser de la partida  
 Se querellan ó se alaban.  
 Unos la poca destreza  
 De los ojeadores tachan,  
 Otros cuentan de los mismos  
 Lances que en proezas rayan.  
 Otros hallan de los perros  
 Algo cortas las amarras,  
 Y opinan que las traillas  
 Han de llegar muy cansadas.

Quien habla de un perro negro  
 Cual si de Alejandro hablara,  
 Y dice que con él solo  
 Para una partida basta.  
 Quien apuesta en contra suya  
 Por una pareja blanca,  
 Y quien dice que no hay otra  
 Mas valiente en la marca.  
 Entanto los caballeros  
 De mas brios é importancia  
 Con mucho calor disputan  
 De correrías pasadas,  
 Este acogotó seis ciervos  
 Él solo en una mañana,  
 Aquel mató un jabalí  
 De doce arrobas y largas.  
 Aquel usa unos venablos  
 De tres puntas, que no faltan  
 Jamás al tiro, y de un golpe  
 Con la res mas recia acaban.  
 Uno da la preferencia  
 A una ponderosa lanza,  
 El otro en vez de puñal  
 Usa de tajante espada.  
 Unos gustan á pié firme  
 Ver la fiera y esperarla,  
 Otros juzgan mas alegre  
 Vencerla tras de cansada.  
 Y en tanto que los dichosos  
 Divierten con tales pláticas  
 El tiempo que ya impacientes  
 A Don Godofredo aguardan,  
 Abiertos de par en par  
 Miradores y ventanas  
 Se gozan con la presencia  
 De las mas hermosas damas.  
 Y aqui se cruzan suspiros,  
 Y allí se truecan palabras,  
 Allí se quedan con miedo  
 Y acullá con esperanza.  
 Reconoce una su lazo  
 Carmesi, y otra su banda.  
 Uno recuerda un cintillo  
 Y otro una cifra bordada.  
 Y el toque del mediodia  
 Empezaron las campanas  
 Cuando entró Don Godofredo  
 A caballo por la plaza.  
 Rompió universal aplauso  
 Por la gente, y ya se daban  
 Besamanos á las bellas,  
 Y se rompía la marcha,  
 Cuando ágrío son de trompetas  
 Oyeron á sus espaldas.  
 Todos los piés se pararon.  
 Volvieron todas las caras  
 Y hubo un punto de silencio  
 En la turba aglomerada.

Y aun duraba su estrañeza,  
 Y su atencion aun duraba  
 Cuando se entró plaza adentro  
 Con un pregon un rey de armas.  
 Paróse en medio la turba,  
 Al rey aclamó en voz alta,  
 Y quedaron las cabezas  
 Descubiertas y humilladas.  
 Y luego con voz solemne  
 Habló con estas palabras :  
 « La princesa Doña Luz,  
 « De incontinencia acusada  
 « Y condenada á la hoguera,  
 « En nombre de Dios reclama,  
 « Como permiten las leyes,  
 « Un caballero que salga  
 « Por su honor, si es que hay alguno  
 « Que admitiere la demanda.  
 « Un plazo de un mes y un dia  
 « Dió el rey por última gracia,  
 « Siendo el primero que corre  
 « El que va de la semana. »  
 Y las frases de costumbre  
 Añadiendo, dió la espalda  
 A la multitud absorta  
 Y volvió á salir de Alcántara.  
 Quedó en silencio la gente  
 Que allá en su interior pesaba  
 La grandeza de un delito  
 Que á los principes alcanza :  
 Y con los ojos en tierra  
 Cada cual por sí evitaba  
 Del valiente Godofredo  
 Encontrar con las miradas.  
 Hasta que al fin viendo este  
 Que no hay una sola lanza  
 Dispuesta á hacerse pedazos  
 En honor de la acusada,  
 Pidió en voz alta la suya,  
 Pajes tomó y gente de armas  
 Y dió la vuelta á Toledo  
 Descolorida la cara.

Pero ningun caballero  
 Salió tras él, que está clara  
 La voluntad de su rey,  
 Pues lo permite y lo manda.

## IV.

## EL PLAZO.

¡Ay triste de quien llora  
 Y en soledad amarga  
 Los perezosos dias  
 Numera con afan,  
 Y puede solamente  
 De su existencia larga

Temer los venideros,  
 Llorar los que se van !

¡Ay triste del que jóven  
 Y alegre todavía  
 Sus horas de ventura  
 Recuerda con dolor,  
 Y siente que aun adora  
 Su ardiente fantasia  
 La fugitiva sombra  
 De su perdido amor !

¡Ay de la esposa triste  
 Que del esposo lejos  
 Con tierna voz llama  
 Y él á su yoz no va !  
 ¡Ay sí, de quien no tiene  
 Ni amigos ni consejos,  
 Y el plazo de sus dias  
 Determinado está !

¡Ay de la hermosa y noble  
 Cuanto infeliz princesa,  
 Que á los pintados vidrios  
 Sentada sin cesar,  
 Desesperada aguarda,  
 De incertidumbres presa,  
 La vuelta del que solo  
 La puede consolar !

En vano sus miradas  
 Por el camino tiende  
 Por donde puede acaso  
 Su rondador venir.  
 Y en vano nuevas suyas  
 Dar á su amor pretende  
 Si no las pueden ambos  
 Ni dar ni recibir.

¡Oh zéfiros ligeros  
 Cuyo murmullo errante  
 Espira entre las hojas  
 Del árbol y la flor ;  
 Vosotros que el espacio  
 Cruzais en un instante,  
 Llevad al caballero  
 Las cuitas de su amor !

¡Palomas de los valles,  
 Que al pié de su ventana  
 Con vuestro blanco esposo  
 A reposar venís,  
 Doleos de la hermosa  
 Que morirá mañana  
 Si al valeroso amante  
 Su mal no le decis !

¡Espiritus sin cuerpo  
 Que en medio las tinieblas  
 Estremeceis el aura  
 Con misteriosa voz ;

Contadle las que apaña  
Desapiadadas nieblas  
Sobre su triste vida  
La tempestad veloz!

Volad hasta encontrarle,  
Decidle quien le espera :  
Que rasgue los hijares  
De su leal corcel,  
Y que se lance al brio  
De su veloz carrera ..  
Mas ¡ ay ! que será tarde  
Cuando lleguéis á él.

Mañana no habrá tiempo,  
Porque de plebe henchida  
Del polvoroso circo  
La redondez fatal,  
En medio de la arena  
Dará la dulce vida  
La que desgarrá el velo  
De la lujuria real.

Mañana espira el plazo :  
¡ Valientes caballeros,  
Mañana es el combate  
Y aun falta justador !  
Jamás peor parecen  
Que limpios los aceros :  
¡ Lidia por la belleza,  
Lidia por el honor !

Mas ¡ ay ! que habeis nacido  
De estirpe cortesana,  
Y cortesanos torpes  
De corazon servil,  
Adorareis cobardes  
La imágen soberana,  
Aunque los piés os ponga  
Sobre la frente vil.

Lo sé : para vosotros  
No hay honra ni grandeza  
Que iguale á la sonrisa  
O la amistad de un rey,  
Y pues el rey condena  
La dicha y la belleza,  
Que espire bajo el peso  
De la nefanda ley.

¡ Traidores ! como viles  
Que al fin habeis nacido  
La gloria vuestro nombre  
Jamás recordará,  
Y el arpa del poeta  
Que os deja en el olvido  
Primero que nombraros  
Sus cuerdas romperá.

¡ Mas quiero verlas rotas  
Y rota mi garganta

Que nombres recordando  
De gentes sin valor !  
Mi voz no está vendida,  
Y solamente canta  
Los que valientes fueron  
Con gloria y con honor.

¡ Ay cuan en vano acechan  
De Doña Luz los ojos  
Allá desde su torre  
Por si venir le ve,  
Pues de vosotros no halla  
Quien calme sus enojos,  
Ni quien la dé esperanza,  
Ni proteccion la dé !

¡ Ay de la esposa triste  
Que del esposo lejos  
Con tierna voz le llama  
Y él á su voz no va !  
¡ Ay sí, de quien no tiene  
Ni amigos ni consejos  
Y el plazo de sus días  
Determinado está !

Brilló la fatal aurora  
Limpia, apacible y serena,  
Porque las penas del hombre  
A los astros no interesan.  
Brilló, y donde el plazo acaba  
El juicio de Dios empieza,  
Si es que Dios toma su parte  
Donde hay injusticia y fuerza.

La muchedumbre se lanza  
Precipitada en la vega :  
Toledo en yermo se torna,  
Y el ancho circo se llena.  
Así se lanza en el valle  
Banda de buitres hambrienta  
A cebarse sanguinaria  
En la moribunda presa.  
¿ Qué importa que el condenado  
Larga agonía padezca  
Como en nombre de quien vence  
La multitud se divierta ?  
¿ Qué importa que quien espire  
Sea inocente ó no sea,  
Como con pompa concluya  
Y en espectáculo muera ?  
¿ Qué importa que los insultos  
De mil insolentes lenguas  
De oprobios colmen la victima  
Y centupliquen su pena,  
Y que ella desesperada  
En su venganza consienta  
Y el alma ansiosa de sangre  
Miseramente se pierda ?

¡Qué imperta, si la canalla  
 Diz que en su ejemplo escarmienta  
 Y amor cobra á la justicia,  
 Aunque viene á escarnecerla!  
 ¡Pobres humanos! ¡Imbéciles  
 Hijos de la madre tierra,  
 Cuando ostentais mas poder  
 Se ve mas vuestra miseria!  
 Leyes y penas hicisteis  
 De la virtud en defensa,  
 Y cada pena tomáis  
 En vez de escarmiento á fiesta.

Pero así van de este mundo  
 Todas las cosas revueltas,  
 Van todos á donde estorban  
 Y lo que les cumple dejan.  
 Que al cabo no es la canalla  
 Quien reparte las sentencias,  
 Y viene á ver cómo cumplen  
 Los condenados por ellas!  
 No es ella del fin del hombre  
 Quien ha de pedirle cuentas,  
 Y con descaro examina  
 Quéten va sereno ó quien tiembla.  
 Vulgaridad insolente  
 É impia además de necia,  
 Pues quien á morir camina  
 Por Dios que no representa;  
 Que no hay en ello mas paso  
 De sátira ó de comedia  
 Que el perdón que él da á una turba  
 Que está para él sorda y ciega.  
 ¡Acaso en el mundo luego  
 Doble su memoria queda,  
 Y unos por traidor le infaman,  
 Y otros por leal le aprecian...!  
 Pero tales son del mundo  
 Las ridículas quimeras,  
 Y acaso lo que hoy es culpa  
 Mañana mérito sea.

El sol se viene arrastrando  
 Su magnífica lumbrera,  
 Y ya á gran trecho del cielo  
 Avanza su luz espléndida.  
 La escarcha tornasolada  
 Se desvanece en la yerba,  
 Y en transparentes vapores  
 Huye á lo lejos la niebla.  
 Oyese el Tajo espumoso  
 Murmurar entre las peñas,  
 Con el canto de las aves  
 Que las orillas le pueblan,  
 Y que al són de su corriente  
 Desvanecidas se alegran,  
 Y le beben los cristales

Y le pican las arenas.  
 Hermosa está la mañana  
 Y está la naturaleza  
 En su claridad bañándose  
 Encantadora y risueña.  
 Suave y natural frescura  
 Perfuma el aire, y penetra  
 En el cerebro, alejando  
 Melancólicas ideas.  
 La vista cruza la atmósfera  
 Hasta una distancia inmensa  
 Por entre su velo diáfano  
 Perdiéndose sin violencia:  
 Y los objetos reciben  
 De la luz formas tan bellas,  
 Que enamoran los sentidos  
 Con mil ilusiones nuevas.  
 Un pajarillo volando,  
 Si pasa rápido y cerca,  
 Bajo sus alas tendidas  
 Mil tornasoles refleja:  
 Mil armonías silvestres  
 Del pico parlero suelta,  
 Y tras su rápida sombra  
 Ojos y oídos nos lleva.  
 Una triste florecilla  
 Que en los céspedes vegeta,  
 A la luz pura del alba  
 Ricos matices ostenta,  
 Y aroma grato despide,  
 Y jugo abundante deja,  
 Y el cáliz dó el semen guarda  
 Menudas hojas conservan.  
 Y si la flor por acaso  
 Crece en un áspera piedra  
 En un carcomido muro,  
 O de un tronco en una grieta  
 Y allí libre y encumbrada  
 Su forma al aura presenta  
 Y la estremece vagando  
 Sutil el aura y risueña...,  
 ¡Oh! delicia de los ojos,  
 Dulce imán de las inciertas  
 Memorias mal adornadas  
 Nos encanta y enajena  
 La florecilla silvestre;  
 Y tanto bien nos recuerda  
 Que nos detiene á mirarla...  
 Y ¡qué embeleso se encuentra,  
 Qué de ilusiones suavísimas,  
 Qué de deleites en ella!  
 ¡Cómo pensar en desastres,  
 Ni cómo tender tras verla  
 Los desencantados ojos  
 Por la ensangrentada arena?  
 Mas ¡ay! que ya por Toledo  
 Las roncás trompas resuenan  
 Y se oye són de caballos,

Y vivas, que la presencia  
 Anuncian del rey Egica,  
 Cuya venganza no alteran  
 Ni la beldad de la víctima,  
 Ni la crueldad de la pena.  
 Allá en el estenso circo  
 La muchedumbre que espera  
 A las ventanas se agolpa  
 Y se empuja y se atropella.  
 Los que no ven se encaraman,  
 Los oprimidos se quejan,  
 Los ventajosos insultan,  
 Los pendencieros contestan,  
 Y crúzanse las palabras,  
 Y trábanse las pendencias,  
 Y las puñadas se emprenden  
 Y la chusma se revela.  
 Gritan unos : « ¡ Que se matan ! »  
 Otros gritan : « ¡ Vayan fuera ! »  
 Los que ven gritan : « ¡ Ya vienen ! »  
 Y aplauden y victorean.  
 El rey al cabo en el circo  
 Con sus cortesanos entra,  
 Y cada cual toma puesto,  
 Y la multitud se aquieta.  
 Vuélvense todos los ojos  
 Al sitio dó el rey se sienta,  
 Y al fin como hay que ver algo  
 La multitud se contenta.  
 Los que aguardaban ya dentro  
 Saludan á los que llegan,  
 Los recién llegados buscan  
 A los que saben que esperan.  
 Y crúzanse besamanos,  
 Nombres, sonrisas y señas;  
 Y repárase en el lujo,  
 En la gracia y la belleza,  
 Y el rico incomoda al pobre  
 Y el pobre aguanta y se estrecha.  
 Allí les distrae un calvo,  
 Allá abajo una mozueta  
 Que con descoco replica  
 A algunas gracias groseras.  
 Acá una dama notable  
 Por una hermosura extrema  
 Llama la atención del vulgo  
 Que atrevido la contempla.  
 Y allá un hombre de justicia  
 Con impavidez austera  
 A los chispazos del vulgo  
 Oídos hace de piedra.  
 Mas otra vez enterados  
 Los ociosos, de que aquella  
 Detención no tiene causa,  
 Y que la función no empieza,  
 Vuelven con largo murmullo  
 Memoria á hacer de la fiesta;  
 Corre la voz por las gradas

Y á grados la voz se aumenta  
 Y poco á poco concluye  
 Gritando la masa entera :  
 « ¡ Que saquen á la acusada !  
 — ¡ El acusador que venga ! »  
 Y unos piden el combate  
 Y otros claman por la hoguera.  
 Crecen la audacia y las voces,  
 El tumulto se acrecienta,  
 Ni la majestad se mira  
 Ni la razón se respeta.  
 Al fin con fúnebre pompa  
 De Occidente por las puertas  
 Entró cercada de lanzas  
 En la liza la princesa.  
 Desmelenada venja,  
 Sin esperanza, ni fuerzas,  
 A pié y en el bello rostro  
 El carmin de la vergüenza.  
 El pueblo elevó un murmullo  
 De ambiguo sentido al verla,  
 De compasión á una parte,  
 A otra parte de insolencia.  
 Dijeron unos : « ¡ Qué lástima !  
 Tan jóven... y una princesa... »  
 — Y contestaron algunos :  
 « Esa es la ley verdadera  
 La que igual para con todos  
 Hasta todas partes llega. »  
 Aunque muchos por lo bajo  
 (Y de virtud mas severa)  
 Dijeron : « Esto es venganza,  
 Y si eso al rey interesa  
 Matárala en su prision  
 Si es que morir mereciera,  
 Al menos por escusarse  
 Ver en su sangre esta mengua. »  
 Así el pueblo se dolía,  
 Pero por fin iba á verla.  
 Llevaron á Doña Luz  
 A un tablado de madera  
 Dó hay un sitial sin respaldo  
 Preparado para ella.  
 Detrás se sentó el verdugo,  
 Y al pié se hacinó la leña  
 Donde debía morir  
 A no probar su inocencia.  
 Cercaron todo aquel sitio  
 Soldados, y hecha la vénia  
 Al rey, los jueces del campo  
 Fueron á abrir las barreras.  
 Leyóse el pregon dos veces,  
 Y al sonar de las trompetas  
 Armado el acusador  
 Se presentó en el arena.  
 Salió por frente al tablado,  
 Pero por la parte opuesta  
 No pareció un caballero

Ni se apercibió una seña.  
 Volvió á entablarse en voz alta  
 La acusacion y en presencia  
 Del pueblo fué condenada  
 Pues que no hay quien la defienda.  
 Rompió en aplausos la gente,  
 Prendió el verdugo la hoguera  
 Y desplomóse de espaldas  
 Desmayada la princesa.  
 « ¡Perdon! » decian algunos,  
 Y la muchedumbre : « ¡Muera! »  
 Cuando á la puerta del Norte  
 Sonó aguda una trompeta,  
 Calló asombrada la turba,  
 Y apercibido á la guerra  
 Seguido de cinco pajes  
 Entró un ginete á la prueba.  
 Con los blasones reales  
 Su negro escudo acuartela,  
 Caballos trae de batalla  
 Y corona en la cabeza.  
 Y es personaje sin duda  
 De real casa y reales prendas,  
 Pues mete en liza escuderos  
 Y pajes delante lleva.

## V.

## EL JUICIO DE DIOS.

Llegó el caballero incógnito  
 A los andamios reales,  
 Y alzándose la visera  
 Y con el rey encarándose,  
 Del infante Don Favila  
 Mostró el severo semblante.  
 Quedaron los cortesanos  
 Atónitos al mirarle ;  
 Perdió la color el rey,  
 Y sobre el escaño alzándose  
 Plática entabló con él  
 Entre iracundo y amable.

*El rey.* Primo, seais bien venido.  
 ¿Qué viento á Toledo os trae?

*D. Favila.* El que vuestros pregoneros  
 Con vuestras sentencias hacen.

*El rey.* ¿Sabeis pues vuestra deshonra?

*D. Favila.* Vedlo, pues no llego tarde.

*El rey.* ¿Habeis caminado mucho?

*D. Favila.* Toda cuanta tierra cabe  
 Desde Asturias á Toledo.

*El rey.* ¿Y habeis hecho tanto viaje...?

*D. Favila (vivamente).* Para lidiar como  
 es justo.

*El rey (con ira).* ¡Favila...! ¿por la culpable?

*D. Favila.* ¡Por Dios que he corrido bien  
 Por llegar en este instante!

*El rey.* ¡Sabeis cuál es su delito!

*D. Favila.* Sé, primo, que es nuestra sangre,  
 Y que por no defenderla  
 Es mengua que se derrame.

*El rey.* ¿Tendréis tal vez prueba alguna  
 De su inocencia?

*D. Favila.* Eso atañe

A los que esto sentenciaron :

Bástame á mí su linaje.

Y sabed que aunque otra fuera,

Ser muger era bastante

Para romper yo una lanza

A no defenderla nadie.

*El rey.* ¡Noble sois!

*D. Favila.* Nací en palacio :  
 Nadie como vos lo sabe.

Y su caballo volviendo  
 Dejó al rey, que á replicarle  
 Iba, y desairado viéndose  
 Dijo iracundo : « ¡Adelante! »  
 Fué el duque Don Favila  
 Al acusador, y en grave  
 Acento y gesto sañudo  
 Díjole palabras tales :

« Yo, para lidiar conmigo

« Os dispenso lo que os falte,

« Y no riño mas que á muerte »

« Ved pues si podeis matarme,

« Porque si acabo con vos

« He de daros por infame

« A vos y á todos los vuestros

« A donde la raza alcance.

« Con que á quien Dios se la diere

« Bendigasela su madre. »

Y asiendo un caballo negro

Que de hinojos le da un paje,

Tomó campo Don Favila

Su antagonista imitándole.

Quedó en profundo silencio

La multitud un instante,

Y la atencion fué profunda,

Y el temor inesplicable.

Unos están por el duque,

Otros, que el deseo saben

Del rey, anhelan inicuos

Que Doña Luz no se saive.

Y otros, que ven la nobleza

Del que á la batalla sale,

De la princesa dolidos

Por ella plegarias hacen.

Ellos, mientras, lanza enristre

Tendidos hácia adelante,

A la señal de los jueces

Salieron á todo escape.

Viniéronse uno para otro,

Y en el medio al encontrarse

Tal nube de polvo alzaron

Que oscurecieron el lance.  
 Por movimiento uniforme  
 Todos en su asiento alzándose  
 Tendieron tras de los ojos  
 Los cuerpos para mirarles :  
 Y el espeso remolino  
 Con el viento disipándose  
 Dejó ver las consecuencias  
 Del encuentro formidable.  
 Por valor ó por fortuna  
 De un hote acabó el combate :  
 Nadie con el cómo atina,  
 Pero el hecho está palpable.

El bueno de Don Favila  
 Al acusador cobarde  
 Tenía á sus piés tendido,  
 Y la lanza asegurándole  
 Al pecho, le amenazaba  
 Con morir ó retractarse.  
 Grande fué entonces el asombro,  
 Y el bullicio fué muy grande,  
 Que hay quien á mágia lo achaca,  
 Y otras causas semejantes.  
 Y el rey que á su favorito  
 Mira en tan estremo trance  
 Lanzó á la arena su cetro :  
 Mas Don Favila mas hábil  
 Antes que á tierra llegara  
 Pasóle de parte á parte.  
 Rompió en aplausos la turba  
 Que todo al cabo lo aplaude.  
 Gozó Don Favila el triunfo,  
 Y el rey gimió de coraje.

Dióse por libre á la infanta,  
 Y empezó á salir la gente,  
 Cuando confuso tumulto  
 Se levantó en el palenque.  
 Asustáronse las damas,  
 Y hubo voces diferentes  
 De alarma : « ¡ Fuego ! — ¡ d la vega !  
 ¡ Fuera ! — matarle ! — ¡ cogerte ! »  
 Y el alboroto redobla,  
 Y en la confusion que crece  
 Unos á huir se preparan,  
 Otros á la bulla vuelven.  
 Allá abajo entre una turba  
 Se ven apenas los jueces  
 Con sus insignias por alto  
 A las que ninguno atiende.  
 Y suenan voces de riña,  
 Y puños por alto vense,  
 Aunque en verdad del tumulto  
 Nadie la razon comprende.  
 Sonaron, por fin, clarines  
 Del rey, y entraron ginetes  
 Que despejaron el campo

Con que logran entenderse.  
 Volvióse la multitud  
 A los asientos, volviéronse  
 Con el rey los cortesanos  
 A sus sitios preferentes,  
 Y demandando la causa  
 El rey, fueron á ponerse  
 A sus piés tres caballeros  
 Armados hasta los dientes.  
 Enojado el rey Egica,  
 Dijoles : « ¿ Quién son ? ¿ qué quieren ? »  
 Y alzó la voz uno de ellos  
 Diciendo : « *Vasallos fieles,  
 Amigos de la justicia,  
 Y del difunto parientes.  
 Señor, la misma demanda  
 Etablamos nuevamente,  
 Y á desafiar venimos  
 A su vencedor á muerte.* »

Brilló en el rostro del rey  
 Traidora sonrisa oyéndole,  
 Y dijo con voz de triunfo  
 A Don Favila volviéndose :  
 « Primo, ¿ admitis la demanda ?  
 ¡ Ya veis que con causa vienen !  
 — ¡ Que vengan en horabuena !  
 Yo traigo quince ginetes,  
 Y admito por cada cuatro  
 De mis caballeros, siete.  
 — Y yo soy con mi sobrino  
 Mantenedor del palenque, »  
 Esclamó entrando en la liza  
 Otro, cuya voz potente  
 Cubrió el rumor que en pueblo  
 La nueva noticia mueve.  
 Frunció las cejas Egica  
 Viendo al nuevo combatiente  
 Y esclamó : « ¡ Vos, Godofredo,  
 Vais á lidiar !

— Me parece.  
 ¡ Ea ! buen duque, á caballo !  
 Que hombres de nuestra progenie  
 Por un contrario de mas  
 Batalla escusar no pueden.  
 — No, tío, ¡ viven los cielos !  
 Pero algo ha de concederse  
 A quien como noble lidia  
 Y abriga sangre de reyes.  
 Yo solo mantengo el campo,  
 Que tiren entre ellos suertes  
 Y al que le toque, que salga.  
 Pero, ¡ ay de ellos si no vencen !  
 Todos quedarán esclavos  
 Para cuidar mis lebreles,  
 Yo arrastraré al que dorríbe,  
 Y escupiré á los que queden.  
 — Eso sí, sobrino mio.

Mas si por desdicha vencen,  
Soy tu padrino y no dudes  
Que vengaré bien tu muerte.  
— ¡Pues á caballo!

— ¡A caballo! »

Y al punto la lid resuelven,  
Sentadas las condiciones  
Entre padrinos y jueces.  
Volvió á temer Doña Luz  
Acusada doblemente,  
Y el pueblo volvió á gozar,  
Porque el pueblo goza siempre.  
Salió al combate Don Bristes,  
Mozo de años veinte y nueve,  
De alma relajada y fiera  
Y esforzado como un Hércules.  
Mucho de su fama y brios  
Por Don Favila se teme  
Y dicen que el rey le nombra  
Por el mas recio escojiéndole.  
Ello es que él y Don Favila,  
Lanza en ristre y frente á frente,  
Apercibidos esperan  
La señal de acometerse.  
Diéronselos los padrinos,  
Y uno para otro viniéndose  
En la mitad de la arena  
Se hallaron bizarramente.  
Don Bristes de una lanzada  
Hendió escudo y coselete  
A Don Favila, que apenas  
En la silla se mantiene.  
Y Don Favila mas diestro,  
Aunque en golpe menos fuerte  
El hombro derecho á Bristes  
Certo le desguarnea.  
Pero ambos en los arzones  
Con buena prez manteniéndose,  
Con nuevas lanzas que toman  
Segunda carrera emprenden.  
Erró Don Bristes el golpe  
Por fiarse solamente  
De su fuerza, y Don Favila,  
De su falta apercibiéndose,  
En un vigoroso encuentro  
Tendió caballo y ginete.  
Muerto, al ver que toca en tierra,  
Todos á la par creyeronle,  
Mas, caballero famoso,  
De su destreza valiéndose,  
Con rapidez inaudita  
Tornó á alzarse de repente.  
Glorioso, arrancó un aplauso...  
Y por Dios que lo merece,  
¡Porque es asombroso lance  
Y sutilísima suerte!  
Atónito Don Favila  
Quedó, y receloso al verle

Venirsele espada en mano,  
Rabioso como una sierpe.  
Tambien acudió á la suya,  
Mas no tan pronto revuelve  
Que no le alcance del tajo  
Mucha parte en el almete.  
Cargóle el rápido Bristes  
Colérico por dos veces  
Y evitóle Don Favila  
Casi milagrosamente.  
Y siempre entrando y saliendo,  
Y acuchillándose siempre,  
Si bien le trabaja Bristes,  
Bien el duque se defiende.  
Pero viendo Don Favila  
La ventaja que en sí tiene  
Por ser mejor su caballo  
Al que manda fácilmente,  
Dió en esquivar á Don Bristes,  
Acechando cautamente  
Un paso sentado en vago  
Que descubierto le deje.  
Con lo que el otro creyendo  
Que ya Don Favila teme,  
Su afán redobla, y su potro  
Con tal impetu revuelve  
Que ya Doña Luz desmaya,  
Y ya murmura la gente,  
Y ya con harto trabajo  
Los aplausos se contienen.  
Mas el diestro Don Favila  
Se cierra tan de repente  
Con Bristes, que ambos á dos  
A tierra á un tiempo se vienen.  
Cayó bajo su caballo  
Don Bristes ignoblemente,  
Y el duque por la garganta  
Su agudo puñal le mete.  
Soltó la espada el vencido,  
Tendió los brazos inermes;  
Y asieron de Don Favila  
Los padrinos y los jueces.

*D. Godofredo.* ¡Dame los brazos, sobrino!  
*D. Favila.* Tío, matarle no basta,  
Fuerza es que á toda su casta  
Llegue su fatal destino.  
*Juez.* Se abrió el campo, caballero,  
A la lid, no á la venganza.  
*D. Favila.* Cuanto derriba mi lanza  
Pertenece á mi escudero.  
Si en leyes entendéis vos,  
Yo entiendo en lances de riñas,  
Con que dejad socialiñas,  
Señor juez, ¡voto vá Dios!  
Escudero, en buena ley,  
De impostores para mengua

Arranca al muerto la lengua  
Y ponla á los piés del rey.

*Juez.* A nadie se permitió...

*D. Favila (con desprecio).* Si á nadie se  
ha permitido

Tampoco permiso pido,  
Que primo del rey soy yo.

Con cuyas fieras palabras  
Desairados los presentes,  
Los jueces se desconciertan  
Y el escudero obedece.  
Y sigue aplaudiendo al duque  
Con estrépito la plebe,  
Y entréganse despechados  
Del vencido los parientes.

*D. Favila.* Tío, decid á esa dama  
Si está su honor satisfecho,  
Y al rey si basta lo hecho  
Para volverla su fama.

*D. Godofredo.* El rey se partió, indignado  
Tal vez de tu demasia.

*D. Favila.* Mañana será otro día  
Y se habrá desenojado.

Pues si llora por el muerto  
No me tendrá en gran favor.

*D. Godofredo.* Que lo cuentes es mejor,  
Sobrino.

*D. Favila.* Estais en lo cierto.  
Con que, tío, Dios os guarde,  
Que he apretado bien los puños  
Y tengo varios rasguños,  
Segun creo, y se hace tarde.

—  
Y en tanto que hablaban esto  
Don Godofredo y el duque,  
El rey se salió del circo  
Con ira ó con pesadumbre.  
Dió por libre á Doña Luz,  
Peró, segun se presume,  
Secretos designios guarda,  
Y negra intencion encubre.  
Porque al punto que Don Bristes  
Cayó bajo el brazo ilustre  
De Don Favila, sus guardias,  
Con celo que bien no arguye,  
Asieron de la princesa  
Y quedó la incertidumbre  
De si va libre y honrada  
O si presa la conducen.

Ello es que estos pormenores  
Que por entre el vulgo cunden  
Sospechas alzan y miedos  
Que hacen que asaz se murmure,  
Y ello es que á hablar en secreto  
Por la tarde se reunen

Los vecinos, y se teme  
Que en partidos se pronuncien.  
Porque se habla demasiado  
Del combate, y atribuyen  
A Dios mucha parte y dicen  
Que su mano se descubre  
Pues que vuelve por el justo,  
Y no obra el rey cual le cumple.  
Lo cierto es que hay destinados  
Cien ginetes que patrullen,  
Y el rey ha enviado á su primo  
Un mensage, que en resúmen  
Le intima que á sus estados  
Para volver se apurese.

Y así se pasó la tarde,  
Y el mundo en sombras se sume,  
Y envuelve el cielo la noche  
Con pabellones azules.  
Algunas estrellas lánguidas  
Acá y acullá relucen,  
Diseminadas antorchas  
Que mas que aparecen huyen.  
La luna asoma á pedazos  
Por un peloton de nubes  
Que la circunda fantástico  
En forma y color voluble.  
Y al fin por mas que los nobles  
El juicio de Dios divulguen  
Haciendo favor al rey,  
Y por mas que él disimule,  
No queda nadie en Toledo  
Tan necio, á quien se le oculte  
Que Doña Luz sigue presa  
Y que se destierra al duque.  
Por eso en la torrecilla  
Del gótico alcázar luce  
La lámpara misteriosa  
Que pena y desvelo arguye  
En quien la habita, y por eso  
El reposo se interrumpe  
De la noche con los ayes  
Que necio pavor infunden  
En los guardias de la torre,  
Y cuyo són les aturde  
Mientras en el aire vaga  
Y en el aire se consume.

## VI.

## ENCUENTRO Y RESOLUCION.

¡Ay triste del que ufano  
Y alegre en apariencia  
Figura á los placeres  
Quimérica aficion,  
Y rie y goza y muchos  
Envidian su existencia,

Y un torcedor secreto  
Le roe el corazon.

¡Ay triste del que lleva  
Los celos en el alma  
Y afecta en el semblante  
La risa del placer,  
Y sus palabras mienten  
La venturosa calma  
Por que suspira ansioso  
Su contristado sér!

Sí, triste á quien asalta  
Perdido un pensamiento  
Cuya horrorosa duda  
Destruye su ilusion,  
Y vaga por su mente  
Cual á merced del viento  
Pajel desorientado  
Sin velas ni timon.

¡Ay pobre caballero  
Cuyo leal cariño  
Secreto largos años  
A su beldad guardó,  
Soñando á su querida  
Mas pura que el armiño  
Y al cabo de una ausencia  
Sin honra la encontró!

¿Quién hallará palabras  
Que al caballero amante  
Consuelen, ó á lo menos  
Satisfaccion le den,  
Cuando en la lengua torpe  
Del vulgo petulante  
Prostituido encuentra  
El nombre de su bien?

¡Ay! la princesa amaba  
En otro tiempo á un hombre  
Que los rabiosos celos  
Estimuló del rey,  
Y de quien no bastaron  
A descubrir el nombre,  
Ni el pavoroso juicio  
Ni la sangrienta ley.

Si aun la ama, si el delito  
Tal vez es verdadero,  
¿Porqué por honra propia  
No viene á combatir?  
¿Porqué si la ha infamado  
No sabe el caballero  
Satisfacer cual noble,  
O cual leal morir?

Mas pues la acusan todos,  
Habrá razon alguna

Para que todos la hagan  
Tan vil imputacion :  
Y entonces ; ay! ¿quién sabe  
Si por fatal fortuna  
Ajeno será el crimen,  
Y ajena la pasion?

Y ¡ay triste del que lleva  
Los celos en el alma  
Y afecta en el semblante  
La risa del placer,  
Y sus palabras mienten  
La venturosa calma  
Por que suspira ansioso  
Su contristado sér!

Mas Doña Luz á solas  
Llorando sin consuelo  
Por su galan oculto  
Se aflige sin cesar,  
Y prematura muerte  
De hinojos pide al cielo  
Si acaso pudo ingrato  
Su corazon cambiar.

Y acaso en este instante  
Con torcedor secreto  
Los celos se apóderan  
A un tiempo de los dos,  
Y van por dos caminos,  
Entrambos á un objeto,  
El uno en pos del otro  
De su ventura en pos.

Está avanzada la noche,  
Fria por demas y oscura,  
Apagadas las estrellas  
Y encapotada la luna.  
Sopla á ráfagas el cierzo  
Y aunque tormentoso nunca,  
Segun por donde se arrastra  
Silva, gime, brama ó zumba.  
Todo en Toledo reposa,  
Y negra, apiñada y mustia  
Se ve la ciudad que á trechos  
En la sombra se dibuja.  
Y allá por entre las peñas  
Del valle opaco en la hondura,  
Se oye el ronco són del agua  
Del Tajo, que se derrumba  
Entre los rudos peñascos,  
Alzando hervorosa espuma.  
¡Medrosos sitios son estos!  
Medrosos por las figuras  
Informes que representan  
Y por tradiciones muchas.  
¡Misteriosos son aquellos

Peñascos y quebraduras,  
 Cuyos contornos se estienden  
 En irregulares curvas,  
 Que en la fantasía toman  
 Forma y variedad difusa,  
 Y vida en el miedo encuentran  
 Y en las creencias se abultan!  
 Avanzando silenciosa  
 Por su superficie rústica  
 Viene á estas horas subiendo  
 Una sombra lenta y muda.  
 Y ya por paso mas fácil,  
 O porque mejor le encubran  
 Con la sombra mas espesa  
 De los peñascos se escuda.  
 Cumplido manto la emboza,  
 Y aunque impedirlo procura,  
 La malla y los acicates  
 Por debajo le relumbran,  
 Y á cada paso se siente  
 El crujir de la armadura,  
 Cuyas piezas al moverse  
 Se separan y se juntan.  
 Yo no sé qué de siniestro  
 En tales sitios augura  
 Quien en tan lóbrega noche  
 Su fria soledad turba,  
 Y bien á lo que parece  
 Conoce el lugar sin duda,  
 Pues ni en lo áspero tropieza  
 Ni lo difícil le asusta;  
 Y avanza y gira á su tiempo  
 Con precision, y segura  
 Su planta evita los brezos,  
 Y los pedregales cruzas.  
 Así de una en otra peña  
 Llegó trepando á la altura  
 Hasta tocar del alcázar  
 Las viejas murallas húmedas,  
 Donde apartando una piedra  
 Que falso postigo oculta,  
 Iba á alzar con una llave  
 La mohosa cerradura.  
 Mas no bien la estrecha puerta  
 Tocaba, cuando la punta  
 De una espada en la garganta  
 De repente le aseguran.  
 « ¿ Quién va allá? » le preguntaron,  
 Mas con repentina astucia,  
 « ¡ El diablo! » contestó al punto,  
 Y con impensada furia  
 Dando sobre el que le amaga  
 « ¿ Quién va? » á su vez le pregunta.  
 Quedaron pues, cara á cara,  
 Aunque cada cual la suya  
 Recata cuidadosamente,  
 Y aprestados á la lucha.  
 Mas el que amagó primero

Ya por miedo ó por cordura,  
 Bajando primero el arma  
 Así la cuestion escusa,  
 Diciendo : « De todo el muro  
 Es esta la puerta única.  
 Solo da entrada á esta torre,  
 Y vos conoceis la ruta.  
 Que ibais á entrar está claro,  
 Conque de dos cosas una :  
 O el galan de Doña Luz  
 Sois, ó en la sombra nocturna  
 Fiado, en la torre entrábais  
 De oro y de alhajas en busca.  
 Si lo primero, en mis manos  
 Tengo yo vuestra fortuna;  
 Si lo segundo, mis gentes  
 Apostadas en la hondura  
 Dan con vos á una señal  
 En la corriente profunda.  
 Conque hablad pues.

— ¡ Norabuena!

Y escuchadme : esta es la única  
 Puerta que lleva á esta torre  
 Y vos conoceis la ruta.  
 Que ibais á entrar me sospecho,  
 Con que de dos cosas una :  
 O el galan de Doña Luz  
 Sois, ó en la sombra nocturna  
 Sorprendido su secreto  
 Habeis venido en su busca.  
 Si lo primero, me importa  
 Estorbar vuestra fortuna ;  
 Si lo segundo, uno es fuerza  
 Que en la eternidad se hunda.  
 Con que hablad pues.

— Norabuena,

Y ó la razon se me ofusca  
 O al cabo de la cuestion  
 Nos encontramos en suma.  
 Vos sois el galan oculto.  
 —Y vos mi rival.

— Sin duda.

Defendeos pues.

— Primero

Fuerza es que aclaremos una.  
 — ¿ Cual ?

— La de con quien reñimos.

— Yo no me descubro nunca  
 Cuando riño por guardarme.

— Aparte necias escusas,  
 Señor valiente, que ha dado  
 Con quien de razones gusta ;  
 Porque me importa el asunto  
 Mas de lo que se os figura,  
 Y si es tal vuestro secreto  
 Que en descubrirlo haya culpa,  
 Mi nombre es la garantía  
 De que lo echais en la tumba ;

Que el príncipe Godofredo...

— ¿Vos, mi tío?

— ¡Bondad justa

De Dios! ¿eres Don Favila?

— Yo soy.

— ¿Pero qué te turba?

¡Oh! de hallarme tan á tiempo

Da gracias á la fortuna,

Que sé mas de lo que crees,

Por mucho que te presumas.

Pero entremos, que no es justo

Platicar en pié y á oscuras. »

Tras cuyas frases metiendo

La llave en la cerradura,

Desaparecieron ambos

Por la puertecilla oculta.

—

Su infortunio en maldecir,

Y en suspirar y gemir

Se ocupaba la princesa,

Cuando oyó con mucha prisa

Por el caracol subir.

Sobresaltóse advertida

Y asió por dentro el cerrojo,

Tal vez temió por su vida,

Que no hay precaucion perdida

Del rey contra el fiero enojo.

Dieron cautelosamente

Dos golpecitos por fuera,

Mas Doña Luz cautamente

A oír aguardó prudente

La voz de la escalera.

« Luz! » dijeron, mas tan quedo

Que no pudo conocer

El acento y tuvo miedo;

Porque tenia en Toledo

Mucha traicion que temer.

*D. Favila.* Abre, Luz, ¿no me conoces?

*D. Godofredo.* Despierta, si estás dormida.

*D. Favila.* Por dulce sueño que goces

Desvelente, Luz, mis voces,

Despierta por Dios, mi vida!

A cuyo amoroso acento

Respondiendo el corazon

De Doña Luz, y un momento

Dudando, abrió su aposento

Al iman de su pasion.

Pero mirando turbada

A Godofredo con él,

Recibióles reservada,

Severa y disimulada,

Siempre á su secreto fiel.

*D. Luz.* Tal vez, buenos caballeros,

Con nobleza ya escensiva

Venis de nuevo á ofreceros;

Tal favor agradeceros

Sabré yo mientras que viva.

Que aunque será, segun creo,

Por breve tiempo quizás,

Lo grande de mi deseo

Podrá suplir lo demas.

*D. Godofredo.* ¡Qué farsa es esta que veol

Luz, la brevedad importa,

Responde: esta letra ¿es tuya?

Quedó Doña Luz absorta

Cuestion tan precisa y corta

Sin atinar como huya.

Y el tío que esto previno

A los ojos la ponía

El escrito pergamino,

Que á dar en sus manos vino

Allá en Alcántara un día.

Posaba convulsamente

En él la avara pupila

Doña Luz; su tío en frente

Sonreía dulcemente,

Y temblaba Don Favila.

Al cabo rompió á llorar

La pobre madre culpada,

Sin osarle preguntar

Por su prenda abandonada

En los brazos del azar.

Y abriéndola con ternura

Los suyos Don Godofredo:

« ¡Ven! (la dijo) está segura

« Esa prenda de ventura,

« Pero lejos de Toledo.

« Y abrazaos ¡vive Dios!

« Que el cielo piadoso aprueba

« Lo que harto costó á los dos;

« Que va de la culpa en pos,

« Pero aborrece la nueva. »

Y los dos tiernos amantes

Por tanto tiempo constantes

En un cariñoso abrazo

Lid olvidaron y plazo

En tan ansiados instantes.

Lloraban ambos al par

Con lágrimas de ternura

Y ya próximo á llorar

El tío sin respirar

Bendecia su ventura;

Cuando oyeron de repente

De pobre instrumento el són,

Y entre el són de la corriente

Del Tajo, alegre cancion

Entonada diestramente.

*D. Godofredo.* ¡Ea! no escuse lo menos

Quien ha emprendido lo mas,

Id vuestra ruta serenos,  
Que mis caballos son buenos,  
Y os queda un amigo atrás.

*D. Luz.* ¡Cómo, señor, ¿qué es aquesto?

*D. Godofredo.* Todo lo tengo dispuesto.

Y no hay remedio mejor  
Ni para guardar tu honor,  
Ni para evitar su arresto.

*D. Favila.* ¿Y el rey?

*D. Godofredo.* Yo me quedo aquí.  
Esposos sed ante Dios,  
Que, el rey Egica ante mí,  
Tendrá que ver que nació  
El mas justo de los dos.

#### CONCLUSION.

Estaba cercano el día;  
La luna en el horizonte  
Escasa luz despedía  
Y á largos pasos se hundía  
Detrás del alzado monte;  
Cuando sólo y descuidado  
En largo manto embozado  
Espacio entraba en Toledo  
Un hombre, que bien mirado  
No era otro que Godofredo.

Y allá á lo lejos se vian  
La estensa vega cruzando  
Varios ginetes que huían,  
Que mas se desvanecían  
Cuanto se iban alejando.

Pasó Godofredo el puente,  
Y apenas apareció  
La aurora en el rojo oriente,  
Firme el pié y alta la frente  
En el alcázar entró.

Lo que pasó dentro de él  
Entre el infante y Egica  
Nadie en Toledo lo esplica  
Ni se halla en ningún papel.

Ello es que Don Godofredo  
De un hora tras él despacio,  
Volvió á salir de palacio,  
Y se ausentó de Toledo.

Y en el aire triunfador  
Con que dicen que salía  
Bien claramente se via  
Que llevaba lo mejor.

El rey desde su partida,  
Presa de oculto pesar,  
Cercano estuvo á exhalar  
A sus rigores la vida.

Y en cuanto esta le duró  
Ni al duque persiguió mas,

Ni el bello nombre jamás  
De la princesa mentó.

Y aunque recias tempestades  
Fueron á turbarles luego,  
De su retiro el sosiego,  
Y el bien de sus soledades,

Del rey su tío á cubierto  
Ellos allá en sus estados,  
Vivieron muy bien casados,  
Y esto es, ¡oh lector! lo cierto.

Y acaso en otra ocasion  
Si tu favor me aseguras,  
Sabrás otras aventuras  
De Doña Luz, que hartas son.

Mas si no son de tu gusto,  
Lector, las que te conté,  
No hablemos mas, porque á fé  
Que no me coje de susto.

#### LEYENDA SEGUNDA.

HISTORIA

DE

### UN ESPAÑOL Y DOS FRANCESAS.

#### CAPITULO I.

##### DE COMO UN ESPAÑOL SE ENAMORO DE UNA FRANCESA.

En un día de febrero,  
Como á las tres de la tarde,  
Del rio Arlanza mirando  
Los fugitivos cristales,  
Y entre el camino de Francia  
Y el rio humilde paseándose,  
Viase á un hombre vagando  
Por su solitaria márgen,  
Hidalgo y rico á juzgar  
Por su gentileza y traje.  
En secretas reflexiones  
Abismado y sin curarse  
De cuanto en redor pasaba  
Seguia, cual si ocupasen  
Su mente graves cuidados  
O duelos su ánima graves.  
Parado estaba del puente  
Cabe los altos pilares,  
Cuando llamó su atencion  
Ruido y polvareda grandes  
Que alzaban muchos ginetes  
Por el camino adelante.  
Alargó pues el hidalgo  
Sus pasos para encontrarles

Bien fuese curiosidad  
 O bien que les aguardase.  
 Salió al lindel del camino,  
 Y á la turba aproximándose  
 Peregrinos vió y juzgóles  
 Gente de noble linage.  
 Dos damas y un caballero  
 Eran, y con antifaces  
 Traian cubierto el rostro,  
 Costumbre de tiempos tales.  
 Caballos traian recios,  
 Cruces de plata, y por pages  
 Quince ginetes armados  
 Del casco á los acieates.  
 Llegados ante el incógnito  
 El caballero parándose  
 Dijole: « Dios sea loado,  
 Buen hombre. » Y él con voz grave  
 Repuso: « Loado sea  
 For siempre, buen caminante.  
 — ¿Por dónde voy al palacio  
 Del conde Garci Fernandez?  
 — ¿Pensais en él hospedaros?  
 Sí, que pienso.

— Muchas calles

Hay que cruzar, y yo mismo  
 Es mejor que os acompañe,  
 Si la atencion no os enoja.  
 — Si ese camino lleváreis  
 Para ir á vuestros quehaceres  
 Consiento, y Dios os lo pague.  
 — Voy tambien hácia palacio.  
 — Entonces echad delante. »

Tomó el de á pié en este punto  
 La vuelta á los arrabales,  
 Y sin que hubiesen los guardias  
 Ocasión de demandarle  
 Sino de hacerle gran honra  
 Como á ilustre personage,  
 Entró en Burgos por la puerta  
 Que á Santa María cae.  
 Y aquí, con los peregrinos  
 Que le seguian juntándose,  
 Conversacion introdujo  
 Con palabras semejantes:  
 « ¿Y á donde es el derrotero?  
 — A Santiago.

— Es una imágen

Y una iglesia milagrosas.  
 ¿Y de qué tierra se parten?  
 — Desde Tolosa de Francia.  
 — ¡De agradecer es el viage!  
 ¿Es devocion ó promesa?  
 — Es devocion y eso baste,  
 Que habeis hecho tres preguntas  
 Sin que os preguntara nadie.  
 — Perdone el buen peregrino.

I.

— Vaya el buen guia adelante. »  
 Y en esto el de á pié teniéndose  
 Ante un edificio grande  
 Alzado en una plazuela,  
 Dijo entre sério y afable:  
 « Vea lo que habla el romero,  
 Pues aquí es fuerza que pare  
 Quien á mi palacio llega  
 A demandar hospedage.  
 — ¡Cómo! ¡ Sois por vida mía...  
 — El conde Garci Fernandez.  
 — El de Castilla perdone.  
 — El de Tolosa demande,  
 Que anduvo el guia indiscreto  
 Y hará el conde castigarle.  
 Pero pié á tierra, señores,  
 Que esta es su casa. »

Y con tales

Palabras ayudó el conde  
 A las damas á apearse;  
 Y entrándose por sus puertas  
 Con corteses ademanes  
 Las dió el brazo en la escalera  
 Sin que ellas se le esquivasen.

—  
 Cómo entra amor en el alma  
 En verdad que no se sabe,  
 Pero ello es que él tiene llave  
 Para abrir el corazon;  
 Y una palabra, un suspiro,  
 Dicha ó exhalado apenas  
 Son á veces las cadenas  
 Con que ata nuestra razon.

Cadenas hechas de flores,  
 De deseos y de antojos,  
 Forjadas en unos ojos  
 De pudoroso mirar,  
 O en unos labios de púrpura  
 Que sonrien tiernamente,  
 Ensayados diestramente  
 En sonreir y en hablar.

¡O amor, qué bien escogistes  
 Aunque niño, loco y ciego,  
 Lugar dó esconder tu fuego  
 Y tu irresistible iman!  
 Porque ¿cómo recelarse  
 De unos ojos inocentes,  
 Y de unas indiferentes  
 Palabras que al alma van?

¡Ay! poco á poco se miran  
 Y se escuchan poco á poco,  
 Y nace un deseo loco  
 Que, aunque aislado y sin valor,  
 Tras él otro y otros trae,  
 Que ardientes y decididos

20

Nos despeñan impelidos  
Por las simas del amor.

Así al conde de Castilla  
Labraba su desventura  
La peregrina hermosa  
Que en su palacio hospedó;  
Y él, que esquivó los halagos  
De castellanas hermosas,  
En las redes codiciosas  
De la francesa cayó.

Aspid fatal que introdujo  
El mismo conde en su seno,  
Y cuyo dulce veneno  
Bebía con avidez  
Tan ciego y desatentado,  
Que cuanto mas le apuraba,  
Mas el infeliz dudaba  
Que fuese poco á su sed.

Sí, porque ¿quién no le apura  
Ofrecido en rico vaso  
Que incita á beberle acaso  
Con su esquisito primor?  
¿Quién fascinado no corre  
Tras unos ojos de fuego  
Que nos roban el sosiego,  
La prudencia y el valor?

¡Y á fé que era encantadora  
La dichosa peregrina!  
Bellísima era Argentina,  
Y de prosapia real.  
Y él, que vió sus ojos cándidos  
Sin los dobleces del velo,  
Creyó su azul como el cielo  
Signo de dicha inmortal.

Y vió una vez fascinado,  
Miró luego respetuoso,  
Amó despues silencioso  
Y amó con ansia despues;  
Primero dispuso fiestas,  
Luego presentes y galas,  
Y al fin de su amor en alas  
Cayó sin fuerza á sus plés.

Y una noche entre los mirtos  
Del jardin de su palacio  
Cuando á solas y despacio  
Por fortuna la encontró,  
Tomó sus manos de nieve  
Y doblando la rodilla,  
La corona de Castilla  
Loco de amor la ofreció.

\* ¡Oh bellísima Argentina!  
(La dijo el rendido amante)  
Desde el fortunado instante  
En que por dicha te vi,

Mi voluntad, mi deseo  
A mas ventura no alcanza  
Que á la débil esperanza  
De tenerte junto á mí.

De noche allá en mis delirios  
Tu imágen se me aparece,  
Y el alma se me estremece  
Con tan dichosa ilusion.  
La luz que radia tu rostro  
Mi corazon ilumina,  
Y aun tu sombra ¡oh mi Argentina!  
Acrecienta mi pasion.

De día ansioso te busco,  
Bajo tus rejas paseo  
Y venturoso me creo  
Si de la reja á través  
Alcanzo tu sombra errante,  
Aun sabiendo ¡vida mia!  
Que mi amorosa agonía  
Ni te imaginas, ni ves.

Creí que podría un tiempo  
Mas que mi destino fuerte  
Olyidarte ó no quererte,  
Mas neciamente creí.  
Yo te amo, sí; cada día  
Que por mi existencia pasa  
Mi pasion crece sin tasa,  
Y no hallo vida sin tí.

Y pues te brinda el destino,  
¡Oh bellísima francesa!  
Sé en Castilla la condesa,  
La luz de mis ojos sé,  
Y piensa que en compañía  
De quien tan fino te adora,  
Tú serás reina y señora,  
Yo tu esclavo viviré.»

Y así diciendo el buen conde  
Las manos la acariciaba  
Y el rostro la contemplaba  
Con amorosa ansiedad;  
Y ella inmóvil y en silencio  
Con angélica sonrisa  
Contemplábase indecisa,  
Mas confiada en verdad.

Sus manos le abandonaba  
La hermosa sin defendellas,  
Y el conde estampaba en ellas  
Sus labios con harto ardor,  
Mientras la luna que huía  
Y las auras que sonaban  
Prestaban luz y armonía  
A aquella escena de amor.

Y quien sabe lo que pueden  
La solitaria frescura.

La ilusion y la ventura  
De una noche y un jardin;  
Quien ve el empeño del conde,  
Y la paz con que ella escucha,  
El sí con que le responde  
Imáginese por fin.

Un sí pronunciado apenas  
Fugitivo y balbuciente,  
Pero espresivo, elocuente,  
Espontáneo, abrasador.  
Un sí cuyo eco encantado,  
Cuyo sonido improviso  
Abrió al conde un paraiso  
De deleites y de amor.

Cayó Argentina en sus brazos;  
Dobló en su pecho la frente  
Y un beso, aunque puro ardiente,  
En ella el conde posó,  
Y la niña, no ofendida  
Mas cautelosa, apartándose,  
De su buen padre, ausentándose,  
El dulce nombre invocó.

El conde, que era entendido,  
Aprovechando el momento  
A poco en el aposento  
Del huésped se hizo anunciar,  
Y allí con él encerrado  
Y de Argentina en ausencia  
La importante conferencia  
Comenzaron á entablar.

*El Francés.* Generoso castellano,  
¿Qué puedo hacer por serviros?  
*El Castellano.* La dicha vengo á pedirlos.

*El Francés.* Si está en mi mano os la doy;  
Mas decidme ¿en qué manera  
Alcanzo á vuestro destino?

*El Castellano.* Oídme, buen peregrino,  
Que á descifrároslo voy.

Yo os di por vuestra nobleza  
En mi palacio hospedage,  
Y os vino á hacer homenaje,  
Cuanto en Castilla hay mejor.  
Ardió mi tierra en festejos  
Por los condes de Tolosa,  
Y solo existe una cosa  
Con que pagarme, señor.

*El Francés.* Decidla pues, que aunque sea  
La mitad de mi corona,  
Mi fé desde aquí os la abona  
Para delante de Dios.

*El Castellano.* Pues bien, teneis una hija,  
Yo apelo á vuestra promesa  
Y quiero hacerla condesa  
Sin que lo herede de vos.

*El Francés.* ¡A Argentina!

*El Castellano.* Si por cierto.

Y ved que de otra manera  
Haceros cargo pudiera  
Como á huésped desleal,  
Porque yo os franquéé mi casa,  
Y os di cuanto poseía  
Y robáisme el alma mia,  
Con que me pagais muy mal.

Quedó el francés á estas voces  
Sombrio y meditabundo,  
Pues que no había en el mundo  
Cosa que irlé á demandar  
Que él diera de peor gana  
Ni á un conde, ni á un extranjero,  
Porque el acaso altanero  
De conde aspiró á pasar.

Mas mirando que le estaba  
Del hospedage obligado  
Y que el español honrado  
Vivia y con gran poder,  
Pensó que andaria necio  
En negarla al castellano,  
Que si no era un soberano,  
Honrara harto á una muger.

Tendió pues la mano al conde  
Con cortesana sonrisa,  
Y sentando por precisa  
Y absoluta condicion  
La voluntad de Argentina,  
Contestó que él la otorgaba,  
Puesto que en dársela obraba  
Conforme á su obligacion.

La boda, pues, acordóse,  
É impaciente Don Garcia  
Casóse en Santa Maria  
Aun no trascurrido un mes;  
Castilla y Tolosa hicieron  
En las fiestas competencia  
Y hubo festin y licencia  
Muchas semanas despues.

Vino á ofrecerse rendida  
A su nueva soberana,  
La nobleza castellana  
Siempre á sus condes leal;  
Y cumpliendo el de Tolosa  
En Santiago su promesa  
Volvióse á tierra francesa,  
Siendo el gozo universal.

## CAPITULO II.

DE COMO SE LAS HUBIERON LA FRANCESA  
Y EL ESPAÑOL.

Mas ¡ay del necio que fla  
En la muger y en el viento,  
Que cambian en un momento  
De rumbo y de fantasia!

Y ; ay de quien fia en estraños,  
Que aunque halagarnos pretendan  
Preciso es que al fin nos vendan  
O con fuerza ó con engaños!

Dos años y no cabales  
Vivieron ambos esposos,  
Tiernos siempre y cariñosos,  
Alegres siempre é iguales.

Amábala el español  
Con tan ciega idolatría  
Que, antes que en ella, creeria  
Que hubiera mancha en el sol.

Y amábale la francesa  
Con intensidad tan rara  
Que mejor se la juzgara  
Favorita que condesa.

No habia para él mas gloria  
Que su amor, y en tal exceso,  
Que cambiara por un beso  
La mas preciada victoria.

No habia gusto para ella  
Si con él no le partía,  
Y el vulgo en fin los creía  
Nacidos bajo una estrella.

Tambien lo creía el conde;  
Pero al fin dió en un abismo,  
Que ¿quién por otro responde  
Si aun duda uno de sí mismo?

Vino dos años despues  
Desde tierras de Tolosa  
De los padres de la esposa  
Con regalos un francés.

Para mas ostentacion  
De la amistosa misiva  
Vino con gran comitiva  
De gente de estimacion.

Toda hidalga y opulenta  
Que entre ella nobles venian  
Que provincias mantenian  
Con sus tropas y á su cuenta.

Trajeron mil invenciones,  
Refinamiento elegante  
Del lujo, heraldos delante,  
Pages detrás y bufones.

Y en fin entre su equipage  
Con esplendidez estraña  
Hasta tiendas de campaña  
Para las siestas del viage.

Cuyas cosas en Castilla  
Por gente sóbria habitada  
Tuvieron boga sobrada,  
Rayando en la maravilla.

Tomaron de ellos los trages  
Por gusto de la condesa,  
Y armáronse á la francesa  
De bufones y de pages.

Diéronse mútuos festejos,  
Y fué con tanta porfia  
Que cada cual ir queria  
En lo liberal mas lejos.

Su ventaja al conocer  
En caballos los de Francia  
Abrieron con arrogancia  
Un campo donde correr.

Con lo cual los burgaleses,  
Gente en los combates ducha,  
Abrieron campo á la lucha  
De á pié contra los franceses.

Bajaron de la montaña,  
De tal fiesta á los rumores  
Los mas fuertes lidiadores  
Que daban honor á España.

Y al fin mas pronto ó mas tarde  
De mil diferentes modos  
De su bizarría todos  
Vinieron á hacer alarde.

Hubo castellanos nobles,  
Que en cabalgar muy maestros  
Con los franceses mas diestros  
Ganaron apuestas dobles.

Y hubo muchos castellanos  
Que en lucha franca y leal  
Se la hubieron harto mal  
De los franceses á manos.

Pero sobre todos uno,  
Gallardo Alcides francés,  
Luchó una vez contra tres  
Y no le rindió ninguno.

Mozo era de sangre noble,  
Chico de cuerpo, mas fiero,  
Como los vientos ligero,  
Y robusto como un roble.

Él fué siempre el vencedor,  
Y en la liza al presentarse  
Los demas no retirarse  
Era solo por honor.

Llamábase el tal Lotario,  
Y para amorosos lances  
Nadie le iba á los alcances,  
Pues rayaba en temerario.

Y aunque cortés y cumplido,  
En su fortuna fiado,  
Jamás respetó sagrado  
De padre ni de marido.

Hipócrita mas que fiero,  
Con una segura táctica,  
Los medios ponía en práctica  
Mas infalibles primero.

Iba tras de los devotas  
A las iglesias rezando;  
Con opulentas tratando  
Gastaba con manos rotas.

Donde habia un padre viejo  
Idólatra del honor,

Por la palabra menor  
 El duelo era su consejo.  
 Donde familia pacífica,  
 Via que, aunque retirada,  
 De oro y de bienes sobrada  
 Le recibía magnífica,  
 El, con gravedad enfática  
 Cada visita que hacía,  
 Por lo grave parecía  
 Una misión diplomática.  
 Y por fin de astucia extrema  
 Dotado, el refran usaba  
 Que á cada paso encajaba,  
*Cada loco con su tema.*

Con esto y con ser al par  
 Gran músico, no hubo dama  
 Que al reclamo de su fama  
 No le viniera á admirar.

Él, de las galas francesas  
 Llevaba la palma toda,  
 Y él era el galan de moda  
 Con las damas burgalesas.

La plática principal  
 De las mas hermosas niñas,  
 Eran las rondas y riñas  
 Del amante universal.

Y todas de sus amores  
 Anhelando ser objeto  
 Disputábanse en secreto  
 Sus mas minimos favores.

Mas él, de su fiel fortuna  
 Audaz siguiendo las huellas,  
 Se olvidó de las estrellas  
 Al postrarse ante la luna.

—  
 « ¿Qué tienes, paloma mia?  
 Preguntaba el conde un día  
 A solas á su condesa,  
 ¡Bien sabe Dios que me pesa  
 Mirar tu melancolía!

Si tal vez por un descuido,  
 Imprudente ó no advertido,  
 Vida mia, te ofendí,  
 Perdon de hinojos te pido :  
 Sino ¿que te aqueja, di?

Comprender la causa quiero  
 Del dolor que te atormenta;  
 Ni esposo ni caballero  
 Seré si no te prefiero  
 A las cosas de mas cuenta.

No, Argentina, en mi condado  
 No hay objeto que me importe  
 Lo que tu amor regalado;  
 Dime pues ¿quién te ha enojado?  
 ¿Algun chisme de la corte  
 De alguna dama envidiosa  
 O de algun necio me infama?

¿Pudiste olvidar, hermosa,  
 Que tú á la par de mi esposa  
 Has sido siempre mi dama?

Y cuando no hay en Castilla  
 Otra como tú tan bella,  
 Qué pienses me maravilla  
 Que en mí tu amor amancilla  
 Ni casada ni doncella.

¡No por Dios, paloma mia!  
 ¿El conde así vendería  
 El amor de su condesa?  
 Que lo imagines me pesa  
 Mas que tu melancolia. »

—  
 Tal dijo el conde á su esposa,  
 Mas no logró una respuesta  
 Que pusiera manifiesta  
 A sus ojos la verdad.  
 Pasó un día y otro día,  
 Y á su mismo afan tornando  
 Volvió á porfiar quedando  
 En la misma oscuridad.

Tornábala el pobre esposo  
 Con la candidez de un niño  
 A ponderar su cariño  
 Con minucioso placer.  
 Llamábala con los nombres  
 Mas sentidos y halagüeños,  
*Sol, arcángel de sus sueños..*  
 Cuanto halaga á una muger.

Y tomando entre sus manos  
 Su peregrina cabeza,  
 Contemplaba su belleza  
 Con alegría infantil :  
 Y estático en sus hechizos  
 El purísimo reflejo  
 De sus ojos le era espejo  
 De su sonrisa pueril.

Besaba su frente pálida,  
 Sus párpados transparentes  
 Y sus mejillas ardientes,  
 Y sus labios de coral,  
 Y los rizos olorosos  
 De su flotante cabello  
 Suspendidos por el cuello  
 En complicada espiral.

Y el triste de cualquier modo  
 Y aun á su costa quisiera  
 Una sonrisa ligera  
 De sus labios arrancar;  
 ¡Mas era empeño insensato!  
 El embozo impertinente  
 Con que nublaba la frente  
 No pudo nunca apartar.

Él, que como amante, ciego  
 Por falso cristal veía,  
 Capricho amante creía  
 Lo que era abierto desden,  
 Y aguardaba á cada instante  
 La esplicacion de un misterio  
 Que le robaba el imperio  
 En el alma de su bien.

Que mas que advertido amante  
 Juzgaba el mal de Argentina,  
 Hijo de duda mezquina  
 En su inalterable amor,  
 Y, en la pureza fiado  
 De su tranquila conciencia,  
 Aguardaba con paciencia  
 Que saliera de su error.

Ella de continuo tétrica,  
 Los sitios mas solitarios  
 Elegia por santuarios  
 De su secreto pesar;  
 Y se la via en la noche  
 Cual sombra que arrastra el viento  
 A solas con paso lento  
 Por los jardines vagar.

A veces cabe una fuente  
 Reclinada largas horas  
 De las corrientes sonoras  
 Adormida con el són,  
 Sollozaba tristemente,  
 Las secretas agonias  
 Que envenenaban sus días,  
 Royéndola el corazón.

Al veces del pardo muro  
 Perdida en la sombra oscura,  
 O entre la hojosa espesura  
 De la parra y del rosal,  
 Parecia que con alguien  
 Conversacion entablaba,  
 Aunque qué y con quién hablaba  
 Se comprendia muy mal.

Y el rumor de estos misterios  
 Entre el vulgo propagado,  
 Por el vulgo interpretado  
 Con ruin malicia vulgar  
 A mil fábulas audaces  
 Crédito asaz infundia,  
 Y á cada punto crecía  
 En la chusma popular.

Porque de antiguo Castilla  
 Ya escarmentada de estraños  
 Imagina siempre engaños  
 De la estrangera doblez;  
 Y luego (decía el pueblo)  
 Por mas que nació condesa,

Siendo al cabo una francesa  
 No hay que fiarse ¡pardiez!

El conde en tanto creía  
 Que la memoria de Francia  
 Con el tiempo y la distancia  
 Avivada sin sentir,  
 Y la vista de sus gentes  
 Y el recuerdo de su lengua  
 A las manias presentes  
 La pudieron conducir.

Y en su bien solo afanado  
 La aseguró que acabada  
 Una contienda empeñada  
 Con el árabe Almanzor,  
 Darian vuelta á Tolosa,  
 Donde pronto espantaria  
 Su oculta melancolia,  
 Devolviéndole su amor.

Partióse pues el buen conde  
 Contra Almanzor á campaña  
 Y fué con tan justa saña  
 Y con valor tan audaz,  
 Que aun humeando del moro  
 Con la sangre harta de afrenta  
 Su campo feraz ostenta  
 Santisteban de Gormaz.

Que en aquel dia glorioso  
 Para el honor de Castilla  
 Ni quedó ginete en silla,  
 Ni peon quedó de pié.  
 Allí cayeron á impulso  
 De las lanzas castellanas  
 Las falanges africanas  
 Enemigas de la fé.

Y aun vienen alguna noche  
 Los lobos en turba hambrienta  
 A hozar la tierra sangrienta  
 Regada ocho siglos há;  
 Y aun pasan los calvos buitres  
 Sobre el valle en banda espesa,  
 Avarientos de la presa  
 Reducida á polvo ya.

¡Gloriosa fué la jornada!  
 Mas ¡ay pobre Don García!  
 Él solo lloró aquel dia  
 La gloria que á España dió.  
 Mas le valiera mil veces  
 Caer en Gormaz con honra  
 Que cargar con la deshonra  
 Con que Burgos le acogió.

Sí, pasó bajo sus puertas  
 Al doblar de los tambores  
 Con mas aplausos y honores  
 De los que el sueño jamás;

Pero llegó á su palacio,  
Y al entrar por sus dinteles  
Sus merecidos laureles  
Maldijo, y su sér quizás.

Las puertas vió de su alcázar  
Para recibirle abiertas,  
Mas nadie salió á sus puertas  
Para darle el parabien.  
Y los siervos y las damas  
Que dejó en él en su ausencia  
Esquizaron su presencia  
Cual de su gloria en desden.

En vano se entró iracundo  
Por sus puertas adelante  
Llamando con voz pujante  
A su gente desleal;  
Solo el eco que en las bóvedas  
Cóncavas se guarecía  
A sus voces respondía  
Con lamento funeral.

Rabioso decía: « ¿Dónde  
Mi servidumbre se encuentra? »  
Y el eco decía — *entra*,  
Y entraba el conde en furor.  
Decía con voz doliente:  
« ¿Qué es de mi esposa querida? »  
Y el eco decía: — *ida*  
Con acento de dolor.

Y el triste Garcí Fernandez  
De sus amigos cercado  
Su alcázar abandonado  
Pisando medroso va.  
Y su ánima vigorosa  
De una sospecha asaltada  
En su pecho arrinconada  
Ni aun esperanza le da.

Volvió á los suyos y díjoles:  
« ¿No hay quien me dé una respuesta? »  
Y el eco repitió — *esta*,  
Y él mirando en derredor  
« ¿Quién, gritó, en mi casa propia  
Me mofa con arrogancia? »  
Y el eco retumbó « Francia »  
Por el largo corredor.

Lanzóse por él el conde  
Por un instinto guiado,  
Cruzó el corredor aislado  
Y al oratorio llegó:  
Abrió la puerta con ímpetu  
Y al tender dentro los ojos  
Entorno al altar de hinojos  
A sus siervos encontró.

« ¿Qué es esto? dijo asombrado  
El infeliz Don García,

¿ Pensábais pues que vendría  
Mi palacio á conquistar?  
¿ Porqué os acogéis al templo?  
¿ Qué es esto, gente menguada? »  
Pero la turba callada  
Ni aun la vista osaba alzar.

Hasta que entrándose el conde  
En la mansion religiosa,  
Y el semblante de su esposa  
No alcanzando á ver allí,  
Asió con ira del cuello  
Al que topó mas cercano  
Y con la daga en la mano,  
Le dijo iracundo así:

« ¿A dónde está la condesa?  
Di ó mueres tras mi demanda. »  
Y el eco murmuró — *anda*,  
Porque la turba calló.  
« Hablad por Dios, dijo el conde;  
Vuestro dolor ¿qué me arguye?  
¿Dó está mi Argentina? » — *huye*  
El eco sordo gimió.

Rompió en sollozos la gente,  
Y humillada y temerosa  
Dobló la faz vergonzosa  
Con la tierra hasta tocar;  
Y entendiendo Don García  
Todo el valor de su duelo,  
Los ojos puso en el cielo,  
Gimió... y los tornó á bajar.

En vano por consolarle,  
Sus amigos se afanaron,  
Sus pueblos le victorearon,  
Y la gloria le aduló;  
Él se encerró en su aposento,  
Y en soledad noche y día,  
La razón y la porfía  
Igualmente desoyó.

Al hacerle reflexiones,  
Amigos, fieles y viejos,  
« No necesito consejos,  
Respondió, sé cómo obrar. »  
Y aunque adusto y cabizbajo,  
Bien en su faz se veía  
Que algo resuelto tenía  
Imposible de mudar.

### CAPITULO III.

EN QUE SE CUENTA MALAMENTE UNA AVENTURA  
DIGNA DE SER MEJOR CONTADA.

De un montecillo estraviado  
Sobre la empinada loma,  
Como escondida atalaya  
Puesto entre Francia y Borgoña

Hubo, según un cronista,  
 Allá en edades remotas,  
 Un castillo inhabitado  
 De manos francesas obra.  
 Pertenecía, en los tiempos  
 A que alcanza nuestra historia,  
 A un segundon pendenciero  
 De familia poderosa.  
 De modo que en su recinto  
 Roído por la carcoma,  
 No había mas que un alcaide  
 Con guardia holgazana y poca.  
 Y como donde hechos faltan  
 Fábulas del vulgo sobran,  
 De él relataban mil cuentos  
 Los pueblos á la redonda.  
 Todo invenciones acaso,  
 Mas siempre lo falso apoya  
 Alguna verdad oculta  
 Entre mentiras de monta.  
 Y es así que no hay castillo  
 Ruinoso, ni ermita sola  
 Donde mil negras visiones  
 Crédulo el vulgo no esconda,  
 Mas no hay una de esas fábulas  
 Imposibles y espantosas  
 Que no haya tomado origen  
 De un hecho que el vulgo embrolla.  
 Tal era nuestro castillo,  
 En una mansion solitaria y lóbrega,  
 Vivienda según el pueblo  
 De fantasmas y de sombras.  
 Jamás se abrían sus puertas  
 Sino á medias y á deshora ;  
 Jamás por ellas entraban  
 Sino á lo mas dos personas.  
 Nadie por ellas salía  
 Tras conversacion sabrosa,  
 Ni aun en busca de viandas  
 De gente que existe propias.  
 Todo lo cual era cierto,  
 Porque el alcaide en Perona  
 Almacenaba por años  
 Su provision, que aunque corta  
 Bastaba para su gente,  
 Que descuidada y ociosa  
 En la ciudad se ocupaba  
 Todo el año sin zozobra.  
 Y en esto siempre sus amos  
 Hicieron la vista gorda,  
 Pues nunca anduvo la paga  
 De la guarnicion de sobra.  
 Ellos se buscaban vida  
 En la ciudad mas gustosa  
 Donde hallaban amos ricos,  
 Juegos, pendencias y mozas.  
 Y en caso de una imprevista  
 Necesidad poderosa,

Siempre en el castillo hallaban  
 Casa grande y mesa sóbria.

Los años de nuevecientos  
 Y ochenta y seis (ó era próxima)  
 Corrian, cuando una noche  
 Oyó el alcaide á deshora  
 Al otro lado del foso  
 Producida en una trompa  
 Aguda señal de aviso  
 Que redoblaba imperiosa.  
 Bajó el puente y en el patio  
 Entróse sin ceremonia  
 Un hombre que dijo á voces  
 Desde el caballo que monta :  
 « ¡ Ola alcaide ! vuestros amos  
 Llegan mañana á estas horas.  
 — ¡ Mañana ! exclamó el alcaide,  
 ¡ Válganos nuestra Señora  
 Del Hoyo ! y están las gentes  
 En la ciudad.

— Nada importa,  
 Buen viejo, repuso el otro,  
 Los amos traerán su escolta  
 Y á mas el secreto encargan  
 Y grande.

— Secretos... ¡ oiga !  
 — Conque todo esté listo,  
 Y nada de ir á Perona  
 A garlar como mugeres.  
 ¿ Ha entendido ? punto en boca. »

Metió su jaco en la cuadra,  
 Tomó la escalera lóbrega  
 De la torre y pidió al punto  
 Cena fuerte y cama cómoda.  
 Y por mas que ensartó el viejo  
 Unas preguntas tras otras,  
 No le sacó mas palabras  
 Que *estad listo y punto en boca.*

Y no mintió el mensajero,  
 Pues de su lecho de rosas  
 Del dia siguiente apenas  
 Se levantaba la aurora,  
 Cuando el señor del castillo  
 Sobre una yegua fogosa  
 Cruzaba el puente seguido  
 De unas catorce personas.  
 Dos eran damas cubiertas  
 Con largos velos, las otras  
 Criados, y gente de armas  
 De faz amenazadora.

Y en verdad que se talante  
 Y aparicion misteriosa  
 Nada de bueno auguraban  
 A hablar como gente de honra.

Tenia aquel castillo  
 Todo en redor del monte en que se alzaba  
 Un frondoso y ameno parquecillo  
 Donde un arroyo limpio murmuraba;  
 Y entre guijas bullando,  
 Por entre árboles mil serpentéando,  
 Ya en remansos sus aguas deteniendo,  
 Ya por cuevas sus aguas despeñando,  
 El parque por dó quier iba cubriendo  
 De gruesos chopos ó de césped blando,  
 Dando al par su corriente cristalina  
 Música y sombra á la mansion vecina.

El espeso follage  
 Y la fresca estension de su ramage  
 Entoldando la yerba en el estío,  
 Y en el invierno crudo  
 Guardando el valle contra el cierzo frio  
 Penetrante y agudo,  
 A la paz y al reposo convidaban,  
 Y así á su rica amenidad venian  
 Y en su centro anidaban  
 Mil avecillas que hasta allí llegaban  
 Y contentas en él se guarecian.  
 No habia allí tocado por fortuna  
 Del hombre protector la torpe mano;  
 Y sin lesion alguna  
 Prosperaba en invierno y en verano.

En sus cuadros campestres  
 Sin ayuda de riegos, ni semillas,  
 A su capricho y voluntad brotaron  
 Mil rosales silvestres,  
 Que del agua las márgenes bordaron  
 Con varia multitud de florecillas;  
 Y en medio de ellas sin pudor se alzaron  
 Tal vez de sus colores envidiosas  
 Amapolas y malvas temblorosas,  
 Romero y madreselvas amarillas.  
 Ni tampoco faltaron  
 En el vicioso césped escondidos  
 Los lirios por el sol descoloridos,  
 Los jacintos morados,  
 Las anchas hacederas,  
 Las pródigas junqueras,  
 Y las altivas y sonantes cañas  
 Rodeadas de mimbres y espadañas;  
 Y aun al pié de una peña guarecidas  
 Del cierzo y de las ráfagas inquietas,  
 Se levantaron de perfume henchidas  
 Tempranas y odoríferas violetas.

Aquí pues una tarde  
 Ya cercano á su fin el claro día,  
 Al pié de una cascada  
 Que la corriente hacia  
 Por cima de una peña despeñada,  
 En el mullido césped recostada  
 Una niña hermosísima se vía.  
 La sien sobre la mano,  
 Sobre la yerba el codo

Permanecia inmóvil, de tal modo  
 Que alguno la juzgara fácilmente  
 De acertado escultor obra excelente  
 Trasunto de un modelo soberano.  
 Sus dulces ojos de tristeza llenos  
 Fijos en la corriente fugitiva  
 No brillaban amantes y serenos,  
 Antes ¡ay Dios! de lágrimas henchidos,  
 Y á través de una lágrima ardorosa  
 Miraban la corriente distraídos  
 Con espresion doliente y lastimosa.  
 Y su frente nublada  
 Con hondos pliegues de dolor sulcada,  
 Su faz descolorida y ojerosa,  
 Y sus mejillas faltas  
 De su matiz purísimo de rosa.  
 Demostraban bien claro  
 Que en su cándido espíritu inocente  
 El pesar se cebó traidoramente.  
 Ella en sus pensamientos embebida  
 De su propio aislamiento se olvidaba,  
 Y el aura, estremeciéndole atrevida  
 Los ligeros adornos  
 Con que cubierta su beldad llevaba,  
 Sus puros y bellísimos contornos  
 Descubria á traicion cuando pasaba.  
 Y el hombro torneado,  
 Y el trasparente cuello,  
 Y el pecho entre los rizos mal velado  
 De su rubio cabello  
 Por la espalda y los hombros destrenzado,  
 Y sus menudos piés mal escondidos  
 Entre los pliegues de la suelta falda  
 Deshechos á los soplos atrevidos  
 Del aura licenciosa,  
 Todo sin gran pesar lo descubria  
 La vista cuidadosa  
 De un viejo peregrino que subia  
 Por la empinada cuesta trabajosa.  
 Y aunque avanzaba el viejo  
 Cada vez con mas prisa y mas recato,  
 La niña sin consejo  
 No curaba, abismada en su amargura,  
 Los hechizos velar de su hermosura.  
 Y así mientras el viejo peregrino  
 Por la cuesta subia  
 Con cada pié menguando su camino,  
 La hermosa niña sin temor yacia  
 A sus solas llorando su destino.  
 Llegó por fin donde el arroyo manso  
 Para rodar mejor por la cascada  
 Parándose tenaz labró un remanso,  
 Y con voz cariñosa  
 Y sonrisa halagüeña  
 Dijo á la niña: « ¿ Qué haces, Blanca hermosa,  
 Tan sola en esa peña? »  
 Y en sí volviendo con su voz la niña  
 Los ojos en redor tendió asombrados

Y ¿Quién me nombra? preguntó risueña.

— ¿Quién sino yo, la replicó el viagero,  
Que de tu mal dolido

Librarte dél ó consolarte quiero?

— ¡Ay señor! dijo Blanca suspirando,  
Que completo mi mal no habeis sabido  
Cuando me estais remedios augurando.

— ¿Quién sabe, ¡pobre niña! si mi ciencia  
Podrá alcanzar para tu mal remedio?

— ¿Tan sabio sois?

— Tan sabio,

Que tal vez si me cuentas por tu labio  
Todo el mal que padeces

Creo tener para curarle medio. »

Quedó Blanca mirando al peregrino,  
Tal promesa y palabras escuchando,  
Y á su lado sentándose el buen hombre  
Desta manera á Blanca siguió hablando :

« ¿No es tu padre un hidalgo poderoso

Señor de ese castillo?

Di ¿no es tambien tu madre

Esa hermosura de quien es esposo?

— ¡Ay! ni él parece á la verdad mi padre,

Ni ella fué nunca sino monstruo odioso

Que me robó mi paz y mi ventura,

Envidiosa tal vez de mi hermosura.

— ¿Con que es tan bella y tan...

— No hablemos de ella.

Que solo con oír su nombre infando

Se me estremece el corazón temblando,

Y por ella no ceso

De vivir suspirando.

— ¿Tan dañina ha de ser quien es tan bella?

— Creedme que lo es : por ella solo

Yo que nací contenta y virtuosa,

Yo que siempre viví tranquilamente

¡Ay! de oveja inocente

Me he trocado en serpiente venenosa.

Porque nací señora

Y ella esclava me ha hecho,

Menos que esclava sí, que á cada hora

Con el puñal agudo

De una injuria mortal me hiere el pecho.

Ella me hizo á mi padre aborrecida,

Y así ¡ay de mí! cuando á mi padre acudo

Él maldice colérico mi vida.

Porque todo su amor, por ella hurtado

Ella sola lo tiene, y avarienta

Del cariño y del oro

Que mi mísero padre la ha mostrado,

Las tristes horas de mi vida cuenta

De su amor heredera y su tesoro.

Y así paso la vida

Viéndome á todas horas despreciada,

Sin duelo castigada

Mi belleza, si existe, y maldecida.

Y dan por hijas de una mente loca

Las sentidas razones de mi boca,  
Llamándome, si misera me quejo,  
Atrevida mozueta sin consejo.

Y los viles vasallos que me miran  
Tan sola y sin amparo

No hallan en injuriarme algun reparo,

Y olvidando el respeto que me deben

Todos á la hija del señor se atreven.

Y yo ¡triste de mí! sin mas consuelo

Que llorar á mis solas con mi duelo,

De los míos mofada y los estraños,

Sin esperar favor de tierra y cielo

Huir contemplo mis floridos años;

Y á solas me consumo,

Y en lágrimas mi vida se deshace

Cual flor que el rayo desvanece en humo. »

Y así diciendo la apenada Blanca,  
Con iracunda mano

Los bellos rizos de su frente arranca,

Y ofende su semblante soberano,

Maldiciendo á la faz del peregrino

La injusticia fatal de su destino.

Hasta que él sujetándola los brazos

Y teniéndola en nudo cariñoso

Asida dulcemente,

Con amorosa voz y acento amigo

La dijo así teniéndola consigo :

« Serena ¡hermosa mia!

Serena sí, tus ojos de paloma,

Que ya feliz de tu ventura el dia

Por el oriente purpurino asoma.

Escucha ¡Blanca bella!

La voz enamorada

De tu libertador, y oirá en ella

Tu alma acojugada

Consoladora música encantada.

Yonací ¡oh Blanca! en tierras muy remotas

Rico y feliz, pero la suerte avara

Dicha muy breve me vendió muy cara .

Todas al fin mis esperanzas rotas

Juguete de la suerte me hallé un dia,

Y en brazos me lancé de la fortuna

De ella y de mí sin esperar ninguna.

Largo tiempo á través de las fatigas

Erré cruzando el arenal del mundo

Ya por campo feraz rico de espigas,

Ya por campo erial lleno de espinos,

Ya por montaña estéril,

Ya por valle fecundo

Surcado por arroyos cristalinos,

Del invierno arrostrando los furores .

Y espuesto del verano á los ardores.

Pasé al fin por tu pátria ¡Blanca hermosa!

Y al punto en que te vi, ciego y sin tino

Corriendo tras tu huella luminosa

Perdí mi pensamiento y mi camino.

Lancéme tras de tí, seguí tus pasos,

Atravesé la Francia  
 Y llegué de Borgoña á la frontera  
 Siempre en pos de tu rápida litera  
 Ahora responde ¡oh Blanca! yo soy dueño  
 De un país rico y fértil y lejano.  
 Esto que ves en mí todo es un sueño;  
 Este viejo disfraz con que me embozo  
 Encubre como ves un noble mozo;  
 Si me quieres seguir, esta es mi mano.»

Y así hablando el fingido peregrino  
 El bizarro semblante  
 De su postiza barba separaba,  
 Y su semblante juvenil mostraba  
 De valor nobilísimo radiante,  
 Y la niña infeliz le contemplaba  
 Cual bella aparición que ante la vista  
 El viento cruza y en el viento posa,  
 Y va sobre una ráfaga imprevista  
 Iluminando el aura vagarosa.

Con sonrisa pueril, con mano incierta  
 La creída vision contempla y toca,  
 Y á concebir no acierta  
 Una idea su mente, un ¡ay! su boca.  
 Que la triste al pesar acostumbrada  
 Inaccesible al bien escucha y mira  
 Y á la voz del placer embelesada  
 Tal vez por no ahuyentarle no respira.

Mas mientras ella goza  
 Con la idea del bien que aun no comprende  
 Y el pensamiento con los ojos tiende  
 Por el azul espacio cristalino,  
 Siguió de esta manera el peregrino:  
 « ¡Blanca pura y hermosa!  
 Yo te puedo tornar rica y dichosa:  
 Yo puedo sustraerte  
 Llevándote conmigo  
 De una existencia triste y trabajosa,  
 Que acaso ¡ay Dios! te llevará á la muerte.  
 Pero tu honra es primero,  
 Y pues nací con honra y caballero  
 Obtendré de tu padre la licencia,  
 O forzaré su gusto  
 Si á nuestro bien opone resistencia.  
 — ¡Ay! ¡si de él esperais consentimiento  
 Jamás le otorgará!

— Con tiempo y maña  
 Todo es fácil. Yo tengo un pensamiento  
 Que, ayudándome tú, ¡querida mía!  
 O neciamente el corazón me engaña,  
 O de tu libertad despunta el día.  
 Escucha, Blanca, bien: en el sosiego  
 De una tarde serena,  
 Cuando tu gente salga  
 Por la floresta amena,  
 Al compás de un laud el peregrino  
 Cantará dulcemente  
 Los himnos del monarca penitente.

Y la música ¡oh Blanca!  
 Es talisman que lo imposible vence  
 Y del alma mas terca y mas bravía  
 El pensamiento mas feroz arranca.  
 Por una sola noche  
 Demandaré un albergue en el castillo,  
 Y sin que nadie á sospecharlo alcance  
 En el silencio de la noche umbría  
 A solas con tu padre razonando  
 Lograré que consienta; y mas llegando  
 A saber con mi nombre  
 La razon de dejar la pátria mia.»

Y aquí corta el cronista  
 De quien copio esta historia  
 El hilo de su cuento, y no hallo justo  
 Poner yo lo demas de mi memoria.  
 Solo nos dice al cabo de dos hojas  
 De inútil razonar, que ambos amantes  
 De una acacia á los piés se despedían,  
 Jurándose por vida ser constantes  
 Al amor que los dos se prometían.  
 Lo que el viejo hablaría no se sabe,  
 Mas creo que seria bueno y mucho,  
 Pues era en tales lances harto ducho  
 El tal romero, y el negocio grave.

Ello es, caro lector, que anochece,  
 Y apartados al fin, con paso lento  
 Cada cual á su albergue se volvía,  
 Él al lugar á meditar su intento,  
 Y ella á sus torres á esperar el día.

## CAPITULO IV.

EN DONDE VERA EL LECTOR, SI TIENE PACIEN-  
 CIA, EL FIN DE LA COMENZADA HISTORIA.

Era una noche del abril serena,  
 La luna en el zenit resplandecía  
 Y el aura erraba de perfumes llena  
 Que en las tempranas flores recogía.  
 De esas noches azules, deliciosas,  
 Que solo ideas de placer producen,  
 Y que solo para almas venturosas,  
 Para escenas de amor voluptuosas  
 Con fugitivos resplandores lucen.  
 Todo yacía en lánguido reposo  
 En torno del castillo solitario,  
 Circundado de ambiente vaporoso  
 Cuyo velo entoldaba misterioso  
 La lejana estension del campo vario.  
 Todo en tranquila soledad yacía,  
 Y solo alguna vez lánguido y lento  
 Partido en frases sin compás se oía  
 Un pausado cantar que se perdía  
 Por la tranquila cavidad del viento.  
 Y esta es la única voz que en muchos años  
 El nocturno silencio ha interrumpido  
 De este castillo triste abandonado,

Y esta es la única voz que han repetido  
De sus bóvedas hondas por los huecos  
Los recónditos ecos  
Ya á los acentos del placer estraños.

Las aves que se anidan  
En sus rotas almenas  
El insólito canto oyen medrosas,  
Los pardos ojos asomando apenas  
Por las grietas añosas :  
Y con el són estraño desveladas  
Sus ecos por el aire desparcidos  
Alguna vez apoyan asustadas  
Con graves y monótonos graznidos.

Y el castellano en tanto  
Señor de aquella antigua fortaleza  
Paga de un viejo trovador el canto,  
Haciendo ostentacion de su grandeza.  
Y le paga el cantor el hospedage  
Dejando á un lado su bordon bendito  
Para cantar la historia de su viage  
Mientras el huésped sacia su apetito.  
En medio de un salon entapizado,  
Sobre mesa anchurosa  
Y delante de una ancha chimenea  
Magro tasaño humea,  
Y de las llamas al amor sentado  
Enfrente de la hermosa castellana  
El baron se harta del castillo dueño ;  
Y da al placer el tiempo que es del sueño,  
La voluntad torciendo soberana  
Con que Dios hizo al mundo,  
Cuando animado el caos dó yacia  
La negra noche separó del día.

A sus piés y en un pico de la alfombra  
De la llama á la sombra  
Entonaba su cántico divino  
Un sonoro laud pulsando diestro  
El mismo misterioso peregrino,  
Que de figura y caracteres muda  
De Blanca por amor, y que sin duda  
En música y amor es gran maestro.  
Las viandas gustaba  
Blanca en silencio mientras él cantaba,  
Y si su padre el cántico aplaudía  
Con recelosos ojos le miraba,  
Y en silencio seguía :  
Mas si el baron la copa le alargaba  
El peregrino sin temor bebía :  
Y el baron al compás de las canciones  
Doblaba sin pensar las libaciones.  
Hasta que ya exaltada la cabeza  
Y alegre el corazon con el Borgoña  
Que á dejarse sentir acaso empieza,  
Perdió su gravedad mal simulada  
Rompiendo en poderosa carcajada ;  
Y necia ostentacion echando fuera

Interrumpió al cantor de esta manera :

« Dejad los salmos, que en verdad, buen  
hombre,

Aunque santos son poco divertidos  
Para halagar con ellos  
De un hidalgo que cena los oídos.  
Decid ¿ cómo os llámáis ?

— No tengo nombre.

— Qué ¿ no os han bautizado ?

— El nombre que me dieron

En la pila, señor, se me ha olvidado.

— ¿ También el suyo vuestra gente ignora ?

— No hay de mi gente ahora

Ni un individuo, todos perecieron

A manos de una peste asoladora.

— Mas con nombre ó apodo

Os han de distinguir de cualquier modo.

— Llámame, gran señor, Juan del Desierto.

— Y es un nombre magnífico por cierto.

— Y otro no he de llevar, ¡ por vida mia !

Hasta que un voto que ofrecí, cumpliendo,

Con el nombre y la faz que antes tenia,

Pueda á mi patria con honor volviendo

Salir ufano ante la luz del día.

— ¿ Y cual es vuestra patria ?

— El desierto, señor. ¿ Pues no os lo dije ?

— ¡ Por Dios que sois bizarro !

No alcanzo en el desierto qué os aflige.

Volvais ó no volvais, en él ninguno

Habrá que os eche en cara

Mancha ó desdoro en vuestro honor alguno

Desde vuestro bautismo.

— Negocios son de casa y de familia

Que se han de consultar consigo mismo.

— Teneis razon, buen hombre,

Porque asi como asi por un negocio

De familia tambien, no uso mi nombre.

— Gózome pues, de haceros compañía

Pareciéndome á vos, mas con permiso,

¿ Cuando le cobrará su señoría ?

— Por ser con vos galan, al mismo tiempo

Que vos le recobreis.

— De esa manera

Vuestro nombre postizo echad á fuera

Que yo lo haré mañana antes del día.

— ¡ Que me place ! brindad con ese vaso

Para cantar mejor.

— En ese caso

Decid á quien el brindis se destina,

O dadme vuestros nombres, será á ellos.

— Brindad pues á Lotario y Argentina.

— Lo merecen ¡ pardiéz ! que son muy bellos. »

Y levantando las copas

A la par ambos á dos

Al mismo tiempo brindaron

Todo apurando el licor.

Volver al canto en seguida  
 El peregrino intentó,  
 Mas se trababa su lengua  
 Sin dar con otra canción.  
 Hasta que al dar á una estrofa  
 Un tono desgarrador,  
 Los párpados poco á poco  
 Sin concluir la cerró :  
 El cuerpo desfallecido  
 Tendiendo al dulce calor,  
 Y en sueños tal vez luchando  
 Con su enronquecida voz,  
 A quien ahoga la estrecha  
 Dificil respiración.

Esto que vió del castillo  
 El soñoliento señor,  
 « Lo entiende, dijo mirándole,  
 « ¡Sigámosle voto á Dios! »  
 Y asiéndose de su esposa  
 Para tenerse mejor,  
 « ¡Alúmbrame! » dijo á Blanca  
 Y en su cámara se entró.  
 Quedó la estancia en silencio  
 Sin oirse al derredor  
 Mas que el chispear de los tizos  
 Y de las llamas el són.  
 Mas apenas en la puerta  
 Blanca otra vez pareció,  
 Cuando el peregrino alzándose  
 Con rápida precaucion  
 Asiéndola de las manos  
 Hablóla en este tenor :  
 « Blanca, esta noche conmigo  
 Otro peregrino entró,  
 Búscales y á este aposento  
 Tráemele al punto.

— Señor,

¡Qué intentais!

— Que no haya obstáculo

En tu padre á nuestro amor.  
 Yo sé que tengo palabras  
 Con que ponerle en razon  
 Y es un secreto que importa  
 Consultarlo entre los dos.  
 — Pero...

— ¿Me amas...? ¿quieres necia  
 A tu vida de dolor,  
 A tus antiguos pesares  
 Volver para siempre?

— ¡Ah! no.

— Pues obedéceme y calla,  
 Que te juro por mi honor  
 Que has de ser esposa mia  
 Tras esta conversacion. »

Y hablando así el peregrino  
 Blandamente la empujó  
 Y á la puerta la condujo  
 Cerrándola de ella en pos.

De este negro castillo abandonado  
 En cómodo y recóndito aposento  
 Triste y opacamente iluminado  
 Con la luz amarilla  
 De escasa y embozada lamparilla,  
 Vino á esconder su amor á otro robado  
 La que antes fué condesa de Castilla.

¿Qué importa que su esposo  
 Llore en su yermo y despreciado lecho  
 La herida que ella le dejó en el pecho,  
 Si ella rie su impúdica torpeza  
 En brazos del amante licencioso  
 Que goza en paz de su fatal belleza?  
 ¿Qué importa, sí, que llore y desespere,  
 Como ella con su amante nunca espere  
 Que sepa el infeliz su oculto asilo,  
 Para que nunca pueda  
 Ir á turbar su porvenir tranquilo?  
 Mas ¡ay! que mal discurre quien mal obra;  
 Y al fin burlada su esperanza queda  
 Cuando tal vez la precaucion le sobra.

Ignoraba tal vez el mundo entero  
 De la esposa perdida la morada,  
 Del pérfido galán el paradero,  
 Y Castilla indignada  
 Y la misma Tolosa avergonzada  
 Las huellas les seguian,  
 Y topar con su rastro no podian :  
 Y Argentina y Lotario  
 Reposaban en blando y dulce sueño  
 Dentro de su castillo solitario  
 Y ella apenas dormida  
 Del fuerte cuello de su amante asida,  
 Y á medias descubierta,  
 Leve sonrisa sobre el fresco labio  
 Y en él palabra produciendo incierta  
 De amante pensamiento concebido,  
 Con el cabello en rizos destrenzado  
 Y en la almohada tendido,  
 Y el pecho contornado levemente  
 Tras el lino sutil y trasparente,  
 Estaba ¡vive Dios! cual nunca hermosa,  
 Como nunca á la mente de algun niño  
 La casta imagen del primer cariño  
 En sueños se ofreció resplandeciente.  
 Él reclinado entre sus brazos bellos  
 Y tal vez harto de placer, dormia  
 Mullido cabezal hallando en ellos.  
 Pero sonó á deshora  
 Confuso són de pasos por la estancia,  
 Y faltando la luz consoladora  
 Menguaba de los pasos la distancia.  
 Y una persona que llegaba á oscuras  
 Con pié callado y precaucion traidora  
 Del lecho asíó las anchas colgaduras.  
 « ¿Quién va? » dijo Lotario despertando,  
 Mas no oyendo respuesta

Iba á saltar del lecho  
 Cuando su golpe por su voz guiando  
 Un agudo puñal llegó á su pecho,  
 Ante sus ojos vengador brillando.  
 Lanzóse al punto la infeliz belleza  
 Un socorro á implorar desatinada,  
 Y en brazos del incógnito cayendo  
 « ¡Amparadme! » gritó desalentada.  
 Mas en la sombra sujetarse viendo  
 Transida de terror, y maravilla  
 « ¿Quién está aquí? » pregunta vacilando,  
 Otra voz á la suya contestando :  
 « ¿Quién ha de ser? El conde de Castilla. »  
 Cayó de hinojos Argentina al suelo  
 Con dolorosa voz y amargo duelo,  
 Piedad clamando al conde,  
 Pero él con ronca voz, « en vano esperas, »  
 En la sombra responde,  
 « Que resolví tan bien tu desventura  
 Que, por no vacilar con tu hermosura,  
 Maté la luz porque á mis piés murieras. »  
 Y animando su ofensa á su venganza  
 Se dispuso á cumplirla  
 De la infeliz muger sin esperanza  
 Buscando el corazon antes de herirla.  
 Siguióse un ¡ ay! que se apagó en el viento,  
 Y un momento despues del golpe duro  
 En su recinto oscuro  
 Solo guardaba sangre el aposento.

—  
 Cuando entró Blanca otra vez  
 De la cena en el salon,  
 Tranquilamente sentado  
 Al peregrino encontró,  
 Que la barba sobre el puño  
 Y el codo sobre el sillón  
 Una cancion castellana  
 Entonaba á media voz.  
 Teñió tras Blanca al sentirla  
 El ojo escudriñador :  
 Y viendo á su compañero  
 Con ella entrar, sonrió.  
 Y á él dirigiéndose al punto  
 Con siniestra precaucion  
 « ¿Cumplistes? » dijo, y el otro  
 « Todo está ya » — contestó.  
 A cuya respuesta asiendo  
 De su capa y su bordon,  
 Con voz reposada á Blanca  
 De aquesta manera habló :  
 « Blanca mia, todo lo hice  
 A medida de mi honor;  
 Ya no te queda en la tierra  
 Otro apoyo mas que yo ;  
 Ya no se opone tu padre,  
 Dueño mio, á nuestro amor.  
 Ya somos entrambos libres,

Vamos pues donde otro sol  
 Con mas benéficos rayos  
 Alumbre para los dos.  
 — ¿ Con que mi padre?...  
 — No puede  
 Ya oponerse.  
 — Los piés voy  
 A besarle.  
 — Tente, Blanca,  
 Que es con una condicion.  
 — ¿ Cual?  
 — Que se esparza entre el vulgo  
 Con preparado rumor  
 Que él no consiente, y que huyes  
 Vencida á mi seduccion.  
 Sígueme pues, Blanca mia,  
 Que te juro por mi honor  
 Que si tus padres te vieran  
 Mudarian de intencion.  
 — ¡ Ay! yo no sé, peregrino,  
 Qué encanto hay en vuestra voz  
 Que á un mismo tiempo me halaga,  
 Y me hiere el corazon.  
 — Partamos, Blanca.  
 — Llevadme  
 Donde gustareis, señor :  
 Vos sois quien solo en la tierra  
 Cariño tal me mostró,  
 Y no creyera en el cielo  
 A poder dudar en vos. »  
 Y siguiendo el ciego impulso  
 De su puro corazon  
 Del bravo conde en los brazos  
 Blanca llorando cayó.  
 Tomóla en ellos el conde,  
 Y en el mas leve rumor  
 De sus pisadas poniendo  
 Esquisita prevision,  
 Del castillo atravesaron  
 Uno y otro corredor,  
 Unos y otros aposentos,  
 Y uno y otro caracol.  
 Y asi despacio llegando  
 A la muralla esterior,  
 El puente echaron, saliendo  
 De tan lóbrega mansion.  
 Cruzaron el parque aislado,  
 Bordearon en derredor  
 Un montecillo de abetos,  
 Y hallando tras un peñón  
 Dos caballos que sin duda  
 El peregrino apostó,  
 Montaron á toda prisa,  
 Y al repentino agujon  
 De la espuela se lanzaron  
 En un escape veloz.  
 De ellos en breves instantes  
 Solamente se alcanzó

La sombra, que de la atmósfera  
Se atenuaba entre el vapor;  
Y un punto negro por último  
Al lejos se oscureció,  
Quedando otra vez en calma  
La solitaria estension.

Y cuando al día siguiente,  
Ya casi al ponerse el sol,  
La gente que en el castillo  
Quedaba se despertó,  
Vió asombrada que su sueño  
Tan tenaz fué en conclusion  
Obra del fatal narcótico  
Que el peregrino los dió.  
En vano desatentados  
Por uno y otro salon  
En busca de ambos corrieron  
Con iracundo furor;  
Al aposento llegando  
De Argentina y del baron  
Solo hallaron sus cadáveres,  
Cuya vista daba horror.

#### CONCLUSION.

A pocas noches en Burgos  
Luminarias se encendian,  
Dulces músicas se oían  
Y alegres danzas dó quier;  
Y á las puertas del palacio  
La multitud agolpada  
Pedia desaforada  
La nueva condesa ver.

En tanto tras de los vidrios  
De sus calados balcones  
De los suntuosos salones  
Irradiando el resplandor,  
En cuadros de luz brillante  
En la plaza se pintaban,  
Y mil sombras los cruzaban  
En tropel encantador.

Y esto que via la turba  
El gozo ajeno envidiando  
Desde la plaza gritando  
Seguia con doble afan,  
Cubriendo á veces el ruido  
De sus multiples acentos  
El són de los instrumentos,  
Que dentro sonando están.

Se abrió por fin á sus voces  
Un balcon en el palacio,  
Colocáronse en su espacio  
Dos personas á la vez,

Y conociendo á sus condes,  
Rompió á una voz de repente  
En un aplauso la gente  
Espontáneo y sin doblez.

« ¡Viva el conde de Castilla! »  
Gritaba la muchedumbre,  
Y allá del aire en la cumbre  
Se oía el ¡viva! sonar.  
« ¡Viva la condesa Blanca! »  
Gritando el pueblo seguía,  
Y allá en el viento se oía  
¡Blanca! ¡viva! retumbar.

Y al són del aplauso ronco  
En el balcon recostado  
Así en tono sosegado  
El conde á su esposa habló :  
« Blanca, á la infame Argentina  
« Del mismo modo aplaudieron,  
« Y al cabo la maldijeron  
« Y al cabo la maté yo.

« Pues tan de lejos te traje  
« Para sentarte en su silla,  
« Haz que se olvide en Castilla  
« Quien la ocupó antes que tú :  
« Que de otro modo, condesa,  
« De mi trono hereditario  
« No será mas que un sudario  
« El pabellon de tisú. »

Dió el conde un ósculo amante  
En la mejilla á su esposa,  
Y los ojos ruborosa  
La bella Blanca bajó;  
Aplaudió la turba al punto  
Tan cortés galantería,  
Y al són de su vocería  
El conde el balcon cerró.

Siguió el placer con la fiesta  
Prolongado hasta la aurora  
Y de Castilla señora  
Quedó Blanca desde allí.  
Y de la torpe Argentina  
Borrada al fin la memoria  
Se guareció de la HISTORIA  
De donde á sacarla fui.

Lector, si has visto con gusto  
Cómo mis lindas francesas  
Vinieron á ser condesas,  
Por un bizarro español,  
Léelas, cómpralas y apláudelas,  
Y los cielos son testigos,  
De que quedamos amigos  
Para mientras dure el sol.

## LEYENDA TERCERA.

## MARGARITA LA TORNERA.

## TRADICION.

## INVOCACION.

¡Espíritu sublime y misterioso  
Que del aire en los senos escondido  
Templas su voz, prestándole armonioso  
Eco gigante ó soñoliento ruido;  
Arcángel cuyo canto melodioso  
El orbe arrulla ante tus piés tendido,  
Inspira tú palabras á mi acento  
Gratas como la música del viento!

Porque ¿quién como tú me las daría?  
Tú, cuya voz dulcísima murmura  
En la quietud de la floresta umbría,  
Y del bosque salvaje en la espesura,  
Y en los gemidos de la mar bravía,  
Y en los murmullos de la sombra oscura,  
Y cuanto tiene inspiracion ó acento  
Tonos te pide para usar su aliento.

¿Quién como tú la inspiracion me diera  
Y la armonía celestial y santa,  
Y la robusta entonacion severa  
De que carece mi mortal garganta?  
Cruzar los lindes de tu azul esfera,  
Medir audaz la inmensidad que espanta  
No osara, no, mi pensamiento vano  
Sin el auxilio de tu santa mano.

Y tú, radiante y peregrina estrella,  
María, de los mundos soberana,  
Madre sin mancha, compasiva y bella,  
A quien adoro en ilusion lejana  
Cual faro santo que en mi fé destella,  
Mi voz perdona, si mi voz profana  
Osa hablar de tu amor y tu hermosura  
Con lengua pobre, terrenal é impura.

Sé que mis ojos, inmortal Señora,  
La gloria manchan de tu faz divina;  
Indignos ¡oh celeste emperadora!  
Son de mirar tu sombra peregrina;  
No merece mi lengua pecadora  
Ser alfombra á tu planta cristalina,  
Mas deja al fin ¡oh luz de mi esperanza,  
Que aice un himno mi voz en tu alabanza!

¡Venid los que llorais! oid mi canto  
Los que creéis en la virtud y el cielo:  
Venid, almas transidas de quebranto,  
Venid á oírme y hallareis consuelo,  
Vereis lucir tras la tormenta oscura  
Un rayo de esperanza y de ventura.

## I.

## EL PADRE Y EL HIJO.

Dicen que en una ocasion  
(El año no hace á la esencia  
Del hecho) habia en Palencia  
Un tal Don Juan de Alarcon.

No era de Palencia el tal,  
Mas su padre residia  
Allí, porque allí tenia  
Crecidísimo caudal.

Gil, era el nombre del padre  
Viudo desque Juan vivió,  
Pues el muchacho nació  
Dando la muerte á su madre.

Adoraba el buen Don Gil  
En su hijó, y era Don Juan  
El mancebo mas galan,  
Mas generoso y gentil

Que en Palencia se encontraba;  
Siempre de amigos cercado,  
Siempre de ellos festejado  
Puesto que él siempre pagaba.

Ello es cierto que por mas  
Que el padre le amonestó,  
Un libro jamás abrió  
Ni oyó un maestro jamás.

Pero en cambio era el mejor  
Que habia en todo Palencia  
Para armar una pendencia  
O enmarañar un amor.

Arrinconaba á un maestro  
Tirando la espada negra,  
Y dicen que fué á Consuegra  
A desafiar á un diestro,

Y sacándole á reñir  
Matóle y tomó su dama,  
Con lo cual creció su fama  
Lo imposible de decir.

Iba pues todos los dias  
En auge, con sus estrañas  
Y turbulentas hazañas  
Hechas en las cercanías.

Pues, aunque áspero de genio  
É indolente, el tal Don Juan  
Era mozo muy galan  
Y de ventajado ingenio.

Cada noche andaba en vela  
Por una nueva beldad,  
Y daba gozo en verdad  
Verle tocar la vihuela.

Cantaba que era delicia,  
Y sabia centenares  
De endechas y de cantares  
Que rebosaban malicia.

Y tan jóven, tan apuesto,  
Tan bello y con fama tal,

Dueño de tan buen caudal  
Y á cualquier lance dispuesto,  
Era en todos los partidos  
Entre rondas y querellas  
El cucú de las doncellas  
Y el coco de los maridos.

Que no hay una cuya reja  
A su reclamo no se abra,  
Ni le esquite una palabra  
Dicha de paso á la oreja.

No hay casado cuyo sueño  
Su voz no turbe ó asombre,  
Ni marido que á su nombre  
No frunza un tantico el ceño.

Y el buen Don Gil, que sabía  
Las proezas de su hijo,  
Le amonestaba prolijo  
Cada noche y cada día.

Mas él seguía sin tono  
Dando brida á sus locuras  
Y diciendo « que aventuras  
Buscar, era su destino. »

Envióle á Valladolid,  
Mas fué en la universidad  
De rebeldes capataz  
Y de zambras adalid.

Él fué haciendo mil papeles  
En rondas y francachelas,  
El alma de las vihuelas  
Y el terror de los bedeles.

Y causador de las bullas  
Y arrestos estudiantiles,  
Azotó á los alguaciles  
Y acuchilló las patrullas.

Quisóse usar de rigor  
Con él, y sentó tan mal,  
Que un día en la catedral  
Se agarró con un doctor.

Tomaron otros la injuria  
Tan á pechos, que cerraron  
Sus cátedras, y aun hablaron  
De Don Juan con harta furia ;

Mas sus palabras contadas  
Ante él, en un claustro pleno  
Presentóse, y lo hizo bueno  
Con muchos á bofetadas.

Un canónigo muy viejo,  
Pariente suyo, le dió  
Quejas, á que él respondió  
Con insolente despejo :

« Que tenía el alma seca  
De hablar de legislación  
Y que sentía intencion  
De quemar la biblioteca. »

En fin no hallando mas medio  
De estar en seguridad  
Mandaron que la ciudad  
Despejara sin remedio.

Él decidió resistir  
La órden cuanto pudiera,  
Pero tan precisa era  
Que al fin fué fuerza partir.

Salió, si, de la ciudad,  
Pero á caballo y de día  
Con tal pompa y osadía  
Que fué escándalo en verdad.

Volvióse á Palencia pues,  
Y en su caballo mejor  
Entró cual conquistador  
La misma tarde á las tres.

Recibióle el buen Don Gil  
Irritado y con razon ;  
Pidióle el mozo perdon,  
Culpó su ardor juvenil,

Pintóse muy ultrajado  
Por la estudiantil canalla,  
É hizo justa la batalla  
A que le habian provocado.

Forjó un enredo chistoso  
Con el rector y una moza  
Que vino de Zaragoza  
Con oficio no piadoso ;

Y contó tan peregrinos  
Lances de entrambos, que el viejo  
Tuvo por mejor consejo  
Reírle sus desatinos.

Y como era de pensar  
Tras tan exótica risa,  
Diéronse ambos buena prisa  
Lo pasado en olvidar.

Tornóle el padre á sus brazos  
Y perdonó en conclusion,  
Que al cabo los hijos son  
De las entrañas pedazos.

Tornó á ser pues lo que era :  
Y quedaron finalmente  
El padre tan indulgente  
Y el hijo tan calavera.

—  
Viven el padre y el hijo  
Frente por frente á unas monjas  
Que un esquilon les repican  
Que veces en cada hora.  
Don Gil, que es hombre devoto  
Y acosado de la gota,  
De tal vecindad se alegra,  
Mas de ella Don Juan se enoja.  
Dice el pabre : « Aquí tenemos  
Misa, jubileo y honras,  
Pláticas y ejemplos santos,  
Que al cabo jamás estorban. »  
Dice el hijo : « ¡ Qué demonio !  
Es una calle tan sola...  
No hay en toda ella una reja  
Util á cita ni á ronda. »

Dice el padre : « Esas benditas  
 Están ganando la gloria  
 Y encomendando al Eterno  
 Sus vecinos... ¡él las oiga! »  
 Dice el hijo : « Esas mugeres  
 Se están como unas marmotas  
 Toda su vida encerradas,  
 ¡ Vaya una aprension diabólica! »  
 Dice el padre : « El capellan,  
 Que es doctisima persona,  
 Me tiene continuamente  
 Conversaciones sabrosas. »  
 Dice el hijo : « ¡ Si á lo menos  
 Hubiera una buena moza  
 A quien decir cuatro flores... !  
 Serán unos cocos todas. »  
 Y el padre : « Nada me falta  
 Para una vejez dichosa,  
 La iglesia y la plaza cerca,  
 Casa y rentas que me sobran. »  
 Y dice el hijo : « Por último,  
 Haremos una intentona  
 Al ver si las enjauladas  
 Son lechuzas ó palomas. »  
 Y así el padre y así el hijo  
 Distintos proyectos forman  
 Aquel con sus devociones  
 Y estotro con sus devotas.  
 Don Gil reza y oye misas  
 Tres ó cuatro, una tras otra,  
 Y Don Juan acecha atento  
 La morada misteriosa.  
 Va de continuo á la iglesia  
 Y al pié del coro se aposta,  
 Troneras y celosias  
 De dia y de noche ronda.  
 Mas ni ve, ni alcanza nada,  
 Pues entre verjas y tocas  
 Todas son blancas visiones  
 Que á lo lejos se evaporan.  
 Si llama al torno — ¡ *Deo gratias!*  
 Responde dentro gangosa  
 Una voz que huele á vieja  
 Y suena á campana rota.  
 Él, pide agua de algive,  
 Y escapularios y tortas  
 Por echar una puntada  
 Sobre si hay muchas ó pocas  
 Madres, ancianas ó jóvenes,  
 Y por mas que á la rectora  
 Alaba, y á las novicias,  
 Y á la que el órgano toca,  
 Y á las que cantan en coro,  
 Y á la salmista que entona,  
 Y hasta á la vieja beata  
 Que afuera pide limosna,  
 Es inútil su destreza,  
 Nada adelanta ni logra :

Siempre á sacar viene en limpio  
 Noticias que no le importan :  
 La novena de Santa Ana,  
 El sermon del padre Acosta,  
 La nueva casulla verde,  
 La falda de santa Rosa,  
 Cosas de que gusta el padre,  
 Que es viejo y que tiene gota,  
 Pero que al hijo concluyen  
 Por remontarle la cólera,  
 Y al cabo sale diciendo :  
 « ¡ Bruja condenada y chocha  
 Que nunca responde acorde  
 Ni dice cosa con cosa! »  
 Desistió pues del empeño,  
 Mas fué temporada corta,  
 Merced á un nuevo incidente  
 Que al cabo picó en historia.  
 Llevóle su padre á misa  
 Un dia casi á la aurora :  
 Ya habia en la iglesia gente,  
 Aunque soñolienta y poca.  
 Oraba el padre de hinojos  
 En un pico de la alfombra  
 Que disimulaba en parte  
 La humedad de las baldosas,  
 Y él recostado en las verjas  
 Del coro, en dulces memorias  
 Dejaba vagar perdida  
 Al ánima irreligiosa.  
 Ya sonreia afectado  
 Por ideas seductoras,  
 Ya el entrecejo fruncia  
 Por negros recuerdos de otras :  
 Y tan absorto se hallaba  
 Con sus visiones gloriosas,  
 Que ya alzaba el sacerdote  
 La sacratisima forma  
 Y él sin bajarse á adorarla,  
 En su quietud silenciosa  
 Continuaba con escándalo  
 Del pueblo que cree y adora.  
 Y á la verdad que no era  
 Culpa enteramente propia,  
 Pues parte habria del diablo  
 La malicia tentadora.  
 Ello es que él á sus espaldas  
 Sintió señal cautelosa  
 Que le arrancó de sus vanas  
 Visiones encantadoras,  
 Y una voz que le decia  
 Limpia, argentina y sonora :  
 « *De rodillas, caballero,  
 Que están alzando la hostia. »*  
 Y el advertido y curioso  
 De hinojos cayó en las losas,  
 Pero volviendo la cara  
 Al maestro de ceremonias.

Era el tal una monjita,  
Que al notar la codiciosa  
Mirada del mozo en ella,  
De rubor se puso roja,  
Bajó los ojos al suelo,  
Sobre el pecho vergonzosa  
Dobló la cerviz, y humilde  
Tocó la tierra y besóla.

Mas encontrando al alzarse  
La mirada abrasadora  
Del mozo clavada en ella,  
Levantóse presurosa.

Don Juan, advirtiendo astuto  
Que se iba y que estaba sola,  
Asió la ocasion propicia,  
Y á desvanecerse pronta.  
— ¡Chist! la dijo, con la mano  
Llamándola. Hermana, oiga  
Una palabra.

*La Monja.* ¿Qué quiere?

*D. Juan.* ¿Sois tal vez la superiora?

*La Monja.* ¡Yo, señor! soy la tornera.

*D. Juan.* ¡La tornera! sois muy docta

Para oficio tan servil

Y diestra remedadora

De acentos, pues respondeis

¡*Deo gratias!*... tan temblorosa,

Que mas parece que vuestra,

La voz de una setentona.

*La Monja.* Ved qué decís, caballero,

Que yo no he sido hasta ahora

Tornera, y lo soy este año

Por muerte de Sor Leoncia.

*D. Juan.* ¿Murió la pobre?

*La Monja.* Murió.

Mas mirad que se prolonga

La conversacion y...

*D. Juan.* Es cierto:

Si fuerais vos...

*La Monja.* Servidora

Vuestra.

*D. Juan.* Callada y prudente...

*La Monja.* Cuando la prudencia importa,

Yo soy obediente y...

*D. Juan.* ¡Bueno!

Si no desplegaís la boca,

Yo os prefiero á la abadesa.

*La Monja.* No hay abadesa, es priora.

*D. Juan.* A la priora, es lo mismo,

Para hablaros de una cosa,

De un secreto que interesa.

*La Monja.* ¡Secreto!

*D. Juan.* A la mayor honra

gloria de Dios, y vuestra.

*La Monja.* ¿Mia?

*D. Juan.* Pues, y de las monjas.

*La Monja.* Decídmelo.

*D. Juan.* Es imposible,  
Espacio ha de ser y á solas,  
Y pronto, pues urge mucho.

*La Monja.* ¡Ay Dios!

*D. Juan.* ¡Eso es! ya medrosa

Vais á publicarlo todo

Y vais... vaya, ¿teneis hora

En que poder escucharme?

Porque es fuerza que persona

De la casa me segunde

La intencion.

*La Monja.* Como no escoja

La de maitines...

*D. Juan.* ¿De noche?

Mejor es que ninguna otra.

¿Y en dónde os veré?

*La Monja.* En la reja

De esa capilla; me toca

Velar esta noche.

*D. Juan.* ¡Bueno!

No falteis.

*La Monja.* Estaré pronta.

En oyendo la campana...

*D. Juan.* Sí, mi casa está muy próxima.

La oigo bien.

*La Monja.* Pues hasta luego.

*D. Juan.* Adios, hermana... ¡y memoria!...

Salió la monja del coro,

Don Gil con su pierna coja

Salió acabada la misa,

Y Don Juan, el alma loca

De gozo, atisbó la reja

Citada, y buena juzgóla

Para el caso, en sí diciendo:

« ¿La niña ¡eht! si será tonta? »

## II.

### INSENSATEZ Y MALICIA.

La media noche era dada,

Y aun tocaban á maitines

Los esquilonos agudos

Con discordante repique,

Cuando Don Juan de Alarcon,

Dichoso en amor y en lides,

Tomaba punto en la calle,

Despreciando la molicie

De la cama, y sin cuidar,

De que en el vulgo le tilden

La ronda, si se descubre

O hay lance que la complique.

Largo y toledano acero

Bajo la capa se ciñe,

Por si salen á campaña

Curiosos ó ministriles.

Por lo demas, su disfraz

Maldito lo que le alfige,

Solo de su ropa y cara  
 En todos lances se sirve,  
 Pues no le importa que nadie  
 Le conozca, ni le mire  
 Por donde quiera que vaya,  
 Pase, espere, oiga, ó platique.  
 Por consiguiente Don Juan  
 Impertérrito prosigue  
 Esperando que la reja  
 O se ocupe ó se ilumine.  
 Y está la noche á propósito,  
 Pues pardas nubes impiden  
 A la encapotada luna  
 Que en toda su fuerza brille;  
 De modo, que siendo á un tiempo  
 Clara y nublada, despide  
 Luz para quien luz desea,  
 Sombra para quien la pide.  
 Todo en Palencia reposa  
 Que es ciudad pobre, aunque insigne,  
 Y alberga de labradores  
 Gran parte y de gente humilde,  
 Y es fuerza que pues madrugan  
 Largas horas no vigilen.  
 Ni pasos pues, ni rumores  
 De vivientes se perciben;  
 Oyese solo del aire  
 El són prolongado y triste,  
 Y el ladrido de los perros  
 Que ecos lejanos repiten.  
 Suena á lo lejos el órgano,  
 Y vienen á confundirse  
 Con sus cláusulas, del viento  
 Las ráfagas invisibles  
 Que de las torres perdidas  
 En los calados sutiles  
 Murmuran, silvan, ó zumban,  
 Chillan, retumban ó gimen.  
 Horas medrosas son estas  
 En que la mente concibe  
 Larga turba de fantasmas  
 Que estorban aunque no existen.  
 Horas que para sus juntas  
 Los espiritus eligen,  
 Y el vulgo para sus cuentos  
 De apariciones y crímenes.  
 Mas sin acordarse de ellas  
 Con ánimo osado y firme,  
 Aunque de aguardar cansado,  
 Y casi tentado á irse,  
 De arriba abajo Don Juan  
 La calle embozado mide  
 A la sombra de las tapias,  
 Y al compás de los maitines.  
 Y ya en el centro del claustro  
 Cesado habian de oirse  
 Tiempo hacía, y ya el mancebo  
 Renegaba de la estirpe

De la tornera, y de todas  
 Las monjas que á coro asisten  
 En el mundo, cuando á espacio  
 Siente la ventana abrirse,  
 Y en la oscuridad confusa  
 Haciendo vista de linco,  
 Un vago contorno blanco  
 Tras de los hierros percibe.

*D. Juan.* Hermana, ¡gracias á Dios!  
 Mas de un hora me tuvisteis  
 De planton, ¡Dios os lo premie!

*La Monja.* ¿Tardé mucho?

*D. Juan.* (Vaya un chiste)  
 No hay para que hablar ya de ello  
 Puesto que al cabo vinisteis.

*La Monja.* ¿Sabe lo que digo, hermano?

*D. Juan.* No, hermana, si no lo dice.

*La Monja.* Dirélo: cuando niuchacha  
 Lei unos libros que escribe  
 Un tal Quevedo, que tienen  
 A fé mia mucho chiste,  
 Y hay un lance en uno de ellos  
 Tan bonito... y que á decirle  
 Verdad se parece tanto  
 A esta noche...!

*D. Juan.* ¿En qué, mi Filis?

*La Monja.* En que hay un mozo en la calle  
 Que sois vos, y viene á oírle  
 Una muger, que soy yo, y...  
 Pero antes que se me olvide  
 Mirad, Filis no me llamo  
 Sino Margarita.

*D. Juan.* ¡Miren  
 Qué nombre tiene tan lindo  
 La hermana!

*La Monja.* ¿Os gusta?

*D. Juan.* Indecible  
 Gozo me da vuestro nombre  
 Y admiro que signifique  
 Una cosa tan preciosa  
 Como quien le usa y recibe.

*La Monja.* ¿Gasta lisonjas, hermano?  
 Mas soy curiosa, decidme  
 ¿Y Filis qué significa?  
 Que há poco me lo dijisteis.

*D. Juan.* Esa es una pastorcilla  
 Muy bonita, de unos quince  
 Años, con dos ojos negros  
 Que en luz con el sol compiten,  
 Y con un cutis mas blanco  
 Que las plumas de los cisnes,  
 Con un cuerpo mas esbelto  
 Que una palma, y mas flexible  
 Que los juncos olorosos  
 Que en el agua echan raices,  
 Y con dos manos mas bellas  
 Que el nácar y los jazmines.

*La Monja.* ¿Y donde está esa muchacha?  
*D. Juan.* Es una niña invisible  
 Que en la idea solamente  
 De los poetas existe.

*La Monja.* ¿Y qué tengo yo que ver  
 Con Filis?

*D. Juan.* ¿Nunca os pusisteis  
 Delante de algun espejo?

*Margarita.* Sí por cierto.

*D. Juan.* Y la visible  
 Apariencia del cristal  
 ¿Qué os mostró?

*Margarita.* No es muy difícil  
 De decir, era otra yo,  
 Otra monja.

*D. Juan.* ¿Mas no visteis  
 Que era una monja muy bella,  
 Aunque estaba un poco triste?

*Margarita.* ¡Calla! es verdad que lo  
 estaba.

*D. Juan.* ¡Y sin los frescos matices  
 De un rostro tan jóven!

*Margarita.* ¡Vaya!

*D. Juan.* Y ojerosa, y ¿no os hicisteis  
 Cargo de lo mal que la iban  
 Aquellos mil arrequives,  
 De tocas y de sayales,  
 Y de mantos, que la impiden  
 Mostrar el cuello de tórtola,  
 El alto pecho de cisne,  
 Y los tornátiles brazos,  
 Y las madejas sutiles  
 De los sedosos cabellos  
 Que para nada la sirven?

*Margarita.* Hermano, ¡Jesus mil veces!  
 ¡Jesus, qué cosas me dice  
 Tan peligrosas! Empiece  
 Lo que tenga que advertirme  
 Del secreto.

*D. Juan.* (¡Pobrecilla!)  
 Pues bien, Margarita, oidme.  
 Si conocierais un hombre,  
 Como allá dentro os lo finge  
 Vuestra mente, osado, jóven,  
 Cariñoso, irresistible,  
 Y os dijeran que en el mundo  
 Pasan sucesos horribles,  
 Guerras y persecuciones,  
 Muertes é incendios á miles  
 Cometidos por contrarios  
 Victoriosos é invencibles,  
 Que demuelen las iglesias  
 Y se teme que se avisten  
 Dentro de poco en Palencia  
 Y á todos nos aniquilen;  
 Y ese mancebo os dijera:  
 Ven, es forzoso seguirme,

Yo solo puedo salvarte,  
 ¡Yo te amo! ¿osarais seguirle?

*Margarita.* ¡Dios mio!

*D. Juan.*

Si ese os dijera:

Yo sé un lugar infalible  
 Donde sin guerras ni duelos  
 Y sin afanes se vive  
 Con compañeros alegres,  
 Entre danzas y festines  
 Prolongados en la noche  
 Con funciones y con brindis,  
 Y yo soy dueño absoluto  
 De esos lugares felices;  
 Y tú ¡Margarita mia!  
 ¡Luz de mis ojos! tú triste  
 En la soledad consumes  
 Tus auroras juveniles,  
 Tus olvidados encantos...  
 ¡Oh alma mia! presto sigueme,  
 Ven, huyamos, amor mio,  
 Huyamos de estos confines  
 Donde la muerte te aguarda  
 Y la desdicha reside;  
 ¿Qué diriais?

*Margarita.* ¡Ay hermano,  
 No sé qué me da!... decidme,  
 ¿Todo eso es cierto?

*D. Juan.* Muy cierto;

Pero secreto imposible  
 De revelar, porque todos  
 Quieren que todos peligren  
 Al mismo tiempo y sucumban,  
 Y á quien lo sabe persiguen  
 Con tormentos y castigos;  
 Con que, hermana, por terrible  
 Que sea la tentacion  
 De hablar, como la resiste  
 Veá, porque si lo cuenta  
 Tal vez su vida peligre!

*Margarita.* ¡Ay Virgen santa!

*D. Juan.*

Y la aviso

Que si á mi razon se rinde  
 Yo la sacaré del claustro  
 Antes que el mal se aproxime.

*Margarita.* ¡Ay si, si!

*D. Juan.*

¿Consiente en ello?

*Margarita.* Sí por cierto.

*D. Juan.*

¿Y será firme

En resolucion tamaña?

*Margarita.* Que si seré ¡Dios me libre  
 ¡Morir así en las manos  
 Sangrientas de esos caribes  
 Que decis!

*D. Juan.* Pensadlo á solas  
 Y entraos, no nos atisben  
 Y nos fustren el intento.  
 A Dios, hermana.

*Margarita.* El os guíe

Y os acompañe.

*D. Juan.* ¡Ea á Dios!

Y si estais pronta á seguirme,  
Yo os quiero mucho, y con tiempo  
Salvaros no es muy difícil.

*Margarita.* A Dios.

*D. Juan.* A Dios.

Y á la reja

Echó los cerrojos triples  
La monja, y empezó el mozo  
A todo trapo á reirse.

Abrió al fin y entró en su casa  
Con llavín de que él se sirve;  
Acostóse, y rebujándose  
La ropa hasta las narices,  
Apagó la luz, diciendo :  
« Pues señor, bien : muchas hice,  
Mas ¡vive Dios que esta última  
Será tal que me acredite! »

### III.

#### TENTACION.

Aun no cuenta Margarita  
Diez y siete primaveras  
Y aun virgen á las primeras  
Impresiones del amor,  
Nunca la dicha supuso  
Fuera de su pobre estancia,  
Tratada desde la infancia  
Con cauteloso rigor.

Hija de padres, si nobles  
Desconocidos y avaros,  
Compró la infeliz muy caros  
Los gustos de su niñez,  
Y al cabo tornóse en humo  
Y en soledad para ella  
La vida futura y bella  
Que se imaginó tal vez.

Siempre encerrada y oculta,  
Cuando en el mundo vivía,  
Solo del mundo veía  
La calle tras un cancel :  
Y no alcanzó, de su casa  
Fuera del triste recinto,  
El mágico laberinto  
Que se estendía tras él.

Jamás pensó que las flores  
Que sus jardines criaran,  
Los salones perfumaran  
Preparados al festín;  
Jamás pensó que las noches  
Que ella pasaba en su lecho  
Tuvieran bajo otro techo,  
Mas delicioso, otro fin.

Que las danzas bulliciosas,  
Las alegres serenatas,  
Las mil quimeras dichosas  
De la alegre sociedad,  
Aun no habian en tumulto  
Ido á tender en sus sueños  
Los dos lazos halagüeños  
De amor y de vanidad.

¡Amor! esa fantasía  
Vaporosa y encantada,  
Selva escondida, empapada  
De armonía y de placer;  
Santuario de la ventura,  
Magnífico paraiso  
Donde ir vagando es preciso  
Tras un fantástico sér.

Un sér que huye y se engalana  
Con los colores del viento,  
Y se nos muestra un momento  
En fugitiva ilusion,  
Y un sér que á pocos contenta  
Cuando por fin alcanzado  
Deja el oropel prestado  
Y descubre el corazon.

¡Feliz quien halla en su centro  
Fresco pabellon tranquilo  
De reposo, y no da asilo  
En él á la vanidad!  
La vanidad, luz fosfórica  
Que ilumina los espejos,  
Y causa con sus reflejos  
Del alma la ceguedad.

¡Inocente Margarita!  
¡Fugitiva mariposa  
Que de esa luz engañosa  
En torno girando vas!  
Plega tus alas errantes,  
Y en tu inocencia dormida,  
No pienses en otra vida  
Que te doraron quizás!

Mas ¡ay! que dulces palabras  
Sonaron en tus oídos  
Y los deseos dormidos  
Se revelaron en pos.  
¡Ay! ¿porqué en el mundo vano  
A quien le da la inocencia,  
No le da la resistencia  
Para defenderse, Dios?

La vida hermosa se finge,  
Y aunque en ilusion escasa,  
Ya en impaciencia se abrasa  
De sentir y de gozar.  
Y no es temor á los males  
Que Don Juan la profetiza ;

Es que el placer diviniza,  
Y le adora á su pesar.

¡Pobre niña! Allá á sus solas  
Ciega por un mal consejo,  
Por vez primera un espejo  
Elegió para su juez,  
Y recordó las palabras  
De un seductor insolente,  
Y recordó la inocente  
Los días de su niñez.

Cuando su madre á deshora  
De los festines volvía,  
Y entre sueños la veía  
Sus adornos deponer;  
Cuando acaso desvelada  
Al són de los instrumentos,  
Sentía los aposentos  
Vecinos estremecer.

Y cuando acaso á escondidas  
Asomada á una ventana,  
Vía la turba profana  
Voluptuosa pasar;  
Y al brazo de los mancebos  
Con el deleite mas bellas,  
Asidas muchas doncellas  
Sonreír y platicar.

¡Oh! que seis años monotonos  
De soledad y convento,  
Habían su pensamiento  
Reducido á un punto ruín.  
A espacio tan miserable,  
A círculo tan mezquino,  
Que era el claustro su destino  
Y el altar era su fin.

« Aquí está Dios; » la dijeron,  
Y ella dijo: « Yo le adoro. »  
« Aquí está el torno y el coro. »  
Y pensó: « ¡No hay mas allá! »  
Y sin otras ilusiones  
Que sus sueños infantiles,  
Pasaron sus seis abriles  
Sin conocerlo quizá.

Pobre tórtola enjaulada  
Dentro la jaula nacida  
¡Qué sabe ella si hay mas vida  
Ni mas aire en que volar?  
Si no vió nunca sus plumas  
Del sol á los resplandores,  
¿Qué sabe de los colores  
Con que se puede ufanar?

Mas ¡guay que alcance á los lejos  
Del día la lumbre pura,  
De la selva la frescura,  
Y el arrullo de su amor!...

¡ Su nido será su cárcel,  
Su potro serán las rejas,  
Sus arrullos serán quejas,  
Y su silencio dolor!

Mas es tarde; Margarita  
En la noche solitaria  
Oyó amorosa plegaria,  
Y se despertó y afan.  
Su corazón revelóse  
Con incógnitos afectos,  
Y odió los santos preceptos  
A recordar á Don Juan.

Y confundiendo en su mente  
Sus amagos y alabanzas,  
Ya en risueñas esperanzas,  
Ya en inocente pavor,  
Contemplándose al espejo  
Con la luz de la bujía  
Así pensaba y decía  
Margarita en su interior:

« ¿ Con que hay fiestas y banquetes,  
« Y nocturnos galanteos,  
« Y deliciosos paseos  
« De esta pared mas allá?  
« ¿ Con que esta toca de lana  
« Cambiada en perlas y flores  
« Hará mis gracias mayores,  
« Y mas hermosa me hará?

« ¿ Con que aquellas relaciones  
« De encantos que yo leía  
« Y que apenas comprendía  
« Ni comprendo ciertas son?  
« ¿ De aquellas magas fantásticas,  
« De aquellos bravos guerreros  
« Y gentiles caballeros  
« La historia no es ilusion?

« Y se encuentran y combaten  
« Por bizarras hermosuras  
« Y corren mil aventuras  
« Por agradarlas mejor;  
« Y ellas viven en palacios,  
« Y vagan por sus jardines,  
« Y celebran con festines  
« La ventura de su amor.

« ¡ Oh! ¡ que ese hombre me lo ha dicho!  
« Si, sí, negros son mis ojos. . .  
« ¡ Y esta toca me da enojos  
« Y me hace fea tal vez! . . .  
« Él me lo dijo ¡lisonja!  
« Mas probemos, me la arranco:  
« ¡ Oh como el armiño blanco  
« Mi pecho! . . . ¡ blanca mi tez!

« Blancos mis brazos redondos,  
« Mis mutilados cabellos

« Son de azabache... y en ellos  
 « Puesta aunque mal esta flor!...  
 « ¡Cuan bien me va!... ¡oh soy hermo-  
 « Y encerrada me consumo, [sa!...  
 « Y se pierden como el humo  
 « Mis dias de mas valor. »

Asi desnuda al espejo  
 Presentando su hermosura  
 Margarita, en su locura  
 Deseó la libertad,  
 Y acosada por tan varios  
 Pensamientos tentadores  
 Los deleites seductores  
 Amó de su vanidad.

Y desde esa triste noche  
 Cabizbaja y distraida  
 Sintió su fé decaida,  
 Estéril su religion;  
 Y allá muy lejos del claustro  
 Perdido su pensamiento  
 Para huir no tuvo aliento  
 La terrible tentacion.

Y pasaron muchas noches,  
 Y Don Juan siguió viniendo  
 A la reja, y siguió oyendo  
 Margarita al seductor,  
 Y con las dulces promesas  
 Del galan adormecida,  
 Suspiró por otra vida  
 De deleites y de amor.

Que era el mozo muy astuto,  
 Y era muy cándida ella,  
 Y era la monja muy bella,  
 Y el rondador muy audaz;  
 Las noches eran oscuras,  
 Las citas muchas y en calma,  
 Y el amor prende en el alma  
 Con la chispa mas fugaz.

¿Y quién esplica aun queriendo  
 El efecto poderoso  
 Con que un coloquio amoroso  
 Cambia al fin un corazon?  
 ¿Y quién los medios esplica  
 Con que nos sale al encuentro  
 El amor que enciende dentro  
 El volcan de una pasion?

¿Qué puede hacer Margarita  
 Si lo ignora aunque lo siente?  
 Como víctima inocente  
 Ir, dejarse arrebatar,  
 Hacer dentro de su pecho  
 Sus creencias mil pedazos,  
 Y de Don Juan en los brazos  
 Caer, al pié del altar.

Y cayó: que en una noche  
 Por Don Juan determinada  
 Debía la desdichada  
 Con él la fuga emprender.  
 Y oyósele en la sombra  
 Darse la cita postrera,  
 Y acabar de esta manera  
 Ya cerca de amanecer.

*D. Juan.* No hay mas medio, Margarita.  
*Margarita.* Mañana pues.

*D. Juan.* Tanto monta  
 Un dia antes; estad pronta.

*Margarita.* ¿Con que á las dos?  
*D. Juan.* A las dos.

*Margarita.* Por el huerto.  
*D. Juan.* Estaré á punto.

Traeré una escala pequeña  
 Y al dar las dos me hareis seña.

*Margarita.* Y haré cuanto os plazca á vos.  
*D. Juan.* Pues á Dios.

*Margarita.* Idos tranquilo  
 A dormir y hasta mañana.

Y se cerró la ventana,  
 Y entró en su casa Don Juan;  
 Y dicen que entre la puerta  
 Quedó á la reja mirando,  
 Su posicion meditando  
 Tal vez con algo de afan.

Mas al fin dijo perdiéndose  
 Por una escalera estrecha:  
 « Pues, señor, es cosa hecha:  
 « ¡Mas me ocurre una cuestion!  
 « Dineros... ¡bah! tiene padre  
 « Dentro su alcoba una arquita  
 « Y há un año que la maldita  
 « Me está dando tentacion.

« ¡Con que, Don Juan, no hay cuidado!  
 « Vendrá Dios y medraremos. »  
 Y asiendo los dos extremos  
 De la sábana á la par,  
 Con un movimiento rápido,  
 Se hundió Don Juan en su lecho,  
 Y durmió tan satisfecho  
 Que era cosa de envidiar.

#### IV.

¡Oh religion consoladora y bella,  
 Feliz mil veces quien á ti se acoge  
 Y el norte sigue de tu fija estrella,  
 Y tu divina luz constante adora!  
 Que en la fiera borrasca asoiadora  
 De esta vida de llanto y de pesares,

Nunca extraviado perderá la huella  
Del *mas alla* que empieza en los altares.

Si, misteriosa religion, tú tienes  
Consuelos para el triste, y alegrías  
Para quien cuenta sus tranquilos días  
Por venturas y bienes!

Tú tienes el azote del malvado,  
La corona del justo,  
La palma de la virgen inocente;  
Y esperanza del náufrago postrado,  
Y ánimo del soberbio delincuente  
Siempre se ve brillar allá en la altura  
El vivo lampo de tu lumbre pura.

Si Jehová soberano  
Indignado recorre el mundo inicuo  
Y aparta del su poderosa mano  
Y las razas maldice  
Torpemente mezcladas  
De su Dios y su origen olvidadas;  
Si agita sus caballos iracundos  
Y su carro de fuego airado lanza  
Por medio de los mundos,  
Y encima de las turbas insensatas  
Revienta las henchidas cataratas,  
Al justo salva, y luego  
Tornando compasivo á la bonanza,  
De su ira celestial matando el fuego  
En prenda de salud y de sosiego  
Tiende el iris de paz y de esperanza.

Si elevado en el Gólgota pendiente  
Tinto en su sangre con horror espira,  
A la precita gente  
Con tiernos ojos espirando mira :  
Y conociendo que quien tal le puso,  
No merece perdon por parte suya,  
A su madre infeliz les encomienda.  
« Vuestra madre mirad. » dijo muriendo,  
« Esa de mi bondad última prenda,  
« Si algun día verteis sincero llanto,  
« Por vosotros pidiendo,  
« Para salvaros del azar tremendo,  
« Real protectora os tenderá su manto. »

Y á ti, madre amorosa,  
Los tristes ojos con afán volvemos  
En la airada tormenta procelosa,  
En ti esperamos y en tu amor creemos,  
Y á ti tornados á tus piés caemos.  
Porque del hijo santo  
Quien ha escupido en la divina cara,  
Arrepentido al cabo ¿ á quien mostrara  
Mas que á la madre el doloroso llanto?  
¡ Ah! ¿ quién le comprendiera  
Ni quién capaz para enjugarle fuera,  
Sino quien puede de su dulce boca  
Con la dulce sonrisa  
Calmar la ira que el baldon provoca,  
Como disipa la apiñada niebla

El lento soplo de la blanda brisa?  
; O dulce madre celestial y bella,  
Feliz mil veces quién á ti se acoge  
Y el norte sigue de tu fija estrella  
Y tu divina luz constante adora!  
¡ Feliz mil veces, inmortal Señora !

—

Feliz Margarita bella,  
Cuya infantil confianza  
De la luz de tu esperanza  
No perdió nunca la huella.

V.

#### LA DESPEDIDA.

Es ya la noche aplazada  
Por Don Juan, fria y oscura;  
El aire revuelto augura  
La vecina tempestad.  
Ni un astro al azar perdido  
En el cielo azul riela,  
El aire que corre hiela,  
Triste es la noche en verdad.

Todo en el convento calla;  
Por las bóvedas sombrías  
De sus largas galerías  
Ni un viento, ni una luz,  
Ninguna perdonó el soplo  
Del viento desordenado;  
Toda la tierra ha enlutado  
La noche con su capuz.

De los laureles del huerto  
Las hojas mecidas suenan;  
Y el claustro vecino llenan  
De ruido amedrentador,  
Que prolongado en la bóveda  
Y perdido en su hondo hueco  
Sin cesar le arrastra el eco  
De uno en otro corredor.

A veces por un instante  
Todo el ámbito ilumina  
La claridad repentina  
De un relámpago fugaz,  
Y en el momento en que todo  
A la vista se presenta  
Todo de formas aumenta  
Y todo cambia de faz.

Allá á través alumbrado  
De un arco el contorno crece,  
Y un antro infernal parece  
De cárdeno resplandor  
Allí las verjas clavadas  
En los pilares sujetos  
Fugitivos esqueletos  
Representan con pavor.

Allá un tapiz suspendido,  
Sobre una puerta enrollado,  
Semeja un monstruo enroscado  
Que se arrastra en un rincon,  
Allí empinado en su losa  
De algun fundador el busto  
Remeda con fiero susto  
Gigantesca aparicion.

Acongojada la mente  
Con tan varias ilusiones,  
Redobla las aprensiones  
Que la vienen á turbar ;  
Y engañados los sentidos,  
La lengua á invocar no acierta  
Favor, ni la planta incierta  
Se decide á caminar.

Estorbos mil al encuentro  
Nos salen á un punto mismo ;  
Dó quiera se abre un abismo  
Donde avanzamos el pié,  
Dó quiera una sombra horrible  
Nos descarria y espanta,  
Y se anuda la garganta  
Y se acobarda la fé.

Noche medrosa era en suma  
La elegida por el mozo,  
Aunque él obra sin rebozo,  
Remordimiento ni afan :  
Y atribulada en su celda  
Esperaba Margarita  
El momento de la cita  
Postrimera de Don Juan.

Su mente infantil, curiosa,  
Ansiaba el dulce momento .  
Mas vago remordimiento  
La roía el corazon,  
Y recostada en su lecho,  
Sin apagar su bujía  
Luchaba, mas no podia  
Con la loca tentacion.

De aquellos seres fingidos  
Por Don Juan con la presencia  
Se amedrentaba, en Palencia  
Creyéndoles ya tal vez ;  
Y se fingia entre sueños  
A sus quietos moradores  
Envueltos en los horrores  
En que cree su candidez.

Mas apacible otras veces  
Su ilusion la presentaba  
Mil sombras que engalanaba  
Su imaginacion pueril ;  
Y recorria entre sueños  
Los encantados espacios

De los mentidos palacios  
De su seductor gentil.

Blanca paloma perdida,  
Próxima á tender su vuelo  
Para buscar otro cielo  
Mas diáfano en que volar,  
Media el espacio inmenso  
Que recorrer intentaba,  
Y antes de alzarse dudaba  
Si le podria cruzar.

Tal vez sentia su nido  
Dejar allí abandonado  
Dó habria tal vez gozado  
De su ventura mayor :  
Mas ciega y enamorada  
Y acaso falta de aliento,  
Iba á lanzarse en el viento  
Para seguir á su amor.

Pobre barquichuela débil  
Que en pos de nave entonada  
Salía desesperada  
Sin mas norte que el azar,  
Tal vez temia la triste  
Que una tormenta futura  
La sorprendiera en la altura  
Del no conocido mar.

Y aunque fiada en su breve  
Tranquilidad engañosa,  
Imprudente ú orgullosa  
Se preparaba á partir,  
Temia que una vez suelta  
Botada á la mar bravía,  
Fuera imposible la vuelta  
Y el fondo su porvenir.

Mas ¡ay, así estaba escrito!  
De oculto sino impelida,  
De su azarosa partida  
La hora precisa llegó :  
Llegó, y al fin Margarita  
Que oído prestaba atento  
Oyó perderse en el viento  
Los dos golpes del reló.

Salió cautelosa y tímida  
De su celdilla temblando,  
A todas partes mirando,  
Y á tientas guiando el pié ;  
Mas ya en la lucha postrera  
Próxima á colmar su falta  
Siente que el pesar la asalta,  
Y que renace su fé.

Al corazon se la agolpan  
Mil vagos remordimientos,  
Mil vagos presentimientos  
De incomprensible pavor,

Y en su creencia sencilla,  
Del Dios mismo á quien ofende  
Tal vez recibir pretende  
Perseverancia y valor.

Cruzó el solitario claustro,  
Bajó el caracol estrecho,  
Y á una ventana en acecho  
Quiso un instante posar;  
La tempestad empezaba,  
La lluvia espesa caía,  
Y el recio viento la hacía  
Sobre los vidrios botar.

« ¡Qué noche! dijo espantada,  
« ¡Si habrá Don Juan desistido! »  
Mas percibiendo rúido  
Por las tapias del jardín,  
Escuchó sobrecogida  
Y en un postigo inmediato  
La seña oyó á poco rato  
Que la avisaba por fin.

No esperó mas : con pié rápido  
Ganó el último aposento,  
Deseando del convento  
Los límites trasponer,  
Y ya del sacro recinto  
Fuera la planta ponía,  
Cuando en una galería  
Una luz alcanzó á ver.

Detúvose á los reflejos  
De aquella luz solitaria  
Y lágrima involuntaria  
Sus pupilas arrasó.  
Soltó el cerrojo, asaltada  
Por una dulce memoria,  
Y al claustro precipitada  
La pobre niña volvió.

Por imbecil ó insensible  
Corazon vil que se tenga,  
Fuerza es que alguna mantenga  
Consoladora ilusion;  
Y por mas que sea odiosa  
La mansion donde se pasa  
La vida, siempre á la casa  
Se apega nuestra aficion.

Siempre, aunque sea una cárcel,  
Hay un rincon olvidado  
Dó alguna vez se ha gozado  
Un instante de placer,  
Y al dejarle para siempre  
Conociendo que le amamos,  
Un ¡adios! triste le damos  
Sin podernos contener.

Margarita, que encerrada  
Pasó en el claustro su vida,

A dar una despedida  
Tornó á su amado rincon;  
Porque en la virtud criada  
Y segura en su creencia  
Uno buscó en su inocencia  
Su cándido corazon.

En un altarcillo humilde  
En un corredor alzado,  
De flores siempre adornado  
Y alumbrado de un farol,  
De una Concepcion había  
Primorosa imágen una,  
A quien calzaba la luna  
Y á quien coronaba el sol.

Era el lugar retirado,  
Mas la escultura divina  
Tan bella y tan peregrina,  
Que era imposible pasar  
Por delante sin que un punto  
El celestial sentimiento  
De su rostro, el pensamiento  
Se gozara en contemplar.

Y aquel fué de Margarita  
El rincon privilegiado;  
Ni una noche se ha pasado  
Mientras en el claustro vivió  
En que allí no haya venido  
Humildemente á postrarse,  
Y en manos á encomendarse  
De la que nunca pecó.

La pobre niña agobiada  
De soledad y fatiga  
Buscó en su encierro una amiga  
En quien creer y esperar;  
Y hallando aquella escultura  
Tan amorosa y tan bella  
Partió su amistad con ella  
Y se encargó de su altar.

Cortóla preciosas flores,  
La hizo ramilletes bellos,  
Puso escondidos en ellos  
Aromas de grato olor;  
Tendió á sus piés una alfombra,  
Y en un farol que ponía  
Conservaba una bujía  
Con perenne resplandor.

Allí fué donde alcanzando  
Aquella luz solitaria  
Vino la última plegaria  
Con lágrimas á exhalar,  
Y allí á la divina imágen  
Con voz triste y lastimera  
La dijo de esta manera  
De hinojos ante el altar :

« Ya ves que al fin es preciso  
 « Que deje yo tu convento,  
 « Mas ya sabes que lo siento  
 « ¡Oh Virgen mía! por tí.  
 « Y puesto que de él sacarte  
 « No puedo en mi compañía,  
 « No me abandones, María,  
 « Y no te olvides de mí.

« ¡Ojalá entre mis hermanas  
 « Hubiera otra Margarita  
 « Que con tu imagen bendita  
 « Obrara como ella obró!  
 « ¡Ojalá esta luz postrera  
 « Que en esta noche te enciendo  
 « Estuviera siempre ardiendo  
 « Mientras te faltara yo!

« Mas ¡ay! ninguna te quiere  
 « Como yo, y son mis angustias  
 « Pensar que estas flores místicas  
 « A tus pies se quedarán,  
 « Y se apagará esa vela,  
 « Se ajarán tus vestiduras,  
 « Y los que pasen á oscuras  
 « Tu hermosura no verán.

« Al fin yo parto, Señora;  
 « Mi confianza en tí sabes,  
 « En prueba toma esas llaves  
 « Que conservo en mi poder.  
 « Guárdalas: otra tornera  
 « Elige á tu gusto ahora,  
 « Y el cielo quiera, Señora,  
 « Que nos volvamos á ver.»

Así Margarita hablando  
 Con lágrimas en los ojos  
 Ante la imagen de hinojos  
 Los sacros pies la besó:  
 Y dejándola las llaves  
 Y encendiendo la bujía,  
 Traspuso la galería,  
 Ganó el jardín y partió.

Quedóse el claustro recóndito  
 Por el farol alumbrado  
 Que dejó al irse colgado  
 Margarita en el altar,  
 Y solo se oyó tras ella  
 El rumor del aguacero  
 Y el soplo del aire fiero  
 Que bramaba sin cesar.

## VI.

A la mañana siguiente,  
 Y al revolver una calle,  
 Un mancebo de buen talle  
 Y resuelto continente

Con otro dió que volviendo  
 La esquina del otro lado  
 Con él se quedó encarado  
 Cual memoria de él haciendo.  
 Y al fin ambos contemplándose,  
 A poco reconocidos,  
 Se abrazaron decididos,  
 En tal coloquio trabándose.

D. Gonzalo. ¡Por vida mía! Don Juan,  
 ¿Pues cómo en Valladolid?

D. Juan. De paso para Madrid.

D. Gonzalo. ¿A las fiestas?

D. Juan.

Todos van.

D. Gonzalo. Mas falta un mes todavía.

D. Juan. Páreceme, Don Gonzalo,

Que llegar pronto no es malo:

Ya sabéis que es mi manía.

Dó quier que de diversion

Barrunto un ligero asomo,

Lo menos para ir me tomo

Un mes de anticipacion.

D. Gonzalo. ¿Y para qué tiempo tanto?

D. Juan. Si la funcion sale huera

Yo no me pierdo siquiera

Todo el mes que me adelanto.

D. Gonzalo. A fé que razon os sobra

Y á poder irme con vos...

D. Juan. ¿Teneis que hacer, vive Dios,

Mas que ponerlo por obra?

D. Gonzalo. Y mi tutor ¿qué dirá?

D. Juan. ¿Pensais que en este momento

Mi padre estará contento?

D. Gonzalo. Vos pues...

D. Juan.

La pregunta está

De mas: mas ved que os aviso

Que si os venís á Madrid

Salir de Valladolid

Dentro de un hora es preciso.

D. Gonzalo. ¿Cosa es tan desesperada?

Yo nada tengo dispuesto.

D. Juan. ¡Por Dios que es grave pretesto

Jamás dispongo yo nada

Y logro cuanto deseo.

D. Gonzalo. Los medios que usais ignoro

D. Juan. ¡Busco un puñado de oro,

Tomo un jaco y Laus Deo!

D. Gonzalo. ¡Ya! jacos tengo yo dos,

Mas dineros...

D. Juan. ¡Grande afán!

Vended el uno á un chalan

Y echad en el otro vos.

D. Gonzalo. Dadlo por hecho.

D. Juan.

Atended,

Don Gonzalo, mejor fuera

Tomar un coche si hubiera.

D. Gonzalo. ¿Pues qué tiene su merced  
 Que le estorban los caballos?

*D. Juan.* ¿Qué sé yo? tengo una yegua  
Que apenas anda una legua....

*D. Gonzalo.* ¿Se resiente de los callos,  
Eh? pero como gustéis,  
Decision es lo que importa.

*D. Juan.* Pues la cuestion es muy corta,  
Mis dos caballos podeis  
Vender tambien y en una hora  
Yo tendré coche buscado,  
Pues va otro asiento ocupado.

*D. Gonzalo.* ¿Por quién?

*D. Juan.*

Por una señora.

*D. Gonzalo.* ¡Hablarais para la noche,  
Cuerpo de tal!

*D. Juan.* Bien, pues, id,  
Y á las puertas de Madrid  
Vos con oro y yo con coche  
Dentro de un hora estaremos :  
Mas no digais donde vamos,  
Que somos dos y bastamos  
Para ir como merecemos.

*D. Gonzalo.* Iré.

*D. Juan.* La hora cabal.

*D. Gonzalo.* Ya vereis mi rapidez :  
Allí estoy fijo á las diez.

*D. Juan.* Pues eso es lo principal.

Y así diciendo á buen paso  
Partieron á su destino  
Cada cual por su camino  
Y no en brazos del acaso.

Que eran amigos antiguos,  
Y en el tiempo que escolar  
Fué Don Juan para habitar,  
Tomaron cuartos contiguos.

Por eso se conocian  
Tan á fondo ambos á dos,  
Y el uno de el otro en pos  
Mil locuras emprendian.

Y aquí, lector, por no ser  
En demasia prolijo  
Que te imagines elijo  
Lo que pudo acontecer.

Pues los mil inconvenientes  
Que ambos de orillar tuvieron,  
Y el como se compusieron  
Para obrar tan diligentes,  
Te aseguro que se ignora ;  
Mas lo cierto de este asunto  
Es que estuvieron á punto  
Al concluirse la hora.

Daba las diez el reló  
Y el coche les aguardaba,  
Y Don Gonzalo llegaba  
A quien Don Juan demandó :

*D. Juan.* ¿Qué hay, Don Gonzalo?

*D. Gonzalo.* Tomad.

— ¿Cuanto?

— Sesenta doblones.

No pude de esos bribones  
Conseguir mas caridad.

— ¡Bah! Don Gonzalo, si os pesa  
Que el número sea tan vil,  
Yo traigo aqui mas de mil  
Para ayuda de la empresa.  
— Adelante pues.

— ¡Pues ea!

Mayorai, pica el ganado,  
Que el viage será apreciado  
Conforme el camino sea.

Y al punto sin mas azares  
Aprontaron el transporte  
Y echaron hácia la corte  
De Olmedo por los pinares.

—  
Eran seis meses despues,  
Y trocada la fortuna  
Estaba ya para todos,  
Que todo el tiempo lo muda.  
Lanzados del mar del mundo  
Entre la corriente turbia  
Margarita, Don Gonzalo,  
Y Don Juan, los tres á una  
Las heces de los deleites  
Apuraban en hartura,  
Repletos hasta el hastio  
De sus delicias inmundas.  
Pasado habian las fiestas  
Que los reyes acostumbran  
A dar á sus pueblos cuando  
Su padre baja á la tumba.  
Fueron las que el Conde-Duque  
Dió á Felipe Cuarto muchas,  
Y ellos corrieron en ellas  
En brazos de la locura.  
Mas de su oro disipada  
La crecidisima suma,  
Harto Don Juan de la monja  
Que sus desvíos acusa,  
Dudosa de los dos mozos  
La amistad, que poco dura  
Entre quien de ella pagándose  
Inconsiderado abusa,  
Del porvenir de los tres  
El horizonte se anubla  
Y la discordia fermenta  
Dentro sus almas oculta.  
Y tantas nubes preñadas  
De descontento se agrupan  
Que está la tormenta proxima  
A desatarse con furia

Al menor soplo de viento  
Que la impela ó la sacuda.  
¡Tan poco del mundo estéril  
Las satisfacciones duran!

Don Gonzalo, que debiera  
Mirar de Don Juan la mucha  
Generosidad, mostrándole  
Ciega confianza mutua,  
Pues usa de cuanto tiene  
Y hasta de su nombre usa,  
De su amistad poco á poco  
Afloja las ligaduras.  
Sus negocios le recata,  
De sus conquistas nocturnas  
No le da parte, y descubre  
A Margarita las suyas.  
De un lado atiza los zelos,  
De otro sospechas abulta,  
Y en fin su próxima vuelta  
A sus hogares anuncia.  
Don Juan no lo siente y calla,  
Porque Don Juan no se cura  
Mas que de vivir gozando  
Mientras que sus oros triunfan.  
Y Don Gonzalo que advierte  
Que estos están en las últimas,  
Pretestos busca á sus solas  
Para afejar su conducta.  
Que es Don Gonzalo hombre pérfido  
Que la envidia disimula  
De quien es mejor que él,  
Y cuya alma no renuncia  
A una venganza que siempre  
A medios mezuquinos junta:  
Discolo en fin, aunque acaso  
Su educacion le disculpa.  
Entre aquestos dos espíritus  
Maléficos que la turban,  
Margarita el hondo cáliz  
De las desdichas apura.  
Margarita que engañada  
Consintió y necia en la fuga,  
Y salió exhalada al mundo  
De los deleites en busca,  
Gual mariposa perdida  
Por el aura, que perfuman  
Mil flores entre las cuales  
Vaga errando de una en una,  
Mas que al apoyarse en ellas  
Se estremecen y la asustan,  
Y aturdida y fatigada  
No osa parar en ninguna.

Hoy siente que la atormenta  
Melancolia profunda,  
Y uno tras otro sus dias  
En el pesar se sepultan.  
Y ve sus mil ilusiones

Que al precipicio se agrupan  
Del abismo de la nada,  
Donde con mano insegura,  
En los bordes se mantienen  
En desesperada lucha,  
Y unas tras otras al cabo  
Sin remedio se derrumban.

« ¿En dónde están (se decía)  
« Los sueños de mi ventura?  
« ¡Aquel pais encantado  
« Que exento estaba de angustias,  
« Cuadro espléndido y magnífico  
« Con una sola figura,  
« Que era ese Don Juan que ahora  
« Duelos sobre mí acumula!  
« ¿Porqué le he creído ¡necia!  
« Porqué le he creído nunca?  
« ¿Qué he encontrado yo en sus brazos  
« Sino ficcion y locura?  
« ¿Qué me ha dado en sus caricias  
« A beber mas que cicuta?  
« ¿Qué espero de sus promesas  
« Sino que jamás se cumplan?  
« Arrastrada entre sus vicios,  
« Y entre sus orgias impuras,  
« Su amor me devora el alma  
« ¡Y él se harta de mi hermosura!  
« Sí, por otro amor me deja  
« Encerrada en esta oculta  
« Mansion, mientras él va ciego  
« Tras de quien su amor rehusa,  
« Tras esa beldad vendida,  
« Que abre á la codicia pública  
« Sus gracias, para que vaya  
« A hozar en ellas la chusma;  
« Y cuyos torpes aplausos  
« La envilecen y la ensucian,  
« Pues la apellidan á un tiempo  
« Celestial y prostituta.  
« ¡Ah! los zelos me devoran,  
« La envidia, el odio me abruman.  
« ¡Yo le amo!... y es imposible  
« Que su indiferencia sufra.  
« El me sedujo; él mis ojos  
« Abrió á la luz de la culpa;  
« Yo era una pobre inocente,  
« Mi alma era cándida y pura,  
« Sus palabras me eran dulces  
« Como una lejana música,  
« Mas ardientes que un volcan  
« Y mas que una lanza agudas,  
« ¿Qué hiciera yo mas que oírse las  
« Con idolatria estúpida?  
« ¡Ay! ¿quién pudiera tornarme  
« A mi sencillez inculta  
« Y á mi inocencia del claustro?  
« ¿Quién amansará la furia

« De este amor y esta conciencia,  
« Que para herirme se juntan? »

Y es cierto cuanto en su duelo  
La niña infeliz pronuncia,  
Porque Don Juan la abandona,  
Harto ya de su hermosura.  
Mozo sumido en los vicios  
De juventud disoluta,  
Todos los gustos le cansan  
Si mas de una vez los gusta.  
Y mientras hallaba encantos  
Su pasión, entonces única,  
De la bella Margarita  
En la virtud, su alma impura  
Adoraba sus hechizos  
Locamente, y mas la lucha  
Con su virtud empeñaba,  
Aun de su victoria en duda.  
Pero al punto en que sus ansias  
Que por eternas la jura,  
Trasladó á su corazón,  
Ya de su amor se disgusta,  
Y pues no espera otros nuevos,  
A sus placeres renuncia.  
Y sus caricias le cansan,  
Y le enojan sus preguntas,  
Y le fastidian sus quejas,  
Y su compañía escusa,  
Y ella acosada de zelos,  
Y herida de sus repulsas  
Sus pensamientos acecha,  
Y sus palabras estudia.  
A veces desatinada  
Y colérica le insulta,  
A veces los pies le besa,  
Y á veces humilde y muda  
En cuantos gustos le auvierte,  
Darle contento procura.  
Mas él ni en una mirada  
Su amarga aflicción la endulza,  
Ni una palabra la dice  
Que confianza la infunda,  
La espalda vuelve en silencio  
Y tal vez con una injuria  
Compensa sus atenciones  
Que no la agradece nunca,  
Y ella se queda llorando,  
Y él sale, la faz ceñuda  
Tras una mirada incierta  
De la bailarina impúdica.  
Y entre tanto Don Gonzalo,  
Que calla, mira y escucha,  
Cobra hastio de Don Juan,  
Cuya elegancia y bravura  
Se llevan la primer parte  
En amores y en fortunas :  
Y él tiene, mas que le pese,

Que apechar con la segunda,  
Que es cual todos los imbéciles  
Que con los pillos se juntan,  
Un inferior que acompaña  
O que divierte ó que ayuda,  
Pero al fin del sol del otro  
Satélite que no alumbra.  
Mas van tres meses que arde  
Oculto el fuego, y en suma  
No puede cumplirse el cuarto  
Sin que á incendio se reduzca.

## VII.

## LANCES IMPREVISTOS.

Era una noche de aquellas  
Tristes, nubladas y lóbregas  
En que la luz de los astros  
Rasgar no puede la atmósfera :  
En que un vapor se respira  
Que en vez de aliviar sofoca,  
Y en que la calma parece  
De desastres precursora.  
Don Juan, en un negro acceso  
De calentura amorosa  
Y al ver que ni una sonrisa  
De la bailarina logra,  
Dejó su casa llevando  
Con él su riqueza toda,  
Y resolvió por el juego  
Tentar la fortuna loca.  
Lanzóse pues en sus brazos,  
Pero la inconstante Diosa  
Mostrábale como siempre  
La faz amenazadora.  
Quedábanle ya tan solo  
Sus diez postrimeras doblas,  
Cuándo á una cuarta sin tino  
Levantándose tirólas.  
La suerte fué aquella vez  
Menos cruda que las otras,  
Pues se cambió de repente :  
Y él, que jamás la malogra,  
De oro y de amor insensato  
En la sed que le devora  
Todo de una vez lo arriesga,  
Todo de una vez lo cobra.  
Y comprimidos los labios,  
Las pupilas en las órbitas  
Rodando desconcertadas,  
Burlando la astucia pronta  
De los jugadores pálidos  
A quien impone su torva  
Mirada, el mozo impertérrito  
Oro sobre oro amontona.  
Ya juegan sobre palabra  
Y en vez de monedas joyas,

Y Don Juan que ve su suerte  
 Las admite y las abona.  
 Ansiosos la tientan todos  
 Una vez y otra vez y otras :  
 Mas siempre en vano, el mancebo  
 Va tan certero que asombra.  
 En fin Don Juan, satisfecho  
 De fortuna tan dichosa,  
 Se alzó, asomando á sus labios  
 Una sonrisa diabólica.  
 Nadie le habló una palabra,  
 Ni saludó el á persona,  
 Guardó el dinero sin cuenta  
 Y devolviendo las joyas  
 Tomó la puerta en silencio ;  
 Y aquellos á quien despoja  
 Le vieron por la escalera  
 Sumirse como una sombra.

—

« Todo lo puede el dinero, »  
 Dijo en la calle á sus solas,  
 « Lo que al valor no se rinde  
 « Con la riqueza se compra.  
 « Veremos pues si con oros  
 « Hacemos mas que con horas. »  
 Y así hablando, en el teatro  
 Compró silla y ocupóla.  
 Era ya tarde y la fiesta  
 De aquella noche era corta,  
 Que daban una comedia  
 De Lope, sin otra cosa.  
 Estaba pues concluyéndose  
 Cuando entró : mas era otra  
 Su intencion que la de oírla,  
 Porque concluida toda,  
 Fué al vestuario, y con maña  
 Llamando á parte á una moza  
 Que él sin duda conocia,  
 La interpeló en esta forma :  
 « Toma esos ocho doblones  
 « Y á esa Sirena engañosa  
 « A quien sirves, si te estimas,  
 « Dirás lo que aquí me oigas.  
 « Y es : que hay un noble extranjero  
 « Que, al verla tan seductora,  
 « Volver no quiere á su patria  
 « Sin un adiós de su boca.  
 « Que si mañana en su casa  
 « Cenar con él no la enoja  
 « En presencia de un amigo  
 « Y de una fiel servidora,  
 « Recibirá mil doblones  
 « Para recuerdo de la honra.  
 « Conque olvidarte procura  
 « De que yo soy la persona  
 « Que irá á cenar, y no olvides  
 « Que el amigo será un mómia,

« Que tú serás quien nos sirva,  
 « Y que por cuenta redonda  
 « Bien te dará cien doblones  
 « Quien la da doscientas onzas. »

Y así acabando Don Juan  
 Hasta los ojos se emboza  
 Y parte añadiendo bajo :  
 « Hasta mañana á estas horas. »

Quedó la criada un punto  
 Embebecida y absorta,  
 Sin una idea en el alma  
 Ni una palabra en la boca,  
 Viendo como por la entrada  
 De una escalerilla angosta  
 El impetuoso Don Juan  
 Se hundía como una sombra.  
 Que siempre aturde y fascina  
 La vista de una persona  
 Que tantos doblones gana,  
 Y tan sería los derrocha.

—

En un lujoso aposento  
 Y enderredor de una mesa,  
 De viandas exquisitas  
 Y ricos vinos cubierta,  
 Sentada entre Don Gonzalo  
 Y Don Juan está Sirena,  
 Para ambos encantadora,  
 Mas para Don Juan risueña.  
 Es la tal una hermosura,  
 Danzante, que apenas cuenta  
 Veinte y dos años de vida,  
 Mas en el arte maestra.  
 Y si va á decir lo cierto  
 La chica es como una perla,  
 Y fina como un coral,  
 Aunque hay una diferencia ;  
 Que perla y coral con arte,  
 Con red y estacion se pescan,  
 Y aquí sucede al contrario,  
 Pues la pescadora es ella.  
 Sirena la llama el vulgo,  
 Y en verdad que no hay Sirena  
 Ni de voz mas seductora,  
 Ni en los encantos mas diestra.  
 Dice ella que tiene padres  
 En Jerez de la Frontera,  
 Aunque esto de su progenie  
 Maldito lo que interesa ;  
 Porque ella es cosa lindisima,  
 Y aunque de cuerpo pequeña,  
 Es acabada de formas,  
 Muy delicada y esbelta.  
 Tiene los cabellos negros,  
 La tez purisima y fresca,  
 Que puesta á distintas luces,

Puede ser blanca ó morena.  
Manos torneadas y puras,  
Mirada brillante y tierna,  
Y dos lindos piecitos  
Tan menudos que, á no verla  
Usarlos tan fácilmente,  
Nadie á sus solas creyera  
Que todo su cuerpo en ellos  
Sin peligro se mantenga.  
Tal es la Sirena hermosa  
Con quien esta noche cenar  
En compañía algo libre  
Alarcon y su colega;  
Y tales son las palabras  
Que en tal punto se atraviesan  
Entre el vapor de los vinos  
Y el humo de la opulencia.

*Sirena.* ¿Y á qué estrangero fingiros  
Cuando estrangero no erais?

*D. Juan.* Tu vanidad consultando,  
Porque de lejanas tierras  
Viniendo al són de tu fama  
Mas fácil te envaneieras.

*Sirena.* ¿Y á qué fingiros tan pobre,  
Dueño de tantas riquezas?

*D. Juan.* Para probar si podian  
Mis particulares prendas  
Adquirirme lo que al cabo  
Me compraran mis monedas.

*Sirena.* Quiere decir que de dos  
Mal os salió una esperiencia.

*D. Juan.* Quiere decir que he tendido  
Dos redes para una cierva.

*Sirena.* Pero ella saltó por una.

*D. Juan.* Pero en otra quedó presa,  
Y es muy distinto, querida,  
Ser de una ú otra manera,  
Pues en la una hubo maña,  
Y en la otra maña y fuerza.

*Sirena.* Quiere decir...

*D. Juan.* Te equivocas,

La interpretacion es esta:

Si en las redes del amor  
Incautamente cayera,  
Fuera conservada ó libre  
Acaso por su inocencia:  
Pero á la fuerza rendida,  
Sin mas azar ni defensa,  
Será olvidado en una hora  
Su precio por su torpeza.  
Y esta es la interpretacion  
Del hecho y la diferencia,  
De amor que gana y estima  
Y amor que compra, usa y deja.

Y á estas palabras mordiéndose  
La bailarina la lengua,

Cambió de copa Don Juan,  
Y destapó otra botella.  
Hubo aquí una breve pausa  
Durante la cual respuesta,  
Con una sonrisa de ángel  
Al de Alarcon dijo ella.

*Sirena.* Buen cazador sois, Don Juan.

*D. Juan.* Y vos escelente pieza.

*Sirena.* ¿Siguiérais mucho la pista?

*D. Juan.* Hasta hallar la madriguera.

*Sirena.* ¿Y si era falsa la boca?

*D. Juan.* Yo atinara con la cierta.

*Sirena.* ¿Y si salir no queria?

*D. Juan.* Yo me pondria en espera.

*Sirena.* ¿Por empeño?

*D. Juan.* Por empeño.

*Sirena.* ¿Y durara?

*D. Juan.* Hasta cogerla.

*Sirena.* Figuraos pues que asoma.

*D. Juan.* Me preparo.

*Sirena.* ¿Y si se entrega?

*D. Juan.* Tiendo la mano y la cojo.

*Sirena.* ¿Y si muerde?

*D. Juan.* Norabuena,

Sóbrame á mí mucha maña

Y al cabo se hará doméstica.

*Sirena.* Brindad pues y olvidad eso.

*D. Juan.* ¡A su orgullo!

*Sirena.* ¡A su obediencia!

*D. Juan.* Espera ¿quién canta ahora,

El amor ó la Sirena?

*Sirena.* El amor está vencido.

*D. Juan.* ¿Y la encantadora?

*Sirena.* Muerta.

*D. Juan.* En ese caso, alma mia,  
Brindemos y echarlo tierra.

Brindaron ambos á un tiempo,  
Y las amistades hechas,  
Mas estrepitosa y franca  
A ser empezó la fiesta.  
Bebe Don Juan sin cuidado,  
Que el vino jamás le altera;  
Bebe Don Gonzalo poco,  
Mas se turba su cabeza;  
Y sus manos hondos secretos  
Sin rebozo manifiesta,  
Que el daño de los licores  
Por la alegría comienza.  
Crujen los brindis sin número,  
Crece la órgia sin reserva  
Y ya ni voces ocultas  
Ni pensamientos se dejan.  
De amor y placer se trata,  
Y entre el són de las botellas  
Crujen los besos perdidos  
Y los requiebros penetran.

De amor loco está Don Juan,  
 Prendada de él está ella,  
 Don Gonzalo bebe y toma  
 La callada por respuesta.  
 Don Juan improvisa y canta,  
 Y al compás de su vihuela  
 Gira en danza voluptuosa  
 La bellísima Sirena,  
 Y en su sillón Don Gonzalo,  
 Sentado y tendido á medias,  
 Como una sombra fantástica  
 Embebido la contempla.  
 Ella, sutil como el aire  
 Y como el aire ligera,  
 Gira enredor, pasa y huye  
 Como aparición risueña.  
 Flota su falda plegada,  
 Sus cabellos se destrenzan,  
 Radian sus ojos ardientes  
 Luz mas viva á cada vuelta,  
 Y cuanto del baile rápido  
 Mas los círculos estrecha,  
 Mas los mágicos hechizos  
 De sus perfecciones muestra :  
 Y el velo con que sus manos  
 Primorosamente juegan  
 La variedad de sus formas  
 Y sus encantos aumenta.  
 Y segun rápidamente  
 Le recoge ó le despliega,  
 Le anuda, enlaza y con él,  
 O se cubre, ó se rodea,  
 La alegoría que finge  
 Graciosamente renueva.  
 Ya es una Náyade errante;  
 Ya una Venus hechicera,  
 Ya la Aurora fugitiva  
 Flores derramando y perlas,  
 Ya el Iris tornasolado  
 Y ya la Fortuna inquieta.  
 Y su flotante figura  
 En el ambiente deshecha,  
 Confundidos sus contornos  
 Por su rapidez aérea,  
 Ante los ojos parece  
 Mágica ilusion que vuela,  
 Sobre el rumor que producen  
 Sus vestiduras de seda  
 Y el perfume que despiden,  
 A merced del aire sueltas,  
 Cuando en los muebles pasando  
 Ligerísimos tropiezan.  
 Y gira y cruza y resbala  
 Y los sentidos no aciertan  
 Si de ello nace su impulso  
 O el aire sutil la lleva.  
 Hasta que al fin fatigada  
 Sobre un almohadon se sienta,

Mas seductora que nunca  
 Y mas que nunca halagüeña  
 Y mientras Don Juan de besos  
 Y de caricias la llena,  
 Don Gonzalo les aplaude  
 Trastornada la cabeza.

« Bravo, exclamó, solo falta  
 Margarita. » — A cuya necia  
 Esclamacion levantóse  
 Como una tigre Sirena,  
 Y con Don Juan encarándose,  
 Desencajada y colérica,  
 « ¿Quién es esa Margarita? »  
 Le dijo de rabia trémula.  
 Quedóse un punto Don Juan,  
 Sin acertar la imprudencia,  
 A componer á su amigo,  
 Quien á carcajada suelta,  
 Sin ver el fuego que atiza,  
 Les añadió por respuesta :

« ¡ A fé que es linda muchacha !  
 « Y ahora que se me acuerda,  
 « Pues en casa estará sola  
 « Su compañía me peta. »  
 Y asió su capa esto dicho,  
 Corroborando la idea.

« Gonzalo, exclamó Don Juan,  
 A no mirar que la lengua  
 Os entorpece el Jerez,  
 Ya os encontrarais sin ella.

— Pues os digo que me agrada,  
 Y pues su merced la deja,  
 Pido, como prenda antigua,  
 Para tomarla licencia.

— Eso si, si la pedis,  
 Llevaosla norabuena,  
 Mas cuando al fin os fastidie  
 A su convento volvedla.

— ¿ Con que es monja? ¡ vaya un lance!  
 Tengo yo una hermana lega  
 En un convento metida  
 Para biñarla una herencia,  
 Y aunque en mi vida la he visto,  
 Solo por recuerdo de ella  
 Lo haré como lo decis.  
 ¿ Y á qué convento? »

— A Palencia  
 Y á las monjas de Jesus  
 De donde es.

— ¡ Jesus me tenga!  
 — ¡ Calla! ¿ qué os da, Don Gonzalo?  
 — Decidme por vida vuestra,  
 Don Juan, ¿ cual es su apellido?  
 — Cosa, Don Gonzalo, es esa  
 Que jamás la he preguntado.  
 Mas ¡ voto vá!... ¡ lance fuera!  
 ¿ No es Bustos vuestro apellido? »

— Si.  
— Pues Bustos es el de ella. »

Quedó tal oyendo Bustos  
Inmóvil como una piedra  
Y en carcajada ruidosa  
Rompió la infame Sirena.  
Siguióla Don Juan á poco,  
Diciendo : « ¡ Cosa como ella !  
¿ Quién demonios lo pensara ?  
Pero en fin ya es cosa hecha, »  
Y dobló las carcajadas  
Con la bailarina, mientras  
De Don Gonzalo se iban  
Coordinando las ideas.  
El vapor al fin de la orgía  
Disipado con la fuerza  
De su deshonra, arrojóse  
Sobre Don Juan con fiereza,  
Mas sentóle este los puños  
En el pecho, y con la mesa,  
La lámpara y la vajilla  
Vino Don Gonzalo á tierra  
La bailarina se puso  
Por medio de ellos resuelta  
Diciendo á tiempo : « ¡ Señores,  
Que están en mi casa vean !  
— Don Juan, á la calle vamos.  
— Vamos, Don Gonzalo, fuera,  
Que es cosa que ya no tiene  
Mejor compostura que esa. »

Alborotóse la casa,  
Hubo lágrimas y quejas,  
Y el aposento asaltaron  
Los pages y las doncellas.  
Mas Don Juan les tuvo á rayo,  
Añadiendo con firmeza :  
« ¡ Atrás, canalla ! y silencio :  
Y tú, amiga, ten paciencia,  
Que como escape con vida,  
Volveré cuanto antes pueda.  
— Si sois valiente, Don Juan,  
Cuando gustéis dad la vuelta.  
— Advierte que no te pido  
Ni consejos ni licencia,  
Que yo te sigo la pista  
Por voluntad ó por fuerza.  
— Pues volved sin compañía  
Y encerrad á la manceba.  
— Ten esa lengua de víbora  
Y no te pases en cuenta,  
Que de rendirse á venderse  
Hay una distancia inmensa. »

Y así diciendo Don Juan,  
Tiró un bolsillo en la mesa,  
Y dejó el puesto encajándose  
El sombrero hasta las cejas.

## VIII.

Ya era alta noche, en el nublado oriente  
Próximo estaba á despuntar el día,  
El viento resonaba tristemente  
Y áspera lluvia gotear se oía.  
Y la noche pasaba  
Y Margarita en soledad lloraba  
La ausencia de Don Juan que no venía  
Entreabierta tenía su ventana  
La enamorada niña  
Con la esperanza vana  
De sentirle mejor cuando volviera,  
Y oyendo sus pisadas desde lejos,  
Y alcanzándole á ver con los reflejos  
De un vecino farol presto le abriera ;  
Y al conservado fuego se enjugara,  
Y los húmedos miembros arrecidos  
Al calor agradable restaurara.  
Mas en vano á la reja  
Al percibir pisadas acudía,  
En vano por la lóbrega calleja  
Los tristes ojos con afán tendía ;  
Muchos alguna vez por ella entraban,  
Y unos riendo y otros disputando,  
Huyendo unos tal vez y otros cantando,  
Pasar bajo su reja los veía,  
Mas de ella á largos pasos se alejaban  
Y con ellos Don Juan nunca venía.

Hundida la infeliz en su abandono,  
Suspiraba de amor por quien la olvida,  
Por quien su amor pospone y su ternura  
A una caricia sin pudor vendida  
De la insolente bailarina impura.  
¡ Ay pobre Margarita ! tú sentada  
Bajo la reja espesa  
Aguardas á Don Juan desesperada,  
De dolorosos pensamientos presa ;  
Tu amor por el de suspirar no cesa,  
¡ Y ojalá no volviera, desdichada !  
Pero ya acelerados  
Pasos de alguno al fin se percibieron,  
Cuanto próximos mas precipitados,  
Y mas cercanos cada vez se oyeron,  
Y por la calle oscura  
Vió Margarita un hombre que se entraba,  
Cuya negra figura  
Ante su misma puerta se paraba.  
« Él es, » dijo bajando, y no mentía,  
Que era en verdad Don Juan el que venía.  
El era, si, por el cruzado embozo  
Asomando el semblante macilento  
Con ceño torvo y fatigado aliento,  
Cubierta de sudor la osada frente,  
Y empuñando el acero refulgente  
Hasta el torcido gavilán sangriento.  
« ¡ Dios mio ! » dijo al verle Margarita,  
Mas con planta ligera

Dentro él sin contestar se precipita  
Y la mirada de la niña evita,  
Salpicando de sangre la escalera.

Subió tras él la pobre acongojada,  
Y la puerta tras ella asegurando,  
« Traéis sangre, Don Juan, » dijo aterrada,  
Mas Don Juan si la oyó siguió callando,  
Su roja espada ante la luz limpiando.  
Mudó despues de gola y de vestido,  
Se lavó, se enjugó, y echando al fuego  
El de sangre teñido,  
Sentóse ante la llama con sosiego  
Diciendo con acento decidido :  
« Margarita, á la aurora  
Es preciso partir.

— ¿Dónde?

— Lo ignoro,

Abandonar la corte por ahora  
Es lo esencial no mas, en esta casa  
No es posible vivir.

— ¿Pero qué pasa?

— ¡Oh! no es para subirse á los tejados,  
No es lo que viene ni un leon ni un toro,  
Poca cosa, señora,  
Teniendo libertad, audacia y oro.  
— Hablad, Don Juan, mi amor es infinito.  
Nada es mi vida si salvar la vuestra  
Logro con ella. Y lo que vi me muestra  
Que vos necesitais...

— ¿Yo? ¡qué locura!

Gozadla vos, que no la necesito.  
Y serenad por Dios esa pavura  
Que en el rostro mostrais, porque á fé mia  
Que el asunto no es cosa, estando á punto  
Tan cerca el oro y tan vecino el dia.  
Oídmeme en dos palabras, Margarita,  
Y os contaré el suceso.  
Ya á Don Gonzalo conocias.

— Eso

Bien lo sabeis.

— Tenia una maldita

Cabeza el tal y la perdió esta noche,  
Mas bebió con exceso  
Y no es extraño que perdiera el seso.  
— ¿Pero en fin qué es el caso?  
Que me tenéis violenta.  
— Me hablé de vos y aunque detrás de un vaso  
Me lo dijo, no fué tan de mi gusto  
Que al contestarle yo, por un fracaso  
Le entré el estoque por mitad del busto,  
Y el alma se le fué tan de carrera  
Que el cuerpo no exhaló ni un ¡ay! siquiera.  
— ¿Lematásteis? Don Juan ¡sois un malvado!  
— Tal vez tengais razon : mas bien mirado,  
Como si no le mato al fin me mata,  
En matarle salí muy bien librado,  
Que el caso era durillo hablando en plata.  
En fin, bien está asi, y pues ya esclarece,

Si no quereis hablar con la justicia  
De lo que á Don Gonzalo pertenece,  
Venid conmigo y adelante vamos.

— Pues que remedio no hay, Don Juan,  
partamos.

— Pues echaos ese oro en el bolsillo  
Y vamos á buscar un par de potros,  
Que como en campo libre nos veamos  
Maldito si da el diablo con nosotros. »

Y hablando así con gravedad resuelta,  
Cerró el cuarto Don Juan, tiró la llave,  
Y en dos caballos cuyo brio sabe  
Tomó á Castilla con la monja vuelta.

Al cabo de dos dias de camino,  
Al despertar la niña una mañana  
De una posada en una alcoba, vino  
Al ruido de su voz una villana,  
Y á tal punto entre dama y posadera  
Diálogo se entabló de esta manera :

*Posadera.* Dios guarde á su merced.  
¡ Hermoso dia!

*Margarita.* ¡ Él os proteja, madre! ¿Te-  
neis hora?

*Posadera.* No parece que sois madrugadora.

*Margarita.* Pues ¿qué hora es?

*Posadera.* Es casi medio dia.

*Margarita.* ¡Medio dia!

*Posadera.* ¿Quereis el desayuno?

*Margarita.* Si : mas hacedme la bondad  
primero

De decirle la hora al compañero,  
Que tiene el sueño á fé bien importuno.

*Posadera.* Pero ¿de quién hablais?

*Margarita.* Del caballero

Que ocupa ese otro cuarto.

*Posadera.* No hay ninguno.

*Margarita.* ¿Cómo no?

*Posadera.* El pasajero que ahí habia...

*Margarita.* Que vino ayer.

*Posadera.* Con vos.

*Margarita.* Precisamente.

*Posadera.* Montó á caballo al despuntar  
el dia.

*Margarita.* No puede ser.

*Posadera.* Miradlo.

*Margarita.* ¡Dios clemente,

Partió sin mí!

*Posadera.* Yo me creí, señora,

Que erais de su partida sabedora.

*Margarita.* ¿Yo? ¡justo Dios!

Y aquí de Margarita

Se ahogó la voz, y sin poder ni aliento  
Desplomóse en mitad del aposento.

Gritó la posadera, entró la gente,  
Se murmuró la historia comentada  
Por el curioso vulgo maldiciente,  
Y cuando en sí volvió la desdichada,  
Solo encontró á su lado  
Un hidalgo que acaso acompañado  
De su mujer viajaba,  
Quien, viendo su hermosura, condolida  
Guardarla quiso la honra con la vida.  
« Pobre jóven, la dijo aquella dama,  
Cobrad valor, no os deis tan por perdida.  
¿A donde quereis ir? »

*Margarita.* ¿Donde, señora?  
Saberlo me pluguiera,  
Yo iría solamente donde él fuera.  
¿Sabeis de él?

*La Dama.* ¿Quién es él?

*Margarita.* Ese viajero  
Que salió con el alba.

*La Dama.* ¿Un caballero  
Mozo y galan?

*El Caballero.* ¿Sobre un caballo overo?

*Margarita.* El mismo, justamente.

*La Dama.* ¿Es de vuestra familia?

*Margarita.* ¿De mi familia? No precisa-  
mente,

Pero si yo supiera su destino...

*La Dama.* Dijo que de su casa iba camino.  
¿Sabeis su casa vos?

*Margarita.* Sí, es en Palencia.

*La Dama.* Hasta Dueñas venid, si os acomoda,

En nuestra compañía, y diligencia  
Para que os lleven á Palencia haremos,  
De la mejor manera que encontremos.

*Margarita.* ¡Ay señora, quien quiera  
Que seais...!

*El Caballero.* ¡Levantad, por vida mia!  
Cualquier noble español lo mismo haría.  
Ea, venid, que enganchen y partamos.

*La Dama.* Enjugad esas lágrimas y vamos.

Y tomando la mano el caballero  
De la infeliz y triste Margarita,  
Dejaron al momento la posada,  
Emprendiendo hácia Dueñas la jornada.

## IX.

## AVENTURA TRADICIONAL.

¿Dó irá la tórtola amante  
Sino tras su amor perdido?  
¿Donde irá mas que á su nido  
Y al bosque en que le dejó?  
¿Donde irá su pensamiento  
Ni la llevará el destino

Si no sabe otro camino  
Que el solo en que se estravió?

¡Ay! ¿donde irá Margarita  
En su ciega inesperienza,  
Donde irá sino á Palencia  
Dó tal vez está Don Juan?  
¿Porque quién logrará nunca  
Con descaminado intento,  
Que el humo no busque al viento,  
Ni el hierro busque al iman?

Era en el fin de una tarde  
De junio, seca y nublada;  
De un convento en la portada  
Sobre el gastado escalon  
Una muger se veía,  
Como esperando el momento  
En que abrieran del convento  
El entornado porton.

A través de un velo espeso  
Con que el semblante cubría,  
Los ojos fijos tenía  
Con constancia pertinaz  
En el balcon de una casa  
Situada frente por frente,  
Donde no asoma un viviente,  
Por mas que mira, la faz.

Y la muger sin embargo  
Aquel balcon contemplaba  
Como quien algo esperaba  
Que apareciera por él.  
Y el balcon siempre cerrado  
Y solitario seguía,  
Y á abrirsele no venía  
Dueña, galan, ni doncel.

¿Qué hacía pues á tal hora  
Tal muger y tiempo tanto,  
Mirando con tal encanto  
Aquel cerrado balcon?  
¿Será cita?— Es imposible.  
No hay mas que un hombre en la casa  
Que de años setenta pasa,  
Que es un Don Gil de Alarcon.

¿Serán celos? — ¡Qué locura!  
¿Quién, ni de quién los tuviera  
Si por una y otra acera  
La calle ocupan no mas  
La casa del viejo hidalgo  
Y de Jesus el convento?  
¿Será espera? — A tal intento  
Propio es el sitio quizás.

Mas nadie llega y la noche  
Se oscurece y encapota,  
Y la lluvia gota á gota  
Pronostica el temporal,

Y se oye al lejos el viento  
Que en ráfagas cruza errante,  
Y va del turbion delante  
Con el mensaje fatal.

Y la muger, sin moverse  
Ni hacer de la lluvia caso,  
Del escalon no da un paso  
Siempre mirando al balcon.  
¿Quién es? ¿qué busca? ¿qué espera?  
Fatídica así ¿qué augura  
Su misteriosa figura?  
¿Es ente real ó es vision?

¡Ay pobre amante olvidada!  
Ay infeliz Margarita!  
¿Quién comprenderá tu cuita  
Ni compasion te tendrá!  
Tú esperas, los tristes ojos  
En ese balcon fijando,  
Y en vano estás aguardando  
Lo que al balcon no saldrá.

Tú ignoras que la hermosura  
Es prenda que con envidia  
El cielo dió, y con perfidia  
Por castigo á la muger,  
Y que quien cifra sobre ella  
El bien del amor ajeno,  
No acierta mas que veneno  
En su delicia á verter.

Mas tú, infeliz, no lo sabes,  
Y en *él* esperas por eso,  
Cuando *él*, por un solo beso  
De cualquier nueva beldad,  
Te viera espirar de angustia  
Sin que le hubiera ocurrido  
Darte un adios ni aun fingido  
Al pié de la eternidad.

Mas en tanto el viento arrecia,  
Revienta el cóncavo trueno,  
Y se desgaja de lleno  
El espantoso turbion;  
La calle se inunda en agua,  
La noche cierra y los hombres  
Invocan los santos nombres  
Con miedo en el corazon.

Margarita amedrentada,  
Buscando asilo seguro,  
Acogióse al templo oscuro  
Y se amparó del altar:  
Y al postrarse ante *él* humilde,  
Allá dentro de su mente,  
Mil recuerdos de repente  
Empezaron á brotar.

Ella hizo aquel ramillete,  
Ella bordó aquella toca,

En aquella cruz su boca  
Puso mil besos y mil;  
Aquella alfombra en su tiempo  
Delante del coro estaba.....  
Toda su vida pasaba  
Por ella en sueño febril

Toda en ilusion fantástica  
Su antigua y pura existencia  
Venía con su inocencia  
Su corazon á asaltar,  
Y dentro del pecho cándido  
Ir saliendo le sentía  
De la penosa agonía  
De su roedor pesar.

Y segun bellos recuerdos  
Poco á poco iba encontrando,  
Poco á poco iba olvidando  
La belleza de Don Juan;  
Hasta que en santa tristeza  
Su alma inocente embebida,  
Suspiró por otra vida  
Sin bullicio y sin afan.

La soledad de su celda,  
El rumor santo y sonoro  
De sus rezos en el coro,  
Y la paz de su jardin,  
El consuelo de una vida  
Con Dios á solas pasada,  
De amor y mundo apartada,  
Que son delirios, al fin,

Todo en tropel presentóse  
A sus ojos tan risueño,  
Tan sabroso y halagüeño,  
Tan casto y tan seductor,  
Que en llanto de fé bañada  
Dijo: « ¡Ay de mí! ¿quién pudiera  
Vol verme á mi vida austera,  
Y á otro porvenir mejor? »

En esto allá por el fondo  
De una solitaria nave,  
Con paso tranquilo y grave  
Vió Margarita venir  
Una santa religiosa,  
Cuyo rostro no veía  
Por una luz que traía  
Para ver por donde ir.

Temiendo que al acercarse  
Tal vez la reconociera,  
En su manto de manera  
Margarita se envolvió,  
Que aunque de la monja incógnita  
Los pasos cerca sentía,  
Ella apenas la veía  
Hasta que ante ella llegó.

Pasó á su lado en silencio,  
Y Margarita, al mirarla,  
Estrañó no recordarla  
Ni su faz reconocer.  
« Será novicia (se dijo),  
« Habrá al convento llegado  
« Desde que yo le he dejado,  
« No puede otra cosa ser. »

La monja en tanto seguía  
Los altares arreglando,  
Y la seguía mirando  
Margarita por detrás;  
Y hallaba en todo su cuerpo  
Un *no sé qué* de estrañeza,  
Que aumentaba su belleza  
Cuanto la miraba mas.

Había cierto aire diáfano,  
Cierta luz en sus contornos,  
Que quedaba en los adornos  
Que tocaba por dó quier;  
De modo que en breve tiempo  
Que anduvo por los altares,  
Viéronse en ellos millares  
De luces resplandecer.

Pero con fulgor tan puro,  
Tan fosfórico y tan ténue  
Que el templo seguía oscuro  
Y en silencio y soledad :  
Solo de la monja en torno  
Se notaba vaporosa,  
Teñida de azul y rosa  
Una estraña claridad.

Llegaba hasta Margarita,  
A pesar de la distancia,  
De las flores la fragancia  
Que ponía en el altar,  
Y ó un inefable sueño  
La embargaba los sentidos,  
O escuchaban sus oídos  
Música al lejos sonar.

Y aquel concierto invisible,  
Y aquel olor de las flores,  
Y aquellos mil resplandores,  
La embriagaban de placer;  
Mas todo pasaba en ella  
Tranquila y naturalmente,  
Cambiándola interiormente,  
Regenerando su sér.

Olvidó la hermosa niña  
Sus pasadas amarguras,  
Sintió en sí castas y puras  
Mil intenciones bullir,  
Mil imágenes de dicha,  
De soledad y de calma

Que pintaron en su alma  
Venturoso un porvenir.

Su vida era en aquel punto  
Un éstasis delicioso,  
Era un sueño luminoso,  
Un deliquio celestial;  
Un dulce anonadamiento  
En que nada la oprimía,  
Y en donde nada sentía  
Profano ni terrenal.

Solo quedaba en el alma  
De Margarita un intento,  
Un impulso, un sentimiento  
Hácia la monja de amor,  
Que á su pesar la arrastraba  
A contemplarla y seguirla,  
A distraerla y pedirle  
Consuelos á su dolor.

Pues siente que es, Margarita,  
Un talisman su presencia  
Necesario á su existencia  
Desde aquel instante ya;  
Y su recuerdo divino  
Es á su dolor secreto,  
Un misterioso amuleto  
Que fé y religion la da.

Y en ella fijos con ansia  
Los ojos y el pensamiento,  
La gloria por un momento  
En su delirio gozó,  
Mientras aquella divina  
Aparición deliciosa  
De la bella religiosa  
Ante su vista duró.

Tomó al fin su luz la monja,  
Y por la iglesia cruzando  
Pasó á su lado rozando  
Con sus ropas al pasar,  
Y sin poder Margarita  
Resistir su oculto encanto,  
Asióla al pasar del manto,  
Mas sin fuerzas para hablar.

« ¿Qué me quereis? » con acento  
Dulcísimo preguntóla  
La monja. « ¿Me dejais sola,  
Dijo Margarita, así?  
— Si no teneis mas amparo,  
Contestó la religiosa,  
En noche tan borrascosa,  
Venid al claustro tras mí.

— ¡Oh! ¡imposible!

— Si os importa  
Hablar con alguna hermana  
Volved si gustais mañana.

— Yo hablara...  
— ¿Con quién?  
— Con vos.

— Decid pues.  
— No sé qué empacho  
La voz al hablar me quita...  
¿Cómo os llamais?

— Margarita.  
— ¡El mismo nombre las dos!  
— ¿Así os llamais?

— Sí, señora,  
Y en otro tiempo yo era...  
¿Qué oficio tenéis?

— Tornera.  
— ¡Tornera! ¿cuanto tiempo há?  
— Cerca de un año.

— ¡De un año!  
— Diez llevo en este convento  
Y en este mismo momento  
Cumpliendo el décimo está. »

Quedó Margarita atónita  
Su misma historia escuchando,  
Y el tiempo á solas contando  
Que oyó á la monja marcar.  
Su mismo nombre tenia,  
Y su misma edad, y era  
Como ella un año tornera,  
Y diez monja... ¿qué pensar?

Alzó los ojos por último  
Margarita á su semblante  
Y de sí misma delante  
Asombrada se encontró;  
Que aquella ante quien estaba  
Su mismo rostro llevaba,  
Y era ella misma... ó su imágen  
Que en el convento quedó.

Cayó en tierra de hinojos Margarita  
Sin voluntad, ni voz ni movimiento,  
Prensado el corazón y el pensamiento  
Bajo el pié de la santa aparición;  
Y así quedó, la frente sobre el polvo  
Hasta que el eco de la voz sagrada  
A el alma permitió purificada  
Ocupar otra vez su corazón.

Entonces envolviéndola en su manto,  
Su cabeza cubriendo con su toca,  
El dulce acento de su dulce boca  
Dijo á la absorta Margarita así :  
« TE ACOGISTE AL HUIR BAJO MI AMPARO  
Y NO TE ABANDONÉ : VE TODAVÍA  
ANTE MI ALTAR ARDIENDO TU BUJÍA :  
YO OCUPÉ TU LUGAR, PIENSA TU EN MÍ. »

Y á estas palabras retumbando el trueno,  
Y rápido el relampago brillando

Del aire puro en el azul sereno  
Se elevó la magnífica vision.  
La reina de los ángeles llevada  
En sus brazos purísimos huía,  
Y á Margarita huyendo sonreía  
Que adoraba su santa aparición.

Sumióse al fin del aire trasparente  
En la infinita y diáfana distancia,  
Dejando en pos suavísima fragancia  
Y rastro de impalpable claridad :  
Y al volver á su celda Margarita,  
Volviendo á sus afanes de tornera,  
Tendió los ojos por la limpia esfera  
Y no halló ni vision, ni tempestad.

Corrió á su amado altar, se hincó á adorarle  
Y al vital resplandor de su bujía  
Aun encontró la imágen de María,  
Y sus flores aun sin marchitar,  
Y á sus piés despidiéndose del mundo  
Que en vano su alma devorar espera,  
Vivió en paz MARGARITA LA TORNERA  
Sin mas mundo que el torno y el altar.

## APÉNDICE

### MARGARITA LA TORNERA.

FIN DE LA HISTORIA DE D. JUAN Y SIRENA  
LA BAILARINA.

#### I.

A deshora de una noche  
Y á la entrada de una calle  
Nublada y oscura aquella,  
Esta solitaria y grande,  
Aquella escasa de luces,  
Y esta escasa de habitantes  
Pues que solo entre un convento  
Y un caseron viejo se abre,  
Venía sobre un caballo  
Un hombre que á tientas sabe,  
Sin duda, el sitio que pisa,  
Pues va sin ver adelante.  
Anduvo cincuenta pasos,  
Y del caballo apeándose,  
Dió en la puerta dos seguidas  
Aldabadas formidables.  
Sonaron primero en ella,  
Después en las cavidades  
De lo interior retumbaron  
Y al fin las devoró el aire,  
Pasaron tras de los golpes

De silencio unos instantes,  
Hasta que de una ventana  
Se alumbraron los cristales.  
Apareció detrás de ellos  
Una sombra vacilante  
Al reflejo de una luz,  
Y tras esto desdoblándose  
Las dos hojas de los vidrios,  
Con acento lamentable  
Dijo una vieja : « ¿Quién llama? »  
Y el que llamó dijo : « ¡Abre!  
— ¿Qué queréis?

— Abre, demonio,  
¿No me conoces? que baje  
Damian por este caballo.  
— ¡Él es! ¡Jesucristo valme!  
Dijo la muger en lo alto,  
Y la ventana cerrándose,  
Abrióse al punto la puerta,  
Y á oscuras quedó la calle.

—  
En una apartada alcoba  
De su casa de Palencia,  
Sin otro mal ni dolencia  
Que el exceso de su edad,  
Don Gil de Alarcon, á solas  
Con su confesor, espera  
Su cercana hora postrera  
Con calma y serenidad.

Hombre sin vicios que roen  
La vida y la menoscaban,  
Los días solo le acaban  
Que ya han pasado por él,  
Que es el tiempo una carcoma  
Que todo á traicion lo mina,  
Y con mano igual arruina  
La cabaña y el dosel.

Y aunque en paz con su conciencia  
Muere Don Gil, buen cristiano,  
Aun hay un recuerdo humano  
Que le angustia el corazón :  
Hay una idea rebelde  
Con fuerza á su mente asida  
Que lucha, no con su vida,  
Mas sí con su religion.

Un hijo ¡ay Dios! que tenía,  
Por quien se afaná viviendo,  
Y por quien llora muriendo  
Y que lejos de él está :  
Y al Dios en quien cree suplica  
Que por piedad le conceda  
Un punto en que verle pueda  
Por la vez postrera ya.

El pobre padre impelido  
Por su amor y sus virtudes,

Las negras ingratitudes  
Olvida de su Don Juan,  
Y darle el último abrazo,  
Darle el último consejo  
Es no mas del pobre viejo  
El acongojado afan.

« Padre, al confesor decia,  
Padre, me acusa una idea.  
— ¿Cuál es?

— Que mi hijo me crea  
Con él airado al morir.  
Nunca otro fin me propuse  
Que su bien y su fortuna,  
¡Mas no hay esperanza alguna  
En que poder consentir!

En busca de los deleites,  
Mozo á los deleites dado,  
Él se partió de mi lado  
Y acaso teme volver.  
Acaso teme el enojo  
De su padre que le adora.  
¡Ay Dios! en la última hora  
¿Qué puede de mí temer?

Solo quisiera, os lo juro,  
En este trance tremendo  
Poder echarle muriendo  
Mi paternal bendicion.  
No hay locura que no olvide,  
Dolor que no le perdone,  
Ni recuerdo de él que encone  
La ira en mi corazón. »

—  
Asi decia el buen viejo,  
De su Don Juan acordándose,  
Cuando Don Juan arrojándose  
En sus brazos exclamó :  
« Ya estoy aquí, padre mio,  
« Ya estoy ante vos de hinojos,  
« Tornadme, padre, los ojos  
« O muero de angustia yo. »

Y ambos á dos tiernamente  
Padre é hijo se abrazaban,  
Y ambos á dos sollozaban...  
¡Cosa triste de mirar!  
Lloraba el padre de gozo,  
Lloraba el hijo de duelo,  
El dolor con el consuelo  
Los dos gustando á la par.

Perdon le pedia el hijo  
Y le estrechaba asintiendo  
El viejo, que al fin cayendo  
Sin fuerzas le dijo asi :  
« Hijo, levanta y escucha  
Mis postrimeros acentos,

Que tengo pocos momentos  
Para disponer de mí. »

Sentóse á su lado el hijo  
Y á solas los dos quedando  
Así el padre siguió hablando  
A su fin próximo ya :  
« Juan, voy á darte mi última  
Prueba de amor y quisiera  
Que esta voluntad me fuera  
Bien cumplida.

— Lo será.

— Tuyo es cuanto yo poseo,  
Sin mas condicion que una,  
Y Dios, Juan, te dé fortuna  
Para gozarlo sin mí.  
¿ Me juras obedecerme?  
Responde, Juan, porque siento  
Que se me arranca el aliento.  
¿ La cumplirás?

— Padre, sí.

¡ Por cielo y tierra os lo juro !  
— Pues bien, junto á Torquemada,  
En tu herencia vinculada  
Una casita hallarás  
Cercada de un huertecillo ;  
Allí, Juan, mi cuerpo entierra,  
Y esta casa y esta tierra,  
Juan, no la vendas jamás.

Si algun día ( y nunca llegue )  
Tus dispendiosas locuras,  
O imprevistas desventuras  
Te roban cuanto te doy,  
Ven á mi tumba escondida,  
Que en mi sepulcro al postrarte  
Mi sombra saldrá á ayudarte...  
Y á Dios, Juan, que á morir voy !

— ¡ Padre !

— ¡ Adios, Juan, hijo mio !  
Siento que estoy espirando,  
Adios... y haz lo que te mando,  
Porque Dios te ayudará. »  
Y esto dicho inclinó el padre  
Hacia su hijo la cabeza  
Y él la besó con terneza...  
Pero no existia ya.

Tornóse desde este punto  
Aquel oculto aposento  
Solitario monumento  
De un justo que en paz murió.  
Huyóse el alma á los cielos,  
Y el vivo que allí quedaba  
Al Dios se la encomendaba  
Que ante su sér la llamó.

Y ya próximo al ocaso  
El sol del día siguiente  
Turba enlutada de gente  
Se vió á Palencia volver,  
Y tras de todos un hombre  
Que en pié en mitad del camino  
Quedó el lugar por dó vino  
Estudiando al parecer.

Cerró la noche, y la sombra,  
Su denso manto tendiendo  
Y á su mirada impidiendo  
La distancia penetrar,  
Apartar le hizo la vista  
De lo que estaba mirando,  
Y las espaldas tornando  
Viósele en Palencia entrar.

Mas todos, desde aquel día  
Al campo este hombre salia  
Y del campo se volvía  
Poco antes de oscurecer,  
Y ante las puertas llegando,  
Los ojos atrás tornando,  
Quedábase atrás mirando  
Mientras alcanzaba á ver.

## II.

Todo en la tierra pasa,  
Todo muere, se estingue ó se deshace :  
El duelo y el placer tienen su tasa  
Del hombre breve en la existencia escasa,  
Flor que se agosta con el sol que nace.

Queda el dolor un día  
Dentro del corazón mas amoroso  
En lenta y profundísima agonía,  
Pero calma el dolor mas riguroso  
Y el que mas implacable parecia.

Que así va nuestra vida  
Caminando entre gustos y dolores,  
Como fuente silvestre que escondida  
Por el sombrío bosque va perdida  
Zarzas bañando y campesinas flores.

Así Don Juan, con la memoria triste  
Del cariñoso padre acongojado,  
Vivió con su memoria  
En soledad un tiempo retirado,  
En jornada diaria  
Visitando su tumba solitaria.  
Mas sintiendo ceder su amargo duelo  
Y el alma serenarse cada día,  
Volvió á la sociedad, y halló consuelo  
En lo que un tiempo su placer tenia ;  
Y el consuelo por puntos aumentando  
Se iba por puntos en placer tornando.  
De su dolor testigos,  
Con respetuosas chanzas y caricias  
A cercarle volvieron sus amigos,

Y se iba á su presencia despertando  
 Su corazon, sediento de delicias.  
 Volvió á reir Don Juan, volvió á sus ojos  
 La viva luz del gozo y la esperanza,  
 Volvió la soledad á darle enojos  
 Y su opulencia le tornó á la holganza.  
 Sus administradores  
 Cuentas á darle con afan vinieron  
 De la herencia feraz de sus mayores  
 Y á sus ojos pusieron  
 Sus pingües rentas, por Don Gil dobladas,  
 Con mil cuidados y con mil sudores.  
 Tendió Don Juan los ojos satisfechos  
 Por el risueño porvenir, y el mundo  
 Halló tal vez con límites estrechos  
 A su deseo libre y vagabundo.  
 « ¿De qué me sirve, dijo, esta opulencia,  
 Estos montones escondidos de oro  
 Si en la oscura y pobrísima Palencia  
 No me sirve de nada mi tesoro?  
 ¿He de gastar en mantas mis doblones  
 O he de hacer de continuo á mis queridas  
 Regalos de peludos bayetones?  
 ¿Quejarán vive Dios agradecidas!  
 Murió mi padre, ¡duéleme á fé mía!  
 Pero no es menos cierto  
 Que yo tambien me moriré algun día;  
 Y si la vida á divertir no acierto,  
 Comprando mi placer con mi riqueza,  
 ¿No se aprovechará de mi torpeza  
 Otro mas listo cuando me haya muerto?  
 ¡Adelante, Don Juan, viven los cielos!  
 Menos dicen que son con pan los duelos.  
 No pasemos la vida  
 En llorar como imbéciles mugeres :  
 La riqueza gocemos adquirida  
 Y hagamos amistad con los placeres. »  
 Y aquí Don Juan, soltando de repente  
 Ruidosa carcajada  
 Que sin duda escitada  
 Fué por recuerdo que acudió á su mente,  
 Signió diciendo : « Y en verdad que ahora  
 Pillaré descuidada  
 A mi antigua Sirena encantadora.  
 Vaya, vaya, Don Juan, duelos aparte  
 Y vamos á Madrid, donde á esperarte  
 Saldrá sin duda alguna  
 Con los brazos abiertos la fortuna.  
 ¡Madrid, sitio á propósito  
 Para amorosos y reñidos lances,  
 De petardos y cábalas depósito,  
 Y tela de aventuras y percances!  
 Vámonos á Madrid; es un capricho,  
 Mas mi padre perdone  
 Que á Palencia heredándole abandone,  
 Que Madrid es mi patria, y está dicho.  
 Damian, en este punto  
 Los caballos ensilla,

Y el claro sol al despuntar mañana  
 Que fuera nos encuentre de Castilla. »

¿Qué distancia en Don Juan menester era  
 Para obrar y pensar de una manera?  
 Todo era en él lo mismo. En un momento  
 Arreoló sus negocios  
 Conforme al concebido pensamiento,  
 Y á las diez poco mas de una mañana  
 Salió sobre una yegua jerezana  
 Mas ligera que el viento,  
 Y tres dias despues desde la altura  
 Del cano Guadarrama  
 De Madrid contemplaba la llanura,  
 Donde sus nieves pródigo derrama.

## III.

## AVENTURAS DE NOCHE Y DIA.

En aquel mismo aposento  
 De la casa de Sirena  
 En que trabó Don Gonzalo  
 Con Don Juan una pendencia,  
 Tienen ahora trabada  
 Plática amorosa y tierna  
 La ambiciosa bailarina  
 Y Don Lope de Aguilera.  
 Ya sabes, lector discreto,  
 De muy atrás quien es ella;  
 Voy pues á darte noticias  
 Del galan que hoy la corteja.  
 Es Don Lope un mozo ilustre  
 A quien de la edad mas tierna  
 Sus padres en Salamanca  
 Dedicaron á las letras.  
 Aplicóse él de tal modo  
 O lo hizo de tal manera,  
 Que se plantó la golilla  
 De años veinte y dos apenas.  
 La curia escandalizóse  
 De tan imberbe colega,  
 Teniendo á menos el lado  
 Con justísima vergüenza.  
 Murmuraron los doctores,  
 Y alborotóse la audiencia;  
 Mas él les tapó la boca  
 Con su suerte y sus riquezas.  
 Presentóse el noble mozo  
 Con impávida insolencia  
 Al tribunal, despachando  
 Sus negocios con franqueza,  
 Y sus buelillos de encaje,  
 Y sus hebillas con perlas,  
 Y sus pages ataviados  
 Con magníficas libreas,  
 Apagaron los murmullos  
 É hicieron al fin domésticas  
 Las voluntades agrestes

De la turba descontenta.  
 Tornóse el ceño en sonrisa,  
 En cortesía la befa,  
 En rendimiento el desden  
 Y la repulsa en ofertas.  
 Y en fin, el poder que el mozo  
 Tener en la corte muestra  
 Cambió en baja adulacion  
 La ojeriza golillesca;  
 Mas él despues de humillarlos  
 Dióles no mas por respuesta  
 De alcalde de casa y corte  
 La que recibió real cédula.  
 Pues *rico* en merecimientos,  
 Con tamañas esclencias  
 Obtuvo ó compró una toga  
 Y grande fama con ella.  
 Dióse con brio á las leyes,  
 Y aunque legislaba á tientas,  
 Dió brujas al santo oficio  
 Y vagos á las galeras.  
 Dióle ademas la manía  
 Para adquirir pronta y buena  
 Fama en la corte, de hacer  
 En las mozas una leva.  
 Echó pues infatigable  
 Tras damas de vida incierta  
 Que tienen por mayorazgos  
 Lo que de vivos heredan :  
 Para lo cual de alguaciles  
 Tenia en campaña puesta  
 Multiplicada falange  
 En tales ojeos diestra.

Mas aunque asaz blasonaba  
 De rectitud justiciera,  
 Y andaba en continuo acecho  
 Con astuta diligencia,  
 Del vulgo siempre maligno  
 Murmuraban malas lenguas  
 Que dejaba las bonitas  
 Y desterraba las feas.  
 Mas esto alababan otros,  
 Esponiendo en su defensa  
 Que así atendía celoso  
 De la corte á la belleza.  
 Y andaba en esto muy justo,  
 Pues la hermosura completa  
 Cuanto hay necesario y útil  
 En esta vida terrena.  
 ¡Pero lo que son las cosas  
 De mezquindad y de tierra !  
 La que mas firme parece  
 Por fragilidad se quiebra.  
 Este Don Lope, que espanto  
 De las cortesanas era,  
 Su oro gustaba en secreto  
 Pródigamente con ellas.  
 Y á pesar de su faz torva,

De su voz ronca y severa,  
 Y de su amor á las leyes  
 Y timorata conciencia,  
 Se le bailaban los ojos  
 Al dar con una mozueta  
 Morenilla y vivaracha,  
 Desenfadada y resuelta :  
 Y como hiciese su encuentro  
 Por alguna callejuela  
 Escusada y solitaria,  
 Fingiendo tomar las señas  
 De cualquier casa, tendia  
 Por el embozo tras ella  
 Los encandilados ojos,  
 Y ¡ qué cintura ! ¡ qué pierna !  
 ¡ Qué rizo tan bien tirado  
 Alrededor de la oreja...  
 Qué de perfecciones lindas  
 En la vision pasajera !  
 Mas no eran todas las gracias  
 Del jóven golilla estas :  
 Habia otra que era en él  
 Costumbre y pasion violenta.  
 Un vicio que conservaba  
 Allá de su edad primera,  
 Debilidad ya de antiguo  
 A la noble gente aneja.  
 Que era el amor desmedido  
 A las damas de comedia,  
 Y en su falta á las graciosas,  
 Ademas de las bolerías.  
 Porque siempre apetecemos  
 Lo que mas lejos se muestra,  
 Lo que menos encontramos  
 Que á nosotros se asemeja,  
 Lo de que entendemos menos  
 Costumbre ó naturaleza.  
 Por lo que vemos continuo  
 Conjunciones tan diversas,  
 Y voluntades tan locas  
 Por las cosas mas opuestas,  
 Como enanos por caballos,  
 Y robustos por recetas,  
 Y jorobadas por bailes,  
 Y los pobres por apuestas;  
 Y duques por bailarinas,  
 Y por payasos duquesas.  
 Que hay quien gusta de unas caras  
 Barnizadas como puertas,  
 Y á merced del albayalde  
 Hechas blancas de morenas,  
 Y de unos ojos que brillan  
 Bajo dos postizas cejas,  
 Y de unos ahuecadores  
 Convertidos en caderas,  
 Y de unos rizos espesos  
 Añadidos con destreza,  
 Y de un punto de que el sastre

orma pechos, brazos, piernas,  
 / cinturas á su gusto  
 Y al de la flaca ó la gruesa,  
 Y da académicas formas  
 A gente de alambres hecha.  
 ¡Qué diablos! cada cual halla  
 Donde quiere la belleza,  
 Y todo es farsa en el mundo  
 Como dice la comedia.

Y si á Don Lope esto agrada  
 ¿A quién su gusto interesa?  
 Al cabo con ellas anda  
 Trastornada la cabeza.  
 ¡Qué pié tiene la Felisa!  
 ¡Qué mirada la Lucrecia!  
 ¡Qué movimientos Aurora!  
 ¡Y qué voz la Berenguela!  
 Pero sobre todas Diana,  
 Y sobre Diana Sirena.  
 ¡Qué gracia en la pantomima!  
 ¡Qué rapidez en las vueltas!  
 ¡Y qué garganta! ¡y qué todo!...  
 Desde el momento de verla  
 Con la vara y la golilla  
 El buen Don Lope dió en tierra :  
 ¡Y qué diablos hay que hacer!  
 Somos hijos de flaqueza,  
 Las tentaciones son graves,  
 Y son cortas nuestras fuerzas.  
 Cerró Don Lope los ojos,  
 Y tomadas sus secretas  
 Medidas, abrió sus arcas  
 A la danzante hechicera.  
 Cruzáronse para el caso  
 Dos virtuosísimas dueñas  
 Corredoras de placeres,  
 Y lebreles de monedas :  
 Y en fin por pasos contados,  
 Y por doblones sin cuenta,  
 Llegó el juez hasta las plantas  
 De la bailarina bella.  
 Tanto mas, cuanto que á ser  
 La cosa de otra manera  
 Hubiera bailado un solo  
 Con música de la empresa.  
 Pues los golillas de entonces  
 En un dos por tres pudieran  
 Hacer de un corchete un santo,  
 Y un testigo de una piedra.  
 En tal estado se hallaban  
 Los asuntos de Sirena  
 Con Don Lope, el visitándola  
 Y recibíendole ella,  
 Cuando una noche, á deshora  
 Y estando de sobrecena  
 Cruzándose las sonrisas  
 Por detrás de las botellas  
 En el mas dulce coloquio,

Del aposento la puerta  
 Se abrió repentinamente  
 Y entróse Don Juan por ella.  
 Y diciendo *buenas noches*,  
 Señores, y echando á tierra  
 Capa y chambergo, sentóse  
 Sin ceremonia á la mesa.  
 Quedaron los tres mirándose,  
 Descolorida Sirena,  
 Don Juan con franco descaro  
 Y receloso Aguilera.  
 Así estuvieron un punto  
 Y sin comprender apenas  
 Don Lope y la bailarina  
 Del de Alarcon la presencia,  
 Hasta que una carcajada  
 De este, á todo trapo suelta,  
 Cambió del todo por último  
 La situación de la escena.  
 Cesó de reir Don Juan  
 Y dijo de esta manera :  
 Cada cual dando á su tiempo  
 A sus palabras respuesta.

*D. Juan.* Sepamos con quien se habla,  
 Señor hidalgo. En Palencia  
 Soy yo Don Juan de Alarcon.  
 ¿Quién sois vos en esta tierra?

*D. Lope.* Ya hidalgo me habeis llamado.

*D. Juan.* No tengo aun mas que sospechas  
 De que sois tal por el traje  
 Y vuestra barba de á terciá.  
 Mas no es esa la pregunta :  
 Alrededor de esta mesa,  
 ¿Qué nombre usa su merced,  
 Sea en otra parte quien sea?  
 Mas veo que os recatais  
 Y os haré la delantera,  
 Que es bien que antes os entere  
 De lo que acontece. Sepa  
 Pues, señor mio, que asuntos  
 De mi familia y hacienda  
 Me obligaron de esta casa  
 A hacer una corta ausencia.  
 Ahora bien, sin mas rodeos,  
 Pues veis que he dado la vuelta,  
 El caso es que aquí sobra uno.  
 ¿Quién pues se va, y quien se queda?  
 Si es que comprais declaremos  
 Nuestra posesion en venta ;  
 Si lo debeis á la suerte,  
 La suerte entre ambos resuelva,  
 Y ó al que le toque la pierda,  
 O quien dé mas se la lleva.  
 O de quererla los dos  
 Espada en mano, y afuera.  
 Elegid.

El juez que en tant

Todas sus razones pesa  
Y en todo evento prefiere  
No dar razon de quien sea,  
Dijo : « Convengo en tirarlo  
Al azar.

— En hora buena. »  
Y echando Don Juan al punto  
La mano á las faldriqueras  
Dijo al sacarla : « Veamos,  
Yo déjo el puésto si acierta,  
¿ Hay pares ó nones ?

— Pares.  
— Contad pues esas monedas, »  
Y echó Don Juan en un plato  
Nueve onzas en nueve piezas.  
« Perdí, » dijo el juez, y el otro  
Que adivina lo que piensa,  
Dijole : « Meted espadas  
Si los oros no os contentan.  
— A poder en este instante  
¡ Juro á Dios que las metiera!  
— ¿ Qué inconveniente teneis ?  
Declaradlo con franqueza,  
Que aunque siempre estoy á punto  
De empezar una quimera,  
Cuando me señalan plazo  
Ninguno me mete priesa. »

Mirole el juez de soslayo,  
Y por bajo de las cejas  
Chispeándole los ojos,  
Tomó á espacio la escalera.  
Oyéronse sus pisadas  
Irse alejando por ella,  
Y oyósele alzar la aldaba  
Y el golpe que dio en la puerta.

*Sirena.* ¡ Señor Don Juan, qué habeis hecho!  
Todo lo habemos perdido.

*D. Juan.* ¿ Pues quién es ? ¿ es tu marido ?

*Sirena.* No.

*D. Juan.* Pues justo es mi derecho.

Ya vistes que le propuse  
Para adquirirse tu amor,  
Azar, dinero y valor :  
No hay pues de que se me acuse.

*Sirena.* ¡ Ay, Don Juan, que lleva ese  
hombre  
La intencion mas depravada!

*D. Juan.* ¿ Acaso estoy sin espada ?

*Sirena.* Cuando yo os diga su nombre  
Temblareis.

*D. Juan.* ¿ Su nombre acaso  
Es un volcan ó una mina,  
Que está ardiendo á la sordina  
Y esperando nuestro paso ?

*Sirena.* Ese hombre á quien provocais  
Es el alcalde Aguilera.

*D. Juan.* No me parece una fiera.

*Sirena.* ¡ Ay de vos si con él dais !

*D. Juan.* ¡ Y ay dél si conmigo da !

Mas niñerías aparte,  
Puesto que vuelvo á encontrarte,  
Di, niña, ¿ cómo te va ?  
— Bien, ¿ y á vos ?

— Famosamente.

— ¿ Y Margarita ?  
— No sé  
¡ Vive Cristo ! ni quién fué  
La tal muger.

— Bravamente.

¿ Y Don Gonzalo ?  
— ¡ Buen lance  
El suyo ! ¡ y qué bien riñó !  
Mas para otro mundo echó,  
Y ya el diablo que le alcance.  
— ¿ Le matásteis ?

— ¿ Y qué hacer ?

Se empeñó en hallar venganza  
A causa sin esperanza,  
¡ Qué habia de suceder !  
— ¡ Pobre muchacho !

— ¡ Eh ! dejemos

En paz á quien ya no existe,  
Y que no llegue lo triste,  
*Sirena,* á tales extremos.  
¿ Qué te importa Don Gonzalo ?  
Mientras yo contigo esté  
Páreceme por mi fé  
Que no va el mundo tan malo.

Bebe, y levanta esos ojos  
A la luz de la bujía,  
Volvamos á nuestra orgia,  
Y... echemos estos cerrojos  
Por si acaso.

— Y esto hablando

Don Juan, cerró bien las puertas,  
Llenó su vaso, y... no pudo  
Mas alcanzarse de afuera.  
Porque sin duda cansado  
Del viaje, abrevió la cena,  
Y en brazos cayó del sueño  
Tras de poca resistencia.

—  
Apenas las nueve daban  
De la mañana siguiente,  
Y Don Juan con la *Sirena*  
En pláticas bien alegres  
Concluido el desayuno  
Estaban entreteniéndose,  
Cuando interrumpió su gozo  
Inesperado accidente.  
Pálida y despavorida  
Llegó la doncella Irene  
Diciendo : « ¡ Señor, salvaos !  
— ¿ Qué dices, loca ?

— Que vienen

A prenderos.

— ¿A mí?

— A vos.

Y os acusan de una muerte  
Hecha en esta misma calle.

— Sirena, ¿qué enredo es este?

— ¡Ay! ¡huid, Don Juan, huid!

Y no extrañéis que os recuerde  
La muerte de Don Gonzalo.

— ¡Vive Dios!

— Ved que quien quiere

Prenderos es Aguilera.

— ¡Él! ¡por vida mía! ¡que entre!

— Ved que son muchos.

— No importa.

— Por Dios, Don Juan.

— ¡Bah! tenerse

Siempre á mi espalda y dejarlos. »

Y asiendo bizarramente

Su larga espada Don Juan,

A abrirlas la puerta fuése.

Presentóse en ella al punto

Don Lope con sus lebreles,

Y grande acompañamiento

De curiosos y de gentes,

Y en sus miradas de triunfo

Bien claro Don Juan advierte

El poder que la venganza

Dentro de su pecho ejerce.

Pero no es hombre Don Juan

Que á nadie en orgullo cede,

Y así con desden altivo

Aguarda á que el juez empiece;

El cual con sonrisa doble,

Que harto á burla se parece,

De esta manera le dice,

Y Don Juan á él de esta suerte:

« — ¿Quién es Don Juan de Alarcon?

— Yo soy, buen hombre, ¿qué quiere?

— Que se dé al rey.

— ¿Con qué causa?

— Hoy su Magestad pretende

Que en un sillón duradero

En su presencia se siente.

— Pues dadle al rey muchas gracias,

Que yo no quiero de reyes

Mas que los bustos que corren

En sus monedas.

— No intente,

Señor galán, resistirse,

Que en sangre teñidas tiene

Las manos, y de un tal Bustos

He sido yo algo pariente.

— ¡Hola! ¿Sabeis esa historia,

Y esa sangre os pertenece?

Pues no intentéis, señor golilla,

Que con la vuestra se mezcle,

Porque quien vertió la una

A verter otra se atreve.

— ¡Ea, mancebo, ya basta!

¡Espada y persona entregue,

O vive Dios!...

— Nora buena,

Por ella quien guste llegue,

Que por el puño la tengo.

— Pues á él, ministros, prendedle.

— Pues, señor juez, adelante,

Y salga lo que saliere. »

Así diciendo Don Juan

Con la cuadrilla arremete,

Sentando en ella sin tino

Estocadas y reveses.

En vano se le antepone

Densa nube de corchetes,

De escribanos y testigos,

Él tira siempre de frente,

Y en dos minutos despeja

De bultos el gabinete,

Y huye espantada la turba,

Al rey invocando siempre.

Desmayóse la Sirena,

Rompió en clamores la Irene,

Y en un momento en la calle

Se arremolinó la gente.

Rejas y balcones se abren

Al ruido, y todos haciéndose

Pregunta sobre pregunta,

Mas todos sin entenderse.

Quien huye despavorido

Sin saber de lo que teme,

Quien oye estúpido y mira,

Quien bravea sin moverse

Desde la calle entre tanto,

Que nada ve ni comprende.

Ayes y votos se escuchan,

Estoques por alto vense,

Y bocas abiertas dando

Ordenes que nadie atiende.

Miran todos á la casa

Por fuera de las paredes,

Como si á través pudieran

Ver lo que dentro sucede,

Y el dintel los alguaciles

A pasar sin atreverse

Se desgañitan de miedo,

Y al auditorio ensordecen.

Al fin por sobre el gentío

Viéronse llegar ginetes

Atropellando la turba

Y armados hasta los dientes.

Doblaron los alguaciles

Sus roncas voces al verles,

Y oyéronse maldiciones

De la magullada plebe.

Y en tanto en una antesala

Don Juan esgrime y revuelve  
 Contra tres que cara le hacen  
 Con el juez que se defiende;  
 Pues insultado Aguilera  
 Por él, y mofado al verse,  
 Tiró el baston y echó mano  
 Al estoque bravamente.  
 Mas es muy diestro Don Juan  
 Y en tal posicion se tiene,  
 Que espada y daga empuñando  
 De tal modo les ofende,  
 Que no desperdicia un golpe  
 Ni un pié de torreno pierde  
 Da, cia, pára, se cubre,  
 Amaga, recibe, vuelve,  
 Al uno tira de punta,  
 Al otro á revés le hiere,  
 Y al fin con un doble amago  
 Al de Aguilera sorprende,  
 Y en la tetilla derecha  
 Honda estocada le mete.  
 Cayó Don Lope y los otros  
 Que por él lidian, al verle  
 Doblaron contra Don Juan  
 Con rabia, aunque inútil siempre.  
 Pues él que ve su venganza  
 Cumplida, y abajo siente  
 Caballos, tal les acosa,  
 Que al uno le desguarnece,  
 Derriba al de la derecha,  
 Y sobre el tercero llueve  
 Tal tropel de cintarazos,  
 Y con voz tan insolente  
 Les insulta y les confunde,  
 Que aturdidos los pobretes  
 Huyeron al fin mohinos  
 Y zurrados malamente.  
 Entonces Don Juan, que nunca  
 Su peligro desatiende  
 Ni pierde el tino en su ira,  
 Con mano asaz diligente  
 Cerró las puertas, y astuto  
 Buscó balcon que cayese  
 A otra calle, y por las rejas  
 Descolgóse osadamente.  
 Gritó un hombre que pasaba,  
 Pero no pudo dos veces,  
 Porque Don Juan levantándose  
 Tendióle de un golpe inerme.  
 Miró, y eligió camino,  
 Se embozó bien, y metiéndose  
 Por una calle escusada,  
 Para su posada fuése.  
 Tomó el caballo en que vino,  
 Salió de Toledo al puente  
 Y echó á escape, encomendándose  
 A su brío y á su suerte.  
 Echó la justicia mano

De Sirena y de la gente  
 Que halló en su casa; crecieron  
 Los procesos como peste,  
 Y concluyóse la causa  
 Al concluir nueve meses,  
 Y en ella los que quedaron  
 Pagaron por los ausentes.  
 Del juez y de Don Gonzalo  
 Las averiguadas muertes  
 En una sola sentencia  
 Se vengaron de esta suerte:  
 Condenóse allí á Don Juan  
 A morir, si se le hubiere:  
 Mas nadie pensó en buscarle,  
 Como continuo acontece.  
 A Sirena por diez años  
 A reclusion, y por siete  
 A la criada, mandando  
 Que al de Aguilera lo entierren.

Con que *se salva quien corre,*  
 Y *acierta quien se defiende,*  
 Y está visto, *la fortuna*  
*Solo ayuda á los valientes.*

Hundia el sol su disco refulgente  
 Tras la llanura azul del mar tranquilo,  
 Dando sitio á la noche, que imprudente  
 Presta con sus tinieblas igualmente  
 Al crimen manto y al dolor asilo.

Y allá en ocaso al espirar el dia  
 Con su postrera luz reverberaba,  
 Y del inquieto mar se despedia,  
 Y de la tierra que á lo lejos via  
 Que de las sombras en poder quedaba.

Alcanzábase á Cádiz la opulenta  
 Blanqueando débilmente entre la bruma,  
 Sentada á flor del agua turbulenta,  
 Como queda despues de la tormenta  
 Témpano errante de perdida espuma.

Y aun se podian distinguir apenas  
 Los altos y movibles masteleros  
 Por cima y en redor de sus almenas,  
 Y en alas de las ráfagas serenas  
 La voz de los cansados marineros.

Mas no bien al crepúsculo indeciso  
 Tragó la luz de la amarilla luna,  
 Cuando en cóncavo són tronó improviso  
 Cañonazo de leva, ronco aviso  
 De nave que invocaba á la fortuna.

Lanzóse una á la mar, y á toda vela  
 Abandonando el puerto prontamente,  
 A par del viento favorable vuela,  
 Y á la luz clara que en la mar rielaa  
 Se la mira vogar tranquilamente.

A Italia va. Dichosos los que aguardan  
A su playa feliz llegar en ella,  
Y el tiempo cuentan que en mirarse tardan  
Bajo el benigno sol de Italia bella.

A Italia va : pais de los placeres,  
Encantado vergel rico de flores,  
Vivienda de hermosísimas mugeres,  
Patria feraz del genio y los amores.

A Italia va Don Juan, ¿á dónde iria  
El osado y amante pendenciero,  
A prolongar su interminable orgía  
Y á gastar su existencia y su dinero?

A Italia sí, porque en Italia mora  
El amor, la molicie y la pereza ;  
A Italia, sí, donde el placer se adora  
Altars levantando á la belleza.

A Italia va Don Juan. ¡ Cuánta esperanza,  
Cuánta ilusion de amor y de ventura,  
Lleva en su corazon, que nunca alcanza  
Fin á la dicha ni al placer hartura!

Atrás queda y burlada la justicia,  
Atrás los muertos que dejó lidiando,  
Mas la suerte con él marcha propicia  
Cabo feliz á cuanto emprende dando.

SIRENA, MARGARITA... ¿ quiénes fueron?  
Ya sus nombres le son desconocidos :  
Su amor y sus encantos se perdieron  
Un momento despues de conseguidos.

A Italia va Don Juan. La España toda  
Llena tras él de su memoria queda,  
Solo volver á España le acomoda  
Cuando amar, ni reñir, ni gozar pueda.

« Mientras es jóven, dice, mientras lleve  
« Deseo el corazon y oro el bolsillo,  
« Lanzarse el hombre á los deleites debe  
« Del sol de su fortuna al falso brillo.

« El placer es mi Dios; mi alma desea  
« Para solo gozar larga la vida ;  
« Cuando sin oró y sin placer la vea,  
« Como una inútil prenda envejecida  
« Con estóica calma indiferente  
« Despojaréme de ella, convencido  
« De que al que un aura de placer no aliente  
« Le debe de bastar lo que ha vivido. »

Tal es Don Juan y tal el pensamiento  
Que á la risueña Italia le conduce ;  
*Reñir, anar, beber*, hé aqui su intento ;  
*Gozar solo es vivir*, de ello deduce.

A Italia va Don Juan; ¿ y á donde iria  
En verdad el amante pendenciero  
A prolongar su interminable orgía  
Y á gastar su existencia y su dinero?

## IV.

Fuése á Italia Don Juan, lector querido,  
Y aquí cierra su historia su cronista,  
Que seguirle hasta Italia no ha podido ;  
Lo cual, bien sabe Dios, que me contrista.

Porque no es conclusion para una historia  
Acabar en un viaje

La vida y la memoria

De su mas importante personaje.

Decir que llegó á Italia, como dice,

Sin añadir mas dél, es un esceso

De historiador sin seso ;

Porque si al menos naufragar le hiciera,

Bien la historia en naufragio concluyera.

Pero solo nos dijo

*A Italia fué*, de donde yo colijo

Que fué este historiador un calavera.

Yo que ¡ oh lector! tus intereses miro,

Y á darte gusto aspiro,

Tras el fin de Don Juan un año anduve

Crónicas y memorias registrando,

Manuscritos y sabios consultando,

Mas nada de Don Juan á manos hué.

Hasta que al fin pasando por fortuna,

Y há poco por Palencia,

Topé con la ocasion mas oportuna.

Un clérigo muy viejo,

En cuya casa por mi buen consejo

Me hospedé aquella noche,

Me contó como cosa verdadera,

Y por los ojos de su abuelo vista,

Una historia, que á fé que si no era

De Don Juan de Alarcon, servir pudiera

Para acabar la que empezó el cronista.

A contártela voy, lector benévolo,

Con lo que el cuento de Don Juan concluyo,

Y aunque de su verdad no desconfío,

A Dios plazca, ¡ oh lector! que como al mio

Concluya mi Don Juan á gusto tuyo.

Seis años habia durado  
Del bravo Don Juan la ausencia,  
Y su memoria en Palencia  
Con ellos se habia borrado.

Mientras él fuera de España

Vivió, habianse vendido

Sus bienes que habian venido

A manos de gente estraña.

Y en fin, el mozo espatriado

U oculto, no haciendo,

Fué poco á poco perdiendo

La hacienda que habia heredado.

Siendo ella de las mejores

Que en toda la tierra habia,

Está claro que tendria

Infinitos compradores.

Pues sin deudos ni parientes  
Don Gil y Don Juan, ninguno  
Puso impedimento alguno  
A sus nuevos descendientes.

Tomó y pagó cada cual  
La parte que le convino,  
Sin curarse del destino  
De lo demas del caudal.

Y un hombre que se nombraba  
De Don Juan apoderado,  
Daba un recibo firmado  
Con la escritura y cobraba.

Nadie se volvió á meter  
En mas averiguaciones  
Ni en ver si los Alarcones  
Podrian ó no volver.

De ellos quedó en conclusion  
La casa donde vivieron,  
A la que siempre entendieron  
Por la *casa de Alarcon*.

Cuatro paredones, esto  
Es lo que guarda Palencia  
De su pasada opulencia  
Por triste y último resto.

Y á vuelta de algunos años  
Y de otra generacion,  
Todos serán de Alarcon  
A las memorias estraños.

Tal es la vida, lector:  
Quien mete en ella mas ruido,  
Cae mas pronto en el olvido,  
Y con vergüenza mayor.

—

En una tarde nublada  
Del turbio enero venia,  
Por una dehesa que guia  
De Palencia á Torquemada,

Un hombre mal ataviado,  
Cuyo traje y porte fiero  
Le daban por extranjero,  
Aunque no por muy honrado.

Traia el ceño fruncido,  
A través del cual brillaban  
Dos ojos que á par miraban  
Con insolencia y descuido.

Una daga milanesa  
Por la cintura cruzada,  
Y una larguísima espada  
En dos garabatos presa.

Todo el resto de su traje  
Igualmente convenia  
A hombre que mas no tenia,  
O á un hombre que va de viajero.  
Al ver su cuerpo fornido,  
Su capa al hombro, y su fiera

Presencia, bien se pudiera  
Tomarle por un bandido.

Sin embargo, en su persona  
Hay cierto aire de grandeza  
Que inspira cierta franqueza  
Y á su misterio aficiona.

En un camino el hallarle  
Pavor infunde sin duda:  
Pero si pasa y saluda  
Vuélvese uno á contemplarle;

Y siéntese que se aleje  
Al ver tanta gallardía,  
A par que causa alegría  
Que franco el paso nos deje.

Y en fin, el viajero es tal,  
Que á todos cuantos le ven  
De lejos parece bien,  
Pero muy de cerca mal.

É él en tanto, sin curar  
De quién pasa por su lado,  
Iba con pié acelerado  
Atravesando el pinar.

Cruzó un viñedo, en seguida  
Tomó una senda que á un valle  
Por las viñas se abre calle  
De antiguo césped vestida.

Y aunque por lo embarazado  
Que está con yerba y ramaje  
No parece aquel paraje  
En verdad muy transitado,

El sigue siempre constante,  
Como quien sabe el destino  
A que conduce el camino  
Que se le estiende delante.

Siguió por entre los brezos  
Y el enredado zarzal,  
Con el pié ó con el puñal  
Apartando los tropiezos,

Y llegó al fin de la cuesta  
Dó se via en la hondonada  
Una casilla olvidada  
Ya ruinosa y descompuesta.

Y cubierto de amarillo  
Musgo y de yerba silvestre  
Rodeaba esta campestre  
Casa un corto huertecillo.

Ya en él no habia señales  
De manos de jardinero,  
Y el plantío y el sendero  
Eran sin cultivo iguales.

Solo en su centro se via  
Sobre un monumento alzada  
De piedra una cruz labrada  
Que aun en pié se mantenía.

Paróse ante ella el viajero,  
Y ya por respeto fuese,  
Ya por temor que sintiese,  
Dejóse en tierra el sombrero.

Postróse despues de hinojos  
Permaneciendo un instante,  
Aunque sereno el semblante  
Con lágrimas en los ojos.

Y oró en silencio un momento,  
Al cabo del cual alzándose  
Con el sepulcro encarándose,  
Dijo así con triste acento :

« Padre, al morir me dijísteis :  
« *Si algun dia tus locuras*  
« *O imprevistas desventuras*  
« *Te roban cuanto te doy,*  
« *Vendá mi tumba escondida,*  
« *Que en mi sepulcro al postrarte*  
« *Mi sombra saldrá á ayudarte...*  
« Cumplióse así, y aquí estoy.

« Rompe pues, sombra adorada,  
« Esa piedra que te esconde,  
« Y á mis suspiros responde  
« Momentánea aparicion;  
« Dime, sí, que desde el cielo  
« Dó mi padre habita ahora,  
« No me lanza aterradora  
« Su terrible maldicion. »

Calló aqui un punto, y besando  
La lápida, con tristeza  
Inclinando la cabeza,  
Dijo alejándose ya :  
« ¡ Quimeras!... nunca los muertos  
« Salen de la madre tierra  
« Que avara en su vientre encierra  
« El polvo que sér nos da. »

Entró así hablando el viajero  
En la casa abandonada,  
Roida y desmantelada  
Por el tiempo destructor,  
Y no halló cosa en su centro  
De que echar mano pudiera  
Ni aun para hacer una hoguera  
Y procurarse calor.

Los insectos y las aves  
La ocupaban solamente,  
Y en los aires de repente  
Se lanzaron en tropel  
Al sentir bajo su techo  
Rechinar la antigua puerta,  
Que al entrar por ella abierta  
Dejaba el hombre tras él.

Todo era dentro abandono :  
Desde el suelo á la techumbre  
Vió el triste con pesadumbre  
Polvo y miseria no mas :

Y, dó quier que los tendia,  
Solo encontraban sus ojos  
De otro tiempo los despojos  
Que no ha de volver jamás.

La lluvia que penetraba  
Por los techos derruidos  
Tenia ya enmohecidos  
Los aposentos dó quier :  
Y en los viejos paredones  
Las vigas fuera de asiento  
Amagaban de un momento  
A otro momento caer.

Las puertas al empujarlas  
Desvencijadas cedian,  
Porque apenas mantenian  
Quicio en que apoyarse ya :  
Todo en fin amenazando  
Pronta y deplorable ruina,  
Hacia la tierra se inclina  
Y á hundirse en su nada va.

Y todo esto lo contempla  
El viajero muy despacio,  
Como pudiera un palacio  
Magnífico examinar  
Un anticuario curioso,  
O un avaro que allí viera  
Una joya que otro hubiera  
Perdido en aquel lugar.

Mas sin duda despechado  
De no hallar lo que apetece,  
Contra sí mismo parece  
Que revuelve su furor,  
Y en la sonrisa sardónica  
Con que miró cada objeto  
Se ve que le da en secreto  
Su vista intenso dolor.

Suelta á veces repentina  
É histérica carcajada,  
Y á veces con voz airada  
Espantosa maldicion :  
Y otras veces dulce y lánguida  
Melancolía le inspira  
Y tristemente suspira  
Su oprimido corazon.

A veces se cree que llora  
Y otras con voz insegura  
Preces por bajo murmura  
Que son conjuros tal vez,  
Y á veces con ira impia  
Jura, y maldice, y blasfema,  
Provocando un anatema  
De Dios, con insensatez.

En fin, parece que víctima  
De exasperados pesares,

Ni espera ya en los altares  
Ni fia en sí mismo ya :  
Y alguno dijera, viendo  
Su descompuesta figura.  
Que asentada la locura  
Dentro su cerebro va.

Al fin, abriendo ventanas  
Y puertas desencajando.  
Rompiendo y aniquilando  
Cuanto encuentra aquí y allí,  
Llegó hasta un salon oscuro  
Cuyo fondo daba entrada  
A otra fábrica apartada  
Que no habia visto hasta aquí.

Daba de la casa á un ángulo  
En que estriba un aposento  
Que parece en su ciménto  
Mas seguro gravitar,  
Y al que separa del resto  
De aquel edificio triste  
Una puerta que resiste,  
Y el pugna por desquiciar.

Mas no pudiendo, y no hallando  
Ni llave ni picaporte,  
Tentó hallar algun resorte  
Que la moviera tal vez ;  
Y al cabo de ir apurando  
Sospechas una por una  
Asió un clavo por fortuna  
Y se abrió con rapidez.

Daba la puerta á una estancia  
Con escasa diferencia  
Alhajada en opulencia  
De las otras á la par,  
Aunque algo menos ruínosa,  
Y al parecer en secreto  
Preparada á algun objeto  
Difícil de adivinar.

No habia de aquel oculto  
Y aislado aposento en torno  
Mas mueble ni mas adorno  
Que un antiquísimo arcon,  
Cuya llave conservada  
En su propia cerradura,  
Tal vez al secreto augura  
Misteriosa solución.

Abrióla aquel hombre, acaso  
Esperando en su fortuna ;  
Alzó la tapa importuna,  
Ansioso de ver si allí  
Algun secreto encontraba  
Que influyera en su destino,

Mas solo halló un pergamino  
Escrito, y decia así :

COMO CUANDO AQUI TE VUELVAS  
TODO LO HABRAS YA PERDIDO,  
Y TENDRAS PUESTO EN OLVIDO  
Á TU PADRE Y Á TU HONOR,  
EN ESA CUERDA Y ESCARPIA  
LO QUE MERECES TE DEJO,  
Y CREE QUE ES EL CONSEJO  
QUE PUEDO DARTÉ MEJOR.

Quedóse Don Juan atónito,  
Pues no era otro el que leia,  
Ni era otro el que escribia  
Sino su padre Don Gil :  
Y sin apartar los ojos  
De aquel fatal pergamino,  
Contemplaba su destino  
Con arrebato febril.

Y vió que habia en el techo  
Una escarpia asegurada,  
Y en el arcon enrollada  
Miró la cuerda fatal ;  
Y desplegándose toda  
Su existencia ante sus ojos,  
Su insensato le dió enojos  
Panorama criminal.

No habia en él mas que juegos,  
Pendencias y desafíos,  
Disolutos amóros  
Y crímenes por dó quier.  
Aquí el esposo ultrajado,  
Allí la justicia hollada,  
Acá la monja engañada,  
La seducida muger.

Asesinado el amigo  
Allá en la sombra moria  
En su sangrienta agonía  
Maldiciendo su amistad :  
Allá la livida sombra  
Del desdichado Aguilera  
Salía rabiosa y fiera  
De la oscura eternidad.

Y todas sus mil memorias  
De riñas y seducciones,  
En negras apariciones  
Mostrándose por dó quier,  
Veníansele acercando  
En muchedumbre siniestra  
Con el puñal en la diestra  
Su impia sangre á verter.

Todas, estrechando el círculo,  
En redor suyo apiñadas,

Venian desesperadas  
A maldecirle á una voz,  
Cada cual con justa cólera  
Pidiéndole ansiosa cuenta  
De alguna hazaña sangrienta  
O de algun crimen atroz.

¡Ay, delira el desdichado!  
La sangre hirviendo en sus venas  
Le deja intervalo apenas  
En que poder respirar:  
Y ¡miseró Don Juan!... ¡miseró!  
A donde quiera que mira  
Ve un espectro que con ira  
Viene su alma á demandar.

¿Y su padre? no, no hay duda:  
Al ver de Don Gil la letra  
El cruel destino penetra  
Reservado para él:  
Y sintiendo la conciencia  
Que le despedaza el pecho,  
Dijo de pronto: « Esto es hecho. »  
Y asió con ira el cordel.

Hizole un lazo á una punta,  
El arca arrastrando trajo  
Hasta ponerla debajo  
De donde la escarpia está:  
Y atando un extremo en ella,  
Y en su cuello el otro extremo,  
Maldijo Don Juan su estrella  
A morir resuelto ya.

Colocóse sobre el arca,  
Disminuyó cuanto pudo  
El espacio que del nudo  
Hasta su cuello quedó:  
Y entonces, segundo Judas,  
Con habla ya enronquecida,  
Así de la alegre vida  
Diciendo se despidió.

« Teneis razon, padre mio,  
« Ya otra cosa no me resta;  
« Para una vida como esta  
« Mucho mejor es morir.  
« ¡Teneis razon! Gran regalo  
« Me dejals, y le merezco;  
« Ea, pues, ya os obedezco.  
« ¡Abra Dios mi porvenir! »

Tras cuyas impías palabras,  
Con los piés la arca empujando,  
Quedó el misero colgando  
Blasfemando de su Dios:  
Mas no bien gravitó el cuerpo  
En la escarpia, cuando al punto  
Hierro y cordel todo junto  
Cayó de su cuerpo en pos.

Desplomóse con estruendo  
La carcomida techumbre,  
Y empolvada muchedumbre  
De escombros bajó detrás.  
« ¡Malditos maderos viejos! »  
Esclamó Don Juan alzándose,  
Mas en su plan afirmandose,  
Dijo: « Un árbol valdrá mas. »

Mas mirando al techo al irse  
Por azar, cuál fué su asombro  
Cuando pegado á un escombro,  
Otro pergamino vió,  
Que á un lado manifestaba  
Un cerrado cofrecito,  
Y en él se veia escrito  
Esto, que Don Juan leyó:

PUES TUS VICIOS ¡INSENSATO!  
HASTA AQUÍ TE HAN CONDUCTIDO,  
TEN HORROR DE LO QUE HAS SIDO,  
Y MIRA LO QUE A SER VAS:  
TOMA Y VIVE, MAS ACUÉRDATE  
QUE CUANDO YA NADA TENGAS  
SERA FORZOSO QUE VENGAS  
POR OTRA ESCARPIA QUIZAS.

#### CONCLUSION.

Tú crearás, lector amigo,  
Que Don Juan, esto leyendo,  
En cuentas entró consigo,  
Y por fin escarmentó:  
Tambien yo lo suponía,  
Pero, amigo, nada de eso,  
Porque aquel clérigo obeso  
Que esta historia me contó,

Me juró como hombre honrado  
Que habia despues sabido  
Que este Don Juan, perseguido  
Por la justicia otra vez,  
Se escapó con su tesoro,  
Y volvió á su antigua vida,  
Gastando en Francia su oro  
Con bizarra espléndidez.

¿Y sabes lo que me dijo  
Aquel venerable anciano  
Apretándome la mano  
Acabado el cuento ya?  
Pues me dijo aquel buen viejo  
¡O lector de mis entrañas!  
Que á quien tiene malas mañas...  
El refran se lo dirá.

## LEYENDA CUARTA.

## LA PASIONARIA.

## CUENTO FANTASTICO.

Un día en que mi muger leía los cuentos antásticos de Hoffmann, y escribía yo á su ado los míos, se entabló entre nosotros el siguiente diálogo.

*Mi Muger.* ¿Porqué no escribes un cuento fantástico, como los de Hoffmann?

*Yo.* Porque considero ese género inoportuno en España.

*Mi Muger.* No alcanzo la razon.

*Yo.* Yo te la diré. En un país como el nuestro, lleno de luz y de vida, cuyos moradores vivimos en brazos de la mas íntima pereza, sin tomarnos el trabajo de pensar en procurarnos mas dicha que la inapreciable de haber nacido españoles; ¿quién se lanza por esos espacios tras de los fantasmas, apariciones, enanos y gitanas de ese bienaventurado alemán? Nuestro brillante sol daría á los contornos de sus medrosos espíritus tornasolados colores que aclararian el ridículo misterio en que las nieblas de Alemania envuelven tan exageradas fantasías.

*Mi Muger* (interrumpiéndome). Esa teoría será muy buena, pero en ese caso ¿á qué género pertenece tu leyenda *Margarita la tornera*?

*Yo.* Al género fantástico, sin duda.

*Mi Muger.* Luego la teoría y la práctica están en contradiccion.

*Yo.* Entendámonos. *Margarita la tornera* es una fantasia religiosa, es una tradicion popular, y este género fantástico no lo repugna nuestro país, que ha sido siempre religioso hasta el fanatismo. Las fantasías de Hoffmann sin embargo no serán en España leídas ni apreciadas sino como locuras y sueños de una imaginacion descarriada; tengo esperiencia de ello.

*Mi Muger.* Acaso tendrás razon: pero yo quisiera que hicieras la prueba.

*Yo.* Enhorabuena: mas con una condicion. Que sobre tí vaya la responsabilidad del éxito.

*Mi Muger.* Acepto.

*Yo.* Tú me darás el argumento de la composicion.

*Mi Muger.* Y tú le tratarás con imparcialidad.

*Yo.* Prometo escribirte como Dios mejor me dé á entender.

*Mi Muger.* Pues escucha.

Hé aquí, amigo lector, la historia de mi *Pasionaria*, que está dedicada á mi muger, de quien es original. Tú la juzgarás. Pero te suplico que no la leas tan sin cuidado que desfigures la belleza del argumento con la torpeza y desaliño de la ejecucion.

JOSÉ ZORRILLA.

## INTRODUCCION.

En un fresco valle ameno,  
De flores y árboles lleno,  
Que á un jardin se parecia,  
Un buen hidalgo vivía  
De pesadumbres ajeno.

De aquel albergue escondido  
La soledad deleitosa  
Había un santuario sido  
Donde pasó guarecido  
Su larga vejez dichosa.

Soldado fué mientras pudo  
Con el lanzon y el escudo:  
Mas su buen tiempo pasado,  
Volvió á su valle ignorado  
A ser campesino rudo.

Allí dejó, á su partida  
Para la empeñada guerra,  
En una esposa querida  
Y una hija de ella tenida  
Cuanto adoraba en la tierra.

Mas de la guerra al volver  
Con sus heridas ufano,  
Echó el buen hombre de ver  
Que honrado volvía en vano;  
Faltábale su muger.

El pobre hidalgo la enviaba  
Nuevas suyas cada día  
Que una ocasion encontraba,  
Pero siempre se perdía  
El mensaje, y no llegaba.

Murió pues la triste esposa  
Sin noticias de su suerte,  
Pues en lid tan azarosa  
Dar era difícil cosa  
Mas noticia que la muerte.

Lloró su mala ventura  
Por largo tiempo el soldado;  
Mas todo el tiempo lo apura,  
Y el deleite y la amargura  
Tienen su fin señalado.

Vivo trasunto de aquella  
Perdida ya dulce esposa  
Quedábale una doncella,  
Como su madre amorosa,  
Y mas que su madre bella.

¿Y quién ¡vive Dios! no olvida  
Los desastres mas prolijos

Quando la luz de su vida  
Llega á ver reproducida  
En el amor de sus hijos?  
La vejez desencantada  
Tal vez no goza con nada :  
Pero la mas cruel historia  
Se borra de su memoria  
Si de hijos se ve cercada.  
Así el valiente Robleda  
Todo su amor atesora  
En la hija que le queda.  
¡Ojalá Dios le conceda  
Larga vejez con su Aurora!  
Aurora, si, se llamaba  
Porque en la aurora de un día  
Con que un abril empezaba  
Nació, y el sol que apuntaba  
Con ella á la par nació.

¿Y quién sabe si al preveer  
Su hermosura venidera  
Quiso el sol su estrella ser,  
Y vino la primavera  
Su mas bella flor á ver?  
Así suceder debió.

Porque en aquella espesura  
La bella Aurora creció  
Y dióla doble hermosura  
Cada aurora que pasó.

Rosa del valle frondoso  
Que del cierzo la guarece,  
Su cáliz abre oloroso,  
Bálsamo esparce precioso  
En el desierto en que crece.

Sus primorosos colores  
Y su fragancia esquisita  
Vergüenza son de las flores  
Que aquellos alrededores  
Dan entre yerba marchita.

Y orgulloso y satisfecho  
De guardar tan linda flor,  
Robleda pide á su pecho  
Ambito menos estrecho  
Para su ambicioso amor.

Toda su triste existencia  
De auroras desventuradas  
Y de sangrientas jornadas  
De aquella Aurora en presencia  
Sueño es de cuitas pasadas.

Y así en su albergue escondido  
Y en soledad deleitosa,  
Contra el pesar guarecido  
Pasa su vejez dichosa  
El soldado encanecido.

## I.

En una de abril fecundo  
Deliciosísima tarde,

Y en la orilla de un arroyo  
Que cruza el ameno valle,  
Bajo la sombra sentada  
De unos juncos desiguales,  
Una hermosísima niña  
Sola y distraída yace.  
Del manso arroyo contempla  
Los fugitivos cristales  
Que en las arenas del fondo  
Reflejan su bella imágen :  
Y hállase linda sin duda  
Segun lo que se complace,  
Ya sonriendo con ella,  
O ya con ella enojándose.  
A veces turbando el agua  
La borra por un instante,  
Volviendo curiosa luego  
A ver como se rehace :  
Y asoma sobre sus labios  
De purísimos corales  
Vaga é infantil sonrisa  
De nuevo al verla formarse.  
Mírala atenta esperando  
A que las aguas se aclaren,  
Y á solas con su reflejo  
Plática entabla muy grave.  
« ¿Porqué me miras, le dice,  
Cuando me inclino á mirarte,  
Y si me aparto me apartas,  
Y si salgo á verte sales?  
¿No sabes que es mucho orgullo  
Para una sombra tan frágil  
Hasta quien la da la vida  
Osar subir arrogante?  
¿No sabes que con un soplo  
Romper y manchar me es fácil  
Los ojos con que te atreves  
En los míos á mirarte?  
¿Quién eres tú, necia sombra,  
Para salir á encontrarme  
Tras el quebradizo muro  
De tu trasparente cárcel?  
¿Tú, pobre ilusión sin vida,  
Sombra sin cuerpo palpable,  
Que solo á la sombra de otro  
Puedes vivir arrastrándote?  
¿Tú, que á mi solo capricho  
Debes no mas cuanto vales,  
Puesto que nunca nacieras  
Si yo á tí no me acercase?  
¿Y todavía me miras?  
¿Y te me ries, infame?  
¿Y me provocas sirviéndote  
De mis mismos ademanes?  
Para insolencia tamaña  
Ya no hay paciencia que baste;  
Toma, descarada, y sea  
Cada granito un ultraje. »

Y así la hermosa diciendo,  
 Por castigar á su imágen,  
 Tiraba al fondo del agua  
 Las arenas de la márgen.  
 Al ver la espuma que elevan  
 Y al ver los innumerables  
 Circulillos que producen,  
 Y unos en otros quebrándose  
 Fugitivos de su centro,  
 Y en tumulto interminable,  
 Los unos van á perderse  
 Adonde los otros nacen,  
 Y entre la confusa tela  
 De sus líneas vacilantes;  
 Al ver en el fondo turbio  
 Inquieta siempre su imágen,  
 Con inocente sonrisa  
 Y con infantil donaire,  
 « Eso es, decia, ya vuelves,  
 Necia sombra, á tus desmanes;  
 Mas veremos por quién queda,  
 Tú á salir, y yo á borrarte. »  
 Y arena tiraba al agua  
 Con caprichoso coraje.  
 En tal entretenimiento  
 Se la pasaba la tarde,  
 Luchando contra su sombra  
 Que aparecia constante,  
 Cuando un mancebo que estaba  
 Tras ella, con voz suave  
 Y afectuosísimo tono,  
 Díjola : « Aurora, ¿qué haces? »  
 Tornóse al punto la niña,  
 Y ruborizada alzándose,  
 Dijo bajando los ojos :  
 « ¿Qué he de hacer mas que esperarte?  
 — Tan entretenida estabas  
 Con el arroyo...

— Tirábale

Las arenillas que cria  
 Por venganza.

— ¿En qué es culpable

Para que así le castigues?

— Detesto sus falsedades,  
 Y él me engaña.

— ¿Qué te dice?

— Me copia todo el semblante,  
 Y mente sin duda alguna.

— ¿Porqué?

— Porque á ser iguales

Yo y el reflejo que pinta  
 Mas en verdad te agradase.

— ¿Pues quién te ha dicho, alma mia,  
 Que yo no te le idolatre?

— Mas á menudo vinieras  
 Si así fuera á contemplarle.

— ¿Acaso tardé?

— Lo ignoro,

Cuando vienes nunca es tarde.  
 Pero cuando pasa un dia,  
 Y otro y otro y aguardándote,  
 Paso horas y horas sentada  
 Mirando por todas partes  
 Sin que por ninguna lleguen  
 Mis ojos á tropezarte,  
 ¡Ay, Felix, qué de recelos  
 Me atormentan!

— ¿Pues no sabes

Que tengo yo, Aurora mia,  
 Ayo, maestros y padre  
 Que me acechan de continuo,  
 Y que me es fuerza robarles  
 Los minutos para verte  
 Sino para idolatrarte?  
 Cuando el castillo abandona  
 Ya por caza ya por viaje  
 Es solo cuando evadirme  
 De mi preceptor es fácil;  
 Y solo con mil pretestos  
 Logro entonces engañarle  
 Y no oír sus importunos  
 Consejos inagotables.  
 Con él del noble ejercicio  
 De las armas salgo al parque,  
 El caballo se desboca,  
 Salta la zanja y al valle.  
 Tanto, bien mio, me cuesta  
 Verte unos cortos instantes,  
 Mas no hay azar que no arrostre  
 Por oírte y contemplarte.  
 — ¡Ay, Felix! siempre palabras  
 Consoladoras me traes,  
 Mas no sé qué falta en ellas  
 Que nunca me satisfacen.

— ¿Dudas acaso?...

— No en tí,

Que no me atreviera amándote.

— ¿Pues en quién?

— En la fortuna.

Tú tan noble...

— Y es bastante

Garantía la nobleza  
 De mi encumbrado linage  
 Para cumplir mis palabras.  
 Y esto, Aurora mia, baste,  
 Que me ofenden esas dudas.  
 — ¡Siempre ese altivo language,  
 Felix, siempre te me enojas!  
 — ¿Yo, Aurora mia, enojarme?  
 Contigo, mi bien, mi gloria,  
 Jamás.

— Pues tu mano dame,  
 Júrame que me amas mucho

Y hagamos las amistades.

— Las manos no, el corazon.

— No puedo yo tanto darte.

- ¿Pues qué, corazón no tienes?  
 — No, que ha venido á robármele  
 Un mancebo muy gallardo.  
 — ¿De veras?  
     — Sí, como un ángel.  
 — ¿Y se le llevó?  
     — Sin duda.  
 — Como yo llegue á encontrarle...  
 — ¿Se le pedirás?  
     — No á fé.  
 — ¿Pues qué has de hacer?  
     — Arrancársele. »

Y aquí cayendo la niña  
 En los brazos de su amante,  
 Sonó un regalado beso  
 Que devoró ansioso el aire.  
 « Aurora, dijo el mancebo,  
 Mira al sol.

- ¿Felix, te partes?  
 — ¿Qué he de hacer? Espira el día.  
 — Es verdad, Felix. Mi padre  
 También estará impaciente.  
 ¿Volverás pronto?  
     — Cuanto antes.  
 — ¿Te acordarás de mí?  
     — Siempre.

Mi existencia es solo amarte;  
 No tengo en mi corazón  
 Mas que un altar con tu imágen.  
 — ¿Se borrará?

— Nunca, Aurora :

Pintada está con mi sangre  
 Y por el cristal pasada  
 Del fuego que en ella arde. »

Y al dulce beso tornaron  
 En punto tal separándose  
 Y mientras verse pudieron  
 No dejaron de mirarse.

Subia aprisa Don Felix  
 Y con pasos desiguales  
 Por la tortuosa vereda  
 Que lleva fuera del valle;  
 Y lentamente cruzaba  
 Aurora la opuesta parte  
 Por la olorosa pradera  
 De que es su casa el remate :  
 Y á cada paso volviéndose  
 Y de lejos saludándose,  
 Ambos á dos se juraban  
 Como quien eran amarse.  
 ¡Pobres niños que insensatos  
 Juzgaban interminable  
 Lo que era con solo un soplo  
 Interrumpirles muy fácil!

## II.

Tendía sobre la tierra  
 Su oscuro manto la noche,  
 De estrellas poblando el cielo  
 En magnífico desórden.  
 Lanzaba apenas la luna  
 Sus tímidos resplandores,  
 Como enamorada que abre  
 Recelosa sus balcones  
 Por ver al galán que espera  
 Y que las sombras la esconden,  
 Mas cuyo contorno vago  
 En la oscuridad conoce.  
 Todo en el valle reposa  
 Y con murmullos acordes  
 Entre las hojas susurran  
 Los céfiros juguetones.  
 El manso rumor del agua  
 Que entre los céspedes corre,  
 Mezclado con sus murmullos  
 Incesantemente se oye.  
 Perfuma el ambiente puro  
 De las campesinas flores  
 El grato y sencillo aroma,  
 Que ávida el aura recoge.  
 Brotan del húmedo césped  
 Imperceptibles vapores,  
 Que de las ráfagas vuelan  
 Sobre las alas veloces :  
 Y la frescura se aspira,  
 Y los sentidos absorve  
 Vaga languidez dulcísima,  
 Que hace su deleite doble.  
 El pensamiento perdido  
 El ancho espacio recorre  
 En pos de mil imposibles  
 Encantadas ilusiones.  
 Los ojos alucinados  
 Con mil falsos resplandores,  
 Realidades imaginan  
 Sus increadas ficciones :  
 Y en el azul trasparente  
 Cuya estension desconocen,  
 Sus errantes fantasias  
 En su desvarío ponen.  
 Y un vapor que le atraviesa,  
 Un insectillo que indócil  
 Le cruza inquieto sonando  
 Sus alillas uniformes,  
 Un hoja que va en el aire,  
 Sin hallar en qué se apoye  
 Y desprendida de un tronco  
 Acaso de sábia pobre,  
 Por una vision la toman,  
 Que pasa ante ellos informe,  
 Suspiro tal vez de un hada,  
 Plegaria acaso de un monje.

Noche azul, limpia y serena  
 Tras la cual se reconoce  
 Lo infinito del espíritu  
 Que con un soplo hizo el orbe.  
 En esta noche tranquila  
 Y en este valle fué donde  
 Delante de una ventana  
 De su alquería sentóse  
 El bueno de Juan Robleda  
 En un gran sillón de roble,  
 Asegurando los codos  
 En sus brazales enormes.  
 Los ojos en tierra fijos,  
 Mohino el semblante noble,  
 Sumido el ánimo muestra  
 En graves meditaciones.  
 Jamás se le vió tan triste;  
 Sin duda su pecho esconde  
 Algun secreto funesto  
 Que el corazón le corroe.  
 Secreto que en el silencio  
 Es preciso que devore,  
 Que en su corazón se entierre  
 Y en su corazón se ahogue.  
 Mas él desea sin duda  
 Que fuera de él se desborde,  
 Reduciendo sus tormentos  
 A sentidas expresiones:  
 Que otro las oiga y las sienta  
 Como él las siente y las oye,  
 Ya porque él lo necesite,  
 O ya porque á otro le importen.  
 Y esto sin duda resuelve,  
 Porque dejando su inmóvil  
 Posición, por la ventana  
 Llamó á Aurora, y levantóse.  
 Entró la hechicera niña,  
 Volvió á su sillón de roble  
 El padre, y entre los dos  
 Plática tal entablóse:

*Robleda.* ¿Dónde has estado?

*Aurora.* En el soto.

*Robleda.* ¿Qué has hecho allí?

*Aurora.* Coger flores.

*Robleda.* ¿Y has cogido muchas?

*Aurora.* Muchas.

*Robleda.* Ten cuenta con las que coges,

Y no vayas á buscarlas  
 Al parque de los señores  
 De Aracena, porque tiene  
 Muy malos alrededores.

*Aurora.* Yo, señor...

*Robleda.* ¿Me has entendido?

No están mis ojos tan torpes  
 Todavía que no alcancen  
 Hasta el lindero del bosque.

*Aurora.* Dueleme, padre y señor,

Que mi conducta os enoje;  
 Mas yo prometo...

*Robleda.* Hija mía,

No hay desdicha que no arrostre  
 Tu padre por tu ventura,  
 Ni mal que por tí no afronte;  
 Mas no hay tampoco desdicha  
 Que me desvele ni asombre  
 Como el temor de perderte.

*Aurora.* ¿Y á qué, padre, esos temores?

Aquí hemos siempre vivido  
 Retirados: nuestra pobre  
 Posesión respetan siempre  
 Los bandidos y los nobles.  
 Mil veces me habeis contado  
 Que allá detrás de esos montes  
 Está la tierra turbada  
 Con guerra y desolaciones:  
 Que todo el mundo está henchido  
 De desventuras y horrores,  
 Pero jamás han llegado  
 A nuestro valle sus voces.

*Robleda.* ¡Ay que no es, Aurora mía,

Tan peligroso el redoble  
 Del atambor que convoca  
 Para matarse los hombres,  
 Como la voz engañosa  
 De esas mágicas pasiones  
 Que viven en nuestro pecho  
 Como huéspedes traidores!  
 Lides se vencen lidiando  
 Y al fin, ya que no se logre  
 Salir de una guerra siempre  
 Felices ó vencedores,  
 La fuga salva aunque manche.  
 ¿Mas cómo de las traiciones  
 Defenderse de enemigos  
 Que á par con nosotros corren?  
 Bajas, Aurora, los ojos,  
 La faz ruborosa escondes;  
 ¡Ay de tí, luz de mi vida!  
 Si freno al amor no pones.

*Aurora.* ¡Callad, por Dios, padre mio!

*Robleda.* Fuerza es decírtelo, óyeme:

Todo lo sé, pobre niña,  
 Esas desdichadas flores  
 Que vas á coger al campo  
 Son las falsas expresiones,  
 Los juramentos de amor  
 De un mozo á quien no conoces,  
 Y de quien tú no has nacido  
 Mas que sierva. Y si no rompes  
 Tan torpes lazos, si no echas  
 En olvido hasta su nombre...

*Aurora.* Padre, imposible. Se mezcla

En mis mismas oraciones.  
 No se aparta de mi mente  
 Ni de día ni de noche.

*Robleda.* Pues bien, Aurora, es forzoso  
Que desprendértele logres  
Del corazón: es preciso  
Que huyamos lejos de ese hombre.  
Tú no naciste condesa,  
No heredaste mas blasones  
Que tu honor, y esa no es prenda  
Para perdida de un golpe.  
Venderé nuestra alquería.  
Aurora, á partir disponte,  
La distancia es el olvido,  
Y el tiempo allana los montes.

*Aurora.* Pues bien, padre, partiremos.  
Conozco vuestras razones,  
Iremos donde gustáreis;  
Será un sacrificio enorme:  
Tal vez me cueste la vida:  
El alma tal vez indócil  
Se resista de tal modo  
Que el aliento me sofoque,  
Pero primero es mi padre:  
Vuestros caprichos son órdenes  
Para mí; sí, padre mío,  
Mas dejadme que le llore.  
No extrañéis, no, que á los párpados  
Las lágrimas se me agolpen,  
No me preguntéis la causa,  
Que será mentar su nombre.

Y aquí de hinojos Aurora  
Ante su padre se pone  
Diciendo: « Padre, partamos  
Antes que Don Felix torne. »

## III.

Catorce dias despues,  
De su alquería á la puerta  
Iba á montar á caballo  
El bravo Juan de Robleda.  
Ya estaba á su lado Aurora  
Sobre una jaquilla negra,  
Y un criado conducía  
Sobre una mula su hacienda.  
Las crines tenia asidas  
El soldado y el pié cerca  
Del estribo, cuando á ellos  
Vió con estraña sorpresa  
Venir un hombre en un potro  
Desbocado por la cuesta,  
Y á pique de despeñarse  
Por la tortuosa vereda.  
Las compasivas miradas  
Clavó en él con ansia estrema  
De que descendiera vivo,  
Lo que á la verdad no espera.  
Mas gracias á su fortuna  
Mucho mas que á su destreza,

Por la orilla del arroyo  
Siguió su rauda carrera.  
Pasó el lindero del soto  
Tan veloz como una flecha,  
Saltó la zanja del bosque,  
Cruzó el puente de madera.  
Y pasó por medio de ellos  
Sin ser dueño en su violencia  
De contener de su potro  
El impulso y la fiereza.  
Era Don Felix. Aurora  
Palideció á su presencia,  
Y el viejo esperó pregunta  
Para concebir respuesta.  
« ¿Partís? » preguntó Don Felix,  
Con faz pálida y colérica;  
Y con altiva mesura  
« Partimos, » dijo Robleda.

*D. Felix.* ¿Por mucho tiempo?

*Robleda.* Por mucho,  
Si es mucho la vida entera.

*D. Felix.* Los vasallos de mi padre  
No pueden sin su licencia  
Abandonar sus estados.

*Robleda.* Por eso fui yo á obtenerla  
De él mismo no há muchas horas.

*D. Felix.* ¿Y os la dió?

*Robleda.* Y gracias con ella.

Con que así, señor Don Felix,  
Mire si paso nos deja,  
Porque la jornada es larga  
Y la mañana está fresca.

*D. Felix.* No será mientras yo viva,  
Buen viejo, y tened paciencia,  
Que no ha de salir mi esposa  
De donde su esposo queda.

*Robleda.* ¿Qué estais hablando, Don Felix?  
¿Qué esposa ó qué rayo es esa,  
Ni qué tengo yo que ver  
Con quien vuestra esposa sea?

*D. Felix.* Mas de lo que vos pensais  
Mi muger os interesa,  
Que os vengo á pedir á Aurora  
Para mi esposa, Robleda.

*Robleda.* ¡Está su merced sin juicio,  
Por Cristo vivo!

*D. Felix.* Ello es fuerza:  
Yo la adoro, la idolatro;  
Todo el poder de la tierra  
No me arrancará del pecho  
Esta pasion violenta.

*Robleda.* Teneos, señor, teneos,  
Que se os desboca la lengua;  
Y aunque os amargue es preciso  
Que oigais la verdad sincera.

Don Felix, doy por supuesto  
Que ella os ama: doy que es cierta,

Profunda vuestra pasion,  
Decidida y verdadera ;  
Mas ella nació villana,  
Y vos en estirpe régia,  
Sí, porque sangre de reyes  
Circula por vuestras venas.  
Ved pues si podeis bajaros  
Hasta humillaros con ella,  
O si ella puede subir  
A vuestra altitud escelsa.

*D. Felix.* Sí, puede ; viven los cielos !  
Que en la muger no hay nobleza,  
Y en alas de la hermosura  
Se encumbra hasta las estrellas.  
Cuando yo herede el condado,  
Aunque segadora fuera  
La esposa que yo tomare,  
Fuera siempre la condesa.  
Que si soy de sangre noble  
Soy tambien...

*Robleda.* Un calavera  
Que os cansareis en dos meses  
De una zafia lugareña,  
Y la encerrareis tirano  
En alguna fortaleza  
Para gastar en la corte  
Vuestro oro con las ajenas.  
Creedme, señor Don Felix,  
Yo tengo mucha experiencia  
Y sé lo que son las cosas ;  
Dejaos pues de quimeras.  
Cada oveja, ya sabeis  
El refran, con su pareja.

*D. Felix.* Pues bien, viejo testarudo,  
Ya que me provocas, guerra  
Te haré desde hoy, de tus brazos  
La arrancaré.

*Robleda.* Y eso prueba  
Bien claro que sois un vil,  
Porque tan villana idea  
Le ocurre solo á un menguado  
Que contra la ley atenta.

*D. Felix.* Nada me importa tu cólera,  
Me olvido de tu insolencia.  
Y tú, Aurora de mi vida...

*Robleda.* Don Felix, su merced vea  
Que si da un paso hácia Aurora,  
La vida al punto le cuesta.  
La justicia de mi causa  
Ha defendido mi lengua  
Con honor ; de vuestro arrojo  
Mis pistolas me defiendan.

Así Robleda diciendo  
Metióse con faz resuelta  
Entre Don Felix y Aurora,  
La mano en las armas puesta.

Postróse á sus piés la niña  
De miedo en llanto deshecha,  
Volvió en su acuerdo Don Felix,  
Y á punto tal por la cuesta  
Aparecieron ginetes  
Del conde con la librea,  
Él mismo delante de ellos  
Avanzando á toda rienda.

*El Conde.* ¡Voto á San Dimas ! ¿Qué es esto?  
¿El siervo contra el señor?

*Robleda.* No busco de tal rigor  
Para escusarme pretesto.  
Mas yo mi honor defendia,  
Y antes de volver atrás  
Poco es de él, de Satanás,  
Señor, le defenderia.

*El Conde.* ¿Mi hijo á tu honor atentó ?  
Robleda, en verdad responde.

*Robleda.* Al vuestro atentaba, conde,  
A no impedirselo yo.  
Pidióme loco la mano  
De mi hija y se la negué.

*El Conde.* ¿Eso pensó ? ¡Por mi fe  
Que eres, Felix, un villano !

*Robleda.* Yo se lo dije tambien,  
Mas á fuerza, dijo airado,  
Que obtendria de contado  
Lo que no de bien á bien.

*D. Felix.* Pues bien, padre...

*El Conde.* Calle el necio.

*Robleda,* tú has peleado  
En otro tiempo á mi lado  
Y siempre te tuve aprecio.  
No, por mi vida, no es justo  
Que pagues solo la pena  
De culpa que ha sido ajena ;  
No has de partir, es mi gusto.  
La posesion te concedo  
De todo el valle que habitas ;  
Y ve si mas necesitas,  
Que agradecido te quedo.  
Y tú, niña, olvida á ese hombre,  
Que no es en verdad razon  
Que tenga tu corazon  
Quien no ha de darte su nombre.  
Otro encontrarás mejor,  
Pues la dueña de este valle  
Marido es fácil que halle  
Sino conde, con honor.

*Robleda.* La proteccion agradezco,  
Señor, mas es castigarme  
A que me quede obligarme  
En un lugar que aborrezco.

*El Conde.* Entiendo tu repugnancia,  
Robleda, mas he curado  
De que vivas descuidado ;  
Enviaré á Felix á Francia.

Y aquí el conde de Aracena,  
Volviendo el rostro á su hijo,  
Frunciendo el ceño, le dijo  
Con voz decidida y llena :  
« Y ahora vos, caballero,  
De hinojos ante ese anciano  
Pedidle á besar la mano. »

*Robleda.* ¡A mí, señor!

*El Conde.* Yo lo quiero.

*D. Felix.* Padre y señor, si esto es  
Para vos buen desagravio,  
Con gusto pondré mi labio  
No en sus manos, en sus piés.

Mas ved que mi corazon...

*El Conde (interrumpiéndole).* No hay  
mas en ello que hablar.

Yo del os sabré arrancar  
Tan indigna inclinacion.

¡Hineaos : besad : muy bien!

Ahora montad é id delante ;

Mas id de mejor talante

¡Por la estrella de Belen!

Y si quereis desde ahora

Que mi cólera no estalle,  
Olvidaos deste valle

Y no penseis en Aurora.

Dios sea contigo, Robleda,

Y ahora á escape, señores,  
Que estarán mis cazadores  
Esperando en la alameda.

Salió la gente del conde

Tras él á escape resuelto,

Pero no sin haber vuelto

Los ojos Felix á donde

Su Aurora en llanto deshecha

Recoge aquella mirada

Que acaso la desdichada

Como la última aprovecha.

Mientras los pudo alcanzar,

La vista sobre ellos tuvo ;

Cuando perdido los hubo,

No pudo con su pesar.

Huyó de su alma el valor

Que hasta allí la habia asistido

Y al fin cayó sin sentido.

¡Tan tirano era su amor!

#### IV.

Cumplió su palabra el conde

Y envió á Don Felix á Francia,

Porque son tiempo y distancia

Grandes contrarios de amor.

El conde está satisfecho

Y estálo tambien Robleda ;

Aurora es solo quien queda

Abismada en su dolor.

Don Felix va caminando

Apesarado y mohino

Aliviando su camino

Con las memorias de ayer.

Mas mozo ilustre que al mundo

Hoy sale por vez primera,

¡Quién sabe si allí le espera

Felicidad y placer?

Siempre en el negro castillo

De su familia encerrado,

Mas fortuna no ha llegado

Ni mas gloria á concebir ;

Toda su ambicion silvestre

Se redujo á sus vasallos,

Sus perros y sus caballos :

Eso fué su porvenir.

Mas si, dichoso en la corte

Y afortunado en la guerra,

Fama se conquista y tierra

Con bien merecida prez ;

Si el hidalgo de provincia

Allá en pais estrangero

Venturoso aventurero

Medra en el mundo á su vez ;

Si, envuelto en el torbellino

Del lujo y de la grandeza,

Altivo con su nobleza

Y fiero con su favor,

Avasalla á la fortuna,

¿Quién de que viva responde

En el corazon del conde

Del campesino el amor?

La juventud es la fuerza,

La imprevison la osadia,

La juventud con un dia

De suerte amiga no mas

Al golfo de la fortuna

Sin brújula y sin estrella

Se lanza, y voga tras ella

Sin volver cara jamás.

La felicidad no existe,

La gloria es una mentira,

Mas solo la gloria inspira

Hazañas de gran valer.

La dicha es la incertidumbre

En que estriba la esperanza,

Y porque nunca se alcanza,

Damos tras ella en correr.

En pos de esa lumbre falsa

Afanado siempre el hombre,

Acrecienta su renombre

Y acrecienta su ambicion.

Y así fué grande Alejandro,

Y así inmortal vive Homero

Por su fortuna primero,  
Despues por su corazon.

Eso es el hombre, deseos,  
Ambicion, fortuna, gloria :  
Eso es su vida, su historia,  
Del hombre es siempre el valor.  
Mas la muger... ¡desdichada!  
Débil y hermosa nacida,  
El amor solo es su vida,  
Su porvenir el amor.

Mientras el hombre combate  
Con la fortuna contraria,  
Ella triste y solitaria  
Orando por él está :  
El hombre egoista, avaro  
Piensa en sí mismo primero,  
Y el corazon todo entero  
Ella entre tanto le da.

¡Pobre Aurora! en vano tiendes  
Los ojos desconsolados  
Por los peñascos quebrados  
Que fuera del valle dan ;  
En vano pasas tus dias  
De silencio y pesadumbre,  
De tu escasa incertidumbre  
Acrecentando el afan.

« ¿Si volverá? » se pregunta  
Todos los dias Aurora.  
« ¿Qué hará Don Felix ahora? »  
En eso piensa no mas.  
Verle venir á lo lejos  
A cada instante imagina,  
Mas la ilusion peregrina  
No se realiza jamás.

En vano el viejo Robleda  
Consuelo estéril la ofrece :  
Su duelo no desvanece  
La verdad ni la razon.  
Si acaso muestra en sus labios  
Al buen viejo una sonrisa,  
Una lágrima le avisa  
De que pena el corazon.

Y pasa dia tras dia,  
Consúmese hora tras hora,  
Mas no consuelan á Aurora  
La razon ni la verdad :  
Los dias pasa en silencio,  
Pasa las noches llorando,  
Continuamente arraigando  
Su amor en la soledad.

« No llores, mi bien, la dice  
« Desolado el pobre viejo :  
« Al fin es mejor consejo

« Lo que se pierde olvidar. »  
Y ella responde : « Perderle  
« ¿Porqué ocultar que me pesa?  
« Ya sé que mi suerte es esa,  
« Mas dejádmela llorar.

« Yo os prometí, padre mio,  
« No verle mas, no buscarle,  
« Mas no prometí olvidarle,  
« Que fuera imposible á fé.  
« Su imágen está con fuego  
« En mi corazon grabada,  
« Y eternamente guardada  
« En él la conservaré. »

— « ¿Y piensas, pobre inocente,  
« Que él conservará la tuya? »  
— « Padre, quien quiera le arguya  
« Por la palabra que dió.  
« Él será mi pensamiento  
« Mientras me dure la vida ;  
« Si él, padre mio, me olvida  
« No he de culpárselo yo.

« Solo su bien es mi anhelo,  
« Y si á mi costa ha de hallarle,  
« Quiera logrársele el cielo  
« Si es venturoso sin mí. »  
Así á su padre llorando  
Dice la infeliz Aurora,  
Y el viejo oyéndolo llora  
Porque el triste lo cree así.

Y en esta penosa calma,  
En esta intensa amargura,  
Sin menguar su desventura  
Pasaba el tiempo veloz.  
Afanábase Robleda  
En consolar á su hija,  
Mas ella en Don Felix fija  
Desatendia su voz.

Pasaba el dia, la triste,  
Al pié del cerro vecino,  
Siempre mirando al camino  
Con insensata avidez,  
Continuamente sentada  
En la pradera florida  
Donde le vió á su partida  
Por la postrimera vez.

Y el desdichado Robleda,  
Que ciego la idolatraba,  
Veia bien que la ahogaba  
Su inestinguible dolor.  
¡Pobre viejo! ; con qué gusto  
Toda su sangre vertiera  
Para sofocar la hoguera  
De aquel insensato amor!

## V.

En una tarde de julio  
 Que los nublados embozan  
 Del sol cubriendo los rayos  
 Tras de su cortina lóbrega,  
 Del arroyuelo á la márgen  
 Está la infeliz Aurora,  
 Embebecida la mente  
 En lisonjeras memorias.  
 Pálida y desencajada,  
 Aunque atractiva y hermosa,  
 Piensa en que el año se cumple  
 Y su Don Felix no torna.  
 ¡ Un año! Y la pobre niña  
 Aun siente devoradora  
 De su amor la eterna llama  
 Que el tiempo apagar no logra.  
 Un año va á hacer que ausente  
 Del dulce dueño que adora,  
 Aun de su vuelta conserva  
 Una ilusion mentirosa.  
 Aun sale todas las tardes  
 A contemplar á sus solas  
 La senda por dó solia  
 Bajar por entre las rocas.  
 Aun vuelve los tristes ojos  
 Con esperanza engañosa  
 Creyendo verle á lo lejos  
 Doblar la empinada loma.  
 Mas nunca llega Don Felix;  
 Jamás amiga persona  
 Trae carta ó noticia suya  
 A la enamorada Aurora.  
 Y ella sin embargo espera:  
 Mas ; ay! ; esperanza loca!  
 El año entero se cumple  
 Y su Don Felix no torna.

Y estaba pensando en ello  
 Meditabunda y llorosa,  
 Cuando en el fin del camino  
 Distinguir creyó una sombra,  
 Que se deslizaba rápida  
 Por la vereda tortuosa,  
 Aclarando sus contornos  
 Segun la distancia acorta.  
 No es ilusion esta vez,  
 Un bulto de humana forma  
 Es la aparicion. Los ojos  
 Se la saltan de las órbitas.  
 ¡ Con cuánta ansiedad y ahinco  
 En el que viene los posa!  
 Sondear quisiera con verle  
 Su nombre, su sér, su historia.  
 Y en tanto descende al valle  
 La aparicion venturosa,  
 Que es un viejo peregrino

Con su bordon y sus conchas.  
 Agil y recio de miembros,  
 Su larga edad no le estorba  
 Para caminar, y apenas  
 Sobre su baston se apoya.  
 Cana la barba y crecida,  
 Talante y faz magestuosa,  
 Vaga sonrisa en los labios,  
 Mirada escudriñadora.

Tal era aquel extranjero  
 De cuya agradable boca,  
 Oyó Aurora un « Dios te guarde, »  
 Tras de sonrisa amistosa.  
 Y ella atenta contemplándole  
 Por si tal vez le conozca,  
 Volvióle la cortesía  
 Con un « Vengais en buen hora. »  
 Quedaron ambos un punto  
 En actitud silenciosa,  
 Trabajando entrambos á poco  
 Un diálogo en esta forma :

*El Peregrino.* ¿ Qué haces en medio del  
 campo,  
 Con la tormenta tan próxima,  
 Pobre niña?

*Aurora.* Ya lo veis:  
 Llorar.

*El Peregrino.* ¿ Y qué es lo que lloras ?

*Aurora.* Mis desventuras, señor.

*El Peregrino.* ¿ Tan jóven y ya te acosan  
 El corazon las desdichas ?

*Aurora.* Cada dia se redoblan.  
 Mas perdonadme, extranjero,  
 Si mi pregunta os enoja,  
 Y á vuestra edad sin respeto  
 Os interrumpo curiosa.  
 ¿ Venis de Francia?

*El Peregrino.* Es mi pátria.

*Aurora.* ¿ Y la habeis andado toda ?

*El Peregrino.* Toda la conozco á palmos  
 Desde una punta á la otra.

¿ Mas qué te suspende, niña ?

¿ Qué empacho pueril te estorba  
 Finalizar tu pregunta ?

Nada me has dicho hasta ahora.  
 Si acaso en Francia se hallare  
 Alguna madre amorosa...

*Aurora.* No la tengo.

*El Peregrino.* Algun hermano...

*Aurora.* Tampoco.

*El Peregrino.* Alguna persona  
 Querida.. Tal vez la misma  
 Ocasion de tus congojas.

*Aurora.* Pues bien, anciano, es muy cierto.  
 Hay una cuya memoria  
 De mí no se aparta nunca.

*El Peregrino.* ¿ Un hombre?  
*Aurora.* Sí.  
*El Peregrino.* ¿ De española  
 Sangre nacido?  
*Aurora.* En sus reyes  
 Origen su sangre toma.  
*El Peregrino.* ¿ Paso á Francia?  
*Aurora.* Por mi culpa.  
*El Peregrino.* ¿ Le amabas?  
*Aurora.* Mucho.  
*El Peregrino.* ¿ Y se nombra?  
*Aurora.* Don Felix es de Aracena.  
*El Peregrino.* Altivo?  
*Aurora.* Y galan.  
*Peregrino.* ¡ Dichosa  
 La muger que para suya  
 Tan buen caballero escoja!  
*Aurora.* ¿ Le conoceis?  
*El Peregrino.* Sí por cierto,  
 Que es conocerle gran honra.  
*Aurora.* ¡ Hablad por Dios!  
*El Peregrino.* La fortuna  
 Le acude con mano pródiga.  
 Mas liberal cada día,  
 De dicha y de honor le colma,  
 La Francia entera le aplaude,  
 Y va su nave orgullosa  
 Por el mar de los favores  
 Navegando viento en popa.  
 El sabio rey Luis Onceno  
 Con ciega pasión le adora;  
 Y el príncipe sin empacho  
 Le admite en su misma alcoba;  
 Con ellos á caza sale,  
 Gran fama con ellos goza  
 De entendido y de valiente:  
 Y aunque parezca lisonja,  
 No fué mejor caballero  
 Con el rey Luis á Borgoña.  
*Aurora.* ¡ Callad, buen viejo, callad!  
 Que la ventura me agobia  
 Al oír tan gratas nuevas.  
 Mas decidme, ¿ tanta gloria,  
 Buen peregrino, del alma  
 Le habrá arrancado ambiciosa  
 El amoroso recuerdo  
 De su abandonada Aurora?  
*El Peregrino.* ¡ Ay! todo el tiempo, hija  
 mía,  
 Lo confunde y lo trastorna,  
 El curso á los ríos tuerce  
 Y las montañas desploma.  
*Aurora.* Basta, peregrino, basta,  
 Que siento que sangre brotan  
 Las mal cerradas heridas  
 Que mi corazón destrozan.  
 ¿ Con qué me olvida?  
*El Peregrino.* Lo ignoro.

*Aurora.* ¿ Mas no sabeis?...  
*El Peregrino.* Que ama á otra.  
*Aurora.* ¡ Triste de mí! Si él me falta  
 Todo lo demás me sobra.

Y á estas palabras sintiendo  
 Que las fuerzas la abandonan,  
 El extranjero los brazos  
 Tendió á la infelice Aurora.  
 Cayó sin sentido en ellos,  
 Y él blandamente dejola  
 De la florecida yerba  
 Sobre la mullida alfombra.

—  
 Cuando tras breve desmayo  
 La niña á vida volvió,  
 Tendió desalentada  
 Los ojos en derredor,  
 Y del arroyo á la márgen  
 Cuando sola se encontró,  
 — « Sin duda, dijo, he soñado;  
 « Así sea, ¡ plegue á Dios!  
 « Que á ser realidad, con ella  
 « No pudiera el corazón.  
 « Sí, sueño fué: el peregrino  
 « Que tales nuevas me dio  
 « De mi loca fantasía  
 « Fué no mas una ilusión.  
 « Sí, todo ha sido un ensueño,  
 « ¡ Mas cuánto me atormentó! »

En tanto avanzaba el lóbrego  
 Nublado amenazador,  
 Y ya á lo lejos se oía  
 De trueno el cóncavo són.  
 Zumbaba el viento arrastrándose  
 En torbellino veloz,  
 Mas sin templar de la atmósfera  
 El hálito abrasador.  
 Caían de cuando en cuando,  
 Precursoras del turbión,  
 Anchas y redondas gotas  
 Que se tornaban vapor:  
 Y amedrentadas las aves  
 De abrigo preciso en pos  
 Cruzaban el aire denso  
 Sin segura dirección.  
 Solo el salvaje milano  
 Con vuelo fascinador  
 Suspendido se cernía  
 En la azulada región,  
 Y á la impetuosa tormenta  
 Precediendo sin temor,  
 Giraba en círculos sesgos  
 Graznando en áspero són.  
 La senda con lento paso  
 De su alquería tomó

Aurora, saliendo apenas  
De su honda enagenacion,  
Y por la arenosa márgen  
Del arroyo saltador  
Hasta el umbral de su puerta  
Meditabunda llegó.  
Allí arrancando un suspiro  
Del fondo del corazon,  
« ¡Qué hará Don Felix! » se dijo,  
Y á su aposento subió.

## VI.

Y yendo dias y viniendo dias,  
Y Aurora sin ceder en sus manias,  
Un año se pasaba y otro año  
Sin que entendiera nunca el desengaño.

Sueño no mas creyendo al peregrino,  
Creía sin embargo en la firmeza  
De Don Felix, agüero sospechándolo,  
Mas feliz esperando su destino  
Cuanto cierta su dicha y su riqueza.

¡Tal es nuestra locura!  
Nunca creemos mas de los agüeros  
Que la parte de bien y de ventura:  
Si allá en noche afanosa  
Negro, espantoso, aterrador ensueño  
Con tenaz pesadilla nos acosa,  
Su memoria azarosa  
Olvidar procuramos con empeño  
Cual creacion del alma vaporosa.

Mas si dulce ilusion blanca y risueña  
Nuestro reposo encanta,  
Al punto la juzgamos  
De grato porvenir ilusion santa.  
Así pensaba Aurora  
La vuelta de Don Felix esperando  
Fiada en su palabra engañadora;  
Siempre en su cierta ingratitud dudaba,  
Mas siempre en la fortuna,  
La fama y los honores que adquiría  
Creía sin cesar, sin ver que fuesen  
Visiones de su amante fantasía.  
Y siempre en la ladera  
Del manso arroyo con afan sentada,  
Por la senda tendía  
La vista enamorada,  
Creyendo que Don Felix volvería.

Embebida en tan dulces pensamientos,  
Una tarde de julio calurosa,  
Descansaba la niña fatigada  
Del arroyo á la márgen arenosa:  
Los ojos en el cielo  
En lágrimas de amor humedecidos  
Distraida fijaba  
Sin fé ni objeto por su azul perdidos.  
La imágen de Don Felix  
Mas que nunca amoroso,

Mas que nunca galan veía acaso  
Que á su valle volvía  
Con ciego amor y presuroso paso:  
Y ella ufana á su vez con su hermosura  
Los brazos le tendía,  
¡Mas ay que la vision nunca venía!  
Siempre, sí, de sus bellos pensamientos  
La efimera ventura  
Deshacia de un soplo  
Su secreta y fatídica amargura.  
Siempre se hundian sus dorados sueños  
En el mar de sus lágrimas, y al cabo  
Sus delirios no mas siendo la suerte  
Que aguardaba dichosa,  
Miraba al porvenir... y no veía  
Mas esperanza que la tarda muerte.  
¡Pesadilla fatal que la oprímia!  
Y aquella bienandanza  
En que soñó á Don Felix, la privanza  
Que en Francia con el principe gozaba,  
Todo cuanto la dijo el peregrino  
La idea de otro amor la emponzoñaba.  
Todo era en su opinion sueño y mentira,  
Todo ilusion de su alma enamorada,  
Mas ¡cuánta fé, cuánto placer la inspira  
Su esperanza infundada!  
Y al par ¡con cuán fundada incertidumbre  
Su dichosa ilusion tenaz conspira  
De su amor á que dude despechada!  
¡Ay, desdichada Aurora,  
Cuán arraigada la memoria guardas  
Del ingrato amador á quien aguardas!  
¡Con cuánta fé tu corazon le adora!

Y así sin claro objeto  
Y sin clara razon la pobre niña,  
Presa infeliz de su dolor secreto  
Enamorada llora,  
Y del limpido arroyo en la ladera  
Siempre en su amor sin esperanza espera.

Y en él estaba pensando  
Meditabunda y llorosa,  
Cuando en el fin del camino  
Distinguir creyó una sombra  
Que deslizándose rápida  
Por la vereda tortuosa  
Se aclara y se patentiza  
Segun la distancia acorta.  
Tembló de pavor al verla,  
Que no es ilusion ahora  
De su ardiente fantasía  
Sino realidad odiosa.  
Es el mismo peregrino  
Que ha vivido en su memoria  
Dos largos años, imágen  
De un sueño amedrentadora.  
Él es, con su blanca barba,

Su paso y faz magestuosa,  
 Su indefinible sonrisa,  
 Su mirada escrutadora,  
 Con su sayo penitente  
 Y su bordon y sus conchas.  
 El es, si : y á su presencia  
 Todo lo comprende Aurora ;  
 Toda la verdad del sueño  
 A su mente se la agolpa  
 Con el certero puñal  
 De una exactitud diabólica.  
 Don Felix rico y dichoso,  
 Cuya nave va orgullosa  
 Por el mar de los favores  
 Navegando viento en popa ;  
 Heredero del condado  
 Que muerto su padre goza,  
 Querido del rey de Francia,  
 Celebrado en toda Europa  
 Por entendido y valiente,  
 Sin ayos que se interpongan...  
 Mas de su amor olvidado  
 Y enamorado de otra.  
 Todo esto en su mente bulle,  
 Todo esto el alma la acosa,  
 Como horrible desencanto  
 De esperanza engañadora.  
 Y ella... ¡ necia sin ventura  
 Que de firmeza blasona,  
 Conserva de quien la olvida  
 La ingrata imágen que adora !  
 Si aun era sueño dudaba,  
 Cuando á sus oídos próxima  
 Oyó una voz que decía :  
 « Dios sea contigo, Aurora. »  
 Rompió á llorar escuchándola  
 La muchacha, y su congoja  
 Respetando el peregrino,  
 Tras larga pausa así hablóla :  
 « ¿ Aun vives, niña, y aun amas ?  
 ¿ Y aun el raudal no se agota  
 De tu llanto y de tu vida ?  
 ¡ Fortuna infeliz te toca ! »

*Aurora.* ¿ Con qué es verdad que á Don  
 Protege fortuna pródiga, [Felix  
 Y en honores y riquezas  
 Consigue cuanto ambiciona ?  
 ¿ Con qué es verdad y no sueño  
 Que há dos años vuestra boca  
 En esta misma ladera  
 Me dijo que amaba á otra ?  
 ¡ Ah ! quien quiera que seas,  
 Hombre, ó vision ilusoria  
 Que desde Francia venis  
 No mas que á apagar la antorcha  
 De mi esperanza, volveos,  
 Tornad á esa Francia odiosa

De donde venir no pueden  
 Mas que sierpes ponzoñosas.  
 Idos, buen viejo, y dejadme  
 Con mis pesares á solas,  
 Dos años há que os conozco  
 Y en vos no creí hasta ahora.  
*El Peregrino.* ¿ Y no me preguntas nada ?  
*Aurora.* Cuanto me digais me sobra  
 Si Felix no vuelve.  
*El Peregrino.* Nunca.  
*Aurora.* ¿ Con qué es ella tan dichosa  
 Que en las redes de su amor  
 Para siempre le aprisiona ?  
*El Peregrino.* Para siempre.  
*Aurora.* ¿ Tanto le ama ?  
*El Peregrino.* Ambos con furor se adoran.  
*Aurora.* ¡ Fortunado de él !  
*El Peregrino.* Sin duda,  
 Pues cuanto apetece logra.  
*Aurora.* ¿ Y ella es muy noble ?  
*El Peregrino.* Duquesa.  
*Aurora.* ¿ Jóven ?  
*El Peregrino.* Mucho.  
*Aurora.* ¿ Y muy hermosa ?  
*El Peregrino.* Toda alabanza es escasa.  
*Aurora.* ¡ Ojalá Dios les dé toda  
 La dicha que les desea  
 Quien por sus venturas llora !  
*El Peregrino.* ¿ No le amas ya, pues tan fácil  
 Su ingratitud le perdona ?  
*Aurora.* Cual nunca de sus recuerdos  
 El fuego ¡ ay Dios ! me devora :  
 Si, mas yo solo á quien amo  
 Deseo fortuna y gloria.  
*El Peregrino.* ¡ Mas si él te ultraja !...  
*Aurora.* En amarle  
 Yo pago una deuda propia ;  
 Si me olvida, cuenta es suya.  
*El Peregrino.* ¿ Mas no de otro amorzelosa ?  
*Aurora.* No, si él es feliz con ella,  
 El no serlo yo ¿ qué importa ?  
 ¿ Porqué la ventura ajena  
 Querré turbar envidiosa ?  
 No, que gocen y que nunca  
 Les enoje mi memoria.

Y aquí el raudal enjugando  
 De sus lágrimas Aurora,  
 Quedó al parecer tranquila :  
 Mas ¡ ay ! calma mentirosa,  
 Porque dentro de su pecho  
 Fermenta devoradora  
 La llama de sus pesares,  
 Que no estingue ni sofoca  
 La virtud que la consuela  
 Pero que su amor no dona.  
 Absorto ante esta sublime  
 Abnegacion generosa

Al fin el viejo extranjero  
Dejó correr turbia, sola,  
Por su tostada mejilla  
De amargo llanto una gota.  
Y á Aurora tornando el rostro,  
En cuya faz amorosa  
Distinto aspecto sus rasgos  
Y estraño carácter toman,  
Dijo así con voz dulcísima,  
Mas firme y fascinadora,  
A la que Aurora no pudo  
Permanecer silenciosa :  
« ¿ Ningun deseo te resta  
Que te se pueda lograr ? »

*Aurora.* Solo imaginarlo es dar  
En necesidad manifiesta.

*El Peregrino.* ¿ Quisieras volverle á ver ?

*Aurora.* Sí, siempre verle quisiera,  
Mas sin que él verme pudiera,  
Que fuera aguar su placer.

Sí, en ser eterno testigo  
De su ventura me holgara,  
Pero sin que él sospechara  
Que estaba siempre conmigo.

Verle, oírle, noche y día,  
Poder cual ángel de Dios  
Ser continuo entre ellos dos,  
Espíritu de armonía.

Inspirarle siempre fé,  
Siempre amor, siempre ventura,  
Y encontrar mi sepultura  
De su sepultura al pié.

Mas esto, buen peregrino,  
¿ Ya veis que es delirio necio !...  
La voluntad os aprecio,  
Mas seguid vuestro camino.

*El Peregrino.* No hay cosa que alguien  
no pueda,

*Y nadie en la tierra sabe  
Lo que en lo posible cabe,  
Lo que en lo imposible queda.*

Esto contestó aquel viejo  
A la propuesta de Aurora  
A punto que por la tierra  
Se derramaban las sombras.  
Cerraba la noche oscura,  
Tan negra y tan tenebrosa.  
Que no alcanzaban los ojos  
A la distancia mas corta.  
El viento lánguidamente  
Suspiraba entre las rocas  
Y alzaban triste murmullo  
Las casi agostadas hojas.  
Con grande inquietud Robleda,  
De gran pesar precursora,  
De los elementos via

La revolucion medrosa.  
Pavor sentía su alma,  
De noche tan densa y lóbrega,  
En que imagina su suerte  
Tan negra como la atmósfera.  
Y ante una ventana abierta,  
Enterrado en su poltrona,  
Al cielo sin luz miraba  
Con faz y con vista torva.  
¿ Qué espera allí ? Lo que nunca  
Volverá á ver mas, su Aurora,  
Su amor, la luz de sus ojos,  
El aliento de su boca.  
¡ Ay padre infeliz ! bien haces  
En llorarla : llora, llora,  
Que no has de volver á verla,  
Porque el amor te la roba.

En vano, al ver que se pasan  
De la noche horas tras horas,  
Por todo el valle la busca  
Con ansiedad congojosa.  
En vano de los peñascos  
Por las quebradas recónditas  
Con tristes voces la llamas,  
Cuando á tu voz está sorda.  
En vano vas al castillo  
Donde los restos reposan  
Del viejo conde, y preguntas  
A sus gentes lo que ignoran.  
En vano si, al pié del busto  
Que su sepulcro corona  
Con supersticion sencilla  
Humildemente te postras.  
En vano, sus piés besando  
De piedra insensible y tosca  
Le ruegas que como en vida  
Vele por él y su honra.  
En vano le dices : « Conde,  
Mira que es mi única joya.  
Y aun vive tu hijo... ¡ Levántate  
Entre el seductor y Aurora ! »  
La estatua no te responde,  
Ni dentro la huesa cóncava  
Aunque tus ayés retumben  
Encontrarán quien los oiga.  
No, no. La buscas en vano ;  
Vé, ya en el Oriente asoma  
La aurora del nuevo día,  
Mas no volverá tu Aurora.  
Grande misterio la esconde,  
Grande voluntad la estoria  
A tus fatigados brazos  
Volver bella y cariñosa.  
Solo te quedan, buen viejo,  
Los ojos y la memoria,  
Para llorarla perdida.  
Llora, desdichado, llora.

## VII.

En una selva del Garona á orillas,  
De antiquísimos robles rodeado,  
De recios chopos y hayas amarillas,  
De almenas y de torres coronado,  
Un enorme castillo se levanta;  
Y el viajero mirando se amedrenta  
Tanto artificio y fortaleza tanta;  
Que es por demas su fábrica opulenta.

Profundos y anchos fosos le circundan,  
Cuyos cóncavos senos  
Las turbias aguas del Garona inundan;  
Y dos seguros y macizos puentes  
De gruesas barras y cadenas llenos,  
Dos caminos franquean diferentes.  
Que á poco de la oscura fortaleza  
Se pierden de la selva en la maleza.

Por cima de los árboles copudos,  
Afrenta audaz de su estatura enana  
Y sus silvestres pabellones rudes,  
La gigantesca torre  
De los vigías se levanta ufana  
Ceñida de esquisita filigrana  
Que al encaje sutil parejas corre.

Allí á merced del ábrego tendida,  
De remate sirviéndola, tremola  
Una bandera sola:  
Y esa bandera sobre el bosque erguida,  
De aquella tierra protectora egida,  
Es bandera feudal, y es española.

Sí, española; que entonces nuestra España  
No era menguada y voluntaria presa  
De la ambicion y la doblez francesa;  
Y á la estrangera posesion estraña  
Para lavar con sangre una manciella  
Podia en solo un sol con justa saña  
Tercios y buques aprontar Castilla,  
Y su fiero Leon pronto á la guerra  
Con un rugido amedrentar la tierra.

Era española, sí; su lienzo rojo  
Mostraba de un blason en los cuarteles  
De Aragon y Navarra los laureles,  
Los timbres de Leon y Andalucía  
Que siempre con acérrima hidalguía  
A su Dios fueron y á su patria fieles.

En ésta solitaria fortaleza,  
Cansado de las cuitas cortesanas  
Y de sus necias ceremonias vanas,  
En los brazos del ocio y la pereza  
Un cónde jóven y español vivia,  
En bailes y festines repartiendo  
Las horas de la noche, y eligiendo  
Para la caza ó la sortija el día.

Con él iba á la par su bella esposa,  
Y á celebrar sus bodas les seguia  
Comitiva de amigos numerosa,  
Mlenando sus efimeros deseos

Los mas alambicados devaneos.  
Séquito de escuderos y vasallos  
Y sumas de dinero nunca escasas,  
Proporcionaban cañas y torneos;  
Luchas de fieras, puestas de caballos;  
Y zambras de cristianos y de moros  
Ricamento dispuestas y vestidas,  
Y aun con gasto excesivo prevenidas  
Corridas hubo de navarros toros.  
Admirados quedando los franceses  
De ver un español que con destreza  
Rendia audaz de las pujantes reses  
A un trapo y un estoque la fiereza.  
Y así el señor Don Felix de Aracena  
Gozaba en su castillo del Garona  
De su reciente union la enhorabuena,  
De conde y duque doble la corona.  
Y orgulloso ademas (que al cabo era  
En España nacido),  
De continua fortuna lisongera  
Por demas protegido,  
Mozo, rico, y feliz con la que amaba,  
De su ventura y juventud gozaba.  
¿Y quién su antojo reprochar podría?  
¿Quién su suerte ¡pardiez! no envidiaria?

Era una noche azul, serena y clara;  
Resplandecia en el zenit la luna  
Sin que perdida nube la manchara  
Ante su faz cruzando inoportuna.  
Lánguida brisa de campestre aroma  
Bullir entre los árboles se oia,  
Y allá del monte en la encumbrada loma  
El manantial de la fecunda fuente  
Brillar al lejos con su luz se via,  
Por un peñasco al resbalar pendiente.

El desigual murmullo campesino  
Del bosque espeso, á su raudal vecino  
Ensordecia el rápido Garona  
Hirviendo sin cesar allá en la hondura,  
Y su rugiente voz lanzando osado  
Del monte enmarañado  
Por la frondosa y lóbrega espesura.  
Ya dentro del castillo no sonaba  
El són de los alegres instrumentos  
Que el oido á sus dueños regalaba  
Hartos de fiesta y de pesar exentos.  
Mas se vian aun por las ventanas  
Cruzar las luces y la sombra errante  
De atentas camareras cortesanas,  
Viejo escudero, ó pagecillo amante  
Que de la estancia oculta retiraban  
Donde ya sus señores reposaban;  
Y aunque ya no se oian de contado  
Las báquicas canciones,  
Aun se via el servicio descuidado,  
Las mesas del festin en los salones.  
Y ya á su fin tocaba la carrera

De la noche apacible  
Y la luna á su hora postrimera  
Cuando, en su rica y silenciosa estancia,  
Bajo el dorado pabellon del lecho,  
La duquesa Clotilde con su esposo  
A impulso del amor que arde en su pecho  
En el lenguaje de la culta Francia  
Asi seguía diálogo amoroso :

*Clotilde.* No es, Felix adorado,  
Mostrar que mancha en tu pasion sospecho  
Tu historia demandar : te has engañado.  
Solo intentaba, pues rebelde el sueño  
Nos niega su benéfico beleño,  
Entretener nuestra tenaz vigilia  
Con divertida historia ;  
Y sin pensar me vino á la memoria  
Recuerdos demandar de tu familia.

*D. Felix.* Aleja de ella, mi Clotilde her-  
Toda sospecha ruin ; y no te crea [mosa,  
Por ignorarla sin razon zelosa ;  
Yo te la contaré tal como sea,  
Aunque por muy vulgar es fastidiosa.

*Clotilde.* Y yo la escucharé grata y atenta  
Celebrando sus lances,  
Sintiendo sus perances  
Y teniendo á la par tus travesuras  
De tu inesperta juventud en cuenta.

*D. Felix.* Pues escúchame ya, Clotilde  
mia,

Juveniles locuras y un momento  
De sonrisa que logren arrancarte,  
Será mi recompensa y mi contento.  
Y si el cuento monótono te auxilia  
En brazos á caer de manso sueño,  
Ese favor de mas ¡oh dulce dueño!  
Deberemos los dos á mi familia.

*Clotilde.* Dime, Felix mio, que te es-  
cucho,

Y estoy por tu relato  
Mucho antojada, y cuidadosa mucho.

*D. Felix.* Nací español ; lo sabes por mi  
trato

Franco y leal, y por mis nobles hechos ;  
Que no hay en mi pais doblez ni engaños  
En palabras de nobles, ni en sus pechos  
Miras serviles, cábalas, ni amaños.  
Era mi padre conde de Aracena,  
Para avaro heredero corto estado,  
Mas posesion muy buena  
Y herencia suficiente

Para heredero jóven y valiente  
Con humos y esperanzas de soldado  
Pasé mi juventud en un castillo  
De Aracena, entregado  
A un preceptor escueto y amarillo  
Cuya cabeza vana  
De lógica encerraba mas cuestiones

Que girones y puntos su sotana.  
Este me hacia leer la antigua historia,  
Mucho inútil latin y mucho griego,  
De fárrago atestando mi memoria  
Que yo aprendía y olvidaba luego. —  
Este viejo Fermin que habita ahora  
Con nosotros aqui, franco soldado,  
Como niño á tratarme acostumbrado,  
Ducho en caballos y en combates diestro,  
Cuando á próvida edad hube llegado  
De armas y equitacion fué mi maestro.  
Y puedes colegir, Clotilde mia,  
Por tan ilustre y célebre colegio  
Lo que la suerte de mi hogar seria.  
Aunque en Dios y en verdad que tengo oído  
Que mi padre vivia en aquel tiempo,  
De la corte y del rey muy mal querido  
Por no sé qué opiniones de partido.

Y aqui, bella Clotilde,  
Tu indulgencia reclamo,  
Ya que á tal confesion me avengo humil-  
*Clotilde.* ¿Hay algun pecadillo [de.  
De amor?

*D. Felix.* Precisamente  
La ocasion de salir de mi castillo,  
Que fué de esta manera.

*Clotilde.* ¡Bravamente!  
Pláceme el cuento asi, franco y sencillo.

*D. Fel.* Tenia entonces yo veinte y dos años  
Fieros con mi selvática nobleza :

Los riesgos del amor me eran estraños,  
Y con mil esperanzas y deseos  
Tenia, de una vez y sin rodeos,  
Fuego en el alma y aire en la cabeza.  
Allá en mi mente un mundo comprendia  
Que no era el mundo real con largo trecho,  
Pero era un mundo como ser debía,  
De mis ideas miserables hecho.

Yo, reducido al circulo mezquino  
De mi desmantelado castillejo,

De un valle á él vecino,

Y un pueblecillo viejo ;  
Sin mas ocupacion que los sermones  
Del preceptor, católico latino,

Los perros, los caballos, los halcones,  
Sin mas servicios que correr la sierra  
Al jabali y al ciervo haciendo guerra,  
Era un mozo en verdad muy decidido  
De quien con una direccion juiciosa  
Se podia sacar muy buen partido.

En este estado, pues, cruzando un dia  
El valle ameno á mi mansion cercano,  
En una aislada casa ó alqueria  
Encontré una doncella

Como los sueños de un muchacho bella.

*Clotilde.* ¿Bella?

*D. Felix.* Menos que tú ; Clotilde mia!  
Mas de tu claro sol vivida estrella

Hija de un militar viejo y lisiado,  
 Que había con mi padre en sus niñeces  
 Como valiente con honor lidiado,  
 Y aun salvado su vida varias veces.  
 Yo mozo y tan travieso,  
 Ella hermosa y tan pura,  
 Yo rico de alma y ella de hermosura...  
 Vine al fin á perder mi poco seso.  
 La amé y me amó : con infantil locura  
 De la pasión en brazos nos lanzamos,  
 Y dos años vivimos  
 Viéndonos siempre que ocasion hallamos,  
 Fieles al par cuanto mejor supimos.

*Clotilde.* ¿Y la amabas?

*D. Felix.* La pobre zagaleja,  
 Sin duda por su padre sorprendida,  
 Me iba á huir sin razon ni despedida ;  
 Me opeuse á tiempo, mas mi padre atento  
 Me espía á su vez, y en un momento  
 Nuestro amor se rompió y nuestra constancia  
 Enviándome mi padre á hacer fortuna  
 A las campiñas de la alegre Francia,  
 Donde guerrero injerto en cortesano  
 La suerte amiga me tendió su mano,  
 Y la memoria del amor primero  
 Se borró con el tiempo y la distancia,  
 Aunque no mi deber de caballero.

*Clotilde.* ¿La amas pues todavía?

*D. Felix.* ¿A quién despues de tí, Clotilde mía ?

Mas ella la infeliz allí encerrada  
 Con las aves no mas del valle oculto  
 Acaso vivirá muy desdichada  
 Por culpa de un mancebo, que insensato  
 La juraba un amor que era imposible,  
 Y que era fuerza que olvidara ingrato.

*Clotilde.* ¡Y aun guardas su memoria  
 inestinguible !....

De su diálogo aquí los dos esposos  
 Dulcemente llegaban,  
 Cuando la bella historia les turbaron  
 Alaridos y gritos misteriosos  
 Que á la reja del cuarto en que se hallaban  
 En repentina música estallaron.

Oíase á lo lejos  
 Rodar la tempestad, arrebatada  
 En alas del revuelto torbellino ;  
 Y en pos de los vivísimos reflejos  
 Del rápido relámpago rugía  
 La poderosa voz del ronco trueno,  
 Que la nube sombría  
 Dentro guardaba del peñado seno.  
 Del viento proceloso  
 Al vaiven vigoroso  
 Crujir se oían los tronchados robles,  
 Y de los puentes las cadenas dobles  
 Rechinar en los goznes sacudidos

Por el recio huracan estremecidos.  
 « ¿Oyes, Clotilde? preguntó Don Felix  
 A su aterrada esposa :  
 Sin duda se ha formado de repente  
 Tempestad horrorosa. »

*Clotilde.* Yo no sé qué temor me sobrecoje,  
 Felix, á ese rumor.

*D. Felix.* Hace un momento  
 Que en la enramada de la selva hojosa  
 Tranquilamente suspiraba el viento.

*Clotilde.* ¡Mas escucha!... parece,  
 Felix, que esa ventana se estremece.

*D. Felix.* El viento que se estrella  
 Con estrépito en ella.

*Clotilde.* Eso será.

*D. Felix.* Sí, á fé.

*Clotilde.* Mas parecía  
 Que alguna voz humana...

*D. Felix.* Pura imaginacion, Clotilde mía :  
 Solo las aves pueden  
 Llegar á esa ventana.

Mas la sangre de horror se heló en las venas  
 De los esposos nobles,  
 Y paso hallaban al aliento apenas  
 Al oír el diabólico ruido  
 Con que en aquella reja se efectuaba  
 Un misterio á los dos desconocido,  
 Mas cuya inmedicacion amedrentaba.

Tras aquella ventana parecía  
 Que el espíritu negro de la noche  
 La tempestad horrenda dirigía.  
 Allí agitado el viento  
 En las caladas piedras estrellándose,  
 Bramaba airado con salvaje acento  
 En las molduras góticas rasgándose.  
 Ya remedaba el suspirar doliente  
 De angustiada muger; ya murmuraba  
 Como escondida fuente,

Y á veces parecía  
 Oírse en realidad, no en apariéncia,  
 Diabólico concierto que auguraba  
 De séres invisibles  
 La cercana presencia.  
 Y entonces se mezclaba  
 En desacorde són y grita horrible  
 Detrás de aquella reja  
 El graznido fatal de la corneja,  
 De la hiena irascible  
 El áspero gruñido,  
 De la tímida tórtola el arrullo,  
 Del pardo lobo el prolongado ahullido,  
 Y el agudo silbido  
 De la sutil culebra,  
 Y el trémulo relincho del caballo,  
 Y el canto triunfador con que celebra  
 Su victoria ó su amor el ronco gallo  
 De este tumulto á par se percibían

Palabras cuyo bárbaro sonido  
Ofendía el oído,  
Y que mucho á conjuros parecían.  
Ya era un susurro sordo y soñoliento  
Al són de las abejas parecido,  
Ya era penado é íntimo lamento  
Arrancado á un dolor fiero y profundo,  
Ya el són ahogado del escaso aliento  
Del último estertor de un moribundo.  
Y acaso entre tan varios alaridos  
Se perciben dulcísimos quejidos  
De voz enamorada,  
Voz de muger que trémula suspira  
Amorosas canciones  
Que ciego amor á su pesar la inspira.  
Y esta voz mugeril tierna y amante,  
De hondo misterio incomprendible henchida,  
Halagaba tal vez por un instante, [da,  
Pero dejaba luego  
De pena el alma y de pavor transida,  
Ya remedando interesante ruego,  
Ya congojosa y triste despedida.  
Y estos aterradores  
Fatídicos clamores,  
Estas mil voces sin compás mezcladas,  
Formaban tan fantástico conjunto,  
Tan estraña y confusa bataola  
Que el mas bizarro corazón si oyóla  
Olvídó su valor de todo punto.  
Don Felix, aunque asaz supersticioso  
Y mucho á tal rumor amedrentado,  
Saltó por fin del lecho  
Y á la ventana se arrojó brioso,  
De santa fé fortalecido el pecho  
Y de agudo puñal el brazo armado.  
Abrió y en el instante  
Repentino relámpago  
El aire opaco iluminó brillante;  
Bocanada de viento revoltoso  
Al aposento penetró ostentoso;  
Las gotas de la lluvia desiguales  
Botaron de través en los cristales  
Desparramadas resbalando al suelo;  
Sin que se viera en la estension lejana  
De la nublada cavidad del cielo  
Mas que las nubes que en tropel seguían  
De la tormenta el fugitivo vuelo.  
« Ya la tormenta pasa  
(Dijo Don Felix en redor mirando)  
Y por Oriente el horizonte arrasa. »

Clotilde. ¿Qué ves?

D. Felix. La lluvia, que en  
verdad no escasa

En pantano cambió toda la tierra,  
Mas cesa ya.

Clotilde. Pues cierra,  
Felix, que ese aire mata.

D. Felix. Cierro y durmamos, que se  
acerca el día,  
Y si el aire las nubes arrebatara,  
Mañana haremos á mis ciervos guerra  
Y otra vez tendrá fin la historia mia.

## VIII.

Amaneció el siguiente  
Limpio, sereno y luminoso día  
Coronado de sol resplandeciente,  
Y dispuesta al placer la noble gente  
Que en el castillo á la sazón había  
Se aprestó diligente  
Para pronta y alegre cacería.

Ordenaron los pródigos barones  
A escuderos y pages y vasallos  
Sus perros aprontar y sus caballos  
Y las demas precisas provisiones.  
El rumor de la fiesta en un momento  
Retumbó de aposento en aposento,  
Y atronaron los largos corredores  
Con apodos, con trompas y con gritos  
Guias, palafreneros y ojeadores.  
Por los patios cundieron  
Con gran tumulto y bataola fiera  
Voces de mando y ruidos de quimera,  
Y tumulto de gente aglomerada,  
Y relinchos, y silbos, y ladridos  
En que rompió azuzada  
Toda impaciente la trailla entera.

Al repentino estrépito  
Don Felix y Clotilde despertaron,  
Y al ver del sol los vivos resplandores  
Dorar de las ventanas las junturas  
Al punto adivinaron  
La prisa de sus bravos cazadores.  
Ya del lecho á saltar iba Don Felix  
Cuando Fermin, su viejo camarero,  
Leal aragonés encanecido  
En servicio del conde, y el primero  
Que á empuñar le enseñó tajante acero  
Y á domeñar un potro embravecido,  
Entró en el aposento alegremente  
Con franqueza exclamando aragonesa :  
« ¡ Voto á cribas! ¿ aun duerme aqui la gente? »  
Levantaos, señor, y daos prisa,  
Que no quiero que os llame negligente  
Esa orgullosa multitud francesa. »  
Lo cual Clotilde oyendo  
Dijole sonriendo :  
« Fermin, ¿ qué audacia es esa? »  
Y él contestó, la frase corrigiendo :  
« Perdóne mi señora la condesa,  
Francesa fué cuando doncella y sola,  
Mas unida á mi amo es ya española. »  
Con lo cual las cortinas apartando,

El buen **Fermin** á su señor sirviendo  
Pronto sino muy bien fuéle ataviando.

Y díjole Don Felix :

« A esos señores di que nos esperan  
Que partan cuando quieran.  
—¿Cómo, señor, y estando en vuestra casa...? »

— Obedece, Fermin, que el día pasa  
Y nosotros al punto montaremos  
Y á encontrarles iremos. »

Salió el viejo, y don Felix,  
Ya vestida su esposa,  
Abriendo la ventana, exclamó al cielo  
Mirando : « ¡Qué mañana tan hermosa!  
— Mas con lo que ha llovido, dijo aquella,  
Debe de ser un cenagal el suelo. »

A cuya reflexion bajando el conde  
Los ojos, tropezó con un objeto  
Del que no osaba, mudo de sorpresa,  
Volverlos á apartar... y la condesa,  
Viendo que ni se mueve ni responde,  
Llegóse y apoyándose en su hombro  
Siguló su vista, y el objeto hallando  
Que contemplaba, enmudeció de asombro.

Pura, olorosa, fresca y solitaria,  
En una grieta que en el muro había  
Vegetaba una hermosa PASIONARIA  
Que á los besos del aura se mecía.

Ocultas en el hueco sus raíces,  
Solo en el aire al parecer segura,  
Mostraba sus riquísimos matices  
De la pared sobre la piedra oscura.

Nacida en el dintel de su ventana,  
Y en medio de sus góticas labores,  
Dijeran que la flor salía ufana  
A ser vista no mas de sus señores.  
Para ellos es la esencia soberana  
Que exhalan sus purísimos olores ;  
Solo su mano alcanza á su guarida,  
Y en su mano no mas tiene la vida.

En un capricho de la esposa bella,  
En un deseo del galán esposo  
Puso Dios el influjo de su estrella,  
Y estriba en él su porvenir dudoso.  
Acaso adorne su beldad con ella  
Si halla Clotilde su valor precioso,  
Y él acaso la arranque y se la ofrezca  
Como oportuno adorno le parezca.

Mirábanla los dos y no podían  
Dejarla de admirar. ¡Qué hermosa era!  
Al sol sus verdes hojas se tendían,  
La flor de su capullo echando fuera,  
Y una encantada tienda parecían,  
Cuyos lienzos plegando una hechicera  
El primoroso-encanto que guardaba  
Bajo su ricc pabellon mostraba

Y al mágico poder de sus conjuros  
Sometida la flor por el encanto,  
Los tornasoles de la luz mas puros  
Reverberaba su oloroso manto.  
Los del iris radiante eran oscuros,  
Y no brillaban los del alba tanto  
Como los que la flor mostraba en ella  
Ante los ojos de la esposa bella.

Si, á fé : los de Clotilde parecían,  
El espíritu y luz de sus colores ;  
Con mas lujo y valor resplandecían,  
Cuanto mas la miraban, sus primores :  
De su cáliz así se desprendían  
Mas suaves y mas puros sus olores,  
Y á dó Clotilde en rededor miraba  
Girasol de sus ojos se tornaba.

Si tendía su mano hasta cogerla,  
Oscilaba á su tacto estremecida :  
Si acercaba sus ojos para verla,  
Se esponjaba al favor agradecida ;  
Si llegaba con su hálito á mecerla,  
Cobraba al recibirle doble vida,  
Y era en fin de su antojo tributaria  
La encantada y silvestre PASIONARIA.

« ¿Cuándo ha nacido esa flor? »

Dijo el conde á la condesa.

« ¿No has sido de esta sorpresa,  
Díjole ella, tú el autor? »

D. Felix. ¡No, á fé mia!

Clotilde. Yo pensaba

Que tú la hubieras traído.

D. Felix. No por cierto, ahí ha nacido.

Clotilde. Artificio la juzgaba,

¿Pues cómo en piedra tan dura  
Flor de tal delicadeza?

D. Felix. ¡Estraña naturaleza!

Clotilde. ¡Y mas estraña hermosura!  
¿Mas la tormenta pasada  
Cómo de ahí no la arrancó?

D. Felix. Antes creo que brotó  
Con ella fecundizada.

Clotilde. ¡Raro portentoso!

D. Felix. Sí, á fé.

Clotilde. ¡Y qué olorosa y qué bella!

D. Felix (alargando la mano para co-  
gerla). Orna tu frente con ella.

Clotilde (deteniéndole). No la cortes, no.

D. Felix. ¿Porqué?

Clotilde. Es que viva privilegio  
Que la quiero conceder :  
Páreceme que ha de ser  
Arrancarla un sacrilegio.  
Pues ha venido á adornar  
Mi ventana flor tan bella,  
Ha de mantenerse en ella

Y en ella se ha de agostar.  
Sea un secreto su vida  
Velado á todo importuno,  
No quiero que por ninguno  
Pueda ser apetecida.

*D. Felix.* Sea, pues, como tú quieres.

*Clotilde.* Secreto es mío, lo he dicho;  
Ya sabes que en un capricho  
Se esclavizan las mugeres.

*D. Felix.* No quiera Dios, alma mia,  
Que ese capricho te estorbe  
Quien corriera todo el orbe  
Por tu sola fantasía.  
Viva esa flor hechicera  
Cuanto así pueda vivir :  
Y... ¡ha de pesarla morir  
Siendo tú su jardinera!

Y así hablando los esposos  
Al viejo Fermin llamaron  
Y ambos á dos afanosos  
Cuidados muy officiosos  
Por la flor le encomendaron.

Y viendo en el encinar  
Correr ya los ojeadores,  
Para irlos luego á encontrar  
Se mandaron ensillar  
Sus dos caballos mejores.

## IX.

Tres jornadas duró la cacería,  
Fecunda en reses y en azares varia,  
Y al volver la condesa al otro día  
A visitar su linda Pasionaria  
Encontróla en la grieta todavía  
Pura, olorosa, bella y solitaria,  
Mas frescos y brillantes sus matices,  
Mas á la piedra asidas sus raices.

Las hojas de su verde enredadera  
Profusamente en su redor brotaban,  
Y muchas ya de la ventana fuera  
En sus ricas labores se enlazaban;  
Pero entre ellas la flor única era,  
Mas capullos en ellas no apuntaban  
Ni anunciaban sus galas esquisitas  
Próximo el tiempo de ceder marchitas.

Y un día se iba tras otro,  
Y mas fresca y mas lozana  
Abria cada mañana  
Su tienda de hojas la flor,  
Como amante cuidadosa  
Que con el alba despierta  
Y abre en silencio su puerta  
A la señal de su amor.

La condesa, que hechizada  
Con su hermosa flor vivía,  
Pasábase todo el día  
Contemplándola crecer;  
Y cada vez el ramaje  
De su libre enredadera  
Mas rico y sombrio era,  
Mas lujurioso dó quier.

Por dó en el muro encontraban  
O en la prolija moldura  
Sus tallos una hendidura  
Prendian una raiz,  
Y de ella brotando pródiga  
Rama fecunda y lozana  
Entoldaba la ventana  
Fresco y silvestre tapiz.

A par que se iba cerrando  
Su enmarañado tejido,  
El tallo á la flor asido  
Iba creciendo á la par,  
Y del ameno follage  
La flor colgada en el centro  
Del arco quedaba dentro  
Entre uno y otro pilar.

Allí del sol y del viento  
Y del turbion guarecida,  
Se prolongaba la vida  
De la misteriosa flor;  
Y allí conforme pasando  
Iban los días por ella,  
Amanecía mas bella  
Y con hechizo mayor.

Y allí gozar dulcemente  
Larga existencia esperaba,  
Pues ella misma plantaba  
Donde vivir un vergel;  
Y allí sin duda orgullosa  
A reinar sola venia,  
Pues ella se suspendia  
Su primoroso dosel.

Ufanos de poseerla  
Los dos amantes esposos  
Guardábanla cuidadosos  
De todo extraño desman,  
Y á fé que no se pasaba  
Un día en que veces ciento  
No entraran en su aposento  
De la flor con el afán.

Para velarla á las aves  
De la ventana por fuera  
Tendieron una ligera  
Y sutilísima red,

Y nadie entraba en su estancia  
Ni de noche ni de día,  
Pues solo á Fermin se hacía  
Tan señalada merced.

Alli pasaban las horas  
Los condes enamorados  
Con su flor embelesados  
En sabrosa soledad;  
É ibanse mientras sus huéspedes  
Del castillo despidiendo  
Enojosa comprendiendo  
O inútil su sociedad.

Así olvidados y ajenos  
De amistades é intereses,  
Iban pasando los meses  
En su castillo feudal,  
Sin ver que pronto vendría  
Lluvioso el invierno y crudo,  
Y de su pompa desnudo  
Sería el campo un erial.

Acostumbrados sus ojos  
A encontrar cada mañana  
Vegetando en su ventana  
Con nueva vida su flor,  
Tal vez identificóla  
Clotilde con su existencia,  
Divinizando en su esencia  
Su porvenir ó su amor.

Tal vez simpático afecto  
Hácia la flor la arrastraba,  
Y un sér oculto adoraba  
En su capullo gentil,  
Y acaso algun amoroso  
Espíritu desterrado  
Creía en ella encerrado  
Con sencillez infantil.

La saludaba gozosa  
Cuando el capullo se abría  
Y al plegar le despedía  
Su nocturno pabellon,  
Como si en verdad pudiera  
El de aquella Pasionaria  
De algun alma solitaria  
Ser la estraña habitacion.

El inocente capricho  
Su amante esposo reía,  
A su loca fantasía  
Crédito dando tal vez,  
Pues era el amor su vida,  
Y en el amor hay instantes  
En que vuelven los amantes  
Del niño á la candidez.

Mas ya el abrasado agosto  
Tras julio ardiente pasaba,  
Y nunca se marchitaba  
Ni envejecía la flor.  
Plegaba todas las tardes  
Su capullo al caer el día,  
Y siempre á abrirle volvía  
Con mas hechizo y primor.

Nunca brotaron sus ramas  
Otros capullos, y nunca  
Ni la tormenta la trunca,  
Ni la arrebata el turbion,  
Ni el crudo cierzo la huela  
Ni la consume el rocío,  
Y el invierno y el estío  
Benignos al par la son.

« Señor (á Don Felix dijo  
El viejo Fermin un día),  
A no ser vuestra diría  
Que hay hechizo en esa flor.  
— ¡Hechizo, Fermin! ¿qué dices?  
— Cosa de encanto parece  
Porque ni mengua ni crece  
Ni muere nunca, señor.

Mi señora la condesa  
Con ella está enloquecida,  
Como á vos mismo la cuida  
Y quiérela como á vos.  
No tiene empeño mas grave,  
Ni cosa que mas la importe:  
Y hacer á una flor la corte  
No es cosa que manda Dios.

Honores, fausto y nobleza  
Por ella habeis olvidado:  
Por ella habeis enojado  
A vuestros deudos tambien,  
Pues su amistad concibiendo  
Que os era enojo importuno  
Desfilaron uno á uno  
¡Y ojalá que pare en bien!

— ¿Qué quieres decir?  
— Yo nada,

Mas mucho el vulgo murmura,  
Y dan por cosa segura  
Que á la nigromancia os dais:  
Que no sois francés recuerdan,  
Y corren aunque en secreto  
Sospechas sobre el objeto  
Que en vuestro encierro llevais.

Dicen que habeis sometido  
Por medio de un sabio ó brujo  
De los astros al influjo  
El horóscopo del rey;

Y si va por donde quemá  
Del vulgo la vil malicia,  
Me temo que la justicia  
Nos encare con la ley.

Y en fin, señor, yo que embustes  
No puedo sufrir en calma,  
Un día me rompo el alma  
Con el mejor del país,  
Y con tres zaragozanos  
Que meta entre esos franceses  
Hay una de aragoneses  
Que se estremece París.

— ¡Bah! buen Fermin, no desbarres  
Soñando con tus paisanos.

— ¿Y los tres zaragozanos  
Qué os sirven?

— ¿Y qué son tres?  
— Como el mas imberbe de ellos  
En un callejon se aposte,  
Ya sé yo que el gran prevoste  
Con su ronda vuelve piés.

— Fermin, replicó Don Felix,  
Decididos y tenaces  
Ya sé yo que sois capaces  
De eso y mas los de Aragon,  
Mas si meteis algun dia  
Quimera con los paisanos  
Os mando cortar las manos  
Sin otra averiguacion. »

Y esto escuchando, á una seña  
De su señor, el camino  
De la escalera mohino  
Tomó y humilde Fermin.  
Quedóse á solas Don Felix  
Con su flor y con su esposa,  
Y en su posicion dudosa  
Empezó á pensar al fin.

Estrangero y largo tiempo  
De la corte retraido,  
Y acaso el rey prevenido  
Estando ya contra él;  
Por bizarro y opulento,  
Con muchos enemistado,  
Y de muchos envidiado...  
Era algo ruin su papel.

Audaz por naturaleza,  
Por español altanero,  
Valiente y buen caballero  
Sufriera un desaire mal:  
Y en su honor y antigua fama  
A mantenerse resuelto,  
Hubiérasele devuelto  
Al mismo rey por igual.

Mas existia otra causa,  
Otra razon, otro objeto,  
Otro escondido secreto  
Que le impedia partir;  
Secreto, sí, que hasta entonces  
Dentro de su alma escondido  
Había tal vez vivido  
Sin dejarse percibir.

Aquella flor que, gozando  
De una frescura infinita,  
Jamás doblaba marchita  
Su primoroso boton;  
Aquella flor misteriosa  
Cuya inmediata presencia  
Tenía oculta influencia  
En su propio corazon;

Aquella flor cuya vista  
Era el placer de su esposa,  
De cuya esencia olorosa  
Gozaba con tanto afan,  
Vió el triste que allá en el fondo  
De su pecho enamorado  
Había el poder cobrado  
De un dañoso talisman.

De aquella flor peregrina  
La hermosura le hechizaba,  
En su presencia gozaba  
Incomprensible placer,  
Y al percibir de su cáliz  
El mágico aroma, apenas  
Sentía dentro sus venas  
La sangre inquieta correr.

De aquella flor á la vista,  
Sentía que en su memoria  
Se renovaba una historia  
De mucho olvidada ya,  
Y en ella ardía un recuerdo  
Triste, eterno y solitario,  
Como luz que en un santuario  
Ardiendo perenne está.

Jamás entibiado habiase  
Con su esposa su cariño,  
Pero su historia de niño  
Jamás se le recordó  
Hasta aquella horrible noche  
De repentina tormenta  
En que de su historia cuenta  
Clotilde le demandó.

Indiferente y tranquilo  
En la siguiente mañana  
Abrió él mismo su ventana,  
Mas, la Pasionaria al ver.

Sintió por la vez primera  
 Con amargo sentimiento  
 Aquel fatal pensamiento  
 En su mente aparecer.

Vago y sin fuerza hasta entonces  
 Y alla en el alma escondido  
 Recuerdo tal habia sido  
 Un imperceptible iman,  
 De cuya robusta fuerza  
 Jamás llegó á recelarse  
 Hasta que quiso apartarse  
 Del funesto talisman.

El, de sí mismo con miedo  
 Juzgólo aprension, capricho,  
 Y él no se lo habia dicho  
 Ni aun á sí mismo jamás;  
 Mas del buen zaragozano  
 Fermin la ruda franqueza  
 Corroboró la certeza  
 De sus sospechas en mas.

Entonces con claros ojos  
 La realidad contemplando,  
 Fué Don Felix empezando  
 La verdad á comprender,  
 Por una parte alarmada  
 La suspicacia francesa,  
**Por otra víctima y presa**  
 De unos hechizos su sér.

De tantos ojos voraces  
 Atentos á sorprenderle,  
 Ocultarle y defenderle  
 Fué cosa imposible al fin,  
 Y de la flor el secreto,  
 Por último divulgado,  
 Por dó quier fué interpretado  
 Con la malicia mas ruin.

Ya con amistad fingida  
 Y con pretestos capciosos  
 Llegaron varios curiosos  
 El castillo á penetrar,  
 Del español envidiado  
 En la mansion ó el semblante  
 Buscando del nigromante  
 Señales que denunciar.

Y algunos sabios fanáticos  
 Con curiosidad sencilla  
 Quisieron la maravilla  
 De la Pasionaria ver.  
 Mas enojado Don Felix  
 De su impertinente audacia,  
 Negóse con pertinacia  
 Su permiso á conceder.

Arrastrólos sin embargo  
 La fé de su ciencia vana  
 Hasta acechar la ventana  
 Donde existia la flor,  
 Y viendo á los dos esposos  
 En ella continuamente  
 Tuvieron por evidente  
 Un sér maleficiador.

Dieron al conde Don Felix  
 Por enemigo de Francia,  
 Y adquirió tal importancia  
 Esta opinion, que hasta el rey  
 Llegó á recelar acaso  
 De aquel hechizo el influjo,  
 Teniendo al supuesto brujo  
 Vigilado por la ley.

Don Felix, que idolatraba  
 Con toda su alma á su esposa,  
 Sintiendo otra poderosa  
 Llama en su pecho brotar,  
 Airado contra si mismo,  
 Loca tentacion juzgándola,  
 Quiso de su alma arrancándola  
 La fé de su amor salvar.

Y un dia en que ambos gozaban  
 La bella flor contemplando,  
 Conversacion entablando,  
 Dijo Don Felix así:  
 « ¿No te parece, Clotilde,  
 Que hay en esa Pasionaria  
 Una magia extraordinaria  
 Que nos alucina? »

*Clotilde.* Si,  
 Yo cerca de ella un deleite  
 Tan soberano percibo  
 Que me parece que vivo  
 Donde ella vive mejor.  
 Nada con ella echo menos  
 Y en su presencia me place  
 Sentir, Felix, que renace  
 Mas tierno por tí mi amor.

*D. Felix.* No es tal mi dicha, Clotilde;  
 Yo siento una incertidumbre,  
 Una estraña pesadumbre  
 Al contemplarla no mas.  
 Paréceme que á su vista  
 Nuestro amor se disminuye,  
 Y la ventura nos huye  
 Para no volver jamás.

*Clotilde.* Felix; tú pierdes el juicio!  
 ¿Qué puede en nuestra ventura  
 Intervenir la hermosura  
 De esa solitaria flor?

*D. Felix.* No acierto, Clotilde mia,  
 De tal misterio el origen,

Mas mil temores me afligen  
Y... destruirla es mejor.

*Clotilde.* Eso no; cuando la vimos,  
La acogí bajo mi amparo  
Y quien la toque declaro  
Que atenta á darme un pesar.  
Aquí esa flor ha nacido  
Y es mi deleite, mi encanto;  
Y aquí, Felix, por lo tanto  
Cuanto pueda ha de durar.

*D. Felix.* Sea, y no quieran los cielos  
Que ese capricho te estorbe  
Quien corriera todo el orbe  
Para buscarte un placer.

*Clotilde.* Ah, Felix mio, perdóname,  
Si mi amor te la defiende,  
¿Mas en qué mi flor te ofende?  
¿Qué puede en tu mal tener?

Mis ojos gozan mirándola  
Tan pura siempre y tan bella :  
Tengo mi capricho en ella  
Como mi amor tengo en ti :  
Tan poderoso es el mio  
Como es el otro constante,  
¿Pensas que menos amante  
La flor ha de hacerme, di?

No; los gustos peligrosos  
De la necia corte olvido;  
Helos ya sustituido  
Con su inocente primor,  
Y aquí en soledad tranquila  
En pura y campestre calma  
Mas no apetece mi alma  
Que su Felix y su flor.

Y así diciendo, en los brazos  
Caë Clotilde del conde;  
Y este el semblante la esconde  
Alterado de placer.  
Y así su enojo ahuyentando  
Con dulcísimas caricias  
Tornaron á las delicias  
Del amor que les da el sér.

Y uno tras otro así fueron  
Los bellos días pasándose,  
Su dulce vida llevándose  
De soledad y de amor.  
Y al asomar por Oriente  
La aurora cada mañana,  
Fresca, olorosa y lozana  
Se abría siempre la flor.

## X.

¡Ay del que necio en la fortuna fia !  
Ay del que espera en el poder mundano !

El que vive feliz un solo día  
Otro tal vez igual espera en vano.  
Si. todo al fin el tiempo lo trastorna,  
Todo en la tierra por su mano pasa,  
Y el monte que hoy adorna  
Con espeso amenísimo follage  
En breve espacio con furor arrasa,  
Sin que halle en él la yerba mas escasa  
El pájaro mas ruin por hospedage.  
Y su golpe no quita  
Casco ferrudo ni áurea corona,  
Ni su arbitraria enemistad se evita  
Con fuertes torres ó tendida lona,  
Porque salva la mar con solo un paso,  
Y á su soplo se hienden las murallas  
Como en el fuego se quebranta un vaso.  
No hay para el tiempo ni exencion ni vallas.  
Diez meses no serian  
Tal vez cumplidos, y en dolor trocadas  
Las dichas de Don Felix se veian,  
Su esperanza y sus glorias trastornadas.

Era un día de niebla húmedo y frio,  
Todo era soledad, silencio todo  
El castillo sombrío.  
No por sus anchas bóvedas sonaba  
Rumor alegre de placer y vida,  
No clamorosa multitud se hallaba  
En sus largos salones reunida.  
No, no; todo es ahora  
Duelo y quietud, que el tiempo y la fortuna  
Sientan allí su mano asoladora,  
Y quien le habita llora  
Sin esperanza alguna.  
En un largo aposento  
Dó medio roble humeado  
Tendido en una antigua chimenea,  
El rostro macilento,  
Y de pesar el corazon transido,  
Yace Don Felix en el hondo asiento  
De una poltrona hundido.  
Las lágrimas que brotan de sus ojos  
Indicios son de su dolor; estrecho  
Paso sus labios dan á los gemidos  
Que arranca de su pecho,  
Y claros de la suerte los ojos  
Se muestran en sus ayes doloridos.  
Fermin, el buen soldado,  
Mustio tambien y pálido el semblante,  
Del fuego está delante  
Junto al conde sentado,  
Y acreditar sus pesadumbres puede  
La igualdad del señor con el vasallo,  
Pues solo el infortunio la concede.  
« No hay remedio, Fermin, dijo Don Felix,  
Los doctores así me lo aseguran.

— Los doctores, señor, por sí la yerran,  
Casi siempre desgracias nos auguran.  
— ¡No, Fermin, es inútil esperanza!  
Ellos mismos confiesan  
Que su ciencia no alcanza  
La muerte á detener. »

Y aquí callando  
Tornó al llanto Don Felix,  
Y el anciano Fermin siguió llorando.

Y era razon llorar por la condesa,  
Pues de dolencia inestinguible presa,  
Aunque de tres doctores asistida,  
Se hallaba en tal momento  
A las manos de un mal íntimo y lento  
Próxima á despedirse de la vida.

Y en aquel aposento,  
Del esfuerzo postrero de la ciencia  
Esperaban el fallo  
Con dudosa impaciencia  
El mejor conde y el mejor vasallo.

Abrióse al fin la puerta  
Que de la esposa al aposento daba,  
Y la mirada incierta  
Ninguno á ella dirigir osaba.  
Tuvieronse en silencio los doctores  
Al dintel con respeto  
Al intenso dolor del noble esposo,  
En su gesto turbado y lastimoso  
Mal ocultando su fatal secreto.

« Acercaos, señores,  
Don Felix dijo al fin, daráme ayuda  
Para arrostrar en calma mis dolores  
El Dios á quien suplico que me acuda  
En mis cuitas mayores.  
¿Hay esperanza aun? »

— « La ciencia vana  
« De los hombres, señor, no encuentra alguna.  
« Solo de Dios la ciencia soberana  
« Sabe qué sol alumbrará mañana,  
« Y ve de todos el sepulcro y cuna;  
« Fuera de esa esperanza, no hay ninguna. »  
Cayó en su silla el conde desplomado,  
Y ocultando en las manos el semblante,  
En su propio dolor quedó abismado.  
Y aprovechando al punto aquel instante,  
Del cuarto los empíricos salieron,  
Y del castillo, á dó jamás volvieron.

Su fin tocaba el día,  
Y mas densa la niebla encapotaba  
La atmósfera; la noche que avanzaba  
Fria, lluviosa y lóbrega venia;  
Y sin fuerzas el viento no sonaba  
En la enramada umbria.  
En apartada alcoba  
Que alumbraba escasa lámpara, se queja

Clotilde hermosa á quien la vida deja,  
Y á quien la muerte para el mundo roba.  
Desencajado el rostro y amarilla  
La tez rosada y pura,  
En sus radiantes ojos ya no brilla  
La luz de la hermosura.  
Sus labios sin color no se despliegan  
Con amorosa y celestial sonrisa  
Y sus ebúrneas manos ya no juegan  
Con sus espesos rizos,  
Que no mecerá mas la mansa brisa  
Descubriendo los mágicos hechizos  
Del torneado cuello,  
Del pecho virginal y el hombro bello.  
Aun tiene, amante con su mano asida  
De Don Felix la mano,  
Y aun con escaso aliento  
Murmura su postrera despedida.  
Y aun buscan en el lóbrego aposento  
Sus turbios ojos el objeto amado  
De su alma enamorada aun no borrado.  
El amoroso conde que la adora  
Junto á su lecho desolado llora,  
Y á las palabras de su amor responde  
Con palabras mentidas de consuelo,  
Porque no se le esconde  
Que á ver no volverá la luz del cielo.  
« ¿Porqué lloras, mi bien? » le preguntaba  
La moribunda esposa,  
Y con voz cariñosa  
« No lloro » el infeliz la contestaba,  
Y así plática entre ambos se entablaba :

*Clotilde.* Sí, sollozar te escucho.

*D. Felix.* Tu mente débil telo fingeacaso.

*Clotilde.* No, Felix, no me engaño, te amo  
mucho,

Y esta mano en tus lágrimas me abraso.  
Leo en tu corazón.

*D. Felix.* Clotilde mia,

Del pensamiento aleja  
Tan tristes ilusiones.

*Clotilde.* Ay, Felix, es en vano tu porfía,  
Escusa ya ficciones,  
Falsas palabras deja,  
Ya sé que llega mi postrero día.  
¿Me amas aun?

*D. Felix.* Mis lágrimas te dicen  
Cuanto es mi amor; la eternidad entera  
Escaso tiempo para amarte fuera.

*Clotilde.* Dime, ¿y mi flor? ¿estiende to-  
davía

Sus hojas ante el sol? ¿han decaido  
Sus brillantes colores?

*D. Felix.* No, Clotilde, sus ramas han  
crecido.

*Clotilde.* ¿Pero y la flor?

*D. Felix.* Aun sola permanece

Y otro capullo en derredor no crece.

*Clotilde.* ¿Cuánto tiempo hace ya que no la veo?

*D. Felix.* Pocos días no mas.

*Clotilde.* Años perdidos

Sin contemplarla que pasaron creo.

¿Se alcanza desde aquí?

*D. Felix.* Tal vez corriendo

Tus cortinas, y abriendo

La puerta de esa cámara vecina

Se alcance á ver.

*Clotilde.* Pues abre y que mis ojos  
La vuelvan á mirar, antes que cieguen  
De la muerte implacable al ser despojos.

Abrió en esto Don Felix

La puerta de la cámara en que estaba

La flor maravillosa,

Y al gótico balcon donde brotaba

Tendió los ojos la doliente esposa.

Oscura estaba la noche,  
Los ojos mas perspicaces  
No hubieran sido capaces  
Su lobreguez de sondear.  
Tendió á la ventana el conde  
En las tinieblas la mano,  
Mas abrió con ansia en vano  
Sus ojos de par en par.

El mas escaso reflejo  
No vió penetrar por ella,  
Que no alumbraba una estrella  
Del cielo la inmensidad.  
Su negro manto en los aires  
Las nieblas habían tendido  
Y de la luna sorbido  
La trémula claridad.

Aun fresca, olorosa y pura  
La encantada Pasionaria  
Vegetaba solitaria  
En su enramado vergel:  
Y aunque no pueden los ojos  
Percibirla en la distancia  
Revela bien su fragancia,  
Su eterna presencia en él.

« ¿Dónde estás, dijo Clotilde,  
Flor mia, que no te veo?  
Si comprendes mi deseo,  
Déjate ver, linda flor:  
Siento ¡ ay de mí ! que al buscarte  
Los ojos se me oscurecen;  
Muéstrate, flor, si merecen  
Mis ojos ver tu color. »

A estas palabras, del lecho  
De la moribunda enfrente

Se iluminó de repente  
Ténue y fosfórica luz  
Producida en las tinieblas  
De la oculta Pasionaria  
Por la esencia extraordinaria  
Y la mágica virtud.

Retrocedió amedrentado,  
La luz fantástica viendo,  
Don Felix, y no sabiendo  
Los ojos de ella apartar,  
Ni á respirar se atrevía,  
Cuando en el otro aposento  
Con desfallecido acento  
Oyó á Clotilde llamar.

Acudió el triste solícito  
Al pié de su cabecera  
Y allí de aquesta manera  
Decir á su esposa oyó:  
« Escucha, Felix, sentada  
La muerte á mi lado veo,  
Mas un extraño deseo  
Al sentirla me asaltó,

Y dulcemente la vida  
Mi espíritu abandonara  
Si este deseo lograra.  
— ¿ Como lograréte? di.  
— De tí tan solo depende.  
Mas que te cueste no es justo  
Este capricho un disgusto.  
— Acaba.

— ¿ Consientes?  
— Sí.

— Pues mira, esa Pasionaria  
Que fué mi encanto viviendo,  
Pluguérame que muriendo  
Fuera mi último placer.  
De nuestro mal compañera,  
Cual de nuestro amor testigo,  
Que muera esa flor conmigo  
Pues que me debe su sér.

Sí, apenas contaba un día  
Cuando quisiste ofrecérmela,  
Sea su suerte la mia,  
Felix, arráncala hoy;  
Ese es el favor postrero  
Que ya de tu mano espero,  
Cúmplemele, y al sepulcro  
Tranquila y contenta voy. »

Quedó aterrado Don Felix  
Propuesta tal escuchando,  
La mano tender no osando  
A la misteriosa flor,  
Los desencajados ojos  
Fijos en ella teniendo,

Y en las pupilas sintiendo  
Su mágico resplandor.

A comprender esta idea  
Su mente no se atrevía,  
Su voluntad resistía  
Su ejecucion á emprender;  
Y aquel pensamiento solo  
La tiene en duda tan fiera  
Como si á su impulso fuera  
Un crimen á cometer.

Sí, sometido al influjo  
De un vértigo incomprendible,  
Sentía en sí una terrible  
Desusada conmocion :  
De un sér incógnito, oculto  
Secreto terror le asalta,  
Y conoce que le falta  
Valor en el corazón.

Que aquella flor que fué un tiempo  
Las delicias de su esposa,  
Cuya existencia preciosa  
Quiere hoy romper con afán,  
Ve el triste que allá en el fondo  
De su pecho enamorado  
Todo el poder ha cobrado  
De un dañoso talisman.

De aquella flor á la vista,  
Siente que allá en su memoria  
Se le renueva una historia  
De mucho olvidada ya,  
Y en ella vive un recuerdo.  
Triste, eterno y solitario,  
Como luz que en su santuario  
Ardiendo perenne está.

¡Oh! no, imposible que él sea  
Quien aquella flor destruya;  
Su vida es la vida suya,  
El suyo tal vez su sér.  
No, imposible; sin su esposa,  
El como ella necesita  
Aquella flor inmarchita  
Por compañera tener.

Será de su amor pasado  
Cuando ella falte un objeto,  
Será un místico amuleto  
Que aliviará su dolor :  
Y de Clotilde el espíritu  
Identificado en ella  
Siempre pura y siempre bella  
Será ella misma la flor.

En sus brillantes colores,  
En su inmarchita fresca

Él hallará su hermosura,  
Su perdida sociedad.  
Y en su castillo encerrado  
Para siempre noche y día  
No tendrá mas compañía  
En su larga soledad.

Mas ¡ay! que á la par Clotilde  
Desea arrancarla ahora  
Y el buen Don Felix la adora  
Con toda su alma y su sér,  
Y es imposible que al cabo  
Su afán postrimero estorbe  
Quien corriera todo el orbe  
Para buscarla un placer.

Acostumbrada de antiguo  
Al encontrar cada mañana  
Al ir á abrir su ventana  
Con nueva vida su flor,  
Tambien identificóla  
Clotilde con su existencia,  
Divinizando en su esencia  
Su porvenir ó su amor.

Y aun en la misma ventana  
Su enredadera ceñida,  
Aun vegetaba prendida  
La Pasionaria al dintel :  
Mas ya crecidos los tallos  
De sus ramas parecía  
Que desprenderse quería,  
A su verde cuna infiel.

Y en la mas larga pendiente  
Ya dentro del aposento  
Yacia en el pavimento  
Sin arrimo y sin sosten,  
Como si, el fin contemplando  
Avanzar de su señora,  
Al suyo en la misma hora  
Quisiera llegar tambien.

Dijeran que, adivinando  
El término de su vida,  
La postrera despedida  
Quería á Clotilde dar,  
Y que, hasta su mismo lecho  
Subir intentando en vano,  
Tomó el lugar mas cercano  
A donde pudo arribar.

Y él la contemplaba trémulo  
Y ella su flor le pedia,  
Y Don Felix no sabía  
En verdad qué resolver.  
La flor seguía en la sombra  
Ante sus ojos brillando  
Y él la seguía mirando  
En acuerdo sin volver.

Al fin, la voz de su esposa  
Oyendo desfallecida  
Que á Dios decía á su vida  
Clamándole por su flor,  
Sobre ella dió de repente  
Y en la oscuridad asiéndola :  
— ¡Sea pues! dijo, rompiéndola  
Con insensato furor.

A tal momento Clotilde  
Lanzó el último gemido :  
Y el conde, de horror transido,  
En las tinieblas quedó  
Al escuchar que su nombre  
Dentro del mismo aposento  
Otro conocido acento  
Tiernamente pronunció.

« ¡Cielos! exclamó espantado,  
¿Es realidad ó deliro?  
¿De quién era ese suspiro  
Que en las tinieblas oí?  
— Felix, repuso en la sombra  
Aquella voz dolorida,  
¿No me conoces, mi vida?  
Yo soy, acércate á mí. »

Desatinado y atónito,  
Tomó una lámpara el conde  
Y al sitio volviendo donde  
La Pasionaria arrancó  
Vió con estúpido asombro  
El desconocido objeto  
Que el miedo y amor secreto  
Hácia la flor le inspiró.

Pálida, fria, y sin aliento apenas,  
namorada aun y encantadora,  
En lugar de la flor yacia AURORA  
En medio del oculto camarín.  
Contemplábala atónito Don Felix,  
El misterio fatal no comprendiendo,  
Y tendiale Aurora sonriendo  
Los yertos brazos, próxima á su fin.

Y aun amoroso el rostro moribundo,  
Dijole así con voz desfallecida :  
« He estado junto á tí toda mi vida,  
Y muero con mi amor cerca de tí.  
Velada á vuestra vista entre las hojas  
De una hermosa y silvestre Pasionaria,  
Fuí huésped de esa reja solitaria,  
Y os vi felices y dichosa fui.

« Siempre te amé; mas siempre cuidadosa  
Miré mas que á mi amor á tu ventura;  
Tú no fueras feliz con mi hermosura,  
Y en mi encerré mi generoso amor.

Dios hizo que á este amor triste y sin premio  
Fuera el amor de tu Clotilde unido,  
Mas nuestro tiempo le pedí medido  
Por el tiempo no mas de aquella flor.

« No nos fué dado nunca conocernos,  
Mas á la par vivimos y te amamos;  
Ambas unidas á la tumba vamos,  
Y te perdemos á la par las dos.  
Juntas morir nos otorgó el destino,  
Y tú mismo, al cortar mi Pasionaria,  
Cumplistes mi recóndita plegaria.  
Recibe, pues, mi postrimer adios. »

Y á estas palabras la cerviz doblando,  
Voló al cielo su alma enamorada,  
Y en medio de la atmósfera nublada  
Repentino relámpago brotó.  
Las ramas de la verde enredadera  
En la estrecha ventana se inflamaron,  
Y sus hojas ceniza se tornaron  
Que el agitado viento arrebató.

Tendió Don Felix las convulsas manos  
Ciego á su vista y de dolor transido,  
Y privado de aliento y de sentido  
De la ventana al pié se desplomó.  
Y diz que en su castillo de Aracena  
Pocos años despues triste vivía,  
Y que á Aurora buscaba todavía  
Por el ameno valle en que vivió.

Aun de su viejo castillo  
En una capilla oscura  
Se encuentra la sepultura  
De su postrero señor,  
Y en vez del busto de mármol  
Y de inscripcion funeraria,  
Hay solo una Pasionaria  
De mano de un escultor.

## LEYENDA QUINTA.

## APUNTACIONES PARA UN SERMON

SOBRE LOS NOVISIMOS,

TRADICION.

AL LECTOR EL AUTOR.

Como lo vas á leer  
Me lo contaron, lector :  
Atañe al historiador  
Lo cierto que pudo haber.

Lo que mas la plazca de ello  
Crea tu razon discreta :  
Mas no olvide que al poeta  
Pertenece lo mas bello.

Querer dar con la verdad,  
Fiándose en sus escritos,  
Es á yerros infinitos  
Asentir con ceguedad.

Yo no pretendo enseñarte,  
Lector, á menos atento;  
Me daré por muy contento  
Si es que consigo agradarte.

Solo á arrancarte un suspiro  
O una sonrisa aunque leve  
Mi estéril pluma se atreve,  
Solo á deleitarte aspiró.

Dejemos la verdad, pues,  
Que es la verdad siempre amarga  
Y lo cierto grave carga  
Para los poetas es.

Lo falso á lo verdadero  
Lleva ventaja infinita,  
La mentira es mas bonita  
Y yo siempre la prefiero.

La razon fria y severa  
No hallará esta fantasia  
Muy de su gusto, á fé mia;  
Pero piense lo que quiera.

*El pueblo me la contó*  
*Y yo al pueblo se la cuento :*  
Y pues la historia no invento  
Responda el pueblo y no yo.

No hay en ella mas verdad  
Que lo que Hartzenbusch ha escrito,  
Y yo por darme lo admito  
Importancia y gravedad.

El, verídico escritor,  
Me garantiza esta historia.  
Pues yo soy, pese á mi gloria,  
De mentiras profesor.

Yo vivo con la mentira,  
Lector, en público trato,  
Y confieso sin recato  
Que la verdad no me inspira.

Empiezo mi cuento, pues,  
Y si te agrada, lector,  
No preguntes al autor  
Si mentira ó verdad es.

### INTRODUCCION

QUE EL SEÑOR HARTZENBUSCH HA TENIDO LA  
GALANTERIA DE PONER A MI LEYENDA QUINTA.

Poco antes que en el Duero se sepulte,  
Cruza Pisuerga plácida campiña,  
Donde la rica mies, la rica viña  
Derraman sus tesoros á la par.

Descuella un monte allí : sobre su cumbre  
Un gigantesco torreón se eleva,  
Monstruo que con las victimas se ceba  
Que le da el despotismo á devorar.

Agrio són de cadenas y cerrojos,  
Amenazas de bárbaros sayones,  
Súplicas, alaridos, maldiciones  
Llenan aquella lúgubre mansion.  
Fortaleza la llama quien lejano  
Su mole ve sin registrar su centro,  
Llámala infierno quien suspira dentro,  
Cárcel la ley, su afrenta la razon.

Allí un anciano en miserable estancia,  
Mas bien que calabozo sepultura,  
Sufre de sus pesares la tortura  
Con el pié de la muerte en el umbral.  
Pero en aquella frente consagrada  
Señales duran de lo que era un día,  
Centellea en su frente todavía  
La llama del espíritu marcial.

Bajo el morado episcopal vestido  
Violento late el corazón de Acuña :  
Cuando su mano el pectoral empuña,  
Fué un acero tal vez lo que buscó.  
¡PADILLA! sin cesar suena en su labio,  
Y un ¡ay! le sigue y el prelado llora;  
Y es el audaz prelado que en Zamora  
¡Santiago y libertad! apellidó.

« ¡Porqué, Señor, arrodillado dice  
Delante de un ebúrneo crucifijo,  
Porqué, Señor, tu cólera maldijo  
La jornada infeliz de Villalar?  
¿Era pendon de iniquidad acaso  
La bandera del noble comunero?  
Por defender el injuriado fuero  
¿No es lícito la espada desnudar?

Si entronizado el codicioso belga  
Saqueaba el palacio y la cabaña,  
Y desangrando á la infeliz España  
Rios de oro enviaba á su nacion;  
Se reia en espléndido banquete  
Sirviéndole de música el gemido  
De un pueblo que, por él empobrecido,  
Moribundo imploraba compasion;

Si al pedirle justicia el triste padre,  
Padre á quien deshonoró vil cortesano,  
Decía el estrangero al castellano :  
*Cómprame la venganza y la tendrás ;*  
¿Debió Castilla tolerar su afrenta?  
¿No debió armarse para entrar en liza  
Y gritar á la chusma advenediza :  
« No reinarás sobre mi suelo mas? »

¿Condenaste, Dios mio, por mi culpa  
La empresa que sino te fuera grata

Porque, soltando el báculo de plata,  
Del profano baston el puño así?  
No, que Samuel, ministro de tus aras,  
También en sangre se bañó la diestra,  
Joyada de tu templo hizo palestra,  
Moisés armó los brazos de Levi.

Lo veo, si; con nuestra ruin fortuna  
Tú quisiste enseñar á las naciones  
En dos tremendas útiles lecciones  
Lo que merecen, lo que deben ser.  
Quéjese el pueblo que agobiado llora  
Solo de sí porque obedece al yugo;  
Mas sepa, si combate á su verdugo,  
Que sin union es fuerza perecer.

Pecieron por eso en el cadalso  
Los hijos de la gloria y de la guerra,  
Sus casas igualadas con la tierra  
Yacen cubiertas de ignominia y sal,  
¿Porqué me ha perdonado la cuchilla?  
¿Porqué esta cárcel mi vivir esconde?»  
Una voz pavorosa le responde:  
«Porque te espera muerte de dogal.»

Abrese con estrépito la puerta,  
Y precedido de villana tropa,  
Vestido un hombre de funesta ropa  
Resuelto avanza en la prision el pié.  
Vara sutil de magistrado lleva,  
Que en él parece látigo sangriento,  
Ningun rasgo de humano sentimiento  
En su frente fanática se ve.

Sanguinaria la boca, sanguinarios  
Los torvos ojos de iracunda hiena,  
Con desplegar el labio ya condena,  
Con su mirada martiriza ya:  
Mudo, pasmado el infeliz Acuña  
La decision espera de su suerte,  
No le acobarda la imprevista muerte,  
Pero le aterra ver al que la da.

«En nombre de Don Carlos os lo mando,»  
Grita á los suyos el feroz alcalde,  
Pero dicta sus órdenes en balde,  
Tiembla el esbirro, párase el sayon.  
«Obedeced» el bárbaro repite,  
Los satélites claman «¡Sacrilégio!»  
Y acatando el sagrado privilegio  
Se lanzan en tropel de la prision.

«No teme el vengador de la justicia,  
Dice el cruel, del hombre ni del cielo,  
Ese dogal tirado por el suelo  
No quedará sin victima esta vez.»  
¡Ronquillo! fué á esclamar el sacerdote,  
Pero apagó su voz el duro lazo  
Que estrechó con la planta y con el brazo  
Aquel verdugo en hábito de juez.

Por los tránsitos luego de la cárcel  
Su trofeo arrastró, dejando en ellos  
Con la sangre de Acuña y los cabellos  
Señalado el camino que llevó;  
Y á un corredor llegando guarnecido  
De dorado arabesco pasamano  
A ver el espectáculo inhumano  
Testigos el sacrilego llamó.

Y llegaron, y dijo: «Comuneros  
Que desdorar quisisteis la corona,  
La clemencia de Carlos os perdona,  
De Simancas salid, pero mirad.»  
Y el cordel ominoso atando á un hierro,  
Lanzó al aire el cadáver palpitando...  
Cayó la turba misera temblando,  
Pasmada de terror y de piedad.

Alzóse un alarido que llenaba  
Del ancho patio el ámbito vacío;  
Sucedió al penetrante vocerío  
Misterioso susurro de oracion.  
Y oscilaban pendientes entre tanto  
Del corredor los míseros despojos,  
Y el llanto que asomaba en muchos ojos  
Lo trataba en secreto el corazón.

Pero el cáñamo vil con un crujido  
Turbó el piadoso fúnebre homenaje  
Y anunció desde el alto barandage  
Nuevos horrores que mirar despues.  
Cruzaba el patio el bárbaro Ronquillo...  
Sonó un golpe violento... Y de repente  
De sangre salpicósele la frente  
Y vió el roto cadáver á sus piés.

«Esconda, dijo, su ignominia luego  
La sepultura que á pedirme vino.  
Comuneros, sabeis vuestro destino;  
Sed fieles al invicto Emperador.»  
Y salió del castillo á lento paso,  
Con la mano enjugándose la cara  
Y agitando en el aire aquella vara  
Que sembraba el espanto y el horror.

## I.

Tal fué el alcalde Ronquillo,  
Y tal el fin execrable  
Del noble Acuña. La causa  
Solo los cielos la saben.  
Lidió por su libertad  
Como valeroso y grande,  
Mas vencieron los de Carlos  
Y es inútil lamentarle.  
Su crimen fué ser vencido,  
Y fué el iracundo alcalde  
Su juez y verdugo á un tiempo,  
¡Caiga en él toda su sangre!

En vano gritó Castilla  
 Contra el sacrilegio infame,  
 Que estaba el rey de por medio,  
 Y fueron voces al aire.  
 Dióse por traidor al muerto,  
 Y para mas ultrajarle  
 Su infamia estendióse á todos  
 Los que su nombre llevaren.  
 Dió el Emperador por bueno  
 A su juez, pródigo honrándole  
 Con su amistad, y él fué un tiempo  
 Su lebrél mas formidable.  
 Ansioso de distinguirse  
 En su servicio, y mostrarse  
 Agradecido y celoso  
 Por los intereses reales,  
 Atropelló sin escrúpulo  
 Cuanto encontró por delante,  
 Sin que justicia ó nobleza  
 Fuesen valla á sus desmanes.  
 Que en él fué delirio al cabo  
 Lo que al principio corage,  
 Y la sed de su venganza  
 Degeneró en insaciable.  
 Era su presencia agüero  
 De horrendas calamidades,  
 Y era su nombre un conjuro  
 De desventuras y males.  
 Seguíanle por dó quiera  
 En apiñada falange  
 Alguaciles y verdugos  
 Con hachas y con dogales.  
 Donde fijaba la planta  
 Su huella marcaba en sangre,  
 Donde ponía los ojos  
 Iba la muerte á sentarse.  
 Como destructor cometa,  
 Como fantasma impalpable,  
 En todas partes se hallaba  
 Sin distincion de lugares.  
 Y un encuentro, una palabra  
 Casual ó poco explicable,  
 Una plática en secreto  
 O una seña poco fácil  
 De comprension, una muerte  
 Evocaba en el instante.  
 « Comunereros son, gritaba,  
 ¡ A ellos, prenderles... matarles! »  
 Y nunca volvió sin presa,  
 Que era plan irrevocable  
 No hallar jamás inocente,  
 Ni justiciar nunca en balde.  
 ¡ Ah! no hubo español valiente,  
 Cuyo sueño no turbase  
 Alguna vez de Ronquillo  
 La amenazadora imágen.  
 Pues por dar con un rebelde  
 Pasara sobre el cadáver

Poco es del mejor amigo,  
 De su esposa y de su madre.  
 Mas tan caduca es la vida  
 Y todo en ella es tan frágil  
 Que se hunde lo mas brioso,  
 Lo mas encumbrado cae.

Vecino á su hora postrera,  
 Tendido en su lecho yace  
 Llena de angustias el alma  
 El desapiadado alcalde.  
 Los ojos desencajados  
 De las cuencas se le salen,  
 Como si espantados vieran  
 Mil espectros rodearles.  
 La cólera y el terror  
 Pintados en el semblante,  
 Pide al mismo tiempo auxilios  
 Mundanos y espirituales.  
 A veces sobre su lecho  
 Iracundo incorporándose,  
 « Llamadme al rey, » dice á gritos  
 Con feroces ademanes.  
 A veces entre la ropa  
 Atribulado ocultándose,  
 « Que traigan un confesor, »  
 Dice con voz lamentable.  
 Y corre desalentada  
 Su gente plazas y calles,  
 Unos en busca del rey  
 Y otros en busca de un fraile;  
 Mientras el vulgo enumera  
 Los infinitos desastres  
 Que lleva detrás el nombre  
 Del golilla agonizante.  
 Y no hay en Valladolid  
 Una casa ni un linage  
 Que con dudosa impaciencia  
 La muerte del juez no aguarde.  
 Parece que mientras viva  
 Sobre la tierra un instante  
 Sus miradas y su aliento  
 Han de emponzoñar el aire.

Que así mueren los impíos,  
 Sin ser llorados de nadie,  
 Y agobiados bajo el peso  
 De su conciencia culpable.

## II.

Así en su lecho Ronquillo,  
 Ya casi á espirar cercano,  
 Un crucifijo en la mano  
 Y á su lado un confesor,  
 Su hora postrera aguarda  
 En oscura incertidumbre,  
 De su fé muerta la lumbré,  
 Vivo de su alma el terror.

Los recuerdos de una vida  
A la ambicion consagrada  
De crímenes mil sembrada,  
Secretos entre Dios y él,  
Hervian en su conciencia,  
Y al exacto pensamiento  
Se agolpaban en violento  
Irresistible tropel.

Allí con faz iracunda  
Se alzaba el fantasma fiero  
Del bizarro caballero  
Degollado en la prision,  
Y sus hijos y su esposa,  
Victimas del abandono,  
Pedíanle con encono  
De aquella sangre razon.

Allí el engañado amigo  
Y la muger deshonrada,  
La inocencia condenada,  
La vendida rectitud  
A recias voces pedían  
Contra el culpable venganza,  
Y de ella con esperanza  
Asidos de su ataud.

Revuelve el juez por dó quiera  
Los ojos desencajados,  
Mas por dó quiera apiñados  
Sangrientos fantasmas ve;  
Dó quiera una sombra pálida  
Le recuerda una sentencia  
Que dió contra su conciencia  
Y contra justicia fué.

Y al través de cada pliegue  
Del cortinaje ostentoso  
De su lecho, un horroroso  
Espectro aguardando está;  
Y en vano cierra los párpados,  
Que bajo forma distinta  
En sus pupilas se pinta  
Mas espantoso quizá.

Mas sobre todos Acuña  
Ante sus ojos se muestra  
Con el báculo en la diestra  
Y en la siniestra el dogal,  
Clamando el buen caballero  
Por la honrosa sepultura  
Merecida á su bravura  
Y á su cetro episcopal.

Y en vano el mal juez le tiende  
Su mirada suplicante,  
Acuña le está delante  
Con gesto amenazador,  
Y al rezo con que el alcalde  
Conjura la sombra santa,

Acuña el dogal levanta  
Que mata con deshonor.

« Mi fama importaba poco,  
« Dice el obispo insepulto,  
« Si el crimen quedara oculto,  
« Menos mi sangre en verdad.  
« Pero ¿no viste, sacrilego,  
« Que habia en mí mas que un hombre,  
« Y que iba unida á mí nombre  
« Mi sagrada dignidad? »

— « No, gritaba el moribundo,  
« No á mi esa cuenta me pidas :  
« La ley cortó vuestras vidas,  
« Acude á quien la dictó.  
« Rebeldes, á muerte fuisteis  
« Condenados, y en conciencia  
« Será injusta la sentencia,  
« Mas no quien la ejecutó. »

— « ¡ No ! reponia la sombra,  
« ¡ Mientes ! si hacerte le plugo  
« Su juez, jamás su verdugo  
« Te nombró el Emperador.  
« ¡ Mientes, sí, dióte la vara  
« Que aunque castiga no humilla.  
« Mas no te dió la cuchilla  
« Ni el dogal infamador !

« Cuando oscilaba mi cuerpo  
« Colgado en el barandage  
« No recibí aquel ultrage  
« De tu rey, sino de tí. »  
Y esto diciendo la sombra  
De Acuña el dogal mostraba  
Y él con la vision luchaba  
Sin ahuyentarla de sí.

« ¡ Huye ! el infeliz decia,  
« ¡ Huye, delirio funesto ! »  
Y con terror manifiesto  
La vista apartaba dél.  
« ¡ Huye ! » escondiendo la cara  
Entre las ropas decia,  
Mas siempre, siempre veia  
El mismo espectro cruél.

En tanto el sol su occidente  
Y el día su fin tocaba,  
Y á largo paso avanzaba  
La noche lóbrega en pos :  
Y al miserable Ronquillo  
Le iba el aliento faltando,  
Cada vez mas escusando  
La memoria de su Dios.

— « La vida es breve é incierta,  
« Morir es negocio grave,

«La hora nadie la sabe,»  
 Le decia el confesor;  
 Mas él, sin oírle casi,  
 La moribunda mirada  
 Tendia desesperada  
 De la puerta en derredor.

—« ¡ Si hubiera, padre, un menguado  
 « De esos doctores, decia,  
 « Que cortara mi agonía  
 « Hasta que viniera el rey,  
 « Le hiciera pesar en oro!...  
 « Mas toda es farsa su ciencia  
 « Y á su orgullosa impotencia  
 « Siempre el mal pone la ley.

« ¡ De qué les sirve el estudio  
 « De esa facultad mentida  
 « Si se les huye la vida  
 « Y vence la enfermedad? »  
 —« ¡ Pensad en Dios, replicaba  
 « Compasivo el religioso,  
 « Buscad, señor, el reposo  
 « En su incierta eternidad! »

Mas el alcalde impaciente,  
 Siempre mirando á la puerta,  
 Su atencion mostraba incierta  
 Entre el rey y el confesor.  
 Deciale este : « Él reparte  
 « Con el justo su corona, »  
 Y él decia : « Su persona  
 « No tuvo adicto mayor.

« ¡ Mas me olvida, cuando siento  
 « Presa mi vida en un hilo  
 « Y él solamente tranquilo  
 « Pudiera hacerme morir! »  
 Y así Ronquillo diciendo  
 Con superstición impía  
 En el rey ¡ necio! ponía  
 Su esperanza y porvenir.

Decia el fraile : « ¡ Habed cuenta  
 Que eso el diablo no os arguya!  
 —Con una palabra suya  
 Me salvo, » decia el juez.  
 Y oraba el buen religioso  
 Por él fervorosamente,  
 Y él murmuraba impaciente  
 Una maldición tal vez.

Al fin abrióse la puerta  
 Y entró por ella embozado  
 Un hombre pálido, armado  
 De una espada y un baston;  
 Sobre cuya negra ropa,  
 De seda á un cordon asido,

De su cuello suspendido  
 Brillar se vía un toison.

Tendió por el aposento  
 Rapidísima mirada  
 Este hombre desde la entrada,  
 Y con perezoso pié  
 Llegó al lecho de Ronquillo  
 Mientras el buen religioso  
 Acercóse respetuoso  
 Blando sitial y se fué.

Sentóse á la cabecera  
 Del juez el recién llegado,  
 Y con aliento apagado,  
 De este modo el juez le habló.  
 A cuyas voces el otro  
 Sus razones esponiendo,  
 Preguntando y respondiend  
 Diálogo tal se entabló :

*El Juez.* Ya, príncipe y señor mío,  
 Cercana mi muerte siento,  
 Pero no es mi sentimiento  
 Mayor el verme morir;  
 No es dejar mi casa y gente  
 Sobre la tierra olvidada,  
 Cuando por vos amparada  
 Sé, señor, que ha de vivir.

Solo una cosa quisiera,  
 ¡ Oh gran señor! demandaros,  
 Y por cuanto hay conjuraros  
 Para obtenerla de vos.

*El Rey.* Sabes, Ronquillo, que siempre  
 Tu amigo mejor he sido,  
 Y sé cuan bien me has servido;  
 ¡ Prémiete en la gloria Dios!

Cuanto por ello me pidas  
 Mi amistad te lo dispensa,  
 Con tal que no sea ofensa  
 Del Señor; concluye pues.

*Ronquillo.* Es una bondad que aguardo  
 De tan magnánimo pecho.

*El Rey.* Ronquillo, dalo por hecho :  
 Mas acaba, di lo que es.

*Ronquillo.* Oídme, señor; yo espiro  
 Aunque pecador, en calma :  
 Solo me atormenta el alma  
 Un peso que solo vos  
 Podeis quitarme : la muerte  
 Del obispo de Zamora.  
 La muchedumbre traidora  
 No temo, que le fué en pos.

No, aquella chusma rebelde  
 Murió á las leyes conforme,  
 Yo di á vuestro padre inforzue  
 De cuantas sentencias di :

Mas la de Acuña me aflige,  
 Librarme de ella deseo,  
 Que por todas partes veo  
 Aquel obispo ante mí.

Si vos, señor, compasivo,  
 De mi conciencia en descargo  
 Quisiérais tomarla á cargo,  
 De vuestro padre en lugar,  
 Yo descansado muriera :  
 Porque vuestro padre al cabo  
 Mandó á Padilla y á Bravo  
 Y á los rebeldes matar.

Y yo, señor, en Acuña  
 Su ley imperial cumplía,  
 Pues probé su rebeldía  
 Y le sentencé por tal.

Y así diciendo el alcalde  
 Que alentaba con trabajo,  
 Miró al rey, que cabizbajo  
 Meditaba en su sitial.

¡ Miseria humana! aquel hombre  
 Que por su ciencia y sus leyes  
 Aconsejaba á los reyes  
 Y se aconsejaban de él,  
 Supersticioso y fanático  
 Quiso á otro hacer responsable  
 De lo que él solo culpable  
 Obró, sin culpa de aquel.

Mas vió con gran desconsuelo  
 Que allí, en la ocasion mas crítica  
 Le abandonó su política  
 Que aun con Dios quiso emplear :  
 Porque el rey, muy compungido  
 De no complacerle en esto,  
 Le dijo con grave gesto  
 Y voz tierna de escuchar :

— « Hijo mio : tú no puedes  
 Concebir el sentimiento  
 Que tengo en este momento  
 Por no poderte servir :  
 Mas si tomase á mi cargo  
 Lo que mi padre pecara,  
 Dios me lo echaría en cara,  
 Y ¿qué le iba yo á decir?

Responderle no podría  
 De lo que yo no supiera,  
 Y Dios condeñar me hiciera  
 En vuestro lugar á mí.  
 Harto hará cada nacido  
 En responder de lo suyo :  
 Carga tú pues con lo tuyo,  
 Y hable mi padre por sí.

Que si sus órdenes régias  
 Como te las dió cumpliste,  
 Tu deber, Ronquillo, hiciste,  
 Y no hay porque recelar.  
 Mas si á tu interés miraste,  
 Sus órdenes escediendo,  
 Que injusto es por ello entiendo  
 Al Emperador culpar. »

Y así diciendo con calma  
 Al alcalde moribundo,  
 Salió Felipe Segundo  
 De allí con rápido pié.  
 Y era este alcalde sin duda  
 Hombre de grande importancia,  
 Cuando hasta su misma estancia  
 Felipe Segundo fué.

Desde este fatal momento  
 Y desde oyó tal respuesta,  
 Fué la inquietud manifiesta  
 Del desconsolado juez :  
 Y á su confesor llamando  
 Para acallar su conciencia,  
 Acudió la penitencia  
 Humillando su altivez.

Al fin con señales santas,  
 Y cristianos pensamientos,  
 Recibió los sacramentos,  
 Nombró heredero, y murió.  
 Y con suntuoso aparato  
 Y gran pompa se asegura  
 Que le dieron sepultura  
 Bajo un altar que él dotó.

Y á ver su tumba de mármol  
 En labores esquisita  
 Y la riqueza inaudita  
 Del recamado tapiz  
 Con que colgaron la iglesia  
 Desde el suelo á la techumbre,  
 En espesa muchedumbre  
 Acudió Valladolid.

### III.

Era la noche del siguiente día  
 En que murió Ronquillo :  
 El túmulo en la iglesia todavía  
 Se alzaba, aunque entre mármoles yacia  
 Su cuerpo ya, y sus honras encargadas  
 A los severos padres franciscanos  
 Estaban con gran pompa preparadas.  
 Del mismo rey por cuenta  
 Celebrarse debían  
 Y sin duda serían  
 Magnífica funcion, cosa opulenta :

Pues era justo que quien tanto ruido  
 En el mundo mortal metió viviendo  
 A la mansion bajase del olvido  
 Con pompa, con escándalo y estruendo.  
 Un monge reverendo,  
 De edad provecctá y elocuencia suma,  
 La fúnebre oracion tomó á su cargo,  
 En que saliera voluntad poniendo  
 Obra maestra de su docta pluma.  
 Tomó pues en la oscura biblioteca  
 Ancho sillón de suspendido cuero,  
 Mesa espaciosa con papel no escaso,  
 Volúmenes traídos para el caso,  
 Peñola blanda, y colosal tintero.  
 Ojeó á san Agustín y á san Crisóstomo,  
 Y trajo á su memoria  
 De sagrada oratoria  
 Cien sublimes y clásicos modcos,  
 No sin costarle las ideas santas  
 Dentelladas de uñas unas cuantas,  
 Y alguno que otro refregon de pelos.  
 Y así á veces el techo contemplando,  
 Leyendo á veces lo que estaba escrito  
 Con voz tan alta que rayaba en grito  
 Y períodos á veces murmurando;  
 Y en el hondo sillón arrellanándose  
 Unas borrando y otras añadiendo,  
 El bendito sermon iba saliendo.  
 Y ya el buen fraile el parabien se daba,  
 Notando que al epilogo llegaba,  
 Repasando renglones por renglones,  
 Descuidados conceptos y oraciones,  
 Limando sus períodos inconcusos,  
 Mezquinos ó confusos;  
 Cuando dió de repente en sus oídos  
 Tremendo són de silbos y cadenas,  
 Y horroroso concierto de alaridos  
 Que la sangre de horror heló en sus venas.  
 Huyósele la pluma de las manos,  
 Borrósele el sermon de ante la vista  
 Al són de aquellos gritos sobrehumanos  
 Y aquella serenata no prevista.  
 Los ojos con pavor clavó en la puerta,  
 Trémulo el corazón, roto el aliento  
 En la boca entreabierta,  
 Sin fé esperando su postrer momento.  
 Y entre tanto el estrépito crecía  
 Y mas á cada punto se acercaba  
 Y mas horrendo cada vez se hacia  
 Y cada vez mas próximo sonaba.  
 Ya semejaba del airado trueno  
 El repentino y cóncavo estampido:  
 Ya de desolacion íntima lleno,  
 Largo, medroso y lúgubre gemido;  
 Ya por el ronco vendabal sin freno  
 Ancho y voraz incendio sacudido,  
 Y ya el fragor de la borrasca fiera  
 Con que la mar retumba en la ribera.

Giró la puerta al fin sobre sus gonces  
 Y dió paso su hueco á un enlutado  
 Que entró sin ceremonia y escoltado  
 Por multitud de incógnitas figuras  
 Fantásticas y feas,  
 A cuyas repugnantes cataduras  
 Daban color sus azufradas teas.  
 Quedóse el pobre fraile anonadado,  
 Y encomendando á Dios su alma medrosa  
 Ante la negra aparicion postrado  
 Cayó humilde de hinojos,  
 Lleno de miedo el corazón menguado  
 Y de cobardes lágrimas los ojos.  
 Y el incógnito, viendo tal postura,  
 Dijole con voz dura :  
 « No dobles insensato la rodilla  
 « Al mas ínfimo sér que alienta y sufre  
 « Y ante la cruz de tu sayal se humilla.  
 « Levanta, miserable, de la tierra  
 « Y guía á la capilla  
 « Dó yace el cuerpo del maldito alcalde,  
 « Que para tu sermon lo que allí veas  
 « No te será por Dios párrafo en balde. »  
 En vano el monge conjurar quisiera  
 La aparicion con la palabra santa  
 De oracion eficaz : inútil era  
 Su esfuerzo y voluntad, ni una siquiera  
 Pudo el triste arrancar de su garganta.  
 Trémulo y cabizbajo echó delante  
 De la turba infernal que silenciosa  
 Caminaba tras el poco distante,  
 Hasta dar en la iglesia tenebrosa.  
 Por bajo de sus arcos ogivales  
 Pasaron lentamente en dos hileras  
 Aquellas cien fantasmas infernales,  
 Sin que en el templo cóncavo crujiesen  
 Sus misteriosas huellas,  
 Sin que sus sombras proyectar se viesen  
 Sobre los muros, desprendidas de ellas.  
 La luz iluminaba  
 Sus contornos tal vez, mas su figura  
 No oponía á la luz compacta oscura  
 Su masa corporal : la luz en torno  
 No se estendía, no, de su contorno,  
 Que el reflejo su cuerpo traspasaba.  
 Vacilaba su forma á cada paso  
 Como se ve variar la de un objeto  
 Cercado de agua y á través de un vaso,  
 Y parecia que era solamente  
 Cada figura un árido esqueleto  
 Que con cuerpo aparente  
 Su desnudez disimular queria  
 Mas dar con la apariencia no podia.  
 Así llegaron del alcalde muerto  
 A la tumba ostentosa,  
 Dó escribieron en vano : « Aquí reposa. »  
 Pues tomando al morir un rumbo incierto,  
 De la horrorosa duda

Entró su alma inmortal en el desierto.  
 Cercó la turba el féretro, y la losa,  
 De su gefe á la voz dócil girando,  
 De Ronquillo mostró la pavorosa  
 Figura; á cuya vista el negro bando  
 De espíritus que el féretro cercaba  
 Rugió iracundo al contemplar su presa,  
 Cual de la suya en torno en noche oscura  
 De cuervos roncós la bandada espesa.  
 El enlutado entonces, que mostraba  
 Autoridad entre ellos, la voz fiera  
 Alzó en un pergamino que llevaba,  
 Leyendo en torva voz de esta manera:  
 «Mirando los pecados infinitos  
 «Con que manchó su vida y su conciencia  
 «El alma de este juez, y sus delitos  
 «No mereciendo de su Dios clemencia,  
 «Y en la balanza igual de su justicia  
 «Pesando mucho mas que su inocencia  
 «La venganza, el orgullo y la avaricia,  
 «Al cuerpo infame el Hacedor sentencia  
 «Con el alma á sufrir males eternos  
 «Por una eternidad en los infiernos.»  
 Y á estas palabras la infernal caterva,  
 Del vil cadáver con furor asiendo,  
 Iba á ensayar en él venganza acerba  
 Con ira horrible y tronador estruendo,  
 Cuando á la voz de Satanás cediendo,  
 El tumulto feroz, el triste monge  
 Que el juicio eterno á su pesar veía  
 Desta manera oyó que le decía:  
 «Refiere tú en el púlpito mañana  
 «Lo que has visto esta noche, y quien osare  
 «Dudar de esta justicia soberana  
 «Que en este muro nuestra huella vea  
 «Y ante esta marca se horrorice y crea.»

Y así diciendo con su negra mano  
 En la pared trazó círculo oscuro  
 Y un fuego roedor en polvo vano  
 Trocó la piedra del macizo muro.  
 Y soplando despues en la pavesa,  
 Por el ancho y mefítico agujero  
 Huyeron los fantasmas con su presa,  
 Huella indeleble su espantoso bando  
 En el tostado boqueron dejando.

Quedó aterrado el santo religioso  
 Al pié de la vacía sepultura,  
 Mirando por el aire nebuloso  
 Veloz huir la aparición impura;  
 Hasta que al cabo de terror transido  
 Desfalleció sin voluntad ni aliento  
 Y cayó sin sentido  
 Al desgarrarse airado el firmamento  
 De un trueno con el cóncavo estampido.

Brotó la tempestad: rompió el nublado  
 Su henchido vientre, y con fragor crujieron  
 El rayo de las nubes desatado

Y el granizo con furia desgajado  
 Que el paso audaz del huracan siguieron.  
 Al iracundo estrépito inaudito  
 Estremeciósela ciudad dormida,  
 Tal vez creyendo que la humana vida  
 Tocaba con su término prescrito:  
 Y al desórden ignoto  
 Que vió desbaratar los elementos  
 Tembló el malvado y se humilló el devoto,  
 Vueltos á Dios sus torpes pensamientos.

Y diz que al otro dia  
 Todo Valladolid se despoblaba  
 Y la tumba vacía  
 A contemplar venia,  
 Y viendo el boqueron se santiguaba;  
 Porque en su Dios la multitud creía  
 Y á su Dios adoraba...  
*¡No era cual hoy la multitud impiat*

Perdona, ¡oh buen lector! si en un esceso  
 De humor fatal con tan oscura tinta  
 Pude contarte tan atroz suceso;  
 No siempre alegre nuestra pluma tinta  
 De ciego amor el voluptuoso alago,  
 El bullicio del circo y los estines,  
 De blancos sueños el tumulto vago  
 Y el aroma del templo y los jardines.  
 No siempre paz el corazon respira,  
 Placer, y delicioso arrobamiento,  
 Ni siempre uena en mi cansada lira  
 Del placer y el amor el grato acento.

Tal es la tradicion: así la cuenta  
 El pueblo por dó quier, y así la escribo;  
 Si como está, lector, te descontenta,  
 Tu juicio al fin con humildad recibo.  
 Y en fé de que te escucho y te respeto  
 Relacion esmerada y esquisita  
 A la vuelta de esta hoja te prometo;  
 Desagraviéte pues mi FAVORITA.

## LEYENDA SESTA.

### LAS PILDORAS DE SALOMON,

CUENTO.

Vivia en cierto lugar  
 De la Estremadura un juez,  
 De ir llegando á la vejez  
 Con grandísimo pesar.

Era el tal un hombre obeso,  
 De gran nariz, buen color,

Formidable bebedor...  
Hombre en fin de mucho seso.

Hombre á quien nunca ablandaron  
Las desventuras mayores,  
Ni las palabras mejores  
Crédito con él lograron.

Hombre de peso y medida  
Que por los dedos contaba,  
Pero que no equivocaba  
Número alguno en su vida.

Juez tan recto y justiciero  
Que tendió con gran pericia  
La izquierda á la justicia  
Y la derecha al dinero.

Y así solía decir :  
« El que dinero no tenga  
« Que no litigue, ni venga  
« Justicia mía á pedir.

« Porque si hacerla es mi oficio,  
« No he de ser tan majadero  
« Que no sea yo el primero  
« Que goce su beneficio. »

Y con este parecer  
Y con tan sana opinion  
Era el oro su razon,  
Su porvenir el placer.

Vivir bien era su afán,  
Vivir y gozar sin tasa,  
De modo que era en su casa  
No el señor, sino el sultan.

No se escaseaba delicias,  
Ni se negaba placeres,  
Y su mesa y sus mugeres  
Fruto eran de sus justicias.

Egoísta hasta lo sumo,  
Voraz por naturaleza,  
Y de una rancia nobleza  
Embriagado con el humo,

Era este juez (sin rodeos)  
Un ricote de lugar  
Que nunca pensó en tasar  
Su ambición, ni sus deseos.

Tan satisfecho y casado  
Con sus propias opiniones  
Como asido á los doblones  
Que le sudaba el juzgado,

Jamás pensó en su egoísmo,  
Que mirar por los demás

Debia, ni vió jamás  
A nadie como á sí mismo.

Jamás su opipara mesa  
Parásitos asaltaron,  
Ni sus sentencias fallaron  
Sino en razon de la presa.

Con mas razon litigaba  
Quien mas ofrenda esponia,  
Y mejor causa tenia  
Quien mejor se la pagaba.

Tal era, amigo lector,  
Este golilla estremeño,  
Que alcanzaba mucho empeño  
En la corte, y gran favor.

Pues poderosa le auxilia  
Por su gran prianza en ella  
Una negocianta bella  
Allegada á su familia.

Mas es tan frágil, tan vana  
La felicidad terrena  
Que toda nos la envenena  
La desazon mas liviana.

Gozaba este juez sin tino  
Sin mas bien, ni porvenir,  
Dejándose en brazos ir  
De su pródigo destino;

Mas habla un pensamiento  
En su cabeza empotrado  
Que le tenia agobiado,  
Desabrido y mal contento.

La idea de que *tan poco*  
*La vida mortal duraba*  
Era cosa con que andaba  
El buen estremeño loco.

Pensar que al fin era ley  
Imposible de evitar  
La existencia abandonar  
Lo mismo el patán que el rey,

Y pensar que en un grosero  
Sayal áspero enterrado,  
Había de ser pateado  
Por algun sepulturero,

Era un pensamiento cruel  
Que afanado le traía,  
Y apechugar no podía  
El estremeño con él!

Continuamente al espejo  
El semblante se miraba,

Sobre la edad que mostraba  
Demandándole consejo.

Y porque de sus cabellos  
No hubiese blanco ninguno,  
Arrancaba uno par uno  
Cuantos encontraba entre ellos.

Y en fin, si medio le hallara  
De vivir un año mas,  
Aun del mismo Satanás  
Las propuestas escuchara.

Consiguiente á esta manía  
De tropezar con manera  
Para hacer mas duradera  
La vida mortal, tenía

Con solo un hombre amistad,  
Y esta amistad era un médico,  
Cronicon enciclopédico  
De su oscura facultad.

Amigo de las botellas  
Como el golilla, testigo  
De sus proezas, y amigo  
Por demas de las doncellas,

Era el único mortal  
Que osaba delante de él  
Representar su papel  
Sin que él lo llevase á mal.

Él era quien de las multas  
Cargaba con el producto  
Por el seguro conducto  
De sus continuas consultas.

Y con su docto consejo  
Y acertadas opiniones  
Gastaba el juez sus doblones  
Para no llegar á viejo.

Y así la melancolía  
De la vida iban matando,  
En la noche prolongando  
Las bacanales del día.

Y así contentos los dos,  
Aunque con diversos fines  
Con récipes y festines  
Iban del placer en pos.

El médico, del golilla  
Imperturbable verdugo,  
Iba sacándole el jugo  
Del juzgado á maravilla;

É iba creyéndose el juez  
Que con remedios tamaños

Iba alargando los años  
Y esquivando la vejez.

—  
Es una noche de marzo  
Turbia por demas y lóbrega,  
En que con ira los vientos  
Desencadenados soplan.  
Desiertas están las calles  
De Medellin, y en la sombra  
Todo solitario yace,  
Todo tranquilo reposa.  
Solo el silencio interrumpe  
La voz destemplada y bronca  
Del ábrego que se estrella  
Contra las murallas sólidas  
Y el ágrío són con que giran  
En las agujas mohosas  
Las veletas al impulso  
De las ráfagas sonoras.  
Era ya tarde y estaba  
La media noche muy próxima,  
Cuando en la casa postrera  
De una callejuela angosta,  
Se oyeron voces confusas  
De diferentes personas  
Que del portal se acercaban  
Por la cavidad recóndita.  
Brilló la luz de la puerta  
Por entre las tablas rotas,  
Giró la llave y salieron  
Cinco hombres en faz de ronda.  
Llevaba el uno delante  
Encendida una farola  
Con que alumbraba los pasos  
De otro que, á distancia corta,  
Le seguia, y los demas  
Daban á este último escolta  
Embozados en sus capas  
Y asidos á sus tizonas.  
Cruzaban así á buen paso  
Las calles una tras otra  
Y ya tocaban al término  
De su marcha silenciosa,  
Cuando al salir á una plaza  
Dieron de manos á boca  
Con la figura de un hombre  
Que la cruzaba á deshora.  
Su aventajada estatura,  
Serena y magestüosa,  
Su tez y su barba negra  
Y el traje con que se adorna  
Su oriental origen pronto  
Y á claras voces pregonan.  
Mas no era de Medellin  
La gente en trajes muy docta  
Y así se quedó un momento  
Ante esta vision atónita

« ¿ Quién va ? dijeronle.  
 — Un hombre.  
 — ¡ Buena razon !  
 — No tengo otra.  
 — ¿ Vuestro nombre ?  
 — Es un secreto  
 Que á mí tan solo me importa.  
 — ¿ De dónde venis ?  
 — Del mundo.  
 — ¿ Dónde vais ?  
 — Dónde me arroja

El impulso á que obedezco :  
 Mi rumbo es la tierra toda.  
 Por ella camino siempre  
 Sin consultar mi derrota.  
 Donde amanece principia,  
 Donde anochece se corta,  
 É igualmente me cobijan  
 El alcázar y la choza. »

Quedó el juez meditabundo,  
 Y con sus miradas torvas  
 Tomando del estrangero  
 Las señas mas minuciosas.  
 Y al fin como quien sospecha  
 Idéntica la persona  
 Con las señales que tiene,  
 Repuso con voz de mofa :  
 « Venios, señor viajero,  
 A la cárcel por ahora,  
 Y aclararemos mañana  
 Respuestas tan misteriosas.  
 — Solo la verdad he dicho  
 Y no añadiré otra cosa.  
 — Mañana habeis de contarme  
 Sin rebozo vuestra historia,  
 Y si me engaño ireis libre,  
 Si sois quien busco á la horca. »  
 A esta amenaza el incógnito  
 Con sonrisa melancólica  
 Dijo : « ¡ Si fuera posible  
 Esa promesa engañosa !  
 — Ya lo veremos mañana.  
 — Mañana, ¡ ay ! saldrá la aurora  
 Y á otros lugares la brisa  
 Me arrebatará imperiosa.  
 — Eso será lo que sea  
 Vuestra merced.

— En buen hora.

— Ea, asidle y registrarle,  
 Y prevenir que no esconda  
 Papel ni objeto que aclare  
 Su relacion sospechosa. »

—  
 De la mañana siguiente  
 Rayaba la aurora apenas,  
 Y ya el juez de Medellin,  
 Asentado ante su mesa,

Con ojos devoradores  
 Registraba una cartera,  
 Que en su pupitre tenia  
 Cuidadosamente puesta.  
 Era un libro de memorias,  
 Mas de tan antigua fecha  
 Que ya de usarlas andaban  
 Todas sus hojas revueltas.  
 Veíase que añadido  
 Estaba en distintas épocas,  
 Segun el papel menguaba  
 Y crecia la materia.  
 Y era indudable que el dueño  
 Conocia muchas tierras,  
 Muchas distintas costumbres  
 Y muchas gentes diversas.  
 Porque en sus hojas se hallaban  
 Corolarios y advertencias  
 De los sucesos mas célebres  
 Que en las historias se cuentan.  
 En seis hojas de papiro  
 Escrita en latinas letras,  
 Estaba de Marco Antonio  
 Toda la historia secreta,  
 Su amor hácia Cleopatra,  
 Las lágrimas de la bella,  
 Su fuga de los Romanos  
 Y su muerte lastimera.  
 Mas adelante unas notas,  
 De oscuras cifras hebreas,  
 Con una imágen de Cristo,  
 Obra de mano maestra.  
 Leíase en una parte :  
 « Y oí de su boca mesma  
 Decir esto á Constantino  
 De su madre santa Elena. »  
 En otra parte decia :  
 « Copia de las cifras negras  
 Con que escribió en una gruta  
 David su salmo cincuenta.  
 Hizomelas ver su hijo  
 Cuando visitó esta cueva  
 Donde iba el Rey pecador  
 A cumplir sus penitencias. »  
 Y eran unos caractéres  
 Inteligibles apenas.  
 Leíase en otra hoja :  
 « En mil trescientos setenta  
 De Don Pedro de Castilla,  
 En Burgos vi las exequias. »  
 En otra parte una página  
 De preguntas y respuestas,  
 De el rey Luis Once de Francia  
 Y el dueño de la cartera.  
 Aquí variaba el papel,  
 Y con pluma mas moderna  
 La escritura ejecutada  
 Leíase toda entera.

Habia allí muchas firmas  
 De personas de gran cuenta,  
 De Luis Catorce de Francia,  
 De Ricardo de Inglaterra,  
 Del emperador Don Carlos  
 De Alemania, y en pos de esta  
 La del cardenal Cisneros  
 Y Carlos Doce de Suecia.  
 Parecía que aquel hombre  
 Sabía todas las lenguas,  
 Pues notas tenía escritas  
 De su mano en todas ellas.  
 Y era muy sabio sin duda,  
 Pues las artes y las ciencias  
 Igualmente sometía  
 A su crítica severa.  
 Pasaba el juez muchas hojas  
 Que probablemente eran  
 Aquellas que no alcanzaba  
 Su mezquina insuficiencia :  
 Pero con ansia indecible  
 Se apoderaba de aquellas  
 Que escritas en castellano  
 Suministrábanle ideas.  
 Sobre todo ávidamente  
 Devoraba las postreras,  
 Que estaban la mayor parte  
 De historias y versos llenas.  
 Muchas habia de insignes  
 Desconocidos poetas,  
 De quien por mas que valieron  
 Huyó la fortuna adversa.  
 Mas siempre del juez dejaba  
 La imaginacion incierta  
 Cuanto en las hojas leía  
 De la confusa cartera,  
 Porque, esparcidos á trozos  
 En desordenadas piezas  
 Sus misteriosos fragmentos,  
 Decían de esta manera :

## PRIMER FRAGMENTO.

Jamás me pararé : siempre á mis ojos  
 Se estiende y á mis piés algun camino.  
 Por breñas, por pantanos, por abrojos  
 Sin término vagar es mi destino.

He corrido sin ver por todo el mundo  
 Mas que miseria, ingratitud y dolo,  
 He sentido tal vez duelo profundo  
 Por falta de un hermano vagabundo  
 Con quien girar... pero mejor voy solo.

Que en esa farsa insensata,  
 Esa órgia que llaman mundo,  
 Al plomo apellidan plata

Y madre á la tierra ingrata  
 Y hermosura al cieno inmundo.

Y si es que brilla en el cielo  
 Tan magnífico farol,  
 Es porque, en vez de consuelo,  
 Reverberando en el suelo  
 Los ojos deslumbra el sol.

## SEGUNDO FRAGMENTO.

El mundo dijo á la hermosa :  
 « Puro tu honor guardarás. »  
 La hermosa dijo : « Soy débil. »  
 Y entonces la sociedad  
 Encerró el honor en claustros,  
 Y dorando su desman  
 Delante de los cerrojos,  
 Alzó traidora un altar.  
 ¿Qué debes, muger, al mundo?  
 Guardó tu honor, bien está,  
 Pero por darte la honra  
 Te robó la libertad.  
 Ciñó á tu cuello una toca  
 Que fué para ti un dogal,  
 Que en vez de ahogar tus pasiones  
 Te las hizo acariciar.  
 Puso á tus puertas un templo,  
 Un muro entre la ciudad,  
 Celosias en las rejas,  
 Locutorios para hablar :  
 Y tú en tu largo abandono,  
 Con descuido criminal,  
 Profanaste el santo templo,  
 El muro pasaste audaz,  
 El mundo á las celosias  
 Te sentaste á contemplar,  
 Y abriste apenada tornos  
 Que al mundo van á llevar  
 En primorosos juguetes  
 Los suspiros de tu afán.

## TERCER FRAGMENTO.

¿Qué quieren esas nubes que con furor se  
 agrupan  
 Del aire trasparente por la region azul?  
 ¿Qué quieren cuando el paso de su vacío  
 ocupan  
 Del zénit suspendiendo su tenebroso tul?

¿Qué instinto las arrastra ? ¿qué esencia  
 las mantiene?  
 ¿Con qué secreto impulso por el espacio van ?  
 ¿Qué sér velado en ellas atravesando viene  
 Sus cóncavas llanuras que sin lumbrera  
 están?

¡Cuán rápidas se agolpan! cual ruedan y se ensanchan

Y al firmamento trepan en lóbrego monton,  
Y el puro azul alegre del firmamento manchan

Sus misteriosos grupos en torva confusion!

Resbalan lentamente por cima de los montes,

Avanzan en silencio sobre el rujiente mar,  
Los huecos oscurecen de entrambos horizontes,

El orbe en las tinieblas bajo ellas va á quedar.

La luna huyó al mirarlas; huyeron las estrellas :

Su claridad escasa la inmensidad sorbió;  
Ya reinan solamente por los espacios ellas;  
Dó quier se ven tinieblas, mas firmamento no.

En vano nuestros ojos se afanan por hallarle  
Del tenebroso velo que le embozó detrás,  
Que cuanto mas los ojos se empeñan en buscarle,  
Se esconde el firmamento de nuestros ojos mas.

¡Las nubes solamente! — ¡Las nubes se acrecientan

Sobre el dormido mundo! — ¡Las nubes por dó quier!

A cada instante que huye la lobreguez aumentan,

Y se las ve en montones sin límites crecer.

Ya montes gigantescos semejan sus contornos

Al brillo de un relámpago que aumenta la ilusion :

Ya de volcanes ciento los inflamados hornos:  
Ya de movibles mónstruos aligeros escuadron.

Ya imitan apiñadas de los espesos pinos  
Las desiguales copas y el campo desigual :  
Ya informes pelotones de objetos peregrinos  
Que mudan de colores, de forma y de local.

¿Qué brazo las impele? ¿qué espíritu las guía?

¿Quién habla dentro de ellas con tan gigante voz

Quando retumba el trueno y cuando va brarugiendo por su vientre la tempestad veloz?

Acaso en medio de ellas á visitar los mundos  
El Hacedor supremo del universo va, [dó  
Y envuelto en sus vapores sus senos mas profundos

Estudia y sus cimientos por sí caducan ya.

Acaso de su carro tras la viviente rueda  
Con impotente saña caminará Luzbel,

Y porque allí cegarle su resplandor no pueda  
Agolpará esas nubes entre su gloria y él.

Y acaso alguna de ellas será la formidable  
Que circundó la cumbre del alto Sinaí,  
En tanto que el ardiente misterio impenetrable

Que iluminó al profeta se fermentaba allí.

Acaso será alguna la que vertió en Sodoma  
En inflamadas fuentes la cólera de Dios :  
Acaso sea alguna la que en los mares toma  
Las aguas de un diluvio que la acompaña en pos.

¡Señor, yo te conozco! la noche azul, serena,  
Me dice desde lejos : « Tu Dios se esconde ALLÍ. »

Pero la noche oscura, la de nublados llena,  
Me dice mas pujante : « Tu Dios se ACERCA A TÍ. »

Te acercas, sí; conozco las orlas de tu manto  
En esa ardiente nube con que ceñido estás;  
El resplandor conozco de tu semblante santo  
Cuando al cruzar el éter relampagueando vas.

Conozco, sí, tu sombra que pasa sin colores  
Detrás de esos nublados que vogan en tropel;  
Conozco en esos grupos de lóbregos vapores  
Los pálidos fantasmas, los sueños de Daniel.

Conozco de tus pasos las invisibles huellas  
Del repentino trueno en el crugiente són,  
Las chispas de tu carro conozco en las centellas,

Tu aliento en el rugido del rápido Aquilon.

¿Quién ante tí parece? ¿quién es en tu presencia

Mas que una arista seca que el aire va á romper?

Tus ojos son el dia; tu sopro es la existencia:  
Tu alfombra el firmamento : la eternidad tu sér.

¡Señor! yo te conozco, mi corazón te adora:  
Mi espíritu de hinojos ante tus piés está;  
Pero mi lengua calla, porque mi lengua ignora  
Los cánticos que llegan al grande Jehová.

Palomas de los valles, prestadme vuestro arrullo;

Prestadme, claras fuentes, vuestro gentil rumor;

Prestadme, amenos bosques, vuestro feliz murmullo;

Y cantaré á par vuestro la gloria del Señor.

Si su hálito llegara al arpa del poeta,  
Si á mí, Señor, bajara tu espíritu inmortal,  
Mi corazón henchido del fuego del profeta  
Cantara, y no tuvieran sus cánticos igual.

Mi voz fuera mas dulce que el ruido de  
las hojas  
Mecidas por las auras del oloroso abril,  
Mas grata que del Fénix las últimas congojas,  
Y mas que los gorgeos del ruiseñor gentil.

Mas grave y magestuosa que el eco del  
torrente  
Que cruza del desierto la inmensa soledad,  
Mas grande y mas solemne que sobre el mar  
hirviente,  
El ruido con que rueda la ronca tempestad.

¡Mas ay! que solo puedo postrarme con  
mi lira  
Delante de esas nubes con que ceñido estás,  
Porque mi acento débil en mi garganta espira  
Cuando al cruzar el éter relampagueando vas.

Tu espíritu infinito resbala ante mis ojos,  
Yaunque mi vista impura tu aparicion no ve,  
Mi alma se estremece, y ante tu faz de hinojos  
Te adora en esas nubes mi solitaria fé.

#### CUARTO FRAGMENTO.

Cuando sentí de tus ojos  
Las miradas sobre mi,  
Humildemente de hinojos  
Ante tus plantas caí.  
Señor, tu soplo me impele,  
Tu voz me sigue detrás,  
No hay nadie que me consuele  
Ni me conozca jamás.

Muchos siglos viví, mas no envejezco,  
Cada noche ¡ay de mí! que oscura cierra,  
Imagino que es mi última en la tierra,  
Mas con el nuevo sol siempre amanezco.

Aquí perdió los estribos  
El buen juez, y empezó á dar  
Furiosos campanillazos,  
Con desatinado afán.  
« ¡Jesus mil veces! decía,  
Si no lo comprendo mal,  
Este hombre ha vivido siglos  
Sin envejecer jamás.  
Ya dí con lo que buscaba.  
¡Voto vá Dios! aquí está :  
Este hombre tiene un secreto  
Con que obra prodigio tal,  
Y como instantes los años  
Dulcemente se le van.  
De qué modo se compone  
Para hacerlo me dirá,  
O por quien soy que esta noche

Con Lucifer va á cenar.  
¡Lo hemos de ver á fé mia!  
¡Lorenzo! ¡Justo! ¡Damian!  
— ¡Señor!

— El preso de anoche  
Idme corriendo á buscar,  
Y á mi presencia traedle  
En diez minutos lo mas. »

Hizose así, y tan á tiempo  
Que, este plazo al espirar,  
Con el estrangero á solas  
El juez se encontraba ya.

—  
*El Juez.* De este lugar no salís  
Mientras no sepa de vos  
Vuestra edad, pátria y oficio,  
Qué buscais aquí y quién sois.  
Responded pues francamente.

*El Estrangero.* Ya os dije anoche, señor,  
Que es un misterio mi nombre  
Que á no descubrirle yo  
No hay quien le alcance en la tierra  
Ninguna interpretacion.  
Yo voy sin fin caminando  
De la tierra enderredor,  
Sin poder elegir sitio  
En que fijar mi mansion.  
Llego á poblado de noche,  
Descanso hasta el nuevo sol,  
Pero al despuntar el alba  
« ¡Marcha! » me dicen, y voy.  
En vano el poder del hombre,  
Su capricho ó su temor  
Torcer intentan el rumbo  
Que el cielo me señaló.  
En vano, á necias sospechas  
Abriendo su corazon,  
En un lugar como espía,  
En otros como traidor,  
Asegura mi persona  
En una oscura prision,  
Y ata mis piés fatigados  
En un potro infamador.  
Yo sé que á la nueva aurora  
Volveré á oír esa voz  
Que siempre me grita « ¡Marcha! »  
Y á cuyo mandato voy;  
Y entonces todo es inútil,  
El torbellino veloz  
De mi destino á otra parte  
Me arrastra sin compasion.  
Este es mi oficio y mi suerte,  
Mi sér es este, señor.  
No pretendais saber mas  
De lo que os digo.

*El Juez.* ¡Eso no!  
En vano inventa tu lengua  
Tan insensata ficcion.  
Pese á ese fatal destino  
Que dices llevarte en pos,  
Si á mis preguntas te niegas,  
Tu fin verdadero es hoy.

*El Estrangero.* Las amenazas no pueden  
Torcer mi resolusion;  
Mas ya que es tanto el antojo,  
Preguntad.

*El Juez.* ¿De dónde sois?

*El Estrangero.* De Jerusalem.

*El Juez.* ¿Qué años  
Contais?

*El Estrangero.* Veinte y dos  
Siglos lo menos.

*El Juez.* ¡Es cierto  
Lo que decís! con que vos  
Que contais veinte y dos siglos...  
Mas me falta la razon.

¡Hablad, hablad, explicadme  
Ese misterio por Dios!  
Yo he visto en esa cartera  
Que habeis llorado el dolor  
De caminar siempre solo  
Estraño á toda aficion.  
Pues bien, del secreto hacedme  
Partícipe, y por mi honor  
Os juro que desde ahora  
Vuestro compañero soy.

*El Estrangero.* ¡Oh delirais! mas oidme  
Toda mi historia, señor.  
Yo he sido el mejor amigo  
Del sabio rey Salomon.  
(Y al escuchar esto el juez  
Dos pasos retrocedió,  
Y así siguió el estrangero  
Sin notar su conmocion.)  
Cuando aquel rey descarriándose  
A los vicios se lanzó,  
Y vió de su muerte cierta  
El gesto amedrentador,  
Me dijo : « Abasuerdo, en prueba  
« De que aun en mi corazon  
« Vive tu amistad ilesa,  
« A hacerte una ofrenda voy.  
« Mezcla lo que ves escrito  
« En esa tablilla, pon  
« Esa receta por obra  
« Y vivirás mas que yo.  
« Eso ha alcanzado mi ciencia,  
« Mas con la cruel condicion,  
« De que ha de gozar otro hombre  
« Su beneficio, y yo no.  
« Tú solo no has olvidado  
« A tu rey : toma, y á Dios. »  
A estas palabras el alma

Entre mil congojas dió  
Mirad, con esta receta  
Hice yo la confeccion  
De estas pildoras que llevo  
En esta caja : y con dos  
Que tomo cada cien años  
Otros cien años me doy.  
Oid sin interrumpirme,  
Que hay poco tiempo, señor  
Yo ¡necio! con mi secreto  
Volvime duro, feroz,  
Hiceme en fin un malvado  
De perversa condicion.  
Vivia en Jerusalem  
Al morir el Redentor,  
Y al conducirle al suplicio  
En que la vida nos dió,  
Lleváronle por delante  
De mi casa, y al rumor  
De los gritos y el tumulto  
Del pueblo, salí al balcon.  
Tendíome Jesus las manos,  
Pidiéndome por favor  
Un vaso de agua, y un punto  
De reposo y detencion.  
« Marcha (le dije inhumano  
Y con ademan feroz),  
« Vé sin descansar al sitio  
« Que la ley te señaló. »  
Entonces él con voz mansa,  
Mas que me heló el corazon,  
Me dijo : « Tú tambien, bárbaro,  
« Andarás en derredor  
« De tu sepulcro girando  
« Sin descanso ni mansion.  
Yo soy el Judío errante :  
Esta es mi historia, señor :  
Estas pildoras me alargan  
La vida, y con ellas Dios  
Rejuvenecer me ordena,  
Y rejuvenezco y voy.

—  
Aquí el juez de Medellin,  
Tras grave meditacion,  
Ante el Judío de hinojos  
De repente se postró,  
Y así llorando le dijo :  
« Dadme una corta porcion  
De esas pildoras, y os juro  
Caminar siempre con vos.  
Yo nada tengo que daros  
Mas que mi amistad, mi amor...  
Dadme cien años de vida...  
Y...

— ¡Callad, misero!

— No,  
No partireis sin que logré

— Pues bien, tomad esas dos,  
Y si os vale su asombroso  
Poder regenerador,  
Cien años os doy de vida  
Para que alabeis á Dios. »

En esto se oyó en los aires  
Tronar la gigante voz  
Que dijo al Judío: « ¡Marcha! »  
Y al punto mismo partió.

Cuando el golilla á sus solas  
Se encontró ya en su aposento,  
Turbósele el pensamiento  
Con una idea fatal.  
« ¡Si habrá atentado á mi vida,  
Dijo, con tal vil engaño?  
¿Si invencion suya en mi daño  
Será esta trama infernal? »

Y absorto en tan triste idea,  
Sombrio y meditabundo,  
Quedó en silencio profundo  
Y en profunda distraccion,  
A su oscura incertidumbre  
Solucion buscando en vano,  
Las píldoras en la mano,  
Y el miedo en el corazón.

Decíase allá en su mente:  
« ¡Si yo algun medio alcanzara  
Que alguna luz arrojara  
Sobre la oscura verdad!  
¡Oh si cien años de vida  
Me asegura el comellas!...  
¿Mas si las trago y con ellas  
Me voy á la eternidad? »

« ¡Diréle al médico?... nunca.  
Si la lengua no me muerdo,  
¡Por Dios que el hombre no es lerdo  
Y se las sopla por mí!  
¿Iré al confesor?... tampoco.  
Dirá que es cosa de hechizo  
Y acaso algun bebedizo  
Hará de ellas para sí.

« ¿Qué hacer, Santo Dios? tomarlas  
Puede salir cara fiesta,  
Mas necedad manifiesta  
No tomarlas puede ser.  
¡Si las tomo y torno á jóven!...  
¿Mas si las tomo y estallo?  
Probable á la par lo hallo.  
¡Válgame el diablo! ¿Qué hacer? »

Y en duda tal se pasaba  
Un día tras otro día,

Y nunca se decidía  
Por ningun partido el juez.  
En contemplar á sus solas  
Sus píldoras se ocupaba,  
Y del cajon las sacaba  
Y las guardaba otra vez.

Al fin, tras largas vigiliás,  
Dijo una vez decidido:  
« Mas vale mal conocido  
« Que dicha por conocer.  
« Iré pasando la vida  
« Como hasta aquí la he pasado,  
« Y si obro como un menguado,  
« ¡Qué diablos! ¿Cómo ha de ser? »

« Pero, con una esperiencia  
« Quisiera al fin convencerme...  
« ¡Con el médico que duerme  
« Todavía! ¡ea, valor!  
« Está en su casa; no hay otro  
« Diez leguas á la redonda;  
« Cuando el efecto responda  
« Sea en contra ó en favor,

« Nadie dará con la causa.  
« ¡Bah! salga lo que saliere  
« Allá voy. — Y si se muere  
« Vaya por los que él mató. »  
Y en una copa de leche  
Que junto al lecho vió llena  
El juez con mano serena  
Las dos píldoras echó.

Fuése tras esto el suceso  
A esperar solo á su casa:  
Cada instante que se pasa  
Es todo un siglo de afán.  
A cada paso que siente  
Por la torcida escalera,  
Cree que la noticia fiera  
De su muerte á darle van.

Al fin despues de tres horas  
De afanosa expectativa,  
Llegó mas muerta que viva  
Del médico la muger,  
Con mil suspiros contándole  
Que en su aposento tendido  
Está su pobre marido  
Muy próximo á fenecer.

Turbóse el juez á estas nuevas,  
Mas cauto disimulando,  
Con la muger razonando,  
Parte á su casa veloz;  
Y al llegar al aposento  
Que el terrible arcano encierra,  
Encontró al médico en tierra,  
Sin movimiento ni voz.

Cárdeno el rostro, morado,  
**Los** labios frios, y lleno  
**De** manchas que del veneno  
**Señal** evidente son,  
**Estaba** ya el miserable:  
**Pero**, vivo todavía.  
 Débilmente le latía  
 Oprimido el corazón.

Lloraba á voces la esposa,  
 Y el juez, que no se apartaba  
 Del médico, contemplaba  
 Los progresos de su mal:  
 Y cuanto mas le miraba  
 Mas y mas se convencía  
 De que hacerse no podía  
 Mas por él que un funeral.

Y á media noche el golilla,  
 Convencido firmemente  
 De que á la aurora siguiente  
 Sería cadáver ya,  
 Volvió á su casa diciendo  
 Consigo mismo: «¿Eh? ¡ya escampa!  
 «Si llego á dar en la trampa,  
 «Me largo por donde él va.»

#### CONCLUSION.

Después de una larga noche  
 De congoja y desazon,  
 Que en lucha consigo mismo  
 El juez criminal pasó,  
 Rindióse por fin en brazos  
 De sueño reparador  
 Aunque acosado á las veces  
 Por fatigosa vision.  
 Ya via espirar al médico,  
 Cuya moribunda voz  
 Decía: *Ese es mi asesino,*  
*Ese, ese es quien me mató.*  
 Ya le veía á deshora,  
 Fantasma amenazador,  
 Embozado en el sudario,  
 Entrar por algun balcon.  
 Ya cercado se creía  
 De los hijos que dejó,  
 De la muger y los deudos  
 Que le venian en pos  
 El sustento demandándole  
 De que con él les privó,  
 Cuya fatal pesadilla  
 Le oprimía el corazón.  
 Al medio de su carrera  
 Llegaba el siguiente sol  
 Cuando á unas desafortadas  
 Voces el juez despertó.  
 Furiosos golpes se oían

En su misma habitacion  
 A la puerta de su cuarto  
 Redoblando con furor.  
 «¿Quién es?» dijo, y respondieron  
 De fuera: «Abrid, que soy yo.»  
 Hincóse el juez de rodillas,  
 Traspasado de pavor,  
 Y con angustia horrorosa  
 Cuantos santos recordó  
 Empezó á llamar á voces  
 En balbuciente oracion.  
 El médico era en persona,  
 Que no era de otro la voz.  
 «Voto á mil diablos, decía,  
 ¿Quereis abrir ó me voy?  
 — Vuelve, enemiga fantasma,  
 Decía el juez, vuelve á Dios,  
 Yo haré por tí penitencia.  
 — Pero, hombre, por san Zenon,  
 Haced cuanta os diera gana,  
 ¡Pero abridme!

— ¡Abridte! no.  
 Vuélvete en paz al sepulcro.  
 — ¿Perdido habeis la razon,  
 Hombre dado á Barrabás?  
 ¿No estoy diciendo que soy  
 Yo, Don Lucas vuestro médico  
 En cuerpo y alma?

— ¡Gran Dios!  
 — Abridme y oireis cosas  
 Que os parecerán ficcion. »

Abrió por último el juez,  
 ¡Pero cual fué su furor  
 Al ver el rostro del médico  
 Vertiendo satisfaccion  
 Y rebosando alegría  
 Y juventud y vigor!  
 Clavó en él una mirada  
 El juez con una expresion  
 Tan desesperada y torva,  
 Tan siniestra y tan feroz  
 Que el médico, percibiéndola,  
 Dos pasos retrocedió.  
 «¿Con qué es verdad, dijo el otro,  
 Que vivo estais?

— Si, señor.  
 — ¡Mas vigoroso, mas joven!  
 — Venia por ello yo  
 A pedirlos las albricias,  
 Aunque ignoro la razon.  
 — La ignorais, ¡necio de mí!  
 Replicó el juez, pues yo no.  
 — ¡Cómo, señor! ¿De un milagro?  
 — Yo he sido solo el autor,  
 Y si quereis de mi saña  
 Salvaros...

— En conclusion

¿Qué es esto?

— Que os aparteis  
De mi vista, ó voto á Dios  
Que os voy á hacer mil pedazos  
Sin poder con mi furor. »

Y á estas palabras asiendo  
De un larguísimo espadon,  
Iba á caer sobre el médico,  
Que echó por un corredor.  
Un aposento tras otro  
Amedrentado cruzó  
Y dió por fin en la calle :  
Mas al tender en redor  
Los ojos despavoridos,  
Con espanto grande vió  
Que el juez se arrojaba á ella,  
Lanzado por un balcon.  
Cayó en las piedras el triste  
Y de tanta elevacion,

Que si intentaba matarse  
Con tino lo ejecutó.  
Llegóse el pobre médico,  
Movido de compasion,  
Mas era el golpe de muerte  
É inútilmente acudió.  
El juez le dijo, mostrando  
En su rostro y en su voz  
Las mas certeras señales  
De honda desesperacion :  
« Soy el hombre mas estúpido  
« Que de mugeres nació.  
« ¡ Maldita sea mil veces  
« La ciencia de Salomon ! »  
A cuyas ruines palabras  
El miserable espiró,  
No comprendiendo el buen médico  
Tan estraña confesion.

# VIGILIAS DEL ESTIO.

## PROSPECTO.

¡Cuán serena y pacífica levanta  
Su modesto fanal la tibia luna,  
Y con sus tintas de misterio encanta  
Cuanto debajo de su faz se aduna!

¡Cuánta bella ilusión nos aparece  
En la estension del campo solitario,  
Que se acerca ó se va, que mengua ó crece,  
Al soplo inquieto del ambiente vario!

¡Oh! tras el sol de perezoso día  
De julio abrasador, que el alma enerva  
Cuando en lugar de luz rayos envía  
Que agostan flores, árboles y yerba!

Se ensancha el corazon : el alma sube  
Del entusiasmo en alas, y se encumbra,  
Y de astro en astro va, de nube en nube,  
Hasta que clara inspiracion la alumora.

Y esa es la mía : en la nocturna vela  
De julio ardiente, el pensamiento mio  
Con noble inspiracion se encumbra y vuela;  
Y estas son mis *Vigilias del Estio*.

Nada profano hay en ellas,  
Lector, no hay en sus renglones  
Mas que viejas tradiciones  
Y acaso fábulas bellas.

No tienen mas intencion  
Que hacer humilde memoria  
De nuestra pasada historia,  
De nuestra fé y religion.

Y abrevio anuncios proñjos.  
Lector, dar puedes en suma  
Cuanto salga de mi pluma  
A tu muger y á tus hijos.  
¡Fálteme la luz del sol  
Si algo *impto* ni *estrangero*

Que haya en mis escritos quiero!  
Que al cabo nací español.

JOSÉ ZORRILLA.

A MI AMIGO

DON CARLOS LATORRE.

JOSÉ ZORRILLA.

EL TALISMÁN

LEYENDA TRADICIONAL.

INTRODUCCION.

Adora el pobre Genaro  
A la hermosa Valentina :  
Correspóndele ella fina,  
Pero les cuesta bien caro.

Porque entre ambos á dos media  
Viejo y zeloso un tutor,  
Y al cabo vendrá su amor  
A concluir en tragedia.

Pues en la audiencia togado,  
Y poderoso en la corte,  
No hay empresa que no aborte  
Como en ello esté empeñado,

Toda Sevilla respeta  
Su ciencia, y teme su enojo :  
Que es el viejo hombre de arrojó,  
Y no hay quien le ponga meta.

Con fama de rectitud,  
Y harto hipócrita exterior,  
Es un hombre superior  
En justicia y en virtud.

Tal vez le odia la nobleza,  
Y el populacho le acata,

Que es de cuna (hablando en plata)  
Columpiada en la bajeza,

Y á su genio emprendedor  
Y á su ingenio y travesura  
Debe el verse en tal altura  
Y gozar tanto favor.

Tal es el hombre que tienen  
Por enemigo estos mozos,  
Y que agua todos sus gozos,  
Mas con su suerte se avienen.

Y ellos á amarse constantes,  
Y él á perseguirles fiero,  
Nadie cederá primero,  
Ni el tutor, ni los amantes.

Mas pobre el mozo y altivo,  
Rica Valentina y bella,  
Y el tutor prendado de ella...  
Mala esperanza concibo.

Cuanto nuevas ocasiones  
Imaginan los mancebos,  
Tanto el tutor halla nuevos  
Estorbos y precauciones.

Si abre la niña una reja  
Y el aya avizor elude,  
Luego á cerrársela acude  
La cócora de la vieja.

Si al volver del Arenaí  
Por desgracia se hace noche,  
La llevan dentro del coche,  
Pero lejos del cristal.

Y en vano es que la sofoque  
Todo el calor de Sevilla,  
No haya miedo que el golilla  
Junto al vidrio la coloque.

Jamás del uno se aparta,  
Ni deja el otro la dueña,  
Que puede hacer una seña,  
O arrojar alguna carta.

Pero por mucho que avaro  
La guarda el viejo y la esconde,  
No encuentra lugar en donde  
Ocultarla de Genaro.

A cada paso en secreto  
Muda casa, mas se aburre,  
Pues por mucho que discurre  
Jamás consigue su objeto.

Y cuando mas se imagina  
Seguro en algun rincon,

Alcanza desde un balcon  
A Genaro en la otra esquina.

Tal cariño, vive Dios,  
En Valentina le asombra :  
Luego el mozo es una sombra  
Siempre de ella y del en pos.

Y no hay medio de ahuyentarle,  
Pues son inútiles trazas  
Las súplicas y amenazas  
Con que ha querido ganarle.

De sus amagos y ofertas  
Sin temor y sin deseo,  
Pónole el mozo bloqueo  
Por ventanas y por puertas.

Imposible es libertarse  
De sus tretas y asechanzas ;  
Las mas justas esperanzas  
No llegan á realizarse.

Con negra intencion traidora  
Y de su toga al amparo,  
Piensa el golilla en Genaro :  
Mas Valentina le adora.

En vano el audaz tutor  
Osó una tarde de hinojos  
Con lágrimas en los ojos  
Decirla su torpe amor.

En vano el viejo iracundo,  
Al oír una repulsa  
Juróla con voz convulsa,  
Por cuanto hay santo en el mundo,

No descansar un instante  
Hasta que á su amor sucumba,  
O abrirla una misma tumba  
Con su aborrecido amante.

Todo fué en vano : la bella  
Valentina enamorada  
Cada vez mas empenada  
Siguió sin temor su estrella,

Y un dia y otro pasaba,  
Y siempre que él la pedía  
Respuesta á su amor, oía  
Un *no* que nunca variaba.

Y así en amarse constantes,  
Y él en perseguirles fiero,  
Nadie cederá primero,  
Ni el tutor, ni los amantes.

Mas pobre el mozo y altivo,  
Rica Valentina y bella,

Y el tutor prendado de ella...  
Mala esperanza concibo.

Así adora el buen Genaro  
A la hermosa Valentina,  
Mas el pagarle tan fina  
Tal vez la cueste muy caro.

## I.

Poseía no lejos de Sevilla  
El tutor una quinta retirada  
Y alegre á maravilla,  
De olivos y naranjos rodeada,  
Con un fresco jardin embellecida,  
Con prolijo primor enriquecida  
Y por Guadalquivir fecundizada.

Aquí, cansado de sufrir desvíos  
De Valentina hermosa,  
Pensó acabar con sus amantes brios  
En estrecha prision, larga y penosa.

La niña temerosa  
A sus solas lloró su desventura,  
Mas cobró en su retiro fortaleza  
La fé de su pasión, y mas segura  
Ahondó raíces con mayor firmeza.

Cada día el tutor mas apretaba  
La molesta estrechez en que yacía,  
Pero mas firme cada vez la hallaba  
Y mas enamorada cada día.

Y á través de las rejas  
A su Genaro enviaba Valentina  
Sus amorosas quejas,  
En alas de la errante golondrina  
Que colgaba su nido  
En el hueco roído  
De unas paredes viejas;  
Teniendo en su prision por compañeros  
Los pájaros del aire  
Y el rumor de los céfiros ligeros.

Mas ¡ay! en vano, en vano noche y día  
A Genaro de sus rejas esperaba,  
Genaro no venía,  
Que su cuita y su cárcel no sabía,  
O su amor y su cárcel olvidaba.

Cansados de llorar sus bellos ojos,  
Pálidas con el llanto sus mejillas,  
Y el coral mustio de sus labios rojos,  
Oyen tan solo el ¡ay! de sus enojos  
Las lejanas estrellas amarillas:  
Y á manos de su duelo y amargura  
Se marchita su cándida hermosura.

Mansa una noche y silenciosa estaba:  
Radiaba en ella espléndida la luna  
Y su diáfana luz reverberaba

En el terso cristal de la laguna.  
Gozábanse los ojos á lo lejos  
Por la estension del campo solitaria  
En la varia ilusion de sus reflejos,  
Que iluminaban la campiña varia:  
Y allá se distinguía  
Por la fértil llanura  
Del granado y naranjo la verdura,  
Y el campo igual, voluble y amarillo  
De la pajiza mies ya sazonada,  
Y mucha parte en haces preparada  
Para el áspero trillo,  
Que de la caña inútil  
Va á separar el grano  
Ausiliado del céfiro liviano.

Lloraba como siempre su destino  
La niña enamorada,  
Los ojos de Sevilla en el camino,  
Y en su Genaro el ánima estasiada:  
Y así con triste acento  
Baba sus ayes al nocturno viento:  
« ¡Triste de mí que lloro  
« Sin que mis ayes lleguen  
« Al corazón que adoro!  
« ¡Triste de mí, que me lamento en vano!  
« Paloma cuyo arrullo dolorido  
« Llama á su blanco esposo, que ha caído  
« De oculto cazador bajo la mano  
« Muy lejos de su amor y de su nido.  
« ¡Triste de mí que imploro  
« Ayuda de quien amo,  
« Y sordo á mi reclamo  
« Aun si me escucha ignoro!  
« ¡Triste, triste de mí, que á solas lloro  
« Sin que mis ayes lleguen  
« Al corazón que adoro! »

Y aquí llegaba de su amarga queja  
Cuando, á través de la cruzada reja  
Y entre la sombra oscura  
Que el olivar cobija en su espesura,  
Cual blanca aparición consoladora,  
Llegar bajo sus rejas vió á deshora  
Recatada de un hombre la figura.  
Latió su corazón al percibirle  
Con doble libertad y doble vida,  
Y entre sus hierros con afán asida  
Los brazos le tendió por recibirle;  
Que ya la dijo el corazón bien claro  
Que aquella aparición es su Genaro.

Valentina. ¡Cuánto por verte suspiré,  
amor mio!

Genaro. ¡Y yo cuánto corri por encontrarte!

Valentina. Yo no pensaba mas que en tu desvío.

Genaro. Y yo en nada pensé mas que en salvarte.

*Valentina.* ¿Me amas, Genaro, aun?

*Genaro.* Mas que á mi vida,  
Mas que al ambiente que á tus piés respiro,  
Dírala alegre yo por t'ien perdida  
Por ahorrarte, mi bien, solo un suspiro.

*Valentina.* ¡Pobre Genaro! ¡y yo que imaginaba

Que tu amor hácia mí se amortiguaba!

¡Ah! perdona, Genaro, mi locura;  
No fué desconfianza en tu cariño,  
Fué mi desolacion, fué mi amargura.

*Genaro.* ¡O Valentina mía!  
Si no me amaras tú cual yo te adoro  
No acertara á vivir un solo día.  
Tú eres mi luz, mi suerte, mi tesoro :  
Tú, Valentina bella,

Eres la blanca estrella  
Que mi esperanza por la tierra guía.  
Sí, tras de tí camino noche y día,  
Postrándome á besar tu casta huella.

*Valentina.* Ni yo puedo sin verte  
Pasar, Genaro, en soledad mi vida,  
Y si ha de ser sin tí, venga la muerte,  
Que yo la doy tambien por bien perdida  
Si no la he de gozar para quererte.

*Genaro.* Pues bien, si no hay fortuna  
Sin mi amor para tí, ni lisonjera  
Sin mí no alcanzas existencia alguna,  
Huye conmigo á la ocasion primera  
Mil veces ¡ay! propuesto te lo hubiera

Si mi contraria suerte  
Mas venturoso porvenir me abriera.  
Yo nada puedo darte,  
Nada puedo ofrecerte,  
Mi Valentina, mas que idolatrarte.  
Y amarte como á Dios hasta la muerte  
Harto, hermosa, lo lloro,  
Mas tal es mi fortuna, á pesar mio,  
Y mi destino tal; vivo y te adoro,  
Y de la suerte con tu amor me río.

*Valentina.* Sí, bien dices, Genaro,  
Tienes razon, mi corazon es tuyo.  
De mi tutor avaro  
En la ocasion primera

Libre contigo donde quieras huyo

*Genaro.* ¡Oh tal resolucion...!

*Valentina.* Genaro mio,

Ya no puedo arrostrar mi desventura.  
Callártela queria,  
Mas imposible es ya, porque desgarras  
Tan amargo pesar el alma mía.  
Sabe, Genaro, que el infame viejo,  
No satisfecho con gozar mi herencia  
Que administra sin tino y sin consejo,  
Aun tiene la insolencia  
De ofrecerme un amor que me destroza  
Las entrañas de rabia y de pavora;  
Y paga mis desaires con usura,

Y en mis pesares con furor se goza.

*Genaro.* ¡Esto, cielo piadoso,  
Me faltaba no mas! ¡ah! pronto, huyamos;  
Aun me quedan amigos

Que, pobres como yo, pero valientes,  
De mi pesar y de mi amor testigos  
Aun querrán ayudarme diligentes.

¿Hay alguna ventana  
Que al campo dé, sin rejas que la guarden?

*Valentina.* Una hay, pero es, Genaro,  
empresa vana,

Porque es de un aposento  
Cuyo paso me impide gruesa puerta,  
Que solo cada día, y un momento,  
Se ve una vez por mi tutor abierta.

*Genaro.* No importa, di cuál es, que ya  
habrá medio

De romperla ó abrirla,  
Que á todo estoy resuelto y decidido.

*Valentina.* Desde ese estanque puedes  
percibirla.

*Genaro.* Sin entrar al jardín puedo es-  
calarla,

Y si me aguardas tú junto á esta puerta,  
Yo medio inventaré de franquearla.

*Valentina.* ¡Oh sálvame, Genaro!  
Por amor de tu madre, si la tienes,  
Por cuanto tengas en el mundo caro.

*Genaro.* Sí, Valentina, si en mi amor  
confías,

Mañana mismo en la callada noche  
O á manos, si, de las industrias mías,  
O á la fuerza sinó salvarte esperó.  
Conozco á un capitán de una fragata,  
Amigo fiel y noble caballero,  
Que á bordo admitirá dos desdichados :  
Y el suelo de la Italia protectora  
Se abrirá á dos amantes espatriados;  
Que á la Italia arribar será en buenhora.  
Daránme allí mi espada ó mis pinceles,  
O la honrada fortuna del soldado,  
O la fortuna espléndida de Apeles :  
Que todo con tu amor será sobrado.

Sonó en esto una llave, y percibiendo  
Por las junturas, luz de una ventana,  
Fuése Genaro á la espesura huyendo,  
Diciéndose los dos : « Hasta mañana. »

—  
Quien en el cuarto entró de Valentina  
Fué su tutor, el juez; porque Genaro,  
Acechando á favor de la espesura,  
En la ventana vió clara y distinta  
Aparecer del viejo la figura.  
Vióla tender los brazos,  
Y cerrar las vidrieras,  
Y la luz interior ir á pedazos

Menguando, al entornarse las maderas.  
 Vió la luz á través de las junturas  
 Largo tiempo brillar, y oyó acercándose  
 La voz del juez inteligible apenas,  
 Ora con voces de dureza llenas  
 Creciendo, ora en murmullos apagándose.  
 Oyó á la niña replicar á veces,  
 Y otras quejarse y prorumpir en llanto,  
 Mas no entendió, por mas que estuvo atento,  
 Lo que dentro pasó del aposento.  
 Mil veces quiso de su escucha en tanto  
 Su secreto romper sin miramiento;  
 Mil veces, al oír de Valentina  
 El angustiado acento,  
 Su corazon anduvo  
 Entre el miedo y la cólera indeciso,  
 Y al jardín de saltar tentado estuvo  
 La mansion asaltando de improviso.  
 Quedó en silencio al fin el aposento,  
 Faltó la luz de adentro, y no escuchando  
 Llanto, ni voz, ni paso, ni gemido,  
 El infeliz galan fué alejando,  
 Recordando el acento dolorido  
 Con que su amada hermosa  
 Le dijo congojada y afanosa :  
 « ¡Ay, sálvame, Genaro,  
 « Por amor de tu madre, si la tienes,  
 « Por cuanto tengas en el mundo caro! »  
 Y á este recuerdo los amantes ojos  
 Tornando á la ventana,  
 « Si, dijo el triste, volveré mañana. »

## II.

Está la siguiente noche  
 Encapotada y oscura,  
 Veladas entre nublados  
 Las estreñas y la luna.  
 Yace la quinta en silencio,  
 Y no penetra ni alumbra  
 El resplandor mas escaso  
 De alguna lámpara turbia,  
 Ni de una puerta el encaje,  
 Ni las estrechas junturas  
 De una ventana, que en sombra  
 Todo en redor se sepulta.  
 Oyese solo el murmullo  
 Con que en las ramas susurran  
 Las ráfagas desiguales,  
 Que los olivares cruzan.  
 De la chicharra el chirrido  
 Allá á lo lejos se escucha,  
 Que la tormenta vecina  
 Con áspero canto anuncia :  
 Y el eco sordo y lejano  
 Del trueno, que en las alturas  
 De nube en nube se arrastra,  
 De nube en nube retumba.

Allá en el negro horizonte  
 Por dó la tormenta surca  
 De cuando en cuando un relámpago  
 Se inflama con luz sulfúrea.  
 Y á su esplendor fugitivo  
 Se aclaran en la llanura  
 Cuantos objetos la llenan  
 En muchedumbre confusa  
 La media noche sonaba,  
 Y comenzaba la lluvia,  
 Cuando dejaba Genaro  
 Del olivar la espesura,  
 Seguido de dos mancebos  
 Que hicieron su causa mutua,  
 Resueltos á poner cabo  
 A la mas ardua aventura.  
 Valientes como él son ambos  
 Y como él desde la cuna,  
 Sin mas apoyo en el mundo  
 Que su espada y su bravura;  
 Sin mas porvenir que el tiempo,  
 Ni otra hacienda que la tumba,  
 Mas dignos como él entrambos  
 De mas pródiga fortuna.  
 Con cautelosa prudencia  
 Pisando la tierra húmeda,  
 Hasta el estanque llegaron  
 Que con la casa se junta.  
 Sobre él daba una ventana,  
 Ni baja, ni á tanta altura  
 Que no pudiera salvarse  
 Aunque difícil y mucha.  
 Aquí soltando su capa  
 Y colgando á su cintura  
 Sus preparadas pistolas,  
 Genaro un punto calcula  
 Con la distancia, sus fuerzas,  
 Se empina, se encoje, duda,  
 Y abalanzándose osado  
 Salta por fin y se oculta.  
 Quedó otra vez en silencio  
 La escena en la sombra muda,  
 Y afuera los dos amigos  
 Nada oyen por mas que escuchan.  
 En tanto á solas Genaro  
 En las tinieblas procura  
 Dar con puerta que le guie  
 A encontrar con lo que busca.  
 Dentro de su pecho late  
 Con agonía profunda  
 Su corazon, á quien negros  
 Presentimientos asustan.  
 Las solitarias estancias  
 El ruido menor no turba,  
 Ni escasa las ilumina  
 La lamparilla mas mustia.  
 El aire que á bocanadas  
 Por los aposentos zumba

Y que la cara le azota  
Claramente le asegura  
De que las puertas abiertas  
Están; y parece en suma  
Que está desierta la quinta,  
Y su esperanza difunta.  
Llamar á veces intenta  
A los de fuera en su ayuda,  
Mas teme engañarse, y teme  
Que sus voces le descubran.  
Con planta perdida mide  
Toda la estancia que ocupa,  
Todas las paredes toca,  
Todos los trechos calcula.  
Dió al fin con un picaporte:  
Alzale con tiento, empuja,  
Cede la puerta, y á tientas  
Pasa el dintel, y ¡oh ventura!  
Por una abierta ventana  
Se asoma, y mucho se ofusca,  
O es la del mismo aposento  
Que á su Valentina oculta.  
Sí, reconoce las rejas,  
Y la encrucijada curva,  
Que hasta el olivar conduce,  
Y que protegió su fuga  
Cuando en la noche anterior  
En su visita nocturna,  
Sus pláticas la llegada  
Del tutor rompió importuna.

¿Mas cómo allí no le espera  
Su amor? ¿será que rehusa  
Valentina el pronto amparo  
Que de él invocó en su angustia?

« Valentina, ¿dónde estás?  
No me conoces? » pregunta  
En la oscuridad Genaro:  
Mas su corazón se turba,  
Y sus rodillas flaquean,  
Y de desconsuelo suda  
Al ver que su voz no tiene  
Correspondencia ninguna.  
« ¡ Valentina mía! » esclama  
Con desolada amargura,  
« ¡ Valentina mía!... » y solo  
Mía los ecos retumban.  
Los brazos tiende en la sombra,  
Y se avanza á la ventura,  
Mas nadie se arroja en ellos,  
Nadie le responde nunca.  
Brilló un relámpago acaso,  
Y á su rápida y sulfúrea  
Llamarada, hirió un objeto  
Sus ojos, que el llanto anubla.  
Tendió las manos al sitio  
Donde le vió, y ropas húmedas  
Tocó de un lecho, y un brazo  
De muger. — Le asió convulsa

Su mano... ¡ Dios infinito!  
¿ No hay un rayo que reduzca  
Un desdichado á ceniza  
Cuando tal cáliz apura?  
Aquel brazo frio asiendo,  
El cuerpo á que se une busca,  
Mas al arribar sus manos  
A la garganta desnuda,  
Cayó Genaro en el suelo  
Sin sentidos que le acudan,  
Porque no halló la cabeza  
Al tronco sangriento junta.

—  
Pasaba en tanto la noche  
Y el agua caía á mares,  
El espantoso nublado  
Sobre la tierra rasgándose.  
Cansados ya los amigos  
De Genaro de esperarle,  
Y viendo que el tiempo corre,  
Y de la quinta no sale,  
Por la ventana treparon  
En voz prudente llamándole.  
Mas viendo con hartos asombros  
Que no les responde nadie,  
Asiendo de una linterna  
Que al caso dispuesta traen,  
Diéronla luz y se entraron  
El aposento adelante.  
Todos estaban desiertos;  
Todas las puertas sin llaves;  
Todo por tierra en desórden  
El ostentoso mueblaje;  
Muchas cerraduras rotas,  
Y rotos muchos cristales.  
Todo mostraba en la quinta  
De algun reciente pillaje  
O algun siniestro atentado  
Las evidentes señales.  
Mas ¡ cuánto fué de los mozos  
El horror de intenso y grande  
Al dar tras de pocos pasos  
En un cuarto donde yace  
Genaro tendido en tierra  
Y el suelo nadando en sangre,  
Y en una alcoba en un lecho  
De una muger el cadáver!  
El cuadro de su ignominia  
Si les achacan el lance  
Fué la idea que en su mente  
Vino primero á aclararse.  
Nó era el amor de Genaro  
Allí lo mas importante,  
No era su vida ó su muerte  
El resultado mas grave:  
Era su honor, pues si al cabo  
Por ladrones les tomasen,

Pagaran en un patibulo  
Lo que en sus almas no cabe.  
Asieron pues de Genaro  
Por un resto bien laudable  
De una amistad generosa,  
Mas que de poco les vale :  
Porque no bien se inclinaron  
En brazos para elevarle  
(Pues ni se mueve ni alienta),  
Cuando á las voces de ¡infames!  
De ¡asesinos! y ¡ladrones!  
¡A ellos! ¡prenderles! ¡matarles!  
El aposento asaltaron  
Domésticos y jayanes,  
Con hoces y podaderas,  
Con asadores y sables.

Sin que pudieran valerse,  
La multitud de ellos ase,  
De maldiciones é injurias  
Y de improperios llenándoles.  
El crimen lamentan unos,  
Claman otros por vengarle,  
Y por dó quiera retumban  
Rezos, juramentos, ayes.  
Volvió Genaro á la vida  
Con el tumulto un instante,  
Cercáronle al punto todos,  
Y él que ni entiende, ni sabe  
Lo que pasa en torno suyo,  
Con absortos ademanes  
Miró, y con ojos estúpidos  
En silencio á todas partes.  
« ¿Y VALENTINA? » este nombre  
De su duelo única frase,  
Recuerda á todos á un tiempo  
Todo el horror de aquel trance.  
« ¡Mira! » dijo el juez cogiéndole  
De las manos, y arrastrándole  
De su pupila hasta el lecho,  
« ¡Mira tu obra, miserable! »  
« ¡Dios mio! » exclamó Genaro  
Con la cabeza abrazándose  
De su hermosa Valentina  
Que el juez le puso delante :  
« ¡Dios mio! » exclamó, y con ella  
Segunda vez desplomándose  
Quedó al pié sin movimiento  
Del destroncado cadáver.  
Brilló una sonrisa horrible,  
Aunque imperceptible casi,  
Sobre los trémulos labios  
Del tutor, y señalándole  
Dijo : « Del crimen, señores,  
Las pruebas están palpables :  
Horrorízale esa muerte,  
Pues la conoce, la sabe. »

¡Tal es la justicia humana,  
Los juicios del hombre tales!  
La luz del próximo sol,  
Por mas radiante que sale,  
No pudo á los tres amigos  
Iluminar el semblante,  
Porque sus rayos no llegan  
Al calabozo en que yacen.

Yacen, sí, con la inútil esperanza  
De la fé y la razon de su inocencia ;  
Mas ¡ay! de la justicia en la balanza  
Poco pesa por cierto la conciencia.  
Nada los dos del lance han comprendido,  
Nada responderán, pues nada saben :  
Lo que han visto dirán, lo que han oído,  
Mas no habrá á quien agraven  
El crimen cometido.

¡A Genaro! ¡imposible! la adoraba,  
Mas luz ni pensamiento no tenia ;  
Solo en ella pensaba,  
A ella tan solo por dó quier veía.  
Mas ¿ qué ha de responder, pobre insensato  
A quien la luz de la razon no asiste?  
¿Qué ha de decir el triste  
Si ni oye, ni pronuncia, ni imagina  
Mas que el nombre fatal de Valentina?  
Sus ojos con estúpida mirada  
Dó quiera que los fija se mantienen,  
Y ni mira, ni ve, ni piensa nada.

Solo un objeto que en su mente vive  
Sus ojos y su mente ante sí tienen,  
Que su sér y su luz de ellos recibe :  
La pálida y castísima cabeza  
De aquella idolatrada Valentina,  
Siempre de amor tesoro y de belleza,  
Objeto ¡ ay Dios! de su mortal tristeza,  
Pero siempre á sus ojos peregrina.

El rápido y terrible  
Trastorno universal de sus ideas,  
Solo este objeto le dejó visible,  
Y aquel contorno pálido y sangriento,  
Aquel rostro agostado y macilento  
Tan solo á sus sentidos perceptible,  
Es la oculta razon de su demencia,  
Y el móvil de su misera existencia.

Ya ante su vista, como blanco sueño,  
Benéfica vision consoladora,  
Se presenta risueño,  
Y el pobre loco en su ilusion la adora.  
Ya, cual sombra fatidica enojada  
En las nocturnas horas evocada,  
De Genaro á los ojos se presenta,  
En roncas voces demandando airada  
De su venganza dolorosa cuenta :  
Y ante ella el pobre loco prosternado,

Contemplando su sangre horrorizado,  
Se agita y se amedrenta.

Y los ayes que exhala en su despecho  
El angustiado mozo,  
Estremeciendo el cóncavo y estrecho  
Y oscuro calabozo,  
Llegan del carcelero hasta el oído,  
Que á su voz suspirando estremecido  
Compadece su afán desde su lecho.

En vano á recio poste maniatado,  
De sus amigos por piedad velado  
Está continuamente,  
Mas fiero cada día y mas demente  
Se torna el desdichado.  
En vano demandáronle los jueces  
Declaración verídica y sucinta  
De la fatal historia de la quinta;  
Por mas que repitieronle mil veces  
La idéntica pregunta  
Nunca mas respondió que insensateces.  
Y de ellas nada el tribunal barrunta;  
Nada por él descubre ni adivina.  
Y si por caso el que demanda nombra  
A su bella y perdida Valentina,  
Ante él evoca su tremenda sombra,  
Y el infeliz Genaro en el instante,  
A su nombre funesto enloqueciendo,  
Con sus gritos la sala ensordeciendo,  
Con su ademan y gesto delirante  
Demuestra lo que su alma está sufriendo:  
Y de su amada en su ilusión amante  
La cabeza fatal tiene delante.  
Los jueces, de su mal enternecidos,  
Compasivos le absuelven,  
Y á su prisión le vuelven  
De donde salen pocos,  
Mas de donde él saldrá sin duda alguna  
Para dar por su pésima fortuna  
En una jaula de hospital de locos.  
¡Ay, pobre amante, cuyo amor tan raro  
Te obliga á recatar tu triste vida  
Con tu razón, y en tu razón perdida  
Tu salvación está! ¡Pobre Genaro,  
Que al hospital del calabozo pasa,  
Cuanto le cuesta caro  
El hospedaje de su nueva casa!

### III.

Eran seis años despues.  
¿Quién diablos mentaba ya  
Ni á la hermosa degollada,  
Ni al loco del hospital?  
Los bienes de la pupila  
Gozaba el tutor en paz,  
Y si á alguien pertenecian  
No osaba de ellos hablar.

Que era el juez hombre de cuenta,  
Y en sus manos además  
Estaba el látigo puesto  
De la justicia humana.  
¡Así las mas de las veces  
Las cosas del mundo van!  
Pero cortemos á tiempo  
Esta charla lenguaraz,  
Pues á los críticos toca  
Maldecir y murmurar:  
Pues tienen ya la costumbre  
De encontrarlo todo mal,  
Y yo á Dios gracias encuentro  
Que bien este mundo va  
Y... con mi cuento prosigo.  
No lejos de la ciudad  
De Córdoba, y de Sevilla  
Sobre el camino real,  
Había en mil setecientos  
Año menos ó año mas,  
Un famoso ventorrillo  
Llamado del Sarmental.  
Ventorrillo se llamaba  
Y con justicia en verdad,  
Pues á la altura de venta  
No supo nunca llegar.  
Era una mansión cuadrada  
Que con perfecta equidad  
Cerraba en sola una pieza  
Cocina, cuadra y pajar.  
Es decir que el ventorrillo  
Era, hablando en realidad,  
Un portal que á duras penas  
Pudiera ser palomar,  
Donde á comer ni á dormir  
Se han detenido jamás  
Sino pobres peregrinos,  
Mendigos ó gente tal.

En una tarde de marzo,  
Y, como dicho se está,  
Del año mil setecientos,  
Del ventorrillo al umbral  
Dos mancebos platicaban  
De continente galán.  
Lloraban de gozo entrambos  
Hablandose con afán,  
Y tiernamente abrazándose  
Y tornándose á abrazar,  
Dándose pruebas continuas  
Del cariño mas cordial,  
Preguntando y respondiendo  
Sin dejarse respirar.

*El Uno:* ¿Con que de Florencia?

*El Otro.*

Sí.

*El Primero.* ¿Bueno del todo?

*El Segundo.*

No á fé;

Por mas que lo procuré

Jamás me restablecí.  
Muy débil quedóme el juicio,  
Y hay, Federico, ocasiones  
En que tengo distracciones  
Que parecen maleficio.  
Mas del trabajo á favor  
Mi cuerpo se robustece  
Cada día, y me parece  
Que voy de bien á mejor.

*Federico.* ¿Con qué trabajas?

*El Otro.* Me afano.

*Federico.* ¿Y utilidad te reporta  
Tu trabajo?

*El Otro.* Nada corta,  
Que estudié mucho y no en vano.

*Federico.* Siempre te fué la escultura  
Arte predilecto.

*El Otro.* Nombre  
Y honra me dió, y soy otro hombre  
Desde mi fatal locura.

*Federico.* ¿Mas cómo fué de ese mal  
La curacion?

*El Otro.* Muy sencilla;  
Al año y medio en Sevilla  
Me echaron del hospital.  
Dijéronme... vuestra cura  
Se acabó y...

*Federico.* ¡Pobre Genaro!

*El Otro.* Yo, viéndome sin amparo,  
Acogime á mi escultura.

En los seis meses primeros  
Vivi con suma escasez,  
Mas díome una obra en Jerez  
Unos pocos de dineros.

Con ellos á Italia fui,  
Y allí menos importuna  
Mi desdicha, hice fortuna;  
Mas me punzaba ¡ay de mí!  
El deseo de volver  
A mi pátria de tal modo,  
Que al fin lo he dejado todo  
Sin poderme contener.

Dijeme: tengo algun oro  
Y alguna celebridad,  
Volvamos á la ciudad  
Donde está cuanto yo adoro.

Y héme aquí ya, Federico,  
Que vuelvo al fin á Sevilla  
Con mi escasa fortunilla,  
Y el arte á que me dedico.

*Federico.* Contigo allí me tornara  
De buena gana en verdad,  
Si urgente necesidad  
Volverme no me estorbara.

Pero mi madre me espera  
Que á morir próxima está,  
Y tal vez no llego ya  
Tan pronto como quisiera.

*El Otro.* Pues, Federico, adelante  
Nuestro camino sigamos,  
Que á tu madre la robamos  
Un consuelo en cada instante.  
Parte y que te ayude Dios.

*Federico.* Si un día á vernos volvemos...

*El Otro.* ¡Oh! no lo dudes, seremos  
Hermanos siempre los dos.  
Tú encarcelado por mí  
Sufristes...

*Federico.* No hablemos de eso,  
Si estuve dos años preso  
Fué sin culpa, y ya salí.

*El Otro.* Siempre generoso amigo

*Federico.* Y siempre tuyo, Genaro,  
Pronto á partir sin reparo  
Cuanto posea contigo.

—  
Y aquí con lágrimas tiernas  
Se tornaron á abrazar,  
Tomando con su caballo  
Su camino cada cual.

Y creo, lector discreto,  
Que no necesitas mas  
Para saber quiénes eran  
El que vuelve y el que va.

Sin embargo, si con esto  
Aun satisfecho no estás,  
En lo que queda de historia  
Puedes el fin encontrar.

#### IV.

En vano seis largos años  
En tierra estraña de ausencia  
Genaro entre las memorias  
Puso de su edad primera;  
Que las sombras que le manchan  
El cuadro de su existencia,  
Cuanto mas tienen de antiguas,  
Tienen de firmes y negras.  
El bello sol de la Italia  
No pudo desvanecerlas,  
Porque las sombras del alma  
La luz del sol no penetra.  
Mientras entregado al arte  
Vivió Genaro en Florencia,  
Adormidos sus recuerdos  
Se hicieron sentir apenas.  
Débiles fueron sus ayes,  
Cortas sus sentidas quejas,  
Porque el tiempo y la distancia  
Mucho las memorias merman.

De tarde en tarde confusas,  
Entre torvas y halagüeñas,  
De sus antiguos pesares

Le asaltaban las ideas,  
 Mas cual de cosas pasadas  
 Se le ocurrían inciertas,  
 Sin verdadero carácter  
 Y sin forma verdadera.  
 Aquella frondosa quinta  
 Entre cuya doble reja  
 De Valentina alcanzaba  
 La peregrina cabeza,  
 Era un recuerdo amoroso,  
 No una aparición siniestra,  
 Era un manantial fecundo  
 De deliciosa tristeza.  
 No vía el semblante amado  
 Sobre la gola sangrienta  
 Pidiendo á voces venganza,  
 No, que amorosa y risueña  
 Se presentaba á sus ojos  
 Su Valentina hechicera,  
 Como la noche en que pudo  
 Bajo su ventana verla.  
 Y aunque jamás de su alma  
 Borrarse la imagen pueda,  
 Como un amuleto místico  
 Mantiénese dentro de ella,  
 Y su espíritu acompaña,  
 Mas conformidad perpetua  
 Guarda con él, y aunque triste,  
 Su espíritu no atormenta.  
 Y cuanto menos horribles  
 De sus memorias le cercan  
 Las visiones, cuanto mas  
 Se debilitan y atenuan,  
 Mas de su antigua locura  
 Las fatales consecuencias  
 Desaparecen, y logra  
 Su ánima calma completa.  
 Mas esto ¡ay Dios! fué en Italia,  
 Donde la gente y la tierra  
 Cuanto mira y cuanto siente  
 De sus memorias le aleja.  
 Mas al entrar en Sevilla  
 Donde todo le recuerda  
 Sus infortunios pasados,  
 Se acrecentaron sus penas.  
 Tornó á ser de sus memorias  
 Insensiblemente presa,  
 Y á trastornarse tornaron  
 Débilmente sus ideas.  
 Al pararse de la cárcel  
 Ante las guardadas puertas,  
 Recordósele la causa  
 Por que fué encerrado en ella.  
 Al pasar del hospital  
 Ante la fachada esterna,  
 Estremeciése al recuerdo  
 De su abandono y miseria.  
 Y aquella frondosa quinta

A cuya reja en Florencia  
 De Valentina alcanzaba  
 Sonriendo la cabeza,  
 Tornábasele en espejo  
 De apariciones siniestras,  
 Que trastornaban la suya  
 Con sus miradas horrendas.  
 Huérfano y desconocido  
 Genaro en Sevilla entera  
 (Pues hoy se oculta indolente  
 Y antes no célebre en ella),  
 Sin un amigo tan solo  
 Que distraerle pudiera,  
 Pasa su vida ignorada  
 En soledad y tristeza.  
 Y si habla es con Valentina,  
 Con Valentina si sueña,  
 Por Valentina si vive,  
 Y á Valentina si reza.  
 Si día y noche afanado  
 Mármol desbasta y modela,  
 A Valentina los trazos  
 De su cincel representan.  
 Ni piensa en su porvenir,  
 Ni en las relaciones piensa,  
 Que pueden, fama lográndole,  
 Honor lograrle y hacienda.  
 En poco estima la gloria,  
 Y en menos su vida aprecia,  
 Y abandonado á sí mismo  
 No ve lo que la rodea.  
 En una mezquina casa  
 De una oscura callejuela  
 Junto á la muralla vive,  
 De la quinta la mas cerca.  
 El camino de Carmona  
 Continuamente pasea  
 Desde la puerta á la quinta,  
 Desde la quinta á la puerta.  
 Tal vez volviendo á deshora  
 El muro cerrado encuentra,  
 Y al raso pasa la noche,  
 Pues en el campo se queda.  
 ¡Pobre Genaro! En su pecho  
 Con su soledad funesta  
 Al fuego de las memorias  
 Su amor antiguo fermenta.  
 Y así tal vez poco á poco  
 Su mente se desordena,  
 Su cuerpo se debilita,  
 Y sus manías empiezan.

## V.

Mayo espiraba : y su postrero día  
 Entre nubes de azul púrpura y grana  
 La cenicienta claridad tendía  
 De la primera luz de la mañana.

Para gozar sus rayos bienhechores  
 Entreabrian sus cálices las flores,  
 Manso alzaban las ráfagas murmullo  
 En la hojarasca espesa,  
 Variando de la luz los mil colores,  
 Y á su tranquilo arrullo  
 Despertaban los pardos ruiseñores.  
 Todo era calma, resplandor y vida  
 Por la fértil llanura,  
 Y la tierra en las sombras adormida  
 Tornaba á despertar juvenecida,  
 Debiendo al nuevo sol nueva hermosura.

Del oscuro aposento de Genaro  
 Por la estrecha ventana,  
 La claridad temprana  
 Penetrando pacífico y tranquila,  
 Hirió, cobrando resplandor mas claro,  
 Del desvelado mozo la pupila.

Tal vez, cansado de nocturna vela  
 O de afanosos sueños agitado  
 La recoge el mancebo alborozado,  
 Con ojo avaro y delicioso empeño;  
 Porque la vista de la luz consuela  
 Las amargas memorias de su sueño.

Sacó Genaro de la ropa el brazo,  
 Y abriendo de su reja mas maderas,  
 Del puro firmamento vió un pedazo  
 Al mirar á través de las vidrieras.  
 Brotó en su labio celestial sonrisa,  
 La lumbre del placer brilló en sus ojos,  
 Y ante el único Dios, sumo é inmenso,  
 De quien la gloria y magestad divisa  
 Tras el azul estenso,  
 Postróse humilde y le adoró de hinojos.

Llegó á él embriagando sus sentidos  
 El blando soplo de la fresca brisa,  
 Y en ella los perfumes recogidos  
 Al tocar en las ramas olorosas,  
 Blancas acacias y encendidas rosas  
 En los vergeles con abril floridos.  
 Llegó á él el susurro deleitoso  
 De los copados árboles vecinos,  
 Donde el gorrion inquieto y receloso  
 Píos lanzaba pretendiendo trinos.

Llegó hasta él el són de la campana  
 Que el alba anuncia y á asistir convoca  
 A su misa temprana,  
 Y las pisadas rápidas ó graves  
 De vecinos asaz madrugadores,  
 Ya siervos, ya señores,  
 Que abriendo puertas y volviendo llaves,  
 Cumpliendo sus destino ó sus placeres,  
 Iban á sus recreos ó quehaceres.

« Hermoso dia, » murmuró Genaro,  
 Y al avanzar su cuerpo á la ventana,  
 En talante le vino  
 La hermosura gozar de la mañana.

Vistióse pues alegre y presuroso  
 Y al campo ameno enderezó el camino.  
 De la ciudad atravesó la puerta  
 Vecina á su mansion, como solia  
 Siempre que de ella cada vez salia,  
 Con perezoso paso y ruta incierta.  
 Mas tomó como siempre ancho sendero  
 Que á la quinta fatal conduce y guia,  
 Donde tuvo y perdió su amor primero.  
 Cuanto por él sus piés adelantaban,  
 Mas los recuerdos de su amor crecian,  
 Y en su fiel corazon se revelaban,  
 Dó escondidos vivian.

Sus ojos avarientos  
 Por cima de los olmos corpulentos  
 Ansiaban alcanzar el edificio  
 Donde tuvo su amor templo y sepulcro,  
 Donde fué de su amor el sacrificio;  
 Y en la lejana matinal nieblina,  
 Que huyendo al sol turbaba el horizonte,  
 Imaginaba sobre el pardo monte  
 La blanca aparicion de Valentina.  
 El infeliz mancebo  
 En su ilusion dichosa  
 De nueva fé con el impulso nuevo,  
 Con sonrisa amorosa  
 Los bravos ¡ ay! á la vision tendia,  
 Y palabras de amor la dirigia,  
 Mas al ir á abrazar tanta belleza,  
 Desvanecido su fantasma vano  
 Le presentaba su delirio insano  
 Su ensangrentada y livida cabeza.  
 Entonces descarriado el pensamiento,  
 Y su mente en sus juicios mal segura,  
 Vacilaba un momento,  
 Y volvía un momento á su locura;  
 Y ciego y delirante  
 Se lanzaba veloz por la llanura,  
 Y en esta situacion tan congojosa,  
 Alguna vez de su perdida hermosa  
 La cabeza fatal le iba delante.  
 Hasta que al fin rendido á su fatiga  
 Donde mas no podia se sentaba,  
 Y en penoso letargo reposaba,  
 Y á su juicio volvía:  
 Aunque siempre quedaba  
 Presa infeliz de su fatal manía.  
 En posicion tan triste,  
 Con tales enemigos interiores  
 Y en hora tan temprana,  
 Paseaba Genaro esta mañana  
 Por campiña feraz que mayo viste  
 De césped blando y de silvestres flores.  
 La alegría y belleza  
 Que ostenta por dó quier naturaleza  
 Sus negros y continuos pensamientos  
 Disipa, de sus íntimos tormentos  
 Su corazon librando y su cabeza.

Dulce melancolía  
 Prueba su corazón tan solamente,  
 Y dulce y melancólica memoria  
 De su amorosa historia  
 Guarda y halaga su tranquila mente.  
 Las palabras sabrosas  
 Recuerda que su amada  
 Le dirigió amorosas  
 En la ciudad, la reja ó la enramada :  
 Ya en misteriosa cita,  
 Ya en cariñosa carta,  
 O en oculta visita,  
 Que alna de amante en amorosa cuita,  
 De memorias de amor nunca se harta.  
 Y así exhalando en apenado acento  
 Las ideas del triste pensamiento,  
 Las reducía á voces  
 De nadie oídas, y del suave viento  
 Perdidas en las ráfagas veloces.  
 — « ¡Ay, Valentina mía,  
 á quien espero en vida mas dichosa  
 Encontrar otra vez, y en mejor día!  
 Solo de esta esperanza  
 La luz en la existencia me mantiene,  
 Y solo este consuelo  
 A darme fuerzas y valor alcanza  
 Para creer en la equidad del cielo.  
 ¡Ay! ¡qué fuera de mí si esta creencia  
 Dentro del corazón se me apagara,  
 Y contigo gozar nunca esperara  
 Mas larga y mas feliz otra existencia!  
 Imposible. Ese Dios de cuya mano  
 Brotó la creación y en un instante  
 La alumbró con su sopro soberano,  
 Ese sol encendiendo rutilante :  
 Ese Dios cuyo afán, cuyo cariño  
 Paternalmente cuida  
 Del imperfecto sér que nace niño  
 Sin medios de guardar su débil vida;  
 Que el camino señala á los torrentes  
 Lo mismo que á los límpidos arroyos,  
 Abriendo á sus vertientes  
 Sulcos escasos ó profundos hoyos;  
 Que da á los mares y á los campos galas  
 Y esquisitos primores,  
 Criando en sus espaldas y en sus senos  
 Peces los unos, y los otros flores,  
 Perlas aquellos, nácar y corales,  
 Y estos rosas y pródigos frutales,  
 Ambos de vida y de hermosura llenos :  
 Ese Dios que en los cóncavos espacios  
 De los aires sutiles  
 Los astros y las aves sembró á miles,  
 Y en las noches oscuras  
 Sostiene con lazadas de topacios  
 Su pabellon azul en las alturas;  
 Que para igual destino hizo perfecto  
 El corazón del hombre y del insecto,

Que en ambos puso del amor la llama,  
 Y, al darlos una hermosa compañera  
 Al hombre y al insecto dijo : ¡Ama :  
*Tuya es mi creación, gózala entera!*  
 Ese Dios que con término y medida  
 Su señalado imperio  
 Marcó á la muerte y concedió á la vida,  
 Con leyes de oscurísimo misterio;  
 Es imposible que lo mismo mida,  
 Y concluya lo mismo  
 Con la flor ó el insecto  
 Que vive ó que vegeta  
 Sin otra liga que el nativo afecto  
 Que á la tierra y raíces les sujeta,  
 Y con el hombre á quien fatal destino  
 De su dicha terrena  
 De abrojos y pesar siembra el camino.  
 Es imposible, no. — Cuando él enciende  
 En el hombre el fanal de la esperanza,  
 Mas noble porvenir darle pretende,  
 Dicha mas perenal al hombre alcanza. »

En estos pensamientos embebido,  
 Se alejaba Genaro de Sevilla  
 Por sendero escondido  
 En la umbría enramada,  
 Y de un arroyo por la amena orilla  
 De césped tapizada.  
 Y absorto en sus ideas de esperanza,  
 Y seguro en la fé de su destino,  
 De un porvenir de amor y bienandanza  
 Seguía, sin pensar en su camino,  
 A pasos avanzando desiguales,  
 Ya rápidos ya lentos,  
 Que ciertas daban, á mi ver, señales  
 De su desigualdad de pensamientos.

Alzó por fin los ojos  
 Tras largo andar, oyendo [truendo,  
 De agua cercana y mucha el ronco es-  
 Y entre espesos abrojes  
 Y antiguas yerbas que á su par brotaron  
 Una arruinada ermita vió delante,  
 Que, ya de largos años olvidada,  
 Las lluvias y los vientos maltrataron.  
 No lejos de sus restos esparcidos  
 De musgo y de maleza revestidos,  
 Y de impuros reptiles habitados,  
 Guadalquivir corria,  
 Y al monumento viejo  
 En su fondo de arenas ofrecia  
 Claro y seguro, aunque voluble espejo;  
 Mostrando cuanto son breves y vanas  
 Las fortunas mundanas.

Aun quedaba en un nicho  
 Sobre la angosta puerta  
 Una imágen del santo su patrono,  
 Y en la capilla lóbrega y desierta  
 Un giron del dosel dó tuvo un trono.  
 Aun del altar al pié podia verse

Inscripcion imposible de leerse,  
Nombres del fundador que allí yacia,  
Sepultura olvidada  
Como otras muchas que en redor tenia.  
Contempló su interior un breve instante  
Genaro, y á partir se disponia  
Cuando delante de sus piés, vacía,  
De la nada humanal leccion severa,  
Destroncada en el polvo  
Halló una solitaria calavera.

Palideció Genaro en su presencia  
Y su fé vaciló, y la duda amarga  
Se alzó en su corazon, y en su conciencia.  
« ¡Y es esto, dijo, tras de vida larga  
En lo que pára al fin nuestra existencia?  
¡Ay de los hombres si esto solamente  
Les queda de su espíritu y esencia! »

Y esta idea girando  
En su mente exaltada  
De una en otra induccion le fué llevando  
En lucha pertinaz consigo mismo  
Al tenebroso abismo  
De una duda infernal desesperada.

« Si esto somos no mas, triste decia,  
¿Qué es de nosotros, Valentina mia?  
Purísima inocente criatura,  
Del Hacedor privilegiada hechura,  
Que en opresion viviste y en tormento,  
¿Qué premio alcanza tu virtud segura?  
¿Qué consuelo á tu vida de amargura  
Si eres polvo no mas que esparce el viento? »  
Y esta idea fatal le amedrentaba  
Y á esta idea fatal desesperaba.

Con temblorosa mano  
Y con ojos de lágrimas henchidos  
Sostenia y miraba al resto humano,  
Cuya faz por el polvo consumida,  
Falta de voz, de aliento y de sentidos,  
No podía decirle para ayuda  
De su espantosa duda  
El *mas allá* de la afanosa vida.

Al fin con voz doliente y lastimera  
Dijo, al polvo volviendo  
La seca calavera :  
« ¡Ay si de aquella en cuya lumbre vivo  
Y por quien sér del Hacedor recibo  
Memoria fueras, último despojo,  
Calavera espantosa,  
Con cuán sagrado afan te recogiera!  
Noche y dia llevándote conmigo,  
Idolo de mí fé por donde quiera  
Tú fueras siempre de mi amor testigo,  
Tú de mi soledad la compañera,  
Tú en mi desolacion mi único amigo. »  
Y fijando tristísima mirada  
En el despojo yerto,  
Quedó su alma un instante anonadada  
En la duda por nadie penetrada

Del porvenir incierto.  
Hasta que al fin lanzando  
Hondo suspiro del doliente pecho,  
Volvió á decir, pisando  
De la capilla en el umbral estrecho :  
« Quédate á Dios, giron desconocido,  
Y si cerca de ti viene algun dia  
El desolado espíritu perdido  
Que en tu centro vivia,  
Dile que busque al de mi amante hermosa  
En la region oscura y misteriosa  
Donde van los espíritus que tiran  
La cáscara mortal que les encierra  
En su penoso viage por la tierra.  
Dile, dile que busque á Valentina,  
Y postrado de hinojos  
Ante su faz divina,  
Mi soledad la cuente y mis enojos.  
Di que la ruegue por cuanto haya caro  
En la region del firmamento bella  
Que venga alguna vez de su Genaro  
A acrisolar la fé que estriba en ella.  
Que cruce el aire azul diáfano y raro  
Desprendida en la luz de alguna estrella,  
Y aunque en sueños no mas me dé segura  
Una prenda real de su ventura. »  
Y así diciendo el infeliz mancebo  
Con tales ilusiones trastornado,  
Saliendo del santuario abandonado  
Su camino á emprender volvió de nuevo.

## VI.

De la noche de aquel dia  
En muy avanzada hora  
Tranquilamente Genaro  
Del sueño en brazos reposa.  
Ningun fatigoso ensueño  
El corazon le acongoja  
Ni le contrista la mente  
Vision atormentadora.  
Su respiracion serena,  
Que igualmente aspira y toma  
Con medidos intervalos,  
Con inflexiones monótonas,  
La paz de que en tal momento  
Su triste espíritu goza  
En la soledad nocturna  
Bien claramente denota.  
Está la noche nublada  
Y estremadamente lóbrega,  
Y el resplandor de la luna  
Vapores densos ahogan.  
Y está su aposento oscuro,  
Aunque su ventana angosta  
Abierta deja Genaro  
Pues le despierta la aurora.

Ni un solo rayo atraviesa  
 Por las infinitas bocas  
 Que ofrece á la luz y al aire  
 La única vidriera rota.  
 Porque abismado en sí mismo  
 Genaro su arte abandona  
 Y en el abandono vive  
 Desconocidas sus obras :  
 Pues, sin otra compañía  
 Que sus pesadumbres propias,  
 Con sus pesadumbres vive  
 Y sus pesadumbres llora.  
 Y presa de estos pesares  
 Que su corazón agobian,  
 De la escultura olvidado,  
 Sin emulación, sin gloria,  
 Sus ahorros de Florencia  
 Rápidamente se agotan :  
 Y en una palabra, vive,  
 Mas con la miseria próxima.

Tal es en este momento  
 La situación lastimosa  
 Del escultor, y tal era  
 En estas nocturnas horas  
 El reposo en que yacía,  
 Cuando aldabada sonora  
 Dada en su puerta, los ecos  
 Estremeció de su alcoba.

Abrió los ojos pesados,  
 Tendió la mirada atónita  
 Por cuanto en torno tenía,  
 Mas todo en torno era sombra.

La idea de la aldabada  
 Aclaróse en su memoria  
 Tras breve instante de atenta  
 Reflexión calculadora.  
 « Jurara que habían llamado,  
 Dijo entre sí, mas ¿qué importa?  
 Añadió luego, sin duda  
 Que de puerta se equivocan,  
 Número tiene la casa,  
 Conque que busquen la otra. »  
 Y al sueño tornó á aprestarse  
 Envolviéndose en la ropa.

Mas no bien hubo en su lecho  
 Tomado postura cómoda,  
 Cuando segunda aldabada  
 Hirió su puerta, y siguióla  
 La tercera á breve espacio  
 Con lo que al fin montó en cólera.  
 Saltó irritado del lecho  
 Y asomóse con faz torva  
 Por la ventana exclamando  
 Con voz enojada y bronca :  
 « Quién es, á quién diablos busca, »  
 Y otra voz dulce, armoniosa  
 Como el rumor de las aguas  
 Y el murmullo de las hojas

« Yo, » dijo desde la calle,  
 A cuya sílaba sola  
 En las venas de Genaro  
 Helóse la sangre toda.

Con ambas manos asidas  
 De su ventana ambas hojas,  
 Inclínada la cabeza  
 Para que mas prestos oigan  
 Sus oídos, fijo, inmóvil  
 Tras la reja, fatigosa  
 La respiración lanzando  
 Por la mal cerrada boca,  
 Con los espantados ojos  
 Saltándole de las órbitas,  
 Como escuálido fantasma  
 Que miedo infantil aborta,  
 Quedó en su reja Genaro  
 Sin voluntad que le acorra,  
 Dudando si es pesadilla  
 De sueño que le acongoja.  
 Así pasó unos momentos  
 Y pasara muchas horas  
 A no venir á sacarle  
 De su hondísima zozobra  
 Otra aldabada cuyo eco  
 Vibro en los espacios ronca.  
 Huyósele de los labios  
 Involuntaria y dudosa  
 La pregunta de ¿quién llama ?  
 Tan imperceptible y ronca  
 Que casi en sus labios mismos  
 El aura voraz tragóla.  
 Mas como si hubiera sido  
 Dicha con voz tan briosa  
 Que en grito rayado hubiera,  
 Obtuvo respuesta pronta.  
 Obtuvo un Yo soy, GENARO,  
 Dicho con tan deliciosa  
 Modulacion, que mas era  
 Música embelesadora.  
 Era una voz de cuyo eco  
 Las desconocidas notas,  
 En vez de ahogarse en el aire,  
 Armonizaban la atmósfera.  
 Estremecidas las auras  
 Las llevaban de una en otra  
 En círculos infinitos,  
 En interminables ondas.  
 Y unos en otros nacían  
 Como unos tras otros brotan  
 Del agua en la superficie  
 Cuando se quiebra ó se toca.  
 Era una voz que se oía  
 Limpia, argentina, sonora,  
 Vagando por los espacios  
 Y atravesando las sombras,  
 Lo mismo á inmensa distancia  
 Que á la distancia mas próxima,

Lo mismo por las alturas  
Que por las calles mas hondas.  
Indefinible sonido

Que bajo una esencia sola  
De la palabra y la música  
Guarda las delicias todas.

Yo soy, GENARO, dijeron  
Sus silabas misteriosas :  
Mas la celeste armonía  
Que en el aire las prolonga  
Toda una historia pasada,  
Toda una futura historia  
De gustos y de pesares,  
De desconsuelos y glorias,  
Encierra en las inflexiones  
Con que la voz vagorosa  
Los espacios estremecen  
Con sus cláusulas armónicas.

—  
Todo cuanto es, cuanto ha sido,  
Cuanto ambiciona y espera  
Como en ancho panorama  
Concibe Genaro en ellas.  
Campo vastísimo le abren  
Allá en su mente revuelta  
Donde lo pasado bulle,  
Y sus recuerdos fermentan.  
Llanura deliciosísima,  
Optica espaciosa inmensa  
Que alcanza su vista absorta  
Desde atalaya dispuesta.  
Mágico cuadro fantástico  
De fertilísimas vegas,  
De jardines encantados  
Y montañas pintorescas.  
Magnífico Eden contesto  
Con los mares y alamedas,  
Los templos y los palacios  
De Sevilla y de Florencia.  
Del turbio Guadalquivir  
Con las frondosas riberas,  
Los pescadores de Nápoles,  
Las lagunas de Venecia.

Esto, todo esto ve y oye  
En la armonía secreta  
De aquella voz celestial  
Que le espanta y le embelesa.  
Lo oye y lo ve iluminado  
Con las fulgentes estrellas  
Y el resplandeciente sol  
De la esperanza risueña :  
Colmado y embellecido  
Con la imagen hechicera  
De su hermosa Valentina  
Que en todas partes encuentra.  
A Valentina en el llano,  
A Valentina en la selva,

A Valentina en la luz,  
A Valentina en la niebla.  
Su imagen todas las aguas  
En su cristal reverberan :  
En su murmullo su nombre  
Susurran las arboledas :  
Y en el delirio encantado  
Que su espíritu enajena  
Solo oye y ve á Valentina  
En todo cuanto le cerca.  
Valentina dice el aura  
Que en el espacio se aleja,  
Valentina dice el eco  
Que en el monte la remeda,  
Valentina en sus oídos  
Eternamente resuena,  
Y el nombre de Valentina  
Que en su redor gira y rueda  
En círculo eterno y mágico,  
En oscilacion eterna,  
Dentro de su mente nace  
Y va á espirar dentro de ella.

Tal es aquella voz mística  
Que del umbral de su puerta  
A su enojada pregunta  
Yo soy, GENARO, contesta.  
Todo esto es aquella voz  
Que inmóvil tras de la reja  
Embebecido le tiene  
Asido á entrambas vidrieras,  
Sin intencion que le acuda,  
Sin voluntad que le mueva,  
Dudando si goza ó sufre,  
Si está despierto ó si sueña.  
De tan dulce desvarío,  
De fantasia tan bella  
Tras largo espacio, otro ruido  
Volvió á sentir en su puerta.  
Mas no retumbante golpe  
De otra aldabonada recia :  
No de quien entrar pretende  
Clara y perentoria seña ;  
Sino crujido de gonces  
Sobre que las hojas ruedan,  
Rumor de quien fácilmente  
Abre voluntario y entra.  
Con grande asombro y pavora  
De la ventana por fuera  
Sacó Genaro á este ruido  
La desgredada cabeza,  
Tendió á la calle los ojos  
Por medio de las tinieblas,  
Mas retiróse al instante  
Apalancando las rejas.  
Volvió á ocultarse en su lecho,  
Y aunque enmudece su lengua,  
Y aunque el aliento recoge  
Bien se conoce que tiembla.

Y bien se ve que sus ojos  
 No engaña ilusion incierta,  
 Porque un ánima medrosa  
 Y una vigilancia atenta  
 Ruido de pasos cercanos  
 Fácilmente apercibieran,  
 Y aun sospecharan que alguno  
 Subía por la escalera.  
 Mas no producen sentándose  
 Aquellos pasos en ella  
 Rumor que la ira en el hombre  
 Escita con la sorpresa.  
 No es el recatado paso  
 De quien, caminando á tientas,  
 Con taimadas intenciones  
 Furtivamente penetra :  
 No es de cobarde enemigo  
 La desconcertada huella  
 Que al mismo tiempo que avanza  
 Preparada á huir se acerca :  
 No son los piés de un ladron  
 Que aunque adelantan recelan,  
 Sino la planta segura  
 De quien francamente llega.  
 Un paso medido y grave  
 De planta firme y serena,  
 Pero no lenta y pesada,  
 Sino fácil, leve, aerea.

Al percibirla Genaro  
 Vecina á su estancia mesma,  
 Hundió, sudando de espanto,  
 En las ropas la cabeza.  
 ¡ Genaro ! dijo la voz,  
 Y con su armonia angélica  
 Llenó el aposento opaco  
 Vibrando en él duradera.  
 Mas no respondió el mancebo,  
 Porque su garganta seca  
 Con el pavor de su alma  
 A la palabra se niega.  
 ¡ Genaro ! tornó á decirle  
 Otra vez, y tan de cerca,  
 Que ya en el cuarto inmediato  
 Juzga afanoso que suena.  
 ¡ Genaro ! repitió al fin  
 Aquella voz lastimera,  
 Exhalando una armonia  
 Tan melancólica y tierna  
 Que á las entrañas llegaba :  
 « ¡ Genaro mio ! ¿ en qué piensas ?  
 « ¿ Tanta mudanza en un dia ?  
 « Hoy has dicho á mi cabeza :  
 « Si fueras recuerdo suyo  
 « ¡ Con qué afan te recogiera !  
 « Y llevándote conmigo  
 « Noche y dia por dó quiera  
 « De mi amor fueras testigo,  
 « Solitaria calavera :

« Tú fueras mi único amigo,  
 « Tú mi única compañera.  
 « Esto me has dicho, Genaro,  
 « En una ermita desierta ;  
 « Y cuando tu anhelo cumplo,  
 « ¿ Te asombras y no me esperas ?  
 « ¿ Te llamo, y no me respondes ?  
 « ¿ Subo á encontrarte, y te encierras ? »

Alzó la frente Genaro  
 Tales palabras oyendo,  
 Mas á nadie en torno viendo  
 Volvióla en la ropa á hundir,  
 Y á poco muy suavemente  
 Sintió (y con la sangre yerta  
 La mal encajada puerta  
 De su misma alcoba abrir.

Sintió por el pavimento  
 Resbalar leve ropage  
 Y apartar el cortinaje  
 De su lecho percibió.  
 Y al misterioso contacto  
 De aquel fantasma invisible,  
 Cambio asaz inconcebible  
 En todo su sér sintió.

Percibieron sus sentidos  
 Con esquisita pureza  
 Y comprendió su cabeza  
 Con cabal exactitud ;  
 Y exento de la locura  
 Que su cerebro asaltaba,  
 Por vez primera gozaba  
 Perfectísima quietud.

Dulcísimo arrobamiento  
 Sus potencias embargando,  
 Fué poco á poco ocupando  
 Su trémulo corazon,  
 Hasta que el santo deliquio  
 Cambiando su esencia impura,  
 Niveló á la criatura  
 Con la celestial vision.

Entonces de entre las ropas  
 Donde ocultarse creía,  
 Su sentido percibia,  
 Aunque imperfecto y mortal,  
 La suavísima fragancia,  
 El delicioso perfume  
 Que del Señor se consume  
 En la mansion inmortal.

De sus rebujadas sábanas  
 Por entre los claros hilos,  
 Vian sus ojos tranquilos  
 El mágico resplandor

De la mística aureola  
Que la cabeza circunda,  
Y el alma de luz inunda  
De los santos del Señor.

Entonces puesto al alcance  
De aquella ilusion divina,  
De su hermosa Valentina  
Ante el espíritu fué;  
Y elevado hasta el deleite  
De su bienaventuranza,  
Su presencia real alcanza  
Aunque su esencia no ve.

Vago resplandor fosfórico  
Que el aposento ilumina,  
Del alma de Valentina  
Muestra la presencia allí.  
Resplandor leve y purísimo,  
Sin foco de donde radie,  
No producido por nadie,  
Comprendido solo en sí.

Claridad diáfana, limpia,  
Estendida y trasparente,  
Desvanecida igualmente  
Del aposento en redor,  
Que en ningun término espira  
Ni de ningun punto emana,  
De una tranquila mañana  
Semeja el temprano albor.

Y de esta luz circundado,  
Bañado en su esencia pura,  
Un manantial de ventura  
De positiva ilusion  
Encuentra Genaro, y goza  
Dulcemente aquella esencia,  
Que presta nueva existencia,  
Nuevo sér al corazon.

En el espacio tranquilo  
De aquel éstasis solemne,  
Inesplicable, perenne,  
Prueba celestial placer;  
É identifica su alma  
Con el sér de Valentina,  
En cuya esencia divina  
Nada hay ya de la muger.

Huyeron de sus afectos  
Los deseos mundanales,  
Los deleites terrenales,  
La humanal inclinacion.  
Del amor casto y angélico  
La llama que aun alimenta,  
De impuro vapor esenta,  
No es llama de vil pasion.

Es de su esencia la parte  
Mas bella y mas necesaria,  
Como su fé solitaria,  
Eterna como su fé;  
Es un amor indeleble  
Que Dios conservarla quiso  
Cuando su alma al paraíso  
Con su amor terreno fué.

Y de este amor perfectísimo  
En los deleites perfectos,  
En los divinos afectos,  
En la santa realidad  
Embebecido Genaro,  
En fruicion misteriosa  
Con Valentina reposa  
En invisible unidad.

¡ Misterio que solamente  
Concebir Dios ha podido,  
Y á los justos concedido  
Únicamente por Dios!  
¡ Mística union de dos almas  
En que, sin violencia alguna  
Gozan entrambas en una  
Todo el placer de las dos!

Y así las de Valentina  
Y Genaro se comprenden,  
Y solo á sí mismas tienden  
De sí mismas á gozar:  
Y así, sin auxilio torpe  
De palabras ni sonidos  
Que toquen á los sentidos,  
Comunicánse á la par.

¡ Ay! ¿y quién pudiera ahora  
Prestar á mi lengua humana  
La esplicacion soberana  
De esta palabra sin voz?  
¿Quién diera á mi voz terrena  
Y á mi miserable pluma  
La santa elocuencia suma  
De esta palabra veloz?

¡ Ah! yo revelara entonces  
En solo un breve momento  
Su divino pensamiento,  
Su concepto celestial;  
Y no como ahora tendria  
Que emplear largo período  
Para darla de algun modo  
Una esplicacion mortal.

Mas ya que es de nuestra mente  
La comprension tan mezquina,  
Lo que en esa voz divina  
Oyó Genaro diré

No con los torpes sentidos  
De su inútil cuerpo impuro,  
Por el conducto seguro  
De su enaltecida fé.

« Vive, y espera : (esto dijo),  
« Tras esta vida azarosa  
« Otra vida hay mas dichosa  
« Y otro mundo en que vivir.  
« El reposo de un sepulcro  
« No es el fin que nos espera,  
« Esa es la puerta postrera  
« Para entrar al porvenir.

« Tu adorada Valentina,  
« Pasado su umbral, alcanza  
« Sempiterna bienandanza,  
« Vida eterna de placer.  
« Dios por ella te perdona  
« De su justicia la duda,  
« Porque tu crimen escuda  
« La miseria de tu sér.

« Vive, Genaro, y espera,  
« Y por prenda de esperanza  
« De esa bienaventuranza,  
« De esa cierta eternidad,  
« De hoy mas, pues tú la deseas,  
« La cabeza peregrina  
« De tu amante Valentina  
« Consuele tu soledad.

« Mientras contigo la tengas,  
« Ese místico amuleto  
« De tu fé será en secreto  
« El irresistible imán :  
« La enseña de tu fortuna,  
« El iris de tu esperanza,  
« De tu cierta venturanza  
« El seguro talisman. »

Todo esto fué la palabra  
De aquella celeste voz  
Que en un instante Genaro  
En su éstasis comprendió.  
Todo esto, que torpemente  
Y en pesada confusion  
Con tan profanos periodos  
Pobremente he dicho yo,  
Claro, luminoso, armónico,  
Sabroso y consolador,  
Sin pasar por los sentidos  
Penetró en su corazon.  
Omnipotente palabra  
Del lenguaje creador  
Que rejuvenece el mundo  
En los labios de su Dios.

De su engendradora boca  
Celestial emanacion,  
De su lenguaje viviente  
Halito generador,  
Todo esto dijo la sabia  
Palabra de bendicion  
Que de la alma Valentina  
El espiritu exhaló.  
Todo esto escuchó Genaro  
En el término veloz  
Del misterio impenetrable  
De aquella revelacion ;  
Y todo esto de tal modo  
Su espiritu estremeció,  
Desbordó su inteligencia,  
Y esprimió su comprension,  
Que sacudido hondamente  
Su cuerpo no resistió  
De este esfuerzo sobrehumano  
La violenta crispacion.  
La fuerza con que su sangre  
Al pecho se le agolpó,  
De fiebre devoradora  
Con el insufrible ardor  
Le ahogó en la garganta estrecha  
La ardiente respiracion,  
La luz del celeste encanto  
De los ojos le robó,  
De los fallecidos miembros  
El estinguído vigor,  
Y todas sus facultades  
De tal modo anonadó,  
Que faltó quedó en su lecho  
De aliento y de sensacion.  
Aun pudo muy débilmente  
Percibir el resplandor  
Que iluminaba el espacio  
Al huir la aparicion.  
Aun en su mente asombrada  
Un momento se pintó  
De su bella Valentina  
La purísima ilusion,  
Y aun sien calenturienta  
Lijeramente oreó  
Al elevarse en los aires  
Con sus alas de crespon.  
Mas todas estas visiones  
Sin voluntad ni color,  
Cruzaron su fantasia  
En apiñado monton,  
Como vagabundas sombras  
De ensueño fascinador  
Que se perciben apenas  
Desvaneciéndose en pos.  
Hasta que al cabo volviendo  
A su reposo anterior,  
Cayó en sueño tranquilo  
Poco á poco ; y se volvió

A oír en el aposento  
Del olvidado escultor  
El monótono murmullo  
De su igual respiracion.

## VII.

Rayaba apenas en el cielo el día,  
Y entre nubes de azul púrpura y grana  
La cenicienta claridad tendía  
De la primera luz de la mañana.  
Para gozar sus rayos bienhechores  
Entreabrian sus cálices las flores,  
Manso alzaban las ráfagas murmullo  
En la hojarasca espesa,  
Y á su tranquilo y deleitoso arrullo  
Despertaban los tardos ruiñesores.  
Todo era calma, y resplandor, y vida,  
Por la fértil llanura,  
Y la tierra en las sombras adormida  
Tornaba á despertar juvenecida,  
Debiendo al nuevo sol nueva hermosura.  
Del oscuro aposento de Genaro  
Por la rota ventana,  
La claridad temprana  
Penetrando pacífica y tranquila  
Hirió, cobrando resplandor mas claro  
Del desvelado mozo la pupila.  
¡Oh! y fatigado de nocturna vela  
Y por ensueño místico agitado,  
La recoge el mancebo alborozado,  
Con ojo avaro y delicioso empeño,  
Porque la vista de la luz consuela  
Las oscuras memorias de su sueño.  
Tendió á la reja el brazo,  
Y abriendo las maderas  
Del cielo de Sevilla vió un pedazo  
Al mirar á través de las vidrieras.  
Brotó en sus labios celestial sonrisa  
Y la luz del placer brilló en sus ojos,  
Y ante el único Dios sumo é inmenso  
De quien la gloria y magestad divisa,  
Tras el azul estenso  
Postróse humilde y le adoró de hinojos.  
Llegó á él embriagando sus sentidos  
El blando soplo de la fresca brisa,  
Y en ella los perfumes recogidos  
Al tocar, entre ramas olorosas,  
Blancas acacias y encendidas rosas  
En los vergeles por abril floridos.  
Llegó á él el murmullo deleitoso  
De los copados árboles vecinos  
Donde el gorrion inquieto y receloso  
Píos lanzaba pretendiendo trinos.  
Llegó hasta él el són de la campana  
Que el alba anuncia, y á asistir convoca  
A la misa temprana,

Y las pisadas rápidas ó graves  
De vecinos asaz madrugadores  
Que abriendo puertas y volviendo llaves,  
Ya siervos, ya señores,  
Iban á sus recreos ó quehaceres,  
Cumpliendo su destino ó sus placeres.  
« Hermoso día, » murmuró Genaro,  
Y al avanzar su cuerpo en la ventana,  
Todo en su mente despertóse claro  
El nocturno pavor, la bella historia  
De la vision aérea y soberana  
Que abrió en su corazón y en su memoria  
Un santuario el amor, y otro á la gloria.  
Sintió dentro de sí de fe sincera  
Y de noble ambicion brotar ardiente  
Un manantial inmenso;  
Y cual se lanza el águila altanera  
Que los aires cruzando indiferente  
Busca ambiente mejor, mejor esfera,  
En que su osado corazón aliente,  
Así Genaro remontóse en alas  
De inspiracion valiente  
Y por primera vez juzgó su pecho  
A su gran corazón ámbito estrecho.  
Del sacro fuego á la insufrible llama  
Dentro dél se encendió la sed de fama:  
Se alzaron en un punto en su memoria,  
Fidias y Praxiteles,  
Coronados de gloria  
Y en tronos de laureles,  
Y al impulso violento  
De claro é inspirado pensamiento  
Empuñaron sus manos los cincelos.  
« ¡Sea! exclamó, de mí cincel fecundo  
Los vigorosos trazos  
Quiero que adore el asombrado mundo:  
Y aun cuando el fuego de mi amor ignore,  
Quiero que, aborto de mis diestros brazos,  
La bella efigie de mi amor adore. »  
Y con osada mano  
Hiriendo el mármol mudo,  
Iba tornando en rostro soberano  
La tosca forma del peñasco rudo  
Iban bajo el cincel apareciendo  
Los contornos suaves  
De la cabeza hermosa  
De una virgen modesta y candorosa:  
En cuya casta frente,  
En cuyos labios que orla dulcemente  
Sonrisa cariñosa,  
En cuyos ojos que á la tierra inclina  
Con modesta mirada,  
Revelándose va la faz divina  
No como el débil escultor quisiera  
De su hermosa y perdida Valentina,  
Sino la faz modesta y venerada  
De la madre de Dios inmaculada.  
Y según el contorno apareciendo

Iba del rostro santo,  
 Del profano escultor iba creciendo  
 El misterioso espanto.  
 La osada inspiracion su mano guia,  
 Mas el hierro á la mano no obedece,  
 Y rebelde el cincel á su porfia  
 No traza los contornos que apetece,  
 Y la sagrada imagen de María  
 De su hermosa en lugar solo aparece.  
 Pura, casta, esplendente, y perfectísima,  
 La célica escultura  
 Pieza salió maestra y hermosísima  
 Desmintiendo de humana criatura  
 Ser obra, ó concepcion; soplo divino  
 Animaba su mármol insensible;  
 Y el rostro peregrino  
 Radiaba aun mas allá de lo creible  
 La virtud y pureza  
 Del sér hermoso de quien es trasunto  
 La marmórea cabeza,  
 Sin concepcion creada en solo un punto.  
 Contemplábalá trémulo el artista,  
 Sin concebir apenas  
 El prodigio que alcanza con su vista,  
 Y sentía la sangre por sus venas  
 Abrasada correr, y allá en su mente,  
 Sentía al par bullir confusamente  
 Con íntima amargura  
 El fantasma fatal de su locura.  
 « Loco estoy, exclamó con voz rabiosa.  
 Sí, loco, ¡vive Dios! pues ya no veo  
 Lo que hay delante de mi vista ansiosa  
 Ni mi mano incapaz es poderosa  
 De trazar mi recóndito deseo. »  
 Y con el mudo mármol encarándose,  
 El cabello y la faz, dijo, mesándose :  
 « ¿Porqué, piedra traidora,  
 Lo que sin entusiasmo hice mil veces  
 Con mas profunda inspiracion ahora  
 Te marca mi cincel, no lo obedeces?  
 ¿Qué me importa esa obra peregrina  
 Que acaso me grangeara una corona  
 Si no es lo que yo quiero una Madona  
 Sino un retrato mas de Valentina? »  
 Y á impulso del coraje que le inflama  
 El profano deseo no alcanzado  
 Dos encendidas lágrimas derrama  
 Que en el rojo carrillo  
 Le dibujan un sulco amoratado.  
 En esta situacion, y en tal momento  
 Le sacó de su amargo arrobamiento  
 El paso acelerado  
 De un hombre que subia  
 Por la escalera que á su estancia guia,  
 Y un acento para él bien conocido  
 Que gritaba su nombre y su apellido.  
 Lanzóse hácia la puerta,  
 Mas antes que llegara, el picaporte

Arrancado de un golpe, vióla abierta,  
 Y con galan y cortesano porte,  
 Traje vistiendo decoroso y rico,  
 Presentóse á sus ojos Federico.

Genaro. ¡Federico!

Federico. ¡Genaro!

Los Dos. Mas ¿qué es esto?

Genaro. ¡Tantas galas en tí!

Federico. ¡Tú en tal pobreza!

Genaro. ¿Es ya muerta tu madre?

Federico.

Por supuesto

Mas viene de otra parte mi grandeza.

Pero á fé que me espanta y maravilla...

Genaro, ¿esto es estudio ó es boardilla?

¿De qué te sirven viages y escultura?

¿No se aprecian tus obras en Sevilla?

¿De qué viene tu mal? Cuéntame, empieza

¿Es especulacion ó es desventura?

¿Qué te falta, Genaro?

Genaro.

¡Ay! la cabeza.

Federico. ¿Otra vez?

Genaro.

Otra vez mi ruin locura

Me acosa mas temible y mas funesta,

Federico, y morir solo me resta.

Federico. ¿Morir? ¡voto vá Dios! ¿y esa

María

Que veo al concluir, del genio aborto,

Que la pasada edad envidiaría

Y que Canova contemplara absorto?

Genaro, esa Madona es un prodigio;

Quien puede con sus manos

Crear esos prodigios sobrehumanos

Puede servirse de cinceles de oro,

Y en la historia dejar grande vestigio

Y abrir bajo sus plantas un tesoro.

Genaro. Pura casualidad; ¡ay Federico!

Eso, de que tú encumbras la escelencia,

Una prueba es no mas de mi impotencia.

Un busto de mi amor hacer quería,

Y cuanto mas en ello me empeñaba,

Mas la madre de Dios aparecía

Y mas de Valentina se alejaba :

A la mano el cincel no obedecía,

Y lo que quiso ser, fué.

Federico.

¡Cosa brava!

Mas dime, aquella caja tan preciosa,

¿Qué contiene?

Genaro.

¿Qué caja?

Federico.

Esa que tienes

Al lado de tu cama.

Genaro.

No la he visto.

Federico. Tu locura á fémia es muydonosa,

¡Con burlas te me vienes!

¿La tienes en tu propia cabecera

Y no sabes siquiera

Lo que guardas en ella, vive Cristo?

Genaro. No la vieron mis ojos hasta ahora,  
Te lo juro en verdad.

Federico (tomándola). ¡Y cómo pesa!

Genaro. ¡Cielos y qué primor! ¡qué encantadora

Labor! ponla por Dios sobre la mesa.

Federico. Abre bien la ventana.

Genaro. ¡Jesus! ¡qué obra tan bella y tan prolija!

Federico. ¡Ah, farsante Genaro, cual se confiesa de tus manos hija En el trabajo minucioso y raro!

Genaro. Te juro, Federico...

Federico. ¡Bah! no mientas, ¡Ola! y está á manera de santuario Cerrada por doradas puertecillas.

Genaro. ¡Qué mezcla de materias opulentas!

El ébano, el márfil, la concha, el oro...

Federico. Genaro, esta cajita es un tesoro, Ahora ya concibo tu pobreza : Dentro de esta cajita has apilado Cuanto oro con tus obras has ganado : Abrela pues, veamos tu grandeza. Y con dulce sonrisa esto diciendo Federico á la caja abrió el candado Y el ojo ansioso á su interior tendiendo Quedaron sin aliento una gran pieza; Y al dar Genaro en tierra desplomado, Escramó Federico : « ¡Es su cabeza! »

Pálido, roto el aliento  
En la mal cerrada boca,  
Inmóvil como una roca  
El pobre escultor quedó :  
Y en la cabeza fijando  
La sorprendida mirada,  
En sonora carcajada  
Federico prorumpió.

« ¡Válgate Dios por amante,  
Siguió diciendo á Genaro,  
Que ha de ser pobre es bien claro  
Que su hacienda emplea así.  
¡De plata has hecho su busto!  
¡Ya se ve! para fundirla  
Tuviste que reunir la  
Viviendo en Sevilla así.

« ¡Voto á san Judas, Genaro,  
Que es una insigne locura  
Gastar en una escultura  
Un hombre todo su haber!  
Si el afán de esa memoria  
Aun te atormentaba el pecho,  
De mármol hubieras hecho  
El busto de esa muger.

« ¿Qué mas vale esa memoria  
Hecha en plata que en madera?  
¿Su imágen misma no fuera  
Leño, mármol ó metal? »  
Así Federico hablaba,  
Mas Genaro no le oía,  
Que el alma absorta tenia  
En el busto celestial.

Y era en efecto su busto,  
Era su imágen divina,  
De la hermosa Valentina  
Completo el trasunto fiel.  
Era su busto hechicero  
Labrado en maciza plata,  
Cuyo primor le arrebató  
Obra de inmortal cincel.

Jamás del hombre impotente  
Acertó á crear la mano  
Portento tan soberano  
De retrato mas cabal.  
Nunca el pensamiento pobre  
De sér de muger nacido  
Concebir ha conseguido  
Ninguna escultura tal.

No hay faltas ni imperfecciones  
En la argentina cabeza;  
En semejanza, en belleza,  
No es la copia, es la verdad.  
No tiene el contorno duro  
Que tienen las esculturas  
Obra de las criaturas,  
Su fria inmovilidad.

No; sus contornos despiden  
Leve vapor, los circunda  
Vaga luz, que les inunda  
En gracia, en vida, en calor.  
Se percibe al acercarse  
El grato olor del cabello  
Cuyos rizos de su cuello  
Ondean en derredor.

Se ve que sus bellos ojos,  
Aunque hechos de plata dura  
Como toda la escultura,  
Reciben la claridad.  
Y parece que en su centro  
Reside aun, goza existencia  
La mortal inteligencia  
De su muerta humanidad.

Parece que aun sus oídos  
Están á la voz abiertos  
Y los vocablos inciertos  
Van de su labio á salir :  
Y el cuerpo, detrás del busto  
Tal vez Genaro imagina

Que va á sacar Valentina  
Para volver á vivir.

A este dulce pensamiento  
Su corazon inflamado  
Todo su cuerpo agitado  
De convulsivo temblor,  
De su Valentina hermosa  
Fijo en la imágen estaba,  
Y la insensata esperaba  
Realizacion de su amor.

Con desiguales intervalos  
Lanzaba el fogoso aliento,  
Y el pecho calenturiento  
Se le hinchaba al respirar :  
Y se le alzaba y sumia  
De su amor con la tormenta :  
Cual su balumbo acrecienta  
Bajo la borrasca el mar.

Mirábale Federico,  
Y absorto de cuanto via  
Su éstasis no comprendia  
Ni su estraña agitacion :  
Mas al ver su arrobamiento  
Ante la bella escultura,  
La fé de pasion tan pura  
Respetó su corazon.

Interrumpir el silencio  
No osó el mozo atolondrado,  
Y permaneció apoyado  
En el brazal del sillón :  
Y los ojos de Genaro  
Siguiendo su propia vista,  
Respetaba del artista  
La sublime inspiracion.

Este, parece que á alcance  
De alguna ilusion divina  
Tras la faz de Valentina  
Ante su espíritu esté :  
Y elevado hasta la dicha  
De su bienaventuranza,  
Su presencia real alcanza  
Y su misma esencia ve.

Y hasta el mismo Federico  
Profano á tan gran misterio  
Se ve sujeto al imperio  
Del deliquio celestial :  
Y en el busto que contempla  
Con dulce é intimo goze  
A su pesar reconoce  
Poder sobrenatural.

Vago resplandor fosfórico  
El santuario ilumina  
Dó el busto de Valentina

Está, y su sér se vé alli  
Como luz tenue y purisima  
Sin foco de donde radie,  
No producida por nadie,  
Comprendida solo en sí.

Claridad diáfana, limpia,  
Estendida y trasparente,  
Desvanecida igualmente  
Del aposento en redor,  
Que en ningun término espira  
Ni de ningun punto emana,  
De una tranquila mañana  
Semeja el temprano albor.

Y de esta luz circundado,  
Bañado en su esencia pura,  
Un manantial de ventura,  
De positiva ilusion  
Encuentra Genaro y goza  
Dulcemente aquella esencia  
Que da una nueva existencia,  
Nuevo sér al corazon.

En el espacio tranquilo  
De aquel éstasis solemne  
Inesplicable, perenne,  
Goza celestial placer ;  
É identifica su alma  
Con el sér de Valentina  
En cuya esencia divina  
Ve al amor, no á la muger.

Y de este amor perfectisimo  
En los deleites perfectos,  
En los divinos afectos,  
En la santa realidad,  
Embebecido Genaro  
Y en fruicion misteriosa,  
Con Valentina reposa  
En invisible unidad.

Misterio que solamente  
Concebir Dios ha podido  
Y á los justos concedido  
Unicamente por Dios ;  
Mística union de dos almas  
En que sin violencia alguna  
Gozan entrambas en una  
Todo el placer de las dos.

Ante este oscuro y recóndito  
Misterio del alma calla  
Y con su razon batalla  
Federico, sin caer  
En lo que tanto Genaro  
Goza embebecido ahora :  
Ni en lo que en el busto adora  
Si al arte, ó á la muger.

Tal vez sospecha que vuelve  
A su pasada locura  
Contemplando la hermosa  
De aquel busto de metal,  
Y sospecha que esta caja  
Donde encierra cuanto adora  
Es su caja de Pandora,  
Donde él custodia su mal.

Por fin tras largo silencio  
Aquel triste objeto caro  
Iba á apartar de Genaro  
Movido de compasion,  
Cuando él del sillón de cuero  
Alzándose de repente  
Esclamó con voz potente  
Y acento de inspiracion :

« ¡Ea! ya luce mi estrella  
De bienandanza y de gloria;  
Iluminado por ella  
Seguro de hoy mas iré :  
No habrá mar que se me oponga,  
No habrá sima que me espante,  
Marcharé siempre adelante  
Con las alas de mi fé.

« Sí, dichosa Valentina,  
Ya no hay desdichas que tema :  
En esta noche suprema  
Sopló tu espíritu en mí.  
Yo oí la palabra santa  
Con que una ofrenda me hiciste,  
Y á fé que me la trajiste  
Preciosa y digna de tí.

« Federico, en este punto  
Mi nueva existencia empieza ;  
Gloria, tesoros, grandeza,  
Cuanto ambicione tendré.  
Esta divina escultura  
Que crees obra de mi mano  
De mi sér guarda el arcano,  
De los cielos obra fué.

« Y mientras guarde conmigo  
Este místico amuleto,  
De mi fé será en secreto  
El indestructible imán :  
La enseña de mi fortuna,  
El iris de mi esperanza,  
De mi cierta venturanza  
El seguro talisman. »

Nada entendió Federico  
De esta arenga inesperada,  
Sin duda no entendió nada,  
Pero con asombro vió  
Que en vez de volver Genaro  
A su acceso de locura,

Con mano firme y segura  
Su mazo y cincel asíó.

De su empezada Madona  
Púsose al punto delante  
Y vió de uno en otro instante  
La creacion aparecer,  
Bajo la brillante forma  
De una Maria sublime,  
Que á su casto pecho oprime  
El Dios niño á quien dió el sér.

Brotaron bajo sus golpes  
Los contornos peregrinos  
Y los misterios divinos  
Del arte en su escelsitud ;  
Y en el mármol insensible  
Parecieron las señales  
De los gozes inmortales  
De santa beatitud.

Y el recato y la pureza  
Y la inocencia y la calma  
Que albergó dentro del alma  
La que jamás delinquirió  
Poco á poco fué mostrando  
En su rostro y su postura,  
La bellisima escultura,  
Que el genio audaz conqubió.

Y en verdad, lector benévolo,  
Que fuera terquedad fatua  
La de pintarte una estatua  
Que no hemos visto jamás :  
Figúrate tú un prodigio  
Del genio humano y del arte,  
Y escuso de ponderarte  
Lo que te cansa quizás.

Primer aborto estupendo  
Del escultor de Sevilla  
Fué su obra una maravilla,  
Fué su primer escalon  
Para subir á la cumbre  
Del alcázar de su gloria ;  
Pero, lector, no es mi historia  
De escultura esposicion.

Preconizar no me incumbe  
Del arte las escelencias :  
Tócanme las consecuencias  
De esta escultura esponer,  
Las relaciones que tuvo  
Con la historia de Genaro ;  
Y esta verás, lector caro,  
En lo que vas á leer.

Eran diez meses despues,  
Y las diez de una mañana  
Del revuelto mes de marzo :  
En una anchurosa estancia  
Que seis opuestos balcones  
En luz todo el dia bañan,  
Y que adornan por dó quiera  
Preciosos lienzos y estatuas;  
Y en cuyo centro, de mármol  
Un velador se levanta,  
Sobre el cual, y bajo un velo,  
Hay colocada una caja  
Que en la materia y la forma  
De que es hecha y trabajada  
Parece que encerrar debe  
Alguna preciosa alhaja;  
Sentados están dos mozos  
Que con aquestas palabras  
En este momento siguen  
Conversacion empezada.

*El Uno.* Pues, señor, todo eso es cierto,  
Y es cosa en verdad que pasma.

*El Otro.* Pues la cosa es muy sencilla.

*El Primero.* No la veo yo tan clara.

*El Segundo.* ¿No ves el dedo de Dios?

*El Primero.* Déjate de bromas.

*El Segundo.* Calla

Si tu corazon rebelde  
Se niega á creer, y guarda  
Tu incredulidad impia  
En el fondo de tu alma.

*El Primero.* Vaya, perdona, si á ofensa  
Mis palabras dieron causa.

*El Segundo.* No toques nunca ese punto,  
Y la llevas perdonada.

*El Primero.* Cambie vos pues de argu-  
mento.

¿Sabes que hoy dia no se habla  
Mas que del lujo estremado  
Con que vives y que gastas?

*El Segundo.* Donde hay ael cielo una  
prenda

Tan rica y tan soberana  
Como la que esa cajita  
Dentro de su seno guarda,  
Preciso es que todo muestre  
Que el don divino se acata :  
Y aunque mas merece, al menos  
El decoro no le falta.

*El Primero.* Si, pero el vulgo murmura,  
Que tus razones no alcanza.

*El Segundo.* Tranquila está mi conciencia :  
El oro que me costaron  
Los muebles y los tapices  
Con que engalano mi casa  
Débolo solo á mis manos,

Y el pobre que lo reclama  
En nombre del Sér supremo  
Y de su miseria, lo halla.  
¿De qué pues murmura el vulgo?

*El Primero.* A orgullo escesivo achaca  
La soledad en que vives,  
La austeridad que acompaña  
Tu semblante cuando escuchas  
Y tus frases cuando hablas.

*El Segundo.* Yo trato á quien me visita  
Como es justo que lo haga  
Con quien á honrarme se acerca  
O de mi amistad se agrada.  
Trato con respeto y mucho  
A quien trabajo me encarga,  
Pues con el trabajo vivo  
Que con sus monedas paga.  
Si no me doy á las fiestas,  
A los paseos y farsas  
Y al estrépito del mundo,  
No alcanzo porqué lo estrañan.  
Mis obras son infinitas,  
Y siempre el tiempo me falta  
Para cumplir como debo,  
Trabajando la jornada  
Toda entera, mientras dura  
La luz que me es necesaria.

*El Primero.* Ya... pero...  
*El Segundo.* Pero ya entiendo,

Hay de vagos una cáfila  
Que diz que me conocieron  
Y me amaron en mi infancia,  
Que anduvieron á mi escuela  
O cosa que se lo valga,  
Que quisieran que yo hiciese  
De mi estudio una posada;  
Que anduvieran largamente  
La botella y la baraja,  
Que hubiera mozas acaso  
Nada esquivas, que hubiera armas  
Con que armar ruido y pendencias  
Y desórden... ¡Noramala!

*El Primero.* Pero hay muchos que te  
admiran,  
Que hicieran de buena gana  
Contigo amistad, y me honran  
Con la suya noble y franca.

*El Segundo.* Sí, sí, Federico mio,  
A ti te harán mucha gracia  
Tus amigos, mas ¿qué quieres?  
A mi no me gustan nada.  
Son todos, y en paz sea dicho,  
Como eres tú mismo.

*El Primero.* Vaya.

*El Segundo.* Sí, lo que yo en ti tolero  
Porque te amo con el alma,  
Fuérame en ellos muy duro  
Presenciar con tolerancia.

Si tú pierdes tu dinero  
Y pingüe herencia malgastas,  
De tu tío la heredastes,  
Y de tí nadie la aguarda.  
Si abusas de los licores,  
Y con lengua acalorada  
Ruido y penciencias provocas,  
De ellas tus manos te sacan.  
Y en fin, á tí te divierte  
Tal vida, y así las pasas.

*El Primero.* Mas si el despecho y la envidia

Sus corazones minara  
Y enemigos te se hicieran,  
Y la turba deslenguada  
Interpretando tus hechos  
Menoscabase tu fama...

*El Segundo.* Federico, si á mi honra  
Injustamente tocaran,  
Dejara el cincel mi mano  
Por la pistola ó la espada,  
Y á meterles volvería  
Lo dicho por la garganta:  
Porque el cristal de la honra  
Vapor no admite ni mancha.

*El Primero.* Pues mira, Genaro, creo  
Que, ya que así me desairas,  
Para olvidar el desaire  
Me vendrá pintiparada...

*El Segundo.* Una botella, ¿no es eso?

*El Primero.* Cabal. Con vino se apaga  
El fuego de los pesares.

*El Segundo.* Igual consecuencia sacas  
De todo cuánto sucede.

*El Primero.* No me prediques.

*El Segundo.* Destapa.

Y poniéndole en la mano  
Una botella lacrada  
Volvió Genaro á su asiento,  
A su cincel, y á su estatua.

Y así viven los dos, y así la vida  
Para entrambos á dos dichosa corre:  
Derrochando su herencia Federico,  
Conquistando Genaro oro y renombre.  
Amigos de la infancia, aun alimentan  
Dentro del corazón su llama noble  
Y recios se conservan todavía  
De su franca amistad los eslabones.  
Víctima de recónditos pesares,  
O embebecido en celestiales gozes  
Solo es el mismo para él Genaro,  
Para el resto del mundo es otro hombre.  
Severo, indiferente y silencioso,  
De virtudes austeras, no responde  
Su corazón de las pasiones viles  
A la traidora voz y halago torpe.

El santo talisman que le protege  
Fé le infunde y virtud, y día y noche  
Al pié del talisman duerme ó trabaja  
Y su poder celeste reconoce.  
En misteriosa union identifica  
Su sér con otro sér que allí se esconde,  
Y del busto de plata en la presencia  
Se encanta con divinas ilusiones.  
De purísimo amor dulces miradas  
Halla en sus ojos de metal inmóviles,  
Y en los labios del busto misterioso  
Gratos acentos y murmullos oye.  
Las gracias de su muerta Valentina  
Vivas, puras encuentra en sus facciones,  
Y, sea realidad, sea demencia,  
Renueva en aquel busto sus amores.  
Su presencia le da nuevo entusiasmo,  
Nuevo amor á la gloria, audacia doble;  
Y ardiente inspiracion da á sus cinceles  
Mágico acierto en mármoles y bronce.  
Basta para que emprenda arduas fatigas,  
Para que el tiempo y el trabajo arrostre,  
Que el argentino busto ante sí vea,  
Y que mas recompensa no ambicione.  
No tiene otra ilusion ni otra apetece:  
Toda en la imagen su atencion se absorbe  
Cual si fuera su misma Valentina,  
Y todo á su memoria lo pospone.  
Y acaso el soplo del Señor alienta  
En aquel talisman, y á las regiones  
Etéreas su espíritu levanta  
Por cima de los astros y los orbes.  
Fuente de luz y manantial de vida  
Para el amante mozo, el velo rompe  
De su terrena humanidad y su alma  
En el dintel del paraíso pone.  
¿Y qué la inspiracion? ¿quién da á su vuelo  
El recio impulso gigantesco, enorme  
Con que se alza el artista y el profeta  
Sobre el polvo del tiempo y las naciones?  
¿Qué es mas que una ilusion? menuda chispa  
Que en su mente febril brotando informe  
Llega á hoguera voraz; grano de arena  
Que empieza en grano y que concluye en  
monte.

Y así viven los dos; y así la vida  
Para Genaro y Federico corre;  
Y derrocha su herencia Federico,  
Y conquista Genaro oro y renombre.

Del revuelto mes de marzo  
En la mitad de una tarde,  
De sobremesa ambos mozos  
Familiar plática traen.  
Con lisonjera sonrisa  
Y cariñoso semblante,  
Oye en silencio Genaro

Los desatinados lances  
 Que Federico le cuenta,  
 Entre los vapores suaves  
 De su botella y su pipa  
 Que le exaltan por instantes.  
 Porque Federico ahora  
 Que herencia considerable  
 Goza, con todos los vicios  
 Estrecha las amistades.  
 Pero poco acostumbrado  
 A sus resultas fatales,  
 Aun le turba la cabeza  
 La botella, y aun le hace  
 Mucha saliva el tabaco  
 Y aun entre las redes cae  
 De una cortesana astuta  
 Como bien se las prepare.  
 Por eso incon siderado  
 Afecta por todas partes  
 Las estragadas costumbres  
 De los altos personajes.  
 Levántase á medio dia,  
 Come á las seis de la tarde,  
 Y en la mayor parte de ellas  
 Concluye con embriagarse.  
 No como el vulgo soez  
 Que da consigo en la calle,  
 Sino como el vulgo noble  
 Aristócrata, elegante.  
 La embriaguez no le produce  
 Mas efecto que alegrarle,  
 Dar mas fuego á sus pasiones,  
 Y á sus palabras mas sales.  
 Acrecienta su valor  
 Y le enardece la sangre,  
 Doblándole la aficion  
 De aventuras y de lances.  
 En tal situacion, y en esta  
 Disposicion formidable,  
 Entreverando los sorbos  
 De risa con los arranques,  
 Y las bocanadas de humo  
 Que de los labios le salen,  
 Hablaba el buen Federico  
 Y el escultor escuchábale.  
 Llegaban á la mitad  
 De una aventura agradable  
 Que aumentaba de Genaro  
 La risa con cada frase,  
 Cuando en la puerta del cuarto  
 Un criado presentándose  
 Anunció un desconocido  
 Y dijo el dueño : « Que pase. »  
 Calló Federico entonces,  
 Tomando exterior mas grave,  
 Y levantóse Genaro,  
 Componiendo su semblante.  
 Pareció á poco el incógnito,

Que era un viejo respetable,  
 Aunque habia en su persona  
 No sé qué de repugnante.  
 Eran blancos sus cabellos  
 Y negro todo su traje;  
 Persona de distincion  
 Segun exterioridades.  
 Entró en la estancia con calma,  
 Friamente saludándoles,  
 Y preguntó : « Un profesor  
 De escultura que...

— Delante

Le teneis, buen caballero, »  
 Dijo Genaro inclinándose.

*Viejo.* ¡ Ah! ¿ sois vos?

*Genaro.* Yo soy, sentaos :  
 ¿ Y qué teneis que mandarme?

*Viejo.* Tal vez será muy difícil  
 Mi encargo.

*Genaro.* Si es de arte,  
 Confio en llevarlo á cabo.

*Viejo.* ¡ Oh vuestra fama es muy grande!  
 Todo el mundo me lo afirma,  
 Y vuestras obras son tales  
 Que...

*Genaro.* Apartemos, caballero,  
 Corteses urbanidades.

*Viejo.* Escuchadme, pues. Quisiera  
 Describiros el semblante  
 De una muger, que ya es muerta,  
 ¡ Válgame Dios, y era un ángel!  
 Yo os diria una por una  
 Sus señas y cualidades,  
 Y vos haciendo un bosquejo....

*Genaro.* Caballero, eso no es fácil,  
 Pues todos los rostros tienen  
 Tan diferente carácter,  
 Que aunque fueran las facciones  
 A la descripcion iguales,  
 Tal vez la espresion saldria  
 De la verdad muy distante.

*Viejo.* Ya yo me lo imaginaba.

*Genaro.* En fin, podemos, si os place,  
 Vos ir diciendo, y yo á un tiempo  
 Dibujar y á ver si sale.  
 Vos mirareis mi dibujo  
 É ireis diciendo : *Mas grande,*  
*Mas pequeño, mas abajo,*  
*Mas atrás, mas adelante;*  
 Yo iré corrigiendo al punto  
 Y haremos lo que se alcance.

*Federico.* ¡ Pues no va á ser mala droga!  
 Aunque estés toda la tarde  
 Y hasta la tarde del juicio,  
 Apuesto que no lo haces.

*Viejo.* ¿ Sois tambien pintor?

*Federico.*

Tambien.

*Viejo.* Mis ofertas son iguales  
Para ambos, si vos lo haceis  
Yo os daré...

*Federico.* ¿Yo? ¡Pues ya es fácil!  
Aunque me dierais mas oro  
Que lo que en la plaza cabe.

*Viejo.* ¿Porqué?

*Federico.* Porque á mí me sobra,  
Y no prostituyo el arte.

Y así hablando Federico  
Volvió la copa á llenarse  
Y echó tabaco en la pipa  
En la silla arrellanándose.  
Con el semblante encendido  
Quedóse el viejo mirándole;  
Pero Genaro en tal punto  
Le dijo: « Cuando gustareis. »  
Sentóse el viejo á su lado  
Y las señas apuntándole,  
Del retrato que se intenta  
Empezó á dar semejantes.

*Viejo.* Una cabeza pequeña,  
Dividido en dos mitades  
El cabello, y hecho rizos  
En torno al cuello tornátil.  
Perfectamente. La frente  
Serena, espaciosa; que alze  
Un poco menos el pelo.  
Así... seguid.

*Genaro.* Adelante.

*Viejo.* Cejas arqueadas, abiertas  
Sin entrecejo: ojos grandes  
Rasgados, negros y un poco  
Melancólicos y graves.  
Largas pestañas. ¡Soberbio!  
¡Perfectamente! ¡Cabales!

*Genaro.* ¿Se parecen á los suyos?

*Viejo.* Parece que estais copiádoles.

*Genaro.* Seguid, seguid.

*Viejo.* Un poquito

Ojerosos, nada casi.  
Perfectamente. Amiguito,  
(*A Federico con aire de triunfo.*)  
Vuestra apuesta está en el aire.

*Federico.* ¿Con qué va saliendo?

*Viejo.* Vaya

Y perfecto.

*Federico.* ¿Sí eh? ¡Qué diantre!

(*Fumando con indiferencia.*)

*Viejo.* ¿Está? (*á Genaro.*)

*Genaro.* Continuat.

*Viejo.* Nariz

Griega, de un perfil muy suave,  
Boca un poco desdenosa.

*Genaro.* ¿Así?

*Viejo.* Así.

*Genaro (agitado).* ¿Contorno fácil  
En los carillos?... ¿dos hoyos  
Que al sonreirse se hacen  
Graciosísimos?... ¿la barba  
Con dos pequeños lunares  
Que apenas se ven?

*Viejo.* Cabal.

¿Pero qué os da? con el lapiz  
Vais arañando el papel:  
¿Vais el bosquejo á borrar?

Así exclamaba el anciano  
Al dibujo abalanzándose,  
Mientras Genaro convulso  
Se agitaba dibujándole.  
« No le rompáis, » le gritaba  
El viejo trémulo; « dádmelo; »  
Y Genaro con voz ronca,  
Sofocada y anhelante  
« ¿Es eso? » gritó, el retrato  
De su querida mostrándole.  
« ¡Es ella! ¡es ella! exclamaba  
El viejo, pero mas grande,  
De bulto es como lo quiero.  
— Si, vive Dios (levantándose  
Gritó Genaro), os comprendo:  
Quereis un bulto palpable  
Que os presente superficie  
Para abrazarle y besarle.  
¡Ira de Dios! ¿esto, es esto  
Lo que quereis? » y agarrándole  
Por las muñecas llevóle  
De su talisman delante.  
Abrió furioso la caja  
Y ¡o pasmo! en lugar de hallarse  
Con la cabeza de plata,  
Hallaron bañada en sangre  
La propia de Valentina;  
Su aparicion formidabile.  
« ¡Mi pupila! » exclamó el viejo  
Aterrado arrodillándose.  
« ¡El juez! exclamó Genaro,  
¡Eres tú, tú, miserable,  
Su asesino! ¡Sí, sí, el cielo  
Te ha echado al rostro su sangre! »  
Y cayó desvanecido  
Sin voz, y sin vida casi.  
Duró el silencio un momento  
Hasta que al fin levantándose  
Se avanzó el viejo á la puerta,  
Mas Federico atajándole  
Le asió del cuello diciéndole:  
« Conmigo irás, miserable,  
Yo te llevaré arrastrando.  
— ¡Adónde!

— A los tribunales. »

## CONCLUSION.

Dicen que el escultor se sintió herido  
De enfermedad mortal desde aquel día,  
Y á la par que su aliento se extinguía  
Menguaba su sangriento talisman.  
Su amigo revolvió toda Sevilla,  
Y á Genaro llevó cinco doctores,  
Mas á pesar de ser de los mejores,  
Inútil fué por fin todo su afán.

Genaro sin dolor y sin angustia,  
Se consumía lenta y dulcemente,  
Como se estingue el agua en una fuente  
En el árido estío abrasador.  
Ni drogas, ni remedios admitía,  
Y con el mal oculto no atinando,  
Del lado del enfermo retirando  
Poco á poco se fué cada doctor.

Y un día que miraba Federico  
Desde el balcon la plaza, de repente  
Gran tropel de soldados y de gente  
Vió por un callejon desembocar.  
Era una *ejecucion*. Venía el reo  
Sobre un asnillo viejo maniatado,  
Y un monge carmelita iba á su lado  
A quien no quiere el réprobo escuchar

Sorbióse Federico un ancho vaso  
De esquisito Jerez que á mano estaba,  
Y la escena confuso contemplaba  
Al reo imaginando conocer.  
« ¡Voto á Dios! (esclamó, cuando subiendo  
« Clara su forma vió sobre el suplicio)  
« ¡Es el tutor!... ¡pardiez! y está muriendo  
« Como un pagano vil... ¡Como ha de ser!

« Yo quise que sus crímenes pagara  
« Como era justo: pero si él no quiere  
« Morir como hombre y como perro muere,  
« Allá se las avenga el confesor. »  
Y esto al decir, para borrar la odiosa  
Repugnante vision del triste caso,  
Echóse á pechos el segundo vaso,  
Sin dejar una gota del licor.

Y entonces vió que al espirar el reo,  
Cruzando el aire trasparente y claro,  
Las almas del tutor y de Genaro  
Fueron al tribunal de Jehová.  
Un metéoro impuro en sus vapores  
El ánima del viejo conducía,  
Y de Genaro el ánima subía  
Cual nube blanca que en el viento va.

Por la estraña vision sobresaltado,  
Rápido fué del escultor al lecho,  
Mas vida ni calor halló en su pecho,  
Ni encontró junto á él su talisman.

Y á pesar del licor que le turbaba,  
Encima de sus míseros despojos  
Llanto vertieron sus hinchados ojos,  
Prensó su pecho doloroso afán.

Jamás supo esplicarse aquella idea:  
Y él hundió en el misterio mas profundo  
Como salió Genaro de este mundo  
Y el *talisman* de plata de una vez:  
Y siempre que en su mente la memoria  
De la vision fatal se renovaba,  
Dudando de sí mismo murmuraba:  
« ¡Los demonios tenía aquel Jerez! »

DOS PALABRAS DEL AUTOR

## A DON CARLOS LATORRE.

Querido amigo,

Hé aquí estendido sobre el papel el pensamiento del *Talisman*, de que tanto te pagaste cuando te lo anuncié. A tí pues va dedicado como pequeña muestra del aprecio en que te tengo; y ojalá que lo escrito te agrade tanto como te agradó su argumento.

Y aconsejote de camino, que no hagas caso del sitio en que coloco esta dedicatoria; porque bien sea prólogo, ó bien epílogo, siempre será la expresion sincera del cariño que te guarda tu buen amigo,

JOSÉ ZORRILLA.

## EL MONTERO DE ESPINOSA.

LEYENDA HISTÓRICA.

Lector, si haces memoria  
Y mis leyendas por fortuna mía  
Has leído algun día,  
Recordarás la historia  
De una linda francesa  
Que á Burgos traje para ser condesa.  
De ella te voy á hablar: pues aunque entrada  
En el sétimo lustro de su vida,  
Todavía era hermosa, y muy querida,  
Y de gente cabal galanteada.

Francesa fué, por consiguiente á España  
Sino enemiga á la verdad, estraña  
Que aunque es la pátria tan abstracta cosa  
Que á gozarla jamás ninguno llega,

Allá á su modo cada cual la juega  
 Cual la ve para sí mas ventajosa.  
 El mas pobre mendigo  
 En su miseria por lo menos quiere  
 De su pátria el amor llevar consigo,  
 Aunque sea no mas por testigo  
 De que en su pátria de miseria muere.  
 Esto es por lo que atañe al buen patriota,  
 Que en cuanto al extranjero  
 Los derechos de tal bizarro acota,  
 Dó encuentra al ciudadano don dinero;  
 Mucho entonces de fé y de patriotismo,  
 Y al punto que lo atrapa,  
 Oro y patriota caen en un abismo  
 Donde, por Dios, que no darán con ellos  
 Los mismísimos monjes de la Trapa  
 Con oracion, conjuro, ni exorcismo.  
 Y en cuanto á nuestra España y los franceses  
 Bien claro la esperiencia nos lo habla,  
 Lo poco que á sus garras defendimos  
 Lo salvamos á nado en una tabla.

Mas porque no imagines que lo dicho  
 Es hijo ¡oh buen lector! de algun capricho,  
 Voy á contarte, pues aqui interesa,  
 Lo que hizo en su condado de Castilla,  
 Madre del conde actual, la tal francesa.  
 Lee, pues, y considera claramente  
 Lo que ha sido y será por mientras dure  
 En nuestra España la estrangera gente.

Y permite de paso  
 Que te advierta, lector, que de nosotros  
 Esto mismo y aun mas dirán acaso,  
 Y no sé yo si con razon, los otros.  
 Pero tal es el mundo, y es un hecho,  
 Que cuando muchos á la par pleitean,  
 Por despechadas que sus causas sean  
 Todos se creen con el mejor derecho.  
 Pero basta, por Dios, de digresiones,  
 Y entremos en materia,  
 Que el caso es grave y nuestra historia sería.

Gobernaba con próspera fortuna  
 En Castilla el leal Sancho Garcia,  
 Atropellando audaz la media luna  
 Dó quier que al campo por su mal salia.  
 Acechaban los moros sus fronteras  
 Como tigres hambrientos;  
 Y vian desde lejos sus banderas  
 Libres flotando al soplo de los vientos,  
 Y en la sangre teñidas  
 De sus haces vencidas.  
 A merced de estos lances venturosos  
 Todo era gozo, y dicha, y bienandanza,  
 Por cuanto el linde de Castilla alcanza.

Mas ¡cuánto son precarios y engañosos  
 Los augurios del bien de la esperanza,  
 Y cuanto ¡ay Dios! las dichas terrenales  
 Espuestas al impulso de los males,  
 Y sujetas á cambio y á mudanza!  
 Oigamos para prueba incontestable  
 Lo que una noche hablaban á una reja  
 Un page de Don Sancho y una amable  
 Y hermosa dama que de amor le escucha  
 Plática dulce con paciencia mucha;  
 Y las palabras nos dirán de *Estrella*  
 Lo que ignoraba aun *Sancho Montero*,  
 Que aquel era, lector, el nombre de ella,  
 Y este el nombre tambien del caballero.

*Estrella*. Pues bien, Sancho, ya que zelos  
 Me pides con tal furor,  
 Fuerza es aclarar tu error.  
 ¡Perdónemelo los cielos!  
 Un hombre me dices que entra  
 De noche por mi ventana  
 Y sale muy de mañana:  
 Causa tu furor encuentra  
 Para irritarse, es así;  
 Entra en mi aposento un hombre,  
 Pero que entre no te asombre,  
 Sancho, que no entra por mí.

*Sancho Montero*. ¿Pues cómo, muger li-  
 viana,  
 Si la verdad no contestas,  
 He de creer tus protestas  
 Cuando es tuya la ventana?

*Estrella*. Montero, vamos despacio,  
 Que aunque la ventana es mia,  
 Ni de noche ni de dia  
 Vivo yo sola en palacio.  
 Y no pongas en un potro  
 Tu discurso, buen Montero,  
 Por donde entras tú primero  
 Puede despues entrar otro;  
 Y segun, Sancho, á mi cita  
 Vienes, el parque asaltando,  
 Puede estar otro aguardando  
 Hora para otra visita.

*Sancho Montero*. Todo eso está bien, *Es-  
 trella*;

Que los hombres somos dos  
 Ya lo veo, voto á Dios:  
 Mas si tú no, ¿quién es ella?

*Estrella*. Secreto debiera ser  
 Ese nombre, mas, Montero,  
 Si tú lo quieres...

*Sancho Montero*. Lo quiero.

*Estrella*. Secreto lo has de tener,  
 Y ni en tu última hora  
 Lo digas ni al confesor.

*Sancho Montero*. Lo juro.

*Estrella*. Pues de tu error  
 Es la causa mi señora.

*Sancho Montero.* ¿La condesa?

*Estrella.* La condesa.

*Sancho Montero.* ¿La madre de Don García?

Tú mientes.

*Estrella.* ¡Por vida mía!

Que así me trateis me pesa.

Considerad, señor Sancho,

Que aun cuando yo lo negara,

Con mi palabra bastara,

Y aun os viniera muy ancho.

*Sancho Montero.* Perdóname, dulce Estrella,

Lo osado por lo zeloso,

Que me es en verdad penoso

ensar tal infamia en ella.

Que á fé que mal corresponde

A quien en desman tamaño,

Sino por su propio daño,

Por honra de su hijo el conde.

El querer de una doncella,

Si es casto, el amor lo escuda,

Mas ella condesa, y viuda,

Pide mas recato, Estrella.

Y está en la ley prevenido :

Si el hijo ha de gobernar,

La madre no ha de tomar

En su gobierno marido.

*Estrella.* ¡Ah, Sancho, que tú no alcanzas

Lo que su amor me atribula,

Porque es un amor que anula

Aun sus mismas esperanzas!

*Sancho Montero.* Estrella, no te comprendo.

*Estrella.* Pues óyeme, Sancho, bien,

Y el cielo me olvide, amen,

Cuanto mal estoy haciendo.

Yo por servirla no mas

Y por velar su deshonra

Estoy prendiendo mi honra

En un cabello quizás.

Y por contentar su afán

Presto, protegiendo á ese hombre,

Con mi aposento mi nombre

Y corre por mi galan.

Mas no es esto, Sancho mio,

Lo que el alma me atormenta,

Que yo ayudara contenta

De una amiga un desvario.

Mas yo arriesgo mi decoro

Y arrostro, Sancho, tus zelos,

¿Y por quién abogo? ¡cielos!

¿Por quién, Sancho? por un moro.

*Sancho Montero.* Estrella, ¿te has vuelto loca?

¿Moro dices?

*Estrella.* ¡Ay de mí!

Ojalá no fuera así

Lo que te dice mi boca,

Ese Muza embajador

Del rey moro de Sevilla,

Es el galan.

*Sancho Montero.* ¡Qué mancilla  
Para dama de su honor!

¡Un moro! por Dios, Estrella,

Que al conde lo he de contar.

*Estrella.* Nos vas, Montero, á matar.

*Sancho Montero.* ¡Ay! ¿quién te ganó por ella?

¿Quién puso en tu pensamiento

Tan villana aberración?

¿Quién puso en tu corazón

Tan torpe consentimiento?

*Estrella.* ¡Quién mas que mi desventura!

Me acogió desde mi infancia,

Y desque vino de Francia

No la he concebido impura.

No tengo madre, Montero,

Y ella de tal me sirvió,

¿Negarla pudiera yo

Lo que hizo por mí primero?

Supo ella nuestro amor antes

Y velándolo á su hijo,

« Obrad prudentes, me dijo,

Y sed dichosos amantes. »

*Sancho Montero.* ¡Fatal complacencia fué!

Mas ya es tarde, hasta mañana.

Dios quiera que tu ventana

Grave pesar no nos dé.

Y partiendo el caballero,  
Cerró sus vidrios la bella,  
Siguiendo al través su huella  
Por un torcido sendero.

Está la noche tranquila  
Aunque embozada la luna,  
Y encapotado como ella  
Está junto al parque Muza.  
En pardo alquicel envuelta  
Su conocida figura,  
Y bajo el casco escondida  
Su cabeza (que á la turbia  
Luz de una pálida estrella  
Conocería sin duda  
El mas topo en el turbante  
Si en él la llevara oculta),  
La seña impaciente aguarda,  
Que le harán para que suba  
Las manos de quien espera  
Asir amante las suyas.  
De arriba á abajo pasea,  
Pero con tanta cordura

Que ni sus pasos se sienten  
 Ni de una á otra esquina cruza.  
 Solo su amor le acompaña,  
 Y solo su amor segunda  
 Con su audacia y con su alfanje  
 De una muger la locura.  
 Locura, sí, porque es mengua  
 Y rabia causa y angustia  
 Que así en el cieno se arrastre  
 Dama de tan noble cuna.  
 Locura, sí, porque vela  
 Detrás de la colgadura  
 De su balcon la condesa,  
 Que de tardanza le acusa.  
 Con gran cautela á los vidrios  
 (Que no es estremada nunca)  
 Continuamente se asoma  
 De que ha de venir segura.  
 Y entre la luz y los vidrios  
 Pasando, mientras calcula  
 El tiempo que huye, su sombra  
 Sobre el cristal se dibuja.  
 Y en los iguales períodos  
 Con que aparece y se ofusca  
 Se ve bien que se pasea  
 Tal vez sin paciencia mucha.  
 Por fin, tornando á asomarse  
 Acaso vió lo que busca,  
 Porque cerró la ventana  
 Con golpe que prisa anuncia.  
 Faltó al punto la luz de ella  
 Y apareció en la segunda  
 Ventana, que está sin rejas,  
 Mas abajo de la suya.  
 Sonó una palmada á poco  
 Y como está á poca altura  
 Fácil halló la subida  
 El enamorado Muza.  
 Mas presto á bajar volviera  
 Si alcanzara por ventura  
 A ver que un hombre aparece  
 En el punto en que él se oculta.  
 Sí, guarecido en lo espeso  
 De la oscuridad nocturna,  
 A la ventana se acerca  
 De otro hombre la sombra muda.  
 Sombra que avanza despacio,  
 Pero con planta segura,  
 Como quien sabe la tierra  
 Por donde camina á oscuras.  
 Al eco de sus pisadas  
 Con desolacion profunda  
 Una muger sacó á medias  
 La cara, que el miedo turba.  
 A cuyo punto el que viene  
 Con voz al caso oportuna  
 Dijo y en tono intermedio  
 De afirmativa y pregunta :

*Sancho Montero.* Estrella.  
*Estrella.* ¡Sancho!  
*Sancho Montero.* ¡Silencio!  
*Estrella.* Por Dios, Sancho, disimula  
 Si es que has visto...  
*Sancho Montero.* Todo, Estrella,  
 Y estáme ahogando la furia,  
*Estrella.* ¡Por Dios, Sancho!  
*Sancho Montero.* Nada temas.  
 No con fuerza, con industria  
 Espero cortar los hilos  
 Que tal escándalo anudan.  
 ¿Por quién te pondrás, Estrella,  
 Por ella ó por mí?  
*Estrella.* ¿Eso dudas?  
 La vida diera gustosa  
 Con una palabra tuya.  
*Sancho Montero.* Pues bien, Estrella, si  
 me amas  
 Y si confianza alguna  
 Te inspira la idolatria  
 Que mi pasión te tribute;  
 En vez de guardar la reja  
 De una sorpresa importuna,  
 Guarda la puerta á su cuarto,  
 Y cuanto digan escucha.  
 Yo respondo de que nadie  
 Por reja ni escala suba,  
 Con tal de que me repitas  
 Sus palabras una á una.  
*Estrella.* ¿Y qué te importa?  
*Sancho Montero.* Va en ello,  
 Estrella, nuestra ventura.  
*Estrella.* Enhorabuena.  
*Sancho Montero.* Ya tardas.  
*Estrella.* Guárdame pues.  
*Sancho Montero.* Pues escucha.

—  
 Quedó junto á la ventana  
 Montero de centinela  
 Y junto á la cerradura  
 Se puso á escuchar Estrella.  
 Abajo Montero inmóvil  
 Permanece en las tinieblas  
 Y arriba por los resquicios  
 Ella la vista endereza.  
 Él, allá abajo inmutable  
 Como una estatua de piedra :  
 Ella allá arriba con ansia  
 Toda arrobada de atenta.  
 Mas poco oír la permite  
 La bien encajada puerta,  
 Y poco paso á su vista  
 Da la cerradura estrecha.  
 Mas mucho puede un deseo  
 En cuyo logro interesa  
 Grave peligro ó bien grave

Quien firmemente desea.  
Así que al par aplicando  
Con oportuna destreza  
Ya el ojo para mirar,  
Ya para escuchar la oreja,  
Logró entender, sino cuanto  
Su curiosidad quisiera,  
Cuanto basta á quien importa  
Para que todo lo entienda.  
Y las frases que á pedazos  
Hasta su escondite llegan,  
Con algunas adiciones  
O supresiones, son estas.

*Condesa.* ¿No hay otro medio?

*Muza.* No hay otro

Mientras él viva, condesa,  
Prendidos tenemos ambos  
En un hilo la existencia.  
Mi amor para ti es sin freno:  
Te adoro, sultana bella,  
Y si en decidirte tardas,  
Sin ti me parto á mi tierra.  
No puedo mas en Castilla  
Permanecer sin sospecha,  
Pues concluí mi embajada  
Y va á encenderse la guerra.  
Mi rey en Córdoba tiene  
Gente mucha y muy resuelta,  
Que vendrá á poner de Burgos  
La corona en tu cabeza.  
¿Qué me respondes? decidete;  
Dentro de tu casa mesma  
Tú vives tiranizada,  
Obedeces y no reinas.  
Privada de los placeres,  
De los saraos y las fiestas,  
Por viuda al llanto y al luto  
Las costumbres te condenan.  
Eres hermosa y amante,  
¿Porqué has de pasar por sierva  
Donde, si quieres, mañana  
Puedes mandar como reina?  
Así nuestro amor logrado,  
Ventajas logrará inmensas  
Tu condado de Castilla:  
Pues en paz con sus fronteras,  
Tus pueblos tendrán tranquilos  
La paz que con ansia anhelan.

Calló aquí el moro, y tras grave  
Meditacion, la condesa  
Como quien duda en lo que habla  
Repuso de esta manera.

*La Condesa.* ¿A qué ocultarlo, buen moro?  
Demasiado lo confiesan  
Las lágrimas de mis ojos,

Y las voces de mi lengua.  
Yo te amo: poco á mis ansias  
La corona es de condesa;  
Para ceñirla á tus sienas  
Ansiara imperial diadema.  
Pero si yo abro de Burgos  
A tus árabes las puertas  
¿Cómo reinar en Castilla  
A no conquistarla entera?  
¿Cómo estarán los cristianos  
Sumisos á quien los venda?  
No, harán para rebelarse  
Un fuerte de cada piedra.  
Tu rey querrá en la conquista  
Llevarse la mejor presa,  
Y si es una infamia todo,  
Huir es la mas pequeña.

*Muza.* ¿Huir, sultana, qué dices?

¿Adónde, infeliz, huyeras  
Que esclava no te contaras,  
Si no te contaras muerta?  
¡Huir! ¿acaso por miedo  
De que traidora te hicieran  
A una patria que no es tuya  
Pues no nacistes en ella?  
¿Ignoras que esos villanos  
Que ante tu faz se prosternan  
Maldicen allá á sus solas  
Tu noble cuna francesa?

*Condesa.* ¡Esclavos!

*Muza.* Sí, esclavos tuyos,

Puesto que ellos son tu herencia,  
Y venderlos y comprarlos  
Justo es que á tu antojo puedas.

*Condesa.* Sí, justo sería, ¡oh Muza  
Mas muy arriesgado fuera  
Tal intentar, porque al cabo  
¿Quién sabe el fin de una guerra!  
Si no hay mas medio.

*Muza.* ¡Ah sultana

Mas que tus ángeles bella,  
Mas necesaria á mi vida  
Que el sol y el agua á la tierra,  
Aquí á tus plantas de hinojos  
Te juro, las manos puestas  
Sobre el corazón, que en vano  
Mi alma en huírte se esfuerza.  
Es separarme de ti  
Llevarme á una muerte cierta:  
Luz de mis ojos, el mundo  
Sin ellos está en tinieblas:  
Sin freno en esta pasión,  
Te adoro, sultana bella,  
Y si en decidirte tardas,  
Morir sin tí será fuerza.

*Condesa.* ¿Ah no, muramos entrambos!

*Muza.* ¿Y el conde?

*Condesa.* En Burgos se queda.

Muza. ¿Y quién de él si te reclama  
Nos salva?

Condesa. ¡Maldito sea!

Callaron ambos un punto,  
Y á poco rato en voz trémula,  
Dijo el moro, como quien  
Prenda involuntaria suelta :

Muza. Si al cabo...

Condesa. ¿Qué?

Muza. En este pomo

Supremo licor se encierra  
Que sirve sin mas peligro  
A quien le usa con destreza...

Condesa. A ver.

Muza. De un modo adormece,  
Y usado de otra manera...

A estas palabras oyóse  
Tras de la cerrada puerta  
Inesperado ruido,  
Y tras él de golpe abriéndola :  
« Señora, el alba despunta, »  
Dijo apresurada Estrella,  
É interrumpida la plática  
El moro salió siguiéndola.  
Partió silencioso Muza  
Saltando otra vez la reja,  
Y con el pomo en las manos  
Quedó á solas la condesa.

Iba á rayar el sol en el Oriente :  
Y la serena luz de la mañana  
Teñía suavemente  
Con brillantes matices de oro y grana  
La diáfana estension del horizonte :  
La claridad tendiendo mansamente  
Por las laderas del lejano monte.

En un balcon que á los jardines mira  
Del palacio de Burgos en que mora,  
Sombria y melancólica suspira  
La que en tiempo mejor fué su señora.  
Ella es, sí, la condesa Doña Blanca  
Que á impulsos de secreto sentimiento  
Hondos suspiros de su pecho arranca,  
Y de sus labios los arranca el viento.  
Bella matrona, por la edad no ajada,  
Aun muestra cuanto fué su edad primera  
En gracia y hermosura aventajada :  
Aun brilla en sus miradas, hechicera  
La luz de la pasión, y aun á despecho  
Del pesar que la acosa  
Tiñen su bello rostro peregrino,  
Y sus torneados hombros y alto pecho,  
El color del jazmin y de la rosa,  
Que envidia dieran al pincel de Urbino.  
Hermosa, sí, se ostenta todavía

A pesar de la nube que encapota  
Su frente melancólica y sombría.  
Sus miradas en tierra distraida  
Fija, sin ver lo que delante tiene,  
Y en turba al parecer descolorida  
Pasan por su memoria sus ideas  
Tardas en paso y en contorno feas.  
Encendidos sus párpados, parece  
Que romper á llorar tal vez ansian,  
Y pálido el carmin que antes tenían  
Sus labios, que el amor ora enardece,  
Muestra, por Dios, (y ciegos lo verian)  
Lo que su inquieto corazon padece.  
A veces frunce receloso el ceño  
Cual si oculto terror la amedrentara,  
Y á veces gime, cual si horrible ensueño  
Su apesarado espíritu acosara.  
A veces reteniendo en su garganta  
El conturbado aliento,  
Agitado su pecho se levanta  
Cual mar que turba desigual el viento  
Y á veces tenuamente respirando  
Toda la fiebre ahogando, que le agita  
En sueño dulce, misterioso y blando  
Tranquilamente al parecer dormita :  
Todo en ella por fin está mostrando  
Que grave asunto con afan medita,  
Y que si acaso la razon la asiste  
Prestarla fé su corazon resiste.  
Largo tiempo pasó de esta manera,  
Hasta que al fin saliendo de repente  
De su enajenacion, rápidamente  
Formó sin duda decision postrera,  
Y al punto se quitó de la vidriera.  
Falsa sonrisa en derredor vagaba  
De sus fruncidos labios al quitarse  
Y siniestra su faz amedrentaba,  
Amarga su espresion de contemplarse :  
Y con prudente voz llamando á Estrella  
Y á sus palabras dando astuto giro,  
Exhalando un suspiro,  
Plática tal enderezó con ella.

Condesa. Mucho te he amado siempre, Es-  
trela mia,

Mis secretos mas graves  
Siempre mi corazon del tuyo fia,  
Que de mi corazon tienes las llaves.  
Que me sirvas espero  
Leal correspondiendo á mi cariño  
En un negocio, que encargarte quiero.

Estrella. Vuestra, señora, soy, y ya os  
dicho

En otras empeñadas ocasiones  
Que ley es para mi vuestro capricho,  
Y los antojos vuestros son razones.

Condesa. Oyeme pues, Estrella,  
Que cosa es que me importa

Y tiene ejecucion fácil y corta.  
 El conde, mi buen hijo, Don García  
 Secreto mal padece  
 Que descuidado mas de dia en dia,  
 De dia en dia con peligro acrece.  
 Apuré las razones,  
 Los argumentos agoté del todo  
 Para hacerle tomar una bebida  
 Que puede solo resguardar su vida,  
 Y de usarla con él no encuentro modo.  
 Un solo medio veo solamente :

Tómela de tu mano incautamente.  
*Estrella.* ¡De mi mano, señora!  
*Condesa.* Si por cierto;

Él cree que es un secreto su dolencia  
 Que juramos guardar en la conciencia  
 Los médicos y yo, que la sabemos,  
 Y solo de nosotros se recela  
 Que á su pesar curársela queremos,  
 Y es inútil contigo su cautela.  
 ¿Qué dices?

*Estrella.* Yo, señora...  
*Condesa.* ¿Desconfias  
 De su madre tal vez, muger ingrata?  
 ¿No le he llevado en las entrañas mías?  
 Por sospecha tan ruin, ¡viven los cielos!  
 Que inaudito castigo merecias.

*Estrella.* ¡Oh! perdon, mi señora la condesa,

Calmad vuestros enojos;  
 Que en ocasion tan grave  
 La duda es natural en quien no sabe.  
 Mas hablad, disponed, toda soy vuestra,  
 Huérfana y pobre me ofrecí en la infancia  
 Para solo serviros, y de entonces  
 Fuisteis mi madre vos, vos mi maestra.

*La Condesa.* Pues bien, que sea hoy mismo me interesa.

*Estrella.* Mas la ocasion...  
*Condesa.* Muy fácil: en la mesa.

Yo el elixir derramaré en su copa,  
 Tú se la servirás cuando la pida  
 Y de este modo le darás la vida.

*Estrella.* ¿Yo se la he de servir...?  
*Condesa.* Seguramente.

Que la beba es de ti nuestra fortuna,  
 Mas sin señal de inteligencia alguna  
 Con mano firme y con serena frente.  
 ¿Entiendes?

*Estrella.* Será así.  
*Condesa.* Pues así sea

Y ayúdame á acostar, Estrella, ahora,  
 Y cierra ese balcon, porque no sea  
 De una noche de amor puerta traidora.

*Estrella.* Cierro y tranquila reposad, señora.

Y al vecino aposento  
 Salió Estrella obediente.

Mas, ¡ay! que no avezada al fingimiento  
 Trémula fué, y el rostro macilento  
 A dar en un sillón lánguidamente:  
 Y en su errante mirada  
 Veíase en verdad su afán interno  
 Y su pavora al crimen retratada.  
 Meditó largo tiempo silenciosa,  
 Inmóvil é indecisa  
 Hasta que vaga y singular sonrisa  
 Que la escitó una idea generosa  
 Tendió sus labios, y avivó su prisa.  
 Abrió una puerta, pues, con mucho tiento  
 Y por una escusada escalerilla  
 Cabo á poner á su secreto intento  
 En la antesala dió del aposento  
 De Don García, conde de Castilla.  
 Su page favorito allí velaba.  
 Si, allí Montero á la sazón se hallaba  
 Y á la llegada de su amante Estrella  
 En un sillón de roble dormitaba,  
 Mas despertóse al percibir su huella.  
 « ¡ Hermosa! » dijo, y la tendió los brazos,  
 Mas ella suavemente  
 Esquivando sus lazos  
 Peligrosos tal vez, rápidamente  
 Con voz turbada, y con prudencia mucha  
 Apartóle diciendo: « *Sancho, escucha.* »  
 Hizolo Sancho así, y al ir oyendo  
 Lo que ella en baja voz le iba diciendo,  
 Notábase mas claro á cada instante  
 Que el fuego del furor iba subiendo  
 Desde su corazón á su semblante.  
 « ¡ Bien! dijo el mozo al concluir Estrella:  
*Vete tranquila, que estaré presente;* »  
 Y á punto tal tornándose la bella  
 Por la misma escalera donde vino,  
 Tornóse á su sillón tranquilamente  
 Montero, y á cumplir con su destino.

—  
 Y el sol por el firmamento

A largo andar se venia,  
 Cuando llamó soñoliento  
 Desde su oscuro aposento  
 El conde Sancho García.

Montero, como le oyó,  
 De la mámpara al dintel  
 Atento se presentó,  
 Y tras algo que le habló  
 Cerróse dentro con él.

De la fatiga al quebranto  
 Rendíase al sueño en tanto  
 En la antecámara Estrella  
 De su ama; mas ¡ay! que de ella  
 Se huía tan dulce encanto.

A vueltas sobre su lecho  
 Con el afán de su pecho,  
 Hasta el aire que aspiraba

La parecía que estaba  
Emponzoñado y estrecho.

En vano el rostro agitado  
Del uno y del otro lado  
Acomoda entre la ropa :

Los ojos se la han cerrado  
Con la imagen de una copa,  
Y aunque sin luz los mantiene,  
Por mucho que los aferra,  
Su odioso contorno viene  
A dar á sus ojos guerra,  
Y despechada la tiene.

Por mas que en dulces memorias  
Su mente estraviar procura  
Y en sazonadas historias,  
Sus dichas torna ilusorias  
La copa de su amargura.

No duerme, no, que al impulso  
De un pensamiento cruel,  
Dentro del cuerpo convulso  
Se la desborda del pulso  
Toda su sangre en tropel.

Ideas mil en su mente  
Que fermentan en monton,  
La atormentan fieramente  
Y siempre el latido siente  
Del trémulo corazon.

No duerme, no, que en el alma  
Dó la virtud no respira,  
La paz del reposo espira  
Y airado el sueño retira  
El bálsamo de la calma.

No duerme, no, la condesa :  
Que vela desesperada,  
De remordimientos presa  
Siempre anhelando ¡malvada!  
Lo mismo de que la pesa.

La pesa, sí, mas no halla  
Otro remedio al amor,  
Que en su corazon batalla,  
Y lucha contra la valla  
De su amancillado honor.

« ¡No! dice en su desvario,  
Ceder no sabré jamás,  
Por Dios que me sobra brio!  
Ven, Muza, y si tú eres mio,  
¿Qué me importa lo demas? »

—  
Tendamos, lector, un velo  
Sobre esta infernal pasion,  
Que de escudriñar me duelo  
Secretos que puso el cielo  
Del hombre en el corazon.

—  
Con la sonrisa en los labios  
Y con la faz cariñosa

Sentóse el conde á la mesa  
En cuanto llegó la hora.  
Con la sonrisa en los labios  
Aunque con la vista torva,  
Sentóse á par la condesa  
En el lugar que la toca.  
El hijo en el puesto bajo,  
Que aunque lleva la corona,  
Ante su madre la olvida,  
Y como á quien es la honra.  
La madre en el preferente,  
Pues aunque parte no toma  
Del condado en el gobierno,  
Siempre en su casa es señora.  
Detrás del conde está Sancho  
Que la confianza goza  
De su señor, y le sirve  
Con atencion oficiosa.

Tras Doña Blanca está Estrella,  
Que es la camarera sola  
Que la sirve há largo tiempo  
En la mesa y en la alcoba.  
Escancia Sancho el licor  
Al conde con mano pródiga,  
Y lo hace con la condesa  
Estrella con mano sóbria.  
Bebe el conde cual lo exigen  
Las fatigas que le agobian,  
La condesa cual permite  
El decoro en su persona.  
El como hombre que pelea,  
Caza y medita y trasnocha,  
Ella cual madre de príncipes  
Y como ejemplar matrona.  
Aunque larga en las viandas  
Mesa es en palabras corta,  
Cosa en quien negocios tiene  
De grave interés, muy propia.  
Crúzanse pues las palabras  
Interrumpidas y pocas  
En tanto que los manjares  
El apetito acogotan.

« Sancho, dijo de repente  
El conde, escancia Borgoña,  
Que aunque es licor estrangero,  
Deja buen gusto en la boca. »  
Lo cual la condesa oyendo  
Intervino presurosa :

« Estrella, sirvele al conde;  
Sancho, trincha tú esa lonja  
Que aunque de parte escogida  
No tiene punto de sobra. »  
Palideció un tanto Estrella  
Asiendo al punto la copa,  
Y asió del cuchillo Sancho  
Con mirada escrutadora.  
Frunció Doña Blanca un poco  
Los labios que descolora,

Lijero matiz morado,  
 Señal de temor ó cólera,  
 Y Don García sereno  
 Con gravedad magestuosa,  
 Fijos los ojos en ella  
 El vaso llevó á la boca.  
 Paró el cuchillo Montero  
 Inmóvil sobre la lonja  
 Que dividía, y Estrella  
 Se estremeció de congoja :  
 En tanto que Doña Blanca  
 Con hondísima zozobra  
 Le contemplaba, sus ojos  
 Saltándola de las órbitas ;  
 Y en este momento el conde,  
 Alargándola la copa,  
 La dijo con voz tremenda :  
 « Bebed primero, señora.  
 — ¡ Yo ! replicó la condesa  
 Con voz descompuesta y cóncava.  
 — Vos misma, » la dijo el conde  
 Con voz iracunda y bronca.  
 Postróse Sancho de hinojos  
 Sentencia tan horrorosa  
 Al escuchar, pero en vano,  
 Nada á Don García asombra.  
 De cólera y de venganza  
 Vértigo infernal le acosó,  
 Y todo su sér á su ímpetu  
 Se descompasa y trastorna.  
 Todo recuerdo calmante,  
 Toda intencion generosa,  
 De la indignacion á impulsos  
 Del corazon se le borra :  
 Y con el brazo estendido  
 Y faz amenazadora,  
 A la condesa presenta  
 Resueltamente la copa.  
 « ¡ Señor ! exclamó Montero.  
 — ¡ Vasallo ! (en voz tronadora  
 Interrumpió Don García)  
 Quien por infames aboga  
 Solo cavar su sepulcro  
 Junto á su sepulcro logra. »  
 Y á la condesa volviéndose  
 Siguió diciendo : « Señora,  
 Venderle quereis al moro  
 Mi cabeza y mi corona  
 Que con torpeza inaudita  
 Y amor sacrilego compra ;  
 A morir, pues, disponeos  
 Como liviana y traidora.  
 — ¡ Hijo mio !  
 — No, apartad  
 Tal nombre de la memoria,  
 Y ¡ voto á Dios ! bebed pronto,  
 Que mi paciencia se agota.  
 — Hijo mio, por la santa

Esperanza de una gloria...  
 — Callad y apurad el vaso...  
 Esa es la vuestra y no hay otra. \*  
 Y aquí la condesa viendo  
 Que es vana esperanza toda  
 Desesperada y sañuda  
 Contra sí misma se torna.  
 Radió en su fiero semblante  
 Horrenda espresion diabólica,  
 Relámpago del inferno  
 Que en su corazon aloja ;  
 Y con firmeza que fuera  
 En causa mejor heróica  
 Apuró de un solo trago  
 La preparada ponzoña.  
 Cayó sin sentido Estrella,  
 En oracion fervorosa  
 Sancho encomendó su alma,  
 Y el conde con mano pronta  
 Arrojó contra las tapias  
 El resto de la ponzoña.  
 Quedó la condesa un punto  
 Fantasma amedrentadora  
 Frente á Don Sancho en silencio,  
 Mas pronto el fatal Borgoña  
 Tendióla en tierra de espaldas  
 A fin desastrado próxima.

## CONCLUSION.

Es una noche lóbrega y oscura :  
 No ilumina la luna el firmamento,  
 Y en la atmósfera impura  
 Densos vapores amontona el viento.  
 De espesos nubarrones  
 Por su turbado azul lentos avanzan  
 Preñados escuadrones  
 Que el aire sorben donde el aire alcanzan.  
 No corre ni una ráfaga perdida  
 Que temple de la atmósfera el bochorno,  
 Y el aura de la tierra desprendida  
 Exhalada parece de algun horno :  
 Y dijeran que humea  
 Próxima á vomitar la oculta llama  
 Si el relámpago pronto centellea  
 Y el ronco trueno en las alturas brama.  
 En un balcon que á los jardines mira  
 Del palacio de Burgos, en que mora,  
 Sombrio y melancólico suspira  
 Don García á deshora.  
 El es : y al recordar de Doña Blanca,  
 Su muerta madre, el infernal intento,  
 Hondos suspiros de su pecho arranca,  
 Que rechaza tal vez el firmamento.  
 Y el llanto que en sus párpados se estanca  
 Y el semblante humillado y macilento,  
 Muestran que es ya su bárbara sentencia

Carcoma que desgarrar su conciencia.  
 Sus miradas en tierra, distraído  
 Fija, sin ver lo que á sus ojos tiene,  
 Y en confuso tropel descolorido  
 Pasan por su memoria las ideas  
 Tardas en paso y en contorno feas.  
 A veces frunce, receloso, el ceño  
 Cual si oculto pesar le atormentara,  
 Y á veces gime cual si en negro sueño  
 Fantasma aterrador se le mostrara.  
 A veces reteniendo en su garganta  
 El desigual aliento  
 Agitado su pecho se levanta  
 Cual mar que en tumbos desordena el viento.  
 Y á veces tenuamente respirando,  
 Resistiendo la fiebre que la agita,  
 En siniestro delirio divagando  
 Lánguidamente al parecer dormita.  
 Todo al fin en el conde está mostrando  
 Que grave asunto con afan medita  
 Y se ve que su bárbara sentencia  
 Es el peso que abruma su conciencia.  
 Muchas veces acaso en su abandono  
 Las leyes invocó que defendía ;  
 Razon hallaba en el salvado trono  
 Que su venganza autorizar podía,  
 Pero siempre tras él con fiero encono  
 Salir la sombra de su madre vía  
 Y la ley, la razon y el pensamiento  
 Cedían al tenaz remordimiento.\*  
 Mas tendamos, lector, un velo oscuro  
 Sobre este cuadro de venganza y duelo,  
 Que es caso á fé de comentarse duro  
 Que ya ha pesado en su balanza el cielo :  
 Caso, lector (y con verdad lo juro),  
 Cuya razon escudriñar no anhelo,  
 Pues pliegues son del corazon humano  
 Que intenta el hombre penetrar en vano.

Largo tiempo pasó de esta manera  
 Y mucho mas el conde así pasara  
 Si por bajo cruzar de su vidriera  
 Misterioso embozado no mirara.  
 A la rápida luz de los relámpagos  
 Su bulto en las tinieblas perseguía,  
 Los ojos con afan desencajando  
 Si en medio las tinieblas le perdía ;  
 Mas siempre hallarle en el jardín rondando  
 Con el nuevo relámpago volvía.

Brotó en su corazon sorda sospecha  
 Y espoleando el honor sus presunciones  
 Pronto entendió que el embozado acecha  
 De su alcázar ó puertas ó balcones.  
 Y á poco seña misteriosa oyendo  
 Por una reja le alcanzó trepando,

Y en ira á él encaminóse ardiendo.  
 Con silenciosa y recatada huella  
 Llegó á la estancia de la hermosa Estrella  
 Y luz viendo alumbrar la cerradura  
 La airada vista enderezó por ella.  
 Mas apenas la linea habia cogido  
 Que la abertura con la luz marcaba,  
 Oyó como de gente que lidiaba  
 Dentro del cuarto temeroso ruido.  
 Entre él y la bujía en un instante  
 Dos cuerpos á la par se interpusieron  
 Que á poco en bamboleo vacilante  
 A la par con estrépito cayeron.  
 Lánzase dentro el irritado conde,  
 Y al ver el sitio donde  
 La luz prosigue, la afilada punta  
 Les pone de su estoque á la garganta.  
 Y « ¿ Quién se atreve, vive Dios ! » pregunta  
 A cuya voz : « ¡ Yo soy ! » Sancho responde,  
 Que de ellos solamente se levanta.

Conde. ¡ Qué es esto, Sancho !

Sancho. Señor,

Si es que lo hecho os enoja,

Sacadme con esa hoja

El alma que os da el honor.

Conde. Concluye, Sancho, ese hombre

Que tienes muerto á tus plés

Bañado en sangre, ¿ quién es ?

Sancho. Muza, señor, no os asombre.

Sin miramiento al decoro

Que en vuestra casa se encierra,

Contando iría á su tierra

Vuestra deshonra ese moro.

Yo le espere y le maté ;

Si os culpa su rey, señor,

Tratadme como traidor

Y entregadme, que yo iré ;

Pues quiero de mejor gana,

Que el moro traidor me llame,

Que oírle dar por infame

A una noble castellana.

Tendióle el conde la mano

Tal oyendo, y replicó :

Sancho, así quisiera yo

Todo el pueblo castellano.

¿ Cuál es tu nombre ?

Sancho. Espinosa.

El Conde. ¿ Eres noble ?

Sancho. Hidalgo soy.

El Conde. Tu casa será desde hoy

Y tu familia famosa.

Desde hoy serán mis monteros,

Y de lealtad por gala

Dormirán en mi antesala

Sus bizarros caballeros.

Y lléveme Belcebú

Si temo á nadie en la tierra,

Si en la paz son y en la guerra,  
Todos ellos como tú.

Lector, la buena memoria  
Que de su madre guardó,  
Escuso decirlo yo,  
Pues te lo dice la historia;  
Recuerdos hay todavía  
Que atestiguan opulentos  
Los muchos remordimientos  
Del conde Sancho García.  
Diré, pues, la sola cosa  
Que sus recuerdos exigen,  
Y es: que de él tienen origen  
Los Monteros de Espinosa.

## DOS HOMBRES GENEROSOS.

LEYENDA ORIENTAL.

### INTRODUCCION.

Envidiable es á fé Don Luis Tenorio,  
Su riqueza envidiable y su fortuna:  
En Cádiz vive, del comercio emporio,  
Y oro sobre oro comerciando aduna.  
Jóven, valiente y de encumbrado origen,  
No es como otros mancebos altaneros,  
Que solamente su ambicion dirigen  
Su orgullo á alimentar de caballeros,  
Y en banquetes y amores  
Consumen su salud y sus dineros;  
Y con mengua y baldon de sus mayores  
Mueren entre rufianes y acredores.  
No, ¡vive Dios! Don Luis lleva una espada  
En el cinto prendida,  
Y aunque de sangre alguna vez teñida,  
Con infame traicion nunca manchada  
Siempre con honra la llevó ceñida.  
Cortés, galan y afable,  
Pronto á satisfacer, jamás esconde  
Su faz al lidiador mas formidable,  
Si una ofensa vengar le corresponde.  
Pero calculador como valiente,  
Noble viéndose ya por nacimiento  
Que era mejor imaginó prudente  
No alcanzado morir, sino opulento.  
Dióse al comercio, pues, y la fortuna  
Tan próspera le fué, tan halagüena,  
Que no hay empresa alguna  
En que no doble el capital que empeña.  
No tiene un buque que á la mar botado  
No torne al puerto de botin cargado:

Ni hay cambiante en Europa ni banquero  
Que no admita su firma por dinero.  
Ni playa oculta, ni nacion remota  
Donde suya no aporte alguna vela,  
Y no le traiga de su tierra ignota  
Prenda de gran valor en joya ó tela.

Lóndres, Génova, el Cairo, Alejandria,  
Venecia... el mundo entero  
Recorren sus pilotos cada dia,  
Y siempre afortunados en sus viajes  
Ni sufren de corsarios abordajes,  
Ni fiero temporal les descarria.

Mira Tenorio en su fortuna inmensa  
De su excesivo afan la recompensa;  
Mas cuanto rico y noble generoso  
Cual comerciante avaro ú envidioso  
No calcula ni piensa.

Y no hay en la ciudad triste ó mendigo  
Que á sus puertas acuda inútilmente,  
Ni tiene un solo amigo  
Que con su bolsa en la ocasion no cuente.  
Y si un colega el capital espone  
Y la fortuna ruin se lo devora,  
La amistad de Don Luis se lo repone  
Sin desear su mano bienhechora  
Del que el favor recibe mas usura  
Que gratitud... y próspera ventura.

Tal es, lector, el hombre  
De quien hablarte quiero,  
Y cuya historia espero  
Que te suspenda el ánimo y te asombre.  
No hay en ella magnificas escenas  
De combates, y muertes, y sucesos  
Estrepitosos llenas,  
Ni por objeto mi leyenda tiene  
La fortuna y el bien de un grande imperio;  
*La reaccion que dicen que conviene*  
*Sufra la sociedad*; esto es muy sério,  
Y no me siento yo con tanta fuerza  
Para que el siglo ante mi voz se tuerza  
Y varíe de faz nuestro hemisferio.

No es para mi tan colosal hazaña:  
La sociedad quien pueda regenerar,  
Yo cantaré despues cuando muriere  
La suerte que su afan diere á la España.  
Mas es un cuento asaz entretenido  
Con puntas de moral, sana y sencilla,  
En Castilla aprendido,  
A manera contado de Castilla.  
Eso sí, miserable y reducido,  
Obra infeliz, sin pretension alguna,  
Que sale encomendada á su fortuna,  
*Cuento no mas, sin humos de poema,*  
Que ese es, lector, mi intento  
Y no va mas allá mi pensamiento:  
Divertirte y no mas es mi sistema.

*D. Luis.* ¿Cómo tan pronto la vuelta?

Explicaos, capitán.

*El Capitan.* Cosas son que os pasarán.

*D. Luis.* Dad pues á la lengua suelta.

*El Capitan.* Es pues el caso, señor,

Que acerté en Alejandría  
A entrar con el mejor día,  
Y con el sino mejor.

Fuime derecho al mercado  
Mas no bien puse allí el pié  
¿Con quién direis que topé?  
Con el mercader pasado.

Asióme con mil estremos,  
Y á fuerza ó de voluntad  
Metióme por la ciudad:  
*Venid, dijo, y hablaremos.*

*El calor es escesivo,  
Capitan, y mientras pasa  
Descansareis en mi casa,  
Donde vereis que os recibo  
Con cuanto agasajo puedo.*  
— Yo respondi: *Y vos, señor,  
Vereis á tan alto honor  
Cuan agradecido os quedo.*

Entramos pues en su casa,  
; Mas válgame Jesucristo!  
En mi vida habia yo visto  
Opulencia tan sin tasa.

¡Qué tapices y qué alfombras!  
¡Qué joyas de tanto precio!  
Quedéme en fin como un necio,  
La vista haciéndome sombras.

Llevóme á sus almacenes,  
Y ved cual me quedaria  
Cuando oí que me decla:  
« Cristiano, de cuanto tienes  
A tus ojos manifesto  
Elige, y no me andes parco:  
Aquí has de cargar tu barco  
Que así lo tengo dispuesto.

— Señor, imposible.

— No;

Cuanto digas será en vano,  
No ha de ser nunca un cristiano  
Mas generoso que yo.

A tu amo por simpatía  
En tiempo ya muy remoto,  
Enviéle con un piloto  
Un corto regalo un día.

Hice yo esto nada mas  
De su esplendidez prendado,  
Y sin pensar de contado  
Que se mentara jamás.

Pero en el año siguiente  
Él con tu barco me envió  
Un doble de lo que yo;  
Admitilo cortesmente,

Porque en verdad no creyera  
Que intentaba desairarle,  
Mas ganoso de pagarle  
Cuando ocasion me viniera.

Escusándola él quizá  
No envió mas su barco aquí,  
Mas hoy te sorprendo á ti  
Y has de escoger ; juro á Alá!

Lo que te plazca mejor  
Para volverte al momento,  
Sin llevar mas cargamento  
Que un presente á tu señor.

*D. Luis.* Y vos, capitán... ¿Qué hicisteis?

*El Capitan.* El partido no era malo  
Y cargué con el regalo.

*D. Luis.* ; Voto á San Gil! ¿lo admitisteis?

*El Capitan.* Por supuesto : aunque en  
verdad

Imposible era escusarlo,  
Porque él mismo hizo cargarlo,  
Y me echó de la ciudad.

*D. Luis.* Por Dios, capitán Gonzalo,  
Que quien sois á no mirar  
Os arrojava á la mar  
Con el barco y el regalo.

Cristiano y español siendo,  
Sin mirar á mi decoro,  
¿Os dejais ganar de un moro  
En bazarria?

*El Capitan.* Yo entiendo,  
Señor Don Luis, que si veis  
Las joyas por vuestros ojos,  
Calmareis vuestros enojos  
Y mas justicia me hareis.

¿Qué diablos perdeis en ello?  
Vos cumplisteis como noble,  
Y él volviéndoos un bien doble  
No os echa un cordel al cuello.  
Y ademas si el moro...

*D. Luis.* No,  
Cuanto me digais es vano;  
No ha de ser nunca un pagano  
Mas generoso que yo.

¡Esto por Dios me faltaba! —  
Y de este modo diciendo  
Don Luis la vista frunciendo  
Por el cuarto se paseaba.

Y Don Gonzalo, que vió  
Su negocio tan mal puesto,  
Salió del cuarto, y muy presto  
Con el presente volvió.

Y sin otras precauciones,  
Para salir de su empeño,  
A los ojos de su dueño  
Empezó á abrir sus cajones,  
Lanzó con gran desenfado  
Sin mas mirar por el suelo

Los rollos de terciopelo,  
Y las piezas de brocado.

Coronó de pedrería  
Un inmenso velador,  
Y mostró todo el valor  
De lo que á Don Luis traía.

Desenvolvió diligente  
Los en cajas y redomas  
Empaquetados aromas  
Esquisitos del Oriente.

Y Don Luis, que aunque disgusto  
Y enojo ademas presume,  
Tan delicioso perfume  
No pudo aspirar adusto.

Tendió los ojos en pos  
Del olfato, y de su afán  
Saliendo el buen capitán,  
Esclamó : « ¡ Gracias á Dios,

Señor, que al fin de mi viaje  
A ver las cuentas venís!

¿Qué tal, mi señor Don Luis,  
Qué os parece mi equipaje?

Aunque rédito mezquino  
De vuestro enorme caudal,  
¡No es tan pobre capital  
Para un capitán marino! »

Mostró en sus labios Don Luis  
Una sonrisa agradable,  
Y al capitán dijo afable :

« Bien prevenido venís.  
Pero si yo, Don Gonzalo,  
A vuestro tesoro atento  
Decid, ¿quedareis contento  
Con la mitad del regalo? »

*El Capitán.* Vuestro es cuanto yo poseo  
Y mi deseo es serviros.

*D. Luis.* Huélgome pues de admitiros  
La mitad de ese deseo;  
Podeis, capitán, tomar  
Lo que os guste, y no andeis parco :  
Mas preparad vuestro barco  
Para hacernos á la mar.

*El Capitán.* ¿A la mar?

*D. Luis.* Sí, Don Gonzalo,  
Voy á aprontar un tesoro  
Para pagar á ese moro  
Por mi mismo su regalo.

*El Capitán.* ¿Señor, estais loco?

*D. Luis.* No,  
Cuanto digais será en vano,  
No ha de ser nunca un pagano  
Mas generoso que yo.

—  
Casí un año despues, al occidente  
Del faro colosal de Alejandria,  
Un buque de la España procedente

Anclas echaba y velas recogía.

Vistasas banderolas

Adornaban sus altos masteleros,  
Y las movibles olas

Reflejaban las armas españolas.

Que izaban los gallardos marineros,  
Y dos hombres de pié sobre la popa,

Del moribundo sol á los reflejos,  
Contemplaban callados á lo lejos

Aquel puerto famoso,

De cual como de sueño vagaroso

Se habla tal vez en la lejana Europa.

Y uno de ellos acaso

Rico de hacienda y instruccion no escaso,

Traía á su memoria

De aquella poderosa Alejandria

La magnífica historia

Que escrita en libros aprendió algun día ;

Y vagaban sus ojos,

Y buscaban en vano sus deseos

Los confusos despojos

Del soberbio palacio

Que elevaron allí los Tolomeos :

Buscaban el espacio

Que ocupó el Hipódromo,

Y el Timonio y las célebres Agujas

De la bella amorosa Cleopatra,

Y cien otros antiguos monumentos

Transformados ó rotos á las manos

Del tiempo y de los árabes sangrientos.

Y en memorias tan mágicas su mente,

Y en tan bellos recuerdos abismada,

No vía una barquilla que lanzada

Surca hácia ellos la mar rápidamente.

Una lancha ligera

Para una fiesta apercebida era :

Y al estilo de Oriente engalanado

Venia en ella un grave personaje

Por remeros esclavos remolcado,

De súbditos humildes circundado,

Que servil le rendian homenaje.

Y ya á distancia corta

Llegar del buque anclado

La gran tripulacion miraba absorta,

Cuando al hombre en memorias abismado

Que en la popa seguia distraido

Llegóse el capitán alborozado,

Con rapidez diciéndole al oído :

« Don Luis, el mercader.

— ¿Qué es, Don Gonzalo?

— Que ese bote que viene hácia nosotros

Os trae al mercader que hizo el regalo.

— Ved qué hablais, capitán.

— Don Luis, lo dicho :

Ese es el mercader.

— Mas la noticia

De mi venida...

— Su atencion es mucha,

Y mucha su malicia.  
Seguro estoy, Don Luis, que no ha pasado  
Un día en que en la playa  
No haya diestro vigias apostado  
Para vernos venir.

— ¿Crecislo?

— ¡Vaya!

Pero vedle que llega :  
Lo mismo que es su porte magestuoso  
Su corazón es noble y generoso. »  
Y aquí la voz el capitán alzando  
Mandó tender la escala, y tal empeño  
Y tal estimación viendo su dueño,  
Con sonrisa amorosa y rostro blando  
Los brazos tendió al árabe, que en ellos  
Los suyos enlazando,  
Con emoción oculta sollozando  
Los rizos le besó de sus cabellos.  
Y con muestras de amor nada postizo,  
Títulos cariñosos prodigóle  
En español purísimo y castizo,  
Y de aquesta manera al fin hablóle :  
« Generoso español, ya me temía  
Que tu gallarda y singular nobleza  
A este punto por fin te arrastraría.  
Sí, siempre con certeza te esperaba  
Y á recibirte apercebido estaba,  
Y aposento en mi casa te tenía.  
Ven, y ya que servirte  
Allí me ofrece mi dichosa estrella,  
Noble hospitalidad verás en ella.  
Ven á mi casa, amigo,  
Y que tu gente toda  
Venga, si quieres, á la par contigo. »  
Así el árabe dijo : y respondiendo  
Cortesmente Don Luis á sus razones  
Pasó á su lancha á su amistad cediendo .  
Que el capitán llevase disponiendo  
Su equipaje tras él, y los arcones  
En que sabía el capitán Gonzalo  
Que llevaba las tornas del regalo.

—

Lector, si acaso has leído  
En mis viejas poesías  
Las que he puesto yo en olvido  
Orientales fantasías,  
Y si aun te acuerdas de aquellas  
Historias peninsulares,  
Que son en verdad tan bellas  
Como pobres mis cantares ;  
De aquel palacio en Granada  
Con jardines y con flores  
Dó hay una fuente dorada  
Con mas de cien surtidores ;  
Si aun te acuerdas de aquel moro  
Cuyo parque y señorío

Coge, de encantos tesoro,  
Toda la orilla de un río ;  
Donde la altiva palmera  
Y el encendido granado  
Junto á la frondosa higuera  
Cubren el valle y collado :  
Donde el robusto nogal,  
Donde el nópalo amarillo,  
Donde el sombrío moral  
Crecen al pie de un castillo :  
Y hay olmos en su alameda  
Que hasta el cielo se levantan,  
Y en redes de plata y seda  
Pájaros presos que cantan :  
Aquel moro que promete  
Con altivez mahometana  
En su oculto gabinete  
Dar á una esculva cristiana,  
Riquísimos terciopelos  
Y perfumes orientales,  
De Grecia cautiva velos  
Y de Cachemira chales ;  
Blancas y sutiles plumas  
Para que adorne su frente,  
Mas blancas que las espumas  
Que alzan los mares de oriente ;  
Y perlas para el cabello,  
Y baños para el calor,  
Y collares para el cuello,  
Para los labios amor ;

Si aun, lector, no has olvidado  
Las canciones que algun día  
En honra y prez he entonado  
Del bello tiempo pasado,  
Glorioso á la patria mía ;  
Del tiempo de aquel Boabdil  
Que lloró sobre el Genil  
Sin amparo que le acorra,  
Como una cobarde zorra  
Entrampada en un redil ;  
De las torres orientales  
Que levantando insolentes  
Sus agujas desiguales,  
Mecen las auras corrientes  
En trémulas espirales ;  
Y las cifras misteriosas  
Que cual labor sin objeto  
De esas cuerdas ostentosas,  
De crónicas amorosas  
Guardan el dulce secreto ;  
Y los anchos sicomoros,  
Y los arroyos sonoros  
Que llevan marcas y nombres,  
Que no entendemos los hombres  
Y que comprenden los moros ;  
Y las hondas galerías  
Que se esparraman sombrías

Del palacio en el recinto,  
En faz de intrincadas vias  
De confuso laberinto;

Y los mágicos retretes,  
Y los frescos gabinetes  
Dó la sultana adormida  
Pasó gozando la vida  
Al vapor de los pebetes;

Si de estos cantares míos  
Y de esta morisca historia  
Guardas idea ó memoria,  
¡Oh buen lector! hasta hoy,  
Solo una imágen mezquina  
Todo esto te representa  
De la mansion opulenta  
Donde á conducirte voy.

Palabras no hay en mi lengua,  
Ni fuerza en mi fantasía,  
De la hermosa Alejandria  
Y del rico mercader,  
Para contar sin agravio  
De la ciudad, ó del moro,  
De este el inmenso tesoro,  
De aquella el fausto y poder.

Esos fantásticos sueños  
De imponderable riqueza,  
De voluptuosa pereza  
Y de embriaguez oriental,  
Veíanse realizados  
Del árabe generoso,  
En el palacio ostentoso  
Desde el magnífico umbral.

Y deslumbrados y atónitos  
Los ojos del sevillano,  
Su mente aspirando en vano  
Tal riqueza á comprender:  
Seguía absorto y hundido  
En mágico arrobamiento,  
Por uno y otro aposento,  
Los pasos del mercader.

Los mas preciosos tapices  
Dó quier vestían los muros,  
Y los perfumes mas puros  
Humeaban por dó quier.  
Gozaba ansiosa la vista  
Los mas brillantes colores,  
El aura exhalaba olores  
Y henchía el alma el placer.

Condujo á Don Luis el árabe  
A un voluptuoso baño  
Que de agua llenaba un caño  
Destilada de azahar,  
Donde esclavas le sirvieron  
Refrescos en ricas copas,

Y sutilísimas ropas  
Con que su cuerpo enjugar.

Con suave canto arrulláronle  
De su ablucion el sosiego,  
Y acompañáronle luego  
A un oloroso jardín;  
Donde mostrando su huésped  
Cuánto agradecerle desea,  
Previno, á usanza europea,  
Un opíparo festín.

Sirvieron profusamente  
Los mas gustosos manjares,  
Con danzas y con cantares  
Acrecentando el placer;  
Y encomiándole lo mucho  
Que el de Don Luis le interesa,  
Los honores de la mesa  
Le iba haciendo el mercader.

Mandó Don Luis que trajesen  
El presente que traía,  
Conque á devolver venía  
Al moro su antiguo don:  
Y este de amistad sincera  
Llenos en llanto los ojos,  
Fué á recibirle de hinojos  
Con grave satisfaccion.

Con amorosas palabras  
Elegantes y sentidas,  
Gracias le dió repetidas,  
Y su presente encomió.  
Y así, encendiendo sus pipas  
Donde aromas aspiraban,  
Mientras un punto reposaban,  
Tal plática se entabló:

*D. Luis.* Pues solos, buen moro, estamos,  
Fuerza es que amigos hablemos.

*El Arabe.* Solo serviros debemos;  
Hablad pues, que os escuchamos.  
Luz, ¡oh cristiano! y honor  
Verterá en mi vuestra boca:  
De vos aprender me toca,  
Y heme ya atento, señor.

*D. Luis.* Que me escuseis os suplico  
Ceremonias orientales:  
Amigos somos, é iguales.

*El Arabe.* Si os place así, no replico.

*D. Luis.* Ahora bien: por mi presencia  
Nada ha de ostentarse aquí:  
Vivamos como sin mí,  
Suprimid tanta opulencia.  
Quiéroos con sinceridad;  
Si me quereis con nobleza,  
Pienso que tanta largueza  
Desfigura la verdad.

Derramar vuestro tesoro  
Por obsequiarme no es justo :  
Írme, y con gran disgusto  
Si dais en prodigar oro.

Sé que os servisteis mandar  
Regalar mucho á mi gente  
Y el vulgo asaz maldiciente  
Podrá de ello murmurar.

*El Arabe.* Murmure cuanto quisiere,  
Mas pláceme antes de todo  
(Porque amaros de este modo  
No en mí extraño os pareciere)

Esplicaros la razon  
De esta amistad que os profeso.

*D. Luis.* Ansioso estaba yo de eso.

*El Arabe.* Pues estad con atencion  
Aunque de Siria nacido

Bajo el abrasado sol,  
Mucho ¡ay de mí! de español  
Con la sangre he recibido.

Mi padre nació en la orilla  
Del cristalino Genil,  
Y lidió por Boabdil  
Con las huestes de Castilla.

Al fin sucumbió con él  
Y con su hacienda cargando  
Pasó al Africa, llorando  
Su enemiga suerte cruel.

Mas siempre con ella en guerra,  
Siempre con él inconstante,  
Desventurado y errante  
Anduvo por mar y tierra.

Paró por último aquí,  
Dióse en el último tercio  
De su existencia al comercio;  
Y en este tiempo nació.

Los españoles cantares  
Con que lloró su fortuna,  
Me arrullaron en la cuna  
Al compás de sus pesares.

De Granada y de su historia  
Las sentidas tradiciones  
Son las primeras lecciones,  
Y aprendí yo de memoria.

..... (1)

Y así pasaban sus días  
En regalos y banquetes,  
Prolongando sus orgías  
Hasta el matutino albor.  
Mezclando el lujo de oriente  
Con la ilustracion de Europa,  
Su vida va viento en popa  
Por el golfo del amor.

(1) NOTA DEL AUTOR. La historia del mercader de Alejandria compone otra leyenda oriental, que por sus dimensiones ha sido forzoso suprimir aquí.

Las esclavas mas hermosas  
Escogidas en Circasia,  
Con todo el fuego que el Asia  
Enciende en su corazon,  
Allí á Don Luis encadenan  
Con sus gracias seductoras,  
Y allí se le van las horas,  
Y con ellas la razon.

En el deleite adormido  
Y en la molicie, no piensa  
En una riqueza inmensa  
Que se disipa por él;  
Y olvidase que su huésped,  
Por mas que sea opulento,  
Derrama el oro sin cuento  
Por festejar á un doncel.

Esclavo de su indolencia,  
De que resbala se olvida  
Tan torpemente su vida  
De una en otra bacanal :  
Y que depuesto el decoro  
De un caballero cristiano,  
Vive como un africano,  
Materialista inmoral.

Y mientras él goza alegre  
De su presente ventura,  
Tal vez su gente murmura  
Supersticiosa ademas :  
Y hasta el capitan Gonzalo,  
De su placer compañero,  
Con su silencio severo  
Se lo echa en cara quizás.

Don Luis advirtió sin duda  
La boca de aquel abismo  
Y en cuentas consigo mismo  
A solas al cabo entró,  
Y una mañana bajando  
Del árabe al aposento,  
Con irrevocable acento  
Su partida le anunció.

«¿Tan pronto os vais?»

—Es preciso.

Rápido el tiempo se me huye  
Y cada instante me arguye  
Las pesadumbres que os doy.  
Mañana me hago á la vela;  
Mirad qué habeis de mandarme.  
—¿Tan pronto quereis dejarme?  
—Resuelto á partir estoy.»

Súplicas, ayes, caricias  
Y especiosas reflexiones  
Fueron vanas tentaciones  
Para el alma de Don Luis.

Y el mercader, comprendiendo  
Que su afan seria inútil,  
Dijole al fin desistiendo:  
« Sea, pues, como decís.

Mas vano es que de mi casa  
Salir su merced pretenda  
Sin llevar alguna prenda  
Que le recuerde mi amor.  
Venid, español, conmigo,  
Venid á mis almacenes,  
Y escogeréis de mis bienes  
Lo que os parezca mejor. »

*D. Luis.* Para jamás olvidaros  
Me bastan vuestros favores,  
Que son las prendas mejores  
De vuestro amor para mí.

*El Mercader.* Esas excusas efímeras  
No tienen para mi peso.

*D. Luis.* Buen moro, desistid de eso  
Que no ha de ser.

*El Mercader.* Será, sí.  
Sin una prenda elegida,  
Yo partir no he de dejaros;  
La mano no he de soltaros  
Primero que la escojais.  
Venid.

*D. Luis.* Os sigo á la fuerza  
Pues que me llevais asido,  
Mas á ello estoy decidido  
É inútilmente porfiáis.

*El Mercader.* Ya tenéis ante los ojos  
Cuanta riqueza poseo,  
Ahora decidle al deseo  
Que pida y sin poquedad,  
Porque sin un don precioso  
Que no avergüence mi mano,  
Seguro estad, castellano,  
Que no os vais de la ciudad.

*D. Luis.* Yo en permanecer en ella  
Por vos forzado consiento,  
Mas espiaré el momento  
De partirme y la ocasion.  
Y de vuestro amor entonces  
No una amistad cariñosa,  
Sino gratitud forzosa  
Guardará mi corazón.

Sí, la amistad verdadera  
La voluntad solo quiere,  
Y la voluntad prefiere  
Al maspreciado valor.  
Vuestros dispéndios me enojan,  
Y si hemos de ser amigos,  
Los cielos me son testigos  
Que esa es mi prenda mejor.

Ni un hilo de este tesoro  
Que aquí me mostrais admito:  
Lo ya hecho es infinito  
Y el oro me sobra á mí.  
Vuestros pasados regalos  
Son ya escesivos, y en ellos  
He visto dones tan bellos  
Como los que veo aquí.

Y en fin de obrar libremente  
Os dejo absoluto dueño,  
Mas tan tenaz es mi empeño  
Que dél no me apartareis.

*El Mercader.* Está bien, pues tal cuidado  
Os tomáis por mi tesoro,  
Cosa os daré que con oro  
Adquirir nunca podeis.

Y así el mercader diciendo  
Con paso acercóse grave,  
A una puerta cuya llave  
Volviendo con rapidez,  
Mostró á la vista asombrada  
Del generoso cristiano,  
Un portento soberano  
De lujo y esplendidez.

No sus sentidos gozaron  
En otra ninguna estancia,  
Tan deliciosa fragancia,  
Encanto tan seductor.  
La luz del sol entoldaban  
Pabellones de colores,  
Y preciosísimas flores  
Mirábanse en derredor.

Allí entorno de los muros  
Veíanse blandos lechos,  
De frescos tejidos hechos  
Convidando á reposar.  
Allí se oía el murmullo  
De una fuente azafranada,  
Que en una taza dorada  
Se vertía sin cesar.

Allí á su riego crecían  
En ricos jarrones chinos,  
Los claveles purpúricos  
Que el Cairo tan solo da,  
Y el tulipán soberano  
Que Stambul adora y cria,  
Y la flor que á Alejandria  
Siempre el Asia envidiará.

Aquella rosa esponjada  
Cuyo esquisito perfume  
El aire jamás consume  
Ni le llega á evaporar,

Por la cual diera una hermosa  
De la nublada Inglaterra  
Cuanto mar cerca su tierra,  
Cuanto oro coge en su mar.

Allí brotaba en cada ángulo  
De la magnífica estancia,  
Llenando con su fragancia  
Toda el aura en derredor,  
Y los huertos mas mezquinos  
Profusamente la abortan,  
Y las esclavas la cortan  
Para darla á su señor.

Allí del galán Tenorio  
La deslumbrada pupila  
Desmenuzando vacila  
Tanta opulencia oriental,  
Y el agua, la luz, las flores,  
Los naturales primores  
Compiten con los mayores  
De el oro, el jaspe, y coral.

Aquellos lechos de plumas,  
Aquellos baños de plata,  
La tornasolada y grata  
Claridad que reina allí :  
Los muebles que allí se ostentan  
Y de los que ignora el uso,  
A Don Luis tienen confuso  
Sin saber lo que es de sí

¿ Qué son estos aposentos  
Dó lujo tal se atesora ?  
¿ Qué santo espíritu mora  
En este abreviado eden ?  
Así Don Luis se decía,  
Contemplándolo prolijo,  
Cuando el árabe le dijo :  
« Esto, Don Luis, es mi haren. »

Es el haren; allí el árabe  
Del vulgo envidioso oculta  
Su mas preciado tesoro,  
El colmo de su ventura.  
Bella mansion de deleites  
Que solo el amor ocupa  
Es el haren donde se hallan,  
Santuario de la hermosura.  
Santuario donde profanos  
Penetrar no osaron nunca  
Los ojos de ningún hombre  
Con la cabeza segura.  
Allí están no las esclavas  
Que ante su señor se turban,  
Sino las reinas que gozan  
Con voluntad absoluta.  
Las mugeres que á los moros

Les place tomar por suyas  
Cual sus costumbres permiten  
Y sus leyes no repugnan.  
Allí, bajo techos de oro  
Y pabellones de plumas  
Para el placer se conservan  
Encantadoras y puras.  
Baños de esencias suaves  
Su bello cuerpo perfuman,  
Preciosas telas se visten  
Y dulce són las arrulla.  
Negras cautivas las sirven  
Que por dó quier las circundan  
Para su capricho esclavas,  
Para su servicio muchas ;  
Jardines tienen abiertos  
De frondosidad oscura,  
Dó alegres pájaros trinan,  
Dó frescas fuentes susurran :  
Dó de los árboles altos  
La espesa sombra confusa  
El aura abrasada temple,  
Y el sol entolda y ofusca ;  
Donde en hamacas de seda  
Muellemente se columpian  
Del céfiro acariciadas  
Que en la hojarasca murmura.  
Donde en el césped mullido  
Al són de animada música  
En danzas voluptuosas  
Giran, se trenzan y anudan.  
Donde en los huecos que ofrecen  
Mil artificiales grutas  
Sus bellos cuentos de fadas  
A oír y contar se juntan.  
Y allí mientras la tormenta  
Recía se desgaja en lluvias,  
Y brilla con el relámpago  
Y con el trueno retumba,  
Con lámparas de alabastro  
Allá en el fondo se alumbran  
Y con cantares alegres  
A la tormenta conjuran.  
A una de aquestas mansiones  
De artificiosa estructura,  
Alcázar de la belleza  
Y red del amor, fué en suma  
Donde el mercader condujo  
Con gran silencio y mesura  
Al rico Don Luis Tenorio  
Que su intencion no barrunta,  
Y en una de estas mansiones  
La mas lejana sin duda,  
Pero la mas ostentosa  
Que en sus jardines se oculta,  
Fué donde encontró Tenori  
Tal vez para su fortuna  
Cinco doncellas bellisimas

Cual él no las viera nunca.  
 Las veinte y dos primaveras  
 No cuenta acaso ninguna,  
 Aunque veinte mil hechizos  
 En cada cual se columbran  
 Nacion y raza distinta  
 Su forma distinta anuncia,  
 De su belleza el carácter  
 Y el traje diverso que usan.  
 Gallarda la georgiana  
 Ostenta medio desnuda  
 Sus académicas formas,  
 Su tez sonrosada y húmeda.  
 Mas perezosa la indiana  
 Entre blancas vestiduras  
 Su piel de azabache muestra  
 Sobre un almohadon de pluma.  
 Los velos de oro que flotan  
 Hasta tocar su cintura,  
 Su triste mirar, su tez  
 Pálida como la luna,  
 Descubren á una italiana,  
 Que, aunque mucho disimula,  
 Por ver las playas de Nápoles  
 Cambiara cuanto disfruta.  
 Sus rizos espesos de ébano,  
 Negros ojos que circundan  
 Largas pestañas, sus manos  
 Blancas, redondas, menudas  
 Y su escaso plé que apenas  
 A sostenerse la ayuda  
 Descubren á una española  
 Aunque su origen oculta.  
 La dulce voz y el altivo  
 Acento con que pronuncia  
 Y su perfecto contorno,  
 Su frente que el ceño anubla  
 Y el cuchillo que colgado  
 Lleva siempre á la cintura  
 Por una zelosa griega  
 Dan fácilmente á la última.  
 Ante estas cinco bellezas  
 Que no conciben confusas  
 La causa que á un estrangero  
 Hoy traiga á presencia suya  
 Detúvose el mercader,  
 Y así á Don Luis que le escucha  
 Con voz resuelta le dijo  
 Que trecho no deja á dudas :  
 « Estas hermosas doncellas,  
 Don Luis, mis esposas son,  
 No me rehuseis el don  
 Que os quiero hacer de una de ellas.  
 Yo para mí las guardaba ;  
 Si enojarme no quereis  
 Elegid la que gusteis  
 Para esposa ó para esclava.  
 Y ved que esto al escusar

Me vais hacer una ofensa  
 Tan solemne y tan inmensa  
 Que jamás podré olvidar.  
 Elegid pues. »

*D. Luis.* Dios no quiera  
 Que nuestra amistad un día  
 Turbe por desdicha mia  
 Mi resolucion postrera.

Una de ellas tomaré,  
 Y si al fin fuere gustosa  
 La tomaré por esposa,  
 Convirtiéndose á mi fé.

No sé que pueda apreciar  
 De mejor modo este don.

*El Mercader.* Ni yo que mi corazon  
 Lo pueda nunca olvidar.

Y aquí, despues de un minuto  
 De meditacion profunda,  
 Entre las cinco sultanas  
 Buscó Tenorio la suya.

Tendió su mirada incierta  
 Poco á poco de una en una  
 Y asió al fin de la española  
 La de las manos menudas.

Ni una palabra ni un gesto  
 Mostró señal alguna  
 Que del árabe anunciara  
 Ni el gusto, ni la amargura.

Salió del haren en calma,  
 Y al elevarse la luna  
 Por el azul firmamento  
 Alzando montes de espuma,  
 Salió aquella misma noche  
 Del puerto en que se asegura  
 El barco en que van á Europa  
 Don Luis y la gente suya.

Y el mercader desde el muelle  
 Con desolacion profunda,  
 Por el través de dos lágrimas  
 Que sus pupilas le anublan,  
 Quedó mirando las velas  
 Que en precipitada fuga  
 Se llevan cuanto idolatra,  
 Y amor y amistad le hurtan.

Con ellas parte Zulima,  
 Y el árabe en su hermosa  
 Tenia puestos los ojos...  
 ¡Malhaya á Dios su fortuna !

Secretos hay que debian  
 En el corazon quedar,  
 Y en el corazon ahogarse  
 Para no alzarse jamás.

Fiado en la buena causa  
De su generosidad,  
Su secreto puso el árabe  
En las manos del azar;  
Y la suerte, que de todos  
Se mofa al fin por igual,  
Atropelló su secreto  
De su dicha sin piedad.

Don Luis eligió á Zulima,  
La sultana que amó él mas,  
Y con su amigo la bella  
Los mares cruzando va.  
Las amorosas palabras  
Del sevillano galán  
Pronto la harán olvidarse  
De su cariño quizá.

Pronto al mirarse señora,  
Pues nunca pensara tal,  
Un amo en él, no un amigo,  
Con desden recordará.  
Pronto al ver que mar y tierra  
Franco camino la dan,  
Del rico haren el recinto  
Como cárcel odiará.

Los bulliciosos placeres  
De Europa y su sociedad,  
Pronto el vacío que esconde  
Su corazón llenarán.

Tal vez á su fé renuncie,  
Pues gran tentación será  
El interés de su dueño  
Y el ansia de libertad.

En vano tiendes los ojos  
Por el espumoso mar :  
¿Cuál esperanza te queda ?  
Zulima no volverá.

En vano por las estancias  
De tu palacio oriental,  
La llamas con voz amante :  
Ya no te puede escuchar.

En vano sus veinte esclavas  
Velando en su cuarto están,  
Como si al fin le pudiera  
Ella otra vez habitar.

En vano en tus tristes sueños  
Continuo viéndola estás,  
Que al abrazarla te se huye  
Su vana sombra fugaz.

En vano Ideas contarle  
Al noble español tu afán,  
Decirle cuánto la quieres,  
Pues si él te llega á escuchar  
Cual tú de tu hermosa esclava  
Ya enamorado estará,

Y antes perdiera la vida  
Que volvértela á enviar.

Y aunque, por ser como tú  
Tan generoso y leal,  
Devolvértela quisiera,  
No lo llegara á lograr.

Ella es ya libre en España,  
La ley la protegerá,  
Y no ha de querer á esclava  
Desde señora tornar.

Tal vez al impulso fiero  
De este recuerdo fatal,  
Hasta la fé en que naciste  
Intentas abandonar :

Y triste y meditabundo,  
Sin reposo y sin solaz,  
Tu tristeza es tu alimento  
Y tu esperanza la mar.

Mas ¡ay! consúmeme aquella,  
Y esta es tan poca y falaz,  
Que entre una y otra, por último,  
Te van á despedazar.

« Vuelve, ¡ay de mí ! purísima gacela :  
Vuelve, vuelve á tu haren de Alejandría  
A cuyas puertas desolado vela  
Quien de tus ojos en la luz vivía.

Sin tí, se agostan mis pintadas flores,  
Sin tí, los ecos lastimeros gimen,  
No alegran mi jardín los ruiseñores,  
Ni brotan mis vistosos surtidores,  
Que les falta el placer con que se animen.

No están conmigo ya tus compañeras,  
¿Sin tí qué me valían ?  
Junto á mí, de fastidio se dormían,  
Y las dí libertad, y se alejaron  
Como garzas ligeras.  
¿No las amé jamás, ni ellas me amaron !

Vuelve, houri celestial, vuelve conmigo,  
Y al corazón me volverá la vida :  
Sin tí, no encuentro caridad ni abrigo,  
Mi riqueza sin tí yace perdida.  
¡Ay! no conocerías si volvieras,  
Lo que fué tu mansion, que en pocos años  
Se cambian las ciudades mas enteras  
Y naufragan las naves mas veleras,  
Por los mares estraños.

Misero y triste lloro  
Y en abandono y soledad me veo,  
Siempre agitado del fatal deseo  
De morir á los piés de quien adoro.

¡Malhadada amistad! ¡dura venida  
De quien mi amor robándome, me olvida!»

Llanto amargo vertiendo, así decía  
El mercader, y así se lamentaba  
Y su fortuna el infeliz veía,  
Que al crecer su dolor, se disipaba.

Tales son de la suerte los azares :  
El que en fiestas y danzas y cantares  
Pasó un tiempo su plácida existencia,  
Hoy presa del afán y los pesares  
La arrastra ya vecino á la indigencia.  
Descuidó su comercio en su amargura,  
Su crédito menguó de día en día,  
Y sus naves sorbió la mar bravía :  
Uno tras otro sus amigos viles  
En su infortunio al fin le abandonaron  
Y sus mismos esclavos le robaron,  
Y sus inmensos bienes  
A manos de voraces acreedores  
Salieron de sus ricos almacenes.  
La carcoma inmortal de su tristeza  
Minó su corazón, y la amargura  
Trastornó su razón en su cabeza,  
Y el árabe infeliz dió de la locura.

Su palacio y su haren pasó á otras manos,  
Y el que opulento y poderoso un día  
Asombró con su lujo á Alejandría  
Escarnio fué tal vez de los villanos.

En vano el infeliz días y noches  
De su antigua mansion en los umbrales  
Lamentando pasó como un mendigo  
Sus duelos y sus males :  
No salió de una reja á los cristales  
Su cuita á consolar un solo amigo.

Y flaco, y vacilante y macilento  
Estaba el mercader como una sombra  
Al pié de la pared del aposento  
Donde otro tiempo holló morisca alfombra,  
Y dó imperando resonó su acento.

Y así un día pasó tras otro día,  
Y año pasó tras año,  
Y probó cada día un desengaño,  
Hasta que el pobre de vergüenza uraño  
Huyó de Alejandría.

En una noche oscura aunque serena,  
So lo y á lento paso  
Se hundió en el mar de requemada arena  
Del árido desierto de la Libia  
Don de solo el zarzal vegeta escaso.

Y en su lejana soledad ardiente  
Perdiéndose su sombra poco á poco,

Su memoria olvidó la ingrata gente  
Y á hablar no se volvió del pobre loco.

Cinco años pasado habian :  
Don Luis en fortuna próspera  
De su estendido comercio  
Los frutos en calma goza.  
Vive en Sevilla y en ella  
En rico palacio mora  
Dó la mas alta nobleza  
Con sus visitas le honra :  
Vive en Sevilla, y con él  
Aquella Zulima hermosa  
Que á nuestra fé convertida  
Con él se casó y le adora.  
Dejó el turbante de esclava  
Por una nupcial corona,  
El haren por el palacio,  
Por Jesucristo á Mahoma.  
Cambió el nombre de Zulima  
Por el nombre de Eliodora,  
Y quien en Asia fué esclava  
Vino á mandar en Europa.

Es una noche sombría  
Y una callejuela corva ;  
Que acaba de San Francisco  
En la plaza y desemboca ;  
Y aunque no está aquella noche  
Avanzada en altas horas,  
Las calles tiene desiertas  
El recio viento que sopla.  
Las rejas están cerradas  
En torno la plaza toda,  
De modo que ni una luz  
Rasga la neblina lóbrega.  
Solo en los anchos balcones  
De una casa grande y sola,  
Los cristales iluminan  
Mil clarísimas antorchas.  
Oyese música dentro  
Y al compás de bulliciosa  
Danza retiemblan los vidrios  
A pesar de las alfombras.  
A través de ellos de lejos  
Se alcanzan tumultuosas  
Las sombras de los que danzan  
Ir pasando unas tras otras,  
Una ilusion produciendo  
Tan fantástica y diabólica,  
Que desvanece los ojos  
Y el corazón acongoja.  
En esta casa y al són  
De esta música sonora,

Que en quien la habita supone  
 Placer, opulencia y gloria,  
 A lentos pasos un hombre  
 Que las desdichas agobian,  
 En el portal penetrando  
 A la cancela se asoma.  
 Fatigado y macilento  
 Envuelve mal su persona,  
 En harapos que rechazan  
 Hasta el título de ropa.  
 Su frente erguida otro tiempo  
 Hoy hácia la tierra encorva,  
 Y bien se ve que á la tierra  
 La humillacion se la dobla.  
 Y sus tosadas mejillas,  
 Su mirada melancólica,  
 La voz que del pecho arranca  
 Ronquécida y fatigosa  
 Bien á las claras demuestran  
 El dolor, que le destroza  
 El corazon donde hierven  
 Sus penas harto recónditas.  
 Llamó á la puerta en voz baja :  
 Y en voz amenazadora,  
 « ¿Quién va? » respondió un portero  
 Que los dados abandona.  
 « ¿Vive esta casa, y perdone,  
 Don Luis Tenorio?

— Aquí mora.

¿Qué quiere?

— Hablarle un momento.

— ¿Vos?

— Si.

— ¿Vos, lo que no logran

Los nobles al medio dia  
 Queréis lograr á estas horas?  
 ¡Bah! ¡y ahora que está cenando!  
 ¡Pues no faltaba otra cosa!  
 — Hacedlo por Dios, amigo,  
 Que no ha de pesaros.

— ¡Oiga!

¡Traerá visita del rey  
 El pordiosero!... malhora  
 Para vos, idos, buen hombre,  
 Que el tiempo no está de sobra.  
 — Por cuanto amais en la tierra  
 Y por mas que os sea incómoda  
 Mi exigencia, id á vuestro amo  
 A decir que una persona  
 Que ha atravesado buscándole  
 Las montañas y las olas,  
 Quiere tan solo traerle  
 Un amigo á la memoria.  
 — ¡Es tambien amigo suyo!  
 ¡Voto á san Gil, que me enoja  
 Tanta insolencia! ¡Ea! tome,  
 Y agradezca la limosna.»

Y así diciendo el portero  
 Una moneda le arroja,  
 Y las espaldas le vuelve  
 Dando un portazo de cólera.

Quedó el miserable solo  
 Con el carmin de la honra  
 Sobre la faz, y en los párpados,  
 De llanto amargo, dos gotas.

Despechado é indeciso,  
 Un momento devorólas  
 Como pudo, y de ira trémulo  
 La faz, y la vista torva,  
 Dejó la casa diciendo :  
 « ¡Maldita sea la hora  
 En que conocí tu nombre,  
 Y oí la voz de tu boca! »

Y en el átrio de una iglesia  
 Que halló á aquella casa próxima,  
 Tendióse desesperado  
 Hasta la vecina aurora.  
 Llorando pasó harto tiempo  
 Males y desdichas propias,  
 Mas el cansancio rindióle :  
 Y poco á poco en las losas  
 Dejó tomar á sus miembros  
 Posicion menos incómoda,  
 Hasta que en brazos del sueño  
 Perdió sentido y memoria.

En esto al átrio subiendo  
 Dos personas embozadas  
 Tiraron de las espadas,  
 Furiosa lid emprendiendo.

Duró la rifa un instante,  
 Cayó sin un ¡ay! el uno,  
 Y en un callejon moruno  
 Entróse el otro adelante.

Y ni despertó el mendigo,  
 Ni se aproximó un curioso,  
 Ni duelo tan misterioso  
 Tuvo padrino ó testigo.

Allí uno de ellos quedó,  
 Y aunque en las sombras incierto,  
 Que de un golpe quedó muerto  
 Bien el alba lo mostró.

Esta asomó entre arreboles  
 De púrpura como siempre,  
 Para el dichoso y el triste  
 Brillando indistintamente.  
 Lo hacia apenas el sol  
 Cuando á la voz de « ¡Cogerle!

¡Matarle! ¡villano! ¡infame!  
 Los ojos abrió el inerme,  
 Mendigo, que vió al abrirlos  
 Confuso tropel de gente  
 Que en su redor se apiñaba  
 Aunque la razón no entiende.  
 Cruzaron al fin la turba  
 De la justicia lebreles  
 Con sus varas en la mano,  
 Y el tribunal en los dientes;  
 Amenazando prisiones  
 Y olfateando á los pobretes,  
 Por si faltan los culpados  
 Que no falten penitentes.  
 Y asiendo del miserable,  
 A quien dicen: « ¡Ese! ¡ese! »  
 Con ira le demandaron,  
 Mas sin que él los comprendiese:  
 « ¿Quién mató á ese hombre? »

— Y de un muerto

Pusiéronle frente á frente.  
 « No le conozco, repuso  
 El hombre con calma viéndole.  
 — ¿Pues cómo estáis con él?  
 — Si dádole hubiera muerte  
 No me quedara á su lado. »  
 Y aquí irritada la plebe,  
 « Niega, gritó, ¡que le maten!  
 Todos lo han visto. ¡Prendedle! »  
 En vano tendió los brazos  
 Que le escuchasen pidiéndoles.  
 En vano á la resistencia  
 Quiso apelar muchas veces,  
 Teníanle bien asido  
 De los brazos los corchetes:  
 Y habían ido llegando  
 Del difunto los parientes  
 Por él pidiendo justicia,  
 Iracundos como sierpes.  
 Apenas muchos soldados  
 Bastaron á contenerles,  
 Y algunas manos lograron  
 Llegar hasta el delincuente.  
 Mas aunque bien su persona  
 De la multitud defienden,  
 Asíóle uno de la capa  
 Andrajosa en que se envuelve,  
 Y con impetu tirando  
 Rasgósele de tal suerte,  
 Que vieron todos los ojos  
 Que bajo de ella mantiene  
 Revuelto calzon morisco,  
 Y jubon con puntas verdes.  
 « ¡Moro! » exclamaron al punto,  
 Y acreciendo doblemente  
 Se hizo el tumulto mas fiero  
 Por moro al reconocerle.  
 Abriéronse las ventanas,

Las puertas y los cancelos,  
 Toda Sevilla por ellos  
 Asomándose por verle,  
 Para gritar los muchachos  
 A los pilares subiéndose  
 Y en los puestos y casetas  
 Empinándose la gente.  
 Hubo sartas de insolencias,  
 Y diluvios de moquetes,  
 Codazos y pisotones  
 Y sangrías de alfileres,  
 Hasta que al fin por la plaza  
 Con lanzones y broqueles  
 Entraron por varias calles  
 A són de clarín, ginetes.  
 Y despejando la chusma  
 Lograron á solas verse  
 Con el difunto sus deudos  
 Y el reo con los corchetes.

En esto Don Luis Tenorio  
 Que á su balcon salió á verles  
 Bajo él al pasar el preso,  
 Gritó á la justicia: « ¡Ténganse!  
 — ¿Qué quiere el señor Tenorio?  
 Preguntó un juez descubriéndose.  
 — ¡Justicia!

— ¿Y en qué servirle  
 Aquí la justicia puede?  
 — En dar libertad á ese hombre  
 Que por Dios que está inocente.  
 — Ved lo que habláis.

— Está dicho,

El asesino no es ese.  
 — ¿Pues quién es?

— Yo, y me delato

Que suban pues á prenderme,  
 Yo maté anoche á ese hombre  
 Por ocultos intereses. »

Enmudecieron de asombro  
 Los que se hallaban presentes  
 Unos á otros mirándose  
 Sin decidirse á creerle.  
 Los parientes del difunto  
 Por poderoso temiéndole  
 Y admirándole en silencio  
 Por generoso los jueces.  
 En esto bajó á la calle  
 Don Luis, y camino abriéndose  
 Hasta el reo, desatóle  
 Con un abrazo diciéndole:  
 « Subid, buen moro, á mi casa  
 Y dejad que á mi me lleven  
 En vuestro lugar ahora,  
 Que yo sabré defenderme. »  
 Tendióle el moro los brazos  
 Sin saber qué responderle,  
 Llamándole amigo suyo,

Y estrechándole cien veces.  
 Lloraba al ver tal escena  
 Enternecida la gente,  
 Y por la plaza reinaba  
 Triste silencio solemne,  
 Cuando á interrumpirle vino  
 Otro impensado accidente.  
 Un caballero embozado  
 Que estuvo de cerca oyéndoles  
 Sobre el semblante el sombrero  
 Y el embozo hasta las sienes,  
 En medio de la justicia  
 Presentóse de repente.  
 Desembozóse con brío  
 Y con voz serena y fuerte  
 Dijo : « *Yo soy el que buscan,  
 Los demas son inocentes.*  
 Yo maté anoche á Don Tello,  
 Testigos hay, que si quieren,  
 Dirán que salir nos vieron  
 Para reñir juntamente.  
 Nadie dará de esos dos  
 Con la ocasion de su muerte,  
 Y yo daré tales señas  
 Que duda en ella no deje.  
 Señores, idos con Dios,  
 Que si obrásteis noblemente,  
 No es justo que á pagar vayais  
 Lo que á mí me pertenece. »  
 Y así diciendo y la espada  
 De su cinto descendiéndose  
 A manos de la justicia  
 Se dió como delincuente.  
 Quedaron todos atónitos,  
 Y la justicia y la plebe  
 Sin concebirlo admiraban  
 En silencio y justamente  
 En Don Luis lo generoso,  
 Y en el otro lo valiente.  
 Y viendo tal hidalguia  
 En ambos á dos los jueces,  
 Teniendo en Don Luis el crimen  
 Por falsedad evidente,  
 Dieron su casa por cárcel  
 Y con su palabra fuéronse.  
 Subieron los tres á ella,  
 Y los soldados volviéndose,  
 Volvió á llenarse la plaza  
 Con los ociosos de siempre.

¿Qué mas te importa saber  
 De este cuento? ¡oh buen lector!  
 Los abrazos que Tenorio  
 Al de Alejandria dió,  
 Del comerciante de Oriente  
 La magnífica oración,  
 El asombro del incógnito  
 Que á Don Tello Arias mató,

De Zulima, hoy Eliodora,  
 El consiguiente rubor  
 Al encontrar otra vez  
 Al dueño que abandonó,  
 Y las dos mil zarandajas  
 Con que imberbe historiador  
 Emborronara papel  
 Y cansara tu atencion,  
 No son medios que acomodan  
 A mi actual pésimo humor,  
 Para dar á mi leyenda  
 Competente conclusion.  
 Basta que sepas que á ruegos  
 De Tenorio se indultó  
 Del difunto Tello Arias  
 Al bizarro matador :  
 El cual á Don Luis Tenorio  
 Con fina amistad pagó  
 La vida que le debía,  
 Rendido á tan gran favor.  
 Que el árabe convencido  
 De que la fé en que vivió  
 La borrasca no calmaba  
 De su triste corazon,  
 A las aguas del bautismo  
 Su calva frente dobló,  
 Al sacro puerto acogiéndose  
 De la santa religion.  
 Confesó que era Mahoma  
 Un impúdico impostor  
 Y en lugar de las houries  
 Los ángeles adoró.  
 Don Luis le dió por esposa  
 A su hermana Doña Sol  
 Con la mitad de su hacienda  
 Y el tesoro de su honor.  
 Vivió feliz cuantos años  
 La existencia le duró,  
 Y aquí concluye mi historia,  
 ¡Oh carísimo lector!  
 Solo me resta decirte  
 Que presto se acomodó  
 A las costumbres de Europa  
 Y convino en que es mejor,  
 Que tener cincuenta esclavas  
 Que maldicen su opresion,  
 Tener una muger sola  
 Con cariño y con honor.  
 Y es mas cómoda una cama  
 Que el mas mullido almohadon,  
 Donde se quedan las piernas  
 En el suelo y sin calor.  
 Y es mejor dormir en ella  
 Del vino la exaltacion,  
 En deliciosos ensueños  
 De pasajero vapor,  
 Que comer maiz en tortas  
 Y el alcuceuz y el arroz,

**Y emborracharse con ópio,  
Trepando luego á un balcon,  
Para escitar en la mente  
Delirio fascinador,  
Que al cabo ataca los nervios  
Y oscurece la razon,  
Y torna á los hombres locos  
O necios que es lo peor.**

Con eso, lector, si hasta ahora  
Gratos mis cuentos te son,  
Dios me lo premie en el cielo,  
Demándemelo sinó.  
Con que si te placen cómpralos  
Y con la ayuda de Dios,  
Haremos cuantos pudiéremos  
Entre el editor y yo.

# LA AZUCENA SILVESTRE,

LEYENDA RELIGIOSA DEL SIGLO IX.

AL SEÑOR  
DON ANGEL SAAVEDRA,  
DUQUE DE RIVAS,  
SU MEJOR AMIGO  
JOSÉ ZORRILLA.

PRIMEBA PARTE.

## CAPITULO PRIMERO.

EN QUE COMIENZA LA NARRACION DE LA  
PRESENTE HISTORIA.

Mas pura que la luz de blanca luna,  
Que en arroyuelo limpido riela,  
Mas hermosa que el cisne en su laguna  
Cuando en ella se baña, nada ó vuela;  
Y alegre mas que en soledad moruna  
Suelta y errante y tímida gacela,  
En gracias y virtud feliz crecía  
La bellissima y cándida María.

Y aun no cumplidos sus catorce abriles,  
De noble estirpe y á reinar nacida,  
Ajena á devaneos mugeriles  
Velada por su bien, siempre servida,  
Flor era pronta á dar tallos gentiles  
A los besos del céfiro mecida,  
Y á exhalar de su caliz aun cerrado  
Delicioso perfume embalsamado.

Cala en anchas ondas de su frente  
Larga madeja de flotantes rizos,  
Y de inquieto mirar, mas inocente,  
Dos ojos revolvia antojadizos:  
Y en su blanca mejilla trasparente  
Centros ambos á dos de sus hechizos

Marcaba su sonrisa dos hoyuelos,  
Luceros ambos que robó á los cielos.

Rebosa al verla en alegría intensa  
Su padre el buen Wifredo, y la corona  
Ceñirla aguarda de la tierra estensa  
Del condado feraz de Barcelona.  
Solo en su bien y en su fortuna plensa  
Y honrada, sin rival, feliz matrona  
En tiempo incierto de la edad futura  
Su ambicion paternal se la figura.

Unico amor del varonil guerrero,  
Unica prenda de su muerta esposa  
Tiene Wifredo su cariño entero  
Puesto no mas en su María hermosa:  
Y único amor el noble caballero  
Del alma de la niña candorosa,  
En una el alma de los dos se encierra,  
Y uno para otro son todo en la tierra.

Su corona de conde ennoblecida  
Con los laureles mil de mil campañas,  
Su ciudad populosa defendida  
Por su tendido mar y sus montañas,  
La mitad de los años de su vida,  
La memoria y la prez de sus hazañas  
Todo lo diera el caballero noble  
Por ver de su hija la fortuna doble.

Lumbrera del fanal de su esperanza,  
Riquísimo joyel de su cariño,  
Manantial de su interna bienandanza,  
Vuelve á su pecho el corazon de niño;  
Se le roba á la guerra y la venganza,  
Se le torna mas puro que el armíño,  
Se le lava de impulsos terrenales,  
Se le inunda en delicias celestiales.

Por eso da su corazon sincero  
Gracias humildes al Señor, y cuent

Por eso día á día el caballero,  
Y su esperanza en cada uno aumenta.  
Y bendice al Señor, que lisonjero  
A su vejez el tiempo representa  
De su edad concediéndole al otoño  
Tan hermoso y purísimo retoño.

Mayor felicidad en esta vida  
El padre tierno concebir no sabe  
A otro mortal alguno concedida  
Mas sagrada misión, cargo mas grave :  
Ella es para él, del cielo bendecida,  
De su dichosa eternidad la llave,  
Y del futuro en perspectiva bella  
Todo lo aguarda de su Dios y de ella.

¡Mas cuán falsas ¡ ay Dios ! y cuán livianas  
Las cosas son de la mudable tierra !  
¡Quién sondará las leyes soberanas  
Que el misterioso porvenir encierra?  
La aura que arrastra en pos las hojas vanas  
La torre abate que al peñon se aferra,  
Y las menudas ondas de los mares  
Socaban las montañas seculares.

En una tarde del quemado estío  
Que entolda nube negra y tenebrosa  
De su palacio en el jardín umbrío  
La niña entre los céspedes reposa.  
De casto sueño dulce desvarío  
La divierte la mente candorosa,  
Sonriendo el gozar su fantasía  
El purísimo labio de María.

La casta mano de márfil velada  
Entre su espesa y negra cabellera  
Bajo la sien tranquila colocada,  
Y bajo seda fácil y ligera  
Su modesta figura contornada,  
El pié breve no mas dejando fuera,  
Parece sobre el césped su figura  
Ejemplar de bellísima escultura.

¡Y cuán bella y feliz es una niña,  
Que con sus dichas infantiles sueña,  
Y sus caprichos inocente apiña  
De universo ideal soñando dueña !  
Con infantiles galas se le aliña,  
Y en poblarle con fábulas se empeña,  
Y le goza de fábulas henchido  
Hijas de un corazón no corrompido.

Tal le gozaba y tan feliz se vía  
De su sueño infantil con las visiones  
De su palacio en el jardín María :  
Mientras sobre ella en densos nubarrones  
El nublado apiñándose crecía  
Y amagaba al rasgar sus pabellones

Sobre la tierra desplomar airado  
Todos los males de que va preñado.

Ya se sentía por su vientre oscuro  
Ronco el trueno rodar : ya se aspiraba  
El aura ingrata del vapor impuro  
Que en su cargado seno fermentaba :  
Y cual dragon enorme, que seguro  
Ala invisible en el ambiente traba,  
Avanzaba el nublado á paso lento  
Cerrando en sombra la region del viento.

Viéndolo el buen Wifredo iba afanoso  
Por el jardín buscando su hija amada ;  
Mas de no amedrentarla cuidadoso  
Moviendo en su redor planta callada.  
Ya su ojo paternal en el frondoso  
Césped la ve durmiendo descuidada,  
Y ya en su labio paternal bullía  
El dulcísimo nombre de María :

Cuando hondo, ronco y repentino trueno  
El nublado al rasgar crujió estallante :  
Se alzó la niña, el corazón ajeno  
De aquel peligro de que está delante,  
Mas al abrir los ojos fué de lleno  
A herírselos relámpago brillante,  
Y exhalando agudísimo lamento  
Volvió en tierra á caer sin movimiento.

Tomóla al punto en los amantes brazos  
Y alzóla en ellos el varon robusto,  
De pena el corazón roto en pedazos,  
Trémulo el cuerpo al repentino susto ;  
Mas ni al calor de tan amigos lazos,  
Ni á su voz que le turba pavor justo  
Vuelve la pobre niña dolorida  
Señal á dar de movimiento y vida.

Por medio del horrisono aguacero  
Que se desgaja ya, corre exhalado  
Con su hija para él peso ligero :  
Y con nerviosa fuerza á ella abrazado  
Pasa el jardín, el pórtico, el crucero,  
Revuelve el caracol mal alumbrado,  
Y en su cámara y lecho al cabo posa  
Carga para él tan dulce y tan penosa.

A sus briosas voces acudieron  
Cuantos siervos tenía en su palacio,  
Cuántas damas en él su voz oyeron  
Cuántos curiosos admitió su espacio :  
Y empíricos y sabios acudieron,  
En tomar cuyo auxilio no reacio  
Wifredo logró en lágrimas deshecho  
Volver la vida á su virgineo pecho.

« ¡Ay ! » dijo la doncella, y exhalando  
Débil suspiro perceptible apenas

Abrió sus ojos en redor girando  
 Miradas ¡ay! al parecer serenas.  
 Mas ambas manos con afán llevando  
 A las pupilas de su llanto llenas,  
 Volviólas á apartar la desdichada  
 «Ritando con pavor: « ¡No veo nada! »

« ¡Hija! (esclamó poniéndose delante  
 De sus ojos Wifredo) ¡hija del alma!  
 Mira, mira, ¡yo soy! torna el semblante,  
 Mirame aquí... » mas con siniestra calma  
 La doncella hácia él tendió anhelante,  
 La vista no, la descarriada palma,  
 Y al asirle, burlando su deseo,  
 Repitió tristemente: « Nada veo. »

Volvió iracundo la ensañada mano  
 El trémulo varon contra sí mismo,  
 Los cabellos mesándose inhumano,  
 Y como sér en quien sopló el abismo  
 Espíritu infernal, matando insano  
 La luz de la razon y el cristianismo,  
 Al cielo alzó los inflamados ojos  
 Torpe ó blasfemo murmurando enojos.

Mas pronto á su razon, mas sosegado  
 El misero volvió, y al mismo cielo  
 Tornó á elevar los ojos humillado,  
 Ambas rodillas oprimiendo el suelo.  
 Breve oracion al corazón cuitado  
 Prestó resignacion sino consuelo,  
 Y con doliente voz que al alma llega  
 Dijo á los que le oían: « *Está ciega.* »

¡Ay Dios! era muy cierto:  
 La lumbre centellante  
 Del fúlgido relámpago  
 Que despertar la hirió  
 De sus hermosos ojos  
 Mató la luz radiante,  
 Y un velo de tinieblas  
 Ante ellos estendió.

Los sabios mas famosos  
 En vano convocaron:  
 Los siervos de Mahoma,  
 Los hijos de la Cruz,  
 Los sabios de Judea  
 Al fin desesperaron  
 De dar á sus pupilas  
 La apetecida luz.

Hermosa como siempre  
 La cándida María,  
 Fingiéndose esperanzas  
 De curacion feliz  
 Al angustiado conde  
 Prestárselas queria,

Y le lograba solo  
 Hacer mas infeliz.

Atento y cariñoso  
 Con paternal anhelo  
 El brazo la ofrecia  
 Y la guiaba el pié,  
 Sirviéndola de dia,  
 Y al piadoso cielo  
 Orando por la noche  
 Con encendida fé.

« ¡Qué dia tan hermoso  
 Debe hacer hoy! » decia  
 La niña, el sol sintiendo  
 Sobre su blanca faz:  
 Y oyéndola Wifredo  
 Del párpado sentia  
 Una abrasada lágrima  
 Huírsele fugaz.

Y su silencio acaso  
 María comprendiendo  
 Las manos alargaba  
 Sus ojos á tocar,  
 Y en ellas de su padre  
 Las lágrimas sintiendo,  
 Decia: « ¿Y por qué lloras? »  
 Y echábase á llorar.

Erraban á las veces  
 En dulce compañía  
 Por una y otra senda  
 De su feraz jardin,  
 Y el amoroso padre  
 Coronas la tejia  
 De frescas siemprevivas  
 Y pálido jazmin.

Gozaba sus aromas  
 La niña, é inocente  
 Cediendo á los impulsos  
 De instinto femenil,  
 Ornaba con las flores  
 Su candorosa frente  
 Mostrándose con ellas  
 Mas linda y mas gentil.

Y en las tranquilas noches  
 Del abrasado estío  
 A otro viajero acaso  
 Volvian á escuchar,  
 Ya bajo el verde toldo  
 Del emparrado umbrío,  
 Ya sobre el alto muro  
 Que lame inquieto el mar.

¡Oh cuán sencillos tiempos!  
 ¡Cuán grata es su memoria!

¡Cuán dulce y cuán sabroso  
Oír en nuestra edad  
Las mágicas leyendas  
De su olvidada historia,  
Sus crónicas sacando  
De añeja oscuridad!

Edad por dos pasiones  
Regida y dominada,  
Guiada por dos astros :  
La gloria y el amor.  
La España por aquella  
De moros rescatada,  
Por este la hermosa  
Corona del valor.

La edad de los prodigios,  
La edad de las hazañas  
Sin duda fué : nosotros  
De corazón sin fé  
Sus crónicas leemos  
Llamándolas patrañas,  
Y en ellas es dó el dedo  
Del Criador se ve.

Entonces juntamente  
Sin crimen invocaba  
Su Dios y sus pasiones  
El rudo corazón,  
Y el cielo justo á oírle  
Tal vez no se negaba  
Porque mezclara rudo  
La fé con la pasión.

Entonces era el justo  
Columna de justicia :  
Valiente y obstinado,  
Mas franco el criminal :  
Y ajeno aun en su crimen  
De hipócrita malicia  
Obraba malamente,  
Mas confesaba el mal.

Entonces se creía :  
La religion severa  
Objeto de sarcasmo  
Jamás al necio fué,  
Ni la mentida ciencia  
Se la atrevió altanera  
De sus razones santas  
A demandar ¿porqué?

Pastor el sacerdote,  
De su rebaño en vela  
Guiaba é instruía  
La ciega multitud,  
Y aquella le escuchaba  
Siguiendo sin cautela  
La senda señalada  
Por senda de virtud.

Porque de Dios la recta  
Virtud apetecida  
No está en el raciocinio,  
Que está en el corazón ;  
Y el que en el suyo guarda  
Su fé bien defendida,  
Le sobran los sentidos,  
Le sobra la razón.

Por eso en la alta noche  
Cuando en silencio y calma  
Del buen Wifredo todo  
Yacía en derredor,  
Enviaba al firmamento  
Las cuitas de su alma  
En oración humilde  
Con sincero fervor.

Y oraba por su hija  
Mientras cercana ella  
En cámara vecina  
Oraba al par por él,  
Y entrambas las plegarias  
Del noble y la doncella  
Subían á las plantas  
Del santo de Israel.

Como al pié del altar, del vaso de oro  
De perfume oriental se exhala y sube  
Pura, ligera, y trasparente nube  
Que embalsama la régia catedral,  
Así á los cielos la oración del justo  
Sobre sus alas místicas se eleva  
Y el soplo de los ángeles la lleva  
De Dios hasta el regazo paternal.

Y la divina madre del Dios hombre  
Al acoger benigna la plegaria  
De la inocente virgen solitaria,  
Que invocaba su amparo en la aflicción  
Al ángel vaporoso de los sueños  
La enviaba, y en sus alas vagarosas  
Bello tropel de imágenes dichosas  
Descendía á su casto corazón.

## CAPITULO SEGUNDO.

DE LAS RAZONES QUE TUVIERON EL CONDE Y  
SU HIJA PARA EMPRENDER UNA PEREGRINA-  
CION A MONSERRATE Y LO QUE ALLI PASÓ.

### I.

Y yendo días y viniendo días,  
Tras dos años de angustias de afán,  
Y de buscar inútiles remedios  
Que no pudieron remediar su mal,  
En una noche del templado mayo,  
Por la ribera del tranquilo mar

A la pálida luz de la alta luna  
 El conde y su hija silenciosos van.  
 Las ondas trasparentes murmurando  
 Se vienen á sus plantas á estrellar,  
 Rodando lentamente unas sobre otras  
 Con eterna y monótona igualdad.  
 A lo lejos tal vez se divisaba  
 La blanca lona del bajel pasar,  
 Y la canción del pescador se oía  
 Llevada por la brisa desigual.  
 A veces se elevaba en la llanura  
 El ronco y melancólico graznar  
 De las marinas aves que en la playa  
 Buscan mansion, sustento y libertad.  
 ¡Noche serena, deleitosa noche  
 A quien la puede sin dolor gozar;  
 Melancólica noche para el triste  
 En cuyo pecho la aflicción está!  
 Tristes ideas en su mente escita  
 Su nocturno silencio y soledad,  
 Y aun el consuelo que le inspira junto  
 De los recuerdos con la hiel le da.  
 Y así una noche del templado mayo  
 Por la ribera del tranquilo mar  
 A la pálida luz de la alta luna  
 Wifredo y su hija silenciosos van.  
 Y acaso desde lejos percibiendo  
 La forma de la virgen blanquear  
 Y las armas lucir del caballero  
 Que la presta su apoyo paternal,  
 Creyeran que el espíritu doliente  
 De naufrago infeliz que espele el mar  
 En los brazos del ángel de las aguas  
 Encontraba el amparo celestial.  
 Y acaso al ver en la nocturna niebla  
 Rodeando la lóbrega ciudad  
 Creyeran que velándola vagaba  
 El espíritu de ella tutelar.  
 Y así sumidos en memorias tristes  
 La hermosa ciega y el baron feudal  
 Iban vagando con pisada incierta  
 Por la ribera del tendido mar;  
 Cuando á la tibia luz creyó el guerrero  
 Negra figura distinguir quizá,  
 Que á lento paso hacía los dos viniéndose  
 Con cada paso se aclaraba mas.  
 Rápido impulso de temor muy vago  
 Sintió en su pecho varonil brotar,  
 É incomprensible repugnancia interna  
 Al sér que llega junto de ellos ya.  
 Era un anciano, cuya blanca barba,  
 Cuyo cuerpo inclinado por la edad  
 Movía á reverencia mas que á miedo,  
 Ministro acaso del divino altar.  
 Báculo tosco á caminar le ayuda,  
 Ciñe sus miembros áspero sayal,  
 Y al suelo vueltos los humildes ojos  
 Severa muestra y penitente faz.

« Padre, ¿quién llega? » preguntó María,  
 Sintiendo de aquel sér la vecindad,  
 Cual si pavor la diera el que llegaba  
 No mas que por instinto natural.  
 « Es un anciano, contestó Wifredo.  
 — No sé porqué desconocido afan  
 Al sentirle probé, padre.

— Hija mía,  
 Cálmate y calla, porque ante él estás. »

« Dios vele sobre ti, noble Wifredo, »  
 Dijo llegando con humilde voz  
 El viejo anacoreta. « El os ampare, »  
 El conde cortesmente replicó.  
 Y trabando de aquí plática entrambos  
 Siguiéron luego y á su vez los dos :  
 Y de este modo con sonrisa dulce  
 El anciano estrangero la empezó.  
 « ¿Cómo tan tarde en tan desierto sitio? »  
 Wifredo. El aura por gozar de la estación.  
 El Anciano. El aura de la mar es insalubre  
 Para su mal.

Wifredo. ¿Sabéisle?

El Anciano. ¿Y cómo no?

La fama de esa inmensa desventura  
 La España entera recorrió veloz.

Wifredo. ¡Ay de mí! ¡y cuán en balde!  
 En toda ella

Remedio nadie á mi pesar halló.

El Anciano. Las yerbas de la tierra y sus  
 virtudes

Secas, Wifredo, é impotentes son  
 Cuando en el mismo mal compadecido  
 Su dedo paternal no pone Dios.

Wifredo. Noches y días con fervor le  
 ruego.

El Anciano. Busca quien goce su feliz  
 favor.

Wifredo. Vos, anciano, tal vez...

El Anciano. Tente, insensato :

Para tanto intentar ¿qué puedo yo  
 Pecador miserable? Hay en la tierra  
 Otros mas justos que lo harán mejor.

Wifredo. ¡Ah por Dios esplicaos!

El Anciano. Los peñascos

De Monserrate en su áspero fragor  
 La luz esconden que sus rayos toma  
 En las pupilas del potente Dios.

Wifredo. ¿En Monserrate?

El Anciano. Si, Dios manifiesta

el poder de una santa intercesion  
 Con divinos portentos cada dia.  
 Lleva pues á la hija de tu amor  
 Si la quieres sanar, á Monserrate :  
 Y en la grieta mas honda de un peñon,  
 Que en las nubes esconde su alta cruzta  
 El justo habita y con el justo Dios

Y así diciendo el misterioso anciano  
 Sus pasos adelante enderezó,  
 De la esperanza el bálsamo vertiendo  
 De María en el limpio corazón.  
 « ¿Dó vais? dijo atajándole Wifredo,  
 En mi palacio reposad, señor,  
 Y admitid á lo menos hospedage  
 Por esta noche.

— Es lejos donde voy,  
 Las horas de la noche son muy breves  
 Y todas me hacen falta, » replicó  
 Siguiendo su camino el estrangero.  
 Todavía insistiendo el buen baron,  
 « Mis gentes, mis caballos, todo es vuestro, »  
 Le dijo : y el anciano en ronca voz :  
 « Basta, repuso, límites no tiene,  
 Wifredo, para mí la creacion.  
 Y la raza del hombre toda entera  
 No podrá nunca lo que puedo yo. »  
 Y así diciendo, como arista leve  
 Que arrebatara del suelo el aquilon  
 Una sonora ráfaga pasando  
 Al monge entre sus ondas arrastró.  
 Tembló María al percibir su rastro,  
 Arrodillóse atónito el baron,  
 Y de ir á Monserrate voto hicieron  
 A vista del prodigio ambos á dos.

Cual marinero errante, que perdido  
 Su soberbio bajel, contra las olas  
 Lucha á los restos del bajel asido  
 Cercana viendo la ribera ya :  
 Cual golondrina errante que los mares  
 Cruza extraviada y la cansada pluma  
 Agita conociendo los lugares  
 Donde á anidar acostumbrada está;

Cual sierva que en la fuerza del estío  
 Sedita vaga por el bosque espeso  
 Y el agua oyendo del cercano rio  
 Hacia él se lanza cuando el agua ve :  
 Así impaciente la infeliz María  
 En alas del deseo y la esperanza  
 Llegar á Monserrate apetecia  
 Con inspirada y religiosa fé.

Wifredo al par con la esperanza misma  
 El sol de la partida apresuraba,  
 Y con la misma fé ver esperaba  
 La omnipotencia santa del Señor.  
 Inmensa suma de regalos y oro  
 Y comitiva inmensa prevenia,  
 Y un santuario fundar se proponia  
 Y hacer del penitente un fundador.

« En medio de las peñas solitarias  
 « Monasterio suntuoso se levante :

« Memoria eterna que el prodigio cante  
 « Señal eterna del favor de Dios.  
 « Bajo sus anchas bóvedas, eternos  
 « Himnos de gracias al Señor resuenen,  
 « Y sus campanas el desierto atruenen  
 « El alma al cielo remontando en pos. »

Así exclamaba el piadoso conde  
 De su fé en el fervor,  
 Con tamaños intentos emprendiendo  
 Su peregrinacion.

Del fresco mayo en la postrer mañana  
 Al despuntar el sol  
 Con su hija y comitiva numerosa  
 De la ciudad salió.

Por plazas y por calles se agolpaba  
 Su inmensa poblacion,  
 Todos rogando por la hermosa niña  
 A la piedad de Dios.

Y así de Monserrate enderezaron  
 Al áspero fragor,  
 Y en la distancia del camino largo  
 La comitiva santa se sumió.

Aun se alcanzaba de las altas torres  
 Como leve pavor  
 El polvo espeso que sus piés alzaban,  
 Pero tambien al fin se disipó.

A Monserrate van. ¿Pero quién sabe  
 Lo que les guarda en su honda soledad  
 El que posee del corazón la llave,  
 El que puede medir la eternidad?  
 Sí, Dios es Dios : y Dios tan solo puede  
 Romper el velo á la futura edad,  
 Solo á sus ojos el destino cede;  
 Dios es la luz, la fuerza y la verdad.

## II.

Entre los rudos peñascos  
 Que por la estension desierta  
 De Monserrate, en las nubes  
 Esconden sus altas crestas,  
 Entre los cóncavos huecos  
 De sus oscuras cavernas,  
 Guardada oculta y salvaje  
 De reptiles y de fieras :  
 En medio de aquellos valles  
 Dó en lagos el sol fermenta  
 Los vapores que son nubes  
 Empezando en leve niebla :  
 Allí donde humanas voces  
 A los ecos no despiertan,  
 Ni el humo de los hogares  
 En espirales se eleva,  
 De un gigantesco peñasco

En la socavada grieta  
 Pasa sus días un hombre  
 En áspera penitencia.  
 Rústico sayo le viste,  
 É insípidas le alimentan  
 Agua de un arroyo manso,  
 Raíces de cruda yerba :  
 Y á su escondida morada  
 Diez años há que no llegan  
 Mas que las águilas que hacen  
 Su nido en aquellas peñas.  
 Una de techo le sirve,  
 Y audaz la naturaleza  
 Por un capricho inclinándola  
 La colocó de manera  
 Que el corazón mas valiente  
 Temblara entrar bajo de ella,  
 Por miedo de que al hundirse  
 Su sepultura no fuera.  
 Tosca cabaña de troncos  
 Espinos y ramas secas  
 Construyó allí el eremita  
 Por su morada eligiéndola :  
 Y allí los días y noches  
 En soledad y abstinencia  
 Pasando, el cielo conquista  
 Y en paz á la muerte espera.  
 Y ni el alma de aquel justo  
 Rumor mundano atormenta  
 Con sus pasiones mezquinas  
 De vanidad y de tierra,  
 Ni en sus santas devociones  
 Sumida, jamás recuerda  
 Los humanos devaneos,  
 Ni las delicias terrenas.  
 En todo cuanto sus ojos  
 En torno suyo contemplan  
 A Dios solamente mira,  
 A Dios nada mas encuentra.  
 Las florecillas silvestres  
 Que escasas tal vez vegetan,  
 Los arbustillos que exhalan  
 Campesino olor, la tierra  
 Que da al gusano guarida  
 Y sustento á aves y á fieras,  
 Los mil vistosos insectos  
 Que por la atmósfera vuelan  
 Al sol tendiendo sus alas  
 Que sus rayos transparentan,  
 Todo, todo de su Dios  
 El poder le manifiesta,  
 Y él le conoce y le adora  
 En sus obras mas pequeñas.

Así pasa Juan Guarino  
 Su virtuosa existencia  
 Siendo del cielo delicia  
 Y haciendo al infierno guerra.

Y aunque en el uno flado  
 Tal vez al otro desprecia,  
 Satan que es muy poderoso  
 Fieros combates le apresta.  
 Y aunque con astucia inútil  
 De continuo le guerrea  
 Y con oracion y lágrimas  
 Juan de continuo le ahuyenta,  
 Es mucho lo que irrita  
 Su virtud y penitencia  
 Para que Satan el campo  
 De la tentacion le ceda.  
 Angel que bebió algun día  
 Del manantial de la ciencia  
 Con que el Hacedor supremo  
 Cuanto es y será penetra,  
 Del corazón de los hombres  
 Conoce bien la flaqueza  
 Y por su entrada mas débil  
 Sus tiros sagaz asesta.  
 Contrario irreconciliable  
 Del Dios cuya omnipotencia  
 Conoce, hollado y vencido  
 Por su poderosa diestra,  
 Ya que contra el mismo Dios  
 Volverse otra vez no pueda,  
 En buscar imperfecciones  
 Sobre sus obras se empeña,  
 Y de sus manos el hombre  
 Siendo la obra mas perfecta,  
 De su despecho á la saña  
 Es la obra mas espuesta.  
 Y « ¡Mio es el mundo! » esclama  
 Viendo la locura ciega  
 Con que al pecado los hombres  
 Desbocados se despeñan.  
 Mas cuando en medio su turba  
 Un justo á encontrar acierta,  
 Por derribar á aquel justo  
 Olvida su raza entera.  
 Y ¡ay si á impulso de su astucia  
 O de su malicia inmensa  
 Logra engañarle ó vencerle,  
 Que tras la culpa primera  
 Tal vez le arrastra al abismo  
 Y á Dios insulta y blasfema!

Y así de aquellos peñascos  
 Entre las cóncavas grietas  
 Entre consuelos y lágrimas  
 Que Dios y Satan le aprestan,  
 Pasa el justo Juan Guarino  
 Su virtuosa existencia,  
 Siendo del cielo delicia  
 Y haciendo al infierno guerra.

De las agudas montañas  
 Tras de las enhiestas lomas

Una alborada de junio  
 Rayaba apenas la aurora.  
 Ya el sol á través brillaba  
 De nubes de azul y rosa  
 Con que al salir, los espacios  
 Del horizonte se alfombran;  
 Ya los purpúreos destellos  
 De su lumbré creadora  
 Reflejaban del rocío  
 En las cristalinas gotas  
 Y en las aguas del arroyo  
 Y en las relucientes rocas  
 Cuya superficie pulen  
 Los vientos que las azotan;  
 Ya á su influencia se vian  
 De las quebradas recónditas  
 Elevarse transparentes  
 Nieblecillas vaporosas,  
 Y al reflejo de la lumbré  
 Que desde lo alto las dora  
 Tomaban ricos cambiantes  
 Y tintas encantadoras :  
 Ya de sus lóbregas grutas  
 A las escondidas bocas  
 Los reptiles asomaban  
 A ver su luz bienhechora,  
 Y abajo en el valle oscuro  
 Las avecillas canoras  
 Himnos cantaban al alba  
 Despertando bulliciosas :  
 Cuando saliendo Guarino  
 A la entrada de su choza  
 Y de rodillas poniéndose  
 Al Dios que amanece adora.  
 Mas con harto asombro suyo  
 Rompiendo la pura atmósfera  
 A sus oídos llegaron  
 Voces de humanas personas.  
 Tendió la vista á la falda  
 De las empinadas rocas  
 Y de gran tropel de gente  
 Las vió rodeadas todas.  
 Todos los ojos se tienen  
 Hacia él, todas las bocas  
 Le llaman, todas las manos  
 Suplicantes se le tornan.  
 Delante de aquella turba  
 Por una senda tortuosa,  
 Conduciendo un cortesano  
 A una niña encantadora,  
 Subia á espacio acercándose  
 A su cabaña. Medrosa  
 El alma de Juan Guarino,  
 Juzgando farsa ilusoria  
 De tentación infernal  
 Cuanto ve sobre las rocas,  
 Siguió orando de rodillas  
 Como quien sabe que logra

Vencer la oración constante  
 Las tentaciones diabólicas.  
 Y en el espacio los ojos  
 Que le nublan ardorosas  
 Dos lágrimas penitentes  
 En su devoción se arroba,  
 Sin que de la gente el ruido  
 Que ya de cerca le acosa  
 Su pensamiento distraiga,  
 Turbe su oración devota.  
 Virtud que solo concede  
 De Dios la misericordia  
 A quien en él cree de veras,  
 A quien de veras le invoca.  
 Ante esta virtud sublime,  
 Ante esta fé religiosa  
 Postraos enmudecidas,  
 Mundanas pasiones locas.  
 ¡Callad y desvaneced,  
 Necias y mundanas glorias  
 Que el nombre de inspiraciones  
 Os apropiáis mentirosas!  
 Inspiración del que canta  
 Torpes y profanas trovas :  
 Inspiración del que pinta  
 Desnudez escandalosa :  
 Inspiración del que á mármoles  
 Da provocativas formas,  
 ; A esta inspiración postraos  
 Que es mas santa que vosotras!  
 DIOS ES EL GENIO : él inflama  
 Su inspiración vigorosa  
 En las almas que con ella  
 A altas hazañas se arrojan.  
 DIOS ES EL GENIO : y donde él  
 No enciende su luz radiosa  
 Ni hay inspiración ni hay genio,  
 No hay mas que miseria y sombras.  
 Y esta inspiración divina  
 Es la que Guarino goza  
 Cuando María y Wifredo  
 Ante él humildes se postran.  
 Y de este célico arrobó  
 Es del que Guarino torna  
 Cuando estas palabras oye  
 Del conde de Barcelona.

« Hombre santo, en quien habita  
 El espíritu sublime  
 Del Dios cuyo aliento solo  
 Alimenta cuanto existe,  
 Mira á tus plantas y dúelante  
 Dos seres á quien aflige  
 Pena por el cielo impuesta  
 En su juicio incomprensible.  
 Relámpago repentino  
 Cerró las puertas sutiles  
 Del ver á los claros ojos

De esta doncella; y humildes  
A suplicarte venimos  
Que otra vez los ilumines,  
Y del Dios en quien creemos  
La grandeza patentizes.»

*Juan Guarino.* ¡Apartaos, tentadores!  
¡Vagos fantasmas, huidme!  
Dios su poder no demuestra  
Por instrumentos tan viles.  
Dios es grande, sí, muy grande:  
Mas prodigios tan insignes  
No ha de fiar á mis manos  
Hechas de tierra y de crimen.  
Dejadme, apartad.

*Wifredo.* En vano  
Vuestra humildad se resiste,  
La voz del cielo á estas peñas  
Milagrosa nos dirige.

*Guarino.* ¡Señor, si me da el orgullo  
Esta tentacion horrible,  
Si este poder me atribuye  
Satanás por afligirme,  
O dadme fuerza, Señor,  
Y fé para resistirle,  
O mostrad vuestro poder,  
Y que el soberbio se humille!

Así exclamó el penitente,  
Y á la doncella la voz  
Dirigiendo dijo: — «Eleva,  
« Muger, en nombre de Dios,  
« Al firmamento los ojos  
« Y alúmbretelos el sol. »  
Y obedeciendo María  
Miró á los cielos y vió.

Postróse el conde de hinojos  
Adorando al Criador:  
La comitiva asombrada  
Por tierra se prosternó,  
Y elevando Juan Guarino  
Al cielo su corazón.  
Las manos al sol tendidas,  
Un punto en silencio oró.

Gozaba absorta María  
De la luz el resplandor,  
Por todas partes mirando  
Con grata enajenacion,  
Y pasaban sus miradas  
En escrutinio veloz  
De una peña en otra peña,  
De una flor en otra flor,  
Recordando con delicia  
Las ideas que guardó  
De su ceguera en las sombras  
De la luz y de cloror.

Lanzó el infierno un gemido  
De despecho y confusion,  
Contra Guarino aprestando  
Todo entero su furor:  
Y el justo, que interiormente  
El ataque presintió,  
Preparóse á resistir  
Su mas fuerte tentacion.  
Y comenzando avisado  
Por el contrario mayor,  
Vuelto á Wifredo y su gente  
De esta forma les habló:

« Ya Dios de remediaros fué servido:  
De vuestra alma adoradle en lo profundo,  
Y apartaos de mí, que con el mundo  
No puedo nada de comun tener.  
Mis votos escucharos me prohiben,  
Y está robando á Dios vuestra presencia  
El tiempo de oracion y penitencia  
De que mi salvacion ha menester. »

Así habló el justo y acogerse quiso  
Al fondo de su gruta retirada,  
Cuando María le atajó postrada,  
Cayendo ante sus piés hablando así:  
« La luz de Dios por mis cegados ojos  
« Entró en mi pecho, y á su luz divina  
« La niebla del futuro se ilumina  
« Y leo lo que guarda para mí.

« Las inmensas riquezas de mi padre  
« Me elevarán un santo monasterio  
« En medio del silencio y el misterio  
« De esta estensa y desierta soledad.  
« Yo eternamente en su recinto sacro  
« Alabaré de Dios la omnipotencia;  
« Y en él ha de acabarse mi existencia  
« Y ha de empezarse en él mi eternidad.

« De esta montaña, en cuya escelsa cumbre  
« Volví á gozar la luz del mediodia,  
« No bajaré ya mas; la planta mía  
« Otra tierra á pisar no volverá. »  
Tembló al oír el penitente austero  
Tan gran resolucion, al punto mismo  
El lazo viendo que el contrario abismo  
Tendiendo astuto á su virtud está.

Presentóse á su mente la grandeza  
De su alta santidad; mundano orgullo  
Brotando cual vapor en su cabeza  
Descendió á oscurecer su corazón,  
Y un momento en la duda vacilando  
De la afanosa é interior pelea,  
Calló, temiendo que vencida sea  
La recta fé por mundanal razon

A María con lágrimas Wifredo  
 Postróse á suplicar, pero fué en vano :  
 Ella le dijo : « No, padre : no puedo  
 « A la voz de los cielos resistir. »  
 Tornó el padre á insistir y á negarse ella,  
 La religión y el mundo largo trecho  
 Combatiendo de entrambos en el pecho...  
 Pero tuvose el mundo que rendir.

Y alzando entre los peñascos  
 De la desierta montaña  
 Cabe la de Juan Guarino  
 Otra rústica barraca,  
 Y el conde y los suyos yéndose  
 A la ciudad mas cercana  
 En la soledad dejaron  
 A la doncella con lágrimas.  
 Wifredo desde aquel punto  
 Las órdenes necesarias  
 Para alzar el monasterio  
 Espidió por la comarca.  
 Cundió por ella el prodigio  
 Y á Barcelona llevándola  
 La fama, la celebraron  
 Con fiestas y luminarias.

## CAPITULO TERCERO.

QUE TRATA DE UN MISTERIO QUE SE ACLARA MAS  
 ADELANTE Y EN OPORTUNO LUGAR.

## I.

En tanto allá en las alturas  
 De las peñas solitarias  
 El ermitaño y María  
 Al cielo en union alaban.  
 Y la doncella de hinojos  
 Ante la imágen sagrada  
 De la Madre del Dios niño  
 Las horas orando pasa,  
 Y el eremita en su choza  
 Con toda la fé de su alma  
 Dando por tales favores  
 A Dios acciones de gracias.

Era del día siguiente  
 La hora apenas del alba  
 Cuando el penitente austero  
 Salía de su cabaña.  
 Ya en el césped de la roca  
 De hinojos María estaba,  
 Bendiciendo al Dios que alumbra  
 La luz que el oriente baña.  
 Y suelto el cabello rizo  
 Por la mal cubierta espalda,  
 Cuyas hebras de azabache  
 Mece revoltosa el aura,  
 Al cielo alzados los ojos,

L.

Ambas las manos cruzadas  
 Sobre el pecho, y el semblante  
 Alumbrado por la blanca  
 Luz de una aurora de junio  
 Que entre nubes de oro radia,  
 Parecía la doncella  
 Imágen leve y fantástica,  
 Que crea el sueño de un niño  
 Sin comprenderla ni amarla.  
 Los ojos de Juan Guarino  
 La vieron, y contemplándole  
 Quedaron por un instante  
 Con indecisas miradas.  
 Pidióle al verle la niña  
 Su bendición, y él al dársela  
 Sobre la hermosa cabeza  
 Tendió las enjutas palmas.  
 « Orad, la dijo, y velad,  
 Porque muy rudas batallas  
 Que sostengais será fuerza  
 Contra Satan... » y apenada  
 Repuso ella : « Padre mio,  
 Dios por vuestros labios habla  
 Sin duda, y en vuestro pecho  
 Su fuerza depositada  
 Tiene ; guiadme, instruidme,  
 Y si batallas me aguardan,  
 Enseñadme á resistirlas,  
 Acostumbradme á afrontarlas  
 — Sí haré, mi deber es este,  
 Y si en mí el Señor derrama  
 Su luz, y su omnipotencia  
 Su fé en mi pecho no apaga,  
 Sobre el ángel de tinieblas  
 Ha de apoyarse tu planta. »

Y así diciendo Guarino,  
 De la doncella se aparta  
 Perdiéndose de las peñas  
 Entre las hondas quebradas.

De mil varios pensamientos,  
 De mil sensaciones varias  
 Su espíritu atormentado  
 Por el monte caminaba ;  
 Y apoyándose de un pino  
 En una nudosa rama,  
 Por el desierto callado  
 El buen penitente avanza.  
 ¡ Penoso es, duro, terrible  
 El viaje que hacer nos manda  
 La justicia del Señor  
 Cuando á la tierra nos lanza !  
 Terribles son en el mundo  
 Las tentaciones mundanas,  
 Y allí en contra de los hombres  
 Mucho Satanás trabaja.

30

Pero, ¡ con cuánta mas furia  
 Su infernal poder desata  
 Contra el alma que del mundo  
 En el desierto se guarda !  
 Todo le desencadena,  
 Toda su astucia nefanda  
 Contra la virtud del justo  
 Empeña por derrocarla.  
 Traidores lazos le tiende,  
 Viles amaños le fragua,  
 De varias formas se viste,  
 De varios modos le asalta.  
 Dios le dejó gran poder  
 É infinita perspicacia,  
 Y el espíritu satánico  
 Aborrece nuestra raza.  
 ¡ Ay de aquel cuyos sentidos  
 Tan alerta no se hallan  
 Que con alguna quimera  
 El espíritu le engaña !  
 Tiéndale el Señor su mano,  
 Porque, si el Señor le falta,  
 Será su virtud despojo  
 De la diabólica audacia.

La punta de alto peñon  
 El eremita doblaba  
 Que de un abismo á la boca  
 Sobresalia inclinada,  
 Cuando al apoyar el pié  
 Sobre la vereda escasa  
 Faltóle un punto la tierra:  
 Las manos estendió rápidas,  
 Mas lejos de todo apoyo  
 Ya el cuerpo se despeñaba,  
 Cuando sintió que le asía  
 Con ayuda inesperada  
 Una mano vigorosa  
 Que á la muerte le robaba.  
 Fijó los piés en seguro,  
 Y volviendo la faz pálida,  
 Vió á otro severo ermitaño  
 Que á tenerse le ayudaba.  
 Hizosele á Juan Guarino  
 Allí su presencia estraña,  
 Mas dióle sinceramente  
 ( Despues de á los cielos ) gracias :  
 Y entendiendo la estrañeza  
 Que Juan Guarino mostraba,  
 Entabló de esta manera  
 El otro ermitaño plática.

*Ermitaño.* Veo que mi presencia en estos  
 sitios

Os estraña, ¡ oh Guarino !

*Guarino.* Sí en verdad :

Diez años há que los habito, y solo

En ellos siempre me creí.

*Ermitaño.* Ya va

Mas de un invierno que sus rudas peñas  
 A mí tambien habitacion me dan.

*Guarino.* Nunca os he visto, ni noticia  
 tuve,

Santo eremita, de fortuna tal.

*Ermitaño.* Algo lejos de aquí me hice una  
 choza

Y de ella salgo rara vez.

*Guarino.* ¿ Quizá

Sitio buscais mejor ?

*Ermitaño.* No ; vengo á veros,

Que la fama hasta allí me fué á llevar  
 La nueva del prodigio que habeis hecho,  
 Y venero tan grande santidad.

*Guarino.* Dios fué servido á mis morta-  
 les manos

Por un momento su poder prestar.

*Ermitaño.* Y yo vengo á adorarle en sus  
 prodigios.

¿ La feliz criatura donde está ?

*Guarino.* En esas rocas su morada ha  
 puesto

Dó quiere un monasterio edificar.

*Ermitaño.* ¿ Y así la abandonais ?

*Guarino.* Dios es muy grande,

Mas débil es mi corazon mortal ;

Me alejo del peligro.

*Ermitaño.* Juan Guarino,

Injuria á Dios tan ruin debilidad. [cia

Quien muestra en vos su grandeomnipoten-

¿ Su auxilio en el combate os negará ?

Por vos estos desiertos, lo preveo,

De austeros monges á poblarse van,

Flores fragantes que del mundo impuro

Van el árido campo á embalsamar.

Por vos, Guarino, sus ejemplos santos

Muchas almas al cielo volverán,

Muchos impíos sus contritos ojos

Al piadoso cielo han de elevar.

¿ Y por no arrostrar vos peligro escaso

De que os guarda vuestra alta santidad

Vais á dejar que la muger voluble

Ceda inesperta al tentador Satan ?

Si él la recuerda la mundana pompa,

Todo el terreno bien que deja allá,

Acaso sus designios olvidando

A ese mundo otra vez quiera tornar.

Y entonces ¡ ay ! en vez de monasterios,

En vez de monges que á morar vendrán

Sus claustros y estas rocas, en su seno

Lloraremos nosotros nada mas,

Estériles palmeras infecundas

Que ni sombra ni flor podremos dar.

Asi hablaba el anciano y sus palabras  
 Con respeto y dolor oía Juan,  
 Y le daba en el fondo de su pecho

La razon imposible de negar.  
 Batallaba la suya acongojada,  
 Suspensa entre el peligro y la verdad  
 Sin acertar á sacudir su espiritu  
 El peso enorme de tan hondo afan.  
 « Volved á vuestra gruta, le decia  
 El venerable viejo, id, y soplad  
 El fuego santo que la enciende el alma  
 Y á su alma débil fortaleza á dar.  
 ¿Qué puede la hermosura, ¡oh Juan Guarino!  
 Atractivos tener á ojos que están  
 A contemplar de Dios acostumbrados  
 La hermosura y la lumbre celestial?  
 Id y venceos: conquistad del todo  
 Para el cielo de Dios su alma inmortal,  
 Y si á la vuestra Satanás se acerca,  
 Como quien sois con su poder lidiad.  
 Ese es vuestro deber. »

*Guarino.* Yo lo conozco,  
 Santo ermitaño, y mi deber real  
 Veo que Dios para intimarme os manda  
 Y obedezco su voz.

*Ermitaño.* Aun haré mas:  
 Pondré bajo esta peña mi cabaña,  
 A mi choza venid en vuestro afan,  
 Y de la loca tentacion el peso  
 Dividiremos ambos por mitad.

Postróse ante sus plantas Juan Guarino,  
 Y sintiendo sus fuerzas aumentar  
 A la voz del anciano venerable,  
 Cedió humilde á su justa voluntad.  
 Quedó el viejo en el borde de la sima,  
 Viéndole hácia su gruta caminar,  
 Su figura elevándose sombría  
 Encima del peñasco colosal.  
 Es un anciano cuya blanca barba  
 Cuyo cuerpo encorvado por la edad  
 A reverencia mueve mas que á miedo,  
 Ministro acaso del divino altar.  
 Báculo tosco á caminar le ayuda,  
 Ciñe sus miembros áspero sayal,  
 Y al valle vueltos los sombríos ojos  
 Severa muestra y penitente faz.  
 Pero la negra sombra que proyecta  
 Sobre la roca cuando el sol le da  
 Mancha siniestra en el peñon dibujo  
 De contornos horrendos de mirar.  
 Sombra que vida en su interior parece  
 Tener... ilusion óptica quizás.  
 Al fin tras el peñon desapareciendo  
 Volvió todo al silencio y soledad.

## II.

A mas de la mitad de su carrera  
 Ya en el cóncavo azul llegaba el sol,  
 Cuando, á los piés del venerable anciano  
 Prostrnado con honda confusion,

Escuchaba Guarino, él conminándole  
 De esta manera con airada voz:

« ¡Miserable de tí! tu infando crimen  
 Del mundo nos vá hacer la execracion  
 Siendo por tí el escándalo del mundo  
 Y objetos de la cólera de Dios.  
 Esa muger, al acusarte, entera  
 Traerá la raza humana en derredor  
 A maldecir la hipócrita malicia  
 Que encerraba tu torpe corazon.  
 El prodigio real que por tus manos  
 Piadoso Dios y omnipotente obró  
 A diabólica magia atribuido  
 Será sin duda, si. Mira el baldon  
 Con que cubres, ¡ infame! estos desiertos  
 Santuarios otro tiempo del Señor.  
 — ¡Ay! ¡ay de mí! exclamaba Juan Guarino  
 Con eco del mas íntimo dolor,  
 Todo el infierno á castigarme es poco  
 A lavarme de crimen tan atroz.  
 — Pues piensa, le decia el otro anciano,  
 Piensa en el modo que podrá mejor  
 Ocultar á los ojos de la tierra  
 Ejemplo de tan vil profanacion,  
 Al menos porque en todos no recaiga  
 La pena que uno solo mereció.  
 — ¿Y eso me aconsejais? ¿Y es este el modo  
 De ayudarme á arrostrar la tentacion?  
 — ¿Y qué puede tenerte, miserable,  
 En la senda del mal y del error?  
 Cubre al menos tu crimen en la sombra  
 Del misterio, y al menos desde hoy  
 Evita de tu crimen el escándalo,  
 Pecado que maldice el Salvador.  
 Tal vez el vulgo crédulo, engañado  
 Por tu virtud hipócrita anterior,  
 En un milagro mas creyendo estúpido,  
 Te tribute mayor veneracion  
 Borra astuto su rastro de la tierra,  
 Engaña al universo por tu honor,  
 Y piensa bien que volverá su gente  
 Mañana y urge que lo enmiendes hoy. »

Y así diciendo el eremita anciano  
 De hinojos en las peñas se postró,  
 Abismado dejando á Juan Guarino  
 En horrenda y febril meditacion.  
 Veíase que dentro de su pecho  
 Empeñada traian con furor  
 Espantosa batalla sus pasiones,  
 Desgarrando su triste corazon.  
 Y en el borde sentado del peñasco,  
 Fijo, inmóvil, en silencio... ¡Daba horror  
 Contemplar su semblante contraido,  
 De sus hondos tormentos espresion!  
 Así Guarino batallando á solas  
 Dos largas horas de pesar pasó,  
 Y dos horas el monge venerable

Sin entibiar un punto su oracion.  
Al fin Guarino, cual preñada nube  
Que arrebató en sus alas el turbion,  
Con raudó paso y con temblor convulso  
Del anciano en silencio se apartó.  
Dejó aquel su postura penitente,  
Sus miradas de Juan tendiendo en pos,  
Vaga sonrisa contrayendo el labio,  
Sus ojos infernal satisfaccion.

Ya á Guarino perdido entre las peñas  
No se alcanzaba á ver, mas él siguió  
Cual si á través del monte le alcanzara  
Mirándole con intima atencion.  
En ella unos minutos pasó el monge :  
De ellos al cabo á parecer volvió  
Guarino descompuesto y alterado,  
Diciendo al monge con horrenda voz :  
« Viejo, todo está hecho ; no habrá escándalo :  
¡ Maldito el dia que nacer me vió ! »

Ronca, histérica, horrible soltó entonces  
El monge repentina carcajada,  
Que de Juan en el ánima espantada  
Como afilado acero penetró.  
Volvió la vista atónita hácia el sitio  
Dó vió al volver al eremita santo,  
Y su vista y su sangre heló de espanto  
Lo que á su lado en su lugar halló.

Gigantesca satánica figura  
De inmensas alas que ante el sol tendia  
Y el resplandor del sol oscurecia  
Sus fieros ojos en su faz clavó.  
Sobre el monstruoso labio le mostraba  
Sonrisa de desprecio triunfadora  
Y con solemne voz aterradora  
En sarcástico tono así le habló :

« ¿ Quién trajo esa muger á este desierto ?  
« ¿ Quién de sus ojos apagó la lumbre ?  
« ¿ Quién á parcon la inmensa muchedumbre  
« El milagro de Dios reconoció ?  
« ¿ Quién encendió un volcan en tus entrañas  
« De furiosa y carnal concupiscencia ?  
« ¿ Quién diez años de llanto y penitencia  
« Inutiliza en un instante ? Yo. »

Dijo Satan : y las enormes alas  
En la nublada atmósfera tendiendo,  
Por el espacio se perdió diciendo :  
« ¡ Maldito el dia que nacer te vió ! »  
Y los cóncavos ecos de las peñas  
Al bronco són de su garganta heridos  
Repitieron su voz estremecidos,  
Y estremecido el monte vaciló.

Quedóse el penitente  
Al borde de la roca  
Sentado, sin aliento,  
Sin voz, ni voluntad,  
Sumido en la amargura :  
Y por su mente loca  
Rodaban las ideas  
En ronca tempestad.

Confuso torbellino  
De espíritus impuros  
Escucha imperceptibles  
Zumbar en torno de él ;  
Sus labios se resisten  
A preces y conjuros,  
Y el aire que respira  
Le amarga como hiel.

« ¡ Diez años de virtudes,  
« De austera penitencia,  
« Diez años de esperanzas,  
« De lágrimas y afan  
« Perdidos en un punto !  
« ¡ Cedió mi resistencia !  
« A la tenaz astucia  
« Del tentador Satan !

« ¡ He cometido un crimen  
« Horrendo, abominable !  
« Un crimen que no tiene  
« Disculpa ni perdon...  
« ¡ Soy presa del infierno ! »  
Decía el miserable  
Mirando hácia el abismo  
Con bárbara intencion.

« Dios es muy compasivo, »  
Decía su conciencia ;  
« Mi culpa es infinita, »  
Decía su razon :  
Y entre la muerte fácil  
Que tiene en su presencia  
Y el arrepentimiento  
Vacila el corazon.

#### CAPITULO CUARTO.

DONDE VERA EL LECTOR UN CAPRICHÓ QUE TUVO  
EL AUTOR AL ESCRIBIR LA PRESENTE LEYENDA.

¡ Ay triste del viajero que pierde su camino  
Por el espeso bosque donde estraviado fué !  
¡ Ay triste del que el cielo de su feliz destino  
Con negros nubarrones encapotarse ve !  
¡ Ay triste del que siente que airado torbellino  
La lámpara le apaga de su dudosa fé !  
Y ¡ ay triste del que sufre cual sufre Juan  
Guarino

Tribulaciones tales de la montaña al pié

El día entretanto pasando declina  
 Cercano al dudoso crepúsculo ya :  
 Con rayos postreros el sol ilumina  
 La faz de Guarino, que inmóvil está.

Cualquiera que de lejos le mirara  
 Tan inmóvil yacer sobre el peñón,  
 Por efigie sin vida le tomara,  
 Por sueño vano, ó ideal vision.

El, sus ojos sombríos errantes  
 Fijos tiene en ocaso, sin ver  
 Los destellos del sol fulgurantes,  
 Que se va el horizonte á sorber.

Y la pena de su alma  
 Embrutece su razon,  
 Y en siniestra y fria calma  
 Paraliza el corazon.

Cual suele tras sombrío  
 Espeso nubarrón  
 Brotar en el estío  
 Mefítico vapor,  
 Que deja nuestro espíritu  
 Sin fuerza ni vigor;  
 Cual pesadilla odiosa,  
 Que en sueños nos acosa  
 Girando en fatigosa  
 Perpetua confusion,  
 Sin que podamos débiles  
 Calmar su agitacion :

Tal su ánimo al peso  
 De crimen secreto  
 Prensado y sujeto  
 Con miedo se ve,  
 Y á impulso de asombro  
 Que infúndele pánico  
 El soplo satánico  
 Ni espera ni crée.  
 Y solo y sombrío,  
 Inmóvil callado,  
 Al borde sentado  
 Del peñón está,  
 La síma profunda  
 Mirando indeciso,  
 Por sino preciso  
 Teniéndola ya.  
 Y en tanto que siente  
 Pesada la vida,  
 Y al ánimo olvida  
 Y al cielo quizá,

Sepultando  
 Su áurea lumbre  
 Tras la cumbre  
 El sol va.

Sus postreros  
 Resplandores  
 Tembladores  
 Dando ya.

Sobre el cárdeno  
 Horizonte  
 A que el monte  
 Pone fin,  
 Se despide  
 De la tierra  
 Que ha en la sierra  
 Su confin.

Y se mira  
 La ancha hoguera  
 De su esfera  
 Vacilar :  
 Mas radiantes  
 Y mas bellos  
 Sus destellos  
 Al finar.

Y sus rayos  
 Por las crestas  
 De las cuevas  
 Al tender,  
 Del prado hacen  
 Por la alfombra  
 Su ancha sombra  
 Negrecer.

Rojas nubes  
 Le coronan,  
 Que amontonan  
 En redor  
 Los vapores,  
 Que pasando  
 Va creando  
 Su calor.

Y sus pliegues,  
 Mas espesos  
 Y mas gruesos  
 Cada vez,  
 Entoldando  
 En masa densa  
 Van su inmensa  
 Brillantez.

Poco á poco  
 Su cerrado  
 Y agrupado  
 Nubarrón,  
 En su centro  
 Da al sol puro  
 Un oscuro  
 Pabellón.

Poco á poco  
 Descolora  
 Y devora  
 Su arrebol,  
 Y así el día  
 Roba al orbe  
 Cuando sorbe  
 Todo el sol.

Queda envuelto  
 De este punto  
 Todo junto  
 En luz igual;  
 Y en el cárdeno  
 Horizonte  
 Sobre el monte  
 Cardinal,

Giron rojo  
 Desgarrado  
 Del cerrado  
 Pabellon,  
 Queda suelta  
 Nube roja  
 Que acongoja  
 Al corazón.

Banda torva,  
 Que tendida  
 Por la corva  
 Loma hendida  
 De las peñas,  
 Va rasando  
 Por las breñas  
 De la cumbre,  
 Y apagando  
 Las centellas  
 De la lumbre  
 Que da el sol.

Lienzo rojo  
 Que demuestra  
 De alto enojo  
 La siniestra  
 Señal santa :  
 Y en pos suya  
 Se adelanta  
 Y en pos suya  
 Se levanta ;  
 Con él viene,  
 Con él gira  
 Cuando nace,  
 Cuando espira :  
 Con él hace  
 Su camino  
 Matutino  
 O vespertino  
 De él perpetuo  
 Girasol.

Nube hermosa  
 Que se inclina  
 La colina  
 A trasponer,  
 Circundando  
 Su camino  
 Purpurino  
 Rosicler.

Nube errante,  
 Pasajera,  
 Vagarosa  
 Dó contempla  
 Juan Guarino  
 El destino  
 Que le espera.  
 Que espirante  
 Congojosa  
 É indecisa  
 A su labio  
 La sonrisa  
 Postrimera  
 Le arrancó ;  
 Y el agravio  
 A su Dios hecho

En el fondo de su pecho  
 Con su luz iluminó.

Luz postrera  
 De esperanza,  
 Que ir ligera  
 Juan alcanza  
 Desde el monte,  
 Su alma ajena  
 No de pena  
 Mas de fé.

De la cresta  
 De la roca  
 Mas enhiesta  
 Puesto al pié,  
 Contemplando  
 Cual con blando  
 Movimiento  
 Surca el viento  
 Se le ve,  
 Mientras rota  
 Informe, vaga,  
 Su derrota  
 Va acortando  
 Pié tras pié.

Palidece,  
 Se enrarece,  
 Se consume,  
 Desparece...  
 Ya se sume,  
 Ya se fué.

Y noche  
Sombria,  
Tras dia  
Fugaz,  
Aleja  
Su alma  
De calma  
Y solaz.

Y feas,  
Y variadas,  
Contrarias  
Ideas  
Están  
Su mente  
Quemando,  
Doblando  
Su afán.

—  
Y el cielo,  
Y el suelo  
Velando  
Se va :  
La noche  
Se cierra ;  
La tierra  
Pavura  
De oscura  
Le da.  
Y en tanto  
Que acude  
Al llanto  
Quizá,

Cuanto  
Existe  
Niebla  
Triste  
Puebla  
Ya.

Las sombras  
Mas densas  
Y estensas  
Dó quier,  
Sus velos  
Desplegan  
Y ciegan  
El ver.

Y la tierra  
Toda inunda  
La profunda  
Lobreguez ;  
Montes, valles  
Y collados  
Sepultados  
A su vez.

Espesas nubes  
Que apiña el viento  
Al firmamento  
Robando van  
Su luna pálida,  
Las luces bellas  
De sus estrellas  
Muertas están.

Y en vez de los ojos  
Sirviendo el oído  
Ya solo es el ruido  
Quien guía los pies,  
Al alma infundiendo  
Sus vagos rumores  
Estraños temores  
De mundo que no es.

Y se oye por las peñas  
Sonar en las montañas  
De fieras y alimañas  
Los pasos ó la voz,  
Mostrando en sus sonidos  
Sus cóncavos gruñidos,  
Sus ásperos graznidos  
Ya agudos y ya graves  
Las fieras y las aves  
Su natural feroz.

Y á cada tenue lamento,  
A cada salvage són  
De ave ó fiera, de agua ó viento  
Se estremece el corazón.  
¿ Y quién podrá en tal momento  
Dar del desierto razon ?

¿ Quién puede los pasos seguir de Guarino  
Por medio tan denso nocturno vapor ?  
¿ Quizá entre las peñas perdido el camino  
Sepulcro escondido le dió su fragor !  
Porque ¿ quién los senos abrir del destino  
Podrá, ni del crimen medir el horror ?

¡ Lenta, amarga, terrible es la agonía  
Que su remordimiento al hombre da !  
Quizá á Guarino al despuntar el dia  
Sentado en el peñon encontrará  
De sí mismo espantado todavía,  
Muerto al impulso del dolor quizá.

La noche entretanto se pasa. Sumido  
Monte, llano, rio, desierto y ciudad  
En lóbrega noche, dó quiera dormido  
Cobijan al mundo el silencio y la paz.

Ni de hombre ni de fiera, gemido ni lamento  
Resuena por los senos de las montañas ya.  
Y solo tal vez se oye el susurrar del viento  
O el ruido del arroyo que murmurando va.

Rayó el siguiente día  
 Y la rosada lumbre de la aurora  
 Tornó á ahuyentar la umbria  
 Nocturna oscuridad : encantadora  
 Con nueva juventud, con nueva vida,  
 Tornó naturaleza  
 A mostrarse de nuevo enriquecida  
 Con doblada belleza.  
 Y el día entraba apenas, cuando á lento  
 Cansado caminar, por la aspereza  
 Subía la montaña  
 Wifredo, y de María á la cabaña  
 Llamó llegando con pausado acento.  
 Mas nadie dentro respondió : María  
 Ausente estaba de ella.  
 Llamó á la de Guarino,  
 Mas ¡ay! estaba sola como aquella.  
 Siguló el conde á la altura  
 Subiendo. Desde allí se descubria  
 Gran trecho de montaña y de llanura,  
 Mas no alcanzó á Guarino, ni á María.  
 A voces los llamó, mas á sus voces  
 Respondieron no mas ecos lejanos,  
 Cuyos sonos livianos  
 Se llevaron las ráfagas veloces.  
 A su gente llamó desesperado,  
 Corrió el pueblo exhalado :  
 Sus siervos, sus vasallos, sus amigos  
 Por dó quiera los montes recorrieron:  
 En lo espeso del monte se metieron,  
 Pero en vano en los montes se cansaron:  
 ¡Ay! con el rastro de ninguno dieron.  
 Presa el conde de amargo sentimiento  
 Y de fiebre ardorosa,  
 Cercano de su muerte vió el momento,  
 Y á manos de su horrenda desventura  
 Lleváronle á su corte populosa,  
 Su enfermedad rayando en la locura.  
 Y el vulgo maldiciente  
 Se perdió de una en otra conjetura,  
 Haciendo cada uno mas oscura  
 La historia y la razon de este accidente,  
 Y cada uno á su antojo  
 A Dios ó á Satanás atribuyendo  
 La oculta causa del suceso horrendo.

## SEGUNDA PARTE.

## CAPITULO QUINTO.

DE LA EXTRAORDINARIA ALIMAÑA QUE LOS  
 MONTEROS DEL CONDE DE BARCELONA CA-  
 ZARON EN LAS PEÑAS DE MONSERRATE.

Un día y otro día,  
 De púrpura y de grana  
 Entre vistosos grupos  
 De nubes y arrebol,

Igual, indiferente  
 Nacer cada mañana  
 Para el alegre vemos  
 Y para el triste al sol.

Antorcha, que ilumina  
 La creacion entera,  
 En torno de ella vueltas  
 Infatigable da,  
 Mas cuanto con su lumbre  
 Fecunda en la postrera,  
 Tornándolo en estéril  
 En la siguiente va.

Él cubre los vallados  
 De flores y verdura :  
 Él hace escaso arroyo  
 Lo que ancho río fué :  
 Él da á los secos árboles  
 Fructífera espesura :  
 Él cria el gusanillo,  
 Que los corróe el pié.

Y al que hoy dejó llorando  
 En abandono y duelo,  
 Mañana encuentra alegre  
 Y venturoso ya :  
 Y al que dejó olvidado  
 En su placer del cielo  
 Mañana ve que hundido  
 En el dolor está.

Las unas tras los otros  
 Los días y las horas  
 Del misero Wifredo  
 Pasando van así :  
 Las últimas acaso  
 De calma precursoras,  
 Que el bien ni el mal eternos  
 Jamás serán aquí.

Que en la mudable tierra  
 Por diferentes modos  
 Concluye todo luego,  
 Varía sin cesar,  
 Y al cabo en nuestros males  
 Nos consolamos todos  
 De lo que ya ha pasado  
 Con lo que va á pasar.

Seis años se pasaron,  
 Y con la edad se fueron,  
 Si bien de sus pesares  
 Los torcedores no,  
 Los males que al sepulcro  
 Cercano le pusieron,  
 Y aun sus recuerdos casi  
 El tiempo adormeció.

Sí, que aunque guarda entera  
 El alma de Wifredo

Las lúgubres memorias  
De su pasado mal,  
No vienen como un día  
Ministros de ira y miedo  
A perturbar sus sueños  
En círculo infernal.

No lloran ya sus ojos  
Con lágrimas ardientes,  
Que abrasan sus mejillas,  
La prenda que perdió :  
Cesaron sus estremos  
Esfuerzos impotentes  
En pos de lo que airado  
Su Dios le arrebató.

Profunda, aunque templada,  
Tenaz melancolía  
Le prensa el amoroso  
Paterno corazón :  
Mas grata si mas triste  
Le aduerme cada día,  
Memoria, no esperanza,  
Recuerdo, no ilusión.

Y así la vida pasa  
Pacífica y tranquila  
En medio de su pueblo  
Que, idolatrando en él,  
A distraer sus penas  
En derredor apila  
Atenta á su consuelo  
Su muchedumbre fiel.

Y en vitores y aplausos,  
En danzas y cantares  
Los senos del palacio  
Llenando sin cesar,  
De su señor ahuyentan  
Los íntimos pesares,  
Que solo puede el tiempo  
Rodando consolar.

Con corazón sencillo  
Leales los pecheros  
Sus brazos y sus tierras  
Le vienen á ofrecer :  
Y extrañas fieras y aves  
Le cazan sus monteros  
Que de lejanas tierras  
Le vienen á traer.

De su señor amigos  
Los graves cortesanos  
Ancianos peregrinos  
Le salen á buscar,  
Que el ocio y el fastidio  
Del corazón tiranos  
Con mágicas levandas  
Le vengán á ahuyentar.

Y así la vida pasa  
Pacífica y tranquila  
En medio de su pueblo  
Que idolatrando en él  
Para atenuar sus penas  
En su redor apila  
Atenta á su consuelo  
La muchedumbre fiel.

Y un día que, en sus memorias  
El buen conde adormecido,  
Yacía en silencio hundido  
En un cómodo sillón,  
Contemplando vagamente  
En la inmensa chimenea  
La llamada que humea  
Con el húmedo tizon;

Vino á distraer su oído  
Hiriéndole de repente  
Confuso rumor de gente  
De su casa en lo interior,  
Y confusión y tumulto  
Y pasos y gritaría,  
Que se iba acercando oía  
Por vecino corredor.

Dejó el sillón azorado,  
Y á aquel són extraño atento,  
La puerta del aposento  
Abriendo, al dintel salió,  
Deteniéndose asombrado  
Al ver que sus corredores  
Gente en tropel, con clamores  
Tan sin respeto invadió.

Las damas y las payesas,  
Los artesanos y arqueros,  
Los nobles y los pecheros,  
En revuelto pelotón  
Avanzaban lentamente  
Por sus estancias adentro,  
Fija la vista en el centro  
De la inmensa reunión.

« ¿ Qué es esto? exclamó Wifredo  
Un paso á ellos avanzando.  
¿ Quién entra aquí así turbando  
La quietud de mi mansión?  
Hablad : ¿ qué sucede ahora?  
¿ Hay en el puerto enemigos?  
¿ O es vuestra turba traidora  
Una osada rebelión?

¡ Vive Dios! ea, explicaos. »  
A cuyas voces airadas  
Quedaron paralizadas  
Las voces, quietos los pies.

Y el conde, viendo que nadie  
Contestaba, de un montero  
Asiendo que iba el primero,  
Le dijo : « Esplicate pues. »

« Señor, dijo este turbado,  
La rodilla hincando en tierra .  
No es movimiento de guerra  
Lo que veis, no es rebelion :  
Es que en Monserrat cazamos  
Tres dias há una alimaña,  
Que creimos por lo estraña  
Digna de vuestra atencion.

Miradla. » Y así diciendo,  
La multitud dividiendo,  
Ante las ojos del conde  
La alimaña presentó.  
Y en redor de ella y Wifredo  
Círculo estenso formando,  
La alimaña contemplando  
La muchedumbre quedó.

Jamás miraron sus ojos  
Una bestia mas estraña,  
Ni en los ámbitos de España  
La halló hombre alguno jamás :  
Ni de su forma recuerdo  
Guardó nadie en su memoria,  
Ni de ella en escrita historia  
Habló algun sábio quizás.

Era del jerbo y del mono  
Término, ó compuesto acaso :  
Del jerbo tenia el paso,  
Del mono la formacion.  
La mirada melancólica  
Su interior pena exprimía,  
Y sus miembros encubría  
Largo y espeso vellon.

Ni mostraba á los amagos  
Ruda y salvaje fiereza,  
Ni á los hombres estrañeza  
Ni á las caricias placer.  
Mas de pavor con extremos  
Constantemente esquivaba  
Su mano, si la llegaba  
A halagarle una muger.

Absorto miraba el conde  
Aquel sér desconocido  
Dentro la jaula encogido  
Insensible al parecer ;  
Y por mas que le miraba  
Y por mas que discurría,  
La raza desconocía  
Mas de que pudo nacer.

Mando luego á sus monteros  
Que en su salon le pusieran  
Y allí libertad le dieran  
Para ver su condicion :  
Pero la bestia su jaula  
No abandonó un solo instante,  
Permaneciendo constante  
En la misma posicion.

## CAPITULO SESTO.

DE LA ESTRAÑA METAMÓRFORSIS DEL ENJAULADO  
MÓNSTRUO.

Y fué por la ciudad de boca en boca  
La relacion cundiendo  
De aquel mónstruo cazado en una roca,  
Y así se fué estendiendo  
Por Cataluña entera,  
Relato estraño haciendo,  
Quitando y añadiendo  
Del caso cada cual á su manera.  
Y de todo el condado  
Por ver el mónstruo á la ciudad venia  
El pueblo apresurado ;  
Y el conde permitía  
Que el palacio invadiera,  
Y el mónstruo contemplara,  
Y su curiosidad satisficiera.  
Llegaba, le veía,  
Se admiraba en silencio  
El vulgo : se salía  
Y á su hogar se volvía  
O absorto, ó satisfecho,  
Y contaba despues á sus vecinos  
Lo que en la capital había hecho,  
Jurando que era el mónstruo  
De los mas peregrinos.  
El buen conde entre tanto  
Conservaba al tal mónstruo en su aposento,  
Y á su tranquila condicion atento,  
La jaula noche y dia  
Abierta le tenia :  
Pero jamás el mónstruo la dejaba,  
Aunque claro Wifredo conocia  
Que cuando él de su cuarto se ausentaba,  
De su jaula salia,  
Y por el cuarto en derredor andaba.  
Consideraba el conde  
Cada vez con mas duda y estrañeza  
Su incógnita para él naturaleza.  
Su forma casi humana,  
Su sobriedad estrema y mansedumbre,  
La adquirida costumbre  
De estar al parecer de buena gana  
En su jaula metido  
Y acurrucado siempre y encogido :  
Su inteligencia rara

Y la espresion de su velluda cara ;  
 Sus manos y sus piés á los del hombre  
 Semejantes, traian confundido  
 Al conde, que de él sér desconocido  
 No podía marcar raza ni nombre.  
 Ni caricias y halagos,  
 Ni castigos y amagos  
 Pudieron arrancar de su garganta  
 Ni en su esterior marcaron  
 Un gesto de amenaza ni un gemido.  
 Los criados tal vez le maltrataron,  
 Y los perros de caza  
 Que alguna vez á donde estaba entraron  
 Con ademan furioso  
 A la jaula llegaron.  
 El empero, ni hostil, ni temeroso  
 Se mostró : indiferente  
 Sufria y silencioso  
 Tranquila y mansamente.  
 Poco á poco esta calma  
 Y extraordinaria abnegacion hicieron  
 De Wifredo en el alma  
 Incomprensible sensacion, y al cabo  
 De curiosa estrañeza  
 Pasó á ser compasion; hizola luego  
 Costumbre la continua compañía,  
 Y al cabo la costumbre  
 Pasó á ser aficion, luego cariño ;  
 Y vino al fin un día,  
 En que el conde pensó con pesadumbre  
 Que apartarse tal vez fuerza sería.  
 La monstruosa alimaña  
 Por su parte tambien mostraba al conde  
 Una aficion estraña.  
 Sumisa á sus antojos,  
 Admitia contenta sus caricias,  
 Y á veces notó el conde  
 Lágrimas desprendidas de sus ojos.  
 Mostraba claramente su alegría  
 Cuando el conde hácia ella se llegaba,  
 Y tristeza en sus ojos se veia  
 Si de ella se apartaba ;  
 Y cuando el conde hablaba  
 Como si le entendiera le atendia.  
 Mil veces la memoria  
 De la hija que perdió tan tristemente  
 Le asaltaba la mente ;  
 Y el amoroso corazon transido  
 Con el pesar de tan amarga historia  
 Ponia al conde mustio y abatido,  
 Y lloraba á sus solas tristemente.  
 Contemplábase el mónstruo de hito en hito  
 Y lloraba tambien, y su semblante  
 Mustio bañaba en espresion doliente.  
 Muchas veces delante  
 De sus nobles amigos  
 De su desdicha y su dolor testigos  
 Recordaba aquella hija malhadada,

Encanto de su vida,  
 Por él tan ciegamente idolatrada  
 Y á su paterno corazon perdida.  
 El mónstruo entonces trémulo, encogido  
 En medrosa postura  
 Y en el hueco mas lóbrego escondido  
 De su jaula, mostraba una amargura  
 Que natural hubiera parecido  
 En otro sér que comprender pudiera  
 Del paterno dolor la causa entera,  
 Y en aquellos momentos,  
 Su dolor espresando  
 Con sonos guturales  
 Semejaban su voz y sus lamentos  
 Ayes de una persona que llorando,  
 Las palabras ahogando  
 Exhalara suspiros, naturales  
 En quien está su angustia sofocando.  
 Esta rara tristeza,  
 Que afinidad secreta y misteriosa  
 Con la tristeza paternal tenia  
 Entre el conde y el mónstruo, fácil cosa  
 De entender es, que entre ambos  
 Vino al fin á doblar la simpatía.  
 Y acostumbrado el conde  
 De la sumisa fiera  
 A la salvage sociedad, tenia  
 Entre los animales destinados  
 A su servicio ó diversion el puesto  
 É importancia primera.  
 Y por temor que alguno la ofendiera  
 Los lebreles estaban atraillados,  
 Los neblíes y halcones enjaulados :  
 Y de aquesta manera,  
 Su casa y su condado manteniendo  
 En paz con sus cuidados,  
 Iban días y meses trascurriendo.

Una mañana fresca y luminosa  
 Del florecido mayo  
 En que el sol de su luz en cada rayo  
 Un hilo vibra de color de rosa,  
 Y el trecho que su luz abarca y ciñe  
 De este color purisimo se tiñe,  
 En una galeria  
 Que da al jardin de su palacio, y tiene  
 Para él una escalera, y comunica  
 Del conde con el gótico aposento  
 En un hondo sillón arrellanado,  
 El buen conde Wifredo  
 Goza el ambiente puro y perfumado,  
 Tranquila el alma y el semblante ledo.  
 Las hojas de los árboles frutales  
 Orean susurrando los botones  
 Dó las flores tempranas  
 Señalan el lugar en que mas tarde  
 Brotarán odoríferas manzanas,

Rojas cerezas y ácidos limones ;  
 Y al manso soplo de la errante brisa  
 Tomando movimiento  
 Sobre los tallos las abiertas flores,  
 Embalsaman el aura, y el aliento  
 Que Wifredo respira  
 Se inunda en salutariferos olores.  
 Los nuevos ruiseñores,  
 Generacion de aquella primavera,  
 Sus alas y sus picos ensayando  
 Le regalan la vista y el oido,  
 Tímido vuelo alzando  
 En derredor del nido,  
 Y en la garganta armónica probando  
 El canto no aprendido.  
 Las leves mariposas  
 Sus alas de colores  
 Estremecen vagando entre las flores;  
 Y las pardas abejas codiciosas  
 El nectar de sus cálices libando  
 Vuelan en torno de ellas susurrando.  
 Mil insectos distintos,  
 Mil diversos reptiles  
 Conforme cada cual á sus instintos  
 Llenan auras y céspedes á miles :  
 Y el agua que se escapa  
 Del estanque horadado  
 En transparentes hilos  
 Y en gotas cristalinas  
 Los piés fecunda de frondosos tilos,  
 Lilas blancas y rosas purpurinas  
 Que orlando los linderos  
 De los anchos senderos  
 Y en cauces desiguales  
 Con las fuentes vecinas  
 Van á mezclar sus líquidos cristales.  
 Y á esta del mundo incógnita armonía  
 Y vida universal y movimiento  
 El conde en el sillón en que yacia  
 Allá en su puro corazón sentia  
 Nueva vida bullir y nuevo aliento.  
 Y en dulces esperanzas divertido,  
 Del porvenir oscuro en las regiones,  
 Tenia el pensamiento entretenido  
 En pos de mil quiméricas visiones ;  
 É iba de ellas en pos tan abstraído  
 Que ni aun sintió á sus pages,  
 Que llegando uno á uno  
 Su servicio á ofrecerle, uno tras otro  
 En silencio quedaron,  
 Y á distraerle sin osar ninguno  
 Detrás de su sillón se colocaron.  
 Sus miradas tendian  
 La direccion buscando  
 Que las miradas del señor seguan,  
 Y en las ramas y flores se perdian,  
 Objeto allí de admiracion no hallando.  
 ¡Ay triste del que necio sus miradas

Por un jardín en primavera estiendo,  
 Y que sea á otros ojos  
 De admiracion objeto no comprende!  
 En tal instante, el conde rodeado  
 De sus callados pages, y tendido  
 Sobre su ancho sillón : junto á la puerta  
 Del corredor traído  
 El mónstruo acurrucado  
 En su jaula entreabierto,  
 Apareció por el jardín viniendo  
 A su señor la jóven jardinera,  
 Un ramo hermoso á su señor trayendo  
 De las primeras flores  
 Que hizo dar al jardín la primavera.  
 En casilla apartada  
 Y en una punta del jardín alzada  
 A aquella jardinera daba el conde  
 Con su esposo morada.  
 Rústico el jardinero inteligente  
 Cultivaba el jardín, eternamente  
 Asido de la azada,  
 Del hacha y de la corva podadera,  
 Dejando á su muger mas despejada  
 De los demas negocios encargada.  
 Ella pues, aunque pobre y campesina  
 Cuando moza soltera,  
 Dulcificó sus rústicos modales,  
 Y era lo cortesana  
 Que pudo ser jamás una villana.  
 Agradecida á su señor, y atenta  
 A mantenerse de él siempre en la gracia,  
 Su obligacion tenia en mucha cuenta.  
 Y los primeros frutos  
 Y las primeras flores  
 A su señor venian en tributos,  
 Ya en primorosos ramos y hacecillos,  
 Ya en pintados y frescos canastillos ;  
 Y en dulce paz y en íntima armonía  
 Esta pareja así feliz vivia,  
 Y á sombra del palacio  
 Ornaba mas y mas y enriquecia  
 Del jardín el espacio,  
 Donde á par de las plantas de cultivo  
 Su rubia prole sin afán crecia  
 En sus dos revoltosos muchachuelos  
 De su madre á la par retrato vivo.  
 De ellos con uno en brazos,  
 Que apenas meses seis aun no cumplia  
 La jardinera al corredor subia,  
 Tendiendo él sus rosadas manecitas  
 A las flores del grueso ramillete,  
 Y ella sonriendo  
 « Miralas qué bonitas »  
 Junto al rostro al ponérselas diciendo  
 Contemplábala el conde complacido  
 Llegar á él con el infante en brazos,  
 Y el ramo de sus manos admitido,  
 Tendió los suyos al hermoso niño

Con espresion de cándido cariño.  
 Mas el alegre infante,  
 Sin fijar en el conde su mirada,  
 Tornó atento el semblante  
 A la fiera en su jaula acurrucada.  
 Dormia el mónstruo al parecer, sumido  
 En su quietud estúpida,  
 Y el niño le miraba distraido  
 Sin que de la afanosa jardinera  
 Ni del risueño conde á los halagos  
 El parvulillo su atencion volviera.  
 A la tenacidad de esta mirada  
 En el mónstruo clavada,  
 La suya al par siguiéndola tendieron  
 Cuantos en torno habia  
 A la fiera enjaulada.  
 Ya el mónstruo no dormia :  
 Como si la mirada del infante  
 En la suya inflamara oculto fuego,  
 Sus ojos abrió luego,  
 Y en los del niño los clavó anhelante,  
 Permaneciendo inmables sus pupilas  
 Cual si ante el niño se sintiera ciego.  
 Entre ambos atraccion tan misteriosa  
 Llamando al punto la atencion entera  
 Del conde y de los suyos, en silencio  
 Aguardaban el fin á que vendria  
 Esta atraccion del niño y de la fiera  
 Mas á pocos momentos  
 De estar el uno sobre el otro fijo  
 Contemplándose atentos,  
 ¡Cuánto el asombro universal seria  
 Oyendo al niño, mudo todavia,  
 Que con sonora voz al mónstruo dijo :  
 « Levántate, Guarino : harto te abona  
 « En el juicio de Dios y tu conciencia  
 « Tu larga penitencia.  
 « Vuelve pues á tu sér : Dios te perdona. »  
 Y el mónstruo su prision abandonando  
 Y su salvage estupidez perdiendo,  
 La antigua humana forma recobrando,  
 Se arrodilló, á los cielos estendiendo  
 Los brazos penitentes,  
 La omnipotencia del Señor mostrando  
 A la faz de las gentes;  
 Y asombrados dejando  
 A cuantos hubo en la ocasion presentes  
 La estraña metamórfosis mirando.  
 Luego á los piés del conde  
 Postrado humildemente :  
 « Herid, señor, decia;  
 La justicia de Dios omnipotente  
 Quiere sin duda que la culpa mia  
 Espie á vuestros piés : hollad mi frente. »  
 Y el buen conde, que apenas comprendia,  
 Lo que decir queria,  
 Respetuosamente  
 La mano le tendia

Diciendo : « Levantad, que en quien Dios obra  
 Prodigio semejante  
 Cualquiera humillacion será de sodra  
 De otro mortal delante. »  
 Mas viendo que obstinado  
 Permanecia ante sus piés de hinojos  
 Llanto vertiendo de sus tristes ojos,  
 Mandó que todo el mundo despejara :  
 Y cuando todos estuvieron fuera  
 Diálogo en soledad y cara á cara  
 Se entabló entre los dos de esta manera :  
 . . . . .  
 Mas lo que dijo al conde el penitente  
 Relatará el capítulo siguiente.

## CAPITULO SÉTIMO.

EL CONDE. — GUARINO.

*El Conde.* Quien quiera que seals, vos  
 en quien tales  
 Prodigios obra omnipotente Dios,  
 Alzaos, y este que alcanzar no puedo  
 Esplicadme.  
*Guarino.* Pues bien, oid, señor.  
 Teniais una hija hermosa y pura,  
 Fruto gentil de vuestro casto amor,  
 Fragante flor que embalsamaba el vaso  
 De vuestro amante y noble corazon.  
 Un rayo que en la atmósfera nublada  
 El infernal espiritu inflamó  
 En sus ojos ahogó la luz del día :  
 Y en nombre del altísimo Hacedor  
 Con esperanza de milagro fácil  
 Un monge en Monserrate os señaló,  
 Por cuyas oraciones vuestra hija  
 Tornó á ver y gozar la luz del sol.  
 De fundar un suntuoso monasterio  
 Con piadosa y rectisima intencion  
 Del ermitaño á cargo vuestra hija  
 En la fragosa soledad quedó.  
 ¡Mas ay! en vano en el siguiente dia  
 Buscóla allí vuestro paterno amor,  
 Ni ella ni el eremita en sitio alguno  
 Fueron de nadie vistos hasta hoy.  
*El Conde.* ¡Mas á qué renovar en mi  
 memoria  
 El manantial oculto de dolor,  
 Que las corrientes hasta entonces puras  
 Del mar de mi existencia envenenó?  
*Guarino.* ¡Ay de mí! vuestra historia  
 con la mia  
 Mantiene tan estrecha relacion,  
 Que para hablaros de mí mismo, fuerza  
 Ha sido que os hablara antes de vos.  
 Aquel santo eremita que los ojos  
 De María á la luz á abrir volvió,

Aquel á cuyas férvidas plegarias  
Tan singular prodigio obró el Señor,  
En lugar de velar por la ovejuela  
Que á su cuidado inermes se entregó,  
Lobo inhumano se tornó contra ella,  
En su sangre bañándose feroz.

*El Conde.* ¡En su sangre!

*Guarino.* Vertida gota á gota  
Fué, y el vil asesino he sido yo.

*El Conde.* ¡Miserable de tí! toda la tuya  
Saciarse no puede el vengativo ardor  
En que la mia oyéndolo se abrasa.

*Guarino.* Tal vez para saciarla quiso Dios  
Ponerme en vuestras manos, exigiendo  
La venganza de crimen tan atroz.

*El Conde.* ¡Mónstruo! ¿qué fué lo que  
instigarte pudo

A delito tan vil?

*Guarino.* Oíd, señor,

Y antes de dar mi sangre por la suya  
Sabed toda mi horrible confesion :  
Y doble la vergüenza de contárosla  
La pena que la culpa mereció.

*El Conde.* Habla, y abrevia tu relato in-  
fando;

Y calma para oírte me dé Dios.

*Guarino.* Vos en la soledad de las montañas  
Me dejásteis vuestra hija : pensé yo  
Que diez años de duras penitencias  
Habrían de mi frágil corazón  
Hecho castillo inespugnable, y ciego  
Confíe de mí mismo en el valor.  
La misma santidad de vuestra hija,  
Su noble y celestial resolución,  
Y el gran milagro que por mí reciente  
Obró Dios, me sedujo y me animó.  
Santa, pero muger, jóven y hermosa,  
Debí de encomendarla al Salvador  
Que la guardara bien, y huir en ella  
La infernal escondida tentacion;  
Mas yo, necio de mí, con falso orgullo,  
Con inútil y estúpido fervor,  
En la fé y la virtud por mantenerla  
Mi virtud y mi fé Satan hundió.  
Permaneci junto á la hermosa niña,  
Dando á su fé primero admiracion,  
Y despues admirando su hermosura  
Que allí el infierno por mi mal envió.  
Mi vista que en el trecho de diez años  
En los cielos no mas, en la oracion,  
O en la tierra con llanto penitente  
Fervoroso ó humilde se fijó,  
A contemplar su terrenal belleza  
Tornóse con impúdica atencion,  
Y el fuego de infernal concupiscencia  
Dentro de mis entrañas se inflamó.

*El Conde.* ¡Basta, basta! Comprendo el  
fin horrible

De esa historia fatal.

*Guarino.* Santo temor,  
Soplo espirante de virtud dos veces  
De la inocente hermosa me apartó,  
Y otras dos veces me arrastró hácia ella  
La astucia del demonio tentador;  
Y al vértigo carnal de su apetito  
Sucumbiendo mi imbécil corazón,  
Víctima de mi torpe desvario  
Su virginal pureza sucumbió.

*El Conde.* ¡Revelacion horrenda!

*Guarino.* Horrenda, pero  
Todavía la culpa fué mayor.

*El Conde.* ¿Has hecho mas aun?

*Guarino.* Cometí el crimen,  
Y, en cuanto mi maldad le consumó,  
Sus consecuencias en tropel bullente  
Aglomeró en mi mente la razon,  
Y Satanás poniéndose á mi lado  
Me hizo entender y calcular su horror.  
Los otros penitentes solitarios  
Que habitaban las peñas como yo  
Me trajó á la memoria, y que inocentes  
De mi culpa á ser iban de ella en pos  
Solo objetos de escándalo, y del mundo  
A cargar con la injusta execracion.

« Vé, me dijo el demonio, mira, infame,  
« A dónde tu maldad te despeñó.  
« Al acusarte esa muger, entera  
« Traerá la raza humana en derredor  
« A maldecir la hipócrita malicia  
« Que en tu impúdico pecho fermentó.  
« Ese milagro real, que por tus manos  
« Piadoso Dios y omnipotente obró  
« A diabólica magia atribuido  
« Va con razon á ser. ¡Mira el baldon  
« Con que cubres, infame, estos desiertos,  
« Santuarios otro tiempo del Señor!  
« Esconde de los ojos de los hombres  
« Ejemplo de tan vil profanacion,  
« Al menos porque en todos no recaiga  
« La pena que uno solo mereció :  
« O al renegar de sus ministros viles  
« Renegará su santa religion.  
« Cubra al menos tu crimen el misterio,  
« Engaña al universo por tu honor;  
« No escuses otro crimen, si te salva,  
« Y haz penitencia luego por los dos.»  
Esto el infierno me inspiraba, y esto  
Que yo escuchaba de su falsa voz,  
De una falsa vergüenza en mi conciencia  
Hizo brotar el humo embriagador.  
Un pensamiento atroz, pero seguro,  
A mi mente febril se presentó;  
Y por sino fatal yendo arrastrado  
A ponerlo en sangrienta ejecucion,  
Privé de la existencia á la inocente  
A quien privé primero del honor.

*El Conde.* ¡Bárbaro!

*Guarino.* Y en las rocas enterrándola,  
Huí de Monserrate cuando el sol  
Sumiendo en el Océano sus rayos  
El velo á las tinieblas desplegó.

*El Conde.* En vano te busqué por las montañas.

Mas hoy...

*Guarino.* Fuí de mi mismo con horror  
A la sagrada capital del mundo  
Mendigando mi pan; cruzé veloz  
Ríos y montes, y llegando á Roma,  
Del rebaño de Cristo ante el pastor  
Postrado, de mis crímenes nefandos  
Hice entera y contrita confesion.  
El pontífice santo, del Eterno  
En la tierra vicario, mi dolor  
Y mi arrepentimiento contemplando,  
Con estas condiciones me absolvió.  
« Vuelve (me dijo) á Monserrate; pero  
« Vuelve á morar en su áspero fragor  
« Cual bestia, no cual hombre: dobla al suelo  
« Tu frente como bruto: y posición [lo  
« Manteniendo de tal, de cuatro remos  
« Sírvete para andar en vez de dos.  
« Y en penitente soledad tu vida  
« Pasa en el monte en tal degradacion,  
« Hasta que un tierno infante de seis meses  
« De ello te absuelva en nombre del Señor.»  
Yo obediente al pontífice supremo  
Me volví como bruto á mi mansion  
De Monserrate: de velludas lanas  
Mi macilento cuerpo se cubrió,  
Y destruida en mí la humana forma  
Cual mónstruo me trajeron ante vos:  
Ante quien el milagro prometido  
Para fin de mi pena, se cumplió. —  
Ahora, señor, pues aplaqué á los cielos,  
Que escarmienten en mí será razon  
Los hombres, y en la tierra á su justicia  
Aplaque, quien su ley atropelló.

—  
Postró el penitente humilde  
Su venerable cabeza  
Hasta el suelo, en que sus plantas  
El conde ofendido asienta,  
Y así en silencio quedaron  
Uno en pié y otro por tierra;  
Uno al castigo ofreciéndose  
Y otro apreciando la oferta.  
Pero al cabo el noble conde  
Pesando allá en su conciencia  
La justicia de su causa,  
La inmensidad de la pena,  
La razon de su venganza  
Y la preza de su nobleza,  
Rompió el silencio diciendo

Con voz conmovida y trémula:

« Alzad, Guarin, que no es justo  
Que se muestre mas severa  
Que la justicia del cielo  
La justicia de la tierra.  
Mi honra habeis ultrajado,  
Allí dó con mas pureza  
Se anidaba; con mi sangre  
Habeis regado las peñas  
De Monserrate, mas de ambas  
La mancha injuriosa y fea  
Lavado habeis con las lágrimas  
De cristiana penitencia.  
Yo os perdono como el cielo;  
Volveos á las desiertas  
Montañas, y vida triste  
Pasad penitente en ellas.  
Mas quiero una sola cosa  
Rogaros, única prueba  
Que exijo de vos, Guarino,  
Del perdon en recompensa.  
Mostradme el oculto sitio  
De aquellas fragosas sierras  
En donde yacen los restos  
Que de mi María quedan.  
Los que de mí estirpe nacen  
Su tumba tienen dispuesta  
En mas suntuoso lugar  
Que el que sus restos encierra.  
— Vuestros criados, señor,  
Mandad que conmigo vengan,  
Que en el lugar en que yacen  
Tengo cavada una cueva  
Donde cual fiera he vivido  
Lamentando mi fiereza.  
Sobre el césped que la cubre  
Brotó, y entre él se conserva,  
De los tiempos respetada,  
Una silvestre azucena,  
Símbolo de su desdicha  
Y pendon de su inocencia,  
Por los cielos levantado,  
Mantenido en nombre de ella.  
— Yo mismo iré allí á llorarla.  
— Señor, pues que pronto sea.  
— Partamos al punto.

— Vamos.

Y antes que una aurora nueva  
Vuelva á alumbrar el oriente  
Saldreis con tan santa empresa.»

## CAPITULO OCTAVO.

LA AZUCENA SILVESTRE.

Cual marinero errante, que perdido  
Su soberbio bajel, contra las olas  
Lucha, á los restos del bajel asido  
Cercaña viendo la ribera ya;

Cual golondrina errante que los mares  
Cruza estraviada, y la cansada pluma  
Agita conociendo los lugares  
Donde á anidar acostumbrada está ;

Cual cierva que en la fuerza del estio  
Sedienta vaga por el bosque espeso,  
Y el agua oyendo del cercano rio  
Hácia él se lanza cuando el agua ve :  
Asi impaciente el padre de María  
En las alas de una última esperanza  
Partir á Monserrate apetecía  
Con paternal y religiosa fé.

« De entre las yermas rocas se levante  
Su despojo mortal, y en sitio digno  
Salmos la iglesia á su memoria cante,  
Y ore por su alma al compasivo Dios.  
Bajo las anchas bóvedas del templo  
Sus funerales místicos resuenen,  
Y las campanas su recinto atruenen  
Y álcese al cielo mi oracion en pos. »

Asi decia el piadoso conde  
Transido de dolor,  
Con tamaños intentos emprendiendo  
Su peregrinacion.

Y del florido abril una mañana  
Al despuntar el sol  
Con Guarino y escasa comitiva  
De la ciudad salió.

Unos pocos ginetes enlutados  
Seguíanle en monton,  
Y unos cuantos obreros que la tierra  
A cavar destinó.

Un monge, que al hallar el cuerpo, su alma  
Encomendara á Dios,  
Iba al par en silencio en medio de ellos  
Envuelto en su ropon.

La multitud encima de los muros  
En silencio á mirarlos se agolpó,  
Rogando ansiosos por el triste padre  
Y por su hija al Señor.

Asi de Monserrate enderezaron  
Al áspero fragor,  
Y en la distancia del camino largo  
La triste comitiva se sumió.

Un punto aun desde los altos muros  
Como leve vapor,  
El polvo de sus piés se percibía,  
Pero tambien al fin se dispó.

A Monserrate van. ¿Pero quién sabe  
Lo que les guarda en su honda soledad  
El que posee del corazon la llave,  
El que puede medir la eternidad?  
Sí : Dios es Dios ; y Dios tan solo puede  
Romper el velo á la futura edad ;  
Solo á sus ojos el destino cede ;  
Dios es la luz, la fuerza y la verdad.

Rayaba en el oriente  
La claridad temprana  
Del alba trasparente  
De la fresca mañana  
Del dia á aquel siguiente,  
Cuando el conde á la falda de las rocas  
De Monserrat llegaba con su gente.  
El penitente Juan sus pasos guia,  
Humillado al recuerdo vergonzoso  
Del delito que allí cometió un dia,  
Y como iban subiendo,  
Al conde el monge se acercó diciendo :  
« Señor, desde este cerro, que testigo  
Fué en dia mas dichoso  
De la piedad de Dios para conmigo,  
De mi crimen despues y mi castigo,  
Solos ambos quisiera  
Que subiendo siguiéramos  
Y solos cabo á nuestra empresa diéramos.  
Entre estas cavidades  
Penitente primero y luego fiera,  
Escándalo de aquestas soledades  
Largos años viví, y la edad futura  
Pluguírame que nunca conociera  
El sitio de mi horrenda desventura.  
Resto de orgullo humano,  
Que el mortal corazon misero encierra  
Sea tal vez, mas me dará tormento  
Saber que se hace público en la tierra  
Mi culpa, mi castigo y mi aislamiento.  
Temo la tentacion del diablo astuto  
Y sé por esperiencia  
El trecho que marcó la omnipotencia  
Del racional al bruto. »  
Wifredo, su caballo deteniendo  
Y al monge con respeto contemplando,  
Asi le dijo con acento blando :  
« Sea como quereis ; vos que ante el trono  
De Dios sois perdonado,  
No habeis de ser por mí mas castigado,  
Ni pasara de aquí con vos mi encono.  
Secreto es vuestra historia  
Que de mi labio no saldrá, escondida  
Viviendo eternamente en mi memoria.  
Diré que el cielo, de mi triste vida  
Tal vez compadecido,  
A mí os ha conducido  
Para templar del alma la amargura,

El lugar escondido  
 Mostrándome en que está su sepultura.  
 Pues si por vuestro crimen inaudito  
 Debiérais ser de mi venganza objeto,  
 Por la mano de Dios estais bendito  
 Y lo sois para mí de honra y respeto.  
 Guiad y solos vamos,  
 Solos su sepultura cavaremos,  
 Y si algo de sus restos encontramos  
 Hasta aquí á conducirlos bastaremos. »  
 Y así diciendo el conde y al instante  
 Mandando detener allí la gente,  
 Solo siguió adelante  
 En pos del milagroso penitente,  
 Y ambos entre las breñas se metieron  
 Y los ojos de todos se perdieron.  
 Sereno estaba el día;  
 El sol que por los cielos avanzaba  
 Con purpurada luz resplandecía  
 Y la tierra en sus luces se bañaba  
 Y todo por la tierra sonreía.  
 El tomillo oloroso,  
 La madre selva espesa,  
 La ancha amapola en su capullo aun presa,  
 El silvestre jacinto  
 Que á la margen sonora  
 Crece del arroyuelo  
 Y en su fresco color apenas tinto,  
 El áspero majuelo,  
 La todavía verde zarzamora  
 Y el enredado endrino,  
 Compañero del boj y del espino,  
 El retorcido enebro y la retama  
 Que en medio crecen de la amarga grama,  
 Aromaban los valles silenciosos,  
 Y prestaban colores y verdura  
 A los lomos fragosos  
 De aquellos montes, cuyas hondas grietas  
 En las piedras escuetas  
 Labra el agua que cae desde la altura.  
 La tierra por dó quier juvenecida,  
 Por el sol fecundada,  
 De nueva y creadora primavera  
 Se tornaba á mostrar con nueva vida  
 Y con nuevo vigor robustecida,  
 Con verdura mayor engalanada.  
 Nueva generacion de mariposas  
 Y de varios insectos zumbadores  
 Ensayaban su vuelo en las hojosas  
 Matas espesas de silvestres flores.  
 Los blancos conejuelos,  
 Los alegres y libres cervatillos,  
 De su fuerza primera  
 Iban ya haciendo alarde en la carrera;  
 Triscando entre las zarzas y majuelos,  
 Despuntando la grama y los tomillos  
 Y horadando las faldas arenosas  
 De los secos y blandos imontecillos,

Al instinto cediendo que se encierra  
 En su naturaleza montesina  
 De socavar la tierra.  
 En la enramada verde  
 Que, á una fuente vecina  
 Que entre las peñas al brotar se pierde,  
 Toma jugo en la linfa cristalina,  
 La nueva cria de ligeras aves  
 Silba, gorgoea y trina;  
 Y el ronco cuervo, que con vuelo lento  
 Se cierne mansamente sobre el viento,  
 Graza con notas ásperas y graves  
 La estacion de las flores  
 Presintiendo contento.  
 Naturaleza entera  
 Brillante resplandece  
 Ufana por dó quiera  
 Anunciando la hermosa primavera;  
 Y, todo en ella juventud y vida,  
 Todo en ella armonía, luz y aroma  
 Solo al placer convida.  
 Y desde la ancha y verde y fresca loma  
 Donde está detenida  
 La comitiva de Wifredo entera,  
 Por la vega estendida  
 Y escarpada montaña  
 Goza la perspectiva placentera  
 Que desde allí se alcanza embebécida.  
 En tanto su señor va lentamente  
 Por las peñas trepando  
 Detrás del silencioso penitente,  
 Que por la soledad le va guiando,  
 El sitio en que pecó triste buscando.  
 La luz y la alegría  
 De la naturaleza  
 De ambos se aviene mal con la tristeza  
 Y la razon que allí les conducia;  
 Y sumido en sus propios pensamientos  
 Marchaba cada cual á pasos lentos.  
 Sube el monge la diestra asegurada  
 En nudoso baston con que se ayuda,  
 Y cruza el conde la hojarasca ruda,  
 Báculo haciendo de su larga espada.  
 Así por senda que tortuosa lleva  
 De un aislado peñasco hasta la cima,  
 Llegaron al lugar en que su cueva  
 Labró Guarino, y cuyo centro estima  
 En mas que los palacios colosales  
 Que labraron del mundo los señores,  
 Y que vienen á ser tan solamente  
 Los nichos y las cifras sepulcrales  
 Que sus nombres mortales  
 Guardan un día mas entre la gente.  
 Entre los huecos cascos  
 De los hendidos lomos  
 De dos duros peñascos  
 Que las lluvias hendieron,  
 De intencion de mirarlos con asomos,

Una grieta se abría,  
 Que caverna de fieras parecía.  
 Un pico del peñón algo avanzado  
 Sobre su ancha abertura,  
 Del viento y de la lluvia resguardado  
 Un trozo de terreno mantenía,  
 Que de tupido césped alfombrado  
 De la gruta á la entrada se veía.  
 Y de la estéril roca  
 Por estrechâ hendidura  
 Bajaba de la cueva hasta la boca  
 Un rico manantial de agua tan pura,  
 Que, á través de sus líquidos cristales,  
 De la piedra en que cáuce se formaba  
 Se contaban las vetas transversales,  
 Que el paso de la linfa había ido  
 Puliendo en su caída, de manera  
 Que en vez de piedra tosca se dijera  
 Que en la concha mejor se había bruñido.  
 La sonora corriente  
 De esta escondida fuente,  
 Hollando entre los céspedes descanso  
 En el llano terreno  
 Que estaba de ellos lleno,  
 Formó entre aquellas yerbas un remanso;  
 Y entre ellas á su curso abriendo calle,  
 Dejando aquel lugar verde y fecundo,  
 Iba á perderse en la mitad de un valle  
 De los montes formado en el profundo.  
 De este remanso el centro  
 Formaba un montecillo  
 Por el agua cercado,  
 Seco, verde y aislado  
 Por aquel manantial fecundizado,  
 Que, de las altas rocas guarnecido,  
 Cubierto por el pico adelantado  
 Sobre la cueva oscura,  
 Por la fuente regado  
 Y en la pendiente rauda concluido,  
 Era un bello paisaje en miniatura.  
 Y de aquel montecillo en el altura  
 Cubierta de verdura,  
 Fresca, olorosa, amena,  
 Brotaba una purísima azucena,  
 La cual, aunque era flor sola y silvestre,  
 Mas que en jardín cuidado  
 Brillaba hermosa en su rincón campestre  
 Que estaba con su aroma perfumado.  
 Sus blancas hojas á la luz tendidas,  
 Su simiente encerrada en los martillos  
 Que de su centro alzan amarillos,  
 Su tallo verde, fresco, alto, flexible,  
 Mecido por el aura que perdida  
 A aquel rincón llegaba imperceptible,  
 Dándola oculto movimiento y vida,  
 Hacían de la cándida azucena  
 Un animado sér, solo habitante,  
 Solo genio y señor de aquella escena.

Al llegar de la gruta ante la boca,  
 En que aquella hendidura  
 Escondida en la roca  
 Guardaba de este sitio la hermosura,  
 Y dó la entrada de la cueva toca,  
 Postróse de rodillas Juan Guarino;  
 Y absorto el noble conde,  
 Viendo el primor que esconde  
 Aquel sitio desierto y campesino,  
 Se detuvo un momento  
 Embebido en gozar el suave aroma  
 De la flor de aquel grato apartamiento.  
 « Hé aquí (esclamó Guarino, derramando  
 Lágrimas) el lugar en que escondido  
 Mi delito lloré, sobre la tierra  
 Dó fué mi doble crimen cometido.  
 Hé aquí, señor, la tumba en que reposa  
 La hija de que os privé: bajo la altura  
 De ese monton de tierra y de verdura  
 Duermen los restos de la mas hermosa  
 É inocente criatura:  
 Y esa blanca azucena  
 Tal vez del jugo de su sangre pura  
 El jugo bebe que su caliz llena.  
 Cuando en fiera tornado, á esta montaña  
 Me volví desde Roma peregrino  
 A cumplir penitente mi destino,  
 Había aquí brotado  
 El manantial bullente y cristalino  
 Que tenia cercado  
 El lugar á su tumba señalado.  
 La azucena sobre él ya abierta estaba,  
 Y cual lugar sagrado  
 Que el Señor me vedaba  
 Por mí en mi penitencia respetado  
 Fué, y con mi llanto de dolor regado.  
 Yo he visto en esa flor siempre inmarchita  
 Una futura prenda de esperanza  
 Por el cielo bendita:  
 Y en esa flor á quien jamás alcanza  
 El fin que á todas dió naturaleza,  
 De la muger á mi maldad rendida  
 El simbolo miré de la pureza,  
 Atropellada sí, mas no perdida.  
 Único amor del triste solitario,  
 Su única compañía en el desierto,  
 Única luz del tenebroso osario  
 Del mundo para el cual vivía muerto  
 Único paso á mi esperanza abierto,  
 Mi corazón en ella ha concentrado  
 Cuanta fé y cuanto amor ha conservado.  
 Única prenda que me liga al mundo,  
 Solo recuerdo de la edad pasada,  
 Tras del amor á Dios es el segundo  
 En mi alma con mis lágrimas lavada  
 El amor á esa flor inmaculada.  
 Yo creo ver en ella  
 Vivir á la hija que llorais: yo creo

Que su alma pura y bella  
 Vive dentro del caiz conservada ;  
 Y entre sus hojas su semblante veo ;  
 Y oigo sonar su voz cuando se mece  
 Entre sus blancas hojas,  
 Y si el tiempo á mis ojos la agostara,  
 Tanto cuanto lloré por el pecado  
 Que dentro de esa tumba la encerrara  
 Sobre el tallo truncado  
 De esa azucena mística llorara. »

Y así diciendo, el infeliz Guarino,  
 Por tierra prosternado,  
 De aquel último bien se despedía  
 Tanto tiempo por él idolatrado,  
 La sepultura en que raiz tenía  
 A destruir él mismo preparado.  
 Y el conde embebecido  
 En lo que al labio de Guarino oía,  
 En pié junto á él seguía  
 Inmóvil, silencioso y distraído.

—

Wifredo de repente,  
 De esta meditacion saliendo, dijo  
 Con decidida voz al penitente :  
 « No perdamos, hermano,  
 El tiempo necliamente ;  
 Esa tumba cavemos  
 Y apartemos de aquí su resto humano. »  
 Y obediente Guarino,  
 Signado con calma á su destino,  
 Con la azada en la mano  
 Resuelto se llegó á la verde altura  
 Dó la hermosa azucena  
 Marcaba la campestre sepultura.  
 Y Wifredo á su vez, la aguda pena  
 Del corazon paterno  
 Desahogando en dos lágrimas espesas,  
 Gotas que lanza al manantial interno  
 Que inestinguible en sus entrañas mana,  
 De otro azadon asiendo, se dispuso  
 Lo que resta á buscar de lo que un dia  
 Fué de sus ojos luz, fué su María.  
 Con el secreto intento  
 De que aquella azucena perfumada  
 Quedará, á ser posible, respetada  
 En el lugar en donde tiene asiento,  
 Por el opuesto lado comenzaron  
 Del fúnebre monton dó está arraigada ;  
 Mas apenas hundieron  
 En tierra el azadon, de ver echaron  
 Que el verde montecillo que creyeron  
 Tierra compacta y dura  
 Blanda y recientemente removida  
 Estaba, y seca y leve mantenida  
 Entre el agua, y debajo la verdura  
 Que la tienen cubierta y circuida :

Y cuanto con mas tiento la tocaban,  
 Mas fácilmente por entrambos lados  
 Sus golpes á la par desmoronaban  
 La tierra, y los arbustos que arraigados  
 En ella vegetaban.  
 Lejos de sí los instrumentos rudos  
 Arrojaron, y á impulso de un instinto  
 Igual, hundieron en la blanda tierra,  
 Y á apartarla empezaron cuidadosos  
 Con sus dedos desnudos.  
 Pronto dieron sus manos  
 Con un oculto objeto  
 De la tierra distinto :  
 Mas, suave al tacto, con calor, con vida,  
 No era el objeto oculto el esqueleto  
 De enterrada muger, á quien los años  
 Y la tierra tendrían consumida.  
 El secreto terror y afan interno  
 Heló la voz en su garganta, y ambos,  
 Apartando en silencio el polvo leve,  
 Descubrieron, y entrambos asombrados,  
 Dos piés, que como el ampo de la nieve  
 Mantenía la tierra conservados.  
 Un ligero color rosado y puro  
 Bajo su piel se percibía apenas  
 Y á través de la piel el trazo oscuro  
 Se vía de sus venas,  
 Cual si la vida aun de sangre líquida  
 Las mantuviera llenas.  
 De aquellos piés purísimos la planta  
 Verticalmente inmóvil,  
 Que siempre en los cadáveres espanta,  
 Lejos de dar horror, á la mirada  
 Solamente esponía  
 La perfeccion, pureza y hermosura  
 De una obra de escultura  
 Diestramente pulida y acabada.  
 El grato anhelo, la interior zozobra  
 Que ambos á dos sintieron,  
 Seguir les hizo la empezada obra ;  
 Y apartando los céspedes y tierra,  
 En silencio siguieron  
 Hasta que el tronco entero descubrieron.  
 Que envuelto en sus vestidos  
 Apenas por el agua humedecidos,  
 Y apenas arrugados  
 Por la tierra en que estaban enterrados,  
 Envolvían el cuerpo de María,  
 Que dormida y no muerta parecía.  
 Escondida no mas de su belleza  
 Quedaba la bellísima cabeza  
 Y la garganta blanca,  
 Donde una herida fresca se descubre  
 Desde la cual arranca  
 La raiz de la cándida azucena,  
 Que sobre el sitio en que descansa brota :  
 Y que fuerza será cuando el semblante  
 Descubran, que la flor se arranque rota.

Comprendiéndolo al par ambos, á un tiempo  
 Las manos detuvieron,  
 Y arrasados en lágrimas los ojos  
 Ante aquellos para ambos  
 Sagrados y bellisimos despojos,  
 Gran trecho sin accion se mantuvieron.  
 Mas el conde por fin, de irresistible  
 Voluntad impelido,  
 Con un postrer esfuerzo despejando  
 El rostro aun escondido  
 De su María hermosa,  
 Vió de la virgen la figura entera  
 Cuyo labio animaba  
 Dulcísima sonrisa placentera :  
 Cuya tez inmarchita coloraba  
 Animado color de nieve y rosa,  
 Y en cuyos tenues párpados cerrados  
 Transparente se via  
 La pura luz que á su través lucia  
 En sus ojos, aun iluminados,  
 Con la lumbre vital que dentro ardía.  
 Mas en tanto la flor fragante y pura  
 Que sobre ella crecía,  
 Y de la muerta virgen en el cuello  
 Sus raíces asia,  
 Por el suelo truncada -  
 Por entre el césped húmedo yacia,  
 Roto su tallo pero no manchada.  
 Tendió el conde sus manos  
 A la prenda de su alma idolatrada,  
 Y á la caída flor el penitente,  
 Cuando esta de repente,  
 Por invisible mano arrebatada,  
 Se perdió en el azul del manso ambiente,  
 Y la pura region del vago viento  
 Armonizó una música divina  
 Que venia del alto firmamento  
 Detrás brotando de su azul cortina.  
 El celestial compás de aquella santa  
 Misteriosa armonía, llamó al cielo  
 La atención de Wifredo y de Guarino;  
 Y al ver el cuadro mágico y divino  
 Que les mostró su descornado velo,  
 Se borró de María en la garganta  
 La señal de su herida;  
 Y á ver la aparicion en luz radiante

Que en medio de los aires suspendida  
 De su vista mortal está delante,  
 Tornó á su corazon la dulce vida.

Por el sol coronada,  
 De las estrellas fúlgidas vestida,  
 De la luna calzada,  
 Y de ángeles en hombros conducida,  
 La Madre del Cordero inmaculada  
 Sonreía á los tres, que arrodillados  
 Y absortos contemplaban  
 La divina vision embelesados.  
 La Purísima Madre del Dios niño  
 En sus manos mas blancas que el armiño  
 La azucena silvestre mantenía,  
 Y con celeste acento  
 Que empapó la montaña en armonía  
 De són mas apacible, grato y lento  
 Que el murmullo del bosque, el mar y el  
 viento,

Con sonrisa hechicera  
 Dijo, vuelta á los tres de esta manera :  
 « Donde no hay voluntad tampoco crimen;  
 « Ilesa pues la virginal pureza  
 « María conservó, y en la aspereza  
 « De los montes siete años penitentes  
 « De otro castigo al matador redimen  
 « En los juicios de Dios omnipotentes.  
 « En medio de estas peñas se levante  
 « Sombrio monasterio,  
 « Que del Señor las maravillas cante :  
 « Otra vez á arraigar esa azucena  
 « Vuelva en las rocas de perfume llena,  
 « Prenda y señal de celestial misterio :  
 « Y cuando en el sepulcro preparado  
 « Vuestro despojo corporal se suma,  
 « Sobre el sepulcro de los tres cerrado  
 « La azucena silvestre se consuma. »

Espiró de la Virgen el acento :  
 Y, cesando la célica armonía,  
 La mística vision deshizo el viento.  
 Volvió á brotar la flor, y á un tiempo ante ella  
 Cayeron bendiciendo su destino,  
 El noble conde, la feliz doncella,  
 Y el santo penitente Juan Guarino.



# EL DESAFIO DEL DIABLO,

## LEYENDA TRADICIONAL.

### INTRODUCCION.

Nació Doña Beatriz  
Para monja destinada:  
Mas salió al mundo inclinada  
Y no fué eleccion feliz.

Con demasiado devoto  
Corazon, en su preñez  
Hizo su madre tal vez  
Tan desatinado voto.

Porque fué tal el tormento  
Que antes de nacer la dió  
Beatriz, que se temió  
Por ella y con fundamento;

Y ella, á impulsos del fatal  
Dolor, á Dios hizo ofrenda  
De aquella azarosa prenda  
De la dicha maternal.

¿ Mas porqué á Dios ofrecer  
Lo que otro ha de cumplir ?  
¿ Quién puede; necio ! decir  
Lo que otro ha de querer ?

Ello es una aberracion :  
Mas ello es cierto tambien  
Que de estas cosas se ven,  
Y así muchas madres son.

En vez de ofrecer por sí,  
En mal de que bien salieron,  
Por sus hijos ofrecieron.  
¡ Tantos malos hay así !

Pero ¡ oh lector ! felizmente  
En los tiempos que alcanzam  
De estos sucesos no hallamos  
Ejemplos tan comunmente.

Aunque tú te acordarás,  
Por vano que hayas el seso,  
Que pasaban con exceso  
Diez ó doce años atrás.

¿ No era duelo ver un chico  
De seis años enredando  
Por la calle, y ya arrastrando  
Un hábito dominico ?

¿ O asida á los guardapieses  
De una fresca montañesa,  
Hecha una santa Teresa  
Una chica de once meses ?

Así Beatriz anduvo  
Toda su infancia : así oía  
Las razones noche y día  
Que para el hábito hubo

Y así pasaron sus bellos  
Y primeros ocho abriles,  
Entre juegos infantiles,  
Sin ver lo que iba tras ellos.

Hasta que al fin una noche  
Lujosamente ataviada  
Y de flores coronada  
La metieron en un coche.

Ella, al mirarse tan linda,  
Con errado pensamiento  
Juzga que solo el convento  
Con dicha y flores la brinda.

Y el ser monja no la pesa  
Si siempre ha de ser querida,  
Como cuando recibida  
Fué por la madre abadesa.

Quedóse en el locutorio  
Su madre, y la superiora

Llevóla, pues era hora,  
A cenar al refectorio.

Allí todas á porfía  
Las madres la acariciaron,  
La dieron y la otorgaron  
Cuanto en gana la venía.

Así Doña Beatriz  
Quedó á monja destinada  
Y en el convento encerrada;  
Mas ¿ fué dentro de él feliz ?

¡ Ah ! fueron unos tras otros  
Sus dulces años huyendo,  
Nacer en su ánima haciendo  
El deseo y la razon :  
Y huyéronse una por una  
Las deliciosas visiones,  
Las dichosas ilusiones  
Que adoró su corazón.

Sintió dentro de él entonces  
Desconocido, insufrible,  
Un deseo incomprensible,  
Una triste vaguedad  
Que turbaba eternamente  
Sus oraciones, sus sueños,  
Con recuerdos halagieños  
De otro mundo y de otra edad.

Del órgano delicioso  
Entre la santa armonía  
Otras músicas oía  
De mas alegre compás :  
Y de los santos ejemplos  
En las sagradas memorias  
El gérmen de otras historias  
Mas seductoras quizás.

Y ella bulliciosa un tiempo,  
Y alegre y entretenida,  
Silenciosa y distraída,  
Y triste á andar empezó;  
Y oculta allá de su celda,  
En un rincón solitario,  
El ídolo en formas vario  
De la libertad amó.

Presentáronse á su ardiente  
Y exaltada fantasía  
Los gustos á que algun día  
Renunció sin grande afán ;  
Y vió con mortal tristeza  
Que ahora los apetece,  
¡ Ay ! porque de ellos carece,  
Porque vedados la están.

Aquella verde y frondosa  
Ribera fresca de un río,  
Que paseaba en el estío  
De la luna el resplandor :  
Aquella fuente escondida  
Del soto entre los jarales,  
En cuyos frescos raudales  
Su sed templaba y su ardor :

Aquellos anchos balcones,  
Sin reja y sin celosía,  
Que allá en su casa tenía  
La calle para mirar,  
Y á través de cuyos lienzos  
Podía tranquilamente  
El tumulto de la gente  
Y el aire libre gozar :

Todos los dulces recuerdos  
De su deliciosa infancia,  
Dorados por la distancia,  
Mas caros á su ansiedad,  
Hervían en su memoria,  
Despertando sus pasiones  
Las primeras emociones  
De su juvenil edad.

Y en la orilla de aquel río,  
Y en redor de aquella fuente,  
Y entre la turba de gente  
Que vía por su balcon,  
Tal vez alcanzaba errando  
Una vision hechicera  
Cuya sombra pasajera  
Turbaba su corazón.

« ¡ Ay ! exclamaba la triste,  
Contristada y dolorida :  
¡ Cuán monotonía es mi vida,  
Cuán sin gloria y sin placer !  
¿ Qué es para mí el universo,  
Si yo cual ave entre redes  
Estoy entre esas paredes  
Condenada á nunca ver ?

¿ Qué valen las maravillas  
Que Dios sembró por su suelo,  
Si solo alcanzo del cielo  
Un giron escaso y ruin,  
Y el cántico pasajero  
De algun pajarillo errante  
Que se detiene un instante  
En las ramas del jardín ? »

Así en el fondo del claustro  
Donde cautiva moraba,  
Allá á sus solas pensaba  
La olvidada Beatriz.

Y así corriendo los años  
Se prepara, aunque la pesa,  
A quedar monja profesa  
Y á no ser nunca feliz.

Mas ¡ay! que oculto veneno  
De estas memorias amargas  
Prensadas de horas tan largas  
En la larga soledad  
En su corazon fermenta,  
Y del corazon brotando  
Va en su cuerpo germinando  
Peligrosa enfermedad.

Profunda melancolía  
El corazon la devora,  
Vibora desgarradora  
Que con él ha de acabar :  
Y lenta é inestinguible,  
Que sin descanso la deja,  
Fiebre ardorosa la aqueja  
Imposible de atajar.

Hierve en sus venas la sangre  
Sin alivio de un momento,  
Acosan su pensamiento  
Mil delirios en tropel :  
Asaltan su fantasia  
Mil imposibles antojos,  
Y llanto vierten sus ojos  
Mas amargo que la hiel.

Las drogas de los empíricos  
No pueden con su dolencia :  
Ninguno logra la ausencia  
De su recóndito mal.  
En vano su ciencia apuran,  
Sus elixires destilan  
En vano, nunca aniquilan  
Aquella fiebre infernal.

¡Pobre niña! consumida  
Por fuego íntimo y secreto  
Busca en vano un amuleto  
Contra tal desolacion :  
Mas en vano los doctores  
Con sus brebajes la afligen,  
Si del mal está el origen  
En su ardiente corazon.

¿Quién ocasiona sus lágrimas?  
¿Quién la arranca sus suspiros?  
¿Quién ¡ay! tan fatales giros  
A sus desvarios da?  
« ¡Lejos de mí! en los accesos  
Grita de su calentura.  
Vuestra vista es mi tortura;  
¡Quién de vos me libraré!

¡Lejos de mí, lejos, lejos!  
Fieros espectros con tocas,  
Que con hipócritas bocas  
Me predicais la virtud,  
Y con fraternales manos  
Me estais preparando un traje  
Con que mas horrenda baje  
Despechada al ataud.

¡Lejos! dejadme tranquila;  
Me estais ahogando... dejadme;  
Abrid la reja, aire dadme,  
Quiero el aura respirar... »  
Y así Beatriz diciendo  
Se desespera y se agita  
Con violencia inaudita,  
Con iracundo pesar.

Hasta que al cabo la fiebre  
La debilita y la estenua,  
Y el hondo letargo atenúa  
De su delirio el ardor ;  
Y las madres aterradas  
Conjuran con oraciones  
De sus horrendas visiones  
El tropel fascinador.

Sus padres (que al cabo lo eran)  
Con intento mas humano  
Otro médico mundano  
Resolviéronse á llevar,  
Y á pesar de los obstáculos  
Que las monjas opusieron,  
Una tarde consiguieron  
Hasta la celda llegar.

El doctor, hombre de graves  
Conocimientos científicos,  
Condenó los específicos  
Y las drogas condenó :  
Y enterado de los síntomas,  
Con la fria indiferencia  
Del oficio y de la ciencia  
Tal plática ocasionó.

*El Doctor.* ¿Qué edad tiene esta muchacha?

*El Padre.* Quince años.

*El Doctor.* ¿Ha profesado?

*El Padre.* Aun está en el noviciado.

*El Doctor.* Pues remedio tiene aún.

*El Padre.* Decid cuál.

*El Doctor.* Uno tan solo :

Si adoptarlo no se quiere,  
Esta muchacha se muere.

*La Abadesa.* Decidnos cuál, y según  
Si no es algun sortilegio  
O algun infernal conjuro...

*El Doctor.* Madre, aquí no hay nada impuro

¡Por vida de Barrabás!  
Yo tengo un coche á la puerta,  
La vestimos al momento  
Y la saco del convento.

*La Abadesa.* ¡Sacarla, Jesus!

*El Doctor.* No hay mas.

*La Abadesa.* ¡Sacarla dice! ¡qué audacia!

¡Estraer una novicia!  
El rey nos hará la justicia;  
No será.

*El Doctor.* ¿Cómo que no?  
Enfermo á quien tomo el pulso  
Y á quien remedio consigo  
Se salva ó muere conmigo.

*La Abadesa.* Yo haré....

*El Doctor (interrumpiéndola).*

Quien hará soy yo.

(*Al padre.*) Señor mio, ¿tener hija  
Quereis ó no? Vamos claros.

*El Padre.* Sí, si.

*El Doctor.* Pues fuera reparos  
Y agarrad de ese colchon.

*El Padre.* ¿Qué vais á hacer?

*El Doctor.* A llevármela.

*El Padre.* ¿Y el poder de la abadesa?

*El Doctor.* Si la chica no es profesa  
Nada puede en conclusion.  
Con que asid de esas dos puntas  
O vámonos y que muera.

Y hablando de esta manera  
Entre el padre y el doctor,  
A pesar de todo el claustró,  
De su hija Beatriz asieron  
Y en el coche la pusieron;  
Y las mulas, con vigor  
Arrancando, les sacaron  
De la grita y confusion  
Con que el coro de las monjas  
A despedirles salió.  
Y desde aquí, tras aquesta  
Necesaria introduccion,  
Toma principio la historia,  
¡Oh carisimo lector!  
Y esta no es fábula vieja  
Hallada en un cronicon;  
No es fantástica leyenda  
De que soy el inventor.  
Es tal cual voy á escribirla  
Del pueblo una tradicion,  
De boca de un pueblo oida,  
Siendo un viejo el narrador,  
Y la cual voy á contarte  
Como á mí me la contó.

## PRIMERA PARTE.

## I.

En el fondo de un valle  
Por en medio del cual ancha vertiente  
Abre á las turbias aguas de un torrente  
Honda y torcida calle;  
Torrente en el invierno  
Y arroyo en el estío,  
En julio despreciado, y en diciembre  
Con honores de rio;  
Cercado de peñascos y maleza  
Por ambos horizontes,  
Y hundido entre dos montes  
De fértil aspereza:  
En este valle, pues, y estas montañas  
Poseia Don Lucas de Hinestrosa,  
Padre de Beatriz, quinta escondida,  
Saludable y frondosa,  
Y en el sitio mejor de ambas Españas  
Sentada y construida.

En Córdoba la bella,  
Ciudad moruna de recuerdos rica,  
Cuyas calles estrechas  
Y cuyas casas de ladrillos hechas  
El gusto actual critica;  
Mas cuya situacion encantadora,  
Cuyo nombre halagüeño  
Como memoria de agradable sueño  
El Moro aún en el desierto adora.

En aquellas montañas formidables  
Habitadas un dia  
Por viejos ermitaños venerables,  
Y habitadas primero  
Por derviches fanáticos, es donde  
Don Lucas de Hinestrosa  
A Beatriz esconde,  
Y allí, donde la cándida novicia  
El aire y agua saludable goza  
A su novicia enfermedad propicia.

Allí á lo menos desde la alta cumbre  
Libres pasean sus avaros ojos  
Estenso campo; y vária muchedumbre  
De objetos mil distintos,  
De la naturaleza mil antojos  
Alcanzan por los mágicos recintos  
De aquellos naturales laberintos.

Allí goza del cielo  
Cuanto abarcan entrambos horizontes  
Y largo campo del vistoso suelo.  
Allí en la estensa vega  
Que ancho el Guadalquivir fecunda y riega,  
Ve cubrir la magnífica campiña  
El apareado olivo siempre verde,  
La rubia mies y la fecunda viña,  
Y la estendida pita  
Sembrada en los vallados,

Y la roja amapola que se agita  
Dando aroma y color á los sembrados:  
Y las hojas pegadas  
De los higos de tuna,  
De los lagartos con pasión amadas,  
Y de la sorda abeja acariciadas.

Y ve los anchos sotos  
Y las verdes dehesas,  
Donde encerradas en campestres cotos  
Dan crías retozonas y traviesas  
Las generosas yeguas cordobesas.

Y ve la hermosa Beatriz pasmada,  
Desde aquellos peñascos donde habita,  
La población morisca coronada  
Por la bella y mas célebre mezquita  
A los ginetes moros conquistada.

Y ve á sus piés en la montuosa tierra,  
Teatro un tiempo de azarosa guerra,  
Brotar continuamente,  
Cercados de silvestres florecillas,  
Ya el manantial de rumorosa fuente,  
Ya corpulentos robles,  
Ya enlazada á las hayas amarillas  
Con recios brazos y con nudos dobles  
La cariñosa yedra

Cuya oculta raíz nace en la piedra.  
Allí el aire tranquilo se embalsama  
Con los gratos olores  
Que la feraz frondosidad derrama:  
Y se respira pura  
El aura salutífera que impregnan  
Con su aroma las flores,  
Las fuentes con vapores y frescura.

Allí la limpia atmósfera armonizan  
Las pasajeras aves  
Con cánticos suaves  
Que los sentidos con el alma hechizan

Y allí pasa Beatriz el tiempo breve  
De la estación florida,  
Rápida imagen de la corta vida  
Que en la tierra habitar acaso debe,  
Y allí pasa sus días á lo menos,  
Ya que no entre placeres bulliciosos,  
Alegres, y serenos

Y libres, con sueños deliciosos.  
Su padre la acompaña,  
Y el doctor la visita,  
Y en dulce soledad vive sin cuita,  
Al mundo entero y al convento estraña.

El oro de Don Lucas de Hiestrosa  
Sus caprichos y gustos la previene,  
Y con su vida Beatriz se aviene,  
Y lejos del convento muy dichosa.

## II.

Apenas anochecía:  
La luz apuntaba apenas

De melancólica luna  
En una noche serena,  
Cuando en sabrosas memorias  
Y en ilusiones risueñas  
Embebida está Beatriz  
De su alquería en la puerta.  
Cómico sillón la ofrece  
La espesa y mullida yerba,  
Y el són del aire la arrulla  
Que la acaricia y refresca.  
Sobre la rodilla el codo,  
La frente en la palma puesta,  
Sin dirección las miradas  
Y sin norte las ideas,  
Está en una de esas horas  
De misteriosa pereza,  
De tranquilidad y calma  
En que nada nos inquieta,  
Nada nos place ni turba  
Y nada nos interesa;  
Ni se sufre ni se goza,  
Ni se quiere ni se piensa.  
De esta abstracción melancólica  
Que la absorbe las potencias  
Y la embarga los sentidos,  
Y el ánima la enajena,  
Vino á sacarla á deshora  
Una voz sonora y recia  
Que la dijo: « Buenas noches, »  
Y á la que respondió ella  
Con un ¡ay! que á un tiempo mismo  
Miedo indicaba y sorpresa.  
¡Silencio! el recién venido  
Escramó, y la mano asiéndola  
Dijo: Enemigos me siguen,  
Pero es preciso que pierdan  
Mi rastro, y que yo del monte  
Por la espesura me meta.

Beatriz. ¿Y qué queréis?

El Hombre. Un instante

De descanso, por las breñas  
Para seguir mi camino:  
Y si mis contrarios llegan,  
Un rincón en que ocultarme  
Mientras pasa la tormenta.

Y así aquel hombre diciendo,  
Entró con libre franqueza  
En la alquería, y tendióse  
Sobre un sillón de baqueta.  
Siguióle Beatriz absorta,  
Y entre turbada y resuelta  
Sacó un velón encendido  
Que puso sobre una mesa:  
Y hacía el incógnito intruso  
Tendió la mirada incierta,  
Mas apartóla encontrando  
La suya clavada en ella.

Subi6la á entrambas mejillas  
 El carmín de la vergüenza,  
 Y quedó ante el forastero  
 De pié, y silenciosa y trémula.  
 Yo no sé qué es lo que tiene  
 Una mirada serena,  
 Fija, osada y sostenida  
 Que se lanza de la negra  
 Pupila de un ojo ardiente,  
 Por bajo fruncida ceja  
 Que oculta el camino cierto  
 Que aquella mirada lleva,  
 Y la intencion que recata,  
 Y el sentimiento que espresa  
 Cuando sabe uno que está  
 Sobre su semblante puesta :  
 Pero ello es cierto que á veces  
 Esta mirada nos quema  
 Con el fuego que despide  
 Y con su peso nos prensa.  
 El rostro se nos enciende,  
 Los oídos nos chispean,  
 Y aunque no nos atrevemos  
 Otra mirada á oponerla,  
 Sentimos que está en nosotros  
 Posada, y el alma inquieta  
 Anda recelosa dentro  
 Del corazón dando vueltas.  
 Tal está la pobre niña  
 Haciendo que hace una trenza  
 Del cordón del delantal  
 Que en los dedos se la enreda,  
 Mientras los ojos del hombre  
 Siguen clavados en ellz  
 Sin apartarse un momento,  
 Sin pestañear siquiera.  
 ¿Qué piensa el desconocido?  
 ¿Cuál será la consecuencia  
 Que de su exámen deduzca?  
 ¿Será propicia ó siniestra?  
 ¿Porqué no se desemboza  
 Y franco el semblante muestra?  
 ¿Será deforme ó hermoso?  
 Tal vez de un bandido sea,  
 Tal vez de un infortunado.  
 ¡De ambos quizá!... Todas estas  
 Preguntas y conjeturas  
 Se hace la muchacha, mientras  
 La contempla él de hito en hito.  
 Mas solución ni respuesta  
 Para ninguna en sus datos  
 Ni en las palabras encuentra.  
 Mas no duró mucho tiempo  
 Su zozobra, una tos seca  
 Del inc6gnito la puso  
 A sus palabras atenta.  
 Alzó Beatriz poco á poco  
 Y volvió á él la cabeza,

Y él que la intencion conoce  
 Y advierte lo que desea,  
 Viendo ademá que ya acaso  
 A ser descortés empieza,  
 Con ella al cabo la plática  
 Entabló de esta manera.

*El Hombre.* ¿Cómo os llamais?

*Beatriz.* Beatriz

De Hinesrosa.

*El Hombre.* ¿De esta tierra

Sois natural?

*Beatriz.* No, señor.

*El Hombre.* ¿De dónde, pues?

*Beatriz.* Madrileña.

*El Hombre.* Buen país para quien puede  
 Vivir en la corte.

*Beatriz.* ¿En ella

No habeis nunca estado vos?

*El Hombre.* Si á fé mía, pero ciertas

Conveniencias personales

Me echaron á las riberas

Que baña el Guadalquivir :

Mas decidme, si indiscreta

No es la pregunta, ¿esta quinta

Que estais habitando es vuestra?

*Beatriz.* De mi padre.

*El Hombre.* ¿Y por qué causa,

Siendo tan niña y tan bella

En la soledad del monte

Y en sus muros os encierra?

*Beatriz.* Porque mi salud lo exige,

Y los doctores esperan

Que sus aguas y sus aires

Muy pronto me restablezcan.

*El Hombre.* ¿Qué mal padecéis

*Beatriz.* Ninguno

Ya; tres meses en la sierra

Me han aprovechado mucho :

Mi salud casi es completa.

*El Hombre.* ¿Y quién aquí os acompaña?

*Beatriz.* Mi padre y un aya vieja

Con tres criados que cuidan

De la casa y de la huerta.

Aunque esta noche he oído

Que es muy probable que venga

Mi hermano Carlos : mi padre

Bajó á esperarle á la vega.

Hubo aquí un punto de pausa,

Tras del cual, como si hubiera

Sonado la hora precisa,

U oído palabra ó seña

Que aguardara, el forastero

Alzóse y fuése á la puerta.

*Beatriz.* ¿Ya os vais?

*El Hombre.* Sí, mas molestaros

No quiero con mi presencia.

Nadie hay sobre mi camino,  
Beatriz, y partir es fuerza.

*Beatriz.* En verdad, señor hidalgo,  
Que á mí en nada me molesta :  
Y si es que no os incomoda  
De padre aguardar la vuelta,  
Pasar en esta alquería  
Toda la noche podríais.

*El Hombre.* Gracias; el sitio á que voy  
Está, Beatriz, muy cerca,  
Y fuera de allí me importa  
Que sorprenderme no puedan.  
Sin embargo, si algun día  
Mi suerte fatal se trueca  
Y puedo con libertad  
Pasearme por la tierra,  
Espero volver á veros'  
Si es que me otorgais licencia.

*Beatriz.* Cuando gustéis : aunque juzgo  
Que es cosa difícil esa.

*El Hombre.* ¿Porqué?

*Beatriz.* Porque á fin de agosto  
A mi convento me llevan.

*El Hombre.* ¿A vuestro convento?

*Beatriz.* Sí.

*El Hombre.* ¿Sois monja, pues?

*Beatriz.* No profesa  
Todavía, soy novicia

Desde mi infancia mas tierna,  
Que así lo ofreció mi madre  
Antes de que yo naciera.

*El Hombre.* ¿Y vos os vais á ser monja  
Tan solo por su promesa?

*Beatriz.* Esto ha de ser.

*El Hombre.* Pero vos  
No vais, Beatriz, contenta.

*Beatriz.* Algunos años lo estuve;  
Mas me puse tan enferma  
Después, que fué necesario,  
Porque allí no me muriera,  
Sacarme del monasterio.

*El Hombre.* Y decidme, ¿qué edad era  
La vuestra cuando á él os fuísteis?

*Beatriz.* Tendría ocho años apenas.

*El Hombre.* Tiranos padres teneis  
Si en tal proyecto se empeñan,  
Y á ser hoy mi poder otro  
Jamás se lo consintiera.

*Beatriz.* ¡ Vos abrazarais mi causa!

*El Hombre.* Fuera mala ó fuera buena.

*Beatriz.* Con mi padre os empeñarais...

*El Hombre.* Y le hablara en buena lengua,  
Tan clara y tan comprensible  
Que por tenaz que anduviera  
Pronto le convencería.  
Pero son vanas ofertas,  
Beatriz, porque en este punto  
Yo propio amparo y defensa

Necesito; mas si un día  
En trance fatal os viérais,  
O en amarga desventura,  
Y me veis lejos ó cerca,  
Venid á mí; que si un hombre  
Puede con brío ó destreza  
Sacaros de aquel mal paso,  
No ha de faltar quien se atreva.

Esto dicho, el forastero,  
Sintiendo que por la cuesta  
Sube gente, á largos pasos  
Metióse por la maleza.  
Y al cabo de unos minutos  
Asomaron por las cercas  
El de Hinestrosa y su hijo,  
Y en su mula pelinegra  
El doctor, que ganó un pleito  
Contra la madre abadesa,  
Y con Beatriz y su padre  
Sincera amistad conserva.

## III.

DON LUCAS. — DON CARLOS, su ijo. — EL  
DOCTOR y BEATRIZ cenando en el comedor  
de la alquería.

*Carlos al Doctor.* ¿Y qué tenemos con eso?  
Porque ese hombre sea valiente,  
¿Le ha de sacar su valor  
Del alcance de las leyes?

*El Doctor á Carlos.* Mancebo, á lo que  
imagino,

Poco de esto se os entiende;  
Los soldados que le siguen  
Le respetan ó le temen.

*Carlos.* Si me contareis á mí  
Los milagros del hombre ese  
Cuando he vivido con él  
Mas de un año. Diez y siete  
Tenía cuando su casa  
Abandonó y sus parientes,  
Y sentó plaza.

*El Doctor.* Es exacto.

*Carlos.* A los veinte y tres y meses  
Dió á un capitán de estocadas  
En un duelo.

*El Doctor.* Ciertamente,  
También es verdad.

*Carlos.* Fué preso  
Y presentado á sus jueces,  
Y la sentencia era clara,  
Le condenaron á muerte.

*El Doctor.* Mas os habeis olvidado,  
Señor cronista, que fué este  
El motivo único y solo

Para que al día siguiente  
Se alzase su compañía,  
Y á ella otras cuatro se uniesen,  
Pidiendo á voces su vida  
Y jurando defenderle.

*Carlos.* Todo obra de sus amigos.

*El Doctor.* Lo que prueba que los tiene,  
Que los soldados le amaban,  
Y que positivamente,  
Pues saben hoy que es su mismo  
Compañero, le protegen.

*Carlos.* Vaya, vaya, buen doctor,  
Que si quisiera quien puede,  
Antes de veinte y cuatro horas  
Habria quien le prendiese.  
Y el valor no le escudara,  
Porque sabéis que es patente  
Que jugó su patrimonio,  
Y que dejó muchas veces  
Muertos en el campo á hombres  
Por quien llora aun mucha gente.  
Y en fin, que tras muchos lances,  
Pobre y perseguido viéndose  
Por la justicia, á los montes  
Vino al cabo á guarecerse,  
Y uniéndose á los bandidos  
Ha venido á ser su jefe.

*El Doctor.* Y eso prueba, amigo Carlos,  
Clara y terminantemente  
Que es un hombre de valor,  
Y que alma de sobra tiene  
Para habérselas con todos  
Por astucia ó frente á frente.

*Carlos.* Y prueba que es un bandido  
Que su fortuna merece,  
Y que quien asirle pueda  
Hace un servicio eminente  
A su patria : y si yo mismo...

*El Doctor.* Señor guapo, no lo deje  
Por tan poco; en este instante  
Buena ocasion se le ofrece  
Para el caso : él no está lejos;  
Con que por el monte trepe,  
Seguro en él de encontrarle,  
Y si es hombre, de cogerle.

*Carlos.* Y ya se ve que lo fuera,  
Seor galano.

*El Doctor.* Seor imberbe,  
No hace cuatro horas aún  
Que estuvo cerca, y, ó mienten  
Las señas de los paisanos,  
O ese sendero de enfrente  
Tomó, pasando delante  
De vuestra puerta.

*D. Lucas á Beatriz.* ¿Qué tienes,  
Beatriz? te has descolorido,  
Trémula estás...

*El Doctor (levantándose y yendo hácia  
Beatriz y pulsándola).* ¿Qué sucede?  
A ver, á ver, en efecto  
Es un vapor.

*D. Lucas.* ¿Ven ustedes  
Lo que hacen con sus disputas  
Y sus historias imbéciles  
De desafíos y cárceles  
Y de bandidos y duendes?

*El Doctor.* Don Lucas, teneis razon.  
Bah, Beatriz, no te alteres  
De oír que ha pasado cerca  
Ese bandido.

*D. Lucas.* Y ya vuelve.

*El Doctor.* Es un hombre como todos,  
Y aunque prendas no le duelen  
Cuando juega en contra de hombres,  
No es así con las mugeres,  
Que es muy gallardo y buen mozo.  
Un vaso de agua traedme  
Con un poco de vinagre :  
Esto no es nada : ea, bebe.  
No tiene nada de extraño,  
Todavía está muy débil.

*D. Lucas.* Juana, Ramon, luz al cuarto  
De la niña y que se acueste.

*El Doctor.* No es preciso.

*D. Lucas.* ¡Pobrecita!  
¿Va mejor? ¿cómo te sientes?  
*Beatriz.* Ya se me ha pasado, padre;  
Fué un vahido solamente.

#### IV.

¿Es cierto? ¿y aquel hombre que sentado  
Con Beatriz estuvo fué el bandido?  
¿Es á quien tanto Carlos ha ultrajado  
Y á quien tanto el doctor ha defendido?

Infame desertor de sus banderas,  
Jugador, libertino y pendenciero,  
Lleva sobre él las leyes mas severas...  
Y parece no obstante un caballero.

Es buen mozo y galan con las mugeres  
Segun dice el doctor, y en desafíos  
Siempre triunfante; en varios pareceres  
Puede andar su virtud, mas no sus brios.

Quiérenle sus soldados, le respetan  
Los mismos que condenan sus extrañas  
Proezas : los bandidos se sujetan  
A obedecer su voz en las montañas.

Valiente en el ejército, valiente  
Ante el severo juez que le condena  
Mira el peligro con serena frente,  
Y aguarda el porvenir con faz serena

Mas si un dia, Beatriz, os veis acaso  
 En un trance fatal, pedidme ayuda;  
 Si un hombre os puede echar de este mal pa-  
 No faltará jamás quien os acuda. [so

Tal oferta á Beatriz hizo partiendo  
 Por el sendero que á los montes guía,  
 Si su suerte se cambia prometiendo  
 Volver ante sus ojos algun dia.

Su semblante no vió con el embozo  
 Beatriz, ¿mas qué importa su semblante,  
 Si ya la inclina hácia el gallardo mozo  
 Su oferta liberal y su talante?

No fuérais al convento la previene  
 A poder yo estorbarlo: y el convento  
 Así sin fuerzas ni salud la tiene,  
 Y es á él volverla de su padre intento.

Luego el único sér que la es extraño,  
 El solo que la dan por enemigo,  
 El solo es que se duele de su daño,  
 Y se la ofrece valedor y amigo.

¿Y qué estrella fatal ponerla pudo  
 Al claustro destinada aun no nacida?  
 ¿Tiene ella un corazon seco y desnudo  
 De afecciones al mundo y á la vida?

Tal en su lecho Beatriz pensaba  
 Y en tales reflexiones se perdia,  
 Y mas la idea del convento odiaba  
 Cuanto el tornar á él mas cerca via.

Y en estos pensamientos  
 Su espíritu embebido,  
 Cayó del sueño en brazos  
 La triste Beatriz:  
 Y entre sus negras sombras  
 La sombra del bandido  
 Se muestra, de ventura  
 Cual precursor feliz.

Los pálidos fantasmas  
 De sus penosos sueños,  
 Que en pesadilla odiosa  
 La asaltan en tropel,  
 Le tornan en alegres  
 Espiritus risueños,  
 Que giran y que bullen  
 En derredor de aquel.

No alcanza su semblante  
 Por bajo del embozo,  
 Mas sus brillantes ojos  
 Sobre el embozo ve,  
 Y al fuego de sus rayos,  
 Henchido de alborozo,

El corazon la late  
 Cobrando nueva fé.

La oferta generosa  
 Que con osado aliento  
 La hizo al despedirse,  
 Su acento varonil  
 Resuena en sus oidos  
 Como de manso viento  
 El plácido murmullo  
 En el pintado abril.

Ya en sueños imagina  
 Que espuesta en el desierto,  
 Y abandonada y triste,  
 Y descarriada va,  
 Y en el lejano monte  
 Por el camino incierto  
 La sombra bienhechora  
 Para guiarla está.

Ya sueña que á la orilla  
 De rápido torrente  
 La tienen los bandidos  
 Para arrojarla en él,  
 Y en medio de la turba  
 Parece de repente,  
 Y tórnanse las peñas  
 Magnífico vergel.

Y ¡ay triste de la hermosa  
 Que en los delirios fia  
 De sueños que embelesan  
 Su mente juvenil!  
 De su soñado cielo  
 La arrojan algun dia  
 En el hediondo cieno  
 Del apetito vil.

¡Ay triste de la niña  
 Que confiada adora  
 El idolo que crea  
 Su ardiente corazon!  
 El frio desengaño  
 Bajo su templo mora,  
 Y seca con su soplo  
 La bella creacion.

Amor entra en su alma  
 Como galan rendido,  
 Un porvenir mintiendo  
 Pacifico y feliz;  
 Mas de ella apoderado  
 Se torna en un bandido...  
 ¡Ay! ciérrale tu alma  
 ¡Oh hermosa Beatriz!

Un vago pensamiento  
 Que sin violencia nace

En hondo sentimiento  
 Trasfórmase traidor.  
 Después deseo ardiente,  
 Si se desprecia se hace,  
 Y al fin concluye siendo  
 Desatinado amor.

## V.

El viejo Don Lucas  
 A Córdoba fué;  
 Su amigo el empírico  
 Marchóse también.  
 Don Carlos habita  
 La quinta este mes,  
 Y en ella se queda  
 Beatriz con él.

Su hermano es un hombre  
 Nacido en Jerez,  
 Que escupe torcido,  
 Que mira á través,  
 Que siempre murmura  
 De cuanto oye y ve,  
 Y mas que su hermano  
 Parece su juez.

Jamás de su parte  
 Se quiso poner,  
 Ni de su convento  
 Traspuso el dintel  
 Durante su larga  
 Dolencia cruel:  
 Dijeran que el mozo  
 Su sangre no es.

Doctor es en leyes,  
 Y lo hace tan bien  
 Que á toda la curia  
 Mantiene en un pié:  
 No hay falsa escritura  
 Ni falso poder  
 Para él que legales  
 Razones no dé.

El mas escribano  
 De cuantos se ven,  
 Que saben un pleito  
 De un átomo hacer,  
 Con él siempre en falso  
 Asienta los piés!...  
 Que no hay quien alcance  
 Su maña y doblez.

Doctor es en leyes,  
 ¡Mas por san Ginés!  
 Que nunca con nadie  
 Guardó buena ley.

Calcule el discreto  
 Cuán feliz va á ser  
 Su cándida hermana  
 Con este lebel.

No su hermano,  
 Su tirano  
 Solo es;  
 Un espectro que la espanta,  
 Y dó quiera se levanta  
 Donde va á fijar los piés.

En su espía  
 Trasformado,  
 Noche y día  
 Va á su lado,  
 No la deja  
 Por dó quier.  
 No respira,  
 No oye ó mira,  
 Nada intenta  
 Que él no sienta,  
 Que él no logre  
 Oír y ver.

¿Qué hace en tanto  
 Beatriz?  
 Sufre y calla.  
 Con su espíritu  
 Batalla,  
 Y en su llanto  
 Melancólico  
 Se ve bien que no es feliz.

¿Qué hay oculto  
 Que atormente  
 Su alma cándida  
 Inocente?  
 ¿Tal vez siente  
 Su conciencia  
 La presencia  
 De un gusano  
 Roedor?  
 ¿Es el miedo de su hermano  
 Lo que causa su dolor?  
 No: es un vago pensamiento  
 Sin contornos ni color,  
 Que en mas hondo sentimiento  
 Va cambiándose traidor.

Quiera Dios que la halague  
 Tan sutil y tentador,  
 Que tras él la niña vague  
 Hasta dar donde la trague  
 La honda sima del amor.

## VI.

En una de aquellas noches  
 Sombrías y melancólicas

En que todo en torno calla  
 Y todo en torno reposa :  
 En que tardía la luna  
 Por el horizonte asoma  
 Entre cenicientas nubes  
 Que su luz pálida entoldan,  
 Y en que á renovar convidan  
 Dulces y antiguas memorias  
 El aislamiento del alma,  
 La soledad silenciosa,  
 La tranquilidad del mundo  
 Y el misterio de las sombras;  
 Noches serenas de agosto  
 En que se vive y se goza,  
 Y de que nunca se olvidan  
 Las sabrosísimas horas ;  
 En una, pues, de estas noches  
 Mas oscura que las otras,  
 De pechos en su ventana  
 Está Beatriz absorta  
 En secretos pensamientos  
 Y consigo mismo á solas.  
 El codo en el antepecho,  
 La sien en la palma apoya  
 De una mano, y la otra mano,  
 Dejada á voluntad propia,  
 Arranca el menudo césped  
 Que en el antepecho brota  
 Con la humedad de la lluvia  
 Y en la union de las baldosas.  
 En su arrobamiento dulce,  
 Sin intencion que conozca,  
 Sin voluntad que la acuda,  
 Sin anhelo y sin zozobra,  
 Nada escuchan sus oidos,  
 En nada sus ojos posa,  
 Su corazon nada espera,  
 Solo pensar es su obra :  
 Solo en meditar se ocupa ;  
 ¿Mas en qué piensa? Lo ignora.  
 Sucédense sus ideas  
 En cadena nunca rota ;  
 Nacen unas dó otras mueren,  
 Dó las unas se evaporan  
 Las otras se patentizan  
 Mas ó menos luminosas,  
 Y sin razon ni trabajo  
 Su inquieta mente las forja  
 Cual brotan de un manantial  
 Una, diez, ciento, mil gotas.  
 Ninguna en la limpia peña  
 Se atropella ni se estorba,  
 Ninguna se precipita  
 Sin tiempo, ni se desborda ;  
 Sino que todas á un tiempo  
 El limpio arroyuelo forman,  
 Y como salen de un caño  
 Arroyo se truecan todas.

Así Beatriz medita  
 En su ventana á deshoras  
 De la noche, y así estando  
 Adormida en vaporosas  
 Infantiles ilusiones,  
 Creyó en la empinada loma,  
 Saliendo de las malezas,  
 Distinguir una persona.  
 El corazon á su vista  
 Con violencia latióla ;  
 Los ojos clavó en el bulto  
 Cuyo contorno en las lóbreas  
 Tinieblas no se distingue,  
 Mas cuyos pasos se notan  
 Poco á poco aproximándose  
 Por la vereda tortuosa.  
 Llegó por fin ; era un hombre ;  
 Y en la plazoleta angosta  
 Que de la quinta delante  
 Hace la tierra escabrosa,  
 Paróse como dudando  
 Mientra á favor de esta corta  
 Pausa pudo Beatriz  
 Examinar su persona.  
 Era de alzada estatura,  
 De presencia muy airosa,  
 Y andar resuelto y seguro :  
 Su traje casi á la moda  
 De mil setecientos quince ;  
 Gaban cuya manga angosta  
 Ciñe al brazo con gran vuelta  
 Que en la muñeca se dobla.  
 Pequeña falda y con cuerpo  
 Que á la cintura se abrocha  
 Con un corchete de acero :  
 Ancho calzon que abotona  
 Por ambos lados, y que ata  
 Por encima de la bota :  
 Larga espada, gran sombrero,  
 Y en la cinta dos pistolas,  
 Y de una vez cercenando  
 Descripciones enfadosas,  
 Facha á lo Felipe quinto  
 (Que es la edad de nuestra historia).  
 Tal es el hombre que espera  
 En la estrecha plataforma  
 Que hay delante de la quinta,  
 Y las señas que le toma  
 Beatriz, que á salvo verle  
 Desde su ventana logra  
 Aunque esta es harto elevada  
 Y la claridad muy poca.  
 Alzó él repentinamente  
 La cabeza, y retiróla  
 La muchacha, mas no anduvo  
 En retirarla tan pronta  
 Que no lo notara el hombre :  
 Y sin duda conocióla

Porque dijo con voz cauta :  
 « ¿Porqué ocultarse, señora?  
 ¿Porqué de un sincero amigo  
 Recatar la faz hermosa  
 Cuando él en su corazon  
 Tiene estampada una copia?  
 Salid, pues, á esa ventana,  
 Beatriz encantadora,  
 Que no vereis mas que un hombre  
 Que mas placer no ambiciona  
 Que el de oír el dulce acento  
 De vuestra divina boca. »

Qué es lo que pasa por ella  
 Beatriz no entiende ahora :  
 De esta repentina y franca  
 Declaracion amorosa  
 No comprende Beatriz  
 Las palabras seductoras ;  
 Lo que escucha la enloquece,  
 Lo que sospecha la azora.  
 La voz que ha oído es la misma  
 Que oyó otra noche mas próxima  
 Cuando con dulces palabras  
 Le hizo ofertas generosas.  
 Él es, el bandido, ¡cielos!  
 ¿Qué ha de hacer? pues que la nombra,  
 La ha conocido, y es fuerza  
 Que á sus palabras responda.  
 Esto pensaba la niña  
 Cuando mas recia y sonora  
 Sonó la voz del de abajo,  
 Aunque siempre respetuosa,  
 Diciendo : « Si las palabras  
 Con que os he hablado os enojan,  
 No os asomeis para darlas  
 Contestacion enojosa ;  
 Pero asomaos si os place  
 Para recibir, señora,  
 Las gracias del hospedage ;  
 O que teneis á deshonra  
 Imaginaré sinó  
 Recibirlas de mi boca. »  
 Lo cual Beatriz oyendo,  
 Groseria parecióla  
 No dar alguna respuesta  
 A quien su callar sonroja.  
 Salió, pues, á la ventana,  
 Y á no estorbarlo la sombra  
 Mostrara el rostro modesto  
 Mas rojo que una amapola.  
 Salió, mas quedóse muda,  
 Pues de puro vergonzosa  
 No atinó con las palabras  
 Para la respuesta propias.  
 Lo cual mirando el de abajo  
 De esta manera atajóla,

A la ventana acercándose  
 Para que mejor lo oiga.

Él. A mejorar mi fortuna  
 Que volveria ofrecí,  
 Mas me parece ¡ay de mí!  
 Que os es mi vuelta importuna.

Ella. Yo creo, buen caballero,  
 Que siempre causa un placer  
 Tornar un amigo á ver.

Él. Que tal me juzgueis espero.

Yo por mí puedo jurar,  
 Sin hacer ofensa á Dios,  
 Que desde parti de vos  
 No pensé mas que en tornar.

¿Y vos pensásteis en mí?

Ella. Muchas veces me acordé... (Se interrumpe.)

Él. ¿Os acordásteis? ¿de qué?

Ella (con candidez). De que estuviésteis aquí.

Él. ¿Y no os acordásteis de mas?

Ella. ¿Y de qué mas que acordara,  
 Si el embozo de la cara  
 No separásteis jamás?

Él. Teneis, Beatriz, razon,  
 Y de esta descortesia

Esta noche suponía  
 Que me otorgárais perdon.

Ella. Por mí perdonado estais :  
 Pero á fé que me alegrara  
 De haberos visto la cara.

Él. Y ¿porqué lo deseais?

Ella. Porque yo siempre he vivido  
 Como al claustro destinada,  
 Dentro del claustro encerrada  
 Y allí nunca he conocido  
 Nadie cuyo corazon  
 Fuera conmigo sincero,  
 Y habéis vos sido el primero  
 Que me ha mostrado aficion.

Él. ¿No habeis amado jamás?

Ella. A Dios y á mis padres sí,  
 Que á ninguno conocí  
 Que me interesara mas.

Él. Pues yo os juro, Beatriz,  
 Que á lograr yo interesaros  
 Y mi amor comunicaros  
 Fuera el hombre mas feliz.

Ella. ¿Con que me amais?

Él. Sí, á fé mía;

De veros desde el momento  
 No tuvo otro pensamiento  
 Ni de noche ni de dia.  
 Por veros un solo instante  
 No conociera temores  
 A los peligros mayores  
 Que encontrara por delante.

*Ella.* Callad, callad.

*Él.* Oigo ruido.

*Ella.* Van poco á poco una llave  
Volviendo.... mi hermano es ese;  
Santos del cielo, amparadme.

*Él.* Pedid solo á Dios por él  
Si es que os maltrata cobarde.

*Ella.* ¡Ay! huid, que os va á matar.

*Él.* Me conoce lo bastante  
Para tenerme respeto.

*Ella.* No. Idos.

*Él.* Voime, si os place.

Hizolo así el misterioso  
Galan, lijero alejándose  
Como un gamo, y se perdió  
Por entre los matorrales.  
Mas trémula é insegura  
Que las hojas de los árboles  
Quedó en la reja Beatriz  
Sin atreverse á quitarse.  
Abrió á muy poco la puerta  
Su hermano y á todas partes  
Mirando y viendo á su hermana,  
Díjola airado: « ¿Qué haces?  
— Nada, » turbada repuso.

*Carlos.* ¿Con quién hablabas?

*Beatriz.* Con nadie.

*Carlos.* Pues jurara que oí voces.

*Beatriz.* Sería el rumor de el aire.

Tosió Carlos, y entre dientes  
Murmurando airada frase  
Que ella no oyó, dijo recio:  
« Ea, á cerrar y á acostarse.  
Cerró Beatriz las maderas,  
Mas al postigo quedándose,  
Vió tomar el sandero  
Que el torastero tomó antes.  
Siguiéronle con afán  
Sus ojos, mas un instante  
Bastó á que se le ocultaran  
Los espesos matorrales.

## SEGUNDA PARTE.

### VII.

Después de mas de una hora  
De muy zozobrosa espera,  
Los ojos de Beatriz  
Alcanzaron, de la espesa  
Sombra del monte saliendo,  
Y avanzando por la senda,  
Dos bultos que mas se aclaran  
Como á la quinta se acercan.  
Conforme fueron llegando,  
Fué su mano dando vuelta

Al postigo por dó mira,  
Y cuando ellos á la puerta  
Se pararon de la quinta,  
Oculta en la sombra ella,  
Ve y oye de la ventana  
Por una rendija estrecha.  
Su hermano y el otro son;  
Y entrambos con voz resuelta  
Exige el uno, y el otro  
Resiste, desoye y niega:

*El Bandido.* Carlos, piensa lo que haces.  
*Carlos.* De mas lo he pensado.

*El Bandido.* Piensa

Que son ciertas mis palabras  
Y seguras mis promesas.  
Yo tengo en la corte amigos,  
Y uno á cuya voz primera  
El rey ha de dar por buenos  
Mis delitos y proezas.  
Héle salvado dos veces  
La vida en liza sangrienta,  
Recibiendo una lanzada  
Que me hizo quedar en tierra,  
Y á él estaba dirigida;  
Y en el punto en que yo quiera  
En nombre de aquella lanza  
Valerme de sus ofertas,  
Todo ha de ser olvidado,  
Todo, ¿lo entendéis?

*Carlos.* Muy buenas

Serian tus esperanzas  
Como realizables fueran.

*E. Bandido.* Pues bien, hay mas todavía:  
Toda la provincia entera  
De mis asaltos nocturnos  
Con ira y pavor se acuerda;  
Los comerciantes mas ricos  
Aun inútilmente esperan  
Cantidades que en sus cajas  
Como déficit se cuentan.

*Carlos.* ¡Tú propio de ello te alabas!

*El Bandido.* Escúchame y ten paciencia.

Yo nací rico, lo sabes;  
Los juegos y las pendencias  
En fiestas y en medicinas  
Sorbieron toda mi hacienda.  
Soldado fuí, y honra tuve;  
Si una palabra en mi ofensa  
Del rey abajo me dijo  
Alguien, le arranqué la lengua.  
Me desterraron y hui;  
Mas me agobió la miseria,  
Y tolerarla no puede  
Quien no nació para ella.  
Acógime á las montañas,  
Juntéme con gente fiera  
De la sociedad lanzada

Por sus costumbres perversas.  
 La educacion y el valor  
 Diéronme ventaja inmensa  
 Sobre estas hordas salvages,  
 Y bien con maña ó con fuerza  
 Hoy á mi voz obedecen  
 Y me veo á su cabeza.  
 No se ha dado golpe en vago;  
 Inmensurables riquezas  
 Han venido á mi poder,  
 Mas ¿sabes lo que hice de ellas?  
 Con el oro que yo robo  
 Otra persona comercia,  
 Paga y mantiene mi gente,  
 Y con secreto almacena  
 Todas las prendas robadas  
 Anotando nombre y señas  
 De sus dueños, á quien deben  
 Volver cuando me convenga.  
 Yo no supe vivir pobre,  
 ¿Quién fiarme una peseta  
 Sabiendo quien soy quierria?  
 Y en situacion tan estrema  
 Lo que de grado no hallara  
 Pensé en hallarlo por fuerza.  
 Todo el mundo me prestó  
 Lo que en verdad no quisiera,  
 Y á todo el mundo le debo  
 Por mi valor mi riqueza.  
 Ahora bien, Carlos, respóndeme.  
 Yo estoy pronto á dar mis cuentas  
 Y á volver el capital  
 Con que he rehecho mi hacienda :  
 El rey me ofrece un indulto,  
 Y gracia de una bandera  
 Si al servicio de las armas  
 Quiero volverme... Contesta,  
 Todo en gracia ha de caer  
 En obsequio á la manera  
 Con que ha sido hecho, ¿tu hermana  
 Podrá entonces ser la prenda  
 De la dicha que me alcance?  
*Carlos.* Nunca.  
*El Bandido.* Carlos, mira y piensa  
 Que en ello va mi fortuna  
 Y aun mi virtud venidera.  
*Carlos.* Nunca.  
*El Bandido.* Veo, miserable,  
 Tu mezquindad manifesta;  
 Veo que aun no has olvidado  
 La bailarina francesa.  
*Carlos.* Ni la olvidaré jamás.  
*El Bandido.* Tienes el alma mas negra  
 Que la crin de mi caballo  
 Si la memoria conservas.  
 Ella eligió entre los dos.  
*Carlos.* Lo sé.  
*El Bandido.* ¿De qué pues te quejas?

*Carlos.* Basta, César; buenas noches.  
*El Bandido.* Atiende, Carlos, espera.  
*Carlos.* Es inútil cuanto digas.  
 Ya has oido mi respuesta  
 Y ni olvido ni perdono.  
*El Bandido.* Entonces, Carlos, recuerda  
 Que te fié mis secretos  
 Y guardarlos me interesa.  
 No abuses de ellos.  
*Carlos.* Haré  
 Lo que mejor me convenga.  
*El Bandido.* Mas al mirar tu interés  
 Ve tambien mi conveniencia,  
 Porque uno con otro al cabo  
 Tendremos que arreglar cuentas,  
 Y ¡ay del que alcanzando quede!  
*Carlos.* A sí cada cual atienda.  
*El Bandido.* A sí cada cual... comprendo  
 Tus miserables ideas,  
 La inmensurable avaricia  
 Que tu alma mezquina alberga.  
 No es el voto de tu madre  
 Lo que al monasterio lleva  
 A Beatriz, de Don Lucas  
 No es, no, la invencible y terca  
 Preocupacion; tú solo  
 Viva en el claustro la entierras.  
 Tú, solo tú, que en el oro  
 El móvil de tu existencia  
 Tienes puesto : sí; tú, Carlos,  
 Que apetece sus haciendas,  
 Y para unir las en tí  
 Las intrigas no escaseas  
 Ni escrupulizas los medios.  
 Mas vive, Carlos, alerta.  
*Carlos.* Y alerta tú, miserable,  
 Vive tambien, porque llega  
 El dia de la justicia.  
*El Bandido.* Ten, Carlos, la torpe lengua,  
 Que si llega el de la tuya  
 Y es de Dios justicia recta  
 No sé yo cual de los dos  
 Llevará peor sentencia.  
*Carlos.* Sin apelar á ese fallo  
 Jueces hay sobre la tierra.  
*El Bandido (con desprecio).* Jueces  
 hechos de abogados  
 Como tú, que se reservan  
 La justicia para sí,  
 Y para el próximo piedras.  
*Carlos.* Sea por fin como fuere,  
 No ahondemos mas la materia,  
 Y que piense cada cual  
 Como mejor le parezca.  
 Y acabando de una vez,  
 Sea el motivo cual sea,  
 Ya mi sórdida avaricia,  
 Ya la maternal promesa,

Ha de ser monja mi hermana  
O cuanto valgo me cuesta.

*El Bandido.* Pues si estimas una vez acabando,  
Carlos, fuere la que quiera  
Mi razon, ya el odio á ti  
O mi amor para con ella,  
Tu hermana no será monja  
O me cuesta la cabeza.

*Carlos.* Pues si estimas un aviso  
Y en los hombros te interesa  
Conservarla, desde ahora  
Por esta quinta no vuelvas.

*El Bandido.* Sea, Carlos, como quieres,  
Y si es que la tuya aprecias,  
No habites mucho esta quinta,  
Que es muy fragosa la sierra,  
Y al bajar alguna vez  
Por resbaladiza senda  
Puedes tropezar y hacerte  
Pedazos entre las peñas.

*Carlos.* Conozco el piso.

*El Bandido.* No fies.

Y á Dios, Carlos.

*Carlos.* A Dios, César.

Echó César por el monte,  
Atrancó Carlos su puerta,  
Cerró Beatriz el postigo,  
Y quedó muda la escena.

## VIII.

Todo lo oyó Beatriz : todo lo sabe,  
Y en lágrimas deshecha  
Lo irrevocable de su mal sospecha,  
Concibe al fin lo que en su hermano cabe.  
Ve su avaricia y la fatal venganza  
Que en César tomará, su amor primero  
No olvidando jamás, con la esperanza  
De á su hermana perder y al bandolero.  
Todo lo sabe, sí ; que en noble cuna  
Arrullado el bandido,  
De enemiga fortuna,  
Vejado y perseguido,  
Sus bienes y sus grados ha perdido,  
Sus virtudes tal vez una por una ;  
Mas no, ¡ por Dios ! que noble todavía,  
De una pasión purísima instigado  
Recuerda con honor que fué soldado,  
Recuerda su valor y su hidalguía ;  
Y los medios buscando, á la carrera  
Volver intenta de la edad primera.  
Él se batió animoso  
Por su patria y su rey : íntima, franca  
Conserva con un noble poderoso  
Ilesa su amistad, y esta le arranca  
Del deshonor en que olvidado vive  
Si damite sus propuestas,

Y por viejo favor, favor recibe.  
La larga cicatriz de la lanzada  
Por aquel recibida,  
Al noble impone obligacion sagrada  
De pagarle la vida con la vida ;  
Y á su honor tornará y á su grandeza,  
Y las fieras hazañas  
De que el héroe fuera en las montañas,  
Miradas á través de su nobleza,  
Y á través de su ingenio y del indulto,  
Ya no serán por crímenes tenidos  
Sino por hechos de gigante bulto,  
Y tornará al ejército si quiere,  
Y tornará á la corte,  
O vivirá feliz si le pluguiere  
En el lugar donde morar quisiere  
Con elegida y cándida consorte.

Así pensaba á solas en su lecho  
La hermosa Beatriz, y así crecía  
El escondido amor que está en su pecho,  
Aumentando ó calmando su agonía.  
Y las dulces palabras del bandido,  
Y de su voz el mágico sonido,  
Y la bizarra y varonil figura  
De aquel gallardo rey de la espesura,  
Y la grata memoria  
De su variada y novelesca historia,  
De sus juegos antiguos y amorios,  
Apuestas, desafíos,  
Y otros lances mas serios  
Velados en recónditos misterios,  
Todo á su mente vivo se presenta,  
Y todo ello acrecienta  
La oculta simpatía  
Que ya por él sentía  
Desde la noche que á la quinta vino  
Por los montes huyendo del destino.  
Y todo esto que atiza  
El fuego de un amor que aun no concibe  
El objeto á sus ojos diviniza  
Que á su pesar en su memoria vive.  
Y con su imágen sueña,  
Y en delirio amoroso  
Como espíritu errante y luminoso  
La contempla vagar de Peña en Peña,  
Un porvenir mintiéndola dichoso.  
« Ven, la dice tendiéndola los brazos  
El fantasma hechicero,  
Ven ; las torpes cadenas haz pedazos  
Del tirano poder que te sujeta,  
Y en brazos del perdido bandolero  
Encontrarás la libertad completa. »  
Y sueña que la toma  
La amiga aparición sobre sus alas,  
Y va de loma en loma,  
Y va de cumbre en cumbre  
A la pálida lumbre

De luna vaporosa  
 Viendo la creacion maravillosa ;  
 Y descubriendo en los hendidos cascos  
 De los rudos y altísimos peñascos  
 Los frescos manantiales trasparentes  
 Que lanzan por las peñas sus vertientes,  
 Y en los valles frondosos  
 Tornados en arroyos caudalosos,  
 O en fuentes cristalinas,  
 Fecundan florecillas peregrinas  
 Y espesas arboledas  
 De estendidos pinares y alamedas.  
 Y en medio del espacio la parece,  
 Dó el aire se refresca y se enrarece.  
 Que alcanza de esmeraldas y topacios,  
 Pagodas y palacios ;  
 Y las nubes con mágicos celajes  
 Figuran sutilísimos encajes,  
 Ejércitos de sombras caprichosas,  
 Ya fieras ya graciosas,  
 Que cruzan en diversos pelotones  
 Del aire azul las cóncavas regiones.  
 Todo esto enamorada  
 Sueña tal vez, llevada  
 En brazos de la sombra que la hechiza,  
 De la bella vision que diviniza.  
 Mas, ¡ay! que allá á lo lejos  
 De un astro ensangrentado á los reflejos  
 En nubarron de cárdenos colores,  
 Preñado de vapores,  
 De su camino en la mitad se lanza  
 El pálido fantasma de su hermano,  
 Y rompe sus delirios de esperanza  
 Con enemiga é iracunda mano,  
 Y agitada despierta  
 De la efectiva realidad incierta.  
 ¡Ay triste... triste Beatriz que adora  
 Un delirio no mas! ¡cuántos dolores  
 Te va á traer la venidera aurora  
 Tras esos pensamientos seductores !  
 ¡Ay pobre Beatriz! suspira y llora.

¿Qué hace entretanto Carlos?  
 ¿Sueña tambien exaltacion futura?  
 ¿Tendrá al fin que dejarlos  
 Realizar sus amores, su ventura?  
 ¿Cederá del bandido  
 Al genio emprendedor? ¿Teme su enojo?  
 Témele, si; mas corazon torcido,  
 Pérfida hipocresía  
 A oponer va á su arrojo,  
 Y en su destreza y sus amaños fia.  
 Cerrado en su aposento,  
 Cuando aun apenas amanece el dia,  
 En planta pone su traidor intento :  
 Y á la sed de venganza que le agita  
 El corazon cobarde le paipita.

En sus labios que el miedo descolora  
 Brilla sonrisa atroz; honda revelan  
 Sus pardos ojos intencion traidora,  
 Y las miradas de sus ojos hielan.  
 Difícilmente toma  
 La desigual respiracion, y el pecho  
 Que corroe del crimen la carcoma,  
 Presta al aire sutil ámbito estrecho.  
 Y le tiembla la mano  
 Mientras guía la pluma  
 Con que el intento que emprendió villano  
 En billete fatal traza y consuma.  
 Dos veces le leyó despues de escrito,  
 Dos veces le dejó sobre la mesa,  
 Hasta que halló que en el papel maldito  
 Su voluntad con su dición espresa.  
 Otra vez todavía  
 Le repasó al cerrarle,  
 Y á cada doble que al papel hacia  
 Aun tornaba un momento á repararle.  
 Cerró el billete al fin, púsole oblea,  
 Y á un jayan despertando  
 Que en cercano aposento está roncando  
 Y en quien peligro no hay de que lo lea,  
 « Toma, le dijo : ¡á Córdoba volando!  
 Lleva á mi padre ese papel al punto :  
 Y cuenta con que abrevies el camino,  
 Que si en horas no llega á su destino  
 Y no logro mi afan, eres difunto. »  
 Partió el jayan, y decidido fuese  
 A obedecer sumiso,  
 Mas que al jaco que monta harto le pese  
 El trotar cuesta abajo y por mal piso.  
 Desde la alta ventana á que se asoma  
 Vió Carlos doblar la enhiesta loma,  
 Un « Dios con bien te lleve » murmurando  
 Y un segundo billete comenzando.  
 Mas breve y mas conciso que el primero  
 Fue aquel, y con mas prisa concluido,  
 Aunque con mas cuidado conducido,  
 A manos del bizarro bandolero.  
 Un ladino mancebo, toscó astuto,  
 Largo en malicia si de porte bruto,  
 Se encargó del mensaje,  
 Preparando con tiento en su memoria  
 Una fingida historia  
 Del término y motivo de su viaje.  
 Cuyas dos cosas juntas,  
 Carisimo lector, como que tienen  
 De misterio sus puntas,  
 Al caso en este número no vienen ;  
 Y á mas siendo (á mi juicio) mas perfectos  
 Los relatos y escritos  
 Dó las causas se ven por los efectos,  
 Porque escusan prefacios infinitos,  
 Informarte prefiero, y se me antoja  
 A vuelta de esta hoja  
 De lo que sucedió con los billetes,

Y á ello es fuerza, lector, que te sujetes  
Aunque la relacion quede algo coja.

## IX.

En la noche de aquel dia,  
Noche negra y melancólica  
En que todo en torno calla  
Y todo en torno reposa:  
En que tardía la luna  
Por el horizonte asoma  
Entre escuientas nubes  
Que su luz pálida entoldan,  
Y en que á renovar convidan  
Dulces y antiguas memorias,  
El aislamiento del alma,  
La soledad silenciosa,  
La tranquilidad del mundo  
Y el misterio de las sombras,  
De pechos en su ventana  
Está Beatriz absorta  
En secretos pensamientos  
Y consigo misma á solas.  
El codo en el antepecho,  
La sien en la palma apoya  
De una mano, y la otra mano,  
Dejada á voluntad propia,  
Arranca el húmedo césped  
Que en el antepecho brota  
Con la humedad de la lluvia  
Y en la union de las baldosas.  
Mas no cual la noche última  
Hoy en lo que piensa ignora;  
No se elevan sus ideas  
En cadena nunca rota,  
Naciendo unas dó otras mueren,  
Y donde unas se evaporan  
Las otras patentizándose  
Mas ó menos luminosas  
Cual brotan de un manantial  
Una, diez, ciento, mil gotas;  
No, que esta noche bien sabe  
Lo que piensa y lo que llora.  
Todo el dia en su aposento  
Se estuvo encerrada y sola  
Prestando una dolencia,  
Mas de su hermano la cólera  
Temiendo y las invectivas;  
Y Carlos, que al plan que forja  
Mucho su ausencia conviene  
Para que no lo conozca,  
Prestando al par negocios,  
Pasó la jornada toda  
Encerrado en su aposento,  
Devorando su zozobra.  
Así todo el dia tuvo  
Libre Beatriz, y en penosas  
Reflexiones malgastándola,

Hasta que la noche lóbrega  
Por la enmarañada sierra  
Tendió su manto de sombras  
Y ella salió á la ventana.  
Zumbaba en las ramas sorda  
La voz del viento, doblando  
Y estremeciendo las hojas,  
Y los picos de las peñas  
A lo lejos, y las copas  
De los árboles fingian  
Mil visiones espantosas;  
Enormes masas sin luz  
En cuyas enormes formas  
La imaginacion mil fieras  
Apariciones coloca.  
De este nocturno paisaje  
La relacion misteriosa  
Con sus ideas contempla,  
Y no tan encantadora  
La sonrie su esperanza  
Cual pensó la noche próxima;  
Y el mar de su porvenir  
Mas recio viento alborota.  
Las palabras de su hermano,  
La resolucion briosas  
Del bandido, guerra abierta  
Entre ambos a dos denotan.  
Ofensas hay de por medio  
Que su hermano no perdona,  
Secretos hay que el bandido  
Defenderá á toda costa.  
Monja ha de ser (dijo Carlos)  
Aunque cuanto valgo esponja  
Si va mi cabeza (dijo  
El otro) no será monja.  
Nada la dijo su hermano  
En palabras injuriosas,  
En denuestos ó amenazas;  
Aun no ha espesado su cólera,  
Ni aun se ha puesto ante su vista,  
Lo que prueba que recóndita  
Lleva la hiel preparada  
De una venganza traidora.  
Así Beatriz medita  
En su ventana á deshoras  
De la noche, y así estando  
Cercada de pavorosas  
Aunque fundadas visiones  
Creyó en la empinada loma,  
Saliendo de las malezas,  
Distinguir una persona.  
El corazon á su vista  
Con violencia latióla;  
Los ojos clavó el embulto  
Cuyo contorno en las lóbregas  
Tinieblas no se distingue,  
Mas cuyos pasos se notan,  
Poco á poco aproximándose

Por la vereda tortuosa.  
Llegó por fin; era un hombre;  
Y en la plazoleta angosta  
Que delante de la quinta  
Deja la tierra escabrosa,  
Paróse como dudando;  
Al verle, la sangre toda  
De Beatriz, aterrada,  
Al corazon se la agolpa.

*El Bandido.* Me esperábais.

*Beatriz.* No por cierto,

Y la Virgen piadosa  
Me olvide si esta venida  
No es un gran pesar ahora.

*El Bandido.* ¿Cómo pesar? ¿y la carta?

*Beatriz.* ¡Carta!

*El Bandido.* Espresiva, amorosa,  
Aunque indicando temores  
Y augurándome zozobras.  
Leal vuestro mensajero  
Me la entregó en mano propia,  
Señalando el mismo sitio  
Que anoche y la misma hora.

*Beatriz.* Mirad que yo no os entiendo.

*El Bandido* (*mirando en derredor*).

(Habrá moros en la costa  
Y disimula por eso.)

*Beatriz.* Vuestra merced se equivoca,  
Yo no escribí carta alguna.

*El Bandido.* Aunque no entiendo, señora,  
El empeño de negármelo  
Cuando son justas congojas  
Las que la oculta venganza  
De Carlos os ocasionan,  
Decid qué queréis de mí.  
¿Qué es lo que os place que ponga  
Contra sus pérfidos planes  
Si con maña artificiosa  
Le contrarreste, ó la fuerza  
Con la fuerza corresponda?  
Vuestro esclavo soy, y el serlo  
Tengo á suerte tan dichosa  
Que nada puede arrebarmé  
Por la que mi alma adora.  
Conozco de vuestro hermano  
La condicion ambiciosa,  
Y la suerte que os aguarda  
Si sus intenciones logra.  
Si la fortuna le ayuda,  
Libertad y hacienda os roba,  
Pues vuestro encierro y clausura  
Sus negros proyectos colma.

Iba á contestar Beatriz  
A ofertas tan generosas  
Agradecidas palabras,  
Cuando á las aterradoras  
Voces de ¡asirle! ¡matarle!

Como aparecidas sombras  
Por la puerta de la quinta  
Salieron varias personas  
Con arcabuces y sables,  
Con puñales y pistolas.  
« ¡Ese es! ¡ese es! » exclamó  
Don Carlos con voces roncadas,  
Y se le echaron encima  
Con voracidad rabiosa.  
Hizose atrás el bandido  
Empuñando su tizona,  
Y lanzando un grito agudo  
Que vibró largo en la atmósfera.  
El eco en largo gemido  
Lo llevó de roca en roca  
De las ásperas montañas  
Por las soledades cóncavas,  
Y al punto entre los peñascos  
Esta señal poderosa  
Hizo brotar seis bandidos  
Que de distancia harto corta  
Hicieron una descarga  
Oportuna y peligrosa.  
Cayó Beatriz sin sentido,  
Sin que humano sér la acorra,  
Y trabóse en la maleza  
Liza sangrienta y dudosa.  
Iba á la par por momentos  
Aumentándose la tropa  
Que por instancias de Carlos  
Iba llegando de Córdoba,  
Y creciendo su cuadrilla  
Como en las grutas mas hondas  
Se internaban los bandidos  
Con precaucion previsora.  
Oíase entre el tumulto  
La voz recia y vigorosa  
De los jefes que mandaban,  
Y la voz aterradora  
De los que heridos gemían  
Con las postreras congojas.  
Mas se retraen los bandidos  
Que la peor parte logran,  
Y los soldados avanzan  
Aunque en marcha cautelosa.  
De mata en mata, de árbol  
En árbol, de roca en roca,  
Ganan los unos la tierra  
Que los otros abandonan;  
Y así seguían trepando  
Por las cuevas montañosas,  
Cuando cesó de repente  
La liza tumultuosa.  
Como obedece á un conjuro  
Turba de duendes diabólica,  
Cual desaparecen al soplo  
De un torbellino las hojas,  
Cual leve monton de espuma

Que se sume entre las ondas,  
 Hundieronse los bandidos  
 Entre la espesura lóbrega.  
 Hicieron alto los otros  
 Temiendo emboscada próxima,  
 Comentariando las causas  
 De tan estraña manioobra.  
 Dueños del campo se quedan,  
 Mas parece su victoria  
 Mas que triunfo vencimiento,  
 Pues nadie traspasar osa  
 A la otra parte del monte,  
 Ni nadie la suerte próspera  
 Con voz alegre celebra  
 De las armas vencedoras.  
 Volviéronse recelosos  
 Por las gargantas tortuosas  
 De la montaña á la quinta;  
 Y antes de apuntar la aurora,  
 Sin atreverse á seguir  
 Del bandido la derrota,  
 Con dos ó tres prisioneros  
 Se tornaron para Córdoba.  
 Y en vano los tribunales  
 A los presos interrogan,  
 Fieles á su capitán  
 Van en silencio á la horca.

## X.

En rápida barquilla  
 De flores coronada,  
 Las cristalinas ondas  
 Surcamos al nacer,  
 Y el ánima inocente  
 Navega confiada  
 En cándida ignorancia  
 Sin riesgos que temer.

¡Ay! ¡es tan bello entonces  
 El mar! ¡tan engañoso  
 Sus limpias aguas dora  
 Reverberando el sol!  
 ¿Quién no se augura entonces  
 Un día tan dichoso,  
 Cual bello es su tranquilo  
 Y espléndido arrebol!

Mas ¡ay! ¡cual son del hombre  
 Los vanos pensamientos,  
 Los planes de ventura,  
 De dicha y ambicion!  
 Eternamente mira  
 Fallidos sus intentos,  
 Y solo alcanza sombras  
 Su pobre corazón.

Borrascas de la vida  
 Las sórdidas pasiones

De la ventura humana  
 Se lanzan sobre el mar.  
 Del porvenir el faro  
 Espesos nubarrones  
 Sorben, y va la nave  
 Sin rumbo y al azar.

¿Quién guía su barquilla  
 Perdida y maltratada  
 Por las tinieblas densas  
 De la tormenta atroz?  
 ¿A qué remota orilla  
 Podrá desconsolada  
 Llegar del marinero  
 La moribunda voz?

Los vientos arrebatan  
 Sus lúgubres lamentos,  
 Mas no para que lleguen  
 A oídos de piedad;  
 Los llevan para ahogarlos  
 En medio de los vientos,  
 Para aumentar con ellos  
 La horrenda tempestad.

Todo en redor es noche;  
 En vano el ojo anhela  
 La luz hallar lejana  
 De un astro tutelar;  
 Tinieblas ve tan solo;  
 Ni un astro, ni una vela  
 Por el nublado cielo,  
 Por el furioso mar.

¿Adonde está, hácia dónde  
 La abandonada orilla?  
 ¿Adonde la esperanza  
 Que nos lanzó á salir  
 De la segura playa?  
 ¡Ay misera barquilla,  
 Ya Dios tan solo sabe  
 Cual es tu porvenir!

¡Tal es de las pasiones  
 El lóbrego misterio!  
 ¡El mar desconocido  
 De nuestra suerte tal!  
 Amor nos lleva á ciegas  
 Por su escabroso imperio,  
 Llamando paraíso  
 Lo que es un arenal.

Así camina á ciegas  
 La niña enamorada,  
 Así Beatriz navega  
 El mar de su pasión,  
 Batida de los vientos,  
 De escollos circundada,  
 En su barquilla frágil  
 Sin vela y sin timón.

Las viles asechanzas  
De su ambicioso hermano  
La minan su ventura,  
La acechan por dó quier.  
¿Qué hará, mansa paloma  
En garras del milano?  
¿Contra el injusto mundo  
Qué hará débil muger?

Un voto (que hizo al cabo  
Supersticion impia)  
A odiosa la condena  
Y eterna reclusion...  
Cuando ella enamorada  
Lamenta noche y día  
El ídolo perdido  
Que adora el corazon.

¿Qué ha sido de Don César?  
¿Quién fué, ¡contrario infame!  
De la nocturna cita  
El miserable autor?  
En vano es que le busque,  
En vano que le llame,  
Acaso las montañas  
Son tumba de su amor.

¡Terrible fué el combate!  
Tremendo era el ruido  
Que por las huecas peñas  
Crujía sin cesar :  
De las descargas recias  
El cóncavo estampido  
No puede de su mente  
Ni oídos desechar.

¡Ay! vió los prisioneros;  
Ha visto los heridos;  
Mil veces de la lucha  
Oyó la relacion;  
No dan los vencedores,  
No tienen los vencidos  
Noticias del que adora.  
Su triste corazon.

Las noches pasa enteras  
Velando en su ventana,  
Los ojos en la selva  
Por si le ve llegar;  
Y acláranse las sombras,  
Y apunta la mañana,  
Y á quien aguarda ansiosa  
No llega á su pesar.

Si la ama cuando sabe  
Que abandonada queda,  
Cuando su amor oculto  
Tal vez le confesó,  
¿Será que desprenderse  
De sus promesas pueda?

¿Será que solo quiso  
Escarmentarla? ah, no.

Que oyó las decididas  
Palabras generosas  
Que dirigió á Don Carlos  
De su ventana al pié.  
Cuando dejar ansiando  
Sus cuevas montañosas,  
Pidió su mano en prenda  
De su futura fé.

Y así camina á ciegas  
La niña enamorada,  
Así Beatriz navega  
El mal de su pasion,  
Batida de los vientos,  
De escollos circundada  
Su misera barquilla  
Sin vela y sin timon.

¡Tal es de las pasiones  
El lóbrego misterio,  
El mar desconocido  
De nuestra suerte tal!  
Amor nos lleva á ciegas  
Por su escabroso imperio,  
Y llama paraíso  
Lo que es un arenal.

## XI.

Al cabo de unos dias en la estancia  
De la triste Beatriz, Carlos entró,  
Severo el gesto, pálido el semblante  
Y alegre el corazon.

Que aunque pesar, vigilia y sufrimiento  
Remeda con hipócrita exterior,  
Recóndito placer mora en su alma,  
Colmando su traicion.

Con gesto frio, con desden altivo  
Que muestra que le infunde solo horror,  
Y sin volver el rostro por no verle,  
Beatriz le recibió.

Y él en pié en la mitad del aposento,  
Ella hundida en el cóncavo sillón,  
Entre el hermano y la feliz hermana  
Tal plática cruzó.

D. Carlos. Ya ves que el tiempo se pasó,  
Y dice el doctor que ya  
Tu salud completa está.  
¿Qué hacemos en esta casa?  
Beatriz. No disimules, hermano,  
Lo que pretendes de mí,  
Que estoy hecha á ver en tí  
Mas que un amigo un tirano.

*D. Carlos.* ¡En mí, Beatriz! ¿qué razon...?

*Beatriz.* Deja esa humildad, que es vana  
Para quien de esa ventana  
Oyó una conversacion.

*D. Carlos.* ¡Qué dices!

*Beatriz.* Lo cierto digo:  
Ha de ser monja, dijiste,  
Pese á quien pese.

*D. Carlos.* ¿Lo oíste  
Tú?

*Beatriz.* Sí, por ese postigo.

*D. Carlos.* Pues bien, ya no hay disimulo,  
Pues lo oíste eso ha de ser;  
Que tú no te has de oponer  
Al santo voto calculo.

*Beatriz.* Mucho me abrieron los ojos  
Sus razones, y por eso  
Que siento en mí te confieso  
De no ir al convento antojos.

*D. Carlos.* ¿Qué es lo que hablas, Beatriz?

*Beatriz.* Joven y hermosa, á mi ver  
Me figuro que he de ser  
En el mundo mas feliz.  
Justo es consagrarse á Dios  
Con un corazon leal,  
Pero se parte muy mal  
Un corazon entre dos.

*D. Carlos.* ¡Le amas! infame.

*Beatriz.* Sí, le amo.

Desde que vi tu falsedad,  
De su amor mi voluntad  
Escuchó el dulce reclamo.  
Terrible es la tentacion  
Y en mí resistir no cabe,  
Mas Dios es benigno, y sabe  
Que hizo flaco al corazon.  
Un vértigo irresistible  
Mi mente débil trastorna,  
Y en otra muger me torna  
Un talisman invisible.  
Amparo en mi duelo imploro,  
Mas en alas del deseo  
Por todas partes le veo,  
En todas partes le adoro.

*D. Carlos.* ¡Oh vil corazon de tierra,  
Que consagrado al altar  
No quieres impio ahogar  
El amor que en tí se encierra!  
¿Sabes que el convento es  
Tu fatalidad, tu sino?  
Es el único camino  
Que te se abre ante los piés  
Cuantos mundanales lazos  
Le interpongas ¡insensata!  
Ese poder los desata,  
Sí, los hace mil pedazos.  
Corre, pues, del mundo en pos,  
Mas mira, necia muger,

Como se muestra el poder  
Y la voluntad de Dios.

Y así Carlos diciendo, unos papeles  
A Beatriz atónita entregó,  
Y al recibirlos su abrasada mano,  
Tembló y su corazon.  
Asaltóla fatal presentimiento,  
Y una ojeada veloz  
Echando á los papeles, la sentencia  
Del bandido leyó.

Preso en su fuga en ominosa cárcel  
Fué sepultado y condenado en pos,  
Y en el dia siguiente ser debía  
Puesto en manos del fiero ejecutor.

Los ojos á la fecha del impreso  
La desolada Beatriz tendió,  
Y desplomóse en tierra sin sentido.  
La fecha era tres dias anterior.

## XII.

Treinta dias despues, una mañana,  
En una estrecha celda del convento  
Donde estuvo Beatriz, agudo acento  
Sonó de una campana.  
Y á su cóncavo són estremecidas  
Dos personas que habia en su recinto  
En un suspiro lúgubre y distinto  
Dieron señal de conservar sus vidas  
Mas de una hora de silencio triste  
Dentro del aposento ambas pasaron,  
Severo el hombre y la muger llorosa:  
Mas de una hora lenta y silenciosa  
La campana esperaron.  
Una muger y un hombre  
Los que aguardaban eran;  
Ella en espeso velo  
Velar quiere su faz y desconsuelo,  
Y en consecuencia callaré su nombre.  
El hombre era un mancebo que embozado  
Sin ceremonia alguna hasta los ojos  
Mostraba los enojos  
Que tal vez le traian acuitado,  
En su inquieta mirada  
Y en su postura incómoda y forzada.  
De la campana al són él fué el primero  
Que se alzó de su silla,  
Y la faz melancólica, amarilla  
De Don Carlos mostró bajo el sombrero.  
Fijó en su compañera  
Una de sus miradas  
Confusas y taimadas,  
Entre desconfiada y altanera,  
Y con pausada voz y bronco acento

Así la dijo, y contestóle ella  
De grave reflexion tras un momento.

*D. Carlos.* ¿Con que profesas por fin?

*Beatriz.* Es la voluntad de Dios.

*D. Carlos.* ¿Y te sometes con gusto?

*Beatriz.* Con santa resignacion.

Cuanto estorbarlo pudiera  
De delante me quitó,  
Abrió bajo de mis plantas  
La senda de salvacion,  
Y el rumbo de mi destino  
Tan claramente marcó,  
Que no tuve voluntad  
Ni escusa en tal eleccion.  
Amor sentí solamente  
Por un hombre que murió,  
Y por el cual siempre hubiera  
Vaclado el corazon.  
Tal vez en este momento,  
Al elegirme un señor,  
Tornárame á él si viviera;  
Mas no es dura imposicion  
La que de este amor exige  
El destino vengador,  
Si me condena á vivir  
En silencio y oracion,  
Rogando por él al cielo  
Que mi inocencia miró.  
Y esto baste, hermano mío,  
De este asunto entre los dos;  
Olvido al umbral del claustro  
Lo que en el mundo pasó.  
Sed, pues, hermano Don Carlos,  
En él tan dichoso vos  
Como en mi celda encerrada  
Ser dichosa espero yo.  
Yo os perdono los pesares  
De que habeis sido ocasion,  
Todo cuanto á mí me toca,  
El mal que á él hicisteis, no.

*D. Carlos.* Fué guerra noble y leal,  
Suya la provocacion,  
Tuve mas suerte ó mas tino,  
Y yo vencí y él cayó.

*Beatriz.* Callad, hipócrita vil,  
Callad, lengua de escorpion,  
No le vencisteis cual noble,  
Le vencisteis cual traidor.

*D. Carlos.* ¡Beatriz!

*Beatriz.* Basta: vendrá un día  
En que á la par él y yo  
Os demandemos su muerte  
Ante el tribunal de Dios.

*D. Carlos.* No faltaré á responderos.

*Beatriz.* Basta, hombre sin corazon;  
Quede desde este momento  
Todo el mundo entre los dos

Yo cumplo así de mi madre  
El voto, y guardo mi honor,  
Y vos cumplis los deseos  
De vuestra enorme ambicion.

Y en esto oyéronse pasos  
En el largo corredor  
Dó estaba abierta la celda,  
Y entraron en procesion  
Con blandones en las manos,  
Grande aparato y rumor,  
Las monjas con el obispo  
Que á la monja apadrinó,  
Y el coro de los cantores  
Y el padre predicador.  
Y tras muchas ceremonias,  
Y tras de larga oracion,  
Llevaron á Beatriz  
Al ara en que profesó.  
Nadie preguntó en la iglesia  
Si tenia vocacion  
Para monja la novicia,  
No si iba gustosa ó no.  
Hubo por oír y ver  
Las ceremonias mejór  
Alfilerazos de á tercia,  
Grita, vaiven y empujon.  
Mucha música de orquesta,  
Mucho chantre de honda voz,  
Muchos chicos, muchos calvos,  
Muchos mozos de intencion  
Muy profana, y de curiosos  
Incomparable monton,  
Muchísima irreverencia  
Y muchísimo calor.  
Y con esta tumultuosa,  
Solemne inauguracion,  
Vió el pueblo una fiesta mas  
Y Beatriz monja quedó.

### XIII.

Quedó monja Beatriz, lector querido,  
Y aunque triste, tranquila  
A su suerte con fé se ha sometido,  
Y en ella no vacila.  
Los usos del convento  
No la molestan ya, ni el abandono  
Del claustro apesadúbrala un momento.  
De santa calma y de virtud modelo,  
Olvidada del mundo,  
Vive esperando el futuro cielo.  
Delicioso y suave, aunque profundo,  
Recuerdo de pesar tal vez la acosa,  
Y aunque al silencio y la oracion acude,  
La sombra de Don César amorosa  
No aleja ni sacude  
De su mente exaltada y calurosa.

Mas ¡ay! vision de su alma solamente  
 En su memoria solamente vive,  
 Solo ella la concibe  
 Para adorar en ella eternamente.  
 Mas muerto ya el galan, de su memoria  
 Por apartar no lucha  
 Su desdichada historia,  
 Y de su corazon la voz escucha.  
 Y en su oracion acaso solitaria,  
 Tal vez la niña ignora  
 Si cuando atenta ora  
 A él ó por él dirige su plegaria.  
 Asi pasa la vida  
 La hermosa Beatriz, á su fortuna  
 Con calma sometida,  
 Y al mundo vil sin conservar ninguna  
 Aficion corrompida.  
 Y asi un dia en el coro,  
 En hora bien temprana,  
 Salmos al són del órgano sonoro  
 Elevaba á la Virgen soberana,  
 Y con intensa devocion oía  
 Los divinos oficios, y los ojos  
 En el lejano altar fijos tenia,  
 Cuando comó una sombra que evocada  
 De la tumba saliera,  
 La figura de un hombre recatada  
 Cruzó la nave, y rápida mirada  
 Fijó en los ojos de la monja, y fiera  
 Convulsion asaltó de la novicia  
 El corazon medroso;  
 Y algun atento observador dijera  
 Que su vista fatal la maleficia.  
 El hombre misterioso  
 Se arrodilló del coro ante la reja,  
 Y aunque vuelto de espaldas, el embozo  
 Su contorno real mirar no deja,  
 Muestran que es noble y mozo  
 La rizada guedeja  
 Que asoma sobre el cuello,  
 Y el puño que se alcanza de su espada,  
 Con primor cincelada,  
 De su señor en él la cifra y sello.  
 Los ojos de la monja  
 Si fuego en vez de luces despidieran  
 La espalda del incógnito abrasaran,  
 Y á fé que presto su atencion llamaran  
 Y á los suyos sus ojos se volvieran.  
 Inmóvil, afanosa  
 En batalla interior, mas no espresada,  
 Mas de una hora mortal la niña hermosa  
 De hinojos se mantuvo, y su mirada  
 No se apartó del hombre misterioso  
 Que oraba ante la reja silencioso.  
 Mil lisonjeros sueños,  
 Mil bellas fantasias,  
 Mil fútiles manías  
 La mente la asaltaban,

Y el débil corazon la estremecian  
 Con mentidos delirios halagüeños.  
 Mas los oficios ya se concluian,  
 Y del coro las monjas se alejaban,  
 Y el hombre estaba en su lugar de hinojos  
 Y Beatriz en él fijos los ojos.  
 De devocion exceso lo juzgaron,  
 Y la madre abadesa  
 Dió de no interrumpirla órden espresa,  
 Y en el coro á Beatriz sola dejaron.  
 El embozado entonces  
 Apoyando en las verjas una mano  
 Para ponerse en pié, dejó profano  
 Un billete caer sobre la alfombra  
 Delante de la monja, y la ancha nave  
 Volvió á cruzar como evocada sombra.  
 Así maquinalmente  
 El billete Beatriz, y aquel parándose  
 Delante del umbral, desembozándose,  
 Su faz mostró á la monja de repente.  
 Dió un grito Beatriz hondo y doliente,  
 A los hierros del coro abalanzándose;  
 Mas en el punto mismo,  
 Levantando el tapiz huyó el incógnito  
 Cual si sorbido hubiérale el abismo.  
 ¡Con cuánto afan leía  
 Un momento despues allá en su celda  
 El billete Beatriz! Y aun no queria  
 Dar á la realidad asentimiento,  
 Porque en su pensamiento  
 La realidad amarga no cabia.  
 Mil veces le leyó y otras mil veces  
 Tornó á su negra duda,  
 Hizo y dijo un monton de insensateces  
 Sin razon que la acuda.  
 Ya sin tino reía,  
 Ya doliente lloraba,  
 Ya con íntimo afan desesperaba,  
 Y á voces su destino maldecia  
 Y la faz se mesaba.  
 «¿Con que vive? decia,  
 ¿Vive? ¡necia de mi! ¡y en este encierro  
 Mientras él por el siglo me buscaba  
 Labré mi tumba y preparé mi entierro!  
 Llámame desleal, pérfida, ingrata  
 Y de mí se despide.  
 ¡El pesar ó la cólera me mata!  
 ¡Y parte! y el misterio de su muerte  
 No explica en su papel... ¡Cielos tiranos,  
 Con qué estrella nació! ¡cuán dura suerte  
 Me dan vuestros decretos inhumanos!»  
 Y asi Beatriz diciendo,  
 Y con furia inaudita,  
 El billete en pedazos esparciendo  
 En un hondo sitio se precipita,  
 Contener no pudiendo  
 La estraña convulsion con que se agita.

Mil proyectos insensatos,  
 Mil ideas de esperanza,  
 El despecho y la venganza  
 Ofuscando su razon  
 Le traen al pensamiento,  
 Y la ira y la amargura,  
 Y el coraje y la pavora,  
 La roen el corazon.

Profunda melancolía  
 A traicion se le devora,  
 Vibora envenenadora  
 Que con él ha de acabar,  
 Y lenta é inestinguible,  
 Que ni respirar la deja,  
 Fiebre ardorosa la aqueja  
 Que se aumenta sin cesar.

Hierve en sus venas la sangre  
 Sin alivio de un momento,  
 Acosan su pensamiento  
 Mil delirios en tropel:  
 Asaltan su fantasia  
 Mil imposibles antojos,  
 Y llanto vierten sus ojos  
 Mas amargo que la hiel.

Y despues de largas horas  
 De buscarla en el convento,  
 La hallaron en su aposento  
 Casi fuera de razon,  
 Y temiendo por su vida,  
 Su palidez contemplando,  
 Remedios amontonando  
 En su torno en confusion.

Las pobres madres atónitas  
 Con los deseos mejores  
 Enviaron por sus doctores  
 Con precisa prontitud;  
 Mas una sola palabra  
 De Beatriz no sacaron,  
 Ni de sus drogas lograron  
 Probar la oculta virtud.

Los miserables empíricos  
 No aciertan con su dolencia,  
 Nadie logrará la ausencia  
 De su repentino mal;  
 Y en vano su ciencia apuran,  
 Sus elixires destilan  
 En vano; no, no aniquilan  
 Aquella fiebre infernal.

¡Pobre niña! consumida  
 Por fuego íntimo y secreto,  
 Busca en vano un amuleto  
 Contra tal desolacion;  
 Mas en vano los doctores  
 Con sus brebajes la alligen

Si del mal está el origen  
 En su ardiente corazon.

¡Ay! ¿qué saben quien su llanto  
 Ocasiona y sus suspiros,  
 Ni quien tan fatales giros  
 A sus desvarios da?  
 « ¡Lejos de mí! grita á impulso  
 De su horrible calentura.  
 ¡Vuestra vista es mi tortura!  
 ¡Quién de vos me librá!

¡Lejos de mí! ¡lejos, lejos!  
 Fieros espectros con tocas,  
 Que con hipócritas bocas  
 Me predicais la virtud,  
 Y con fraternales manos  
 Me habeis tejido este traje  
 Con que mas horrenda baja  
 Despechada al ataud.

¡Lejos, dejadme tranquila!  
 Me estais ahogando... aire dad  
 Abrid las rejas... dejadme  
 El ambiente respirar... »  
 Y así Beatriz diciendo  
 Se desespera y se agita  
 Con violencia inaudita,  
 Con iracundo pesar.

Hasta que al cabo la fiebre  
 La debilita y la esténua  
 Y en un letargo se aténua  
 De su delirio el ardor,  
 Y las madres aterradas  
 Conjurán con oraciones  
 De sus horrendas visiones  
 El tropel fascinador.

Mas ¿quién sabe lo que puede  
 De una pasión el arrojó?  
 Como á impulsos de un antojó  
 De enfermo que la asaltó,  
 Pálida como un espectro  
 A la mañana siguiente  
 En el coro de repente  
 Beatriz se presentó.

Hincóse junto á la reja,  
 Grave devocion fingiendo  
 Y las miradas tendiendo  
 Por el templo desde allí,  
 Y en un pilar apoyado  
 Con semblante de tristeza  
 Vió al misterioso embozado  
 Aunque grave y sobre sí.

¡Y quién medir osaría  
 Hasta qué término alcanza

El arrojo y la esperanza  
De una rebelde pasión!  
Nadie; es un libro cerrado  
De quien nadie sabe el uso:  
Secretos son que Dios puso  
Del hombre en el corazón.

## XIV.

Una semana después,  
en noche sombría y triste,  
Mientras doblaba en la torre  
El esquilon de maitines,  
Por un callejón estrecho  
Y lóbrego, donde límites  
Tiene el convento, y dó llegan  
Las tapias de los jardines,  
Ponia un hombre una escala  
Sobre ellas, y á que le inviten  
Con seña quedó esperando  
De aquella escala á servirse.  
Favorécele la noche,  
Que es tan oscura, que impide,  
Que las tinieblas rasgando  
Ni un astro en el cielo brille.  
Aspero viento de octubre  
Azota la tierra, y gime  
Próxima lluvia anunciando  
Con neblina imperceptible.  
Todo en la ciudad reposa,  
Ni un viviente se percibe  
Por los calles, ni una luz  
Que turbia las ilumine.  
Solo á lo lejos se escuchan  
Las agudas y sutiles  
Notas del canto del gallo,  
Y el ronco són que al oírle  
Lanzán ladrando los perros  
Y que los ecos repiten,  
Y no hay en el barrio entero  
Quien por el barrio vigile.  
Medrosas horas son estas,  
Y que el espíritu afligen,  
Porque despiertan los vanos  
Sueños que en el alma viven.  
Horas en que mil fantasmas  
Se levantan invisibles,  
Y al rededor nuestro vagan  
Y que nuestra fé persiguen  
Por ver si logran acaso,  
Que la fé nuestra vacile  
Con el pavor y el recelo  
Que al corazón comuniquen.  
Horas medrosas son estas,  
Porque siempre las eligen  
Los que crímenes proyectan  
Para sus juntas y crímenes.

Mas sin pavor ni recelo,  
Con ánimo osado y firme,  
El de la escala la calle  
Con pasos pausados mide.  
De cuando en cuando parándose,  
Hasta el aliento reprime  
Por si oye lo que sin duda  
Espera que ha de advertirle.  
Mas ni la calma le enoja,  
Ni la neblina que sigue  
Calando sutil su capa:  
Ni en si pueden descubrirle  
Piensa, según lo tranquilo  
Que permanece, el repique  
Oyendo del esquilon  
Y el eco de los maitines,  
Que viene á ahogarse en los aires  
Que hiende apenas sensible.  
Señal cautelosa en esto  
Sonó dentro los jardines  
Del convento, y de la escala  
Empezó el hombre á servirse.  
Recogióla desde arriba,  
Y comenzando á escurrirse  
Del lado opuesto, la calle  
Dejó enteramente libre.

Y en un retirado asiento,  
Escondido entre unos árboles,  
Entre sentada y tendida  
Una muger triste yace.  
Y el hombre que por las tapias  
Saltó, á sus piés arrojándose  
Así la dice, y así ella  
En los brazos estrechándole.

*Ella.* ¡Con que es verdad que no has muer-

*Él.* Solo un hombre tan infame [to]  
Como tu hermano pudiera  
Tan gran falsedad contarte.

*Ella.* Mas yo lei tu sentencia.

*Él.* Si, pero tres días antes  
Carta de indulto el rey quiso,  
Como yo esperaba, enviarme.

*Ella.* ¡Ay necia que le he creído!

*Él.* Espero que sincerarme  
No necesito contigo  
De mis hechos ni mi sangre.

*Ella.* No, César, que los conozco  
Desde una noche escuchándote  
Os sorprendí en mi ventana,  
Pidiendo á Dios que me amases  
Como yo te amaba á tí  
De verte desde el instante.

*D. César.* ¡Maldita sea, Beatriz,  
Mi fortuna miserable!  
Si entonces mi entendimiento

El porvenir penetrase,  
No con tu hermano mi tiempo  
Pasara en pláticas tales.

El corazón á estocadas  
Valiera mas traspasarle.  
¡Oh! mi conciencia está libre.

Mis hazañas criminales  
Como chistes se celebran;  
Poseo riquezas grandes

Y un valor tradicional  
Que de mucho me precave;  
Yo tengo patria y amigos;

Mas ¿qué todo ello me vale  
Si el único bien que anhelo  
Es solo el que no me cabe?

¡Ah, te engañaron, Beatriz,  
Y á mi debieron matarme!

Beatriz. ¡Me aterras, César! ¿Acaso  
Mi monjío es mal tan grave  
Que no queda medio alguno...?

D. César. ¡Oh, calla, inocente! nadie  
Puede romper tus cadenas  
Con motivo semejante.

Si la voluntad de todos  
En este negocio entrase,  
Yo lo compusiera en Roma

A costa de mis caudales;  
Pero opuesta tu familia  
Mas que á tu amor á tu enlace,

Y espuestos de ese Don Carlos  
A los ardides cobardes,  
Es imposible del todo.

Beatriz. Tú quieres desesperarme;  
Tus palabras son efugios  
Solo para abandonarme.

D. César. Calla, Beatriz, que me ofendes:  
No hay sacrificios capaces  
De contener mi ardimiento

Cuando de tu amor se trate.  
Beatriz. Pues bien, huyamos de aquí,  
César; de este infierno sácame,

Donde sabiendo que vives  
Imposible es sujetarme.  
Yo misma, sí, con mis manos,

Sin que mucho tiempo tarde  
Me daré muerte, si pronto  
No me matan mis pesares.

Sé, César, que son ahora  
Mis intentos criminales,  
Mas no me culpen á mí

Sino á la suerte implacable.  
D. César. ¡Pero y los votos!

Beatriz. Son nulos,  
Pues los pronuncié ignorante,  
Despachada de perderte,

De la voluntad sin parte.

D. César. ¡Ay Beatriz, todo el mundo  
No pudiera, no, aterrarme

Con su justicia impotente,  
Ni sus leyes despreciables;  
No hay peligros en la tierra  
Que me arredren ni me espanten;  
Mas creo en el cielo y tempo  
Contra su ley rebelarme!

Beatriz (levantándose). Ya me lo temia,  
¡imbécil!

¡A Dios para siempre, parte!

D. César. Aguarda, Beatriz, escucha.

Beatriz. Ya á espacio podrás hallarme.

D. César. ¿Adonde?

Beatriz. En la eternidad,  
A donde voy á esperarte.

D. César. No ¡vive Dios! despachada  
No has de quedar, ni marcharme  
Podré yo falso creyéndome,  
Ni así enojada dejándote.

Habla, ¿qué quieres? ¿qué exiges?  
Los horrendos peñascales  
De Córdoba están abiertos:

Si las fronteras distantes;  
Si no hay tiempo á otras regiones  
Lejanas para llevarte,

Volveré á ser bandolero.  
¡Elige, pues, si te place!

Beatriz. ¡Ah! tú eres, sí, te conozco  
En tus ofertas leales;

Tú eres, sí, tú eres mi César  
Siempre generoso y grande.

Vamos, pues.  
D. César. Hoy imposible:

Nuestra fuga que prepare  
Deja, ó disponte á morir

Malogrados esos planes  
De felicidad futura.  
Beatriz. ¿Cuándo, pues?

D. César. ¿Cuándo? cuanto antes.

Beatriz. Mañana mismo.

D. César. Mañana.

Yo haré que nada nos falte;  
Caballos, oro y amigos  
Que las espaldas nos guarden.

Beatriz. A Dios, pues, y hasta mañana,  
Que ya las hermanas salen  
Del coro, y curiosa acaso

Vaya alguna á visitarme,  
De mi salud cuidadosa.

D. César. Vé, y mañana alerta estate.

Cruzó la monja el jardín,  
Y el bandido, asegurándose  
De la pared por la escala.  
Volvió á bajar á la calle.  
Quedó otra vez en silencio  
Todo allí, y volvió á escucharse  
En la oscuridad tranquila  
El són del agua y del aire.

## XV.

Si debe temer al cielo  
 Quien en nombre suyo jura,  
 Por un objeto de tierra  
 Promesa mundana y sucia,  
 ¿Qué no ha de temer quien votos  
 A faz del cielo pronuncia,  
 Y temerario los rompe  
 Y con voluntad segura?  
 Así los sabios lo dicen,  
 Y las sacras Escrituras  
 Cuentan ejemplos que muestran  
 De Dios la venganza justa.  
 No hay nadie que á Dios iguale,  
 Y con ningun sér en suma,  
 Lo que se le ofrece á Dios  
 Puede dividirse nunca.

Es la apalabrada noche  
 Para la resuelta fuga  
 De Beatriz, y la hora  
 Señalada el reló anuncia.  
 Don César está en la calle  
 A la sombra de la única  
 Puerta que hay en toda ella,  
 Y entre dos postes oculta.  
 Beatriz en la misma hora  
 Con planta medrosa cruza  
 Del gótico monasterio  
 Las galerías oscuras.  
 Su misma accion criminal  
 Que su conciencia la acusa,  
 El corazon y la mente  
 La amedrentan y la turban.  
 Flaquéanle las rodillas,  
 Y con la congoja suda,  
 Y mil temores la asaltan,  
 Mil diabólicas figuras  
 Presentándola á los ojos  
 Que feas sombras la anublan,  
 Y de medrosas memorias  
 Recordándola ancha turba.  
 Una bujía en la mano  
 Lleva, que apenas alumbrá  
 Sus pasos, porque vacila  
 Al soplo del aura húmeda,  
 Y cuyo esplendor escaso  
 Tragan, consumen y ofuscan  
 Las gigantes dimensiones  
 De las estancias que ocupa.  
 Llegó por fin poco á poco,  
 A merced de su luz turbia,  
 Al coro que abandonado  
 Yace en soledad profunda.  
 Ante un altar dó hay un Cristo  
 De primorosa escultura,

Una lámpara de plata  
 Esparce luz moribunda.  
 Ya á sus trémulos reflejos  
 En muchedumbre confusa,  
 Cuantos objetos se alcanzan  
 Se confunden y se ofuscan.  
 Una llamarada á veces  
 Todos los mezcla y los junta,  
 De modo que se recela  
 Que las bóvedas se hundan :  
 Y otra llamarada á veces  
 Con su claridad sulfúrea  
 Los aleja de tal modo  
 Que se pierden en la hondura  
 De la masa de tinieblas  
 En que los cerca y sepulta.  
 Fuerza es que á la pobre monja  
 Respeto y pavor infunda  
 Este lugar con el miedo  
 Que sus creencias abulta.  
 Mas con un violento esfuerzo  
 Sobre su misma pavora,  
 Avanzó al medio del coro  
 Hácia la puerta que busca.  
 Involuntario respeto,  
 Pé que el corazon la impulsa  
 En semejante momento,  
 Y antigua costumbre justa,  
 La hicieron arrodillarse  
 Ante la santa escultura  
 Del divino Redentor.  
 Mas ¡cielos! ¡cuál fué su angustia  
 Cuando al querer levantarse  
 Sintió que una mano enjuta  
 La asia por los cabellos :  
 Y una voz oyó mas ruda,  
 Mas poderosa que el eco  
 Que con el trueno retumba,  
 Que la dijo : « ¿Dónde vas? »  
 Enojada é iracunda.  
 Cayó Beatriz en tierra,  
 Sin sentidos que la acudan,  
 Y apagándose la lámpara,  
 Todo quedó en sombra muda.

Pasaba en tanto la noche,  
 Y allá en la calle Don César,  
 Hora tras hora aguardando  
 Pasaba la antigua seña.  
 Mas nada en torno se escucha,  
 Nada en los jardines suena  
 Mas que el rumor de las ramas  
 Que agita el viento que arrecia.  
 La lluvia cae aumentándose  
 Tan furiosa y tan espesa,  
 Que aun á pesar del embozo  
 La faz le azota y le ciega.

Noche de angustia y de duelo,  
 Terrible noche es aquella  
 En que hasta los elementos  
 A sus proyectos atentan.  
 Por fin, de esperar cansado,  
 Y viendo ya al alba cerca,  
 Juzgó que para otra noche  
 Su fuga la monja deja.  
 «Mañana volveré, dijo,  
 En los oficios á verla  
 Y explicaré este misterio  
 Una carta ó una seña.»  
 Y así pensando, embozándose  
 Precavido hasta las cejas,  
 A abandonar se dispuso  
 La lóbrega callejuela :  
 Mas al llegar á la esquina  
 Otro embozado que llega  
 De la otra parte á doblarla  
 Casi por la misma acera :  
 «Quién va?» dijo echando mano  
 Al estoque.—«Sea quien quiera,  
 Pasad por vuestro camino,  
 Que estorbároslo no intenta.  
 —Yo conozco vuestra voz.  
 —Y yo conozco la vuestra.  
 —No me ayuda la memoria  
 A poder reconocerla.  
 —Ni á mi tampoco, aunque siento  
 Que la sangre se me altera  
 Tan solo con escucharla.  
 —Mas ¡voto á Dios, tú eres César!  
 —Y tú Carlos.—Sí.—Defiéndete.  
 —Y tú también, porque acierta  
 Mi corazón el motivo  
 Porque en tal sitio te encuentras.  
 —Por tu hermana solamente  
 Que te maldice en su celda,  
 Y que de toda su vida  
 Te pedirá un día cuentas.  
 —No serán mientras yo aliente  
 Realizadas sus ideas.  
 —Habla menos y da mas,  
 Que se agota mi paciencia.  
 —Ven pues.  
 —Voy y Dios te ayude,  
 Que pues nos junta lo aprueba.»

Chocáronse con estrépito  
 Las hojas en las tinieblas,  
 Y comenzaron las manos  
 Donde acabaron las lenguas.  
 Con ira riñe Don Carlos,  
 Y con coraje Don César,  
 Y ambos muestran igual brio,  
 Y entrambos igual destreza,  
 Ni el uno ni el otro ceden,  
 Ni pierden un pié de tierra,

Clavados están los dos  
 Por las plantas á las piedras.  
 Cansado Don Carlos ya  
 De ver tan igual pelea,  
 Todo á un golpe le aventura  
 Con cólera manifiesta ;  
 Mas una fiera estocada  
 Al tirar contra Don César,  
 Y huyendo este, y dando en vago  
 Fuélese el cuerpo tras ella.  
 Y el enemigo que á tiempo  
 Ventaja tal aprovecha,  
 Pasóle de parte á parte,  
 Y dió blasfemando en tierra.  
 Brotó espumosa la sangre  
 Por las dos bocas opuestas  
 Que en la espalda y en el pecho  
 Dejó el ancho hierro abiertas,  
 Y el espíritu Don Carlos  
 Lanzando á la par por ellas,  
 Quedó en la calle sin vida,  
 Y huyó vengado Don César.

## XVI.

## CONCLUSION.

A la mañana siguiente  
 Y apenas despuntó el sol,  
 Ya Don César á la puerta  
 Del convento se apostó :  
 Y apenas abrió el portero  
 El claveteado porton,  
 En un rincón de la iglesia  
 Cual siempre se colocó.  
 La hora de los oficios  
 Vibró lenta en el reló,  
 Y doblaron las campanas  
 Con desusado clamor.  
 Fueron al coro las monjas  
 Saliendo de dos en dos,  
 Y colocándose fueron  
 De un férétre en derredor ;  
 Y en vez de salmos alegres  
 De los justos en loor,  
 Los salmos de los difuntos  
 Cantaron en ronco són.  
 Sus solícitas miradas  
 Por todo el coro tendió  
 Don César, mas quedó al punto  
 Petrificado de horror.  
 La sangre cesó en sus venas  
 De hervir, y en el corazón  
 Como témpano de hielo  
 Toda á un tiempo se agolpó.  
 Espesa niebla en los ojos  
 Con rápida oscilacion  
 Le confundió los objetos,

Y al cabo le mareó.  
« ¡Es ella! » dijo espantado,  
Y entendiendo con pavor  
Todo el horror del suceso,  
Ante las verjas cayó.

La muerte de Beatriz,  
Con religioso temor,  
Un hombre al volver en sí  
Ya en la calle le contó.  
Y aunque dió á toda la historia  
Profana interpretacion,  
En ella entendié Don César  
El llamamiento de Dios.

Bañado en amargo llanto  
A los piés de un confesor  
El espantoso relato  
Depuso de su pasion.  
El amor de Beatriz,  
Con el rapto que intentó,  
Y la muerte de Don Carlos  
Hecha en la noche anterior;  
Y traspasada su alma  
De hondísima contricion,  
A las montañas de Córdoba  
Desesperado volvió.  
Mas no pensó en habitarlas  
Como oculto salteador,  
Sino como penitente  
Pidiendo al cielo perdon.

# UN TESTIGO DE BRONCE,

## LEYENDA TRADICIONAL.

### PRIMERA PARTE.

#### CAPITULO PRIMERO.

DE CÓMO UN NOBLE MANCEBO, ACOSADO POR UNA PESADILLA, SE DESPERTÓ UNA MAÑANA, BENDIJO A DIOS Y RECIBIÓ UNA CARTA; CUYAS TRES COSAS DAN CONVENIENTE PRINCIPIO A LA PRESENTE LEYENDA.

Un claro sol de junio en el oriente  
Comenzaba su curso una mañana,  
Seren y esplendente  
El azul del zenit tornando en grana.  
Fecundidad lozana  
Ostentaba dó quier naturaleza  
Con la verdura que cubría el prado,  
Y con la amarillez que á la corteza  
Daba del fruto aun no sazonado,  
Y á la espiga del trigo en el sembrado.  
A los rayos del sol despertadores  
Empezaban los sueltos jilguerillos,  
Los mirlos y los pardos ruiñeñores  
A elevar escondidos en las ramas  
Su armoniosa voz : y entre las flores  
Empezaban mil varios insectillos  
A estender sus alitas de colores.  
Naturaleza, en fin, rica y fecunda  
Derramaba dó quiera  
Los preciosos tesoros de que inunda  
La terrestre mansion la primavera,  
Que huía ya con rápida carrera.  
En medio de este inmenso panorama  
De belleza, de luz y de armonía  
Que el nuevo sol á iluminar salía,  
Y que mundo se llama,  
Uno de los mil puntos alumbrados  
Es el punto no mas que en este día,  
Por los hechos en ella relatados,

Necesita marcar la historia mía.  
Corte entonces severa  
De Felipe segundo,  
Digna Valladolid entonces era  
Del católico rey dueño del mundo.  
La gala y la nobleza,  
La virtud y riqueza,  
Y la fé de la gente castellana  
Encerraba en su seno  
Su ancho recinto, que la corte lleno  
Tenia con su sólida grandeza.  
Sólida, sí, porque Castilla ufana  
Podía ver entonces su bandera  
Por mil apartadísimos lugares  
Tremolar altanera,  
Respetada en las tierras y en los mares.  
Es verdad que se usaban por entonces,  
Y aun andaban en voga  
Con los autos de fé y el santo oficio  
Las hogueras, los tajos y la soga;  
Mas tambien es verdad que astuto el vicio  
Burlaba su poder, oculto asilo  
En las casas recónditas hallando,  
Y adorado y tranquilo  
Seguia como siempre prosperando  
Y en el mundo reinando :  
Pero con la ventaja no pequeña  
De que al creyente que en virtud vivía  
La torpe desnudez no le ofendía,  
Con que hoy el vicio sin pudor se enseña.  
Mas volvamos al día y á la hora  
En que Valladolid del sueño alzaba  
La frente, y con la luz de nueva aurora  
Al afan de la vida se tornaba.  
Y como cualquier hecho que se cuente  
Se debe de narrar lógicamente,  
Las partes de que conste no embrollando,  
Inútiles noticias segregando,  
De modo que el oyente

Lo entienda desde luego claramente;  
 Dejaremos aparte  
 Toda la poblacion, que no hace al arte  
 De nuestra narracion : y en la persona  
 Que toma en ella la primera parte  
 Desde momento tal nos fijaremos  
 Y la historia de vez comenzaremos.

De una casa, con humos de palacio,  
 En la ancha calle de Santiago sita,  
 De un rico camarín en el espacio  
 Y en un lecho blandísimo se agita  
 En brazos de penoso horrible sueño  
 El noble mozo de la casa dueño.  
 La ropa descompuesta  
 Tiene á los brazos enrollada y cuello,  
 Su agitacion mostrando la funesta  
 Razon oculta de ello.  
 El no usado desórden del cabello,  
 El sudor que le inunda la ancha frente,  
 Los agitados labios que pronuncian  
 Frases sin ilacion, confusamente,  
 Que su espiritu acosa fieramente  
 Pesadilla tenaz bien claro anuncian.  
 Y aunque á pintar de lo íntimo de un sueño  
 Las quimeras fantásticas renuncian  
 Poetas y cuentistas comunmente,  
 Las que en este bullian tengo empeño  
 En estender sombría y vagamente  
 Cual estendiendo se iban en su mente  
 Las truncadas palabras anudando,  
 Que el gallardo mancebo que soñaba  
 Imaginaba con su afan luchando  
 Que su pesada lengua pronunciaba.  
 Acerquémonos, pues, hasta su lecho  
 Y oigamos lo que dice y lo que pasa  
 Con su imaginacion y allá en su pecho.

« ¿ Qué es esto ? de vapores la atmósfera  
 cargada [redor  
 « Sobre mi frente pesa : ¡ la siento en der-  
 « En rauda torbellino rodar arrebatada  
 « Prensándome las sienes con infernal dolor !  
 « ¿ Qué es esto ? ¿ delirio ? ¿ qué espíritu  
 horrendo  
 « Suspenso en los aires me eleva tras sí ?  
 « Mi estrecha garganta se va comprimiendo,  
 « No veo, no siento, no aliento... ¡ ay de mí !  
 « ¿ Esto es que el fin de mi existencia toco ?  
 « ¿ Esto es sin duda que se muere así  
 « La última idea en el cerebro loco  
 « Girando en espiral que espira en sí ?  
 « Esto es ¡ ay ! que arrojado en el viento  
 « A su nada el espíritu va,  
 « Y anudado en el último aliento  
 « Nuestro cuerpo arrebatada quizá.  
 « Sin duda, eso es : y yo espiro  
 « Rodando en el aire, á la par  
 « Lanzando el extremo suspiro

« Lanzado sin fin á rodar.  
 « Si, voy rodando en el viento,  
 « Condenado hasta espirar  
 « Tan horrible movimiento  
 « A seguir y á no parar.  
 « Y en giro interminable  
 « Rodando sin piedad,  
 « Caeré en la interminable  
 « Sombría eternidad.  
 « Se irá enrareciendo  
 « El aire tal vez,  
 « Y yo iré cayendo  
 « Con mas rapidez.  
 « Cual hoja suelta  
 « Que lleva el viento  
 « A cada vuelta  
 « Voy mas violento ;  
 « Casi no siento  
 « Como las doy ;  
 « Ciego, desmayo :  
 « Ya como el rayo  
 « Rápido voy.  
 « Ya no siento  
 « Como giro ;  
 « Ya no hay viento  
 « En mi redor.  
 « No respiro,  
 « Veo que espiro,  
 « Ya es mi aliento  
 « Vago, lento,  
 « Violento  
 « Como último  
 « Estertor.  
 « Ya ruedo  
 « Sin tino :  
 « Ni puedo  
 « Camino  
 « Buscar,  
 « Ni sé  
 « Si acaso  
 « Podré  
 « Mi paso  
 « Parar.  
 « Ya vago  
 « Perdido :  
 « Su lago  
 « El olvido  
 « Me estiende  
 « Al pié,  
 « Y en vano  
 « Me afano ;  
 « No hay tino,  
 « Ni hay mano  
 « Que ayuda  
 « Me dé.  
 « ¡ Sin duda  
 « Caeré !  
 « Lo creo...

« Lo sé.  
 « Lo veo...  
 « ¡ Mi sino  
 « Tal fué !  
 « Cier to,  
 « Sí ;  
 « Yerto  
 « Voy ;  
 « Cai.  
 « ¡ Muerto  
 « Soy !  
 « Nada  
 « Hay  
 « Aquí.  
 « ¡ Ay !  
 « Fui. »

Aquí con un esfuerzo repentino,  
 Hijo de la afanosa agitacion,  
 Con que tal pesadilla le oprimia  
 Espanta o el mancebo despertó.  
 De el camarín por el recinto oscuro  
 Tendió los ojos trémulo, el horror  
 Del sueño desechar aun no pudiendo  
 Ni apartar la verdad de la ficcion.  
 Consigo mismo hablando, y con sus manos  
 Reconociendo el lecho en derredor :  
 « ¡ Jesus ! ¿ qué es esto ? ¿ donde estoy, Dios  
 mio ?

¿ Qué vértigo letal me trastornó ?  
 Mi fatigado cuerpo aun tembloroso  
 Bañado siento de mortal sudor.  
 Impetuoso y rugiente torbellino  
 Creí en verdad que me arrastraba en pos  
 Por el vacío rápido girando  
 Cual átomo que arrastra el áquilon.  
 Hirviente mar de cenagosas ondas  
 Me esperaba al caer; denso vapor  
 Me quitaba el aliento y los sentidos...  
 Dí al fin en aquel mar y me sorbió.  
 La bóveda ondulante de sus aguas  
 Cerróse sobre mí con lento són,  
 Y en su bullente inmensidad oscura  
 La negra eternidad cogí y comprendí yo.  
 Pero soñaba, sí; tocan mis manos  
 Mi lecho... sueño fué, ¡ gracias á Dios !  
 Era una fatigosa pesadilla  
 De una noche de estío, y ya pasó.  
 ¿ Qué hora será ? por las maderas creo  
 Que percibo del alba el resplandor.  
 La luz despejará mi fantasia,  
 La luz serenará mi corazón. »  
 Esto pensando se envolvió en su bata,  
 Y en silencio al balcón se dirigió,  
 De donde viendo la ciudad y el campo  
 A la primera luz del nuevo sol,  
 Amanecer y comenzar el día  
 Embebido y absorto contempló.

Y á fé que es espectáculo halagüeño  
 La tierra ver con el primer albor  
 Y luminarse y despertar, creciendo  
 De nueva vida el movimiento y són.  
 ¡ Y cuán bello es el día que amanece,  
 Y que contempla libre del pavor  
 De su ensueño fatídico el mancebo,  
 Sonriendo á su plácida impresion !

Ve  
 Que  
 Ya  
 Lento  
 Soplo  
 Blando,  
 Dando  
 Va.  
 Parda  
 Nube  
 Tarda  
 Sube :  
 Tinta  
 Roja  
 Pinta  
 Y da  
 Al cielo  
 Fulgor  
 Y al suelo  
 Color.  
 La niebla  
 Que puebla  
 La hueca  
 Region  
 Se trueca  
 Ahogada  
 En lumbre  
 Rosada,  
 Que dorá  
 La cumbre  
 Del verde  
 Peñon.  
 La brisa.  
 Sonora  
 Se pierda  
 Indecisa  
 Y suave  
 Su són  
 Al ave  
 Levanta,  
 Que canta  
 Canora  
 La aurora,  
 Que estensa  
 Colora  
 La inmensa  
 Creacion.  
 Amanece :  
 La luz vaga

Segun crece  
Desvanece  
Los alientos  
De vapor  
Que la noche  
Que ha pasado  
Ha dejado  
En derredor.

La tierra entera  
Saluda al dia  
Con la hechicera  
Grande armonia,  
Que en diferentes  
Puros acentos  
A su arbol,  
Alzan contentos  
Arboles, fuentes,  
Aves y vientos  
Alborozados  
Con los dorados  
Rayos naciendo  
Del nuevo sol.

Ya entero su disco  
Se ve en el espacio:  
El valle y el risco,  
La choza, el palacio,  
La corte, el aprisco  
Bañó su esplendor.  
Y ardiente cruzando  
La reja entreabierto,  
Y al hombre llegando  
Le dice: « Despierta,  
Bendice al Señor. »

Por rejas, miradores,  
Postigos y terreros,  
Sus mil respiraderos  
Franquea la ciudad.

Ya parten los obreros,  
Ya van los labradores  
Y bajan los pastores  
Al llano, y los oteros  
Dó tienen sus labores  
O el pasto mas feraz.

Ya por las abiertas rejas  
Dó quier se ve á las mugeres  
Sus domésticos quehaceres  
Oficiosas emprender;  
Y aumenta el ruido, y se escucha  
De los hombres el acento,  
Y se estiende el movimiento  
De la vida por dó quier.

Reflejan al sol los tejados  
De fresco rocío mojados;  
Inunda las calles la luz:  
Caballos y carros que cruzan  
Por entre la gran multitud  
El polvo al pasar desmenuzan  
Doblando el rumor é inquietud.

Ya se vuelve el martillo y la sierra  
Y la voz del que vende á escuchar,  
Y otra vez desvelada la tierra  
El silencio y la calma destierra  
Y otro dia comienza á pasar.

Ya en luz el universo resplandece;  
La noche entre sus nieblas arrastró  
Los sueños con que el alma desvanece,  
Y la sangre en las venas enardece,  
Y el aliento sofoca, y entumece  
Los miembros del que insomne se agitó.

Las vanas quimeras del sueño la mente  
Del jóven delante del dia lanzó,  
Y libre y sereno su espíritu siente  
Que calma tranquila le dió nuevamente,  
Y nueva existencia la luz le inspiró.  
Entonces rebosando su pecho en alegría,  
Inspiracion cristiana llevando su alma en pos  
Las auras aspirando del sol del nuevo dia,  
Los ojos elevando al que su luz envia,  
Así exclamó de hinojos ante la luz de Dios:  
« Señor, yo te conozco: tu omnipotencia creo:  
« Lo mismo en las tinieblas centellar te veo  
« Que al estender el alba su espléndido ar-  
rebol.

« Tu faz ante mis ojos dó quiera resplandece:  
« Señor, yo te bendigo cuando la noche crece!  
« Señor, yo te bendigo cuando amanece el sol. »

Y arrebatado así por la influencia  
De nuestra santa religion cristiana,  
Bendecia al Señor su inteligencia,  
Rezando su oracion de la mañana.  
Que entonces los gallardos caballeros,  
Aunque dados á juegos y amorios,  
Y llevando á la cinta los aceros,  
Y empeñados en locos desafios  
Del siglo en que vivian á costumbre,  
Sabian mantener de igual manera  
Las modas de la vana muchedumbre  
Y la fé de sus padres verdadera.  
Entonces, aunque habia  
Protestantes y herejes  
Que amenazaban desquiciar un dia  
La religion de sus seguros ejes  
Por conviccion ó por iluso vicio,  
Cada cual en su fé se mantenía,  
No desdeñando de ella el ejercicio;  
Los ritos de su fé firme siguiendo,  
Por su creencia con valor muriendo.  
Así fueron los nobles castellanos  
De nuestra edad pasada,  
Y, aunque en sangre tal vez tintas sus manos,  
Por su Dios y su rey desvenainada  
Cifieron siempre con honor la espada;  
Y en el campo á la par como en el templo  
De piedad y valor fueron ejemplo.  
Ugo de ellos y tal el jóven era

Actor primero que á la escena sale  
 En esta nuestra historia verdadera,  
 (Que salva su verdad bien poco vale).  
 Sangre corre de Vargas y de Osorio  
 Por sus venas, y heróicas acciones  
 Le dan mas precio aún que sus blasones,  
 Aunque merecimientos bien notorios  
 Los hicieron ganar á sus pasados  
 De alta virtud y de valor dechados.  
 Tal era, y á empezar se disponia  
 De su persona el especial aseo,  
 Para asistir en hora conveniente  
 A decoroso empleo  
 Que en la corte asistia,  
 Cuando en su cuarto entrando de repente  
 El page que inmediato le servia,  
 Puso en sus manos blasonado pliego  
 Que segun en su sobre prevenia  
 Debía ser obedecido luego.  
 Abrióle pues, y visto el contenido,  
 A su page mandó que le vistiera  
 Y que á salir con él se dispusiera :  
 Porque su tío Don Miguel de Osorio,  
 Alcalde por el rey de casa y corte,  
 A las nueve le cita á su juzgado,  
 Y caso debe ser muy perentorio,  
 Y mucho es fuerza que á su honor importe  
 Cuando con prisa tanta es de él llamado.  
 Con que asiendo su acero,  
 Requiriendo la capa y el sombrero  
 Para cualquiera trance apercebido,  
 De su page seguido,  
 Salió de su palacio el caballero.

## CAPITULO II.

DE LAS AMISTADES QUE SE HICIERON EN CASA  
 DEL ALCALDE DON MIGUEL DE OSORIO.

Es Don Miguel de Osorio un juez muy  
 Con puntas de altanero, [grave,  
 Preciado de que sabe  
 Interpretar la ley como el primero.  
 Juez de grande experiencia  
 Y en verdad profundísimo letrado :  
 A la jurisprudencia  
 Con el alma entregado,  
 Y de su profesion enamorado.  
 Juez integro y severo,  
 Respetado dó quier, dó quier temido  
 Por todo el pueblo entero  
 En quien jurisdiccion le han concedido.  
 La inquisicion y el rey en su destreza  
 Y en su severidad del todo fian  
 La paz de la ciudad; y no hay cabeza  
 De enemigo, ladron, vago ú hereje  
 Que un dia ú otro dia entre sus manos  
 De verse al cabo asegurado deje.

Sutiles comisiones,  
 Misteriosas prisiones  
 Y políticas causas concluidas  
 Con suma discrecion tiene á montones  
 Y sabe él solamente mas secretos,  
 A mas ajenas vidas  
 Confesadas á él, ó sorprendidas  
 Por él, que los mas anchos y discretos  
 Confesores tal vez tienen oidas.  
 Mil veces él en árduas ocasiones  
 Se encargó voluntario  
 De causas muy oscuras y enredadas,  
 Al fin abandonadas  
 Por otros sapientísimos varones,  
 Porque contra razon fueran falladas  
 Con sentencias á ley bien ajustadas.  
 Pues suele haber culpables  
 Tan diestros, y tan diestros escribanos,  
 Que habiendo pruebas casi incontestables  
 Que les ponen los crímenes palpables  
 No pueden ser ante á ley probadas,  
 Y los reos se van de entre las manos  
 Contra razon sus causas despachadas,  
 Aunque segun los códigos humanos.  
 Mas Don Miguel de Osorio en todas ellas  
 Con prodigioso estudio y perspicacia  
 Del misterioso crimen fué las huellas  
 Siguiendo, y dando al fin con eficacia  
 Cabo feliz á la verdad oculta,  
 Justicia y proteccion al inocente  
 Y castigo ejemplar al delincuente.  
 Tal es el juez ante quien es llamado  
 El gallardo mancebo, su sobrino,  
 Que hemos visto dejar apresurado  
 Su casa, enderezando su camino  
 De su tío al juzgado.  
 No se hizo esperar mucho el noble mozo,  
 Y apartando el sombrero y el embozo,  
 Entrando en el despacho del letrado,  
 La espresion franca de respeto y gozo  
 Que á su faz asomó, cambiósse en ceño  
 Otro mancebo al encontrar sentado  
 Allí con beneplácito del dueño.  
 Púsose en pié el hallado  
 Por honra del venido,  
 Pero si fué el saludo recibido  
 Por Osorio tal vez, no fué acusado  
 Y era sin duda comprendido juego,  
 Porque el que tal desaire recibiera,  
 Aunque mostró en su faz de la ira el fuego  
 Ni un movimiento mas hizo siquiera :  
 Y claro se veia  
 Que ninguno de entrambos se estrañaba  
 De lo que el otro hacia,  
 Y que un misterio entre los dos habia.  
 Todo esto advirtió el juez en el moment  
 Y atajando la voz de su sobrino  
 Que iba á brotar del labio,

La puerta asegurado del aposento.  
 Y volviendo á tomar en su poltrona  
 Arrellanado asiento,  
 Y la toga que envuelve su persona  
 Sobre sí acomodando,  
 Con sosegada voz, mas no severa,  
 A decir comenzó de esta manera :  
 « Presumo, y lo concibo, caballeros,  
 Que os es estraña semejante cita,  
 Y que en mi casa el reunido haberos  
 Explicacion para ambos necesita  
 Despues de lo que entrambos ha pasado,  
 Y os lo voy á explicar por de contado.  
 Antiguas y arraigadas disensiones  
 En nuestras dos familias heredadas,  
 Han tenido hasta aquí las relaciones  
 De nuestras dos familias mal paradas.  
 Nuestros pasados reyes  
 No se atrevieron á mediar en ellas,  
 De la nobleza atentos á las leyes  
 Que hasta aquí permitieron á los nobles  
 Arreglar á su antojo sus querellas,  
 O hacer su agravio y sus enojos dobles.  
 Nuestros padres nacieron  
 Enemigos : se odiaron  
 Por tradicion no mas, y se injuriaron  
 Tenaces, y sin juicio se batieron  
 Dó quier que se encontraron.  
 Unos á manos de otros sucumbieron,  
 Y el profundo rencor con que nacieron  
 A sus hijos legaron.  
 De nuestras razas, ya ramas postreras  
 Nosotros tres, tambien hemos guardado  
 La sinrazon y enemistad enteras.  
 Con el maldito objeto  
 De sostener nuestro rencor secreto,  
 Nuestros padres tan solo se empeñaban  
 En adiestrarnos en reñir : ponian  
 Armas en nuestras manos desde niños ;  
 Y al cabo conseguian  
 Hacer de sus presentes sucesores  
 Lo que de ellos sus muertos ascendientes,  
 Unos espadachines imprudentes  
 Para quien fuese hallar competidores  
 Casi imposible entre los mas valientes.  
 Tal en mi juventud yo mismo he sido,  
 Y tal sois hoy vosotros  
 Que dó hallado os habeis habeis reñido,  
 Y si vivís se lo debeis á otros.  
 Mas cansado ya el rey de que esto dure  
 Tantas generaciones,  
 Ordena que se apure  
 El manantial de tales disensiones.  
 Su majestad se mete por padrino  
 Vuestro, señor Don Juan, y su derecho  
 Sobre vos, recordando porque os tuvo  
 En la pila al nacer, y que no dudo  
 Que respeteis, os da por satisfecho :

Y yo por satisfecho á mi sobrino  
 Dando á la par, su majestad unidos  
 Quiere que hoy á sus piés seais conducidos.  
 Quiere que la ciudad juntos os vea,  
 Y pues nacisteis nobles verdaderos  
 Y sois en lo demas tan caballeros,  
 Por vosotros su pueblo nunca crea  
 Que un odio tan villano capaz sea  
 Dos nobles de cambiar en bandoleros,  
 Siempre puestos en trance de pelea.  
 La majestad del rey así lo exige,  
 La poblacion entera lo desea,  
 Y á mí con él su majestad me elige,  
 Mediador y padrino  
 Competente entre vos y mi sobrino.  
 Ved, pues, señores, lo que haceis, y el lustro  
 Recordad del blason de nuestra casa,  
 Pues si adelante vuestro enojo pasa  
 Y haceis así que el gusto real se frustre,  
 El rey ha de tomarlo tan á pecho  
 Que os habrá de pesar lo que habeis hecho.»  
 Así habló el juez, y se quedó esperando  
 De alguno de los dos una respuesta  
 Que su intencion pusiera manifiesta,  
 Y ellos unos momentos meditando.  
 Al fin el jóven Don German de Osorio,  
 Dejando su sillón franco y atento,  
 Tornando á su enemigo, con notorio  
 Placer le dijo y amistoso acento :  
 « Contrarios nuestros padres nos hicieron ;  
 Vivimos hasta aquí como enemigos  
 Porque así sus enojos lo quisieron,  
 Mas ya que media el rey y ellos murieron,  
 Pongo á mi honor y al cielo por testigos  
 De que depongo aquí mi encono insano ;  
 Mi valor conoceis y mi hidalguía ;  
 Si á vos no os está mal, por parte mia,  
 Caballero Don Juan, he aquí mi mano. »  
 El mancebo á quien iba dirigida  
 Tan generosa oferta, un punto breve  
 Quedar ante él la permitió estendida,  
 Como quien á admitirla no se atreve  
 O duda si ser debe ó no admitida.  
 Túvolo Osorio quieta el mismo punto,  
 Aunque al ver que en tomarla se dudaba  
 Cuando él con tal franqueza la alargaba,  
 Pálido se quedó como un difunto ;  
 Pensando que otra vez al recogerla  
 En la espada no mas puede ponerla.  
 Mas Don Juan antes de ello  
 La suya adelantó, é hidalgamente  
 Aceptó la amistad de que era prenda.  
 Y el juez, de entrambos mozos exigiendo  
 Palabra de cesar en su contienda,  
 Despídióles á entrambos, prometiendo  
 Que en muestra del agrado soberano  
 Admitidos serian aquel dia  
 En su presencia y á besar su mano.

Y así fué : y el prudente Don Felipe,  
 Al medio día, ante la corte entera  
 Mostró su complacencia á los mancebos,  
 Y un tanto suavizó su faz severa  
 Al dar un parabien público y franco  
 A los amigos nuevos.  
 Juntos salieron de palacio, y juntos  
 Mostráronse los dos en varios puntos  
 De la ciudad, el blanco  
 Dó quiera siendo de los ojos todos,  
 Recibiendo dó quier enhorabuena  
 Por el dichoso fin de tantas penas,  
 De tan vanos rencoros dimanadas  
 Tan largos años á rigor llevadas,  
 Y de gente tan noble tan ajenas.  
 En amistosa union así anduvieron  
 Ambos durante la jornada entera :  
 Y juntos á un festín se reunieron  
 Celebrando la paz de esta manera.  
 La noche que estendía  
 Su manto de tinieblas por el mundo  
 Les dividió, espontáneo y profundo  
 Sentimiento mostrando de alegría  
 Por la nueva amistad que les unía.  
 Con lo cual fué Don German de Osorio  
 A la casa del juez donde asistía  
 Las horas de la noche, y una dama  
 A visitar Don Juan á quien servía.  
 Mas con el juez á Don German dejemos,  
 Caro lector, y tras el otro vamos ;  
 Y cuán inestables son comprenderemos  
 Las cosas de la tierra que habitamos  
 Y el corazón del hombre en quien fiamos.

### CAPITULO III.

Alrededor de la Antigua (1)  
 Y en una calleja angosta  
 De las que á dar al Esgueva  
 Van, y con puentes le cortan,  
 En una casa que esquina  
 Hace á dos callejas corvas,  
 Una hácia la Plaza Vieja  
 Y hácia las Angustias otra,  
 Vivía en aquellos tiempos  
 La hermosura peligrosa  
 De una morena de veinte,  
 Dándola una tia sombra.  
 Nació esta red de las almas  
 En las quebradas de Ronda,  
 De una pasión y una sangre  
 Mixtas de cristiana y mora.  
 Un capitán mal cristiano  
 Y una esclava de Mahoma  
 Cautiva del capitán,

La dieron sér si no honra.  
 Y viendo cual fué con ella  
 La naturaleza pródiga,  
 Pusieronla y con justicia  
 El bello nombre de Aurora.  
 Aurora fué de las gracias,  
 Que á porfía unas tras otras  
 Mostraba segun crecía  
 En su gallarda persona.  
 Esbelta como una palma,  
 Ligera como una corza,  
 Flexible como una espiga  
 Que el mas leve viento dobla.  
 Con dos ojos que á los astros  
 Con su resplandor enojan ;  
 Con una voz mas que el aura  
 Simpática y armoniosa,  
 Y con una alma mas pérfida,  
 Mas temible y mas traidora  
 Que los escollos ocultos  
 De la mar bajo las ondas ;  
 Era la astuta rondeña  
 De cuantos mirarla logran  
 Iman de los corazones  
 Y corsario de las bolsas.  
 Dejóla su padre, muerto  
 En un desafío en Loja,  
 Con unos cuantos doblones  
 Una haciendilla bien corta.  
 Usurpóselo un su primo,  
 Y ella á ver si la recobra  
 Vino á la corte, entre tanto,  
 Viendo si heredar puede otra.  
 Mas tan diestra como bella,  
 Y como hechicera hipócrita,  
 Ganar se ha sabido fama  
 De discreta y virtuosa ;  
 Y si sale es solo á misa,  
 Y embozada y jamás sola ;  
 Si la visitan son siempre  
 Damas que crédito gozan ;  
 Si la festejan galanes  
 Con músicas y con rondas,  
 Si billetes la dirigen,  
 O la siguen, ó la abordan  
 En la calle, ó en las gradas  
 Al salir de la parroquia,  
 Ella ni el velo levanta,  
 Ni lee un papel, ni se asoma  
 A escuchar á la ventana  
 Los cantares que la entonan.  
 Su tia es quien los despacha  
 Despues de veinte y cuatro horas,  
 Y cuando de quien es él  
 Con maña oculta se informa.  
 Mas como han hecho una vida  
 Tan recógida hasta ahora,  
 Mas no han llegado á sus puertas

(1) Nuestra señora la Antigua se llama una de las parroquias que tiene Valladolid.

Que mozos de barba intonsa,  
 Estudiantes, militares  
 De larguísima tizona  
 Y retorcido bigote,  
 Muy amigos de camarras,  
 Muy dados á francachelas  
 Y fiestas estrepitosas;  
 Todos de amor tan holgados  
 Como encogidos de bolsa.  
 Y esta escondida sirena,  
 Esta bella Circe incógnita,  
 Tan recatada del mundo,  
 Es la dama misteriosa  
 A quien visita Don Juan  
 Y á quien Don Juan enamora,  
 De la encapotada noche  
 Con el favor de las sombras:  
 Y lo que ha hecho el tal Don Juan  
 Para hacerse con la hermosa  
 Tan buen lugar, y adquirir  
 Tales derechos, se ignora.  
 Solo uno de los galanes  
 Desairados, en la Lonja  
 Dijo un día paseando  
 Que vió á Don Juan á la hora  
 De anochecer con la tía  
 Hablar largo rato á solas  
 A un lado de la plazuela  
 Dó su calle desemboca,  
 Y que á otro día la vieja  
 Compraba galas y joyas  
 A su sobrina en las tiendas,  
 Pagando en muy buenas onzas.  
 El cómo nadie lo sabe,  
 Lo cierto es que Don Juan goza  
 De gran favor con la dama  
 Y sus visitas no estorban.

Por eso en la noche misma  
 Del día en que sus discordias  
 Terminaron de una vez  
 Osorio y él, y en la propia  
 Ocasión en que en la casa  
 Del juez y entre gente docta,  
 Mantenia Don German  
 Pláticas no muy sabrosas  
 Para mozos de sus años,  
 Mas que mantener le importa,  
 Pues que las mas de las noches  
 Acude allí aunque le enojan,  
 Don Juan en el aposento  
 Mismo de la encantadora  
 Rondeña, á sus piés sentado,  
 Escuchaba de su boca  
 Dulces palabras de amor,  
 Y respiraba el aroma  
 Que de la flor de sus labios  
 Al abrirles se evaporaba.

Aunque las que en este punto  
 Cruzan, á fé que no forman  
 Tan enamorada plática:  
 Pues la de su amor acorta  
 La relación de sus odios  
 Que en amistades se tornan.  
 Mas sus palabras oigamos  
 Pues lo permite la historia.

*Aurora.* ¿Y ese Osorio que dices  
 Es sobrino del juez del mismo nombre?

*D. Juan.* Sí, mas con ese ceño,  
 Aurora, ¿de esa paz qué mal predices?

*Aurora.* No lo sé, mi Don Juan; pero de  
 ese hombre

Me temo, que te meta en mas empeño,  
 Con la paz asentada,  
 Que con la saña y división pasada.

*D. Juan.* ¿Mas cuál es la razón de tus  
 temores?

Dila si alguna tienes, que me holgara  
 Conocer la intención de esos traidores,  
 ¡Y vive Dios!...

*Aurora.* Don Juan, no así te azores.

*D. Juan.* ¡Oh! donde al uno de los dos  
 hallara...

*Aurora.* Escúchame primero.

*D. Juan.* Le matara!

*Aurora.* Yo nada sé, Don Juan, de positivo,  
 Mas la ocasión de mis sospechas oye,  
 Y acaso en ellas mi razón apoye  
 Sólido fundamento:

Pues yo te amo, Don Juan, y por tí vivo,  
 Y favores sin cuento,  
 De tí en mi duelo y orfandad recibo,  
 Te diré en lo que estriba  
 El temor que sobrado

Acaso manifiesta mi cuidado  
 Porque el tuyo también despierto viva.

*D. Juan.* Acaba, en fin, por Dios.

*Aurora.* Ese mancebo

Osorio con quien paces  
 Tan repentinas haces  
 Me vió en misa una vez, siguió mis huellas,  
 Y al umbral de esta casa  
 Vino á parar guiándose por ellas.  
 Paseó la calle al pié de mis balcones  
 Alguna noche, y en las altas horas  
 Me hizo entonar canciones  
 Y músicas, de amor acusadoras.  
 Yo le iba á despedir por importuno,  
 Cuando una noche en medio de su fiesta  
 De su rondalla interrumpió la orquesta,  
 Como cortada para azar alguno.  
 Curiosa de entender lo que pasaba,  
 Por el postigo me asomé entreabierto,  
 Y vi que entre los músicos estaba  
 Con sus rondas el juez, y á su sobrino

Del brazo se llevaba  
Y al oído le hablaba ;  
Y desde aquella noche nunca vino.  
Uno de sus ronderos,  
Viejo criado de mi anciana tía,  
Nos dijo lo que el juez dicho le había.

*D. Juan.* Acaba, Aurora, ¡qué le dijo,  
acaba!

*Aurora.* Que la dama que así galanteaba  
Era la dama á quien Don Juan servía.  
Mi pleito desde entonces no prospera,  
Porque de Osorio el juez pasó á las manos,  
Donde anudando vuestra historia entera,  
Arguyo yo, Don Juan, de esta manera :  
Conocieron la dama

Que su enemigo ama,  
Y encima de su rastro se pusieron :  
Los intereses de ella entorpecieron,  
Y al mismo tiempo que sus huellas siguen  
Y acechan, si no es ya que les persiguen,  
Por mediación del rey la paz pidieron.  
En mal, pues, de Don Juan ó de su dama  
Algun misterio entre los dos se trama.  
Ellos son dos en su familia, solo  
Quedas tú de la tuya, el tío tiene  
Gran favor con el rey, y del rey viene  
La meditación... me temo que es un dolo  
Que Don Miguel de Osorio te previene.

*D. Juan.* Ese fuera el azar hasta hoy mas  
grave,

Pues ellos la amistad solicitaron.

*Aurora.* Mas si el caso pintaron  
De otro modo, ¿quién sabe?  
Esto no es mas que suponerlo todo,  
Don Juan, mas de esta paz, os lo confieso,  
Me estraña mucho la ocasión y el modo.

Y de este fué calculando,  
Y trayendo á la memoria  
Mil apariencias contrarias  
La andaluza previsora :  
Y deste modo Don Juan  
En su ánima recelosa  
Empezó á sentir que entraba  
Lenta la sospecha y sorda.  
Vió que de casa del tío  
Hasta la de la que adora  
Solo median pocas calles  
Y esas ademas muy cortas.  
Vió que el pleito de la chica  
Ventajosa faz no toma  
En el despacho de Osorio,  
Y poco á poco fué torva  
La faz mostrando Don Juan :  
La voz espiró en su boca  
Poco á poco, y vese, en fin,  
Que mil quimeras que abortan  
De su dudoso cerebro

En su corazón se agolpan,  
De los sucesos pasados  
Despertando las memorias.  
Y en semejantes ideas  
Su alma embebida y absorta,  
A media noche Don Juan  
Dejó á la Circe de Ronda,  
A pasos lentos cruzando  
Por las callejuelas lóbregas  
Que rodean de la Antigua  
La solitaria parroquia.

#### SEGUNDA PARTE.

La lobreguez de la noche  
Tiene ya con sus tinieblas  
Aquella ciudad dormida  
Por todas partes envuelta.  
Del manto azul de los cielos  
Ni un giron percibir dejan  
Los vapores que interpuestos  
Brotan entre él y la tierra :  
Y el murmullo de la vida  
Apagado por dó quiera,  
Todo es calma y todo sombra,  
Todo calla, y se ve apenas  
Algun farol espirante  
Que ante alguna imágen cuelga,  
Y el rumor solo se escucha  
De las aguas del Esgueva,  
Que cruzan por la ciudad  
Con débil corriente lenta  
Por entre los guijos ásperos  
Que entorpecen su carrera.  
Solo en una de las muchas  
Curvas que á trazar le fuerzan  
Los edificios que le abren  
Paso, con la luz siniestra  
De un farol que ante una imágen  
Suspendido reverbera,  
Se ve un trozo de una calle  
Y el río que la atraviesa.  
Un puentecillo de un ojo  
Reune dos callejuelas  
Que vuelven á dividirse  
En cuanto de él se libertan.  
La una, solitaria, lóbrega,  
Mal empedrada y estrecha,  
La parroquia de la Antigua  
Casi en su mitad rodea.  
Sobre el agua al otro lado  
De otra parte de la iglesia,  
Y en el muro que hace cara  
Al río y la calle á medias,  
Hay en un nicho una efigie  
Del Crucificado puesta

Dentro de un escaparate,  
Que entre cristales se cierra;  
Y allí es donde está el farol  
Que sobre el agua refleja,  
Un círculo de luz parda  
Trazando con su luz trémula.  
Y allí es donde á largos pasos  
En aquella noche mesma,  
Llegando dos embozados  
Con diabólica fiera  
Se trabaron á estocadas  
En sacrilega contienda:  
Y á la luz de aquel farol  
Que avisa allí la presencia  
Del Hacedor de la vida  
Contra las suyas atentan.  
Nadie despertando al ruido  
De sus cuchilladas recias  
Abrió su ventana, nadie  
Dando á deshora la vuelta  
De galanteo ó tertulia  
Llegó al lugar de la escena,  
Y no hubo tampoco ronda  
Que á dividirles viniera.  
Ellos por espacio largo  
Continuaron su pelea  
Con tenacidad furiosa  
Y profana irreverencia.  
Al fin se oyó de uno de ellos  
La voz que dijo con fuerza:  
« ¡ Déjale, déjale! » y luego  
La del otro que exclamaba:  
« ¡ Ah traidor, maldito seas! »  
A estos dos gritos, que oídos  
Sobre el rumor del Esgueva,  
Fueron desde el lecho por  
El llavero de la iglesia,  
Se abrieron de una ventana  
Las encajadas maderas,  
Y mirando á todas partes  
Apareció por entre ellas  
Cubierta de un gorro blanco  
De aquel hombre la cabeza.  
Mas nada debió de ver,  
Puesto que á cerrar volviéndolas,  
Quedó otra vez en silencio  
La calle, el río y la iglesia.

## CAPITULO IV.

POR EL QUE COMPRENDERA QUIEN ATENTO  
LEYERE QUE AQUEL POLVO TRAE ESTE LODO.

Iba Don Miguel de Osorio  
En la mañana siguiente  
Para empezar sus tareas  
A sentarse á su bufete,  
Cuando entrándose el portero  
Del juzgado de repente,

Dijo: « Perdonad, señor,  
Que así atrevido penetre  
Sin orden en vuestro cuarto;  
Pero el caso es muy urgente. »

*El Juez.* ¿Qué hay, pues?

*El Portero.* Un pesar muy grave.

*El Juez.* ¡Hablad en fin! ¿qué acontece?  
¿Qué es ello?

*El Portero.* Traen el cadáver  
De un hombre, y segun parece  
Murió en la calle esta noche  
Asesinado vilmente.

*El Juez.* ¿Han cogido al asesino?

*El Portero.* No, señor.

*El Juez.* Pues bien: que dejen  
Depositado el cadáver  
En esa iglesia de enfrente;  
Que llamen al escribano;  
Que al doctor busquen, y á verle  
Pasaremos al momento.

*El Portero.* ¡ Ah señor!

*El Juez.* ¿Qué mas sucede,

Vive Dios que estais tan trémulo

Y asustado! Si supiéreis

Algo de lo sucedido

Esta noche en esa muerte,

Declarareis y *laus Deo*.

Mas ¿á qué mil diablos vienen

Esas lágrimas ahora?

¿Era el muerto algun pariente  
Vuestro?

*El Portero.* ¡ Ay señor, ojalá!

*El Juez.* Concluyamos, pues, imbécil,

De una vez: que entre la ronda

O quien quier que le trajere.

*El Portero.* Le trae la vuestra, señor

*El Juez.* Que pase, pues.

*El Portero.* No se atreva

Ninguno á daros tal nueva.

*El Juez.* Pero ¿qué misterio es este?

Para informarme que un hombre

Ha muerto por mano alevé,

Declarar y entablar de ello

La causa correspondiente,

¿Qué teme nadie de mí?

¿Porqué no han de osar mis gentes

Darme noticia del caso

Que á mi juzgado compete?

*El Portero.* Señor, porque es conocido  
Vuestro el muerto.

*El Juez.* Y aunque fuese

Mi mejor amigo, soy

Juez, y me imponen las leyes

La de administrarlas justo

Por mas pesar que me cueste.

Con que decidles que pasen,

Y el muerto á la iglesia lleven,

Si es que no se le conoce  
Y de familia carece.

*El Portero.* ¡Ay señor! un noble tío  
Tiene no mas.

*El Juez.* ¡Dios clemente,  
Qué horrible luz en mi alma  
Habeis hecho que penetre!  
Ese muerto...

*El Portero.* Es Don German.

*El Juez.* ¡Mi sobrino!

*El Portero.* ¡Contenedle,  
Dios santo!

*El Juez.* ¿Dónde está? ¿dónde?  
¡Dios piadoso, sostenedme

Y así Don Miguel de Osorio  
Salió descompuestamente  
Por sus cámaras gritando  
Y sin poder contenerse.  
Ya estaba todo el zaguan  
Y la escalera de gente  
Llenos, en torno del muerto  
Que en hombros varios sostienen.  
Llegaron al mismo tiempo  
Los doctores : é impaciente  
El triste juez por saber  
Pormenores que apetece,  
Entre ira y duelo á pedirles  
Empezó públicamente.  
Testificó el escribano;  
Declararon los corchetes;  
Reconocieron los sabios  
El cuerpo pausadamente :  
Llamóse un maestro de armas  
A que declare si puede  
Con cuál fué hecha la herida,  
Y todos atentamente  
Cumpliendo con su conciencia  
Testigos é inteligentes  
Después de bien meditado  
Caso tal están contestes  
En que el mozo ha sido muerto  
Con espada alevemente.  
En el izquierdo costado  
Una sola herida tiene  
Que no pudo recibir  
En aquel sitio batiéndose,  
Pues que tenia su espada  
Empuñada fuertemente.  
Luego á traicion le mataron  
Por la izquierda acometiéndole,  
Mientras con otro reñía  
Que le atacaba de frente.  
Quién le mató y por qué causa  
Es un misterio que envuelven  
Las sombras de aquella noche,  
Y que descubrir no pueden  
Suposiciones ni indicios,

Sin que la opinion se arriesgue  
De quien suponga ó indique  
Lo que en las tinieblas duerme.  
Pero Don Miguel de Osorio,  
Cuyo pesar no entorpece  
Su perspicacia de juez,  
Ni su esperiencia le tuerce  
Jamás el juicio, en su alma  
Una sospecha hervir siente,  
Que mas incremento toma  
Cuanto mas él la revuelve.  
Al fin enjugó las lágrimas  
De sus ojos, convenientes  
Ordenes dió á sus criados  
Para que el cuerpo se entierre  
De Don German, y suntuosos  
Funerales se celebren;  
Y encerrándose en su cuarto  
De sus rondas con el jefe,  
Hombre de mucha destreza  
En rastrear los delinquentes,  
Misteriosas instrucciones  
Le dió, y pronto despidiéndole,  
Sus cotidianas tareas  
Emprendió tranquilamente.  
Bien revelaba el semblante  
Lo que el corazon padece,  
Mas él ahogó sus pesares  
Al cumplir con sus deberes.

A las nueve de la noche  
De esta jornada fatal,  
De Aurora en el aposento,  
Con ella estaba Don Juan.  
Ella en un sillón de brazos,  
El á su pié en un sitial,  
Ella como nunca hermosa  
Y él como nunca galán,  
Trabada amorosa tienen  
Conversacion, de la cual  
Conviene oír lo que resta  
Desde el punto en donde están.

*Aurora.* Mas, Don Juan, de esa manera  
Mis asuntos irán mal.

*D. Juan.* Ya dejaremos aquí  
Quien de ellos pueda cuidar.  
Yo soy rico, y yo te adoro :  
Ahijado del rey, me da  
Honras que yo no ambiciono,  
Pues que puedo conservar  
Con mis rentas y mi brazo  
Mi honor y mi libertad.  
Un hombre, pues, como yo  
Bien en la corte no está :  
Si su favor aprovecha  
Porque se le han de envidiar,  
Y á quien algo le codician

Siempre vive con afán.  
 Si desperdicia el favor  
 Que puede fácil lograr,  
 Porque con quien se le ofrece  
 Por fin le malquistarán.  
 Por todas estas razones,  
 Y otras muchas además  
 Que yo me sé, determino,  
 Querida Aurora, viajar.  
 Soy de mi familia el único,  
 Gracias á Dios; un leal  
 Y viejo criado hace  
 Mis haciendas prosperar,  
 Y quiero que alguien me ayude  
 A gastar su renta anual.  
 Ni tengo amigos, ni quiero  
 A vagos alimentar:  
 Mas no me siento hácia el oro  
 Aún con desprecio tal  
 Que le renuncie y sea monge,  
 O que se lo quiera dar  
 A los pobres, que son gente  
 Que no lo agradecerá,  
 Pues pienso ejercer primero  
 Sobre mí mi caridad.  
 Ahora, bajo este supuesto  
 Te digo que abandonar  
 Quiero unos años la corte  
 Y aun nuestra España quizá.  
 Viajar solo es diversion  
 Que poquisimo solaz  
 Proporciona, y es muy duro  
 No tener con quien hablar.  
 Tú eres sola en este mundo.

*Aurora.* Mi tia.

*D. Juan.* Es un carcamal

Que necesita reposo,  
 Y á Ronda se volverá  
 Con renta que yo la dé  
 Para ir al sepulcro en paz.  
 Con que he pensado llevarte  
 Conmigo, Aurora, en lo cual,  
 Segun lo que se me alcanza,  
 Nada al cabo perderás.  
 Irás hasta donde quieras,  
 Y dó te canses quedar  
 Te puedes, y desde allí  
 A España te tornarás;  
 Puesto que es justo que pague  
 Ida y vuelta mi caudal.

*Aurora.* Mas ¿porqué con tanta prisa  
 El partir determinais?  
 ¿Qué mal estamos aquí?

*D. Juan.* Ello ha de ser: tú verás,  
 Pues, lo que mas te conviene,  
 Porque yo no puedo ya  
 El fastidio de la corte  
 Por mas tiempo soportar.

Si yo no vivo á mi antojo  
 Sin que rey ni autoridad  
 A darme venga consejos  
 Que yo al fin no he de tomar;  
 Si no dejo este prestado  
 Carácter de gravedad,  
 Si no riño, y ronde, y juego  
 Cual fuere mi voluntad,  
 Con las rentas que me sobran  
 Y todo el favor real,  
 De fastidio y de inaccion  
 Creo que me he de secar.  
 Y he aquí que te he hablado  
 Con franqueza y con verdad  
 Mi intencion, y en ella estoy  
 Tan resuelto, y tan tenaz  
 Voy á mantenerme en ella,  
 Que de tu amor á pesar  
 Si seguirme no te place  
 Por despedido me da.

*Aurora.* Pero, Don Juan...

*D. Juan.*

Con el alba

Parto.

*Aurora.* Tal tenacidad  
 Da á entender que para ello  
 Razones grandes habrá.

*D. Juan.* ¡Si por Dios! la alegre vida  
 Que llevo, mi mocedad  
 Aprovechando, los lances  
 A que mil veces lugar  
 Di con juveniles ímpetus  
 Que no modero jamás,  
 Sé que han sido consultados  
 Con el santo Tribunal,  
 Que un dia ú otro es preciso  
 Que me venga á amonestar,  
 Lo cual por mas que sea en balde  
 Sé que me molestará.

Y aqui iba ya de su plática  
 El libertino Don Juan,  
 Cuando dos aldabonadas  
 La vinieron á turbar  
 Que asentaron en la puerta  
 De la casa en donde están.  
 Abrió el mozo la ventana  
 Diciendo airado: « ¿Quién va?  
 — La justicia, respondieron.  
 — Venga la justicia en paz,  
 Repuso Don Juan: mas ahora  
 ¿Qué negocio aquí la trae?  
 — Una prision que esta noche  
 Tiene en vos que ejecutar.  
 — ¿En mí?

— En vos, y las personas  
 En cuya compañía estais.  
 Abrid, pues, á la justicia  
 O á las resultas mirad. »

Quitóse de la ventana  
 Don Juan, y vuelta la faz  
 A Aurora que sin aliento  
 Yacia sobre el sofá  
 Dijo : « En vano es resistir :  
 Si os teneis de qué acusar  
 Mirad si hay parte que paso  
 Franquee á la vecindad,  
 Mientras que yo los detengo  
 Mal que pese á Satanás. »  
 Mas viendo que en vez las dos  
 De asir con celeridad  
 De uno ú de otro partido  
 Se soltaron á llorar,  
 Dijo : « A mí no me conviene  
 Contra el santo Tribunal  
 Hacer armas, porque nada  
 Pueden contra mí probar. »  
 Y en la escalera llamando  
 Al page que con él va,  
 Mandóle á los que venian  
 Francas las puertas dejar.  
 Entró el jefe de las rondas  
 Del juez Osorio, y el tal,  
 Al mancebo saludando  
 Con cortés urbanidad,  
 Díjole : « Siento teneros,  
 Siendo quien sois, que tratar  
 Así, mas daos, señor,  
 Preso por su majestad. »  
 Don Juan que no vió libreas  
 Del santo Oficio, y á mas  
 Conoce perfectamente  
 A quien hablándole está,  
 Le dijo á su vez con tono  
 De amenaza : « Meditad  
 Lo que vais hacer, buen hombre,  
 Porque si os atropellais  
 Y una sinrazon conmigo  
 Cometéis, os va á pesar.  
 Yo soy noble, y como noble  
 Dependo de autoridad  
 Competente á la nobleza,  
 Y el rey llevarálo á mal.  
 — Señor, dentro de un momento  
 Os podeis justificar  
 Delante del mismo rey,  
 Que es quien me ordena así obrar.  
 — ¿El rey me manda prender?  
 — Por el juzgado especial  
 Del juez Don Miguel de Osorio.  
 — En ese caso guiad;  
 Pero estas damas...  
 — En tanto  
 Aseguradas no mas  
 Quedan, que esteis preso vos :  
 Pero si por libre os dan,  
 Mañana mismo con vos

Quedarán en libertad. »  
 Y esto diciendo, y tomando  
 El estoque de Don Juan,  
 Mandó el jefe de la ronda  
 Una litera acercar  
 Que dejó de aquella casa  
 Esperando en el portal,  
 Y hácia el juzgado volvieron  
 Sus pasos á enderezar.

## CAPITULO V.

EL REY Y DON MIGUEL DE OSORIO.

*El Rey.* Igual á vos en nobleza  
 Es, Don Miguel; y el valor  
 De la estirpe en que ha nacido,  
 A la en que nacisteis vos  
 Iguala si no aventaja.  
 Él su palabra empeñó  
 Delante ayer de mi corte,  
 Y no merece el honor  
 De quien es la torpe mancha  
 De tan fea inculpacion.  
 Creedme, Osorio, aquí os ciegan  
 La cólera y el dolor,  
 Y os disculpo la osadía  
 Mirando á vuestra afliccion.  
 Comprendo bien cómo en ello  
 El pesar os arrastró,  
 Y desde el primer momento  
 En vuestra imaginacion  
 A Don Juan, contrario vuestro,  
 Supusisteis el autor  
 De su muerte : pero de ello  
 Ni teneis justa razon,  
 Ni presentais una prueba :  
 Con que miradlo mejor,  
 Y pues podeis en justicia,  
 Y cual sabio diestro sois,  
 Emprended de este atentado  
 La justa averiguacion.  
 Para todo os autorizo,  
 Y puesto que tambien vos  
 Sois á par el ofendido,  
 Sed el juez y el vengador.  
*Osorio.* Señor, no os di concluyentes  
 Pruebas, no : teneis razon,  
 Sé que jamás lograré  
 Con las que tengo hasta hoy  
 Convenceros de lo cierto :  
 Mas considerad, señor,  
 Que llevo ya muchos años  
 De juez, y que tengo yo  
 La esperiencia que me guia  
 Y me alumbrá la razon.  
 Don Juan es ahijado vuestro,  
 Su padre siempre os sirvió  
 Con lealtad, é indulgente

Tal vez con el hijo vos,  
 No veis á Don Juan como es  
 Sino como ser debió.  
 Nació noble, sí, á la sombra  
 De vuestra real proteccion;  
 Como á tal honra cumplia  
 Con esmero se crió,  
 Mas no olvideis que las gentes  
 A quienes su educacion  
 Se fió fueron contrarios  
 De mi raza, y en su pro  
 Del noble mozo aguardaban  
 Mucho bien de su favor.  
 Por ello tal vez las prendas  
 De que el Señor le dotó  
 Por igual no cultivaron;  
 Y atendiendo al exterior,  
 Se cuidaron poco ó nada  
 De su jóven corazon.  
 Porque, aunque sintais oirlo,  
 Sabedlo al cabo, señor;  
 Don Juan es un libertino  
 A quien se disimuló  
 Atendiendo á que vos érais  
 Su padrino y protector.  
 Vos, señor, de su conducta  
 Nunca habeis visto sino  
 Su gracia y su gentileza,  
 Su osadia y su vigor:  
 Y los que en vos conocian  
 Hácia él tal predileccion,  
 Tal vez para daros gusto  
 Os le pintaron mejor.  
 Mas yo sé su vida entera,  
 Y sus secretos me son  
 Conocidos lo bastante  
 Para insistir sin temor  
 De ofender la majestad  
 En mi grave acusacion.

*El Rey.* Osorio, bien pueden ser  
 Buenas pruebas para vos  
 Las que para los demas  
 Solo conjeturas son.  
 Sé que para osar á tanto  
 Sin duda que os asistió  
 Grave causa, y que lo haceis  
 Tras seria meditacion.  
 Ya os dije, pues, que os otorgo  
 Autoridad superior  
 A la que os compete en esto,  
 Pero en consideracion  
 Tened la persona en quien  
 Echais mancha tan atroz,  
 Y no obreis contra persona  
 De quien os respondo yo.  
 Averiguad, inquirid  
 Cuanto vuestra prevision  
 Y vuestra esperiencia alcancen

Justo y recto: pero no  
 Sin fundamento palpable  
 Llegueis hasta la prision  
 De Don Juan, pues siendo vuestro  
 Contrario, murmurador  
 El vulgo os lo ha de tildar  
 Si sale una sinrazon.  
 Por orden mia á Don Juan  
 Esta noche se prendió;  
 Que entre, y en vuestra presencia  
 Yo mismo declaracion  
 Le tomaré, y os protesto  
 Que si un crimen cometió  
 Tan villano, de las leyes  
 Caerá en él todo el rigor.

Esto del rey Don Felipe  
 En la oculta habitacion  
 Entre él y el alcalde Osorio  
 Aquella noche se habló:  
 Y mientras que en la real cámara  
 En esta conversacion  
 Tan hondamente empeñados  
 Estaban ambos á dos,  
 En la próxima antesala  
 Don Juan en calma esperó  
 A que saliera el alcalde  
 Para optar al mismo honor.  
 Y no en balde: en el real nombre  
 A llamarle el juez salió,  
 Y con sereno talante  
 En la régia habitacion,  
 Delante del mismo juez  
 Activo Don Juan entró,  
 Y á los piés del rey postrándose  
 Dijo: « Me dicen, señor,  
 Que en nombre vuestro me prenden,  
 Y aunque no sé la razon,  
 A daros cuenta de mí  
 Héme aquí pronto, señor. »

EL REY, DON JUAN, EL ALCALDE.

*El Rey.* Don Juan, Don German de Osorio  
 Murió anoche: en una calle  
 A la espalda de la Antigua  
 Hallaron hoy su cadáver;  
 Y á la enemistad mirando  
 Que con él tuvisteis antes,  
 Os acusan de su muerte.  
*D. Juan.* Señor, antes de cuidarme  
 De mi defensa, os suplico  
 Que exijais pruebas palpables  
 Del crimen de que me acusan,  
 Puesto que si es quien lo hace  
 Don Miguel de Osorio, tío  
 Del muerto, no puede parte  
 Y juez ser en un delito

En que no hay pruebas bastantes.

*El Rey.* ¿Negais, pues, que fuisteis vos  
Quien le mató?

*D. Juan.* Sincerarme

No necesito, señor,  
Segun veo : en semejante  
Caso nos pusimos ambos  
Mil veces, y siempre iguales  
Salimos, dejando en duda  
El éxito del combate :  
Que ambos éramos valientes,  
Y ambos éramos leales.

*El Rey.* Segun declaran peritos,  
Un traidor debió matarle  
Por la izquierda, mientras otro  
Le atacaba por delante.

*D. Juan.* Yo jamás he acudido  
A traiciones semejantes,  
Ni para cita ó pendencia  
Llevé en compañía á nadie.

*El Rey.* Anoche á vuestra posada  
Volvisteis, Don Juan, muy tarde.

*D. Juan.* Puedo probar donde estuve  
Hora tras hora.

*El Rey.* Se sabe  
Que hasta las once en la casa  
De unas damas os hallásteis  
Que en el mismo barrio viven.

*D. Juan.* Mas fui despues bien distante  
De allí á casa conocida  
De todos.

*El Rey.* Dónde.

*D. Juan.* A la calle  
De Santiago, y á la casa  
Del oidor Palomares.

*El Rey (al alcalde).* ¿Que está poco mas  
ó menos

Frente de la vuestra ?

*Osorio.* Casi  
Frente á frente.

*D. Juan.* Y bien pudisteis  
Cuando de ronda os marchásteis  
Verme; en su balcon estábamos  
Por el calor.

*Osorio.* No era fácil  
Que os distinguiera, la noche  
Era muy lóbrega.

*El Rey.* Tales  
Son sus señas, que engañado  
Podeis estar vos, alcalde.

*Osorio.* Señor, bien pudiera ser,  
Que todo en lo humano cabe :  
Mas no lograis convencerme,  
Y no habré de retractarme.

*D. Juan.* La enemistad que me tiene,  
Señor, no puede ocultarse,  
Y puede ser que si yo  
Su acusador me tornare...

*Osorio.* Vos mi acusador, ¿de qué?

*D. Juan.* De lo que á mí me imputásteis.

*Osorio (al Rey).* ¿Señor, oís?

*D. Juan.*

Es sabido

Que debiais heredarle,  
Y aunque pasais por ser hombre  
De una conducta intachable,  
De costumbres muy severas,  
De generosidad grande,  
Yo tambien pasé por noble,  
Sin que hasta hoy se me negase  
Valor que está bien probado,  
Y me acusais de cobarde :  
Perdonad, pues, si os acuso  
De avaro, señor alcalde,  
Pues las pruebas que alegamos  
Ambos á dos son iguales.

*El Rey.* Ya veis que os devuelve, Osorio,  
La acusacion y el ultraje  
Con razones de igual peso.

*Osorio.* Señor, para sincerarme  
De esa acusacion tendremos  
Pruebas mas incontestables,  
Testigos de entero crédito  
Y cuentas harto cabales.  
Negar, no es probar que es falsa  
La acusacion.

*D. Juan.* Creo en balde  
Vuestro empeño, señor juez,  
Si testigos que declaren  
No teneis, ni prenda, ó rastro  
Que me descubra ó delate  
Como autor de tal delito.  
Fuí su enemigo, las paces  
Se hicieron de orden del rey  
Ayer mismo aqui, y ¿quién sabe  
Si otro enemigo escondido  
Halló ocasion de vengarse,  
Dando por cierto que á mí  
Su obra habrian de achacarme?  
¿De una estocada traidora  
Decís, y entre dos matáronle?  
Hallad, si podeis, el otro  
Que tuvo que acompañarme,  
Y si él dice que por mí,  
Y mientras yo por delante  
Con él reñí, por detrás  
Él le asesinó cobarde,  
Aun faltará que nos prueben  
Que yo le dije que obrase  
De este modo, ó por su antojo  
Dió en vileza semejante.  
Porque decir que á un Osorio  
Así ha podido matarle  
Un solo hombre, dándole á él  
Tiempo para prepararse,  
Cosa es que creerán no mas  
Que mugeres, ó patanes,

Que no conocen por zafios  
De las armas los achaques.

*El Rey.* Alcalde Osorio, bien dice :  
Y pues se encontró el cadáver  
Con la espada todavía  
Empuñada, es indudable  
Que sucumbió defendiéndose :  
Que solo un hombre matarle  
Con golpe tal no ha podido ;  
Y que siendo en este lance  
Necesarios dos, y habiendo  
Solo uno, es fuerza que baste  
De injustas acusaciones ;  
Echad, pues, por otra parte,  
Y en paz dejad á Don Juan  
Que os perdona lo que errásteis.

*Osorio.* En paz se vaya, señor ;  
Mas que en su vida no aparte  
De la memoria, que yo  
He de encontrar al culpable  
O he de morir en la empresa :  
Con que á su alma demande  
Si está culpado ó si no,  
Porque aunque diez años pasen,  
Yo tengo de dar con él  
Y para Dios nunca es tarde.

Y así el alcalde diciendo  
Del aposento se sale,  
Dejando al rey y á Don Juan  
Bruscamente : « Dispensarle  
Debeis, dijo Don Felipe,  
Porque sin juicio le trae  
El duelo por su sobrino.  
Pero es de los mas sagaces  
Hombres que existen, Don Juan,  
Y al fin es fuerza que indague  
La verdad ; si la sabeis,  
Decidla y será mas fácil  
Perdonaros, confesando,  
Que cuando el juez os ataje.  
—Señor, llegado á tal punto,  
Dijo Don Juan, no me cabe  
Mas deber para cubrirme  
De imputacion tan infame,  
Que el de callar y pedir  
Pruebas ciertas y legales.  
Me acusa, pues que demuestre  
Su acusacion, ó el ultraje  
Me satisfaga, que en ello  
Tan villanamente me hace. »

#### CAPITULO VI.

EN DONDE SE DEMUESTRA QUE EL JUEZ ERA  
HOMBRE QUE LO ENTENDIA.

Terrible y fatigosa  
Fué la noche que el juez consigo mismo

I.

Pasó luchando ; y triste y angustiosa  
Pesadilla interior, su ánimo acosa.  
Su probada esperiencia,  
Su pericia y su gran conocimiento  
De los hombres y el mundo,  
Han dado á su conciencia  
Ciego, íntimo, profundo,  
Formal convencimiento  
De que solo Don Juan de su sobrino  
Pudo ser el incógnito asesino.  
Pero por mas que en su agitada mente  
Revuelve los indicios y sospechas,  
De que asaltada sin cesar la siente,  
Conoce que es su fuerza insuficiente  
Y que en el aire están fundados y hechas  
Al preguntar el rey al caballero,  
Y al contestar Don Juan á sus preguntas,  
Ha comprendido bien su ojo certero  
Que tras de su semblante noble y fiero  
La astucia y la maldad estaban juntas,  
Y que temblaba el corazon culpado  
Tras la serena faz del acusado.  
« Si del crimen capaz no hubiera sido,  
Decia el juez, ¿hubiérale ocurrido  
Que otro por ambicion lo que él por ira  
Hubiera cometido ?

¿La mano de un solo hombre no ha podido  
Causar herida tal? ¿Sueño, mentira !  
En los lances de un duelo  
No hay imposible golpe : no hay certera  
Comprension que desmienta ó asegure  
Lo que en manos no mas está del cielo.  
No... si un hombre bizarro se defiende,  
Y un raudo esfuerzo del que triunfo espera  
Le falla, ó un tropiezo cualesquiera  
Del enemigo ante los piés le tiende,  
¿Quién dice que un traidor á salva mano  
Si una venganza desleal pretende,  
No le asesta á su vez golpe villano  
Que al mas perito incomprendible sea  
Como él ejecutarle no le vea ?  
¿Quién es el que asegura  
Que al hidalgo en las armas mas maestro,  
Acometido en una noche oscura  
Por quién si débil mas, siendo mas diestro,  
Con una estratagema prevenida,  
Conociendo del otro la nobleza  
No la puede quitar, por vil destreza,  
Con la serenidad la noble vida ?  
¿Quién afirmar podria  
Que el mas noble y valiente caballero,  
De cólera embriagado,  
Y en el apuro del combate fiero,  
Del triunfo con la sed no intentaria  
Lo que él mismo á pensarlo á sangre fria  
Mirara como bárbaro atentado? »  
Y de este modo Osorio discurría  
Inventando maneras y ocasiones,

34

Tomando y desechando á un tiempo mismo  
 Por buenas y por vanas sus razones.  
 Revolvía afanado en su memoria  
 Los recuerdos que inquieta le traía  
 De su azarosa juventud la historia :  
 Los azares y golpes de fortuna  
 Que oyó contar, ó presenció en la guerra,  
 Que en tiempo antiguo y conquistada tierra  
 Se vió á hacer obligado  
 Con el Emperador : y una por una  
 Las lecciones contaba  
 Que del maestro en la niñez tomaba,  
 Y los distintos golpes  
 Que habia en ellas recibido y dado,  
 Mas con el golpe matador no daba.  
 Al fin, en tal vigilia  
 Y en tal desasosiego  
 La aurora le cogió : del lecho fuera  
 Despechado saltó; vistióse luego,  
 Y á la calle salió calma buscando  
 En la frondosidad de la pradera,  
 Y en el ambiente perfumado y blando  
 Que deja tras de sí la primavera.  
 Pálido, distraído,  
 Sin objeto ni término cruzaba  
 Las calles y las plazas, absorbido  
 En la idea fatal que le acosaba.  
 Bajó del Espolón á las moreras,  
 Y mil veces cruzó desatinado  
 Del uno á otro lado,  
 Hasta que del Pisuerga en las riberas  
 Se tendió fatigado.  
 Callado, melancólico y sombrío,  
 Distracción no encontrando ni consuelo  
 En las ondas monotonas del río,  
 Tornó los ojos suspirando al cielo.  
 Y en el diáfano azul que el sol de oriente  
 Bañaba en resplandor, buscaba en vano  
 Un rayo que á su mente  
 Inspirara un impulso soberano.  
 Así por largo trecho  
 Contempló vagamente,  
 Al són de los latidos de su pecho  
 Las nubes, que extendiendo lentamente  
 Sus contornos formados de vapores,  
 Pasaban impelidas por el viento,  
 Cambiando de contornos y colores.  
 Y manchando el azul del firmamento;  
 Y en tanto así que en la inacción yacía,  
 Pasaba el tiempo y avanzaba el día.  
 Mas hé aquí que instigado  
 Por feliz pensamiento repentino  
 Se levantó agitado :  
 Y blandiendo la vara con que muestra  
 La noble autoridad de su destino,  
 A manera de espada,  
 Cual á un sér invisible acometiendo,  
 Marcó lanzando un grito una estocada

En el aire, soltó una carcajada,  
 Y echó de la ciudad por el camino,  
 De este modo diciendo :  
 « Déjeme Dios de su divina mano  
 Si no cae en la red ese villano. »

Tornó á su casa; entróse en su aposento  
 Y el ropón y la vara abandonando,  
 Hizo que le sirvieran al momento  
 Traje comun, que sin insignia alguna  
 De autoridad ni mando.  
 Sobre él no fuera la atención llamando.  
 Ciñóse á la cintura  
 Largo y templado estoque toledano,  
 Y cambiando del todo su figura,  
 Tornándose de juez en cortesano,  
 Con gentil apostura  
 Y sereno semblante,  
 Hacia la casa de Don Juan tomando.  
 Las calles adelante,  
 Llegó á su puerta, y recibido en ella,  
 Dó se hallaba Don Juan, se entró arrogante.

*D. Juan.* ¿Quién á mi cuarto llega de este modo?

*Osorio.* Soy yo, señor Don Juan, y en dos palabras.

Vais á entenderlo todo.

Anteanoche German murió en la calle  
 Y á mi se me ha metido en la cabeza  
 Que nadie mas que vos pudo matarle;  
 No hay prueba que atestigüe  
 Del hecho la certeza,  
 Ni hay modo de que nada se averigüe.  
 Mas como quier que sea,  
 Y en vista de que el reo no parece,  
 Tanto mi duelo y mi coraje crece,  
 Que yo os vengo á sacar á la pelta.

*D. Juan.* Señor juez...

*Osorio.* Señor mío,

Yo tambien soy Osorio; y el pustrero  
 De vuestra raza vos, yo de la mia.  
 El uno contra el otro en este día  
 Nuestro odio y nuestro brio  
 Mostrando, uno de entrambos de la vida  
 Es preciso, Don Juan, que se despidan.  
 Con que así sutilezas apartemos  
 É inútiles excusas,  
 Y salgamos al campo y acabemos.  
 Mozo sois y valiente;  
 Y aunque empieza el cabello  
 Un poco á encanecer sobre mi frente,  
 No ha perdido por ello  
 Mi corazon y brazo la firmeza  
 Que requiere nuestro odio y mi nobleza.

*D. Juan.* Miradlo, señor juez, maduramente,

Vos sois quien viene á provocarme al duelo

Y yo porque ninguno torpemente  
Sospeche acaso que me dais recelo,  
Y porque sois el agresor, el trance  
Admito solamente.

*Osorio.* Bueno está: protestad lo que quisiéreis

Que yo por satisfecho  
Del todo me daré, como os batiéreis,  
Y echad la culpa sobre mi de lo hecho.

*D. Juan.* Ved que os repito, *Osorio.*

*Osorio.* Concluyamos:

Si no admitís el duelo no os estrañe:

Que dó quier que os encuentre  
A cuchilladas por cobarde os entre.

*D. Juan.* ¡Vive Dios!

*Osorio.* Así os quiero.

*D. Juan.* Vamos.

*Osorio.* Vamos.

Y tomando en la calle al caballero  
Que primero encontraron por padrino,  
Con largo paso y continente fiero  
Al campo enderezaron el camino.

Por fuera del Campo Grande,  
Y á sombra de las paredes  
De su cerca, están con brio  
*Osorio* y *Don Juan* batiéndose.  
Es hombre el juez de buen brazo,  
Y grande esperiencia tiene  
De las armas, y aunque diestro.  
Es *Don Juan*, recio y valiente,  
El juez le busca las vueltas.  
Tan sagaz, y le acomete.  
Con tal prisa, que *Don Juan*  
Con trabajo se defiende.  
El padrino, que contempla  
En silencio el duelo, teme  
Por el mozo, aunque tal vez  
Ve en *Osorio* que no quiere  
Quitar á *Don Juan* la vida  
Que ha podido ya dos veces.  
Con vigor se baten ambos,  
Mas *Don Juan* terreno pierde  
De tal modo que la espalda  
Casi junto al muro tiene.  
En aquel trecho del muro  
Se abría precisamente  
Un postiguito escusado  
Al huerto perteneciente  
De los padres capuchinos:  
Y allí es á lo que parece  
Donde *Osorio* á su contrario  
Quiso llevar diestramente.  
El padrino, que á *Don Juan*  
Vió cerca de los dinteles  
Del postigo, á tropezar  
Próximo si no lo advierte,

Y á caer por un percance  
Del terreno, fué á ponerse  
De aquel lado porque entrambos  
A terreno igual viniesen.  
Mas en el instante mismo  
En que él empezó á moverse,  
Y hácia el lado de *Don Juan*  
Ganó la vuelta, con fuerte  
Voz exclamó el diestro juez:  
«¡No le asesines, detente!»  
A esta voz volvió *Don Juan*  
Por la derecha, y metiéndole  
El juez su espada de pronto  
Por el costado al volverse,  
Dijo: «Esta fué la estocada  
«Que á *Don German* dió la muerte,  
«Y tal se la disteis solo,  
«Aunque hecha entre dos parece.»  
*Don Juan*, al oír al juez  
Este hablar tan de repente,  
Y la espada por su taza  
Asegurada sintiéndose,  
Palideció, y sin aliento  
Quedó del *Osorio* enfrente.  
Quiso mediar el padrino  
Que nada de esto comprende,  
Dando por vil el combate  
Y acabado malamente;  
Mas envainando su estoque  
El alcalde, é imponiéndole  
Silencio, dijo al manco:  
«*Don Juan*, la vida debeisme,  
Pues si hago encarnar mi espada  
Por ahí os entra la muerte;  
Mas solo quise marcaros,  
*Don Juan*, y poner patente  
Que esa estocada es la vuestra.  
Negadlo ya si pudiéreis.»  
Y de esta manera *Osorio*  
Con firme ademán diciéndole,  
Dándoles á ambos la espalda  
Se alejó de ellos riéndose.

#### CONCLUSION.

*El Rey.* *Osorio*, no os conseis: será posible  
Como vos lo decís, mas no indudable  
Cual la ley lo requiere:

Y me habeis de encontrar inexorable.

*Osorio.* Sea, señor, pero de vos apelo...

*El Rey.* ¿De mí? ¿y á quién?

*Osorio.* Al tribunal del cielo.

Hay un Dios, cuya ciencia es infinita;

Cuya suma justicia es infalible;

Cuyo castigo el mas sagaz no evita.

Y que al justo protege,

Y ante cuyo poder fuerza es que ceje

El humano poder, y en quien confío.

Que si aquí la razon está en mi abono  
La declare por fin en favor mio.

*El Rey.* Mas yo no alcanzo...

*Osorio.* Si Don Juan me jura  
Sobre los sacrosantos Evangelios,  
Y al lado de la abierta sepultura  
De mi sobrino Don German de Osorio,  
Que no tuvo en su muerte parte alguna,  
Y evoca su cadáver por testigo  
En el nombre de Dios, doy por notorio  
Que es inocente, y sobre mí tan solo  
Como calumniador caiga el castigo.

*El Rey.* Sea como decis: mas vive el cielo  
Que si jura Don Juan, como os lo digo,  
Morireis en vez suya,  
Sin que atienda en tal caso mi justicia  
Razon alguna que por vos arguya!

*Osorio.* Acepto la partida,  
Señor: mas creo en Dios sinceramente,  
Y si Dios me abandona claramente  
Perderé, no la fé mas sí la vida.  
Porque os juro, señor, que si llegara  
A faltarme esta fé solo un momento,  
Por no caer en la duda me matara.

*El Rey.* Pues aprontad lo que haga á  
vuestro intento

Para que preste ese hombre juramento:  
Mas si con prueba tal no da aun certeza,  
Acepto por la dél vuestra cabeza.

Y con palabras tales  
Despidió el rey Felipe al juez Osorio:  
Y de el juicio de Dios fallo inconcuso  
A aquel sangriento caso apeteciendo  
Cada cual á aceptarlo se dispuso.

Y apenas aquella noche  
Tendió su manto de sombra  
Por las animadas calles  
De la ciudad bulliciosa,  
Cuando de un gótico templo  
En una capilla lóbrega  
Lentamente se reunian  
Hasta unas doce personas.  
El obispo diocesano,  
Vestido cual la católica  
Iglesia requiere en sus  
Sacrosantas ceremonias,  
Estaba junto á un sepulcro  
Sentado en una poltrona,  
Y á su izquierda el juez Osorio  
Con su golilla y su toga.  
Don Juan estaba tambien  
Allí, apartado en la sombra  
De un ángulo, con altiva  
Espresion irreligiosa.  
Los demas eran dos pages  
Del obispo, y las muy doctas

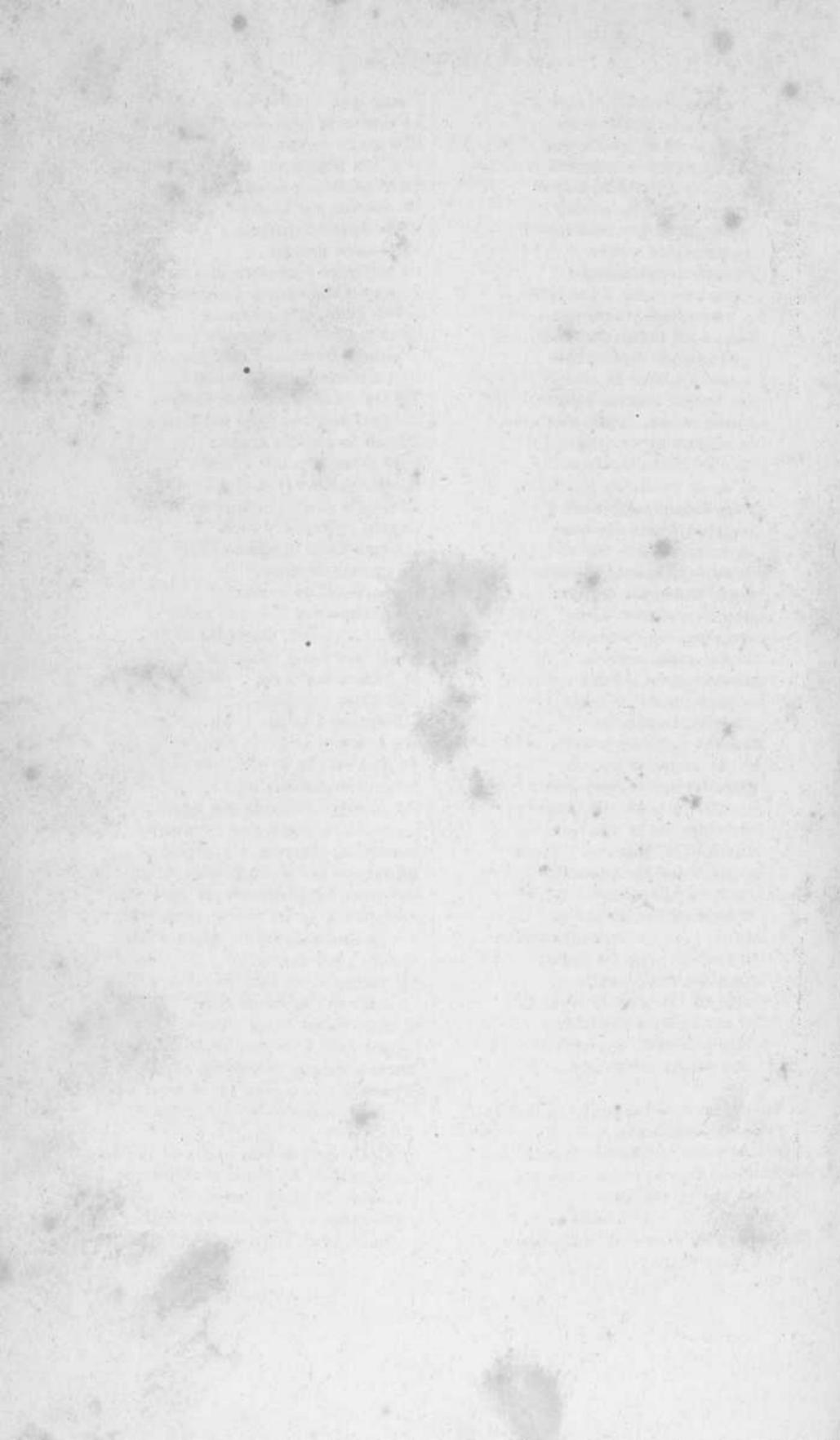
Personas de dos canónigos,  
Y curas de la parroquia.  
Pasaron breves momentos  
De quietud tan silenciosa  
Entre aquellos personajes,  
Y el reló marcó la hora  
De las siete de la noche:  
En cuyo punto con torva  
Faz entró el rey Don Felipe  
En la capilla. Con honda  
Reverencia saludáronle  
Todos, y á todos con corta  
Inclinacion de cabeza  
Contestando: « ¿Están ya todas  
Las cosas dispuestas? » dijo,  
Y á un sí, de la voz sonora  
Del obispo, replicó  
El rey: « Manos á la obra. »  
Con la régia dignidad  
Que resalta en su persona,  
Marcó á cada cual el sitio,  
Y obligacion que le toca.  
Púsose el obispo en pié;  
Alzaron la suelta losa  
Del sepulcro que hay en medio  
De aquella capilla gótica;  
Y descubierto el cadáver  
De Don German, por las hojas  
De los santos Evangelios  
Abriendo un misal, y antorchas  
Aproximando á sus páginas,  
Con tono que no denota  
Ira ni piedad, el rey  
Dijo á Don Juan: « Hoy evoca  
« Don Miguel de Osorio el alma  
« De este mozo, á quien traidora  
« Mano mató, en contra vuestra,  
« Porque accion tan alevosa  
« Os atribuye, y del cielo  
« La justicia protectora,  
« Porque muestre si culpado  
« Estais ó inocente, invoca.  
« Si con una mano puesta  
« En las sacrosantas hojas  
« De estos santos Evangelios,  
« Y en el cadáver la otra,  
« Jurais que no fueron ellas  
« De su asesinato autoras,  
« Y no hay antes un testigo  
« Que declare en vuestra contra,  
« Quiere Don Miguel de Osorio  
« Que recaiga en su persona  
« El castigo que las leyes  
« Por calumniador le impongan.  
« Jurad, pues, señor Don Juan:  
« Y de los cielos la cólera  
« Invocad contra el culpable  
« Que en el misterio se emboza,

« Y el testimonio del cielo,  
 « Para quien oculta cosa  
 « No hay en la tierra, que el velo  
 « De su misterio descorra. »  
 Dijo el rey : y dió Don Juan  
 Un paso adelante, pronta  
 Obediencia al rey mostrando  
 Y la serenidad propia  
 De quien inocente está :  
 Tendió una mano á las hojas  
 Del santo libro, espresion  
 Dando á su rostro diabólica,  
 Y estendiendo lentamente  
 Hácia el cadáver la otra,  
 Para hablar tomaba aliento,  
 Cuando recias, secas, cóncavas,  
 Dos aldabadas se oyeron  
 Que una mano vigorosa  
 Dió en la puerta de la iglesia,  
 Cuyas aldabadas roncadas  
 Ahogaron de las palabras  
 Los sonidos en su boca.  
 Por un instantáneo impulso  
 De una universal zozobra  
 Interior quedaron todos  
 Inmóviles, con recóndita  
 Pavura, esperando ver  
 Quien llega así á tales horas.  
 Un page del rey á poco  
 Entró con respetuosa  
 Atencion, yéndose al rey  
 Y anunciando la persona  
 De un embozado, que dice  
 Que allí su presencia importa  
 Por testigo de la muerte  
 De Don Juan. Quedóse atónita  
 La gente con tal anuncio,  
 Y una sonrisa sardónica  
 Contrajo los labios pálidos  
 De Don Juan, como quien honda  
 Conviccion tiene de que es  
 Imposible que deponga  
 Nadie en esto con verdad,  
 Por ser aquesta una historia,  
 Como enredada improbable,  
 Como oculta misteriosa.

Mas entrando á tal punto en la capilla  
 Un sombrío embozado,  
 Dijo al rey Don Felipe de Castilla  
 Al ataud de Don German llegado :  
 « Yo fui el solo testigo  
 De la muerte de este hombre :  
 Y que es Don Juan el asesino digo :

Puesto que él no osará de Dios en nombre  
 Lo contrario jurar aquí conmigo. »  
 Dijo así el embozado :  
 Y el són ignoto que su voz produjo  
 En el pecho espantado  
 De cuantos allí estaban, desusado  
 Pavor hondo introdujo.  
 El anciano prelado,  
 De agitacion recóndita movido,  
 Preguntó con acento decidido  
 A Don Juan, que aterrado  
 Contemplaba al incógnito embozado :  
 « ¿Jurais ó no?... » y Don Juan en un acceso  
 De satánico orgullo y osadía,  
 Tal vez de confianza con exceso,  
 Sobre el sagrado libro del cristiano  
 Tendió la abierta mano :  
 Pero posada apenas la tenía  
 Sobre aquella evangélica Escritura  
 Cuando la mano descarnada y fria  
 Cuanto inflexible y dura,  
 Del embozado incógnito sobre ella  
 De repente cayendo,  
 Y apartando el embozo,  
 Hizo exhalar al libertino mozo  
 Un ¡ay! mortal, desesperado, horrendo.  
 Cayó ante aquel incógnito de hinojos  
 El misero Don Juan : y en el testigo  
 Misterioso y potente  
 Claváronse á la par todos los ojos,  
 Y á todos el misterio fué patente.  
 Aquella en que se envuelve larga capa  
 No un sér humano tapa :  
 Cubre solo de bronce una figura,  
 Emboza solamente una escultura.  
 Inmóviles, absortos, sin aliento  
 Mostrando en los semblantes su pavura  
 Quedaron los presentes un momento  
 Presa todos de un mismo pensamiento.  
 Y entonces aquel sér á quien divino  
 Aliento y sér anima,  
 Así exclamó con sobrehumano acento  
 « Jamás se invoca en vano  
 El favor de los cielos soberano :  
 En una calle á mi mansion contigua  
 Murió German : testigo del villano  
 Crimen fui yo : mas véngale mi mano,  
 Yo soy el Crucifijo de la Antigua. »

Quedó muerto Don Juan : de la capilla  
 Despareció en un punto la escultura,  
 Y movido de la alta maravilla  
 El juez Osorio, abandonó á Castilla  
 Y murió de un convento en la clausura.



# ÍNDICE.

*Zorrilla, el mayor de los poetas cristianos  
(A. de Valbuena)*

	Pag.		Pag.
DON JOSÉ ZORRILLA. . . . .	1	La sorpresa de Zahara, romance de	
PRÓLOGO. . . . .	XLV	1481. . . . .	49
<b>COMPOSICIONES DIVERSAS.</b>			
<b>PRIMERA PARTE.</b>			
A la memoria desgraciada del joven li-		A los individuos artistas del liceo. . .	55
terato D. Mariano José de Larra. . .	1	El amor y el agua. . . . .	56
A Calderon. . . . .	2	A la muerte de ***. . . . .	58
Toledo. . . . .	3	La orgía. . . . .	59
El reló. . . . .	5	El canto de los piratas, traduccion de	
La luna de enero. . . . .	6	Victor Hugo. . . . .	60
A una muger. . . . .	7	Oriental. . . . .	ib.
Oriental. . . . .	9	La plegaria. . . . .	61
A Venecia. . . . .	ib.	La juventud. . . . .	62
Un recuerdo y un suspiro. . . . .	11	La amapola. . . . .	64
A Don Jacinto de Salas y Quiroga. . .	12	La noche y la inspiracion. . . . .	ib.
A ***. . . . .	13	Un recuerdo del Arlanza. . . . .	67
Oriental. . . . .	14	A buen juez mejor testigo, tradicion de	
La meditacion. . . . .	15	Toledo. . . (A). . . . .	70
A la estatua de Cervantes. . . . .	ib.	<b>TERCERA PARTE.</b>	
Elvira. . . . .	17	A Roma. . . . .	77
La tarde de otoño. . . . .	18	La noche inquieta, fantasia. . . . .	79
Indecision. . . . .	19	Soledad del campo. . . . .	79
Oriental. . . . .	21	Soneto. . . . .	86
Romance. . . . .	ib.	A Blanca. . . . .	ib.
A un torreón. . . . .	22	Oda. . . . .	87
La noche de invierno. . . . .	ib.	La margen del arroyo. . . . .	89
Recuerdos de Toledo. . . . .	24	Al último rey moro de Granada, Boab-	
<b>SEGUNDA PARTE.</b>			
A mis amigos Don Juan Donoso Cortés		dil el Chico. . . . .	91
y Don Nicomedes Pastor Diaz. . . . .	27	El velo, traduccion de Victor Hugo. . .	97
(1) El día sin sol. . . . .	ib.	Vanidad de la vida, fantasia. . . . .	ib.
Inconsecuencia. . . . .	32	Tenacidad. . . . .	98
La torre de Fuensaldaña. . . . .	35	Honra y vida que se pierden no se co-	
La duda. . . . .	37	bran, mas se vengán, leyenda. . . . .	99
Para verdades el tiempo y para justi-		Soneto. . . . .	112
cias Dios, tradicion. . . . .	38	Tempestad de verano. . . . .	ib.
(2) La Virgen al pié de la cruz. . . . .	44	Recuerdo á N. P. D. . . . .	115
Napoleon. . . . .	47	A la niña C. D. E.. . . . .	117
		A una calavera, fantasia. . . . .	118
		<b>CUARTA PARTE.</b>	
		Las hojas secas. . . . .	123

(1) 3 obras, de las mejor escritas en castellano

Recuerdos de Valladolid, tradicion. . . . .	Pag. 125
A Blanca. . . . .	137
Cancion. . . . .	138

## QUINTA PARTE.

El crepúsculo de la tarde. . . . .	139
A un águila, oda. . . . .	142
Oriental. . . . .	144
Cancion. . . . .	145
***. . . . .	10.
A Mariana, cancion. . . . .	146

## SESTA PARTE.

Príncipe y rey, romance histórico. . . . .	148
Las dos rosas. . . . .	167
El niño y la maga, fantasía. . . . .	187

## SÉTIMA PARTE.

Dedicatoria á mi amigo Don Juan Eugenio Hartzenbusch. . . . .	196
El capitán Montoya. . . . .	197
Vigilia. . . . .	212
Gloria y orgullo. . . . .	214
Pereza. . . . .	216
Cadena. . . . .	217
En un album. . . . .	218
Misterio. . . . .	ib.
Justicias del rey Don Pedro. . . . .	220
Leídos por los actores en el teatro del Príncipe. . . . .	224
A la luna. . . . .	226
Horizontes. . . . .	227
Impresiones de la noche. . . . .	229
Fé. . . . .	230
A España artística, soneto. . . . .	231
Ira de Dios. . . . .	232
El escultor y el duque, cuento. . . . .	233

## RECUERDOS Y FANTASIAS.

Introduccion. . . . .	243
Los borceguies de Enrique segundo, romance. . . . .	245

Oriental. . . . .	Pag. 254
Una aventura de 1360, romance. . . . .	255
Las estocadas de noche, romance. . . . .	258
El caballero de la buena memoria, leyenda tradicional. . . . .	260
A Maria, plegaria. . . . .	276
Poco me importa, cancion. . . . .	ib
A Don Wenceslao Ayguales de Izco, epistola. . . . .	277
A mi amigo Wenceslao Ayguales. . . . .	279

## CANTOS DEL TROVADOR

Introduccion. . . . .	281
Leyenda primera. La princesa Doña Luz. . . . .	282
— segunda. Historia de un Español y dos Francesas. . . . .	304
— tercera. Margarita la tornera, tradicion. . . . .	320
— cuarta. La Pasionaria, cuento fantástico. . . . .	358
— quinta. Apuntaciones para un sermón sobre los novisimos, tradicion. . . . .	385
— sexta. Las pildoras de Salomon, cuento. . . . .	393

## VIGILIAS DEL ESTIO.

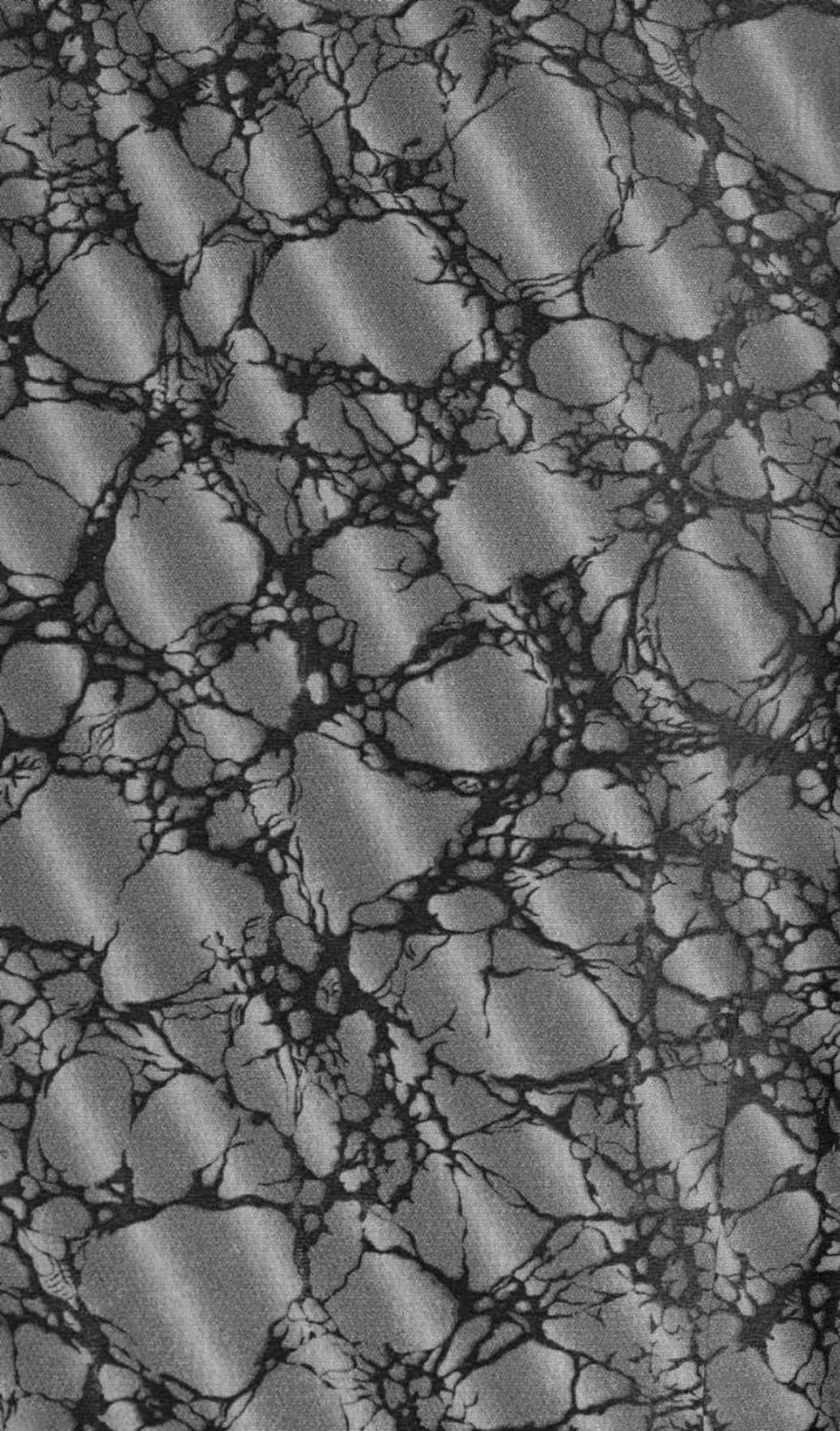
Prospecto. . . . .	403
El talisman, leyenda tradicional. . . . .	ib.
Dos palabras del autor á Don Carlos Latorre. . . . .	431
El montero de Espinosa, leyenda histórica. . . . .	ib.
Dos hombres generosos, leyenda oriental. . . . .	441
—	—
La azucena silvestre, leyenda religiosa del siglo IX. . . . .	456
El desafio del diablo, leyenda tradicional. . . . .	485
Un testigo de bronce, leyenda tradicional. . . . .	514

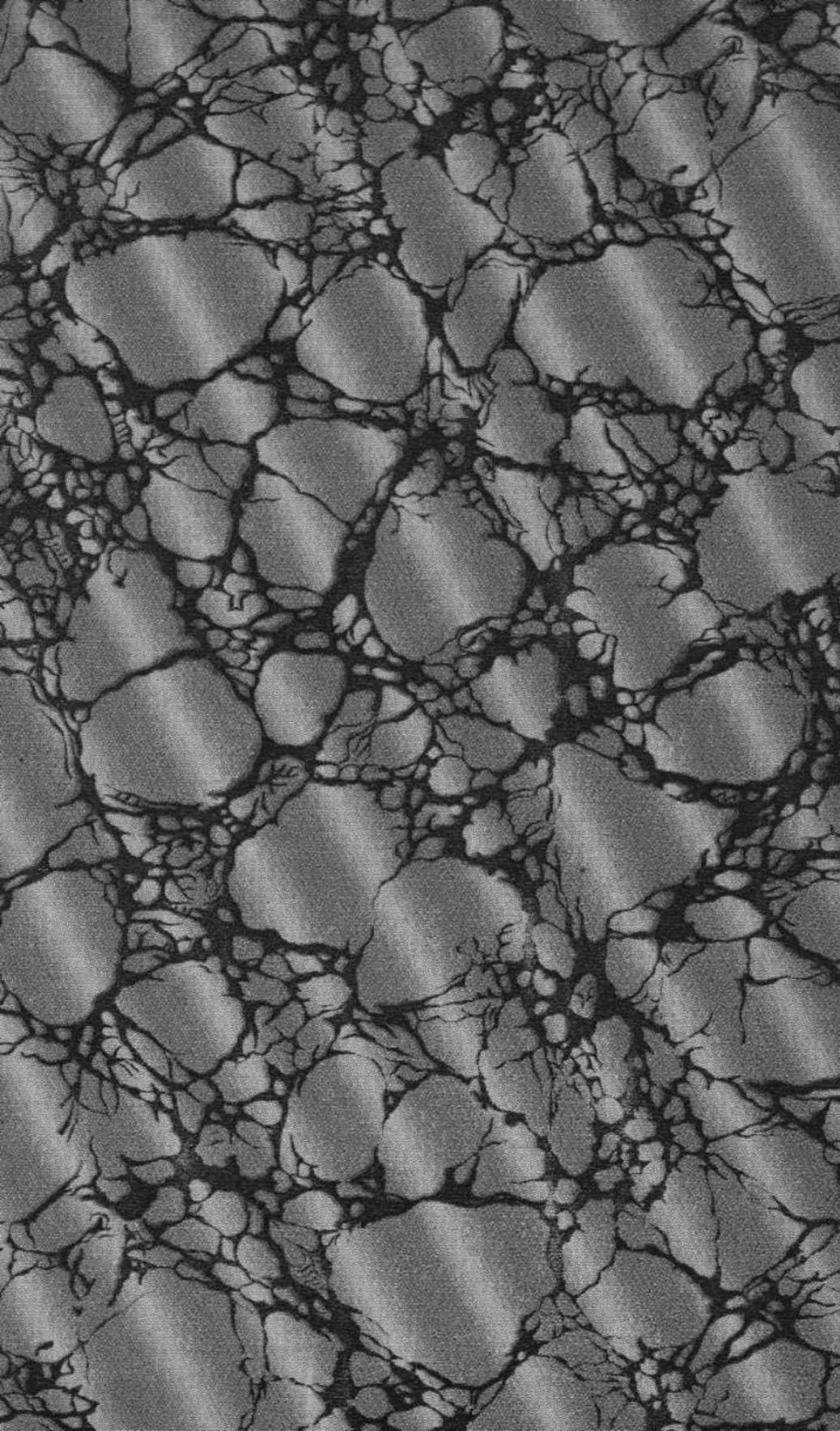
FIN DEL INDICE.

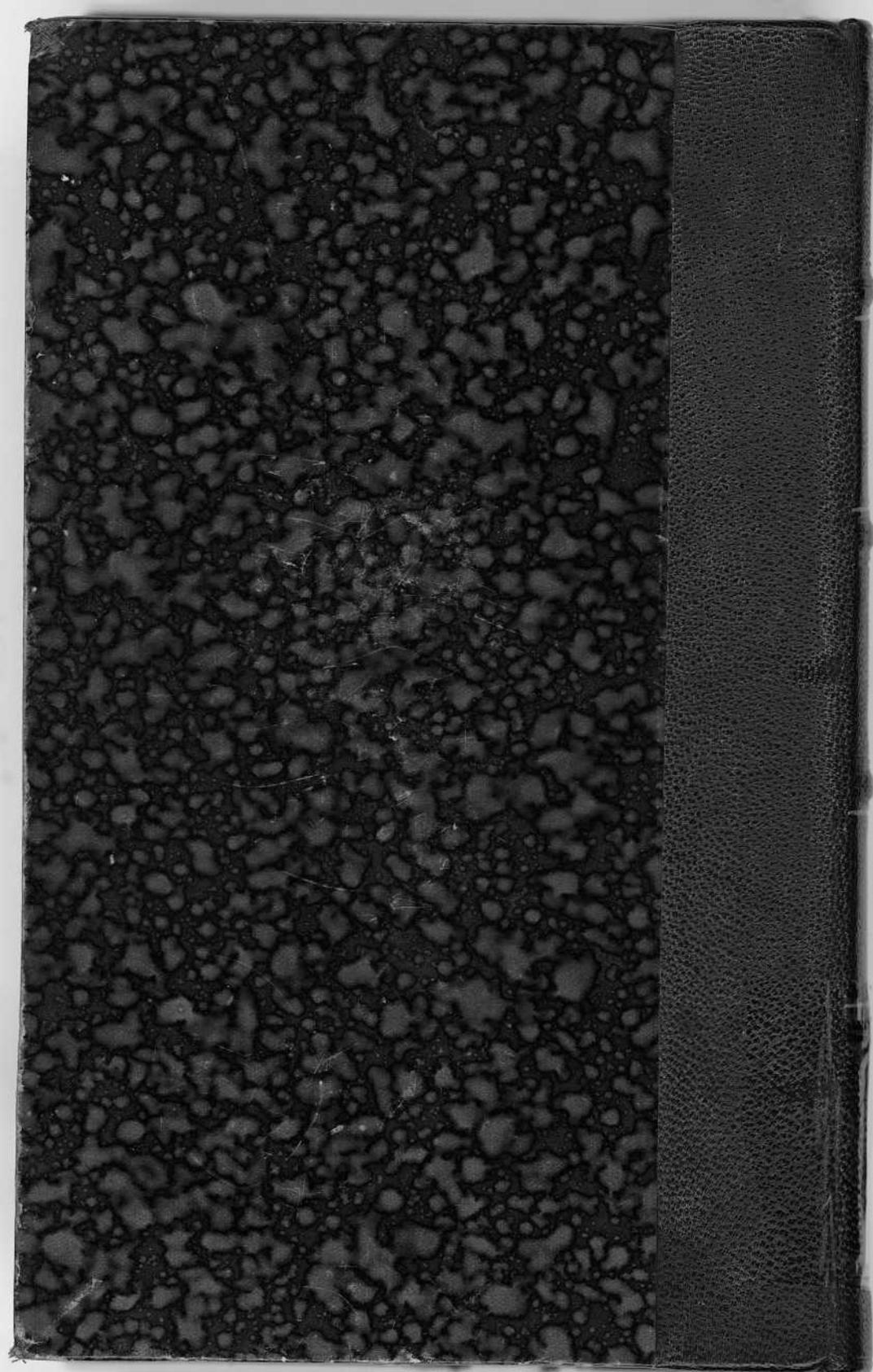












J. ZORRILLA

—  
OBRAS

1

G- 10811